

La Casa Lúgubre

Por

Charles Dickens

***Free*editorial** 

I

En la Cancillería

Londres. Apenas ha comenzado el primer trimestre de sesiones, y el lord Canciller está en Lincoln's Inn Hall. Crudo tiempo de noviembre. Hay tanto lodo en las calles como si las aguas hubiesen retrocedido de nuevo de la faz de la Tierra y no resultase sorprendente toparse con un megalosauro, de unos cuarenta pies, balanceándose como un lagarto mastodóntico Holborn Hill arriba. El humo que se vierte de los cañones de las chimeneas en forma de llovizna blanda y negra, con pequeños grumos de hollín del tamaño de copos de nieve enlutada, se diría, por la muerte del sol. Perros, irreconocibles de ciego. Caballos, no mucho mejor, cubiertos de barro hasta las anteojeras. Transeúntes que entrechocan sus paraguas en una epidemia de malhumor, y que pierden pie al doblar esquinas donde cientos de miles de anteriores transeúntes se han resbalado y escurrido desde el amanecer (si es que ha llegado a amanecer), añadiendo capas y más capas de un barro que se pega tenazmente en esos sitios y que se acumula progresivamente...

Niebla por todas partes. Niebla río arriba, por donde este fluye entre verdes mejanas y prados; niebla río abajo, por donde se desliza contaminado entre hileras de buques y de detritus ribereños de una gran (y sucia) ciudad. Niebla en los marjales de Essex, niebla en las colinas de Kent. Niebla que se desliza por los fogones de los bergantines del carbón; niebla que cae en los astilleros y que se enrosca en torno a las jarcias de los grandes barcos; niebla que pesa sobre las cubiertas de gabarras y barcazas. Niebla en los ojos, niebla en las gargantas de los pensionistas de Greenwich, provocándoles una tenaz carraspera junto al hogar en sus asilos. Niebla en la caña y en la cazoleta de la pipa vespertina del hosco patrón, tumbado en su camarote. Niebla que agujonea los dedos de los pies y de las manos del grumete, que tiembla de frío sobre la cubierta. Paseantes que desde el pretil de los puentes miran al cielo encapotado de niebla, envueltos también por la niebla; parece como si atravesaran un globo de niebla.

Luces de gas que brillan a través de la niebla en diversos rincones de las calles, tal y como el sol podría ser visto furtivamente, en los campos pantanosos, por un granjero y un labrador. La mayoría de las tiendas las han encendido dos horas antes de lo acostumbrado, como parece saber el gas, dada su apariencia demacrada y perezosa.

La tarde glacial es más glacial, la niebla espesa es más espesa, y las calles cenagosas son más cenagosas cerca de esa vetusta oclusión sombría y con membrete, el Temple Bar. Y junto al Temple Bar, en Lincoln's Inn Hall, en el

corazón de la niebla, preside el lord Gran Canciller en su Tribunal Supremo de la Cancillería.

Pero la niebla no será nunca lo bastante densa, ni el lodo y el cieno lo bastante profundos para poderlos archivar junto a la tenebrosa y pantanosa condición que este Tribunal Supremo de la Cancillería, el más pestilente de cuantos pecadores antediluvianos han sido, mantiene hoy día a ojos del cielo y de la tierra.

He aquí una tarde que, como la que hemos descrito, no puede ser más a propósito para que el Gran Canciller ocupe su asiento como está ahora, con una aureola neblinosa alrededor de la cabeza, destacando austeramente sobre unos paños y cortinajes de seda carmesí, y, mientras es interpelado por un hombre corpulento con grandes patillas, una vocecilla, y un interminable discurso, mantenga los ojos fijos en la lámpara del techo, en la que no puede verse sino niebla. He aquí una tarde en que unos veinte individuos del Tribunal Supremo de la Cancillería, metidos en una de las diez mil instancias de un pleito sin fin, tropezándose con los resbaladizos precedentes, empantanados hasta las cejas en sus tecnicismos, se dan de cabezazos — empelucados de cabrito y caballo— contra paredes de palabras y hablan de justicia con la máscara más eminente con que pudiera cubrirse un histrión. He aquí una tarde en que los diversos procuradores encargados del pleito, dos o tres de los cuales lo recibieron en herencia de sus padres, que ya con él se enriquecieron, están en fila (cómo si no) en un estrado de tapizado (buscar la verdad allí sería en vano) situado entre el de las togas de seda y la mesa púrpura del escribano. Ante ellos hay un cúmulo de absurdos expedientes, fallos contradictorios, súplicas, citaciones, impugnaciones, defensas, declaraciones, memorias y consultas de procuradores apilados. ¡Invadan las tinieblas el salón por agotamiento de las velas, enrarézcase y quede allí eternamente la niebla, no dejen penetrar la luz del día los cristales empañados; disuádanse los que pasan por la calle y lanzan su mirada a las ventanas ante semejante apariencia de solemnidad y ante aquel eco monótono y derrengado que sale del mullido dosel desde donde el lord Canciller se queda mirando la lámpara que no despide luz y donde todas las pelucas de los encargados han quedado varadas en un banco de niebla! Este es el Tribunal Supremo de la Cancillería, el que en cada condado tiene sus casas ruinosas y sus tierras asoladas, el que en cada manicomio tiene su lunático derrotado y en cada cementerio su muerto, el que tiene a tantos litigantes reducidos a la miseria con sus suelas gastadas y sus harapos pidiendo y mendigando alrededor de sus conocidos; el que concede al dinero el poder de aniquilar el derecho a base de aburrimiento; el que agota, en fin, el bolsillo, la paciencia, el valor y la esperanza, pues embota la inteligencia y destruye todo humano sentimiento hasta el punto de que no hay hombre honrado entre los subalternos que no os diese —que no dé a menudo— este consejo: «¡Sufrid cuantos agravios puedan

haceros antes que entrar aquí a pedir justicia!».

¿Quién podía hallarse esta tarde tan turbia en el tribunal, a no ser el lord Gran Canciller, el abogado de la causa, dos o tres abogados sin pleitos, y todos los litigantes antes mencionados? Hay un escribano con toga y peluca, sentado más abajo del juez; hay dos o tres maceros, ujieres y ordenanzas, o lo que quiera que sean, en uniforme de juzgado. Todos bostezan a riesgo de descoyuntarse las quijadas, porque ya solo puede desatar el fastidio el pleito de Jarndyce contra Jarndyce, esa causa pendiente seguida desde años ha y de la cual se ha exprimido todo lo esperable.

Los taquígrafos, los secretarios del tribunal y los periodistas de los periódicos se esfuman siempre con el resto de habituales cuando le llega el turno a Jarndyce contra Jarndyce. La sala queda poco menos que desierta. Sentada en los bancos que hay junto a la entrada, en sitio preferente para mirar a la capilla encortinada, hay una viejecita loca con un sombrero arrugado que no falta a ninguna audiencia: llega al principio y no sale hasta el final, esperando siempre que se dé algún incomprensible fallo a su favor, y aunque es de suponer que sigue realmente algún pleito, nadie podría asegurarlo, y nadie trata de averiguarlo. Lleva en su bolso un montón de bagatelas que ella llama sus documentos, y que en realidad no son sino fósforos, papelotes y lavanda seca. Un preso descolorido viene entre los guardianes por sexta vez a presentar una instancia para «purgar su contumacia», pues, siendo el único albacea con vida ha caído en una gran acumulación de deudas, de las que no se pretende que haya tenido siquiera noticia, y de las que no es en absoluto probable que la tenga alguna vez. Mientras tanto ve destruirse una tras otra las esperanzas de su porvenir. Otro litigante arruinado viene periódicamente de Shropshire y en vano se esfuerza en encontrar, al término de cada audiencia, el medio de hablar dos palabras con el juez, y no logra comprender que, legalmente hablando, le importa un comino al lord Canciller dar solución a un asunto del cual depende aquella existencia que lleva ya un cuarto de siglo destrozando. Se sitúa de modo que pueda ser advertido, y con los ojos fijos en el magistrado se dispone a exclamar «¡Señoría!» en tono de sonora queja en cuanto se levante del sillón. Unos cuantos pasantes del procurador, que conocen al litigante de vista, se quedan, ávidos de presenciar alguna escena animada que rompa la monotonía de aquel día triste y sombrío.

Jarndyce contra Jarndyce sigue incordiando. Con el transcurso del tiempo este estrafalario pleito se ha complicado de tal modo que nadie en el mundo conoce ya su verdadera causa. Las partes interesadas menos que nadie, y entre todos los abogados de la Cancillería no se encontrarían dos que pudieran hablar cinco minutos sobre este pleito sin una discrepancia total sobre todas las premisas. Miles y miles de seres han nacido desde que comenzó el litigio; miles y miles de jóvenes se han casado; miles y miles de ancianos han muerto.

Se cuentan por docenas las personas que sin saber cómo ni por qué han llegado delirantemente a ser partes interesadas en Jarndyce contra Jarndyce; familias enteras han heredado este pleito y sus odios ancestrales. El tierno demandante o demandado a quien prometieran un día un caballo de madera para cuando se fallase Jarndyce contra Jarndyce ha crecido, ha poseído verdaderos caballos, y se ha ido trotando al otro barrio. Las menores bajo la tutela del tribunal se han ido convirtiendo en madres y abuelas; ha desfilado y ha desaparecido una larga procesión de cancilleres; la legión de certificados para la causa se han ido transformando en meros certificados de defunción; no existen más que tres Jarndyce en el mundo desde que el viejo Tom Jarndyce, en un rapto de desesperación, se levantó la tapa de los sesos en un café de Chancery Lane; pero Jarndyce contra Jarndyce todavía se arrastra, monótona y eternamente, ante sus jueces, irremediable para siempre.

Jarndyce contra Jarndyce es objeto de bromas y chistes. Este es el único bien que ha producido desde su origen. Ha sido la muerte para muchos, pero es un chiste en la profesión. No hay magistrado en la Cancillería que no haya sido, a causa de este litigio, blanco de algún epigrama. Ni hay canciller que en su época de abogado no fuera defensor en «el pleito». Canosos legistas, de abultados juanetes y de narices violáceas, se permiten las más festivas sátiras en selectos círculos ante un oporto después de cenar en sus despachos. Y los abogados novatos se sirven de ellas para ejercitar su talento de sarcasmo legalista. El último lord Canciller las utilizó hábilmente cuando, al amonestar al señor Blowers, el eminente abogado que decía que tal cosa no sucedería hasta que las ranas no criaran pelo, repuso «o hasta que no se termine el pleito de Jarndyce contra Jarndyce», gracia que gustó especialmente a maceros, ujieres y ordenanzas.

¿A cuántas personas ha corrompido y arruinado la influencia perniciosa del pleito de Jarndyce contra Jarndyce? Pregunta sin concisa respuesta. Desde el procurador que tiene ante sí, sobre la mesa, ese montón amarillo de autos de Jarndyce contra Jarndyce polvorientos, arrugados y retorcidos en diversas formas, hasta el copista de la Oficina de los Seis Secretarios que se ha copiado sus diez mil diligencias bajo la rúbrica de Jarndyce contra Jarndyce. Nadie se ha hecho mejor persona por ello. Artimañas, evasivas, aplazamientos, expolios, insultos bajo todas las formas y pretextos falsos: son influencias que no pueden llevar a nada bueno. Los meros pasantes del procurador, que han mantenido a raya al desdichado litigante afirmándole desde tiempos inmemoriales que el señor Chizzle, Mizzle, o como se llame, estaba especialmente ocupado y con citas hasta la noche, han acabado por contraer, a causa de Jarndyce contra Jarndyce, un hábito de mentir severo. El síndico de la causa, que se ha enriquecido cobrando las rentas de los bienes en litigio, ha perdido el más elemental sentimiento de confianza hacia su propia madre y de consideración hacia el prójimo. Chizzle, Mizzle, o como se llame, ha

convertido en sistema la excusa de aplazar el examen de los más delicados asuntos y ver lo que se puede hacer por Drizzle —al que no se ha tratado muy bien—, hasta que terminen con Jarndyce contra Jarndyce en el despacho. Todas las variedades de estafa y de negligencia se han desatado a causa de este pleito infernal, e incluso ha alcanzado a aquellos que, contemplando desde lejos tales felonías, han permitido paulatinamente que el mal siguiera su curso, sin salir de su indolencia, tras la cómoda reflexión de que si el mundo va mal es porque no hay, por alguna desconcertante razón, voluntad de que las cosas vayan bien.

Y así está presidiendo el lord Gran Canciller su Supremo Tribunal de la Cancillería, situado en el cielo y en el mismo corazón de la niebla.

—Señor Tangle —dice, últimamente fatigado de la elocuencia que despliega el sabio jurista.

—Señoría —dice el señor Tangle.

El doctor Tangle es de todos sus contemporáneos el que está más enterado del pleito de Jarndyce contra Jarndyce, es famoso por ello y se dice que no ha leído otra cosa desde que se licenció en la facultad.

—¿Piensa usted extenderse aún mucho?

—Sí, señoría... Diversos puntos por aclarar... Mi deber me obliga a no abusar..., su señoría —es la respuesta que deja caer el señor Tangle.

—Hemos de oír aún a varios letrados (así lo creo al menos) —dice el Canciller con displicente sonrisa.

Dieciocho eruditos colegas del señor Tangle, portadores de sendos y breves resúmenes sumarios de mil ochocientos folios, se levantan como los martillos de un pianoforte, hacen a un tiempo sus dieciocho saludos y vuelven a hundirse inmediatamente entre las sombras de sus asientos.

—Se aplaza la vista de la causa para el miércoles dentro de quince días —dice el gran Canciller; el asunto en cuestión no es más que una cuestión de costas, un mero vástago en el árbol selvático del pleito principal, y quedará definitivamente resuelto en pocos días.

El Canciller se levanta. Los abogados se levantan. El preso es llevado con prisas hacia delante. El hombre de Shropshire grita «¡Señoría!». Maceros, ujieres y ordenanzas ceñudos exigen silencio con indignación al hombre de Shropshire.

—Por lo que se refiere a la joven —continúa el gran Canciller todavía en Jarndyce contra Jarndyce.

—Con la venia, al joven —dice el doctor Tangle atropelladamente.

—Por lo que se refiere a la joven —repite el gran Canciller vocalizando afectadamente—, y al joven que he llamado a comparecencia hoy y que deben esperar en mi despacho: después de que los haya interrogado expediré orden para que pasen a domiciliarse en casa de su tío.

El señor Tangle se pone en pie de nuevo.

—Con la venia..., muerto.

—En casa de su... —dice el Canciller lanzando una mirada a los papeles de su mesa a través de sus anteojos—... en casa de su abuelo.

—Con la venia..., víctima de un acto de desesperación..., tapa de los sesos.

Levantándose de pronto, un abogado muy canijo y pomposo, cuya voz de bajo estalla como un trueno, dice desde los bancos de niebla del fondo:

—Pido licencia a su señoría para decir dos palabras. Comparezco en nombre del susodicho. Es primo suyo, en un grado muy lejano. No estoy en disposición de informar al tribunal en este momento acerca del grado exacto de parentesco que lo une a esos dos jóvenes, porque no me hallo lo bastante preparado, pero es su primo.

El eco de estas palabras, pronunciadas con tono sepulcral, va a perderse entre la recia armazón del techo, mientras el muy canijo letrado vuelve a ocupar su asiento donde la niebla le oculta de todas las miradas que pretenden verlo.

—Voy a hablar con los dos jóvenes —dice el Canciller de nuevo—. Luego decidiré lo que proceda con respecto a su residencia en casa del primo aludido, y mañana daré cuenta de ello cuando presida la sala.

En el momento en que su señoría se dispone a contestar al saludo de los abogados, le presentan al preso. Otra cosa no puede suceder con el preso de las deudas más que su vuelta a la cárcel, y así se hace inmediatamente. El hombre de Shropshire aventura en tono de reproche otro «¡Señoría!», pero, al verlo, el Canciller se ha eclipsado hábilmente. Y tras él van desfilando todos los demás. Se va formando una pila de pesadas bolsas azules que contienen legajos de acusaciones hasta que se la llevan los secretarios. La viejecita loca sale a su vez con sus preciosos documentos, y se cierran las pesadas puertas de la sala vacía. ¡Ojalá fuera posible encerrar en aquella sala todas las injusticias que en ella se han cometido, todas las miserias que allí se consumaron, y prender fuego a todo ello en una gran pira funeraria! No habría mejor noticia para las partes implicadas en Jarndyce contra Jarndyce, por no hablar de todas las demás.

II

En el gran mundo

En esta misma tarde cenagosa, queremos echar una ojeada al gran mundo, el cual tiene no pocos puntos de semejanza con el Tribunal Supremo de la Cancillería. Pero vamos a comprobarlo contemplando a vista de pájaro esta nueva escena. Como la Cancillería, la alta sociedad no tiene más principios que la costumbre y la tradición: hay dormidos Rip van Winkles cuyo sueño no logra interrumpir la tempestad, y Bellas durmientes que no se despertarán hasta que las despierte el príncipe, ¡cuando todos los espetones parados en la cocina empiecen a dar vueltas prodigiosamente!

Mundo angosto de por sí, incluso en relación con este mundo nuestro, que también tiene sus límites —como su Alteza descubrirá cuando lo haya transitado y llegue a orillas del Más Allá—, que es un punto imperceptible. Encierra mucho bueno en él. Los seres leales y generosos no son raros entre quienes lo habitan. Tiene un puesto para cada cual. Por desgracia, se halla como las piedras preciosas, envuelto entre mucho algodón y fina lana, y ello le priva de oír los rumores que se alzan de las demás esferas y no se da cuenta de las revoluciones que los demás satélites efectúan en torno al sol: es como un mundo mortecino, que se ahoga y se extingue falto de aire.

Lady Dedlock se halla de regreso en su casa de la ciudad, y permanecerá en la capital algunos días hasta que parta para París, donde tiene el propósito de pasar varias semanas. Después de eso, su itinerario es incierto. Así lo dice el noticiero del gran mundo —para alivio de los parisinos—, que está muy al corriente de las cosas de las personas de alto copete y para el que no tienen importancia alguna las demás noticias.

Lady Dedlock ha sufrido mucho en lo que denomina familiarmente «su rincón» en Lincolnshire. Todo el condado se encuentra invadido por las aguas. Estas han minado y puesto en remojo un arco del puente que hay en los jardines. La pradera colindante en media milla a los lados es un río estancado cuyas islas son tristes árboles y cuya superficie es azotada día y noche por una lluvia incesante. El rincón de lady Dedlock ha sido terriblemente aburrido. El tiempo ha sido tan húmedo durante tantos días y noches que los árboles parecen empapados, y ni siquiera crujen bajo el hacha del leñador al talarlos o podarlos blandamente. Los ciervos, calados, dejan barrizales por donde pasan. Los disparos pierden su resonancia en la humedad de la atmósfera, y el humo de las escopetas se eleva en una lenta nube hacia la verde colina coronada por un bosquecillo que sirve como fondo de la lluvia. La vista desde la ventana del cuarto de lady Dedlock pasa alternativamente del color del plomo al de la tinta

china. El agua llena a rebosar todos los tiestos de la terraza de piedra durante todo el día y cae con pesadas gotas chapoteando sobre las grandes baldosas del patio (llamado desde tiempo inmemorial el paseo del fantasma) durante toda la noche. Los domingos la capilla de los jardines está cubierta de musgo. Un frío sudor inunda el púlpito de roble, y se percibe en ella un vago olor y como un regusto a los antiguos Dedlock bajo sus sepulcros. Por la tarde, a la hora del crepúsculo, milady, que no tiene hijos, mira desde su gabinete la casita del guarda y ve el resplandor del fuego en los cristales, el humo que sale de la chimenea, un muchacho que, perseguido por una mujer, corre a través de la lluvia para ir al encuentro de la figura brillante de un joven robusto que, embozado, se dirige a la verja. Todos esos detalles la exasperan de tal modo que no puede con sus nervios. Lady Dedlock dice que «el tedio la mataba».

Por esa razón, ha partido abandonando su rincón de Lincolnshire a la lluvia, a las cornejas, a los conejos, a las perdices, a los ciervos y a los faisanes. Los retratos de los antiguos Dedlock parecen haberse desvanecido de las paredes chorreantes de mero apocamiento al ir pasando el ama de llaves por las viejas salas cerrando los postigos. ¿Cuándo volverán a la luz? No ha podido comprometerse a decirlo aún el noticiero del gran mundo, pues, como el maligno, es omnisciente en lo que concierne a lo pasado y lo presente, pero no a lo futuro.

Sir Leicester Dedlock es solamente un barón, pero es el más noble y poderoso de los hidalgos, y su familia, tan antigua como las colinas que rodean su heredad, es infinitamente más respetable. El mundo, a su juicio, podría existir sin montañas, pero no sin Dedlocks, y concede, en general, que la naturaleza es una feliz idea (aunque quizá algo vulgar cuando no está comprendida en el vallado de un jardín señorial), una idea, no obstante, cuya realización depende de la aristocracia inglesa. Es un noble íntegro, desdeña toda mezquindad, desprecia toda cobardía, y está pronto siempre, a la menor señal, a sufrir mil muertes antes que permitir que se ponga en duda su lealtad. Es un hombre de honor, tenaz, fiel, fogoso, sumamente convencional, extremadamente poco razonable.

Tiene veinte años, como poco, más que su esposa y no volverá a contar los sesenta y cinco, ni tal vez los sesenta y seis ni siquiera los sesenta y siete. Con frecuencia sufre ataques de gota, por lo que anda con cierta rigidez. Tiene un noble empaque, con sus patillas y cabellos entrecanos, su fina pechera, su chaleco de un blanco puro y su levita azul con botones dorados, invariablemente abotonada. Siempre deferente para con milady, profundamente atento y ceremonioso en cualquier circunstancia, profesa la más alta admiración por su dama. Su galantería hacia ella, que no se ha desmentido desde que aspirara a su mano, es el único rasgo novelesco de su carácter.

En realidad se casó por amor. Aún se rumorea que ella ni siquiera tenía familia. Sir Leicester, no obstante, tenía tanta que quizá le bastase y pudiese prescindir de otra más. Por otra parte, ella poseía bastante hermosura, orgullo, ambición, descaro en sus decisiones, y buen sentido para dotar a una legión de nobles damas. Un título y una fortuna unidos a estas cualidades la habían de situar muy pronto en primera fila, y lady Dedlock se halla, desde hace años, en el pináculo del gran mundo y en el centro de la vida aristocrática.

Sabido es, o al menos debe saberse por la cantidad de veces que se ha mencionado, el dolor de Alejandro cuando no tuvo más mundos que conquistar. Pero milady Dedlock, después de conquistar su mundo, no prorrumpió en llanto, sino que se encerró en la más intensa frialdad. Los trofeos de su victoria fueron una imparcialidad por cansancio y una calma por extenuación que no llegaron a perturbar el interés ni el menor asomo de alegría. Es una persona correctísima, y si en cualquier momento fuera convocada, subiría al cielo sin dar muestra alguna de arrebatos.

Conserva su belleza. Y, si bien es cierto que ha pasado los primeros días del verano, está aún lejos del otoño. Tiene un rostro agraciado, en un principio de un tipo que podría ser llamado más bien seductor que perfecto, pero que ha llegado a ser de una belleza clásica a causa de la expresión adquirida en la elevada posición que ocupa. Es de elegante figura y parece de mayor estatura de lo que es. No es que lo sea, sino que «la mayor parte», como el distinguido Bob Stables ha atestiguado bajo juramento, «se alza sobre su nobleza». La misma autoridad hace observar que se viste a la perfección. Y, con motivo del cuidado con que están peinados sus cabellos, dice que no hay en todo el Stud, [1] una mujer mejor almohazada que ella.

Milady Dedlock, repetimos, ha dejado su rincón de Lincolnshire (seguida muy de cerca por el noticiero del gran mundo) provista de estas excelencias para pasar unos pocos días en la ciudad mientras se prepara para trasladarse a París, donde la señora pretende estarse unas semanas. Después, sus movimientos no están claros. En la tarde de ese día de barro y niebla, se presenta en su casa de la ciudad un tradicional y respetable anciano, licenciado en Derecho y asimismo procurador de la Cancillería, a quien cabe el honor de ser el consejero legal de los Dedlock y que posee, en su bufete, numerosas e irrefutables carpetas que llevan el nombre de este noble apellido: como si el presente barón fuese la moneda trucada de un ilusionista que fuese manipulada constantemente durante toda la función. Tras atravesar el vestíbulo, y subir la escalera, y cruzar los espléndidos salones, que son muy deslumbrantes en temporada y muy deprimentes fuera de ella (un país de cuento de hadas para el que visita y un desierto para el que vive allí), y, precedido de un mercurio de rostro empolvado, el caballero es introducido a la presencia de milady.

El respetable anciano tiene un aspecto pasado de moda. Sin embargo, los

contratos matrimoniales y los testamentos de su noble clientela han aumentado su patrimonio y tiene fama de ser muy rico. Le rodea una misteriosa aureola formada por las confidencias familiares de las que se sabe que es depositario silencioso. Hay aristocráticos mausoleos, arraigados durante siglos en apartados claros de grandes jardines bajo los arbustos y malezas, que encierran quizá menos nobles secretos que los que pasea a la luz del día, sellados en el pecho, el señor Tulkinghorn. Pertenece este, como suele decirse, a la antigua escuela, expresión que se aplica, generalmente, a lo que nunca ha sido joven, y usa calzón corto, atado con cintas, y polainas o medias. Una particularidad de sus ropas negras y de sus medias negras consiste en que jamás están relucientes, ya sean de seda o de lana. Todas sus prendas son mudas, rigurosas, insensibles a la más mínima luz, como lo es él mismo. Nunca habla a no ser que se le consulte profesionalmente. Se le ve con frecuencia en silencio, aunque a sus anchas, en el extremo de la mesa en los grandes banquetes de las más nobles quintas, o cerca de la puerta de los salones, donde, según cuenta el noticiero del gran mundo, todo el mundo lo conoce y la mitad de los lores se detiene para decirle: «¿Cómo le va, señor Tulkinghorn?». Y él recibe estas palabras con gravedad y las entierra junto al resto de lo que sabe.

Sir Leicester Dedlock está junto a su esposa, y parece alegrarse al ver al señor Tulkinghorn. Emanan de toda su persona un aire de prohibición legal particularmente agradable para sir Leicester, que lo considera como una especie de homenaje. Le gusta el traje del señor Tulkinghorn. Eso también es una especie de homenaje. Es sumamente respetable, y asimismo, en general, parece un criado. Representa el papel, por decirlo así, de mayordomo de los misterios legales, de sumiller de la cava judicial de los Dedlock.

¿Se hace una idea de sí mismo el señor Tulkinghorn? Tal vez sí o tal vez no. Notemos, de paso, una circunstancia importante, relativa no solo a la señora Dedlock como individuo de su clase, sino también como uno de los líderes y representantes de su pequeño mundo. Está persuadida de que es un ser impenetrable, completamente fuera del alcance de la mirada y del conocimiento de los mortales comunes, y de ello se convence más todavía cuando se observa en el espejo en donde se ve de esa manera por completo. Sin embargo, todos los ínfimos satélites que giran en torno a ella, desde su doncella hasta el director de la Ópera italiana, conocen sus debilidades, prejuicios, locuras, descortesías, caprichos, y regulan todas sus acciones bajo las medidas que han tomado de su naturaleza moral con tanta exactitud como su modisto toma las medidas de su cuerpo. ¿Hay un vestido nuevo, una nueva moda, un bailarín nuevo, un cantante nuevo, una nueva forma de joya, un enano o un gigante nuevos, una capilla nueva, una rareza nueva cualquiera que se desee poner en boga? Porque en cada profesión se encuentran personas solícitas y respetuosas, en quienes la señora Dedlock no sospecha más que un profundo servilismo, y que, sin embargo, la gobiernan a su antojo como si

fuese un bebé, que no hacen más en toda su vida que cuidarla, que fingen seguirla humildemente y en realidad la atraen tras de sí, a ella y a todo su tropel, tras de ellas, que la cogen con un anzuelo y arrastran con ella y tras ella a todos como hizo Lemuel Gulliver con la escuadra majestuosa del grandioso Liliput. «Si quieren conquistar a nuestra gente —dicen los joyeros Braze y Sparkle, designando así a lady Dedlock y su comparsa—, deben recordar que no se dirigen al gran público. Hay que dar en su punto flaco a los nuestros y ese es su punto flaco.» «El mejor medio para asegurarse de poner en boga este artículo, señores —dicen los almacenistas Sheen y Gloss a sus amigos los fabricantes—, consiste, sencillamente, en confiárnoslo. Nosotros sabemos cómo hay que tratar a la gente del gran mundo y podemos ponerlo de moda.» «¿Desea que este grabado figure pronto en las colecciones de mis nobles contactos, caballero? —dice el señor Sladdery, el librero—. ¿O quiere introducir tal enano o tal gigante en las casas de mis nobles contactos, caballero? ¿O desea acaso el patrocinio de mis nobles contactos para este espectáculo, caballero? Pues yo me encargo de ello, caballero. Hace mucho tiempo que tengo estudiados a los líderes de mis nobles contactos, caballero, y puedo asegurar sin vanidad que los llevaré a donde me plazca.» Así lo afirma el señor Sladdery, y viniendo de él no es exagerada la afirmación.

Por semejantes razones, el señor Tulkinghorn puede que no sepa lo que pasa por la mente de los Dedlock en este momento, pero es muy posible que pueda saberlo.

—¿El canciller ha visto de nuevo la causa de mi señora, es eso, señor Tulkinghorn? —le dice sir Leicester tendiéndole la mano.

—Sí. Hoy ha sido, precisamente —contesta éste, dirigiendo una discreta reverencia a la señora, que está sentada en un sofá junto a la chimenea y tiene en su mano una pantalla para resguardarse.

—Me imagino que es inútil preguntar —dice la señora, con el aburrimiento de su rincón de Lincolnshire todavía en ella— si se ha adelantado algo.

—Hoy no se ha hecho nada que usted pudiera llamar algo —responde el señor Tulkinghorn.

—Ni se hará nunca nada —dice milady.

Sir Leicester no tiene objeción alguna ante un pleito interminable de la Cancillería. Es de esa clase de cosas lentas, costosas, británicas, constitucionales. Por cierto que no tiene ningún interés vital en el pleito en cuestión, salvo porque forma parte de él la única propiedad que aportó su esposa, y tiene la vaga impresión de que el que esté su nombre —el nombre de los Dedlock— en la causa sin estar en el encabezamiento de esa causa es un accidente de los más ridículos. Pero, por otra parte, considera el Tribunal de la

Cancillería, incluso si entorpece de manera esporádica el curso de la justicia y ocasiona alguna confusión, como parte integrante de una combinación ideada por la sabiduría humana, y lo estima por arreglar de manera definitiva (hablando en términos humanos) cuanto se hace en este mundo. Opina, y no cedería ante ninguna razón contraria, que el hecho de proferir una queja o de efectuar el más leve gesto de contrariedad contra el tribunal sería alentar a ciertas gentes de la plebe a alzarse como hiciera Wat Tyler.

—Habiéndose unido a los autos ciertos affidávit —dice el señor Tulkinghorn— que no son muy extensos, y teniendo como tengo por principio inmutable, aun a costa del tiempo empleado, no dejar en la ignorancia de nada a mis clientes acerca de los incidentes de las causas en que están interesados —cauto hombre el señor Tulkinghorn, pues no se hace más responsable de lo necesario—, y más aún sabiendo que están ustedes a punto de partir para París, me he apresurado a traer los antedichos en el bolsillo.

(Sir Leicester iba a acompañar a su esposa en el viaje a París, pero el noticiero del gran mundo no prestaba atención más que a milady.)

El señor Tulkinghorn pide la venia para sacar dichos papeles sobre un amuleto dorado de una mesita que hay precisamente cerca de milady, se pone los anteojos y da comienzo a la lectura a la luz de una lámpara con pantalla.

—En la Cancillería, entre John Jarndyce...

Milady lo interrumpe para suplicarle que abrevie cuanto le sea posible y pase por alto aquellas horribles formalidades. El señor Tulkinghorn la mira por encima de los anteojos y continúa su lectura más abajo. Milady se queda absorta completamente en sí misma con indiferencia y desdén. El barón mira en un cómodo sillón el archivo, y parece tener una solemne afición por las repeticiones y fórmulas judiciales, pues forman parte de los baluartes de la nación. Resulta que el fuego de la chimenea es muy intenso donde está sentada milady y que la pantalla de mano que la resguarda es magnífica pero inútil. Así que se cambia de sitio, ve los papeles sobre la mesita, los mira con atención, se acerca aún más a mirarlos, y pregunta irreflexivamente:

—¿Quién ha copiado eso?

El señor Tulkinghorn para en seco, sorprendido por el tono inusual y la agitación de milady.

—¿Es eso lo que llaman una minuta? —inquire la dama, volviendo a su indiferencia habitual y mirando fijamente al procurador mientras juega con la pantalla.

—No —el señor Tulkinghorn examina el papel mientras habla—, es una simple copia cuyo carácter legal se deriva de ciertas formalidades enteramente

ajenas a la manera en que está escrita. ¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada, por distraerme de esta odiosa monotonía. ¡Siga usted, se lo ruego!

El señor Tulkinghorn lee de nuevo. El calor aumenta y milady se tapa la cara con la pantalla. Sir Leicester dormita, repentinamente se despierta y exclama:

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Decía que me temo que la señora Dedlock esté indispuesta —dice el señor Tulkinghorn, que se ha levantado apresuradamente.

—No es más que un desmayo —murmura milady con los labios pálidos—, no es nada. Pero me siento desfallecer. No me hablen. Llame, y llévame a mi cuarto.

El señor Tulkinghorn se retira a otra habitación, llama con las campanillas, se oye rumor de pasos, reina después el mayor silencio. Un mercurio aparece y le suplica al procurador que regrese al salón.

—Más aliviada, gracias —dice sir Leicester, invitándole a tomar asiento y a continuar la lectura para él solo—. Me he asustado de veras, porque nunca había visto desmayarse a milady. ¡Pero hace un tiempo tan malo y se ha aburrido tanto en nuestro rincón de Lincolnshire!

III

Un avance

Me cuesta muchísimo empezar con mi parte de estas páginas porque sé que no soy muy lista. Siempre lo he sabido. Recuerdo que cuando era niña ya le decía a mi muñeca cuando estábamos a solas: «Bueno, Dolly, no soy muy lista, ya lo sabes, y debes tener paciencia conmigo, ¡como un ángel!». Y por lo general permanecía quietecita en un butacón con su tez preciosa y sus labios rojos mirándome fijamente (o tal vez no a mí, sino al vacío) mientras yo me afanaba en coser sin parar y le contaba uno por uno mis secretos.

¡Mi vieja y querida muñeca! Entonces era ya una cosita tan tímida que en contadas ocasiones me atreví a abrir la boca y nunca a abrirle mi corazón a cualquier otro. Las lágrimas acuden aún a mis ojos cuando pienso el consuelo que solía ser para mí al volver de la escuela, correr por las escaleras a mi cuarto y decirle: «¡Querida Dolly, estaba segura de que me estabas esperando!», y después me sentaba en el suelo, con el codo apoyado en su

butacón, y le contaba todo lo que había visto desde que nos habíamos separado. Soy observadora por naturaleza, no porque perciba rápidamente las cosas que llaman mi atención, sino porque advierto de una manera tácita cuanto ocurre y desearía comprender en todo su alcance. Mi inteligencia no es vivaz. Cuando pongo mucho afecto en alguien, parece iluminado por mi amor. Pero es muy posible que incluso eso sea efecto de mi vanidad.

Como una princesa de los cuentos de hadas, aunque con la diferencia de no ser tan bella, fui educada por mi madrina. Al menos yo solo la conocí como tal. ¡Creo que era muy muy buena! Iba a la iglesia tres veces cada domingo y a la oración de la mañana los miércoles y los viernes, y a los sermones siempre que había sermones. Y nunca faltaba. Era hermosa, y más lo hubiera sido de sonreír alguna vez (suelo pensar), como un ángel. Pero nunca sonreía. Siempre era severa y estricta. Y era tan perfecta, creía yo, que la malicia ajena le hacía tener el ceño fruncido para toda la vida. Me sentía tan distinta de ella que, incluso siendo indulgente con las diferencias existentes entre una mujer y una niña, me sentía tan humilde, tan insignificante, y a tanta distancia que nunca pude ser espontánea con ella (no, nunca pude amarla como hubiera querido). Me entristecía mucho el verla tan buena y reconocirme tan indigna de ella, y frecuentemente deseaba con ansia tener mejor corazón. Y así se lo decía muchas veces a mi vieja y querida muñeca, pero nunca quise a mi madrina como la hubiera debido querer si hubiese sido mejor chica.

Esto me hizo más tímida, me imagino, y más retraída de lo que era, y me echó en brazos de Dolly, porque ella era la única amiga con quien me sentía verdaderamente a gusto. Pero sucedió algo cuando todavía era bastante pequeña que contribuyó más a ello. Nunca había oído hablar de mamá ni oído tampoco nada de mi padre, pero sentía un interés de lo más vivo por mi mamá. Nunca había ido de luto, hasta donde puedo recordar. Nadie me había enseñado su tumba, ni me había dicho en qué sitio podía estar tampoco. Y ni siquiera me enseñaron a rezar por nadie más que por mi madrina. Se me ocurría más de una vez esta idea cuando Rachael, nuestra única criada (otra mujer muy buena, pero severa conmigo) se llevaba la luz después de haberme acostado, y me decía únicamente «¡Buenas noches, Esther!» y se iba dejándome allí.

Aunque asistían otras siete niñas a la escuela vecina, adonde yo iba como externa, y aunque todas me llamaban Esther Summerson, nunca estuve en sus casas. Cierto que eran más mayores (yo era con mucho la más pequeña), más graciosas y más instruidas, pero no era esto lo que en realidad parecía separarnos. Una de ellas me invitó la primera semana en que fui al colegio (me acuerdo muy bien) a una merienda para gran alegría mía. Pero mi madrina escribió una carta glacial en la que rehusaba, en mi nombre, la invitación. Y no fui. Nunca frecuenté jamás otra casa que la mía.

Llegó el día de mi cumpleaños. Cuando llegaba el de mis compañeras, hacían fiesta (no en el mío) y lo celebraban en sus casas (no en la mía), por lo que oía de lo que se contaban entre ellas. Mi cumpleaños era en casa el día más triste de todo el año.

He dicho antes que mi inteligencia adquiere cierta agudeza cuando la aviva algún sentimiento, aunque repito que esto podría ser tal vez algún error de mi vanidad, porque puedo ser muy vanidosa sin saberlo, pero de natural soy afectuosa, y, si la insensibilidad de los demás me hizo padecer alguna vez, fue ciertamente el día de mi cumpleaños.

Habíamos acabado de cenar, mi madrina y yo estábamos a la mesa frente a la chimenea y el ruido del péndulo del reloj y el chisporroteo del fuego eran los únicos rumores que había en la habitación y en toda la casa por no sé cuánto tiempo. Se me ocurrió levantar la vista de mi bordado hacia el otro lado de la mesa, hacia mi madrina, y vi su cara, que me miraba con expresión sombría, diciéndome:

—¡Hubiese sido mejor que no tuvieses día de cumpleaños! ¡Más te valiera no haber nacido!

Prorrumpí en llanto, y exclamé entre sollozos:

—Querida madrina, dígame usted, por favor, dígame, ¿murió mi madre el día de mi cumpleaños?

—No —me contestó—, y no me hagas preguntas, niña.

—¡Oh, por favor! ¡Hábleme usted de ella! ¡Haga al menos eso! ¿Qué mal le hice? ¿Por qué no soy como las demás niñas? ¿En qué consiste mi culpa?... ¡Oh! No, querida madrina, no se vaya usted... ¡Por favor! ¡Dígame!

Además de mi pena, me sentía atemorizada y, cogiéndola por las faldas, me arrodillé a sus pies. Hasta ese momento había repetido «¡Déjame!», pero entonces mi madrina se quedó quieta, y su rostro ensombrecido detuvo en seco mi vehemencia. Alcé mis manitas trémulas para coger las suyas o suplicar su perdón con el mayor fervor del que fui capaz, pero las apartó mientras me miraba y las puso sobre mi palpitante corazón. Me ayudó a levantarme, se sentó en su silla y, obligándome a permanecer en pie ante ella, me dijo fríamente y con voz lenta y queda (todavía veo su ceño fruncido y su índice señalándome):

—Esther, tu madre es tu vergüenza así como tú eres la suya. Llegará un día, y no dentro de mucho, en que comprenderás mejor todo esto y lo sentirás también como solo una mujer puede hacerlo. Le he perdonado —aunque su expresión demostraba todo lo contrario— el daño que me ha hecho, y no puedo decir más, aunque solo yo sé lo que me ha costado perdonarla. Pero tú,

niña desgraciada, huérfana y degradada desde el primero de estos aniversarios funestos, reza todos los días para que el pecado de los demás no pese sobre tus hombros como está escrito. Olvida a tu madre y deja que la olviden todos los demás, los que se muestran tan generosos con su infeliz hija. Ahora ¡vete!

Sin embargo, al ver que me disponía a salir, helada como me había dejado, añadió:

—La obediencia, la abnegación y la diligencia en el trabajo son los preparativos que han de llenar en adelante una vida mancillada de tal manera. Eres distinta de las demás niñas, Esther, porque no naciste como las demás libres de pecado y de ira. No eres como las demás.

Subí a mi cuarto, me dejé caer sobre la cama, y apoyé mi mejilla bañada en lágrimas contra la de mi muñeca, y, estrechándola contra mi seno, lloré hasta que me quedé dormida. Aunque era limitada mi inteligencia sobre el dolor causado, comprendí que no le había traído alegría a nadie nunca y que no era para nadie lo que Dolly era para mí. Querida, querida muñeca, cuánto tiempo pasamos juntas solas desde entonces, y cuántas veces le repetí la historia de mi nacimiento, y le confié todos los esfuerzos que pensaba hacer para reparar la falta con la que había nacido (de la cual me sentía declaradamente inocente a la par que culpable) y que me esforzaría en ser laboriosa, amable y bondadosa, y en hacer algo bueno para alguien, hacerme digna de estima si podía. Creo que no hay un exceso de indulgencia hacia uno mismo en verter algunas lágrimas ante el recuerdo de aquellos días. Me siento muy agradecida y muy contenta, pero no puedo evitar que broten de mis ojos. ¡Venga! Ya las he enjugado y puedo seguir como es debido.

Sentí crecer aún más la distancia que me separaba de mi madrina después de mi cumpleaños, y sentía tanto reconocimiento por permitirme tener en su casa un sitio que debería haber estado vacío, que me resultaba más difícil acercarme a ella, aunque le estaba fervientemente agradecida en mi corazón, y más que nunca. Me sentía de la misma manera hacia mis compañeras del colegio. Me sentía de la misma manera hacia la señora Rachael, que era viuda, y, ay, hacia su hija, de la que estaba tan orgullosa y que venía a verla cada quince días. Yo era muy solitaria y callada, y trataba de ser muy diligente.

Cierta tarde soleada, después de venir del colegio con mis libros y carpeta contemplando mi sombra alargada a mi lado, cuando me deslizaba escaleras arriba hacia mi cuarto como de costumbre, mi madrina miró por la puerta del comedor y me llamó para que volviera. Al reunirme con ella, resultó que había (lo que era bastante inusual, en realidad) un extraño. Un caballero de aspecto grave e imponente, vestido todo de negro, con corbata blanca, una gruesa leontina, un par de anteojos de oro y una enorme sortija con sello en el dedo.

—Esta... —le dijo mi madrina en voz baja— es la niña.

Y luego dijo en su severa forma de hablar de siempre:

—Esta es Esther, caballero.

El caballero se puso los anteojos para mirarme y dijo:

—¡Acércate, querida!

Me estrechó la mano y me pidió que me quitase el sombrero, sin dejar de mirarme. Cuando lo hube hecho, dijo:

—¡Ajá! —Y un instante después—: ¡Sí!

Y entonces se quitó los anteojos, que guardó en un estuche rojo, se arrellanó en el sillón, dio vueltas al estuche entre sus manos, y asintió a mi madrina. Tras lo cual, mi madrina me dijo:

—¡Puedes irte arriba, Esther!

Le hice una reverencia al caballero y salí de allí.

Debían de haber pasado dos años desde entonces, y me acercaba a los catorce, cuando una noche espantosa mi madrina y yo estábamos junto a la chimenea. Estaba leyendo en alto, y ella me escuchaba. Había bajado a las nueve en punto para leerle como siempre la Biblia, y me hallaba leyendo el pasaje de San Juan en el que se dice que nuestro Salvador se agachó para escribir en la arena con su dedo cuando le llevaron a una pecadora.

—Así que, como insistían, se enderezó y les dijo: «El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra».

Me interrumpió mi madrina al levantarse, y llevándose la mano a la frente, exclamó, con voz terrible procedente completamente de otra parte del libro:

—Velad, pues, para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo. Y lo que a vosotros os digo, a todos se lo digo: velad.

En un instante, al repetir estas palabras de pie delante de mí, se desplomó al suelo. No tuve necesidad de llamar, porque su voz había resonado por la casa y se había oído hasta en la calle.

La llevaron a la cama. Allí permaneció más de una semana, poco alterada en apariencia, con su viejo y hermoso ceño de resolución, que tan bien conocía, cincelado en su rostro. Muchísimas veces, día y noche, con la cabeza apoyada en su almohada junto a ella para que mis susurros pudieran llegarle mejor, le daba besos, le daba las gracias, rezaba por ella y le suplicaba que me perdonase y que me bendijera, o por lo menos me hiciese un ademán o una seña que indicase que me había oído o entendido. Pero su rostro continuó impassible. Y conservó sin suavizar hasta el final, e incluso después, su ceño fruncido.

Al día siguiente de ser inhumada mi pobre madrina, volvió a aparecer el caballero de negro y corbata blanca. Fui mandada llamar por la señora Rachael, y me lo encontré en el mismo sitio, como si nunca se hubiese ido.

—Me llamo Kenge —me dijo—. Tal vez lo recuerde usted, hija mía, de Kenge y Carboy en Lincoln's Inn.

Respondí que recordaba haberlo visto antes en una ocasión.

—Siéntese usted a mi lado —continuó—, y no se aflija usted, ya no hay remedio. No necesito informarle, señora Rachael, a usted que estaba enterada de los asuntos de la señora Barbary, de que su fortuna se acaba con ella, y de que esta señorita, después de la muerte de su tía...

—¿Mi tía, señor?

—Es completamente inútil prolongar un subterfugio que no tiene ya objeto —dijo el señor Kenge con desenvoltura—. Tía de hecho, que no de derecho. ¡No se aflija! ¡No llore! ¡No tiemble! Señora Rachael, supongo que esta jovencita habrá sin duda oído hablar del..., de Jarndyce contra Jarndyce...

—Nunca —respondió la señora Rachael.

—¿Es posible —prosiguió el señor Kenge levantándose los anteojos— que esta jovencita (le suplico que no se aflija usted de esa manera) no haya oído hablar nunca acerca de Jarndyce contra Jarndyce?

Negué con la cabeza, mientras me preguntaba a mí misma qué sería aquello.

—¿Nada acerca de Jarndyce contra Jarndyce? —dijo el señor Kenge, mirándome por encima de las gafas, cuyo estuche daba vueltas y vueltas como si lo estuviese acariciando—. ¿Nada acerca de una de las causas más grandes conocidas? ¿Nada acerca de Jarndyce contra Jarndyce, verdadero monumento de la práctica de la Cancillería en el cual se encuentran, yo diría, representadas mil y una veces todas las dificultades, contingencias, suposiciones y ficciones, y formas de procedimiento conocidos en ese tribunal? Es un pleito que solo puede darse en un país poderoso y libre. Ha de saber usted, señora Rachael, que el total de los gastos —temí que se dirigiese a ella por parecer distraída— asciende en el día de hoy a ¡sesenta mil libras esterlinas! —dijo el señor Kenge arrellanándose en su sillón.

Me sentí muy ignorante, pero ¿qué podía hacer? Desconocía el asunto de manera tan absoluta que ni siquiera tras lo que dijo entendía ni una palabra.

—¡Y de verdad no ha oído hablar del pleito! —decía el señor Kenge—. ¡Si parece imposible!

—La señorita Barbary, caballero —respondió la señora Rachael—, que en

gloria esté...

—Así es, estoy seguro —dijo el señor Kenge cortésmente.

—Deseaba que Esther supiera tan solo lo que podía serle útil. Y sabe lo que se le ha enseñado aquí, nada más.

—Muy bien —dijo el señor Kenge— y, en líneas generales, muy apropiado. Pero pasemos al asunto que nos interesa —dirigiéndose a mí—, habiendo fallecido la señorita Barbary, su única pariente, hija mía, pariente de hecho, como he dicho antes, porque, repito, ante la ley no tiene usted parentesco alguno, y como naturalmente no se puede esperar que la señora Rachael...

—¡Ah, no, querida! —se apresuró a decir la señora Rachael.

—Así pues —asintió el señor Kenge—, al no poder esperarse que la señora Rachael se encargue de su manutención y sustento (le suplico que no se aflija usted), se halla usted en el caso de recibir y aceptar una oferta que tenía encargo de hacerle a la señorita Barbary para usted hace dos años, y que fue desechada entonces, bajo la reserva de renovarla nuevamente si se presentase la triste circunstancia que ahora acaba de ocurrir. Pues bien, confieso que represento en el asunto Jarndyce contra Jarndyce, y en otros asuntos, a un hombre sumamente compasivo, aunque a la vez algo extraño... No quisiera salir de los límites que me impone la prudencia de mi profesión... —dijo el señor Kenge, arrellanándose en su sillón de nuevo y mirándonos a ambas con calma.

Parecía experimentar un placer irresistible en escuchar su propia voz. No podía extrañarme de ello, porque era una voz rotunda y armoniosa, que prestaba gran valor a cada una de las palabras que profería. Se escuchaba a sí mismo con evidente satisfacción y seguía a veces el compás suavemente con la cabeza o bien redondeaba con su mano una frase. La impresión que me produjo fue muy viva, aun antes de saber que tenía por modelo a un noble lord, su cliente, y que era llamado por todos Kenge el elocuente.

—El señor Jarndyce —continuó—, consciente de la posición, casi me atrevería a decir desesperada, en que se encuentra esta jovencita, se ofrece a situarla en uno de los primeros establecimientos de Inglaterra, en donde, atendidas sus necesidades y asegurada su comodidad, completará una educación que le permitirá ocupar en el mundo la posición a la cual se ha dignado destinarla, digamos, la Providencia.

Me conmovieron de tal modo estas palabras y las afectadas formas con que fueron dichas, que no acerté a contestar nada, a pesar de intentarlo.

—El señor Jarndyce —prosiguió el señor Kenge— no impone otra

condición más a allá de mostrar su esperanza de que esta jovencita no saldrá del mencionado colegio sin su conocimiento y aquiescencia. Que se esmerará con formalidad en adquirir aquellas habilidades que habrán de constituir más adelante sus medios de subsistencia. Que no se apartará nunca de la senda del honor y de la virtud, etcétera, etcétera.

Me quedé callada, menos capaz de hablar que antes.

—¿Y qué dice esta señorita? —siguió el señor Kenge—. Tómese su tiempo, ¡tómese su tiempo! Espero su respuesta. Pero ¡tómese su tiempo!

Es inútil repetir lo que respondió el menesteroso sujeto a quien se le hizo tal oferta. No hay palabras en el lenguaje humano que puedan expresar lo que sintió entonces y sentirá hasta la muerte.

Esta entrevista con el señor Kenge se celebraba en Windsor, donde había pasado toda mi vida hasta donde me alcanza la memoria. Una semana después, bien provista de todo lo necesario, partía de allí para subir a la diligencia rumbo a Reading.

La señora Rachael era demasiado buena para sentir emoción alguna en la despedida, pero yo no era tan buena, y lloré amargamente. Pensé que debería haberla conocido mejor después de tantos años y que debería haberme hecho querer más por ella, lo bastante como para que lo sintiese. Cuando me dio un beso frío de despedida en la frente, como una gota caída de la piedra helada de la entrada —era un día muy frío—, me sentí tan miserable y arrepentida ¡que me arrojé en sus brazos preguntándole si era yo la causante de que pudiera decirme adiós tan fácilmente!

—No, Esther —me respondió—, ¡es su mala suerte!

El carro estaba en la verja del pequeño prado —no habíamos salido hasta oír las ruedas— y así la dejé, con un peso en el corazón. Me dejó antes de que subiesen mi equipaje al techo del carro y cerró la puerta. Mientras pude distinguir la casa, la miré entre lágrimas. Mi madrina había legado a Rachael todo lo que poseía, y estaba en venta. Una antigua alfombra, donde había varias rosas y que siempre me pareció lo primero que había visto nunca en este mundo, colgaba fuera, expuesta al frío y a la nieve. Uno o dos días antes, envolví mi muñeca en su chal, y, casi me da vergüenza contarlo, la enterré silenciosamente al pie del árbol que daba sombra a la ventana de mi antiguo cuarto. No me quedaba más compañero que mi pájaro, y me lo llevaba en su jaula.

Cuando dejé de ver la casa, me senté delante, con la jaula en el suelo a mis pies, en el asiento bajo la alta ventanilla para mirar por ella, contemplando los árboles congelados, que eran como fragmentos de caliza, y todos los prados tersos y blancos por la nevada de la noche anterior, y el sol, tan rojo aunque

daba tan poco calor, y el hielo, negro como el acero en los sitios donde habían barrido la nieve los patines y los trineos. Frente a mí, había sentado un caballero en el carruaje al que hacían parecer muy grueso un montón de abrigos, pero estaba sentado mirando por la otra ventanilla y no se había fijado en mí.

Yo pensaba en mi difunta madrina, en la noche en que leía para ella, en su ceño tan impasible y severo en su cama, en el extraño lugar adonde me llevaban, en las personas que iba a encontrar allí y en lo que les gustaría y en lo que me dirían, cuando una voz en el carruaje me hizo dar un horrible respingo. Esta dijo:

—¿Por qué demonios llora usted?

Estaba tan aterrada que perdí la voz y apenas pude contestar en un susurro:

—¿Yo, señor?

Porque naturalmente yo sabía que tenía que ser el caballero del montón de abrigos quien me había hablado, aunque continuase mirando por su ventana.

—Sí, usted —dijo volviéndose.

—Lloraba sin darme cuenta, señor —balbucí.

—¡Pues lo está haciendo! —dijo el caballero—. ¡Mire aquí!

Vino a ponerse justo enfrente de mí de la otra esquina del coche, me pasó uno de sus puños de piel por los ojos (pero sin hacerme daño) y me mostró que estaba mojado.

—¡Aquí! ¿Se ha enterado usted ya de que está llorando?

—Sí, señor.

—¿Y por qué llora? —dijo el caballero—. ¿No quiere ir allí?

—¿Dónde, señor?

—¿Dónde? Pues adondequiera que vaya —dijo el caballero.

—Estoy muy contenta de ir allí, señor —respondí.

—Pues, en tal caso, ¡ponga una cara más alegre! —dijo el caballero.

Me parecía que era algo raro, o al menos lo que podía ver de su persona era muy raro, pues iba embozado hasta la barbilla, y su rostro estaba casi oculto tras una gorra con correas de pieles a ambos lados de la cabeza atadas bajo aquella. Sin embargo, me recobré pronto del primer susto, y no tuve miedo de él. Así que le dije que creía que lloraba por la muerte de mi madrina y porque la señora Rachael no había mostrado pena alguna al despedirse de mí.

—¡Váyase al diablo la señora Rachael! —dijo el caballero—. ¡Deje que se la lleve un vendaval montada en su escoba!

Empecé a tener verdadero miedo de él y lo miré con gran sorpresa. Pero pensé que tenía una mirada agradable, a pesar de que continuaba refunfuñando para sí y dedicándole a la señora Rachael algunos insultos.

Un momento después abrió su abrigo más superficial, que me pareció lo bastante ancho para abrigar toda la diligencia, y hundió el brazo en uno de sus profundos bolsillos laterales.

—Ahora, ¡mire aquí! —dijo—. Dentro de este envoltorio (que estaba doblado con precisión) hay un trozo de la mejor tarta de ciruela que pueda comprarse, con una capa de azúcar de una pulgada de espesor, como la grasa de las chuletas de cordero. Y aquí hay un pastelillo (este es una joya, tanto en tamaño como en calidad). Hecho en Francia. ¿Y de qué cree que está hecho? De hígado de oca cebada. Ahí lo tiene usted. Ahora veamos cómo se los come.

—Gracias, señor —respondí—. De verdad, muchas gracias. Espero que no se molestará usted, si los rehúso, me sentarían mal.

—¡Otra vez me deja de una pieza! —dijo el caballero, lo que no entendí en absoluto, y tiró ambos por la ventanilla.

No me habló más hasta el momento en que nos acercábamos a Reading, cuando me recomendó que fuera muy aplicada y buena, y me estrechó la mano. Debo decir que me quedé aliviada por su partida. Lo dejamos en un mojón. Pasé por allí andando a menudo después de aquello, y nunca, durante mucho tiempo, lo hice sin dejar de pensar en él y con alguna esperanza de encontrarme con él. Pero nunca lo hice; y así, con el tiempo, acabé por olvidarlo.

Cuando se detuvo el carruaje, se asomó a la ventanilla una dama muy bien vestida y dijo:

—Señorita Donny.

—No, señora, Esther Summerson.

—Precisamente —dijo la señora—, señorita Donny.

Entonces comprendí que se estaba presentando mediante ese nombre, me excusé por mi equivocación y le indiqué mis baúles a petición suya. Siguiendo las indicaciones de una sirvienta muy bien vestida, fueron puestas en la parte de fuera de un coche verde muy pequeño. Entonces, la señorita Donny, la sirvienta y yo nos metimos dentro y fuimos llevadas fuera de allí.

—Todo está dispuesto para recibirla, Esther —dijo la señorita Donny—, y su plan de estudios se ha trazado exactamente conforme a las instrucciones

recibidas de su tutor el señor Jarndyce.

—¿De quién dice usted, señora?

—De su tutor, el señor Jarndyce —dijo la señorita Donny.

Estaba tan desconcertada que la señorita Donny, creyendo que el frío había sido demasiado duro para mí, me ofreció su pomo de esencias.

—¿Conoce usted a mi tutor, el señor Jarndyce, señora? —le pregunté tras muchas vacilaciones.

—Personalmente no, Esther —dijo la señorita Donny—, solamente por medio de sus representantes legales, los señores Kenge y Carboy, de Londres. El señor Kenge es realmente un hombre superior. De una verdadera elocuencia. ¡Tiene frases de una nobleza sin igual!

Me pareció que era muy cierto, pero estaba demasiado confusa para prestar atención. La pronta llegada a nuestro destino, antes de que tuviese tiempo para recuperarme, aumentó mi confusión, y jamás podré olvidar el aspecto impreciso e irreal de todo lo habido aquella tarde en Greenleaf, la casa de la señorita Donny.

Pero, poco a poco, fui familiarizándome con ella. A los pocos días me había adaptado tanto al ritmo de Greenleaf que me parecía que había estado durante mucho tiempo allí y que mi antigua vida en casa de mi madrina la había soñado más que vivido.

Nada podía ser más minucioso, exacto y metódico que Greenleaf. Había un momento para cada cosa en la esfera del reloj, y cada cosa era hecha en ese preciso momento.

Éramos doce pensionistas, y había dos señoritas Donny, gemelas. Quedó sobreentendido al poco tiempo que tendría que confiar en mis capacidades como preceptora, y no solo estudiaba todo lo que se enseñaba en Greenleaf, sino que no tardé en dar algunas lecciones. Aunque en todos los demás aspectos se me trató como al resto del colegio, se hizo esa única diferencia desde el principio. Cuando empezaba a aprender algo más, enseñaba algo más, así que con el tiempo tenía mucho que hacer, lo que me alegraba mucho, porque hacía que mis queridas chicas me cogiesen cariño. Al final, cualquier nueva pupila que viniese un poco abatida y triste tenía tanta seguridad de hallar en mí a una amiga (no sé por qué en realidad) que se confió a mi cuidado a todos los recién llegados. Decían que era dulce, pero tengo claro que ellas lo eran el doble. A menudo pensaba en el propósito que hiciera en mi cumpleaños de intentar ser laboriosa, amable y fiel y de hacer algo bueno para alguien y ganarme su amor si podía. Y, de verdad, de verdad, me sentía casi avergonzada de que haciendo tan poco hubiese conseguido tanto.

Pasé en Greenleaf seis años tranquilos y felices. Y, gracias al cielo, el día de mi cumpleaños nunca vi en ningún rostro que hubiera valido más que no hubiese nacido. Cuando llegaba aquel día, recibía tantas muestras de reconocimiento y cariño, que mi cuarto se embellecía con ellas desde el día de Año Nuevo a Navidad.

En esos seis años no salí nunca de Greenleaf, a no ser para hacer algunas visitas en las inmediaciones con motivo de las vacaciones. Seis meses después de mi llegada, más o menos, le pedí a la señorita Donny consejo sobre escribir al señor Kenge para decirle que estaba muy contenta y agradecida, y con su consentimiento le escribí tal carta. El señor Kenge acusó recibo de mi carta diciendo «Tomamos nota de su contenido para trasmitirlo debidamente a nuestro cliente». Después de eso oía alguna que otra vez que la señorita Donny y su hermana comentaban que mi pensión se pagaba con exactitud todos los años, y aproximadamente dos veces al año me atrevía a escribir una carta parecida. Siempre recibía a vuelta de correo exactamente la misma respuesta, con la misma letra, con la firma de Kenge y Carboy por otra mano, que me pareció ser la del señor Kenge.

¡Me parece tan curioso que me veo obligada a escribir todos esos detalles sobre la historia de mi vida! ¡Como si este relato tratara tan solo del relato de mi vida! Pero muy pronto mi insignificante persona pasará a segundo término.

Había pasado en Greenleaf seis años tranquilos, creo decir por segunda vez, viendo realizarse en mis compañeras, como reflejados en un espejo, cada etapa de mi propia madurez y sus cambios, cuando una mañana de noviembre recibí la siguiente carta. Omito la fecha.

Old Square, Lincoln's Inn.

A la señorita Esther Summerson.

Pleito Jarndyce contra Jarndyce.

Señorita:

Nuestro cliente el señor Jarndyce se halla próximo a recibir en su casa, según ha dispuesto el Tribunal de la Cancillería, una pupila del tribunal en dicha causa, y deseando proveer a dicha pupila de una compañera de toda garantía, me encarga comunicarle a usted que le sería muy grato obtener su consentimiento en desempeñar el susodicho cargo.

Hemos atendido a los gastos y medios relativos a su traslado: carruaje gratuito, salida de Reading a las ocho de la mañana del lunes próximo para llegar a White Horse Cellar, Piccadilly, Londres, donde la esperará uno de nuestros pasantes para conducirla a nuestro despacho, según dirección del membrete.

Quedamos, señorita, devotamente a sus pies,

KENGE Y CARBOY

¡Nunca, nunca olvidaré la sensación que produjo esta carta en la casa! Cuánta bondad tuvieron al cuidarme de tal manera, cuánta misericordia me mostró el Señor, que no me había olvidado, al allanar, el camino de mi vida de huérfana y al inclinar hacia mí a todos aquellos jóvenes corazones. Apenas podía sobreponerme. No porque me afligiere al verles llorar, me temo, sino por el placer, el orgullo, la alegría y el dolor de que lo hiciesen, y la humilde pena que se mezclaba con ello, de tal modo que creí por un momento que iba a estallar mi corazón por ser presa del éxtasis.

Según la carta solo quedaban cinco días para mi marcha. Cada minuto añadía entonces nuevas pruebas de afecto y de bondad que me prodigaron durante esos cinco días. Y, cuando llegó por fin la mañana de mi partida, me hicieron recorrer todas las habitaciones, que debía ver por última vez, y entonces alguna gritaba: «Esther, querida, abracémonos aquí en mi cabecera donde me habló usted con tanta bondad la primera vez que nos vimos», y entonces otras solo me pedían que escribiese una dedicatoria, «De Esther, con cariño», y entonces todas ellas se agruparon en torno a mí con sus regalos de despedida y me abrazaron bañadas en lágrimas y exclamando: «¿Qué será de nosotras, sin nuestra Esther?», y cuando quise expresarles, a mi vez, qué pacientes y qué buenas habían sido todas conmigo y cuánto rezaba por ellas y se lo agradecía a todas por igual, ¡cómo se enterneció mi corazón! Y cuando ambas señoritas Donny manifestaron tanto pesar como cualquiera de mis compañeras y discípulas, y cuando las criadas vinieron a decirme: «Bendita sea usted, señorita, ¡adondequiera que vaya!», y cuando el jardinero, viejo, cojo y antipático, que parecía que nunca había reparado en mí, corrió casi sin aliento tras la diligencia para obsequiarme con un ramo de geranios, y cuando me dijo que yo había sido la alegría de sus ojos (de verdad, así lo dijo el anciano), ¡cómo se enterneció mi corazón!

¡Cómo podía evitar yo todo eso! Y la llegada al pequeño colegio, y el ver de manera imprevista a los niños pobres agitar las gorras y los sombreros desde lejos, y el distinguir entre ellos a un caballero de cabello cano y a su esposa, a cuya nieta había enseñado a leer y a escribir y cuya casa había visitado, ellos que pasaban por ser las personas más orgullosas del lugar y que olvidaban su orgullo para decirme: «¡Adiós, Esther, ojalá que seas muy feliz!». Cómo podía evitar acurrucarme en un rincón de la diligencia y decir «¡Qué agradecida estoy! ¡Qué agradecida!» sin parar.

Pero, desde luego, pronto comprendí que no debía presentarme llorando a donde iba después de tantas bondades como habían tenido conmigo. Así que me obligué a sollozar menos, desde luego, y a convencerme a mí misma de

permanecer en silencio diciéndome con frecuencia: «Esther, ¿tienes que hacerlo! ¡No te pongas así!». Y me animé bastante por fin, aunque me temo que tardé más de lo que hubiese debido. Y entonces me lavé los ojos con agua de lavanda cuando me pareció que estábamos próximos a llegar a Londres. Estaba completamente convencida de que antes de diez millas llegaríamos, pero pasadas las diez millas lo estaba de que no íbamos a llegar nunca. No obstante, al darme cuenta de que la diligencia traqueteaba ya sobre camino empedrado, y, sobre todo, que parecía que todos los otros carruajes corrían hacia nosotros, y nosotros parecíamos correr hacia todos los demás, empecé a suponer que nos encontrábamos decididamente en el término de nuestro viaje. Poco tiempo después habíamos llegado a nuestro destino.

Un joven caballero, en cuya ropa se destacaban algunas manchas de tinta accidentales, me dirigió la palabra desde la acera:

—Pertenezco a Kenge y Carboy de Lincoln's Inn, señorita —me dijo.

—Si no le importa, señor —le dije.

Se mostró muy obsequioso y me dio la mano para subir a un coche ligero, después de disponer que trasladasen a él mi equipaje. Le pregunté si había algún incendio en algún lado, ya que las calles estaban llenas de un humo pardo tan denso que apenas se distinguían los objetos más cercanos.

—¡Oh! No, qué cosas tiene, señorita —dijo—. Es una de las particularidades de Londres.

Yo nunca había oído tal cosa.

—Niebla, señorita —dijo el joven caballero.

—¿Es posible? —dije.

Y cruzamos las calles más sombrías y sucias que se hayan visto en el mundo, creo, y en tan molesto estado de confusión que me preguntaba cómo la gente podía estar en su sano juicio. Hasta que de repente se hizo la calma al atravesar un vetusto portal y penetramos en una plaza silenciosa hasta llegar a una especie de rincón en una esquina, donde había una entrada en lo alto de un tramo de escalera amplio y empinado como el atrio de una iglesia. Y precisamente había allí un cementerio fuera, bajo unos claustros, a juzgar por unas losas sepulcrales que distinguí a través de una de las ventanas de la escalera.

Eso era Kenge y Carboy. El joven caballero me introdujo en el despacho del señor Kenge, donde no había nadie, y me ofreció cortésmente un sillón, que acercó a la chimenea. Entonces llamó mi atención sobre un espejo que colgaba a uno de los lados de la chimenea.

—Si quiere usted arreglarse un poco tras el viaje antes de ser conducida a

presencia del gran Canciller, puede usted hacerlo, aunque veo que no es necesario —dijo el joven caballero con gran delicadeza.

—¿Ir ante el Canciller? —dije sobresaltándome un momento.

—Es una mera formalidad, señorita —respondió el joven caballero—. El señor Kenge está ahora informando ante el Tribunal. Me ha encargado que la salute a usted en su nombre y que la invite a tomar un bocado mientras lo espera.

En una mesita había una jarra de vino y unas galletas.

—Y a echar un vistazo al periódico.

Me lo entregó mientras hablaba. Atizó el fuego entonces y salió de allí.

Todo aquello era tan extraño —lo que más me extrañaba era que fuera de noche en pleno día, y las velas que despedían una luz pálida y que parecían lóbregas y frías— que apenas podía entender las palabras que trataba de leer y me encontré a mí misma leyendo las mismas palabras una y otra vez. Así que, como era inútil seguir con aquello, dejé el periódico, le eché un vistazo a mi sombrero ante el espejo para saber si estaba en perfecto estado, y dirigí una mirada en torno a aquel despacho, que no estaba muy despejado, y a las gastadas y polvorientas mesas, a los montones de papeles, a los estantes repletos de libros que por su aspecto no ofrecían el menor interés de lectura. Y luego seguí pensando, pensando, pensando, y el fuego ardía, ardía, ardía, y las velas seguían parpadeando y consumiéndose, y no había despabiladeras — hasta que el joven caballero llevó un par muy sucio—, durante dos horas.

Por fin apareció el señor Kenge. No estaba nada cambiado, pero en cambio él se sorprendió mucho viendo cuánto lo había hecho yo, y pareció alegrarse bastante.

—Comoquiera que va usted a ser la compañera de la joven señora que se halla en este momento en el despacho privado del Canciller, señorita Summerson —me dijo—, hemos pensado que debía estar usted presente también. ¿Supongo que no la intimidará a usted el lord Canciller?

—No, señor —dije—, no creo que lo haga —sin acertar a comprender por qué podía intimidarme.

Así que el señor Kenge me ofreció el brazo, y doblamos la esquina, bajo una columnata, y franqueamos una puerta lateral. Y así llegamos, por un corredor, a una lujosa sala donde estaban de pie una señorita y un joven caballero cerca de una gran chimenea que crepitaba mucho. Había una pantalla interpuesta entre ellos y el fuego, y estaban inclinados hacia esta, hablando. Ambos volvieron el rostro cuando entré. ¡Qué chica más bella, con el fuego brillando sobre ella! ¡Qué cabello dorado tan exuberante, qué ojos azul

celestes y qué rostro tan alegre, inocente, confiado!

—Señorita Ada —dijo el señor Kenge—, tengo el gusto de presentarle a la señorita Summerson.

Se acercó para saludarme con una sonrisa afectuosa y me alargaba la mano, pero como si cambiase enseguida de opinión me dio un beso. En resumen, tenía una manera de ser tan espontánea, encantadora, cautivadora que al cabo de algunos minutos estábamos sentadas en el asiento de la ventana una al lado de otra, junto al resplandor del fuego, hablando de forma tan desenvuelta y alegre como era posible. ¡Menudo alivio! ¡Qué satisfacción cuando comprendí que le inspiraba confianza y que podía llegar a quererme! ¡Era muy amable por su parte y muy alentador para mí!

El joven era un pariente lejano suyo, según me dijo, y se llamaba Richard Carstone. Era un joven apuesto, con un rostro que inspiraba lealtad y una risa todavía más franca. Y después de que lo hubiese invitado a donde estábamos nosotras, se puso a nuestro lado, y habló con alegría y despreocupación. Era muy joven, apenas tenía diecinueve años entonces, que, si bien no eran muchos, eran casi dos más de los que tenía ella. Ambos eran huérfanos y no se habían conocido hasta ese día, lo que me pareció sorprendente y curioso. Que nos viésemos los tres reunidos por vez primera en un sitio tan poco habitual era una de las cosas que había que hablar y hablábamos sobre ello; y el fuego, que había dejado de crepitar, nos guiñaba sus ojos enrojecidos como un viejo Canciller adormilado, así dijo Richard.

Charlábamos en voz baja, porque de vez en cuando entraba en el salón un caballero con toga y peluca, y volvía a salir al momento. Y cuando lo hacía, llegaba a nuestros oídos un ruido monótono y distante, que decía ser un abogado de nuestro caso dirigiéndose al lord Canciller. Le contó al señor Kenge que el Canciller no tardaría más de cinco minutos en estar allí, y enseguida oímos un ajetreo y numerosos pasos y el señor Kenge dijo que se había levantado la sesión y que su señoría estaba en el despacho de al lado.

El caballero con peluca abrió la puerta casi inmediatamente y le rogó al señor Kenge que entrase. Después entramos todos en el despacho de al lado, el señor Kenge primero con mi amiga —esto me resulta tan natural ahora que no puedo evitar llamarla así—. Y allí estaba, todo vestido de negro, sentado en un sillón, cerca de una mesita al lado de la chimenea, su señoría, cuya toga, ribeteada con encajes dorados, había sido arrojada sobre otro asiento. Nos lanzó una mirada penetrante según entrábamos, pero nos recibió con cortesía y amabilidad. El caballero de la peluca colocó sobre la mesita de su señoría varios montones de legajos, de entre los cuales su señoría eligió uno y lo examinó brevemente.

—¿Señorita Clare? —dijo el lord Canciller—. ¿Señorita Ada Clare?

El señor Kenge se la presentó, y su señoría le rogó que se sentase a su lado.

En un momento vi que disfrutaba mirándola y que se interesaba por ella. Me conmovió que el hogar de esa bella y joven criatura pudiese estar representado por ese árido y solemne lugar. El mismo lord Canciller, considerándolo bajo su mejor aspecto, suplía bien pobremente el orgullo y el amor paternos.

—El Jarndyce del que se trata —dijo hojeando los legajos que tenía delante— es el Jarndyce de la Casa lúgubre.

—El Jarndyce de la Casa lúgubre, señor —dijo el señor Kenge.

—¡Qué nombre tan deprimente! —observó el lord Canciller.

—Pero no es un paraje deprimente a día de hoy, milord —dijo el señor Kenge.

—Y la Casa lúgubre ¿en dónde está? —dijo su señoría.

—En Hertfordshire, milord.

—¿No está casado el señor Jarndyce?

—No, milord —dijo el señor Kenge.

Una pausa.

—¿Está presente el joven señor Richard Carstone? —dijo el lord Canciller mirando hacia él.

Richard hizo una reverencia y dio un paso al frente.

—¡Hum! —dijo el lord Canciller, pasando rápidamente más hojas.

—El señor Jarndyce de la Casa lúgubre, milord —observó el señor Kenge en voz baja—, me aventuraría a recordarle a su señoría, ha proporcionado una digna compañera a...

—¿Al señor Richard Carstone? —Así creí entender, pero no estoy muy segura, su señoría lo dijo igualmente en voz baja y con una sonrisa.

—A la señorita Ada Clare, milord. Esta es la joven, la señorita Summerson.

Su señoría me dedicó una mirada llena de indulgencia, y correspondió cortésmente a mi humilde reverencia.

—Ninguna de las partes interesadas en la causa está unida a la señorita Summerson por parentesco, supongo.

—No, milord.

El señor Kenge se inclinó antes de que aquella frase fuese acabada en voz

baja y susurrada. Su señoría lo escuchó sin levantar la vista de sus legajos, asintió dos o tres veces, hojeó más páginas, y no miró hacia mí hasta que nos estuvimos yendo.

El señor Kenge y Richard vinieron a encontrarme donde estaba, cerca de la puerta, dejando a mi preferida (esto me resulta tan natural ahora que no puedo evitarlo) sentada al lado del gran Canciller, quien hablaba con ella aparte, preguntándole, según me contó después, si había reflexionado bien el acuerdo propuesto, y si creía que sería feliz bajo el techo del señor Jarndyce de la Casa lúgubre y qué le hacía pensar eso. Después se levantó y la dejó ir, y entonces habló algunos minutos con Richard Carstone, no sentado, sino de pie, y en general con más cordialidad y menos ceremonia como si todavía supiera, aunque era el lord Canciller, cuál era el medio de granjearse la confianza de un joven.

—Muy bien —dijo alzando la voz su señoría—, ahora ya puedo expedir la orden. El señor Jarndyce ha elegido hasta donde puedo juzgar —y esto lo dijo mirándome a mí— perfectamente a la compañera de la joven, y el acuerdo parece en general lo mejor dadas las circunstancias.

Nos despidió afectuosamente, y salimos todos afuera muy agradecidos por ser tan afable y cortés, sin que aquello le hiciese perder en nada su dignidad, sino que a nuestros ojos le había dado mayor realce.

Cuando estuvimos en el pórtico, el señor Kenge recordó que debía regresar un momento para hacer ciertas preguntas, y nos dejó en medio de la niebla, con el coche y los criados del lord Canciller, que esperaban a que este saliese.

—¡Bueno! —dijo Richard Carstone—. ¡Pues ya está todo! Y ¿adónde vamos ahora, señorita Summerson?

—¿No lo sabe usted? —dije.

—Ni remotamente —dijo.

—¿Y usted no lo sabe, querida? —le pregunté a Ada.

—¡No! —dijo—. ¿Ni usted?

—¡En absoluto! —dije yo.

Nos mirábamos unos a otros, medio riéndonos de nosotros mismos como los niños en el bosque, cuando se acercó a nosotros sonriendo y haciendo reverencias una curiosa viejecita, con el sombrero arrugado y llevando en la mano un bolso.

—¡Oh! —dijo—. ¡Los pupilos en lo de Jarndyce! ¡Qué placer de tener el honor! La juventud, la esperanza y la hermosura son un feliz presagio cuando se hallan en este sitio sin saber el futuro que les aguarda.

—Está loca —susurró Richard, sin suponer que ella pudiese oírlo.

—En efecto, mi joven caballero, estoy loca —respondió tan rápidamente que lo dejó bastante avergonzado—. Fui pupila en otro tiempo, y no estaba loca entonces —dijo haciendo pequeñas reverencias y sonriendo entre cada mínima frase—. Tenía esperanzas, juventud y hasta hermosura, según creo. Eso importa muy poco ahora. Ninguna de las tres cosas me sirvió ni me salvó. Tengo la honra de asistir con frecuencia al tribunal. Con mis documentos, espero una sentencia, y muy pronto... En el día del Juicio Final. He descubierto que el sexto sello mencionado en las Sagradas Escrituras es el sello del Tribunal Supremo. ¡Fue abierto hace mucho tiempo! ¡Les ruego que acepten mi bendición!

Como Ada estaba un poco asustada, le dije, para acceder a los deseos de la pobre anciana, que nos sentíamos muy agradecidos.

—¡Muy bien! —dijo de manera remilgada—. Así lo creo. ¡Ah! Ahí viene Kenge el elocuente, ¡con sus documentos! ¿Cómo sigue su señoría?

—Bastante bien, bastante bien, ahora no seas inoportuna... ¡Es una pobre mujer! —dijo el señor Kenge, llevándonos de vuelta.

—De ninguna manera —dijo la infeliz anciana siguiéndonos a Ada y a mí—. Cualquier cosa menos inoportuna. Espero que hereden ambas de mí grandes haciendas, lo que no es nunca inoportuno. Espero la sentencia muy pronto. En el día del Juicio Final. Es un buen presagio para ustedes. ¡Acepten mi bendición!

Se paró al final del empinado y ancho tramo de escalera, pero cuando volvimos la mirada mientras nos íbamos, allí estaba todavía diciendo, todavía con una reverencia y una sonrisa a cada frasecita:

—Esperanza. Y juventud. Y belleza. Y Cancillería... ¡Y Kenge el elocuente! ¡Ah! ¡Os ruego que aceptéis mi bendición!

IV

Filantropía telescópica

El señor Kenge nos anunció, cuando llegamos a su despacho, que debíamos pasar la noche en casa de la señora Jellyby. Entonces se volvió hacia mí y dijo que daba por sentado que sabía quién era la señora Jellyby.

—La verdad es que no, señor —respondí—. Tal vez el señor Carstone..., la señorita Clare...

Pero no, no sabían, más que yo, nada de la señora Jellyby.

—¡Es posible! La señora Jellyby —dijo el señor Kenge, vuelto de espaldas al fuego y con los ojos fijos en la polvorienta alfombra donde parecía leer la biografía de la señora Jellyby— es una persona de una fuerza de carácter realmente notable y que está enteramente consagrada al bien común. Se ha consagrado, en diversas ocasiones, a una gran variedad de temas de interés común y en la actualidad, hasta que otra cosa llame su atención, se consagra al tema de África desde el punto de vista del cultivo de la planta del café y de los indígenas, y del ventajoso asentamiento de nuestra población local sobrante en las riberas de los ríos africanos. El señor Jarndyce, que se complace en fomentar todas las obras que puedan ser consideradas útiles, y cuya cooperación es demandada por todos los filántropos, tiene, creo, formada una excelente opinión de la señora Jellyby.

El señor Kenge se quedó mirándonos mientras se arreglaba la corbata.

—¿Y el señor Jellyby, señor? —insinuó Richard.

—¡Ah! El señor Jellyby —dijo el señor Kenge— es..., no sé cómo describírselo mejor que diciendo que es el marido de la señora Jellyby.

—¿Un don nadie? —dijo Richard con una mirada irónica.

—Yo no diría tal cosa —respondió el señor Kenge con seriedad—, no podría decirlo entre otras razones porque no sé nada de él. Nunca, que yo sepa, he tenido el placer de encontrarme con el señor Jellyby. Tal vez sea un hombre excelente, aunque está, por así decirlo, completamente eclipsado por las luminosas cualidades de su mujer.

El señor Kenge pasó a contarnos que, como el camino a la Casa lúgubre sería largo, sombrío y aburrido en una tarde como aquella y como ese día ya habíamos estado viajando, el señor Jarndyce había propuesto él mismo este acuerdo. Habría un carruaje en casa de la señora Jellyby para llevarnos fuera de la ciudad a la mañana siguiente.

Llamó entonces con la campanilla, y entró el joven caballero.

Se dirigió a él como Guppy, y el señor Kenge le preguntó si se habían «hecho circular» las cajas de la señorita Summerson y el resto del equipaje. El señor Guppy dijo que sí, que las habían hecho circular, y que un cochero nos aguardaba en un coche para que circulásemos también cuando gustásemos.

—Solo me resta, pues —concluyó el señor Kenge estrechándonos la mano—, manifestarles a ustedes mi sincera satisfacción por (que tenga un buen día, señorita Clare) el arreglo que acaba de cerrarse (adiós, señorita Summerson) y mi sincera esperanza de que todo redundará en la felicidad, el (un verdadero placer en haberle conocido, señor Carston) bienestar y el mayor provecho,

desde todos los puntos de vista, de todos los implicados. Guppy, cuide de que este grupo llegue sano y salvo.

—¿Dónde está, señor Guppy? —dijo Richard cuando bajábamos la escalera.

—Cerca de aquí —dijo el señor Guppy—, cerca de Thavie's Inns, ya sabe.

—Pues no puedo decir que lo sepa, acabo de llegar de Winchester y no he estado nunca en Londres.

—A la vuelta de la esquina —dijo el señor Guppy—. No tenemos más que torcer Chancery Lane arriba, y cruzar por Holborn, y llegaremos en cuatro minutos, lo tenemos a mano. Ahora sí que tratamos con una particularidad de Londres, ¿no es así, señorita?

Parecía encantado de ello por mí.

—En efecto, ¡la niebla muy densa! —dije.

—Nada que a usted le afecte, sin embargo, estoy convencido —dijo el señor Guppy, subiendo el tono—. Por el contrario, parece que le sienta bien, señorita, a juzgar por su aspecto.

Sabía que tenía buenas intenciones al hacerme ese cumplido, así que me reí de mí misma por ruborizarme cuando cerró la portezuela y subió al pescante. Y nosotros tres nos reímos y charlamos sobre nuestra inexperiencia y las rarezas de Londres hasta que pasamos bajo un pasaje abovedado hacia nuestro destino: una calle estrecha de casas altas semejante a una oblonga cisterna para guardar niebla. Había un pequeño barullo de gente, especialmente niños, reunido alrededor de la casa en la que paramos, que tenía una placa de latón deslustrado en la puerta donde se leía: «Jellyby».

—¡No se asusten ustedes! —dijo el señor Guppy, vuelto hacia la ventanilla del coche—. Uno de los niños de los Jellyby ha introducido la cabeza entre los barrotes de una propiedad.

—¡Pobre criatura! —dije—. ¡Déjeme salir, se lo ruego!

—No se alarme usted, señorita: los niños de Jellyby siempre están metidos en algo —dijo el señor Guppy.

Me abrí paso hasta el pobre niño, que era de los más sucios desventurados que había visto en mi vida, y al que me encontré muy angustiado y asustado y dando horribles gritos, forcejeando entre dos barrotes de hierro, mientras un lechero y un guardia, con las mejores intenciones posibles, procuraban tirar de él por las piernas ante la opinión general de que su cráneo podía comprimirse por dichos medios. Como me encontré (después de calmarlo) con que era un muchachito de cabeza por naturaleza grande, pensé que tal vez por el espacio

por donde había pasado la cabeza no tardaría en seguir todo el cuerpo, e indiqué que la mejor manera de liberarlo podía ser empujarlo hacia delante. Esta opinión fue acogida con tan buena disposición por el lechero y el guardia que este lo hubiera empujado inmediatamente al contorno de la propiedad si no lo hubiese cogido del chaleco mientras Richard y el señor Guppy corrían abajo por la cocina para cogerlo cuando se viese libre. Por fin, fue bajado, afortunadamente sin incidentes, y entonces empezó a pegar al señor Guppy con un palo de aro en un ataque de rabia.

No había aparecido nadie perteneciente a la casa salvo una persona con zuecos, que lo apaleó con una escoba desde abajo, no sé con qué finalidad, y no creo que ella lo supiese. De esto deduje que la señora Jellyby no estaba en casa, y me quedé bastante sorprendida cuando apareció la misma persona en el pasillo sin los zuecos, subió a la trastienda del primer piso delante de Ada y de mí, y allí nos anunció como «¡Las dos jóvenes señoritas, señora Jellyby!». Siguieron detrás de nosotros varios niños más, y nos vimos en apuros para no atropellarlos al avanzar en la oscuridad; y, cuando llegamos ante la señora Jellyby, una de aquellas pobrecitas criaturas rodó por la escalera un tramo entero (así me pareció oír), con gran estrépito. La señora Jellyby, cuyo rostro no se inmutó lo más mínimo (lo que no pudimos evitar mostrar en los nuestros al retumbar la cabeza del angelito a su paso con un golpe en cada escalón, Richard nos diría después que había contado siete además de uno del rellano), nos recibió con la más perfecta serenidad. Era una mujer minúscula, regordeta, de entre cuarenta y cincuenta años de edad, agraciada, con ojos bonitos, aunque tenían la curiosa costumbre de mirar en lontananza. Como si (cito a Richard de nuevo) el objeto más próximo que pudiese alcanzar su vista estuviese en África.

—Siento un verdadero placer —nos dijo la señora Jellyby con agradable voz— en recibirlos. El señor Jarndyce me merece el más profundo respeto, y no pueden resultarme indiferentes las personas por quienes se interesa.

Le expresamos nuestra gratitud y fuimos a sentarnos detrás de la puerta donde había un sofá cojo. La señora Jellyby tenía un cabello muy bonito, pero estaba muy ocupada con sus deberes africanos como para peinarse. Se le cayó el chal, en el que se había envuelto sin apretarlo, a la silla, cuando avanzó hacia nosotros. Y, como se volvió para regresar a su asiento, no pudimos dejar de advertir que su vestido ni con mucho se unía por la espalda y que ese espacio abierto era recorrido por una celosía de corsé, como las de las casas de verano.

La habitación, inundada de papeles, y casi enteramente ocupada por un enorme escritorio, cubierto igualmente de legajos, estaba, debo decir, no solo muy desordenada, sino muy sucia. Se nos obligaba a prestar atención de ello con nuestro sentido de la vista, al tiempo que, con nuestro sentido del oído,

atendíamos al pobre niño que había dado volteretas escaleras abajo: creo que estaba en la cocina de atrás, donde todo el mundo parecía reprenderlo.

Pero lo que nos produjo curiosidad fue una chica hastiada y de aspecto enfermizo, aunque en absoluto fea, que, sentada delante de la mesa, mordía las barbas de su pluma fijando en nosotros su mirada. Jamás recuerdo haber visto a persona alguna más llena de manchas de tinta. Y, desde la maraña de sus cabellos hasta sus lindos pies, que estropeaban unas zapatillas de raso raídas y rotas, en chancla, parecía no tener realmente ninguna de las prendas de su vestido, ni un solo alfiler, que estuviera en el debido estado o en el lugar correcto.

—Me encuentran ustedes, queridos —dijo la señora Jellyby—, apagando las dos grandes velas en candeleros de plomo del despacho, que perfuman la habitación con un fuerte olor a sebo. —El fuego se había extinguido, y no había nada en la chimenea más que ceniza, un haz de leña y un atizador—. Me encuentran, queridos, como siempre, muy ocupada, tendrán que perdonármelo. El proyecto africano ahora mismo no me deja ni un momento de reposo. Me obliga a sostener una constante correspondencia con varios ministerios y con personas preocupadas por el bienestar de su especie en todo el país. Tengo la satisfacción de anunciarles que la empresa avanza. Para el año próximo confiamos tener de ciento cincuenta a doscientas robustas familias que van a cultivar el café y a instruir a los indígenas de Borriboola-Gha, en la orilla izquierda del Níger.

Como Ada no dijo nada, pero me había mirado, dije yo que el resultado debía de ser muy satisfactorio.

—Es altamente satisfactorio —dijo la señora Jellyby—. Esta obra implica la dedicación de todas mis energías, tantas como sean, pero eso me da igual, todo lo doy por bien empleado. Día a día me parece más seguro el éxito. Y casi me asombra, de verdad, señorita Summerson, cómo no ha pensado usted nunca en irse a África.

Esta solicitud me cogió desprevenida por completo, y no supe, francamente, qué contestar. Insinué que el clima...

—¡El clima más delicioso de la tierra! —dijo la señora Jellyby.

—¿De verdad, señora?

—Desde luego. Con precauciones —dijo la señora Jellyby—. Puede ir usted a Holborn sin tomarlas, y ser atropellada. Puede ir usted a Holborn tomándolas, y no ser atropellada nunca. Lo mismo ocurre con África.

—No lo dudo —dije, pensando en Holborn.

—Si quiere usted —dijo la señora Jellyby, alcanzándonos varios periódicos

— echar una ojeada de las observaciones sobre este asunto, que ha sido ampliamente divulgado, mientras acabo de dictarle una carta ahora a mi hija mayor, que es mi amanuense.

La chica de la mesa dejó de morder su pluma y nos devolvió el saludo con uno que era a medias avergonzado y a medias malhumorado.

—En un momento habré terminado —prosiguió la señora Jellyby con una dulce sonrisa—, aunque mi trabajo no acaba nunca. ¿Dónde estábamos, Caddy?

—Saludo al señor Swallow y le suplico... —dijo Caddy.

—... y le suplico —dijo la señora Jellyby dictando— que lo informe, en atención a su carta donde preguntaba sobre el proyecto africano... ¡No, Peepy, bajo ningún concepto!

El autodenominado Peepy era el desafortunado niño que había rodado por la escalera, quien ahora interrumpía la correspondencia presentándose con la frente cubierta de un emplasto y enseñando las heridas de sus rodillas. Ada y yo no sabíamos qué nos daba más lástima: las contusiones o su suciedad. La señora Jellyby dijo tan solo, sin perder la habitual serenidad con que decía todo:

—Vete de aquí, Peepy travieso. —Y volvió sus bonitos ojos a África otra vez.

Sin embargo, como su madre continuaba dictando, y como yo no interrumpía nada por hacerlo, me atreví a detener en voz baja al pobre Peepy cuando se estaba yendo y me lo puse en las rodillas. Pareció muy sorprendido de ello y de que Ada le diese un beso, pero pronto se quedó dormido en mis brazos, sollozando cada vez con menor frecuencia hasta que se calló. Estaba tan pendiente de Peepy que me perdí los detalles de la carta, aunque me llevé de ella tal impresión por la trascendental importancia de África, y la absoluta insignificancia de todos los demás lugares y cosas, que me sentí bastante avergonzada de haber pensado tan poco en ello.

—¡Las seis! —dijo la señora Jellyby—. ¡Y cenamos a las cinco! (aunque por regla general no tenemos hora fija). Caddy, acompaña a esas dos señoritas a su cuarto. ¿Tal vez quieran cambiarse de ropa? Supongo que me dispensarán ustedes estando tan ocupada. ¡Ay, qué niño tan malo! Le ruego que deje al niño en el suelo, señorita Summerson.

Le pedí permiso para llevarlo conmigo arriba y lo acosté en mi cama.

Ada y yo teníamos dos cuartos que se comunicaban por una puerta. Tenían poquísimos muebles, estaban muy desordenados, y las cortinas del mío estaban sujetas al crucero de la ventana con un tenedor.

—¿Desean tal vez agua caliente? —nos dijo la señorita Jellyby—. Buscando en vano una jarra donde ponerla.

—Si no le es a usted molesto... —dijimos.

—¿Molesto? De ningún modo —respondió la señorita Jellyby—. La cuestión está en si hay una.

La tarde era tan fría y los cuartos tenían tanto olor a charca que confieso que me encontraba deprimida y a Ada casi se le saltaban las lágrimas. Sin embargo, muy pronto nos echamos a reír de nuestra situación y estábamos abriendo los baúles afanosamente cuando volvió la señorita Jellyby para decirnos que lo sentía, que no había agua caliente, que no encontraba la jofaina y que no había cazuela en la casa que no estuviese rota.

Le suplicamos que no se molestase, e hicimos los mayores esfuerzos para encender fuego. Pero todos los niños habían subido y contemplaban, desde el descansillo, el fenómeno que presentaba Peepy durmiendo en mi cama. Y llamó nuestra atención cierto número de narices y de dedos en situación de peligro entre las bisagras de las puertas. Era imposible cerrar la puerta de cualquiera de los cuartos, porque, sin pomo, parecía como si quisiera darle cuerda a mi cerradura; y aunque el picaporte de Ada daba vueltas y vueltas con la mayor suavidad, no llegaba a tener efecto alguno en la puerta. Por lo tanto, invité a todos los niños a que entrasen y se portasen muy bien alrededor de mi mesa, y les conté la historia de Caperucita roja mientras me vestía. Así lo hicieron y se estuvieron quietecitos como polluelos, incluso Peepy, que se despertó oportunamente antes de que llegase el lobo.

Cuando bajamos, nos encontramos una taza grabada con las palabras «Recuerdo de los baños de Tunbridge» iluminada en la ventana de la escalera con una mecha vacilante, y a una joven con la cara hinchada y cubierta con una venda de franela que soplaba el fuego del salón (ahora unido con el despacho de la señora Jellyby por una puerta abierta) y que se ahogaba de manera espantosa. Se hizo tal humareda, en resumen, que todos nos pasamos tosiendo y llorando media hora con las ventanas abiertas, durante la cual la señora Jellyby, con la misma dulzura de carácter, mandaba cartas acerca de África. Que estuviera tan completamente entregada era, debo confesar, un gran alivio para mí, porque Richard nos contó que se había lavado las manos en una tartera y que se había encontrado la tetera en la mesa del tocador, lo que le hizo reír a Ada tanto como a mí de la manera más absurda.

Poco después de las siete bajamos a cenar, con cuidado, gracias al consejo de la señora Jellyby, porque las alfombras de la escalera además de estar en mal estado, con jirones, tenía unos agujeros que eran verdaderas trampas.

Nos sirvieron bacalao, un trozo de asado, un plato de chuletas y un postre.

Una excelente cena, si todo hubiera estado en su punto, pero por desgracia estaba casi cruda. Nos servía la joven de la venda de franela, soltándolos todos encima de la mesa sin importarle dónde cayesen, y dejándolos allí hasta que los ponía en las escaleras. La persona que había visto con zuecos, que supuse que era la cocinera, iba a la puerta a menudo y tenía una refriega con ella, y parecía que se tuvieran rencor. Durante toda la cena (que fue larga, a consecuencia de mil accidentes como verterse la fuente de las patatas en el cubo del carbón o salirse el tirador del sacacorchos y golpear a la joven en la barbilla), la señora Jellyby supo conservar siempre la dignidad.

Nos contó un sinfín de cosas interesantes sobre Borrioboola-Gha mientras recibía a cada momento cartas y más cartas. Richard, que estaba sentado a su lado, vio hasta cuatro sobres en su salsa al mismo tiempo. Algunas de las cartas procedían de determinados comités femeninos o de resoluciones de encuentros femeninos, que nos leía a nosotros; otras eran peticiones de personas entusiasmadas cada una a su modo con el cultivo del café y de los indígenas; otras requerían respuesta, y estas se las dio a su hija mayor desde la mesa en tres o cuatro ocasiones para que las escribiera. No hacía más que trabajar y sin lugar a dudas estaba, como nos había dicho, consagrada a la causa. Yo me sentía intrigada por saber quién podría ser un caballero medio calvo y con anteojos que, después de que retiraran la fuente del pescado, se dejó caer en una silla libre (no estaba ni en la cabecera ni en ningún sitio en particular). Parecía haberse rendido de manera pasiva a Borrioboola-Gha pero no estar interesado de manera activa en la colonización. Como no decía una palabra, bien hubiera podido tratarse de un indígena, salvo por su color de piel. No fue hasta que nos levantamos de la mesa y vi que se quedaba con Richard a solas que se me ocurrió la idea de que podía ser el señor Jellyby. Pues era el señor Jellyby. Y un joven muy hablador que vino aquella noche, que se llamaba señor Quale, con el cabello peinado hacia atrás y con dos sienes abultadas y relucientes, filántropo según le contó a Ada, le informó también de que llamaba a la alianza matrimonial de la señora Jellyby con el señor Jellyby la unión del espíritu y la materia.

Este joven, además de hablar también mucho de África y de un proyecto suyo de enseñar a los colonos del café a enseñar a los indígenas a torrear las patas de los pianos y establecer un negocio de exportación, se complacía en tirar de la lengua a la señora Jellyby diciéndole «creo que hasta ahora, señora Jellyby, recibe tantas como ciento cincuenta o doscientas cartas relativas a África en un solo día, ¿no es así?», o «Si la memoria no me engaña, señora Jellyby, apuntó una vez que había enviado en un mismo correo hasta cinco mil circulares». Y nos repetía cada vez la respuesta de la señora Jellyby como un intérprete.

Durante toda la velada, el marido permaneció sentado en un rincón, con la

cabeza apoyada en la pared como si fuese víctima de un profundo abatimiento. Pareció que iba a abrir la boca varias veces cuando después de comer se quedó a solas con Richard, como si tuviese algo en mente, pero siempre volvió a cerrarla sin decir nada, para gran asombro del señor Carstone.

La señora Jellyby, sentada en algo así como un nido de papel despilfarrado, bebió café toda la velada y le dictaba a ratos a su hija mayor. Mantenía a un mismo tiempo un debate con el señor Quale cuyo tema parecía ser —si lo entendí bien— la fraternidad humana, y manifestó los más nobles sentimientos.

Sin embargo, no me fue posible escuchar con tanta atención como hubiera deseado, porque Peepy y los otros niños vinieron en tropel alrededor de Ada y de mí en un extremo del salón para pedirme otro cuento. Así que nos sentamos entre ellos y les conté en susurros el Gato con botas y no sé qué más, hasta el momento en que la señora Jellyby, acordándose de ellos por casualidad, los mandó a la cama. Como Peepy gritaba que lo llevase a la cama, lo subí arriba, donde la joven con la venda de franela cargaba en medio de los pequeños de la familia como un dragón y los zarandeaba metiéndolos en la cama. Después traté de poner en orden nuestro cuarto, y conseguí, tras mucha mano izquierda, un fuego vivo que prendió hasta arder, como por fin hizo, con gran intensidad.

A mi vuelta abajo comprendí que la señora Jellyby me miraba compasivamente por ser tan frívola, lo cual me entristeció, aunque al mismo tiempo sabía que mis pretensiones no superaban a mis cortos alcances.

Llegamos casi a la medianoche antes de que encontrásemos una ocasión de retirarnos, pero incluso en ese momento dejamos a la señora Jellyby entre sus papeles tomando café, mientras la señorita Jellyby mordía las barbas de la pluma.

—¡Qué casa más extraña! —dijo Ada cuando estuvimos arriba—. ¡Qué idea ha tenido mi primo Jarndyce enviándonos aquí!

—Cariño —dije—, todo lo que veo me confunde. Por más que me esfuerzo no acierto a comprenderlo.

—¿El qué? —preguntó Ada con su bonita sonrisa.

—Todo esto, querida —dije—. Debe de ser muy bueno para la señora Jellyby el tomarse tales desvelos en favor de los indígenas, pero ¡no tanto para Peepy y esta casa!

Ada se rio, y me rodeó el cuello con el brazo mientras contemplaba el fuego, y me dijo que era muy discreta, cariñosa y buena y que había conquistado su corazón.

—Eres tan pensativa —dijo—, ¡y sin embargo tan alegre! ¡Y haces tanto

sin hipocresía alguna! Harías un hogar hasta de esta casa.

¡Mi sencilla amiga! Era completamente inconsciente de que se deshacía en elogios hacia sí misma pues era la bondad de su propio corazón la que me adornaba así.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dije cuando nos sentamos ante el fuego un ratito.

—Como si fueran mil —dijo Ada.

—¿Quieres hablarme del señor Jarndyce, a quien debo tanto? ¿Te importaría describírmelo?

Sacudiendo su cabello dorado, Ada volvió la mirada hacia mí con tal carcajada de asombro que me lo contagió en parte por su belleza en parte por su sorpresa.

—Pero ¡Esther! —gritó—. ¡Cariño! ¿Que te haga una descripción de mi primo Jarndyce?

—Cariño, no lo he visto nunca.

—Pero ¡si yo tampoco lo he visto nunca! —respondió Ada.

—Pues ¡vaya!

No, nunca lo había visto. De pequeña, antes de que falleciese su madre, se acordaba de cómo se le saltaban las lágrimas cuando le hablaba de él, y de la nobleza y generosidad de su carácter, del que se podía tener la más absoluta confianza; y Ada confiaba en él. Su primo Jarndyce le había escrito algunos meses antes «una carta sencilla y franca», en la que le proponía el acuerdo que íbamos a efectuar, diciéndole que «esperaba compensar con el tiempo algunos de los males que había causado aquel miserable pleito». Ella le respondió que aceptaba la propuesta muy agradecida. Richard había recibido una carta en términos similares, y había contestado algo parecido. Él sí había visto al señor Jarndyce, pero una vez tan solo, en el colegio de Winchester hacía cinco años. Le contó a Ada cuando estaban inclinados sobre la pantalla, cuando los conocí, que lo recordaba y le pareció que era un tipo campechano y sonrosado. Esa era la única descripción que podía darme.

Estuve pensando tanto en ello que, cuando Ada se durmió, yo todavía seguía ante el fuego, cavilando y cavilando sobre la Casa lúgubre, y cavilando y cavilando sobre esa mañana del día anterior que parecía tan lejana. No sé en qué vagos pensamientos me hallaba sumida cuando volvieron a llamar con un golpe discreto a la puerta.

La abrí con cuidado y me encontré con la señorita Jellyby, transida de frío, con un candelero roto en la mano y una huevera en la otra.

—Buenas noches —dijo con brusquedad.

—Buenas noches —dije yo.

—¿Puedo entrar? —me preguntó breve e inesperadamente de forma igualmente brusca.

—Desde luego —dije—, pero no despierte a la señorita Clare.

No quiso sentarse, sino que permaneció en pie junto a la chimenea, mojando el dedo corazón lleno de tinta en la huevera, que estaba llena de vinagre, y untándoselo en la cara, con el ceño fruncido todo el rato y un aspecto muy sombrío.

—¡Maldita sea África! —exclamó de repente.

Traté de reconvenirla.

—¡La maldigo! —dijo—. No me hable, señorita Summerson. Odio África, la detesto. ¡Es asquerosa!

Le dije que estaba cansada y que lo sentía. Le puse la mano sobre la cabeza, y le toqué la frente, que le ardía. Y le dije que en ese momento estaba caliente, pero que estaría bien al día siguiente. Continuó haciendo pucheros y frunciendo el ceño. Pero entonces dejó la huevera y se volvió sin hacer ruido hacia la cama donde descansaba Ada.

—¡Es muy bonita! —dijo con el mismo ceño fruncido y las mismas malas maneras.

Le contesté sonriendo, con un gesto afirmativo.

—Es huérfana, ¿no?

—Sí.

—Pero sabe un montón de cosas, me imagino. ¿Ha aprendido, me imagino, a bailar, a tocar música y a cantar? ¿Puede hablar en francés, me imagino, y dibujar mapas y mapamundis, y labores de aguja y todo eso?

—Sin duda alguna —dije.

—Yo no puedo —respondió—. Apenas sé hacer nada excepto escribir. Escribo todo el día para mamá. Supongo que ustedes dos no se avergüenzan de sí mismas por venir esta tarde y ver que no puedo hacer otra cosa. Debe de ser cosa de su malicia. Pero en ustedes piensan mucho, claro.

Parecía evidente que la pobre chica estaba a punto del llanto, y volví a mi silla sin hablar y mirándola (espero) con toda la ternura que sentía hacia ella.

—Es una vergüenza —dijo—. Usted lo sabe. La casa es una vergüenza. Los niños son una vergüenza. Yo soy una vergüenza. Papá es un desgraciado,

¡para no serlo! Priscila bebe, anda siempre bebida. Es una humillación absoluta y un cuento absoluto como me diga que no la ha oído hoy. Oía tan mal como una taberna cuando servía la cena, ¡y usted lo sabe!

—Querida, no me había dado cuenta —dije.

—Sí que lo hizo —dijo muy rudamente—. Es inútil que quiera usted disimular. Se dio cuenta.

—¡Ay, querida! —dije—. Si no me deja hablar...

—Ya está hablando. Y lo sabe. Y no me cuente cuentos, señorita Summerson. No quiero escucharlos.

—Ah, sí, creo que va a hacerlo —dije—. Porque si no eso sería muy poco razonable. No sé que me cuenta porque la sirvienta no se acercó a mí durante la cena. Pero no dudo de lo que me dice, y siento mucho oírlo.

—No tiene que hacer méritos con esto —dijo.

—No, querida —dije—. Eso sería muy estúpido.

Seguía de pie junto a la cama, y entonces se inclinó (pero todavía con el mismo gesto torcido) y le dio un beso a Ada. Hecho esto, retrocedió silenciosamente y se quedó al lado de mi silla. Sollozaba de manera tan angustiada que me conmovió en lo más profundo, pero pensé que lo mejor era no decirle nada.

—¡Ojalá me muriera! —exclamó—. ¡Ojalá nos muriésemos todos! Sería mejor para todos nosotros.

Un instante después se arrodilló junto a mí en el suelo, ocultó el rostro en mi vestido, y me rogó desconsoladamente que la perdonase y lloró. Quise consolarla y levantarla, pero gritó que no. Quería seguir así.

—Usted, que suele enseñar a las chicas —dijo—, si pudiera enseñarme, ¡podría aprender de usted! ¡Soy tan desgraciada, y me parece usted tan simpática!

No pude conseguir que se sentase a mi lado o hacer cualquier otra cosa, salvo mover un taburete viejo donde estaba arrodillada, y tomar asiento en este, y seguir agarrada a mi vestido de la misma forma. Poco a poco la pobre chica, agotada, acabó por dormirse. Entonces conseguí atraer su cabeza para que pudiese descansar sobre mi regazo, y abrigarnos con nuestros chales. El fuego se apagó y toda la noche dormitó así, ante las cenizas de la chimenea. Al principio estaba terriblemente despierta e intenté en vano ensimismarme con los ojos cerrados en las escenas del día. Por fin, lenta y paulatinamente, se fueron enredando y mezclando. Comencé a confundir la identidad de la durmiente que descansaba sobre mí. Ora era Ada, ora una de mis viejas

amigas de Reading, de quienes no podía creer que me hubiese separado hacía tan poco tiempo, ora la tomaba por la ancianita loca agotada con tanta reverencia y sonrisa, ora alguien con autoridad en la Casa lúgubre. Al final no era nadie, y yo no era nadie.

La ciega luz del día pugnaba débilmente con la niebla cuando se abrieron mis ojos para encontrarme con el rostro de un pequeño fantasma mugriento que me miraba fijamente. Peepy, que había saltado de la cuna y se había arrastrado hasta mí, en camisón y gorro. Tenía el pobrecillo tanto frío, que le castañeteaban los dientes como si se le hubiesen soltado todos.

V

Una aventura matutina

Aunque la mañana era desapacible y aunque la niebla parecía muy densa (digo parecía porque los cristales de la ventana tenían tan incrustada la suciedad que hubieran amortiguado la luz del sol en pleno verano), estaba suficientemente sobre aviso acerca del desorden a primera hora y sentía suficiente curiosidad por Londres, para pensar que era una buena idea la de la señorita Jellyby, quien nos propuso salir a dar un paseo.

—Mamá no habrá bajado hasta dentro de mucho —dijo ella— y entonces será una suerte si el desayuno está listo para una hora después; pierden mucho el tiempo. Papá, por su parte, desayuna lo que puede y se va a la oficina, nunca se toma un desayuno en condiciones. Por la noche, Priscilla le deja fuera una barra de pan y un poco de leche, cuando hay. Eso cuando el gato no se la ha bebido antes. Pero me temo que debe de estar cansada, señorita Summerson, y tal vez prefiera irse a la cama.

—No estoy en absoluto cansada —dije— y me inclino mucho más por salir.

—Si está segura de ir —respondió la señorita Jellyby—, me pondré mis cosas.

Ada dijo que iría también y se puso pronto en movimiento. Le ofrecí a Peepy, al no ser posible hacer nada mejor por él, que me dejase adecentarlo un poco y después acostarlo en mi cama de nuevo. Lo aceptó con el mejor de los talantes, sin cesar de mirarme durante toda la operación tan asombrado como si nunca lo hubiese estado hasta tal punto ni pudiese estarlo así de nuevo en su vida. Puso muy mala cara, es cierto, pero aguantó sin una queja y se fue a dormir cómodamente en cuanto terminó. Al principio se sentía indecisa sobre tomarme esas libertades, pero luego reflexioné que probablemente ni se darían

cuenta de ello. ¡Vaya! Con el ajetreo de despachar a Peepy y el ajetreo de arreglarme yo y de ayudar a Ada, me sentí de pronto radiante.

Nos encontramos con la señorita Jellyby tratando de entrar en calor al fuego en el despacho de las cartas, que Priscilla estaba encendiendo entonces con un bonito candelero tiznado, echando la vela dentro para hacer que ardiese mejor. Toda la casa se hallaba en el estado en que la dejamos la noche anterior y era evidente que se deseaba dejar así. No se había quitado de debajo de la escalera el mantel de la cena, sino que se había dejado allí listo para el desayuno. Por toda la casa había migas, polvo y papeluchos. Había colgadas de la verja de la propiedad ollas de peltre y lecheras, la puerta de la calle estaba abierta, y nos encontramos a la vuelta de la esquina a la cocinera, que salía de una taberna limpiándose la boca. Nos mencionó al pasar que había ido a ver qué hora era.

Pero antes de que nos encontrásemos con la cocinera, nos encontramos con Richard, que apretaba el paso Thavies Inn arriba Thavies Inn abajo para calentarse los pies. Se sorprendió agradablemente al vernos ya levantadas y dijo que compartiría con mucho gusto nuestro paseo. Así que se encargó de Ada, y la señorita Jellyby y yo fuimos primero. Debo mencionar que la señorita Jellyby había recuperado sus bruscas maneras y no hubiese creído que me tenía cariño por mucho que me lo hubiese dicho antes.

—¿Adónde quieren ir? —nos preguntó.

—A cualquier parte, querida —le contesté.

—Cualquier parte no es ningún sitio —dijo la señorita Jellyby, parándose contra toda lógica.

—Llévanos a cualquier sitio, al que sea —dije.

Entonces siguió andando conmigo muy rápido.

—¡Me da igual! —dijo—. Ahora usted es mi testigo, señorita Summerson, le digo que me da igual, aunque venga todas las noches con su enorme frente brillante y abultada hasta que tenga más años que Matusalén, no me arrancará jamás una palabra. ¡Qué ridículos son mi madre y él!

—¡Señorita Jellyby! —la reconvine, aludiendo al adjetivo y al enérgico énfasis que había puesto en él—. Su deber como hija...

—¡Por favor! No me hable de mi deber como hija, señorita Summerson, ¿dónde está el deber de mamá como madre? No piensa en nada más allá del bien común y de África. Pues que el bien común y África muestren su deber como hija, les concierne más que a mí. ¡Está escandalizada, por lo que veo! Muy bien, pues yo también. Ambas estamos escandalizadas, ¡saque una conclusión de eso!

Siguió andando conmigo más rápido todavía.

—Pero a pesar de todo, vuelvo a decirlo: que venga y que venga y que venga, que no va a arrancarme una palabra de la boca. No puedo soportarlo. Si hay una cosa que odie y que deteste, es de lo que hablan mamá y él. No sé cómo tienen paciencia los adoquines de enfrente de nuestra casa para estar ahí siendo testigos de tantas contradicciones y toda esa sandez altisonante, ¡y de las gestiones de mamá!

Comprendí que se refería al señor Quale, el joven caballero que apareció después de la cena la noche anterior. Me evitaron la desagradable necesidad de continuar con el asunto Ada y Richard, que se acercaron a paso enérgico, riéndose y preguntándonos si teníamos intención de correr una carrera. Así interrumpida, la señorita Jellyby guardó silencio y siguió andando con aire taciturno a mi lado, en tanto que yo me asombraba de la gran cantidad y variedad de calles, de la multitud de gente que iba ya de aquí para allá, del número de carruajes que pasaban y volvían a pasar, de la actividad que se desplegaba para arreglar los escaparates y para barrer las tiendas, y de las extrañas criaturas harapientas que registraban a hurtadillas los montones de basuras barridas en busca de alfileres y otros desperdicios.

—Así que, prima —le dijo la alegre voz de Richard a Ada detrás de mí—, ¡no debimos salir nunca de la Cancillería! Vinimos por otro camino al sitio de nuestro encuentro de ayer, y... ¡por el Reino que está aquí otra vez la viejecita!

En efecto, allí estaba, justo delante de nosotros, haciendo reverencias y sonriendo de la misma forma protectora del día anterior, y diciendo:

—¡Los pupilos de Jarndyce contra Jarndyce! ¡Muy contentos, claro!

—Muy madrugadora es usted, señora —le dije contestando al saludo que me dirigía.

—Sí, tengo costumbre de pasearme por aquí temprano antes de abrirse la audiencia. Es un sitio muy retirado. Aquí coordino mis pensamientos para los asuntos del día —dijo la anciana con mucho remilgo—. ¡Hay asuntos que exigen tanta reflexión! ¡Es una cosa tan complicada eso de la justicia canclleresca!

—¿Quién es esta, señorita Summerson? —me susurró la señorita Jellyby tirando con fuerza de mi brazo hacia ella.

El oído de la ancianita era de una finura notable. Le respondió ella directamente:

—Una litigante, hija mía. Para servirla a usted. Tengo la honra de asistir al Tribunal regularmente con mis documentos. ¿Tengo el placer de dirigirme a

otra joven parte del pleito Jarndyce? —dijo la anciana, volviendo a lo suyo, con su cabeza a un lado en una gran reverencia.

Richard, con afán de expiar su falta de consideración del día anterior, le explicó con bondad que la señorita Jellyby no tenía relación con el pleito.

—¡Ah! —dijo la anciana—. ¿No espera un fallo? No por eso dejará de llegar a vieja, pero no llegará tan pronto. ¡Oh, no, querida! Este es el jardín de Lincoln's Inn. Lo llamo mi jardín. Un verdadero vergel en el verano. Donde los pájaros cantan melodiosamente. Aquí paso contemplando todo la mayor parte de las vacaciones. ¿No es verdad que son excesivamente largas las vacaciones?

Respondimos que sí, por darle gusto.

—Cuando llega la caída de las hojas de los árboles, y no se encuentran ya flores para componerle ramos al lord Canciller —dijo la anciana—, concluyen las vacaciones, y el sexto sello mencionado en el Apocalipsis recobra todo su poder. Les ruego que me acompañen a mi alojamiento. Eso sería para mí de buen augurio, pues se encuentran allí raras veces la esperanza, la juventud y la hermosura. Hace muchos años que no me ha visitado ninguna de las tres.

Me había cogido de la mano, y llevándonos a la señorita Jellyby y a mí, les hizo señas a Richard y a Ada para que vinieran también. Yo no sabía cómo rehusar, y miré a Richard pidiendo auxilio. Pero como le parecía divertido y curioso a partes iguales, e inseguro por completo de cómo deshacerse de la anciana sin ofenderla, continuó llevándonos y Ada y él continuaron siguiéndonos, y nuestra extraña guía nos aseguraba todo el tiempo, sonriendo con mucha condescendencia, que vivía cerca de allí.

Y era verdad, porque apareció pronto. Vivía tan cerca que no tuvimos tiempo de seguirle la corriente porque pocos momentos antes ya estaba en casa. Tras hacernos entrar por una puertecita lateral, la anciana se detuvo de la manera más inesperada en un callejón estrecho, parte de alguno de los patios o jardines que hay fuera de los muros de Lincoln's Inn, y dijo:

—Este es mi alojamiento, tengan la bondad de subir.

Se había parado en una tienda donde se leía: «KROOK. Almacén de retales y botellas». También, en letras finas y alargadas: «KROOK. Tratante de provisiones para la Marina». En un trozo de la ventana había un dibujo de una fábrica de papel roja en el que un carro descargaba gran cantidad de sacos con harapos. En otro había la inscripción de «Se compran huesos». En otro «Se compran cacharros de cocina». En otro «Se compra chatarra». En otro «Se compra papel usado». En otro «Se compra ropa de hombre y de mujer». En aquella tienda, se compraba de todo y no se vendía de nada. Había amontonadas en todas partes de esa ventana gran cantidad de recipientes

sucios: frascos de betún, botellas de drogas, botellas de cerveza de jengibre y de soda, botellas de vinagre, botellas de vino, frascos de tinta.

Estos últimos me hacen recordar al mencionarlos que la tienda tenía, en multitud de pequeños detalles, el aspecto de estar en un vecindario de abogados y de ser, como era, un sucio adlátere y un repudiado pariente de la ley.

Había muchísimos tinteros. Había un montón vacilante de viejos volúmenes gastados en la parte de fuera, con el rótulo «Libros de Derecho, todos a 9 peniques». Algunas de las inscripciones que he enumerado estaban escritas con letra cancilleresca, como los papeles que había visto en el despacho de Kenge y Carboy y las cartas que recibiera hacía mucho de la firma. Entre ellas había una, con la misma escritura, que no tenía nada que ver con el negocio de la tienda, sino que anunciaba que un «Respetable caballero, de cuarenta y cinco años de edad, se ofrece para hacer copias de escrituras, asegurando la mayor pulcritud y rapidez. Nemo, en casa del señor Krook, diríjase aquí».

Había varias bolsas de segunda mano, azules y rojas, colgando. A poca distancia dentro de la puerta de la tienda yacían montones de viejos rollos de pergamino crepitantes, y legajos de escrituras amarillentas y esquinas dobladas. Me hubiese podido imaginar que todas esas llaves oxidadas, de las que debía de haber cientos apiñadas juntas como chatarra, pertenecieron una vez a las puertas de los despachos o a las arcas de los procuradores. Los retales esparcidos en parte dentro y en parte fuera de una balanza de lana de un solo plato, colgando sin ningún contrapeso de una barra, hubiesen podido ser gorgueras de abogado y togas rasgadas. Uno se hubiese imaginado, como Richard nos susurraba a Ada y a mí mientras estábamos de pie mirando adentro, que esos huesos de la esquina de allá, apilados juntos y dejados muy limpios, eran los huesos de los clientes, para hacerse una idea completa.

Todavía estaba neblinoso y oscuro, y además la pared del edificio de Lincoln's Inn interceptaba la luz que hubiera podido penetrar en la tienda. No habríamos visto demasiado, de no ser por el farol encendido que paseaba de un lado a otro un viejo con anteojos y una gorra de piel. Al volverse hacia la puerta, nos vio. Era bajo, cadavérico y atrofiado, con la cabeza hundida a un lado entre los hombros, y el aliento salía de su boca en forma de humo como si tuviera fuego dentro. Su cuello, su barbilla y sus cejas estaban tan escarchados por las canas y tan sarmentosos con sus venas y piel apergaminada que parecía del pecho para arriba una vieja cepa tras una nevada.

—¡Hola, hola! —dijo acercándose a la puerta—. ¿Traéis algo para vender?

Retrocedimos, de manera espontánea, y miramos a nuestra guía, que había estado tratando de abrir la puerta de la casa con una llave que se había sacado

del bolsillo, y a quien Richard ahora le decía que ya habíamos tenido el gusto de ver el sitio donde vivía, la dejábamos por andar escasos de tiempo. Pero no era fácil de dejar. Fue tan fantástica e insistentemente concienzuda en sus ruegos que subimos y vimos su piso un momento, y estaba tan loca, a su inofensiva manera, por llevarme dentro como parte del buen augurio que deseaba, que no vi nada por lo que no hacerlo, hiciesen lo que hiciesen los demás. Supongo que todos teníamos más o menos curiosidad, en cualquier caso, cuando el anciano añadió sus sugerencias a las de ella y dijo:

—¡Vamos, vamos! Denle ustedes gusto, es cuestión de un minuto; y pasen ustedes por la tienda si no pueden abrir la puerta.

Entramos todas espoleadas por los ánimos risueños de Richard y contando con su protección.

—El señor Krook, mi casero —dijo la anciana condescendiendo en bajar de su elevada posición para presentárnoslo—. Es conocido en la vecindad como el lord Canciller. A su tienda la llaman el Tribunal de la Cancillería. Es un tipo muy excéntrico. Es muy raro. Se lo aseguro, ¡es muy raro!

Sacudió la cabeza muchísimas veces y dándose golpecitos en la frente con el dedo para darnos a entender que debíamos tener la bondad de ser indulgentes:

—Con él, porque está un poco, ya saben, ¡L! —dijo la anciana con gran solemnidad.

El viejo la oyó por casualidad y se echó a reír.

—Sí, sí, es cierto —dijo yendo delante nuestro con el farol— me llaman el lord Canciller y a mi tienda la llaman la Cancillería. ¿Y por qué creen ustedes que me llaman el lord Canciller y a mi tienda la llaman la Cancillería?

—¡Desde luego, no lo sé! —dijo Richard con bastante indiferencia.

—¿Saben...? —dijo el anciano, parándose y dándose la vuelta—. Me llaman... Vaya, vaya... ¡Magnífica cabellera, joven! Tengo tres sacos llenos de pelo de mujer abajo, pero no hay ninguno tan bonito y magnífico como este. ¡Qué color! ¡Qué suavidad!

—¡Ya vale, amigo! —dijo Richard, totalmente indignado de que hubiese tirado de uno de los mechones de Ada con su mano amarillenta—. Puede admirarlo usted como lo hacemos todos, pero cuidado con esas libertades.

El anciano le lanzó una mirada imprevista a Richard, que incluso desvió mi atención de Ada, quien, sorprendida y ruborizándose, estaba tan increíblemente guapa que parecía incluso centrar la atención errática de la viejecita. Pero, como Ada los interrumpió y dijo alegremente que no podía más que sentirse orgullosa de una admiración tan sincera, el señor Krook

volvió a su fisionomía habitual tan de repente como se había apartado de ella.

—¿Saben? Tengo aquí tantos objetos —reanudó levantando la linterna— tan diversos, y todos los vecinos piensan (aunque no saben nada) que se están estropeando y echando a perder, que eso es por lo que nos ponen esos nombres a mi tienda y a mí. Y tengo tantos pergaminos y legajos en mi almacén. Y tengo tanta afición por la herrumbre, el moho y las telarañas. Y que ave que no vuela también a la cazuela. Y que no puedo soportar desprenderme de algo una vez que lo tengo agarrado (o eso es lo que piensan mis vecinos, pero ¿qué sabrán ellos?) o cambiar algo, o barrer o desempolvar o limpiar o reparar algo, desvarían sobre mí. Así es como han llegado a darle el maldito nombre de Cancillería. No me importa. Voy a ver a mi noble y erudito colega cada día cuando está en el Inn. Él no me ve a mí, pero yo lo veo a él. No hay grandes diferencias entre nosotros. Ambos pescamos en río revuelto. ¡Hola, señora Jane!

Una enorme gata gris saltó desde una balda cercana sobre su hombro, y nos sobresaltó a todos.

—¡Hola! Enséñales las garras. ¡Hola! ¡Rasga, señorita! —dijo su amo.

La gata saltó abajo e hizo pedazos un fardo de retales con sus garras atigradas, con un sonido que me dio dentera.

—Y esto lo haría con cualquiera, si yo se lo ordenase —dijo el anciano—. Compro, entre otras cosas, pieles de gato, y vinieron a ofrecerme la suya. Es una hermosa piel, como pueden ustedes ver, pero yo preferí quedarme con el animal sin desollar. En eso me diferencio de las prácticas de la Cancillería, ¿saben?

Había cruzado en ese rato la tienda, y, por fin, abrió la puerta de la parte trasera, que conducía a la entrada de la casa. Cuando estaba con la mano encima del cerrojo, la viejecita le dijo con gentileza antes de que saliese:

—Está bien, Krook. Tiene razón, pero se hace usted pesado. Y mis amigos tienen prisa. Tampoco yo puedo perder el tiempo pues he de ir al Tribunal en breve. Estos jóvenes son los pupilos del pleito Jarndyce contra Jarndyce.

—¡Jarndyce! —dijo el viejo con sorpresa.

—Jarndyce contra Jarndyce. El gran pleito, Krook —respondió a su casero.

—¡Vaya! —añadió Krook, mirándonos con pensativo asombro y más boquiabierto que antes—. ¿Será posible?

Parecía tan arrebatado en un momento y nos miraba con tanta curiosidad que Richard le dijo:

—Según parece, se toma usted mucho interés por las causas de su noble y

erudito colega, ¡el otro Canciller!

—Sí —dijo el anciano ensimismado—. En tal caso se llama usted...

—Richard Carstone.

—Carstone —repitió echando cuentas con los dedos sobre ese nombre y cada uno de los otros que continuó mencionando—. Sí, eso es. Estaban además el apellido Barbary, y el apellido Clare y creo que el apellido Dedlock.

—¡Sabe tanto del pleito como el propio Canciller contratado! —nos dijo Richard, bastante asombrado, a Ada y a mí.

—¡Sí! —dijo el viejo, saliendo, poco a poco, de su ensimismamiento—. Tom Jarndyce... Perdone usted el atrevimiento, pero en los tribunales no se le ha conocido nunca por otro nombre y fue tan famoso como... lo es ella ahora —cabeceando ligeramente hacia su inquilina—. Tom Jarndyce estuvo por aquí con frecuencia. Cogió la infatigable costumbre de dar vueltas cuando el pleito iba a ser tratado, o lo esperaba, hablando con los tenderos y contándoles que se guardaran de la Cancillería, hicieran lo que hicieran. «Porque —decía— es como ser triturado por un molino moroso, es como ser quemado a fuego lento, es como ser agujoneado hasta la muerte por sencillas abejas, es como ser ahogado gota a gota, es como volverse loco poco a poco.» Estuvo a punto de marcharse de este mundo justo donde están las señoritas, a punto.

Lo escuchábamos horrorizados.

—Entró por la puerta —dijo el anciano señalando lentamente un imaginario camino a lo largo de la tienda— el día que lo hizo. Todo el vecindario sabía que lo haría el día menos pensado. Entró por la puerta ese día, y caminó por aquí, y se sentó en un banco que estaba aquí, y me pidió (se pueden imaginar que yo era mucho más joven entonces) que le trajese una pinta de vino. «Porque —me dijo—, Krook, estoy muy abatido, están tratando mi pleito y creo que estoy más cerca de la sentencia de lo que nunca lo he estado.» Ni se me ocurría dejarle solo, y le convencí de que se fuese a la tasca que está por allí, a otro lado de mi callejón (quiero decir del callejón de la Cancillería), y lo seguí y miré por la ventana, y lo vi cómodamente, como pensaba, en el sillón junto al fuego, y bien acompañado. Apenas había vuelto la espalda cuando oí un disparo que resonó y vibró enseguida en la taberna. Salí corriendo, salieron corriendo los vecinos, veinte de nosotros gritando a la vez «Tom Jarndyce».

El anciano se detuvo, nos miró fijamente, miró abajo, hacia el farol, apagó la vela y lo cerró.

—Teníamos razón, no necesito decírselo a los oyentes aquí presentes. ¡Vaya! Para estar seguros, ¡todo el vecindario fue en masa al tribunal esa tarde

mientras seguía el pleito! Pero mi noble y erudito colega, y los demás, escarbaban y se enredaban como siempre y trataban de hacer como si no hubiesen oído una palabra del último suceso o como si no tuviesen (¡ay, mi madre!) nada que ver con ello, en el caso de haberlo oído.

Ada había perdido todo el color, y Richard estaba apenas menos pálido. Ni podía imaginarme, ni siquiera juzgándolo a partir de mi propia emoción, y sin ser parte del pleito, lo que debía de impactarles a unos corazones tan poco experimentados y puros el verse con la herencia de un largo sufrimiento, relacionada en las mentes de mucha gente con esos recuerdos tan espantosos. Sufría, también, por la pobre estúpida que nos había traído allí, por las consecuencias de aquella penosa historia para ella. Pero, para sorpresa mía, parecía completamente inconsciente de ello y subía por la escalera de nuevo, diciéndonos, con la indulgencia propia de un ser por encima de las debilidades de los comunes mortales, que su casero estaba «un poco L, ¡ya saben!».

Vivía en la parte de arriba, en un cuarto bastante espacioso desde donde se atisbaba el Lincoln's Inn Hall. Circunstancia principal que parecía haberla decidido a elegir aquella casa. Se podía ver, dijo, por la noche, sobre todo con luna llena. Su cuarto estaba aseado, pero muy muy desnudo. Vi las carencias en materia de mobiliario: unos pocos viejos grabados de los libros, de cancilleres y abogados, pegados en la pared; media docena de bolsos y bolsas de labor que «contenían documentos», según nos informó. No había ni carbón ni ceniza en la chimenea, y no vi prendas de ropa, ni el menor rastro de alimentos. Había encima de una balda en un armario abierto, dos platos y dos bandejas, pero todo aparecía vacío y seco. Había un significado más profundo en su miserable apariencia, pensé mientras miraba a mi alrededor de lo que había supuesto hasta entonces.

—Les aseguro a ustedes que me considero muy honrada —dijo nuestra pobre anfitriona de la manera más afable— con esta visita que me hacen los pupilos de Jarndyce. Y les estoy muy agradecida por el feliz presagio. Es un lugar retirado. Pero hay que tener en cuenta que estoy limitada a consecuencia de tener que asistir a las sesiones del Canciller. Hace muchos años que vivo aquí. Paso el día en el Tribunal y las noches en este cuarto. Las noches se me hacen largas, porque duermo, pero poco, y pienso mucho. Esto es inevitable, por supuesto, estando en la Cancillería. Siento no poder ofrecerles un chocolate. Espero un fallo brevemente, y entonces tendré mi casa en un edificio de lujo. Por el momento, no me importa confesarles a los pupilos del Jarndyce (y no suelo hacerlo) que a veces me cuesta mantener un aspecto distinguido. Tengo frío aquí. A veces tengo algo más penetrante que el frío. Sucede pocas veces. Ruego que disculpen que les hable de estos temas.

Descorrió en parte la cortina de la larga y baja ventana de la buhardilla y llamó nuestra atención sobre varias jaulas que colgaban allí, de las que algunas

contenían varios pájaros. Había alondras, jilgueros y pardillos (diría que al menos veinte).

—Empecé a procurarme estos queridos animalitos —nos dijo—, con un fin que los pupilos comprenderán fácilmente: darles libertad en cuanto hubiese una sentencia favorable. ¡Sí! Sin embargo, mueren en prisión. Sus vidas, pobres criaturas, son tan breves en comparación con las formalidades de la Cancillería, que toda mi colección, uno por uno se han muerto una y otra vez. Aunque eran jóvenes. ¿Saben? Dudo de que uno de estos, aunque son todos jóvenes, ¡viva para ser libre! ¿A que es una verdadera lástima?

Aunque algunas veces hiciera una pregunta, nunca parecía esperar una respuesta, sino que divagaba como si tuviese costumbre de hacerlo cuando estaba a solas consigo misma.

—En realidad —prosiguió—, a veces dudo absolutamente, se lo aseguro, de si, mientras se mantienen esos asuntos pendientes, y el sexto o el séptimo sello continúa imperando, no pudiera ser que me encontraran aquí un día tirada sin vestir y sin conocimiento ¡como me he encontrado yo a tantos pajaritos!

Richard, cediendo a la compasión que veía en los ojos de Ada, aprovechó la ocasión para dejar algún dinero encima de la chimenea. Los demás nos acercábamos a las jaulas y hacíamos como que observábamos los pájaros.

—Les permito cantar, pero no demasiado —dijo la ancianita—. El pensar que cantan, mientras yo estoy en la audiencia, escuchando las polémicas en el tribunal, me confunde con frecuencia, y es preciso que conserve claras mis ideas, ¿saben? Otro día les diré sus nombres. Ahora no. Que canten hoy cuanto quieran para celebrar esta visita de tan feliz presagio. En honor a la juventud —una sonrisa y una reverencia—, a la esperanza —una sonrisa y una reverencia— y a la hermosura. Dejémosles gozar a plena luz del día.

Los pajarillos empezaron a piar y a aletear.

—No les dejo al aire libre —dijo la ancianita (el cuarto estaba cerrado, y hubiese sido mejor para ellos)— porque el gato que habrán visto abajo, la señorita Jane, ansía sus vidas. Se pasa las horas enteras acechándolos en el parapeto de fuera. He descubierto —añadió misteriosamente— que el temor de verles recobrar la libertad, aumenta su crueldad natural. A consecuencia de la sentencia que espero que haya en breve. Es astuta y llena de malicia. En ocasiones, he llegado a sospechar que no es una gata, sino el lobo de los cuentos. Es muy difícil mantenerla alejada de la puerta.

Sonaron campanas del vecindario, recordándole a la pobre que eran las nueve y media, haciendo más por nosotros para terminar nuestra visita de lo que hubiésemos hecho nosotros mismos. Cogió precipitadamente su bolso de

documentos, que había dejado sobre la mesa al entrar, y nos preguntó si también íbamos al tribunal. Después de contestarle que no y que no contábamos con retenerla, abrió la puerta, para esperarnos al pie de la escalera.

—Con motivo de tal presagio, me es más necesario que nunca, que me encuentre allí antes de que llegue el Canciller —dijo—, porque es posible que sea mi causa la primera. Sí, tengo el presentimiento de que será la primera de la mañana.

Se paró para contarnos, en voz baja mientras bajábamos, que la casa estaba llena de cachivaches que su casero había comprado, pieza por pieza, y no consentía en venderlos porque estaba algo L. Eso fue en el primer piso. Pero había hecho una parada previa, en el segundo piso, y nos había señalado silenciosamente con el dedo una puerta sombría.

—El otro y único inquilino más —susurrando ahora como explicación— es un copista. Los niños de los parques de por aquí dicen que se ha vendido al diablo. Pero yo no veo que haya sacado ningún beneficio de la venta. ¡Chis!

Parecía desconfiar de que el inquilino pudiera oírla, y repitió «¡Chis!», andando de puntillas delante de nosotros como si hasta el rumor de sus pasos pudiera revelar lo que había dicho de él.

Cuando cruzábamos por la tienda para salir, como habíamos hecho al llegar para entrar, nos encontramos al anciano almacenando numerosos paquetes de papel usado en una especie de pozo abierto en el suelo. Parecía trabajar con mucha actividad, con el sudor corriendo por su frente, y tenía un pedazo de tiza con el que, a cada paquete o atado que bajaba por la trampa, trazaba una cruz en el lienzo de la pared.

Richard, Ada, la señorita Jellyby y la anciana habían pasado ya a su lado, y así lo iba a hacer yo cuando, tras tocarme el brazo para que me detuviera, trazó una J en la pared de una forma curiosa, empezando por el final de la letra hacia abajo. Era una mayúscula de tipo redondo que no hubiera escrito con más perfección el mejor pasante de Kenge y Carboy.

—¿Sabe usted leerlo? —me preguntó dirigiéndome una mirada penetrante.

—Sin duda —dije—. Está muy claro.

—¿Qué es?

—Una J.

Me miró de nuevo, y miró fijamente hacia la puerta, borró la letra que había trazado, la reemplazó con una A, minúscula esta vez, y dijo:

—¿Qué es eso?

Se lo dije. Entonces lo borró y trazó una R y me hizo la misma pregunta.

Continuó rápidamente hasta que hubo hecho, una tras otra, de la misma forma curiosa, empezando por el final hacia delante, todas las letras que componen la palabra «Jarndyce», sin dejar ni una vez dos letras juntas en la pared.

—¿Qué ha leído usted? —me preguntó.

Cuando se lo dije, se rio. Del mismo extraño modo, con la misma rapidez, trazó y borró de una en una las letras que forman las palabras «Casa lúgubre». También leí estas con algo de asombro, y se rio de nuevo.

—¡Vaya! —dijo el anciano arrojando a un lado la tiza—. No sé leer ni escribir, pero siempre he tenido aptitudes para copiar de memoria.

Parecía tan desagradable, y su gata me miraba con tanta perversidad, como si fuera pariente de los pájaros de arriba, que me sentí aliviada cuando Richard apareció, se asomó a la puerta, y me dijo:

—Supongo, señorita Summerson, que no anda usted en tratos para vender su cabello. No se deje usted tentar. ¡El señor Krook tiene ya tres sacos abajo y no necesita más!

No perdí el tiempo en despedirme del señor Krook, y me apresuré a reunirme con mis amigos fuera, donde nos separamos de la anciana, quien nos dio su bendición con gran solemnidad y nos reiteró su promesa del día anterior de que nos legaría inmensos patrimonios a Ada y a mí. Antes de terminar en esas calles, volvimos la cabeza y vimos al señor Krook, que nos miraba a través de sus anteojos, de pie, con la gata en el hombro y la cola de esta levantada a un lado de su gorra de piel como un plumero.

—¡Menuda aventura para una mañana en Londres! —dijo Richard suspirando—. Ay, prima, prima, ¡qué aburrimiento este de la Cancillería!

—Para mí también, y lo ha sido siempre desde que tengo uso de razón —respondió Ada—. Lamento ser el enemigo (como supongo que lo soy) de un gran número de parientes y extraños, y que sean mis enemigos (como supongo que lo son) y que todos nos hayamos arruinado unos a otros sin saber cómo ni por qué y mantenernos en constante incertidumbre y discordia toda nuestra vida. Resulta muy extraño que, después de tantos años de seguir un pleito como el nuestro, no se haya podido dar con un juez honrado y concienzudo para determinar de qué parte está el Derecho.

—¡Ay, prima! —dijo Richard—. ¡Sí que es extraño! Todo este despilfarro gratuito, toda esta partida de ajedrez es muy extraña. Ver el sereno tribunal ayer avanzando con tanta tranquilidad y pensar en la desgracia de las piezas del tablero me parece un quebradero de cabeza y se me rompe el corazón al mismo tiempo. Mi cabeza se rompe al preguntarse cómo puede ser si los hombres no están ni locos ni son unos malvados, y mi corazón se rompe al

pensar que podrían ser ambas cosas. Pero, sea lo que fuere, Ada, ¿puedo llamarla Ada?

—Por supuesto que puede, primo Richard.

—Sea lo que fuere, la Cancillería no ejercerá su mala influencia en nosotros. Gracias a nuestro pariente, hemos sido afortunadamente reunidos y todo eso no puede dividirnos ahora.

—Ni nunca, ¡así lo espero, primo Richard! —dijo Ada amablemente.

La señorita Jellyby me apretó el brazo, lanzándome una significativa mirada. Le contesté con una sonrisa, y terminamos el resto de nuestro paseo alegremente.

Media hora después de nuestra llegada, apareció la señora Jellyby, y, una hora después, apareció, desordenadamente, poco a poco, en el comedor todo lo necesario para el desayuno. No me cabe duda de que la señora Jellyby se había ido a la cama y levantado como todo el mundo, pero nada inducía a pensar que se hubiese cambiado de vestido. Estuvo muy ocupada durante el desayuno, porque el correo de la mañana le trajo una enorme cantidad de cartas, relacionadas todas con Borrioboola-Gha, lo que equivalía, según nos dijo, a pasar un día ocupado.

Los niños retozaban marcando con un memorándum de sus accidentes sus piernas, que eran un perfecto almanaque de sus heridas, y Peepy estuvo perdido durante una hora y media, y hubo de ser conducido a casa por un agente de policía desde el mercado de Newgate. La calma con que la señora Jellyby recibió su desaparición y su regreso nos sorprendió a todos. Se pasó ese rato dictándole tenazmente a Caddy y Caddy recayó en la afección de tinta en la que nos la encontramos el día anterior. Y a la una en punto un coche descubierto vino a buscarnos y un carro para nuestro equipaje.

La señora Jellyby nos encomendó que le diésemos muchos recuerdos a su buen amigo el señor Jarndyce. Caddy se levantó de su pupitre para despedirnos, me dio un beso en el pasillo, y se paró en las escaleras. Peepy, por fortuna, dormía y nos ahorra el pesar de la separación (tenía ciertos motivos para suponer que había ido al mercado de Newgate con intención de buscarme), y todos los demás niños se subieron en la trasera del birlocho y se cayeron, y los vimos, con gran inquietud, dispersos por el empedrado de Thavies Inn, mientras salíamos del barrio.

VI

Por fin en casa

El día había sido muy luminoso y todavía más a medida que avanzábamos hacia el oeste. Hacíamos nuestro camino a la luz del sol y el aire fresco, admirando cada vez más la extensión de las calles, el esplendor de las tiendas, el tráfico intenso, y las multitudes de gente a quien el tiempo más agradable parecía haber sacado a la calle como flores de muchos colores. Después comenzamos a dejar la increíble ciudad y continuamos por las afueras que, a mis ojos, hubiesen podido constituir una ciudad muy grande por sí solas. Y por fin llegamos a una carretera en el auténtico campo, con molinos de viento, almiarés en los patios, mojones, carretas de granjeros, olores de heno viejo, letreros batientes, y abrevaderos de caballo: árboles, granjas y setos. Delante de nosotros se desplegaba el verde paisaje campestre, y detrás la inmensa capital. Y, al pasar con su música junto a nosotros un coche con una reata de caballos hermosamente enjaezados, con arreos rojos y cascabeles de tintineo argentino, creo que fue tanta nuestra alegría que estuvimos tentados a unir nuestra voz a la de las campanillas.

—Todo en esta carretera me recuerda a mi tocayo Whittington[2] —dijo Richard—, y ese carro es el toque final. ¡Hala! ¿Qué sucede?

Nos habíamos parado, y el otro coche también. La música cambió cuando los caballos se pararon, apagándose en un suave tintineo, salvo si uno de aquellos levantaba la cabeza o se sacudía y esparcía una rociada de repiques.

—Nuestro postillón está yendo hacia el carretero —dijo Richard—, y el carretero está viniendo hacia nosotros. Buenos días, amigo —el carretero estaba en la puerta de nuestro coche—. Vaya, ¡qué cosa tan curiosa! —añadió Richard mirando detenidamente al hombre—. Ada, ¡lleva tu nombre en el sombrero!

Tenía los nombres de cada uno de nosotros en el sombrero. Metidos dentro de la cinta había tres mensajes —uno dirigido a Ada, otro a Richard, otro a mí—. El carretero nos entregó a cada uno el suyo, leyendo el nombre en voz alta primero. En respuesta a la pregunta de Richard sobre quién los enviaba dijo:

—Mi amo, señor, con permiso.

Y poniéndose el sombrero de nuevo (que era como un tazón blando), restalló su látigo, reanimando la música, y se fue melodiosamente.

—¿Es un coche del señor Jarndyce? —le dijo Richard a nuestro postillón.

—Sí, señor —respondió—. Rumbo a Londres.

Abrimos las cartas, y cada una era copia exacta de las demás y decían lo siguiente con letra firme y sencilla:

Deseando evitar toda clase de cumplidos en nuestra primera entrevista, y

hacerla tan agradable como sea posible, te propongo, querida hija mía, que me consideres como un antiguo amigo y juzgues lo pasado como algo olvidado. Posiblemente será un alivio para ti, y para mí seguro, como lo es mi amistad hacia ti.

JOHN JARNDYCE

Tal vez yo tenía menos razones para estar sorprendida que el resto de mis compañeros, ya que nunca había gozado de la oportunidad de darle las gracias al que había sido mi benefactor y único apoyo que había encontrado en el mundo durante tantos años. Nunca había contemplado el que pudiese encontrarme con él sin agradecersele, y sentí que sería realmente difícil.

Los mensajes hicieron despertar en Ada y Richard una vaga sensación, cuyo origen no acertaban a precisar, de que su primo el señor Jarndyce era decididamente contrario a toda muestra de agradecimiento, lo que le hacía recurrir a los más extravagantes subterfugios y evasivas ante toda muestra de reconocimiento o incluso huir de ellas. Ada se acordaba apenas de haberle oído contar a su madre, cuando era muy niña, que en una ocasión fue a darle las gracias con motivo de una de sus numerosas muestras de generosidad poco comunes. Él, que la vio desde la ventana yendo hacia su puerta, escapó por la puerta de atrás de la casa y durante tres meses no se supo de su paradero. Eso constituyó el tema de nuestra conversación, y en realidad lo fue durante todo el día, y apenas hablamos de otra cosa. Si por casualidad nos desviábamos a otro asunto, volvíamos pronto a ese, y nos preguntábamos cómo sería la casa, y si llegaríamos, y si veríamos al señor Jarndyce en cuanto llegásemos o un rato después, y qué nos diría y qué le diríamos. Sobre todo ello nos hacíamos preguntas, una y otra vez.

La carretera era penosa para los caballos, pero el arcén era bastante bueno, así que nos bajamos y subimos todas las colinas, y nos gustaba tanto que dilatábamos nuestra caminata a ras del suelo cuando alcanzábamos la cima. En Barnet había caballos de recambio esperándonos, pero, como acababan de comer, tuvimos que esperar, y nos dimos un largo y refrescante paseo por un campo comunal y un antiguo campo de batalla antes de que llegara el coche.

Esos retrasos dilataron tanto el viaje que se pasó el día, de por sí corto, y se había cerrado la noche, de por sí larga, antes de que llegásemos a Saint Albans, en cuyas cercanías sabíamos que se encontraba la Casa lúgubre.

Para entonces estábamos tan ansiosos y nerviosos que incluso Richard confesó, mientras traqueteábamos por las piedras de la vieja calzada, sentir un deseo irracional de retroceder. La noche era gélida y rigurosa, temblábamos de pies a cabeza. Cuando dejamos atrás la ciudad, doblamos un recodo, y Richard nos contó que el postillón, que hacía mucho tiempo había comprendido nuestras grandes esperanzas, había mirado hacia atrás y asentido, nos

levantamos ambas en el carruaje (Richard sostenía a Ada por si se caía) y escudriñamos a nuestro alrededor por el campo abierto y la noche estrellada hacia nuestro destino. Había una luz centelleante sobre una colina enfrente de nosotros, y el conductor, apuntando hacia allí con su látigo, exclamó:

—¡Esa es la Casa lúgubre!

Puso a los caballos a medio galope, y nos llevó hacia allí a tal velocidad, cuesta arriba como estaba, que las ruedas despidieron los guijarros de la carretera como espuma de un molino de agua. Enseguida perdíamos la luz, enseguida la veíamos, enseguida la perdíamos, enseguida la veíamos, y doblamos por una alameda y galopábamos hacia donde brillaba alegremente. Estaba en una ventana de lo que parecía una casa a la antigua con tres puntas en el tejado frontal y un sendero en curva que llevaba al porche. Al detenernos se oyó una campana, y entre el ruido de su voz grave en el aire en calma, el ladrido lejano de algunos perros, el chorro de luz procedente de la puerta abierta, el humo y el vapor de los caballos acalorados, y los latidos precipitados de nuestros corazones, nos apeamos con no poca agitación.

—¡Bienvenidas seáis, Ada, Esther, hijas mías! ¡Cuánto me alegro de veros! Rick, si tuviese tres manos habría una para ti.

El caballero que pronunciaba estas palabras con voz franca, alegre y hospitalaria nos estrechaba en sus brazos a Ada y a mí, nos cubría de besos paternos a ambas, y nos condujo por el vestíbulo a un saloncito rojizo donde brillaba un fuego resplandeciente. Allí nos besó de nuevo, nos liberó de sus brazos, y nos hizo sentar a su lado en un sofá, cerca de la chimenea. Me di cuenta de que, si hubiésemos sido efusivas en lo más mínimo, hubiese salido corriendo de inmediato.

—Ahora, Rick —dijo—, tengo una mano libre. Una palabra sincera vale más que un discurso. Me alegro de verte, de todo corazón. Estás en tu casa. Acércate al fuego.

Richard le estrechó con ambas manos la suya con una mezcla instintiva de respeto y franqueza, y sin añadir más palabras, pero con tanto entusiasmo que tuve miedo de ver desaparecer al señor Jarndyce, dijo:

—¡Es usted muy amable, señor, y le estamos profundamente agradecidos!

Y, quitándose el sombrero y la capa, se sentó cerca del hogar.

—¿Habéis disfrutado de vuestro viaje? ¿Qué os ha parecido la señora Jellyby? —dijo el señor Jarndyce dirigiéndose a Ada.

Mientras esperaba la contestación de Ada, aproveché para observar (no necesito decir con cuánto interés) su aspecto. Era guapo, animado, de rostro inteligente, lleno de vivacidad y de energía, y su cabello era entrecano.

Aparentaba más los sesenta que los cincuenta, pero era honesto, acogedor y robusto. El sonido de su voz había despertado al principio en mi alma una vaga idea que no acertaba a definir. Pero entonces, de inmediato, algo repentino en sus ademanes y una mirada llena de afecto me recordaron a aquel caballero de la diligencia seis años atrás el día memorable de mi viaje a Reading. Estaba segura de que era él. En mi vida había sentido más terror que cuando hice ese descubrimiento, porque captó mi mirada, y pareció que me había leído el pensamiento, y le echó tal mirada a la puerta que pensé que lo habíamos perdido. Pero, por el contrario, me alegra recordar que se quedó donde estaba, y me preguntó qué pensaba acerca de la señora Jellyby.

—Se toma mucho trabajo por África, señor —le dije.

—¡Es muy noble! —dijo el señor Jarndyce—, pero contestas como Ada — a quien no había oído—. Todos vosotros pensáis otra cosa, por lo que veo.

—Creemos —dije mirando a Richard y a Ada, quienes me animaban con la mirada a que hablase— que tal vez se despreocupa un poco de su casa.

—¡Anonadado me dejas! —gritó el señor Jarndyce.

Me quedé bastante asustada de nuevo.

—¡Bien! Quiero saber qué pensáis realmente, hija mía. Puede que os haya enviado allí con algún propósito.

—Creemos —dije dudando— que ante todo se han de cumplir los deberes que impone el hogar, señor, y que, tal vez, mientras estén desatendidos y descuidados, no es posible que puedan supeditarse a ningún otro.

—Los hijos de los Jellyby —dijo Richard, para alivio mío— se hallan realmente en un estado penoso (no puedo calificarlo con menos dureza, señor).

—Tiene buenas intenciones —dijo el señor Jarndyce apresuradamente—. Hace viento de levante.

—Soplaba del norte, señor, cuando hemos llegado —observó Richard.

—Mi querido Rick —dijo el señor Jarndyce atizando el fuego—, juro que o es de levante o lo va a ser. Experimento siempre una sensación penosa cuando sopla el viento de levante.

—¿Reuma, señor? —dijo Richard.

—Probablemente. Así lo creo. Así que los niños de los Jell..., lo sospechaba..., están... ¡Sí, señor! ¡Es de levante! —dijo el señor Jarndyce.

Se levantó y dio dos o tres vueltas mientras pronunciaba esas frases entrecortadas, con el atizador en una mano y enmarañándose con la otra el cabello, con una irritación bondadosa, a la vez tan caprichosa y tan adorable

que estoy segura de que estábamos más encantados con él de lo que sería posible expresar con palabras. Nos ofreció un brazo a Ada y otro a mí, y le suplicó a Richard que cogiese una vela, y nos conducía hacia fuera cuando de repente se volvió hacia nosotros de nuevo.

—Estos pequeños Jellybys... ¿Es que no podíais hacer nada como que les lloviesen confites de ciruela o cuñas de frambuesa o cualquier cosa de esas? —dijo el señor Jarndyce.

—Ay, primo —empezó Ada precipitadamente.

—Muy bien, mi querida amiga, así me gusta, llámame primo. Tal vez primo John sea mejor.

—Pues bien, primo John... —empezó de nuevo Ada, riéndose.

—¡Ajá! ¡Pero que muy bien! —dijo el señor Jarndyce con gran placer—. Suena extraordinariamente natural. ¿Decías, querida?

—Se hizo algo mejor que todo eso. Hubo una lluvia de Esther.

—¿Cómo? —dijo el señor Jarndyce—. ¿Qué hizo Esther?

—Figúrese usted —dijo Ada cruzando las manos sobre el brazo del señor Jarndyce y negando con la cabeza hacia mí, porque le hacía gestos de que no dijera nada—, Esther se hizo enseguida su amiga. Los cuidó, los convenció de irse a dormir, los lavó y los vistió, les contó cuentos, los hizo callar, y les compró recuerdos —mi querida niña, ¡solo había salido con Peepy después de que lo encontraran y le di un caballito minúsculo!— y, primo John, consolaba tanto a la pobre Caroline, la mayor, y fue tan considerada y amable conmigo... No, no, ¡no lo niegues, mi querida Esther! Sabes muy bien que digo la verdad.

La encantadora niña se inclinó hacia mí por encima de su primo John y me dio un beso, y entonces lo miró a la cara, y dijo con atrevimiento:

—De cualquier modo, primo John, quiero agradecerle la compañera que me ha proporcionado.

Me sentí como si lo retara a que huyera. Pero no lo hizo.

—¿De qué lado decías que soplabla el viento, Rick? —preguntó el señor Jarndyce.

—Del norte, cuando llegamos, señor.

—Tenías razón, amigo. No hay levante en él. Me había equivocado. Vamos, venid, hijas mías, ¡a ver vuestra casa!

Era uno de esos edificios deliciosamente irregulares, donde se suben y se bajan escalones para pasar de un cuarto a otro, y donde se descubren nuevas habitaciones cuando uno cree haberlas visto todas, y donde se tiene una

abundante provisión de pequeños vestíbulos y pasillos, y donde uno se podía encontrar todavía con antiguos aposentos en lugares imprevistos con celosías en las ventanas y enredaderas creciendo por el entramado. El mío, que fue el primero que vimos, era de ese tipo, con un techo irregular que tenía más rincones en él de lo que he contado nunca después, y con una chimenea (había leña en el hogar) vestida con azulejos de un blanco puro, en cada uno de los cuales había ardiendo un fuego en miniatura. Fuera de este cuarto, se bajaban dos escalones a un encantador saloncito que daba a un jardín de flores, el cual nos pertenecía desde ese momento a Ada y a mí.

Al salir de este se subía tres escalones al dormitorio de Ada, que tenía una ventana muy ancha que dominaba una bella vista (vimos un gran espacio oscuro bajo las estrellas), en la que había un asiento hueco bajo la ventana, en el que, con un pestillo, tres Adas podrían haberse escondido a la vez. Al salir de este cuarto se pasaba a una pequeña galería, con la cual se comunicaban las dos salas de respeto, y entonces, por una pequeña escalera de escalones bajos y numerosos recodos, teniendo en cuenta su extensión, se bajaba hacia la entrada. Pero en vez de salir a la puerta de Ada se volvía a mi cuarto, y se salía a la puerta por la que se había entrado, y aparecían unos pocos escalones combados que salían de una manera imprevista de las escaleras, uno se perdía en tanto pasillo, con escurridores de ropa en ellos, y mesas triangulares, una silla india, que hacía las veces de sofá, de cama y de baúl, y semejante en cualquier caso a algo entre un esqueleto de bambú y una enorme jaula para pájaros, y que fue traída de la India no se sabía ni cuándo ni por quién. Desde allí, se entraba en el cuarto de Richard, que era en parte biblioteca, en parte salón, y en parte dormitorio, y que en realidad parecía una suma de varias habitaciones. Al salir de allí se iba directamente, por un pequeño pasillo, al piso de abajo, donde el señor Jarndyce dormía todo el año con la ventana abierta, con un canapé y un colchón en el centro de la habitación para estar más ventilado, y su fría bañera esperándole en un pequeño gabinete adjunto. Al salir de allí se pasaba a otro corredor, donde había una escalera de servicio y donde se podía oír cómo se almohazaba a los caballos fuera del establo y se les decía «So» y «Tranquilo», porque se resbalaban muchas veces por las piedras irregulares. O bien se podía, si se tomaba la puerta de la pared opuesta—todas las habitaciones tenían al menos dos—, bajar directamente a la entrada de nuevo por media docena de escalones y un corredor abovedado, preguntándose uno cómo volver o incluso salir de allí. El dormitorio de Ada estaba repleto de flores: en la indiana y el papel, en el terciopelo, en los bordados, en el brocado de dos cortesanos y rígidos sillones que estaban, con sendos taburetes de alta condición a modo de pajes, cada uno a un lado de la chimenea. Nuestro salón era verde y estaba enmarcado y vidriado en las paredes por sorprendentes y sorprendidos pájaros, que miraban fuera a una trucha real en una caja, tan dorada y reluciente como si hubiese sido servida

con salsa, a la muerte del capitán Cook, y al proceso de preparación del té en China, del pincel de artistas chinos.

En mi cuarto había grabados ovales con los meses del año: mujeres en la siega del heno con talles finos y sombreros anchos atados por debajo del mentón, para junio; esbeltos caballeros con sombreros de tres picos apuntando a los campanarios del pueblo, para octubre. En toda la casa se veían retratos de busto a lápiz, pero tan dispersos que encontré al que servía de pareja al de un joven oficial que estaba en mi cuarto en el gabinete de las porcelanas, y al anciano de mi joven y bonita novia con una flor en su corpiño, en el comedor del desayuno. Como sustitutos, tenía a cuatro ángeles de la época de la reina Ana, que ascendían a un caballero pagado de sí, engalanado, no sin dificultad; y una composición en un bordado que representaba frutas, un caldero y un alfabeto. Todos los muebles, desde los armarios hasta las sillas y las mesas, tapices, copas, incluso los alfileros y los frascos de perfume de los tocadores, ofrecían la misma pintoresca diversidad. Solo tenían en común entre sí su exquisito aseo, su apariencia de ajuar blanquísimo, y su almacenamiento, dondequiera que la existencia de un cajón, pequeño o grande, volviese este posible, con montones de hojas de rosa y de fragante lavanda.

Así se nos apareció por primera vez la Casa lúgubre, con sus ventanas iluminadas, suavizadas aquí y allá por la sombra de los cortinajes, brillando más que la noche estrellada, con su luz, su calor y su comodidad, con el acogedor tintineo, en la distancia, de los preparativos de la cena, con el rostro de su generoso dueño iluminándolo todo con su mirada, y con el viento justo para acompañar todo lo que oíamos.

—Me alegro de que sea de vuestro gusto —nos dijo el señor Jarndyce conduciéndonos al saloncito de Ada—. Es una morada sin pretensiones, pero agradable, espero, y lo será más con estos jóvenes ojos tan brillantes en ella. Apenas tenéis media hora antes de cenar. No habrá nadie salvo la mejor criatura del mundo..., un niño.

—Más niños, Esther —dijo Ada.

—No quiero decir un niño literalmente —continuó el señor Jarndyce—, no por edad. Creció en su momento (por lo menos tiene mi edad), pero por su sencillez, su originalidad, su entusiasmo y una hermosa y cándida ineptitud para las cosas de este mundo, es un perfecto niño.

Pensamos que debía de ser alguien muy interesante.

—Es un músico excelente, aficionado, pero podría ejercer como profesional. Es también un artista, aficionado, pero podría ejercer como profesional. Es un hombre con estudios y de trato cautivador. No ha tenido suerte en sus asuntos, ni ha tenido suerte en sus empresas y tampoco ha tenido

suerte con su familia, pero no le preocupa... ¡Es un niño!

—¿Insinúa que tiene hijos, señor? —preguntó Richard.

—Sí, Rick, ¡media docena! ¡Más! Cerca de doce, creo yo. Pero nunca se ha ocupado de ellos. ¿Cómo podría? ¡Si necesita a alguien que se ocupe de él! Es un niño, ¡ya se sabe! —dijo el señor Jarndyce.

—¿Y los niños se han ocupado de sí mismos por completo, señor? —preguntó Richard.

—Claro, como bien puedes suponer —dijo el señor Jarndyce, poniendo cara larga de repente—. Se dice que los hijos de los más pobres no son educados sino criados. Los hijos de Harold Skimpole han ido dando traspiés hasta caer en el hoyo... Me temo que va a mudar el viento. ¡Me ha parecido sentirlo!

Richard observó que el edificio estaba en efecto muy expuesto en una noche destemplada.

—Lo está —dijo el señor Jarndyce—. Es indudable que esa es la causa. La Casa lúgubre está expuesta a las corrientes. Acompáñame a mi habitación, que está cerca de la tuya.

Acababa de llegar nuestro equipaje y lo tenía todo cerca, me había vestido en pocos minutos y estaba ocupada en sacar mis bienes materiales cuando una criada (no la que atendía a Ada, sino otra que no había visto aún) me trajo a mi cuarto una cesta que tenía dos manojos de llaves, todas con un nombre.

—Para usted, señorita, si no es molestia —dijo.

—¿Para mí? —dije yo.

—Las llaves de la casa, señorita.

Mostré mi asombro, porque añadió con alguna sorpresa por su parte:

—Me han dicho que se las entregase en cuanto estuviese a solas, señorita. Si no me equivoco, ¿no es usted la señorita Summerson?

—Sí —dije—. Así me llamo.

—El manojito mayor de llaves es el de las habitaciones, y el otro el de las bodegas. Mañana, a la hora que usted guste, le enseñaré las cerraduras y usos de cada llave.

Le dije que estaría lista a las seis y media de la mañana, y después de que se fuera, permanecí de pie ante la cesta, emocionada al considerar la importancia de mi responsabilidad. Ada me encontró así, y manifestó una confianza en mí tan encantadora, después de enseñarle las llaves y contarle qué eran, que hubiese sido una de gran insensibilidad e ingratitud no sentirme

animada. Sabía, desde luego, que era por amabilidad de mi querida niña, pero me gustó que me engañaran de forma tan agradable.

Cuando llegamos abajo, nos presentaron al señor Skimpole, que estaba ante el fuego contándole a Richard la gran afición que le tenía al fútbol en sus años del colegio. Era un hombrecillo alegre con una cabeza bastante grande, pero de rostro delicado y voz suave, y tenía un atractivo insuperable. Todo lo que decía era tan natural y espontáneo y fue dicho con una alegría tan cautivadora que se hacía fascinante oírle hablar. Al ser de apariencia más esbelta que el señor Jarndyce y al tener una tez más viva, con un cabello más moreno, parecía más joven. En realidad, hacía más el efecto, en todos los sentidos, de un joven estropeado que de un anciano bien conservado.

Había una desenvoltura llena de gracia en sus modales e incluso en su apariencia (sus cabellos, que le caían negligentemente, su pañuelo al cuello flojo y suelto, como había visto que llevaban los artistas en sus autorretratos) que no podía separar de la idea de un joven romántico que hubiese sufrido algún excepcional proceso de degradación. Me chocaba que no fuesen en absoluto los modales o apariencia de un hombre que ha pasado su vida en la senda común de los años, las preocupaciones y las vivencias. Deduje de la conversación que el señor Skimpole había estudiado Medicina y que había ejercido la profesión en casa de un príncipe alemán. Nos contó que, no obstante, siempre había sido un mero niño en el tema de los pesos y medidas y que nunca supo nada sobre ellos (salvo que le indignaban), ni fue capaz nunca de recetar nada con la precisión de detalles requeridos. De hecho, dijo, no tenía cabeza para los detalles. Y nos contó, de buen humor, que cuando se le quería para sangrar al príncipe o purgar a alguna de su gente, estaba normalmente en la cama mirando al techo, leyendo los periódicos o haciendo bocetos a lápiz, y no lograba ir. El príncipe, por fin, molesto, «en lo que —dijo el señor Skimpole de la manera más franca— tenía completamente razón», terminó con el contrato, y el señor Skimpole no tuvo (como añadió con radiante alegría) «nada que hacer más que amar, enamorarse, y casarse, y rodearse de mejillas sonrosadas». Su buen amigo Jarndyce y algún otro de sus buenos amigos lo ayudaron entonces, con mayor o menor frecuencia, en varios nuevos comienzos, pero sin propósito alguno, pues debía confesar que tenía dos de las más antiguas enfermedades de este mundo: una era que no tenía noción del tiempo y la otra, que no tenía noción del dinero. A consecuencia de esto nunca llegó a una cita, nunca pudo hacer ningún negocio, y nunca supo el precio de nada. ¡Bueno! ¡Así que había seguido con su vida y aquí estaba! Era muy aficionado a leer los periódicos, muy aficionado a hacer bocetos a lápiz, muy aficionado a la naturaleza, muy aficionado al arte. Lo único que le pedía a la sociedad era que lo dejasen en paz. ¡No era mucho! Se contentaba con poco. Que le diesen periódicos, conversación, música, cordero, café, paisajes, fruta de temporada, unas resmas de brístol, y un poco de burdeos, y no pedía más.

No era más que un mero niño en este mundo, pero no pedía la Luna. Al mundo le decía:

—¡Viva cada cual como mejor le plazca! Vista chaqueta azul, chaqueta roja, o mangas de algodón; póngase el lápiz detrás de la oreja, vista mandil; persiga la gloria, la santidad, el comercio, los beneficios, lo que usted prefiera; únicamente ¡deje vivir a Harold Skimpole!

Todo esto y mucho más no los contó no solo con una brillantez y entusiasmo sin igual, sino con un cierto candor lleno de vida..., hablando de sí mismo como si no fuera con él, como si Skimpole fuese una tercera persona, como si supiese que Skimpole tenía sus particularidades, pero aun así también tuviese sus derechos, que eran de interés general para la comunidad y no debían ser ignorados. Era bastante cautivador. Si bien me sentía absolutamente confusa al principio en el intento de conciliar todo lo que dijo con todo lo que yo había pensado acerca de los deberes y responsabilidades de la vida (de los que estaba lejos de estar segura), estaba confusa por no entender exactamente por qué estaba libre de ellos. Que estaba libre de ellos apenas lo dudaba, era muy claro al respecto.

—Nada codicio —añadió con la misma ligereza el señor Skimpole—. La propiedad no tiene para mí el menor atractivo. Aquí está la casa excelente de mi amigo Jarndyce. Le estoy muy agradecido por ello. Puedo hacer bosquejos de la casa y modificarla. Puedo componer música sobre ella. Cuando vengo aquí disfruto de todas las excelencias de la casa propia, sin participar en los disgustos, ni en los gastos ni en las responsabilidades. El nombre de mi mayordomo es, resumiendo, Jarndyce, y puedo confiar en su fidelidad. Hablábamos hace poco de la señora Jellyby. Es una mujer de talento que tiene una fuerte voluntad y aptitud extraordinaria para los detalles, y que se entrega a las empresas con vehemencia sorprendente. No lamento no tener una fuerte voluntad ni aptitud extraordinaria para los detalles ni entregarme a las empresas con vehemencia sorprendente. La admiro, pero no la envidio. Puedo simpatizar con el objeto de sus desvelos. Puedo meditar sobre ellos. Puedo llegar, en un día agradable, a reclinar me sobre la hierba y a entregarme a la corriente de un río africano, abrazar a todos los indígenas que me encuentre, mientras gozo del profundo silencio, y dibujo la exuberante vegetación de los trópicos con tanta exactitud como si la hubiera visto. No sé si tiene alguna utilidad el que lo haga, pero es todo lo que puedo hacer, y lo hago a conciencia. Así que, por amor de Dios, habiéndoles pedido Harold Skimpole, un niño confiado, a ustedes, el mundo, una aglomeración de gente práctica de industriosos hábitos, que lo dejen vivir y admirar a la familia humana, háganlo de una manera u otra, como almas bienintencionadas, ¡y soporten que monte en su caballito de madera!

Era indudable que el señor Jarndyce no había descuidado esta imprecación.

El lugar habitual del señor Skimpole allí así lo probaba sin añadir lo que acababa de decir.

—Solo os envidio a vosotros, las generosas criaturas —dijo Skimpole, dirigiéndose a nosotros, sus nuevos amigos, de manera impersonal—, el poder que tenéis de hacer lo que hacéis. Eso es lo que me deleitaría hacer. Lejos de sentir por vosotros una gratitud vulgar, me parece que es a vosotros a quien os corresponde estarme agradecidos, pues os doy la ocasión de gozar el placer de la generosidad. Sé que lo disfrutáis. Porque a decir verdad, puede que haya venido al mundo expresamente para aumentar vuestras reservas de felicidad. Puede que haya nacido para ser vuestro benefactor, al daros algunas veces la ocasión de ayudarme en mis pequeñas penalidades. ¿Por qué debería lamentar mi incapacidad para los detalles y asuntos mundanos cuando conduce a tan gratas compensaciones? Por lo tanto, no lo lamento.

De todos esos discursos traviosos (traviosos, pero siempre cargados de sentido), ninguno le pareció gustar tanto al señor Jarndyce como este último. Más de una vez me he preguntado, después, si era realmente peculiar o solo era peculiar para mí el que un hombre que se manifestaba tan íntimamente agradecido con la humanidad a la menor ocasión, pudiera escapar así de la gratitud de los demás.

Todos estábamos encantados. Tuve que atribuir a la simpatía de Ada y de Richard el que el señor Skimpole se entregase sin reserva al verlos por primera vez y se mostrase así, de manera tan sumamente agradable. Ambos, y sobre todo Richard, se alegraban con naturalidad, por razones similares, y consideraban un privilegio fuera de lo común el que se confiase con ellos de manera tan libre un hombre tan interesante. Cuanto más lo escuchábamos, con más alegría hablaba el señor Skimpole. Y con qué fina gracia y simpática candidez se burlaba a su genial manera de sus propias debilidades, como si dijera «Soy un niño, ¡ya saben! Son personas retorcidas comparadas conmigo» (así me hizo sentirme bajo esa luz), «pero soy alegre e inocente, olviden sus oficios mundanos y ¡jueguen conmigo!»; el efecto era absolutamente deslumbrante.

Era tan sensible y tenía una sensibilidad tan fina por lo que era bello o tierno, que hubiera bastado para conquistar de sobra a alguien solo con eso. Por la tarde, cuando me disponía a preparar el té y Ada tocaba el piano en el salón contiguo y tarareaba suavemente una canción a su primo Richard, una que habían mencionado por casualidad, vino y se sentó a mi lado en el sofá y habló de tal manera de Ada que casi me enamoro de él.

—Es como la mañana —decía— con ese cabello dorado, esos ojos azules, y esa tez rosada y fresca de sus mejillas, es como la mañana de un día de verano. Las aves la tomarían por tal al verla. No podemos llamar huérfana a

esa criatura prodigiosa que hace la alegría de la humanidad, porque es la hija del universo.

El señor Jarndyce estaba cerca de nosotros con las manos a la espalda y le escuchaba atento con una sonrisa.

—Me temo —observó— que el universo es bastante mal padre.

—Pues ¡yo no lo sé! —exclamó el señor Skimpole con ligereza.

—Creo poderlo afirmar —dijo el señor Jarndyce.

—¡Bueno! —exclamó Skimpole—. Usted conoce sin duda a fondo a la sociedad, que a sus ojos es el universo, y yo desconozco este mundo, así que comprendo semejante opinión suya. Pero en mi mundo —miró a los primos—, no habría para semejantes criaturas zarzas ni realidades sórdidas en su camino. Estaría sembrado de rosas, y se internaría bajo cenadores donde no habría verano, otoño ni invierno, sino una primavera eterna. Ni los años ni los cambios las marchitarían. No se pronunciaría jamás, cerca de aquel, la sucia palabra «dinero».

El señor Jarndyce le dio una palmadita en la cabeza con una sonrisa, como se hace con los niños, y dando uno o dos pasos, volvió la mirada hacia los jóvenes primos. Su semblante parecía meditabundo, bien que acompañado de una benevolencia paternal que con frecuencia (¡con mucha frecuencia!) vi después, y que se quedó grabada en mi corazón. La sala donde estaban ellos, que se comunicaba con aquella en la que estaba él, no tenía más luz que la que le daba la llama de la chimenea. Ada se había sentado al piano, Richard estaba de pie a su lado e inclinaba su cabeza. Sus sombras se unían y confundían en la pared, rodeadas de extrañas formas, no sin un movimiento fantasmal contagiado por el fuego inquieto, que, con todo, reflejaba objetos inmóviles. Ada tocaba apenas las teclas del piano y cantaba en voz tan baja que el viento que gemía a lo lejos pasando sobre las colinas se oía tanto como la música. El cuadro en su conjunto parecía expresar el misterio de lo por venir y la pequeña pista que ofrecía la voz del presente.

Pero he de advertir que no he descrito esta escena para evocar el momento que me recuerda. En primer lugar, no era tan inconsciente del contraste entre el significado y el propósito que presentaba el silencio que sucedía a los anteriores comentarios. En segundo lugar, aunque el señor Jarndyce me miró cuando la apartó de ellos para detenerse nada más que un momento sobre mí, me pareció que me confiaba (y supe que confiaba en mí, y que recibía su confianza) sus esperanzas de ver algún día a Ada y a Richard unidos de manera más íntima.

El señor Skimpole tocaba el violonchelo y el piano, era compositor y había comenzado una ópera de la que se había cansado a la mitad y tocaba lo que

componía con gusto exquisito.

Después del té, tuvimos un verdadero concierto, del cual fuimos encantados oyentes Richard, completamente subyugado por la voz de Ada (decía que parecía saberse todas las canciones que se hubiesen escrito), el señor Jarndyce y yo.

Después de un rato, perdí de vista al señor Skimpole, y luego a Richard, y en el momento en el que me extrañaba de cuánto se prolongaba su ausencia de este, la criada que me había hecho entrega de las llaves entreabrió la puerta y me dijo:

—Si no es molestia, ¿podría salir un instante?

Cuando me vi fuera con ella en la antesala, dijo levantando las manos:

—¡Ah! Venga usted arriba, señorita, si no es molestia. El señor Carstone pregunta si podría subir al cuarto del señor Skimpole. ¡Lo ha cogido, señorita!

—¿Cogido? —dije yo.

—¡Cogido, señorita! Rápido —dijo la criada.

Temí que algún ataque repentino hubiera puesto su vida en peligro, pero, por supuesto, le rogué que se tranquilizase y que no alarmase a nadie. Traté de reunir toda mi presencia de ánimo y seguí a la criada arriba, precipitadamente, buscando en mi mente el remedio para combatir el supuesto ataque repentino. Para mi indescriptible sorpresa, en vez de verlo tendido en el suelo o echado en su cama como esperaba, me lo encontré de pie delante de la chimenea, sonriendo a Richard, que miraba con gran embarazo a un hombre sentado en el sofá, vestido con un abrigo blanco, con cabellos lisos y escasos, que se alisaba más y hacía más escaso pasándose un pañuelo.

—Señorita Summerson —me dijo atropelladamente Richard—. Me alegro que haya usted venido. Necesito su consejo. A nuestro amigo el señor Skimpole..., no se alarme usted..., lo han arrestado por deudas.

—Y la verdad, señorita Summerson —dijo el señor Skimpole con su agradable candor—, que nunca me he hallado en una situación que exigiera más esa excelente sensatez, ese enorme criterio para las cosas que cualquiera que haya tenido la suerte de estar en su compañía un cuarto de hora habrá observado.

El individuo que estaba en el sofá, y que parecía constipado, se sonó con tanto estruendo, que no pude menos que estremecerme.

—¿Es muy elevada la suma por la que lo arrestan? —le preguntó al señor Skimpole.

—Mi querida señorita Summerson —dijo, moviendo la cabeza, con tono

amable—. No lo sé. Se han mencionado algunas libras, otros tantos chelines, y medio penique, creo.

—Son veinticuatro libras, dieciséis chelines y siete peniques y medio —dijo el desconocido—. Eso son.

—Diríase al oírle —dijo el señor Skimpole— que parece una pequeña suma.

El desconocido no dijo nada, pero se sonó de nuevo con tanta fuerza que parecía estar a punto de salir disparado de su asiento.

—El señor Skimpole —me dijo Richard— tiene reparos en recurrir para este asunto a mi primo Jarndyce, porque no hace muchos días que... Me parece que ha dicho usted que tuvo que recurrir a él recientemente por...

—Sí, sí —respondió el señor Skimpole sonriendo—, aunque no recuerdo ya la época ni la cantidad de la que se trataba. No dudo de que Jarndyce lo haría otra vez, pero en esta ocasión tengo el epicúreo sentimiento de preferir un nuevo bienhechor, de preferir —y nos miró a Richard y a mí— desarrollar la generosidad en un suelo virgen y verla florecer bajo una nueva forma.

—¿Qué le parece, señorita Summerson? —me preguntó aparte Richard.

Antes de contestar me aventuré a preguntar lo que ocurriría si no se encontraba el dinero.

—La cárcel —dijo el desconocido, dejando con frialdad el pañuelo dentro del sombrero que tenía a los pies—. O a Coavinses.

—¿Le importaría que le preguntase qué es...?

—¿... Coavinses? —dijo el desconocido—. Pues una casa.

Nos miramos Richard y yo uno a otro de nuevo. Lo más sorprendente fue que éramos los únicos a quienes nos preocupaba el arresto, el señor Skimpole nos miraba con profunda atención, pero sin interés personal alguno. Se había lavado las manos en ese asunto, y la dificultad se había vuelto de nuestra incumbencia.

—He pensado —sugirió como si nos ayudase de buena fe— que, siendo Richard y su preciosa prima partes interesadas en un pleito de la Cancillería, en el que se encuentran en litigio cuantiosos bienes, podrían él o ella, o ambos, firmar o extender algo, o dar una especie de garantía, o pagaré o letra de cambio. Ignoro el nombre comercial de lo que sea, pero supongo que hay algún instrumento a su alcance que podría resolver esto.

—Es imposible —dijo el desconocido.

—¡Cómo! ¿Imposible? —dijo el señor Skimpole—. Parece raro, ahora

que, para alguien que no es especialista en estas cosas...

—Tan raro como usted quiera —dijo el extraño con brusquedad—, pero le digo a usted que es imposible.

—¡No se sulfure usted, amigo mío, no se sulfure!

El señor Skimpole razonó amablemente con él mientras le hacía un dibujito de su cabeza en la hoja de guarda de un libro.

—No se altere por oficio. Podemos distinguir al hombre de su profesión. No tenemos tantos prejuicios como para suponer que en la vida privada no es usted una bellísima persona, con una gran inclinación por la poesía en su naturaleza, de la que puede no ser consciente.

El desconocido respondió sonándose de nuevo violentamente, ya por aceptación de la poesía que le atribuían o ya por rechazo desdeñoso de ello. No puedo asegurar cuál de estas dos interpretaciones es la verdadera.

—Ya ven ustedes, querida señorita Summerson y querido Richard —dijo míster Skimpole con desenfado, con inocencia, y con confianza mientras miraba su dibujo con la cabeza ladeada—, que ahora me resulta imposible hacer nada en favor mío. Mi suerte está en sus manos. Solo pido ser libre. Las mariposas son libres. ¡No le negará la humanidad al señor Skimpole lo que le concede a las mariposas!

—Mi querida señorita Summerson, dispongo de diez libras que me entregó el señor Kenge —me dijo en voz baja Richard—. Voy a ofrecérselas a ver qué pasa.

Yo tenía quince libras, y algunos chelines, que había ahorrado de mi asignación trimestral durante varios años. Y que había conservado por temor a encontrarme en un momento dado sin apoyo ni recursos en la vida y siempre había tenido un poco de dinero conmigo para no verme sin un penique. Le conté a Richard que tenía esas pequeñas reservas y que no las necesitaba por el momento, y le pedí que informase de ello con delicadeza al señor Skimpole, mientras, iría por ellas, y así tendríamos el placer de pagar su deuda.

Cuando volví, el señor Skimpole me besó la mano con verdadera emoción, no por propio interés (de nuevo me hice consciente de esa contradicción desconcertante y extraordinaria), sino por nosotros, como si le fuese imposible toda consideración personal y solo le causara alegría nuestra felicidad. Habiéndome suplicado Richard, para que la transacción fuese más elegante, que fuese yo quien terminara el asunto con Coavinses (como lo llamaba ya jocosamente el señor Skimpole), conté el dinero y este me dio el correspondiente recibo, lo que también le divirtió mucho al señor Skimpole. Administró con tanta delicadeza sus cumplidos que me sonrojé menos de lo

que hubiese sido posible y pude arreglar las cuentas con el desconocido sin cometer errores.

Se embolsó el dinero recibido y dijo lacónicamente:

—Bien, pues, le deseo buenas noches, señorita.

—Amigo mío —dijo el señor Skimpole, que estaba de espaldas al fuego después de haber dejado el boceto cuando lo medio terminó—, quisiera hacerle a usted una pregunta, aunque sin la menor intención de ofenderle.

Creo que su respuesta fue:

—Puede, hágala ya.

—¿Sabía usted por la mañana que tendría que llevar a cabo esta diligencia?

—Lo sabía ayer tarde a la hora del té —dijo Coavinses.

—¿Y no perdió el apetito ni sintió el menor malestar?

—Ni en lo más mínimo. Sabía que si no lo encontraba a usted hoy le encontraría mañana. Un día antes o después poco importa.

—Pero cuando venía para acá —prosiguió el señor Skimpole— el día era hermoso, el sol brillaba, el viento soplaba, y la luz y la sombra se entrelazaban en los campos, y cantaban los pájaros.

—Nadie ha dicho lo contrario a mi entender —respondió Coavinses.

—Por supuesto —observó el señor Skimpole—. Pero ¿en qué pensaba usted mientras iba en mi busca?

—¿Adónde quiere llegar? —vociferó el agente, que parecía muy enojado—. ¡Pensar! ¡Tengo mucho que hacer y poco que ganar para perder el tiempo pensando! ¡Pensar! —dijo con profundo desprecio.

—De modo que no ha pensado usted —prosiguió el señor Skimpole— al respecto: «A Harold Skimpole le gusta ver brillar el sol, le gusta oír el viento que sopla, le gusta mirar los cambiantes efectos de la luz y de la sombra, le gusta oír el canto de los pájaros, esos grandes cantantes del templo de la naturaleza. Y parece que voy a privarlo de la parte que le corresponde en todos esos bienes, que es su única herencia». ¿No ha pensado usted nada de eso al respecto?

—¡Ab-so-lu-ta-men-te, no! —dijo Coavinses, cuya obcecación en renunciar por completo a esa idea era de tal intensidad que solo podía darle una adecuada expresión dilatando el intervalo entre cada sílaba, y acompañando el «no» con un ademán que le podría haber dislocado el cuello.

—¡De qué manera tan extraña y tan curiosa se desenvuelve la inteligencia

en vosotros, los hombres de negocios! —dijo el señor Skimpole, meditabundo—. Le doy las gracias, amigo mío. Buenas noches.

Dado que nuestra ausencia había sido ya bastante prolongada y ello podía causar extrañeza abajo, me apresuré a volver y me encontré a Ada, sentada con la labor junto al fuego, en animada conversación con su primo John. En ese momento apareció el señor Skimpole y Richard inmediatamente después. El resto de la velada la dediqué a mi primera lección de backgammon, el juego favorito del señor Jarndyce, y de quien por lo mismo deseaba aprenderlo cuanto antes, para suplir alguna noche al adversario que estuviese ausente.

Sin embargo, al oír al señor Skimpole tocar algún fragmento de sus composiciones o cuando, al estar ambos al piano y al violonchelo, y a nuestra mesa, con la gracia que le era peculiar, y al verlo entregado a la conversación con el atractivo ánimo y el desenfado de siempre, pensaba que nos había transferido decididamente a Richard y a mí la impresión de haber sido arrestado durante la cena y que no dejaba de ser curioso.

Era muy tarde cuando nos separamos, porque cuando Ada se estaba yendo hacia las once, el señor Skimpole se sentó al piano, parloteando, con mucha gracia, sobre que el mejor medio de prolongar la existencia era robar algunas horas al sueño. De modo que hasta después de las doce no cogió la lámpara para encaminarse a su cuarto, con el rostro tranquilo y alegre y estoy persuadida de que podría habernos obligado a quedarnos hasta el amanecer si se hubiese empeñado en ello. Ada y Richard permanecieron algunos instantes más junto al fuego, y se preguntaban si la señora Jellyby habría acabado de dictar sus cartas del día, cuando volvió a entrar el señor Jarndyce.

—Ah, querida mía, ¿qué es eso? ¿Qué es eso? —dijo pasándose la mano por la cabeza y andando a grandes trancos por la habitación, con su expresión bondadosa y airada.

—¿Qué es eso que acaban de contarme, Rick, hijo mío, y tú Esther, querida? ¿Qué habéis hecho? ¿Por qué lo habéis hecho? ¿Cómo habéis podido hacerlo? ¿Cuánto ha sido cada uno? El viento va a cambiar otra vez. Lo siento en los huesos.

Ninguno de nosotros supo qué contestar.

—¡Habla, Richard! ¡Habla! ¡Tengo que arreglar este asunto antes de acostarme! ¿Cuánto dinero habéis dado? Sí, porque sé que entre los dos habéis completado la suma. Pero ¿por qué? ¿Cómo habéis podido? Ay, Señor, tiene que ser de levante..., ¡debe serlo!

—A decir verdad, señor —dijo Richard—, considero una indiscreción hablarle de este asunto. El señor Skimpole se nos confió...

—¡Que Dios te bendiga, hijo mío! ¡Este hombre se confía a cualquiera! —dijo el señor Jarndyce pasándose con fuerza la mano por la cabeza y parando de pronto.

—¿De verdad, señor?

—¡A cualquiera! —dijo el señor Jarndyce andando a grandes trancos con una vela en su mano que se había apagado—. Dentro de una semana se verá en el mismo atolladero. No sale nunca de apuros. Nació, según creo, lleno de deudas. Creo de verdad que los periódicos anunciaron su nacimiento en estos o parecidos términos: «El martes último, la señora Skimpole dio a luz en el palacio de las Dificultades al señor Skimpole, preso por deudas».

Richard prorrumpió en una carcajada, pero añadió:

—Sin embargo, no creo que deba romper su confianza ni hacer que flaquee, y someto a su buen criterio de nuevo el deber mantener su secreto o no, espero que reflexione en ello antes de insistirme más. Por supuesto, si me insiste, reconoceré que me equivoco y se lo diré.

—Muy bien —exclamó el señor Jarndyce, parándose de nuevo y esforzándose en su distracción por meterse la palmatoria en el bolsillo—. Eso... ¡es! Toma esto, querida niña, y llévatela. No sé lo que me hago, todo por la maldita influencia del viento, tiene siempre ese efecto sobre mí. Richard, no insistiré, es posible que tengas razón. Pero, la verdad, ¡que os haya cogido a Esther y a ti para exprimiros como dos naranjas de principios de temporada...! ¡Va a estallar una tempestad de viento esta noche o qué!

Y se metía las manos en los bolsillos, como decidido a no volverlas a sacar en su vida, pero luego las sacaba al momento para restregarse la cabeza con violencia. Me atreví a aprovechar esa ocasión para apuntar que el señor Skimpole era en todas esas materias como un auténtico niño...

—¿Cómo, querida? —dijo el señor Jarndyce, sorprendido por esta última palabra.

—Que es un auténtico niño —dije—, y tan diferente a todo el mundo que...

—¡Tienes razón! —dijo el señor Jarndyce, radiante—. Tu agudeza femenina ha dado en el clavo: es un niño y absolutamente un niño. Ya os dije antes que era un niño cuando os hablé de él por primera vez.

—Por supuesto, por supuesto —dijimos.

—Y es que es un niño. ¿No es cierto? —preguntó el señor Jarndyce cada vez más radiante.

—Es cierto que lo es —dijimos.

—Cuando uno piensa en ello, ha sido una verdadera niñería, por parte de uno, quiero decir por la mía —dijo el señor Jarndyce—, el haberle considerado un solo momento como a un hombre responsable de sus actos. Harold Skimpole vive y procede sin objeto, sin plan, y sin conocer las consecuencias de ninguno de sus actos. ¡Ja, ja, ja!

¡Era tan agradable ver desvanecerse las nubes que habían cubierto su rostro para dar lugar a una alegría sincera! Tanto más al considerar que aquella alegría nacía en la bondad, puesto que censurar, desconfiar o acusar a espaldas de alguien constituían para él un verdadero tormento. Vi que acudían las lágrimas a los ojos de Ada, mientras compartía su risa, como las sentí acudir a los míos.

—Vaya, no soy más que un imbécil —dijo el señor Jarndyce—, he tenido necesidad de que me recordasen todo eso. Todo este asunto demuestra que no es más que un niño de principio a fin. Porque únicamente un niño podía recurrir a vosotros en semejantes circunstancias. Únicamente un niño puede pensar que tuvieseis el dinero. Aunque hubiesen sido mil libras, ¡os lo habría pedido de igual modo! —dijo el señor Jarndyce con el rostro resplandeciente.

Todos confirmamos sus palabras basándonos en nuestra experiencia de esa noche.

—Sin duda alguna, ¡sin duda alguna! —dijo el señor Jarndyce—. Sin embargo, Richard, Esther, y tú también Ada, porque no creo que tus bolsillos estén a salvo de su inexperiencia..., tenéis que prometerme que no va a volver a repetirse nunca algo parecido. ¡Nada de anticipos! Ni siquiera seis peniques.

Se lo prometimos con sinceridad, y Richard se tocó los bolsillos y me miró sonriente como para recordarme que no había peligro de que faltásemos a nuestra promesa.

—En cuanto al señor Skimpole —dijo el señor Jarndyce—, lo único que necesita en el mundo es una casita de juguete, con una buena mesa y unos pocos muñequitos a quienes pueda pedir y deber dinero para que el chico pudiera instalarse. Supongo que duerme el más angelical de los sueños. Ya es hora de que yo descance mi mañosa cabeza sobre mi almohada más mundana. ¡Buenas noches, hijos míos! ¡Que Dios os bendiga!

Volvió a asomarse, con una cara sonriente, antes de que apagásemos las velas, y nos dijo:

—¡Ah! He ido a ver la veleta. Creo que ha sido una falsa alarma lo del viento. ¡Es del mediodía!

Y se alejó, canturreando.

Cuando nos retiramos a nuestras habitaciones, Ada y yo hablamos un rato

de la preocupación del señor Jarndyce con respecto al viento, y coincidimos en que era una ficción, un pretexto al que recurría para disimular su mal humor cuando quería evitar enfadarse con la causa de ese mal humor, o menospreciar o despreciar a nadie. Pensamos que era una rareza que demostraba su excesiva bondad, y que le distinguía de esas personas irritables que, lejos de invocar el viento y el tiempo para apaciguarse, se sirven de él, por el contrario, para descargar su ira y mostrarse huraños.

En realidad, aquella única velada añadió tanto cariño a mi gratitud hacia él que esperaba empezar ya a comprenderlo gracias a esos sentimientos mezclados. Las incoherencias aparentes del señor Skimpole y de la señora Jellyby no tenía esperanza de poder conciliarlas, al tener tan poca experiencia y conocimientos prácticos. Ni lo intenté, porque mi pensamiento estaba muy ocupado, cuando estaba a solas, con Ada y Richard, y con la confianza que había creído recibir sobre ellos. Tal vez también bajo la influencia del viento, mi imaginación se replegó sobre sí misma, a pesar de mis esfuerzos, y pensé en mí. Divagué hasta la casa de mi madrina y, recorrí nuevamente los años que había pasado allí, alentando sombrías especulaciones, que algunas veces había espoleado en la oscuridad, como hasta qué punto conocía la historia de mi nacimiento el señor Jarndyce..., hasta la posibilidad de que fuese mi padre, aunque esa ilusión se había desvanecido completamente en ese momento.

Se iría todo al momento, recordé, al levantarme del fuego. No era muy mío cavilar sobre lo pasado, sino actuar con ánimo alegre y corazón agradecido. Así que me dije a mí misma «Esther, Esther, ¡Esther! ¡Cumple con tu deber, querida!», y le di tal sacudida a mi cestita con las llaves de la casa que sonaron como campanillas llamándome para que fuese a la cama llena de esperanza.

VII

El paseo del fantasma

Esther se ha dormido, y mientras duerme está lloviendo en la lujosa quinta de Lincolnshire. La lluvia cae de día y de noche, sin cesar, gota tras gota, sobre las grandes baldosas del patio que llaman el paseo del fantasma. El tiempo es tan borrascoso y sombrío que la imaginación más viva no lograría imaginar que pudiese llegar a serenarse. Pero la vida y la imaginación no arraigan en Chesney Wold y sir Leicester se encuentra en París con milady Dedlock (y, para ser sinceros, tampoco añadiría mucha aunque estuviera), y la soledad cubre con sus alas negras Chesney Wold.

Sin embargo, quizá exista alguna reacción en la limitada mente de los

animales inferiores que habitan en Chesney Wold. Los caballos, encerrados en sus caballerizas (las vastas caballerizas, situadas en un patio al descubierto, desierto cercado de paredes de ladrillo rojo, donde se alza un torreón que ostenta una campana y un reloj de esfera muy grande, el cual parece que siempre lo estén consultando las palomas de las cercanías, posadas en sus hombros), quizá evoquen la imagen de un hermoso día de primavera, y se manifiestan más sensibles que los mozos que los cuidan. El viejo ruano, tan famoso por vencer todo obstáculo, que alza sus grandes ojos hacia la ventana emplomada que hay encima de su pesebre, quizá piense en el verde follaje que en otra época veía brillar y los aromas que emanaban, y en pegarse una buena carrera con los galgos, mientras que el mozo de cuadra, que está limpiando el establo de al lado, no ve más allá de su escobón y de su cepillo. El tordo que se encuentra enfrente de la puerta endereza las orejas cada vez que abren esta, y su mirada se posa tristemente en el que acaba de entrar, que le dice: «¡Quieto, tordo! Hoy no te necesita nadie», y quizá lo sepa tan bien como el hombre. Y la media docena de bestias, que participan de una vida tan monótona, quizá pasen los días de lluvia en una comunicación más animada, en cuanto cierran la puerta, que la que se escucha en el comedor de los criados, o en la taberna de Dedlock Arms, o que incluso burlen el tiempo aleccionando (corrompiendo quizá) al joven poni que está en el box abierto de la esquina.

Quién sabe si el mastín, que dormita en la perrera, con el hocico entre las patas, sueña en un día abrasador de verano, cuando las sombras del establo colman su paciencia con tanto cambiar de sitio y dejarlo sin más refugio, en cierto momento del día, que el de su propia caseta, donde se está sentado, resoplando y gruñendo, y con ganas de algo de lo que preocuparse, además de por sí mismo y de su cadena. En ese momento, guiñando los ojos, y medio despierto, se acuerda tal vez de la época en que la casa está llena de gente, los patios de coches y las cuadras de caballos y que, en un constante ajetreo, van y vienen los criados y los cocheros. Entonces sale instintivamente de la perrera para cerciorarse de la verdad, y, sacudiendo la cadena que le sujeta, dice para sí, gruñendo: «Lluvia, lluvia, nada más que lluvia, y nadie y nadie» mientras vuelve a entrar y se tiende bostezando, tristemente.

Ocurre lo mismo con los perros de caza, a quienes exaspera el reposo y que desde su perrera situada al otro extremo del jardín dejan oír su voz quejumbrosa hasta el tocador de milady, quizá recorran con el pensamiento toda la comarca mientras la lluvia cae y los condena a la inacción. Quizá los conejos, escondidos en sus madrigueras, distraen su fastidio pensando en los días en que la brisa acaricia sus hocicos, en la interesante estación en que hay tiernos brotes que comer, en que las raíces son jugosas y delicadas. El pavo, vagamente nervioso por un agravio social (probablemente Navidad), quizá recuerde aquella mañana de julio en que se fugó del corral, tomó el camino del

jardín y, trotando entre las ramas de los árboles cortados, llegó hasta la granja que estaba llena de cebada. La oca, descontenta, que se agacha para pasar por debajo de la puerta del patio, quizá grazne rememorando los días en que la sombra del portal se proyecta en la arena.

Sea como sea, aparte de eso no hay mucha imaginación que conmueva Chesney Wold. Si hay un poco en algún raro momento, cunde mucho, como un pequeño ruido en un viejo edificio con eco, y normalmente conduce a los fantasmas y al misterio.

Está lloviendo de manera tan perenne e intensa en Lincolnshire que la señora Rouncewell, el ama de llaves de Chesney Wold, se quita a cada instante los anteojos y se los seca creyendo que están en sus cristales las gotas de agua que en realidad ve a través de ellos. Podría sustraerse a aquel equívoco escuchando el rumor de la lluvia, pero es algo sorda, aunque se resiste a confesarlo y aun más en creerlo. Es una majestuosa anciana, mujer de sano aspecto, de un aseo prodigioso y con tal espalda y tal pechera que, si al morir su corsé resultase ser una ancha y anticuada parrilla de chimenea familiar, nadie se sorprendería. La lluvia le afecta poco, la aguanta como la aguanta la propia mansión que guarda, y, según su expresión favorita: «La quinta es su única ocupación y preocupación». La encontramos sentada en su habitación situada en la planta baja, en un corredor lateral, cuya ancha ventana se abre a un patio de terreno llano, cuadrado, plantado con árboles de redondeada copa, y adornado con grandes piedras redondas, como si los árboles y piedras estuvieran allí dispuestos para jugar una partida de bolos. Toda la casa está confiada a su cuidado, y ella es la que, activa y atareada, la abre en ciertas ocasiones para las visitas, pero hoy está todo cerrado y abismado en un profundo y majestuoso sueño. Sería imposible figurarse Chesney Wold sin ella. Preguntadle en el día lluvioso en que nos encontramos cuánto tiempo hace que vive en ella, y os contestará: «Cincuenta años, tres meses y quince días, si Dios me permite vivir hasta el martes». Su esposo murió algún tiempo antes de la desaparición de la divertida moda de las pelucas, y fue a reposar modestamente con la suya en un rincón del cementerio de la iglesia de los jardines, al lado del húmedo y musgoso portal. Este buen hombre había nacido en el pueblo inmediato, lo mismo que su viuda, su confianza con la familia Dedlock se remontaba al barón anterior, y debía el empleo a su habilidad en el arte de destilar licores.

El actual representante de los Dedlock es un amo excelente. Cree que sus criados están privados absolutamente de todo carácter individual y son incapaces de tener ni intenciones ni opiniones de por sí, y está íntimamente persuadido de que ha venido al mundo para evitarles la necesidad de reflexionar y comprender, hasta el punto de que, si descubriera lo contrario, se quedaría moral y materialmente atónito. No obstante, es un excelente amo que

considera la obligación de parecerlo y de serlo, en realidad, como uno de los deberes que le impone su categoría. Profesa a la señora Rouncewell un cariño sincero, la mira como a una mujer eminentemente respetable, no se olvida nunca de estrecharle la mano cuando llega a Chelsey Wold o cuando se marcha, y si alguna vez está enfermo, herido, cansado o sujeto a algún achaque desagradable que un Dedlock no debe mostrar en público, lo primero que dice es: «Déjenme, y que venga la señora Rouncewell», pues sabe que su dignidad no tiene nada que temer ante la respetable matrona.

La señora Rouncewell ha conocido la inquietud y el pesar. Tenía dos hijos, y el menor, después de no pocos disgustos, se hizo soldado, y no ha vuelto a verlo. Aun después de tanto tiempo, las manos apacibles de la pobre mujer se crispan de pronto, se retuercen y se agitan cuando habla de él. Un muchacho tan guapo, de tan buen corazón, siempre tan divertido tan amable y tan noble. El mayor hubiera podido quedarse en Chesney Wold y llegar con el tiempo a ser mayordomo de la hacienda, pero desde niño manifestó afición a la mecánica, construía máquinas de vapor con las sartenes y las marmitas, hacía abrevaderos mecánicos para los canarios e inventaba los más curiosos aparejos para que, sin el menor esfuerzo, pudiese el más débil de esos pajarillos proveerse de su ración de agua con solo dar vueltas a una ruedecilla con la patita. Esta inclinación tan marcada fue para la señora Rouncewell origen de una gran inquietud porque sabía que cualquier aptitud para cualquier profesión que de cerca o de lejos tuviera relación con la chimenea de una fábrica era a los ojos de sir Leicester el primer paso en la senda fatal que había emprendido Wat Tyler,[3] y presentía con angustia que su desgraciado hijo iba a seguir esta senda. Pero el porfiado joven, muy dócil en todo lo demás, perseveró en sus condenadas inclinaciones y acabó construyendo un modelo de telar mecánico. La pobre madre se vio obligada a presentarse al barón, con los ojos bañados en lágrimas, para revelarle la reincidencia de su hijo.

—Señora Rouncewell —le contestó sir Leicester—, ya sabe usted que no me rebajo nunca a discutir con nadie, pero, puesto que la cosa no tiene remedio, le aconsejo que se separe usted de su hijo y que lo coloque en una fábrica. Un muchacho que tiene semejantes tendencias debe ir a los condados del norte, donde se trabaja el hierro.

El muchacho partió, pues, para el norte, y, si más adelante el barón Dedlock pensó alguna vez en él, fue para considerarlo como uno de esos miles conspiradores cetrinos e indeseables que dos o tres veces por semana ejecutan, a la luz de las antorchas, alguna protesta con intenciones ilícitas.

Pese a semejantes escrúpulos, el hijo de la señora Rouncewell ha llegado a ser con los años un maestro en su arte. Se ha casado, tiene hijos, y uno de ellos, de regreso de un viaje al extranjero para completar su educación técnica, ha venido a ver a su abuela.

Precisamente es el joven que se halla apoyado en la chimenea, en la habitación que la señora Rouncewell ocupa en Chesney Wold.

—¡Cuánto me alegro de verte, hijo mío! —le dice la señora Rouncewell—. ¡Cuánto me alegro, Watt! ¡Es que no me canso de decirlo! Qué buen aspecto tienes... El vivo retrato de tu tío George.

Las manos de la señora Rouncewell tiemblan de emoción como siempre que pronuncia este nombre.

—Dicen que me parezco a mi padre, abuela.

—Es verdad, hijo mío, pero mucho más a tu pobre tío. Y tu querido padre —la señora Rouncewell cruza de nuevo las manos—, ¿está bien?

—Sí, abuela, le va bien en todos los sentidos.

—Doy gracias a Dios con todo mi corazón —la señora Rouncewell ama entrañablemente a su hijo, pero le inspira, al mismo tiempo, cierta dolorosa compasión, como si hubiese sido militar y se hubiese pasado al campo enemigo—. ¿Es feliz?

—Mucho.

—¡Me siento muy agradecida! ¿Así que te ha criado para que sigas sus pasos y te ha enviado al extranjero y esas cosas? Bien, nadie sabe mejor que él lo que te conviene. Quizá exista fuera de Chesney Wold un mundo que esté fuera de mi alcance, aunque ya no soy una jovencita y en todos estos años he conocido a mucha gente.

—Abuela —dice el joven cambiando de conversación—, ¡qué bonita es esa chica que acabo de ver! Creo haber oído que la llamaba usted Rosa.

—Sí, hijo mío. Su madre es una pobre viuda del pueblo. La mayoría de las que se ponen a servir en estos días tienen una cabeza tan dura que me la he traído jovencita para formarla a mi manera. Vive conmigo y no se separa de mi lado un momento, es dócil, inteligente y enseña ya con mucha gracia la quinta a los forasteros que vienen a visitarla.

—Me figuro que no se habrá ido por mi culpa...

—Habrá pensado que teníamos que hablar de asuntos de familia, y ha salido para dejarnos tranquilos. Es muy discreta, excelente cualidad en una joven y que no es frecuente en las muchachas de hoy en día. ¡Nada frecuente!

La señora Rouncewell se arregla el pañuelo del cuello, mientras su nieto contesta a sus últimas palabras con un gesto de asentimiento.

De pronto, la señora Rouncewell pone el oído y dice:

—¿No se oye un ruido de ruedas? —exclama.

El joven lo oía desde hacía mucho rato.

—¿Quién podrá venir con un tiempo como este, madre de Dios?

Llaman a la puerta algunos momentos después, y entra, con timidez, en la habitación una joven belleza rústica, morena, de ojos negros, de tez rosada y tan delicada que las gotas de lluvia que tiemblan en sus cabellos parecen gotas de rocío sobre una flor recién cortada.

—¿Quién es, Rosa? —pregunta la señora Rouncewell.

—Dos caballeros que desean visitar la quinta. Y les he dicho que sí, si a usted le parecía bien —en respuesta a un gesto de desacuerdo del ama de llaves—. He ido a la entrada y les he dicho que no era el día ni la hora de las visitas a la casa, pero el más joven, el que conducía, se ha quitado el sombrero a pesar de la lluvia y me ha suplicado que le pasara a usted esta tarjeta.

—Léemela, mi querido Watt —le dice el ama de llaves.

Rosa es tan tímida que al entregar la tarjeta la ha dejado caer. Los dos se inclinan para cogerla, pero lo hacen a un tiempo, se rozan las frentes, y el rostro de la joven se enciende como las ascuas.

—Señor Guppy —la tarjeta no lleva más nombre.

—¿Guppy? —repite la señora Rouncewell—. ¡Señor Guppy! ¡Qué absurdo! No lo he oído nombrar en mi vida.

—Ya me lo ha advertido —continúa Rosa—. Pero ha añadido que él y el caballero que lo acompaña habían llegado de Londres la noche anterior con la posta para asistir a la reunión de los magistrados que se ha realizado esta mañana en las cercanías, que habían terminado pronto y que, como habían oído hablar elogiosamente de Chesney Wold, venían, a pesar de la lluvia, a visitar la quinta. Son abogados y me han dicho que no trabajan en el estudio del señor Tulkinghorn, pero que se le podían pedir a éste referencias si era necesario.

Al ver, cuando ya ha terminado, que acaba de hacer un discurso bastante largo, Rosa se muestra más tímida que nunca.

El señor Tulkinghorn es un asiduo de la quinta. Hay quien asegura que es depositario del testamento de la señora Rouncewell y, puesto que lo conoce el dueño de la tarjeta, la matrona consiente en admitir a los visitantes y le encarga a Rosa que les sirva de guía.

El nieto de la señora Rouncewell manifiesta, de pronto, un vivo deseo de ver también aquel magnífico edificio, y propone unirse a los visitantes.

Su abuela se alegra al ver el interés que demuestra por Chesney Wold, se levanta y lo acompaña, a pesar de la insistencia reiterada del joven de que no

se moleste.

—Le estoy sumamente agradecido, señora —se apresura a decir el señor Guppy, quitándose el abrigo que chorrea y deja en el vestíbulo—. No es frecuente que los letrados podamos salir de Londres, y hay que aprovechar las pocas ocasiones cuando se presentan.

La digna matrona indica con un gesto elegante, a la par que grave, la escalera principal hacia donde se dirigen todos, precedidos de un jardinero que se adelanta para abrir los postigos. El señor Guppy y su amigo siguen a Rosa, y cierran la marcha la señora Rouncewell y su nieto.

Como les sucede casi siempre a los que visitan una quinta, el señor Guppy y su amigo se muestran rendidos de cansancio y aburridos antes de ver nada, bostezan a cada puerta que se abre y apenas pueden sostenerse en pie. Se meten por sitios equivocados, se detienen en cosas que no merecen la pena, se desentienen de las cosas que hay que ver, se quedan boquiabiertos cuando les abren más habitaciones, muestran un profundo desánimo y les entran claramente las prisas. En todas las salas donde se puede entrar, la señora Rouncewell, que se mantiene tan erguida como la casa en sí, se sienta cerca de una ventana o en un rincón desde donde aprueba majestuosamente la explicación que les da Rosa a los visitantes, y su nieto está tan atento a las palabras de la joven que Rosa se ruboriza cada vez más, lo que realza doblemente su hermosura. Pasan de un salón a otro, evocando sucesivamente a los difuntos Dedlock, cuya imagen aparece con la luz y vuelve a desaparecer pronto en su tumba al abrir y cerrar el joven jardinero las ventanas. Al consternado señor Guppy y a su desconsolado amigo les parece que nunca se van a acabar los Dedlock, cuya grandeza consiste, al parecer, en no haber hecho nada que pudiera llamar la atención en el espacio de setecientos años.

Ni siquiera el salón grande de Chesney Wold consigue reavivar el ánimo el señor Guppy, que cree que va a desmayarse, y apenas tiene energías para cruzar el umbral, pero lo reanima de pronto un lienzo que hay sobre la repisa de la chimenea, pintado por el artista más célebre de la época, y, parándose, lo mira y parece fascinado ante la imagen que representa.

—¡Madre mía! ¿De quién es ese retrato? —pregunta el señor Guppy.

—¿El que está sobre la chimenea? —dice Rosa—. Es el de lady Dedlock, la señora actual. Se dice que está muy conseguido y que es la mejor obra del pintor.

—¿Es posible? —exclama el señor Guppy, mirando a su amigo con cierta consternación—. No la he visto nunca y, sin embargo, creo conocerla. ¿Han hecho copias al grabado de ese retrato, señorita?

—No, señor. Sir Leicester no lo ha permitido nunca.

—En tal caso —murmura en voz baja el señor Guppy—, que me ahorquen si sé dónde y cómo he podido ver ese retrato. ¡Qué cosa tan rara! ¿Está usted segura de que es el retrato de la señora Dedlock?

—El retrato de la derecha es el del barón actual, sir Leicester Dedlock y el de la izquierda representa a su padre, el difunto sir Leicester.

El señor Guppy ni siquiera se digna a dirigirles una mirada a tan ilustres próceres.

—No acierto a explicarme —insiste el señor Guppy sin dejar de mirar el retrato de milady— dónde he visto yo esa cara. No lo recuerdo, ¿lo habré soñado? Sin duda —dice el señor Guppy echando una mirada a su alrededor.

Como ninguno de los que acompañan al señor Guppy se interesa por sus sueños ni siquiera se discute esa posibilidad, y nuestro hombre permanece absorto ante el retrato de milady hasta que el jardinero cierra la última hoja de los postigos. Sale, entonces, del salón, profundamente pensativo, cruza las salas que siguen como atontado y buscando por todas partes el consabido retrato, no lo vuelve a ver, entra en el tocador de la señora, que les enseñan el último, por ser la pieza más elegante, y dirige una mirada por la ventana desde donde contemplara ella algunos días antes aquel tiempo terrible que la hacía morir de aburrimiento.

Todo tiene un final en este mundo, hasta las quintas que se visitan, y Rosa, la belleza rural, llega al término de su descripción, que corona invariablemente con estas palabras:

—El patio que se contempla desde aquí es muy admirado. Ha recibido su nombre por un hecho histórico de la familia, y se llama «el paseo del fantasma».

—¿Ah, sí? Y ese hecho —pregunta el señor Guppy, con viva curiosidad—, ¿tiene relación con el retrato?

—Sí, por favor, cuéntenoslo —dice Watt a media voz.

—El caso es que no la sé —responde Rosa, cuya timidez es cada vez mayor.

—No se cuenta a los extraños —dice la señora Rouncewell acercándose al grupo—. Y, por otra parte, está ya casi olvidada. No es más que una anécdota de la familia.

—Perdone usted que insista, señora, en preguntar si tiene relación con el retrato del salón principal —interrumpe el señor Guppy—, porque el caso es que he visto esa cara en alguna parte que no recuerdo.

La señora Rouncewell afirma que aquella historia no tiene relación alguna

con el retrato de milady.

El señor Guppy le da las gracias por el trabajo que se ha tomado enseñándoles la quinta, se retira con su amigo, y, guiado por el jardinero, vuelve a recoger su abrigo, suben a su carruaje y no tardan en alejarse.

Declina el día, se acentúa la oscuridad, y la señora Rouncewell puede fiarse de la discreción de sus dos oyentes y explicarles por qué el patio lleva aquel nombre misterioso.

Se sienta en un gran sillón, cerca de la ventana, y toma la palabra en estos términos:

—En la época triste y criminal en que reinaba Carlos I, esto es, hijos míos, en la horrible época en que algunos rebeldes se coaligaron contra aquel excelente monarca, el anfitrión de Chesney Wold era sir Morbury Dedlock. ¿Hubo anteriormente algún aparecido en la familia? No puedo afirmarlo, pero estoy inclinada a creer que sí.

La señora Rouncewell es de la opinión de que una familia tan importante y tan antigua debe de tener su correspondiente fantasma o aparecido, porque el fantasma es uno de los privilegios de la aristocracia, una distinción a la cual no puede aspirar el vulgo.

—Sir Morbury Dedlock —continuó la señora Rouncewell— defendía, como era justo, la causa del santo monarca, pero se cree que su mujer, que no tenía ni gota de sangre noble en las venas, favorecía la rebelión. Se dice que algunos de sus parientes estaban en las filas de los rebeldes, que sostenía con ellos una correspondencia secreta y que los informaba de las resoluciones tomadas por los fieles servidores del rey, y aun se asegura que escuchaba detrás de la puerta cuando alguno de los caballeros adictos a la buena causa entraba en el salón del consejo... Watt, ¿oyes pasos en el patio?

Rosa se acerca a la señora Rouncewell.

—Oigo la lluvia que cae sobre las baldosas —responde el joven—, y además, un rumor muy singular. Será efecto de un eco, pero se diría que son los andares desiguales de un cojo.

La señora Rouncewell asiente con gravedad, y prosigue su relato.

—A causa de esta diferencia de opiniones, y por otros motivos, sir Morbury y su mujer no vivían en la buena armonía que fuera de desear. Milady era muy imperativa, una gran diferencia de edad separaba a ambos esposos que no tenían hijos para serviles de lazo, y, cuando el hermano predilecto de milady, joven muy distinguido, murió durante la guerra civil a manos de un pariente próximo de sir Morbury, fue tan violenta su desesperación que juró odio eterno a toda la familia de su esposo. Llegó a

decirse que, más de una vez, en el momento en que los Dedlock iban a partir de la quinta en auxilio del rey, ella bajaba a las caballerizas en medio de las tinieblas y dejaba cojos a todos sus caballos. La historia añade que, habiéndola sorprendido una noche su marido al bajar la escalera, la siguió hasta el pesebre de su caballo favorito, y cogiéndola de la muñeca, ya porque cayese luchando con él, ya porque un caballo asustado le atizase una cox, lo cierto es que se quedó coja de una cadera y desde entonces fue perdiendo la salud.

La señora Rouncewell había bajado la voz hasta el punto de que casi no podían oírla.

—Milady había sido muy esbelta, elegante y de noble presencia. Nunca se quejaba de sus padecimientos ni de su cojera, no hacía más que pasearse desde la mañana hasta la noche por el patio apoyada en la balaustrada de piedra, subía y bajaba, subía y bajaba, subía y bajaba, y cada vez con mayor dificultad. Por último, cierto día al anochecer, su marido (a quien nunca había vuelto a dirigir la palabra, por ningún motivo, desde esa noche), que estaba ante el ventanal del sur, la vio caer contra las baldosas y corrió para levantarla, pero la rencorosa milady lo rechazó con aspereza y le dijo, lanzándole una mirada fría y severa: «Quiero morir aquí donde tanto me he paseado, y volveré, saliendo de mi tumba, hasta que quede humillado el orgullo de esta casa. Tus descendientes, los Dedlock, oirán mis pasos siempre que amenace la desgracia o la deshonra a la familia».

Watt mira a Rosa, que por terror o por timidez clava los ojos en el suelo.

—Murió en el acto —siguió diciendo la señora Rouncewell—, y desde aquella época el patio lleva el nombre del paseo del fantasma. Si el rumor de esos pasos no es más que un eco, hemos de convenir que, aún así, es algo extraño, porque solo se oye de noche, y, con frecuencia, pasan muchos años sin que se oiga. Sin embargo, de vez en cuando se deja oír, y estad seguros de que, en tal caso, la enfermedad o la muerte amenazan a la familia.

—O la deshonra, ¿no? —insinúa Watt.

—La deshonra no entra nunca en Chesney Wold —contesta el ama de llaves.

Su nieto se retracta:

—Es cierto, es cierto.

—Esa es la historia —concluye la señora Rouncewell levantándose de su asiento—. Pero de donde quiera que proceda este rumor, lo cierto es que se oye. La propia milady, que de nada se asusta, admite este prodigio, y es preciso admitirlo como una evidencia. Mira hijo mío, detrás de ti hay un enorme reloj francés que, cuando camina, produce gran ruido y deja oír una

música, ¿sabrías darle cuerda, Watt?

—Creo que bastante bien, abuela.

—Pues bien, ponlo en marcha.

Watt da cuerda al reloj y empieza a reproducir su música.

—Ahora ven aquí —le dice el ama de llaves—, hijo mío, a la almohada de milady. No estoy segura de si ya es bastante de noche, ¿verdad? ¿No lo oís...? A pesar del ruido del péndulo y de la música diría que se oyen pasos en el patio. ¿No lo oís?

—¡Sí, desde luego que lo oigo!

—Eso mismo dice milady.

VIII

Que contiene innumerables pecados

Fue interesante, cuando acabé de vestirme, mirar antes del amanecer por la ventana, en cuyos cristales negros se reflejaban mis lámparas como dos faros, y encontrarme todo envuelto aún en las tinieblas de la noche anterior, para ver lo que surgía cuando llegase el día. Mientras se iba mostrando la vista paulatinamente, revelando el escenario en el que el viento había vagado en la oscuridad como mis recuerdos sobre el pasado, tuve el placer de descubrir los objetos desconocidos que me habían rodeado durante el sueño. Al principio eran apenas discernibles en la niebla, y brillaban sobre ellos las estrellas tardías. En cuanto terminó aquel pálido intervalo, se empezó a ensanchar el marco de aquel cuadro y a poblarse de forma tan rápida que a cada nueva mirada descubría tantas cosas como para una hora de contemplación. Imperceptiblemente, mis velas se convirtieron en la única cosa fuera de lugar del día, los rincones oscuros de mi habitación se desvanecieron, y el sol iluminó un paisaje alegre, en el cual destacaba la iglesia de la antigua abadía, cuya sólida torre proyectaba una sombra más suave de lo que parecía posible dadas sus austeras líneas. Aunque creo haber aprendido que de apariencias tan austeras proceden a menudo tiernas y serenas influencias.

En cada lugar de la casa había tanto orden y se mostró todo el mundo tan atento conmigo que no me causaron problemas mis dos manojos de llaves. Aunque tratar de recordar el contenido de cada uno de los armarios y cajones, tomar notas en una pizarra de las mermeladas, encurtidos, conservas, botellas, vasos, vajilla y otras muchas menudencias, y actuar habitualmente como una especie de jovencita metódica, maniática y ridícula, me ocupó hasta el punto

de que no me podía creer que fuese la hora de desayunar cuando sonó la campana. Sin embargo, corrí al comedor y me apresuré a hacer el té, porque se me había dejado al cargo de la tetera. Y después, como era bastante tarde y no había bajado nadie todavía, pensé en echarle un vistazo al jardín y hacerme una idea de eso también. Me pareció un sitio delicioso... Enfrente se extendía la bonita alameda y paseo por donde llegamos (y por donde revolvimos, por cierto, la grava de manera tan horrible con nuestras ruedas que le tuve que pedirle al jardinero que la apisonase). En la parte de atrás, estaban las flores, con mi amiga mirando por la ventana, dirigiéndome una amplia sonrisa como si me lanzase un beso desde la distancia. Más allá de las flores se extendía la huerta, y después un prado, y después un pequeño almiar, y después un corralillo. La casa, por su parte, con su tejado de tres picos, sus ventanas variadas (unas grandes, otras pequeñas, y todas tan bonitas), su enrejado en la fachada sur para las rosas y la madreSelva, y su aire acogedor, agradable, hospitalario era, según dijo Ada cuando salió a mi encuentro del brazo del dueño, digna de su primo John, audacia que solo le valió un pellizco en su encantadora mejilla.

El señor Skimpole estuvo tan amable en el desayuno como lo había estado por la noche. Había miel encima de la mesa. No pondría objeción alguna contra la miel, dijo (y hubiese creído que no tenía ninguna por lo que parecía gustarle), pero protestaba contra la arrogancia de las abejas. No entendía en absoluto por qué le habían de imponer el ejemplo de la industriosa abeja. Si fabricaban miel es porque les gustaba, nadie las obligaba a ello. No tenían por qué hacer un mérito de su capricho. Si cada pastelero fuera zumbando por ahí buscando pelea con el primero que encontrase, dándole a entender a la gente que va al trabajo y que no debe ser interrumpido, el mundo llegaría a ser un sitio insoportable. Después de todo era ridículo hacerlo para que te echasen de tus posesiones con humo de azufre en cuanto la hubieses reunido. No tendrían una opinión tan excelente de la gente de Manchester si hilase algodón sin propósito alguno. Tenía que decir que el zángano personificaba una idea más agradable y más prudente. El zángano dice con toda franqueza: «Perdonen ustedes, pero no puedo ocuparme de la tienda. Me encuentro en un mundo donde hay tanto que ver y es tan breve la vida que me tomo la libertad de pasarme las horas contemplándolo, y solo les pido, únicamente, que me provean de lo necesario los que no se cuidan de mirar en torno suyo». Según el señor Skimpole, toda la filosofía del zángano se encerraba en estas breves palabras, y le parecía una excelente filosofía, siempre suponiendo que el zángano consintiese en estar a buenas con la abeja, a lo que, hasta donde él sabía, siempre estaba dispuesto con solo que la presuntuosa criatura lo dejase en paz y no fuese tan orgullosa con su miel.

Prosiguió con esta fábula y se extendió en una infinidad de consideraciones, con tanta finura y gracia que nos hizo reír a todos, aunque

pareció dar una intención seria al sentido de sus palabras en la medida que era capaz.

Los dejé escuchando sus teorías, y me retiré para atender mis nuevos deberes. Me había encargado un rato de ellas cuando, al ir por un pasillo de vuelta con mi cesto de llaves en el brazo, el señor Jarndyce me llamó y me hizo entrar en un gabinete cercano a su dormitorio, que creí en parte biblioteca por los muchos papeles y libros y en parte un pequeño museo de sus botas, zapatos y sombrereras.

—Siéntate, hija mía —me dijo el señor Jarndyce—. Este es el gruñidero. Donde vengo a gruñir para desahogar mi mal humor.

—Pues debe de pasar aquí poco tiempo —le dije.

—¡Ay, todavía no me conoces! —me respondió—. Cuando me siento defraudado o decepcionado con... el viento, si es de levante, me encierro aquí. El gruñidero es el cuarto más útil de esta casa. Todavía no sabes ni la mitad sobre mi carácter. ¡Cómo tiemblas! ¿Qué tienes, hija mía?

No pude evitarlo. Me esforcé todo lo posible, pero estar a solas con esa persona tan buena, al sentir su amable mirada en mí, al sentirme tan feliz y tan honrada allí, y mi corazón tan pleno..., le besé la mano. No sé lo que me dijo, ni siquiera sé si llegué a hablarle. Pareció desconcertado, dio algunos pasos hacia la ventana y casi creí que tenía intención de saltar por ella, pero luego comprendí el motivo al volverse hacia mí y descubrir en sus ojos lo que había ocultado al alejarse. Me puso la mano sobre la cabeza y nos sentamos.

—¡Así! ¡Así! —dijo—. Ya está. Ya está. No seas tonta.

—Perdóneme usted —respondí—, pero al principio es difícil...

—¡Tonterías! —dijo—. Es fácil, es fácil. ¿Cómo que no? Sabía que había una pobre niña huérfana que no tenía a nadie en el mundo y se me ocurrió ser su protector. Creció, superó todas mis expectativas y seguí siendo su tutor y su amigo. ¿Qué es lo que he hecho en resumidas cuentas? Nada de nada. Nuestras cuentas están completamente saldadas, y tengo frente a mí tu rostro confiado, de confianza y agradable, de nuevo.

Me dije a mí misma: «Esther, querida, me sorprendes. Sinceramente no esperaba esto de ti». Y tuvo tan buen efecto que crucé las manos sobre mi cesto y volví en mí completamente. El señor Jarndyce, con una expresión de aprobación en el rostro, empezó a hablar conmigo con tanta confianza como siuviésemos ese hábito todas las mañanas desde hiciese no sabía cuánto tiempo. Casi creí que lo teníamos.

—Por supuesto, Esther —dijo—, no comprendes el pleito de la Cancillería.

Y, por supuesto, negué con la cabeza.

—No conozco a nadie que lo entienda —añadió—. Los abogados lo han embrollado de tal endiablada forma que la causa primitiva del pleito ha desaparecido hace mucho de la faz de la Tierra. La causa versa sobre un testamento y unos fideicomisos de este, o al menos versaba sobre esto en un principio. Porque hoy día solo se discute lo relativo a las costas. Nos pasamos el día compareciendo y desapareciendo, jurando e interrogándonos, demandando y contrademandando, argumentando, sellando, presentando, informando, y girando en torno al lord Canciller y todos sus satélites, y justamente danzando hasta la hora de la polvorienta muerte, por las costas. Esto es lo único que queda, pues lo demás se ha desvanecido sin saber cómo ni por qué.

—Pero ¿no dice usted —intervine para hacer que volviese al asunto, porque empezaba a pasarse la mano por la cabeza— que se pleitea por un testamento?

—Pues sí, en otro tiempo se pleiteaba por un testamento cuando se pleiteaba por algo —respondió—. Cierta Jarndyce, en mala hora, había hecho, al parecer, una fortuna considerable, y creyó oportuno legarla a la hora de su muerte. Pero toda su fortuna se ha gastado en averiguar cómo debían ser administrados los fideicomisos; y aquellos a quienes debía enriquecer se han visto reducidos a una miseria tan extrema que no hubieran sido castigados con más rigor si se hubiesen apropiado mediante un crimen de las sumas que les habían legado, y el testamento en sí ha quedado en letra muerta. Todo en este dichoso pleito, todo lo que todos saben, salvo una parte, debe comunicarse..., desde el comienzo de este dichoso pleito, todo el mundo ha tenido que hacer tantas copias, una y otra vez, de todo que podríamos cargar un carro con ellas, por no hablar de las que se han pagado y no se han hecho, que es lo habitual porque nadie las quiere. El caso es que ninguno de los interesados las pide, ni menos las lee, pero hay que dar curso legal al asunto, y quieras o no, la justicia sigue dando lugar a costas y honorarios, formulando escritos por el más insignificante incidente y necesidad, y la madeja se embrolla cada día más. La equidad natural hace preguntas al Derecho positivo, y el Derecho contesta con otras preguntas a la equidad. El Derecho afirma que tal o cual cosa no es admisible, y la equidad aporta razones contrarias; ni uno ni otra pueden hacer nada práctico sin la mediación de abogados y procuradores, representantes unos de la parte A, otros de la parte B, y así sucesivamente hasta llegar a la Z. De este modo han pasado semanas, meses y años, se han sucedido los litigantes, moviéndose en un círculo vicioso que no tiene fin, sin que ninguno pueda renunciar al pleito, por cuanto es y debe ser parte interesada, de grado o por la fuerza. Lo mejor sería no hacer caso, pero, cuando tomó esta prudente determinación nuestro pobre tío Tom Jarndyce, era ya el principio del fin.

—¿El señor Jarndyce del que he oído hablar?

Asintió gravemente.

—Yo era su heredero y esta era su casa. Y bien que se merecía que la llamasen lúgubre cuando llegué. La había dejado hecha una verdadera ruina.

—¡Qué cambiada está ahora! —dije.

—Antiguamente la llamaban los Picos, y mi tío le dio el nombre que ahora tiene. El infeliz vivía aquí encerrado, abrumado día y de noche bajo el peso de los perversos montones de papeles procesales, con la esperanza de desembrollar este caos y obtener el fallo definitivo. Entre tanto, su casa se venía abajo, el viento soplaba al través de las grietas de las paredes, la lluvia se colaba por las goteras del tejado, las malas hierbas impedían el paso hasta la puerta podrida. De modo que, cuando vine aquí con lo que quedaba de la fortuna de mi desgraciado tío, me pareció que la casa se había levantado al mismo tiempo que él la tapa de los sesos, porque no había más que ruinas y escombros.

Se paseaba a grandes trancos, tras pronunciar estas palabras con un escalofrío. Entonces me miró, y, radiante, se dejó caer en su asiento con las manos en los bolsillos.

—Ya te lo dije, querida, este es el gruñidero. ¿Dónde quedé, hija mía?

Le recordé que en la prometedor transformación que hizo en la Casa lúgubre.

—Es cierto. La Casa lúgubre. Pues sigo. Poseíamos en ciertos barrios de Londres otras propiedades que se hallan actualmente en el estado en que encontré entonces la Casa lúgubre. Cuando digo poseíamos, me refiero al pleito, y debiera decir que son propiedad de las costas, porque las costas son el único poder de este planeta que puede obtener beneficio, ahora o en lo venidero, o dejarlas hechas una monstruosidad para la vista o el alma. Hay toda una calle de casas desmanteladas, cegadas las ventanas con piedras, sin cristales, sin mucho más que el marco, con las persianas sin pintar cayéndose de sus goznes en pedazos, las rejas descompuestas corroídas por la herrumbre, las chimeneas hundidas, las escalinatas de piedra de las puertas (y cada una de ellas pudiera ser la de la Muerte) se han vuelto verde ova, y hasta se han desmoronado las vigas de esas ruinas. La Cancillería no tenía derecho alguno sobre la Casa lúgubre, sí lo tenía sobre su dueño, y fue puesta bajo el mismo sello. Ese Gran Sello que reina sobre toda la Inglaterra..., ¡el que conocen hasta los niños!

—¡Qué cambiada está! —dije de nuevo.

—Pues sí que lo está —me respondió con mucha más alegría—. Y es muy inteligente por tu parte retenerme en el lado amable del asunto. —¡Vaya ideas

tenía! ¡Muy inteligente!—. Hay cosas de las que no hablo nunca o ni siquiera pienso, excepto en este gruñidero. Si te parece prudente repetirles lo que acabo de decirte a Rick y a Ada —me dijo mirándome con seriedad—, quedas en completa libertad de hacerlo, Esther.

—Espero, señor... —dije.

—Lámame tutor, hija mía.

Sentí que volvía a emocionarme de nuevo... Me contuve.

—¡Ahora sabes que lo eres, Esther!

Lo dijo con fingida indiferencia, como si no se hubiese tratado más que de manifestar un capricho, en lugar de un gesto de meditada ternura. Pero le di una pequeña sacudida a las llaves de la casa como recordatorio, y, cruzando mis manos con mayor decisión sobre el cesto, lo miré con serenidad.

—Espero, tutor —continué—, que no confíe mucho en mi discreción. Espero que no se confunda conmigo. Me temo que se decepcionaría al darse cuenta de que no soy lista, pero esa es realmente la verdad, y lo descubriría pronto aunque no tuviese la honestidad de confesárselo.

No pareció en absoluto decepcionado. Muy al contrario, me dijo con una sonrisa que me conocía a fondo y que era lo bastante lista para él.

—Espero que resulte así —dije—. Pero mucho me temo, sin embargo, que quede defraudado, tutor.

—Eres, hija mía, todo lo lista que se necesita para que todo funcione —respondió juguetón—. Ya recordarás a la viejecita de aquella antigua canción infantil (infantil no en el sentido de Skimpole):

Aunque vieja, manejar
sé la más pesada escoba,
y hasta el techo de la alcoba
llego con ella a alcanzar.

»Y tú, hija mía, barrerás tan a la perfección hasta el cielo mientras te ocupes de la casa, Esther, que uno de estos días tendremos que abandonar el gruñidero y clavetear la puerta.

Y así fue como empezaron a llamarme Viejecita, y Telaraña, y abuela Shipton, y madre Hubbard, y dama Durden, y con tantos nombres de esa clase que mi propio nombre pronto se vio casi olvidado entre todos ellos.

—Pero volvamos a nuestro asunto —dijo el señor Jarndyce—. Nuestro Rick es un joven con mucho porvenir. Vamos a ver: ¿qué hacemos con él?

¡Pedirme consejo sobre un asunto tan importante!

—Es preciso que siga una carrera, pero ¿cuál? —continuó mi tutor, metiéndose las manos en los bolsillos y estirando las piernas—. Tiene que hacerlo a su elección. Le rondará mucha peluquería por ello, pero debe hacerse.

—¿Mucha qué, tutor? —dije.

—Mucha peluquería —dijo—. Es el único nombre que se les puede dar. Es pupilo de la Cancillería, hija mía. Kenge y Carboy le tendrán algo que decir sobre ello. El señor don Alguien (una especie de ridículo sacristán que, desde el fondo de su despacho, cava fosas, donde entierran el Derecho y el buen sentido al final de Chancery Lane) tendrá también algo que decir sobre ello. El abogado de la defensa tendrá algo que decir sobre ello. El Canciller tendrá algo que decir sobre ello. Los satélites tendrán algo que decir sobre ello. Todos tendrán que ser amamantados generosamente por ello durante todo ese tiempo. Todo el asunto será enormemente ceremonioso, farragoso, insatisfactorio, y caro, y lo llamo, por eso, peluquería. Por qué aflige esta plaga a la humanidad o por qué falta fueron lanzados estos jóvenes a este abismo, lo ignoro, pero es así.

Y empezó a frotarse la cabeza de nuevo, y a acordarse del viento. Pero, no queriendo afligirme, se esforzó y su rostro recobraba su expresión risueña y cariñosa aunque se frotara o anduviese de un lado para otro o hiciese ambas cosas. Y cuando estuvo de nuevo cómodo, se metió las manos en los bolsillos y estiró las piernas.

—Tal vez lo más conveniente —dije— sea preguntarle primero al señor Richard por qué carrera se inclinaría.

—En efecto —repuso mi tutor—, ¡eso es lo que quería decir! Tú solo acostúmbrate a hablar de este asunto con Ada y con él, usando tu tacto habitual, y veremos después. Seguro que llegamos al fondo de la cuestión gracias a ti, viejecita.

No era esto lo que yo había querido decir en absoluto. Quería decir que hablase él con Richard, y sentí, por lo tanto, cierto terror al ver la importancia que se me daba y los numerosos deberes que se me iban a confiar. Por supuesto, no respondí nada salvo que cumpliría como mejor pudiera, repitiendo que temía que se me atribuyera una sagacidad que estaba muy lejos de poseer, a lo cual contestó mi tutor con la carcajada más amable que hubiese oído en mi vida.

—¡Vamos! —dijo, levantándose, y echando el sillón hacia atrás—. Basta de gruñidero por hoy, creo que hemos tenido suficiente para todo el día. Pero aun me falta hacerte una pregunta. ¿Deseas saber algo más, Esther?

Clavó en mí su mirada con tanta atención que tuve que clavar mi mirada en la suya y estuve segura de interpretar su pensamiento.

—¿Algo relativo a mí? —le dije.

—Sí.

—¡Nada, querido tutor! —repuse poniendo mi mano, que se puso de pronto más fría de lo que yo hubiera deseado, en la suya—. Si existiese algo que precisara saber, no tendría necesidad de suplicarle que me lo revelase. Habría de tener un corazón muy endurecido si no me inspirase ya la más completa confianza. No, tutor, no deseo preguntarle nada más, por nada en el mundo.

Me ofreció el brazo, salimos para ir a buscar a Ada, y desde aquel momento me sentí completamente tranquila a su lado, sin reserva alguna, muy feliz, y sin desear saber más acerca del misterio de mi existencia.

La vida que llevábamos en la Casa lúgubre fue en un principio bastante activa. Teníamos que entablar relaciones con las familias que vivían en las cercanías y que conocían al señor Jarndyce. Por cierto que Ada y yo reparamos en que entre aquellas amistades abundaban los aficionados a aprovecharse de la generosidad ajena. Un día en que estábamos ocupadas en el cuarto de mi tutor, en poner por orden sus cartas y en contestar algunas, quedamos asombradas viendo que la mayor parte contenían peticiones de dinero, de mujeres lo mismo que de hombres, y tal vez más de estas. Advertimos que desplegaban una actividad y una afición extraordinarias en semejantes asuntos, y nos pareció que la vida de aquellos corresponsales no tenía más objeto que echar en el buzón del correo esquelas petitorias de un chelín, de media corona, de medio soberano, de un penique. Pedían de todo. Pedían y pedían ropa blanca, pedían dinero, pedían carbón, pedían alimentos, pedían intereses, pedían autógrafos, pedían franela, todo cuanto tenía o no tenía el señor Jarndyce. Los motivos y proyectos que le exponían eran tan variados como sus peticiones. Tenían que construir un nuevo edificio. Tenían que pagar las deudas de los antiguos. Tenían que establecer la cofradía de María de la Edad Media en una construcción pintoresca cuya fachada estaba grabada en una lámina adjunta a la carta. Tenían que darle un homenaje a la señora Jellyby. Tenían que mandar pintar el retrato al óleo del secretario de su comisión para regalárselo a su suegra, cuya devoción por él era bien conocida. Tenían, en fin, el capricho de erigir un hospital, un sepulcro de mármol, establecer una renta de cien mil libras esterlinas u obsequiar a alguien con una tetera de plata. Y los peticionarios tomaban una infinidad de títulos. Se llamaban las Mujeres de Inglaterra, las Hijas de la Gran Bretaña, las Hermanas de las Virtudes Cardinales (una hermandad por virtud), las Mujeres de América, las Damas de las mil denominaciones. Se ocupaban continuamente

en intrigar y elegir. Les parecía a nuestras pobres mentes, y de acuerdo con sus propias cuentas, que en sus votaciones había siempre miles de personas sin que hubiese nunca candidato. Nos dolía nuestra débil cabeza pensando en la vida febril, inquieta y azarosa que debían de llevar aquellas filantrópicas damas.

Cierta señora Pardiggle era la que más se distinguía entre todas por la rapacidad de su beneficencia, si se me permite la expresión. A juzgar por el número de sus cartas al señor Jarndyce, debía de tener una capacidad epistolar casi igual a la de la señora Jellyby. Habíamos observado que el viento cambiaba siempre cuando se pronunciaba por casualidad en la conversación el nombre de la señora Pardiggle y esta quedó invariablemente interrumpida por el señor Jarndyce cuando comentó que había dos clases de personas caritativas: una, la gente que hacía poco y armaba mucho ruido por ello, y otra, la que hacía mucho y no hacía ninguno. La verdad es que llegamos a sentir una gran curiosidad por conocer a dicha dama, que debía ser, según nos figurábamos, una bienhechora del primer tipo, y por lo tanto nos alegramos en extremo cuando un día llamó a la puerta esta señora con sus cinco vástagos.

Era una mujer alta, corpulenta y de formidable aspecto, con anteojos, nariz muy prominente, voz atronadora y movimientos tan bruscos y tan enérgicos que derribaba las sillas con el roce del vestido, cuya amplitud exigía un espacio inmenso. Nos hallábamos en casa solas Ada y yo, y la recibimos con timidez, sintiendo el frío glacial que entraba al mismo tiempo que ella y ponía amoratadas las caras de los niños que la seguían.

—Señoritas —nos dijo con palabrería después de los saludos de costumbre —, tengo el gusto de presentarles a mis cinco hijos, cuyos nombres habrán podido ustedes ver en las listas de suscripción impresas que posee el señor Jarndyce, mi apreciado amigo. Egbert, mi hijo mayor, de doce años, es el que envió todos sus pequeños ahorros, cinco chelines y tres peniques, a los indios Tockahopo. Oswald, mi segundo hijo, diez años y medio, contribuyó con dos chelines y nueve peniques al Gran Homenaje Nacional a los Herreros; así como Francis, mi tercer hijo, nueve años, que dio para el mismo objeto un chelín y seis peniques y medio. Felix, mi cuarto hijo, siete años, ha enviado ocho peniques a la Viudas Jubiladas. Y Alfred, el más pequeño, cinco años, forma voluntariamente parte de los Niños de la Alegría y se ha comprometido a no fumar ni probar el tabaco en toda su vida.

Era imposible ver niños más insatisfechos. No era solo que estuvieran contraídos y arrugados (aunque desde luego eso también), sino que parecían descontentos de manera absolutamente feroz. A la mención de los indios Tockahopo, podía haber creído que Egbert era uno de los más fieros de esa tribu de tanto que me frunció el ceño. El rostro de cada uno se ensombrecía con una singular rabia concentrada al oír citar la cantidad de sus aportaciones.

Debo destacar particularmente, sin embargo, al niño de la alegría, que tenía un aspecto tan triste como estúpido.

—Creo que han tenido ustedes ocasión de conocer a la señora Jellyby —nos dijo la señora Pardiggle.

Le dije que sí y que hasta pasamos una noche en su casa.

—La señora Jellyby —prosiguió nuestra interlocutora con tono dogmático, con una voz que parecía tener también anteojos y con unos ojos abultados que Ada llamaba «ojos de ahorcado»—, la digna señora Jellyby es una benefactora de la humanidad y merece que se la apoye. Mis hijos han contribuido en la medida de sus fuerzas a sus proyectos sobre el África. Egbert se ha suscrito por un chelín y seis peniques, importe de la cantidad señalada para sus diversiones durante nueve semanas; Oswald por un chelín y un penique, y los restantes según sus débiles posibilidades. Sin embargo, difiero de la opinión de la señora Jellyby en lo que se refiere a su concepto de la familia. Se ha hecho la desfavorable observación de que sus hijos están excluidos de toda participación en la obra que ha emprendido. Tal vez tenga razón, tal vez se equivoque, pero sea como fuere, no sigo el mismo método con mis hijos, que me acompañan a todas partes.

Más tarde quedé convencida (y así me lo confirmó Ada) de que estas palabras arrancaron al desgraciado hijo mayor un agudo lamento que terminó con un bostezo.

—Me siguen a la iglesia, adonde vamos todos los días a las seis y media de la mañana, a maitines, hasta en el rigor del invierno —dijo rápidamente la señora Pardiggle—, vienen conmigo a todas partes adonde me llaman los deberes que me impone mi obra cada día. Pertenezco al comité local de la escuela, de las visitadoras, de las lectoras, de las distribuidoras, al de las cajas de sábanas y a varios comités generales, y mis obras particulares son muy numerosas, pero a pesar de mis incesantes tareas, mis hijos no se separan nunca de mi lado, y de este modo aprenden a conocer a los pobres, adquieren el hábito de la caridad, se ejercitan en ella, y toman afición a estas ocupaciones que más tarde les harán útiles al prójimo y serán para ellos un manantial de satisfacciones. Mis hijos no son criaturas frívolas, gastan en suscripciones que yo dirijo todo el dinero que les destino para sus diversiones, y no pueden ustedes imaginar el número de reuniones públicas a las que asisten, ni a los sermones, discursos y discusiones que oyen. Alfred, cinco años, que como les he dicho se ha comprometido voluntariamente a unirse a los Niños de la Alegría, es uno de esos pocos niños que en cierta ocasión solemne tuvo consciencia de la trascendencia de su determinación, después de haber escuchado el discurso elocuente y fogoso que el presidente les dirigió en una noche memorable y que duró dos horas.

Alfred nos fulminó con la mirada como si nunca fuese a perdonar la afrenta de esa noche.

—Habría podido usted observar, señorita Summerson, en algunas de las listas de suscripción que posee el señor Jarndyce, después de los nombres de mis hijos, el de O. A. Pardiggle, F. R. S., suscrito por una libra esterlina: es mi marido. Seguimos siempre el mismo orden: yo abro la marcha y soy siempre la primera en depositar mi óbolo; vienen enseguida mis hijos, según su edad, y suscribiéndose con relación a sus escasas posibilidades, y finalmente el señor Pardiggle forma la retaguardia con la satisfacción de presentar bajo mi dirección su modesta ofrenda. De esta suerte, no solo nos proporcionamos un íntimo placer, sino que confiamos en beneficiar a los demás.

Me imaginé qué de cosas no se dirían el señor Pardiggle y el señor Jellyby, si después de cenar, pudieran desahogarse y comunicarse mutuamente lo que pensaban. Acudió a mi mente esta suposición, y se apoderó de mí de tal manera, que casi no pude prestar atención.

—Esta casa está muy bien situada —dijo de pronto la señora Pardiggle.

Me alegré viendo que cambiaba de tema de conversación. Luego, acercándose a la ventana, elogió la belleza del paisaje, aunque me pareció que tras las gafas había una curiosa indiferencia.

—¿Conoce usted al señor Gusher? —nos dijo nuestra visitante.

Nos vimos precisadas a contestarle que, por desgracia, no conocíamos al señor Gusher.

—Lo siento en el alma, se lo aseguro —dijo la señora Pardiggle con su porte autoritario—, porque el señor Gusher es un orador ferviente y apasionado cuya elocuencia es infatigable. Subido en un carro en esa pradera, que por su disposición parece naturalmente destinada para un discurso, podría hablar durante horas y horas sobre cualquier tema sin experimentar el menor cansancio.

La señora Pardiggle retrocedió a su asiento y se giró, y en el movimiento arrojó al suelo como un poder invisible la mesita donde tenía mi canastilla de trabajo y que estaba en el extremo opuesto de la sala.

—Ahora —nos dijo— creo que me han comprendido ustedes y juzgado.

Al oír estas palabras tan extrañas, Ada me miró completamente confundida, y el rubor que tiñó mis mejillas expresó claramente mi pensamiento.

—Quiero decir —añadió la señora Pardiggle— que ahora ya deben de conocer ustedes el rasgo más prominente de mi carácter. Está muy a la vista para no darse cuenta de manera inmediata. Por otra parte, me entrego a mi

manera de ser sin reservas, y es preciso convenir en que soy una mujer eminentemente práctica. Me gustan las dificultades y no me espanta el trabajo duro. Por el contrario, me entusiasma, y me es saludable. Estoy acostumbrada a las tareas penosas y no conozco ni el cansancio ni el desaliento.

Balbucesamos algunas palabras incoherentes para manifestar que era muy sorprendente y muy gratificante. No creo que pensáramos ninguna de las dos cosas, pero eran los cumplidos que nos dictaba la cortesía.

—La palabra «cansancio» no existe para mí, no la comprendo —siguió diciendo la señora Pardiggle—. Aunque quisieran cansarme no lo conseguirían, y hasta me asombra a mí misma muchas veces todo cuanto llevo a realizar sin esfuerzo y el sinfín de asuntos que despacho como si fueran una bagatela. He visto con frecuencia a mi marido y a mis hijos dar señales de cansancio tan solo de verme trabajar, y, sin embargo, yo me sentía tan ágil y tan fresca como un gorrión.

Al escuchar estas palabras, el sombrío rostro de su hijo mayor expresó un sentimiento mezcla de rabia y de malicia tan marcado que no pudo menos de descargar un puñetazo en el sombrero que sostenía con su mano izquierda.

—Esta facultad —continuó la señora Pardiggle— me da una gran ventaja cuando hago mis visitas, pues, si encuentro una persona que se niega a escucharme, le digo en el acto: «Amigo mío, no conozco la fatiga, no me canso nunca y tengo la firme intención de perseverar hasta el fin». Esto funciona de manera inmediata, señorita Summerson. Espero que me acompañe en mi próxima visita en las cercanías. Y la señorita Clare, muy pronto también.

Al principio intenté excusarme en razón de las múltiples obligaciones que me esperaban y que no podía descuidar. Pero viendo que no admitía esta excusa, añadí toda suerte de argumentos con que fundamentar dignamente una evasiva diciendo que no me sentía en condiciones de hacerlo. Que era inexperta en el arte de adaptar mi mente a las mentes de aquellos que se encuentran en una situación muy diferente y de dirigirme a ellos desde el punto de vista adecuado. Que no tenía ese delicado conocimiento del corazón humano que es tan esencial en tal trabajo. Que tenía mucho que aprender antes de poder instruir a otros, y que no podría confiar solo en mis buenas intenciones. Por esas razones pensaba que era mejor ser útil como podía, y prestar la clase de ayuda que podía dar a los que me rodearan más de cerca, e intentar que ese círculo de compromisos se ampliara de manera gradual y natural. Y esto lo dije sin confianza alguna, pues la señora Padiggle era mucho más mayor que yo, y tenía gran experiencia, y era de modales belicosos.

—No tiene usted razón, señorita Summerson —me dijo—. Sin embargo, tal vez no esté usted dotada del vigor o del entusiasmo para ello, y eso marca

una enorme diferencia. Pero si se digna usted ver cómo trabajo, voy ahora mismo con mis hijos a visitar a un ladrillero de las cercanías, un hombre de muy mal genio, y tendría sumo placer en que me acompañase. También la señorita Clare si me hiciera el favor.

Intercambié una mirada con Ada y acepté la oferta, porque de todos modos habíamos decidido antes dar un paseo. Cuando volvimos, con rapidez, al salón, después de haber ido en busca de nuestros sombreros, encontramos a la prole languideciendo en un rincón. Mientras tanto, la señora Pardiggle se paseaba a grandes pasos, derribando todos los muebles de poco peso que había en el aposento. Se situó al lado de Ada, y las seguí con todos los niños.

Ada me contó después que la señora Pardiggle le habló en el mismo tono (que, en realidad, oí) durante todo el camino hacia la casa del ladrillero sobre la emocionante contienda que había mantenido durante dos o tres años para conseguirle una pensión a su candidato frente al de otra dama. Había habido una gran cantidad de impresos, y promesas y apoderamientos y votaciones, lo que les resultó muy animado a todos los concernidos, salvo a los pensionistas... quienes, todavía, no habían sido elegidos.

Siento verdadera pasión por los niños y siempre me he considerado muy feliz por granjearme su confianza en general, pero en aquella ocasión, por el contrario, me causaron gran incomodidad. Apenas habíamos salido por la puerta, cuando Egbert, interpelándome como lo hubiera hecho un mendigo, me pidió un chelín bajo pretexto de que le habían birlado la paga. Me tomé la libertad de hacerle observar que un niño bien educado no debía hablar de aquel modo, pues llegó a designar a su madre como la autora del «robo». Me pellizcó y me dijo:

—¡Oh, vaya! ¡Vamos! ¡Quisiera ver cómo hablaría usted si se hallase en mi puesto! ¿Por qué me engaña diciéndome que me da dinero si luego me lo quita? ¿A qué viene llamarlo asignación y nunca permitirme que me lo gaste?

Estas preguntas le exasperaron de tal modo, así como a Oswald y a Francis, que me pellizaron todos a un tiempo, con tanta habilidosa crueldad, apretando en trocitos tan pequeños de mis brazos, que me costó trabajo contener un grito de dolor. Mientras tanto, Felix me pisaba los dedos de los pies. Y el Niño de la Alegría, que tras sus inversiones benéficas se había tenido que abstener tanto del tabaco como de las golosinas, me asustó al pasar por delante de una pastelería de tal ataque de rabia y dolor que le dio que se puso hasta morado. Nunca había sufrido tanto, ni en cuerpo ni en mente, en el transcurso de un paseo con jóvenes como con esos niños antinaturalmente reprimidos cuando me hicieron el cumplido de ser naturales.

De modo que experimenté una verdadera alegría cuando llegamos a casa del ladrillero, a pesar de la miserable y repugnante apariencia que ofrecía

aquella choza y cuantas constituían el cenagoso barrio de la ladrillería, con pocilgas junto a las ventanas rotas y unos huertos míseros delante de las puertas, en los que no se daba nada más que las aguas estancadas. Había una tina vieja aquí o allá, puesta para atrapar el agua de lluvia que goteaba de los tejados, o un pequeño estanque que contenía con un poco de barro como un pastelito de tierra. En las puertas y ventanas había varios hombres y mujeres paseándose o acodados, que nos miraban apenas y al parecer nos hacían burla cuando pasábamos por delante de ellos, diciendo que por lo visto debíamos de andar muy desocupadas cuando dejábamos los quehaceres de nuestras casas para ensuciarnos los zapatos con el único objeto de curiosear lo que pasaba en las casas ajenas.

La señora Pardiggle abría la marcha con ademán resuelto y sin cesar de hablar en voz alta de los hábitos desordenados de aquella gente (aunque yo dudaba de que los mejores de nosotros pudiésemos ser ordenados en un sitio así). Llegamos a una de las casuchas más apartadas y cuyo piso bajo apenas bastaba para contenernos a todos. En este aposento, húmedo y nauseabundo, nos encontramos con una mujer con un ojo amoratado sentada junto al fuego y con un niño de pecho en el regazo. Un hombre de aspecto arisco, con el traje manchado de barro, tumbado en el suelo y con la pipa en la boca. Un muchacho que ponía un collar a un perro. Y una joven que estaba lavando en una artesa de agua muy sucia. Cuando entramos todos se nos quedaron mirando, y la mujer volvió el rostro para ocultar el ojo hinchado, pero nadie nos dio la bienvenida.

—¿Cómo les va, amigos míos? —dijo la señora Pardiggle con voz más comercial o sistemática que afectuosa—. Aquí estoy otra vez. Ya les dije que soy incansable. Me apasiona el trabajo duro, y voy a convencerlos de que cumplo lo que digo.

—¿Le acompaña a usted alguna otra persona aparte de las que han entrado? —murmuró el hombre echado en el suelo, que apoyaba la cabeza en la mano mientras nos miraba.

—No, amigo mío —dijo la señora Pardiggle, que derribó uno de los banquillos al sentarse en otro—. Estamos todos dentro.

—Lo digo porque parece que lleva usted poca comitiva —dijo el hombre sin quitarse la pipa de la boca y mirándonos fijamente.

—No me cansarán ustedes, buenas gentes —dijo la señora Pardiggle un poco después—. Me entusiasma el trabajo duro, y cuanto más penoso sea, con mayor gusto lo haré.

—Pues bien, se lo haremos fácil —murmuró el hombre desde el suelo—. Pero procure ser usted breve y despacharlo cuanto antes. No me gustan las

libertades que las personas como usted se toman en mi casa. ¿Estamos? ¿Se figura a usted que soy algún tejón para venir a perseguirme hasta mi madriguera? Es usted muy aficionada a meterse en todas partes y a preguntar lo que no le importa. La conozco y sé lo que viene a decirme. Así que voy a ahorrarle el trabajo de preguntar. ¿Está lavando mi hija? Sí, mírela usted allí cómo lava. Ahora mire usted hacia acá y aguce usted el olfato. ¿Qué le parece? Que estoy bebido, ¿no es cierto? ¿Y qué me dice usted de lo que bebo? ¿Que es mejor la ginebra? De acuerdo. ¿Dirá usted también que esta casa está sucia? En efecto, está muy sucia, tanto como los cinco hijos que hemos tenido, que además de sucios están enfermos como si estuvieran todos muertos, mejor para ellos si mueren cuanto antes, y tanto mejor para nosotros. Querrá usted saber si he leído el librito que nos dejó usted. No, no leo el librito que nos trajo porque no sé leer, pero, aunque supiese, no lo leería porque no es para mí. Es un libro para niños, y yo no soy ningún niño. Si me trajera usted juguetes, tampoco le haría caso. ¿Quiere usted saber ahora cuál es mi conducta? Pues bien, se lo voy a decir: he estado borracho tres días, y lo estaría cuatro si tuviese el dinero. ¿Que si voy a la iglesia? No, nunca voy. Y tampoco se me espera. El bedel de la iglesia es demasiado elegante para mí. ¿Cómo es que mi mujer tiene un ojo morado? Porque ayer le aticé un puñetazo, y si dice lo contrario, miente.

Y poniéndose otra vez la pipa en la boca, que se había quitado para pronunciar este monólogo, nos volvió la espalda y se puso a fumar otra vez. La señora Pardiggle, que le había mirado entre tanto a través de sus anteojos con expresión retadora, que no pude evitar pensar que aumentaba el enfrentamiento, sacó del bolsillo un libro, y, tomando la actitud severa de un policía moral, condenó a toda la familia, sin excepción, a oír la lectura de algunas páginas como si los estuviera llevando al calabozo.

Ada y yo estábamos muy incómodas. Ambas nos dábamos perfecta cuenta de lo inoportuno de nuestra visita, y suponíamos que la señora Pardiggle hubiera alcanzado mejor su objetivo siguiendo una conducta menos fría y dominante. Los hijos, con la mirada fija y enfurruñados, lo miraban todo; y en la familia del ladrillero nadie se ocupaba ya de nosotras, a excepción del hijo mayor que hacía ladrar al perro cuando la señora Pardiggle hablaba con más énfasis. Una barrera de hierro nos separaba de aquella gente. No sabíamos si podía quitarse, ni cómo ni por quién. Lo único que era evidente es que nuestra nueva amiga no estaba ciertamente destinada a hacerlo. Su lectura así como sus palabras nos parecieron poco atinadas para tales oyentes, y no hubiera dado mejor resultado aun cuando hubiese sido más amable y hubiese tenido más tacto. Averiguamos el título del libro del que había hecho alusión el hombre del suelo, y luego el señor Jarndyce nos dijo que no hubiera tenido paciencia para leerlo ni el propio Robinson Crusoe en su isla desierta.

La señora Pardiggle terminó, por fin, su lectura, y respiramos con alivio.

—¿Ha terminado usted? —preguntó el hombre del suelo, con brusquedad, volviéndose hacia ella.

—Por hoy sí, amigo mío —dijo la señora Pardiggle—, pero soy infatigable, y volveré cuando les toque el turno.

—¡Pues ahora haga usted el favor de dejarme en paz! —replicó, cruzándose de brazos y cerrando sus ojos con una palabrota.

La señora Pardiggle se levantó, formando un torbellino que por poco no arrastró la pipa con él, tomó a dos de sus hijos de la mano, llamó a los demás, manifestó la esperanza de encontrar en su próxima visita al ladrillero y a su familia en un estado más conveniente, y se dirigió a la choza inmediata. No creo ofenderla, ni equivocarme, suponiendo que quería demostrar en esto, como en todo lo demás, que hacía la caridad al por mayor, y que daba a sus asuntos una inmensa importancia.

Sin duda creía que íbamos a seguirla, pero tan pronto como dejó hueco, nos acercamos a la mujer que estaba sentada junto al fuego para preguntarle la enfermedad que padecía el niño que llevaba en brazos.

La pobre madre miró a su hijo, en su regazo, ocultando el ojo hinchado, como para separar toda idea de violencia y de malos tratos del angelito cuya vida se extinguía.

Ada se inclinó hacia el niño, profundamente conmovida, para tocarle la cara. En cuanto lo hizo, vi lo que había pasado y tiré de ella hacia atrás. El niño había muerto.

—¡Ay, Esther! —exclamó arrodillándose junto a este—, ¡mira cuánta calma y hermosura tiene todavía en la cara! Cuánto lo siento. Cuánto lo siento por la madre. Nunca había visto nada tan penoso antes. ¡Ay, pobre bebé!

Tanta compasión, tanta dulzura como la que tuvo al inclinarse llorando y poniendo su mano en la de la mujer hubiese ablandado el corazón de cualquier madre. La mujer en un primer momento la miró con asombro y luego se echó a llorar.

Tomé el pequeño bulto del regazo, hice cuanto pude para que el niño estuviese lo más bonito y decente, lo coloqué sobre una balda y lo tapé con mi pañuelo. Nos esforzamos en consolar a la madre, repitiéndole en voz baja las palabras de nuestro Salvador acerca de los niños, pero no respondió y continuó llorando. Llorando mucho.

Cuando me volví, el hijo mayor había sacado el perro y estaba fuera de la puerta con los ojos secos, pero en silencio. Su hermana había dejado el trabajo, estaba sentada en un rincón y miraba vagamente al suelo. El ladrillero se había

levantado, seguía fumando y conservaba su expresión desafiante, pero no pronunció una sola palabra.

Mientras contemplaba esta escena, entró precipitadamente una mujer muy fea y miserablemente vestida gritando:

—¡Jenny! ¡Jenny!

Al oír esta voz, la pobre madre se levantó y se arrojó a los brazos de la que la llamaba.

La recién llegada llevaba en la cara y en las manos el sello del maltrato. No tenía atractivo alguno, aparte de la simpatía. Pero, cuando le dio su condolencia y mezclaron sus lágrimas, no pretendía ser bonita. Digo que le dio su condolencia, pero todas sus condolencias se reducían a exclamar: «¡Jenny! ¡Jenny!». El resto se hallaba en el tono con que pronunciaba estas palabras.

Pensé que era profundamente conmovedor el ver a aquellas dos mujeres desaseadas, maltratadas y miserables tan íntimamente unidas. El verlas cómo sentían una simpatía tan viva la una por la otra, cómo se apoyaban en las duras pruebas de sus vidas. Semejante aspecto bondadoso de aquella gente — pensaba yo— nos pasa inadvertido a muchos. La mayor parte ignoran lo que es el pobre para el pobre, excepto ellos mismos y Dios.

Creíamos lo más prudente no interrumpirlas, y nos retiramos discretamente. Nadie reparó en nuestra partida salvo el hombre, que estaba apoyado contra la pared y se apartó saliendo del cuarto para dejarnos pasar. Pareció querer ocultar que lo hacía por eso. Le dimos las gracias, pero no se dio por aludido, y no contestó.

Ada estaba tan desconsolada por lo que había visto, y Richard, a quien encontramos al volver a casa, se puso tan triste al verla llorar (aunque me dijo, cuando no estaba ella presente, que también la había visto muy guapa), que acordamos volver por la noche a casa del ladrillero y llevarles algunas cosas útiles. Le contamos al señor Jarndyce lo que habíamos visto, pero nuestro relato hizo que cambiase el viento inmediatamente.

Por la noche nos acompañó Richard al escenario de nuestra expedición de la mañana. En el camino había una taberna muy ruidosa, en cuya puerta había varios hombres en grupo. Entre ellos, estaba el padre de la criaturilla, que destacaba en la discusión. Pocos pasos más allá, encontramos a su hijo mayor con el perro, haciéndose compañía uno a otro. Al final de la hilera de casas estaba la hija riendo y charlando con otras jóvenes. Pareció avergonzarse cuando nos vio, y volvió la cara cuando pasamos por su lado.

Richard se detuvo a algunos pasos de la morada del ladrillero y seguimos nosotras solas. La mujer que habíamos dejado allí consolándola por la

mañana, estaba en la puerta y miraba a uno y otro lado con ansiedad.

—¿Son ustedes, mis queridas señoritas? —nos dijo en un susurro—. Estoy aquí por ver si llega el amo, y muy asustada porque me mataría a golpes si no me encontrase en casa.

—¿Quiere decir su marido? —le pregunté.

—Sí, señorita, mi amo. Jenny está durmiendo. Ha pasado tantas penas con su hijo que está rendida. Siete días y siete noches lo ha tenido en el regazo sin querer dejarlo un momento, a no ser cuando yo venía para relevarla un rato.

Entonces nos dejó pasar, entramos sin hacer ruido y dejamos lo que habíamos traído al lado de la miserable cama donde dormía la madre. Nadie se había preocupado de limpiar el cuarto..., que parecía por naturaleza ya muy sucio. Pero la pequeña forma cerosa, cuya presencia difundía tanta solemnidad por sí misma, estaba envuelta en unos trozos de sábana, con la cara lavada con esmero y vestido con cuidado y, sobre mi pañuelo, que lo cubría aún, habían puesto un ramo de hierbas aromáticas las mismas manos callosas y rudas con suavidad y ternura.

—Que Dios se lo pague —dije a la pobre mujer—. Es usted una mujer buena.

—¿Yo, señoritas? —respondió con sorpresa—. ¡Chis! ¡Jenny! ¡Jenny!

La infeliz madre había exhalado un quejido y se agitó entre sueños, pero el sonido de la voz, que le resultó familiar, la tranquilizó y volvió a quedar sumida en un apacible sueño.

Qué lejos estaba de pensar, cuando levanté el pañuelo que cubría al niño, para mirar por última vez a aquel pobre durmiente, a quien los cabellos de Ada, que se había inclinado sobre él, parecían formarle una aureola..., qué lejos estaba de pensar que mi pañuelo, después de haber cubierto ese pecho en calma y sin movimiento, descansaría un día sobre un corazón desasosegado. Solo pensé que tal vez el ángel de la guarda no ignoraría del todo a la mujer que había dejado el pañuelo con mano tan compasiva, ni la ignoraba del todo en ese momento, cuando nos íbamos, y la dejábamos en la puerta, a ratos mirándonos y escuchándonos, dominada por el terror, y diciendo con voz dulce y afectuosa: «¡Jenny! ¡Jenny!».

IX

Signos y presagios

No sé cómo puedo hacer para no escribir más que de mí. Nunca me pongo a escribir sin hacerme el propósito de olvidarme de mí cuanto sea posible y ocuparme exclusivamente de los demás, y cada vez que sigo el hilo de mi historia experimento una verdadera contrariedad y me digo: «Querida, querida, eres una pesada, ¡y ojalá no lo fueras!». Pero todo es inútil. Espero que los que lean estas páginas comprendan que, si contienen muchos detalles referentes a mí, es porque no puedo evitarlos sin dejar incompletas la mayor parte de las escenas.

Estábamos casi siempre juntas mi amiga y yo, ocupadas leyendo, trabajando, tocando el piano, y empleábamos tan bien el tiempo que los días de invierno revoloteaban alrededor de nosotras como pájaros de brillantes alas. Richard nos dedicaba todas las veladas y la mayor parte de las tardes, y le gustaba mucho estar con nosotras, aunque era una de las personas más inquietas de este mundo.

Quería mucho, muchísimo, a Ada. Lo digo ahora, y hubiera podido revelarlo antes. Nunca había visto antes cómo se enamoran los jóvenes, pero lo adiviné desde el primer momento. No podía decir tal cosa, desde luego, o mostrar que sabía algo. Por el contrario, me había propuesto hacerme la desentendida y lo conseguí hasta el punto de preguntarme a mí misma si aquel disimulo no era ya excesivo.

Pero no había manera de evitarlo. Todo lo que tenía que hacer era estarme callada, y me estuve callada como una ostra. Ellos se estuvieron callados como ostras también, en lo que concernía a las palabras, pero la inocente forma en que se confiaban cada vez más conmigo mientras se buscaban cada vez más el uno al otro era tan encantadora que me costaba mucho no mostrar cuánto me interesaba.

—Nuestra querida viejecita es una viejecita tan necesaria —diría Richard al venir al jardín para encontrarse conmigo a primera hora con su agradable risa y puede que con una pequeñísima traza de sonrojo— que no puedo continuar sin ella. Antes de comenzar mi temerario día (y me deje el alma en esos libros e instrumentos y luego galope colina arriba, valle abajo, por todos los alrededores como un salteador de caminos), me hace mucho bien venir y tener un paseo tranquilo con nuestra serena amiga, así que ¡aquí estoy de nuevo!

—Sabes, dama Durden, querida —me diría Ada por la noche, con su cabeza en mi hombro y el fuego del hogar brillando en sus pensativos ojos—, no quiero hablar cuando venimos aquí arriba. Solo sentarme a pensar un poco, con tu querido rostro como compañía, y oír el viento y acordarme de los pobres marineros que están en el mar...

¡Ah! Tal vez Richard se hacía marino. Había hablado de ello a menudo en

esos tiempos, y habíamos charlado de satisfacer la inclinación que tenía en su infancia por el mar. El señor Jarndyce le había escrito a un pariente de la familia, al importante sir Leicester Dedlock, para que intercediese en favor de Richard en general. Y sir Leicester respondió con gran gentileza que se sentiría encantado de apoyar los avances del joven caballero si estuviese en su mano hacerlo, lo que no era probable en absoluto, y que milady enviaba sus saludos al joven caballero (a quien recordaba perfectamente estar unida por una remota consanguinidad) y confiaba en que cumpliera con su deber en cualquier profesión honorable a la que se consagrara.

—De lo que deduzco claramente —me dijo Richard— que tengo que labrarme mi propio camino. ¡No importa! Mucha gente ha tenido que hacerlo antes que yo y lo ha hecho. Solo deseo tener el mando de un raudo corsario para empezar, y llevarme al Canciller y tenerlo a pan y agua hasta que falle la sentencia de nuestro pleito. ¡Vería cómo se quedaba en los huesos si no se daba prisa!

Con un optimismo y esperanza y una alegría que apenas decaían, Richard tenía un carácter tan despreocupado que me dejaba bastante perpleja, sobre todo porque lo confundía, de una manera muy extraña, con la prudencia. Entraba en todos sus cálculos sobre el dinero de una forma peculiar que creo no poder explicar mejor sino volviendo al momento de nuestro préstamo al señor Skimpole.

El señor Jarndyce había descubierto la cantidad, ya sea por el señor Skimpole o por Coavinses, y había puesto el dinero en mis manos con las instrucciones de que me quedase con mi parte y que le diese el resto a Richard. El número de pequeños gastos irreflexivos que Richard justificó con la recuperación de sus diez libras y el número de veces que me habló sobre ello como si hubiese ahorrado o ganado esa cantidad sumarían un importe considerable.

—Mi cauta madre Hubbard, ¿por qué no? —me decía cuando quiso, sin la menor consideración, donarle al ladrillero cinco libras—. Gané diez libras limpias con el asunto de Coavinses.

—¿Cómo es eso? —dije.

—Vaya, me deshice de diez libras y me deshice de ellas con gusto y sin esperar volver a verlas nunca, no me lo negará.

—No —le dije.

—¡Muy bien! Entonces llegaron a mi poder diez libras...

—Las mismas diez libras —insinué.

—¡Eso no tiene nada que ver! —replicó Richard—. Tengo diez libras más

de lo que esperaba tener y en consecuencia puedo permitirme gastármelas sin mayor problema.

Y exactamente de la misma manera, cuando lo persuadimos de no sacrificar esas cinco libras y quedó convencido de que no haría ningún bien, lo sumó a su balance y recurrió a ellas.

—¡Veamos! —diría—. Me he ahorrado cinco libras en el asunto del ladrillero, así que, si me doy un viajecito a Londres y vuelvo en silla de postas y pago cuatro libras, habré ahorrado una. Pues vaya cosa ahorrarse una, déjeme decirle algo: ¡un penique ahorrado es un penique en el bolsillo!

Creo que Richard era tan franco y generoso por naturaleza como se puede ser. Era vehemente y valeroso y, en medio de su desaforada inquietud, era tan amable que lo llegué a conocer como a un hermano en pocas semanas. Su amabilidad era natural en él y hubiese podido desarrollarla en abundancia aun sin la influencia de Ada, pero con esta llegó a ser el más encantador de los compañeros, siempre tan bien dispuesto y siempre tan feliz, confiado, y alegre. Estoy segura de que yo, al sentarme con ellos, y pasearme con ellos, y hablar con ellos, y al darme cuenta día a día de cómo avanzaban, enamorándose cada vez más profundamente, y sin decir nada sobre ello, y al pensar cada uno con timidez que su amor era el mayor de los secretos (tal vez ni siquiera sospechado por el otro), estoy segura de que estaba apenas menos encantada de lo que lo estaban ellos y apenas menos contenta con su bonito sueño.

Vivíamos así, en medio de la más tranquila calma, cuando un día, a la hora del desayuno, el señor Jarndyce recibió una carta y exclamó, después de mirar el remitente: «¡Es de Boythorn!» y la abrió y leyó con alegría e interrumpió la lectura para anunciarnos que el tal Boythorn venía a hacernos una visita. Y quién será este Boythorn, pensamos. Y me atrevería a decir que también nos preguntamos todos —de una, al menos, estoy segura— si el tal Boythorn no iría a inmiscuirse en nuestras rutinas.

—Éramos compañeros de colegio hace más de cuarenta y cinco años —dijo dando un golpecito en la carta al dejarla sobre la mesa—. Lawrence Boythorn era el muchacho más ruidoso del mundo, y sigue siendo el hombre más ruidoso. Lawrence Boythorn era el muchacho más campechano y robusto del mundo, y sigue siendo el hombre más campechano y robusto. Es un sujeto formidable.

—¿En estatura? —preguntó Richard.

—También en ese aspecto —dijo el señor Jarndyce—. Me lleva diez años, es dos pulgadas más alto que yo, con la cabeza erguida como la de un veterano, con un pecho robusto e inquebrantable, con las manos de un pulcro herrero y ¡unos pulmones! Unos pulmones a toda prueba. Cuando habla, se ríe

o estornuda, tiemblan hasta los cimientos de la casa.

Mientras el señor Jarndyce se entusiasmaba haciendo la descripción de su amigo Boythorn, nos dimos cuenta de que no hacía alusión alguna al viento, lo cual era un feliz presagio.

—Pero no es de su aspecto de lo que hablaba —continuó mi tutor—, sino de lo que hay dentro de él: su corazón cálido, su carácter arrebatado, la juventud que corre por sus venas, porque a Rick... y a Ada, y a mi pequeña Telaraña también, os interesa su visita. El lenguaje del señor Boythorn es tan violento como su propia voz. Todo lo exagera, constantemente, hasta un grado superlativo. En sus críticas es de una ferocidad extrema. Cualquiera lo tomaría por un ogro por las cosas que dice. Creo que hay muchos que lo tienen por tal, y es evidente que se equivocan. Bueno, no quiero decirlos más antes de tiempo. No os admire ver que me trata con aires protectores, porque no ha olvidado que, hallándonos en el colegio, siendo yo un novato, nuestra amistad comenzó cuando le rompió dos dientes (él os dirá que seis) a un abusón que me acosaba. Boythorn y su criado —dirigiéndose a mí— llegan esta misma tarde, querida.

Me ocupé de los preparativos necesarios para que nada faltase en el recibimiento de nuestro huésped, y esperamos su llegada con algo de curiosidad. Había anochecido y no había llegado aún. Hacía una hora que esperábamos con la mesa puesta, y estábamos sentados junto a la chimenea, sin más luz que la llama del fuego, cuando se abrió de golpe la puerta de la entrada y resonaron en el vestíbulo estas palabras pronunciadas con una gran vehemencia y de modo estentóreo:

—Hemos tardado tanto, Jarndyce, porque nos ha engañado un pillo, un miserable que nos ha hecho ir por la derecha en vez de mandarnos a la izquierda. Es el rufián más insufrible sobre la faz de la Tierra. Su padre sería un canalla cuando dio al mundo un hijo tan perverso. ¡Tendría que haberle pegado un tiro sin el menor remordimiento!

—¿Lo ha hecho a propósito? —preguntó el señor Jarndyce.

—¡No me cabe la menor duda de que es un rufián que se pasa la vida extraviando a los viajeros! —respondió el otro—. Te juro que su cara de perro tenía una expresión diabólica cuando me dijo que tomase el camino de la derecha. ¡Y he tenido a ese tipejo cara a cara y no le he roto la cabeza!

—Querrás decir los dientes —le dijo el señor Jarndyce.

—¡Ja, ja, ja! —rio Lawrence Boythorn haciendo temblar, de verdad, toda la casa—. ¡Conque todavía te acuerdas! ¡Ja, ja, ja! ¡También aquel era un pillo redomado! Te juro que la fisonomía de aquel muchacho era la peor imagen de la crueldad, perfidia y cobardía que se haya usado nunca de espantajo ante un regimiento de rufianes. Si me encontrase mañana en la calle con aquel

abominable déspota, lo derribaría sin piedad como a un árbol podrido.

—No lo pongo en duda —dijo el señor Jarndyce—. Pero ¿subirás a tu cuarto?

—Te juro, Jarndyce —respondió su huésped, que parecía consultar su reloj—, que si te hubiera sabido casado, me habría vuelto desde la puerta del jardín sin parar hasta la cima del Himalaya antes que presentarme en una hora tan intempestiva.

—¡Pues sí que hubieras ido lejos! —dijo el señor Jarndyce.

—Te juro que lo hubiese hecho —exclamó el invitado—. Por nada en el mundo quisiera incurrir en la insolencia de hacer esperar a una señora de su casa hasta una hora tan avanzada. Antes hubiese preferido darme muerte en el acto, infinitamente antes.

Así hablaban. Se fueron a la planta de arriba y en esos momentos le oímos hacer resonar su dormitorio con sus carcajadas una y otra vez, hasta que el eco más monótono de la vecindad pareció quedar contagiado por su risa como lo hicimos nosotros cuando lo oíamos reírse.

Había, efectivamente, una expresión tan franca y leal en su voz robusta y vibrante, en su atropellada verborrea y en sus exageraciones, que estallaban como bombas sin herir nunca a nadie, que desde el primer momento se hizo con nuestra simpatía, y esta impresión favorable se confirmó cuando nos lo presentó el señor Jarndyce. No solamente era un anciano hermoso, erguido y robusto, con una cabeza maciza, coronada de cabellos canosos, fisonomía inteligente y noble cuando guardaba silencio, elevada estatura y corpulencia proporcionada a ella, y una barbilla que podría haber decaído en papada si no fuese por el vehemente énfasis a la que la sometía, sino que sus maneras eran, además, las de un perfecto caballero; su finura tenía cierto sello aristocrático, su rostro se animaba con frecuencia con una sonrisa afectuosa y dulce, y se veía que se manifestaba sin reserva, sin tener nada que ocultar, como si fuera incapaz, según decía Richard, de reprimirse en nada y por nada, de modo que, mientras descargaba sus inofensivas bombas porque no tenía otras armas, yo lo contemplaba en la mesa con gusto, ya fuese cuando hablaba sonriendo con Ada y conmigo, ya fuese cuando se veía impulsado por el señor Jarndyce a lanzar alguna que otra descarga de superlativos, o levantar su cabeza como un sabueso y soltar esa formidable carcajada.

—Supongo que te habrás traído el pájaro —le dijo el señor Jarndyce.

—¡Pues no faltaba más! Es el pájaro más asombroso de Europa —respondió—. Es el animal más maravilloso de la creación. No daría ese pájaro ni por diez mil guineas. En mi testamento le lego una renta en caso de que me sobreviva. Es, por su juicio y su fidelidad, un verdadero fenómeno. Pero

¿cómo no había de serlo si su padre era uno de los pájaros más asombrosos que nunca hayan existido?

El objeto de este elogio era un canario pequeñito, tan bien domesticado que, habiéndolo traído en el dedo el criado del señor Boythorn, fue a posarse sobre la cabeza de su dueño después de revolotear por el salón. Nada me pareció que contrastaba más con el carácter del señor Boythorn como aquel ser delicado y diminuto, posado tranquilamente sobre su cabeza, mientras este manifestaba los sentimientos más vehementes e implacables.

—¡Por mi propia vida! —decía, dando una migaja de pan al canario, con mucho cariño—. Si yo estuviera en tu lugar, mañana mismo cogería por el gaznate a todos los señoritos de la Cancillería y los sacudiría hasta hacerles saltar todo el dinero de los bolsillos y oyese sonar sus huesos bajo la piel. Te aseguro que les arrancaría una sentencia por las buenas o por las malas, y si quisieras encargarme el asunto, verías con qué gusto lo hacía.

El canario seguía comiendo las migajas que le daba su amo durante todo este tiempo.

—¡Gracias, Lawrence! —respondió el señor Jarndyce riendo—, pero el pleito no ha llegado aún hasta el punto de poder anticipar su término por el medio que indicas, aun cuando se cogiera por el cuello a toda la magistratura y a los abogados en masa.

—No ha existido jamás en la tierra un caldero de brujas comparable a esa maldita Cancillería, que el diablo confunda —continuó el señor Boythorn—, y no veo más reforma posible que la de ponerle una bomba un día ajetreado en horario de sesiones con todos sus autos, papeluchos, jueces y funcionarios, desde el más alto al más bajo, desde el contable hasta el Diablo, y dejarlo todo reducido a átomos con un millón de libras de pólvora.

Era imposible no reírse de la gravedad y convicción con que recomendaba esta reforma eficaz, y él mismo acababa por participar muy pronto de la hilaridad que había producido. Todo el valle pareció hacer eco a sus carcajadas, sin que esta risa estrepitosa asustara, sin embargo, al canario, que andaba dando saltitos por la mesa, volviendo a todos lados su inquieta cabeza, y fijando, de vez en cuando, su ojo brillante hacia su amo como si no viera más que otro pájaro en él.

—¿Y cómo lleváis tu vecino y tú el asunto del derecho de servidumbre que tenéis en disputa? —preguntó el señor Jarndyce—. Porque el caso es que tú tampoco estás libre de las penas de la ley.

—El tipo ha incoado acciones contra mí por invasión de la propiedad y yo he incoado acciones contra él por invasión de la propiedad —respondió el señor Boythorn—. Te juro que es el tipo más orgulloso que vive sobre la

tierra, y, aunque lo llaman sir Leicester creo que, haciéndole justicia, tendrían que llamarlo sir Lucifer.

—Menudo cumplido para nuestro pariente lejano —les dijo alegremente mi tutor a Ada y a Richard.

—Le rogaría que me disculpase, señorita Clare, y usted también, señor Carstone —dijo nuestro invitado—, si no me hubiese tranquilizado ver en el hermoso rostro de la señorita y en la sonrisa del caballero que es innecesario y que mantienen su lejano parentesco en una cómoda lejanía.

—O nos mantiene él alejados —dijo Richard.

—Juro que —exclamó de repente el señor Boythorn, disparando una nueva andada— ese tipo es, como lo habían sido su padre y su abuelo, el animal más estúpido, el más torpe, más mamarracho y más arrogante de todos los seres, y por una equivocación inexplicable de la naturaleza ocupa en la tierra una posición diferente a la de un palo. En su familia no ha habido más que estúpidos con más vanidad que talento, pero hago tan poco caso de él que no me obligaría a cerrar mi paso, aun cuando representase él solo a cincuenta barones y poseyese cien Chesney Wolds, uno dentro de otro, como las bolas de marfil de las tallas chinas. Pues no tuvo la osadía de escribirme, por medio de su agente o secretario, la siguiente nota: «Sir Leicester Dedlock, barón, saluda al señor Lawrence Boythorn y llama su atención sobre este hecho: que el derecho de paso por la senda que conduce al antiguo presbiterio, morada actual del señor Boythorn, pertenece, exclusivamente, a sir Leicester por formar dicha senda parte efectiva de los jardines de Chesney Wold, y a consecuencia de dicho derecho, sir Leicester cree conveniente cerrar dicha senda». Yo le contesté en el mismo estilo: «El señor Lawrence Boythorn saluda al barón sir Leicester Dedlock y llama su atención sobre este hecho: que niega todas las pretensiones de sir Leicester Dedlock, y añade, en relación al proyecto de cerrar la senda, que tendría un placer en conocer al hombre que se atreviera a hacerlo». El tipo envía al granuja tuerto más arrastrado conocido para construir una puerta. Disparo sobre ese execrable rufián con una manguera hasta que está a punto de perder el aliento. Pero vuelve durante la noche y levanta la puerta. A la mañana siguiente destruyo y quemo su obra. Envía a sus lacayos a saltar por encima de mis vallados y cruzar por mi jardín, y yo los atrapo con mis trampas para hombres, les disparo postas a las piernas, y les disparo con mi manguera, dispuesto a librar al género humano de aquellos miserables bandidos. El barón me demanda ante los tribunales, y yo hago lo propio; me acusa de asalto con agresión, y yo sigo defendiéndome, asaltando y agrediendo. ¡Ja, ja, ja!

Así dijo. Cualquiera hubiera creído, oyéndole hablar con tanta energía, que era el más violento de los hombres. Pero al verlo al mismo tiempo acariciar a

su canario, que tenía en el dedo pulgar y sobre cuyo plumaje pasaba la mano con suave afecto, se le hubiera supuesto el más amable y tranquilo de los seres. Al oírlo reír y ver su enorme buen humor en la cara, uno hubiese podido pensar que no tenía preocupaciones mundanas, ni litigio, ni antipatía alguna, sino que su existencia era por completo una fiesta estival.

—No, no —concluyó—, ningún Dedlock me impedirá pasar, aunque reconozco, al mismo tiempo —dijo cambiando de tono, inmediatamente—, que milady Dedlock es la dama más correcta del mundo, digna de los homenajes de un caballero, ningún asno de barón de setecientos años podría hacerlo. Un hombre que se unió a su regimiento a los veinte y que en una semana desafió al más arrogante y presuntuoso de los oficiales autoritarios que nunca haya respirado con vida a través de su apretado fajín (y al que expulsaron por ello) no es ese el hombre que dejará que le pasen por encima los sir Lucifer Deadlock, vivos o muertos, abiertos o cerrados. ¡Ja, ja, ja!

—¿Ni el hombre que permitió a los pequeños que se le subiesen a hombros? —dijo mi tutor.

—¡Por supuesto que no! —dijo el señor Boythorn dándole una palmada en el hombro con un aire protector que tenía algo serio en él aunque se riera—. ¡Siempre estará con el débil, Jarndyce, puedes contar con ello! En cuanto al pleito extravagante del que hablamos antes (espero que la señorita Clare y la señorita Summerson perdonen la extensión concedida a un asunto tan árido), ¿se han recibido cartas para mí de Kenge y Carboy?

—A ti te toca contestar, Esther —me dijo el señor Jarndyce.

—No, tutor, no se han recibido.

—Gracias, señorita —dijo el señor Boythorn—. Veo que mi pregunta era ociosa, porque la señorita Summerson es muy atenta con todos los que la rodean por lo poco que he visto. —Todos ellos me daban ánimos, estaban decididos a hacerlo—. Lo he preguntado porque al venir del Lincolnshire, no he pasado por Londres y creía que me enviaría aquí algunas de ellas. Espero que mañana me anuncien que mi pleito está bien encaminado.

Hube de advertir que durante la velada contemplaba a Ada y a Richard con un interés y una satisfacción que daban a su rostro una expresión amable, mientras que, sentado a alguna distancia del piano, escuchaba la música (y apenas tuvo necesidad de decirnos que era un apasionado de la música, porque su rostro ya lo mostraba). Tras esta observación, le pregunté a mi tutor, cuando nos sentamos ante el tablero de backgammon, si el señor Boythorn había estado casado.

—No —me dijo—. No.

—¡Pues lo parece! —dije yo.

—¿Cómo lo has adivinado? —respondió sonriendo.

—No sé si podré explicado —respondí ruborizándome no poco al tener que exponer mis suposiciones—, pero hay en sus maneras una expresión tan afectuosa, es tan amable y atento que...

El señor Jarndyce dirigió su mirada hacia donde estaba sentado como acabo de describir.

No dije más.

—Tienes razón, hija mía —respondió—. Estuvo a punto de casarse, pero una sola vez y hace ya muchos años.

—¿Murió ella?

—No..., pero murió para él. Esta circunstancia ha influido mucho en su vida y en su carácter. ¿Creerías que tiene aún el corazón y la cabeza llenos de romanticismo?

—Querido tutor, me pareció también adivinar esto, por la misma razón que he adivinado lo primero. Pero es fácil de decir después de habérmelo contado.

—Nunca ha sido, desde entonces, todo lo que debiera haber sido, y ya ves que ha llegado a la vejez sin tener a su lado más que a su criado y su pajarito... Te toca, hija mía.

Me di cuenta, por la actitud de mi tutor, de que más allá de ese punto no podría proseguir sin que cambiase el viento. Por lo tanto no hice más preguntas. Tenía interés, pero no curiosidad. Hacía algunos momentos que estaba en cama, y recordaba esta antigua historia de amor, cuando oí los ronquidos sonoros del señor Boythorn, y entonces intenté algo muy difícil, intenté imaginarme al anciano tal como debió de ser en otro tiempo, adornado por todas las gracias de la juventud, pero me dormí antes de conseguirlo y soñé con la época en que vivía con mi madrina. La ciencia de los sueños me es muy poco familiar para que me sea permitido deducir si existía en este hecho algún indicio significativo, pero con mucha frecuencia me trasladaba en mis sueños a aquella época de mi vida.

A la mañana siguiente, llegó una carta de los señores Kenge y Carboy que le anunciaba al señor Boythorn que uno de sus pasantes iría a darle cuenta del estado de su pleito a mediodía. Como era precisamente el día de la semana en que me dedicaba a despachar las cuentas y a poner a punto mis libros y a hacer todas las tareas de la casa lo más eficaces posibles, permanecí en casa mientras mi tutor, Ada y Richard aprovechaban un tiempo magnífico para dar un largo paseo. El señor Boythorn debía esperar al pasante del señor Kenge y quedó en que iría a pie a buscarlos en cuanto terminase la reunión.

Me hallaba, pues, engolfada en mis tareas, examinando libros de cuentas, añadiendo columnas, pagando dinero y reuniendo recibos, cuando anunciaron al señor Guppy. Se me había ocurrido, desde luego, la idea de que el pasante del señor Kenge sería tal vez el joven que me había recibido en Londres, y me alegré de haberlo adivinado y de volverlo a ver, porque su nombre estaba unido en mi memoria a mi felicidad actual.

Iba tan elegante que me costó trabajo reconocerlo. Tenía un traje completamente nuevo de lustrosas telas, un brillante sombrero, guantes de cabritilla color lila, un pañuelo multicolor, una gran flor de invernadero en el ojal, y un grueso anillo de oro en su meñique. Asimismo, perfumaba bastante el comedor con su brillantina de oso y otros afeites. Me miró con tanta atención que me puso bastante nerviosa cuando le rogué que tomase asiento mientras volvía el criado, y se sentó allí cruzando y descruzando las piernas en un rincón, y le pregunté si había tenido un viaje agradable, y que esperaba que el señor Kenge estuviese bien, y no lo miré en ningún momento, pero sentí que me seguía mirando de la misma forma escrutadora y curiosa.

Cuando entraron a anunciarle que el señor Boythorn lo esperaba, y que se tomase la molestia de pasar al cuarto de este caballero, le dije que, cuando terminase su encargo, encontraría el almuerzo dispuesto por orden del señor Jarndyce. Él dijo con cierto embarazo al coger el picaporte de la puerta:

—¿Tendré el honor de encontrarla aún aquí, señorita?

Contesté que sí, que allí estaría. Y salió, lanzándome una mirada, y me hizo una reverencia como despedida.

Achaqué su conducta a su torpeza y a su timidez, porque apenas podía sacarse las palabras de la boca, e imaginé que lo mejor que podía hacer era esperar hasta que me cerciorase de que no le faltaba nada y retirarme. Enseguida, trajeron el almuerzo, pero se quedó sobre la mesa un rato. La entrevista se prolongó y al parecer fue bastante borrascosa, porque, a pesar de estar lejos del comedor el cuarto del señor Boythorn, oía alzarse, de vez en cuando, la recia voz de nuestro huésped como un viento tempestuoso y lanzaba probablemente una descarga cerrada de recriminaciones.

Reapareció, por fin, el señor Guppy, con peor aspecto que antes después de aquella entrevista.

—Es un hombre feroz —me dijo en voz baja.

—Tenga usted la bondad, señor Guppy, de tomar un refrigerio —dije yo.

Se sentó a la mesa, y se puso a afilar convulsivamente el cuchillo sobre el tenedor, sin apartar de mí la mirada. Estaba bien segura de ello, aunque yo no lo miraba a él. El afilado del cuchillo se prolongaba tanto que me creí obligada

a levantarlos para romper el hechizo al cual parecía encadenado. En efecto, inmediatamente miró al plato que tenía delante, y empezó a cortar.

—¿Va a tomar algo, señorita? ¿Quiere que le sirva?

—No, gracias —le dije.

—¿No puedo servirle nada? —Se terminó atropelladamente un vaso de vino.

—Nada, gracias —dije—. Lo he esperado a usted únicamente para saber si necesitaba algo. ¿Hay algo que le pueda hacer traer?

—Muy agradecido, señorita. Tengo todo lo que puedo desear, a no ser que..., quiero decir que..., por el contrario. —Se terminó atropelladamente dos vasos más de vino, uno detrás de otro.

Creí que lo más prudente era dejarlo solo.

—Perdone usted, señorita, mi osadía —me dijo levantándose, viendo que yo iba a retirarme—, pero le agradecería un minuto de atención.

No sabiendo lo que tenía que decirme, consentí en volverme a sentar.

—Con la debida reserva, señorita —añadió, inclinándose hacia mí.

—No le entiendo —dije con sorpresa.

—Es una locución forense. Quiero decir con esto que espero que no hará usted uso, en detrimento mío en Kenge y Carboy o donde sea, de las palabras que voy a pronunciar. Que en el caso de que esta conversación no tuviera resultado alguno, continuaría en la posición en que me encuentro actualmente y no me causará perjuicio alguno en lo presente ni en lo por venir. En una palabra, que se trata de una comunicación enteramente confidencial.

—No acierto a adivinar qué es lo que puede usted decirme confidencialmente, pero puedo, desde luego, asegurarle que sentiría mucho causarle el menor perjuicio.

—Gracias, señorita; lo sé, me consta y me basta y sobra.

El señor Guppy no había dejado, mientras hablaba, ni de frotarse la palma de la mano izquierda con la de la derecha ni de enjugarse la frente con un pañuelo.

—Si me permite usted que beba otro vaso de vino, creo, señorita, que dominaré mejor el temor que me oprime y que seguro que le resulta tan desagradable como a mí.

Volvió a beber y se inclinó nuevamente hacia mí. Aproveché para interponer la mesa entre nosotros.

—¿Me permite servirle un poco, señorita? —me dijo el señor Guppy después de recobrar, así lo parecía, el aliento.

—No, gracias —dije yo.

—¡Media copa! ¡La cuarta parte de una copa! —dijo el señor Guppy—. ¿No? Pues bien, prosigamos. Señorita Summerson, en la actualidad gano en el despacho de Kenge y Carboy dos libras esterlinas por semana, y, cuando tuve la dicha de verla a usted por primera vez, mis honorarios ascendían tan solo a una libra y quince chelines, que era lo que he estado ganando durante mucho tiempo. He obtenido un aumento de cinco chelines, y continuaré cobrándolo durante un año hasta un nuevo aumento de otros cinco al término de este. Mi madre posee una pequeña hacienda, con cuya pequeña renta anual puede vivir con independencia, aunque con modestia, en Old Street Road. Es eminentemente ventajosa como suegra. Nunca se mete en nada, es pacífica y de buen talante. Tiene sus defectos, desde luego (¿quién no los tiene?), pero nunca traslucen con gente delante, que yo sepa, y en esos momentos se le pueden confiar con tranquilidad vinos, alcoholes, o maltas. En cuanto a mí, vivo en Penton Place, Pentonville. En una habitación algo baja, pero ventilada, con ventanas que dan a un patio interior considerado uno de los más salubres. ¡Señorita Summerson! En resumen, la adoro a usted, y le ruego tenga la bondad de tomar en consideración mi declaración, y de permitir que la apoye, pidiendo formalmente su mano.

El señor Guppy se arrodilló delante de mí. Por suerte, mediaba entre ambos la mesa, y no me asustó.

—Levántese usted de esa ridícula postura —le dije— o me verá obligada a faltar a mi promesa y a tirar del cordón de la campanilla.

—Oiga usted, señorita —suplicó el señor Guppy cruzando las manos.

—No escucharé ni una palabra más hasta que se levante de la alfombra y ocupe usted otra vez su asiento en la mesa si sigue siendo un hombre en su sano juicio.

Me miró lastimeramente, pero se levantó despacio y así lo hizo.

—¡Qué ridículo, señorita —dijo llevándose la mano al corazón y moviendo la cabeza con melancolía hacia mí por encima de la bandeja—, estar detrás de la comida en un momento así! El alma rehúye de la comida en un momento así, señorita.

—Le ruego que concluya —le dije—. Me ha pedido que lo escuchase, y yo le ruego, a mi vez, que concluya.

—Descuide usted, señorita —dijo el señor Guppy—, porque mi obediencia es igual a mi amor y a mi respeto. ¡Si pudiera hacerle sujeto de tal voto ante el

altar!

—Eso es por completo imposible —dije— y está enteramente fuera de lugar.

—No ignoro —continuó el señor Guppy, inclinándose por encima de la bandeja, y clavando en mí una mirada que adivinaba sin verla, porque yo rehuía la suya, en un último intento de que se cruzasen—, no ignoro que bajo el punto de vista de los bienes terrenales, la proposición que acabo de hacerle no es muy ventajosa, pero, señorita Summerson, ¡amor mío...! No, por favor, no toque la campanilla. He sido educado duramente y estoy acostumbrado a trabajar en muy diversas ocupaciones. Aunque soy muy joven he manejado muchos asuntos judiciales, he desentrañado evidencias, organizado pleitos, y visto mucho de la vida... Si me diera su mano, ¿qué no haría yo para servir sus intereses y aumentar su fortuna? ¿Qué dejaría yo de hacer para labrar su felicidad y su dicha? No sé el qué, desde luego, pero ¿qué no llegaría a descubrir si mereciese su confianza y se dignase usted alentar mis esfuerzos?

Le contesté que iba a conseguir tanto invocando mis intereses como dirigiéndose a mis sentimientos, y le supliqué que se retirase inmediatamente.

—¡Cuánta crueldad, señorita! —dijo el señor Gruppy—. Una palabra, tan solo. No dudo que advertiría usted el efecto que me produjo su hermosura cuando la esperaba, por vez primera, en el Whytorseller. Creo que se dio cuenta de hasta qué punto perdí la cabeza, que abrí la portezuela del coche que debía conducirla. Fue un pobre tributo, pero de gran significado. Desde entonces su imagen quedó grabada en mi corazón. Pasé toda la noche paseándome frente a la casa de la señora Jellyby por el único placer de mirar las paredes que la guardaban. El viaje que he hecho hoy, tan completamente inútil como el mensaje que le sirve de pretexto, lo he proyectado con el exclusivo objeto de verla. Si hablé de intereses, era para darme valor ante sus ojos y para apoyar mis pretensiones y mi triste suerte, pero por encima de todo estaba mi amor, y lo está por encima de todo.

—Señor Guppy —dije cogiendo el cordón de la campanilla—, sentiría hacerle a usted o a cualquiera que sea sincero la injusticia de despreciar un sentimiento honesto por muy desagradablemente que haya sido expresado. Si realmente ha querido darme una prueba de su buena opinión, aunque a destiempo y fuera de lugar, creo que debería agradecersele. Tengo pocas razones por las que sentirme orgullosa, y no lo soy. Espero —creo que añadí sin saber muy bien lo que decía— que ahora se vaya como si nunca se hubiese comportado de manera tan absolutamente insensata y se vaya a atender los negocios de Kenge y Carboy.

—Medio minuto, nada más, señorita —exclamó deteniéndose cuando estaba a punto de tocar—. ¿Esto no tendrá perjuicio alguno?

—Lo he prometido y lo cumpliré, a no ser que algún día me obligue su insistencia a romper el silencio.

—¡Por favor...! ¡Un cuarto de minuto, señorita! En el caso de que se piense mejor alguna vez, aunque sea en el futuro (lo que no tendría consecuencia alguna, porque mis sentimientos nunca cambiarán), la proposición que le he hecho, en particular las cosas que no me ha dejado hacer: Señor Guppy 87 de Penton Place, y en caso de ausencia o de muerte (a consecuencia de mi desengaño o por otras causas), a la Señora Guppy 302 de Old Street Road, con eso será suficiente.

Llamé, por fin, y entró el criado. El señor Guppy dejó su tarjeta en la mesa, saludó cabizbajo, y salió. Alcé la mirada mientras se iba, y vi que me miró una vez más después de haber cruzado la puerta. Me senté otra hora o más, terminando mis libros y pagos y concluyendo numerosos asuntos. Entonces puse en orden el escritorio, guardé todo y recobré tanto la calma y la felicidad que creí que aquel inesperado incidente había quedado olvidado. Pero, cuando subí a mi cuarto, me sorprendí a mí misma al empezar a reírme sobre ello y me sorprendí más todavía al empezar a llorar. En resumen, estuve vivamente conmovida durante un rato, y comprendí que una antigua fibra había sido agitada con mayor violencia que nunca desde la época de mi querida muñeca, tiempo atrás enterrada en el jardín.

X

El amanuense

En el límite oriental de Chancery Lane, o hablando de una manera más precisa, en Cook's Court, Cursitor Street, el señor Snagsby ejerce la profesión de proveedor del tribunal. A la sombra de Cook's Court, vende en su tienda (la mayor parte del tiempo, tenebrosa) toda clase de formularios judiciales, de pieles y rollos de pergamino, de papel (pliegos, folios, de borrador, de estraza, blanco, ahuesado, y secante), de timbres, de plumas de oficina, plumillas, tintas, cauchos, grasilla, alfileres y lápices, obleas y lacre, de cintas y registros, de libretas de bolsillo, almanaques, agendas y repertorios legales, de cajas de cordel, reglas, tinteros de cristal, de plomo, raspadores, punzones, tijeras, y otros artículos de oficina para cortar; en resumen, otros mil artículos que sería prolijo enumerar. Se dedica a este comercio desde la época en que habiendo terminado su aprendizaje, llegó a ser el socio de su principal y sustituyó con la inscripción «Peffer y Snagsby» la antigua de «Peffer» a secas, sancionada con el tiempo y que había llegado a ser ilegible porque el humo, que es la hiedra de Londres, se había adherido con tal fuerza al nombre y a la morada del

papelero que había hecho desaparecer el letrero de la tienda.

Ahora no se ve nunca a Peffer por Cook's Court. No se le espera porque hace veinticinco años dejó su caja por el cementerio de Saint Andrews, en Holborn, donde descansa al rumor de los coches de alquiler y las locomotoras, dragones infatigables que pasan de día y de noche a su lado. Si alguna vez sale, en la hora en que el dragón duerme, a airearse a Cook's Court hasta que el canto del optimista gallo del sótano de la pequeña lechería de Cursitor Street, cuyas ideas acerca del amanecer sería curioso determinar (porque por su observación personal no ha logrado saber nada), le advierte de la hora de vuelta, si Peffer visita de nuevo las pálidas luces de Cook's Court, lo que ningún papelero del ramo legal puede negar rotundamente, lo hace invisible, y nadie es peor o más sabio por ello.

En la época en que Peffer tenía todavía la tienda, y mientras Snagsby seguía el aprendizaje, que duró siete años, vivía con aquel una de sus sobrinas, muchacha astuta, pequeña, demasiado estrecha de cintura, de nariz afilada, como las frías noches de otoño, con costumbre de quedarse helada en la punta. Las malas lenguas decían en el barrio que la madre de dicha sobrina, con el deseo natural de aumentar las gracias de la muchacha, al ceñirle el corsé tiraba del cordón apoyando el pie en la pared para adelgazarle la cintura, y además, dicen que le daba a beber mucho vinagre y zumo de limón, cuyos agrios y ácidos habían acabado por subírsele a las narices, a los carrillos y a influir, desgraciadamente, en su carácter. Este rumor, fundado o falso, no llegó a oídos del joven Snagsby, o al menos no hizo mella en sus sentimientos, porque, habiendo cortejado a la sobrina y obtenido su mano, se encargó de la tienda con dos socios en vez de uno. Así pues, en Cook's Court, Cursitor Street, Snagsby y la sobrina de Peffer forman un solo ser, y ella sigue cuidando de su fina cintura por ser la única gracia que ha tenido en su vida.

No solamente son Snagsby y su esposa una sola carne y una sola sangre, sino también una sola voz, según dicen los vecinos, y esta voz que parece proceder exclusivamente de la señora Snagsby, resuena con frecuencia en Cook's Court, pues, en lo que concierne al marido de la sobrina, es muy raro que se exprese, si no es por boca de su mujer. El papelero es manso, tímido y calvo, y ostenta, únicamente, en el cogote un plumero de cabellos negros. Modesto, y algo obeso y vestido con su levitón de paño pardo y sus mangas postizas de percal, cuando contempla las nubes desde la puerta de su establecimiento o se ocupa, sentado en el oscuro pupitre, en cortar pergamino ayudado por sus dos aprendices, ofrece el aspecto de un pobre hombre sin pretensiones. Pero no es raro que se alcen quejas y gruñidos desde el fondo de una especie de bodega situada bajo los pies del señor Snagsby, y, cuando se oyen en una nota más aguda de lo ordinario, les dice el papelero a los aprendices: «Creo que mi mujer está zurrando a Guster».[4]

A ese nombre propio, así utilizado por el señor Snagsby, le han sacado punta los ingenios de Cook's Courtiers para señalar, antes de ahora, que debería ser el nombre de la señora Snagsby, visto que podría ser denominada Guster con mayor fuerza y propiedad en honor a su tormentoso carácter. Es, sin embargo, propiedad, y única propiedad, quitando cincuenta chelines anuales y una caja muy pequeña rellena, con indiferencia, de ropa, de una joven flaca de un asilo (a la que algunos creen que bautizaron como Augusta), que, aunque fue asalariada o contratada durante su crecimiento por un amable benefactor de esa especie que residía en Tooting y no puede haber crecido en mejores circunstancias, «le dan ataques» que los parroquianos no pueden explicarse.

Guster tiene veintitrés o veinticuatro años, pero parece que tenga diez más, y a causa de esa horrible enfermedad no puede aspirar a un mejor salario. Le asusta tanto ser despedida y verse obligada a volver al hospicio, que a excepción del momento en que cae de cabeza en el cubo, la cacerola, la sartén o cualquier otro utensilio (cuando le da el ataque), trabaja sin cesar y no descansa ni un momento. Es muy querida por los padres y tutores de los aprendices, pues no experimentan temor alguno de verla inspirar sentimientos amorosos en los jóvenes. Es muy querida por la señora Snagsby, quien siempre encuentra algo que reprocharle. Es muy querida por el señor Snagsby, quien piensa que la mantiene por caridad. A ojos de Guster, el establecimiento del proveedor del Tribunal es el verdadero templo del esplendor y la abundancia. El salón del primer piso se le antoja el aposento más elegante de toda la cristiandad. Los paredones negros y los oscuros patios que se ven desde la ventana que mira a Cook's Court constituyen para ella una perspectiva de belleza sin igual, y los dos retratos al óleo del señor Snagsby y su esposa, colgados a ambos lados de la puerta, le parecen obras maestras de un mérito igual a las de Rafael o Tiziano. La posición de Guster tiene, por consiguiente, sus compensaciones.

El señor Snagsby deja a discreción de su mujer todo lo relativo a los detalles prácticos de su misterioso comercio, y ella es la que dispone de la caja, de los pagos y cobros, de discutir con los proveedores y de alternar estos menesteres con el gobierno de la casa, sin reconocerle a nadie el derecho de discutir sus actos. Esto contribuye a que la señora Snagsby sirva de punto de comparación a todas las comadres de Chancery Lane y hasta de Holborn, las cuales, en sus contiendas domésticas, llaman la atención de sus maridos sobre la diferencia que existe entre la posición de la señora Snagsby y la suya, y entre la conducta del excelente papelero y la de sus respectivos esposos. Se dice en voz baja, en Cook's Court, donde revolotean los chismes y las hablillas en la sombra, y, semejantes a los murciélagos, van a chocar contra las ventanas de todos los que allí habitan, se dice que la señora Snagsby es entrometida y celosa, que atormenta a su marido hasta el punto de echarle con frecuencia de

la casa, lo cual no soportaría ningún hombre que no fuera un infeliz. Se ha podido observar que las mujeres que la citan ante sus maridos egoístas como modelo de todas las virtudes conyugales lo desprecian en el fondo, y que ninguna lo mira con mayor desdén que cierta esposa cuyo señor y dueño, según las malas lenguas, se sirve del paraguas como instrumento de corrección. Pero es posible que no tengan estos bajos rumores otro origen que el carácter meditabundo y poético del señor Snagsby, a quien le gusta pasearse en el verano por Staple Inn y observar lo rústicos que son los gorriones y los árboles, también vagar por Rolls Yard el domingo por la tarde y constatar (si está de buen humor) que hubo épocas antiguas una vez y que se podría encontrar un ataúd de piedra o dos bajo esa capilla, cabe pensar si uno cavase para ello. Consuela su imaginación pensando también en los muchos Cancilleres y Vices y jueces del tribunal de apelación que han muerto. Y se impregna tanto del campo que le cuenta a los dos aprendices que ha oído decir que una vez corrió un riachuelo «claro como el cristal» a través de Holborn abajo, cuando Turnstile era eso, un torno, que llevaba a los prados... se impregna tanto del campo que nunca quiere ir allí.

Va a expirar el día y los faroles de gas están encendidos, pero solo despiden un dudoso resplandor porque aún no es lo suficientemente de noche. El señor Snagsby está en el dintel de la puerta de su tienda mirando a las nubes y atisbando el vuelo de un cuervo rezagado que se dirige hacia occidente a lo largo de la estrecha franja del cielo aplomado que asoma por encima de los tejados de Cook's Court. La corneja cruza el Chancery Lane y Lincoln's Inn Garden hacia Lincoln's Inn Fields.

Allí, en un gran edificio, antigua casa noble, vive el señor Tulkinghorn. Ahora está dividido y se alquila por habitaciones, y, en esos fragmentos encogidos de su grandeza, los abogados se hacinan como gusanos en cáscaras. Pero sus espaciosas escaleras, pasillos, y antecámaras se conservan aún, e incluso los techos pintados, donde una Alegoría, con casco romano y túnica celeste, se despatarra entre las balaustradas y las columnas, flores, nubes, y niños de grandes piernas, y provoca dolor de cabeza... lo que parece ser el objeto de toda Alegoría, más o menos. Aquí, entre muchas cajas marcadas con nombres trascendentales, vive el señor Tulkinghorn cuando no enmudece en casas de campo donde los grandes de la tierra se aburren mortalmente. Aquí está hoy, en silencio, en su mesa. Una ostra de la vieja escuela que nadie puede abrir.

Su despacho tiene en la sombra un aspecto análogo al que su propio titular ofrece: macilento, sucio y anticuado. Pesados sillones de ancho respaldo, de encina maciza y rellenos de crin, vetustas mesas cubiertas de sarga polvorienta, y retratos grabados en acero de los más célebres personajes del siglo anterior rodean al procurador. Yace a sus pies una vieja alfombra turca,

de color oscuro, y a ambos lados de la mesa hay dos candelabros de plata donde arden dos velas, cuya luz no basta para desvanecer las tinieblas del vasto aposento. Los títulos de los libros se han ocultado tras la cubierta y ninguna de las cerraduras tiene la correspondiente llave. Hay algunos papeles esparcidos a su alrededor. Tiene un manuscrito cerca, pero no lo utiliza. Con la tapa redonda de un tintero y dos trozos rotos de lacre está tratando de decidirse a algo en su mente. Ahora la tapa del tintero está en medio, ahora el trozo de lacre rojo, ahora el trozo negro. No es eso. El señor Tulkinghorn debe reunirlos y comenzar de nuevo.

Aquí, bajo el techo pintado, con una Alegoría en escorzo que mira su intrusión como si fuera a abalanzarse sobre él, y él no le hiciera caso, el señor Tulkinghorn tiene a la vez su casa y su oficina. No tiene criados, solo un hombre de mediana edad, normalmente un poco desastrado, que se sienta en un banco alto en la entrada y que pocas veces está abrumado de trabajo. La clase de asuntos a que se dedica el señor Tulkinghorn es muy particular y no necesita tener pasantes. Depositario de grandes confianzas, no es hombre al que le guste compartirlas. Sus clientes solo lo quieren a él y solo él se ocupa de cuanto les atañe. Le redactan las escrituras que le son necesarias escribanos especiales del Temple a quienes da instrucciones misteriosas, y encarga al papelerero las copias, sin regatear nunca el precio. El hombre de mediana edad que está sentado a todas horas en el escritorio se halla tan enterado de los asuntos del procurador como un barrendero de Holborn.

El lacre negro, el rojo, la tapa del tintero, una salvadera y un cajón de obleas han llegado por fin a una combinación que parece definitiva. Tú en medio, tú a la derecha y tú a la izquierda... Ha de cesar la indecisión o no cesará nunca. El señor Tulkinghorn se levanta, se cala los anteojos, toma el sombrero, enfunda el manuscrito en el bolsillo, sale del despacho y le dice al hombre de mediana edad que «volveré dentro de un momento». Rara vez es más explícito con él.

El señor Tulkinghorn, imitando al cuervo, va a Cook's Court, Cursitor Street —no de manera tan directa, pero casi—. A Snagsby, Proveedor del tribunal, se hacen copias y escrituras, letra cancilleresca en todas sus modalidades, etcétera.

Son alrededor de las cinco o de las seis de la tarde, y un suave aroma a té se cierne sobre Cook's Court. Se cierne sobre la puerta de Snagsby. Son tempraneros aquí: la comida a la una y media y la cena a las nueve y media. El señor Snagsby estaba a punto de bajar a las regiones subterráneas cuando miró a través de su puerta justo en ese momento y vio al cuervo, que llegaba tarde.

—¿Está el amo en casa?

Guster cuida de la tienda mientras los dos aprendices están en la cocina y

toman el té con los dos esposos. En consecuencia, las dos hijas de la costurera, que se peinan los rizos en los cristales de las dos ventanas de la segunda planta de la casa de enfrente, no atraen las miradas de los dos aprendices como les encanta suponer, sino que solo despiertan una admiración desdeñable en Guster, a quien no le crece el pelo, y nunca lo hará, según piensa.

—¿Está el amo en casa? —dice el señor Tulkinghorn.

Desde luego está, y Guster va a llamarlo, muy contenta de salir de la tienda, a la que mira con terror como si fuera un arsenal de espantosos instrumentos de tortura legal..., un lugar en el que no se debe entrar cuando las luces se han apagado.

El señor Snagsby llega sin aliento, con las manos grasientas y la boca llena, traga un pedazo de pan con mantequilla y exclama:

—¡Usted en mi casa, señor Tulkinghorn!

—Necesito hablar con usted un momento, Snagsby.

—Cuanto guste, señor. Pero ¿por qué se ha molestado? Ya sabe usted que enviándome un recado hubiera acudido con mucho gusto a su despacho. Tenga usted la bondad de pasar a la trastienda.

Snagsby está radiante de alegría.

El cuarto adonde entra y que huele a pergaminos, hace las veces de almacén, de depósito y de escritorio. El señor Tulkinghorn se sienta en un taburete frente del papelero.

—Jarndyce contra Jarndyce, Snagsby.

—Perfectamente, señor.

El papelero da más luz al mechero de gas y carraspea, previendo recatadamente los beneficios, con una mano en la boca. El señor Snagsby, como hombre tímido, tiene costumbre de toser con una variedad de expresiones que le dispensa de hablar.

—Últimamente le di a copiar algunos pliegos concernientes a ese pleito.

—Así es.

—Y resulta —continuó diciendo impenetrable el señor Tulkinghorn, registrándose (hermética, impenetrable ostra de la vieja escuela) en el bolsillo equivocado—, resulta que ha llamado mi atención cierta particularidad que he observado en la letra del copista. Pasaba por aquí y entré para saber... ¿Dónde diablos habré metido esa escritura? A lo mejor la habré dejado en mi despacho... ¡Ah! No. Aquí está... Entré, pues, para preguntarle si recordaba usted quién hizo estas copias.

—¿Quién hizo esas copias, señor? —dice el señor Snagsby cogiéndola, dejándola sobre el mostrador, y separando todas las hojas a un tiempo con un giro de la mano izquierda propio de los proveedores—. Esto lo mandamos fuera, señor. En esos días mandamos fuera gran cantidad de trabajo. Puedo decirle quién lo copió en un momento, consultando mis libros.

El señor Snagsby coge su libro de la caja fuerte, se traga otro pedazo de pan con mantequilla que parece que se le ha atragantado, y conduce su índice derecho página abajo por el libro.

—Jewby..., Packer..., Jarndyce. ¡Jarndyce! Aquí está —dice el señor Snagsby—. ¡Estaba seguro! Me acordaba de ello. Fue mandado fuera, a un copista que se aloja justo al otro lado del callejón.

El señor Tulkinghorn había visto la anotación antes que el señor Snagsby y la había leído mientras el índice del papelero recorría aún la columna.

—¿Cómo dice ahí? ¿Nemo? —dice el señor Tulkinghorn.

—Sí, señor. Folio cuarenta y dos: entregado el miércoles a las ocho de la noche y devuelto el jueves a las nueve y media de la mañana.

—Nemo —repite el señor Tulkinghorn— significa nadie, en latín.

—Pero significa alguien, en inglés, por lo menos así lo supongo —insinúa el señor Snagsby con su tos de deferencia—, porque es el nombre del copista. ¿Lo ve usted, señor? Folio cuarenta y dos: entregado el miércoles a las ocho de la noche, y recibido el jueves a las nueve y media de la mañana.

El señor Snagsby descubre, por el rabillo del ojo, la cabeza de la señora Snagsby, que viene a saber por qué motivo se ha levantado de la mesa su marido. El señor Snagsby dirige una tos explicativa a su mujer, como diciéndole: «Es un cliente, querida».

—Eso es: y devuelto a las nueve y media —repite el señor Snagsby—. Nuestros amanuenses, que trabajan a destajo, son tipos muy raros; y ese es posible que no sea su nombre, pero es el nombre por el que se le conoce. Recuerdo ahora, señor, que es el que se da en un anuncio que pone por todas partes, en la oficina de apelación y la oficina del tribunal del rey y en las cámaras de jueces y así sucesivamente. ¿Usted sabe de qué tipo de documento hablo..., de los de pedir empleo?

El señor Tulkinghorn mira por la ventana de la trastienda hacia la casa oficial del juez, en cuyas ventanas hay luz. El café de Coavinse está en la trasera, y ve la sombra de varios concurrentes que se transparentan, vagamente, en las cortinas del establecimiento. El señor Snagsby aprovecha esta ocasión para volver la cabeza y lanzar una mirada rápida a su mujer, mientras articula estas palabras en voz muy baja, apenas perceptible:

—¡Tul-king-horn, rico e in-flu-yen-te!

—¿Había usted dado trabajo antes a ese hombre?

—Sí, señor. Trabajo hecho para usted.

—¿Dónde dice usted que vive? No recuerdo.

—Ahí en frente. La casa donde...

El señor Snagsby hace un nuevo esfuerzo para tragar el bocado de pan que aún conserva en la boca y que se resiste a pasar...

—... en la casa donde hay una tienda de trapos y botellas.

—¿Podría indicármela al salir?

—Con mucho gusto, señor.

El papelero se quita las mangas de percal, reemplaza la levita parda por otra negra, y coge el sombrero de la percha.

—¡Ajá! ¡Aquí está mi esposa! —dice en voz alta—. Querida, ten la bondad de decirle a uno de los chicos que cuide de la tienda, mientras voy a la casa de enfrente con el señor Tulkinghorn. Es mi señora, señor. Dentro de unos minutos estoy de vuelta.

La señora Snagsby hace un saludo al procurador, se retira detrás del mostrador, mira a través de la celosía hacia donde se dirigen, entra en la trastienda y recorre la página del libro de anotaciones que ha quedado abierto. No hay duda, es una mujer curiosa.

—La casa le va a parecer muy miserable —dice Snagsby, andando respetuosamente por el centro de la calle, para ceder al procurador la estrecha acera— y sus habitantes lo son más. Esas gentes llevan, por lo general, una vida muy extraña, pero el sujeto del que hablamos tiene la ventaja de no sentir nunca la necesidad de dormir, de modo que copiará todo lo que sea preciso y pasará la noche en claro si se quiere.

Está ya bastante oscuro, y los faroles de gas funcionan a pleno rendimiento. A empujones contra oficinistas que van a mandar las cartas del día, y contra abogados y procuradores que van a su casa a cenar, y contra demandantes y demandados y litigantes de todo tipo, y contra la muchedumbre en general, en cuyo camino la sabiduría forense de siglos interpone un millón de obstáculos contra la transacción más común de la vida; hundiéndose en la ley y la equidad y ese misterio afín, el barro de la calle, hecho nadie sabe de qué y que nadie sabe de dónde o cómo sale (solo sabemos en general que cuando hay demasiado hay que quitarlo con la pala), el procurador y el papelero llegan a una tienda de trapos y botellas y emporio general de mercancías despreciadas que yace a la sombra del muro de Lincoln's Inn y que

está a cargo, como se anuncia en el letrero al que pueda interesar, de un tal Krook.

—Aquí es donde vive —dice el proveedor.

—¿Aquí? —pregunta el procurador, con indiferencia—. Se lo agradezco.

—¿No entra usted, señor?

—No. Voy a Fields. Gracias.

Snagsby se quita el sombrero, y vuelve sobre sus pasos yendo al encuentro de su mujercita y de su té.

El señor Tulkinghorn no va a Fields por el momento. Retrocede después de haber andado un cierto trecho, y entra en la tienda de Krook, que está alumbrada con la luz de una vela macilenta. En el fondo de la tienda hay un anciano y un gato acurrucados cerca de una chimenea. El anciano se levanta y se dirige hacia el procurador, llevando en la mano otra vela macilenta.

—Disculpe, ¿está en casa su inquilino?

—¿El hombre o la mujer? —dice el señor Krook.

—El hombre. El que hace copias.

El anciano lanza una mirada escrutadora a su interlocutor. Lo conoce de vista. Tiene una idea vaga de que se trata de una persona distinguida.

—¿Desea usted verlo, señor?

—Sí.

—Pues no crea usted que va a ser fácil —añade el viejo con una amplia sonrisa—. ¿Quiere usted que lo llame? ¡Le advierto a usted que es muy fácil que no conteste!

—En tal caso voy a subir —dice el señor Tulkinghorn.

—Segundo piso, señor. Coja usted esa vela y pase usted por ahí.

El señor Krook, acompañado del gato, se queda al pie de la escalera, desde donde lo sigue con la vista, y se ríe cuando el señor Tulkinghorn está a punto de desaparecer. El abogado se asoma por barandilla. El gato abre su malvada boca y le suelta un bufido.

—¡Quieta, lady Jane! Hay que ser cortés. ¿Sabe usted lo que cuentan de mi inquilino? —añade subiendo dos o tres escalones.

—No. ¿Qué cuentan?

—Que ha vendido su alma al diablo. Pero usted y yo sabemos perfectamente que el diablo no compra ni vende nada. Sin embargo, le digo a

usted que ese hombre es tan sombrío y huraño que puede tener tratos con el infierno como cualquier otra cosa. No lo presione. Es mi consejo.

El señor Tulkinghorn asiente y continúa subiendo. Llega al segundo piso. Llama a la puerta del copista. No le contestan. Empuja la puerta y al entrar apaga la vela sin querer. El aire de la habitación es lo bastante malo como para haberla extinguido si no lo hubiese hecho él. La habitación donde ha entrado es pequeña, ennegrecida por el hollín, por la grasa, y la suciedad. En el hogar muere el último rescoldo de coque sobre las rejillas de un fogón, retorcidas como si la pobreza las hubiese agarrado. En un rincón cerca de la chimenea hay una mesa de pino y un escritorio roto, desierto marcado por una lluvia de tinta. En el lado opuesto, sobre una de las dos únicas sillas, una maleta destartada hace las veces de armario ropero, aunque ni para esto es buena, porque está hundida, por ambos lados, como las mejillas demacradas de un pobre hombre que ha ayunado mucho. Una estera vieja, que no tiene más que cuerdas, se pudre delante de la chimenea. No se ven cortinas que velen las sombras de la noche, pero los postigos están cerrados y tienen dos agujeros practicados para dar paso a la luz: se diría que son los espectrales ojos del hambre contemplando, con fijeza, el fantasma que yace sobre la cama.

El procurador, que se ha detenido vacilante en el umbral de la puerta, descubre aquel cuerpo yacente sobre un miserable jergón, cubierto con una manta hecha jirones. Es el cuerpo de un hombre que viste una camisa y un pantalón de lienzo y cuyos pies desnudos asoman por el extremo de la manta. A la moribunda luz de una vela, que se ha derretido hasta el candelero y cuyo pábilo amoratado brilla aún sobre un montón de sebo, se distingue la horrible palidez de aquel hombre, cuyos enmarañados cabellos se confunden con la barba erizada. Sería imposible decir qué clase de pestilencia es la que llena la habitación y oprime el pecho, pero en medio de este olor nauseabundo y putrefacto, y de tabaco rancio, llega a los labios del abogado el regusto insípido del opio.

—¡Eh! ¡Amigo! —grita el procurador dando un golpe en la puerta con el candelero de hierro.

Cree haber despertado al amigo, cuando repara en que tiene los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Eh! —grita de nuevo—. ¡Hola! ¡Hola!

Pero, mientras golpetea en la puerta, la vela, que ha acabado por consumirse, lo deja sumido en las tinieblas, con los ojos espectrales que se abren en los postigos mirando hacia la cama.

XI

Nuestro querido hermano

El contacto, en la sombra, de una mano fría y callosa hace estremecer al procurador.

—¿Quién va? —dice.

—Soy yo —murmura a su oído el viejo trapero—. ¿No se despierta?

—No.

—¿Dónde ha dejado usted la luz?

—Se apagó. Aquí está.

El viejo coge el candelero de las manos del abogado, se acerca a la chimenea y trata de encender la vela, pero el fuego está apagado y son inútiles sus esfuerzos. Después de llamar en vano al copista, le dice al procurador que va a bajar a su tenducho, en busca de luz. El señor Tulkinghorn se siente inquieto por algo que ya sabe y se dirige a la puerta para esperarlo. La luz brilla muy pronto en la pared y el anciano sube lentamente la escalera, seguido de su gata de ojos verdes.

—¿Acostumbra tener un sueño tan pesado? —pregunta en voz baja el abogado.

—No lo sé —dice Krook, moviendo la cabeza y enarcando las cejas—. Sé poco de sus costumbres salvo que nunca habla con nadie.

Al resplandor de la vela, los ojos que miran por los agujeros de los postigos se oscurecen y parecen cerrarse, pero siguen abiertos los del hombre acostado en la cama.

—¡Cielos! —exclama el señor Tulkinghorn—, ¡está muerto!

Krook suelta súbitamente la mano del copista que había cogido, que empieza a balancearse al lado de la cama.

Se miran uno a otro durante un instante.

—¡Pronto! ¡Un médico! Llame usted a la señorita Flite, vive en el tercero —dice Krook, tendiendo sus manos descarnadas sobre el cadáver como las alas de un vampiro.

El señor Tulkinghorn corre al rellano y grita:

—¡Señorita Flite! ¡Señorita Flite! ¡Baje usted enseguida! ¡Flite!

Krook le sigue con la mirada, y mientras el abogado llama a la señorita

Flite, aprovecha la ocasión para acercarse a la maleta, y vuelve junto a la cama con disimulo.

—¡Corra, Flite! ¡Vaya usted a casa del médico que viva más cerca!

Eso le dice a la mujercita loca que es su inquilina. Esta aparece y desaparece, con precipitación, y no tarda en volver con un médico que ha encontrado cenando con un acento escocés muy pronunciado y un enorme labio superior cubierto de tabaco.

—¡Caramba! —dice mirándolos después de un breve examen—. Está muerto y bien muerto.

El señor Tulkinghorn, que está de pie al lado de la vetusta maleta, pregunta si hace mucho tiempo que ha muerto.

—¿Mucho tiempo? —responde el facultativo—. Probablemente unas tres horas.

—Esa es también mi opinión —dice un joven moreno, que ha aparecido al lado opuesto de la cama.

—¿Es usted médico? —inquire el primer doctor.

El joven moreno dice que sí.

—En tal caso me retiro, porque mi presencia ya no tiene objeto.

Y dando término a su visita, va a continuar su interrumpida comida.

El joven pasa y vuelve a pasar la vela sobre la cara del escribiente, que justifica el nombre que se había dado, porque ya no es nadie, en efecto.

—Lo conocía mucho de vista —dice—. En esos últimos dieciocho meses le he vendido con frecuencia opio. ¿Hay aquí alguien de la familia?

—Era mi inquilino —responde Krook, haciendo una mueca y cogiendo la vela de la mano tendida del médico—. Y me dijo una vez que era yo el pariente más próximo que le quedaba en el mundo.

—Ha muerto envenenado por el exceso de opio —agrega el médico—. El cuarto está impregnado de su olor inconfundible. Hay ahí cantidad suficiente para matar a una docena personas —añade cogiendo una tetera vieja de las manos del señor Krook.

—¿Cree usted que lo ha hecho intencionadamente? —pregunta Krook.

—¿Tomarse una sobredosis?

—Sí —respondió el traperero, que saboreaba esos detalles, por los que se tomaba un horrible interés.

—No lo sé. Tenía la costumbre de usar el opio en grandes cantidades, pero nadie puede decir si esta vez se ha excedido en la dosis con intención de matarse. Creo que estaba en la miseria, ¿no es así?

—Supongo. Su habitación no parece... la de un rico —dijo Krook, dirigiendo en torno suyo una mirada penetrante, que parecía la de los ojos verdes de su gata—. No había subido nunca a visitarlo, y él no era muy comunicativo que digamos.

—¿Le debía a usted algo?

—Seis semanas de alquiler.

—Pues despídase usted de ellas. A juzgar por las apariencias, más le vale haber muerto. Sin embargo, tiene aspecto de haber sido un hombre distinguido en su juventud, y no me extrañaría que en sus buenos tiempos ocupase en el mundo una posición elevada —continuó el médico, con voz conmovida, sentándose en el borde de la cama y apoyando una mano en el pecho a la altura del corazón—. Recuerdo que me llamaron la atención sus modales, pues había en ellos cierta distinción que indicaba una esmerada educación y haber caído en la miseria por una desgracia cualquiera. ¿No le llamó a usted también la atención? —pregunta mirando alrededor.

Krook le responde:

—Tanto valdría preguntarme lo que han sido las mujeres cuyos cabellos tengo en mis sacos viejos. Lo único que puedo decirle a usted es que ha sido mi inquilino durante año y medio, y que, durante ese tiempo, vivía..., o no vivía..., haciendo copias. Eso es todo.

Durante esta conversación, el señor Tulkinghorn permanecía aparte, cerca de la maleta, completamente ajeno, al parecer, a los diversos intereses que manifestaban las tres personas que rodeaban el cadáver: interés profesional, por parte del joven; aflicción, por la del viejo Krook; y terror, por parte de la pobre loca. Pero el rostro impassible del procurador no expresaba nada, no reflejaba nada, así como el negro mate de su levita que nunca había tenido lustre. El señor Tulkinghorn no se manifestaba atento o pensativo. Encerrado dentro la concha de su mutismo y de su indiferencia, era tan difícil adivinar lo que pasaba en él, como juzgar el sonido de un instrumento por el estuche que lo contiene.

Entonces le dice al médico con su voz serena y profesional:

—He entrado en este cuarto algunos momentos antes que usted, porque venía a entregar al difunto, a quien no había visto en mi vida, varios documentos para copiar. Tenía noticia de él por el señor Snagsby, el paplero de Cook's Court, y, puesto que nadie puede darnos antecedentes de este

hombre, sería conveniente enviar a buscar a Snagsby que, según parece, lo conocía. ¡Ah! —añadió, dirigiéndose a viejecita loca, a la que había visto con frecuencia en el Tribunal—, ¿tendría usted la bondad de ir a llamar al señor Snagsby?

—Con mucho gusto —respondió la pobre mujer, y salió de la habitación.

El médico terminó su examen, por lo demás inútil, y cubrió el cadáver con los harapos que encontró sobre la cama. El señor Krook y él continuaron la conversación. El señor Tulkinghorn continuó, en silencio, sin separarse de la maleta.

El señor Snagsby llega apresuradamente, con la bata que llevaba en la tienda y las mangas de percal.

—¡Dios mío! —exclama—. ¿Es posible? ¿A este extremo ha llegado? ¡Cielos!

—Snagsby, ¿puede usted darnos alguna información sobre este desgraciado? —pregunta el señor Tulkinghorn—. Parece que el difunto debía seis semanas de alquiler, y es preciso, además, dar sepultura a su cadáver.

—Señor —responde el señor Snagsby, se tapa con la mano mientras tose respetuoso—, no sé qué otra cosa hacer aparte de avisar al sereno.

—No le pido a usted su parecer —dice el señor Tulkinghorn—. De sobra sé lo que procede hacer.

—Claro que lo sabe usted... —dice con tos deferente.

—Le pregunto sencillamente si puede darnos algunos detalles de la familia de este hombre.

—No sé quién era —dice el señor Snagsby después de introducir su respuesta con su tos de deferencia general—. No sé más de lo que sé...

—Adónde ha ido, quizá —sugiere el médico para ayudarlo.

Una pausa. El señor Tulkinghorn mira al proveedor. El señor Krook, con la boca abierta, busca a alguien que sea el siguiente en hablar.

—En cuanto a su familia, aun cuando me dijese que había veinte mil libras depositadas en el Banco de Inglaterra para el que pudiese nombrar tan solo a uno de sus parientes, no podría hacerlo y tendría que resignarme a perderlas. No sé nada. Hará unos dieciocho meses, si mal no recuerdo, que vino a vivir a esta casa...

—Dieciocho meses —confirma el señor Krook, haciendo un gesto de aprobación.

—Hará unos dieciocho meses —continúa Snagsby, animado con esta

aprobación— que el hombre que nos ocupa vino a nuestra casa un día cuando terminábamos de desayunar. Lo recibió mi mujercita (llamo así a la señora Snagsby cuando uso ese apelativo) y él le presentó una muestra de su letra diciéndole que desearía dedicarse a hacer copias, porque le apremiaba, digámoslo sin rodeos —expresión favorita del señor Snagsby, que él siempre presenta con una especie de franqueza argumentativa—, la necesidad. Mi mujer es de natural poco amiga de las gentes extrañas, en especial cuando piden algún favor, pero este hombre tenía una apariencia tan distinguida y simpática que desde el primer momento le cayó en gracia. Si es porque llevaba la barba y el cabello sin cortar o por otro motivo de apreciación puramente femenina, lo ignoro, pero lo cierto es que admitió la muestra, el nombre y las señas de la habitación y como ella tiene la costumbre de malentender los nombres, creyó que Nemo era Nemrod, y todos los días me decía, mientras comíamos: Snagsby, ¿aún no has dado trabajo a Nemrod? O bien: ¿por qué no das a Nemrod esos treinta pliegos del pleito de Jarndyce? Y así fue cómo le dimos empleo. No sé respecto a ese hombre más que escribía con velocidad y lo mismo le daba trabajar de noche que de día. Le daban ustedes, por ejemplo, cuarenta y cinco folios el miércoles por la noche, y los traía el jueves por la mañana, lo cual parece materialmente imposible, a no ser que no pegase ojo en toda la noche. Todo ello... —concluye Snagsby moviéndose educadamente con su sombrero hacia la cama, para agregar—, no tengo ninguna duda de que mi honorable amigo lo confirmaría si estuviese en condiciones de hacerlo.

—Haría usted bien —dice el señor Tulkinghorn a Krook— en encontrar algún documento que pueda dar alguna luz sobre él, porque se instruirá un proceso y será usted interrogado. ¿Sabe usted leer?

—No —responde el anciano haciendo una mueca repentina.

—Snagsby —continúa el señor Tulkinghorn—, examine todos los objetos que hay en este cuarto a fin de evitarle cualquier disgusto a este hombre. Esperaré a que haya usted terminado. Desearía, sin embargo, que despachase usted pronto. Si más adelante fuese necesario, podría servir de testigo y afirmar que se ha cumplido con todas las formalidades. Alúmbrelo usted, Krook, y el señor Snagsby verá si existe algún papel que pueda servirle.

—Para empezar, hay aquí una maleta vieja —dice Snagsby.

—En efecto —el señor Tulkinghorn parece no haberla visto antes, aunque esté muy cerca de ella, y aunque haya tan poca cosa más, solo el cielo sabe cómo.

El ropavejero se acerca con la luz, Snagsby procede al registro, el médico se apoya en el borde de la chimenea, la señorita Flite, que se ha retirado cerca de la puerta, dirige una mirada de terror al cuarto. Y el capaz erudito de la vieja escuela, con sus calzones negro mate atados con cintas a la rodilla, con

su gran chaleco negro, su abrigo negro de manga larga, y su voluta de pañuelo blanco y suelto al cuello, que la nobleza tan bien conoce, permanece en el mismo sitio y en la misma actitud.

La maleta contiene solamente algunas prendas de ropa sin ningún valor, un paquete de recibos de un prestamista, billetes de peaje de la carretera de la pobreza, una hoja de papel que huele a opio (así se tomó tal día tantas pizcas; se tomó, tal otro día, otras tantas más), un dietario iniciado con la intención de continuarlo con exactitud, pero abandonado muy pronto, y finalmente algunos recortes de periódicos mugrientos, todos acerca de las diligencias del juez de instrucción; no había nada más. Snagsby busca por todas partes, registra todos los rincones, pero no encuentra carta ni documento alguno. El médico registra los bolsillos de la levita del difunto, y saca de ellas un cortaplumas y algunas monedas de cobre.

Se adopta entonces la propuesta del señor Snagsby y se resuelve llamar al sereno.

La viejecita loca va a buscar al sereno y salen todos de la habitación.

—Llévese usted el gato —dice el médico al señor Krook—. No es prudente que se quede aquí.

El señor Krook hace que vaya delante de él, y baja furtivamente la escalera haciendo ondear la cola y lamiéndose el hocico.

—Buenas noches —dice el señor Tulkinghorn y se va a casa para entregarse a la Alegoría y a sus meditaciones.

La noticia ha circulado ya por todo el barrio, se forman grupos para discutir el extraño suceso. La vanguardia de observación, formada por muchachos callejeros, invade las ventanas de la tienda del señor Krook. Un agente de policía ha subido a la habitación y se ha apostado después a la puerta del establecimiento, firme como una torre, lanzando de vez en cuando sobre los pilluelos una mirada cuyo efecto inmediato es provocar una dispersión tumultuosa. La señora Perkins y la señora Piper, que no se hablaban desde hacía tres semanas, y cuya enemistad nació de una riña entre sus dos hijos, aprovechan con placer esta ocasión favorable para reanudar sus antiguas relaciones de vecindad. El mozo del café de la esquina, que es un aficionado privilegiado, al poseer un conocimiento oficial de la vida y tener que lidiar con hombres borrachos de manera ocasional, intercambia informaciones privilegiadas con el agente y aparenta una juventud invulnerable, irrefutable ante las porras e inadmisible en las comisarías. Las ventanas están abiertas, se habla a través de la calle, mientras van llegando de Chancery Lane exploradores sin sombrero siquiera, ávidos de averiguar lo que sucede en el barrio. El sentimiento general parece ser que el señor Krook ha tenido la suerte

de que no lo quitaran de en medio primero, mezclado con una pequeña y natural decepción de que no lo haya sido. En medio de estas emociones diversas, llega el sereno a la morada del difunto.

El sereno, aunque generalmente es considerado para tales menesteres como una institución ridícula, no deja de disfrutar, sin embargo, de cierta consideración, aunque no sea más que en virtud de su privilegio de poder visitar el cadáver. El agente de policía lo mira despreciativamente, como un resto de los siglos de barbarie y oscurantismo en que existían las rondas de ministriles. Pero lo deja pasar como una cosa que debe aceptarse hasta que el gobierno decreta su abolición. La noticia de la llegada del sereno excita en el más alto grado el interés de la multitud, interés que aumenta cuando se sabe que el sereno está en el lugar y ha entrado.

Un rato después se marcha el sereno, aumentando una vez más la sensación, que había languidecido en ese intervalo. Corre la voz de que no se encuentra un testigo que pueda aportar la menor noticia sobre la persona del difunto. El sereno le pregunta a todo el mundo quién está en el disposición de darle pormenores sobre este extremo, y recibe de todos la misma contestación, que le deja sumido en el estúpido asombro; esto es, que el hijo de la señora Green, copista como él, era el único que lo conocía, y desgraciadamente resulta que el hijo de la señora Green hace tres meses que salió a bordo de un buque con rumbo para la China, pero que se piensa que es accesible por telégrafo, si se les pide a los lores del Almirantazgo. El sereno entra en varias tiendas y casas a cuyos habitantes interroga a puerta cerrada, y exaspera al público con esta exclusión, su lentitud y torpeza en general. El agente de policía parece sonreírle al mozo de café. Se entibia el interés público. Acusan al sereno las voces agudas de unos adolescentes de haber hervido a un niño, cantando fragmentos de estribillos de una canción popular sobre un niño que terminó de sopa en un asilo. El agente de policía cree que, al fin, se hace preciso apoyar a la autoridad, se apodera de uno de los detractores y no le suelta hasta que se han retirado los demás, y le impone como condición que el pilluelo se retire a su casa... condición que cumple de inmediato. Se apacigua la emoción, se desvanece el agente de policía, para quien es del todo indiferente un poco más o menos de opio, continúa paseándose por delante de la puerta que guarda, con su sombrero reluciente, su corbata rígida, su inflexible abrigo, su grueso cinturón, su brazalete, y toda su parafernalia, y con paso lento y acompasado, da palmadas con las manos, abrigadas con guantes blancos de algodón, y se para en la esquina de la calle, por si acaso descubre cualquier cosa entre un niño perdido y un asesinato.

Confundido entre las sombras de la noche, el imbécil del sereno recorre Chancery Lane y lleva, a quien corresponde, los atestados en los cuales su nombre es la única palabra que no está reñida con la ortografía. Terminada su

misión, vuelve a la casa del difunto, donde ha dado cita a varios individuos que suben tras él al cuarto del difunto, y los ojos hundidos que miran por los agujeros de las ventanas pueden contemplar la última asistencia fúnebre que nos irán dando a todos cuando nos llegue el turno.

El ataúd permanece toda la noche al lado de la maleta vieja, y el muerto solitario, después de haber recorrido el camino de sus cuarenta y cinco años de vida, yace tendido sobre la mísera cama sin dejar tras de sí huella alguna más que un niño abandonado.

Al día siguiente Cook's Court está muy concurrido: «Parece día de feria», le dice la señora Perkins a su íntima amiga la señora Piper, esa excelente mujer. El juez de instrucción debe de tener audiencia en el salón del primer piso del Sol's Arms, donde dos veces por semana hay sesiones musicales cuya orquesta dirige un hábil artista y donde hace las delicias de la concurrencia Little Swills, cantante cómico de gran celebridad, que espera (según reza el cartel pegado en la pared) que sus amigos se dignen a favorecer con su asistencia a un talento de primer orden. El Sol's Arms tiene pingües negocios toda la mañana. Y hasta los niños, bajo la influencia de la animación general, aprovechan para celebrarlo a su manera, agotando las existencias de un pastelero ambulante, que ha fijado su residencia circunstancial en la esquina. El sereno viene y va de la puerta del señor Krook a la puerta del Sol's Arms, confía a algunas personas discretas ciertos íntimos detalles relacionados con sus investigaciones, y acepta a cambio un vaso de cerveza o de cualquier otra bebida.

A la hora convenida llega el juez de instrucción a quien esperan los jurados y a quien saludan, a su paso, los jugadores de bolos del Sol's Arms. El juez de instrucción frecuenta tantos cafés como cualquier otro individuo, y el olor a cerveza, a tabaco y a licor son para él inseparables de la muerte en sus más terribles formas. Es introducido por el sereno en el salón de los conciertos, donde deja el sombrero sobre un piano y se sienta en un sillón en el extremo superior de una larga mesa compuesta de otras varias unidas y sobre las cuales se ven las huellas de las botellas y los vasos. En torno a esta mesa se hallan todos los jurados que pueden caber sentados. El resto se pone entre las escupideras y los barriles o se apoyan en el piano. Suspendida, precisamente, encima de la cabeza del juez de instrucción, hay una pequeña corona de hierro que sirve para tirar de la campanilla, lo cual pudiera hacer creer, a un público ignorante, que aquel majestuoso hombre de ley iba a ser ahorcado antes de cerrarse la sesión.

Son llamados los individuos del jurado, y prestan juramento uno tras otro. Mientras la ceremonia sigue su curso, un hombrecillo regordete con camisa de cuello ancho, con ojos lacrimosos y nariz colorada entra en la sala, donde produce cierta sensación, y va modestamente a sentarse cerca de la puerta,

como uno de tantos curiosos, aunque parece conocer a fondo el lugar donde se encuentra. Se dice, en voz baja, que es Little Swills, y se supone que viene a estudiar la voz del juez de instrucción, cuya imitación constituirá la atracción principal de la sesión musical de la noche.

—¡Señores...! —empieza el juez de instrucción.

—¡Silencio! —dice el sereno, no al juez de instrucción, aunque pudiera parecerlo.

—¡Señores! —repite el juez de instrucción—. Han sido convocados para proceder a una investigación sobre la muerte de cierto individuo. Van a tomarse declaraciones que pondrán de manifiesto las circunstancias en que se ha descubierto esta muerte, y deben pronunciar el fallo según las... ¡Qué ruido hacen esos bolos! ¡Que suspendan la partida, sereno! Según las pruebas que se les presenten, y únicamente según estas pruebas. Lo primero que hay que hacer es ver el cadáver.

—¡Paso, señores, paso! —grita el sereno.

Y, como personas que van a un entierro, se dirigen al segundo piso de la casa del señor Krook, de donde salen muy pronto algunos de los jurados, pálidos como difuntos. Dos caballeros, cuyo traje deja mucho que desear, son objeto particular del solícito sereno, que ha mandado disponer para ellos en la sala una mesita al lado de la del juez, de modo que puedan verlo todo perfectamente. Estos caballeros son los encargados de redactar la crónica judicial para la prensa, y el sereno, que no se halla exento de las flaquezas humanas, espera leer impreso en el relato del suceso que «Mooney, el activo e inteligente sereno del distrito, dijo e hizo, etc.», y hasta aspira a ver el nombre de Mooney mencionado con tanta distinción como lo había sido el del verdugo en algunos artículos recientes.

Little Swills espera en el salón a que vuelva el jurado y el juez de instrucción. El señor Tulkinghorn hace otro tanto. El señor Tulkinghorn es recibido con distinción por el juez de instrucción, que le hace sentarse a su lado, entre una mesa de billar y un cubo de carbón. Se procede a la investigación. Y el jurado oye el relato de la muerte de aquel hombre, pero sin que se aporte noticia alguna sobre la historia del difunto.

—Señores —dice el juez de instrucción—, un jurista eminente, que se encuentra entre nosotros, ha tomado parte por casualidad en el descubrimiento del hecho que nos ocupa, pero como su declaración sería exactamente igual a la del médico, el propietario, el coinquilino y el papelero, anteriormente oídos, es inútil causarle la molestia de declarar. ¿Hay alguien en el auditorio que pueda aportar algún otro dato?

La señora Perkins empuja a la señora Piper, que presta juramento:

Anastasia Piper, caballeros. Casada.

—Anastasia Piper, ¿qué tiene usted que decirnos?

La señora Piper tiene siempre mucho que decir, especialmente entre paréntesis y sin puntuación, pero muy poco que aclarar. Vive en Cook's Court (su marido trabaja de carpintero), y hacía mucho tiempo que se decía entre los vecinos (desde la antevíspera de la mañana en que Alexander James Piper recibió el agua de socorro, a la edad de dieciocho meses y cuatro días, pues se temían que fuese a morir a causa de la dentición) que el demandante (como la señora Piper insiste en llamar al difunto) había vendido su alma al diablo. Cree que el aspecto tétrico de aquel vecino había dado lugar a esta creencia. Lo veía frecuentemente, y tenía una cara tan huraña que no deberían haberle dejado pasear, que los niños pasan miedo (y si se dudaba de lo que decía, que llamasen a declarar a la señora Perkins, que está en la sala y no la dejaría mentir). Ha visto al demandante más de una vez perseguido por los muchachos que gritaban detrás de él (porque no puede esperarse que los niños se porten mejor con esos condenados de lo que se portaría la justicia), y tenía una mirada tan dura que muchas veces ha soñado que el difunto sacaba un hacha del bolsillo y partía la cabeza de Johnny (que el niño no conoce el miedo y lo insultaba repetidamente pisándole los talones). Pero añade que nunca ha visto que el difunto sacase un hacha ni otro instrumento. Lo ha visto corriendo cuando era perseguido e insultado, como si no fuese niño, y nunca lo vio hablando con otro niño ni con otra persona mayor en ningún momento (salvo con el chico que barre en el cruce del callejón junto a la esquina, si estuviera aquí le diría que ha sido visto hablando con él a menudo).

El juez de instrucción pregunta si el muchacho está presente. El bedel le contesta que no, que no está allí. El magistrado ordena que vaya a buscarlo y traerlo y, mientras espera a ese hombre enérgico e inteligente, traba conversación con el señor Tulkinghorn.

—Aquí está, señor.

En efecto, el muchacho se presenta muy sucio, muy ronco y cubierto de harapos. Ahora, chico. Pero espera un momento. Precaución. Este chico debe someterse a unas cuestiones preliminares.

Nombre: Jo. Nunca lo han llamado de otra manera, y ni siquiera sabe que cada cual tiene un nombre y un apellido. No sabe tampoco que Jo es un diminutivo, e incluso le parece bastante largo para él. No le ve ninguna pega. ¿Deletrearlo? No, no sabe deletrearlo. No, nunca ha estado en la escuela; no tiene padre, ni madre, ni amigos, ni patria, ni hogar. ¿Qué es un hogar? Sabe que una escoba es una escoba, y que no se debe mentir. No recuerda quién se lo ha dicho, pero lo sabe. Ignora lo que le pasará después de morir si le miente a esos caballeros, pero cree que si miente tendrá su castigo y está resuelto a

decir siempre la verdad.

—Era completamente inútil enviarlo a buscar —dice el juez de instrucción moviendo la cabeza con melancolía.

—¿No cree su señoría que pueda interesar su declaración? —pregunta uno de los jurados.

—¿Para qué? —dice el juez de instrucción—. ¡Ya han oído! «No podría decirle, ¿sabe?» Es indigno de figurar en un proceso. Que se retire.

La orden se cumple, inmediatamente, con aprobación de la concurrencia, en particular de Little Swills, el gran cantante cómico.

Bien. ¿Hay otros testigos? No hay más testigos.

Bien. Señores, un desconocido habituado a ingerir opio en gran cantidad, desde hace unos dieciocho meses al menos, según se ha comprobado, se ha encontrado muerto por efecto de una dosis exagerada de dicho veneno. Se trata de un suicidio o de una muerte casual. Han oído las declaraciones de los testigos, y a ustedes, señores del jurado, les corresponde dar el veredicto, de acuerdo con el dictado de su conciencia.

Se da el veredicto. El jurado decide que la muerte ha sido casual y no un suicidio. Señores, hemos terminado. ¡Queda terminada la vista!

Mientras el juez de instrucción se abotona el abrigo, interroga en una esquina, junto con el señor Tulkinghorn, al testigo que ha sido desechado.

El infeliz no sabe nada. Cuenta únicamente que el difunto, cuyo rostro pálido y cabellos negros acaba de reconocer, era perseguido con frecuencia por los muchachos, y que una noche de invierno en que hacía mucho frío, hallándose el declarante temblando en un portal de la calle que está encargado de barrer, aquel hombre se le acercó, le hizo algunas preguntas, y, al saber que no tenía a nadie en el mundo que cuidara de él, le dijo:

—Yo tampoco tengo a nadie. —Y le dio dinero para cenar y para alojarse una noche en algún sitio.

Que, desde entonces, le hablaba con frecuencia y le preguntaba si dormía bien, si padecía mucho frío y hambre, si alguna vez había deseado la muerte, y otras cosas por el estilo. Que, cuando no tenía dinero, le decía: «Hoy soy tan pobre como tú». Pero que, cuando lo tenía, le daba siempre y lo hacía muy contento (lo creía de corazón):

—Era tan bueno conmigo —continúa el pobre Jo, enjugándose una lágrima con su manga harapienta— que quisiera que hubiese podido oírme cuando lo he visto tendido allí, hace un momento, y he dicho que era muy bueno conmigo, y lo era, muy bueno.

Cuando baja arrastrándose por la escalera, se encuentra con el señor Snagsby, que se ha detenido para oírlo y que le pone una media corona en la mano.

—No me hables cuando me veas con mi mujer —le recomienda el papelero, llevándose el dedo a la punta de la nariz para dar más fuerza a su recomendación.

Los jurados forman grupos, durante algunos minutos, en la puerta del Sol's Arms, y luego se van dispersando, poco a poco. Sin embargo, seis de ellos se quedan en medio del humo del tabaco que sale del interior del café. Dos, se dirigen, por fin, hacia Hampstead, y los otros cuatro acuerdan pasar la noche en el teatro a mitad de precio y cenar ostras al salir. Al cantante Little Swills lo invitan a varias rondas, y contesta a los que le piden su parecer sobre la sesión del jurado, que ha sido «cosa fina». El dueño del Sol's Arms, al ver la popularidad de Swills, hace un pomposo elogio del cantante ante el jurado y el público, señalando que como cantante interpretando personajes no conoce igual y que ese hombre tiene un vestuario de disfraces que podría llenar un carro.

Expira el día, y la sombra vela, cada vez más, el Sol's Arms, hasta que un instante después vuelve a brillar bajo la iluminación del gas. Ha llegado la hora del espectáculo; el director de orquesta ocupa su puesto, y el cantante Swills está enfrente de él, rodeado de numerosos admiradores, que han acudido a sostener, con su asistencia, a ese talento de primer orden. En el cénit de la noche, dice:

—Señores, voy a tener el gusto de parodiar una escena de la vida real, que ha tenido lugar hoy mismo en esta sala.

Prolongados aplausos y vítores. Little Swills desaparece y vuelve a salir con el traje del juez de instrucción, aunque por nada del mundo se parece a aquel. Remeda el informe y el interrogatorio, y mezcla en su relato alegres canciones acompañado al piano: «Bebamos, bebamos, tra-laral-larena; bebamos, tralaral-lirón».

Calla, por fin, el piano, y los concurrentes se trasladan a sus respectivas almohadas. El cadáver descansa solitario en la paz de su triste habitación, velado, tan solo, por los ojos espectrales de los postigos durante las silenciosas horas de la noche. Si por una revelación profética la madre de aquel desdichado hubiera podido verlo así, cuando siendo niño le estrechaba contra su corazón, mientras su niño trataba de agarrarse a su cuello y alzaba los ojos hacia su rostro, lleno de cariño, ¡qué inverosímil le hubiese parecido esa visión! Si en otra época la llama que había en él ardió por una mujer amada, ¡qué ajena debe de estar esa mujer de pensar que solo quedan de él esos restos en el mundo!

La noche es de todo menos de descanso en casa del señor Snagsby, en Cook's Court. La pobre Guster ha matado (digámoslo sin rodeos) el sueño de todos con veinte ataques sucesivos, como así lo reconoce el señor Snagsby. El motivo de la crisis ha sido tener el corazón sensible y algo que llamaríamos imaginación si no fuese por Tooting y su santo patrón. Sea como sea, quedó tan impresionada al oír al señor Snagsby contar a la hora del té los detalles de la investigación a la que ha asistido, que en el momento de cenar cayó de bruces al suelo de la cocina, precedida por el vuelo de un queso holandés y solo salió del acceso para caer en otro. En los breves intervalos de recuperación, suplicaba encarecidamente a su ama que no la despidiese cuando estuviera buena y les recomendaba a todos que la dejaran en el suelo y se fuesen a acostar. De ahí que el señor Snagsby, al oír por fin al gallo de la pequeña lechería de Cursitor Street, caiga en una ensoñación desinteresada acerca del amanecer, y diga, tras un largo suspiro, aunque es el más paciente de los hombres: «¡Ya te daba por muerto, te lo aseguro!».

¿Qué problema se imagina resolver aquella ave entusiasta, desgañitándose de semejante modo? ¿A qué viene semejante trompeteo anunciando el día sin que le vaya nada ni le venga en ello? Es verdad que el hombre obra del mismo modo en ciertas ocasiones de euforia. ¿Qué le vamos a hacer? Con canto o sin canto, lo cierto es que despunta la aurora, llega la mañana y avanza el día.

Entonces el sereno, a quien los periódicos llaman funcionario activo e inteligente, se presenta poco después del canto del gallo en casa del señor Krook con su séquito de pobres y se lleva el cuerpo de nuestro querido hermano, que hace trasladar a un cementerio pestilente, innoble, situado al final de unas angostas callejuelas, donde las fiebres malignas se ceban con frecuencia en nuestros queridos hermanos y hermanas, que están aún en este mundo, mientras otros queridos hermanos y hermanas, que frecuentan las escaleras secretas de los ministerios y asedian a los poderosos, hacen esfuerzos de amabilidad y complacencia.

Las casas miran al pasar la comitiva fúnebre, hasta que llega a un túnel que conduce a la verja del cementerio infecto donde se agrupan todas las iniquidades de la vida en el umbral de la muerte y todas las ponzoñas de la muerte en el centro de la vida. Allí depositan a nuestro querido hermano, a uno o dos pies de profundidad. Allí lo siembran en la corrupción para resucitar en la corrupción: espectro vengador en las cabeceras de muchos enfermos, testimonio vergonzoso para las futuras generaciones de cómo la civilización y la barbarie caminan de la mano en esta isla jactanciosa.

Ven, noche; ven, oscuridad, no vienes demasiado pronto ni te quedas demasiado tiempo en un sitio como este. Venid, luces rezagadas a las ventanas de las casas desagradables. Y vosotros, que cometéis iniquidades en ellas, ¡cometedlas al menos a puerta cerrada! Ven, llama de gas, a brillar huraña

sobre la verja de hierro, donde el aire envenenado deposita su viscoso unguento de brujas. Deberías llamar a cada transeúnte para decirle «¡Mira!».

Alguien cruza cabizbajo a través del túnel y se agarra a los barrotes de la verja, mirando ávidamente hacia dentro durante unos instantes.

A continuación, con una vieja escoba que lleva, barre suavemente el escalón y deja la entrada limpia. Lo hace con empeño y esmero, mira adentro un momento y entonces se marcha.

Jo, ¿eres tú? Vaya, vaya. Aunque testigo rechazado, que no sabe nada de lo que será de él en manos más poderosas que las de los hombres, no estás en la total oscuridad. Hay algo así como un rayo de luz distante en tu silenciosa razón: «¡Era tan bueno conmigo!».

XII

Al acecho

La lluvia ha cesado por fin en Lincolnshire, y Chesney Wold ha recobrado el movimiento y la vida. La señora Rouncewell está muy atareada, porque sir Dedlock y milady deben llegar de un momento a otro. El noticiero del gran mundo acaba de anunciarlo y se apresura a comunicarle tan fausta noticia a Inglaterra, a la que esta ausencia ha dejado en las más profundas tinieblas. Anuncia, al mismo tiempo, que sir Dedlock y milady recibirán a lo más escogido del beau monde (en el gran mundo andan flojos en su propio idioma, pero el francés lo dominan a la perfección) en el antiguo y noble palacio familiar de Lincolnshire.

Con tan extraordinario motivo se ha reconstruido el arco del puente de Chesney Wold, y las aguas, que han vuelto a su nivel ordinario, serpentean graciosamente en su lecho de guijarros, constituyendo uno de los trazos más característicos del paisaje que se descubre desde la quinta. El sol, frío y claro, lanza su tibio resplandor sobre las ramas quebradizas mientras contempla con aprobación cómo el soplo del cierzo arremolina la hojarasca y seca el musgo. Se desliza sobre los jardines y juguetea con la sombra movible de las nubes que huyen delante de él. Se asoma por entre las ventanas del gran salón, anima los cuadros con toques deslumbrantes, y uno de sus rayos moribundos se quiebra en el retrato de milady, que cuelga encima de la gran chimenea, yendo a morir sobre esta.

Bajo este mismo sol frío y bajo este mismo cierzo helado, milady y sir Leicester suben a su coche de viaje para regresar a Inglaterra (la doncella de milady y el criado del señor ocupan el pescante). Al sonido de los cascabeles y

los chasquidos del látigo, el coche, tirado por dos fogosos caballos y llevando a la zaga a dos enhiestos centauros con enormes botas, sombreros barnizados y flotantes colas, sale de la plaza de Vendôme, pasa a galope por la calle de Rivoli y el jardín del palacio fatal que habitaron los reyes decapitados, y cruza la plaza de la Concordia, los Campos Elíseos y la Puerta de la Estrella, dando su último adiós a París.

Los cuatro caballos que lo arrastran no galopan con bastante velocidad para sacar de su horrible tedio a milady Dedlock. Ni fiestas, ni conciertos, ni óperas, ni teatros han logrado curarla de su intenso aburrimiento. El domingo anterior, sin ir más lejos, mientras las pobres gentes se divertían intramuros, jugando con los niños en medio de los árboles y las estatuas de las Tullerías, y se paseaban formando animadas cuadrillas por los Campos Elíseos, todavía más elíseos gracias a unos perros amaestrados y caballitos de madera, mientras se filtraban unos pocos por la sombría catedral de Notre Dame para decir un par de palabras en la base de una columna, en la que brillaba una pequeña parrilla oxidada llena de velitas vacilantes; o rodeaban las murallas de París bailando, cortejando, bebiendo vino, fumando tabaco, visitando cementerios, jugando al billar y al dominó, viendo a curanderos, y haciendo otras muchas maldades, animadas como inanimadas, milady, presa del más desesperante aburrimiento, llegó incluso a reprender a su doncella porque se reía y estaba alegre.

Era necesario, pues, partir pronto de París. Es verdad que esa fatiga del alma que abrumba a milady la perseguirá por el camino, pero el único remedio que le resta, por imperfecto que sea, es huir a escape de París, abandonar lo antes posible aquel medio, cambiar, en fin, de aires. Dejemos, pues, París, entremos en la interminable carretera, cruzada por otras, cuyos árboles ha desnudado el invierno, y no volvamos la cabeza atrás hasta que la Puerta de la Estrella aparezca en lontananza, como un punto brillante en el horizonte, y la ciudad quede reducida a una simple ciudadela con sus dos torres cuadradas sobre las cuales la sombra y la luz las hagan aparecer como los ángeles del sueño de Jacob.

Sir Leicester se muestra como siempre de buen humor y no conoce el aburrimiento. Cuando no tiene nada que hacer, se recrea en la contemplación de su propia grandeza. Es una inmensa ventaja para un hombre el poseer un objeto de contemplación inagotable. Acaba de terminar la lectura de sus cartas y permanece apoyado en un rincón del coche, donde reflexiona sobre la importancia que un hombre como él tiene en la sociedad.

—Has tenido esta mañana un correo más considerable que otros días — observa milady un rato después.

Está cansada de haber leído casi una página en veinte millas.

—Sin embargo, no hay nada importante en absoluto.

—Supongo que había una de esas parrafadas del señor Tulkinghorn.

—No se te escapa nada —dice el señor Leicester, con admiración.

—¡Ah! —dice milady suspirando—. Es el hombre más pesado que he conocido en mi vida.

—Hay en la carta algo para ti —añade sir Leicester, buscando la carta y sacándola del sobre—. Cambiamos los caballos cuando llegué a esta posdata, y no he vuelto a acordarme. Perdona mi descuido.

Sir Leicester tarda tanto en encontrar los anteojos y en colocárselos, que milady se impacienta.

—Dice lo siguiente: «En cuanto al derecho de paso y servidumbre...». No perdona, no es eso. Dice..., hum..., hum... Dice... «Saludo respetuosamente a milady, a quien espero le haya sido de provecho el viaje, y le suplico a usted me haga el favor de comunicarle (por si esto puede interesarle) que tengo noticias que darle sobre la persona que copió el documento que tan vivamente excitó la curiosidad de su señoría: lo he visto».

Milady se inclina hacia delante y se asoma por la portezuela.

—Ese es todo el mensaje —observa sir Leicester.

—Quisiera andar un rato —responde milady mirando todavía por la ventana.

El carruaje se para, el criado favorito baja del pescante y se apresura a abrir la portezuela, obedeciendo a un gesto impaciente de milady, que salta a la carretera con tanta rapidez y echa a andar con paso tan precipitado que sir Leicester, a pesar de su escrupulosa galantería, no ha podido darle la mano siquiera para salir del coche, y no logra darle alcance hasta después de algunos minutos. Está más hermosa que nunca, mira a su marido sonriendo, le toma del brazo, anda un cuarto de milla con él, se aburre horriblemente de pasear, y vuelve a su asiento en el coche.

El ruido de las ruedas y de los caballos continúa durante la mayor parte de los tres días siguientes, acompañado del tintineo de campanillas y cascabeles, chasquidos de látigos y movimiento de los centauros. Las asiduas atenciones del uno con el otro causan la admiración en todos los paradores donde se detienen.

—Aunque milord es algo viejo para milady, y casi podría ser su padre —hace observar la dueña de la fonda del Mono Dorado—, basta una mirada para ver cuánto se aman.

Milord, descubriendo su cabeza cana y con el sombrero en la mano, ayuda

con tal gentileza a milady a bajar del coche, y milady corresponde a la galantería de milord con una inclinación tan gentil de su linda cabeza, abandonando con una sonrisa tan apacible sus delicados dedos en la mano que milord le ofrece, que es un espectáculo verdaderamente encantador.

El mar no guarda consideraciones con los grandes hombres y los trata bajo el mismo pie de igualdad que al más ínfimo individuo de la plebe. De ello resulta que sir Leicester tenga que ver su rostro pintado de manchas verdes como un queso de salvia y que sienta su sistema aristocrático trastornado de una manera horrible. Se comporta con él como un radical. Sin embargo, sir Dedlock recobra su dignidad tan pronto como se detienen para reponer sus provisiones. Parte inmediatamente con milady sin detenerse más que una noche en Londres, desde donde se dirigen a Lincolnshire.

Milady y milord cruzan su parque de Lincolnshire con ese mismo sol claro y frío y con aquel viento del norte, más agudo y helado a medida que la sombra se condensa en los bosques. Las cornejas, al retirarse a sus refugios, en la copa de los árboles, parecen preguntarse qué coche es el que llega, y diríase que disputan sobre esa importante cuestión. Unas pretenden que sir Leicester y milady regresan a su morada, y otras son de opinión distinta; hay momentos en que parece que han llegado a ponerse de acuerdo, pero luego vuelven a chillar y a debatir con nuevo ardor, destacando la voz agria de un viejo macho, que al parecer contradice a unas y otras. Dejando a las cornejas disputar a gusto, el coche avanza hacia el castillo, algunas de cuyas ventanas aparecen brillantemente iluminadas, pero sin que su número sea suficiente para animar la masa sombría de la fachada y darle apariencia de una casa habitada. Ello lo hará, bien pronto, el escogido círculo que poblará sus salones.

La señora Rouncewell se acerca al coche en cuanto se paran los caballos, y recibe, con una profunda reverencia, el apretón de manos que le da sir Leicester.

—¿Cómo va esa salud, señora Rouncewell? Me alegro mucho de verla.

—Sus señorías sean bienvenidas, señor. ¿Han hecho buen viaje?

—Sin la menor novedad, señora Rouncewell.

—Milady tiene un aspecto encantador, lo cual indica que el viaje ha sido muy provechoso —agrega la respetable matrona con otra reverencia.

Milady contesta, brevemente, diciendo que está muy cansada.

Rosa permanece en pie detrás de la ama de llaves y milady, que ha conservado la rapidez de observación que la caracteriza, pregunta enseguida:

—¿Quién es esa joven?

—Una muchacha que he contratado para que me haga compañía, milady, y

que se llama Rosa.

Milady llama a la joven con un gesto, y la mira con manifiesto interés y complacencia.

—¿Sabes que eres muy bonita, hija mía?

—No, milady —responde Rosa, con las mejillas encendidas de rubor.

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve años y algunos días.

—Diecinueve años... —repite milady pensativamente—. ¡Ten cuidado con las adulaciones!

—Sí, milady.

Milady, roza con sus dedos la agradable mejilla de la joven y se dirige hacia la escalera, donde la espera sir Leicester para darle la mano.

Un antepasado de los Dedlock, de cara ancha y estúpida, retrato sin duda muy conseguido, preside el primer tramo de la escalera y tiene el aspecto de quien no sabe en qué pensar, sin duda para mayor semejanza con el estado que le era habitual bajo el reinado de Isabel.

Cuando Rosa volvió a reunirse con la señora Rouncewell, hizo los más calurosos elogios de milady: «¡Qué amable es, qué elegante, qué bella y qué amable! ¡Qué voz tan dulce tiene y qué manos tan delicadas!».

La señora Rouncewell confirma todos estos elogios, no sin mostrarse íntimamente enorgullecida, pero tiene ciertas reservas acerca de la amabilidad sobre la cual insiste Rosa, pues no está muy segura de que milady sea amable. Dios la libre de decir una sola palabra desfavorable sobre ninguno de los individuos de tan noble familia, y en especial de milady, a quien todo el mundo admira. No obstante, la señora Rouncewell cree que milady sería perfecta si se dignase tener más espontaneidad, menos reserva y un poco menos de frialdad.

—Es una lástima —continúa la respetable matrona— que milady no tenga hijos. Y cuando digo que es una lástima no trato de ofender en lo más mínimo a los Dedlock, atreviéndome a suponer que tan respetable familia no está bien tal cual está, pero si milady hubiera tenido una hija, que sería ahora de tu edad y le daría mayor encanto a su vida, creo que poseería la única perfección que le falta.

—¿No tendría, por el contrario, más orgullo, abuela? —pregunta Watt.

Va con frecuencia a Chesney Wold. Es muy buen nieto.

—No debo, hijo mío —replica la señora Rouncewell con dignidad—,

servirme de la palabra más, ni aun oírla cuando encierra una crítica de milady.

—Perdone usted, abuela —responde Watt—, ¿pero es o no orgullosa?

—Si es orgullosa, no lo es sin motivo. Los Dedlock tienen mil razones para serlo.

—No lo niego, pero en tal caso harían muy bien en suprimir de su libro de oraciones cierto capítulo que trata del orgullo y de las vanidades de este mundo. ¿No le parece a usted, abuela? —concluyó riendo el muchacho.

—No se deben gastar bromas de sir Leicester y lady Dedlock, hijo mío.

—Admito —añade Watt— que sir Leicester es un caballero formal y digno de respeto, y le aseguro que está lejos de mí toda idea de crítica y de irreverencia al referirme a él. Supongo, abuela, que la llegada de la familia, así como la de todos los huéspedes que esperan, no impedirá que yo permanezca un día o dos más en el mesón de Dedlock Arms, como puede hacerlo otro viajero cualquiera.

—De ningún modo, hijo mío.

—Lo celebro —dijo Watt—, porque tengo unos deseos enormes de visitar de manera exhaustiva los alrededores de esta impresionante región.

Le dirige una mirada a Rosa, que está confusa y ruborizada. Por cierto, que si el proverbio no miente, los oídos le deben zumbiar, porque la doncella de milady está hablando de ella, en este momento, con toda la violencia de que es susceptible.

La doncella tiene treinta y dos años, es francesa, hija de algún pueblo del mediodía entre Aviñón y Marsella, morena, de ojos negros y rasgados, y unos hermosos cabellos. Sería verdaderamente bella a no ser por la boca felina que afea su rostro, y un angostamiento general de las facciones, que hace demasiado saliente la mandíbula y prominente el cráneo. Hay algo acerado en su persona y tiene cierta manera de mirar, a hurtadillas, sin necesidad de volver la cabeza, de lo cual se la dispensaría, con gusto, especialmente cuando está de mal humor y tiene cerca un cuchillo. Esta expresión indefinible la domina de tal modo, que a pesar de su traje elegante y de buen gusto, se parece a una loba mal domesticada. Aparte de eso, es perfecta en todo lo que concierne al cargo que desempeña, habla en inglés con tanta facilidad como en su propia lengua, y en el momento al que nos referimos, no le faltan las palabras para burlarse de la pobre Rosa, culpable de haber llamado la atención de milady.

—¡Ja, ja, ja! Es curioso, muy curioso —exclama riendo, con acerada burla.

Hace cinco años que ella está al servicio de milady y nunca ha recibido la menor demostración de cariño, y en cambio, esa muñeca, esa advenediza, es

acariciada por la señora en el primer encuentro. «¿Sabes que eres muy bonita, hija mía? ¡No, milady! (en eso tienes razón, muchacha).» «¿Qué edad tienes, hija mía? ¡Ten cuidado con las adulaciones!» ¡Pues ni que fuese un portento de hermosura! La señorita Hortense prosigue largo rato por el estilo, dialogando consigo misma, unas veces remedando la voz de milady, otras veces fingiendo y acentuando, con cierto retintín, las contestaciones de Rosa, otras más añadiendo al diálogo exclamaciones propias.

En resumen, el asunto le ha parecido tan divertido que no puede olvidarlo, y a cada momento bromea sobre el particular con los lacayos, compatriotas suyos, que van a visitar la quinta con sus amos a la hora de las comidas, y goza en silencio de su insolente broma, lo cual se sabe por sus sonrisas maliciosas y por la mirada más pérfida que refleja en el espejo de milady cuando esta no se encuentra en su tocador.

Por otra parte, todos los espejos de la mansión están ocupados. Después de no haber reflejado durante mucho tiempo más que el vacío, reproducen, ahora, las facciones diversas de todos los huéspedes que han venido a Chesney Wold durante el mes de enero: facciones agradables, rostros risueños y caras de setenta años que se resisten a envejecer, flor y nata de la elegancia. El noticiero del gran mundo sigue todos sus movimientos como el poderoso cazador ante el Señor anuncia todos los rastros de la presa desde que salen de su refugio de Saint James hasta que los alcanza la muerte. Todo es vida y movimiento en el retiro de Lincolnshire. Durante el día, los jinetes y los carruajes animan las grandes avenidas de árboles del parque, donde resuenan las voces y el estruendo de las armas de fuego. Lacayos y criados de todo género circulan por la aldea, invadiendo el mesón de Dedlock Arms, y cuando llega la noche, la hilera de ventanas del gran salón se asemeja, a cierta distancia, a un collar de piedras preciosas montadas sobre esmalte negro. Los domingos, la pequeña iglesia, húmeda y fría, llega casi a calentarse con la aglomeración de aquella multitud, y el vago olor que esparcen los restos de los antiguos Dedlock desaparece bajo perfumes de exquisita finura.

Este círculo brillante y distinguido encierra en sí mismo una suma considerable de talento, de educación, de valor, de hermosura, de honor y de virtud. Y, sin embargo, hay algo erróneo a pesar de todas sus eminentes cualidades. ¿Qué puede ser?

Dandismo. No poseemos, actualmente, un Jorge IV para imponer la moda a los elegantes, y tanto peor. Han caducado las inmensas toallas que servían de corbatas, las levitas de talle corto, las pantorrillas postizas y los corsés. No existen ya los petimetres afeminados que se desmayaban en el teatro cuando oían las dulces melodías de una ópera y a quienes otros afeminados auxiliaban en semejante trance, dándoles a oler pomos de esencia. No existen ya, en fin, aquellas caricaturas, aquellos increíbles fenómenos que necesitaban la

cooperación de cuatro criados para introducir las piernas en los pantalones de piel de gamo, pero cuya conciencia se turbaba por haberse tragado un guisante. Ciertamente que el dandismo existe aún entre los elegantes, un dandismo más peligroso que las toallas-corbata y los cinturones que entorpecían la digestión, porque el de antaño, por lo menos, no podía disimularse y ningún ser racional dejaba de verlo.

Pues sí. No puede disimularse. En el brillante círculo establecido en Chesney Wold hay algunas señoras y algunos caballeros que han establecido un dandismo religioso, y que, de común acuerdo, hablan de una manera especial y a la última moda de la falta de fe en el vulgo. Que se asombran de que un hombre haya perdido la fe que tenía en el valor de un chelín, después de haber descubierto que este chelín era una moneda falsa. Señoras y caballeros que pararían gustosos el reloj del tiempo y borrarían algunos siglos de la historia, para que el vulgo continuase siendo pintoresco y fiel a las tradicionales costumbres.

O señoras y caballeros de otro género, muy elegante también, aunque algo menos nuevo, que miran todas las cosas del mundo bajo un prisma caprichoso, haciendo abstracción de la realidad, y que por nada se alegran ni se entristecen. Que han encontrado el modo de sustraerse a toda actividad, entregándose a un reposo perpetuo, y que son incapaces de conmoverse por idea alguna. Seres para quienes hasta las bellas artes, enmohecidas y andando hacia atrás como el lord chambelán, no pueden ser concebidas sin el marchamo de las generaciones pasadas y sin recibir la menor influencia de progreso.

Aquí tenemos, por ejemplo a lord Boodle, hombre despierto, que goza entre sus partidarios de una inmensa reputación, y que, hablando con sir Leicester le dice con su característica gravedad que no comprende adonde irá a parar nuestro siglo. Un debate no es ya lo que era antes, la cámara no es lo que ha sido siempre, un gabinete no se forma hoy como se formaba antes. Supongamos que cae el ministerio actual, la corona solo podría escoger, para la formación del nuevo gabinete, entre lord Coodle y sir Thomas Doodle, y como es probable que el duque de Foodle se negaría a entrar en una combinación de la cual formase parte Goodle, a consecuencia de la ruptura que hubo después del pleito de Hoodle, sería forzoso dar el ministerio del interior a Joodle, que se encargaría al mismo tiempo de la presidencia de la cámara de los comunes, la hacienda a Koodle, las colonias a Loodle y los negocios extranjeros a Moodle. Pero, ¿qué haríamos de Noodle? No podríamos ofrecerle la presidencia del consejo, que está reservada a Poodle, ni darle la administración forestal, que apenas es digna de Quoodle. De lo cual resulta que el país marcha a su ruina, y que está perdido porque no hay cartera para Noodle, y así lo comprende fácilmente el patriotismo de sir Leicester.

Sin embargo, el muy honorable William Buffy niega, desde el extremo opuesto de la mesa, no la ruina completa del país, de lo cual no cabe duda alguna, sino que la causa de tan horrible desastre pueda atribuirse a Noodle sino a Cuffy. Si se hubiese contemporizado con Cuffy, como debía haberse hecho cuando entró en el Parlamento, se hubiera evitado que se pasara a Duffy, y además, habiéndole unido con Fuffy, nos habríamos atraído a Guffy, que no solo nos hubiera aportado todo el peso de su elocuencia, sino que nos hubiese permitido llevar a las elecciones la inmensa fortuna de Huffy, que habría impedido el nombramiento de Juffy, de Kuffy y de Luffy, y hubiera adquirido el apoyo de Muffy, cuyo sentido práctico y experiencia en los negocios hubiesen dado una fuerza inmensa a nuestra administración, y no dependería todo, como ahora, del simple capricho de Puffy.

Con respecto a este último punto, las opiniones son dispares, así como a propósito de otros asuntos de mínima importancia. Pero lo que no admite duda, para todos los que componen el círculo brillante y distinguido que rodea al barón, es que el interés de la cuestión gira, única y exclusivamente, en torno a Boodle y sus secuaces, a Buffy y los suyos. Desde luego existe una legión de personajes secundarios a quienes corresponde, ocasionalmente, destacarse en las interrupciones y en los aplausos, una especie de claqué. Pero Boodle y Buffy, con sus correspondientes cortejos, son los actores principales, los directores, los dirigentes de opinión, los únicos que permanecen en el escenario en todas las ocasiones.

Es posible también que haya más dandismo en Chesney Wold de lo que el brillante y distinguido círculo encontraría bueno para sí mismo a largo plazo. Porque, incluso cerca de los círculos más discretos y elegantes, como fuera del círculo que dibuja el nigromante a su alrededor, hay extraños aparecidos muy activos. Con una diferencia, que al ser reales y no fantasmas, se corre un mayor peligro de que entren dentro.

Chesney Wold está completamente lleno en cualquier caso, tan lleno que crece un ardiente resentimiento en los pechos de las doncellas mal alojadas, y no parece extinguirse. Solo está vacía una habitación. Es un cuarto de tercera categoría en una torreta, sobria pero cómodamente amueblada, y que tiene un aspecto serio y anticuado. Es la habitación del señor Tulkinghorn, y nunca es ocupada por nadie más porque puede llegar en cualquier momento. Todavía no lo ha hecho. Tiene la silenciosa costumbre de atravesar paseando los jardines desde el pueblo, cuando el tiempo acompaña, hasta caer en su cuarto como si nunca se hubiese ido de allí desde la última vez que se le vio, pedirle a un sirviente que informe a sir Leicester de que ha llegado, por si requiere su presencia, y aparecer diez minutos antes de la cena a la sombra de la puerta de la biblioteca. Duerme en su torreta con un asta de bandera quejumbroso por encima de su cabeza, y se da algunas caminatas fuera, en las que, cuando el

tiempo acompaña y está allí, su negra figura puede ser vista antes del desayuno como una especie enorme de grajo.

Todos los días, antes de la cena, milady lo busca en las sombras de la librería, pero no está allí. Todos los días, durante la cena, milady mira hacia el sitio vacío de la mesa que lo esperaría si acabara de llegar en ese momento, pero no hay tal sitio vacío. Todas las noches milady le pregunta a su doncella como por casualidad:

—¿Ha venido el señor Tulkinghorn?

Todas las noches la respuesta es:

—No, todavía no, milady.

Una noche, mientras la están despeinando, milady se pierde en profundos pensamientos tras esa respuesta hasta que ve su propio rostro melancólico reflejado en el espejo, y un par de ojos negros que la observan con curiosidad.

—Le ruego que se ocupe —dijo milady entonces, dirigiéndose al reflejo de Hortense— de sus asuntos. Puede contemplar su belleza en otro momento.

—¡Perdón! Contemplaba la belleza de su señoría.

—Eso —dijo milady— no lo necesita contemplar en absoluto.

Finalmente, una tarde antes de la puesta de sol, cuando se han dispersado los brillantes grupos de personas que han dado vida al paseo del fantasma durante el último par de horas, y solo quedan sir Leicester y milady en el patio, aparece el señor Tulkinghorn. Va hacia ellos con su metódico paso de costumbre, que nunca es apresurado ni lánguido. Lleva su inexpresiva máscara de costumbre —si es una máscara— y trae secretos de familia en cada miembro de su cuerpo y en cada arruga de su ropa. Si toda su alma se consagra a los grandes o si no les rinde más que los servicios que les vende, es algo que solo él sabe. Lo guarda en secreto como guarda los secretos de sus clientes. Visto así es su propio cliente, y nunca se traicionaría.

—Bienvenido, señor Tulkinghorn —le dice sir Leicester, tendiéndole la mano.

El señor Tulkinghorn está perfectamente. Sir Leicester está perfectamente. Milady está perfectamente. Todo completamente satisfactorio. Acompaña al barón en su paseo, con las manos cruzadas en la espalda. Milady se pasea, a su vez, por el extremo opuesto del patio.

—Lo esperábamos, señor Tulkinghorn —continúa sir Leicester.

El abogado se inclina gravemente, mostrando, como siempre, su máscara impasible, la máscara de un hombre consciente de la importancia de los secretos que guarda y que sabrá guardar toda su vida dignamente.

—Hubiera venido antes —añade— si no hubiese tenido que ultimar diversas gestiones relativas al pleito que existe entre vuestra señoría y el señor Boythorn.

—Un hombre de carácter indisciplinado —replica sir Dedlock con tono severo—, un hombre excesivamente peligroso para la sociedad, un verdadero patán.

—Es terco como el que más.

—Defecto natural de todos los hombres de su ralea.

—Todo estriba en saber si su señoría consiente en ceder en algo.

—No, ¡en nada! —responde sir Leicester—. ¿Yo? ¿Ceder?

—No quiero decir que se deba ceder en la cuestión principal, pues me consta que no lo haría su señoría, pero... quizá en algunos detalles...

—Señor Tulkinghorn —responde sir Leicester—, no puede haber arreglo alguno entre el señor Boythorn y yo. Es más, en mis derechos no hay nada secundario, todo es principal. Hablo así no tanto como individuo, sino en referencia a la posición que ocupo en la familia y que estoy encargado de mantener.

El señor Tulkinghorn inclina la cabeza.

—Tengo las debidas instrucciones —dice— y me atenderé estrictamente a ellas, pero he de advertirle que el señor Boythorn nos dará mucho trabajo...

—Es de las típicas personas, señor Tulkinghorn —interrumpe sir Leicester—, que dan problemas. Un tipo de baja condición, un igualitario. Una persona que hubiera sido procesado hace cincuenta años en Old Bailey como culpable de demagogia, y que hubiera sido castigado severamente, cuando no le hubiesen ahorcado o descuartizado —añade el barón.

Sir Leicester parecía descargar su noble pecho de una pesada carga al pronunciar esta sentencia.

—Pero va anocheciendo —dice— y milady se podría constipar. ¿No quieres retirarte, querida?

Cuando llega a la puerta, milady dirige por primera vez la palabra a Tulkinghorn.

—Ha escrito usted refiriéndose a la persona cuya letra pareció llamar mi atención: veo que se acuerda usted de las cosas más insignificantes. Yo ya lo había olvidado tan completamente que tuve que hacer un esfuerzo para comprender el significado de su posdata. No puedo imaginar qué asociación de ideas provocó en mí aquella escritura, pero es indudable que despertó

alguno de mis pensamientos.

—¿Alguno? —observa el señor Tulkinghorn.

—Sí, no sé a punto fijo cuál —responde milady, con indiferencia—. ¿Se ha tomado usted verdaderamente el trabajo de descubrir a la persona que copió aquel documento?

—Sí, milady.

Entran en un comedor sombrío, el de los desayunos, iluminado por dos altas ventanas que dan a la galería.

Es la hora del crepúsculo. La llama de la chimenea se refleja en los muebles y en los cristales y su resplandor pálido y frío tiembla al soplo del aire que se ha levantado en aquella hora.

Milady se deja caer en un sillón al lado del hogar, sir Leicester se sitúa en el lado opuesto, el señor Tulkinghorn se sienta delante del fuego, se inclina hacia milady y dice:

—Pues sí, efectivamente, me informé de ese hombre y el caso es que... su estado...

—Deja mucho que desear, ¿no es eso? —dice milady, interrumpiéndole con indiferencia.

—El caso es que estaba muerto.

—¡Cómo! ¿Qué dice usted? —pregunta sir Leicester, menos conmovido del hecho en sí que de oírlo anunciar.

—Me indicaron su habitación, un tugurio indecente, donde la miseria había dejado innobles huellas. Allí lo encontré, pero como he dicho, lo encontré muerto.

—Perdone, señor Tulkinghorn, pero ahórrenos los detalles. Creo que...

—Te suplico, sir Leicester, que le dejes terminar ese relato —es milady la que habla—. Ciertamente es muy propio para ser contado en la oscuridad. ¡Qué horror! ¡Muerto!

El señor Tulkinghorn asiente, con una inclinación de cabeza, y continúa:

—Muerto por su propia mano...

—No permitiré —exclama sir Leicester—, no puedo consentir...

—Deja que acabe —dice milady.

—No me opongo, querida, pero a mi entender...

—Nada de a tu entender. Continúe, señor Tulkinghorn.

La galantería de sir Leicester concede a milady todo lo que le pide; sin embargo, cree que hablar de semejantes indecencias delante de las clases superiores de la sociedad es realmente..., realmente...

—Decía, pues —continúa el abogado con imperturbable flema—, que su muerte bien pudiera ser el resultado de un suicidio, lo mismo que de un accidente, no puedo asegurar ni lo uno ni lo otro. Debo añadir, sin embargo, que se mató por su propia mano, aun suponiendo que lo hiciera sin premeditación. El jurado ha declarado que se había envenenado sin intención y por una equivocación en la dosis, pero lo cierto es que se envenenó.

—¿Qué clase de hombre era? —pregunta lady Dedlock.

—No es muy fácil contestar: ¡era tan pobre, iba tan descuidado! Su tez morena, sus enmarañados cabellos y su barba inculta le daban un aspecto tan repugnante que, a juzgar por esta apariencia, creyérse que era el más ínfimo de los hombres. El médico era de opinión enteramente contraria a la mía, y sostiene que en su juventud debió de ocupar una posición ventajosa y elevada.

—¿Se sabe el nombre de ese sujeto?

—Se había dado a conocer con un seudónimo, y nadie pudo decir su verdadero nombre.

—¿Ni siquiera su servicio?

—No tenía servicio. Fue encontrado, o mejor dicho, yo lo encontré sin vida...

—¿Y no se sabe más? ¿No hay algún indicio por el cual se pueda...?

—Ninguno. Había en su habitación —dice el procurador pensativamente— una maleta vieja, pero no contenía papel alguno, ni una sola carta.

Durante todo el tiempo que duró este diálogo, milady y el señor Tulkinghorn, cuyas maneras habituales no sufrieron la menor alteración, se miraban fijamente, como era natural que lo hiciesen hablando de un asunto tan extraño. Sir Leicester no apartaba los ojos de la chimenea, y era sorprendente lo mucho que se parecía al antiguo Dedlock cuyo retrato se veía en la escalera. Cuando terminó la historia, volvió a protestar contra la inoportunidad de semejante relato, y añadió que era imposible que milady hubiese podido tener la menor asociación de ideas que pudiese relacionarse con aquel sujeto (a no ser que, en alguna ocasión, aquel hombre hubiese escrito alguna carta para uno de los tantos pedigüños que se dirigían a ellos). Era, pues, de esperar que no se hablaría más de un asunto tan ajeno a milady y especialmente tan lejano de la posición que ocupaba.

—Es un horror, es cierto, pero interesa oírlo —dijo milady, abrigándose con la manteleta y las pieles—. Señor Tulkinghorn, tenga usted la bondad de

abrirme la puerta.

Tulkinghorn obedece al punto, y permanece al lado de la puerta. Milady pasa, rozándole, y afectando la mayor indiferencia.

Vuelven a verse a la hora de comer durante aquel mismo día, al día siguiente y todos los demás días, y lady Dedlock es siempre aquella divinidad abrumada de tedio, rodeada de adoradores, que se aburre mortalmente, aun cuando preside sonriente el culto del que es objeto. El señor Tulkinghorn sigue siendo el mismo depositario silencioso de nobles confianzas, extrañamente desplazado entre aquella sociedad brillante y aristocrática, pero con apariencia de encontrarse a gusto en ella. Se conceden una a otro tan poca atención como es posible hacerlo entre individuos que conviven bajo un mismo techo, y si el abogado espía y sospecha, lo hace más cuanto mayor reserva afecta ella. Si a su vez milady está al acecho, mientras el abogado hace ver que no observa nada, todo lo que piensan se encuentra sepultado, por el momento, en los más profundos repliegues de sus corazones.

XIII

Relato de Esther

Tuvimos numerosas conversaciones relativas a la carrera que debía seguir Richard. Primero, con mi tutor, conforme a sus deseos, y, más adelante, con él. Pero la cuestión permaneció durante mucho tiempo sin resolver. Richard estaba dispuesto, según decía, a hacer lo que quisieran. No sentía una verdadera vocación por nada determinado... Cuando el señor Jarndyce le preguntó si no sería demasiado mayor para entrar en la Marina, Richard dijo que él ya había pensado en ello y que tal vez lo fuera. Cuando el señor Jarndyce le preguntó qué pensaba del ejército, Richard dijo que había pensado en ello también y que no le parecía una mala idea. Cuando el señor Jarndyce le aconsejó que tratara de decidir por sí mismo si su vieja preferencia por el mar era una típica inclinación juvenil o un auténtico impulso, Richard respondió: «Vaya, realmente he tratado muy a menudo de decidir esto y no he podido llegar a una conclusión».

—No pretendo atribuir esta irresolución de carácter a la incertidumbre en la que le ha sumido el pleito desde su nacimiento —decía el señor Jarndyce—, pero es indudable que, de muchos de sus defectos, tiene en gran parte la culpa la Cancillería. Ha desarrollado, si no ha hecho nacer en él, ese hábito de aplazar constantemente cualquier decisión, de confiar en una probabilidad cualquiera, y de entregarse en brazos de la casualidad en todo lo concerniente

a sus asuntos. Si existen hombres de más edad y más firmeza que él, que se han dejado influir por los hechos exteriores, ¿cómo se ha de pretender que un niño haya podido sustraerse de tales influencias?

Por mi parte, yo reconocía la verdad de semejante razonamiento, y si me es permitido dar mi parecer, lamentaba que los que habían educado a Richard no hubieran combatido esta perniciosa tendencia a la irresolución, dirigiendo su pensamiento hacia una carrera cualquiera. Había estado ocho años en el colegio, donde había aprendido a componer versos de toda clase en latín, y con tanta habilidad que solo le faltaba adquirir, en este género retórico, la manera de olvidarse de hacerlos; pero el caso es que nadie se había preocupado de descubrir sus aptitudes para encauzar sus estudios de acuerdo con su inteligencia y su vocación. No negaré que los versos en latín son una cosa muy útil para alcanzar el fin que se propone un joven en la vida, pero sospecho que le hubiera valido más a Richard estudiarlos algo menos y observar algo más sus facultades y sus inclinaciones. Excuso decir que, en semejante materia, no soy competente, e ignoro si los estudiantes de la antigua Roma y de la antigua Grecia, o de cualquier otra nación, hicieron tantos versos como había hecho Richard, por cierto, en una lengua que no era la suya.

—No tengo ni la menor idea de lo que debiera ser —decía pensativamente—. Salvo que estoy muy seguro de que no quiero entrar en la Iglesia, todas las carreras me dan lo mismo.

—¿Te gustaría ser abogado como el señor Kenge? —le preguntó un día el señor Jarndyce.

—¡No lo sé! —respondió—. Me gusta mucho ir en bote, y los estudiantes de leyes son muy aficionados al remo. Es una hermosa carrera.

—¿Y médico?

—¡Interesantísimo! —exclamó Richard.

Aseguraría que nunca había pensado en ello.

—Precisamente esa es mi vocación —añadió—. ¡Magnífico! ¡Doctor en Medicina!

Y soltó una risa franca, asegurándonos que cuanto más lo reflexionaba tanto más convencido estaba de que había nacido para médico. Que el arte de curar era el más bello y sublime. E, interpretando su propia alegría como una señal inequívoca de que habíamos dado con lo que le apetecía, se aferraba a esta idea, más que por una vocación formal y verdadera, por desembarazarse de una vacilación inoportuna.

Me gustaría saber si los versos latinos dan siempre este resultado, o si Richard era una excepción a la regla.

El señor Jarndyce se tomó el trabajo de volver a hablarle de lo mismo varias veces, sin duda para atraer su atención hacia la importancia que tenía una elección de la que debía depender toda su existencia.

Richard adoptaba un aspecto más grave después de semejantes entrevistas, pero acababa siempre por decir que estaba resuelto, y cambiaba enseguida de tema.

—¡Cielo Santo! —exclamaba el señor Boythorn, que se interesaba vivamente por la resolución de este asunto como se interesaba por todo—. Me gusta ver a un joven apasionado y animoso dedicarse a tan noble profesión. Todo el género humano se aprovechará de tan generosa pasión para demérito de esos viles traficantes que no temen degradar ese arte ilustre por la manera en que lo ejercen. Esos merecen la última pena, aunque también la merecen ciertos enfermos de la categoría que yo me sé: pongo por caso a los abogados, jueces y procuradores, y demás imbéciles de la sociedad, que se reúnen para pronunciar discursos y que invierten en charlas un tiempo precioso. Para esos, los médicos sin escrúpulos, y aun diré más, para esos, la prohibición absoluta de curarlos a fin de acabar con ellos en el menor tiempo posible.

Terminó esta declaración vehemente lanzándonos una mirada triunfal, a la que sucedió, de pronto, una carcajada tan colosal que cualquier otra persona habría quedado agotada. Como Richard persistía en su elección, y había expirado hacía algunos días el plazo fijado por el señor Jarndyce para darle tiempo a reflexionar, se resolvió pedir consejo al señor Kenge, quien, con este motivo, vino a comer con nosotros, se arrellanó en el sillón, acarició el estuche de los anteojos, al que dio vueltas entre sus dedos, habló con voz armoniosa, e hizo exactamente todo lo que le había visto hacer cuando era niña.

—Muy bien —dijo—, es una excelente carrera.

—Que exige largos estudios, seguidos con constancia —hizo observar el señor Jarndyce, mirando a Richard.

—Sin duda —dijo el señor Kenge—. Con constancia.

—Pero ese es el caso, más o menos, de todas las carreras importantes —añadió el señor Jarndyce—, no es algo determinante frente a otras opciones.

—Seguramente —confirmó el señor Kenge—, y el señor Carstone, que ha hecho tan brillantes estudios en el colegio, le dedicará, no lo dudo, a la noble carrera que ha elegido la aplicación que pusiera tan meritoriamente en los, digamos así, estudios clásicos de su juventud. En un ámbito de acción considerablemente más práctica podrá aplicar más los hábitos que los principios y las prácticas de la construcción de versos en ese idioma en el cual (si no me equivoco) se decía que un poeta nacía, no se hacía.

—Considere usted, caballero —dijo Richard con el entusiasmo que le caracterizaba—, que haré todos los esfuerzos posibles para llegar al fin que me propongo.

—Muy bien —respondió el señor Kenge, moviendo la cabeza con un gesto de aprobación—. Y dado que el señor Carstone nos da esta seguridad —continuó dirigiéndose a mi tutor—, solo nos falta examinar el medio más oportuno que debe adoptarse para secundarlo. ¿Conoce usted algún profesor que pueda hacerse cargo del señor Carstone?

—No he pensado en eso. ¿Y tú, Rick?

—Tampoco.

—Muy bien —dijo el señor Kenge—. Y en cuanto a la ciudad adonde ha de ir a estudiar, ¿han tomado ustedes alguna determinación?

—No —dijo Richard.

—Muy bien —repitió el señor Kenge.

—Me gustaría un poco de variedad —observó Richard—. Quiero decir un buen campo de observación.

—Muy bien pensado, y por otra parte muy fácil de obtener —dijo el señor Kenge—. Lo primero que debemos hacer, señor Jarndyce, es, por lo tanto, buscar un excelente profesor, y me atrevo a decir que nos sobrarán personas para elegir cuando se sepa lo que deseamos. En segundo lugar, es preciso cumplir con algunas formalidades a las cuales está sujeto el señor Carstone en calidad de pupilo del tribunal, lo cual es tan sencillo como fácil. ¡Extraña coincidencia, extraña coincidencia cuya explicación traspasa tal vez los límites de nuestras facultades presentes! ¿No es singular que precisamente tenga un primo que ocupa un puesto distinguido en el cuerpo médico? Podría usted, señor Jarndyce, dirigirse a él si lo juzga conveniente. Yo lo predispondría, por otra parte, a escuchar sus propuestas. Puedo responder por él casi tan poco como por usted mismo, pero ¡él puede hacerlo!

Quedó convenido que el señor Kenge vería a su primo y le hablaría del asunto, y, como el señor Jarndyce nos había propuesto ir a Londres a pasar uno o dos meses, resolvimos anticipar nuestro viaje para acompañar a Richard.

Ocho días después de haber partido el señor Boythorn, salimos, a nuestra vez, y alquilamos en Londres una habitación muy alegre, cerca de la calle de Oxford, situada encima de la tienda de un tapicero.

Londres nos parecía una maravilla. Pasábamos fuera de casa una gran parte del día, sin cansarnos de contemplar todo lo que era digno de verse. Asistimos, además, a la representación de todas las comedias y óperas de algún mérito.

Volví a ver, en el teatro, al señor Guppy, cuya presencia me ocasionó un verdadero malestar.

Cierta noche, estaba sentada en la delantera de un palco con Ada, y Richard se había instalado donde más le gustaba, detrás del asiento de Ada, cuando, volviendo la vista hacia el patio de butacas, vi al señor Guppy con el cabello aplastado sobre la frente y con la pena en el rostro, mirándome fijamente. Me pareció que no miró ni una vez a los actores en toda la obra, sino que no dejó de mirarme a mí constantemente y siempre con un gesto debidamente ensayado, de profundo dolor y de desconsuelo.

Hizo que todo el placer de esa noche desapareciera dado lo embarazoso y, por lo tanto, ridículo de la situación. Pero desde entonces, nunca volvimos a ver una obra sin que apareciera el señor Guppy, siempre con su cabello muy peinado y aplastado, el cuello de la camisa hacia abajo y envuelto en un aire de fragilidad. Si no estaba allí cuando llegábamos y comenzaba a confiar en que ya no viniera y ponía un poco de interés en la escena, sabía que encontraría sus ojos cuando menos lo esperara y que, desde ese momento, podría estar segura de que no se despegarían de mí en toda la noche.

No puedo explicar la incomodidad que me causaba. ¡Si por lo menos se hubiese ahuecado el pelo y se hubiese anudado mejor el corbatín! Pero al imaginar que aquel personaje tan ridículo tenía clavados los ojos en mí, y me miraba en ese elocuente estado de abatimiento, me sentía invadida de un malestar tan penoso que no podía reír, ni llorar, ni moverme, ni hablar naturalmente. Y no era el caso, tampoco, de refugiarme en un rincón del palco para huir de aquella persecución, pues Ada y Richard contaban conmigo para hacerles compañía, y no hubieran podido hablar con tanta libertad si se hubiese sentado otra persona en mi puesto. No me quedaba otro remedio, pues, que aguantar abochornada la mirada del señor Guppy clavada en mi rostro, doliéndome, íntimamente, del tiempo que perdía aquel joven y del enorme gasto que hacía por mí.

Varias veces estuve a punto de contárselo todo al señor Jarndyce, pero desistía al momento ante el temor de que perdiera su trabajo y cayera en la miseria. Otras veces pensaba en confesárselo a Richard, pero entonces me detenía el miedo a que se peleara con el señor Guppy y le pusiera un ojo morado. A veces pensaba en que debía fruncirle el ceño y negar con la cabeza. Pero me sentía incapaz de hacerlo. También pensé en escribir a su madre, pero me terminé convenciendo de que establecer una correspondencia sería empeorar el asunto. Siempre llegaba a la conclusión de que no había nada que pudiera hacer. Durante todo este período, el señor Guppy nos seguía no ya solo al teatro, sino que lo veía aparecer entre la multitud cada vez que salíamos e, incluso, llegó a subirse en la parte trasera de nuestro coche (a riesgo de herirse con las terribles puntas que sobresalían), donde estoy segura

de haberlo visto dos o tres veces. Apenas habíamos entrado en casa, cuando ya se paseaba por la acera de enfrente. La casa del tapicero donde nos alojábamos estaba situada en la esquina de dos calles, y la ventana de mi dormitorio daba enfrente del poste. Tenía miedo de acercarme a la ventana cuando subía a mi cuarto y encontrarlo (como me ocurrió una noche de luna llena) apoyado contra el poste y evidentemente cogiendo frío. Si el señor Guppy no permaneciera, afortunadamente, ocupado durante las horas del día, no habría tenido ni un momento de descanso.

Mientras esto ocurría, no se había descuidado el asunto que nos había traído a Londres. El primo del señor Kenge era un tal señor Bayham Badger, médico de un establecimiento público muy importante con una numerosa clientela en Chelsea.

Consintió gustoso en albergar a Richard en su casa y dirigir sus estudios, y como Richard parecía que iba a hacer importantes progresos bajo la dirección del señor Badger, quien le inspiró desde el primer momento una profunda simpatía, se propuso un arreglo que fue aprobado por el lord Canciller y se dio por terminado el asunto.

El día en que se firmó el contrato, comimos todos en casa del doctor en «íntima cena de familia», según decía la nota de convite, y en la que efectivamente no había más mujeres que la señora de la casa, Ada y yo. Encontramos a la señora Badger rodeada de objetos diversos, que anunciaban que pintaba un poco, tocaba el piano, la guitarra y el arpa, cantaba, trabajaba, leía, versificaba y, finalmente, herborizaba. Era mujer de unos cincuenta años, diría yo, vestida de forma juvenil, y de una bonita figura. No creo indiscreto añadir que se ruborizaba fácilmente.

El señor Bayham Badger era un caballero rubio y sonrosado, de voz dulce, blanca dentadura, cabellos rizados, ojos azules y algunos años menos que su esposa, a quien admiraba en exceso, dedicando con frecuencia chocantes elogios a los dos maridos que había tenido antes que él. Apenas nos habíamos sentado cuando, dirigiéndose al señor Jarndyce, le dijo con aire de importancia:

—¿Creerá usted que soy el tercer marido de la señora Bayham Badger?

—¿El tercero?... ¡No es posible! Al ver a la señora Badger no lo sospecharía nadie. ¿Verdad, Esther?

—¡En absoluto! —dije.

—Y eran hombres muy notables —prosiguió el médico, en tono confidencial—: el capitán Swosser, de la Marina Real, primer esposo de la señora Badger, era un oficial de relevante mérito. Y el profesor Dingo, mi predecesor inmediato, ha alcanzado una reputación europea.

La señora Badger aprobó estas palabras con una sonrisa.

—Sí, querida —continuó el doctor contestando a la sonrisa de su mujer—, les decía al señor Jarndyce y a la señorita Summerson que habías tenido dos maridos antes de casarte conmigo, dos hombres muy distinguidos, lo cual, como a todo el mundo, les parece increíble.

—Bueno, apenas tenía veinte años —dijo en ese momento la señora Badger— cuando me casé con el capitán Swosser de la Marina Real; lo acompañé por el Mediterráneo y llegué a ser una digna compañera del marino. El día del duodécimo aniversario de mi primer enlace, me casé con el profesor Dingo.

—De una reputación europea —añadió el señor Badger en voz baja.

—Y cuando nos casamos el señor Badger y yo, fue también el mismo día del año, porque había cobrado afición a este aniversario.

—De lo cual resulta —resumió el doctor— que mi esposa ha tenido tres maridos. Entre ellos, dos hombres eminentemente distinguidos, y con los tres se ha casado el 21 de marzo, a las once de la mañana.

Todos manifestamos nuestra admiración.

—Si no temiera ofender la modestia del señor Badger —añadió el señor Jarndyce—, corregiría la frase y diría: tres hombres muy distinguidos.

—Es lo que le digo siempre —repuso la señora Badger.

—¿Y qué es lo que te contesto siempre a eso, querida? —dijo el señor Badger—. Que sin querer rebajar con una afectación de mal gusto la distinción que he adquirido en mi arte (el cual tendrá muchas oportunidades de juzgar el señor Carstone), no soy tan pobre de espíritu, tan falto de razón, para poner mi reputación al nivel de la que adquirieron hombres del mérito del capitán Swosser y el profesor Dingo. Tal vez le interesará, señor Jarndyce —prosiguió el doctor abriendo la puerta del salón inmediato—, ver el retrato del capitán Swosser, que se hizo retratar de regreso de una estancia prolongada en las costas de África, durante la cual tuvo la fiebre, circunstancia que hace que la señora Badger encuentre esta pintura algo amarilla, sin que por ello deje de ser una cabeza magnífica. ¡Una cabeza magnífica!

—¡Una magnífica cabeza! —respondimos haciéndonos eco de sus palabras.

—Cuando miro a este noble rostro —repuso el doctor Badger—, siento no haber podido conocer al hombre a quien pertenecía, pues revela de una manera evidente el mérito notable del capitán Swosser. En frente está el profesor Dingo, a quien traté íntimamente y a quien cuidé en la dolencia que ocasionó su muerte. Es de un parecido asombroso. Encima del piano está el retrato de la

señora Bayham Badger cuando era esposa del capitán Swosser, y encima del sofá, vean ustedes el retrato de cuando era la señora Dingo. En cuanto a la señora Badger de hoy día, como poseo el original, no necesito copia.

Anunciaron que la cena nos esperaba y bajamos al comedor. La comida fue refinada, y los manjares, exquisitos, pero el capitán y el profesor no se apartaban de la mente del señor Bayham Badger, y como a Ada y a mí nos cupo el honor de estar a su lado, participamos de todo el beneficio de este piadoso recuerdo.

—¿Agua, señorita Summerson? Permítame... Ese vaso no. James, trae la copa del profesor.

Algunas flores artificiales habían llamado la atención de Ada.

—Vean ustedes qué bien conservadas —se apresuró a decir el doctor—. Se las regalaron a la señora Badger en el viaje que hizo por el Mediterráneo con el capitán. Señor Jarndyce, no beba ese Burdeos... En ocasiones como estas no me olvido nunca de sacar cierto Burdeos que tengo la dicha de poseer... James, ¡el vino del capitán...! Es un vino, señor Jarndyce, que el capitán Swosser trajo..., qué sé yo cuántos años hace... Creo que le parecerá excelente... Querida, tendré un verdadero placer en que bebas una copa de Burdeos... James, sirve a la señora el vino del capitán Swosser... ¡A tu salud, querida!

Terminada la cena volvimos al salón y, mientras los caballeros se quedaban en el comedor, los dos primeros maridos de la señora Badger nos persiguieron, puesto que la señora de la casa nos hizo un bosquejo biográfico del capitán Swosser, detallando la manera en que aquel hombre notable se enamoró perdidamente de ella en un baile que daban a bordo los oficiales del Crippler, en la bahía de Plymouth.

—¡Qué hermoso buque era el Crippler! Buena arboladura, excelente bauprés, soberbia quilla... Perdonen si mezclo en la conversación algunos términos náuticos: en aquella época era muy aficionada a la Marina. El capitán Swosser amaba por mí aquel hermoso buque, y cuando el pobre Crippler quedó relegado a un puerto por inútil, repetía con frecuencia mi marido que si fuera bastante rico para comprar su casco, mandaría grabar en el castillo de popa, donde nos vimos por vez primera, una inscripción que recordara el sitio donde había quedado (según él decía) prendido de la luz de mis fanales de cofa (que así designaba a mis ojos).

La señora Badger movió la cabeza, suspiró y se miró en el espejo.

—Pasar del capitán al profesor Dingo constituyó para mí un cambio completo de vida —continuó, con melancólica sonrisa—. En un principio estaba desconsolada, pero el hábito, reforzado por la ciencia (sobre todo con la

ciencia) me adaptó paulatinamente a este nuevo género de vida. Única discípula del profesor Dingo, a quien acompañaba en sus herborizaciones, olvidé casi completamente el mar y muy pronto adquirí profundos conocimientos científicos. Es de advertir, cosa extraña, que el profesor Dingo era el antípoda del capitán Swosser y que el doctor Badger no se parece en nada a ninguno de los dos.

Vino a continuación el relato de la muerte de aquellos hombres distinguidos, cuyas pérdidas le habían causado un vivo dolor. La señora Badger nos declaró, sin embargo, que solo había amado con pasión una vez en la vida, y que el objeto de este amor violento, cuyo entusiasmo y lozanía nada había podido renovar, había sido el capitán Swosser. El profesor Dingo había sido víctima de una cruel enfermedad que prolongó sus padecimientos de una manera espantosa, y la señora Badger descendió al detalle al hacernos una imitación exacta de la dificultad con que el paciente articulaba estas palabras: «¿Dónde está Laura?». «¡Decidle a Laura que me traiga mi oporto y agua!» La llegada del médico, de Richard y de mi tutor relegó de nuevo al profesor a la tumba.

Observé durante toda la velada que Ada y Richard se buscaban con más afán que nunca, lo que no era sino natural, al ver que iban a separarse tan pronto. Por lo tanto, no me sorprendió demasiado, cuando volvimos a casa, ver a Ada más pensativa de lo que acostumbraba, pero no esperaba ciertamente que se arrojara en mis brazos y me dijera cubriéndose la cara:

—Querida Esther —murmuró—, tengo que confiarte un gran secreto.

—Habla, querida.

—No lo adivinarías jamás.

—¿Quieres que lo adivine?

—¡Oh, no, no! —exclamó estremeciéndose.

—Pues no lo adivinaré.

—Es... —murmuró—, en relación a mi primo Richard.

—¿Y qué es —dije besando su brillante cabello, que era todo lo que podía ver—, mi querida Ada?

—No lo adivinarías jamás.

Me era tan grato sentir sobre mi pecho el contacto de sus brazos y el saber que no la hacía llorar el dolor sino la alegría y la esperanza, que no quise ayudarla a descubrir su secreto.

—Dice que... Sé que es una locura... ¡Somos los dos tan jóvenes...! Pero dice... —entre lágrimas—, que me quiere..., mi querida Esther.

—¿De veras? ¡Ay, amiguita! ¿Habrás visto cosa semejante? Hace mucho tiempo que lo sabía y no quise decírtelo.

Levantó la cabeza, me miró con sorpresa, se puso colorada, y se rio y lloró a un mismo tiempo, ¡era tan feliz!

—Si es que, mi querida niña, tu primo Richard te quiere mucho desde que te conoció —añadí.

—¡Y nunca me has dicho ni una palabra! —exclamó besándome.

—No, querida mía, esperaba que me lo dijeras tú.

—Pero, ahora que te lo he contado, ¿crees que hay algún mal en esto?

Me hubiera arrancado un no aun cuando yo hubiese sido la más severa de todas las dueñas. Como no lo era, dije que no abiertamente.

—Y ahora ya lo sé todo —dije.

—Es que no lo sabes todo, mi querida Esther —dijo ocultándose de nuevo en mis brazos.

—Quieres decir acaso que...

Me miró sonriendo al través de sus lágrimas, y añadió sollozando:

—¡Sí, Esther, con todo mi corazón y toda mi alma! ¡Si supieras cuánto lo quiero!

Respondí riendo que lo sabía desde el día en que descubrí el amor de Richard. Y sentándonos delante de la chimenea, continuamos la conversación, si bien es cierto que Ada no tomó parte en ella durante largo rato, porque se hallaba ensimismada en su alegría.

—¿Crees que lo sabe mi primo John?

—A no ser que sea ciego; el primo John debe de haberlo observado lo mismo que yo.

—Es preciso, sin embargo, decírselo antes de que Richard se despida —añadió ruborizándose—. Si quisieras encargarte... ¿Te parece que haríamos mal en dejarle entrar?

—¡Cómo! ¿Richard está aquí, aquí fuera? —dije.

—No lo sé seguro —respondió Ada con una sencillez e inocencia que me habría ganado de no tenerme ganada ya—, pero creo que está esperando en la puerta.

Estaba allí, por supuesto. Se sentaron a mi lado, dejándome entre ellos. De tanta confianza y cariño que me demostraron pareció que se habían enamorado

de mí en vez el uno del otro. Continuaron hablando un tiempo con ese aire apasionado, yo no los detuve, ya que aquello me divertía demasiado. Más tarde empezamos a caer en la cuenta de que eran muy jóvenes y de que tendrían que pasar varios años antes de que su amor incipiente pudiera madurar y que la felicidad solo podía surgir de un amor sólido y auténtico, lo que les hacía demostrar aún mayor firmeza en cumplir los deberes del uno con el otro con constancia, fortaleza y perseverancia, siempre el uno por el bien del otro. Richard iba a trabajar mucho para Ada, y esta no haría menos por Richard. Finalmente, dedicándome los epítetos más entrañables y cariñosos, pasaron una gran parte de la noche trazando proyectos y haciendo cábalas, y no se separaron hasta que les prometí que hablaría con el primo John al día siguiente.

Así que, a la mañana siguiente, entré en el cuarto que era nuestro sustituto urbano del gruñidero de mi tutor, después de tomar el desayuno, y le dije que tenía que comunicarle un asunto que me habían encargado.

—Muy bien, ya te escucho —dijo cerrando el libro—, si lo has aceptado, será porque no es perjudicial.

—Así lo espero, tutor. Por otra parte, puedo asegurarle que no me ha sido posible cumplirlo antes, porque hasta ayer no me lo confiaron.

—¿De qué se trata?

—¿Se acuerda usted de la noche feliz en que llegamos a la Casa lúgubre y del momento en que Ada cantaba en el cuarto en sombras?

Deseaba que los recordase como los había visto en aquel momento. Creo que lo conseguí.

—Porque... —continué titubeando un poco.

—¡Sí, querida! —dijo—. No tengas prisa.

—Es que... Richard y Ada están enamorados y ya se lo han dicho.

—¿Ya? —exclamó mi tutor con sorpresa.

—Sí, tutor, y para serle a usted franca, hace mucho tiempo que lo esperaba.

—¡Qué demonios! —dijo.

Después de un momento de reflexión, durante el cual iluminó su rostro una benévola sonrisa, me encargó que le dijese a la pareja que deseaba verlos. Cuando entraron, hizo que Ada se acercase, la estrechó, paternalmente, con el brazo izquierdo, y dijo a Richard con suave gravedad:

—Rick —dijo el señor Jarndyce—, me alegro de haber merecido tu confianza y espero conservarla. Cuando acudió a mi mente la idea de

establecer entre nosotros cuatro las relaciones que dan a mi existencia tanta felicidad, creándome nuevos placeres y nuevos intereses, entreví, vagamente, en el porvenir, la posibilidad de un lazo más íntimo para ti y tu hermosa prima que el que existía en el día. Veía, y veo aún, varios motivos que harían esta unión deseable, pero en un futuro lejano, muy lejano, Richard.

—También hemos pensado en un futuro lejano —respondió Richard.

—Muy bien —dijo mi tutor—, no se puede hablar más juiciosamente. ¡Oíd, hijos míos! Podría decirse que sois muy jóvenes aún para comprender todo el alcance de vuestros proyectos; que pueden ocurrir mil cosas, mil contrariedades y acontecimientos que os separen y os desvíen uno de otro, y que podría ser que esa cadena de flores que lleváis hoy se convirtiese en una cadena de plomo. Pero no voy a hacerlo. Estoy seguro de que lo entenderéis muy pronto, si es que lo llegáis a entender alguna vez. Confío en que pasados unos años seguiréis sintiendo en vuestros corazones lo mismo que sentís hoy. Pero si algún día reconocieseis que os habíais equivocado, y solo existieran entre vosotros los meros lazos familiares que os unirán como hombre y mujer al igual que os unen en este instante como chico y chica (perdone tu hombría esto, Richard), no vaciléis en confesármelo, porque ese cambio no tendría nada de extraordinario y por lo tanto no habría de asombrarme. Yo no soy para vosotros más que un pariente lejano, un amigo; no tengo derecho alguno sobre vosotros, pero deseo y espero conservar vuestra confianza mientras no haya motivos que puedan hacérmela perder.

—Señor —respondió Richard—, tiene usted sobre nosotros el más poderoso de los derechos, el que le otorgan la gratitud, el respeto y el cariño que nos merece y que aumenta de día en día.

—Primo John —dijo Ada, inclinándose sobre el hombro de mi tutor—, ocupa usted el puesto que mi padre dejó vacío con su muerte, y le profeso todo el cariño que le hubiera profesado a él.

—Adelante, pues —dijo el señor Jarndyce—, y miremos el porvenir con esperanza. El mundo se abre delante de nosotros, Richard, y de cómo entres en él dependerá probablemente cómo serás recibido. No confíes más que en tus propios esfuerzos y en la Providencia. No te olvides nunca de estos ni separen su pensamiento de ninguna de tus acciones. Ten presente que la constancia en tu amor no es nada por sí sola sin la perseverancia que debes desplegar en el trabajo, y que, aunque tuvieses el talento de todos los grandes hombres de la tierra, no obtendrías ningún resultado sin una voluntad firme y una aplicación constante. Si crees poder alcanzar la fortuna al vuelo y llegar de un salto a la consecución del éxito, desecha esta idea y renuncia para siempre a la mano de tu prima.

—Señor —respondió Richard, sonriendo—, si tuviera la desgracia de

pensar como usted dice, muy pronto habría de desengañarme para abrirme, con mi trabajo, el camino que me hiciera digno de Ada.

—Esto es lo que debe ser —dijo el señor Jarndyce—. Renunciar a ella antes que hacerla desgraciada.

—¡Hacerla desgraciada! ¡Oh! No lo quisiera ni aun a costa de mi amor —exclamó Richard, en tono sincero y digno.

—¡Bien dicho! —dijo el señor Jarndyce—. Mientras tanto, Richard, Ada vivirá con nosotros. Piensa en ella, en medio de la vida activa que vas a llevar, ámala siempre, ven a vernos algunas veces, y todo saldrá a pedir de boca. De otra forma, todo se estropeará. Ha terminado mi sermón, y creo que lo mejor que podéis hacer ahora es ir a dar un paseo.

Ada abrazó al señor Jarndyce con efusión, Richard le estrechó la mano, y los dos salieron del aposento, dándome a entender que me esperaban para acompañarlos.

La puerta quedó abierta y los seguimos con la mirada el señor Jarndyce y yo, mientras cruzaban por la habitación contigua, que estaba iluminada por el sol. Richard, con la cabeza gacha, la había cogido del brazo y hablaba con expresión honesta mientras ella miraba su rostro y lo escuchaba y no parecía ver nada más. Tan jóvenes, tan hermosos, tan llenos de esperanzas y de promesas, así cruzaron levemente el espacio iluminado por el sol, igual que sus pensamientos atravesaban en ese momento los próximos años hasta convertirlos en años de felicidad. Y de este modo cruzaron hacia la sombra y desaparecieron. Bastó un rayo de luz para que parecieran tan radiantes. Negros nubarrones velaron el sol, y el aposento volvió a quedar en la sombra.

—¿He hecho bien, Esther? —me preguntó mi tutor cuando los perdimos de vista.

Era tan bueno y tan sabio y ¡me preguntaba a mí si había hecho bien!

—Richard podrá tal vez conquistar lo que le falta: la fuerza, la voluntad de hacer valer sus excelentes cualidades —añadió con aire pensativo—. En cuanto a Ada, no le he dicho nada, porque tiene ya su consejera y amiga, Esther.

Y apoyó su mano sobre mi cabeza con tanta ternura, que no pude menos de conmoverme, lo que él hubo de advertir, a pesar de los esfuerzos que hice por disimularlo.

—No temas, hija mía —dijo—. Ya tendré yo buen cuidado de que la vida de nuestra querida ancianita no esté destinada tan solo a preocuparse en asegurar la felicidad de los demás.

—¿Preocuparme, querido tutor? ¿No sabe usted que soy la más feliz de las

criaturas?

—Eso creo —dijo—. Pero alguien podría averiguar lo que Esther no pudo, que esa pequeña dama debe ser el mayor de nuestros desvelos.

Olvidé decir antes que había cenado con nosotros en esa especie de fiesta familiar alguien más. No era una dama, sino un caballero. Un caballero de tez morena..., un joven médico. A pesar de la reserva que mostró, me pareció amable y sensato. Por lo menos cuando Ada me preguntó si me había parecido así, yo le dije que sí.

XIV

Presencia

Richard se despidió de nosotros al día siguiente para empezar con su nueva carrera, y dejó a Ada a mi cargo con gran amor hacia ella y gran confianza en mí. Me conmovió entonces reflexionar, y me conmueve ahora más todavía recordar (al tener que contarlo) cómo pensaban ambos en mí, incluso en esos momentos señalados. Formaba parte de sus planes, para el presente y para el futuro. Debía enviar todas las semanas a Richard un relato detallado sobre Ada, la cual le escribiría, además, cada dos días, y él, por su parte, me daría cuenta de sus tareas y del resultado de sus estudios. Iba a ver hasta dónde llegaba su resolución y su perseverancia. Si todo seguía el camino que era de esperar, el día de su matrimonio sería la dama de honor, y después me iría a vivir con ambos. Dirigiría su casa y me sentiría feliz siempre cada día.

—Y para coronar nuestra felicidad —exclamó Richard—, ¡solo faltaría que ganásemos nuestro pleito! ¡Lo cual no es imposible, después de todo!

El rostro de Ada se ensombreció.

—¿Y por qué no ha de ser así, querida Ada? —le preguntó Richard.

—¡Ojalá el Tribunal hubiera decretado ya que somos pobres! —dijo Ada.

—Vaya, no lo sé —respondió Richard—, pero, en cualquier caso, no van a sentenciar nada por el momento. No han sentenciado nada en Dios sabe cuánto tiempo.

—Muy cierto —dijo Ada.

—Y digo yo —insistió Richard, más respondiendo a su expresión que a sus palabras— que cuanto más tiempo haya transcurrido desde que comenzó el pleito tanto más cerca está de llegar a su término. ¿No es una cosa evidente?

—Tú lo sabes mejor que yo, Richard, únicamente temo que seamos desgraciados si confiamos en ello.

—Pero, mi querida Ada, ¡no vamos a confiar en ello! —exclamó Richard alegremente—. Digo solamente que si por una casualidad nos enriqueciera ese pleito, no tendríamos de qué quejarnos. El Tribunal es nuestro tutor, y debemos suponer que todo lo que nos dé, si algún día nos da algo, será legítimamente nuestro. No es necesario pelearse por nuestro derecho.

—No —dijo Ada—, pero sería mejor no pensar en semejante cosa.

—Pues bien —exclamó Richard—, ¡entonces olvidémonos de todo! Lo dejamos todo en el olvido. ¡La dama Durden hace un gesto de aprobación, y hecho!

—El gesto de aprobación de la dama Durden —dije levantando la vista del baúl en el que estaban metidos los libros de Richard— no era demasiado visible cuando lo has mentado, pero sí lo aprueba, y cree que es lo mejor que se puede hacer.

Richard, después de convenir en que no se hablaría más del pleito, comenzó inmediatamente a hacer sobre este punto mil castillos en el aire, y se despidió de nosotras lleno de valor y de esperanza, mientras que Ada y yo nos preparábamos para llevar una vida más tranquila, en la que su ausencia dejaría un gran vacío.

Cuando llegamos a Londres, fuimos con el señor Jarndyce a hacer una visita a la señora Jellyby, a quien no encontramos, pues había ido a tomar el té a una casa donde debía hablarse del cultivo del café en Borrioboola-Gha, y, como era probable que tendría que escribir sobre tan importante materia, se había llevado a su hija mayor, a quien semejante reunión se le prometía de lo más enfadosa.

Al haberse pasado la fecha en la que debía volver la señora Jellyby, fuimos de nuevo. Estaba en la ciudad, pero no en casa, había ido a Mile End, inmediatamente después de desayunar, por cierto asunto filantrópico de Borrioboola de los que se ocupaba la sociedad de Ramificación de socorros de la parte oriental de Londres. No pude ver a Peepy, a quien buscaron en vano en nuestra primera visita (porque no lo encontraban en ninguna parte, y porque la cocinera creía que se había ido a dar un paseo en la carretera del barrendero) y pregunté por él con interés. En el corredor, vimos una casita que había construido con conchas de ostras, pero al constructor no lo encontraron en parte alguna, y la cocinera dijo que creía que había salido «corriendo detrás de un rebaño de ovejas». Cuando repetimos su respuesta con sorpresa, nos dijo:

—Le gusta mucho, cuando es día de mercado, ir con las ovejas hasta las afueras de la ciudad. ¡Si vieran ustedes en qué estado vuelve!

Me encontraba sentada, al día siguiente, cerca de la ventana con mi tutor, mientras Ada escribía a Richard, cuando anunciaron a la señorita Jellyby. La acompañaba el mismísimo Peepy, al que se había esforzado en poner presentable, lavándole las manos y mojándole el cabello, que le había rizado con los dedos vigorosamente. Todo lo que llevaba el pobre niño era demasiado ancho o demasiado corto. Le cubría la cabeza un sombrero de obispo y llevaba unas manoplas de bebé. Sus botas eran, a pequeña escala, las de un pocero, mientras sus piernas, surcadas y vueltas a surcar por cicatrices, parecían mapas y estaban desnudas bajo un par de pantaloncitos de cuadros, cuyas perneras remataban unas puntillas distintas. Los deficientes botones de su chaqueta a cuadros habían sido claramente sacados de uno de los abrigos del señor Jellyby, pues eran extremadamente brillantes y demasiado anchos. Reconocí la aguja inexperta de la señorita Jellyby en los remiendos hechos de prisa y torpemente que abundaban en su traje. La señorita Jellyby, cuyo aspecto exterior había ganado mucho, estaba verdaderamente guapa. Parecía consciente del escaso éxito que habían tenido sus esfuerzos de costura en favor de su hermano, lo cual expresó con la mirada que le lanzó al entrar, y que dirigió después sobre nosotras.

—¡Cielos! —exclamó mi tutor—. ¡Qué maldito viento de levante!

Ada y yo acogimos a la señorita Jellyby de la manera más cordial, y se la presentamos al señor Jarndyce, a quien dijo cuando tomó asiento:

—Mamá me ha encargado que le salude de su parte, y que le ruegue que la excuse por no haber podido acompañarnos porque está corrigiendo las pruebas de su proyecto, del cual va a repartir cinco mil ejemplares. Me ha dicho que se lo anunciase por el interés que se toma usted por su obra. Traigo este ejemplar para usted.

—Gracias, señorita —respondió mi tutor—. Diga a la señora Jellyby que agradezco el obsequio y la atención... ¡Qué maldito viento!

Mientras, le habíamos quitado a Peepy el sombrero clerical, y le preguntamos si se acordaba de nosotras. El muchacho se tapó la cara con el brazo, pero domesticándose poco a poco a la vista de un pastel, consintió en sentarse sobre mi regazo, donde siguió masticando sin pronunciar una palabra. Como el señor Jarndyce se retiraba a su habitación, la señorita Jellyby trató de entablar conversación con el tono brusco que la caracterizaba.

—En Thavies Inn todo va de mal en peor —dijo—. No me dejan ni un momento de descanso... no oigo hablar más que de África. No podría estar peor si fuese uno de esos hermanos indígenas.

Procuré calmarla.

—Es inútil, señorita Summerson. Gracias por sus buenas intenciones, pero

sé cómo me tratan y no puedo consentir que me digan que tenga paciencia. Si estuviera usted en mi puesto haría como yo. Peepy, métete debajo del piano y diviértete jugando a las fieras salvajes.

—No quiero —dijo el muchacho.

—¡Muy bien! ¡Pícaro! ¡Desvergonzado! ¡Malcriado! —replicó llorando—. No voy a tomarme la molestia de ayudarte a vestirme nunca más.

—Ya voy —dijo Peepy, que en el fondo era muy bueno, y se conmovió tanto ante las lágrimas de contrariedad de su hermana que se fue de inmediato.

—Les parecerá ridículo que por tan poca cosa me eche a llorar —dijo la señorita Jellyby excusándose—, pero ¡estoy tan nerviosa, y tan cansada! He trabajado hasta las dos de la madrugada haciendo sobres para las circulares. Me duele tanto la cabeza que no sé lo que me digo, ni lo que hago. Miren ustedes a esa pobre criatura. ¿Se ha visto nunca facha semejante?

Peepy, que afortunadamente no sospechaba la ridiculez de su traje, fue a sentarse en la alfombra detrás de una pata del piano y continuó comiéndose el pastel mirándonos tranquilamente.

—He procurado alejarlo —continuó la señorita Jellyby, acercando la silla y bajando la voz—, porque no quiero que se entere de lo que voy a decirles. ¡Esas cositas son tan inteligentes! Iba a decirles que realmente estamos peor que nunca. Han de saber ustedes que papá está a punto de declararse en quiebra, y espero que mamá se quede satisfecha con eso. No hay que agradecerse sino a ella.

Le dijimos que esperábamos que los negocios del señor Jellyby no estuviesen en tan mal estado como para eso.

—Lo dice usted para alentarme, señorita Esther, y se lo agradezco, pero esto no tiene remedio —replicó la señorita Jellyby moviendo la cabeza—. ¡Si supiera usted lo desgraciado que es papá! Ayer me dijo que ya no podía aguantar más, y no me sorprendió. Los tenderos presentan cuentas que nadie examina; las criadas gastan lo que les parece; todos abusan de nuestra negligencia, y yo no tengo tiempo para mejorar las cosas ni sé cómo, y mamá no se preocupa de nada; ya me gustaría saber cómo va a capear el temporal papá. Si yo fuese papá, me iría corriendo.

—No se abandona tan fácilmente a la familia —le respondí riendo.

—Oh, sí. Su familia está muy bien, señorita Summerson —replicó la señorita Jellyby—, pero ¿qué le da su familia a cambio? Su familia no es otra cosa que facturas, suciedad, derroche, ruido, caídas por las escaleras, confusión y miseria. Su casa está revuelta de fin en fin de semana como en un interminable día de limpieza, pero con la diferencia de que nunca se limpia.

La señorita Jellyby golpeó el suelo con el pie, enjugándose una lágrima.

—No pueden ustedes figurarse la pena que me causa papá y la ira que siento contra mi madre. No estoy dispuesta a soportar mucho tiempo esta vida. Estoy resuelta a ello. No quiero ser una esclava ni casarme con el señor Quale. ¡Vaya un porvenir, casarse con un filántropo! ¡Ya estoy harta de filantropía!

A decir verdad, yo misma sentía cierta cólera contra la señora Jellyby al escuchar a su pobre hija, cuyas quejas sabía que estaban muy fundadas.

—Si no hubiesen sido ustedes tan buenas para conmigo —continuó la señorita—, no me hubiera atrevido a venir a verlas y a contarles estas miserias. ¡Debo de parecerles a ustedes ridícula! Sin embargo, me he decidido a dar este paso porque es probable que no me encuentren cuando vuelvan ustedes a Londres.

Acompañó estas palabras con una mirada tan significativa que Ada y yo nos miramos la una a la otra esperando algo más.

—No, no es probable. Tengo confianza en ustedes —continuó la señorita Jellyby—, y me decido a contárselo todo porque sé que no van a traicionarme. Me he prometido.

—¿Sin que lo sepan sus padres? —le pregunté.

—Por supuesto —contestó con viveza—. Ya conocen ustedes a mamá, y, en cuanto a papá, hubiera sido para él un nuevo motivo de disgusto.

—Pero ¿no comprende usted que su disgusto será mayor si se casa sin su consentimiento?

—No, no creo —respondió con dulzura—. Vendrá a verme, y haré todo lo posible para consolarlo y hacerle feliz. Peepy y todos mis hermanos vendrán también, pasarán en mi casa algunos días, y habrá entonces alguna persona que los cuide.

La pobre Caddy tenía un gran fondo de ternura y de sensibilidad; la idea de poseer una casa donde pudiera ser útil a su padre y a sus hermanos la conmovió tanto que Peepy, enternecido al verla llorar, prorrumpió a su vez en amargos sollozos, y me vi obligada a ir a buscarle a su escondite, sentarle sobre mi regazo y consolarlo hasta que le hice dar un beso a su hermana, que se sonrió para tranquilizarlo. Incluso entonces fue necesario durante un rato que nos cogiese de la barbilla por turnos y que nos acariciase la cara con toda la mano. No obstante, para distraerlo, le hicimos subir a una silla, a fin de que se entretuviese mirando a la calle. La señorita Jellyby, agarrándolo por una pierna, continuó su confidencia.

—Todo comenzó con su estancia en mi casa —nos dijo.

Por supuesto nosotras preguntamos cómo.

—Comprendí al verlas que era tan torpe que tenía que cambiar, así que quise aprender a bailar. Le hablé de este proyecto a mi madre, diciéndole que me avergonzaba de mí misma, y me miró sin verme y ni siquiera me contestó. Pero yo estaba ya decidida a tomar lecciones, y fui a la academia del señor Turveydrop, en Newman Street.

—Y allí conoció usted... —comencé a decir.

—... Sí, allí fue —dijo Caddy—. Y estoy prometida al señor Turveydrop. Hay dos Turveydrop, padre e hijo. Mi señor Turveydrop es el hijo, claro. Ojalá hubiese recibido una educación mejor y pudiese ser una esposa mejor para él. ¡Si supieran ustedes cuánto lo quiero!

—Todo esto me causa mucho pesar —le dije.

—¿Por qué? —me preguntó con inquietud—. Él también me quiere mucho, y, en cualquier caso, he de casarme con él... Pero su padre no lo sabe tampoco porque el viejo señor Turveydrop tiene de que aprobar la relación y puede que se le rompiese el corazón o sufrir otro ataque si se lo dijese bruscamente. El viejo señor Turveydrop es un caballero de los de verdad..., de los de verdad.

—¿Lo sabe su esposa? —preguntó Ada.

—Murió hace muchos años. Y esto es todo —respondió Caroline.

Fuimos interrumpidas por Peepy, cuya pierna había sufrido mucho a cuenta de su hermana al tirar de ella inconscientemente como de una cuerda de campana cada vez que se ponía categórica, lo que hizo que el afligido niño se lamentase de sus sufrimientos con un ruido muchos menos animado. Como apeló a mi compasión, y era la única que lo escuchaba, me comprometí a cogerlo. La señorita Jellyby prosiguió, después de pedirle perdón a Peepy con un beso y de asegurarle que no había pretendido hacerlo.

—Eso es todo. Si he hecho mal, mi madre tiene la culpa. Nos casaremos tan pronto como nos sea posible, y, cuando todo esté arreglado, se lo diré a papá y escribiré a mamá. ¡Poco le va a importar a ella! Para mamá no soy más que una pluma y tinta. Es una dicha —añadió ahogando los sollozos— pensar que cuando me case no oiré hablar más de África. Mi novio dice, por mi culpa, que es un lugar detestable y su padre diría lo mismo si supiera que existe tal lugar.

—¿No era una persona muy distinguida? —pregunté.

—¡Oh! Mucho —dijo Caddy—. Todo el mundo admira su figura y sus finos modales.

—¿Y el padre es también profesor de baile?

—No, pero tiene una presencia admirable.

Luego añadió, ruborizándose y vacilante, que quería decirnos cierta cosa más, pero que tenía miedo a disgustarnos, y que, sin embargo, esperaba que no la censuraríamos. Se había hecho amiga de la señorita Flite, esa pobre anciana que vivía en la casa del trapero, e iba a verla con frecuencia por la mañana, para encontrarse en su casa con su novio, que iba allí a pasar unos minutos, nada más que unos minutos.

—Yo voy también durante el día, pero Prince solo va por la mañana. Prince es el nombre del Turveydrop joven. Quisiera que tuviera otro, porque hay muchos perros a los que los llaman así, pero no lo ha elegido él. Su padre se lo puso en memoria del príncipe regente, a quien admiraba a causa de su buena presencia. Supongo que no se formarían ustedes una mala opinión de mí por haber tenido esas citas con Prince en casa de la señorita Flite. Quiero mucho a esa pobre mujer y creo que puedo confiar con ella. Si conociesen ustedes al joven Turveydrop, estoy segura de que les gustaría..., por lo menos, estoy segura de que no podrían pensar nada malo de él. Voy a una lección; no me atrevo a pedirles que me acompañen, pero si les fuera posible —dijo Caddy, y lo había dicho todo con fervor y entre temblores—, me darían ustedes una verdadera alegría, señorita Summerson.

Casualmente habíamos proyectado con mi tutor ir a ver a la señorita Flite, que le inspiraba el más vivo interés a causa de todo lo que le habíamos contado de aquella pobre mujer, y hacía muchos días que nos hubiera acompañado a su casa de no haberlo impedido sus quehaceres. Se acordó, pues, que acompañaría a Caddy y a Peepy a la academia de baile, y que nos reuniríamos con Ada y mi tutor en casa de la señorita Flite, de quien conocí el apellido por primera vez entonces, con la condición de que la señorita Jellyby y su hermano volvieran a comer con nosotros. Aceptado este arreglo por ambas partes con alegría, me ocupé del aseo de Peepy, que un poco de agua con jabón, algunos alfileres y el peine hicieron infinitamente más presentable; y salimos dirigiendo nuestros pasos hacia Newman Street, que estaba cerca.

Entramos en una casa bastante oscura, situada en un extremo de un pasaje cubierto. La escalera ostentaba en cada ventana un busto de yeso. Habitaban en aquella casa un maestro de dibujo, un vendedor de carbón y un litógrafo, según lo anunciaban las planchas de cobre que ostentaba cada puerta. En un rótulo de mayor tamaño se leía un nombre: «Señor Turveydrop». La puerta se abrió y dejó ver un piano de cola, un arpa y varios instrumentos enfundados que a la luz del día parecían desvencijados. La señorita Jellyby me dijo que el día anterior habían alquilado el salón del señor Turveydrop para un concierto.

Subimos las escaleras. Aquella casa había sido hermosa en otro tiempo, en

una época en que probablemente alguna persona se encargaba de limpiarla y nadie la ahumaba con tabaco desde la mañana hasta la noche. La sala de baile del señor Turveydrop estaba situada encima de una cuadra que olía a estiércol, con bancos de mimbre en torno y liras pintadas a intervalos en las paredes y pequeñas ramas de vidrio tallado por candelero, que parecían despojarse de sus anticuadas gotas como otras ramas se despojan de hojas otoñales. Había allí reunidas algunas muchachas, de trece a veintidós años, y buscaba entre ellas a su profesor, cuando Caddy, pellizcándome el brazo, repitió la ceremonia de presentación:

—¡Señorita Summerson, el señor Turveydrop!

Hice una reverencia a un joven muy pequeño, con apariencia de niño, de ojos azules, cabellos rubios con raya en el centro y rizados a ambos lados de la cabeza. Tenía un pequeño fiddle, como se suele llamar entre los músicos al violín, bajo su brazo izquierdo, y su pequeño arco en la misma mano. Sus zapatitos de danza eran especialmente diminutos, y había en sus maneras un aspecto inocente y femenino que no solo me resultó atractivo, sino que produjo en mí un extraño efecto. Me figuré que debía de parecerse a su madre, apacible criatura que no había sido, sin duda, apreciada ni tratada como merecía.

—Tengo un verdadero placer en conocer a la amiga de la señorita Jellyby —dijo haciéndome una profunda reverencia—. Como es algo tarde para lo habitual —añadió con tímida ternura—, temí que la señorita no viniera hoy.

—Le ruego que tenga la bondad de atribuirme ese retraso a mí, que la he retenido, y que admita mis disculpas —dije.

—¡Nada, querida! —dijo.

—Y debo ser perdonada, además, porque casi he sido culpable de una tardanza mayor.

Tras esa disculpa fui a sentarme al lado de Peepy, que, como antiguo amigo de la casa, se había encaramado sobre un banco, donde estaba sentada una señora de edad con cara de pocos amigos, cuyas dos nietas formaban parte de la clase y que se indignó mucho al ver las botas del pobre niño. Prince Turveydrop dio la señal tocando su violín con los dedos y las alumnas ocuparon sus respectivos puestos. Entonces apareció por una puerta lateral el viejo señor Turveydrop, con toda la elegancia de su presencia.

Era un caballero anciano, alto, grueso, con dientes postizos, mejillas embadurnadas de colorete, patillas teñidas y peluca. Llevaba un cuello de pieles y una levita abierta. No le faltaba más que una placa o una banda azul para darle un aire más aristocrático. Iba apretado y holgado y vestido y calzado, tanto como era posible soportarlo. Tenía tal corbatín puesto (que le

hinchaba tanto los ojos que se le salían de las órbitas) y su barbilla e incluso sus orejas estaban tan hundidas en él que parecía que se doblaría sobre sí mismo si se lo desanudasen. Llevaba debajo del brazo un inmenso y pesado sombrero que se estrechaba de la punta al ala y en la mano un par de guantes blancos con los que lo golpeteaba, mientras se apoyaba sobre una pierna con los brazos en jarras y los hombros levantados con una elegancia insuperable. Llevaba, además, un bastón, un monóculo, una caja de rapé, anillos, pulseras y todo cuanto pueda imaginarse excepto naturalidad. No tenía nada de joven, y mucho menos de viejo, y solo se parecía a sí mismo, esto es, una presencia perfecta.

—Padre, una visita: la señorita Summerson, la amiga de la señorita Jellyby.

—Me honra mucho la visita de la señorita Summerson —respondió el caballero, cuyos ojos evidenciaron el esfuerzo que tuvo que hacer para inclinarse con una graciosa reverencia.

—Mi padre —me dijo Prince con enternecedora convicción— es una celebridad, se le admira mucho.

—Anda, Prince, ocúpate de la lección —dijo el señor Turveydrop, dándole la espalda a la chimenea y agitando los guantes con expresión llena de condescendencia—, continúa ocupándote de ella, hijo mío.

A esa orden, o educada autorización, empezó la clase. Prince tocaba el violín marcando el compás de la danza, tocaba el piano de pie, y a veces tarareaba la melodía con el escaso aliento que le quedaba mientras rectificaba a un alumno; siempre corrigiendo concienzudamente al menos hábil en cada paso y en cada parte de la figura; y sin descansar nunca un instante. Mientras, su admirable padre, de pie delante de la chimenea, desplegaba toda la gracia de su presencia.

—Nunca hace otra cosa —dijo la vieja señora con cara de pocos amigos—. Para eso es el director, y por algo la academia lleva su nombre.

—Pero es también el de su hijo —respondí.

—Pues no dude usted de que si el viejo pudiese se lo quitaría —replicó la señora—. Repare usted en la ropa que lleva el pobre muchacho.

Estaba, en efecto, muy raída, y el día menos pensado asomaría el forro por alguna parte.

—Pero es preciso, por lo visto, que todo se lo lleve el padre para destacar su elegante presencia. ¡Que lo presencien! Me causa tanta aversión presencial que no puedo con él.

—¿No da lecciones de buena presencia? —pregunté.

—¿Él? —respondió la vieja señora de inmediato—. No ha dado en la vida lecciones de nada...

Después de pensarlo un momento, sugerí que tal vez era diestro en la esgrima.

—No me creo que practique esgrima en absoluto, señorita —dijo la vieja señora.

Manifesté mi sorpresa y mi curiosidad. La señora se animaba por momentos contra el maestro de buena presencia, y me contó detalles de su carrera, con muchas protestas de que lo estaba suavizando.

Había estado casado con una profesora de baile, una débil y apacible criatura que tenía bastantes alumnas, y como él no sabía hacer otra cosa que exhibir su presencia, hizo trabajar a la pobre mujer, o permitió por lo menos que trabajase, hasta perder la salud para atender los gastos que reclamaba su posición en el mundo. La manía de lucir su elegancia hacía preciso ser visto en Brighton y en cualquier otro sitio que estuviese de moda, y llevar una vida de ocio con las mejores ropas. Mientras tanto, la pobre profesora de baile trabajaba sin descanso para que él pudiera llevar una vida fastuosa, y seguiría aún trabajando si sus fuerzas hubieran durado hasta ese día. Porque lo más curioso de la historia es que, a pesar del egoísmo absorbente de ese hombre, su pobre mujer, subyugada por tanta presencia, lo había amado locamente hasta el último suspiro, y había encontrado en su lecho de muerte las expresiones más tiernas para recomendarlo a su hijo como un ser de quien debía sentirse orgulloso y reconocido y que tenía derechos imprescriptibles sobre él. El hijo había heredado la convicción de la madre y trabajaba doce horas al día en beneficio de su padre, mientras contemplaba a este con veneración sobre el pedestal que se había erigido a sí mismo el viejo elegante.

—¡Observe usted qué aires se da este hombre! —dijo mi informante, agitando la cabeza hacia el viejo señor Turveydrop con indecible indignación, mientras este tiraba de sus estrechos guantes, por supuesto inconsciente del homenaje que le estaba rindiendo—. Está convencido de que pertenece a la aristocracia, y si le oyera usted creería que es el mejor de los padres. ¡Ay, qué gusto si pudiera darle de bofetadas! —añadió con infinita vehemencia.

No pude menos que reírme, a pesar de la tristeza que me había causado el relato que acababa de hacerme la vieja señora. Al ver al padre y al hijo, era fácil convencerse de la verdad de sus palabras. Lo que hubiese podido pensar de ellos sin el relato de la anciana, o lo que hubiese podido pensar del relato de la anciana sin ellos, no puedo decirlo. El conjunto presentaba tal cohesión que empujaba a albergar dicha convicción.

Mi mirada todavía vagaba del pobre Prince, entregado enteramente al

trabajo, al pretencioso anciano que se pavoneaba con su buena presencia, cuando, con su habitual displicencia y contoneándose, se acercó un momento hacia mí para entablar conversación.

Me preguntó si Londres tenía la dicha y la distinción de ser mi residencia habitual. No creí necesario decirle lo que pensaba de la dicha de mi presencia, y me limité a contestarle dónde vivía.

—Una dama tan elegante y perfecta —dijo besando su guante derecho y señalando luego hacia las alumnas—, ¿se dignará mostrarse indulgente con las gracias que nos faltan? Ponemos todos nuestros esfuerzos en pulir, pulir y pulir.

Se sentó a mi lado, teniendo cuidado de colocarse en el banco como el ilustre modelo de un grabado en el cual aparecía un caballero sentado en un sofá en actitud completamente igual a la que él adoptara.

—¡Pulir, pulir y pulir! —añadió tomando un poco de rapé y agitando los dedos con finura—. Pero no somos, si puedo decir esto de alguien moldeado para ser elegante tanto por la naturaleza como por el arte —con una inclinación de hombro alzado, que parecía incapaz de ejecutar sin levantar las cejas y cerrar los ojos—, no somos lo que solíamos ser en cuanto a presencia.

—¿De verdad, caballero? —pregunté.

—Hemos degenerado —respondió moviendo la cabeza dentro de los límites de su corbata—, una época igualitaria como la nuestra no es favorable a la buena presencia. Desarrolla todos los instintos vulgares. Tal vez no debía entrar en esta cuestión, en la cual no dejo de ser parte directamente interesada, ni me compete decirle que me han dado el apodo de El Caballero Turveydrop, y que Su Alteza Real el Príncipe regente, habiendo reparado en el saludo que le hice en el momento en que salía del pabellón de Brighton, ese edificio tan elegante, me hizo el honor de preguntar: «¿Quién es? ¿Es posible que no lo conozca? ¿Por qué no tiene treinta mil al año?». Una simple anécdota..., pero que corrió, de boca en boca, y fue muy celebrada, que se recuerda aún, con frecuencia, en las clases altas de la sociedad.

—¿De verdad? —dije.

Se inclinó, ceremoniosamente, con los hombros levantados.

—En cuanto a lo que nos queda de buen porte —añadió—, Inglaterra (¡pobre país mío!) ha degenerado muchísimo, y sigue degenerando día tras día. Ya no le quedan muchos caballeros. Somos pocos. No veo que nos pueda suceder más que una raza de tejedores.

—Cabe esperar que la raza de los caballeros se perpetúe en esta casa —dije.

—Es usted muy amable —me respondió con una sonrisa y una nueva reverencia de hombros levantados—, me halaga usted, pero no..., ¡no! No he podido inculcar nunca a mi pobre hijo esa parte importante de este arte. El cielo me libre de ser injusto con mi querido muchacho, pero no tiene... buena presencia.

—Parece un excelente profesor —le dije.

—Entendámonos, señorita: es un excelente maestro, posee todo lo que puede adquirirse, enseña a sus discípulos todo lo que puede enseñarse, pero le falta... —Tomó un poco de rapé, alzó los hombros, se inclinó y me miró como diciendo: «le falta esta clase de cosas, por ejemplo».

Dirigí la mirada al centro del salón, donde el novio de la señorita Jellyby trabajaba con sus alumnas individualmente, con gran empeño.

—¡Mi amado muchacho! —murmuró el señor Turveydrop arreglándose la corbata.

—¡Su hijo es infatigable! —dije.

—Me causa usted un grato placer con sus palabras, señorita —respondió el señor Turveydrop—. Mi querido Prince, en ciertos aspectos, sigue los pasos de su santa madre, una mujer de una gran abnegación. Pero ¡mujeres, amadas mujeres! —dijo el señor Turveydrop con una desagradable galantería—. ¡Qué difíciles que son ustedes!

Me levanté para ir a reunirme con la señorita Jellyby, que se estaba poniendo el sombrero. Como ya había pasado todo el tiempo de la clase, hubo una puesta de sombreros general. No sé cómo la pobre Caroline y el desafortunado Prince habían tenido un momento para declararse, pues, desde luego, desde nuestra llegada no habían podido hablarse dos minutos seguidos.

—Hijo mío —dijo el señor Turveydrop dirigiéndose a su hijo con voz benévola—, ¿sabes qué hora es?

—No, padre.

El hijo no tenía reloj, y el padre sacó el suyo, muy bonito y de oro, con una majestad ejemplar para todo el género humano.

—Hijo —dijo—, son las dos. No olvides que a las tres en punto das una lección en Kensington.

—Me da tiempo de sobra, padre —dijo Prince—. Voy a tomar algo de la cena rápido y salgo.

—Pues date prisa —replicó su padre—. Ya te he dejado cordero frío encima de la mesa, para que no pierdas tiempo.

—Gracias, padre. ¿Va usted a salir?

—Sí, hijo mío. Creo —agregó el señor Turveydrop, cerrando los ojos y alzando los hombros con modestia—, creo que es conveniente, como todos los días, que me vean pasear.

—Haría usted bien en comer a gusto en algún sitio —dijo Prince.

—Eso, hijo mío, es lo que pretendo. Comeré algo en el restaurante francés del teatro de la Ópera.

—No se prive usted de nada. Adiós, padre —dijo Prince dándole la mano.

—¡Adiós, hijo mío! ¡Tienes mi bendición!

Estas palabras, que el señor Turveydrop pronunció con deje piadoso, agradaron de manera evidente al joven, que se mostraba tan amable con él, tan en deuda, tan orgulloso de él que casi me reprendí por no participar de la admiración del joven por el viejo. El instante que nos concedió Prince para despedirse de nosotras (especialmente de una de nosotras, lo que aprecié gracias a conocer el secreto), aumentó la impresión favorable que me había producido su carácter aniñado. Comprendí que su deseo era permanecer más tiempo al lado de Caddy, pero, esclavo del deber, cogió su violín y se marchó con pena, aunque demostrando tan buen humor hacia su cordero frío y su escuela de Kensington, que casi me enfadé tanto contra el padre como la vieja señora.

El padre abrió la puerta y nos cedió el paso con una de sus graves inclinaciones modélicas. De la misma forma se despidió de nosotras al pasar por el lado opuesto de la calle cuando iba a lucir su presencia en la parte más aristocrática de la ciudad, entre los pocos caballeros que aún quedan en Inglaterra. Estaba muy distraída pensando en todo lo que acababa de ver y oír en Newman Street, por lo que no presté atención a lo que Caroline me estaba diciendo. Me preguntaba si existían, fuera de los maestros de baile, otras personas cuya única ocupación consistiera en desplegar su presencia viviendo únicamente de la reputación de esta. La idea de que pudiera existir en el mundo cierto número de caballeros Turveydrop acabó por dominarme, hasta el punto de verme obligada a decirme: «Esther, haz un esfuerzo para apartarlo de tu mente y reanuda la conversación con la señorita Jellyby». Así lo hice y conversamos ininterrumpidamente hasta que llegamos a Lincoln's Inn.

Caddy me contó que la educación de su amado había sido tan descuidada que su escritura era la de un párvulo. Dijo que si se ocupase menos de la ortografía y no se esforzara tanto en escribir correctamente, escribiría mejor: ponía tantas letras en las palabras más sencillas que muchas veces no se sabía si escribía en inglés.

—Lo hace con la mejor de las intenciones —observó Caddy—, pero no consigue el efecto que desea, el pobre.

Caddy siguió argumentando que otra cosa no podía esperarse de un muchacho que no había hecho en su vida más que aprender y enseñar, enseñar y aprender a bailar desde la mañana hasta la noche. Sin embargo, eso a ella le importaba poco, ya se encargaría ella de escribir todas las cartas, y se alegraba de que Prince fuese más bueno que sabio.

—Después de todo —añadió—, no soy yo mucho más instruida que él, pues gracias a mamá ignoro todo lo que deben saber las muchachas de mi edad.

»Hay otra cosa que quiero contarle, ahora que estamos a solas —continuó Caddy—, que no me hubiese gustado mencionarle sin haber visto a Prince, señorita Summerson. Ya sabe cómo es nuestra casa. No sirve de nada tratar de aprender en nuestra casa nada que le viniera bien saber a la mujer de Prince. Vivimos en tal desorden que es imposible, y cuando he tratado de hacerlo no ha servido sino para descorazonarme aún más. Así que voy cogiendo algo de práctica (¿se lo puede creer?) ¡con la pobre Flite! A primera hora la ayudo a limpiar su habitación, a limpiar a los pájaros, y le hago una taza de café (me ha enseñado ella, por supuesto), y debo de haber aprendido bien, porque Prince dice que es el mejor café que ha probado en su vida y que le gustaría mucho al viejo señor Turveydrop, que es particularmente exigente con el café. También sé hacer pastelitos, y sé comprar pescuezo de cordero y té y azúcar y mantequilla y muchas otras cosas para la casa. No soy muy ducha con la aguja —dijo mirando los remiendos de la ropa de Peepy—, pero quizá mejore, y, desde que estoy prometida a Prince y hago estas cosas, me siento de mejor humor, espero, y más comprensiva con mamá. Me ponía más bien nerviosa al principio cuando las veía a usted y a la señorita Clare, tan limpias y tan bonitas, y me sentía avergonzada de Peepy y también de mí misma, pero, en general, espero estar de mejor humor de lo que estaba y ser más comprensiva con mamá.

La pobre chica ponía tanto empeño y lo decía todo tan de corazón que me sentí conmovida.

—Caddy, amor —dije—, empiezo a sentir gran cariño por ti, y espero que lleguemos a ser amigas.

—¿En serio? —exclamó Caddy—. ¡Qué feliz me haría eso!

—Mi querida Caddy —dije—, seamos amigas a partir de este momento y charlemos con frecuencia de estas cosas para encontrarles solución.

Caddy estaba contentísima. Yo dije todo lo que pude, a mi anticuada manera, para calmarla y darle ánimos, y aquel día no hubiera tenido nada malo

que objetarle del viejo señor Turveydrop, salvo una dote para su nuera.

En ese momento llegábamos a casa del señor Krook, cuya puerta estaba abierta. Había un cartel en la entrada anunciando que quedaba un cuarto libre en el segundo piso. Eso le recordó a Caddy decirme, mientras subíamos la escalera, que había habido una muerte repentina allí y una investigación, y que nuestra viejecita se había puesto enferma de miedo. Como la puerta y la ventana de la habitación libre estaban abiertas, nos paramos a mirar. Se trataba de la habitación de la puerta oscura que la señorita Flite me había señalado en secreto la última vez que estuve en la casa. Era un lugar sombrío y angustioso, que me provocó una extraña sensación de congoja e incluso de horror.

—¡Está pálida —dijo Caddy cuando salimos— y fría!

Me sentía como si el cuarto me hubiese dejado helada.

Encontramos a la señorita Flite en su buhardilla. Como habíamos caminado despacio mientras hablábamos, Ada y mi tutor estaban allí hacía ya un buen rato y se entretenían en contemplar los pájaros, mientras un médico, que tenía la bondad de visitar con mucha solicitud y compasión a la señorita Flite, hablaba con ella alegremente cerca de la chimenea.

—Ya he terminado mi visita. Nuestra enferma está mucho mejor —dijo el joven levantándose y saludándome— y puede volver desde mañana al Tribunal, donde se la ha echado mucho en falta, según he sabido.

Miss Flite recibió el cumplido sin sorprenderse y nos hizo su acostumbrada reverencia.

—Me honra mucho —dijo— la nueva visita de las pupilas del Tribunal, y tengo un verdadero placer en recibir, bajo mi humilde techo, a Jarndyce de la Casa lúgubre. —Hizo una reverencia especial—. Fitz-Jarndyce, hija mía —así llamaba siempre a la señorita Jellyby—, sea usted muy bienvenida.

—¿Ha estado enferma de gravedad? —preguntó el señor Jarndyce al doctor.

Aunque hizo la pregunta en voz baja, respondió la señorita Flite en tono confidencial:

—Sí, muy enferma, pero no del cuerpo sino del alma. ¡Oh! ¡Los nervios, los nervios! Hemos tenido una muerte en esta casa: un envenenamiento —continuó temblando y bajando la voz—. Como soy tan impresionable, me afectó mucho, pero el señor Woodcourt es el único que sabe cuánto. Les presento al señor Woodcourt, mi médico —dijo pomposamente—. Le presento a las pupilas en el pleito de Jarndyce, al señor Jarndyce de la Casa lúgubre y a la señorita Fitz-Jarndyce.

—La señorita Flite —respondió el señor Woodcourt con voz grave, como

si estuviera dando una orden al mismo tiempo que se dirigía a nosotros y posaba su mano amablemente en su brazo— describe su enfermedad con la agudeza que la caracteriza. Le conmovió un suceso que hubiera aterrado a alguien más fuerte. La emoción le ocasionó un gran trastorno, y me fue a llamar en el momento en que se descubría la muerte de aquel desventurado. Desgraciadamente era ya demasiado tarde y mi asistencia tan solo sirvió para prestar mis cuidados a la señorita Flite, compenso siéndole útil el no haber llegado a tiempo.

—Es el más generoso de todos los médicos de Londres —me dijo en voz baja la señorita Flite—. Espero que se falle el pleito, el día del Juicio, para pagarle espléndidamente.

—Dentro de dos o tres días —continuó el señor Woodcourt, mirándola con una sonrisa—, la señorita Flite estará completamente restablecida y podrá disfrutar de su nueva posición. ¿No saben ustedes lo que ocurre?

—¡Ah, sí! ¡La gran noticia! —nos dijo la señorita Flite, cuyo rostro brillaba de alegría—. Todos los sábados, Kenge, el elocuente abogado, o Guppy, uno de sus pasantes, me entrega un sobre con una nota con algunos chelines. Siempre la misma cantidad: tantos chelines como días tiene la semana. ¿De dónde procede este dinero? Lo ignoro. ¿Saben lo que pienso? Pues bien —dijo la señorita Flite echándose hacia atrás con una mirada muy astuta y moviendo el índice derecho con mucha intención—, creo que me lo envía el lord Canciller en consideración al tiempo que ha transcurrido desde que empezó a usar el gran sello, de lo cual hace muchos años, y continuará haciéndolo sin duda hasta el día de la sentencia. Es muy distinguido, aunque algo lento en sus actuaciones. Unos días atrás, en el Tribunal, adonde no faltó nunca con mis documentos, le atribuí ser el autor de esta dádiva, y casi lo confesó; por lo menos contestó con una sonrisa a la que yo le dirigía desde mi banco. Pero es una gran fortuna, ¿no? Y Fitz-Jarndyce me administra el dinero para mi mayor ganancia. ¡Sí, para mi mayor ganancia!

Le di mi sincera enhorabuena, y le manifesté el deseo de ver continuar tan oportuno aumento de sus rentas. En cuanto a adivinar de dónde podía proceder, era trabajo inútil. Mi tutor estaba delante de mí muy distraído mirando, al parecer, a los pájaros de la señorita Flite, y no tuve que mirar mucho más lejos para saberlo.

—¿Y cómo llama usted a esos pajarillos, señora? —preguntó con amabilidad el señor Jarndyce—. ¿Tiene cada uno su nombre?

—Sí —respondí— y la señorita Flite nos prometió decírnoslos. ¿Te acuerdas, Ada?

Ada se acordaba perfectamente.

—¿Hice tal promesa? —dijo la señorita Flite—. Pero ¿quién está ahí? Krook, ¿por qué está usted escuchando detrás de la puerta?

—No escuchaba, señorita Flite —dijo el viejo, que entró con su gorra de piel en la mano y la gata entre los pies—. Iba a llamar... ¡pero es usted tan fina de oído!

—¡No entre con la gata! ¡Que se vaya! —exclamó la señorita Flite con cólera.

—¡Bah! ¡Bah! —murmuró el señor Krook, mirándonos a todos, de uno en uno, con mirada penetrante y socarrona—. No hay cuidado de que haga el menor daño a los pájaros mientras esté yo aquí, a menos que se lo dijera yo.

—No le hagan ustedes caso —dijo la señorita Flite muy dignamente—. Está L, completamente L. ¿Qué quiere usted? Que tengo visita.

—¡Ji, ji, ji! ¿No sabe que soy el lord Canciller?

—¿Y qué quiere usted decir con eso? —dijo la señorita Flite.

—Que sería muy gracioso —dijo el viejo— que el lord Canciller no conociese a todos los Jarndyce, ¿no le parece, señorita Flite? Servidor de usted, caballero: sé tanto como usted acerca del pleito de Jarndyce contra Jarndyce. Conocí a sir Thomas, pero no lo he visto a usted nunca, caballero, ni aun en el Tribunal, a pesar de que me paso muchas horas en él al día durante el año.

—No voy nunca —respondió mi tutor, que no iba en ningún caso—, preferiría...

—¿De verdad? —dijo Krook con una sonrisa—. Es usted muy severo con mi noble y erudito colega, caballero. Sin embargo, comprendo que es cosa natural en un Jarndyce: gato escaldado, huye del agua fría. ¿Qué me dice usted de los pájaros de mi inquilina, señor Jarndyce? —prosiguió el ropavejero, que se había ido acercando lentamente a mi tutor y lo miraba a través de los anteojos—. Una de las rarezas de la señorita Flite es no querer decir el nombre de sus pájaros, aunque cada uno tenga el suyo —dijo en un susurro—. Flite, ¿quiere usted que me encargue de decirlo? —preguntó ya en voz alta, mientras nos guiñaba el ojo y la señalaba a ella, que se daba la vuelta y hacía como que limpiaba la chimenea.

—Puede usted hacerlo —respondió la vieja rápidamente.

El señor Krook alzó los ojos hacia la jaula, luego a nosotros y comenzó la relación siguiente:

—Juventud, Alegría, Esperanza, Paz, Reposo, Vida, Cenizas, Polvo, Desorden, Necesidad, Ruina, Desesperación, Furor, Muerte, Hipocresía,

Mentira, Palabras, Peluca, Harapo, Pergamino, Despojo, Fallo, Jerga, Necedad y Caos. Ahí los tienen ustedes todos —dijo el viejo—, encarcelados por mandato del lord Canciller, mi ilustre colega.

—¡Empiezo a sentir la influencia del maldito levante! —murmuró mi tutor.

—Se les pondrá en libertad el día en que mi noble colega pronuncie su fallo —continuó el señor Krook haciéndonos otro guiño— y entonces, si llega ese día, caerán bajo las garras de algún otro pájaro que no haya estado nunca enjaulado.

—No cabe duda de que hay viento de levante —repitió mi tutor, buscando una veleta con la mirada.

Nos fue muy difícil salir de aquella casa, no porque la señorita Flite insistiese en retenernos, pues era muy razonable y delicada siempre que se trataba de respetar la voluntad de los demás, sino porque el señor Krook la había tomado con el señor Jarndyce. Se hubiera dicho que una cadena invisible le unía estrechamente al señor Jarndyce, a quien seguía, paso a paso. Propuso mostrarnos su Cancillería, y toda la extraña mezcolanza que contenía. El señor Krook prolongaba evidentemente la inspección, con intención de hablar de un asunto que no se atrevía a mencionar, y nunca el temor y el deseo, nunca la indecisión se reflejó tan claramente como entonces en la fisonomía y las maneras del viejo. El señor Krook no se separaba de mi tutor, y le observaba con el aire inquieto y astuto de un zorro, parándose delante de él cuando nos parábamos, y pellizcándose con su mano nudosa el labio inferior, con el convencimiento de la importancia de lo que tenía que decir, alzando los ojos, frunciendo las cejas y esforzándose en leer en las facciones del señor Jarndyce, sin llegar a vencer el embarazo o el recelo que le impedían hablar.

Después de habernos hecho recorrer toda de la casa, seguidos siempre por la gata, y de haber comprobado una vez más la extraña mezcolanza que constituía el comercio del señor Krook, entramos en la trastienda, en cuyas paredes había pegados varios alfabetos, impresos en diferentes caracteres, y sobre un tonel un tintero, algunas plumas gastadas y varios carteles de teatro rasgados y mugrientos.

—Y en esta pieza, ¿qué es lo que hace usted? —le preguntó mi tutor.

—Aprendo a leer y a escribir por mis propios medios —respondió el señor Krook.

—¿Con buen resultado?

—No mucho —repuso el viejo con aire impaciente—. Es muy difícil a mi edad.

—¿Por qué no busca usted quien le enseñe? —observó mi tutor.

—Porque no estoy seguro de encontrar un buen maestro —dijo el viejo con un brillo increíble de suspicacia en la mirada—. Me he perdido mucho por no saber leer, pero no quisiera perderme más porque me enseñen a leer al revés.

—¿Y por qué habrían de enseñarle a leer al revés? —preguntó mi tutor sonriendo.

—No lo sé, señor Jarndyce de la Casa lúgubre —respondió el viejo, subiéndose las gafas a la frente y frotándose las manos—. No creo que lo hicieran adrede..., pero es preferible que cada cual cuente consigo mismo y no se fíe de los demás.

Todo esto era tan extraño, que al salir con el señor Woodcourt, mi tutor le preguntó, mientras nos paseábamos por Lincoln's Inn, si el señor Krook estaba realmente loco, como decía su inquilina. El joven médico contestó que no tenía motivo alguno para creerlo. Que el señor Krook era, desde luego, excesivamente desconfiado como todas las personas ignorantes, y por otra parte estaba casi siempre bajo la influencia de la ginebra, de la que hacía un consumo enorme, como habíamos podido advertir por el olor que exhalaba su tienda y especialmente su persona, pero que nada veía en él que indicara locura, de momento.

Por el camino, reconquisté de tal modo el afecto de Peepy comprándole un pequeño molino de viento con dos sacos de harina, que fue preciso colocarlo a mi lado en la mesa, y Caddy se sentó entre Ada y yo. Tratamos con mucho cariño a Caddy y también a Peepy, y Caddy estaba radiante, su alegría nos animaba, y mi tutor se mostraba tan alegre como nosotros. Por la noche, Caddy se retiró a su casa en un coche de alquiler, con Peepy, a quien había llevado al carruaje profundamente dormido, pero sin soltar de la mano su pequeño molino de viento.

Olvidaba decir —o por lo menos no lo he dicho—, que el señor Woodcourt, el médico de la señorita Flite, era ese mismo joven moreno que conocimos en casa del doctor Badger, y que el señor Jarndyce lo invitó a cenar con nosotros, que él aceptó y que al marcharse le dije a Ada: «Señorita, ahora me doy cuenta de que no hemos hablado de Richard...». Ada se echó a reír y me dijo...

Pero ¿de qué serviría repetir lo que me dijo mi hermosa Ada? ¡Era tan divertida! ¡Le gustaba tanto bromear!

Bell Yard

Durante nuestra estancia en Londres, el señor Jarndyce se vio constantemente asediado por esa multitud de señoras y caballeros cuyas acciones y maneras nos habían causado siempre tanto asombro. Algunos días después de nuestra llegada vino a visitarle el señor Quale. Nunca había sido mayor la exaltación de este caballero. Se hubiera dicho que quería proyectar las prominencias lustrosas de su frente y de sus sienes en todo lo que encontraba en su camino, y que sus cabellos, echados a fuerza de peine y cepillo hacia atrás, aspiraban a volar de su cráneo con el ardor inextinguible de una filantropía sin límites. Todas las causas le gustaban, sin excepción, y su inteligencia universal lo hacía apto para todo. Sin embargo, se sentía particularmente inclinado a la organización de los homenajes de reconocimiento público en favor de cualquier empresa o persona. Sus facultades admirativas parecían haber absorbido la mayor parte de la fuerza de su alma, y pasaba largas horas bañándose las sienes, con delicia, en las oleadas de luz que esparcía, en torno suyo, cualquier luminaria. Lo había visto abismado en tanta admiración por la señora Jellyby que había supuesto que esta señora era el objeto exclusivo de su culto, pero muy pronto salí de mi error cuando me enteré de que era el heraldo y pregonero entusiasta de una legión de individuos.

Acompañó un día a la señora Pardiggle, que venía a ver a mi tutor con motivo de no sé qué suscripción, y nos pregonó las perfecciones de aquella valerosa mujer con el mismo entusiasmo con que se había deshecho en elogios hacia la señora Jellyby. Algunos días después, la señora Pardiggle escribió a mi tutor recomendándole al señor Gusher, su elocuente amigo, que se presentó muy pronto acompañado del señor Quale. Era un caballero obeso, sudoroso, colorado y cuyos ojos, demasiado pequeños para su cara de luna llena, parecían haberse hecho para otra persona. Sin embargo, apenas nos habíamos sentado cuando, a despecho de su exterior nada agradable ni simpático, el señor Quale nos preguntó a Ada y a mí, de manera no poco ruidosa, si no era una enorme criatura —lo que, desde luego, era en términos de gordura, aunque el señor Quale quería decir en cuanto hermosura intelectual— y si no estábamos pasmadas con la gigantesca forma de su frente. En definitiva, nos habló después de las obras de beneficencia a que se dedicaban todos sus amigos y conocidos. De todo cuanto nos dijo, solo sacamos en claro que la causa del señor Quale era extasiarse ante los actos de los demás, que es la causa más popular de todas las causas.

El señor Jarndyce, llevado por su extremada bondad y por su deseo de hacer todo el bien que podía, se había hecho amigo de todos aquellos filántropos, y no tardó en darse cuenta de que formaban una corporación muy

insatisfactoria, en la que la caridad, convertida en espasmódica, servía de uniforme a especuladores ávidos de fama, fogosos en sus discursos, turbulentos en sus actos, pródigos en palabras huecas y en agitación vana, serviles hasta la bajeza con los grandes, aduladores entre sí e insufribles para todos los que hubieran preferido precaver el mal, sin necesidad de causar todo aquel estruendo inútil y de recurrir a ostentosos paliativos irrisorios, cuando ya no era tiempo. Tal era, por lo menos, la opinión de mi tutor, que nos la confesó sin rodeos. Y cuando el señor Gusher reclamó un testimonio de gratitud para honrar al señor Quale (que había organizado otro no menos honroso para el señor Gusher), y con cuyo motivo el señor Gusher había hablado durante hora y media sobre los servicios prestados por el señor Quale en una reunión con asistencia de dos escuelas de niños y niñas pobres, a quienes se recordó en especial la contribución de las viudas, y a quienes se pidió que contribuyeran con medio penique y sacrificios aceptables, creo que el viento de levante sopló durante quince días.

Esto lo digo porque trae a mi memoria al señor Skimpole. Me parecía que sus bruscas profesiones de infantilismo y de despreocupación eran de gran alivio para mi tutor, y que estaba más dispuesto a creer en un hombre completamente cándido y sin doblez que a estos otros muchos opuestos, pues no podría dejar de serle agradable. No me atrevo a decir que el señor Skimpole adivinara todo el encanto que causaba su sencillez a mi tutor y que actuara en su propio beneficio. No profundicé nunca en su carácter para saberlo, pero puedo asegurar que se comportaba con todo el mundo de la misma manera que con mi tutor.

Había estado muy enfermo y, aunque vivía en Londres, hacía tiempo que no lo habíamos visto cuando un día apareció tan risueño y amable como era habitual en él.

Bueno, pues aquí estaba, nos dijo. Había padecido una enfermedad del hígado, y aprovechó aquella ocasión para imaginar que poseía una gran fortuna, pues era una enfermedad propia de las personas muy ricas, y por consiguiente se portó como un príncipe con su médico. Cada vez había doblado sus honorarios, e incluso algunas veces los había cuadruplicado. Le habló en los siguientes términos: «Ahora bien, mi querido doctor, es algo más que un error por su parte suponer que me atiende usted a cambio de nada. ¡Lo estoy ahogando en dinero (con mis generosas intenciones), a poco que lo piense!». Y en realidad (dijo) lo pensaba hasta tal punto que era igual que hacerlo. En efecto, si hubiera poseído esos pedazos de metal o de papel fino a los que dan los hombres tanta importancia, no hubiera vacilado en entregárselos al médico. Pero como no los tenía, se contentó con tomar la intención por el hecho, y, creyendo que esta moneda podía reemplazar a la otra, pagó con su buena intención. ¡Muy bien!

—Tal vez esto es posible porque no conozco el valor del dinero —dijo el señor Skimpole—, pero nada me parece más justo que el siguiente argumento: mi carnicero se presenta con su correspondiente notita. Es uno de los rasgos de la poesía instintiva de ese hombre llamar siempre a una larga factura «notita», para que nos parezca su pago más fácil. Amigo mío, le digo al carnicero, puede usted estar convencido de que tengo un verdadero placer en pagarle lo que le debo, y es por lo tanto inútil el trabajo que se ha tomado usted trayendo la notita. Tengo la más firme intención de pagarle, hágase usted la idea de que está pagado, y es lo mismo que si lo estuviera.

Mi tutor no pudo menos que reírse.

—¿Y si el carnicero —le dijo— lo imitase a usted y no le entregase la carne apuntada en su «notita», puesto que con la intención basta?

—Me sorprende usted, querido Jarndyce —fue la respuesta—, pues me contesta como cierto carnicero que me dijo un día: «¿Por qué come usted cordero a dieciocho chelines la libra?». «¿Que por qué como cordero a dieciocho chelines la libra? ¡Porque me gusta!», le respondí muy asombrado de la pregunta. ¿No era convincente lo que le decía? «Muy bien —continuó el carnicero—, lo que siento es no haberme contentado con la intención de darle a usted la carne como tiene usted hoy la intención de pagarme.» «Amigo mío —le digo—, lo mío es posible, lo de usted no. Va usted a verlo: usted tenía el cordero, luego no podía tener la intención de dármelo sin enviármelo inmediatamente, en tanto que yo, que no tengo ese dinero, ¿cómo quiere que pueda hacer más que tener la intención de dárselo?» No supo qué contestar y se retiró sin decir una palabra.

—¿Y no recurrió a la justicia? —preguntó mi tutor.

—Por supuesto —respondió el señor Skimpole—. El desgraciado, en vez de seguir los consejos de la razón, no escuchó más que a su resentimiento, y... Esto me recuerda al señor Boythorn: me ha escrito que le había usted prometido ir con estas señoritas a hacerle una visita a su casa de Lincolnshire.

—Es cierto, las chicas lo quieren mucho —dijo el señor Jarndyce—, y he aceptado por ellas su invitación.

—La naturaleza se ha olvidado de suavizar los tintes y los contornos en ese hombre —nos dijo el señor Skimpole a Ada y a mí—. Es impetuoso como el mar, se enfurece como un toro que se hubiese hecho a la idea de que todo es rojo. Pero reconozco que, como martillo de yunque, tiene su gracia.

Lo extraño hubiera sido que aquellos dos hombres, de caracteres tan distintos, pudieran tener uno de otro una buena opinión cuando el señor Boythorn atribuía tanta importancia a todas las cosas y el señor Skimpole se preocupaba tan poco de nada. Asimismo me había dado cuenta de que el señor

Boythorn más de una vez había estado a punto de romper a opinar con fuerza cuando se hablaba del señor Skimpole. Por supuesto solo me uní a Ada para decirle que nos resultaba muy agradable.

—A mí también me invitó a ir a verlo —continuó el señor Skimpole— y, como mi ingenuidad se fía de semejante hombre, accederé a su invitación, puesto que puedo contar con la fuerza sumada de estos dos ángeles para que me protejan. Me ofrece pagarme el viaje de ida y vuelta, que me imagino que costará algo de dinero. ¿Tal vez unos chelines? ¿O unas libras? ¿O algo por el estilo? Y hablando de otra cosa, señorita Summerson, ¿se acuerda usted de nuestro amigo Coavinses?

Me lo preguntó mientras el asunto se le presentaba en su mente, a su elegante y alegre manera y sin el menor embarazo.

—Pues sí —dije.

—Pues bien, señorita, acaba de ser arrestado por el Gran Alguacil —dijo el señor Skimpole— y no volverá a poner preso a nadie.

Aquellas palabras me causaron una viva impresión, porque el recuerdo de aquel hombre sentado en el sofá secándose la cabeza esa noche se asociaba en mi mente a pensamientos muy poco agradables.

—Me ha dado la noticia el sucesor de Coavinses —prosiguió diciendo el señor Skimpole—. Ese buen hombre se halla actualmente en mi casa para el embargo, según se suele decir. Figúrense que vino ayer, día del cumpleaños de mi hija de ojos azules, y le hice ver la inconveniencia de semejante modo de proceder: «Si tuviera usted una hija inocente y encantadora como esta, ¿le gustaría que el día de su cumpleaños me presentase yo, como viene usted a mi casa, sin ser invitado?». Pero allí se quedó.

El señor Skimpole no pudo menos que reírse de un hecho tan absurdo e hizo correr los dedos sobre el piano junto al cual estaba sentado, y tocó un arpeggio allí donde he puesto un punto:

—Y en eso me dijo dicho que Coavinses deja. Tres hijos. Sin madre. Y sin empleo. Y que como la profesión de Coavinses. Es impopular. Los pobres niños. Se quedan en la calle.

El señor Jarndyce se levantó, se pasó la mano por la cabeza, y empezó a pasearse de un extremo a otro de la habitación, mientras el señor Skimpole tocaba una de las canciones favoritas de Ada. Ambas miramos al señor Jarndyce y pensamos que sabíamos lo que le pasaba por la cabeza.

Cuando mi tutor hubo recorrido varias veces la sala con agitación, cuando se hubo frotado la cabeza en varias ocasiones, puso una mano sobre el teclado y dijo con aire pensativo, interrumpiendo al músico:

—Es una verdadera pena, Skimpole.

El señor Skimpole, que había olvidado completamente lo que había dicho, lo miró con asombro.

—Ese hombre tenía una misión y la cumplía —prosiguió mi tutor, dando algunos pasos y despeinándose como hubiera podido hacerlo el viento de levante si hubiese soplado—. Si nuestras locuras o nuestras culpas, nuestra desgracia o nuestra ignorancia de las leyes de este mundo han hecho a este hombre necesario, no debemos vengarnos en él de nuestros errores o miserias. No hacía mal a nadie, cumplía con su deber y mantenía a su familia. ¿Qué será de sus hijos?

—¿Coavinses? —preguntó el señor Skimpole, comprendiendo, al fin, a quién se refería mi tutor—. Es muy fácil saberlo. Vaya usted a su casa y saldrá de dudas.

El señor Jarndyce asintió hacia nosotras, que solo esperábamos la señal.

—Hijas mías, vamos. Ese paseo valdrá tanto como otro cualquiera. Vamos a casa de Coavinses.

Nos vestimos en un momento, y salimos. El señor Skimpole nos acompañó, muy contento de formar parte de semejante expedición. Era tan divertido, decía, ir en busca de Coavinses, en vez de huir de él ;como le había sucedido tantas veces! Nos llevó primero a Cursitor Street, Chancery Lane, y se paró en frente de una casa cuyas ventanas estaban provistas de rejas y a la cual daba el nombre de castillo de Coavinses. Entramos en el portal, llamamos al timbre y se asomó un chico rematadamente feo a una ventana erizada de puntas de hierro.

—¿Qué quieren? —preguntó, apoyando la barbilla en una de aquellas puntas.

—¿No residía aquí —dijo el señor Jarndyce— un agente o un alguacil o algo semejante que ha muerto hace poco?

—Sí, ¿y qué? —dijo el chico.

—Me gustaría saber su nombre, por favor.

—Neckett, de nombre —dijo el chico.

—¿En dónde vivía?

—En Bell Yard, casa del fabricante de velas, a mano izquierda. Blinder, de nombre.

—Era..., no sé qué expresión emplear —murmuró mi tutor—, ¿era muy trabajador?

—¿Neckett? —dijo el muchacho—. Incansable. Cuando se trataba de cazar a alguno, era capaz de permanecer en una esquina diez horas seguidas hasta conseguirlo.

—¡Qué le vamos a hacer! —dijo mi tutor hablando para sí—. Hubiera podido decir que lo iba a hacer y no haberlo hecho. No quería saber más, gracias.

Nos fuimos, dejando al chico con la cabeza a un lado y los brazos en la puerta, acariciando y chupando las puntas, y nos volvimos a Lincoln's Inn, donde nos esperaba el señor Skimpole, que se había mantenido prudentemente apartado de casa de Coavinses. Nos dirigimos después hacia Bell Yard, calle angosta cerca de Cursitor Street, donde vimos muy pronto la casa del fabricante de velas, y en dicha casa una vieja hidrópica o asmática, o tal vez ambas cosas a la vez, cuyo rostro resultaba agradable.

—¿Los hijos de Neckett? —me dijo cuando le pregunté—. Sí, en el tercer piso, en la puerta que mira a las escaleras —respondió dándome una llave por encima del mostrador.

Miré la llave y luego la miré a ella, pero daba por hecho que yo sabía qué hacer. Aquella llave era evidentemente la de la habitación de los niños, y tomándola sin hacer más preguntas me dirigí a la escalera, seguida por todos. Subimos de la manera más silenciosa posible, pero éramos cuatro y, al ruido de nuestros pasos, que hacían crujir los viejos escalones, un hombre entreabrió su puerta y preguntó bruscamente mirándome con cólera:

—¿Buscan a Gridley?

—No, señor —respondí—, voy más arriba.

Miró sucesivamente a Ada, al señor Jarndyce y al señor Skimpole con gesto adusto mientras subían detrás de mí, y contestó con voz muy áspera a los «buenos días» que mi tutor le dirigió al pasar. Era un hombre muy alto, amarillento, casi completamente calvo, con el rostro surcado de profundas arrugas y los ojos saltones. Sus modales agresivos e irritables, unidos a su gran corpulencia, aunque ya en su declive como era visible, me causaron miedo. Llevaba una pluma en la mano, y su habitación, a la cual le pude lanzar al subir una ojeada, estaba llena de papeles esparcidos por el suelo.

Mientras continuábamos nuestra ascensión, permaneció en la puerta hasta que me vio llamar al piso adonde íbamos. Una voz infantil chilló desde el interior:

—¡Estamos encerrados! ¡La señora Blinder tiene la llave!

Metí la llave al oírlo y abrí. Vimos en una buhardilla casi sin muebles a un muchacho de unos cinco a seis años, que sostenía en sus brazos a una niña

rolliza de dieciocho meses, cuyos gritos se esforzaba en acallar. No había fuego en la chimenea y hacía un frío glacial. Las dos infelices criaturas, pese a estar envueltas en unos chales y mantas viejas, tenían la nariz colorada y el rostro aterido por el frío, y los cuerpecitos encogidos. El muchacho paseaba arriba y abajo a la niña, a quien acariciaba y acallaba poniéndole la cabeza en su hombro.

—¿Quién os ha encerrado en este cuarto a vosotros solos? —le preguntamos naturalmente.

—Charley —respondió mirándonos con asombro.

—¿Tu hermano?

—No. Mi hermana, Charlotte. Padre la llamaba Charley.

—¿Cuántos hermanos sois?

—Yo, Emma —dijo tocando con la mano en el gorro de la criatura que llevaba en brazos— y Charley.

—¿Dónde está Charley?

—Fuera de casa, lavando —respondió el niño, que empezó a pasearse de un extremo a otro rozando la cabecera de la cama con el gorro de la pequeña, porque intentaba mirarnos mientras la paseaba.

Nos miramos sin decir nada los unos a los otros, cuando entró una muchacha, niña por la estatura, pero cuyo rostro astuto e inteligente, y muy bonito, parecía de más edad que su cuerpo. Llevaba un sombrero demasiado grande para ella, y se secaba los brazos con un delantal que le llegaba a los pies. Tenía los dedos arrugados y pálidos de lavar, y todavía le humeaba el jabón que se estaba quitando de los brazos. De no ser por eso, hubiera parecido una niña que jugaba a las lavanderas y que mostraba, al imitarlas, una gran capacidad de observación. Acudía deprisa de alguna casa vecina, y había subido con tanta precipitación que apenas podía hablar mientras se secaba los brazos.

—Aquí está Charley —dijo el muchacho.

La pequeñuela tendió los brazos a su hermana, gritando para que la cogiera. Charley cogió a la criatura, llevándola como una mujer con su sombrero y su delantal, y nos miró por encima de la espalda de Emma, que la abrazaba con amor.

—¿Será posible que esa niña —murmuró el señor Jarndyce mientras le acercábamos una silla a la niña para que se sentase con su carga y el niño se quedaba a su lado y la cogía del delantal— trabaje para mantener a sus dos hermanos? ¡Mirad, mirad! ¡Por amor de Dios!

Era, en efecto, un espectáculo el que presentaban aquellos tres niños juntos sin más sostén que su hermana, tan joven aún a pesar de la expresión de madurez y de fortaleza que contrastaba notablemente con sus rasgos infantiles.

—¡Charley! ¡Charley! ¿Qué edad tienes? —preguntó mi tutor.

—Más de trece, señor —respondió la niña.

—¡Qué mayor! —repuso mi tutor—. ¡Pues sí que eres mayor, Charley!

No puedo expresar la ternura con que el señor Jarndyce pronunció estas palabras. Su voz era una indescriptible mezcla de bondad y tristeza.

—¿Y vives sola con tus hermanos, Charley? —continuó.

—Sí, señor —respondió la niña, mirándolo confiadamente—. Desde que murió padre.

—¿Y cómo te las arreglas para mantenerlos? —preguntó mi tutor, volviendo la cabeza.

—Desde que nuestro padre murió, voy a trabajar. Hoy he estado lavando.

—Pero, por Dios, hija mía —exclamó mi Tutor—, ¡si no tienes estatura para llegar al lavadero!

—Sí, señor. Me pongo unos zuecos —dijo ella vivamente—. Tengo unos muy grandes, que eran de mi madre.

—Y ¿cuándo murió tu madre? ¡Pobre madre!

—En cuanto nació Emma —dijo la niña mirando al rostro que había sobre su pecho—. Papá me dijo que debía hacer de madre de Emma, y he hecho todo lo que he podido. He barrido la casa, he cuidado de la niña, he lavado la ropa antes de ir fuera a hacerlo. De este modo he aprendido a hacer todo, ¿sabe?

—¿Y vas con frecuencia a trabajar?

—Siempre que puedo, señor —respondió Charley abriendo los ojos y sonriendo—, porque así me gano unas monedas de seis peniques y algunos chelines.

—¿Y dejas encerrados siempre a los niños cuando te vas?

—Lo hago para que estén más seguros —dijo Charley—. La señora Blinder sube a echarles un vistazo de vez en cuando, y también el señor Gridley. Yo vengo cuando no estoy lejos. Los dos se divierten y a Tom no le da miedo estar encerrados, ¿no es verdad, Tom?

—No —dijo resueltamente Tom.

—Cuando se hace de noche y encienden los faroles de la calle, su luz llega hasta aquí, casi llega demasiada, ¿no es verdad, Tom?

—Sí, Charley, llega casi demasiada.

—¡Y Tom es tan bueno! —añadió Charley con expresión tan maternal y tan adulta—. Cuando Emma está cansada, la acuesta, y cuando él se cansa, se acuesta también, y cuando vuelvo, si enciendo la vela y traigo cena, se levanta para comer conmigo, ¿no es verdad, Tom?

—Sí, Charley, claro —respondió el niño que, conmovido ante la idea de la cena y, sin duda, llevado por el reconocimiento y el amor que sentía por su hermana, se tapó la cara con la falda de Charley, se puso a reír y acabó llorando.

Eran las primeras lágrimas que derramaban aquellos niños desde que entramos. Charley había hablado de su padre y de su madre sin manifestar emoción, como si la necesidad de conservar su entereza, sus ocupaciones y la satisfacción que le causaba su importancia, la hubieran hecho olvidar el dolor. Pero, cuando Tom se puso a llorar, aunque ella permanecía inmóvil y su rostro mirando hacia nosotros en silencio, demostraba una fingida calma, vi rodar dos silenciosas lágrimas por sus mejillas.

Ada y yo nos acercamos a la ventana con el pretexto de mirar los tejados y los tubos ennegrecidos de las chimeneas, las plantas atrofiadas y los pájaros de la vecindad en sus jaulas, y mirábamos sin ver, cuando oímos la voz de la señora Blinder que hablaba con mi tutor. La pobre mujer habría empleado en subir la escalera todo el tiempo que había transcurrido desde que estábamos en la buhardilla.

—No tiene importancia perdonarles el alquiler, señor —le decía—. ¿Quién tendría valor de cobrarles el dinero?

—Bien, bien —nos dijo mi tutor—, llegará un día en que esta excelente mujer sabrá que ha hecho una cosa tanto más meritoria cuanto menos importancia le da. ¿Cree usted —añadió al poco— que esa niña podrá continuar con esta tarea mucho tiempo?

—Creo que sí, caballero —respondió la señora Blinder, respirando con dificultad—. Es muy capaz, dadas las circunstancias. La manera en que ha cuidado de los dos niños, después de la muerte de su madre, le han valido los elogios de todo el barrio. Y fue un asombro ver cómo cuidaba a su padre cuando el pobre cayó enfermo. «Señora Blinder —me decía en sus últimos momentos, estaba acostado allí el pobre Neckett—, a pesar del oficio que he desempeñado en este mundo, he visto esta noche un ángel en este cuarto que velaba por mi hija, y la encomiendo a nuestro Padre que está en los cielos.»

—¿No tuvo otro oficio? —preguntó mi tutor.

—No, señor —dijo la señora Blinder—. Era agente del juzgado, encargado de cobrar las deudas. Cuando vino a la casa yo no sabía lo que era, y confieso que lo eché cuando lo supe. El oficio que ejercía es mal mirado en el barrio, es un oficio muy poco decente y muchas personas se quejaron, especialmente el señor Gridley, que es un buen inquilino, aunque tuvo que aguantar lo suyo.

—Y ¿echó usted por fin a Neckett? —preguntó mi tutor.

—Sí, señor —respondió la señora Blinder—. Pero pagaba puntualmente y esto me desarmó: no se le podía echar nada en cara, era laborioso, activo y buen sujeto, su comportamiento era ejemplar en todo —continuó la buena mujer mirando al señor Skimpole, sin saber a quién se dirigía—, lo cual es bastante en este mundo, y hasta se hace raro.

—¿De modo que continuó en la casa?

—¿Qué quería usted que le hiciese? Le dije que tratase de convencer al señor Gridley y yo me encargué de tranquilizar a los demás vecinos, prescindiendo de las habladurías del barrio. El señor Gridley se dejó convencer a regañadientes, y, aunque continuó siempre siendo muy gruñón con el pobre Neckett, desde que este murió se ha portado muy bien con los niños, y digo yo que a los hombres se les ha de juzgar por sus obras.

—¿Son muchos los que se han ocupado de esas pobres criaturas? —dijo el señor Jarndyce.

—Sí, señor. Casi todos los vecinos se han portado con ellos muy cariñosamente —dijo la señora Blinder—, olvidando la antipatía que les inspiraba el padre por su profesión. Hicieron una suscripción para los huérfanos. El señor Coavins puso una guinea, los agentes hicieron una colecta y varias personas de la vecindad, que siempre se reían de él y se daban codazos cuando pasaba, se apresuraron a contribuir a esta obra de caridad. Lo mismo sucede con Charlotte. Hay personas que no quieren darle trabajo por ser hija de un agente, y hay otras que, si bien la llaman, le echan en cara el oficio de su padre o se hacen los virtuosos por darle trabajo, aprovechándose tal vez de eso para pagarle poco y hacerle trabajar mucho. Pero ella es tan sufrida, tan diligente y tan sumisa, que se esfuerza por cumplir hasta el límite de sus fuerzas y acaba por granjearse el aprecio de todos. Así que yo diría que, en general, no está muy mal, señor, aunque podría estar mejor.

La señora Blinder, fatigada por una explicación tan larga, fue a sentarse para tomar aliento, y al señor Jarndyce se volvía hacia nosotras para decirnos algo cuando llamó su atención la entrada brusca del señor Gridley, de quien se acababa de hablar; era el inquilino que habíamos visto al subir la escalera.

—No sé a qué han venido ustedes aquí, señores —dijo al entrar, como si le estorbara nuestra presencia—. En cuanto a mí, no vengo por curiosidad y perdónenme que haya subido. Buenos días, Charley, buenos días, Tom. ¿Cómo va eso?

Su rostro y sus maneras habían conservado para con nosotros su rudeza y su severidad, pero se inclinó afectuosamente hacia los tres huérfanos, que lo miraron como se mira a un amigo. Mi tutor se dio cuenta de ello y observó tranquilamente:

—No creo que nadie pueda ser sospechoso de venir aquí por gusto.

—Puede ser, señor, puede ser —dijo el señor Gridley, colocando a Tom sobre sus rodillas y volviendo la espalda a mi tutor—. No tengo la costumbre de discutir con nadie, pues bastante he discutido en mi vida para perder más tiempo en ello.

—Tendrá usted sus motivos para... estar irritado e impaciente —dijo el señor Jarndyce.

—Ya le he dicho que no quiero discusiones —exclamó el señor Gridley enfureciéndose de pronto—. Tengo mal genio y suelo ser brusco. ¡No me gustan las cortesías!

—Lo veo, lo veo —dijo mi tutor.

—¿Sabe usted lo que es el Tribunal de Justicia, señor mío? —prosiguió Gridley, levantándose y dirigiéndose hacia el señor Jarndyce, como si fuera a pegarle.

—Demasiado lo sé, para mi desgracia.

—¿Para su desgracia? —repitió el inquilino, cuya cólera se apaciguó al momento—. Si es así, le pido a usted mil perdones. Sé que no soy muy cortés, pero le pido con toda sinceridad que dispense mi rudeza. Hace veinticinco años, caballero —continuó diciendo con violencia—, que ando sobre ascuas y he perdido el hábito de andar sobre alfombras. Entre usted un día en la Cancillería, pregunte con qué bromitas se amenizan a veces las audiencias y le responderán que el tema más interesante y divertido es el hombre de Shropshire, y ese soy yo —dijo dando un puñetazo con una mano en la palma de la otra—, yo soy el hombre de Shropshire.

—Creo que mi familia tiene también la honra de contribuir a la diversión del mismo respetable lugar —dijo mi tutor con calma—. Debe usted de conocerme por el apellido: me llamo Jarndyce.

—Señor Jarndyce —dijo Gridley con una especie de saludo tosco—, sobrelleva usted sus males con más paciencia que yo los míos. Además, le diría a usted, y a este caballero, y a estas señoritas, si es que son sus amigas,

que si no me desahogara, me volvería loco. Únicamente conservo el uso de razón sublevándome contra ellos, elucubrando proyectos de venganza y reclamando con cólera la justicia que me niegan —dijo con palabras simples y rústicas, y con gran vehemencia—. Me dirá usted que me exalto y que debería calmarme, y yo le contestaré que es propio de mi carácter sublevarme contra el mal, y que no veo término medio entre mi furor y las sonrisas perpetuas de una mujer vieja y loca que frecuenta también el Tribunal. Si cambiara de carácter, sería para acabar idiota.

Nada más penoso que ver aquel rostro alterado por la indignación y el acaloramiento, y los violentos gestos con los que acompañaba lo que decía.

—Señor Jarndyce —prosiguió—, va usted a ver si tengo o no razón. Le juro como hay Dios que es verdad. Somos dos hermanos: mi padre era granjero, y en su testamento le legó a mi madre todo cuanto poseía: sus tierras, su ganado y todo lo demás. A la muerte de mi madre, debía heredarlo todo yo, excepto trescientas libras que debía darle a mi hermano. Muere mi madre, y algún tiempo después mi hermano reclama sus trescientas libras. Varios de nuestros familiares y yo le recordamos que ha cobrado una parte en diferentes épocas en dinero, en alojamiento y demás. ¿Debe considerarse esto como anticipo de la legítima? He aquí la cuestión, no se trata de otra cosa. No hay oposición relativa al testamento ni dificultad de ninguna otra clase. Se ha pagado una parte de las trescientas libras, ¿sí o no? Esto es lo único que hay que precisar. Mi hermano me cita ante la Cancillería y me veo obligado a obedecer la ley, pues no había otra forma. ¡Hay hasta diecisiete demandados por un pleito tan sencillo! Y pasan dos años antes que le llegue el turno al pleito para la vista. Llega finalmente el turno, y, sin embargo, queda el pleito suspendido durante otros dos años para darle tiempo al juez (así se le pudra la cabeza sobre los hombros) a que haga un informe con objeto de saber si soy hijo de mi padre, lo cual nadie niega ni ha negado jamás. Se descubre entonces que no teníamos suficientes demandados (recuerde usted que hay diecisiete en el pleito), que se había olvidado uno, y vuelve a repasarse toda la causa. Los gastos ascendían ya al triple de lo que se disputaba. Mi hermano, para evitar pagar más costas, se hubiera contentado con retirar su demanda. Todo cuanto poseía lo ha devorado el pleito, el cual sigue pendiente, sin producir más que disgustos, miseria y desesperación. He aquí la situación en que me encuentro. Su pleito es de miles de libras, señor Jarndyce, en tanto que el mío es de unos cientos, pero ¿hay razón en esto para suponer que mi suerte es menos digna de lástima que la suya o menos dura de soportar cuando me han quitado vergonzosamente hasta el último chelín?

Mi tutor le contestó diciéndole que lo compadecía de todo corazón y que no pretendía tener el monopolio de las injusticias de tan monstruoso sistema.

—¡También usted! —exclamó el señor Gridley, exasperándose cada vez

más—. Es decir, que no puedo quejarme a nadie sin que salga con el sistema. Si me quejo: «Es el sistema». Si me presento en el Tribunal y digo: «Milord, ¿habrá alguien que tenga el valor de decirme si tengo razón? ¿No iré a proclamar que ya se me ha hecho justicia?», milord contesta que ni siquiera tiene noticia de mi causa, que él no hace más que dirigir el sistema. Si voy a casa del señor Tulkinghorn, el procurador de Lincoln's Inn Fields, que me saca de mis casillas con su calma y su aire satisfecho como lo tienen todos (sí, satisfecho porque ellos se hartan con lo que yo pierdo), y le digo que de una manera u otra alguno me las pagará, me contesta que eso depende del sistema y que él no es responsable. ¿Qué sucederá? Lo ignoro, pero acabarán por exasperarme y haré comparecer a los ejecutores de ese sistema ante el Tribunal del día del Juicio.

Su cólera era terrible. Jamás hubiera creído que pudiera llegarse a tal grado de furor de no haberlo visto.

—Lo he hecho —continuó secándose la cara—. Lo he hecho, sí, señor Jarndyce. Soy violento, y lo sé. Debería saberlo. Me han metido en la cárcel por desacato al Tribunal, por amenazar al abogado, por esto y lo de más allá, y supongo que no será la última vez. Soy el hombre de Shropshire, y espero algo más que divertir a esos señores. Dicen que haría mejor en callarme. ¡Ah! Si no pudiera desahogarme, me volvería loco. Era bueno y amable en otro tiempo, todavía lo recuerdan mis paisanos, pero es preciso que ahora dé rienda suelta a mi irritación si quiero conservar el juicio sano. «Señor Gridley —tuvo la desfachatez de decirme el lord Canciller la semana pasada—, lo mejor que podría usted hacer es volver a su pueblo en Shropshire y procurar ser útil en vez de perder aquí el tiempo.» «Lo sé, milord —le respondí—, y sé también que hubiera sido una dicha para mí ignorar hasta el nombre de su cargo. Por desgracia, no puedo destruir lo pasado, y lo pasado me obliga a venir aquí. Después de todo, no he venido por un capricho mío —le hice observar, pudiendo contenerme a duras penas—, sino porque ustedes me llamaron. Aquí me tiene, pues, y no saldré de aquí mientras me quede aliento para decir “Me han traído hasta aquí y me han echado mil veces. ¡Pues ahora échenme con los pies por delante!”.»

Su rostro se había acostumbrado durante tanto tiempo a expresar la cólera que su fisonomía era ya imposible que se suavizara ni aún en sus momentos de apaciguamiento.

—He subido —dijo, volviéndose hacia los niños— para llevármelos a mi habitación y entretenerlos un rato. No tenía intención de explicarles mi historia, pero lo hecho, hecho está. ¿Verdad que soy un ogro, Tom?

—No —respondió el niño—. ¿Verdad que no estás enfadado con nosotros?

—No, hijo mío, no. ¿Te marchas, Charley? ¿Sí? Pues bien, andando,

pequeña.

Tomó en sus brazos a la niña, que se quedaba muy contenta con él, y dijo:

—No sería extraño que encontrásemos en mi habitación un soldadito de mazapán. ¿Vamos a verlo?

Saludó al señor Jarndyce con cierto respeto, se inclinó ligeramente ante nosotras, y salió de la buhardilla con las dos niñas.

Sobre esto, el señor Skimpole comenzó a hablar, por primera vez desde nuestra llegada, con su habitual alegría. Dijo que era curioso ver el modo en que todo se va poniendo en su lugar por su inercia. No había que mirar sino al señor Gridley que poseía una fuerza de voluntad y una energía sorprendente, y que en la parte moral es una especie de herrero dispuesto siempre a batir el yunque. Pues bien, no teníamos más que figurárnoslo en la época en que entraba en la vida, contento, satisfecho, dispuesto para la lucha diaria, cuando se encontró en su camino la Cancillería que precisamente le proporcionaba el forcejeo para el cual estaba preparado. ¡Y así se unieron de por vida! De no ser por ese tropiezo, quién sabe si hubiera sido un gran general que destruyera toda clase de ciudades, o un gran político que bregase con toda clase de asuntos parlamentarios. Pero no, se habían encontrado la Cancillería y él, se habían enzarzado y había quedado decidido el destino de ese hombre. ¡Y ahí teníamos a Coavinses! Ese era otro. ¡Cuántas veces el propio señor Skimpole había murmurado contra la existencia de ese pobre Coavinses! Se había cruzado en su camino muchas veces, y le hubiera evitado con gusto el trabajo de seguirle. Hubo días en que si hubiera sido el sultán, cuando su visir hubiera ido a preguntarle: «¿Cuáles son los deseos que el Príncipe de los Creyentes deja en manos de su humilde esclavo?», hubiera respondido: «La cabeza de Coavinses». ¿Qué había sucedido en realidad, sin embargo? Que le había proporcionado trabajo a un hombre excelente, de quien, en cierto modo, era el bienhechor, y que por este medio le había permitido a Coavinses educar a esos graciosos niños, desarrollando en ellos todas las virtudes sociales. Hasta tal punto que se le henchía el corazón ahora y le subían las lágrimas a los ojos cuando miraba aquel cuarto y pensaba: «¡Yo he sido el gran patrón de Coavinses, y sus pocas comodidades se deben a mi esfuerzo!».

Tenía Skimpole una manera tan seductora de tocar estas cuerdas fantásticas, y formaba con su animada puerilidad un contraste tan notable con la gravedad de Charley, que mi tutor, que había estado hablando en voz baja con la señora Blinder, no pudo menos que sonreírse al reunirse con nosotros a tiempo de escuchar tan singulares conclusiones.

Ada y yo le dimos un beso a Charley, que nos acompañó hasta el pie de la escalera. Nos paramos un instante, para mirarla. No sé adónde iba, pero entró en un soportal oscuro, y la pobre muchacha, tan menuda, con su sombrero y su

delantal de mujer mayor, desapareció en medio del ruido y del tumulto de la gran ciudad, como una gota de rocío que se pierde en la inmensidad del océano.

XVI

Tom-completamente-solo

Lady Dedlock está en constante movimiento, y el noticiero del gran mundo se ve en apuros para localizarla. Ayer estaba en Londres, hoy está en Chesney Wold, y mañana estará tal vez en París. ¡Quién sabe! Sir Leicester, a pesar de estar animado por su característica galantería, apenas puede seguirla, aunque la hubiera seguido de no ser por la gota, que aquellos días precisamente le atacó las piernas.

Sir Leicester acoge la gota como un achaque importuno, pero un achaque de origen aristocrático. Desde tiempo inmemorial todos los Dedlock han tenido gota por línea directa del varón. El hecho está probado, señores, y nadie lo pone en duda. Los antepasados de otros hombres han podido morir de reumatismo o ser atacados por el bajo contagio de una enfermedad vulgar. Pero en los Dedlock es tradicional que, hasta en la muerte, esa gran niveladora, rija en ellos cierta ley exclusiva. Mueren todos de su propia gota, que se transmite a la ilustre línea sucesoria al igual que el servicio de plata, los cuadros y la quinta de Lincolnshire, y forma parte de sus dignidades y derechos. Aunque sir Leicester no ha hablado con nadie sobre este punto, está, sin embargo, convencido de que el ángel de la muerte se expresa así delante de los fantasmas de la aristocracia, cuando uno de los miembros de su familia expira: «Milores y caballeros, tengo la honra de presentar a otro Dedlock que viene aquí, con certificado de que ha sido a causa de la gota familiar».

De ello resulta que el barón abandona sus nobles piernas a la enfermedad de sus antepasados, como una herencia feudal por su apellido y su riqueza. No deja de reconocer que la gota se toma excesiva libertad al tender a un Dedlock en el lecho, retorcerle los dedos de los pies y apuñalarle los miembros con aceradas puntas, pero dice con resignación: «Todos mis antepasados sufrieron este tormento. Es tradicional en la familia. Es algo convenido, desde hace largos siglos, que esta noble enfermedad es la única que ha de llevarnos al panteón de nuestros progenitores, y por lo tanto no puedo menos que ratificar este convenio».

Con el rostro congestionado, hace esfuerzos para dominar el dolor, y está noblemente acostado en medio del gran salón y enfrente del retrato de milady,

que mira con respeto. El sol brilla en torno suyo. Anchas franjas luminosas, que alternan con sombras, penetran por la larga hilera de ventanas. En el exterior, los majestuosos robles, arraigados hace muchos siglos en un suelo que no ha abierto nunca el arado, dan testimonio de su grandeza. Pero, en el interior, los retratos de sus antepasados parecen decirle: «Cada uno de nosotros fue en estos lugares una realidad pasajera, después dejó tras de sí esta imagen, y ahora no somos más que un recuerdo vago, como el graznido lejano de los cuervos...». Los retratos de sus antepasados atestiguan su poder, que jamás fue tan grande como ahora. ¡Ay de Boythorn! ¡Ay del liberal que trate de disputarle una pulgada de la tierra que posee!

Milady solo está en pintura al lado del ilustre barón. Ha ido a la ciudad por un día únicamente. Mañana reemprenderá su vuelo hacia Chesney Wold, con gran confusión del noticiero del gran mundo, que no ha sido avisado. El palacio no estaba preparado para recibirla, y por ello se halla en la penumbra y amodorrado. Un solo mercurio, con la cabeza empolvada, bosteza de fastidio en la ventana del vestíbulo. Sin ir más lejos, anoche les decía el fámulo a sus compañeros, acostumbrado como estaba al bullicio y a la animación, que, si aquel estado de cosas se prolongaba, no tendría más remedio que arrojarse al río.

¿Qué relación puede haber entre este mercurio, la quinta de Lincolnshire, el palacio de Londres y el paradero de Jo, el proscrito de la escoba sobre el cual cayó un rayo de luz celeste la noche en que barrió los escalones del cementerio de los pobres? ¿Qué relación existe entre tantas personas que, separadas por un abismo, no dejan, sin embargo, de estar tan cerca, unidas por los numerosos dramas que encierra la sociedad?

Jo prosigue su humilde faena de barrendero en su cruce, sin tener conciencia de la cadena misteriosa que une a ciertos seres, y cuando le preguntan algo, resume su condición mental contestando que «no sabe nada». No sabe sino que le es muy difícil conservar limpia la calle cuando llueve, y que es difícil, en general, mantenerse con lo que gana, pero aun esto ha tenido que adivinarlo, pues nadie le ha enseñado tanto. Vive, es decir, no ha acabado de morir, en un sitio indescriptible, que sus semejantes conocen con el nombre de Tom-completamente-solo, que es una calle sombría y negra cuyas casas amenazan ruina. Algunos vagabundos, muy atrevidos o muy apurados, se apoderaron de aquellas casas desiertas en una época en que ya eran inhabitables, se instalaron en ellas, y acabaron con hacer prevalecer su derecho de posesión, albergando en ellas su miseria y sus harapos. Del mismo modo que los parásitos pululan en el cuerpo del desafortunado a quien abrumba la miseria, aquellas ruinas han engendrado una multitud horrible que va a albergarse en ellas, se desliza a través de las grietas de las paredes y se repliega sobre sí misma para dormir. Enjambre monstruoso de larvas sin

número, sobre el cual cae la lluvia y brama el viento, y que se esparce, después, por la ciudad, llevando la fiebre y rezumando más mal a su paso del que podrían combatir todos los señores de la burocracia, desde lord Coodle hasta sir Thomas Doodle y el duque de Foodle y todos los caballeros del gobierno, incluido Zoodle, en quinientos años de labor parlamentaria, por mucho que hayan nacido para ello.

Dos veces en poco tiempo ha resonado un violento estruendo, seguido de una nube de polvo, en Tom-completamente-solo. Era cada vez que se desmoronaba una casa. Estas desgracias han llenado un párrafo en los periódicos y algunas camas en el hospital inmediato. Ha quedado la brecha, los escombros proporcionan albergues que no son desdeñados, y, como bambolean algunas otras casas, es de esperar que el primer desplome que ocurra en Tom-completamente-solo hará un estruendo y una polvareda terribles.

Es inútil decir que estas casas pertenecen al Tribunal de la Cancillería; sería una injuria al discernimiento de quien tenga un dedo de frente suponer que no lo adivina sin necesidad de que se lo digan. ¿Se ha dado el nombre de Thomas a esta calle porque ofrece una desoladora imagen del primer demandante del pleito Jarndyce, cuyas ruinas y fin desastrosos recuerda? ¿Vivió completamente solo el pobre Thomas hasta la época en que otros infelices fueron a establecerse allí, o bien este nombre tradicional significa que es un paraje perdido, aislado de todo lo que es decente y del cual ha desertado toda esperanza? Pocas personas podrían contestar. Desde luego, Jo no lo sabe; «Porque yo, yo no sé nada», dice.

¡Triste y extraña condición la del pobre Jo! Algo singular y arbitrario debe de ser, para él, el vivir en una ciudad sin comprender esos caracteres misteriosos que abundan en las esquinas, en las tiendas, en las puertas y en las ventanas: encontrar, por todas partes, gentes que saben leer y escribir, carteros que reparten cartas, y ¡no tener la menor idea de ese lenguaje ante el cual uno es como si fuera sordo y ciego! Ha de constituir un enigma muy embarazoso ver cómo los domingos van todas las personas decentes a la iglesia con un libro en la mano, y pensar (porque es muy posible que Jo piense alguna vez): «¿Cómo es que eso no significa nada para mí mientras lo significa todo para los demás?». ¿No es un motivo de perpetuo asombro ser empujado y arrastrado continuamente, no poder detenerse en ninguna parte, sin que os digan que sigáis vuestro camino, y comprender, en efecto, que no hay razón alguna para estar allí mejor que en otro punto, que no se tiene nada que hacer en ningún sitio, y que, sin embargo, existes, y has llegado a ser hombre, pasando completamente inadvertido? Ha de ser una cosa muy extraña no solamente advertir que no se le cuenta a uno como criatura humana, cuando, por ejemplo, ofrece su testimonio, sino convenir, en general, en que esto es

verdad, que es la pura realidad. Ver cómo pasan los caballos, los perros y los bueyes y reconocer que por su ignorancia pertenecen a una especie inferior y no a la de los seres formados como nosotros. Las ideas de Jo sobre un proceso judicial, un juez, un obispo o un gobierno cualesquiera, o sobre la Constitución, esa joya tan inapreciable (si realmente tiene alguna idea formada sobre ella), deben de ser muy particulares. Todo en su vida material y moral es extraño, y su muerte no será lo menos curioso que habrá en su vida.

Jo sale de Tom-completamente-solo y va a esperar la luz del día, que aún no ha asomado, y mientras anda, muerde un mendrugo de pan, duro y sucio.

Ninguna puerta está abierta todavía. Se sienta para desayunar en uno de los escalones de la entrada de una sociedad que se ocupa de «la propagación del Evangelio en los países lejanos», y los barre, cuando ha acabado, en reconocimiento del asiento que le han proporcionado. Se pregunta cuál será el uso de aquel edificio, cuya magnificencia admira, y no sospecha el infeliz la desnudez espiritual en que se encuentran los arrecifes de coral del océano Pacífico, así como ignora el trabajo que supone el hacer salir de su abyección a las almas perdidas que vegetan entre los cocoteros y las palmeras.

Se dirige hacia el cruce, cuya limpieza tiene a su cuidado, y empieza a trabajar en cuanto llega. La ciudad se despierta, la multitud se agita, y por todos lados se empieza a leer y a escribir. Jo, y los demás animales inferiores, se arreglan como pueden en aquel inmenso bullicio. Es día de mercado, los bueyes se precipitan huyendo del aguijón que los empuja y no los guía, entran donde no deben, pero son expulsados a palos y se lanzan, con la testuz baja y los ojos cerrados, contra las paredes, que se resquebrajan a veces con sus cuernos, corren sin dirección fija, sin saber lo que hacen, lo mismo que Jo y los otros semejantes a Jo.

Una cuadrilla de músicos ambulantes se para y toca un vals. Jo lo escucha, y lo mismo hace el perro de un conductor de animales, que espera a su amo en la puerta de una carnicería, y que piensa sin duda en los carneros que le había confiado en el camino, y de los que ya se encuentra libre. Sin embargo, parece inquietarle la suerte de cuatro de ellos. No recuerda el sitio donde se apartaron del rebaño, y mira de un extremo a otro de la calle esperando verlos reaparecer, pero endereza de pronto las orejas y se acuerda, por fin, de cuándo ha sucedido. ¡Pobre perro! Es algo vagabundo. Aunque acostumbrado a andar por las tabernas y con malas compañías, han tenido buen cuidado en enseñarle, en adiestrarlo y en mejorarlo, y por ello conoce sus deberes y sabe cumplirlos. Jo y él escuchan la música, con la misma dosis de goce animal, y son, probablemente, tan extraños el uno como el otro a los recuerdos, a las evocaciones y a los pensamientos tristes o alegres que despierta la música en los hombres. No obstante, bajo todos los demás aspectos, puede afirmarse que el bruto se encuentra a un nivel muy superior al de los racionales.

¿Qué pasaría si la prole del perro, abandonada a sí misma, se viera relegada como Jo al estado salvaje? Pues pasaría, sin duda, que muy pronto degeneraría hasta el punto de perder su capacidad de ladrar y solo retendría la de morder.

El día avanza, el cielo se nubla y cae una lluvia fina y helada. Jo termina su tarea de la mejor manera que puede en medio del lodo, de los carruajes, de los paraguas, de los caballos y de los latigazos, y gana, a duras penas, lo que necesita para vivir su vida miserable. Llega el crepúsculo, se encienden los mecheros de gas en las tiendas, el farolero corre con su escalera a lo largo de las calles. Comienza una triste noche.

El señor Tulkinghorn está en su despacho y medita sobre cierta declaración que piensa hacer al día siguiente ante el magistrado de turno. Gridley, un litigante desengañado cuya agresividad es excesiva, ha ido a su encuentro y lo ha amenazado, y por ese motivo el insolente Gridley debe volver a la cárcel. La Alegoría del techo, con la apariencia de un romano, con la cabeza abajo y con los pies hacia el aire, extiende el brazo descoyuntado hacia la ventana, que señala obcecadamente con un dedo. Pero el señor Tulkinghorn no es tan necio: ¿por qué habría de mirar a la calle? ¿Quién le obligaría a hacer caso del eterno gesto de la imagen? Así pues, el señor Tulkinghorn no se mueve de su asiento.

Por otra parte, en caso de haberse molestado en mirar, ¿qué interés podía tener en ver a una mujer que en aquel momento pasa por debajo de su ventana? Hay muchas mujeres en el mundo, y, dicho sea de paso, el señor Tulkinghorn opina que hay demasiadas y que muchas están en el meollo de todo lo que va mal en él, aunque es cierto que eso da de comer a los abogados. Pero ¿qué podría importarle al señor Tulkinghorn ver pasar a la mujer, aun cuando lo hiciera secretamente? Todas tienen secretos, y el señor Tulkinghorn lo sabe muy bien.

Sin embargo, no todas se parecen a la que acaba de pasar por delante de la casa del procurador, pues entre la sencillez de su traje y la elegancia de sus maneras existe una completa contradicción. Su traje es el de una doncella de buena familia, su aire el de una gran señora, y acelera el paso, en la medida en que se lo permite el empedrado resbaladizo. Se esfuerza en imitar la presencia de la persona cuyo traje viste, y a pesar del velo que cubre su rostro, deja entrever quién es, hasta el punto de que más de un transeúnte se vuelve para mirarla, con sorpresa.

Marcha decidida a su objetivo. Señora o criada, se ve que la mueve un proyecto en concreto y que va a ejecutarlo resuelta.

Se dirige hacia el sitio en que barre Jo, el cual le pide un penique, y no vuelve la cabeza hasta que llega al lado opuesto de la calle, desde donde llama con la mano al muchacho.

Jo la sigue a un patio apartado.

—¿Eres tú ese muchacho de quien hablan los periódicos? —le pregunta sin alzarse el velo.

—No sé nada —responde Jo, mirando a la embozada con brusquedad.

—¿No has asistido a una sesión del jurado?

—No sé nada. ¿Quiere usted decir a donde me llevó un agente?

—Sí.

—Pues sí.

—Sígueme. Necesito saber una cosa.

—¿Sobre ese a quien encontraron muerto?

—¡Chis! No alces tanto la voz. ¿Tenía, cuando lo conociste, aspecto de pobre o de enfermo?

—¡Ya lo creo! —dijo Jo.

—Sin embargo, no estaba... como tú, ¿verdad? —añade la mujer, con horror.

—¡Ah, no! No estaba tan mal como yo. Lo conocía usted, ¿no?

—¿Cómo te atreves a preguntarme tal cosa?

—No quise ofenderla, milady —contesta humildemente Jo, que sospecha que habla con una gran señora.

—No soy milady, soy una criada.

—Una criada muy bonita. ¡Pero que muy guapa! —exclama Jo con admiración.

—Escúchame en silencio y no te acerques. ¿Puedes enseñarme los diferentes sitios de los que se hace mención en la historia desgraciada de ese hombre: la tienda del proveedor, para el cual hacía las copias, la casa donde murió, el café adonde te llevaron a declarar y el sitio donde está enterrado? ¿Sabes en qué cementerio descansa?

Jo contesta con un movimiento de cabeza afirmativo final, igual que ha hecho con respecto a todos los demás sitios preguntados.

—Pasa adelante, y llévame a los sitios que acabo de mencionar. Párate delante de cada uno de ellos, no hables más que cuando te pregunte, no vuelvas la cabeza, y si haces lo que digo te pagaré bien.

Jo escucha estas palabras con atención, las repite en voz baja, apoyado en el mango de su escoba, cree que son difíciles de pronunciar, pero su

significado, en el cual piensa un instante, acaba por parecerle satisfactorio y dice moviendo su despeinada cabeza:

—Trato hecho, pero nada de jugármela. Conmigo no se juega. No me la líe.

—¿Qué significa eso, golfillo? —exclama la elegante sirvienta haciendo un gesto de disgusto.

—¡Digo que nada de liármela! —exclama Jo.

—No te entiendo. Pasa delante, conforme te he dicho, y te voy a dar más dinero del que has visto en tu vida.

Jo silba, se rasca la cabeza despeinada, se pone la escoba debajo del brazo, abre la marcha y avanza descalzo, pisando adrede los guijarros que encuentra a su paso. Llega a Cook's Court y se para.

—¿Quién vive aquí? —pregunta ella.

—El que le daba trabajo para hacer copias. A mí me dio media corona —añade Jo, en voz baja y sin volver la cabeza.

—Adelante.

Jo se detiene unos pasos más allá, frente a la casa del ropavejero.

—Y aquí, ¿quién vive?

—Vivía él —responde Jo sin volver el rostro.

—¿En qué piso? —le pregunta después de una pausa.

—Arriba, en el último. Puede usted ver la ventana desde esta esquina. Arriba, ¿la ve usted? Allí lo vi después de muerto. Aquel es el café adonde me llevaron.

—Vamos a otro sitio.

Desde Cook's Court al cementerio hay largo trecho, pero Jo, desvanecidas ya sus primeras sospechas, permanece fiel a lo estipulado, y sin pronunciar una palabra ni volver la cabeza, recorre, una tras otra, muchas calles tortuosas de las que se eleva un hedor infecto, cruza un túnel y llega a una verja de hierro alumbrada por un farol, que cuelga de la bóveda.

—Aquí lo trajeron —dice, pasando un brazo por los barrotes de la verja y señalando el interior del cementerio.

—¡Qué horror! ¿Y dónde lo enterraron?

—Allá, en medio de aquel montón de huesos. Tuvieron que subirse sobre el ataúd para que cupiese. Podría descubrirlo con la escoba para enseñárselo si

la puerta estuviese abierta. Creo que por eso la cierran.

Jo empuja la puerta inútilmente, y exclama, de pronto:

—¡Un ratón!, ¡un ratón! ¿Lo ve usted?... Precisamente en el montón de huesos. ¡Mire! ¡Ahí va! Ahora se ha escondido bajo tierra.

La criada retrocede con espanto, y se apoya en la pared de aquella arcada asquerosa, cuya exudación fétida se pega a sus vestidos. Tiende las manos, chillando para que Jo que no se le acerque, porque le repugna, y permanece así algunos instantes. Jo se queda mirándola y aún lo hace cuando la mujer recupera el aliento.

—¿Y este abominable sitio es tierra consagrada?

—No lo sé —le responde Jo sin cesar de mirarla.

—¿Es posible que esto sea campo santo?

—¿Santo? ¿Por qué? —repite Jo abriendo desmesuradamente los ojos—. Pues no creo. No creo que sea ni campo. Ni santo —dice Jo, algo intranquilo—. Si es santo, no lo parece. Diría que es lo contrario de santo. ¡Pero no sé nada!

La criada no presta la menor atención a las palabras de Jo, ni parece recordar lo que acaba de decir. Se quita el guante para sacar dinero del bolsillo, y Jo repara, en silencio, en que su mano es pequeña y blanca y supone que debe de ser criada de buena casa, pues lleva anillos muy brillantes.

La mujer deja caer una moneda en la mano del barrendero, y se estremece cuando sus dedos se acercan a los de Jo, aunque no los toca.

—Enséñame otra vez el sitio donde está enterrado —le dice.

Jo pasa el mango de la escoba por entre los hierros de la verja y le señala el montón de tierra removida que ya le mostrara anteriormente. Al cabo de algunos instantes, vuelve la cabeza para ver si ha sido bien comprendido, pero la criada ya ha desaparecido.

El primer impulso del muchacho es acercarse a la luz para ver lo que le ha dado. Es una moneda amarilla. Se queda un momento deslumbrado, trata de morder uno de los bordes de la pieza para asegurarse de su calidad, se la mete en la boca para no perderla, y barre, con morosidad, el umbral del cementerio y el túnel. Terminada esta tarea, se dirige, otra vez, hacia Tom-completamente-solo y se detiene debajo de todos los faroles para mirar su moneda de oro, mordiéndola cada vez para asegurarse bien de que no es falsa...

El mercurio no puede quejarse aquella noche de falta de movimiento, porque milady asiste a un gran banquete y a tres o cuatro bailes.

Sir Leicester está solo en Chesney Wold, con su gota, inquieto y agitado, y se queja a la señora Rouncewell del ruido monótono que hace la lluvia al caer en el patio y que le impide leer los periódicos hasta en su propio gabinete junto a la chimenea.

—Sir Leicester estaría mejor en el extremo opuesto de la quinta —le dice la señora Rouncewell a Rosa—. Su gabinete se encuentra en el mismo lado que el cuarto de milady, y nunca he oído tan claramente los pasos del fantasma como esta noche.

XVII

Relato de Esther

Richard vino a vernos con mucha frecuencia mientras estuvimos en Londres, aunque más adelante dejó de escribirnos cartas. Su entusiasmo, su franqueza, su buen humor, su excelente carácter y la viveza de su talento le hacían parecer cada día más encantador. Pero, aunque lo apreciase cada vez más, a medida que lo conocía con mayor profundidad me daba cuenta de que era muy de lamentar que no le hubieran acostumbrado desde niño a concentrar y aplicar sus facultades intelectuales en un objeto. El sistema de educación que habían seguido con él, y que se ejerce del mismo modo sobre centenares de jóvenes cuyos caracteres y facultades varían en cada uno de ellos, había desarrollado en él la capacidad necesaria para emprender ciertos estudios, con fruto y brillantez a veces. Pero estas mismas disposiciones eran debidas a cualidades naturales que hubiera sido preciso encauzar ante todo. Cualidades preciosas, sin las cuales no se puede llegar a ninguna posición elevada y que son como el agua y el fuego, excelentes servidores, pero muy malos señores. Sometidos a Richard, le hubieran auxiliado poderosamente, y, sin embargo, no fueron para él más que una desgracia puesto que lo dominaban en vez de obedecerlo.

Doy esta opinión, puramente personal, sin pretender afirmar que sea exacta, sino también porque es el resultado de una convicción profunda mía, y siento la necesidad de decir con franqueza lo que pensaba y hacía. Tal era, pues, mi parecer con respecto a Richard y no solo me parecía a mí pernicioso la educación que había recibido, sino que en más de una ocasión pude observar cuánta razón tenía el señor Jarndyce cuando decía que la incertidumbre y los aplazamientos continuos del pleito habían comunicado a su carácter la indiferencia del jugador, que se ve a sí mismo como parte del azar.

El doctor Bayham Badger y su esposa vinieron a hacernos una visita un día en que estábamos solas Ada y yo, sin mi tutor. Ocasión que aproveché para

preguntarle por los estudios de Richard.

—El señor Carstone —respondió la señora Badger— es muy amable, y ha sido para nosotros una excelente adquisición. El capitán Swosser acostumbraba decir, hablando de mí, que mi presencia en la comida de los contramaestres valía más que la tierra a la vista y la brisa de popa, aunque la vaca estuviese tan dura como los cabos de los masteleros: era la expresión náutica de la que se valía para manifestar que tenía un gran placer en verme a su lado, y puedo decir otro tanto del señor Carstone. Pero, ¿me acusarán ustedes de que hago juicios temerarios si les digo que...?

Le respondí que no, pues el tono significativo de la señora Badger parecía demandarlo.

—¿Y tampoco la señorita Clare? —preguntó dulcemente la señora Badger.

Ada también respondió que no, intranquila.

—Pues miren, amigas mías —dijo la señora Badger—. ¿Me permiten llamarlas amigas mías?

Le rogamos a la señora Badger que lo hiciera.

—Porque son ustedes maravillosas —continuó la señora Badger—, y ya lo ven, queridas mías, aunque joven aún..., por lo menos según el doctor Badger, que es muy atento...

—Protesto —replicó el doctor como si interviniese para interrumpir en una asamblea—, no soy atento en absoluto.

—Pues bien —dijo la señora Badger sonriendo—, aunque joven aún, queridas señoritas, he tenido ocasión de observar a muchos jóvenes. Eran muy numerosos, a bordo del viejo Crippler, y, cuando iba por el Mediterráneo con el capitán, me divertía aprovechando las más mínimas oportunidades para tratar y hacerme amigos entre los contramaestres a las órdenes del capitán Swosser. No tienen ustedes ni la menor idea de la manera en que vivían, queridas, y no comprenderán el valor de muchas de mis observaciones. Para mí es distinto, porque el agua salada era mi elemento. En aquella época era yo un verdadero marino. Lo mismo me ocurrió con el profesor Dingo.

—De fama europea —murmuró el señor Badger.

—Cuando, después de perder a mi primer esposo, me casé con el segundo —continuó la señora Badger hablando del capitán y del profesor como si fueran los dos primeros términos de una adivinanza—, tuve muchas veces ocasión de observar a los jóvenes. Acudían a la clase del profesor Dingo muchos estudiantes, y tuve a mucha honra, como esposa de un sabio ilustre que busca a su vez en la ciencia el infinito consuelo que puede dar, abrir las puertas de mi casa a los discípulos del profesor como una especie de programa

de intercambio. Todos los martes por la noche había tertulia con tarta y limonada en mi casa, y allí se hablaba de la ciencia por todo lo alto.

—Eran reuniones muy interesantes, señorita Summerson —dijo el señor Badger con devoción—. ¡Debía de haber una gran fricción intelectual bajo los auspicios de tal hombre!

—Y ahora que soy la esposa de mi tercero, el señor Badger —agregó la señora Badger— continuó con los hábitos de observación que se moldearon durante la vida del capitán Swosser y que se adaptaron a fines nuevos e imprevistos durante vida del profesor Dingo y he aquí por qué he podido formar sobre el señor Carstone un juicio que no peca de prematuro. Así pues, queridas mías, tengo la íntima convicción de que no ha elegido la carrera que le conviene.

Ada parecía estar ya tan ansiosa que le pregunté a la señora Badger en qué fundaba semejante opinión.

—Mi querida señorita Summerson, en el carácter y en la conducta del señor Carstone —respondió—. Tengo para mí que ese joven no se toma el trabajo de analizar lo que siente, y como se dedica con escaso afán al estudio, no experimenta ese interés poderoso que se convierte en una verdadera vocación, y, si la ciencia médica le inspira alguna cosa, creo poder asegurar que es aburrimiento. Este no es ciertamente el camino del éxito. Los jóvenes que se dedican al estudio de la Medicina con voluntad firme y de manera infatigable, como el señor Allan Woodcourt, por ejemplo, pueden encontrar algún día el premio a su celo, después de sobrellevar muchos desengaños, de haber sufrido largos años de privaciones y de haber trabajado mucho por poco dinero. Pero estoy convencida, querida señorita, de que no sucederá lo mismo con el señor Carstone.

—¿Es de la misma opinión el señor Badger? —preguntó Ada tímidamente.

—A decir verdad, señorita Clare —respondió el doctor—, no había examinado la cuestión bajo ese punto de vista hasta que mi señora me lo hizo observar. Pero habiendo considerado más tarde todo ello con atención, y constándome que la inteligencia de mi esposa, además de las facultades naturales que la adornan, ha tenido el raro privilegio de ser desarrollada por dos hombres tan distinguidos (debería decir ilustres), como el capitán Swosser de la Marina Real y el profesor Dingo, la deducción que he hecho no puede diferir de la que acaban ustedes de oír.

—El capitán Swosser tenía por máxima —continuó la señora Badger— que no se debe aplicar demasiado fuego a la pez cuando se quiere reblandecerla y que cuando hay que limpiar una plancha hay que limpiarla como si uno tuviera uno a los piratas detrás. Me parece que este precepto es

aplicable lo mismo a la Medicina que a la Marina.

—Y a todas las profesiones —observó el señor Badger—. Qué admirablemente lo dijo el capitán Swosser. Qué hermosamente.

—Un día —continuó la señora Badger— algunas personas se permitieron criticar al profesor Dingo, durante una excursión que hicimos algún tiempo después de nuestro enlace al norte de Devonshire, porque descantillaba los edificios, haciendo desprender fragmentos de piedra con su martillo. El profesor respondió que no conocía otro edificio que el templo de la ciencia. ¿No es el mismo principio del capitán?

—Exactamente, el mismo —afirmó el señor Badger—. El profesor hizo la misma observación en su última enfermedad, en cuyo delirio le dio por tener debajo de la almohada su martillo de geólogo, con el cual pegaba a todos cuantos se le acercaban para quitarles algunos fragmentos de su estructura. ¡Qué poder el de la pasión dominante!

Hubiéramos perdonado con gusto al doctor Badger y a su digna esposa el cúmulo de detalles con que alargaban la conversación, pero habían emitido esa opinión con desinterés así que nos hicieron reflexionar, y comprendimos que, desgraciadamente, debía de tener su fundamento. Convinimos en no decirle nada al señor Jarndyce antes de hablar con Richard, y como le esperábamos al día siguiente por la tarde resolvimos tener una conversación muy seria con él sobre el particular.

Así que, después de dejarlo con Ada un rato, entré yo y me encontré con que mi amor (como ya me sospechaba) estaba dispuesta a considerar que él estaba en lo cierto dijera lo que dijese.

—Y ¿cómo van los estudios, Richard? —le pregunté.

Me sentaba siempre a su lado. Me trataba como a una hermana.

—Bien, Esther —respondió Richard.

—Ya lo ves, Esther, no se puede decir más —exclamó mi Ada con expresión de contento.

Traté de mirarla con severidad, pero no me fue posible.

—¿De modo que bien? —repetí.

—Sí —respondió Richard—. Es un poco monótono, pero todos los estudios son iguales.

—¡Richard! —le dije con tono de reproche.

—¿Qué sucede? —me preguntó Richard.

—¡Conque todos los estudios son iguales!

—¿Qué tiene de particular ese comentario, dama Durden? —dijo Ada, que me miraba con confianza del otro lado de Richard—. Que todos los estudios sean iguales no quiere decir que vayan mal los suyos.

—Por supuesto —respondió Richard retirando despreocupadamente su cabello de la frente—. Y, además, esto no puede ser más que provisional, hasta que... pero me olvidaba de que el pleito es un tema prohibido. Sí, sí, todo irá bien. Hablemos de otra cosa.

Ada hubiera estado dispuesta a hacerlo de buena gana, y completamente convencida de que habíamos dejado la cuestión en un estado muy satisfactorio. Pero pensé que era inútil quedarse ahí, así que empecé de nuevo.

—No, Richard —dije—. Considere lo importante que es para su porvenir y para el de Ada que haga todos los esfuerzos posibles para llegar al fin que se propone. Lo ha prometido usted. Ha empeñado su palabra en ello, y es necesario, por el contrario, hablar de eso hoy, pues semejantes asuntos no admiten aplazamiento.

—Bien, hablemos de ello —dijo Ada—. Pero creo que Richard tiene razón.

¿De qué servían todos mis esfuerzos de hablar seriamente si ella estaba tan bonita, tan amable y estaba tan enamorada él?

—El doctor Badger y su esposa vinieron ayer —dije—, y por lo que dijeron parece que no le gusta a usted la profesión.

—¡Ah! ¡Conque dijeron eso! —exclamó Richard—. No creía que tuviesen tal idea, pero no me tomaré el trabajo de desmentirlos. Desde luego, he de confesar que no tengo gran afición por la Medicina. Pero ¿eso qué importa? Es igual una cosa que otra.

—¿Lo oyes, Ada? —dije.

—A decir verdad —continuó Richard con una mezcla de gravedad y de buen humor— no es esta mi vocación. No me interesa mucho. Y me cansan los hechos del primero y del segundo marido de la señora de Bayham Badger.

—¡Estoy segura de que es de lo más natural! —exclamó Ada, encantada—. ¡Es lo mismo que dijimos nosotras ayer, Esther!

—Y aun añadiré que comienzo a aburrirme —continuó Richard—. Los días se suceden con una monotonía insoportable: siempre son iguales, siempre me dicen lo mismo.

—Pues me temo —dije— que eso es una objeción que se puede aplicar a todo..., a la vida misma..., salvo en circunstancias muy fuera de lo común.

—Tal vez tenga usted razón —dijo Richard pensativo—. Pues bien, en tal

caso volvemos a lo que decía antes: tanto da una carrera como otra; Medicina u otra cosa, ¿qué importa? ¿Cambiamos de conversación?

Pero hasta Ada, con su mirada de enamorada —y si me había parecido inocente y confiada cuando la vi por primera vez en esa memorable niebla de noviembre, cuánto más me lo parecía ahora que conocía su inocente y confiado corazón—, hasta Ada negó con la cabeza y se puso seria.

Aproveché este momento, que me pareció favorable, para decirle a Richard que si se comportaba como un irresponsable consigo mismo, estaba muy segura de que no querría ser un irresponsable en lo que se refería a Ada, y que no podía tratar con tanta ligereza una cosa que debía influirles para toda la vida. Esta observación obscureció su semblante.

—Querida madre Hubbard —respondió—, he meditado sobre ello más de una vez, y me he enfadado conmigo mismo por no desplegar en el estudio el entusiasmo que me exige mi posición en el mundo. No sé qué me pasa, pero siempre me distrae una cosa u otra. No puede usted imaginarse cuánto quiero a Ada (¡te quiero tanto, mi querida prima!). Pues bien, no puedo tener constancia para las demás cosas. Por otra parte, ¡estudiar Medicina exige tanto tiempo y es tan pesado! —dijo Richard, con aire contrariado.

—Le parece tan difícil —le sugerí— porque no le gusta la carrera que ha elegido.

—¡Pobre Richard! —dijo Ada—. ¡No me extraña!

Me esforcé, nuevamente, en adoptar una actitud seria, pero ¿acaso era posible si Ada se apoyaba con las manos en el hombro de Richard, y él contemplaba esos ojos azules que le devolvían la mirada con amor?

—Ya lo ves, querida —decía pasando la mano por los dorados rizos de Ada—, no reflexioné bastante antes de decidirme, o quizá es que he malinterpretado mis propias inclinaciones. Creo que no he nacido para ser médico, pero no hubiera podido decirlo sin haberlo probado antes. Falta saber, ahora, si debo cambiar de carrera. Al fin y al cabo, tampoco tiene tanta importancia.

—¡Cómo, Richard! ¿Le parece a usted que tampoco tiene tanta importancia?

—No es exactamente lo que quise decir —me dijo—. Digo que tampoco tiene tanta importancia porque puede que nunca me haga falta.

Insistimos vivamente Ada y yo en hacerle comprender que no es que mereciese la pena desandar lo andado, sino que era necesario hacerlo, y le pregunté a Richard si había otra profesión que le gustase más y se adaptara mejor a su carácter.

—Vaya, mi querida señora Shipton —dijo Richard—. Vuelves a tener razón. Sí, he pensado en ello. Creo que lo mío es el Derecho.

—¡El Derecho! —repitió Ada como aterrada.

—Si trabajara en el despacho de Kenge —continuó—, estaría centrado en... el terreno vedado, podría estudiarlo y someterlo, como es necesario, estaría seguro de que alguien se ocupaba de él, adquiriría, en fin, la capacidad necesaria para velar por los intereses de Ada, que son los míos y podría dedicarme a estudiar el Blackstone y esos temas plenamente.

Lejos, por mi parte, de estar convencida de la sinceridad de estas últimas palabras vi cómo su antojo por las cosas etéreas procedía de esas esperanzas tanto tiempo aplazadas, algo que también inquietaba a Ada. Pero consideré que sería mejor darle ánimos que no oponerle una inútil resistencia, y le recomendé, únicamente, que reflexionase y viera si estaba realmente seguro de la decisión que quería tomar.

—Querida Minerva —me dijo Richard—, me siento tan firme en mi resolución como usted misma podría estarlo. Me he equivocado una vez, todos estamos expuestos al error, pero es una razón más para que no vuelva a equivocarme. Llegaré a ser un abogado como hay pocos, si realmente convenimos —dijo Richard, reincidiendo en sus dudas— en que vale la pena algo que tampoco tiene tanta importancia.

Le repetimos, con tanta insistencia y gravedad como pudimos, todo lo que acabábamos de decirle, y le instamos, con tanto empeño, a hablar sin tardanza con el señor Jarndyce, mi tutor, de manera franca y abierta, y él era de un talante tan contrario a toda doblez que fuimos inmediatamente a buscarlo, y Richard le confesó el estado de las cosas con toda la franqueza que le era habitual.

—Rick —le dijo el señor Jarndyce tras escucharle atentamente—, podemos hacer una retirada honrosa, y no debemos vacilar. Pero por el bien de Ada, por el bien de Ada, Richard, procuremos no volver a equivocarnos. Soy del parecer de no obrar con precipitación, sometiéndote a una especie de pasantía antes de entrar en la nueva carrera. Vamos a estudiarlo con mucha calma.

Obedeciendo siempre al impulso del momento, con una energía tanto más viva cuanto menos perseverante era, Richard manifestó el deseo de ir, inmediatamente, a casa del señor Kenge y firmar en el acto el compromiso. Sin embargo, se sometió de buena gana a las juiciosas observaciones de mi tutor, y, sentándose a nuestro lado, se puso a hablar de su nueva carrera como si nunca hubiera tenido otro deseo que estudiar leyes. Mi tutor se mostró benévolo y cordial con él, pero conservó un semblante bastante grave hasta el

punto de que por la noche, cuando se marchó Richard e íbamos a subir a dormir, Ada hubo de decirle:

—Primo John, ¿está usted enfadado con Richard?

—No, hija mía —contestó el señor Jarndyce.

—Todo el mundo puede equivocarse en algo tan difícil, ¿verdad?

—Sí, hija mía, pierde cuidado —le dijo él—. Tú no te entristezcas con eso.

—No, no me entristezco, primo John —dijo Ada, sonriendo y manteniendo la mano sobre el hombro de mi tutor, donde la había puesto para darle las buenas noches—, me pondría un poco triste si estuviera usted enfadado con Richard.

—Solo podría estar enfadado con él, hija mía —respondió mi tutor—, si un día sufrieras por su culpa, y aún entonces, lo estaría más bien conmigo mismo por haberos presentado. Pero todo esto es anticiparse. Es joven y tiene un porvenir por delante. No, hija mía, no estoy enfadado con él, ni tú tampoco, ¿verdad?

—¿Estar yo enfadada con él, primo John? —dijo Ada—. Me sería imposible, aunque todo el mundo lo censurase. Por el contrario, sería una razón de más para quererlo apasionadamente.

Pronunció estas palabras con una dulzura y una serenidad angélicas, con ambas manos apoyadas en el hombro del señor Jarndyce, a quien miraba con ojos radiantes de franqueza.

—¿Estará escrito en alguna parte —dijo el señor Jarndyce, dirigiendo a Ada una mirada pensativa— que las virtudes de las madres se perpetúan en sus hijos al igual que las faltas de sus padres? Buenas noches, Ada. Buenas noches, Esther. Dormid bien, y soñad con cosas bonitas.

Por primera vez vi su mirada benévola entristecerse al detenerse en Ada, y recordé la que le había dirigido a Richard y a ella misma el día de su llegada mientras Ada cantaba al resplandor vacilante de la llama de la chimenea. Poco tiempo había transcurrido desde el día en que les había seguido con la vista, cruzando la sala contigua, inundada de luz, y desapareciendo en la sombra, pero hoy su mirada no era ya la misma, y la que me dirigió, cuando ella se alejaba, no tenía la calma y la confianza que expresara en aquella época.

Cuando estuvimos en nuestro cuarto, Ada estuvo elogiando a Richard con más insistencia que nunca. No se quitó, para acostarse, la pulsera que le había regalado, y creo que incluso soñaba con él cuando una hora después le di con tiento un beso en la mejilla. ¡Estaba tan tranquila y tenía un semblante tan alegre!

Yo no tenía sueño, y me quedé bordando. Circunstancia muy poco importante en sí, pero, en fin, lo cierto es que no tenía sueño y me sentía baja de ánimo. No sé por qué..., o si lo sé, no vale la pena mencionarlo.

Sea como sea, me puse a bordar con tanta intensidad como si no tuviese tiempo para entregarme a mi tristeza, y lo hice a tiempo, porque el caso es que al mirarme casualmente en el espejo, vi que estaba a punto de llorar.

—¿Cómo, Esther? —exclamé—. ¿Tú, triste y desgraciada? ¿Cuando todo parece contribuir a tu felicidad? ¡Qué desagradecida que eres!

Y, sacando del canastillo el tapiz que estaba bordando para nuestra casa (me refiero a la Casa lúgubre), me prometí trabajar hasta el momento en que se me cerrasen los ojos, rendida por el cansancio.

Muy pronto hallé distracción en mi labor, pero había dejado un trozo seda abajo, en el cajón del escritorio del gruñidero provisional, en el gabinete del señor Jarndyce, y, como me era indispensable, cogí una luz y bajé de puntillas a buscarlo. Con gran sorpresa para mí, me encontré a mi tutor cerca de la chimenea mirando la ceniza del hogar y abismado en una profunda meditación. Tenía a su lado el libro cerrado, los cabellos le caían por la frente, como si hubiera estado frotándose pensando en otra cosa, estaba muy pálido, y me hubiera retirado sin hablarle de no haberme visto.

—¡Esther! —exclamó estremeciéndose.

Le dije el objeto que me llevaba a su gabinete.

—¿Tan tarde y trabajando, hija mía?

—No me hubiera podido dormir, y he preferido no acostarme. Pero también usted está despierto, querido tutor, y parece usted muy preocupado. Supongo que no tendrá motivo alguno para estar triste.

—No, hija mía, ninguno que puedas comprender.

El tono con que pronunció estas palabras era tan nuevo para mí que me las repetí mentalmente para ayudarme a penetrar en su sentido.

—No te retires, Esther —dijo—, estaba pensando en ti.

—¿Está usted inquieto y afligido por mí, tutor?

Hizo un ademán negativo, y recobró, enseguida, su expresión habitual.

—Estaba pensando —dijo— en que debía contarte todo lo que sé de tu historia, lo cual es poco, la verdad..., casi nada.

—Querido tutor —respondí—, cuando me habló usted de esto en otra ocasión...

—Es cierto, y desde entonces he reflexionado —dijo interrumpiéndome y con aire grave— y creo que es mi deber relatarte lo poco que sé acerca de tu nacimiento.

—Lo que usted quiera, tutor, le escucho.

—El motivo que me hace obrar así es el siguiente —continuó con dulzura y resaltando cada una de sus palabras—: si tu posición llegara a hacer nacer en el ánimo de algún hombre o mujer de cierto criterio una opinión desfavorable, es preciso al menos que la impresión que te pudiera causar no aumente con todo lo penoso que pueden agregar el misterio y lo desconocido, y no des a esa opinión más importancia de la que merece.

Cogí una silla, y, haciendo un esfuerzo para parecer tranquila, le dije:

—Tutor, uno de los primeros recuerdos amargos es el que me dejaron las palabras de mi madrina: «Tu madre es tu vergüenza, así como tú fuiste la suya. Llegará un día, y no dentro de mucho, Esther, en que comprenderás mejor todo esto y lo sentirás también como solo una mujer puede hacerlo».

Me había tapado la cara con las manos al repetir estas palabras, y alcé la cabeza para mirar a mi tutor y decirle que desde la muerte de mi madrina, gracias a los beneficios con que me había colmado, nunca me había dado cuenta de la desgracia que pesaba sobre mi nacimiento. Me interrumpió con un gesto y, al recordar que no le gustaba que le dieran las gracias, guardé silencio.

—Han transcurrido nueve años —dijo el señor Jarndyce, después de una breve pausa— desde que recibí de una mujer que vivía sola unas páginas que no se parecían en nada a cuanto había leído hasta entonces. Se trataba en aquella carta de una niña, de una huérfana que tenía doce años, y de la cual se me hablaba en los términos crueles que acabas de repetir. La firmante de aquella carta decía que había educado secretamente a aquella huérfana, haciendo desaparecer todas las huellas de su existencia, y añadía que, si llegaba a morir la que aquello escribía, aquella niña se quedaría sin sostén en el mundo. Me preguntaba si en este caso querría velar por ella, y continuar la obra comenzada.

Yo escuchaba en silencio con los ojos fijos en mi tutor.

—Tus recuerdos, hija mía, se encargarán de suplir lo que la carta hacía presentir tan solo, y traerán a tu memoria los principios de una errónea creencia por la cual aquella mujer pudo suponer que una hija debe necesariamente expiar una falta que no ha cometido. Sentí una compasión profunda por el pobre ángel cuya vida era tan desgraciada y contesté a la carta.

Cogí la mano de mi tutor y se la besé respetuosamente.

—Me había sido impuesta la condición de no dar paso alguno por conocer a la persona que me escribía, la cual hacía mucho tiempo que había roto toda relación con el mundo. Se me suplicaba que designase un representante mío para que se entendiera con ella y elegí al señor Kenge, a quien la autora de la carta confió, espontáneamente, que la niña no llevaba su verdadero nombre, y que ella era tía de la niña, si es que, en el caso que se trataba, existían los lazos del parentesco. Añadió que nada en el mundo le haría confesar más y el señor Kenge quedó convencido de la inquebrantable firmeza de semejante decisión. He aquí, Esther, lo único que tenía que decirte.

Conservé algún tiempo las manos de mi tutor entre las mías.

—Iba a ver algunas veces a mi pupila —continuó el señor Jarndyce—. La pobrecita no lo sospechaba. Supe que era feliz, que sabía hacerse útil, y, sobre todo, hacerse amar. La traje, por fin, a mi casa, y me devuelve con creces, a todas las horas del día, lo que he hecho por ella.

—Y a cada instante —respondí—, la huérfana bendice al tutor, que es para ella un padre.

Al oír estas palabras, una nube pasó rápidamente por la mirada del señor Jarndyce. Me pareció que la palabra «padre» le había producido una conmoción extraña, aunque recobró, al momento, su calma y su sonrisa. Pero estaba segura de haber visto su emoción, y me repetía interiormente, con sorpresa, estas palabras que habían salido antes de sus labios: «No podrías comprenderme». Y en efecto, no lo comprendía, y todavía pasó algún tiempo antes de que llegara a comprenderlo.

—Un beso paternal, Esther —me dijo, besándome en la frente—. Vete a descansar y no trabajes de noche, pues ya trabajas bastante durante el día.

No seguí trabajando ni pensé en nada más. Le abrí mi corazón a Dios en reconocimiento de todas las bondades con que me había colmado, y me dormí a los pocos instantes.

Al siguiente día vino a visitarnos el señor Allan Woodcourt, que zarpaba para China e India como cirujano de Marina, y venía a despedirse. Era pobre. Su madre había invertido todos los ahorros para que continuase su carrera, y aunque de día y de noche prodigaba cuidados a innumerables desafortunados, con los que se mostraba tan hábil como bueno y generoso, no ganaba lo bastante para atender sus necesidades. Tenía siete años más que yo..., observación inútil, que no sé por qué hago. Ejercía la Medicina desde hacía tres o cuatro años, y no hubiera emprendido este viaje de haber podido sostenerse algunos años más, pero tuvo que decidirse a zarpar. A nosotros nos parecía una pena, pues empezaba a ser conocido entre los facultativos más distinguidos y las eminencias científicas tenían la más alta opinión de sus

méritos.

Lo acompañaba su madre, que venía a vernos por primera vez, y era una señora de cierta edad, bien conservada y de hermosos ojos negros, que mostraba cierta arrogancia. Nacida en el País de Gales, contaba entre sus antecesoras a un personaje ilustre, Morgan ap-Kerrig (procedente de un sitio llamado algo así como Gimlet), que era el personaje más ilustre conocido, y sus relaciones de parentesco rivalizaban en esplendor con las de los soberanos. El tal Morgan ap-Kerrig había pasado toda su vida en las montañas combatiendo sin cesar a sus enemigos, y el bardo Crumlinwallinwer había celebrado sus hazañas en un poema inmortal titulado Mewlinnwillinwodd.

La señora Woodcourt, después de hablar largamente sobre la nombradía del ilustre Morgan ap-Kerrig, añadió «que no dudaba de que su hijo Allan se acordaría de su genealogía dondequiera que estuviese y rechazaría todo compromiso indigno de él».

Dirigiéndose entonces a su hijo, le dijo que no faltaban en India jóvenes inglesas que habían ido allí para especular con sus encantos y que entre ellas podría encontrar algunas que uniesen la riqueza a la hermosura, pero que, para él, descendiente de una familia tan noble, no debían figurar en primera línea la hermosura y la riqueza, que no son nada sin el brillo de la cuna.

Habló tanto rato sobre este tema, que hubo un instante en que creí con honda pena que... Pero ¡qué locura suponer que sospechara siquiera mi origen!

Al señor Woodcourt parecía contrariarle la prolijidad de su madre, sin embargo, la respetaba demasiado como para manifestárselo, y se esforzó, con delicadeza, en desviar la conversación expresando su gratitud al señor Jarndyce por haberlo invitado a su casa y por los felices momentos que en ella había pasado.

—El recuerdo que conservo —dijo— me seguirá a todas partes, y quedará grabado eternamente en lo más profundo de mi corazón.

Le estrechamos todos la mano. Llevó los labios a la mano de Ada y después a la mía, y partió para aquel viaje ¡que debía durar tantos años! ¡Tantos años!

Estuve muy ocupada todo el resto del día. Escribí a la Casa lúgubre dando algunas órdenes. Mi tutor me encargó que contestase en su nombre a varias cartas. Saqué el polvo a sus libros y papeles, y me moví tanto que nunca mi manojo de llaves había hecho tanto ruido.

Iba a anochecer, y estaba sentada junto a la ventana, donde trabajaba con intensidad mientras cantaba, cuando vi entrar a Caroline Jellyby, a quien no

esperaba.

Llevaba en la mano un delicado ramillete.

—Pero ¡Caddy, querida —exclamé—, qué flores tan bonitas!

—Sí, son muy bonitas —contestó Caddy—. A mí también me lo parecen.

—¿Un regalo de Prince? —dije en un susurro.

—No —respondió, moviendo la cabeza y dándome a oler las flores—. No de Prince.

—Vaya, vaya —dije—. ¿No será que tienes dos amantes?

—¿Qué? ¿Parece de esa clase de ramillete?

—En efecto, parece esa clase de ramillete —le dije pellizcándole la mejilla.

Caddy se sonrió como respuesta, y me dijo que había venido a vernos mientras esperaba a Prince, quien en media hora estaría en la esquina. Se sentó junto a la ventana y se puso a hablar con Ada y conmigo, haciéndome oler las flores de vez en cuando o acercándomelas a la cabeza para ver el efecto que producían en mis cabellos. Por último, antes de marcharse me llevó a mi cuarto y me puso el ramo en el pecho.

—¡Para mí! —exclamé con sorpresa.

—Sí —respondió, dándome un beso—. Cierta persona lo ha dejado cuando se marchaba.

—¿Cierta persona cuando se marchaba?

—En casa de la pobre señorita Flite —dijo Caddy—, una persona que ha sido muy buena con ella, que se ha marchado para embarcarse hace una hora. No, no se lo quite usted, consérvelas ahí —dijo, sujetando las flores en mi pecho—. Estaba presente cuando las trajo a casa de la señorita Flite y no me extrañaría que se las dejase cierta persona a propósito.

—¿Parece esa clase de ramillete? —dijo Ada, riendo y abrazándome con alegría por la cintura—. ¡Pues sí, pues sí, parece esa clase de ramillete, y vaya si lo parece!

XVIII

Lady Dedlock

No fue tan fácil como se hubiese creído en un principio hacer entrar a

Richard en el estudio del señor Kenge para comenzar la pasantía que quería emprender. El principal obstáculo era el mismo Richard. En cuanto le fue posible marcharse de la casa del señor Badger, renació su incertidumbre. No sabía si hacía bien en abandonar la Medicina, que le parecía una excelente profesión. Lo que ocurría es que él no le tenía afición, pero, por otra parte, no estaba seguro de que pudiese gustarle más otra carrera. Era preciso, pues, poner a prueba otra vez su vocación, y encerrándose durante un mes con algunos libros y algunos huesos, pareció hacer progresos excesivamente rápidos y adquirir, en poco tiempo, un gran fondo de conocimientos. Sin embargo, pronto volvió a entibiarse su ardor hasta extinguirse por completo. Se reavivó de nuevo, y sus constantes oscilaciones entre el Derecho y la Medicina duraron hasta el verano, antes de salir definitivamente de casa del doctor Badger para entrar en la del señor Kenge. Lejos de avergonzarse de su inconstancia, se admiraba de haberse decidido esta vez, por fin, terminantemente. Hablaba de su incertidumbre con tanta ingenuidad, manifestaba al mismo tiempo un humor tan alegre y tan animado y estaba tan cariñoso con Ada que hubiera sido difícil ponerle mala cara.

—En cuanto al señor Jarndyce (que, entre paréntesis, se quejaba con frecuencia del viento de levante durante esa época) es ¡el más amable de los benefactores, Esther! —me decía Richard—. Aunque no fuera más que por darle gusto, trabajaría día y noche para acabar dignamente mis estudios.

La sola idea de verlo entregado formalmente a un estudio cualquiera creaba un más que singular contraste con su rostro indiferente y risueño, al igual que una extraña anomalía con el desenfado que había en sus gestos. Sin embargo, nos contaba entretanto que estaba trabajando hasta tal punto que se preguntaba cómo no le salían canas. Su forma habitual de liquidar el asunto consistía (como ya he dicho) en irse con el señor Kenge a mediados de verano para ver si le gustaba.

Continuaba siendo, en esa época, en lo referente al dinero igual que había sido siempre, generoso, pródigo, desafortadamente imprevisor, y estaba persuadido, sin embargo, de actuar de forma calculadora y moderada. Un día en que yo le decía, delante de Ada, medio en serio medio en broma, que dilapidaría los tesoros del príncipe Fortunato, exclamó:

—¿Oyes, prima, lo que dice esta vieja? ¿Sabes por qué lo dice? Porque he pagado en los últimos días por una levita ocho libras y algunos chelines. En cambio, si hubiera continuado en casa del doctor hubiese necesitado doce para seguir un curso, de lo cual resulta, pues, que he salido ganando cuatro libras.

Discutían detenidamente mi tutor y él acerca de las disposiciones que tomarían para su establecimiento en Londres durante los pocos meses que pasaría practicando el derecho a título de pasante, porque habíamos regresado

a la Casa lúgubre, y, a causa de la distancia, solo podría venir una vez por semana.

Mi tutor me dijo que si Richard tuviera que establecerse con el señor Kenge alquilaría algunos apartamentos o habitaciones donde también podríamos quedarnos de cuando en cuando durante unos días en cada ocasión. «Pero, mujercita —añadió frotándose la cabeza de forma muy significativa—, ¡todavía no se ha establecido allí!» Determinamos, por el momento, establecerle en una casa muy tranquila, situada cerca de Queen Square. Su primera preocupación fue gastar todo el dinero que llevaba encima en comprar diversas bagatelas para adornar su habitación, y cada vez que Ada y yo lo lográbamos disuadirlo de una compra inútil y dispendiosa, apuntaba lo que le hubiera costado, compraba otro objeto de menos precio y consideraba la diferencia como una ganancia.

Todos estos asuntos habían retrasado nuestra visita al señor Boythorn. Pero habiendo, por fin, tomado Richard posesión de su nueva residencia, nada se opuso ya a nuestra partida. En la época en que nos hallábamos, Richard hubiese podido venir con nosotros sin el menor inconveniente, pero entraba en el período de entusiasmo por la nueva carrera y hacía esfuerzos inauditos por desentrañar los misterios de Jarndyce contra Jarndyce. Se quedó, pues, en Londres, siendo esto motivo para que Ada lo elogiase, encantada, por estar tan ocupado.

Hicimos un viaje a Lincolnshire muy agradable en coche, y tuvimos en el señor Skimpole un compañero muy amable. Había saldado todo su mobiliario, según parecía, la persona que lo había embargado en el cumpleaños de su hija de ojos azules, pero parecía bastante aliviado pensando que se lo había quitado de encima. Decía que las mesas y las sillas eran objetos fastidiosos por su monotonía, y que un día u otro acaban por exasperar. ¿Podía haber mayor ventaja que la de no estar ligado a tal o cual sillón, posarse como una mariposa sobre asientos que se pueden variar, sin cesar, alquilándolos en casa de un tapicero, y revolotear del palo de rosa a la caoba, de la caoba al nogal, y de un estilo a otro, según el capricho y el momento?

—Lo más gracioso —añadió, pensando en la parte ridícula de la aventura— es que los muebles no están pagados y que mi casero se los lleva tranquilamente como si fueran míos. ¿No les parece a ustedes que el chasco va a ser de órdago? Si el ebanista no se comprometió a pagar mis alquileres, ¿qué derecho tiene a perjudicarme con el embargo mi casero? Si tuviera yo un grano en la nariz y este grano ofendiese las ideas especiales que mi casero ha concebido de la belleza, no sería esto un motivo para ir a cortarle la nariz a mi ebanista, ya que está desprovista de semejante adorno. Luego el argumento del casero es, a mi entender, completamente erróneo.

—De todo lo cual resulta —concluyó mi tutor jovialmente— que tendrá que pagar quien ha respondido de las sillas y las mesas.

—Exactamente —dijo el señor Skimpole—, y este es el punto culminante de este absurdo asunto. «¿No sabe usted (le dije a mi casero), que mi excelente amigo Jarndyce tendrá que pagar todo lo que se lleva usted, de una manera tan poco delicada? ¿No habrá respeto alguno al derecho de propiedad de ese excelente amigo?» Pues no tuvo respeto.

—¿Y no le hizo a usted caso? —dijo mi tutor.

—En absoluto —contestó el señor Skimpole—. Lo llamé aparte, le hice entrar en mi habitación y le dije: «¿Entiende usted de negocios?». «Sí, señor.» «Pues bien, tratemos este negocio entre nosotros; aquí tiene usted papel, plumas, tinta y obleas. ¿Qué pide usted? Vivo en su casa hace mucho tiempo y creo que con mutua satisfacción, pues no hemos tenido altercado hasta ahora. Arreglemos esto amigablemente, y según todas las reglas que se observan en los negocios. ¿Qué quiere usted? ¿Qué pretende usted?» Por toda contestación me dijo en lenguaje figurado, a la manera de los orientales, que lo que quería era dinero y que todavía no sabía de qué color era el mío. «Mi respetable amigo (respondí), esto es muy sencillo de entender, nunca he tenido dinero ni siquiera sé lo que es.» «Pues bien (dijo), ¿qué me ofrecería si le diese más tiempo?» «No sé lo que quiere usted decir con tiempo (le dije a mi vez), pero estoy pronto a efectuar un arreglo, entre nosotros, con papel, plumas, tinta y obleas. No obstante, insisto en que no se cobre usted, a expensas de otro, porque será una locura, y puesto que entiende usted en negocios terminemos este como es debido.» No quiso oírme y así terminó la cosa.

El carácter del señor Skimpole adolecía de algunos inconvenientes, pero tenía, indudablemente, sus ventajas, como, por ejemplo, el permitirle a este amable compañero satisfacer su excelente apetito y comerse una cesta de melocotones, como lo hizo durante nuestro viaje, sin acordarse de pagarlos. Lo mismo sucedió cuando al bajar del coche le pidieron el precio de su asiento y le preguntó al cochero qué suma, adecuada o generosa, sería conveniente por un asiento, y, al responderle este que media corona, dijo que no era mucho y dejó solo al señor Jarndyce con el cochero.

Qué tiempo tan hermoso. ¡La brisa hacía ondular tan graciosamente los verdes sembrados, las alondras cantaban con voz tan alegre, el ramaje de los árboles era tan lozano y espeso, había tantas flores en los setos y las huertas esparcían un perfume tan agradable! A media tarde el coche se paró en la plaza del mercado, en un pueblo tranquilo, donde vimos un campanario, una cruz en medio de la plaza, una calle inundada de sol, y un estanque donde un caballo viejo se refrescaba las patas, y unos pocos hombres somnolientamente recostados o en pie en los escasos trozos de sombra. Después del movimiento

de la carretera, el rumor del viento en las hojas y el susurro de los sembrados, aquel pueblo nos pareció el más tranquilo, caluroso y calmado de toda Inglaterra.

El señor Boythorn nos esperaba en el mesón con una carretela descubierta para conducirnos hasta su casa, a algunas millas de distancia. Iba a caballo y se apresuró a desmontar, contentísimo de vernos.

—¡Santo cielo! —exclamó, después de saludarnos de manera muy elegante—. ¡Maldita diligencia! Es el vehículo más abominable que recorre las carreteras. ¡Veinticinco minutos de retraso! Es para colgar de un árbol al conductor.

—¿Retraso? —dijo el señor Skimpole como si estuviese hablando consigo mismo—. Como a mí me importa muy poco el tiempo, me tiene sin cuidado.

—¡Veinticinco minutos! ¡Veintiséis minutos! —repitió el señor Boythorn consultando el reloj—. ¡Y con dos señoras en el coche! Ese malvado se ha retrasado adrede, ¡adrede! Porque esa demora es imposible que sea casual. Pero ¿qué se puede esperar de un hombre que ha heredado los vicios de su padre y de su tío? Los dos eran los cocheros más canallas que se hayan sentado en un pescante.

Mientras decía esto con la mayor indignación, nos ofrecía la mano con la elegancia más exquisita para ayudarnos subir a la carretela, y su rostro expresaba el placer y la alegría de vernos.

—Lo lamento, señoritas —dijo sombrero en mano junto a la puerta del coche cuando todo estuvo listo—, porque me veo precisado a hacerles dar un rodeo de casi dos millas. Pero el camino recto cruza por el jardín de sir Leicester Dedlock, y he jurado no pisar, ni yo ni mis caballos, las tierras de ese sujeto mientras no se termine nuestro pleito, ¡hasta mi último aliento!

Y habiendo cruzado su mirada con la de mi tutor, prorrumpió en una estrepitosa carcajada, que pareció despertar de su estupor al pueblecito.

—Entonces, ¿están los Dedlock en la quinta, Lawrence? —le preguntó mi tutor al señor Boythorn, que cabalgaba al lado del coche por el verde césped del arcén.

—Sir Arrogante de Neciavilla está aquí —replicó el señor Boythorn—. ¡Ja, ja, ja! Y tengo el placer de anunciarle que está atado por los pies. En cuanto a milady... —el señor Boythorn hizo un gesto lleno de cortesía como para expresar que la dama permanecía al margen de toda contienda—, creo que la esperan de un momento a otro, aunque no me extrañaría que retrasase su llegada cuanto le fuera posible. El motivo que pudo determinar a esa mujer superior a casarse con ese pelele, con ese fantoche de barón, es uno de los

misterios más impenetrables que hayan puesto a prueba la perspicacia humana. ¡Ja, ja, ja!

—Supongo —interrogó riéndose mi tutor— que podremos visitar los jardines y dar algún paseo por ellos, a no ser que entremos en la prohibición que tú te has impuesto de no poner los pies en ese terreno.

—Mis huéspedes quedan en completa libertad en todo, menos en el hecho de fijar el día de su partida —respondió saludándonos, inclinando la cabeza con infinita gracia a Ada y a mí—. Sentiré, únicamente, no tener el placer de acompañarles a los jardines de Chesney Wold, que es un sitio magnífico. Pero te juro por la luz de este día de verano, Jarndyce, que si haces una visita al propietario de esa quinta mientras estás en mi casa, es más que probable que te reciba con frialdad. Se comporta como un reloj de pared en todo momento, como si perteneciera a una raza de esos relojes de pared de cajas espléndidas que jamás funcionan ni van a funcionar —¡Ja, ja, ja!—. Siempre ha sido frío, tieso y ridículo, pero lo será doblemente para los amigos de su vecino Boythorn.

—No lo someteré a esa prueba —dijo mi tutor—, y le será tan indiferente el placer de recibirnos como a mí la honra de conocerlo. Me contentaré con visitar su jardín, y tal vez su quinta, pero como un simple viajero.

—¡Bueno! ¡Magnífico! —exclamó el señor Boythorn—. Me encanta esa determinación. Aquí tengo la reputación de ser un segundo Ajax que desafía al rayo. ¡Ja, ja, ja! Cuando voy los domingos a la iglesia, la mayor parte de los fieles de la congregación, que no es muy considerable, cree que voy a caer aniquilado y reducido a cenizas sobre las baldosas, bajo los rayos de la cólera de Dedlock. ¡Ja, ja, ja! Y no dudo de que él lo cree también así, porque por Dios que es el asno más pagado de sí mismo y pretencioso y la cabeza más huera que haya existido en el mundo.

Nuestra llegada a la cima de una colina que subimos a pie, y desde donde se descubría Chesney Wold, desvió el pensamiento de nuestro amigo, que fijó en la quinta la atención que había concedido, hasta entonces, a su propietario. Era un edificio antiguo, de exterior pintoresco, situado en un jardín admirable con muchos árboles. Entre el arbolado, y no lejos de la residencia, nos señaló el campanario de la pequeña iglesia de la que nos había hablado. ¡Qué bosques tan hermosos y solemnes! La luz y la sombra se alternaban bajo sus copas, como si unas alas celestiales pasaran en misiones benignas en aquel día de verano. ¡Qué hermosas vistas ofrecían aquellas laderas cubiertas de fino césped, aquellas acequias y estanques centelleantes y aquellos jardines donde las flores formaban grupos simétricos, cuyos vivos matices armonizaban entre sí! En medio de la calma y del silencio que la rodeaban por todas partes, la mansión, con sus soberbias torres y torretas, con sus hastiales y chimeneas, su

portal sombrío y su ancho patio, entre cuyas balaustradas, amontonadas en jarrones, había un gran arrebató de rosas, ofrecía un conjunto fantástico a la vez que imponente y acogedor en esa apacible quietud que inspiraba aquel hermoso paisaje. Todo, quinta, jardines, patio, verdes praderas, fuentes, viejos robles, los inmensos bosques en el horizonte, la perspectiva que se extendía a lo lejos, teñidos los árboles de púrpura y azul, todo, en fin, parecía abismado en un reposo que nada debía perturbar.

Cuando atravesamos el pueblo, el señor Boythorn, al pasar por delante de la puerta del mesón, donde se balanceaban en el letrero las armas de los Dedlock, dirigió algunas palabras a un joven caballero que estaba sentado en un banco junto a la puerta, con algunos aparejos de pesca a sus pies.

—Es el nieto del ama de llaves de la quinta —nos dijo el señor Boythorn—: está apasionadamente enamorado de una bonita muchacha que trabaja en la mansión. Milady Dedlock le ha tomado un cariño muy grande y quiere tenerla a su lado como dama de compañía, pero esta honra no le gusta mucho al muchacho. Como no puede casarse todavía, aunque consintiera Rosa, se ha resignado y viene con frecuencia a pasar aquí uno o dos días para... pescar... ¡Ja, ja, ja!

—¿Está prometido ya con esa chica tan bonita, señor Boythorn? —preguntó Ada.

—Mi querida señorita Clare —le respondió—, creo que se gustan, pero probablemente los verán ustedes y entonces podrán informarme a mí de lo que me pregunta usted.

Ada se ruborizó, y el señor Boythorn, que se nos adelantó trotando en su bonito caballo tordo, desmontó en la puerta de su casa, y ya estaba listo, con el brazo estirado y sin sombrero, para darnos la bienvenida cuando llegáramos.

Vivía en una vieja casa muy bonita, que servía antaño de vicaría, y delante de ella se extendía un vasto prado; a uno de los lados había unos jardines llenos de hermosas flores, y detrás se veía la huerta y una arboleda muy poblada, cercado todo por una vetusta tapia que parecía oxidada por los años. Pero, en realidad, allí todo daba la impresión de sensatez y abundancia. La alameda de tilos parecía un claustro verde, los cerezos y los manzanos estaban cargados de frutos, las ramas de los groselleros se doblegaban hasta el suelo por el peso de los racimos, las fresas y las frambuesas crecían con profusión, y a lo largo de la huerta maduraban a centenares los melocotones. Caídos entre las redes desplegadas y entre los marcos de cristal que resplandecían y centelleaban al sol, había tantos montones de legumbres, calabacines y pepinos marchitos que cada pie de tierra parecía un tesoro de verdura, y el olor de las hierbas dulces y de toda clase de saludable vegetación (por no decir nada de los prados vecinos, donde se estaba recogiendo el heno) hacía del aire

un enorme ramillete. Reinaba tanta serenidad dentro de aquel viejo recinto que apenas se agitaban suavemente las plumas colocadas en guirnaldas para ahuyentar a los pájaros, y hasta la vetusta tapia ofrecía tan suave influencia sobre la madurez de las cosas que los viejos clavos y escarpías, que a trechos sostenían algunas ramas, parecían haber madurado como el conjunto de la plantación y se diría que formaban parte de ella.

Aunque la casa no estaba tan bien conservada como los jardines, era uno de esos antiguos edificios en los que se encuentran enormes bancos bajo la amplia campana de la chimenea de ladrillo de la cocina, y corpulentas vigas en el techo. A uno de los lados de este antiguo edificio se extendía el camino en litigio, donde el señor Boythorn tenía de día y de noche apostado un centinela con guardapolvo, que, en caso de intromisión, debía tocar una campana, soltar un bulldog y hacer fuego contra el enemigo. No contento con esto, nuestro huésped había pintado unos grandes cartelones que había atado a unos postes y en los cuales se leían los siguientes avisos: «Cuidado con el perro, que muerde. Firmado: Lawrence Boythorn»; «La escopeta está cargada con perdigones y balines. Lawrence Boythorn»; «El que se atreva a cometer el menor delito en esta propiedad, será castigado con severidad y perseguido con todo el rigor de la ley. Lawrence Boythorn». Nos lo enseñó todo desde la ventana de su salón, mientras su pájaro daba saltitos por su cabeza y él se reía: «¡Ja, ja, ja!», y ponía tanto empeño al señalar los cartelones que llegué a pensar que se iba a hacer daño.

—Se ha tomado usted mucho trabajo inútilmente —le dijo el señor Skimpole, con su ligereza acostumbrada— por una cosa que, después de todo, no se toma usted en serio.

—¿Que no me la tomo en serio? —replicó el señor Boythorn, con ira incalificable—. ¿Que no me la tomo en serio? Pues si llego a tomarla como debía, hubiese comprado un león en vez de un perro y lo habría arrojado contra el primer malvado que se hubiera atrevido a atentar contra mis derechos. ¡Que se preste sir Leicester a venir a zanjar la cuestión, frente a frente, y saldré a su encuentro armado con el arma de la época y país que prefiera! Yo soy así.

Habíamos llegado en sábado, y a la mañana siguiente nos dirigimos a la iglesia de los jardines. Una agradable senda que serpenteaba a lo largo del terreno en litigio nos condujo, bajo la umbría verdura de los hermosos árboles, hasta el pórtico del templo.

La congregación, muy poco numerosa, se componía de campesinos, a excepción de la considerable colección de criados de la quinta, que estaban ya sentados cuando llegamos; algunos lacayos majestuosos, un cochero anciano, modelo perfecto de su clase, que parecía ser el representante oficial de todas

las vanidades que había conducido en carroza, y varias bonitas muchachas, entre las que destacaba la alta estatura y el amable rostro de la respetable ama de llaves. A su lado, se veía a la muchacha de la que nos había hablado el día anterior el señor Boythorn. Era muy bella, y desde luego hubiera adivinado quién era aun cuando no la hubiese visto ruborizarse bajo la mirada del joven pescador, que descubrí a algunos pasos. Una cara, que no carecía de belleza, pero cuya fisonomía era poco agradable, y que pertenecía a una francesa, espiaba a la joven, con malicia, y miraba a todos los que estaban allí con expresión poco benévola.

Como la campana seguía llamando y todavía no habían llegado las personas ilustres, me entretuve echándole una ojeada a la iglesia. Antigua y sombría, tenía un aspecto solemne, y exhalaba ese olor a tierra que despiden los sepulcros. Las ventanas, sombreadas por los árboles, vertían en el interior una luz debilitada y verdosa que hacía palidecer todas las caras, dejaba en la oscuridad las viejas placas del suelo y los monumentos deteriorados por el tiempo y la humedad, a la par que destacaba el fulgor del inapreciable rayo de sol que brillaba debajo del portal, donde el campanero continuaba tocando la campana.

Cierto movimiento que se verificó hacia la puerta, una expresión de temor respetuoso en el rostro de los campesinos y la resolución feroz que manifestó de pronto el señor Boythorn, quien se esforzaba en disimular que se había dado cuenta de la presencia de alguien, me hicieron comprender que llegaban los señores de la quinta y que iba a empezar el oficio.

«No entres en juicio con tu siervo, Dios mío, porque ante ti...»

¿Podré olvidar jamás la emoción que sentí cuando me puse en pie? ¿Podré olvidar jamás la manera con que aquellos hermosos y orgullosos ojos salieron de pronto de su languidez para fijarse en los míos? Aquella mirada no duró más que un instante, y bajé la vista hasta mi libro; pero, aunque fue un centelleo, bastó para grabar eternamente aquel noble rostro en mi memoria.

Y (¡cosa extraña!) en el fondo de mi mente, se despertaba el recuerdo de los días solitarios que había pasado en casa de mi madrina, y retrocedía a la época en que, levantándome sobre la punta de los pies para mirarme en el espejo, me vestía yo sola, después de haber vestido a mi muñeca. Sin embargo, estaba segura, muy segura, de no haber visto en mi vida a aquella señora.

Era fácil reconocer en el caballero de cabeza cana, ceremonioso y gotoso, que ocupaba solo con ella el gran banco, a sir Leicester Dedlock, y en aquella mujer a lady Dedlock; pero ¿por qué su rostro era para mí como un espejo roto en el cual encontraba confusamente los restos de mis recuerdos? Y ¿por qué aquella mirada me confundía y por qué me sentía yo tan turbado (porque así

estaba todavía) por haberme encontrado casualmente con su mirada? No podía creerlo.

Quise dominar mi debilidad y presté atención para seguir las palabras del oficio e intenté recuperarme escuchando lo que se decía. Pero en vez de llegar a mi oído a través de la voz del sacerdote, me parecía que las pronunciaba mi madrina, cuyo tono familiar creía oír. ¿Se parecerá —pensaba yo— por casualidad lady Dedlock a mi madrina? Tal vez, pero la expresión de las facciones era muy diferente, y la severidad implacable que había surcado de arrugas el rostro de mi madrina, como los surcos que traza el hielo en las rocas, faltaba completamente en el rostro que tenía a la vista para que esta semejanza hubiera podido sorprenderme, desde luego. Tampoco había encontrado nunca en la otra aquella altivez desdeñosa que emanaba del rostro de lady Dedlock, y, sin embargo, yo, la pobre Esther Summerson (la niña que era diferente de las demás y en cuyo cumpleaños no se alegraba nadie) veía mi propia imagen alzarse ante mí, evocando el pasado, fascinada por aquella brillante señora, que sabía muy bien que no conocía ni había visto nunca.

Me hizo temblar tanto el ser arrojada a esa agitación inexplicable que fui consciente de sentirme incluso angustiada ante la observación de la doncella francesa, aunque sabía que había estado vigilando por aquí y por allá y por todas partes, desde el momento en que entró en la iglesia. Poco a poco, logré, no obstante, vencer tan extraña emoción, y pude mirar sin turbarme hacia la baronesa. No había empezado el sermón, e iba a empezar el canto. Ella no reparó en mí y las palpitaciones de mi corazón se pararon, para continuar con más fuerza, después, cuando me miró una o dos veces con los impertinentes, así como a Ada.

Terminado el oficio, sir Leicester, aunque obligado a servirse de un sólido bastón para andar, ofreció el brazo a milady con tanto respeto como galantería y la condujo pomposamente hasta el coche de ponies en el que habían ido. Los criados se dispersaron y así fue dispersándose la congregación, que sir Leicester había contemplado durante el oficio (dijo el señor Skimpole para infinito placer del señor Boythorn) como un hombre que tuviese en el cielo una hacienda considerable de la cual aquellos formarían parte.

—Y realmente lo cree —respondió el señor Boythorn—. Está firmemente convencido de ello, como lo estaban antes de él su padre, su abuelo y sus bisabuelos.

—¿Saben —le dijo el señor Skimpole, inesperadamente, al señor Boythorn— que me resulta agradable encontrar a un hombre de esa especie?

—¡Cómo! —dijo el señor Boythorn vigorosamente.

—Un hombre que siente la necesidad —continuó el señor Skimpole— de

patrocinar a los demás, me parece un tipo muy digno, y apruebo su gusto.

—Pues yo lo repruebo —repuso el señor Boythorn, con violencia.

—¿Sí? —dijo el señor Skimpole—. Pues se toma usted un trabajo que yo no me tomaré nunca. Yo soy así, nunca muestro oposición, porque me gusta la paz, y oponerse es hacer la guerra. Vengo aquí, por ejemplo, encuentro a un potentado que exige veneración, y le digo: «Muy bien, poderoso señor, ¿pide mi veneración? Aquí me tiene. Creo más fácil ceder, que mostrar oposición. Si se digna enseñarme alguna cosa agradable, tendré un gran placer en verla, y, si le place regalármela, la aceptaré con mucho gusto». El potentado contesta: «He aquí un hombre apreciable, que no perturba en nada mi digestión, ni mi sistema nervioso; que no me obliga a rodar, formando una bola como un erizo, con todas mis puntas hacia fuera; y que me permite, por el contrario, tenderme, ensancharme y respirar con toda libertad mientras le doy la vuelta a mi forro de plata como la nube de Milton, y eso es más agradable para ambos». De esta manera me tomo yo las cosas. ¿Qué quiere usted? Soy un ingenuo.

—Pero suponga usted —dijo el señor Boythorn— que mañana se encuentra en otro sitio no al potentado, sino a su adversario, ¿qué sucedería?

—¿Que qué sucedería? —dijo el señor Skimpole, con aire de la mayor sinceridad y candidez—. Lo mismo —respondió el señor Skimpole—. Diría, entonces, mi apreciado Boythorn, suponiendo que sea usted la personificación del ser imaginario de que se trata: «Mi apreciado Boythorn, ¿es usted el adversario de ese potentado? Muy bien, también yo lo soy. No hay cosa en el mundo que me sea más grata que hacerme agradable. La sociedad, después de todo, no es más que un sistema de armonía, y, si es usted contrario, lo soy yo igualmente». Dada esta explicación, amigo Boythorn, ¿no le parece a usted que es hora ya de cenar?

—Pero el apreciado amigo Boythorn podría contestarle —repuso nuestro huésped, cuyo rostro empezaba ya a congestionarse—, yo...

—Seguramente —dijo el señor Skimpole, interrumpiéndole— me diría qué era lo más acertado.

—¿Ir a cenar? —exclamó el señor Boythorn, dando un golpe en el suelo con el bastón y parándose de pronto—. Pero ¿y los principios, señor Harold Skimpole? ¿Existen o no existen?

—A lo cual Harold Skimpole contestaría, ya sabe —respondió de la forma más alegre y con la más ingenua de las sonrisas—: «Por mi vida que no sé lo que quiere usted decir. No tengo la menor idea de qué es eso que llama usted principios. Ignoro dónde se encuentran y no sé quién los posee. Si usted los tiene y es cosa que da apetito y buen humor, me alegro y lo felicito. En cuanto

a mí, no conozco nada de eso, y estoy sano y robusto, por lo tanto le digo que lo más acertado es ir a cenar».

Este fue uno de muchos pequeños diálogos que hubo entre ellos, que yo siempre esperaba que terminasen, y me atrevería a decir que en otras circunstancias lo hubiesen hecho, con una violenta explosión de nuestro anfitrión. Pero tenía esta una idea tan elevada de su responsabilidad como anfitrión, y el señor Jarndyce se reía con tanta sinceridad con el señor Skimpole, como si fuera un niño que se pasara el día haciendo pompas de jabón y estallándolas, que nunca fueron más allá de ese punto.

El cándido el señor Skimpole, que hacía ver que ignoraba que andaba por un terreno escabroso, empezaba un dibujo de los jardines que no acababa; se sentaba al piano, tocaba fragmentos de arias de óperas, cantaba estrofas sueltas de canciones; o bien daba grandes zancadas, se tendía debajo de un árbol, y miraba al cielo... No podía evitar pensar, decía, que se había creado expresamente para aquello, de manera tan exacta se adaptaba a él.

—Las grandes empresas, los esfuerzos generosos —nos decía tumbado en el suelo— me causan un placer infinito. He nacido cosmopolita, y soy muy aficionado a los viajes. Me tiendo a la sombra, como aquí, por ejemplo, y pienso, con admiración, en esos hombres animosos que llegan al Polo Norte o penetran hasta el centro de la zona tórrida. ¿De qué puede servir un viaje al polo? (preguntarán las personas de espíritu mercantil). Lo ignoro: puede que sirva para distraerme un rato mientras leo el relato de sus aventuras. Exageremos un poco la cuestión, y examinemos el caso de los esclavos de las plantaciones de Estados Unidos. Reconozco que su posición es penosa, y supongo que no debe de serles nada agradable, pues hablando en general, toda servidumbre es una desgracia; sin embargo, desde mi punto de vista pueblan el paisaje, le dan cierta poesía, y quizá sea esa una de las finalidades más agradables de su existencia. Soy muy consciente de que así sería, si lo fuese, y no me extrañaría de que así fuera.

Siempre me preguntaba en esas ocasiones si se le pasarían por la cabeza la señora Skimpole y sus hijas, y bajo qué punto de vista se le presentarían estas a su espíritu cosmopolita, pero llegué a la íntima convicción de que no se le presentaban nunca bajo forma alguna.

Había transcurrido casi una semana desde el domingo en que mi corazón había palpitado con tanta agitación en la iglesia, y todos los días había amanecido el cielo tan azul y el sol tan brillante que sentíamos un verdadero placer en pasear por el bosque, en ver atravesar la luz las hojas transparentes e irradiarse en medio de las sombras trenzadas de los corpulentos árboles mientras las aves cantaban bajo su sombra y parecía adormecerse el aire con el zumbido de los insectos. Había un sitio favorito, donde el musgo era espeso y

donde yacían, entre las hojas del año anterior, algunos troncos de árbol cortados cuyas cortezas estaban arrancadas. Desde estos rústicos bancos en que nos sentábamos, nuestras miradas se perdían en una larga bóveda de verdor, sostenida por millares de columnas, y los rayos del sol, que iluminaban a lo lejos las que cerraban la perspectiva, formaban con la sombra que nos rodeaba un contraste tan radiante que parecía aquel claro la puerta hacia una tierra prometida. El sábado siguiente a nuestra llegada, estábamos allí sentados el señor Jarndyce, Ada y yo cuando oímos retumbar un trueno a lo lejos y sentimos que caían grandes gotas entre las hojas.

Se había dejado sentir durante toda la semana un calor sofocante, y, en efecto, se declaró con tal rapidez (al menos para nosotros, en aquel refugio) que, antes de salir del bosque, ya se sucedían los truenos y relámpagos y la lluvia atravesaba el ramaje como si cada una de sus gotas hubiera sido una bala de plomo. Como no era momento de quedarse entre los árboles, salimos huyendo del bosque hacia una escala doble que atravesaba el vallado de la hacienda, para subir sus escalones cubiertos de musgo y dirigirnos a la caseta de un guarda, que estaba a corta distancia. Habíamos observado muchas veces la belleza sombría de aquella caseta del guarda, que estaba en medio de árboles crepusculares, y cómo se arracimaba la hiedra sobre ella, y lo cerca que había de allí una abrupta hondonada, donde una vez habíamos visto cómo el perro del guarda se hundía entre los helechos como si fueran agua.

El interior estaba tan oscuro que solo vimos al guarda cuando sacó dos sillas que puso cerca de la puerta, para Ada y para mí. Las persianas estaban abiertas y permanecimos en la entrada de la casita para contemplar la tempestad. Era grato oír el bramido del trueno, ver con qué fuerza inclinaba el viento los árboles y empujaba a lo lejos la lluvia como una nube de humo, y reconocer, al mismo tiempo que hacía estremecernos, la idea de las espantosas fuerzas que por todas partes rodean nuestra débil existencia, ese poder al igual que terrible, benéfico y fecundo. En la más humilde de las flores y en la más pequeña de las hojas, ese furor aparente vertía una vida nueva y parecía reanimar la creación entera.

—¿No es peligroso estar en un sitio tan expuesto a la tempestad?

—No, Esther —me respondió Ada tranquilamente.

Pero, en realidad, no era yo quien había hablado. Mi corazón volvió a palpar de nuevo. Aquella voz que oía por primera vez me causaba la misma impresión extraña y, como entonces, hacía surgir en mi mente innumerables retratos de mí misma.

Lady Dedlock se había refugiado en la caseta antes de nuestra llegada. No la habíamos visto a causa de la penumbra y en ese momento se hallaba en pie detrás de mi silla, donde vi su mano al lado de mi hombro, cuando volví la

cabeza.

—¿La he asustado? —me dijo.

—¡Oh! No. ¿Y por qué había de asustarme?

—Si no me equivoco, tengo el placer de encontrarme ante el señor Jarndyce —añadió, dirigiéndose a mi tutor.

—Su memoria me honra más de lo que creía, milady —dijo él.

—Me pareció reconocerle el domingo en la iglesia, y siento que una discusión puramente local con su anfitrión, discusión que no ha provocado sir Leicester, según creo, haya hecho absurdamente difícil prestarle atención alguna allí.

—Estoy al tanto de dichas circunstancias —respondió mi tutor con una sonrisa—, y me siento bastante complacido.

Lady Dedlock le había dado la mano a mi tutor con una indiferencia que parecía serle característica, y le habló con una voz igualmente indiferente, pero armoniosa y dulce. Era tan atractiva como hermosa y pensé que hubiera podido conquistar todos los corazones si hubiese creído que eran dignos de conquistar. El guarda se apresuró a traerle una silla, que colocó ante la puerta, donde se sentó entre nosotras.

—¿Ha elegido ya una carrera el joven por el cual escribió usted a sir Leicester, que sintió de veras no poder serle útil, en aquellas circunstancias? —preguntó al señor Jarndyce, sin volver la cabeza.

—Así lo espero —dijo él.

Parecía tener respeto por mi tutor, y hasta desear su amistad. Había una poderosa seducción en sus maneras altivas, que poco a poco se hicieron más familiares (iba a decir más espontáneas, pero eso apenas era posible) si no hubiera hablado sin volver la cabeza.

—Supongo que esta señorita es la señorita Clare, su segunda pupila.

El señor Jarndyce presentó a Ada con toda ceremonia.

—Perderá usted la reputación de Don Quijote que tiene adquirida —dijo hablando siempre sin volver la cabeza— si solo protege bellezas como esta, pero presénteme también a esa señorita —continuó volviéndose hacia mí.

—Solo la señorita Summerson es realmente mi pupila —contestó mi tutor—, puesto que ella no depende de ningún lord Canciller.

—¿Ha perdido a sus padres? —preguntó milady.

—Sí, milady.

—No obstante, ha sido afortunada encontrando a un tutor como usted.

Lady Dedlock me miró al pronunciar estas palabras. Nuestros ojos se encontraron, pero de pronto desvió los suyos, que expresaban disgusto o aversión, y se dirigió de nuevo al señor Jarndyce, sin volver la cabeza.

—Ha pasado un siglo desde la última vez que nos vimos, señor Jarndyce.

—En efecto, han pasado muchos años —respondió mi tutor—; muy largo me pareció por lo menos el tiempo transcurrido cuando tuve la satisfacción de volver a verla el domingo.

—¿Cómo? ¿Incluso usted se muestra cortés conmigo? —dijo milady con desdén—. Tal vez se crea usted obligado a emplear semejante cortesía conmigo. Esa es la reputación que me he ganado, supongo.

—Ha ganado usted tanto, milady —continuó mi tutor—, que me atrevería a decir que tiene que pagar algún peaje por ello. Pero no a mí.

—¡Tanto! —repitió lady Dedlock riendo ligeramente—. ¡Sí!

Nos miró un instante a Ada y a mí, como si fuéramos para ella dos niñas o poco menos, y volvió la cabeza hacia el bosque mirando la lluvia con expresión tranquila y abandonándose a sus propios pensamientos, con la misma libertad que si se encontrara sola.

—Creo recordar que, en la época de nuestro viaje al extranjero —dijo al señor Jarndyce—, era usted más amigo de mi hermana que de mí.

—Nos habíamos tratado más —respondió mi tutor.

—Y, por otra parte, nuestro carácter era muy distinto. Raras veces estábamos de acuerdo, aun antes de nuestra completa separación —repuso Lady Dedlock—. Supongo que es de lamentar, pero era inevitable.

Lady Dedlock se quedó contemplando la lluvia de nuevo. Pronto la tempestad empezó a calmarse, la lluvia disminuía por momentos, el trueno bramaba a lo lejos, y el sol volvía a brillar sobre las ramas húmedas. Estando así, en silencio, vimos que un faetón de ponis se dirigía hacia nosotros a buen paso.

—El criado que envió milady está de vuelta y viene con el coche —dijo el guarda.

Dos personas bajaron del carruaje, con mantas y chales en el brazo. Una de ellas era la camarera francesa que había visto en la iglesia, y la otra, la hermosa joven que había visto al lado del ama de llaves de la quinta. La francesa, osada y provocadora; la otra, confusa y tímida.

—¡Cómo! —dijo lady Dedlock—. ¿Ambas?

—Soy su camarera, milady —respondió la francesa— y el recado era sin duda para mí.

—Yo temí que hubiese usted querido referirse a mí —respondió la bonita joven.

—Y tienes razón, hija mía. El recado era para ti —dijo milady con calma—. Ponme el chal.

Se inclinó ligeramente para recibirlo y la joven colocó el abrigo sobre los hombros de su señora, mientras la francesa, que no merecía llamar la atención de milady, tenía los labios pálidos y apretados, mirando a su rival.

—Veo con pesar, señor Jarndyce —dijo milady a mi tutor—, que no podremos reanudar nuestra antigua amistad. Permítame que les ofrezca el coche a sus dos pupilas; dentro de un momento estará de vuelta.

Rehusamos la oferta, a pesar de su insistencia, y milady se despidió entonces cariñosamente de Ada, no me dirigió el menor saludo, apoyó la mano en el brazo que le ofrecía mi tutor y subió al carruaje, que era pequeño, bajo y con toldo.

—Ven conmigo, hija mía, te necesito —le dijo milady a la bonita joven.

Se alejó el carruaje y la francesa permaneció en pie, en el sitio donde había bajado, conservando en el brazo el chal que trajera para milady.

Nada ofende tanto a los orgullosos como el orgullo que encuentran en los demás. Sin duda la expresión imperiosa de la francesa había sido causa del desaire. No obstante, el desquite que se tomó por este desprecio me pareció muy extraño. Permaneció inmóvil hasta el momento en que desapareció el coche, y quitándose entonces los zapatos con la mayor calma, los dejó en el suelo y echó a correr sobre la hierba mojada en dirección a la quinta.

—¿Está loca esa mujer? —preguntó mi tutor.

—No, señor —respondió el guarda, que, junto con su mujer, seguía con la mirada a la camarera—. Al contrario, Hortense tiene la cabeza tan despejada como el que más. Pero es terriblemente orgullosa y apasionada, enormemente orgullosa y apasionada, y como la han dejado y han puesto a otra antes que a ella, no se lo ha tomado muy bien.

—Pero ¿por qué se ha descalzado estando el camino lleno de agua? —añadió mi tutor.

—¡Vaya! En realidad, señor, como no sea para enfriarse un poco... —dijo el hombre.

—A menos que se imagine que es sangre —dijo la mujer—. ¡Creo que andaría sobre eso o sobre cualquier otra cosa cuando se le sube a la cabeza!

Algunos minutos después, pasábamos cerca de la quinta, que nos pareció más pacífica aún que el día en que la vimos por primera vez. La brisa soplaba suavemente en torno a sus muros; el sol hacía brillar, como diamantes, las gotas de lluvia que temblaban sobre las piedras y las hojas; las aves, calladas un instante, reemprendieron su canto con ardor; delante de la puerta brillaba, como una carroza de hadas hecha de plata, el coche de milady, y, en medio de este paisaje, lleno de paz y de dulzura, Hortense se dirigía hacia la quinta, con paso firme, el rostro impasible y los pies descalzos sobre la hierba mojada.

XIX

Avancen

Chancery Lane está de vacaciones. La justicia y la ley han dejado las armas. El buque que tripulaban, pesado, forrado en cobre y chapado en hierro, está siendo carenado en este momento y se ha licenciado a la tripulación. El viento arrastra, Dios sabe adónde, al Holandés Errante, que conduce las sombras de los litigantes, que suplican a todos los que se encuentran que presten atención a sus autos. Los tribunales están cerrados. Los bufetes y los despachos duermen un sueño canicular. Westminster Hall no es más que una soledad tenebrosa donde pueden cantar los ruiseñores y pueden pasearse los amantes, pleiteantes de voz tierna, sin temor a encontrarse a los que han reemplazado.

El Temple, Chancery Lane, Serjeants' Inn y Lincoln's Inn parecen puertos que ha dejado secos la marea, donde el procedimiento está encallado en el lodo, y los pasantes desocupados bostezan, balanceándose en sus taburetes, para no recobrar la perpendicular hasta que vuelva la marea.

Las puertas están cerradas y los legajos y las cartas se amontonan en la casilla del portero. La hierba crecería entre el empedrado de Lincoln's Inn y daría una cosecha abundante si los mozos de cuerda, que no tienen otro quehacer que sentarse a la sombra con la cabeza cubierta con el pañuelo para preservarse de las moscas, no la arrancaran para mascarla indolentemente.

No ha quedado en la ciudad más que un juez, y solo tiene audiencia dos veces por semana. ¡Ah! ¡Si pudieran verlo hoy los provincianos que dependen de su jurisdicción! No hay pelucas, togas rojas, varillas blancas, ni maceros. Solo queda un caballero recién afeitado, con sombrero blanco, pantalón blanco y el rostro tostado por el sol, que entra al pasar en una marisquería camino de su trabajo para tomarse un vaso de cerveza helada.

Los abogados de Inglaterra se han dispersado sobre la superficie de la

tierra.

¿Cómo puede vivir Gran Bretaña cuatro meses enteros privada de su ilustre colegio de abogados, su refugio en los días aciagos, su gloria y su triunfo en la prosperidad? Al menos en este momento no protegen a Inglaterra estos preciosos escudos y lanzas. El distinguido abogado, siempre tan sensible a los ultrajes sin precedentes inferidos a su cliente por la parte contraria y que parecía que no iba a consolarse jamás del pesar que había sentido, se halla actualmente en Suiza, donde, a Dios gracias, está más sano y robusto de lo que podría esperarse. El distinguido abogado, cuya especialidad consiste en anonadar con sus lúgubres sarcasmos a todo el que se opone a su causa, se halla en este momento en un balneario de los Pirineos y su buen humor asombra a todo el mundo. El distinguido abogado, a quien la menor acusación hace llorar con amargura, no ha derramado una sola lágrima desde hace más de seis semanas. El distinguidísimo letrado que ha llegado a templar su carácter ardiente saciándose con los manantiales de la ley, de donde saca esos argumentos sutiles que les presenta a los magistrados somnolientos, engendros legales incomprensibles para la mayor parte de los iniciados así como para los profanos, recorre entusiasmado las polvorientas cercanías de Constantinopla. Otros fragmentos dispersos de ese gran paladín que es la justicia se hallan actualmente en las orillas de las lagunas, en los baños de Alemania, en los canales de Venecia, en la segunda catarata del Nilo o esparcidos por todas las costas de Inglaterra. Pero apenas se encontraría uno solo en la región de Chancery Lane. Y si, por casualidad, ese individuo solitario del colegio, al atravesar el desierto donde habita, encuentra a un litigante encarnizado, que va, a pesar suyo, a vagar por los sitios testigos de su febril inquietud, tienen miedo el uno del otro y se refugian en la sombra volviéndose la espalda.

Son las vacaciones más calurosas que se han visto desde hace muchos años. Todos los pasantes están locamente enamorados, y según su categoría, suspiran cerca del objeto amado en Margate, en Ramsgate o en Gravesend. Todos sus compañeros de mediana edad pasan el tiempo en el seno de su familia demasiado numerosa y que les estorba. Todos los perros que vagan perdidos por las cercanías del Tribunal buscan sedientos el agua que les falta y lanzan aullidos plañideros. Todos los perros de los ciegos arrastran a sus amos hacia las fuentes. Y una tienda, que tiene un toldo delante de la puerta y cuya acera está regada, parece un verdadero santuario. Temple Bar se ha convertido en un paraje tan caldeado que, por estar junto al Strand y el Fleet, hace de llama de tetera y los tiene hirviendo toda la noche.

Digamos que hay en las cercanías del Tribunal algunas tabernas en las que uno podría estar fresco si fuese rentable comprarlo al precio de tal aburrimiento, pero las vías que están inmediatamente fuera de esos refugios están como en llamas. En el barrio del señor Krook hace tanto calor que los

habitantes huyen de sus casas para acampar con sillas en la calle, incluido el señor Krook, que allí continúa con sus estudios, con su gata (que nunca tiene demasiado calor) a su lado. Los conciertos han cesado en el Sol's Arms, y Little Swills está contratado para todo el verano en el Pastoral Gardens, situado cerca del Támesis, donde afecta aires ingenuos para cantar coplas cómicas de género muy juvenil, compuestas expresamente, según dice el anuncio, para que no hieran la susceptibilidad de las personas más delicadas. La ociosidad y la melancolía se extienden como una telaraña gigantesca sobre todo el barrio legal. El señor Snagsby, papelero en Cook's Court, Cursitor Street, experimenta profundamente esta influencia, que afecta no solo a su carácter contemplativo y simpático, sino también a sus negocios, como proveedor del Tribunal. Dispone de más tiempo para ir a meditar a Staple Inn y a Rolls Yard durante las vacaciones que en todo el resto del año, y les dice a sus dos aprendices que le parece extraño sufrir este calor viviendo en una isla mientras en torno a ellos el mar trenza y destrenza sus aguas.

En uno de esos días de calor sofocante, Guster está muy ocupada en la sala donde la señora Snagsby y su digno esposo esperan a sus invitados, poco numerosos, en realidad, porque solo se trata de dos personas, aunque no por eso sean menos distinguidos. Esperan al señor Chadband y a su esposa. Tanto de palabra como por escrito, el señor Chadband tiene costumbre de compararse con un navío azotado por las olas, de lo cual resulta que los extraños lo imaginen empleado de la Marina, lo cual es un error, porque, según su propia expresión, está agregado al santo ministerio. Sin embargo, no tiene título especial, no pertenece a ninguna iglesia, y sus adversarios afirman que sin problemas de conciencia podría renunciar a la misión que se ha impuesto de perorar sobre el tema más importante sin decir nada en sustancia. Pero, no obstante, tiene sus partidarios, y entre ellos figura la señora Snagsby, la cual ha tomado recientemente pasaje en el navío Chadband, y cuya atención se vio atraída hacia esa arboladura al estar algo exaltada por el calor.

—A mi mujercita —le dice el señor Snagsby a los gorriones de Staple Inn — le gusta tener su religión bien afilada, ¿sabéis?

Guster, mientras arregla la sala para recibir al señor Chadband, se siente muy orgullosa creyéndose, por un momento, sirvienta de este hombre notable que se halla dotado de la admirable facultad de hablar cuatro horas seguidas sin cambiar de postura, y, por lo tanto, se ha esmerado en su obra. Le ha quitado el polvo a todos los muebles, ha pasado un trapo húmedo sobre los retratos del señor y de la señora Snagsby, ha sacado la vajilla más hermosa y ha cubierto la mesa de excelente pan tierno y bien cortado, pasteles, mantequilla fresca y recién hecha, lonchas finas de jamón, anchoas con perejil, lengua en fiambre y salchichas alemanas, sin contar los huevos pasados por agua, que traerá en un plato, y los asados dorados, que servirá en el último

momento. Porque Chadband, como dicen sus adversarios, no es un navío ordinario. Le gusta llevar buen lastre y blande las armas de la carne, tales como el cuchillo y el tenedor, con gran habilidad.

El señor Snagsby, con su traje nuevo, observa todos estos preparativos, y, tosiendo con deferencia, tapándose la boca con la mano, le pregunta a la señora Snagsby:

—¿A qué hora esperas al señor y a la señora Chadband, amor mío?

—A las seis —responde la señora Snagsby.

El señor Snagsby observa, con voz dulce, que han dado ya las seis.

—¿Quieres sentarte a la mesa sin esperarlos? —dice la señora Snagsby con tono de reproche.

—No, querida, no. Lo decía únicamente porque ya es la hora.

—¿Qué es la hora en comparación con la eternidad?

—Nada, querida, nada. Pero cuando se espera a alguien para tomar el té, digo yo... que..., vamos que..., que puesto que se ha convenido una hora, ¿no sería mejor ser puntual?

—¡Ser puntual! —repite la señora Snagsby, con ademán severo—. ¡Ser puntual! Cualquiera creería, oyéndote, que el señor Chadband es un coche de alquiler que se paga por horas.

—En absoluto, querida —dice el señor Snagsby.

Guster, que durante esta discusión miraba a la calle desde la ventana de su cuarto, baja de cuatro en cuatro los escalones, y entra sofocada a anunciar a sus amos que el señor y la señora Chadband han aparecido en la plazuela. Pocos momentos después, suena la campanilla de la puerta del pasaje, y la señora Snagsby recomienda a Guster que anuncie en voz alta a los invitados, so pena de reenvío inmediato a su santo patrón. Con los nervios totalmente descompuestos (antes estaban en su mejor forma) gracias a esta amenaza, mutila terriblemente sus nombres al anunciar a «el señor y la señora Chavalandaesto, quiero decir... ¡Cómosellamen!», y se retira atribulada de su presencia.

El señor Chadband es un hombre grueso, de tez amarillenta, de estúpida sonrisa, y tiene el aspecto general de llevar gran cantidad de grasa de ballena en el cuerpo. Se mueve con lentitud, con pesadez, casi como un oso al que han enseñado a andar de pie. No sabe qué hacer de los brazos, que parece como si quisieran dejar aquella postura incómoda para volver a marchar sobre cuatro patas. Suda mucho, especialmente por la cabeza, y no habla jamás sin levantar antes la mano para advertir que va echar un sermón. La señora Chadband es

una mujer severa, de aspecto grave, silenciosa.

—Amigos míos —dice el señor Chadband—, la paz sea con vosotros, con el dueño y la señora de esta casa y con todos los que habitan esta morada. ¿Por qué, amigos míos, les deseo la paz? Y ante todo, ¿qué es la paz? ¿Es la guerra? ¡No! ¿Es la lucha? ¡No! ¿La paz es maravillosa, amable, hermosa, dulce, apacible y alegre? ¡Ah, sí! Y es por eso, amigos míos, que os deseo que la paz sea con vosotros y con los vuestros.

La señora Snagsby se muestra tan conmovida al oír estas palabras edificantes que el señor Snagsby juzga oportuno contestar con un amén, que es muy bien recibido por todos los presentes.

—Y ahora, amigos míos —continúa el señor Chadband—, puesto que he tocado este tema...

Guster aparece en la puerta de la sala.

—¡Vete! —dice la señora Snagsby con voz lúgubre, sin apartar los ojos del reverendo, con terrorífica claridad.

—Ahora, amigos míos —continúa el señor Chadband—, puesto que he abordado este tema, digo desde mi humilde posición que...

—Mil setecientos ochenta y dos —murmura Guster inexplicablemente.

—¡Vete! —repite la voz lúgubre, con solemnidad.

—Ahora, amigos míos —prosigue el señor Chadband—, pidamos con fervor...

—Mil setecientos ochenta y dos —insiste tímidamente Guster.

El señor Chadband se interrumpe, con la resignación de un hombre acostumbrado a ser perseguido, y pliega lánguidamente la barbilla para formar su gruesa sonrisa y decir:

—¡Dejen que hable! ¡Explícate, muchacha!

—Mil setecientos ochenta y dos... Señor, allí hay un hombre que pregunta para qué es el chelín que le ha dado usted —dice Guster sin aliento.

—Para pagarle la carrera —responde la señora Chadband.

—Insiste en un chelín con ocho peniques o en llamar a la policía —replica Guster.

La señora Snagsby y la señora Chadband expresan, con voz chillona, su indignación. El señor Chadband levanta la mano y se calma el tumulto.

—Amigos míos —dice—, recuerdo que ayer dejé sin cumplir una deuda. Es justo que sufra algún escarmiento. No debería murmurar; Rachael, dale los

ocho peniques.

La señora Snagsby da un respingo y mira prolongadamente al señor Snagsby como diciendo: «¡Es un verdadero apóstol!». Mientras, la señora Chadband entrega ocho peniques a Guster y el señor Chadband tiene el rostro radiante de humildad y de aceite de ballena. Es uno de sus hábitos, podría decirse de sus pretensiones, arreglar en público las cuentas de los gastos menores, y hacer ostentación de ello en las ocasiones más triviales.

—Amigos míos, ocho peniques constituyen una cantidad insignificante, y hubiera podido pedirme un chelín con cuatro peniques o media corona. Podemos, pues, mostrar nuestro regocijo. ¡Regocijémonos!

Tras ese comentario, el señor Chadband se dirige hacia la mesa, y antes de sentarse levanta la mano para reclamar atención.

—¿Qué es lo que vemos en esta mesa? —dice—. Numerosos manjares. ¿Tenemos necesidad de comer, amigos míos? Seguramente, me dirán ustedes. ¿Y por qué tenemos esta necesidad?, pregunto yo. Porque somos mortales, porque somos concebidos en pecado, porque pertenecemos a la tierra, porque no somos hijos del aire. ¿Podemos volar, amigos míos? No, es imposible. ¿Y por qué no podemos volar?

El señor Snagsby, animado por el buen éxito que ha obtenido su amén, se aventura a contestar, con aplomo:

—Porque no tenemos alas.

Pero le hace callar, inmediatamente, una mirada de su mujer.

—Yo pregunto —continúa el hombre del santo ministerio, sin hacer caso de la observación del señor Snagsby—, yo pregunto por qué no podemos volar. Porque hemos sido creados para andar. Ahora bien, amigos míos, ¿podemos andar sin ser fuertes? No, nada podemos hacer sin la fuerza. Las piernas se negarían a llevarnos, las rodillas flaquearían, los tobillos se dislocarían y caeríamos antes de dar un paso. ¿De dónde procede, pues, esa fuerza que necesitan nuestros miembros? ¿De dónde la obtenemos en la tierra, amigos? Del pan, bajo todas sus formas —continúa el señor Chadband, dirigiendo una mirada a la mesa—. De la mantequilla, que se hace con la leche que nos da la vaca. De los huevos que ponen las gallinas. Del jamón. De la lengua. Del salchichón. Y de otros alimentos semejantes. Tomemos, pues, nuestra parte de aquello bueno que tenemos ante nuestros ojos.

Los adversarios del señor Chadband niegan obstinadamente que sea un favor del cielo esa facilidad que tiene el santo varón para amontonar frases sobre frases. Pero con ello no hacen más que negar lo evidente, pues es público y notorio que el estilo del señor Chadband es el más generalizado y el

más estimado por la mayoría.

En cualquier caso, después de terminar su discurso, nuestro hombre se sienta a la mesa y come a dos carrillos. La facultad de convertir en grasa los alimentos que ingiere es tan inherente a la constitución de este navío ejemplar que, desde el momento en que el señor Chadband empieza a comer, puede decirse que se convierte en un molino de aceite que opera a gran escala, y precisamente en esta velada de las vacaciones de verano funciona tan bien en Cook's Court, de Cursitor Street, que no para de triturar hasta haber llenado completamente su almacén.

Guster, que no ha vuelto aún en sí de su primera torpeza, y que ha continuado cometiendo otras, como, por ejemplo, hacer resonar los platos sobre el cráneo del reverendo, llega a coronarlo con un panecillo de té, por lo que se apresura a pedir mil perdones, mirando tímidamente al señor Snagsby. La muchacha parece estar aterrorizada y aprovecha aquel momento de distracción para decir algo en voz baja al papelerero.

—Espero que me perdonen ustedes —dice el señor Snagsby a sus huéspedes—. Preguntan por mí. Estaré de vuelta dentro de un momento.

El papelerero baja a la tienda y se encuentra a los dos aprendices con los ojos fijos en un agente de policía que arrastra del brazo a un muchacho vestido con harapos.

—¡Dios mío! ¿Qué ocurre? —pregunta el señor Snagsby.

—Este chico —dice el agente—, aunque se le ha repetido, no quiere avanzar...

—Yo siempre estoy avanzando, señor —dice el muchacho, limpiándose con el brazo unas lágrimas mugrientas—. Siempre estoy avanzando y avanzando desde que nací. ¿Dónde puedo avanzar, señor, más de lo que avanzo?

—No quiere avanzar —dice el policía con calma, con un leve tic profesional del cuello para asentarlo mejor en su rígido uniforme—, aunque ha sido apercebido repetidamente, y por eso me veo obligado a ponerlo bajo custodia. Es el carterista más obstinado que conozco. ¡No quiere avanzar!

—¡Madre mía! ¿Adónde voy a ir yo? —exclama el chico, tirándose del pelo con desesperación y golpeando con sus pies desnudos en el suelo del pasillo del señor Snagsby.

—¡Basta ya de tonterías o juro que te las quito yo! —dice el agente, sacudiéndolo desapasionadamente—. Mis instrucciones son que avances. Te lo he dicho más de quinientas veces.

—Pero ¿adónde? —grita el chico.

—¡Vaya! La verdad, agente... —dice el señor Snagsby melancólico, tosiendo tras su mano con su tos de gran perplejidad y duda—. ¿Sabe?, esa es la cuestión, ¿adónde? ¿Lo sabe usted?

—Mis órdenes no llegan a tanto —responde el agente—. Mis órdenes son que este chico tiene que avanzar.

¿Lo has oído, Jo? No te importa, ni a ti ni a nadie, que las grandes luminarias del cielo parlamentario en este asunto hayan fracasado durante unos pocos años al no dar ejemplo de avanzar. Esa gran receta sigue siendo para ti (profunda prescripción filosófica) la razón de ser de tu extraña existencia sobre la tierra. ¡Avanza! No debes en ningún caso dejar de avanzar, Jo, porque las grandes luminarias no pueden permitirte. ¡Avanza!

El señor Snagsby no sabe qué decir a todo esto y opta por no decir nada. El señor y la señora Chadband y la señora del papelerero acuden al oír el altercado y se quedan de pie en el rellano de la escalera. Guster también está allí, de modo que no falta nadie de la casa.

—¡Acabemos de una vez! —dice el agente—. ¿Conoce usted a este chico? Él dice que sí.

—No, señor —exclama la señora Snagsby vivamente desde el punto elevado en que se encuentra.

—No nos precipitemos, querida —observa el señor Snagsby—. Deja que yo me explique, mujercita mía. El caso es que yo conozco un poco a ese muchacho, y puedo decir que no es nada malo, por lo que sé de él. Por el contrario —añade, dirigiéndose al agente, y el papelerero le cuenta todo lo que sabe del pobre Jo, aunque sin hablar de la media corona que le había dado.

—Según eso —responde el agente—, hay algo de verdad en lo que dice. En el momento de detenerle en Holborn, me ha dicho enseguida que le conocía, y entonces alguien que pasaba por casualidad por allí y oyó su nombre me dijo que era usted un comerciante respetable, y que, si lo creía necesario, me acompañaría a su casa. No parece que ese joven tenga intención de cumplir su palabra, pero... ¡Ahí lo tenemos!

Entra el señor Guppy, que saluda con la cabeza al señor Snagsby, y al reparar en las señoras que están en la escalera, se quita el sombrero y les dirige un ceremonioso saludo como buen pasante.

—Salía del despacho —le dice el señor Guppy al papelerero— cuando me encontré con ese respetable agente interrogando al muchacho, y, como oí pronunciar su nombre, pensé que no era una indiscreción enterarme del asunto del que se trataba.

—Le agradezco a usted el interés —responde el señor Snagsby, que vuelve

a contar todo lo que sabe de Jo, suprimiendo siempre el detalle de la media corona que le entregara.

—Ahora sé dónde vives —dice el agente al pobre Jo—. En Tom-completamente-solo, un lugar muy decente, ¿no es cierto?

—No puedo vivir en otra calle más bonita —responde Jo—. Si tuviera una casa bonita donde vivir, nadie me diría nada. ¿Quién admitiría a un tipo como yo en otra calle con más decoro?

—¿Eres muy pobre? —pregunta el agente.

—Sí, muy pobre, así, en general —dice Jo.

—Ya lo oyen ustedes, señores. Pues bien, lo he registrado y le he encontrado estas dos medias coronas —añade el agente mostrándoselas a los concurrentes—. ¿Qué me dicen ustedes ahora?

—Es lo único que me queda, señor Snagsby —dice Jo—, de la moneda de oro que me dio aquella señora que llevaba un velo y decía que era una criada, que vino una noche al sitio donde yo barro para decirme que le enseñase la casa donde vivía y donde había muerto aquel joven a quien le encargaba usted las copias, y después el cementerio donde lo enterraron. Lo hice y entonces me dio un soberano y se largó. ¡Es todo lo que me ha quedado de la moneda! —continúa Jo con manchones de llorar—. Tuve que dar cinco chelines en Tom-completamente-solo para que me cambiasen el soberano. Un hombre me robó cinco más, mientras dormía. Otro muchacho me ha quitado nueve peniques. Y el encargado del albergue me ha exigido el doble del precio por cada noche.

—Supongo que no esperarás hacernos creer todo eso de la señora y el soberano, ¿no? —dice el agente, mirándolo de reojo, con inefable desdén.

—No sé lo que esperaré —responde Jo—. No sé nada, pero sé que es verdad lo que le digo.

—¡Miren ustedes qué facha tiene el golfo este! —exclama el agente—. Si no lo llevo a la cárcel, señor Snagsby, solo será con la condición de que usted responda de su avance.

—¡No! —grita la señora Snagsby desde la escalera.

—¡Mujer! —replica el señor Snagsby con voz suplicante—. Le digo a usted, señor agente, que es un buen muchacho, incapaz de dejar de avanzar, ¿verdad, Jo?

—Yo siempre estoy dispuesto —dice el desdichado de Jo.

—Pues bien, largo —dice el agente—. Ya sabes lo que te toca, así que venga. Y que te quede claro que, como te pille otra vez con dinero, no vas a salir tan bien parado. Toma, aquí tienes tu capital, date prisa en salir y lo mejor

que puedes hacer es no parar de andar en una legua.

Con este consejo de despedida y señalando vagamente al sol poniente como un lugar adecuado para avanzar, el agente da las buenas noches y hace resonar Cook's Court con el eco de sus pasos como acompañamiento, mientras se aleja abanicándose con el casco de hierro.

Pero la historia que acaba de contar Jo acerca del soberano y la señora ha hecho nacer una curiosidad más o menos viva en todos los oyentes de este misterioso relato. El señor Guppy, cuyo ingenio investigador tiene facultades especiales en materia de descubrimientos y de pruebas judiciales, y a quien la ociosidad de las vacaciones aburre sobremanera, se toma tal interés que procede a un interrogatorio en su debida forma y cautiva la atención de las damas hasta el punto de que la señora Snagsby le invita a subir al comedor para tomar una taza de té, si puede disculpar el desorden de la mesa del té, producto de sus esfuerzos anteriores. Dando el señor Guppy su consentimiento a esta propuesta, se le solicita a Jo que lo siga hacia la puerta del salón, donde el señor Guppy lo lleva de la mano como testigo, moldeándole de esta forma, de esa forma, y de la otra forma como un mantequero que tratase con muchas mantequillas y se preocupase de encontrar el mejor modelo para hacerlo. Y no es ese interrogatorio diferente de otros tantos modelos. Ni en lo que respecta a elucidar nada ni es cuanto a su amplitud, porque el señor Guppy es consciente de su talento. Y la señora Snagsby cree que no solo satisface su predisposición a la curiosidad, sino que aumenta la condición legal de su marido. Durante esta minuciosa investigación, el navío Chadband ha encallado en la playa, donde espera que vayan a ponerle a flote y le proporcionen la ocasión de desplegar a toda vela su admirable elocuencia.

—Señoras —dice al fin el señor Guppy—, una de dos, o este chico es terco como una mula o en lo que dice hay algo fuera de lo común, en cuyo caso me parece entrever un enredo que no tiene igual en los anales judiciales del bufete de Kenge y Carboy.

—¡No me diga! —exclama la señora Snagsby a la señora Chadband, que le hablaba en voz baja.

—¡Desde hace años! —replica la señora Chadband.

—A propósito, señor Guppy —le dice la señora Snagsby en tono triunfal al señor Guppy—; la señora Chadband, la esposa de este caballero, el reverendo, conoce desde hace muchos años el bufete de abogados de Kenge y Carboy.

—¿Es posible? —dice el señor Guppy.

—Desde antes de casarme con mi actual marido —dice la señora Chadband.

—¿Tenía usted algún pleito, señora? —preguntó el señor Guppy, procediendo a su interrogatorio.

—No, señor.

—¿Ni tenía usted el menor interés en algún litigio, señora? —pregunta el señor Guppy.

La señora Chadband niega con la cabeza.

—¿Tal vez conocía usted a alguna de las partes de un pleito, señora? —añade el señor Guppy, a quien nada le gusta más que adaptar sus conversaciones a los principios forenses.

—Nada de eso —responde la señora Chadband, esforzándose en sonreír.

—¡Nada de eso! Bien, bien —repite el señor Guppy—, ¿alguna señora amiga o conocida, interesada en aquella época en algún negocio (más adelante ya hablaremos de la clase de este negocio), en el estudio de Kenge y Carboy, o quizá algún señor conocido de usted? No se precipite, señora; tómese su tiempo para contestar. ¿Se trataba de un hombre o de una mujer?

—Ni una cosa ni otra —replica la señora Chadband de nuevo.

—En tal caso se trataba de un niño —exclama el señor Guppy, lanzando a la señora Snagsby, llena de admiración, la mirada profesional y significativa que se dirige en tales momentos al jurado inglés—. Tendría ahora la bondad, señora, de decirnos quién era ese niño.

—Pues bien, caballero —dice la señora Chadband, volviendo a sonreírse forzadamente—, a juzgar por su edad es probable que fuese antes de que entrase usted en aquel despacho. En aquella época estaba yo encargada de una niña que se llamaba Esther Summerson y que fue colocada por mediación de los señores Kenge y Carboy.

—¡La señorita Summerson! —exclama el señor Guppy con excitación.

—Yo la llamo simplemente Esther Summerson —responde la señora Chadband, con austeridad—. En mi tiempo no se la llamaba señorita, sino que se la llamaba Esther, a secas. «¡Esther, haz esto! ¡Esther, haz lo otro!», y ella tenía que hacerlo.

—Mi querida señora —añade el señor Guppy, que se pone a pasear por la salita—, la humilde persona que le habla a usted en este momento es quien recibió a esa señorita a su llegada a Londres cuando salió del establecimiento al que hace usted alusión. Permítame tener el placer de estrecharle a usted la mano.

El señor Chadband, encontrando en este incidente una ocasión favorable para largar las velas, hace la señal habitual —se levanta y se seca la frente con

el pañuelo del bolsillo—, en tanto que la señora Snagsby murmura un «¡Chis!».

—Amigos míos —dice el señor Chadband—, nos hemos aprovechado con moderación del abundante ágape puesto ante nosotros —hubiera hecho muy bien en no hablar de moderación en lo que le concernía personalmente—. ¡Que la tierra en su fecundidad llene con sus bienes esta casa hospitalaria! ¡Abunden en esta mansión el pan y el vino! ¡Crezca y prospere esta casa bendita y avance sin cesar por la senda de la fortuna y de la dicha! Pero ¿no hemos participado, amigos míos, de otros bienes, además de los del cuerpo? Seguramente. ¿Y cuáles son esos otros bienes? Son bienes espirituales, amigos míos. ¿Y a qué se debe el que hayamos podido disfrutar de esos bienes inapreciables? Acércate, muchacho.

Jo, que es el interpelado, se echa primero hacia delante, luego hacia atrás, después hacia cada uno de los lados, y mira al elocuente Chadband con evidente desconfianza en sus intenciones.

—Amigo mío —continúa el señor Chadband—, eres para nosotros una perla, un diamante, una piedra preciosa, una joya inapreciable. ¿Y por qué, amigo mío?

—No lo sé —responde Jo—, yo no sé nada.

—Amigo mío —dice Chadband—, precisamente porque nada sabes, amigo mío, eres para nosotros una piedra preciosa, una joya de inapreciable valor. ¿Qué eres, en definitiva, amigo mío? ¿Eres un animal del campo? No. ¿Un pájaro del aire? No. ¿Un pez del mar o de agua dulce? No. Eres un ser humano, amigo mío. ¡Qué suerte tan gloriosa! ¡Ser humano! Y ¿por qué es tan gloriosa, amigo mío? Porque eres capaz de recibir las lecciones de la sabiduría, porque no eres un palo, un tronco, una piedra, un poste, ni una columna; porque eres, en fin, capaz de aprovechar estas palabras que te dirijo por tu bien:

¡Oh, fuente de placer! ¡Oh, fuente de consuelo!

¡Oh, ser niño y poder remontarse hasta el cielo!

»¿No sientes avanzar por tus venas el agua transparente de esa fuente cristalina, amigo mío? ¿No? ¿Por qué, inocente ser humano? Porque estás en la sombra, porque estás en las tinieblas, porque estás en el pecado y en la esclavitud. ¿Y qué es la esclavitud, amigo mío? Examinémoslo, animados por el espíritu del amor.

Al oír este período amenazador del reverendo, Jo, que parece haber perdido la escasa razón de que está dotado, se frota la cara con el brazo y da un bostezo sonoro, que indigna a la señora Snagsby y le hace declarar que el

muchacho es hijo del demonio.

—Amigos míos —dice el señor Chadband con expresión de mártir, dirigiendo en torno suyo su evangélica sonrisa que arruga su barba—, es justo que sea humillado, es justo que sea mortificado y castigado, porque pequé el pasado domingo pensando con orgullo en las tres horas de exhortación que había dirigido a mi piadoso auditorio. Mi deuda está ya pagada, mi divino acreedor acepta en pago la humillación que se me impone. ¡Regocijémonos! ¡Regocijémonos! ¡Oh, sí, regocijémonos!

La señora Snagsby experimenta una emoción profunda.

—Amigos míos —concluye el señor Chadband—, no continuaré por más tiempo con los consejos que le doy a este joven amigo. ¿Vendrás mañana, joven, a preguntarle a esta excelente señora, en cuya casa estamos ahora, el sitio donde me encontrarás dispuesto siempre a darte buenos consejos, y como sedienta golondrina, volverás el día siguiente, el de más allá y todos los días a oír mis sermones? —dijo con la sutileza de un elefante.

Jo, que no tiene más deseo que salir cuanto antes, asiente con la cabeza y se encamina a la puerta. El señor Guppy le da un penique, y la señora Snagsby llama a Guster para que lo acompañe a la calle, pero, antes de bajar la escalera, el señor Snagsby le pone en la mano algunos restos de fiambres que han quedado encima de la mesa, y se los lleva agarrados.

Pocos momentos después, se despide el señor Chadband, de quien sus enemigos dicen que lo que les asombra en su facundia no consiste en que pueda decir durante horas enteras tan abominables necedades, sino que, una vez lanzado, pueda detenerse y se retire al santuario de la vida privada hasta el momento en que encuentra la ocasión de acumular nuevos elementos de fabricación de grasa de ballena en su elástico estómago.

Jo avanza a través de las vacaciones de verano por el puente de Blackfriars, donde encuentra una piedra muy caliente en una esquina, en la que se sienta para comer.

Mientras come, mira la cruz que se alza sobre la cúpula de la catedral de Saint Paul y que brilla sobre una nube de humo teñida de rojo y violeta. Para el pobre niño, aquel emblema sagrado no es más que el símbolo de la suprema confusión de la gran ciudad confusa: tan dorada, tan alta, tan lejos de su alcance. Permanece un momento sentado mientras se pone el sol, el río sigue rápidamente su curso, y la multitud fluye a su lado en dos ríos paralelos. Cada cual tiene su objeto y avanza hacia alguna parte. Entonces le dan un empujón y le dicen que él también «avance».

Un nuevo inquilino

Las largas vacaciones se aproximan al inicio del curso judicial como un río que atraviesa, lentamente, un país llano, y que sin embargo llega al mar. El señor Guppy pasea acorde con ellas su existencia durante estos largos días de ocio, ha embotado la hoja de su cortaplumas y le ha roto la punta a fuerza de acribillar con él su pupitre, no porque se sienta indignado contra el inocente tablero, sino porque es necesario hacer algo, pero sin fatigar con exceso sus fuerzas físicas o intelectuales, de modo que le parece que lo más oportuno, bajo este doble punto de vista, consiste en hacer girar el taburete sobre uno de los pies, descargar nuevos golpes sobre el pupitre con el cortaplumas y bostezar.

Kenge y Carboy están viajando, el primer pasante ha tomado un permiso de caza y se ha ido con su familia, y los otros dos tienen licencia para irse, de modo que todo el peso del despacho recae sobre Guppy y Richard Carstone. Pero el señor Carstone se ha instalado de momento en el despacho del propio señor Kenge, lo cual exaspera hasta tal punto al señor Guppy que le dice a su madre con tono sarcástico en sus momentos de confidencias, cuando va a comer con ella langosta con lechuga en Old Street Road, que teme que el despacho no es lo bastante elegante para recibir a señoritos, y que, si hubiera sabido que debía venir un señorito tan estirado, se hubiera apresurado a hacerlo pintar de nuevo.

El señor Guppy sospecha que cualquiera que vaya a ocupar un taburete en el despacho de Kenge y Carboy abriga contra él siniestros designios. Es evidente que los recién llegados aspiran a desposeerlo. Y, si le preguntamos por qué, guiñará un ojo y moverá la cabeza sin responder. En virtud de esas profundas opiniones, se toma un trabajo infinito en conjurar una conspiración que no existió jamás, y se entrega a las más complicadas combinaciones para ganar una partida de ajedrez en la que no tiene adversario.

De ello resulta que el señor Guppy experimenta una verdadera alegría al ver al señor Carstone completamente absorto en el pleito Jarndyce contra Jarndyce, porque sabe con seguridad que ese pleito solo puede llevar la confusión y la ruina al interesado. De su satisfacción participa otro individuo, el tercer paseante veraniego del despacho de Kenge y Carboy, a saber, el joven Smallweed.

Son muchos los que preguntan, en Lincoln's Inn, si el joven Smallweed (llamado metafóricamente Small o, si no, el Pollito, como se llama jocosamente a un novato) ha sido alguna vez niño. Apenas ha cumplido quince años y ya es un jurista consumado. Se cuenta en broma que está muy

enamorado de una vendedora de cigarros cuya tienda se halla cerca de Chancery Lane, y que para darle su corazón ha roto el compromiso que hacía muchos años le unía a otra dama. Smallweed es un verdadero producto de la ciudad, de miembros exiguos, de cara flaca y de pequeña estatura, pero que se deja ver a gran distancia a causa de un sombrero excesivamente alto. Cifra toda su ambición en parecerse al señor Guppy, quien se digna patrocinarlo, y cuyo traje, expresiones, andares y gestos imita. Se encuentra recompensado a cambio de esto con la confianza particular de aquel, y lo aconseja con frecuencia sobre sus experiencias en la vida privada.

El señor Guppy ha permanecido indolentemente sentado cerca de la ventana una gran parte del día, después de haber calentado sucesivamente todos los taburetes del despacho y poner varias veces la cabeza en la caja fuerte de hierro con intención de refrescarse. Dos veces ha enviado a Smallwed a buscar refrescos y dos veces los ha servido en los dos vasos oficiales y los ha removido con una regla. El señor Guppy somete la siguiente paradoja a las meditaciones de Smallweed: «Cuanto más se bebe, más sed se tiene», y apoya la cabeza en la ventana.

Mientras mira vagamente entre las sombras de Old Square, Lincoln's Inn, el señor Guppy ve salir de los oscuros pórticos un par de patillas que se dirigen hacia la casa de Kenge y Carboy. Al mismo tiempo, se oye en el Inn un agudo silbido y una voz ronca que grita:

—¡Eh! ¡Guppy!

—¡No diría usted quién es, Small! —dice el señor Guppy, a quien le ha llamado la atención aquella voz—. Es Jobling.

Small se precipita hacia la ventana y hace una señal a Jobling.

—¿De dónde sales? —pregunta el señor Guppy.

—De las huertas de allá por Deptford. Pero no puedo soportarlo más. Tengo que alistarme. ¡Te lo juro! Me siento desfallecer de hambre. Préstame media corona.

Jobling tiene, en efecto, cara de haber ayunado mucho y también aspecto de haber corrido detrás de una semilla por los huertos de Deptford abajo.

—Si puedes prestarme media corona —repite Jobling—, tíramela, porque no puedo ya con mi debilidad.

—¿Quieres venirte a comer conmigo? —le dice Guppy, arrojando a Jobling una moneda, que este coge al vuelo.

—No puedo esperar.

—Solo media hora escasa, hasta que salga mi enemigo.

—¿Qué enemigo?

—Un nuevo pasante que tenemos. ¿Quieres esperar?

—¿Puedes darme algún libro para leer entretanto?

Smallweed propone el almanaque del colegio de abogados, que Jobling rechaza con horror.

—Voy a enviarte un periódico vía Small —agrega Guppy—, pero sería mejor que no te vieses por aquí. Entra en la escalera y tendrás fresco y podrás leer sin que nadie te estorbe.

Jobling no desea otra cosa. Smallweed le baja el periódico y de vez en cuando le dirige una pregunta para impedir que se aburra y se vaya. El enemigo se retira por fin, y Smallweed hace subir a Jobling.

—¿Cómo te va? —pregunta Guppy estrechándole la mano.

—Regular. ¿Y a ti?

Guppy contesta que no puede quejarse por su salud. Jobling, entonces, se aventura a preguntar:

—¿Y ella?

Audacia que le vale esta contestación de Guppy, dada con tono ofendido:

—Jobling, hay en el corazón humano cuerdas que...

Jobling se apresura a pedirle excusas.

—¡Cualquier tema, menos ese! —le ruega el señor Guppy con sombrío placer—. Porque hay cuerdas, Jobling...

El señor Jobling vuelve a pedir excusas de nuevo.

Durante este breve diálogo, el activo Smallweed, que ha sido también invitado a la comida, escribe estas palabras en una hoja de papel: «Regresamos de inmediato». Lo pega con una oblea en la puerta para que sirva de aviso a los que pudieran presentarse, se cubre la cabeza con su enorme sombrero, procurando darle la misma inclinación que Guppy da al suyo, y anuncia a su protector que pueden salir cuando guste.

En consecuencia, se dirigen a un restaurante vecino donde se come sin etiqueta y cuya camarera, muchacha de unos cuarenta, se murmura que tiene un tanto en jaque al sensible Smallweed. Haremos constar sobre este punto que Smallweed es un mujeriego algo extraño, para quien no existe el tiempo y que se burla de los años. Y que, si alguna vez durmió en una cuna, diríase que estaba ya en ella calzado y vestido. Smallweed tiene el mirar de viejo, bebe y fuma como un carretero, anda muy tieso, conoce a fondo la vida, está al

corriente de todas las argucias, fraudes y malicias, y nadie sería capaz de timarlo. En una palabra, ha sido educado tan en el seno del derecho y la equidad que se ha convertido en una especie de diablillo fósil a cuenta de cuya existencia en la tierra se dice en las oficinas públicas que su padre fue Juan Nadie y su madre la única hembra de la familia Nada, así como que su primer pañal se hizo con un saco azul de procesos.

El señor Smallweed abre la marcha y entra el primero en el restaurante, cuyo umbral traspasa sin impresionarse, ante las coliflores y aves de un blanco artificial, las cestas verdeantes de guisantes, los frescos pepinos y los pedazos de carne preparados para el asador que hay en la barra. Es conocido en el establecimiento, donde lo tratan con cierta deferencia. Tiene su sitio favorito, pide todos los periódicos y se queja de los patriarcas de cabeza calva que los retienen más de diez minutos. Rechazaría el pan ya rebanado si tuvieran la imprudencia de presentárselo, no aceptaría un asado que no estuviera entero, y en cuanto al caldo lo aborrece hasta de nombre.

Convencido de su probado acierto y sometiéndose a la vieja experiencia del joven, el señor Guppy le consulta y sigue su parecer en cuanto al orden del festín.

—¿Qué elige usted, Small? —le dice la muchacha, después de recitarle la lista de los guisados.

—Traiga ternera asada y judías verdes —responde Small, con aplomo—, y sobre todo, Polly, no olvide el relleno —añade, con un guiño expresivo.

Guppy y Jobling piden exactamente lo mismo, a lo cual añaden sendos vasos de cerveza rubia con cerveza negra. La muchacha vuelve al momento cargada con una especie de torre de Babel compuesta de platos, cucharas y tenedores. Smallweed, satisfecho de su cubierto, dirige a Polly una mirada de inteligente benevolencia. Finalmente, en medio de un movimiento continuo, del ruido de platos y cucharas, del rumor de la máquina que sube las raciones, de las constantes peticiones a la cocina, del vapor de las viandas y de una atmósfera que lo invade todo, entre oleadas de grasa y manchas de cerveza, nuestros tres juristas sacian su apetito.

Jobling está abotonado con un esmero que excede las reglas del buen gusto. El ala del sombrero tiene un brillo de naturaleza singular como si le hubiera servido de paseo favorito a un caracol. Diversas partes de su levita, por ejemplo las costuras, presentan el mismo fenómeno. Su exterior es el de un caballero arruinado, y hasta sus patillas rubias ofrecen un aspecto un tanto descuidado.

El vigor de su apetito induce a pesar que ha comido muy poco durante algunos días. Ha engullido tan pronto su ración de ternera que sus compañeros

están aún a la mitad, y ya Guppy le propone otra.

—Gracias, Guppy —dice el señor Jobling—. No sé, pero creo que voy a repetir.

Traen otra ración, y Jobling la ataca con tanto ardor como a la primera.

Guppy lo observa, en silencio, hasta el momento en que a la mitad de la segunda ración cesa de masticar para beber cerveza, extiende las piernas y se frota las manos.

—¿Te sientes más animado?

—El estómago empieza a entonarse.

—¿Quieres algunas legumbres, guisantes, berzas o espárragos?

—Creo que una ración de berzas.

—¡Una de berzas! —dice en voz alta el señor Guppy.

—Sin orugas, Polly —añade Smallweed.

Y la muchacha trae la ración pedida.

—Me voy reanimando, Guppy —dice Jobling, manejando el tenedor con mano más firme.

—Me alegro, Jobling.

—Me parece que vuelvo a ser un adolescente —dice el señor Jobling.

Y, tras continuar su obra en silencio, Jobling acaba al mismo tiempo que Small y Guppy llevándoles la delantera de una ración de ternera y un plato de berzas.

—¿Qué postre nos aconsejas? —pregunta el señor Guppy a Small.

—Tres púdines de tuétano —responde, inmediatamente, Small.

—¡Eso, eso! —exclama Jobling, abriendo desmesuradamente los ojos—. ¡Pudin de tuétano! Creo que aún me queda apetito para atreverme con uno.

Traen los tres púdines, y Jobling dice, en broma, que siente que ha llegado a la madurez.

Siguen a los púdines tres raciones de queso y tres copas de ron, y Jobling estira entonces ambas piernas sobre el banco y se apoya en la pared, exclamando:

—Me parece que he recobrado todas mis fuerzas.

—¿Qué piensas ahora de...? No importa que te hable de esto delante de Small...

—¿Y por qué no? ¡A su salud!

—¡A la vuestra! —responde el diminuto Smallweed.

—Te preguntaba —continúa el señor Guppy— si aún estás resuelto a colocarte.

—Querido Guppy, ya me lo has preguntado otras veces y he de repetirte que hay que vivir y para vivir hay que comer. El comer es tan necesario aquí como en Francia.

—Por no decir que mucho más —añade Smallweed.

—Si alguien me hubiera dicho —continúa Jobling— en la época en que visitamos aquella quinta de Lincolnshire que se llama Castle Wold...

—Chesney Wold —rectifica Smallweed.

—Gracias, amigo mío, por la aclaración: Chesney Wold. Si alguien me hubiera dicho entonces que me hallaría algún día en el apuro en que me veo, le hubiese... cerrado la boca de un puñetazo —dijo Jobling, echándose al colete, de un solo trago, el contenido de su copa.

—Sin embargo, estabas ya bastante apurado —protesta el señor Guppy—, porque recuerdo que no hablaste de otra cosa en todo el viaje.

—No lo niego —continúa diciendo el señor Jobling—. No era muy afortunado, pero tenía la esperanza de que todo se arreglaría y soplarían vientos más propicios. ¡Qué desengaño! Los acreedores se presentaron a bandadas en el despacho y fui despedido ignominiosamente. Si busco una colocación, y salgo de mi refugio, me meten preso por deudas. ¿Qué puedo hacer, pues, sino vivir apartado del mundo, gastando lo menos posible? Pero ¿de qué sirve vivir ahorrativamente cuando no se tiene dinero? Mal por mal, es preferible comer bien.

—Realmente, resulta mucho más agradable —dice Smallweed.

—Es cierto. Así se hace en el gran mundo, y la elegancia y las patillas han sido siempre mi punto flaco. Me importa poco que lo sepan. Así pues, ¿qué puede hacer un hombre sino colocarse en el ejército?

El señor Guppy toma entonces la palabra, y sus maneras tienen la gravedad melancólica de un hombre que solo ha venido al mundo para ser víctima de una pasión desgraciada.

—Jobling —dice—, nuestro común amigo Smallweed y yo...

—Los dos leales y caballeros —hace observar modestamente Smallweed, bebiendo un sorbo de ron.

—Hemos hablado más de una vez de este asunto desde que...

—Desde que me despidieron —exclama Jobling con amargura—, ¿no es eso lo que querías decir, Guppy?

—No, desde que salió usted de Lincoln's Inn —dice con delicadeza Smallweed.

—Esto es, desde que saliste de Lincoln's Inn —continúa el señor Guppy—, le he comunicado a nuestro común amigo Smallweed un plan que se me ha ocurrido y que quería proponerte. ¿Conoces a Snagsby?

—Sé que ese Snagsby tiene una papelería, pero como no proveía nuestro despacho, no lo conozco.

—Pues yo lo conozco, Jobling, y lo conozco bien. Diversas circunstancias debidas a la casualidad me han llevado a su casa donde se me ha recibido como a un amigo de la familia. Es inútil presentar como argumento las circunstancias a las que acabo de hacer alusión. Se refieren... o no se refieren a cierta persona... que puede haber amargado..., o no, mi existencia.

Como la extraña forma del señor Guppy de tentar a sus amigos en ese asunto es el sufrimiento pretencioso, y en cuanto lo tocan, lo zanja con tajante severidad mediante las cuerdas del corazón humano, Jobling y Smallweed se guardan muy bien de romper, con la menor indiscreción, el silencio que sigue a la insinuación de su amigo.

—Exista o no —continúa el señor Guppy—, una relación cualquiera entre este asunto y las precitadas circunstancias, esto no forma, en modo alguno, parte de la cuestión que nos ocupa. Basta decirnos que el señor Snagsby y su esposa están dispuestos a hacerme algún favor y que el digno papelero tiene que dar a copiar una cantidad considerable de autos, escrituras, defensas y otros documentos. Está encargado de todas las copias de Tulkinghorn y de otros procuradores, y nuestro amigo Smallweed, en caso de ser llamado a declarar, lo juraría sin escrúpulo ante un Tribunal.

Smallweed hace un gesto afirmativo, deseoso de prestar juramento.

—Ya veis, pues, señores jurados —dice el señor Guppy—, quiero decir, ya veis, Jobling, que es un medio mezquino de ganarse la vida, lo reconozco, pero más vale algo que nada. Al cabo de algún tiempo, habrá quedado borrada completamente la impresión causada por tus últimos tropiezos. Pero, mientras, es necesario vivir, y, ¿quién sabe si podrías verte reducido a hacer alguna cosa peor que copiar para Snagsby?

Jobling está a punto de interrumpir al orador cuando Smallweed hace oír una tos seca, que se lo impide.

—Este asunto se divide en dos partes —prosigue el señor Guppy—. Hemos tratado de la primera. Pasemos, ahora, a la segunda. ¿Conoces a

Krook, el Canciller, cuya sede está en frente de Chancery Lane?

—Lo conozco de vista.

—Bien. ¿Conoces a la señorita Flite?

—¿Quién no la conoce?

—¡Magnífico! Hace algún tiempo estoy encargado de entregar a la señorita Flite cierta renta semanal, de la cual deduzco el importe del alquiler que le pago al mismo Krook en presencia de la señorita Flite, según las instrucciones que me han dado. Esta circunstancia me ha puesto en relación con Krook y me ha hecho conocer sus hábitos y su casa. Sé, pues, que tiene una habitación por alquilar. Podrás alquilarla muy barata y establecerte allí bajo el nombre que quieras, y te aseguro que estarías tan tranquilo como si estuvieras a cien millas de Londres. Krook no te hará pregunta alguna y te tomará como inquilino si yo le hablo en tu favor. ¿Aceptas mi plan? Todo puede arreglarse en dos minutos, reloj en mano. Además —añade el señor Guppy, bajando la voz y hablando en tono confidencial—, Krook es un viejo extraño y ladino, que se pasa la vida revolviendo papeles y pergaminos con los que se esfuerza en aprender a leer y a escribir sin hacer el menor progreso. En una palabra, es un viejo extraño, y creo que valdría la pena explorar sus secretos.

—Quieres decir... —empezó el señor Jobling.

—Quiero decir —continuó el señor Guppy, encogiéndose de hombros, con modestia— que no acabo de entender a ese viejo ladino; que lo diga, si no, nuestro común amigo Smallweed. Tengo alguna experiencia en nuestra profesión y en la vida, y es raro que no acierte a adivinar las intenciones de un hombre, pero nunca he tropezado con un zorro tan astuto, reservado y misterioso, aun cuando, a veces, falte a la sobriedad. El viejo no es despreciable, está solo en el mundo, y dicen que es rico, muy rico. Ya sea contrabandista, encubridor, prestamista o usurero, cosas que me han parecido siempre inverosímiles, lo cierto es que no perderás nada vigilándolo y tratando de averiguar en qué anda. Me parece que podrías entrar en su casa con esa intención.

Jobling, Guppy y Smallweed apoyan los codos en la mesa y la barbilla en las manos, y alzan los ojos al techo. Algunos minutos después, beben los tres un sorbo de ron, se recuestan en sus asientos, se ponen las manos en los bolsillos y se miran unos a otros.

—Si tuviera la energía que poseía en otro tiempo, Jobling —dice el señor Guppy suspirando—, pero hay cuerdas en el corazón humano que...

Después de expresar el fin de su triste pensamiento, bebiendo con aire sentimental un pequeño sorbo de ron con agua, concluye renunciando a la

aventura a favor de Tony Jobling e informándole de que durante las vacaciones, y mientras las cosas estén flojas, le ofrece de su bolsillo tres, cuatro y hasta cinco libras en total, a fin de que, añade con énfasis:

—Nunca pueda decirse que William Guppy le volvió la espalda a un amigo en la desgracia.

Este último comentario es tan oportuno que Jobling exclama conmovido:

—¡Guppy, mi buen amigo, mi salvador, dame esa mano!

—¡Tómala, amigo mío, y con ella el corazón!

—Somos antiguos amigos.

—Sí, y leales.

Se estrechan la mano, con efusión, y Jobling añade, con ternura:

—Me parece, Guppy, que me bebería con gusto otra copa de ron, en atención a nuestra antigua amistad.

—El último inquilino de Krook ha muerto en la habitación que vas a ocupar —hace observar el señor Guppy de pasada.

—¿Qué importa?

—Ha habido una investigación sobre el motivo de su muerte, y el jurado ha fallado que esta había sido natural. No tiene importancia, ¿verdad?

—No —responde Jobling—. Pero hubiera hecho muy bien en ir a morir a otra parte. ¿Qué necesidad tenía de morir en mi habitación? ¡Qué ocurrencia tan estúpida!

Jobling se asombra de la libertad que se ha tomado el difunto, y añade:

—¡Como si no hubiera otros lugares para morir! Me parece que no hubiera sido decente que yo hubiese ido a morir a su habitación.

Sin embargo, queda zanjada la cuestión, y el señor Guppy propone enviar al fiel Smallweed a casa del señor Krook para ver si ha salido, y acordar inmediatamente las condiciones del alquiler. Smallweed se coloca bajo su enorme sombrero, cruza la sala, imitando el andar del señor Guppy, y vuelve algunos minutos después a anunciar que el señor Krook está en casa y que lo ha visto desde la puerta roncando como un lirón en la trastienda.

—Voy a pagar y saldremos enseguida —dice el señor Guppy—. Small, ¿quieres pedir la cuenta?

El señor Smallweed llama la atención de la camarera con uno de sus guiños y repite lo que sigue:

—Cuatro raciones de ternera: son tres; cuatro de patatas: son tres y cuatro; una de berza: tres y seis; tres de pudin: cuatro y seis; seis panes, cinco; tres raciones de queso: son cinco y tres; cuatro vasos de cerveza mezclada: seis y tres; cuatro copas de ron: ocho y seis.

»Lo cual hace un total de... —dice Smallweed, entregando medio soberano a la muchacha.

—Ocho chelines y seis peniques —responde esta—; sobran dieciocho peniques.

Smallweed, después de arreglar esta difícil cuenta, ve alejarse a sus amigos y se queda para contemplar a Polly con admiración y echar una ojeada a los periódicos, que son de tales dimensiones en relación a su estatura sin sombrero, que, cuando despliega el Times y recorre sus columnas, se diría que se ha echado en la cama y ha desaparecido, completamente, debajo de las sábanas.

El señor Guppy y el señor Jobling se dirigen a la tienda del viejo trapero, al cual encuentran roncando aún, y completamente insensible a todo ruido exterior. Ni siquiera siente la presión, suave en un principio, que hacen para despertarle sacudiéndolo del brazo.

En la mesa que tiene al lado se ven en medio de varias vasijas viejas un vaso y una botella vacía donde ha habido ginebra, y la densa atmósfera está tan impregnada de olor alcohólico, que hasta los ojos verdes de la gata sobre su estante se abren, se cierran y hacen guiños, cuando miran a los recién llegados como si estuviera también borracha.

—¡Despierte! ¡Señor Krook! —grita el señor Guppy, sacudiendo con fuerza al durmiente—. ¡Señor Krook!

Pero nada... como si trataran de despertar a un fardo de ropa vieja en cuyo centro se ahogase la llama de algún licor espirituoso.

—¿Has visto nunca cosa igual? —pregunta Guppy.

—Si duerme siempre así —observa Jobling, alarmado—, creo que el día menos pensado despertará en el otro mundo.

—Es más bien un síncope que un sueño —dice Guppy, dando al viejo otra sacudida—. ¡Hola! ¡Señor Canciller! ¡Despierte usted! Se le podría robar cien veces sin que lo advirtiese.

El viejo abre al fin los ojos, pero sin ver. Y aunque cruza una pierna sobre la otra, estira los brazos, y abre y cierra, repetidamente, sus labios secos, parece tan ajeno como antes a cuanto le rodea.

—Ya ha vuelto en sí —exclama Guppy—. ¿Cómo va de salud, lord

Canciller? Le traigo a uno de mis amigos para hablar de negocios.

El interpelado continúa amodorrado, y hace chasquear los labios. Al cabo de algunos minutos, trata de levantarse. Los dos amigos acuden en su auxilio, pero vacila, se apoya en la pared y los mira fijamente.

—¿Cómo va de salud, milord? —repite Guppy, algo desconcertado—. Tiene hoy muy buen semblante, señor Krook. Supongo que sigue sin novedad.

El señor Krook responde dando un manotazo al vacío, se bambolea, da una media vuelta, cae de cara a la pared, permanece así algunos instantes y acaba por arrastrarse hacia la puerta de la tienda. El aire, el ruido de la calle y el tiempo que transcurre lo despiertan por fin, y vuelve a la trastienda, con paso bastante firme, se asegura la gorra de piel en la cabeza y dirige una mirada penetrante a Guppy y a Jobling.

—Servidor de usted, caballero. Según parece, me había dormido. ¡Vaya! Hay días en los que tengo el sueño muy profundo.

—Bastante, si se ha de juzgar por lo que hemos visto —le dice Guppy.

—¿Se han tomado ustedes la molestia de despertarme? —pregunta el suspicaz viejo.

—Solo un poco —responde el señor Guppy.

El viejo se queda mirando la botella vacía, la coge, la examina y la coloca boca abajo.

—¡Pero bueno! ¡Alguien se ha tomado muchas libertades!

—Tenga usted la seguridad de que estaba vacía cuando hemos llegado. ¿Me permite que la haga llenar de nuevo para usted?

—¿Si se lo permito? Y ¿por qué no voy a permitirlo? —exclama el señor Krook con alegría—. Podría usted hacerla llenar en el Sol's Arms. Pida el de catorce peniques del Canciller. Me conocen, y saben lo que quiere decir eso.

El joven sale a la calle y vuelve enseguida con la botella llena, que el viejo acoge en sus brazos como un abuelo a su nieto querido, y la acaricia con ternura.

—Pero, oiga —dice en voz baja, guiñando el ojo, después de probar el licor—, no es de catorce sino de diez y ocho.

—He creído que sería mejor —responde el señor Guppy.

—Es usted todo un caballero —responde el señor Krook echando un trago del precioso licor y esparciendo en torno suyo su aliento inflamado—. Es usted un auténtico caballero.

Aprovechándose de esta buena disposición, Guppy le presenta al viejo a su amigo bajo el nombre de señor Weevle, y le expone el objeto de su visita. Krook, con la botella debajo del brazo, examina con atención al inquilino que le proponen y parece quedar satisfecho del examen.

—¿Desea usted ver la habitación? —le dice—. ¡Ah! Es un cuarto magnífico. Acaba de ser encalada y fregada con jabón y sosa. ¡Ji, ji, ji! Vale el doble del precio que pido, sin contar que puede usted disponer de mí para charlar un rato y de mi gata para cazar los ratones.

El viejo acompaña a los dos amigos al segundo piso, donde encuentran efectivamente el cuarto en cuestión mucho más aseado de lo que solía estar y adornado con algunos muebles que el ropavejero ha sacado de su almacén. El asunto no presenta dificultad y el viejo canciller no puede ser exigente con el señor Guppy, un caballero que tiene íntimas relaciones con Jarndyce, Kenge y Carboy y tantos otros personajes de importancia. Queda, pues, decidido que el señor Weevle ocupará desde el día siguiente su habitación.

Terminado el trato, el señor Guppy acompaña al señor Weevle a Cook's Court, Cursitor Street, le presenta al señor Snagsby, y lo que es más importante, obtiene para su protegido el interés y la benevolencia de la señora de la casa.

Finalmente van a contarle el resultado de sus gestiones a Smallweed, que los espera en el despacho, bajo su enorme sombrero, y se separan dándose un cordial apretón de manos. El señor Guppy les explica a sus amigos que hubiera coronado con gusto la fiesta llevándolos al teatro, pero que hay cuerdas en el corazón humano... que convertirían este placer en una amarga burla.

A la mañana siguiente, y poco después del amanecer, el señor Weevle, cargado con su reducido equipaje, se presenta, modestamente, en casa de Krook, y se instala en su nuevo alojamiento, donde los dos ojos abiertos en los postigos clavan en él, durante su sueño, una mirada de asombro. Un día después, el señor Weevle, que es un joven muy mañoso y nada corto de ingenio, le pide prestado a la señorita Flite aguja e hilo, y un martillo a su casero, e inventa cortinas improvisadas para reemplazar a las que no existen, pone clavos en las paredes para suplir la falta de una percha y de una repisa, cuelga sus dos tazas, su jarro de leche y algunas vasijas, y se las ingenia, como un marino náufrago, para sacar el mejor partido posible de los restos de su ajuar.

Pero después de sus patillas, hacia las cuales siente el afecto que solo unas patillas pueden despertar en el corazón de un hombre, lo que más aprecia el señor Weevle de todos sus bienes es una colección escogida de láminas grabadas en cobre sacadas de la obra eminentemente nacional que tiene por

título las Divinidades de Albión o Galería de la galaxia de bellezas británicas, en la que se han prodigado todos los recursos del arte, unidos al capital, para representar a las mujeres nobles y elegantes de Inglaterra con todas las variedades de sonrisa que pueden imaginarse. Estos admirables retratos, que han permanecido indignamente encerrados en una sombrerera durante la reclusión del señor Weevle en la huerta, salen, por fin, a la luz y adornan la nueva morada del caballero, y, como la galaxia de bellezas británicas ofrecen con sus sonrisas toda clase de trajes fantásticos, tocan toda clase de instrumentos, lanzan miradas a toda clase de paisajes, acarician a toda clase de perro y tienen, a su alrededor, toda clase de macetas y balaustradas, el resultado de esta exposición no deja de producir un efecto imponente.

Pero no es éste el único mérito de tan preciosa colección. La afición al gran mundo es la debilidad del señor Weevle como lo era en otro tiempo la de Tony Jobling, y es para él un inexplicable consuelo pedir prestado por la noche el periódico del día anterior en Sol's Arms. Seguir el curso de los astros brillantes que cruzan el cielo de la elegancia. Saber qué miembro de qué brillante y distinguido círculo ha logrado la brillante y distinguida proeza de unirse a él el día anterior o contemplar la no menos brillante y distinguida proeza de dejar que al día siguiente se estremezca de alegría con ello. Informarse de lo que pasa en la galería de la galaxia de la belleza británica, y lo que significa que pase, o de los matrimonios de la galaxia que están comentándose, y de los rumores sobre la galaxia que hay en circulación, es estar al corriente de los destinos más gloriosos de la humanidad. El señor Weevle suspende, de vez en cuando, la lectura, alza los ojos hacia los retratos de la galaxia, y se imagina conocer a los originales de aquellos admirables retratos, y él también ser conocido por ellos.

Por lo demás, es un muchacho calmado, habilidoso y con inventiva como hemos visto ya. Que sabe guisar un poco, lavarse la ropa, mostrar por la noche en la vecindad los instintos de sociabilidad con que la naturaleza ha dotado el corazón del hombre. Cuando se extienden sobre Cook's Court las sombras del crepúsculo, si el señor Weevle no recibe la visita del señor Guppy o del joven Smallweed, sale de su cuarto y va a hablar con el señor Krook o con cualquiera que tenga ganas de conversar; de ello resulta que la señora Piper, que es el oráculo del barrio, le diga a la señora Perkins: primero, que, si su Johnny se dejara patillas, desearía que fuesen iguales a las que lleva el señor Weevle; segundo, y «tome usted buena nota de mis palabras, señora Perkins, tome usted nota de ellas: no me asombraría que ese joven heredase un día la hucha del viejo Krook».

La familia Smallweed

En un vecindario desfavorecido y maloliente, aunque se denomine Monte Simpático a una de sus prominencias, el élfico Smallweed, cuyo nombre de pila es Bartholomew, y a quien su familia llama con el diminutivo de Bart, pasa las pocas horas libres que le dejan sus labores. Vive en una calle estrecha, sombría y triste, siempre desierta, con ladrillo por los cuatro costados como una tumba, pero en la cual vegeta el tocón de un árbol viejo cuyo aroma de frescura y naturaleza se asemeja al olor juvenil del señor Smallweed.

Durante varias generaciones, la familia Smallweed no ha tenido más que un descendiente cada vez. Ha habido hombres y mujeres viejecitos, pero no niños hasta que a la abuela del señor Smallweed, todavía con vida, se le debilitó el entendimiento y cayó (por primera vez) en un estado infantil. Con dones infantiles tales como la total carencia de concentración, memoria, comprensión e interés, y una predisposición perenne a quedarse dormida al fuego o dentro de este, la abuela del señor Smallweed ha alegrado, sin duda, a la familia.

También está el abuelo de Smallweed. Está parálítico de ambas piernas, y casi completamente de los miembros superiores, pero conserva todo el vigor de la inteligencia. Retiene las cuatro reglas aritméticas lo mismo que antes y no ha olvidado los hechos más relevantes. En cuanto a la ideación, devoción, imaginación, y todos los atributos frenológicos de esa categoría, permanecen en el estado en que se hallaban en otro tiempo. Todo lo que el abuelo Smallweed depositó alguna vez en su cerebro fueron larvas al principio y siguieron siendo larvas al final. Sin que en toda su vida haya producido mariposa alguna.

El padre de este simpático abuelo, que vivía en el mismo barrio de Monte Simpático, era una especie de araña bípeda, de piel áspera y urde-dinero, que tendía su tela a las moscas poco previsoras, y se retiraba a su agujero hasta el momento en que caían en la trampa. El ídolo de este avaro sin corazón se llamaba interés compuesto, y por él vivió, se casó y murió. Un fracaso bastante considerable que sufrió en una honrada empresa, calculada, sin embargo, de modo que todas las probabilidades de pérdida estuviesen de parte de los demás, le produjo una impresión tan intensa que se le rompió algún órgano necesario para su existencia (desde luego no podía ser el corazón) y así terminó su carrera. Como no gozaba de buena reputación, aunque había estudiado en una escuela de la beneficencia en un curso completo todo lo que concierne a los amorreos y a los hititas, se le citaba con frecuencia como un ejemplo de la ineficacia de la educación.

Sin embargo, su alma se reflejaba en su hijo, a quien siempre había

aconsejado que se «enfrentara» cuanto antes a la vida y al que había colocado de pasante a la edad de doce años en el despacho de un abogado hábil y astuto, donde el joven, naturalmente ávido y previsor, desarrolló estas cualidades familiares y se trazó un camino rápido en la profesión de usurero. Lanzado desde niño a la vida, y habiéndose casado muy viejo, como lo había hecho su padre, engendró un hijo, ávido y previsor como él, quien, a su vez, habiéndose lanzado pronto a la vida, y habiéndose casado muy viejo, fue el padre de los mellizos Bartholomew y Judith Smallweed. Durante todo el tiempo del lento desarrollo de su árbol genealógico, la familia Smallweed, enfrentándose desde la niñez y casándose en la vejez, trabajó sin cesar para reforzar sus cualidades prácticas, huyó de toda diversión, se deshizo de todos los libros de cuentos, hadas, ficciones y fábulas, y desterró de ella todo lo que tenía carácter de frivolidad estéril. De aquello resultó la ventaja de producir, en vez de niños, pequeños hombres y pequeñas mujeres a quienes se les ha encontrado desde su más tierna edad un parecido a monos viejos con algo deprimente en su mentalidad.

En este momento, en el fondo de una habitación sombría, situado a más de un pie bajo el nivel de la calle (cuyo único ornato consiste en la tela basta que cubre la mesa y unas bandejas de té de durísimas láminas de hierro, que pueden considerarse como una alegoría de la mentalidad del viejo Smallweed) el abuelo y la abuela de Smallweed, cargados de años, están sentados a cada lado de la chimenea en grandes sillones con asiento y respaldo de crin negra donde tienen la costumbre de pasar sus horas de oro. Sobre el hornillo hay un trébede de cobre para las ollas y teteras, que el abuelo Smallweed se encarga de vigilar habitualmente, y saliendo de la chimenea hay entre ellos una especie de horca de latón para asar, que también supervisa cuando está funcionando. Debajo del sillón del anciano, y custodiado por sus exiguas piernas, hay un baúl que contiene, según dicen, riquezas fabulosas. Al lado del señor Smallweed se ve un almohadón que está siempre preparado para disponer de alguna cosa que disparar a la venerable compañera de su respetable edad, cuando esta le habla de dinero, sobre cuyo punto es en extremo quisquilloso.

—¿Dónde está Bart? —pregunta el abuelo Smallweed a Judy, hermana gemela de Bart.

—No ha vuelto aún.

—¿No es la hora del té?

—No.

—¿Cuánto tiempo falta?

—Diez minutos.

—¿Cómo?

—Diez minutos —repite Judy, levantando la voz.

—¡Vaya! —dice el Abuelo Smallweed—. Diez minutos.

La abuela, que balbucea, mientras, palabras incoherentes, haciendo señas con la cabeza a los trébedes del hornillo, al oír nombrar una cifra se imagina que se trata de dinero y exclama con la chillona voz de una cotorra vieja, horrible y sin plumas:

—¡Diez billetes de diez libras!

—¿No te callarás, maldita sea? —le dice el abuelo Smallweed, arrojándole inmediatamente la almohada que tiene al lado.

Este lanzamiento tiene un doble resultado: en primer lugar, hace golpear la cabeza de la señora Smallweed contra uno de los lados del sillón y le ladea completamente el bonete, y en segundo lugar, obliga al señor Smallweed a hacer un esfuerzo que lo empuja hacia atrás y lo dobla sobre sí mismo como un títere roto. El excelente anciano no es entonces más que un simple montón de ropa que termina en un gorro negro, y no recobra su aspecto natural hasta que su nieta le impone dos operaciones, la primera lo agita como a una botella enorme y luego lo zarandea y golpea como a una enorme almohada. El empleo de estos medios enérgicos hace reaparecer la cabeza del anciano, y este y su esposa se encuentran de nuevo cara a cara como dos centinelas olvidados por el sargento oscuro..., la muerte.

Judy, la gemela, es digna compañera de esta pareja. No se puede dudar que es hermana del más joven de los señores Smallweed. Ambos, amasados juntos, formarían apenas un individuo de proporciones ordinarias, pero la pobre muchacha muestra de una manera tan notable la semejanza que la familia Smallweed ha tenido siempre con la tribu de las monas, que, vestida con un vestido y una gorra bordados de lentejuelas, podría pasearse sobre la tapa de un organillo sin excitar más sorpresa que una mona ordinaria. Sin embargo, en estos momentos no lleva sino un vestido de paño pardo liso.

Judy jamás ha tenido muñecas, ni ha oído hablar de Cenicienta, ni ha conocido juego alguno. Una o dos veces, cuando tenía nueve o diez años, se encontró en un corrillo de niños, pero los niños no se entendían con Judy, y Judy no se entendía con los niños. Parecía un animal de otra especie y hubo una repulsión instintiva por ambas partes. Es probable que nunca se haya reído, y ha tenido, además, tan pocas veces ocasión de ver reír a los demás que hay fundadas sospechas de que ignora cómo se ríe uno. Desde luego, no tiene la menor idea de lo que es una carcajada juvenil. Si lo intentara alguna vez, se toparía con sus dientes por el camino, al amoldar esa acción a su cara, como amolda de manera inconsciente el resto de sus otras expresiones en el molde de la edad desagradable. Así es Judy.

En cuanto a su hermano mellizo, no ha hecho rodar en su vida una peonza, ni se sabe la historia de Simbad el marino ni la de las habichuelas mágicas, igual que no sabe nada de la gente de las estrellas. Podría jugar a la rana o al críquet de primeras tanto como convertirse en rana o en grillo. Pero aventaja a su hermana en una cosa, y es que puede entrever desde el fondo de su reducida esfera las regiones infinitamente más vastas que le abre la inteligencia del señor Guppy, de donde procede la admiración que siente por este brillante joven y el vivo deseo de imitarlo.

Judy prepara las tazas para el té con grandes golpes y estrépito como de gongs, y coloca las rebanadas de pan en una canastilla y un poco de mantequilla en un plato de latón. El abuelo Smallweed lanza una mirada ávida sobre la mesa y le pregunta a Judy dónde está la muchacha.

—¿Quiere decir Charley? —pregunta Judy.

—¿Qué? —dice el abuelo Smallweed.

—¡Si se refiere usted a Charley!

Parece como si estas palabras tocaran un resorte en la abuela de Smallweed, que prorrumpe en una risilla estridente, y mirando el trébede, exclama:

—¡Cruza el agua, Charley, cruza el agua, Charley! ¡Charley, cruza el agua! ¡Charley, cruza el agua! ¡Que cruce el agua Charley! —Y pone en ello una gran energía.

El abuelo mira la almohada, pero no se ha recobrado aún lo bastante del último esfuerzo.

—¡Ah! —exclama cuando ha quedado restablecido el silencio—. ¿Se llama así? Come demasiado. Sería mejor pagarle sin comidas.

Judy hace un gesto negativo, guiñando un ojo, y frunce la boca para formular un no sin acabar de decirlo.

—¿No? —replica el anciano—. ¿Y por qué no?

—Habríamos de darle seis peniques diarios y no vale tanto lo que come —dice Judy.

—¿Estás segura?

Judy hace un gesto afirmativo, y mientras extiende la mantequilla sobre el pan con cuidado de no malgastar nada y lo corta, grita:

—¡Charley! ¿Dónde estás?

Acude a esta llamada una muchachita con las manos húmedas y jabonosas vestida con un enorme sombrero, un delantal de tela basta y un cepillo en la

mano. Saluda con timidez y hace una reverencia.

—¿Qué haces? —pregunta Judy, con tono agrio y con gesto rabioso.

—Estaba haciendo la limpieza en el desván de arriba, señorita —replica Charley.

—¿Y para eso tantas horas? Pues limpia bien. Ya sabes que no me gusta que te duermas en el trabajo. ¡Vamos, rápido! —grita Judy mientras le da una patada al suelo—. ¡Estas muchachas no sirven para nada!

La sombra de su hermano mirando por la ventana cae sobre la severa matrona, que sigue poniendo mantequilla en el pan y que, sin dejar el cuchillo, va a abrir la puerta de la calle.

—¡Por fin has llegado, Bart! —dice el abuelo.

—Aquí estoy —dice Bart.

—¿Has vuelto a salir con tu amigo, Bart?

Hace un gesto afirmativo.

—¿Te ha pagado la comida, Bart?

Nuevo gesto afirmativo.

—Come con él con frecuencia, y déjale pagar, y que el necio ejemplo que te da te sirva de lección. Es el único uso que debe hacerse de semejante amigo —agrega el venerable abuelo.

El nieto, sin conceder a ese consejo toda la atención que merece, le honra, sin embargo, con toda la aprobación que pueden indicar un guiño y una ligera inclinación de cabeza, coge una silla y se sienta a la mesa del té. Las cuatro caras de anciano se alzan entonces sobre las tazas como horribles querubines. La abuela mueve continuamente la cabeza y charla hacia los trébedes, y el señor Smallweed necesita ser agitado de vez en cuando como reconstituyente.

—Sí, sí —dice el venerable anciano, volviendo a su lección de sabiduría—. Este es el consejo que te hubiera dado tu padre, Bart. No has conocido a tu padre y lo siento. Era mi vivo retrato.

Si lo que quiere transmitir es que era particularmente atractivo, no lo parece.

—Mi vivo retrato —repite el venerable anciano, que dobla sobre la rodilla su pan con mantequilla—. ¡Ese sí que sabía contabilidad! Hace ya quince años que ha muerto.

La señora Smallweed, obedeciendo a su instinto ordinario, hace que resuenen, a su vez, estas palabras:

—Quince veces cien libras. Quince veces cien libras en una caja negra, quince veces cien libras embolsadas, ¡quince veces cien libras escondidas y guardadas!

Su digno esposo, dejando en la mesa el pan con mantequilla, le tira inmediatamente la almohada a la cabeza, la aplasta contra un lado de su silla y cae rendido por el esfuerzo en el fondo de su sillón. El aspecto que ofrece, después de uno de estos lanzamientos a la señora Smallweed, es verdaderamente impresionante aunque no muy atractivo: primero, porque el esfuerzo suele torcer su gorra negra sobre un ojo y le da un aire de trago disoluto; segundo, porque murmura violentos insultos contra la señora Smallweed; y tercero, porque el contraste entre esas poderosas manifestaciones y su cuerpo impotente lo muestran como un siniestro viejo malvado que sería más cruel todavía si pudiera. Semejantes escenas se repiten con tanta frecuencia que, en el seno de la familia Smallweed, ya no producen la menor impresión. Todo se reduce a que el viejo sea agitado, a volver a dejar en su puesto el cojín tras haber colocado sus plumas, a arreglar el bonete de la abuela si este ha cambiado de posición, y a ponerla en su silla, lista para ser tirada de nuevo como un bolo.

Esta vez transcurren algunos minutos antes de que el viejo recobre la suficiente fuerza como para continuar su discurso, que ameniza con varios improprios edificantes dirigidos a su esposa, la cual no se comunica con nadie en el mundo, excepto con los trébedes, inconsciente de las dulces palabras que le prodiga su esposo.

—Si tu padre hubiera vivido algunos años más, Bart, hubiese reunido mucho dinero... ¿Callarás, vieja estúpida?... Pero precisamente en el momento en que empezaba a levantar el edificio en cuyos cimientos había empleado tantos años..., ¿no callarás, cotorra de los demonios? ..., enfermó y murió de una fiebre lenta, sin haber dejado de ser ni un momento un hombre parco y austero, completamente centrado en su negocio. ¡No te tengo que tirar a la cara una almohada, sino un gato rabioso, loca del infierno!... Y tu madre, que era una mujer prudente, seca como una pasa, se fue consumiendo como la yesca cuando nacisteis Judy y tú. ¡Vieja cerda, puerca infernal, cabeza de marrana!

Judy, que había oído relatar esta historia sobradas veces para que le interesara, recogía para la criada, mientras, en un jarro los restos de té que quedaban en las tazas y en los platos, y reunía con el mismo fin los mendrugos que dejaba la estricta economía de la familia.

—Pero tu padre y yo nos habíamos asociado —continuó el viejo—, y cuando yo deje de existir, todo será para vosotros. ¡Qué fortuna la vuestra que sabéis trabajar los dos! Judy en el negocio de las flores y tú en el despacho de

un abogado. No tienes que tocar tu sueldo para vivir y puedes aumentar con él tu capital. Cuando yo muera, Judy volverá al negocio de las flores y tú seguirás en el derecho.

Uno hubiera podido pensar por la apariencia de Judy que su negocio cayera más bien del lado de los espinos que del de las flores, pero en sus tiempos le enseñaron el arte y el misterio de las flores artificiales. Un observador atento hubiera podido descubrir, en los ojos de los dos hermanos, su impaciencia por saber cuándo llegaría el momento de la muerte de su abuelo y algo de resentimiento en la opinión de que ya era hora de que se fuese.

—Ya que hemos terminado todos —dice Judy, que ha completado los preparativos—, voy a llamar a la muchacha para que venga aquí a tomar el té. No acabaría nunca si se lo tomase estando sola.

En consecuencia, se llama a Charley y, bajo el fuego cruzado de los ojos de toda la familia, se sienta delante de la taza de té y unas drúidicas ruinas de pan con mantequilla. Judy Smallweed, ocupada exclusivamente en la vigilancia que ejerce sobre aquella muchacha, parece remontarse a la edad de las formaciones geológicas y datar de las épocas más remotas. La forma sistemática en que se abalanza y se lanza contra ella, con motivo o sin él, haga lo que haga, es maravillosa, revela un arte en el manejo de las sirvientas, un grado de perfección que alcanzan raras veces las amas de casa más prácticas.

—¡Vamos! ¡Date prisa, que hay mucho que hacer todavía! —grita Judy agitando la cabeza y pataleando contra el suelo cuando se cruza con la mirada que sondeaba previamente la taza de té—, cómete lo que sea y vuelve al trabajo.

—Sí, señorita —dice Charley.

—No me digas que sí —replica la señorita Smallweed—, porque me conozco a las chicas como tú. Haz las cosas sin hablar y a lo mejor entonces empiezo a creerte.

Charley da un enorme trago de té como prueba de sumisión, y dispersa tanto las drúidicas ruinas que la señorita Smallweed le acusa de glotona, y observa que en «las chicas como tú» eso es una cosa asquerosa. Es posible que a Charley encontrase alguna dificultad más para estar a la altura de sus opiniones sobre las chicas si no fuese porque llaman a la puerta.

—Anda a ver quién es y no mastiques al abrir la puerta —grita Judy.

Charley se dirige hacia el portal, y Judy aprovecha la ocasión para recoger las sobras de pan y mantequilla y poner dentro de la taza de Charley dos tazas sucias, para indicarle que ha terminado su comida.

—¿Quién es? ¿Qué quieren? —pregunta Judy con aspereza.

—Es un tal señor George, según dice.

El señor George entra sin ceremonia.

—¡Pero bueno! —dice el señor George—. ¿Qué calor hace aquí? Siempre con el fuego encendido, ¿eh? Bueno, ¡quizá haga bien acostumbrándose! —El señor George hace esta última observación para sí mientras saluda al señor Smallweed.

—¡Ah! ¿Es usted? —exclama el abuelo—. ¿Está usted bien?

—Pues regular —responde el señor George cogiendo una silla—. ¿Es su nieta esta señorita? Ya he tenido el honor de conocerla. Señorita Smallweed, servidor de usted.

—Y ahí tiene a mi nieto, a quien no conocía usted —dice el abuelo—. Trabaja en el despacho de un abogado y está poco rato en casa.

—Servidor de usted, joven. Se parece mucho a su hermana. ¡Vaya si se parecen! Se parece endemoniadamente a su hermana —dice el señor George, que pone mucho el acento y no de forma elogiosa en el adverbio.

—Y ¿cómo marchan los negocios? —le pregunta el viejo Smallweed frotándose lentamente las piernas.

—Pues como siempre. Como una pelota.

El señor George tiene cuarenta años, es alto, fornido, de expresión franca y bondadosa, tez morena, cabellos negros y rizados, pecho ancho y manos nervudas y tostadas por el sol, lo que indica el hábito de rudas faenas. Se sienta al borde de la silla, por una antigua costumbre, como para dejar detrás de él espacio a unas ropas o atavíos a los que ha dado de lado para siempre. Sus andares son los de un hombre que ha llevado espuelas durante mucho tiempo. Está recién afeitado, pero, por la manera en que cierra la boca, se adivina que durante muchos años su labio superior ha lucido un formidable bigote, y confirma esta opinión el gesto de pasarse la mano con frecuencia sobre la boca. En una palabra, es fácil adivinar que el señor George ha sido militar.

Ofrece un contraste tan notable con los individuos de la familia Smallweed que bien puede decirse que ningún soldado, en viaje de maniobras, fue alojado en una casa que tuviera menos que ver con él. Es como si comparásemos un sable con un abridor de ostras. Su elevada estatura, sus anchas espaldas, la llaneza y desembarazo de sus gestos y su voz sonora y robusta ofrecen el contraste más raro que pueda darse al ser comparados con el cuerpo mezquino de los Smallweed, sus voces chillonas, sus caras de monos y sus gestos cicateros. Viéndolo sentado en medio de aquel aposento, con las manos

apoyadas en las caderas y el cuerpo algo inclinado hacia adelante, hace creer que, si permaneciera mucho rato allí, absorbería a toda la familia, y a toda la casa de cuatro habitaciones, con cocinita trasera adicional y todo.

—¿Se frota usted las piernas para ver si reaccionan? —pregunta al abuelo, después de pasear la mirada por toda la habitación.

—Un poco por costumbre y un poco por eso que usted dice. Para favorecer el movimiento.

—¡Movimiento! —repite el señor George, cruzando los brazos sobre el pecho y con aire de hacerse dos veces más grande—. Eso es lo que le convendría a usted, pero es difícil.

—Es verdad. Soy muy viejo ya, señor George —dice el abuelo Smallweed—. Pero me conservo bien, tengo más edad que esa —añade cabeceando hacia su mujer— y vea cómo está. ¡Charlatana infernal! —termina en un repentino rebrote de su hostilidad anterior.

—¡Pobre mujer! —dice el señor George, volviendo los ojos hacia la abuela—. No la riña. Mírela usted, con el bonete torcido y el cabello revuelto. ¡Yérgase, señora! Eso está mejor. ¡Ya estamos! No tenga miedo, que aquí estoy para servirla. Señor Smallweed, piense usted en su madre si para que la respete no basta que sea su esposa —añade el antiguo soldado, volviendo a su asiento, después de ayudarla.

—Habría sido usted un hijo ejemplar, el señor George —dice el viejo con malicia.

El rubor del señor George se acentúa cuando responde:

—Pues no. No lo he sido.

—Me extraña.

—Y sin embargo, así es, como se lo cuento. Tenía que haber sido buen hijo, y creo que tenía deseos de serlo, pero no lo fui, y, por el contrario, no honré, como debía a mi familia.

—¡No es posible! —exclama el anciano.

—No hablemos de eso —continúa diciendo el señor George—. No quiero pensar en ello. ¿Se acuerda usted de lo que acordamos? Una pipa al entregarle los intereses correspondientes a dos meses. Ahí van, ya puede usted mandar que traigan la pipa. Tome usted el nuevo recibo y el dinero de los dos meses. Y diablos si no es difícil reunirlos en mi negocio.

El señor George permanece sentado y cruzado de brazos, mientras que el abuelo Smallweed abre, con el auxilio de Judy, el cajón de un escritorio cerrado con llave, saca dos carteras de cuero, pone en una de ellas el recibo

que le acaban de entregar, saca de la otra un recibo igual y se lo entrega al señor George, que lo retuerce inmediatamente para encender con él la pipa.

Como el anciano examina a través de sus anteojos cada línea y cada palabra del recibo, con minucioso cuidado, al igual que cuenta el dinero tres veces, entre dientes, encarga a su nieta que lo cuente, en voz alta, otras dos, y como, además, le tiembla todo el cuerpo, y se mueve y habla con excesiva lentitud, transcurre un largo rato antes de quedar zanjado el negocio de los dos recibos.

Cuando se han terminado todas esas operaciones aparta la mirada codiciosa del escritorio, donde sus torcidos dedos han vuelto a colocar las carteras, y responde a la última observación del señor George, diciendo:

—¿Que no tema mandar por la pipa? No llegamos a ser tan mercenarios, caballero. Judy, busca ahora mismo la pipa y el brandy frío con agua para el señor George.

Los dos mellizos, que han permanecido mientras inmóviles y mirando al vacío todo ese tiempo a excepción del momento en que el viejo les ha confiado las carteras de cuero negro, se retiran juntos sin hacer caso del señor George, al que dejan a merced de su abuelo como dos oseznos que abandonan un viajero a la osa madre.

—Y ¿está usted en esta habitación sentado en su sillón desde la mañana a la noche? —pregunta el señor George.

—¿Qué más tengo que hacer? —responde el anciano, encogiéndose de hombros.

—¿Sin hacer nada?

—Cuido del fuego, de ella y del asado.

—¿Cuando lo hay, no es cierto? —añade el señor George en tono significativo.

—Por supuesto.

—Y ¿no lee usted o le leen nunca?

El viejo mueve la cabeza con expresión maliciosa y triunfante.

—No, no —responde—, no hay nadie que lea en nuestra familia. ¿De qué sirve la lectura? Eso es cosa de necios, de locos y de perezosos. No, no.

—No hay mucho que elegir entre ustedes dos —dice el visitante en tono demasiado bajo para el duro oído del anciano, mientras lleva la mirada de la anciana a él y vuelta—. ¡Digo! —en voz más alta.

—¿Qué dice usted? —pregunta el viejo.

—Que me hubiera usted embargado si hubiese tardado un solo día en pagarle.

—¿Yo, mi querido amigo? —exclama el abuelo Smallweed tendiendo las manos como para abrazar al soldado veterano—. Yo, ¡nunca...! ¡Nunca! Pero mi amigo de la ciudad que le prestó el dinero a petición mía sí sería capaz de hacerlo.

—¡Oh! ¿No puede responder por él? —dice el señor George, terminando la pregunta en un tono más bajo con las palabras «¡Mientes, viejo sinvergüenza!».

—Mi querido amigo, no se puede contar con él. No debería confiar en él. Tiene su depósito, mi querido amigo.

—Al diablo con él —dice el señor George.

Charley aparece con una bandeja sobre la que lleva la pipa, un paquetito de tabaco y el brandy con agua. Le pregunta:

—¿Cómo has llegado hasta aquí! No te pareces a la familia.

—Por trabajo, caballero —responde Charley.

El militar (si militar es o lo ha sido) le quita su gorro, con gran delicadeza para una mano tan fuerte, y le da una palmadita en la cabeza.

—Casi le das una apariencia más sana a la casa. Necesita un poco de juventud tanto como de aire fresco.

Entonces se despide de ella, enciende la pipa y bebe brindando por el amigo imaginario que tiene el viejo Smallweed en la ciudad: única fantasía en la imaginación de ese encomiable anciano.

—¿De modo que se echaría sobre todos mis bienes sin consideración alguna?

—Mucho me temo que sí... Se lo he visto hacer más de veinte veces —añade imprudentemente el señor Smallweed—, más de veinte veces.

Es imprudente porque su media naranja, que dormitaba hacía algún rato, se despierta de pronto al oír el número veinte y empieza a gritar:

—¡Veinte mil libras! ¡Veinte billetes de veinte libras en una caja fuerte! ¡Veinte guineas! ¡Veinte millones al veinte por ciento!

Al instante es interrumpida por la almohada, que el señor George, para quien este correctivo es completamente nuevo, se apresura a recoger, aunque después de evitar que se le aplaste la cabeza, como siempre, sobre el sillón.

—¡Bruja! ¡Escorpión! ¡Vieja condenada! ¡Deberían quemarte viva! —

exclama con voz ronca el viejo Smallweed, que se ha quedado postrado en la silla—. Amigo mío, ¿quiere usted agitarme un poco?

El señor George que ha mirado primero a la mujer y después al marido sin comprender la escena de la que es testigo, coge a su venerable acreedor por el cuello según las prescripciones indicadas, y enderezándolo como lo hubiera hecho con un muñeco, parece vacilar entre la intención de ser útil al anciano y el deseo mucho más violento de estrangularlo. Pero resiste a esta viva tentación y se contenta con agitar al abuelo Smallweed con bastante fuerza, para que su cabeza baile sobre los hombros como la de un arlequín. Después, lo sienta en el sillón y le frota las orejas con tal fuerza al encasquetarle el gorro negro sobre el cráneo que el viejo permanece algunos minutos haciendo guiños y muecas.

—Ya es bastante, ya es bastante —dice el señor Smallweed—. Gracias, amigo mío. Por favor..., basta ya.

El señor Smallweed no las tenía todas consigo y llega a dudar de las verdaderas intenciones del señor George, cuya estatura no le había parecido nunca tan colosal.

Sin embargo, el antiguo soldado coge otra vez la pipa, lanza enormes bocanadas de humo en torno suyo y se consuela, murmurando en voz baja:

—El nombre de ese amiguito de la ciudad empieza con una D, compañero, y tiene usted razón en desconfiar de él como del diablo.

—¿Decía usted, señor George...? —pregunta el anciano.

El militar meneaba la cabeza y se inclinaba hacia delante con su codo derecho en la rodilla derecha y la pipa en esa mano, mientras que la otra, apoyada en su pierna izquierda, cuadra su codo izquierdo con gesto marcial, y continúa fumando. Entretanto, mira al señor Smallweed con atención y de vez en cuando disipa la nube que lo rodea para ver mejor la cara del avaro.

—Apostaría cualquier cosa —dice, moviéndose solo lo necesario para cambiar de postura y poder llevarse así el vaso a los labios con un gesto pleno, rotundo— a que soy el único individuo, vivo o muerto, a quien le ha dado usted tabaco y un vaso de agua.

—Es cierto —responde el anciano— que no veo a mucha gente y apenas me trato con nadie. Mis medios no me lo permitirían, pero era cosa acordada y lo prometido es deuda...

—No es por el valor del tabaco, sino por la rareza del hecho. Se me ocurrió la idea de sacar alguna cosa a cambio de mi dinero.

—Es usted muy prudente, señor George, y tiene mucho talento —dice el abuelo Smallweed restregándose las piernas.

—Sí, muy prudente. —Calada—. Y nada lo prueba tanto como haber averiguado dónde vivía usted. —Calada—. Y también el ser lo que soy. —Calada—. Todo el mundo dice que soy prudente —prosigue diciendo el señor George, fumando con calma—. Así es como he prosperado en la vida.

—No desespere, señor George, ya saldrá usted de apuros.

El señor George se ríe y bebe.

El señor Smallweed pregunta con un brillo en los ojos:

—¿No tiene usted algún pariente que consienta en pagar o en hacerle de fiador? Mi amigo de la ciudad podría, en tal caso, hacerle nuevos anticipos. ¿No tiene usted en la familia dos nombres distinguidos y seguros, dos buenas firmas? Creo que mi amigo se contentaría con eso.

El señor George, que fuma con indiferencia, replica:

—Si los tuviera, no les causaría esos problemas. Bastantes disgustos le he causado ya a mi familia cuando era joven, y sería una digna manera de hacer penitencia volver al lado de las personas que he deshonrado con mi conducta para vivir a expensas suyas. No, no es esa mi manera de ser. Un vago como yo no debe volver nunca a su casa después de haber desertado de ella sin motivo.

—Sin embargo, los afectos naturales, señor George... —insinúa el abuelo Smallweed.

—¡Dos buenas firmas! —dice el señor George, moviendo la cabeza y sin dejar de fumar—. No, no es esa mi manera de ser.

El abuelo Smallweed se ha ido escurriendo paulatinamente en su silla desde su último arreglo y ahora es un lío de ropas con una voz que llama a Judy. Esa hurí, al aparecer, lo agita de la manera habitual y el anciano caballero le encarga que se quede cerca de él, pues parece querer evitar que su visitante se vea en el apuro de atenderlo de nuevo.

—¡Ah! —exclama cuando vuelve a quedar bien—. Si hubiese podido dar usted con el capitán, habría usted salido de apuros, señor George. Si la primera vez que vino usted aquí a consecuencia del anuncio que hicimos insertar en los periódicos... Cuando digo «que hicimos» me refiero a mi amigo de la City y uno o dos más como él que emplean su capital en el mismo negocio y que son tan buenos amigos como para darme algo que ganar de vez en cuando. Sí, señor George, si hubiese usted logrado descubrir el paradero del capitán, habría salido de apuros.

—No me hubiera disgustado salir de apuros, como usted dice, pero, en general, me alegro de no haberlo localizado —asegura el señor George, que fuma con menos indiferencia que antes porque, desde la llegada de la nieta del señor Smallweed, que acaba de entrar llamada por su abuelo, experimenta una

especie de fascinación muy desagradable, que le obliga a mirar a Judy y que le perturba a su pesar.

—¿Por qué, señor George? En el nombre de..., del diablo, ¿por qué? —dice el señor Smallweed con aspecto de franca exasperación.

(El diablo se lo ha sugerido al parecer una mirada inspirada en el sueño de la señora Smallweed.)

—Por dos razones, compañero.

—¿Y qué dos razones, señor George? En el nombre de...

—¿De nuestro amigo de la City? —sugiere el señor George bebiendo tranquilamente.

—Sí, si lo prefiere. ¿Qué dos razones?

—La primera —responde el señor George, aunque todavía mira a Judy como si fuese tan vieja y tan semejante a su abuelo que le fuera indiferente a quién de los dos dirigirse— es por haberle metido en el enredo. Anunció usted que el señor Hawdon (capitán Hawdon, si, como se dice, capitán una vez, capitán para siempre) recibiría noticias muy ventajosas para él si se presentaba en el punto que allí se indicaba.

—¿Y bien? —dice con brusquedad el anciano.

—¡Y bien! —dice el señor George fumando—. No veo qué ventaja hubiera obtenido el capitán de ser metido en la cárcel por orden del Tribunal de comercio.

—¿Quién sabe? Tal vez en este caso alguno de sus ricos parientes hubiera pagado sus deudas, o por lo menos se hubiera puesto de acuerdo con sus acreedores, pero, por el contrario, nos ha engañado. ¡El miserable nos debía una cantidad enorme! Cuando pienso en él —agregó el viejo, alzando sus manos impotentes—, quisiera que se me presentara para estrangularlo entre mis manos.

Y en su furor arroja a su mujer dormida la consabida almohada, que va a parar junto al sillón de la abuela sin dar esta vez en el blanco.

—No tiene usted necesidad de añadir que el capitán estaba arruinado —responde el antiguo soldado, quitándose la pipa de la boca y apartando los ojos de la almohada, cuya trayectoria ha seguido—. Más de una vez he cabalgado a su derecha en la época en que galopaba hacia su ruina. Estuve a su lado cuando no le quedaba más que la desesperación, y mi mano desvió la pistola que apoyaba en su frente.

—Lástima que no lo hiciera —dice el benévolo anciano— y que su cráneo no hubiera saltado hecho pedazos, tantos como libras esterlinas me debía.

—Muchos pedazos hubieran sido —responde fríamente el señor George—. Pero sea como fuere, lo he conocido joven, elegante, lleno de esperanza y porvenir, y me alegro de no haber contribuido a darle caza, haciendo que leyera el anuncio ventajoso que insertó usted en los periódicos. Esta es mi primera razón.

—Supongo que la segunda será tan buena como la primera —dice el viejo, entre dientes.

—¿Por qué no? Está fundada en el egoísmo, porque para ir a encontrarlo hubiera tenido que irme al otro mundo. El pobre capitán ha muerto.

—¿Cómo lo sabe usted?

—No estaba en este.

—¿Cómo sabe usted que no estaba en este?

—No pierda usted la paciencia, así como ha perdido el dinero —replica el señor George arrojando al suelo la ceniza de la pipa—. Hace mucho tiempo que el capitán se murió ahogado. ¿Fue intencionadamente o por desgracia? Lo ignoro. Tal vez lo sepa su amigo de la ciudad... ¿Conoce usted esta melodía, señor Smallweed? —añade, y silba un aire de marcha mientras lleva el compás con la pipa.

—¿Una melodía? —dice el anciano—. No, nunca se canta en esta casa.

—Es la Marcha fúnebre del Saúl de Händel, la que se toca cuando entierran a un soldado, y con esto se da fin a la historia. Ahora, si su bonita nieta (discúlpeme, señorita) se dignase guardar esta pipa durante dos meses, le evitará el trabajo de comprar otra cuando vuelva a visitarlo. Buenas noches, señor Smallweed.

—¡Mi buen amigo! —dice el viejo alargándole la mano.

—¿Conque cree usted que su amigo de la ciudad procederá sin contemplaciones contra mí, si no le pago? —pregunta el militar mirando al usurero después de levantarse de la silla.

—Mucho me temo que sí, amigo mío —responde el viejo pigmeo, alzando los ojos hacia el gigante.

El señor George prorrumpe en una sonora carcajada, saluda a Judy, que lo mira con desprecio, y sale de la habitación, haciendo resonar en el pavimento las espuelas y el sable que ya no lleva.

—¡Imbécil! —exclama el anciano, haciendo una horrible mueca en el momento en que el deudor cierra la puerta—. Yo te limaré los dientes, perro miserable, y veremos si puedes morder entonces.

Después de este amistoso comentario, su espíritu se eleva hacia esas regiones encantadas de la reflexión que han abierto su educación y sus intereses, y de nuevo la señora Smallweed y él dejan pasar sus horas de oro, como dos centinelas no aliviados, olvidados, como se dijo antes, por el sargento oscuro.

Mientras la pareja sigue así fielmente en su puesto, el señor George recorre a grandes pasos las calles, y sus andares tienen cierta petulancia, pero su rostro está triste.

Son las ocho y el día declina rápidamente. El antiguo soldado se detiene cerca del puente de Waterloo para leer los carteles de los teatros, y decide que irá al Teatro Astley, donde los caballos hacen prodigios y los jinetes saltan por entre los aros con agilidad sorprendente, y donde mira las armas con ojo crítico y desaprueba los combates por evidenciar falta de habilidad en la esgrima. Pero se siente conmovido ante lo que expresan. Sus ojos se llenan de lágrimas cuando el emperador de Tartaria sube, durante la última escena, a una carroza y consiente en bendecir a los dos amantes y agita sobre ellos desplegada la bandera de la Gran Bretaña.

Terminada la función, el señor George pasa a la orilla opuesta del Támesis y se dirige hacia esa región situada entre Haymarket y Leicester Square, región curiosa que atrae hacia su centro hoteles impropios e indiferentes, extranjeros indiferentes, pistas de raqueta, boxeadores, maestros de esgrima, vigilantes, vendedores de porcelana vieja, casas de juego, exhibiciones y el batiburrillo de las innumerables miserias que tienen necesidad de ocultarse. El veterano penetra en el corazón de esa región, atraviesa un patio y llega a un gran edificio de ladrillo que consta tan solo de cuatro paredes, de un pavimento y de un tejado por donde penetra la luz en su interior, y se leen, en la fachada, si es que esto puede llamarse fachada, las palabras: «Galería de tiro, dirigida por el señor George, etcétera».

Entra en la galería de tiro de George, en donde solo vela un mechero de gas (ahora parcialmente apagado) y se ve, además de dos blancos para el tiro con escopeta, una zona para el tiro con arco, así como todo lo relativo a la esgrima y al arte británico del boxeo. En semejante hora la galería de tiro de George está desierta y entregada completamente a un hombrecillo de cabeza gruesa que duerme en el suelo.

El traje de este hombrecillo grotesco se parece al de los armeros: lleva mandil de sarga verde y gorra de la misma tela. Su rostro y sus manos se ven ennegrecidas por la pólvora a fuerza de cargar armas y el color de su piel resalta más en la posición que ocupa, acostado debajo del mechero de gas y delante de uno de los blancos. Cerca está la mesa, fuerte, irregular, primitiva, con un torno encima con el que ha estado trabajando. Las numerosas cicatrices

de que está cubierto su rostro y el aspecto azulado de una de sus mejillas parecen anunciar que más de una vez ha tenido percances en el ejercicio de su cargo.

—¡Phil! —dice el militar tranquilamente.

—¡Presente! —responde Phil, levantándose como movido por un resorte y haciendo un saludo militar.

—¿Novedades?

—Poco menos que nada. Cinco docenas de tiros de escopeta y doce de pistola. ¡Y qué puntería! —responde Phil con un gemido.

—¡Cierra la galería! —ordena el señor George.

Phil se dispone a cumplir esta orden y entonces parece que es cojo, aunque eso no le impide ir y venir con extremada ligereza. No tiene ceja en el lado de cara quemado, pero la del otro ojo forma un matorral espeso y negro, y esta falta de uniformidad da un aspecto siniestro a su fisonomía. Sus manos han sufrido, al parecer, todos los percances imaginables, porque tiene los dedos torcidos y llenos de cicatrices, y sin embargo, mueve los bancos, levanta y traslada todo cuanto encuentra a su paso como si no pesara nada.

En vez de dirigirse en línea recta hacia los objetos que quiere cambiar de sitio, lo hace dando rodeos, y a cada instante se apoya en la pared, dejando un sello grasiento y negruzco que los parroquianos llaman «el rastro de Phil».

Este custodio de la galería de George en ausencia de George culmina sus quehaceres cuando cierra los portones y apaga todas las luces salvo una, que deja tremolando, y saca de un cuarto oscuro, que hay en un rincón de la sala, dos colchones con sus accesorios. Los arrastra a los dos extremos y hace su cama a un lado mientras el señor George hace la suya en el opuesto.

—Phil —dice el veterano, acercándose a su ayudante, después de quitarse la chaqueta y el chaleco, y aun así, en tirantes, tiene más aire marcial que antes —, ¿es cierto que te encontraron, cuando viniste al mundo, en un portal?

—En mitad de la calle —responde Phil—. El vigilante nocturno que me encontró, tropezó conmigo y se cayó de bruces.

—O sea que vagabundear se te hizo natural desde el principio.

—Tan natural como es posible —dice Phil.

—¡Buenas noches!

—Buenas noches, señor.

El bueno de Phil da la vuelta a la galería, con el hombro arrimado a la pared, y se dirige, por fin, hacia su colchón. El militar recorre dos o tres veces

la distancia que separa el blanco del punto desde donde se dispara, contempla un instante la luna, a través de los cristales del tragaluz, se va a la cama, tomando un camino más recto que Phil, y se acuesta inmediatamente.

XXII

El señor Bucket

Hace un calor sofocante, pero parece que no afecta en nada a la alegoría del despacho del señor Tulkinghorn a pesar de sus mejillas hinchadas y encendidas y de sus brazos y piernas que un miope confundiría fácilmente con unos calzones de color rosa. Las dos ventanas están abiertas de par en par. La sala es de techo elevado, sombría y llena de corrientes de aire, cualidades poco apetecibles cuando llega noviembre con la niebla y la ventisca y enero con el hielo y la nieve, pero que tienen su mérito durante los calores de los largos días de vacaciones.

Una enorme cantidad de polvo penetra por las ventanas del despacho del procurador. Una cantidad mucho mayor se acumula detrás de los muebles y entre los papeles y los libros, y, cuando un soplo de brisa extraviado viene de los campos a perderse en esta habitación oscura, y atemorizado se precipita a la calle, envía a los ojos de la alegoría tanto polvo como el que echa la ley —o el señor Tulkinghorn, uno de sus más eximios representantes— sobre sus desgraciados clientes.

En medio de esta polvareda, elemento natural al cual volverán sus papeles, sus clientes y él mismo con todas las cosas del mundo, el señor Tulkinghorn, sentado cerca de uno de los balcones, saborea una botella de excelente oporto añejo. Aunque es un hombre poco conciliador, cerrado, seco y silencioso, sabe disfrutar de un vino añejo como el que más. Tiene una impagable caja de oporto en alguna bodega escondida bajo Fields, lo que es uno de sus muchos secretos. Cuando come solo en su despacho, como hoy por ejemplo, y le han traído del café vecino la carne asada o el pollo con el pescado correspondiente, desciende a las regiones subterráneas de su morada solitaria, y, tras el estruendo de las pesadas puertas que cierra, vuelve rodeado de una atmósfera húmeda con una botella en la mano. El rico néctar de más de cincuenta años de edad se ruboriza por modestia cuando es vertido en el vaso y llena la habitación con el vivificante aroma que exhala la uva perfumada de las afortunadas comarcas donde fue cultivada.

El señor Tulkinghorn está sentado junto a la ventana y saborea su excelente vino, como si este le hablase en voz baja de sus cincuenta años de silencio y

reclusión, y aumenta la reserva impenetrable del procurador. Más impenetrable que nunca, el señor Tulkinghorn bebe el precioso néctar y se encierra en sí mismo, y en sí mismo se desahoga en secreto. Entonces, a la dudosa claridad del crepúsculo, piensa en todos los misterios que sabe y que se refieren, con respecto al campo, a los grandes bosques llenos de sombra, y, con respecto a la ciudad, a los palacios cerrados y desiertos. Tal vez dedique algún que otro pensamiento a sí mismo, a su origen, a su dinero, a sus últimas disposiciones, y tal vez se acuerda, entonces, del único amigo que ha tenido nunca, solterón, abogado igual que él, que llevó la misma existencia hasta los setenta y cinco años, quien, en su momento, al parecerle esta vida muy monótona, le regaló un reloj de oro una noche de verano a su peluquero, y se dirigió lentamente hacia el Temple, donde vivía, y se ahorcó sin decir una palabra.

Pero el señor Tulkinghorn no está hoy solo, y, por consiguiente, no puede entregarse a sus meditaciones como quisiera. Un hombre calvo, de frente brillante y de aspecto tímido, está sentado en frente de él en una silla discretamente separada de la mesa, y tose respetuosamente cubriéndose la boca con la mano cuando el procurador lo invita a escanciarse un vaso.

—Hablemos ahora, señor Snagsby —dice el señor Tulkinghorn—, de esa extraña aventura.

—Como usted guste, señor.

—Me dijo usted anoche cuando tuvo usted la bondad de venir aquí...

—Perdóneme si me tomé semejante libertad, pero recordé que se había usted interesado por aquel individuo, y pensé que precisamente... tenía usted..., digo yo...

El señor Tulkinghorn no está dispuesto a corregir y completar las frases del señor Snagsby, y mucho menos a reconocer que se toma interés por nada, de modo que el pobre comerciante se ve reducido a sus escasos recursos oratorios y reitera sus excusas por la libertad que se ha tomado.

—No necesita usted disculparse... Me dijo usted ayer, Snagsby, que había cogido usted su sombrero y que había venido sin decirle nada a su esposa. Muy prudente por su parte, ya que no me parece un asunto de tanta importancia como para mencionarlo.

—Y, por otra parte —añade el señor Snagsby—, mi mujer, hablando con franqueza y entre nosotros, es algo curiosa... ¡Pobrecilla! Es muy impresionable y amiga de hacerse cábalas, de modo que se ocupa de todo lo que puede averiguar, especialmente de lo que no le atañe.

El señor Snagsby se lleva la mano a los labios y murmura con admiración, tosiendo detrás de su mano:

—¡Excelente vino!

—Y por esa razón no ha creído usted prudente decirle nada de su visita de ayer ni de la de hoy, ¿no es cierto? —pregunta el señor Tulkinghorn.

—Sí, señor. Mi mujer se encuentra en este momento..., digámoslo sin rodeos..., en una fase de devoción. Sigue los ejercicios nocturnos de un reverendo llamado Chadband, que tiene indudablemente unas grandes dotes para la elocuencia, pero cuyo estilo no me gusta... Sin embargo, esto no viene al caso, y lo cierto es que mi mujer está muy ocupada con sus ejercicios espirituales y pude venir aquí sin temor a ser descubierto.

El señor Tulkinghorn hace un gesto de aprobación y dice:

—Llénese usted otro vaso, Snagsby.

—Gracias, señor —responde el señor Snagsby, con su tos de deferencia—, es realmente un vino excelente.

—Sí, no abunda —dice el señor Tulkinghorn—. Tiene ya cincuenta años.

—¡Cincuenta años! Pero no me sorprende y cualquiera le echaría esa edad... y mucha más.

Y, con su característica modestia, el señor Snagsby tose detrás de su mano para disculpar la libertad que se toma al beber un licor tan delicioso.

—¿Tendría usted la bondad de repetirme lo que le dijo ese muchacho? —pregunta el señor Tulkinghorn, enfundando las manos en los bolsillos y arrellanándose en el sillón.

—Con mucho gusto.

El señor Snagsby cuenta, con más exactitud que laconismo, los hechos ocurridos en su casa algunos días atrás, y repite lo que Jo les dijera a sus invitados en relación a la moneda de oro y a la señora que se la dio. Cuando llega al final de su relato, se estremece y exclama:

—¡Cielos! Creía que estábamos solos.

El señor Snagsby queda aterrado al ver entre él y el señor Tulkinghorn a un hombre de rostro atento, que no se hallaba en el despacho al principio y que no ha entrado, al parecer, ni por la puerta ni por la ventana. Es verdad que hay un armario en la sala, pero no se ha oído rechinar gozne alguno ni el menor ruido de pasos. Sin embargo, allí hay un tercer personaje que escucha con calma y atención las palabras del papelero: lleva un bastón y un sombrero en las manos. Un hombre de edad madura, robusto, vestido de negro, de expresión enérgica y mirada astuta, pero sin nada que llame especialmente la atención, a excepción de la manera en que ha aparecido y escucha.

—No haga usted caso, Snagsby —dice, tranquilamente, el señor Tulkinghorn—: solo es el señor Bucket.

—¿El señor Bucket? —pregunta el proveedor, dando a entender con unos tos que no sabe quién puede ser el señor Bucket.

—Necesitaba que estuviese informado de esta historia —responde el procurador—, y como, por cierto motivo que debo callar, deseo descubrir más sobre el asunto, he recurrido a su experiencia en esta clase de temas. ¿Qué le parece, señor Bucket?

—La cosa es bien sencilla —responde el aludido—. Como mis agentes han forzado al muchacho a avanzar y no se le puede encontrar en el sitio que barría antes, si el señor Snagsby consiente en acompañarme a Tom-completamente-solo y mostrarme al golfo ese, podríamos traerlo aquí antes de dos horas. Podría también hacerlo sin la cooperación del señor Snagsby, pero estimo más práctico lo primero.

—El señor Bucket es oficial de la policía, detective —le dice el señor Tulkinghorn al almacenista de papel.

—¡Ah! ¿De verdad? —exclama el señor Snagsby, cuyo pelo, si lo tuviera, se le hubiera erizado al oír tamaña revelación.

—Le agradecería que tuviese usted la bondad de acompañarlo —continúa el procurador—, a no ser que se lo impida alguna ocupación ineludible.

El señor Snagsby vacila un instante, y el señor Bucket penetra en el fondo del pensamiento del papelerero.

—No tema usted perjudicarlo en nada —le dice—. Sabemos que es inocente. Lo traeremos aquí únicamente para hacerle algunas preguntas. Se le pagará su trabajo y lo dejaremos partir, sin molestarlo. Todo lo contrario, le aseguro a usted que saldrá de aquí muy contento.

—Muy bien, señor Tulkinghorn —dice el señor Snagsby, tranquilizándose—, en tal caso...

—Señor Snagsby —continúa el señor Bucket en tono confidencial, cogiéndole por el brazo y dándole afectuosos golpecitos en el pecho—, es usted hombre de mundo y de negocios, tiene usted talento y sentido común...

—Mil gracias por tan favorable opinión —dice el señor Snagsby, interrumpiéndole y tosiendo modestamente—, pero...

—Sostengo que tiene usted talento y sentido común —repite el señor Bucket—. Es por lo tanto inútil decirle a un hombre como usted que se dedica a los negocios que exigen tacto y firmeza (tenía en otro tiempo un tío que se le parecía mucho), es inútil decirle que en semejantes asuntos lo más prudente es

la más absoluta discreción.

—Es cierto —responde el señor Snagsby.

—Parece ser —prosigue diciendo el señor Bucket con una franqueza tranquilizadora— que el difunto tenía derecho a ciertos bienes, y que esa mujer no es del todo ajena a este asunto, ¿comprende usted?

—¡Oh! —exclama el señor Snagsby, que se queda, como antes de esta explicación, sin comprender nada.

—Ahora bien, ¿qué prefiere usted? —continúa el señor Bucket, dándole otra vez los golpecitos familiares en el pecho de una manera verdaderamente halagadora—. Que cada cual disfrute de lo que le pertenece según las leyes del país. ¿Verdad que no desea usted otra cosa?

—Es verdad —responde el señor Snagsby con un gesto afirmativo.

—Pues bien, tendrá usted además la ventaja de servir... ¿cómo suele usted llamarlo: un cliente o un parroquiano? Olvido cómo los solía llamar mi tío.

—Vaya, normalmente los suelo llamar parroquianos —responde el señor Snagsby.

—Y la expresión es muy adecuada —continúa el señor Bucket, estrechando cordialmente la mano del señor Snagsby—. Pues bien, al mismo tiempo podrá complacer a un buen parroquiano. Queda acordado, por lo tanto, que consiente gustoso en venir conmigo a Tom-completamente-solo y que se compromete a guardar el mayor de los secretos sobre este asunto. Si no me equivoco, ¿esas son sus intenciones, verdad?

—Sí, señor. Sí, señor —dice el señor Snagsby.

—Así que aquí está su sombrero —responde su nuevo amigo, con bastante familiaridad con él, como si lo hubiese fabricado él mismo—, y si está usted listo, yo también.

Salen del gabinete, donde dejan al señor Tulkinghorn, que continúa impasible bebiéndose el vino añejo, y se dirigen al sitio indicado.

—¿Conoce usted por casualidad a un tal Gridley? —pregunta el señor Bucket, hablándole amistosamente a Snagsby.

—No —responde el señor Snagsby después de haber reflexionado—, no conozco a nadie que se llame así. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—¡Oh!, por nada. Lo preguntaba únicamente porque como ese Gridley se ha permitido ciertas palabras bastante ofensivas contra personas respetables, e incluso ha llegado a la amenaza, he recibido contra él auto de prisión del cual se ha eximido recurriendo a la fuga, lo cual me sorprende en una persona en su

sano juicio.

Mientras siguen su camino, el señor Snagsby advierte con asombro que su compañero, aunque anda deprisa, tiene una manera muy singular de observar todo cuanto ocurre a su alrededor, sin que al parecer le preste atención a nada. Cuando se vuelve a derecha o izquierda lo hace con un movimiento rápido, para continuar en línea recta su camino. De vez en cuando, al pasar cerca de algún agente de policía que está prestando su servicio, el señor Bucket y el agente alzan la cabeza hacia el cielo como distraídos. En una ocasión el señor Bucket llega como por casualidad a situarse detrás de un joven de baja estatura que lleva un sombrero lustroso, le toca con el extremo del bastón sin mirarlo, y el joven desaparece, entonces, como por ensalmo. Pero lo más corriente es que el señor Bucket lo observe todo con rostro impassible e indiferente, como el gran anillo de luto del meñique, o el broche, que está compuesto no tanto por diamantes como por un buen engarce, que lleva en la camisa.

Llegan por fin a Tom-completamente-solo, y el señor Bucket le pide una linterna encendida al agente de servicio del barrio, que desde ese momento lo acompaña con otra linterna atada al cinturón. El señor Snagsby, colocado entre sus dos acompañantes, cruza el arroyo de una calle infecta, llena de cieno fétido y negro, y charcos de agua contaminada. El ambiente que allí se respira es tan repugnante y es tan miserable el aspecto de la calle que el señor Snagsby, que ha vivido siempre en Londres, no puede creer lo que está viendo. Otras callejuelas, no menos pestilentes, se ramifican a través de aquel montón de ruinas, y presentan un conjunto tan repulsivo, que el buen papelerero siente verdaderas náuseas.

—Apártese, señor Snagsby —dice el jefe de policía, viendo venir hacia ellos una especie de miserable camilla, seguida de una multitud en harapos—. Es un enfermo que llevan al hospital.

La multitud abandona la camilla para rodear a los tres visitantes nocturnos, los mira un instante tan solo, y se dispersa entre las ruinas, silbando y lanzando a intervalos gritos agudos, mientras los tres desconocidos prosiguen su visita de inspección.

—¿Son estas las casas en donde se ha declarado la fiebre, Darby? —pregunta fríamente el señor Bucket volviendo su linterna hacia una hilera de infectas ruinas.

—Sí, señor —responde Darby—. Hace algunos meses que sus habitantes mueren por docenas.

El señor Bucket le dice al señor Snagsby:

—¿Qué tiene usted? ¿Se siente usted mal?

—Siento una opresión inexplicable —responde el papelero—, como si no pudiera respirar en este aire fétido.

—¿Conocen a un muchacho que se llama Jo? —pregunta el señor Bucket en diferentes casas.

Pero, desgraciadamente, son muy pocas las personas conocidas por su propio nombre en Tom-completamente-solo, y salen a relucir varios apodos, tales como el Zanahoria, el Coronel, el Ahorcado, el Ladrillo, el Cincel, el Flaco. El señor Snagsby precisa las señas de Jo, y son diversas las opiniones sobre el individuo a quien corresponde este retrato. Algunos suponen que es el Zanahoria y otros aseguran que es el Ladrillo. Lllaman al Coronel y se presenta, pero no es él a quien buscan. Cuando los tres visitantes se paran en alguna parte, pronto se ven rodeados de curiosos, deseosos, aparentemente, de dar toda clase de facilidades al señor Bucket. Pero después van desfilando, uno tras otro, desapareciendo detrás de las paredes y en medio de las ruinas mientras los tres desconocidos continúan su excursión y vuelve a funcionar la linterna sorda.

Descubren, por fin, un innoble escondrijo, donde «Duro de Pelar» se retira todas las noches. Por ciertos detalles se supone que Duro de Pelar es, precisamente, Jo. Resulta de las palabras que intercambian el señor Snagsby y la dueña de aquella casucha, mujer de cara amoratada y de cuerpo informe cubierto de andrajos, que el muchacho en cuestión ha ido a buscar un fármaco para una enferma y que no tardará en volver.

—¿Cuántos huéspedes tenemos esta noche? —pregunta el señor Bucket, abriendo una puerta y dirigiendo al interior la luz de su linterna sorda—. Dos hombres y dos mujeres. Los dos hombres están bien, a juzgar por las apariencias —añade apartándoles el brazo con que se han cubierto el rostro, fingiendo dormir en aquella posición—. ¿Son sus maridos, señoras?

—Sí, señor —responde una de las aludidas.

—¿Ladrilleros, no?

—Sí, señor.

—¿Qué hacéis aquí? Supongo que no sois de Londres...

—No, señor; somos de Hertfordshire.

—¿De qué parte de Hertfordshire?

—De Saint Albans.

—¿Por qué habéis venido a Londres?

—Porque allí no hay trabajo. Llegamos ayer, pero creo que hemos hecho mal en venir, porque aquí tampoco hay gran cosa que hacer.

—El trabajo no se encuentra durmiendo —dice el señor Bucket mirando a los dos hombres.

—¿Qué quiere usted que hagamos? —dice la mujer, suspirando.

El cuarto es tan bajo de techo que, aunque tiene dos o tres pies más de elevación que la puerta, el más alto de los tres intrusos no podría permanecer en pie sin rozar el techo con la cabeza, y el aire que allí se respira está tan enrarecido que apenas puede alimentar la débil llama de la vela de sebo que alumbra la estancia. Esta contiene dos bancos y otro más alto que hace las veces de mesa. Los dos hombres están acostados en el suelo, pero las dos mujeres permanecen sentadas al lado de la luz, y la que ha hablado lleva en brazos a un niño en pañales.

—¿Qué edad tiene el crío? Parece haber nacido ayer —pregunta el señor Bucket, con amabilidad, dirigiendo la linterna hacia la infeliz criatura.

El señor Snagsby se siente vivamente impresionado ante este espectáculo, que le recuerda a otro niño rodeado de brillante aureola que ha visto muchas veces en láminas y cuadros.

—No tiene aún tres semanas —responde la mujer.

—¿Es hijo de usted?

—Sí, señor.

La otra mujer, que estaba inclinada hacia el niño cuando entró el jefe de policía, vuelve a inclinarse para besar al pobrecillo.

—Parece que lo quiere usted como si fuese su madre —dice el señor Bucket.

—Tenía uno, señor, que se le parecía y que ha muerto.

—¡Jenny! ¡Jenny! —exclama la otra mujer—. Mejor está él que los vivos. Esta vida no vale la pena.

—Supongo —añade el señor Bucket, con tono severo— que no está usted tan desnaturalizada como para que desee la muerte de su propio hijo.

—¡Oh! No, señor. Daría mi sangre por salvarle la vida como lo haría cualquier señora fina.

—Entonces, ¿por qué habla usted así? —pregunta el señor Bucket suavizando su tono.

—Es una idea que se me ha ocurrido —responde la mujer, cuyos ojos se llenan de lágrimas—. Si se durmiese para no despertarse jamás, me volvería loca de dolor. Estaba al lado de Jenny cuando perdió el suyo (¿no es verdad, Jenny?), y no sé cuánto lloró. Pero mire esta habitación y mírelos a ellos —

dice volviendo la vista hacia los dos hombres, tendidos en el suelo—. Mire al chico que esperaba, que ha salido para hacerme un favor. ¡Piense en los chicos que trabajan para usted con tanta frecuencia, y cómo los ve usted crecer!

—Bueno, bueno —observa el señor Bucket—, aunque son ustedes pobres, pueden hacer de este niño un hombre de provecho que algún día será el consuelo y el báculo de su vejez.

—Haré lo que pueda —dijo la mujer secándose las lágrimas—, pero, cansada y enferma como estoy, solamente se me ocurren ideas funestas con respecto a su porvenir. Mi marido tiene mal genio, le pegará, verá que me maltrata y huirá de nuestro lado para ser un vago y un perdido. Si trabajo tanto para él y me sacrifico y me esfuerzo, es por ver si logro llevarlo por el buen camino, y cuando pienso en que puede ocurrir todo lo contrario, es cuando me digo que, antes que verlo hecho un mal hombre, preferiría mil veces verlo muerto como al pobre hijo de Jenny.

—No digas eso, Liz. Tú desvarías. Anda, dame al niño, que ya debes de estar cansada.

Y al tomarlo la compañera, separa el pañuelo que cubre los hombros de la madre y lo vuelve a cruzar sobre el seno marchito y lleno de cicatrices sobre el que reposaba la infeliz criatura.

—Lo quiero tanto porque me recuerda al que he perdido —dice Jenny, paseando al niño por el cuarto—, y el mío es también la causa de que Liz ame tanto a su hijo, porque piensa que podría perderlo y ha pasado a través de mí por esa triste experiencia.

Mientras el señor Snagsby vuelve la cabeza para toser y sonarse, se oye rumor de pasos y el señor Bucket dirige la linterna hacia la puerta.

—Aquí tenemos a Duro de Pelar —le dice al señor Snagsby—. Es Jo.

Jo permanece inmóvil de terror en el círculo luminoso que proyecta sobre él el señor Bucket, y como uno de esos mendigos harapientos a quienes proyecta la linterna mágica, tiembla de pies a cabeza y se imagina que ha ofendido de nuevo a la autoridad, aunque no acierta a explicarse el motivo.

El señor Snagsby se apresura a tranquilizarlo, diciéndole:

—Venimos a buscarte para un servicio que te será pagado.

Jo se recobra un tanto del susto, y aunque apenas puede respirar de cansancio, contesta de una manera satisfactoria al jefe de policía, que le hace salir del cuarto para hablarle con más libertad.

—Todo va bien —dice el señor Bucket, volviendo a abrir la puerta—, y cuando usted guste, señor Snagsby, podemos marcharnos.

Es preciso que Jo desempeñe antes su encargo y entregue el fármaco a la persona que le ha mandado por él, tras lo cual el señor Snagsby deja sobre la mesa media corona, panacea universal que se aplica a todos los males. Hecho esto, el señor Bucket coge a Jo por el brazo y lo obliga a andar delante, formalidad sin la cual nadie puede ser conducido legalmente por la policía... Cumplidas estas disposiciones, les dan las buenas noches a las mujeres y salen una vez más a la oscuridad y pestilencia de Tom-completamente-solo.

Por los caminos malolientes por los que bajaron hacia ese infierno emergen paulatinamente de allí, con la muchedumbre revoloteando, y silbando y escondiéndose de ellos hasta que llegan al límite, donde le devuelven las linternas a Darby. Allí la muchedumbre, como una congregación de demonios enjaulados, regresa chillando, y no se les vuelve a ver. Por las calles más limpias y frescas, nunca tan limpias y frescas a juicio del señor Snagsby como ahora, caminan y van en coche hasta que llegan a la puerta del señor Tulkinghorn.

Nunca le habían parecido al señor Snagsby tan ventiladas y sanas las calles de Londres ni el alumbrado tan brillante como al volver de Tom-completamente-solo.

Mientras suben la escalera (la habitación del procurador está en el primer piso), el señor Bucket anuncia que lleva la llave en el bolsillo y que no es necesario llamar. Para un hombre tan experto como él en esta clase de operaciones, se pasa un gran rato buscando el ojo de la cerradura y hace, al abrir la puerta, un ruido que es tal vez una manera de anunciarse. Sea como sea, entran en la sala y penetran en el despacho donde habían dejado al procurador saboreando su delicioso vino de Oporto.

El señor Tulkinghorn no está, pero las dos luces siguen encendidas y la habitación se halla bien iluminada por ellas.

El jefe de policía tiene a Jo cogido por el brazo y sus ojos parecen multiplicarse para no perder el menor detalle.

Apenas ha dado Jo tres pasos por el despacho del procurador cuando se detiene estremeciéndose.

—¿Qué te pasa? —le pregunta el señor Bucket en voz baja.

—¡Es ella!

—¿Quién?

—La señora.

En medio de la sala hay una mujer cubierta con un velo, inmóvil, silenciosa y con el rostro vuelto hacia la puerta, pero se diría que no repara en los que entran, como si fuera una estatua.

—¿Cómo reconoces a esta señora? —pregunta alzando la voz el señor Bucket.

—La reconozco por el velo —responde Jo—, y además por el sombrero y el vestido.

—Cuidado con lo que dices —añade el señor Bucket, observando a Jo con la mayor atención—. Mira bien y no te precipites.

—Miro bien —dice Jo abriendo desmesuradamente los ojos—, y ese es el velo, el sombrero y el vestido.

—¿Y las sortijas de que hablabas?

—Eran muy brillantes —dice Jo, pasándose la mano izquierda por las falanges de su diestra, sin apartar los ojos de la señora.

Esta se quita el guante y presenta la mano derecha.

—No eran estos anillos —dice Jo, moviendo la cabeza—, ni tampoco esa mano.

—¿Qué dices? Míralo bien —continúa el señor Bucket, cuya satisfacción, sin embargo, es evidente.

—La mano de aquella señora era más blanca, más pequeña y más linda.

—¿Te acuerdas de la voz de aquella señora?

—Creo que sí.

—¿Se parece a la mía? —dice la mujer embozada—. Hablaré tanto como quieras si no estás seguro. ¿Es esta la voz que oíste?

Jo mira al señor Bucket con asombro.

—No. No es esa su voz.

—Entonces, ¿cómo dices que la reconoces? —pregunta el jefe de policía, señalando a la desconocida.

—Porque lleva su velo, su sombrero y su vestido —responde Jo, con seguridad, a pesar de su confusión—. Es ella y no lo es. No tiene su mano, ni sus anillos, ni su voz, pero lleva su sombrero, su vestido y su velo, y me parece, cuando no habla, que es la que me dio el soberano y desapareció.

—Bien —dice el señor Bucket pausadamente—, no nos has sacado de dudas, pero aquí tienes cinco chelines. Mira cómo los gastas y compórtate como un hombre de bien.

El señor Bucket pone los cinco chelines en la mano de Duro de Pelar, lo vuelve a coger del brazo y lo hace salir del despacho, donde se queda el señor

Snagsby solo con la mujer velada y muy poco tranquilo en medio de aquel misterio. Pero casi al mismo tiempo aparece el señor Tulkinghorn y la desconocida alza el velo y descubre un rostro bastante bonito, aunque tiene cierta expresión poco simpática en su fisonomía.

—Gracias, señorita Hortense —dice el señor Tulkinghorn, con su calma habitual—. No la molestaré más, por el momento.

—¿Hará usted el favor de acordarse de que estoy sin trabajo? —dice Hortense.

—No lo olvido, señorita.

—¿Puedo contar con su protección?

—Plenamente.

—¡Tiene tanta influencia una palabra del señor Tulkinghorn!

—Esté usted segura de que será bien recomendada.

—Gracias anticipadas y disponga de mí en cuanto pueda serle útil.

Hortense se retira, con aire de distinción natural, y el jefe de policía, a quien el cargo de maestro de ceremonias parece serle tan familiar como todos los que desempeña según las circunstancias, acompaña a la señorita Hortense hasta al pie de la escalera, con cierta elegancia.

—¿Qué le parece a usted, Bucket? —le pregunta el señor Tulkinghorn cuando vuelve al despacho.

—Creo que concuerda perfectamente con lo que había dicho. No cabe duda alguna. Era la otra con el traje de esta. Jo es muy preciso en todo lo que cuenta. Señor Snagsby, le dije a usted que no tenía nada que temer. ¿Está usted ya tranquilo?

—Completamente, señor, y si no me necesitan ustedes, con su permiso..., mi mujer debe de estar ya impaciente.

—Gracias, señor Snagsby. No lo necesitamos ya —responde el procurador—, y no olvidaré jamás las molestias que se ha tomado usted.

—¡Oh! Ninguna molestia. Adiós, señores.

—Lo que más admiro en usted —dice el oficial de policía acompañando al señor Snagsby y dándole afectuosos apretones de mano—, es que es usted uno de esos hombres discretos y de conciencia, fieles y exactos cumplidores de su deber. Cuando se trata de hacer el bien, le basta con la satisfacción de hacerlo, y estoy seguro de que no vuelve usted a acordarse de ello. ¿No es cierto?

—Me esfuerzo en hacer todo el bien que puedo —responde el señor

Snagsby.

—Y el éxito corona sus laudables esfuerzos —dice el señor Bucket—. Eso es, precisamente, lo que más aprecio en un hombre de su profesión.

El señor Snagsby se despide del jefe de policía y vuelve a su casa, tan confuso que se pregunta si es cierto que no sueña y si las calles que recorre y la luna que brilla existen realmente. Pero muy pronto sale de dudas sobre este punto ante la incontestable realidad de su mujer, a quien se encuentra con el gorro de dormir ya puesto, y que acaba de enviar a Guster a la policía para dar parte de la desaparición del señor Snagsby después de haber pasado dos horas muerta de ansiedad. Pero, como dice sentidamente la mujercita, ¡vaya si se lo agradecen!

XXIII

Relato de Esther

Regresamos a la Casa lúgubre después de permanecer seis semanas en casa de Boythorn. Durante estas seis semanas, que transcurrieron agradablemente, estuvimos varias veces en los jardines, y, siempre que pasábamos por delante de la casita donde nos refugiamos el día de la tempestad, entrábamos para hablar con la mujer del guarda, pero no volvimos a ver a lady Dedlock más que los domingos, en la iglesia. Había muchos huéspedes en Chesney Wold, y a pesar de las caras bonitas que rodeaban a milady, su aspecto me producía siempre el mismo efecto. No podría decir, ni aun ahora, si esta impresión era penosa o grata, si me sentía atraída hacia ella o experimentaba la necesidad de huir. Lo único que sé es que su presencia trasladaba mis pensamientos al pasado y volvía a encontrarme en los primeros años de mi vida.

Varias veces me pareció que yo ejercía en ella una influencia semejante, esto es, que compartía, al mirarme, la emoción extraña que hacía nacer en mí, pero, al verla tan tranquila y altiva, esa idea me parecía absurda. Entonces me reprendía por mi debilidad y hacía esfuerzos por dominar mi emoción.

He de mencionar ahora un incidente de poca importancia que ocurrió durante nuestra estancia en casa del señor Boythorn.

Estaba paseando por los jardines con Ada cuando vinieron a decirme que una persona deseaba hablarme. Pasé inmediatamente al comedor, en donde la visita me esperaba, y allí me encontré a la doncella de milady, aquella francesa que se había quitado los zapatos para andar sobre la hierba mojada el día de la tormenta.

—Señorita —me dijo deteniendo en mí su mirada penetrante, pero de forma agradable y hablando sin osadía y sin servilismo—, me he tomado la libertad de venir aquí esperando, dada su amabilidad, que se digne perdonarme, señorita.

—No tiene usted necesidad de pedir perdón alguno —repliqué—. Me han dicho que deseaba usted hablarme.

—Sí, señorita, y le doy las gracias por haberme recibido. Me permite usted que le diga el objeto que me trae, ¿verdad? —dijo rápida y espontáneamente.

—Con mucho gusto —respondí.

—¡Qué amable es usted! Pues bien, sepa usted que ya no estoy al servicio de milady. Nuestros caracteres no congeniaban. ¡Es tan orgullosa milady...! Perdone usted, señorita... tiene usted razón —dijo, adivinando mi pensamiento—. No tengo derecho a venir a quejarme de milady, pero ¡es tan orgullosa! No insistiré sobre esto, porque bien lo sabe todo el mundo.

—¿Cuál es el objeto de su visita? —dije.

—Es usted tan bondadosa como discreta, señorita. El objeto que me trae aquí es el siguiente: deseo entrar al servicio de una señorita buena, amable y bella como usted... ¡Ah, si tuviera la suerte de servirla!

—Lo siento mucho, pero... —empecé.

—No me despida aún, señorita, y permítame tener una esperanza, señorita —dijo frunciendo, involuntariamente, sus hermosas cejas—. Sé que la colocación será menos brillante que la que dejo, y que la vida que llevaré será más apartada, pero precisamente es esto lo que deseo. No ganaré tanto, ¿qué me importa? Pero seré más feliz.

—Le aseguro —le respondí, llena de confusión al pensar en emplear a una doncella así—, que mi posición no es para necesitar de sus servicios.

—Y ¿por qué no, cuando podría tener a alguien tan fiel que tendría un verdadero placer en servirla, que sería sincera, diligente y leal día tras día? Señorita, deseo con toda mi alma servirla. No me hable usted de dinero. Cójame tal como vengo, por nada.

Hablaba con una vehemencia tan singular que retrocedí, poco menos que asustada, pero ella no pareció advertirlo y continuó sus súplicas en voz baja y rápida y expresándose siempre con cierta gracia y hasta con elocuencia.

—Soy del mediodía de Francia, señorita, de un país en donde se ama y se odia con vehemencia. Milady era muy orgullosa para mí y yo lo era demasiado para ella. Tómeme usted a su servicio y tengo la seguridad de que quedará usted satisfecha. Haré por usted más de lo que puede imaginar... Acepte mis

servicios y no se arrepentirá.

Escuchó sin interrumpirme las explicaciones que le di en relación a la imposibilidad de emplearla a mi servicio (creí inútil confesarle que no lo deseaba), lo que pareció traer ante mí a alguna mujer llegada de las calles del París del Terror.

Escuchó sin interrumpirme, y después dijo, con su bonito acento y con su tono más suave:

—Es decir, ¿que no puedo esperar otra contestación? Lo siento vivamente. Iré a buscar en otra parte lo que no he encontrado aquí. ¿Me permitirá usted que le bese la mano?

Me miró con mucha atención, y pareció al tocarme la mano algo así como si tomara nota de todas las venas y rayas que había en ella.

—Supongo que la sorprendería el día de la tempestad —me dijo cuando se despedía.

Le confesé que realmente nos había sorprendido mucho.

—Es un juramento que me hice entonces a mí misma —respondió sonriendo—. Quise grabar aquel día en mi memoria para guardarlo fielmente, y cumpliré lo prometido. Adieu, señorita.

Así terminó aquella conversación, que no era ciertamente de mi gusto. Supongo que Hortense se marcharía enseguida, porque no volví a verla, y ningún otro incidente interrumpió nuestra grata estancia hasta el día en que volvimos a la Casa lúgubre, después de seis semanas de ausencia, como he dicho antes.

Richard venía a visitarnos regularmente. No solo llegaba el sábado por la tarde, o el domingo por la mañana, para no partir hasta el lunes, sino que se presentaba con frecuencia a caballo cuando menos lo esperábamos. Pasaba la noche en casa y volvía a partir al siguiente día. Animado y jovial como siempre, nos aseguraba que trabajaba mucho, lo cual no me satisfacía por completo, pues me temía que buena parte de su vehemencia se perdía en inútiles esfuerzos y que solo lo conduciría a alimentar ilusiones vanas acerca de aquel pleito, causa perniciosa de tantas penas y ruinas. Pretendía haber penetrado hasta el fondo de aquel misterio, y decía estar seguro de que en virtud del testamento Ada y él debían recibir no sé cuántos miles de libras esterlinas si quedaba algo de lógica o equidad en el Tribunal de la Cancillería (pero qué gran «si» resonaba en mis oídos) y que su feliz conclusión era que no podía retrasarse mucho más. Se lo probaba a sí mismo con todos los pesados argumentos que había leído al respecto, y cada uno de ellos lo sumía más profundamente en la obcecación. Empezaba a frecuentar la Cancillería y

nos contaba que veía en la audiencia a la señorita Flite, que se hablaban algunas veces, y que no podía menos que reírse de la manía de la pobre loca, pero que, al mismo tiempo, la compadecía con todo su corazón. No pensaba nunca (nunca, mi pobre, querido, optimista Richard, capaz de ser tan feliz entonces y con tantas cosas buenas ante sí) que estaba remachando un eslabón fatal entre la frescura de su juventud y su edad marchita, entre sus libres esperanzas y sus pájaros enjaulados, y su habitación hambrienta, y su mente confusa.

Pero Ada estaba demasiado enamorada para dudar de sus palabras y mi tutor, aunque se quejaba con frecuencia del viento de levante y solía permanecer solo en su cuarto más horas que antes, guardaba sobre este punto un silencio absoluto. Un día en que Caddy Jellyby me suplicó que fuera a verla a Londres, aproveché la ocasión para escribirle a Richard que me esperase en la estación de coches para hablar un rato. Fue a recibirme, en efecto, me dio el brazo y, cuando me fue posible darle a mi tono alguna gravedad, le pregunté:

—Bueno, Richard, ¿se siente más resuelto ahora?

—Sí, Esther —me respondió—. Trabajo mucho.

—Pero ¿está usted resuelto por completo?

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó con su sonrisa franca y animada.

—Pregunto si se ha resuelto ya a seguir la carrera.

—Sí, sí, trabajo mucho.

—Esto ya me lo ha dicho usted, Richard.

—¿Acaso no es suficiente? En fin, tal vez tenga usted razón. ¿Me pregunta si estoy completamente resuelto a ser abogado?

—Sí, Richard.

—No puedo decir que esté definitivamente resuelto —dijo Richard, enfatizando en «definitivamente» como si quisiera expresar la dificultad de ello—, porque me es imposible tomar una determinación definitiva hasta que haya terminado el pleito. Cuando digo el pleito, ya comprenderá usted que hablo del... asunto prohibido.

—¿Cree usted que terminará pronto? —pregunté.

—No me cabe la menor duda —afirmó Richard.

Después de algunos instantes de silencio, agregó:

—Querida Esther: la comprendo, y quisiera, con toda mi alma, ser más constante en mis deseos. No lo digo por Ada, pues cada día estoy más

enamorado. Me refiero a las resoluciones que tomo y que no mantengo, lo cual es para mí algo que no puedo definir, pero que con seguridad usted sabrá adivinar. Si fuera menos inconstante, me decidiría firmemente por el doctor Badger o por Kenge y Carboy, sería metódico y constante, no tendría deudas y...

—¿Tiene usted deudas, Richard?

—Algunas —dijo—. Me he aficionado mucho al billar y a otras diversiones. Ahora que he dejado escapar el secreto, ¿no me rechazará usted, Esther?

—¡Ya sabe usted que no!

—En tal caso, es usted más indulgente conmigo de lo que yo mismo lo soy. No puede usted figurarse cuánto lamento mi inconstancia. Pero ¿qué le voy a hacer? Si viviera usted en una casa que no estuviera terminada, no se resolvería a fijar su residencia en ella. Y mucho menos a dedicarse a una cosa si estuviera condenada a abandonarla antes de estar terminada. Esa es mi posición. He nacido en medio de las alternativas de ese pleito que empezó a hacerme inconstante antes de que supiera la diferencia que hay entre un vestido de mujer y una toga de abogado, y esta irresolución ha ido en aumento con los azares de la causa. A veces me creo un miserable por atreverme a querer a Ada, que es tan confiada y tan pura.

Estábamos en un paraje solitario, y prorrumpió en sollozos cuando dijo estas palabras.

—No se deje usted llevar por la tristeza. Tiene un corazón noble y el amor de Ada ha de constituir un estímulo y no un tormento.

—Ya lo sé, querida Esther —respondió agarrando mi brazo—. Estoy conmovido porque hace mucho tiempo que guardo esta pena en el corazón. Tenía grandes deseos de hablar con usted, de comunicarle mis dudas y remordimientos, pero no se presentaba una ocasión propicia o quizá no tenía valor para hacerlo. Sé todo lo que debería ser para mí el pensar en Ada, pero no me sirve de nada. Amo a mi prima apasionadamente y comprendo que falto a todos mis deberes hacia ella no haciendo lo que debo. Pero esto no puede durar. Lograremos un fallo favorable y entonces verá usted lo que soy capaz de hacer y haré por Ada.

Sentía el corazón muy apesadumbrado ante los sollozos y las lágrimas del pobre Richard. Pero todavía me afectó más la animación con que expresaba la esperanza que tenía puesta en el pleito fatal.

—He examinado detenidamente todos los autos —continuó, recobrando de nuevo la jovialidad—. Durante este tiempo no he hecho otra cosa y tengo la

seguridad de que triunfaremos. Cuanto más se hace esperar la conclusión, más probable es que nos aproximemos a un fallo definitivo. Todo se arreglará, y verá usted cómo cambiaré entonces.

Al recordar que acababa de poner a los señores Kenge y Carboy en la misma categoría que al señor Badger, y le pregunté cuándo tenía la intención de cerrar el contrato con Kenge y Carboy.

—No tengo tal intención —respondió, haciendo un esfuerzo—. Ya estoy harto de expedientes y autos. El pleito Jarndyce y Jarndyce, que me ha hecho trabajar como un condenado, no solamente ha templado mi entusiasmo por el Derecho, sino que ha puesto en evidencia que no tenía vocación para la carrera de abogado. Por otra parte, contribuye a aumentar mi irresolución el hallarme constantemente cerca de la escena donde se debaten nuestros intereses. Así pues —continuó con un tono lleno de seguridad—, ¿qué carrera dirá usted que he elegido, por fin?

—No lo sé... —dije.

—No me mire con esa gravedad, querida Esther. Lo he pensado bien y creo que es lo mejor que puedo hacer. Este pleito acabará algún día y entonces yo no necesitaré lucrarme con ninguna carrera. Esta no ha de representar para mí nada esencial y por la misma razón he de escoger algo que sea para mí provisional. ¿No lo adivina usted, Esther?

Hice una señal de negación.

—¡Cómo! —dijo Richard, sorprendido—. ¿No adivina usted que quiero entrar en el ejército?

—¡En el ejército! —respondí.

—Sí. ¿Qué se necesita para entrar? Ir y decir «aquí estoy» —dijo Richard.

Entonces me mostró, sacando la cartera para demostrar sus razones con números, que suponiendo que hubiese contraído ya deudas por doscientas libras esterlinas en seis meses fuera del ejército, deudas a las que no habría lugar siendo oficial, porque estaba resuelto a no contraerlas, eso equivalía a un ahorro de cuatrocientas libras al año y de dos mil en cinco años, lo cual era ya una suma respetable. Me habló después con tanta sinceridad del sacrificio que hacía alejándose de Ada y del anhelo con que aspiraba a asegurar un feliz porvenir a aquella angelical criatura, del esmero que pondría en vencer sus defectos, en adquirir la constancia y la determinación de las que carecía y, finalmente, en hacerse digno de su amor, que me causó una amarguísima pena, porque preveía cómo iba a terminar todo y era bastante evidente que su carácter había recibido ya la influencia fatal del pleito que tantas lágrimas y desgracias había causado.

Le contesté con toda la sinceridad que sentía, y con toda la esperanza que entonces no podía sentir, y le supliqué, por amor a Ada, que no pusiera todas sus esperanzas en la Cancillería. Aprobó todas mis palabras, vituperó al Tribunal con su verbosidad característica, y trazó el más brillante cuadro de las resoluciones que iba a tomar ponderando lo que llegaría a ser algún día cuando aquel terrible proceso se resolviera. Nuestra conversación duró largo rato recayendo siempre sobre aquella misma idea.

Llegamos, por fin, a Soho Square, donde me había citado Caddy Jellyby por ser de un lugar tranquilo vecino a Newman Street. Estaba en el jardín y corrió hacia mí en cuanto me vio. Después de las primeras palabras de cumplido, Richard se despidió y nos dejó solas.

—Prince tiene una alumna enfrente de aquí y he obtenido la llave del jardín para nosotras —me dijo enseguida Caddy—. Si quiere dar un paseo, cerraré la puerta y podremos hablar con entera libertad, porque necesito pedirle consejo.

—Entremos —le respondí.

Caddy cerró la puerta después de darme un beso, me ofreció el brazo y nos paseamos tranquilamente por el jardín.

—¿Sabe, Esther? Como usted me dijo —continuó— que haría muy mal en casarme sin hablar con mamá y sin revelarles que el señor Turveydrop deseaba obtener mi mano, aunque estoy convencida de que me hará muy poco caso, le he dicho a Prince lo que usted opinaba sobre este asunto, en primer lugar, porque deseo seguir su consejo, y en segundo lugar, porque no tengo secretos para él.

—Me imagino que será del mismo parecer, Caddy.

—Desde luego. Aprueba además todo lo que usted dice, porque no puede figurarse la opinión que ha formado de usted. Otra, en mi lugar, estaría celosa —dijo, riendo y moviendo la cabeza con malicia—. Pero, en cambio, me agrada muchísimo por ser usted la primera amiga que he tenido y la mejor que podré encontrar en mi vida.

—Querida Caddy, me parece muy halagador eso que me dice. Pero ¿qué es lo que quería usted decirme?

—Prince y yo hemos hablado mucho de usted —añadió, cruzando las manos sobre mi brazo, con un gesto de confianza—. «Puesto que la señorita Summerson», le he dicho a Prince...

—¡Espero que no dijera «la señorita Summerson»!

—¡No, no lo hice! —exclamó Caddy, muy complacida y con su cara más radiante—. Dije «Esther». Le dije a Prince: «Puesto que Esther me lo

aconseja, estoy decidida a revelárselo todo a mamá cuando tú lo juzgues oportuno, y creo que Esther opina, asimismo, que mi posición sería mejor y más sincera si tú, por tu parte, se lo comunicases también al señor Turveydrop».

—Exacto, Caddy —le respondí—, esa es mi opinión.

—¡Así que tenía razón, ya se ve! —exclamó Caddy—. Pero Prince se puso nervioso al oírme, no porque le entren dudas, sino porque respeta mucho a su padre y teme que, cuando le dé esta noticia el señor Turveydrop, se desmaye o le dé un ataque al corazón. Teme que su padre vea en esto un acto de irreverencia y se lleve un disgusto, porque el señor Turveydrop, como ya sabe usted, es persona con una enorme presencia y de una sensibilidad muy exquisita.

—¿Lo es?

—¡Oh! Es extremadamente sensible. Así lo dice Prince. Eso ha dejado a mi hijito... No quería usar esa expresión delante de usted —se disculpó Caddy con la cara teñida de rojo—, pero normalmente llamo a Prince mi hijito.

Me reí, y también se rio Caddy, y se ruborizó, y continuó:

—Eso lo ha dejado, Esther...

—¿Dejado a quién, hija?

—¡Qué mala es! —dijo Caddy riéndose con su bonito rostro encendido—. ¡A mi hijito, ya que insiste! Lo ha dejado muy inquieto. Decididamente no se atreve y, día tras día, ha ido aplazando su conversación con el señor Turveydrop. Finalmente me dijo ayer: «si pudieras conseguir que la señorita Summerson, que ejerce una gran influencia sobre mi padre, se dignase estar presente cuando le hable, me parece que tendría más valor para hacerlo». Le prometí que se lo propondría a usted y... —dijo Caddy, mirándome esperanzada pero con timidez— que le propondría, además, que me ayudara a decírselo a mi madre. Esto es lo que tenía que pedirle y, si lo hiciera, amiga mía, le quedaría muy agradecida.

—Vamos a ver, Caddy —dije fingiendo que me lo estaba pensando—. Haría mucho más para complacerla —le contesté—. Disponga de mí para cuanto guste.

Caddy manifestó un intenso júbilo oyendo mi contestación, porque la más insignificante muestra de benevolencia o de afecto impresionaban su noble y generoso corazón. Dimos otra vuelta por el jardín, se puso unos guantes nuevos para presentarse dignamente ante el maestro de la presencia, y nos dirigimos a Newman Street.

Encontramos a Prince enseñando a bailar a una niña de muy pocas

condiciones, con cara de estúpida, de voz ronca y algo contrahecha. La acompañaba una madre estricta, que parecía poco satisfecha con los lentos progresos de su hija, cuyas pocas gracias y torpe inteligencia aumentaban con la confusión que le causó nuestra llegada a su profesor. Terminada la lección, la niña se cambió de calzado, se cubrió con un gran chal y salió con su madre. Cruzamos entonces algunas palabras preparatorias, y fuimos en busca del señor Turveydrop, a quien encontramos con su sombrero y sus guantes en el sofá de su cuarto, la única habitación cómoda y decente que había en la casa. Acababa de vestirse antes de almorzar, y se veían aún, y había desperdigados a su alrededor su neceser, cepillos y demás, todo ello de gran clase.

—Padre, la señorita Summerson y la señorita Jellyby.

—¡Encantado! ¡Dichoso! —dijo el caballero, levantándose con una reverencia de hombro alzado—. ¡Permítanme! —acercándonos unas sillas—. ¡Tomen asiento! —besando las puntas de sus dedos—. ¡Estoy contentísimo! —añadió, entornando los ojos—. Mi humilde retiro se convierte en un paraíso con su presencia —recomponiéndose en el sofá como segundo caballero de Europa—. Henos aquí de nuevo, señorita Summerson, ejerciendo nuestro humilde arte de pulir y pulir. De nuevo el bello sexo nos favorece y recompensa condescendiendo con su encantadora presencia. En la época actual, hemos degenerado mucho desde la era en que brillaba Su Alteza Real, el Príncipe Regente, mi noble modelo (si así puedo expresarme). Sí, en estos tiempos prosaicos, somos muy pocos los que podemos mantener en alto el pabellón del arte y de la distinción, y lo inclinamos, con gusto, ante la sonrisa de la belleza.

Me pareció que el silencio era la respuesta más oportuna en semejante caso, y el caballero aspiró rapé de su caja de oro, con toda la gracia imaginable.

—Hijo mío —dijo el señor Turveydrop—, tienes cuatro lecciones esta tarde, y te recomiendo que antes tomes un bocado con toda celeridad.

—Gracias, padre —replicó Prince—. No faltaré a mi obligación. Pero quisiera pedirle que se preparase a oír algo muy importante.

—¡Cielos! —exclamó con terror el prototipo de la elegancia cuando vio a Prince y a Caddy inclinarse ante él, cogidos de la mano—. ¿Qué significa esto? ¿Os habéis vuelto locos?

—Padre, amo a esta señorita y estamos prometidos —respondió Prince, con respetuosa sumisión.

—¿Prometidos? —dijo el señor Turveydrop, apoyándose en el sofá y llevándose la mano a los ojos—. ¡Oh! Hijo mío, si supieras ¡qué herida has abierto en mi corazón!

—Hace ya algún tiempo que nos queremos —balbuceó Prince—, y la señorita Summerson nos ha dado el consejo de que se lo comunicásemos a usted. Y en su bondad ha llegado hasta el extremo de unirse a nosotros en esta ocasión. La señorita Jellyby lo quiere a usted, padre mío, y lo respeta.

El señor Turveydrop exhaló un prolongado gemido, y prorrumpió en sollozos.

—¡Padre mío! ¡No se aflija usted de ese modo!

—Hijo —dijo el señor Turveydrop—, es una suerte que tu madre no haya recibido este golpe tan terrible. ¡Hiere, hiere mi corazón, sin piedad!

—¡Padre, no hable usted así! —imploró Prince llorando—. Me hiere profundamente. Nuestra intención es, antes que nada, pensar en su bienestar. Caddy y yo haremos todo lo posible para que sea usted feliz. Es nuestro deber y no lo olvidaremos. Nos hemos prometido muchas veces que si consiente usted, padre mío, no tendremos otra preocupación que hacerle agradable la vida.

—¡Herido en el corazón! —murmuró el caballero, que pareció, sin embargo, prestar atención a las palabras de su hijo.

—Padre, ya sabemos que está usted acostumbrado a las comodidades, y no olvidamos el bienestar al que tiene usted derecho. Nuestro único pensamiento será procurarle ese bienestar por todos los medios que estén a nuestro alcance, y tendremos el orgullo de verlo a usted feliz. Si se digna usted darnos su consentimiento, esperaremos, sin quejarnos, que fije usted mismo la época de nuestro enlace, y, cuando estemos casados, continuará siendo usted el principal objeto de nuestros desvelos y el señor de esta casa. Tendríamos que ser personas muy desnaturalizadas para faltar a este deber y para no hacer cuanto de nosotros dependa por agradarle y servirlo.

El señor Turveydrop pareció mantener en su interior un violento combate.

Pocos momentos después, se levantó, de pronto, del sofá, con las mejillas hinchadas y el corbatín estirado, modelo perfecto de presencia paterna, y dijo:

—¡Prince, no puedo resistirme más a tus súplicas! ¡Hijos míos, sed felices!

No he visto nada tan confuso como la benevolencia con que levantó a Caddy y le tendió la mano a su hijo, que se apresuró a besársela con tanto afecto como respeto y cariño.

—Hijos míos —continuó, apoyando la mano derecha sobre la cadera y pasando paternalmente el brazo izquierdo en torno de la cintura de Caroline, a quien hizo sentar a su lado—, hijos míos, vuestra dicha será mi único propósito. Velaré por vosotros, viviréis conmigo —quería decir: «Viviré con vosotros»—, no nos separaremos jamás; esta casa será en adelante la vuestra,

y ¡ojalá podamos disfrutarla muchos años!

La actitud elegante y aristocrática del caballero ejerció en los novios una influencia tan poderosa que se quedaron abrumados bajo el peso de su gratitud, como si, en vez de tener que mantenerle todo el resto de su vida, el elegante caballero hubiera hecho, por el contrario, los mayores sacrificios en su favor.

—He llegado, hijos míos —dijo el señor Turveydrop—, a la estación en que empiezan a marchitarse las hojas, y es imposible prever cuánto tiempo se mantendrán en un ser que declina hacia la vejez las últimas huellas de la buena presencia, la elegancia y la distinción. Pero, mientras me lo permitan, cumpliré con mi deber para con la sociedad y me presentaré como de costumbre en los sitios más concurridos. Mis necesidades se reducen a algunos objetos indispensables para mi tocador, mis comidas frugales, y eso es todo cuanto pretendo conservar. Confío en que vuestro cariño y vuestro sentimiento del deber sabrán atender estas necesidades. Ya me encargaré yo de lo demás.

Los dos novios quedaron nuevamente abrumados bajo el peso de tanta generosidad.

—En cuanto a las ventajas de las que careces, hijo mío —dijo el señor Turveydrop—, en cuanto a la conservación de la presencia, don precioso que el hombre recibe de la naturaleza, que se puede desarrollar cultivándolo, pero que no se puede crear donde no existe, cuenta conmigo, hijo mío. He permanecido fiel a mi puesto desde la época en que vivía Su Alteza Real el Príncipe Regente, y puedes estar seguro de que no desertaré jamás. No, hijo mío. Si has contemplado alguna vez la humilde posición de tu padre con orgullo, puedes estar seguro de que no hará nada que la empañe. Por tu parte, Prince, cuya naturaleza es tan diferente de la mía (pues todos los hombres no pueden parecerse y sería una desgracia lo contrario), trabaja, sé activo y laborioso, gana dinero y multiplica tus relaciones para aumentar el número de tus alumnos: sigue tu camino.

—Puede usted estar seguro, padre, de que haré cuanto de mí dependa —replicó Prince.

—No lo dudo —continuó el señor Turveydrop—, tus cualidades no son muy brillantes, pero son sólidas. Hijos míos, solo me resta decir dos palabras en nombre de la santa mujer en cuya senda tuve la dicha de hacer brillar un rayo luminoso: ¡recordad sin cesar las exigencias del establecimiento, no olvidéis mis necesidades y que el cielo bendiga vuestra felicidad!

El señor Turveydrop desplegó, después de este discurso, tal elegancia en atención a las circunstancias que me apresuré a recordarle a Caroline que sería

muy oportuno ir en el acto a Thavies Inn si queríamos aprovechar para ello mi permanencia en Londres.

Por consiguiente, salimos después de una tierna despedida entre los dos prometidos y, durante todo el trayecto que tuvimos que recorrer, Caddy se mostró tan contenta y tan llena de admiración por el señor Turveydrop que por nada en el mundo me hubiera atrevido a decir ni una palabra que pudiera atenuar la opinión que se había formado.

La casa de Thavies Inn tenía carteles en las ventanas en los que se anunciaba que se alquilaba, y me pareció más sombría y sucia que nunca. El nombre del señor Jellyby había figurado en la lista de los declarados en quiebra dos o tres días antes, y lo encontramos en el comedor, donde se había encerrado con dos señores, un montón de sacos azules de papeles y de libros de contabilidad, y hacía esfuerzos desesperados para desembrollar el caos de sus negocios. Me pareció que estaban mucho más allá de su comprensión, porque cuando Caddy me llevó dentro del comedor por error y nos encontramos con el señor Jellyby con sus lentes, tristemente arrinconado entre la gran mesa de comer y los dos caballeros, parecía haberlo abandonado todo y estar inconsciente y estupefacto.

Los niños gritaban en la cocina, donde estaban solos.

Subimos al cuarto de la señora Jellyby. Como de costumbre, la señora Jellyby se hallaba en medio de una montaña de cartas, cuyos sobres rotos cubrían el suelo, y, estaba tan absorta en su trabajo que no me conoció al principio, aunque dirigió hacia mí la vaga mirada de sus brillantes ojos.

—Señorita Summerson —dijo, por fin—, perdóneme usted, ¡estaba tan lejos de pensar en el placer de verla! ¿Puedo suponer que se encuentra bien, así como el señor Jarndyce y la señorita Ada?

Yo le contesté diciendo que igualmente confiaba en que se encontrara bien el señor Jellyby.

—No, querida, no está muy bien —respondió, con la mayor calma—. Ha sido desafortunado en los negocios y se encuentra muy abatido. Afortunadamente, estoy muy ocupada como para pensar en esa desgracia. Tenemos ahora ciento setenta familias de cinco personas cada una, por término medio, que van a partir para la orilla izquierda del Níger.

Pensé a mi pesar en la familia que permanecía a su lado y no pude explicarme la tranquilidad de ánimo de la señora Jellyby.

—Me ha traído a Caddy, según veo —dijo lanzando una enigmática mirada a su hija—. Su presencia es ahora una excepción. Ha abandonado casi completamente su trabajo y me ha obligado a emplear a un chico.

—Pero, mamá... —empezó a decir Caddy.

—Ya sabes, Caddy —añadió su madre interrumpiéndola con dulzura—, que he tomado un secretario (ha salido para ir a comer). ¿Por qué tienes que contradecirme?

—Mamá, no quise contradecirla, pero supongo que usted no pretendería convertirme en una mera copista toda la vida.

—Hija mía —dijo la señora Jellyby continuando su tarea de abrir cartas y mirando en torno suyo con expresión tranquila y risueña—, tenías en tu madre un ejemplo que te hubiera inspirado afición al trabajo y a los asuntos serios y trascendentales. ¡Una mera copista! Si hubieses tenido la menor solidaridad con los destinos de la humanidad, no rebajarías de ese modo el cargo que te había conferido. Pero te he dicho muchas veces, Caddy, que careces completamente de solidaridad.

—¡Oh! Tiene usted razón, mamá. No siento grandes simpatías por África.

—Lo sé muy bien, y, si no fuera porque estoy tan ocupada, señorita Summerson —dijo la señora Jellyby mirándome con dulzura por un momento, mientras pensaba dónde poner la carta particular que acababa de abrir—, eso sería para mí un motivo de pesar y humillación. Pero, afortunadamente, tengo que pensar en tantas cosas en relación con Borriboola-Gha, que ni tiempo me queda para pensar en mis propios disgustos.

Caddy volvió hacia mí una mirada suplicante, y mientras su madre contemplaba a lo lejos África, por encima de mi sombrero y de toda mi persona, a la que parecía mirar sin ver, aproveché esta oportunidad para exponerle el objeto de mi visita.

—Tal vez se asombrará usted —le dije a la señora Jellyby— cuando sepa el motivo por el cual he venido a interrumpirla.

—Siempre tengo muchísimo gusto en verla, señorita Summerson —respondió continuando con el examen de su correspondencia—. Lo único que desearía es que se tomase usted más interés por nuestro proyecto de Borriboola-Gha.

—He acompañado a Caddy —continuó— porque he creído que podría ayudarla a hacerle la confidencia que quisiera hacerle a usted hoy.

—Alguna necesidad, probablemente —dijo la señora Jellyby sin interrumpir su tarea.

Caddy se quitó el sombrero y dijo muy animada:

—Hay un joven que desea casarse conmigo, mamá.

—¡Casarse contigo! —respondió la señora Jellyby distraídamente mientras

leía la carta que tenía en la mano—. ¡Menuda ocurrencia!

—Sí, mamá, y voy a casarme con el señor Turveydrop, de la academia —continuó Caddy, entre sollozos—. Su padre, que es un caballero muy distinguido, nos ha dado su consentimiento, y espero que nos dé usted el suyo, porque sería muy desgraciada si me lo negase. ¡Ay, sí! ¡Muy desgraciada! —añadió la pobre Caddy, que olvidaba sus humillaciones para no acordarse más que de su cariño.

—Ya ve usted, señorita Summerson —respondió la señora Jellyby con serenidad—, qué suerte tengo de estar tan ocupada y de estar completamente absorta en mis asuntos. He aquí a mi hija que se casa con el hijo de un maestro de baile, que se emparenta con gentes que no se preocupan, en absoluto, de los destinos de la humanidad, mientras que el señor Quale, uno de los primeros filántropos de nuestra época, me ha declarado sin lugar a dudas que se interesa por ella.

—Siempre he odiado al señor Quale, mamá.

—¡Caddy, Caddy! ¿Y cómo ibas a amarlo —dijo la señora Jellyby abriendo una carta con la mayor serenidad—, estando totalmente desprovista de los sentimientos generosos que rebosan en él? ¡Ah! Si mis deberes hacia la humanidad no llenasen mi corazón, si no estuviera ocupada en tan grandes cuestiones y tan completamente absorta en ellas, estos detalles mezquinos podrían afligirme, señorita Summerson. Pero ¿he de permitir que la necedad de mi hija (necedad que no me sorprende en ella) venga a interponerse entre el gran continente africano y yo? No, no —repitió la señora Jellyby con voz tranquila y abriendo cartas con una agradable sonrisa—, no, por mi vida que no.

Estaba yo tan poco preparada para encontrar esta indiferencia en una madre que no supe qué contestar. Por su parte, la pobre Caroline no parecía menos asombrada, mientras que la señora Jellyby continuaba abriendo sus cartas, y repetía, de vez en cuando, con voz apacible y con una sonrisa llena de dulzura: «¡No, no, de ningún modo!».

—¿No estará usted enfadada conmigo? —dijo, por fin, la pobre Caddy llorando.

—Es preciso ser muy estúpida para hacerme semejante pregunta, Caddy, sabiendo lo ocupada que estoy.

—¿No nos dará usted su aprobación y no nos deseará nuestra felicidad? —añadió Caddy con tono suplicante.

—Has sido una tonta en comprometer así tu porvenir, hija desnaturalizada, cuando te era tan fácil educarte en las grandes obras del bien común. Pero ya

no hay remedio, pues he tomado un secretario y no te necesito. Retírate —dijo apartando a su hija, que iba a abrazarla—, no me estorbes. Tengo que leer aún todas estas cartas antes de que llegue el próximo correo.

Iba a retirarme cuando me detuvieron estas palabras de Caddy:

—¿Me permitirá usted que se lo presente, mamá?

—¿Vuelves a importunarme? —dijo la señora Jellyby, que se hallaba otra vez abismada en su contemplación del Níger—. ¿A quién me has de presentar?

—A él, mamá.

—¡Caddy, Caddy! —dijo la señora Jellyby, cansada de oír hablar de un asunto de tan poca importancia—. Preséntamelo si quieres una noche en que no tenga junta de la Sociedad de Padres ni la de Ramificación ni de cualquier otra asociación. Elige el día teniendo en cuenta mis ocupaciones. Es usted demasiado condescendiente, señorita Summerson, haciendo caso a esta cabeza loca. Adiós, señorita, sepa usted que esta mañana he recibido cincuenta y ocho cartas de distintas familias que me piden pormenores sobre el cultivo del café en África y sobre los indígenas de Borrioboola-Gha. Comprenderá que no me sobra tiempo para semejantes absurdos.

Me despedí entonces y no me sorprendió ver llorar a Caddy cuando salimos del cuarto mientras me decía que hubiera preferido una regañina a aquella indiferencia. Me confesó que tenía tan pocas pertenencias que no sabía cómo lo haría para presentarse con decencia el día de su matrimonio, y la consolé exponiéndole todo el bien que podría hacer por su desgraciado padre y por Peepy cuando estuviera en su casa. Bajamos a la cocina, donde los niños se arrastraban por el suelo, y fueron tales las demostraciones de cariño con que me recibieron que me vi obligada a contarles un cuento para apaciguarlos y sacar mi vestido sin manchas o desgarros. De vez en cuando, llegaba hasta nosotros un rumor de voces, y los muebles, que se movían con violencia en el comedor, me hacían temer que el pobre señor Jellyby se arrojara por la ventana para buscar, en otra parte, la solución de unos negocios que ya no tenían solución.

Al volver por la noche a casa, después de ese día de emociones, pensé en el matrimonio de Caddy y me convencí de que, a pesar del viejo señor Turveydrop, sería mejor para ella y más feliz. Y si no parecía que hubiese sino una escasa posibilidad de que su marido y ella se diesen cuenta de lo que era realmente el ejemplo de presencia, ¿por qué iba a ser después de todo mejor para ellos? Y ¿quién deseaba que fuesen más conscientes? Yo no se lo deseaba y en realidad yo misma me sentía medio avergonzada por no creer en él del todo. Y pensé, mirando a las estrellas, en los que recorrían lejanos mares. Le pedí entonces al cielo la dicha de poder serles útil a mis amigos en la medida

en que mis fuerzas me lo permitiesen.

Cuando llegué a la quinta, se alegraron tanto de verme y me demostraron tanto interés que hubiera llorado de alegría de no haber temido entristecerlos.

En la casa, todos, desde el primero al último, me hicieron una acogida tan cariñosa y se esmeraron tanto en complacerme que me sentí verdaderamente feliz.

Nos pasamos toda la velada hablando. Tenía tanto que contar sobre el matrimonio de Caddy que cuando me retiré a mi cuarto casi me avergoncé de mi excesiva locuacidad.

Estaba pensando en lo que había dicho, cuando oí un golpe discreto en la puerta y vi entrar a una muchacha vestida de luto que me hizo una reverencia.

—Soy Charley, para servirla —me dijo, con voz llena de dulzura.

—Tú, ¡aquí! —exclamé, abrazándola—. Pero ¿cómo ha sido esto?

—Soy su doncella, señorita.

—¡Cómo!

—Es un regalo que le hace a usted el señor Jarndyce.

Cogí una silla, y rodeé con el brazo el cuello de Charley.

—¡Si usted supiera, señorita! —dijo palmoteando mientras corrían lágrimas por sus frescas mejillas—. Tom está en la escuela, donde estudia mucho. Emma está en casa de la señora Blinder, que es muy bondadosa con ella. Y yo estaría aquí hace ya mucho tiempo si el señor Jarndyce no hubiese dicho que era preciso acostumbrarnos poco a poco a vivir separados, ¡porque Emma y Tom son tan niños! El señor Jarndyce, que me pone a su servicio, cree que se tomará usted la molestia de enseñarme todo lo que es preciso que aprenda y me ha dicho que vería a mis hermanitos una vez al mes. Estoy tan contenta y tan agradecida, señorita, que haré todos los esfuerzos posibles para devolver como debo el favor que he recibido.

—No olvides nunca tanta bondad, Charley.

—No, señorita, nunca, ni tampoco la olvidarán Tom y Emma. Usted ha sido la causa de todo.

—Ni siquiera lo sabía, Charley. A quien se lo debes todo no es a mí, sino al señor Jarndyce.

—Sí, pero es por usted, y para que sea usted mi señorita. Esté usted segura de que Tom y yo no lo olvidaremos.

Charley se secó los ojos y retomó sus funciones, a su manera de pequeña

matrona, entrando y saliendo, doblando cuidadosamente todo cuanto veía, y atenta a mis menores indicaciones.

No pude contener las lágrimas al pensar en la bondad de mi tutor.

—No llore, señorita —me dijo Charley.

—No puedo menos que llorar —le respondí.

—Ni yo tampoco —dijo mi linda doncella.

Pero las dos llorábamos, no de pena, sino de alegría.

XXIV

Un caso de apelación

Richard se sinceró con mi tutor poco tiempo después de la conversación que mantuvimos. El señor Jarndyce se mostró hondamente apenado, pero al parecer no le sorprendió aquella nueva confesión. Ambos celebraron largas conversaciones sobre el asunto, pasaron días enteros en Londres, estuvieron más de cien veces en casa del señor Kenge y tropezaron con una infinidad de dificultades desagradables. Durante aquellos días, aunque le molestó mucho el viento de levante, mi tutor estuvo tan amable y cariñoso como de costumbre con Ada y conmigo, pero guardó la más absoluta reserva sobre el particular. Lo único que pudimos conseguir fue la promesa que nos hizo Richard de que todo se arreglaría satisfactoriamente. Ello, no obstante, no logró tranquilizarnos.

Supimos que había sido presentado un nuevo recurso al lord Canciller, pues Richard era pupilo del Tribunal, y que el respetable magistrado había aprovechado aquella oportunidad para hacer en plena audiencia una descripción de Richard a quien presentó como un joven caprichoso de quien no se sacaría jamás partido. Este incidente fue aplazado de semana en semana, y dio lugar a tantos recursos que el mismo Richard llegó a decirnos que, si algún día conseguía entrar en el ejército, sería como veterano después de los setenta años.

Finalmente, se le citó al despacho privado del gran Canciller, donde milord lo acusó severamente de inconstante y de malgastar inútilmente el tiempo.

—¿Verdad que es muy gracioso —nos dijo Richard— que hablen esas gentes de perder el tiempo?

Sin embargo, se accedió a su instancia, su nombre fue inscrito en la oficialidad de los guardias de caballería para obtener plaza de alférez, y se

depositó el precio del nombramiento ante un agente.

Richard, siguiendo su manera habitual de proceder, se dedicó con ahínco a los estudios militares de la carrera de las armas, y se levantaba a las cinco de la mañana para ejercitarse en el manejo del sable.

De esta forma, sucedieron las vacaciones a las sesiones del Tribunal, y las sesiones a las vacaciones. Oíamos decir, de vez en cuando, que el pleito Jarndyce había sido llamado a vista, suspendido, llamado nuevamente o aplazado, sin que se resolviese nada en definitiva. Richard, que estaba entonces en casa de un profesor en Londres, no venía a vernos con tanta frecuencia. Mi tutor mantenía siempre la misma reserva. Pasaban las semanas y los meses y Richard recibió, por fin, la orden de incorporarse a su regimiento, que se hallaba en Irlanda.

Vino una noche con mucha prisa a darnos esta noticia, y tuvo una larga conversación con el señor Jarndyce. Transcurrió más de una hora antes de que mi tutor nos suplicara que pasáramos a su despacho, y nos encontramos allí a Richard, al que habíamos dejado lleno de animación, apoyado contra la chimenea, con expresión triste y abatida.

—Richard y yo, Ada, no somos del mismo parecer —dijo el señor Jarndyce—. ¡Vamos, Richard, sonríe y quita ese gesto adusto!

—Ha estado usted muy severo conmigo, señor —respondió este— y me duele doblemente porque siempre había sido indulgente conmigo y hasta hoy me había tratado con una bondad que era muy de agradecer. Comprendo, sin embargo, que sin el apoyo de usted me hubiese sido imposible salir del paso.

—Bien, bien... —dijo el señor Jarndyce—. Lo importante no es mi apoyo, sino que llegues a ponerte de acuerdo contigo mismo.

—Perdone usted, señor, si le digo —añadió Richard con una mezcla de orgullo y respeto— que creo ser el mejor juez de lo que me atañe personalmente.

—Perdóname tú también, querido Richard —replicó el señor Jarndyce con dulzura y buen humor—, si te hago observar que es natural que pienses así, pero no es menos natural que mi opinión sea completamente contraria a la tuya. Así pues, Richard, cumpliré con mi deber y, cuando más adelante juzgues desapasionadamente los hechos, estoy seguro de que te avendrás a darme la razón. El tiempo decidirá.

Ada se puso tan pálida al oír estas palabras que mi tutor la hizo sentarse en un sillón y ocupó una silla a su lado.

—No es nada, hija mía —le dijo—. No ha sido más que una pequeña discusión que deseamos someter a tu veredicto porque tú eres el asunto

principal de ella. No te alarmes, hija mía. Concédenos un minuto de atención y le ruego a Esther que quiera hacer otro tanto. No habrás olvidado la conversación que tuvimos los cuatro cuando Esther me dijo que os queríais.

—Es imposible que Richard y yo lo hayamos olvidado, primo John.

—Tiene razón —dijo Richard.

—Siendo así nos entenderemos más fácilmente. Ada, hija querida, ya sabes que Richard ha elegido, definitivamente, la carrera que quiere seguir. Todo lo que le queda de su pequeña fortuna va a quedar absorbido por los gastos de su equipo y, como va a apostar todo a esa carta, no tendrá más remedio que ser constante en su última resolución.

—Es verdad —dijo Richard— que he gastado todo cuanto poseía, pero confío, además, en la fortuna que me corresponderá por derecho de herencia.

—¡Richard! —exclamó el señor Jarndyce con súbita inquietud y voz alterada—, ¡en nombre del cielo no esperes nada de lo que ha sido siempre una maldición para la familia! Cualquiera que sea el camino que sigas en el mundo, aparta la mirada del horrible fantasma que te está tentando. ¡Antes la miseria, antes la muerte que alimentar esa quimera!

El tono conmovedor con que el señor Jarndyce pronunció estas palabras hizo que nos estremeciésemos todos. Richard se mordió los labios, contuvo el aliento y me miró confundido, porque conocía bien mi forma de pensar.

—Querida Ada —continuó el señor Jarndyce recobrando su dulzura—, estos son consejos sólidos, pero vivo en una Casa lúgubre y he vislumbrado algo de ella aquí. Basta de eso. Todo el porvenir de Richard depende, pues, de la nueva carrera que abraza desde hoy y, por el amor que os tengo a los dos, le he suplicado que os despidáis con la idea de que no existe compromiso alguno entre vosotros. Es más: os confiasteis a mi cariño, libremente, y ello me obliga a hablaros con franqueza: olvidad por ahora todo lazo que no sea el del parentesco.

—Tanto valdría declarar en el acto, señor —respondió Richard—, que no le inspiro la menor confianza, y aconsejarle a mi prima que haga la misma declaración.

—No lo haré, Richard, porque no pienso tal cosa.

—Confieso que he empezado mal, señor, y tiene usted razón en desconfiar de mí.

—Ya te dije, Richard, la última vez que hablamos de eso lo que había esperado siempre de tus primeras decisiones —le dijo el señor Jarndyce con expresión benévola—. Pero ha llegado el día de pensar formalmente en tu porvenir y creo que no destruirás nuestra última esperanza. Sin embargo,

estimo prudente que esa nueva prueba se realice sin ser otra cosa más que el primo de Ada. Una vez sea firme tu posición, ya pensaremos en estrechar vuestros vínculos y únicamente entonces tendrás derecho a ello.

—Es usted muy cruel conmigo, señor. Más cruel de lo que usted se figura.

—Hijo mío, lo soy conmigo al causarte este dolor. Por lo demás, tu destino está en tus manos. Ada, es preferible para él que no exista entre vosotros un compromiso prematuro y también lo es para ella, Richard. ¡Vamos! Espero que se imponga la reflexión y que, gracias a este sacrificio, sabréis haceros dignos el uno del otro.

—¿Por qué? —respondió precipitadamente Richard—. No nos habló usted así cuando le revelamos nuestro amor. No habló así entonces.

—Y desde entonces tengo más experiencia. No te culpo, Rick, pero desde entonces tengo más experiencia.

—Quiere decir conmigo, caballero.

—¡Vaya! Sí, con ambos —dijo el señor Jarndyce amablemente—. No te culpo, Richard, pero lo he pensado mejor. Sois muy jóvenes para contraer un compromiso tan serio. Olvidemos el pasado, queridos primos, volvamos la hoja y empezad a escribir de nuevo vuestra vida en la página en blanco que se presenta.

Richard dirigió una mirada inquieta hacia Ada.

—Había evitado hablaros de este asunto, así como a Esther —añadió el señor Jarndyce—, para que pudiéramos hablar hoy con más franqueza. Vuelvo a suplicaros que olvidéis lo pasado y que les confiéis al tiempo y a vuestra fidelidad la tarea de reuniros. Espero no tener que arrepentirme de haberos hecho vivir juntos en mi casa.

Siguió a estas palabras un largo intervalo de silencio.

—Primo Richard —dijo, al fin, Ada, mirándolo con ternura—, después de lo que acaba de decir el primo John no debemos vacilar. Puedes estar tranquilo en lo que a mí respecta. Me dejas al cuidado de un hombre que accede a todos mis deseos y cuya voluntad debe ser para mí una ley. Estoy segura, primo Richard —prosiguió algo confusa—, de que me quieres mucho... y no creo que puedas enamorarte de nadie más. Pero fija bien en tu memoria lo que voy a decirte porque lo que deseo ante todo es tu felicidad. Confía en mí, primo Richard, pensaré siempre en ti y le hablaré de ti a todas horas a Esther... ¿Pensarás tú alguna vez en mí? Y ahora —dijo tendiéndole su mano trémula—, ya no somos más que primos, Richard..., tal vez para siempre... Pero ocurra lo que ocurra, le rogaré a Dios para que seas feliz en cualquier parte en que te encuentres.

Me pareció muy extraño que Richard no le perdonara a mi tutor el haberse formado de su conducta la opinión que él mismo me había manifestado en términos mucho más duros. Y, sin embargo, observé con verdadera pena que desde aquel momento no trató al señor Jarndyce con la misma cordialidad que antes. En cuanto a mi tutor, sus sentimientos y sus maneras no cambiaron en lo más mínimo, y únicamente por parte de Richard apareció la frialdad, y se acentuó de día en día hasta el punto de separarlos completamente.

Los preparativos del viaje y las tareas que requirió su actividad fueron para Richard una distracción poderosa que le hizo olvidarse hasta de la pesadumbre que le causaba tener que separarse de su prima. Esta se había quedado en Hertfordshire mientras mi tutor y yo fuimos a pasar con él una semana en Londres.

Pensaba en ella a intervalos, prorrumpía en llanto y me confiaba todos los reproches que se dirigía entonces. Pero al cabo de algunos minutos forjaba quiméricos planes para el futuro que debían proporcionarle la felicidad y la riqueza, y recobraba todo su buen humor.

Fue una semana muy atareada. Yo le acompañaba desde la mañana hasta la noche para comprar una infinidad de cosas que necesitaba, y no hablo de las que hubiera comprado de no ser por mí, que lo contenía. Tenía plena confianza en mí y me hablaba de sus defectos con tanta franqueza, me comunicaba sus decisiones con tanto apasionamiento, y le daban tanto ánimo mis consejos, según me aseguraba, que hube de dar por bien empleadas aquellas andanzas.

En esa semana venía a casa para enseñarle el manejo de las armas a Richard un soldado licenciado que había servido en otro tiempo en la caballería. Era un hombre alto y fornido, de aspecto bonachón y de maneras francas que Richard había tenido ya por profesor. Había oído hablar tanto de él, no solo a Richard sino también al señor Jarndyce, que un día me trasladé con mis labores al cuarto donde lo recibía su discípulo.

—Buenos días, señor George —dijo mi tutor, que se hallaba conmigo cuando llegó el veterano—. Richard no tardará. Entretanto, la señorita Summerson estará encantada de conocerlo. Tenga usted la bondad de sentarse.

Cogió una silla algo desconcertado con mi presencia, y se pasó varias veces la mano sobre el bigote sin volver la cara hacia mi lado.

—Es usted tan puntual como el sol —le dijo el señor Jarndyce.

—La fuerza de la costumbre, caballero, porque no me priva de serlo el exceso de trabajo.

—Me han dicho que dirige usted un establecimiento muy reconocido —dijo el señor Jarndyce.

—Es una sala de armas de muy poca importancia.

—¿Y qué le parecen los adelantos del señor Carstone en los diferentes ejercicios que le enseña usted?

—No carece de capacidad —respondió cruzando los brazos sobre el pecho — y creo que haría grandes progresos si no fuese tan distraído, y sería muy bueno.

—¿No tiene afición por el manejo de las armas? —inquirió mi tutor.

—Al principio prestó mucha atención, pero duró poco. Tal vez tenga en la imaginación algún otro asunto que lo distrae, alguna joven quizá —añadió el señor George mirándome por primera vez.

—No se queda pensando en mí como parece usted sospechar, caballero — respondí sonriendo.

—Supongo que no se ha ofendido usted —dijo poniéndose muy colorado —, perdone, soy franco y brusco y un poco maleducado.

—Por el contrario —le respondí—, sus sospechas son para mí un cumplido.

Me miró reiteradamente con rápidas miradas.

—Perdone —le dijo a mi tutor—, pero quisiera tener el honor de saber el nombre de esta señorita.

—Señorita Summerson.

—¡Señorita Summerson! —repitió volviéndome a mirar.

—¿Conocía usted mi nombre? —le pregunté.

—No, ciertamente. Nunca lo había oído, pero diría que no es esta la primera vez que la veo.

—Pues yo no recuerdo haberlo visto nunca, y eso que tengo buena memoria para las fisonomías.

—Yo también —dijo mirándome fijamente—. ¿Dónde he visto yo esa cara?

Volvió a ponerse colorado. Mi tutor, al verlo hacer esfuerzos para recordar cómo y dónde me había visto, acudió en su auxilio, preguntándole si tenía muchos discípulos.

—Según las temporadas —respondió—. Su número varía de un día a otro, pero apenas me basta para mantenerme con decencia.

—Y, ¿cómo son, en general, las personas que concurren en su

establecimiento?

—Vienen de todas clases y condiciones. Desde los señores más encopetados hasta los más humildes, tanto ingleses como extranjeros. He tenido franceses que disparaban la pistola con maestría, y he tenido locos... Pero estos entran en todas partes en donde hay entrada libre.

—Supongo que no irán a su casa para aprender a disparar sobre sí mismos.

—Desde luego que no. Sin embargo, se ha dado algún caso... En fin, unos vienen para pasar el rato y otros para ejercitarse con distintos fines. A propósito, si no me equivoco, ¿es verdad que tiene usted un pleito pendiente?

—Así es, desgraciadamente.

—Venía a mi establecimiento un colega de usted que también estaba engolfado en un pleito.

—¿Quién era? ¿Cómo se llamaba?

—El pobre hombre estaba tan apurado y le habían enviado tantas veces de acá para allá y de allá para acá —dijo el señor George— que estaba casi loco. No creo que haya tenido nunca intención de matar a nadie, pero se hallaba en un estado tal de exasperación que cuando venía a mi establecimiento, con el rostro encendido como la grana, disparaba hasta cincuenta pistoletazos seguidos. Un día que estábamos solos y que me había hablado, con cólera, de todos los agravios de los que tenía motivos para quejarse, le dije: «Amigo mío, las prácticas de tiro son tal vez para usted una verdadera válvula de escape, no lo negaré, pero no me gusta ver que se apasiona tanto por el tiro en la situación en que se encuentra. Confíe en mí, busque otra distracción menos belicosa». Me puse sobre aviso después de darle este consejo, puesto que conocía su genio impetuoso, pero no dio muestras de haberse ofendido, antes al contrario, tiró la pistola, me estrechó la mano y desde entonces hemos sido siempre buenos amigos.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó el señor Jarndyce con interés.

—Antes de enfurecerlo como a un toro hostigado por los perros, era propietario en Shropshire —respondió el señor George.

—¿Se llamaba Gridley?

—Sí, señor.

Esta coincidencia nos sorprendió a mi tutor y a mí, y le expliqué al señor George, quien, mientras hablaba, me miraba con atención, cómo habíamos conocido al señor Gridley, lo cual me valió un elegante saludo militar para darme las gracias por la explicación que le hacía.

—No sé cómo explicármelo —dijo sin dejar de mirarme—, pero no puedo

quitarme de la cabeza la idea de que la he visto a usted en alguna parte.

Y se pasó la mano por la frente para ahuyentar una idea inoportuna y miró al suelo pensativamente.

—He sabido con pesar que ese desgraciado de Gridley ha cometido otra imprudencia y se ha visto obligado a esconderse.

—También yo he oído decirlo —respondió el señor George, sin apartar los ojos del suelo.

—¿Sabe en dónde está?

—No, señor —respondió saliendo de su meditación—, no lo sé. El pobre Gridley cuenta ya con pocos años de vida para ejercer la violencia. Cuando un hombre es fuerte y robusto, resiste mucho, pero el día menos pensado se derrumba y no vuelve a levantarse.

La llegada de Richard terminó con la conversación.

El señor George se levantó, me hizo un saludo militar, dio los buenos días a mi tutor y salió de la habitación.

Era el día fijado para la partida de nuestro alférez. No teníamos que hacer ya compra alguna y desde muy temprano habían quedado arreglados los baúles. Estábamos libres hasta el momento en que Richard debía partir para Liverpool y desde allí a Holyhead. Decían que aquel mismo día iba a ocuparse el Tribunal del pleito Jarndyce contra Jarndyce y Richard me propuso ir un rato a la audiencia. Era la última vez, por mucho tiempo, que saldríamos juntos, y como, por otra parte, no había yo estado nunca en el Tribunal y él ardía en deseos de ir, nos dirigimos hacia Westminster, donde se encontraba entonces el palacio de justicia. Durante el camino, nos distrajimos tomando varias decisiones con respecto a nuestra futura correspondencia, y trazamos hermosos proyectos para el mañana. Mi tutor, que sabía adónde íbamos, no quiso acompañarnos.

Cuando llegamos al Tribunal, el gran Canciller estaba sentado en un sillón con toda dignidad. Sobre una mesa cubierta con un tapete encarnado, se veían la maza, los sellos y un enorme ramo de flores, que perfumaba todo el salón. A uno de los lados, había una larga hilera de procuradores, que tenían ante sí montones de legajos, y, no lejos de ellos, estaban los abogados con toga y peluca, unos despiertos y otros dormidos. Uno de los letrados hablaba, pero nadie lo escuchaba, y el lord Canciller estaba arrellanado en su magnífico sillón, con el codo apoyado en el brazo del sillón y la frente en la mano. Entre los asistentes a la audiencia, algunos dormitaban, otros leían un periódico, se paseaban de un extremo a otro o formaban grupos en los que se hablaba en voz baja, y todos parecían estar muy tranquilos, sin tener ningún motivo para

apresurarse. Por el contrario, se diría que tenían mil razones para estar satisfechos de su indolencia.

A mi juicio, aquella apacible quietud, aquellos ricos trajes, toda aquella pompa que se despliega todos los días, todas aquellas formalidades que en su majestuosa lentitud se suceden año tras año, aquel lord Canciller, aquellos innumerables letrados que se miraban entre sí y volvían hacia el público una frente serena, como si no hubieran oído decir jamás que la justicia, en cuyo nombre actúan, no es para la nación en su conjunto más que una amarga burla, un objeto de desprecio, de indignación o de horror, una invención tan maléfica que se consideraría como un milagro que produjera algún bien. Todo esto formaba en mi mente tal contraste con las inquietudes, privaciones y vestidos harapientos de los infelices litigantes, con los abatimientos y tormentos que sufre el que espera, con la rabia que engendra en el corazón la esperanza frustrada, y con la ruina, la locura y la muerte que resultan de ese atuendo judicial, que no acertaba a comprender con mi experiencia cómo podía subsistir un solo día semejante absurdo, y acababa por dudar de mis ojos y de mis recuerdos. Me senté en el sitio adonde me había conducido Richard y traté de prestar atención, pero nada me parecía real en torno mío, a excepción de la pobre señorita Flite, la viejecita loca, que estaba de pie en un banco y se sonreía.

En cuanto me vio, vino a sentarse a mi lado, me hizo una amable reverencia, se alegró de verme en sus dominios y se apresuró a hacerme partícipe de sus atracciones.

El señor Kenge vino también a hablarnos y nos hizo los honores de la casa con la modestia llena de amabilidad de un propietario.

—Ha escogido usted mal día —me dijo— para una primera visita.

Hubiera preferido (según añadió) verme asistir a la sesión de apertura aunque el espectáculo siempre resultaba imponente, hasta en sesión ordinaria.

Hacía media hora que habíamos llegado cuando el discurso que el Tribunal parecía escuchar tocó a su fin sin haberse llegado a solución alguna, y sin que nada, ni aun la parte interesada, esperase al parecer otra cosa. El gran Canciller cogió de encima de la mesa un legajo de papeles que pasó a los caballeros que había detrás de él, y se oyó una voz que decía: «Pleito Jarndyce contra Jarndyce». Apenas se habían pronunciado estas palabras cuando se observó un gran movimiento en la sala. Muchos sonrieron y la mayoría abandonó sus puestos mientras unos ordenanzas traían varios montones de autos y una enorme cantidad de sacos y sacos llenos de legajos.

Al parecer, la sesión estaba destinada a ciertos arreglos de cuentas relativos a las costas según creí entender, pues me sentía muy confundida. Conté hasta

veintitrés magistrados con peluca que declararon tener parte en el pleito, aunque era evidente que lo conocían tanto como yo. Charlaron con el Canciller, se explicaron y se contradijeron los unos a los otros, y unos decían que era así, y otros que era asá, y algunos propusieron leerle al Tribunal enormes volúmenes de affidávits, disparate que provocó una carcajada general y que no tuvo más resultado que divertir al auditorio. Por último, al cabo de una hora, durante la cual se iniciaron y se interrumpieron varios discursos, la causa quedó «aplazada sine die», según nos dijo el señor Kenge, y los autos volvieron a ser empaquetados antes de que los pasantes hubiesen terminado de meterlos en la sala.

Miré a Richard, y me causó honda pena el abatimiento que expresaba su rostro. Todo lo que dijo fue:

—Esto no durará siempre, dama Durden. Tendremos más suerte la próxima vez.

Es lo único que pudo decir.

Había visto al señor Guppy traer papeles y ordenarlos para el señor Kenge. No dejó de mirarme a su vez y me dirigió un saludo tan elocuente que me entraron vehementes deseos de retirarme. Cogí del brazo a Richard y nos disponíamos a salir cuando el pasante se nos acercó y nos dijo:

—Le ruego que me disculpe, señor Carstone —dijo en un susurro—, y también la señorita Summerson, pero hay ahí una señora, una amiga mía, que la conoce y tendría mucho gusto en estrecharle la mano.

Al mismo tiempo, vi aparecer, como si saliese viva de mi memoria, a la señora Rachael, la doncella de mi madrina.

—¿Me reconoce usted, Esther? —me preguntó.

—Sí. Poco ha cambiado usted —le respondí dándole la mano.

—Me extraña que se acuerde de aquellos tiempos —prosiguió con aquel gesto adusto que le era habitual—. Me alegro de que no sea usted orgullosa y se acuerde de mí.

Parecía, sin embargo, que le extrañaba que me acordase de ella.

—¿Orgullosa, señora Rachael? ¿Qué quiere usted decir?

—He vuelto a casarme —respondió con frialdad—, y me llamo ahora señora Chadband. Bien, bien, ya veo que está usted bien y me alegro de ello.

El señor Guppy, que había escuchado este diálogo con mucha atención, me lanzó un suspiro al oído y le ofreció el brazo a la señora Chadband para hacerle paso entre la congregada multitud en medio de la cual nos habíamos detenido al terminar la sesión. Me hallaba aún bajo la impresión que me había

causado este inesperado encuentro cuando vi al señor George dirigiéndose hacia nosotros sin vernos. Miraba frente a sí, sin hacer caso de los que pasaban por su lado, y parecía que buscaba a alguna persona en el interior del salón.

—¡George! —gritó Richard cuando llamé su atención sobre el veterano.

—Me alegro de verlo, caballero —respondió—. Encantado, señorita. ¿Habrán visto ustedes, por casualidad, a una persona que busco? No había estado nunca por aquí...

Girándose mientras hablaba y abriéndonos paso, se paró, cuando salimos de la aglomeración, detrás de un gran cortinaje rojo.

—A una mujer anciana —comenzó diciendo— que creo que está loca...

Le hice una seña para que callase, porque la señorita Flite acababa de separarse y en aquel momento parecía que les hablaba de mí a los letrados que conocía (como oí casualmente para mi gran perplejidad). Oí que les decía en voz baja:

—¡Chis! Fitz-Jarndyce está a mi izquierda.

—¿Se acuerda, señorita, de nuestra conversación de esta mañana sobre cierto Gridley? —dijo el señor George con un susurro detrás de su mano.

—Sí —le dije.

—Está escondido en mi casa. No se lo pude decir entonces porque no estaba autorizado. Se halla casi moribundo y le ha entrado el capricho de ver a esa vieja. Dice que es muy bondadosa y que lo trataba con mucho cariño cuando venía aquí. Vengo, por tanto, a buscarla, porque cuando he vuelto a ver al pobre Gridley lo he encontrado ya con un pie en el otro mundo.

—¿Quiere usted que se lo diga? —dije.

—¿Me haría el favor? —respondió, dirigiendo una mirada inquieta hacia la señorita Flite—. Encontrarla ha sido algo providencial. De lo contrario, no sé cómo hubiera hecho para cumplir con mi encargo.

Y se puso una mano en el pecho y se mantuvo en una actitud marcial mientras yo informaba a la señorita Flite, al oído, de las intenciones del amable emisario.

—¡Mi colérico amigo de Shropshire..., casi tan célebre como yo! —exclamó—. ¡De verdad que ahora! Iré con mucho gusto.

—¡Silencio! Está escondido y se encuentra en este momento en casa de ese caballero —le dije señalando al señor George.

—¡Hay que ver! —repitió la señorita Flite—. ¡Un gran honor para mí! Por su aire marcial deduzco que es militar. ¿Sabe? Es todo un general —me dijo

en voz baja.

La pobre señorita Flite sintió la necesidad de manifestar su respeto al ejército inglés con tan interminables cumplidos y reverencias que no fue fácil sacarla del Tribunal. Cuando acabó de saludar y sonreír, mientras llamaba «general» a George, le cogió del brazo con gran algarabía de algunos ociosos que contemplaban esta escena, y el veterano, cuya confusión era visible, me suplicó tan respetuosamente «que no lo abandonase» que consentí en acompañarlos. Richard lo deseaba también, y como el señor George nos dijo que el señor Gridley no hablaba más que del señor Jarndyce desde que le había relatado la entrevista de aquella mañana, le escribí de prisa algunas líneas a mi tutor para informarlo del sitio adonde íbamos y del objeto de nuestra visita. El señor George lo selló con lacre en un café, para mandarlo sin que fuese descubierto, y se las enviamos mediante un mozo.

Tomamos un coche de alquiler y nos apeamos en las cercanías de Leicester Square. Desde allí atravesamos algunos patios estrechos, por lo que se disculpó el señor George, y no tardamos en llegar a la galería de tiro. La puerta estaba cerrada, y cuando acababa de llamar le dirigió la palabra un caballero muy respetable, canoso, con anteojos, vestido con levita negra de largos faldones, pantalón del mismo color y con un sombrero de ala ancha en la cabeza. Llevaba en la mano un bastón de puño de oro.

—Perdone usted —le dijo—. ¿No es esta la galería del señor George?

—Esta es —responde el señor George echándole una mirada al enorme letrero en el que estaba pintada esa inscripción sobre la pared encalada.

—¡Ah! Es verdad —dijo el caballero siguiendo la dirección que habían tomado los ojos del maestro de armas—. Gracias. ¿Ha llamado a la puerta?

—Y yo soy el tal señor George, caballero, y he llamado a la puerta.

—Muy bien —replicó el caballero—. Ya ve usted que no me hago esperar. Supongo que es usted el que ha ido a buscarme.

—No, señor. No lo conozco.

—¿De verdad? —dijo el anciano—. En tal caso habrá sido su empleado. Soy médico, y han ido a mi casa hace cinco o seis minutos para decirme que necesitaban mis auxilios en la galería del señor George.

—Se nos va al otro mundo —dijo el veterano volviéndose hacia nosotros y moviendo la cabeza gravemente—. Tiene razón, caballero. Tenga usted la bondad de entrar.

En aquel momento abrió la puerta un hombrecillo extraño, con un delantal verde y una gorra de igual color, y con las manos, la cara y la ropa ennegrecidos. Nos encontramos ante un pasadizo inhóspito que nos condujo a

un gran edificio de ladrillos, en cuyo interior se veían tan solo pistolas, escopetas y blancos, espadas y otros objetos del mismo género. Cuando estuvimos todos en la sala, el médico se quitó el sombrero, y en vez del doctor, que había desaparecido como por ensalmo, se presentó ante nuestros ojos un personaje de una categoría muy distinta.

—Ahora míreme usted bien, George —dijo volviéndose con rapidez y apoyando el dedo índice en el pecho del militar—. Me conoce y lo conozco. Usted es un hombre de mundo y yo soy un hombre de mundo. Y sabe usted que me llamo Bucket. Tengo un auto de prisión contra Gridley, a quien ha ocultado usted durante mucho tiempo. En ello ha dado usted pruebas de una destreza que lo honra.

El señor George se mordió los labios y movió la cabeza.

—Veamos, amigo —continuó el señor Bucket—, sea usted razonable; usted no es un cualquiera, ha servido al país y sabe que es forzoso obedecer cuando el deber lo exige. Espero que no me ponga usted trabas, sino que, por el contrario, me dará usted facilidades, que para eso he venido. Confío en usted. ¡Eh! ¡Phil Squod, no te escapes así, pegado a la pared! —el sucio hombrecillo estaba arrastrándose por la pared con un hombro pegado a ella y con la mirada en el intruso de una manera que parecía amenazadora—. ¡Te conozco y te suplico que te estés quieto!

—¡Phil! —dijo el señor George.

—¡A la orden, jefe!

—¡Que no te muevas!

El hombrecillo se detuvo reprimiendo un gruñido.

—Señoritas y caballeros —dijo el señor Bucket—, les ruego que me perdonen si mi presencia les causa alguna molestia. Soy el inspector detective Bucket, y vengo aquí a cumplir con mi deber. George nos dirá dónde está la persona que busco. Esta noche me subí al tejado y lo vi por el tragaluz. Estaba allí, junto a usted —apuntó—, acostado en un sofá. Es preciso que lo vea para darle cuenta de mi misión. Usted me conoce y sabe que no emplearé contra él rigor alguno. Deme su palabra, de hombre a hombre (y como antiguo soldado, recuerde), de que estamos en regla entre nosotros, y yo haré lo más que esté en mi mano.

—Le doy mi palabra de honor. Pero que conste que no se ha portado usted con lealtad, señor Bucket —dijo el veterano.

—¡Diablos, George! ¡Con lealtad! —repitió el inspector de policía, tomándose a broma y dándole otro golpecito en el pecho al maestro de armas, que se sonrió y le tendió la mano—. Y ¿qué diremos de usted que me

ha ocultado a ese hombre? Sea usted justo para conmigo, como yo lo soy con usted. ¡Mi viejo Guillermo Tell, mi viejo Shaw, mi Guardia Real! ¡Y qué bien representa al ejército inglés, señorita, nuestro amigo George! ¡Vaya marcialidad! ¡Daría un billete de cincuenta libras por tener el aspecto de este hombre!

El señor George, después de algunos momentos de reflexión, propuso ir a ver primero a su compañero (como lo llamaba él), e introducir a la señorita Flite en su escondite. Tras acceder a ello el señor Bucket, se dirigieron todos hacia el extremo opuesto de la galería, y nos dejaron al lado de una mesa cubierta de armas de fuego. El señor Bucket aprovechó esa ocasión para hablar con nosotros. Me preguntó si tenía miedo a las armas de fuego como la mayor parte de las jóvenes. A Richard si era buen tirador. Y a Phil cuál era la mejor escopeta del establecimiento, cuánto valdría si fuera nueva, diciéndole después que era una pena que a veces se dejase llevar por su genio, porque era por naturaleza tan agradable como lo hubiese podido ser una jovencita, y se mostró simpático, en general.

Pocos instantes después, vimos volver al señor George, que acompañó al inspector al lado de su preso. Richard y yo nos disponíamos a marcharnos, pero el maestro de armas se nos acercó y nos dijo que el enfermo había manifestado el deseo de vernos. Apenas había pronunciado estas palabras cuando se oyó la campanilla de la puerta. Era mi tutor el que llamaba, que apareció en el salón y dijo «que deseaba serle útil a un hombre que era su hermano en la desgracia», y los cuatro nos dirigimos a ver a Gridley.

Era una habitación vacía, separada de la galería con maderas sin pintar. Como el tabique no tenía más de ocho o diez pies de alto y solo estaba cerrado por los lados, no por arriba, se veían las vigas del alto techo de la galería, y el tragaluz por el que había mirado el señor Bucket. El sol iba a ocultarse y sus últimos rayos, que ponían un tinte rojo sobre nuestras cabezas, no llegaban al fondo de aquella estancia que la sombra empezaba a invadir. Sobre un sofá forrado de tela ordinaria, se veía tendido el hombre de Shropshire, vestido casi igual que la primera vez que lo vimos, pero tan cambiado de aspecto que tuve que hacer un esfuerzo para reconocer aquel pálido rostro.

Durante su reclusión, no había cesado de escribir sobre las injusticias y agravios de las que tenía derecho a quejarse, según decía, y se veían en la mesa y en el suelo de la habitación varias plumas, manuscritos borrados y papeles de toda clase. Conmovera y terriblemente reunidos, la ancianita loca y él estaban uno al lado del otro como si estuvieran solos. Ella estaba sentada en una silla cogiéndole la mano, y ninguno de nosotros nos acercamos a ellos.

La voz potente, la expresión feroz del rostro, la cólera, la fuerza, la resistencia a los males que había padecido y que finalmente lo habían

derrotado, todo había desaparecido del terrible hijo de Shropshire. La sombra más tenue de un objeto lleno de forma y color, esa es la descripción del que fue el hombre de Shropshire de quien ya hablamos anteriormente.

Inclinó la cabeza hacia Richard y hacia mí y le dijo a mi tutor:

—Señor Jarndyce, esperaba su visita y siento una gran alegría en poder estrechar su mano. Tiene usted un corazón bueno y justo y Dios sabe cuánto lo respeto.

Mi tutor le estrechó la mano con emoción y pronunció unas palabras de consuelo.

—Tal vez le parecerá extraño lo que voy a decirle —dijo Gridley— y, sin embargo, es la verdad. No hubiera querido verlo hoy de no habernos conocido antes. Pero usted sabe mis luchas solo contra todos ellos. Le consta a usted que les he mostrado lo que eran y lo que habían hecho conmigo. No me importa que me vea en este momento en que no soy más que una ruina de mí mismo.

—Ha dado usted suficientes pruebas de valor —le dijo el señor Jarndyce.

—Sí —respondió con triste sonrisa—. Ya le dije lo que sucedería el día en que se extinguiese mi cólera. Mire usted, caballero, ¡a qué estado nos han reducido a los dos!

Y atrajo a la señorita Flite hacia su pecho para abrazarla.

—De todos mis conocidos —continuó—, de mis trabajos, de mis ilusiones, de mi vida entera, no me queda más que la simpatía de esta pobre criatura, la única que tiene conmigo algún vínculo. Largos años de sufrimientos nos han unido, y de todos los lazos que me ataban a la tierra es el único que no ha roto la Cancillería.

—¡Reciba usted mi bendición, Gridley! —exclamó la señorita Flite rompiendo a llorar.

—Tuve la pretensión de creer, señor Jarndyce, que no me vencerían nunca, y estaba resuelto a combatirlos. Me figuraba que podría desafiarlos hasta el momento de mi muerte. Pero sucumbo vencido. ¿Cuándo ha empezado este abatimiento? Lo ignoro. Me parece que ha bastado una hora para abatirme. Que no lo sepan nunca. Dígales usted, por el contrario, que he muerto desafiándolos con el vigor y la perseverancia que he desplegado durante tantos años...

—No hable así, señor Gridley —dijo el señor Bucket, creyendo que debía prodigar al moribundo los consuelos que le sugería su bondadoso corazón—. Es cierto que está usted abatido, pero todos en la vida tenemos nuestros momentos de desaliento. ¡Arriba, señor Gridley! Volverá a perder los estribos con todos ellos una y otra vez. Y lo cogeré con una veintena de órdenes de

arresto si tengo suerte.

El señor Gridley no hizo sino negar con la cabeza.

—No lo niegue con la cabeza —dijo el señor Bucket—. Asienta con ella: eso es lo que quiero ver que haga. Vaya, Dios mío, ¡qué de veces hemos estado juntos! ¿No lo he visto una y otra vez en la prisión de Fleet por desacato? ¿No he ido al tribunal veinte tardes sin otro propósito más que ver cómo agarraba al Canciller como un bulldog? ¿No se acuerda de cuando empezó a amenazar por primera vez a los abogados, y se le denunciaba por intimidación dos o tres veces a la semana? Pregúntele a la mujercita de aquí, siempre estaba presente. ¡Arriba, señor Gridley! ¡Arriba!

—¿Qué piensa usted hacer con él? —preguntó el señor George en voz baja.

—No lo sé aún —respondió el señor Bucket, en el mismo tono.

Después añadió, alzando la voz:

—¿Dice que se siente usted agotado, señor Gridley? ¿Agotado usted, que ha jugado al escondite conmigo durante tres semanas, y que me ha obligado a andar por los tejados como un gato y a disfrazarme de médico para poder echarle el guante? ¿Sabe usted lo que le falta? Un poco de ejercicio y nada más. Usted está acostumbrado a luchar, señor Gridley, y no puede vivir sin lucha, a mí me sucede lo mismo en mi profesión. Precisamente tengo un auto de prisión contra usted, conseguido por el señor Tulkinghorn, de Lincoln's Inn Fields, que ha puesto toda su influencia en juego para lograrlo. ¿Qué me dice usted de venirse a dar un paseo conmigo para proporcionarle la satisfacción de desahogar su cólera ante los jueces, señor Gridley? ¿No le seduce esa perspectiva? ¿No se siente usted con fuerzas para enfrentarse con el Canciller y proferir a gusto toda esa hiel que lleva usted dentro? ¿No le seduce? No, un hombre de su energía no puede ceder tan fácilmente. No debe hacerlo, y, además, sin usted pierden una gran parte de su interés las sesiones del Tribunal de la Cancillería. George, dele usted una mano, y veamos si se encuentra mejor levantado que en la cama.

—Está muy débil —dijo el militar en voz baja.

—¿Es posible? —respondió Bucket con inquietud—. Quisiera infundirle ánimos. No me gusta ver en semejante estado a un antiguo conocido. Estoy seguro de que nada lo fortalecería tanto como crecerse conmigo. Lo invito a que se lance contra mí, por la derecha o por la izquierda, como quiera. Nunca me aprovecharía de ello.

Un grito penetrante de la señorita Elite, que retumba todavía en mi oído, llegó hasta el techo.

—¡Oh, no! ¡Gridley! —exclamó, al ver que el enfermo se incorporaba y volvía a caer sobre la cama inanimado—. ¡Pobre amigo mío de tantos años! ¡Que Dios le acoja en su santa paz!

El sol se había ocultado, desapareciendo, poco a poco, sus últimos resplandores, y sumiéndonos en la penumbra. Pero el triste espectáculo de aquellos dos seres desgraciados, uno muerto y otro vivo, lanzaba sobre la suerte de Richard una sombra mucho más triste que la noche que nos envolvía. Y tras las palabras de despedida de Richard oí este eco: «De todos mis afectos, de mis trabajos, de mis ilusiones, de mi vida entera, no me queda más que la simpatía de esa pobre criatura, la única que tiene conmigo algún punto de contacto. Largos años de sufrimientos nos han unido, y de todos los lazos que me ataban a la tierra, es el único que no ha roto la Cancillería».

XXV

La señorita Snagsby se lo explica todo

La inquietud se ha adueñado de Cook's Court, Cursitor Street. Una oscura sospecha se cierne sobre esta apacible zona. La mayoría de los habitantes sigue anclada en la misma normalidad, ni mejor ni peor, pero el señor Snagsby está muy cambiado y eso es algo que no le pasa desapercibido a su mujer.

Tom-completamente-solo y Lincoln's Inn Fields persisten en arrastrar como indómitos caballos el carro de la imaginación del señor Snagsby. Los guía el señor Bucket. Los pasajeros son Jo y el señor Tulkinghorn y ese carro da vueltas a toda velocidad y durante todo el día en la trastienda del proveedor de los tribunales. Hasta en la pequeña cocina donde se reúne la familia, surgen al galope sobre la mesa cuando el señor Snagsby se detiene después de haber cortado la primera tajada del asado de cordero con patatas y clava la mirada en la pared de la cocina.

El señor Snagsby no entiende qué relación puede tener él con aquel misterioso asunto. Hay algo que marcha mal en alguna parte pero lo que no entiende es qué es ese algo ni qué resultado puede tener ni para quién ni cuándo ni de qué lugar, del que nada sabe ni nada ha oído, procederá. El señor Snagsby lo busca en vano. La impresión que siempre le han causado las togas y las pelucas, las jarreteras y las encomiendas que brillan bajo el polvo que las cubre en el despacho del señor Tulkinghorn, su veneración por los misterios que encierran los legajos del procurador, el respeto que tácitamente manifiesta todo el mundo al letrado en Chancery Lane y en todas las dependencias judiciales, y el recuerdo que ha conservado del inspector Bucket y su dedo

índice y sus modales autoritarios, de los que era imposible escapar, lo reafirman en la idea de que forma parte de un secreto peligroso que desconoce. Y precisamente esta ignorancia hace que cada vez que se abre la puerta o se escucha el timbre o cuando llega un mensajero o una carta pueda estallar el secreto al entrar en contacto con el aire o con el fuego como una bomba y hacer volar... ¿a quién? Eso solo lo sabe el señor Bucket.

Cuando entra algún desconocido en la tienda (y eso se repite con frecuencia) y pregunta: «¿Está el señor Snagsby?» o cualquier otra cosa igual de inocente, el corazón del señor Snagsby sufre una violenta sacudida. Estas preguntas lo asustan tanto que, si se las hace algún muchacho, se venga de él tirándole de la oreja mientras le pregunta qué quiere decir con eso y por qué no dice enseguida el motivo que le lleva hasta allí. Hombres y muchachos menos reales se deslizan en sus sueños para asustarlo con preguntas incomprensibles. Así que cuando en mitad de la noche el gallo de la lechería de Cursitor Street anuncia absurdamente la llegada del día, el señor Snagsby se encuentra en medio de una pesadilla y su mujer lo zarandea y se dice: «Pero ¿qué le pasa a este hombre?».

Su mujer no es la menor de sus dificultades. La necesidad de guardar el secreto le obliga a estar siempre alerta para no dejarse sorprender y que su mujer no le sonsaque nada, como si ella fuera un dentista y su secreto una muela con caries. Esto hace que el señor Snagsby, siempre que se encuentra en presencia de su mujer, tenga el aspecto de un perro que ha robado un trozo de carne y mira de reojo el rostro de su amo. Todos estos signos y pistas son evidentes para ella y le hacen pensar: «Snagsby se trae algo entre manos».

De este modo es como se ha introducido la sospecha en Cook's Court, Cursitor Street, y como de la sospecha a los celos hay tan poca distancia para la señora Snagsby como de Cursitor Street a Chancery Lane, los celos han penetrado en Cook's Court, Cursitor Street. Y no solo han penetrado fácilmente, en realidad nunca anduvieron lejos, sino que han despertado en la señora Snagsby una actividad frenética que la arrastra a inspeccionar por las noches los bolsillos del señor Snagsby, a leer sus cartas, a examinar sus libros contables, así como la caja registradora y la caja fuerte, a husmear por la ventana y a escuchar detrás de las puertas y, en definitiva, a conseguir encajar esto y lo otro en una serie de suposiciones sin sentido.

La señora Snagsby está tan alerta que la casa se llena de misteriosos fantasmas, tablas que crujen, roces de vestidos invisibles. Los aprendices sospechan que, en otro tiempo, se cometió allí algún asesinato, y Guster, reuniendo los átomos dispersos de una idea que recogió en el asilo de Tooting, piensa que hay en la bodega un tesoro custodiado por un viejecito de barba blanca que lleva allí siete mil años sin poder salir porque rezó al revés el padrenuestro.

«¿Quién será ese Nimrod?», se pregunta continuamente la señora Snagsby. «¿Quién puede ser esa dama? ¿Y el chico?» Ya que Nimrod ha muerto exactamente como el cazador de quien la señora Snagsby ha tomado por error el nombre, y la dama le parece difícil de encontrar, solo le queda el muchacho, sobre el cual ha decidido ejercer la más estrecha vigilancia. «Pero, ¿quién es?», se repite mil y una veces la buena mujer. Y ahí tiene una inspiración que ilumina de pronto su mente.

Ese muchacho no respeta al señor Chadband. Claro que no, y es natural en alguien así, por supuesto que no, y menos bajo estas circunstancias. El señor Chadband había invitado y ordenado al muchacho, la señora Snagsby lo había escuchado con sus propios oídos, que volviera para darle las señas de su casa pero el caso es que el muchacho no volvió. ¿Por qué? Porque alguien le dijo que no volviese, pero ¿quién? ¡Ah! Por fin la señora Snagsby lo entiende todo.

Dio la afortunada casualidad (y la señora Snagsby afirma con la cabeza y sonrío sin despegar los labios) que el señor Chadband había encontrado el día anterior al muchacho en la calle, y como la conversión de una oveja extraviada como esa resultaba de un inapreciable valor para él y podría ser ejemplar para sus feligreses, el señor Chadband cogió por el cuello al chico y lo amenazó con entregarlo a la policía si no consentía en decirle dónde vivía y además le prometía formalmente ir la tarde siguiente a la casa de Cook's Court.

«Ma-ña-na-por-la-tar-de», dice la señora Snagsby enfáticamente, volviendo a afirmar con la cabeza y a sonreír sin despegar los labios. Y mañana por la noche vendrá el muchacho y la señora Snagsby no se perderá detalle de lo que ocurra con el muchacho ni con ningún otro. «¡Que guarde los secretos que quiera!», añade para sí la señora Snagsby con arrogancia y desdén, «a mí no se me engaña tan fácilmente».

Aunque nadie escuche las palabras de la señora Snagsby, eso no impide que ella, sosegadamente, se mantenga en sus propósitos y que incluso se aconseje a sí misma cómo actuar. Al día siguiente, se hacen sabrosos preparativos con motivo de la llegada de la compañía ballenera, y así cae la tarde. Vestido con chaqueta negra, el señor Snagsby baja al salón, donde entran el señor y la señora Chadband y minutos después, cuando han atiborrado las bodegas, se presentan Guster y los aprendices para recibir el edificante sermón del reverendo y detrás de ellos aparece Jo, el auténtico objetivo de redención del señor Chadband. Entra cabizbajo, inclinado hacia delante, arrastrando los pies a derecha e izquierda, con mala gana, dando vueltas entre sus mugrientas manos a lo que parecen ser los restos de una gorra de piel, de la que arranca pequeños trozos como si se tratase de un pájaro sarnoso que pretendiera comerse crudo después de haberlo cazado y desplumado.

La señora Snagsby lanza una mirada atenta al muchacho mientras Guster lo conduce a la sala. Justo al entrar Jo mira al señor Snagsby. ¿Por qué lo ha mirado? El señor Snagsby le devuelve la mirada. ¿Por qué se miran? Pues sin duda para que por fin la señora Snagsby lo entienda todo. ¿Cuál es el motivo de ese cruce de miradas? ¿Por qué tiene el señor Snagsby un aspecto tan confuso y por qué tose por debajo de su mano, como queriendo poner sobre aviso al muchacho? Está tan claro como la luz del día: ¡aquel muchacho es hijo del señor Snagsby!

—¡La paz sea con nosotros, queridos amigos! —dice el señor Chadband levantándose y enjugándose el sudor aceitoso que cubre su rostro—. ¡La paz sea con nosotros! ¿Y por qué con nosotros, amigos míos? Porque no puede estar contra nosotros —contesta con su sonrisa bovina—, porque la paz no endurece sino que ablanda los corazones, porque no declara la guerra como el ave de rapiña, sino que viene a nosotros como una paloma. Por eso repito, amigos míos, ¡la paz sea con nosotros! Acércate, muchacho.

El señor Chadband extiende su mano blandamente y coge del brazo a Jo, a quien retiene algunos instantes mientras busca dónde situarlo. Jo, que tiene poca confianza en las intenciones del señor Chadband, y que se ha visto coger más de una vez de aquel modo y teme ser golpeado, balbucea entre dientes:

—¡Suélteme! Yo no he dicho nada. ¡Suélteme!

—No, amigo mío, no voy a soltarte —responde el señor Chadband con dulzura—. ¿Y por qué razón, amigo mío? Porque soy un labriego, un sembrador, porque me has sido enviado y entre mis manos te convertirás en algo de provecho. ¡Ojalá pueda, amigos míos, hacerles a ustedes partícipes de mi obra redentora, para darles el bienestar, para asegurarles la dicha celestial...! Siéntate en ese taburete, amigo mío.

Jo, que se figura que el reverendo va a cortarle el pelo, se protege la cabeza con sus brazos y se resiste con decisión y solo tras proferir una interminable serie de declaraciones de disconformidad, logran obligarlo a sentarse.

Cuando el señor Chadband consigue al fin sentarlo en el taburete como un maniquí, se retira detrás de la mesa y levanta su mano como una zarpa, diciendo:

—¡Amigos míos!

Esta advertencia hace que cada cual se acomode en su puesto, los aprendices intercambian codazos y risitas, Guster abre los ojos y la boca en actitud contemplativa y su atención se reparte entre la admiración que le inspira el señor Chadband y la compasión que le causa el pobre huérfano, cuyo estado de abandono y miseria tanto le afecta. La señora Snagsby prepara en silencio su armamento y la señora Chadband se arregla mientras se sienta

cerca del fuego y se calienta las rodillas, sensación que le parece muy favorable para recibir el sermón de su marido.

Cada vez que pronuncia un sermón desde el púlpito, el señor Chadband tiene la costumbre de fijar la mirada en uno de los individuos de su auditorio y entrar en discusión particular con esta persona. Se espera de ella que, cediendo a su propia emoción, deje escapar a veces un gemido, un gruñido, un jadeo o cualquier otra manifestación audible de su forcejeo interior, y de esta lucha suele hacerse eco alguna de las damas de alrededor, particularmente las más ancianas. Dicho eco se transmite, como piezas de dominó, de uno a otro entre los pecadores más impresionables del auditorio y, al modo de las ovaciones en el parlamento, consigue enardecer al señor Chadband. Así pues, en la ocasión presente, movido por la fuerza de la costumbre, al pronunciar las palabras «¡Amigos míos!», el reverendo ha fijado la mirada en el señor Snagsby y se prepara a convertir al pobre papelero, que ya se siente bastante confuso de por sí, en el receptor inmediato de su elocuente discurso.

—Tenemos, amigos míos, entre nosotros —continúa el señor Chadband— a un pagano, a un infiel, a un habitante de Tom-completamente-solo, a un vagabundo sobre la Tierra. Tenemos entre nosotros, amigos míos —y el reverendo, que enfatiza sus palabras con un movimiento expresivo de la uña del pulgar, envía al señor Snagsby una sonrisa vacuna que indica que va a lanzar a su adversario un argumento irresistible que lo dejará tendido en el suelo y anonadado, si no lo está ya.

—Tenemos entre nosotros —prosigue— a un hermano, a un niño abandonado, no tiene padres ni parientes, carente de redil o manada, desprovisto de oro y plata, y de piedras preciosas, no posee riqueza alguna. ¿Y por qué digo que está privado de estos bienes? ¿Por qué? ¿Por qué lo digo?

El señor Chadband dirige esta pregunta al señor Snagsby, como si le propusiera un enigma enteramente novedoso, lleno de ingenio y mérito, y le invitara a que no se rindiese.

El pobre proveedor, a quien causa profunda inquietud la mirada escrutadora que le ha lanzado hace un momento su mujer, precisamente al pronunciarse la palabra «sin padres», responde con modestia:

—Señor, le aseguro que no lo sé.

Esta interrupción atrae hacia él una fulminante mirada de la señora Chadband y de parte de su mujer un:

—¡Qué vergüenza!

—Oigo una voz —dice el señor Chadband—. ¿Es una voz débil? Ojalá lo fuera pero por desgracia me temo que no, no es débil.

—¡Ah! —exclama la señora Snagsby dolorosamente.

—Una voz que responde: «No lo sé». Entonces voy a deciros por qué. Pues bien, amigos míos, este hermano aquí presente no tiene bienes, no tiene redil ni manada porque está privado de la luz que se irradia sobre algunos de nosotros. ¿Y qué luz es esa? ¿Qué luz es? Yo os lo pregunto, amigos míos, ¿qué luz es esa?

El reverendo se inclina hacia atrás y hace una pausa, pero el señor Snagsby tiene buen cuidado en no caer por segunda vez en la tentación y guarda silencio.

El señor Chadband vuelve a inclinarse sobre la mesa y, apoyado en su ya conocido y expresivo movimiento de la uña de su dedo pulgar, dirige al papelero las siguientes palabras.

—Esa luz es el rayo de los rayos —dice—, la luna de las lunas, el sol de los soles, el astro de los astros: es la luz de la Verdad.

El señor Chadband se levanta y arroja una mirada triunfante sobre el señor Snagsby como para preguntarle qué le ha parecido aquella definición.

—De la verdad —prosigue, dirigiéndose siempre al desventurado señor Snagsby—, y no me digan que no es la lámpara de las lámparas, porque les responderé que es la luz de las luces, y lo repetiré cien veces, un millón de veces, aunque a alguno no le guste oírlo, y cuanto menos consintiera, más yo insistiría, y tomaría un clarín y proclamaría a la faz del mundo que aquel que se alzase contra esa llama sagrada sería derrotado, humillado, flagelado, roto, molido, completamente aplastado.

Este alarde oratorio, cuyo poder es muy admirado por los discípulos del señor Chadband, no solo se limita a producir el efecto de acalorar desagradablemente al reverendo, sino que también presenta al inocente señor Snagsby como un decidido enemigo de toda virtud, de frente de latón y de corazón de diamante.

El pobre señor Snagsby, cada vez más desconcertado, trata de recobrar las fuerzas que lo abandonan por momentos, se siente completamente abatido, consciente de encontrarse en una situación irreal. En ese momento el señor Chadband le descarga el último golpe inesperado, continuando su discurso, después de enjugarse su humeante y grasienta cabeza con el pañuelo que parece encenderse y humear cada vez que se enjuga la frente.

—Amigos míos —dice—, continuemos con el tema que, según nuestros limitados medios, tratamos con buen ánimo de dilucidar: qué es esa Verdad a la que antes he aludido. Porque, mis jóvenes amigos —dirigiéndose a Guster y a los aprendices, para gran consternación de estos—, si el médico me dice que

lo que me conviene es el calomelano o el aceite de hígado de bacalao, naturalmente que puedo preguntar qué son el calomelano y el aceite de hígado de bacalao. Quizá desee que se me informe al respecto antes de medicarme con una cosa o con la otra. Y entonces, mis jóvenes amigos, yo os pregunto ¿qué es la Verdad? En primer lugar (y dicho sea con amor), examinemos ante todo la verdad sencilla, ordinaria, en mangas de camisa. ¿Puede ser esa verdad un engaño?

—¡Ah! —exclama la señora Snagsby.

—¿Puede ser el disimulo?

La señora Snagsby se estremece y hace un gesto negativo.

—¿Puede ser el silencio?

Negación prolongada, larga y tensa de la señora Snagsby.

—No, esto no es la verdad, ninguno de estos nombres le conviene. Y cuando ese joven pagano que se encuentra entre nosotros..., que se acaba de quedar dormido, amigos míos. Ha sido el sello de la indiferencia y de la perdición lo que ha cerrado sus párpados. No le despertemos porque es justo que yo padezca, luche y combata por él... Cuando este muchacho sin consciencia nos contó un cuento chino de una corona y de una dama, ¿era acaso aquello la Verdad...? ¡No! ¿Decía al menos una parte de la verdad? ¡No, amigos míos, no!

Para sostener la mirada que su mujer le dirige hasta lo más recóndito de su ser, registrando los pliegues más ocultos de su corazón, sería preciso que el señor Snagsby fuera otro hombre. Así pues, tiembla e inclina la cabeza, rehuyendo aquella mirada.

—Les pondré un ejemplo, amigos míos —continúa el señor Chadband, dirigiéndose a Guster y a los aprendices y descendiendo al nivel de su escasa inteligencia, exhibiendo en su sonrisa grasienta y complaciente que son muchos los escalones que debe descender para colocarse a su altura—. Si el dueño de esta casa, al recorrer las calles de la ciudad, viera un águila, y al regresar a su hogar llamara a su esposa y le dijera: «¡Escucha, Sarah, acabo de ver un elefante!», ¿diría la verdad?

La señora Snagsby se echa a llorar.

—O, pongamos otro caso, de haber visto un elefante, exclamara al entrar: «Acabo de ver un águila», ¿diría la verdad?

La señora Snagsby continúa sollozando ruidosamente.

—O este otro ejemplo, queridos amigos —prosigue el señor Chadband, estimulado por este llanto—, suponiendo que los padres desnaturalizados de

ese infeliz pagano que se ha quedado dormido, porque no dudéis que tuvo padres, después de arrojarlo a la voracidad de los lobos y de los buitres, a los perros salvajes, a las gacelas y a las serpientes, volvieran a su hogar y disfrutaran fumando en pipa y cocinando en sus cazuelas, o con sus flautas y sus bailes, y sus licores y comieran carne y aves, ¿sería aquello expresión de la verdad?

La señora Snagsby cae en un ataque de nervios, pero no de una forma resignada, sino entre aullidos y espasmos, de forma que Cook's Court se llena de sus gritos, lo que deriva en un desmayo y es transportada a su cuarto por la angosta escalera como si fuera un gran piano.

Después de algunos instantes de dolores intensísimos que producen una profunda consternación en todos los presentes, los mensajeros que proceden del dormitorio anuncian que la crisis ha pasado, pero que la señora se halla excesivamente débil, lo cual le permite al señor Snagsby, más tímido y desconcertado que nunca, salir de detrás de la puerta de la sala, donde se había acurrucado después de haber sido aplastado y pisoteado en el traslado de su mujer al piso superior.

Jo, que por fin ha despertado, permanece clavado en el mismo sitio en que estaba, arrancando tirillas de la gorra que sostiene entre las manos y metiéndose en la boca los jirones, que luego escupe maquinalmente con la sensación de que no será nunca más que un pecador incorregible y de que es inútil mantenerse despierto ya que está destinado a no ser nunca nada en la vida. Aunque bien es posible, Jo, que exista un libro tan interesante y tan conmovedor, incluso para las mentes tan simples y tan primitivas como la tuya, en el que quedara constancia de las acciones realizadas en la tierra por gente común, que si los Chadband de este mundo se apartaran del primer plano y te quisieran mostrar con un mínimo de respeto, sin pretender mejorarlo, y que lo consideraran lo bastante elocuente sin necesidad de su ayuda, te haría permanecer despierto y entonces quizá aprendieras algo.

Jo no ha oído jamás hablar de ningún libro así. A él le dan lo mismo sus autores y el señor Chadband, salvo que conoce al reverendo Chadband, y antes que oírlo hablar durante cinco minutos prefiere correr una hora para huir de él. «No vale de nada que siga esperando aquí», piensa Jo. «Por lo que parece, el señor Snagsby no tiene nada que decirme esta noche.» Y baja las escaleras arrastrando los pies.

Pero en la planta baja encuentra a la bondadosa Guster, agarrada a la barandilla, esforzándose en evitar la exagerada impresión que le han producido los gritos de su señora. Lleva en la mano el pedazo de pan y el de queso que iban a ser su cena para dárselos a Jo y, por primera vez, se atreve a hablarle.

—Aquí tienes algo de comer, muchacho —le dice.

—Gracias, señora —responde Jo.

—¿Tienes hambre?

—¡Sí! —dice Jo.

—No tienes padre ni madre, ¿verdad? ¿Estás solo en el mundo?

Jo se detiene petrificado en medio de un bocado que iba a dar al pan, porque la antigua huérfana de Tooting le ha puesto la mano sobre el hombro y es la primera vez en su vida que una mano decente se posa con cariño sobre él.

—Nunca los conocí —contesta.

—Ni yo tampoco —dice Guster llorosa—, tampoco yo he conocido a los míos.

La muchacha se esfuerza por reprimir su emoción y se vuelve asustada al oír detrás de ella un leve rumor. Huye y desaparece rápidamente escaleras abajo.

—Jo —dice en voz baja el señor Snagsby al muchacho, que se ha quedado en el descansillo.

—Aquí estoy, señor Snagsby.

—Te estaba buscando, hijo. Toma otra media corona. Has hecho bien en no hablar de nuestro asunto de aquella noche ni de la señora que vimos. No digas nada a nadie porque podrías ser causa de un grave disgusto.

—Soy una tumba, señor.

—Entonces, buenas noches, Jo.

Un espectro en camisón y gorro de dormir se desliza por detrás del proveedor hasta la escalera y se dirige hacia el piso superior.

En adelante, en cualquier sitio en que se halle, seguirá al pobre Snagsby una sombra que no es la suya, pero que no es menos obstinada que ella y casi tan silenciosa. Es preciso que quienes tengan algún secreto permanezcan alerta porque en todas partes está la vigilante señora Snagsby, carne de su carne, sangre de su sangre, sombra de su sombra.

XXVI

Excelentes tiradores

Estamos en invierno. La mañana, que observa con ojos mustios y cara pálida las inmediaciones de Leicester Square encuentra a los habitantes de esta zona poco dispuestos a levantarse, dado que en su mayor parte son pájaros nocturnos que duermen durante la mañana y solo se despiertan para acechar a su presa en la sombra cuando las estrellas ya están en el cielo. Allá, en el último piso o en las buhardillas, detrás de unas viejas ventanas y de sus mugrientas cortinas, ocultos bajo nombres más o menos inventados, títulos imaginarios, cabelleras postizas, alhajas falsas y mentirosas historias, descansa una colonia de truhanes absortos en su primer sueño. Caballeros de tapete verde que podrían hablar por propia experiencia tanto de todos los presidios extranjeros como sobre los calabozos nacionales, espías políticos que siempre andan imbuidos de una terrible debilidad y miedo, traidores convictos, miserables de toda ralea, jugadores, estafadores, testigos falsos, algunos de ellos marcados a fuego por el hierro bajo sus mugrientas melenas y que encierran en sí mismos más crueldades que Nerón y más crímenes que toda la prisión de Newgate, porque por malo que pueda aparecer el demonio vestido con harapos o de chaqueta (puede ser malvado vestido de una u otra forma), es más temible y fatal cuando lleva un alfiler de diamantes en la corbata, cuando se llama caballero, apuesta a una carta o a un color, juega al billar y entiende algo sobre letras de cambio o pagarés. Y, precisamente, bajo esta forma tiene la seguridad de encontrarle el señor Bucket cuando decide recorrer los canales que conducen a Leicester Square, y cree oportuno hacerlo.

Pero la mañana de invierno no lo busca a él ni lo despierta. Despierta al señor George, de la galería de tiro, y a su fiel criado. Ambos se levantan, enrollan su colchón y lo colocan en su sitio.

El señor George, después de afeitarse delante de un diminuto espejo, sale al patio a grandes zancadas, con la cabeza y el pecho descubiertos se agacha junto a la fuente y vuelve enseguida con la piel brillante de tanto frotarse con jabón amarillo y mojarse con la lluvia y rociarse además con agua helada. Con una toalla de lienzo basto muy larga se restriega con fuerza la cabeza, el cuello y los brazos mientras resopla como un buzo militar que acabara de salir del mar. El pelo rizado cada vez se vuelve más rebelde en las sienes bronceadas, y cuando más se va frotando, más parece que no debiera utilizar ninguna herramienta menos enérgica que un rastrillo de hierro o un cepillo de caballo para alisarlo, y mientras se restriega y jadea y se pule, sacude la cabeza de un lado para el otro con la intención de frotarse el cuello con mayor comodidad, y mantiene el cuerpo inclinado hacia delante, procurando no mojarse sus fuertes piernas de soldado. Mientras, el pobre Phil enciende el fuego arrodillado y contempla todo aquel lavatorio como si le bastara verlo para quedar él mismo limpio y recoger el exceso de salud del militar para reanimar sus propias fuerzas.

Cuando el señor George se ha secado, acaba de peinarse y cepillarse con dos cepillos simultáneamente, con tal energía que Phil, que en ese momento barre la galería sin separarse de la pared, hace un gesto de compasión. Pocos minutos después de esta operación, el señor George da por finalizado su aseo matinal. Llena la pipa, la enciende y recorre la sala de un extremo a otro, fumando según su costumbre, mientras Phil prepara el desayuno entre un fuerte aroma a café y a pan caliente. Fuma con gravedad y anda con lentitud, y tal vez dedica aquella primera pipa al recuerdo fúnebre de Gridley.

—¿Así que has soñado que estabas en el campo, Phil? —dice el señor George, después de haber recorrido varias veces la galería en silencio.

En efecto, Phil había expresado exactamente esos pensamientos con tono de sorpresa al levantarse de la cama.

—Sí, jefe —responde Phil.

—¿Y a qué se parecía el campo?

—No lo sé, jefe, apenas lo recuerdo —dice Phil después de un momento de reflexión.

—Y entonces ¿cómo sabías que era el campo?

—Creo que ha sido por la hierba y además por unos cisnes que andaban por allí —responde Phil, después de una nueva reflexión.

—¿Cisnes? ¿Y qué hacían en la hierba?

—Comían, supongo.

El señor George continúa su paseo mientras Phil prepara el desayuno. No es una tarea que exija demasiado tiempo, está compuesto simplemente de unos pedazos de panceta asados en una parrilla ennegrecida y café, pero como Phil tiene la costumbre de dar la vuelta a la galería para ir a buscar los objetos que necesita y nunca trae dos cosas a la vez, esta operación se hace bastante larga. Por fin, el desayuno está preparado. Cuando Phil lo anuncia, el señor George vacía la pipa, la deja en el extremo de la chimenea y se sienta para desayunar. Una vez que ha terminado de servirse, Phil toma su parte y se sienta en el extremo opuesto de la mesa. Ya sea por humildad, o para ocultar sus manos negras o por simple costumbre, se coloca el plato sobre las rodillas.

—¡El campo! —dice el señor George, manejando activamente el cuchillo y el tenedor—, ¿pero lo has visto alguna vez, Phil?

—Hace tiempo vi unos pantanos —responde Phil con la boca llena.

—¿Qué pantanos?

—Los pantanos, mi comandante.

—¿Dónde están?

—No sé en dónde están pero los vi, jefe, y recuerdo que era un lugar muy llano y que había niebla.

Según la opinión de Phil, el señor George es la única persona digna de llevar los títulos de jefe y comandante, que él usa indistintamente y que para él expresan el mismo grado de deferencia y respeto.

—Yo he nacido en el campo, Phil.

—¿De verdad, comandante?

—Sí, y hasta me crie allí.

Phil mira respetuosamente a su señor y enarca su única ceja para expresar todo el interés que le inspira esta revelación, y bebe un sorbo de café sin apartar los ojos del señor George.

—No hay en Inglaterra un canto de ave que no conozca, Phil, una planta o un fruto que no pueda nombrarte, ni un árbol al que no pueda aún encaramarme si necesitase hacerlo. De pequeño, era un verdadero escalador. Entonces mi madre vivía en el campo.

—Será muy anciana, jefe —dice Phil.

—Hace treinta y cinco años no era tan vieja, pero aunque tuviera noventa, apuesto a que estaría tan erguida y tendría los hombros tan anchos como yo.

—¿Es que murió a los noventa años, jefe?

—No. ¡Ya basta! Dejemos a mi madre en paz, y que Dios la bendiga —dice el militar—. ¿Por qué me ha dado por hablar del campo y de los jóvenes insensatos que escapan de su casa paterna? Seguro que es culpa de tu sueño. Así que no has visto nunca más campo que los pantanos y el de tus sueños, ¿eh?

Phil hace un gesto afirmativo.

—¿Te gustaría verlo?

—No sé. No lo tengo claro.

—Te basta con la ciudad, ¿no?

—La verdad es que no he visto otra cosa, mi comandante, y empiezo a ser muy viejo para conocer cosas nuevas.

—¿Qué edad tienes, Phil? —pregunta el militar deteniéndose un momento antes de beber del platillo humeante.

—Tengo una edad que lleva un ocho. No puede ser ochenta ni tampoco

dieciocho, está entre estos dos números.

El señor George se ríe mientras baja el platillo sin probar su contenido.

—Pero ¡qué demonios, Phil...! —dice el señor George aunque se contiene para no interrumpir a Phil, que ha comenzado a contar con los dedos ennegrecidos.

—Según el cálculo de la parroquia —dice Phil—, tenía ocho años cumplidos cuando me fui con el calderero. Me habían enviado a un recado y lo encontré sentado debajo de un cobertizo al lado de un buen fuego. «¿Te gustaría venir conmigo?», me dijo. «Necesito un muchacho.» Le respondí que sí, y partimos juntos para Clerkenwell. Era uno de abril y sabía contar hasta diez. Cuando llegamos al abril siguiente me dije: «Tienes ocho años y uno más». Al otro abril, me dije: «Tienes ocho años y dos más». Finalmente, llegué a tener diez además de ocho, y después ocho y dos veces diez, pero al llegar aquí la cuenta era muy larga y lo dejé. Únicamente estoy seguro de que hay un ocho en la cuenta.

—¡Ah! —dice el señor George—. ¿Y qué fue del calderero?

—La bebida le llevó al hospital, jefe, y el hospital lo metió en una caja de cristal. Eso me dijeron —responde Phil misteriosamente.

—Y entonces tú te encargaste del negocio, ¿no, Phil?

—Sí, comandante, continué el oficio. No era mucho. El trecho entre Saffron Hill, Hatton Garden, Clerkenwell y Smithfield. Era una zona pobre, la gente utilizaba las cazuelas hasta que quedaban inservibles. La ganancia principal de mi amo venía de los caldereros ambulantes que se hospedaban en nuestra casa, pero dejaron de ir cuando este murió porque él sabía muy buenas canciones y yo no sé ninguna. Él hacía música con cualquier cacharro de una manera increíble, bastaba que fueran de hierro o de latón, y yo con los cacharros no he sabido nunca hacer más que arreglarlos o cocinar con ellos. Nunca aprendí nada de música, además yo era muy feo y no gustaba a las mujeres.

—No creo que sea para tanto, tampoco llamas la atención —dice el militar, con una sonrisa agradable.

—No esté tan seguro, jefe —dijo Phil, moviendo la cabeza—. No era tan feo cuando me fui con el calderero, pero tampoco puedo afirmar lo contrario. Sin embargo, de tanto soplar el fuego con la boca cuando era un muchacho me estropeé la piel y me quemé el cabello, además de tragar humo y, lo que es peor, al ser tan torpe, a menudo me echaba encima hierro candente, lo que me dejaba cicatrices para toda la vida; a fuerza de pegarme con el calderero cuando había bebido demasiado, que era casi siempre, mi aspecto fue a peor,

sí, a peor. Piense usted que además me pasé doce años en una forja donde los operarios me gastaban bromas pesadas una y otra vez y que me quemé casi todo el cuerpo trabajando en una fábrica de gas, y para colmo de mi mala suerte, un día, mientras armaba cartuchos para unos pirotécnicos, la pólvora me hizo saltar por la ventana. No es extraño, pues, que la gente me mire como a un bicho raro.

Completamente resignado con su fealdad, a la que ya se había habituado, Phil se sirve otra taza de café y la vacía de un sorbo diciendo:

—Me encontró usted después de aquella desgracia de los fuegos artificiales, ¿se acuerda usted, mi comandante?

—Sí, Phil, estabas tomando el sol.

—Dirá mejor que me arrastraba junto a una pared, jefe.

—Es verdad, Phil, estabas apoyado en una...

—¡Con gorro de dormir! —exclama Phil, con animación.

—Es cierto, con gorro de dormir.

—Y andaba con un par de muletas —continúa Phil, cada vez más animado.

—Eso es, con un par de muletas y entonces...

—Entonces se paró usted para decirme... ya lo sabe —exclama Phil dejando en la mesa la taza y el platillo y recogiendo la bandeja de encima de sus rodillas—: «Hola, amigo, ¿has estado en la guerra?». No supe qué contestar, mi comandante, porque la sorpresa no me permitía hablar. Que un hombre como usted, tan fuerte, tan saludable y tan valeroso se parase a hablar conmigo era una cosa admirable. Entonces me dijo usted con un vozarrón como si fuera un vaso de algo caliente: «Pero ¿qué te ha sucedido, muchacho? ¿Algún accidente grave? ¿Qué te ha ocurrido? Cuéntame». ¡Y ya solo con eso me animé! ¡Con qué gusto desembuché! Y usted venga a preguntarme, y yo dando rienda suelta a la lengua y desde entonces estoy con usted, mi comandante.

Phil se levanta de la silla y empieza a dar vueltas absurdamente por la galería apoyándose en las paredes.

—Si algún día —prosigue— le faltase un blanco o le fueran mal los negocios, deje usted que los clientes disparen sobre mí, no pueden afearme aún más la cara, mi comandante. Si alguien quiere descargar unos puñetazos, aquí está mi cabeza, que aticen hasta que se cansen, a mí no me importa. Si quieren un peso ligero con el que entrenar sus golpes según el reglamento de Cornualles, el de Devonshire o el de Lancashire, que me peguen a mí. A mí no me van a hacer daño. ¡Ya me han pegado bastante con el reglamento y sin él!

Mientras pronuncia con energía este monólogo improvisado, que acompaña con grotescos gestos descriptivos, Phil Squod recorre tres de los lados de la galería y girando sobre sí mismo, de pronto, se precipita hacia el señor George y le propina un cabezazo, como forma de expresar todo su aprecio. Después comienza a recoger los platos y las tazas de la mesa.

El militar se ríe con gusto, da unas amistosas palmadas sobre el hombro de su criado y le ayuda a poner en orden la galería para el trabajo diario. Una vez hecho esto, se dedica un tiempo a entrenarse con las pesas, y después pasa a pesarse él mismo, opinando que está «poniéndose robusto», tras lo cual se dedica con gran solemnidad al manejo del sable, y Phil se sienta, mientras, delante de la mesa donde tiene las herramientas, y atornilla y desatornilla y lima y frota y sopla en el cañón de las armas y hasta en sus más insignificantes hendiduras, se pone negro como el carbón y hace y deshace todo cuanto puede hacerse y deshacerse dentro de limpiar y pulir armas de fuego.

Al cabo de un tiempo, interrumpe las ocupaciones de amo y criado el ruido de unos extraños pasos que se oyen en el pasadizo y que anuncian una visita no menos extraña.

Se aproximan los pasos, la puerta se abre y aparece un grupo tan extravagante que a primera vista se creería que es el 5 de noviembre.[5] Este grupo está compuesto por un figura flácida y contrahecha, llevada en una silla por dos hombres, seguidos de una mujer escuálida de rasgos afilados que parece que va a empezar a cantar los versos populares conmemorativos de aquella época en que parecía que la vieja Inglaterra iba a volar por los aires a base de barriles de pólvora. Sin embargo, sus labios permanecen cerrados con desconfianza mientras los dos portadores dejan su carga en el suelo.

—¡Ay, Dios mío! ¡Pobre de mí! —jadea el viejo contrahecho, y añade—: vaya manera de zarandearme. ¡Por fin! ¿Cómo se encuentra, querido amigo?

El señor George reconoce entonces al venerable señor Smallweed, que ha salido a tomar el aire acompañado de su nieta Judy como inseparable corte.

—Señor George, amigo mío, ¿se encuentra usted bien? —dice el viejo, soltando a uno de los portadores al que tiene cogido por el cuello y que casi ha estrangulado por el camino—, ¿cómo está? Parece que le sorprende verme aquí.

—Casi tanto como si me hubiera encontrado a su amigo de la ciudad — responde el militar.

—Salgo muy poco —jadea el señor Smallweed—. Hacía meses que no salía, me resulta incómodo y además es caro. Pero ¡tenía tantos deseos de verlo, mi querido señor George! ¿Se encuentra usted bien?

—Bastante bien, ¿y usted, señor Smallweed?

—Me alegro mucho de que se encuentre bien.

El señor Smallweed le toma las manos y prosigue:

—Traigo a mi nieta, Judy. No puedo separarme de ella ni un momento, y además ¡Judy deseaba tanto verlo!

—¡Pues nadie lo diría con esa cara! —dice el señor George entre dientes.

—Hemos alquilado un coche y hemos puesto dentro la silla. Cuando hemos llegado a la esquina me han sacado del coche y me han sentado en la silla y me han traído hasta aquí para que pudiera ver a mi querido amigo en su propio establecimiento. Este mozo es el cochero —dice el señor Smallweed designando al porteador que había sido casi estrangulado y que se aleja dándose masajes en el cuello—. No le pago nada por traerme en la silla porque he acordado el precio del carruaje con esta condición. En cuanto a este otro, el caso es muy distinto. Le hemos contratado en la esquina a cambio de una pinta de cerveza, esto es, por dos peniques. Dale los dos peniques, Judy. No sabía que tuviera usted un ayudante, señor George, de haberlo sabido me habría ahorrado los dos peniques.

El viejo Smallweed dirige una mirada a Phil y casi se atraganta al exclamar con terror: «¡Ay, Señor! ¡Pobre de mí!». Terror justificado porque Phil, que no había visto nunca a la figura con gorro de terciopelo negro, asombrado por su aparición, interrumpe súbitamente su trabajo y se queda con un arma en la mano con todo el aspecto de poder eliminar al viejo señor Smallweed de un disparo como a cualquier feo pajarraco de la familia de los cuervos.

—Judy, hija mía —continúa el viejo—, entrega a ese hombre los dos peniques prometidos, aunque lo encuentro excesivo por el poco trabajo que ha hecho.

Aquel hombre, uno de los especímenes más extraordinarios de esos hongos humanos que crecen espontáneamente en las calles occidentales de Londres, lleva una chaqueta roja y raída y su oficio consiste en llamar los coches, sujetar los caballos y abrir las portezuelas. El hongo humano recibe los dos peniques con indiferencia, arroja la moneda al aire y la recoge con el dorso de la mano y se marcha.

—Querido amigo mío —dice el señor Smallweed—, ¿tendrá usted la bondad de acercarme a la chimenea? Voy haciéndome viejo y enseguida tengo frío. ¡Ay, pobre de mí!

Arranca esta exclamación al viejo la brusquedad con que Phil Squod, como el genio que sale de una lámpara, ha agarrado al señor Smallweed junto con su silla y lo ha situado al lado de la chimenea.

—¡Pobre de mí! —exclama el señor Smallweed, con voz trémula—. ¡Dios mío! ¡Santo cielo! Amigo mío, ¡qué fuerte y qué decidido es su sirviente! ¡Y con qué brusquedad actúa! Judy, apártame un poco del fuego, me estoy chamuscando las piernas.

Lo que corrobora el olfato de los presentes al percibir el olor que desprenden sus medias de lana.

La bondadosa Judy retira del fuego a su abuelo y lo sacude como de costumbre, le destapa un ojo que ha quedado tapado por el gorro de terciopelo negro y el señor Smallweed vuelve a repetir: «¡Pobre de mí! ¡Ay, Señor!», y tras mirar otra vez al señor George, le tiende las manos.

—Querido amigo, ¡qué placer tengo en verlo! ¿Es este su famoso establecimiento? ¡Magnífica galería! ¡Un lugar encantador! No se disparará alguna de estas armas por casualidad, ¿verdad, querido amigo? —añade el señor Smallweed con preocupación.

—No, no tenga usted miedo.

—¿No ha ocurrido nunca que su ayudante...? No permitiré que se le dispare un arma por accidente, ¿verdad, mi querido amigo?

—No, nunca ha hecho daño a nadie salvo a sí mismo —dice el señor George con una sonrisa.

—Sin embargo, podría ocurrir —dice el señor Smallweed—. A juzgar por lo que veo, se ha herido más de una vez y del mismo modo podría herir a otro —replica el anciano—. Podría suceder, accidentalmente... o no tan accidentalmente. Querido amigo, ¿tendría usted la bondad de decirle que deje, por un momento, esas armas infernales... y que se aleje?

Phil obedece a una seña del señor George y, tras dejar el arma, se retira al extremo opuesto de la sala. El señor Smallweed, más calmado, se frota las piernas.

—¿Y cómo marchan los negocios? —pregunta al militar, que permanece en pie delante de él con el sable en la mano—. Parece que esto va prosperando con la ayuda de Dios.

El señor George contesta, fríamente, con una inclinación de cabeza, y replica:

—Supongo, señor Smallweed, que no ha venido usted para decirme esto. Usted dirá, pues, qué le trae por aquí.

—¡Siempre alegre y de buen humor, señor George! —responde el anciano—. Es usted una gran compañía.

—Claro, claro. Adelante, señor Smallweed.

—Señor George, querido amigo. Pero... ese sable parece tan afilado y brilla de un modo... No vaya usted a herir a alguien por casualidad. Se me pone la piel de gallina al verlo, amigo mío. ¡Maldito militar! —añade el viejo, hablando en voz baja a su nieta mientras el militar se aleja para dejar el sable—. Me debe dinero y podría tener la mala idea de librarse de la deuda descargándome un golpe a traición. Si estuviera aquí al menos tu maldita abuela... ¡Quién sabe si, con un poco de suerte, le cortarían la cabeza!

El señor George vuelve al lado de la chimenea, se cruza de brazos y contempla al señor Smallweed, que se encoge cada vez más en su silla.

—Veamos ahora el asunto que le trae a usted a mi casa.

—Sí, sí —dice el señor Smallweed, riendo con malicia—. Sí, veamos... ¿Veamos qué, mi querido amigo?

—Una pipa —dice el señor George que con gran compostura se sienta junto a la esquina de la chimenea, toma la pipa, la llena y fuma en silencio.

Desconcertado por tanta calma y considerando que siempre le resulta muy difícil entrar en materia, el señor Smallweed acaba por exasperarse de tal modo que en su impotente rabia rasga el aire con sus uñas dando la impresión de que su verdadero deseo es dar un zarpazo en la cara del señor George y desfigurarle el rostro. El venerable anciano tiene las uñas largas y duras, las manos descarnadas, los ojos pálidos y vidriosos y además se mueve y se agita cada vez más en la silla hasta convertirse en una masa informe que, sin embargo, continúa dando manotazos al aire. Hasta a los ojos de su nieta, acostumbrada a semejantes aspavientos, presenta un espectáculo tan horrible que la decorosa doncella se precipita sobre él con más arrebato que ternura y lo sacude y amasa como una almohada en diversas partes del cuerpo, pero principalmente en lo que la ciencia de la autodefensa delimitaría como el aparato respiratorio y lo hace hasta tal punto que en su extrema aflicción emite un forzoso ruido como un martillo de empedrar.

Cuando, después de este zarandeo, Judy consigue enderezar en su silla al señor Smallweed, que tiene la nariz helada y la cara lívida, pero que continúa desplegando las uñas en manotazos al aire, Judy toca con el dedo índice la espalda del señor George, quien levanta la cara, y ella señala con ese mismo dedo a su abuelo y, después de ponerles frente a frente de este modo, se queda inmóvil y dirige hacia el fuego su mirada fría y severa.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Uy! ¡Uy! —exclama el señor Smallweed, reprimiendo su rabia—. Mi gran amigo —añade sin dejar de arañar el aire.

—Le repito —dice el señor George— que, si quiere usted hablar conmigo, hable alto y claro. Mi educación es limitada, de modo que no me venga con rodeos, no le entiendo, no soy lo suficientemente inteligente para entender lo

que pretende decir con tanto ir y venir —continúa el militar, llevándose la pipa a los labios—. ¡Maldita sea! Me estoy quedando sin resuello.

Y llena de aire su corpulento pecho como para asegurarse a sí mismo de que aún puede respirar.

—Si ha venido usted como amigo a hacerme una visita —continúa el señor George—, desde luego que se lo agradezco y aquí me tiene usted a su disposición. Si ha querido ver mi establecimiento y lo que hay en él, mire usted cuanto guste, y si tiene usted intención de decir algo, hágalo pronto y lárguese.

La dulce Judy, sin apartar los ojos de la chimenea, descarga un espectral manotazo sobre su abuelo.

—Ya lo ve usted, también esta señorita piensa como yo. ¿Pero por qué su nieta no se sienta como haría cualquier persona? —pregunta el señor George—. No lo entiendo.

—Está a mi lado para servirme, querido amigo —responde Smallweed—. Soy viejo y necesito algunas atenciones, por suerte llevo bien los años y no me he convertido en una maldita cotorra —añade, buscando instintivamente el cojín—. Sin embargo, necesito que me cuiden de vez en cuando.

—Muy bien —dice el militar, volviendo la silla para ponerse frente a frente con el viejo—. Hable usted... ¿Cuál es el motivo de su visita?

—Mi amigo de la ciudad ha hecho un trato con uno de sus alumnos, señor George.

—¿De verdad? —dice el señor George—. Lo siento por él.

—Sí, señor. —El anciano Smallweed se frota las piernas—. Ahora es un soldado admirable, señor George, el nombre del joven es Carstone. Gracias a la ayuda de sus amigos, la deuda fue honorablemente liquidada.

—Ah, ¿sí? —dice el señor George—. ¿Cree usted que su amigo de la ciudad se dignará escuchar un buen consejo?

—Partiendo de usted, supongo que sí, querido amigo.

—Pues bien, dígame usted que no haga más negocios con ese joven porque saldrá perdiendo. Me consta que está en las últimas.

—No, no, querido amigo. No, no, señor George. No, no, señor —dice el señor Smallweed sin cesar de frotarse las piernas y sonriendo con malicia—. Hará negocios con él y no perderá nada. Cuenta con buenos amigos y una buena paga. Por otra parte, tenemos la garantía de su graduación en el ejército más la perspectiva que le ofrece un pleito y la dote de su mujer cuando se case... y, por último..., sepa usted, señor George, que mi amigo de la ciudad

considera que ese joven puede responder con alguna otra cosa... —dice el anciano Smallweed, poniéndose el gorro de terciopelo al revés y rascándose la oreja como un mono.

El señor George, visiblemente contrariado con las palabras que acaba de oír, deja la pipa sobre la chimenea, apoya un brazo en el respaldo de la silla y con el pie derecho marca el paso al compás de una marcha golpeando el suelo.

—Pero dejando esto aparte —prosigue el señor Smallweed—, y por animar la conversación, como quien dice, pasemos del alférez al capitán.

—¿De quién habla usted? —pregunta el señor George, frunciendo el ceño y estirándose con viveza la sombra del bigote.

—De nuestro capitán, señor George, del que conoce usted, del capitán Hawdon.

—¡Ah! ¡Al fin salió aquello! —dice el señor George con un pequeño silbido mientras observa cómo lo miran fijamente el abuelo y la nieta—. ¿Con que se trata de él? Bien, hable usted y sáqueme de mi impaciencia. Hable.

—Querido amigo —continúa el viejo—. Ayer me preguntaron... Judy, levántame un poco... Me preguntaron por el capitán y estoy convencido de que no ha muerto.

—Bobadas —contesta el señor George.

—¿Qué dice usted, querido amigo? —pregunta el señor Smallweed, poniéndose la mano detrás de la oreja.

—Bobadas.

—Ya —dice el anciano Smallweed—, señor George, podrá juzgar por sí mismo si mi opinión se encuentra fundada con escuchar las preguntas que me han hecho y los motivos que tenían para hacérmelas. Usted verá si tengo o no razón. ¿Imagina lo que está buscando el procurador que me ha hecho esas preguntas?

—Hacer negocio —dice el señor George.

—Nada de eso.

—Pues en tal caso no es procurador —dice el señor George cruzándose de brazos muy convencido.

—Perdone, amigo mío, es procurador y de los de mayor fama. Dice que quisiera tener algunas líneas escritas por el capitán Hawdon, pero no las quiere para quedarse con ellas, sino para confrontarlas con ciertos documentos que posee.

—¿Y bien?

—Pues como recordó el anuncio que apareció en los periódicos relativo al capitán Hawdon y a los informes que de él se pedían, ha venido a verme. Precisamente de la misma forma que vino usted, querido amigo. ¡Venga deme la mano en recuerdo de aquel día feliz! ¡Cuánto me alegré de que viniera! ¡Qué amigo hubiera perdido de no ser por aquella feliz circunstancia!

—¿Y bien, señor Smallweed? —repite el señor George tras llevar a cabo la formalidad con distanciamiento.

—Solo tengo su firma, ni una sola línea más de su puño y letra. ¡La peste y el hambre, la guerra y el fuego caigan sobre él! —dice el anciano, que ha convertido en maldición una de las pocas oraciones que aún recuerda, mientras estruja la gorra entre sus manos crispadas—. Tengo un millón de firmas..., pero usted, querido amigo —dice, recobrando la calma y el acento meloso mientras Judy vuelve a colocarle la gorra sobre su cabeza pelada como una bola de billar—, usted, querido amigo, sin duda tendrá alguna carta o algún otro documento del capitán. Cualquier cosa escrita por él sería suficiente.

—Algunas líneas con su letra —piensa el militar en voz alta—. Es posible que las tenga.

—¡Mi querido amigo!

—Aunque también es posible que no.

—¡Vaya! —dice el anciano Smallweed, abatido.

—Pero aunque las tuviera a montones, no enseñaría ni siquiera el papel necesario para cubrir un cartucho antes de saber el uso que se le quiere dar.

—Ya se lo he dicho. Mi querido señor George, ya se lo he dicho.

—No me basta con eso —dice el militar, negando con la cabeza—. Necesito saber algo más y estar de acuerdo.

—Venga usted a casa del procurador, amigo mío, venga usted a ver a ese caballero —responde el anciano, sacando con sus manos de esqueleto un reloj antiguo de plata—. Son las diez y media. Le dije que tal vez pasaría por su casa entre las diez y las once. ¿Quiere usted acompañarme, señor George?

—Hum —dice gravemente el señor George—. No me parece mal. Aunque se tome usted tanto interés en un asunto tan inocente en apariencia.

—Todo lo que concierne al capitán me interesa, naturalmente. ¿No nos engañó a todos? ¿No nos debía sumas considerables? ¡Sí que me interesa! ¡Ya lo creo! Pero no vaya usted a figurarse, querido amigo —añade el viejo, bajando la voz—, que trato de hacerle cometer una traición. Muy al contrario. ¿Vendrá usted, señor George?

—Sí, iré un minuto pero, como comprenderá, no me comprometo a nada.

—No, querido señor George, claro que no.

—¿Y pretende decir que me llevará usted a casa de ese procurador, donde sea que se encuentre, sin hacerme pagar el coche? —pregunta el señor George, tomando el sombrero y los gruesos guantes de cuero.

Esta ironía divierte de tal modo al señor Smallweed que ríe en voz baja durante largo rato. Sin embargo mientras ríe aprovecha para observar por encima de su hombro paralítico al militar que abre la cerradura de una alacena situada en el extremo opuesto de la sala y, tras registrar todos los cajones, saca por fin un papel que guarda en el bolsillo interior de la chaqueta después de doblarlo.

Judy y su abuelo intercambian disimuladamente golpes con el codo.

—Cuando usted guste —dice el señor George de vuelta—. Phil, lleva a este caballero hasta el coche y no le hagas daño.

—¡Espere usted... un momento! ¡Es tan brusco este hombre! —exclama el señor Smallweed—. Buen hombre, ¿está usted seguro de poderme llevar sin hacerme daño?

En vez de contestar, Phil coge la silla de lado y con ella al anciano, que ahora lo abraza efusivamente sin decir palabra, y se precipita hacia el pasillo como si hubiera recibido la esperada orden de arrojar al viejo al volcán más cercano. Sin embargo, de momento solo debe cargarlo hasta el coche y allí lo deja, y la esbelta Judy se coloca al lado de su abuelo y la silla pasa a embellecer el techo del carruaje mientras el señor George se sienta en la plaza vacía en el pescante.

El señor George queda confuso ante el espectáculo que vislumbra cada poco rato al contemplar el interior del coche por la ventanilla que queda detrás de él. Judy permanece sombría e imperturbable mientras que el anciano, con el gorro tapándole un ojo, resbala una y otra vez de su asiento hacia el montón de paja del suelo, mientras con el ojo libre lo mira con la impotencia de quien es zarandeado por la espalda.

XXVII

Más de un veterano

El señor George no permanece mucho rato sentado con los brazos cruzados en el pescante, ya que no tardan en llegar a Lincoln's Inn Fields. Cuando el conductor detiene el coche, el señor George desciende y pregunta a través de la ventana:

—Su famoso procurador, ¿no será por casualidad el señor Tulkinghorn?

—Sí, querido amigo. ¿Acaso lo conoce usted?

—He oído hablar de él y hasta creo haberlo visto alguna vez, pero no creo que él me conozca a mí.

El transporte del señor Smallweed se efectúa fácilmente gracias a la ayuda del señor George.

El anciano es introducido sobre la silla en el despacho del procurador y colocado sobre la alfombra turca, delante de la chimenea.

El señor Tulkinghorn está ausente, pero volverá muy pronto. Así lo dice el hombre de mediana edad que desempeña los cargos de escribiente y ordenanza y que, después de haber atizado el fuego, vuelve a su banco situado en la antesala y deja a los tres junto al calor de la chimenea.

El despacho excita la curiosidad del señor George. Contempla el techo pintado y los viejos libros de derecho, observa los retratos de los grandes personajes que tiene por clientes el procurador y lee en voz alta los nombres marcados en las cajas.

—Sir Leicester Dedlock, barón —lee el señor George, con aire pensativo— ¡Quinta de Chesney Wold!

El militar contempla largo rato aquellas cajas como si fueran cuadros y regresa después junto al fuego repitiendo:

—¡Sir Leicester Dedlock, barón y quinta de Chesney Wold!

—Una verdadera fortuna, señor George —le dice en voz baja el anciano Smallweed rascándose las piernas—. Es muy rico.

—¿Quién? ¿El barón o el procurador?

—El procurador, el procurador.

—Eso he oído, y también que conoce un par de secretos. No está mal este cuartel —dice, mirando en torno suyo—. ¿Ve usted aquella caja fuerte?

La llegada del señor Tulkinghorn pone fin a esta conversación.

Por supuesto, el procurador viste su traje sin lustre de siempre. Lleva en la mano los anteojos y hasta el estuche de estos parece gastado. Se presenta con modales fríos y secos. Su voz grave y apagada. Su rostro vigilante y ciego como es habitual en él, con un gesto intransigente y tal vez despectivo. Al final, la nobleza tendría devotos más fervientes y partidarios más incondicionales que el señor Tulkinghorn si se supiera todo.

—Buenos días, señor Smallweed —dice al entrar—. Veo que lo ha traído,

sargento. Siéntese, sargento.

Mientras el señor Tulkinghorn se quita los guantes y los echa dentro del sombrero, mira con los ojos entornados hacia el otro lado de la sala, donde está sentado el señor George, y dice, tal vez, para sí mismo: «Parece que ya lo tenemos, amigo.»

—Siéntese, sargento —repite el procurador, dirigiéndose a su escritorio que está cerca de la chimenea y sentándose en el sillón—. Hoy hace una mañana fría y desapacible —dice el señor Tulkinghorn, calentándose frente a la reja de la chimenea primero las palmas de las manos y más tarde los nudillos y contempla (siempre a través del velo impenetrable que cubre su mirada) al trío que forma un semicírculo delante de la mesa—. Creo que ya caigo, señor Smallweed. —Lo que tal vez sea cierto en varios sentidos. El anciano debe ser sacudido una vez más por Judy para iniciar la conversación—. Según veo ha traído usted a nuestro buen amigo el sargento.

—Sí, señor —contesta el anciano, enteramente subyugado por la riqueza y la influencia del procurador.

—¿Y qué dice el sargento de nuestro asunto?

—Este es el caballero de quien le hablé, señor George —dice el viejo Smallweed con un gesto tembloroso de su arrugada mano.

El militar saluda al procurador y vuelve a sentarse sin abrir la boca. Su actitud es orgullosa y se halla sentado muy erguido como si llevara a la espalda el equipo reglamentario de una jornada de maniobras.

—Pues bien, George... —dice el señor Tulkinghorn—. Se llama usted George, ¿no es así?

—Eso es, señor.

—Pues bien, George, ¿qué tiene usted que decirme?

—Perdone, señor —responde el militar—, pero antes desearía saber lo que tiene que decirme usted a mí.

—¿Se refiere a la recompensa?

—Me refiero a todo, señor.

Esta contestación irrita de tal modo al señor Smallweed que exclama encolerizado:

—¡Qué bestia del diablo! —y volviéndose inmediatamente para pedir perdón al señor Tulkinghorn, se excusa y le dice a Judy:

—Estaba pensando en tu abuela, querida.

—Creía —dice el procurador, apoyándose en uno de los brazos del sillón y cruzando las piernas— que el señor Smallweed le había explicado ya el asunto. No importa, la cuestión es muy sencilla. Usted sirvió en otro tiempo a las órdenes del capitán Hawdon, lo cuidó durante su enfermedad y le prestó varios servicios y tengo entendido que era usted digno de su confianza. ¿Es eso cierto o no?

—Es muy cierto —dice el señor George con precisión militar.

—De lo cual resulta que debe usted de tener algo escrito de puño y letra del capitán, lo que sea, no importa: cuentas, una orden, una carta, cualquier cosa. Deseo cotejar su letra con la de ciertos documentos que poseo. Si me proporciona usted el medio para hacerlo, le recompensaré por las molestias. ¿Le parecerían adecuadas tres, cuatro o cinco guineas?

—¡Magnífica recompensa, amigo mío! —exclama el señor Smallweed guiñando los ojos.

—Si le parece insuficiente, fije usted mismo la cantidad que considere justa de acuerdo con su conciencia militar. Si desea conservar del escrito al que nos referimos, no es necesario que se desprenda usted de él, aunque preferiría que consintiera en cedérmelo.

El señor George permanece impasible en la silla, exactamente en la misma postura anterior. Mira las pinturas del techo, pero no dice una palabra.

El señor Smallweed, cada vez más irritado, desgarrá el aire con sus uñas de ave de rapiña.

—Toda la cuestión —continúa el señor Tulkinghorn con su talante metódico, contenido, indiferente— consiste en saber en primer lugar si tiene usted efectivamente algún escrito de puño y letra del capitán Hawdon.

—En primer lugar, si tengo algún escrito de puño y letra del capitán Hawdon, señor —repite el señor George.

—En segundo lugar, qué cantidad le parecería adecuada por enseñarme ese escrito.

—En segundo lugar, qué cantidad me parecería adecuada por enseñarle ese escrito —repite el señor George.

—En tercer lugar, juzgar si su letra se parece a ésta —añade el señor Tulkinghorn, acercándole de pronto varios pliegos manuscritos y atados en un paquete.

—Si su letra se parece a ésta. Muy bien —dice el señor George, que ha repetido maquinalmente los tres puntos de la cuestión, mirando fijamente a los ojos del señor Tulkinghorn sin prestar atención alguna a los pliegos que este le

ha entregado y que pertenecen al pleito de Jarndyce contra Jarndyce, sino que permanece observando al procurador con una mirada inquisitiva y meditabunda.

—¿Qué es lo que contesta usted? —le pregunta el procurador.

—Digo —responde el militar, levantándose e irguiéndose como un gigante — que, si no le importa, preferiría no mezclarme en este asunto.

—¿Por qué no?

—Porque, señor —contesta el señor George—, a excepción de la ordenanza militar, no soy muy conocedor de los asuntos de la vida. En cuestiones civiles no valgo para gran cosa. No entiendo nada de todos estos asuntos. Me encuentro más cómodo bajo el fuego cruzado que frente a las preguntas que usted me hace. Ya le dije al señor Smallweed, hace apenas una o dos horas, que con estas cosas siento que me ahogo, y esta es la sensación que experimento ahora mismo —añade, mirando uno a uno a los presentes.

Y una vez dichas estas palabras, da tres pasos hacia delante para devolver los pliegos a la mesa del procurador y otros tres pasos hacia atrás para volver a su puesto, donde permanece en pie, con las manos cruzadas en la espalda, como queriendo evitar la recepción de cualquier otro documento.

Tras esta provocación, el señor Smallweed tiene en la punta de la lengua su epíteto favorito, tanto que acaba mezclando las palabras «mi querido amigo» con la palabra «diablo» de modo que acaba pronunciando las palabras «mi querido amiguiablo», lo que da la impresión de que se está atragantando con las palabras. Pero una vez recuperado acaba por exhortar a su amigo a que no sea tan irracional y a que acceda a lo que desea un caballero tan eminente y a que lo haga sin recelo alguno puesto que lo que se le pide es tan justo como ventajoso.

El señor Tulkinghorn se contenta con soltar, de vez en cuando, algunas frases como estas:

—Usted sabrá lo que mejor le conviene... Si teme usted perjudicar a un tercero... Haga usted lo que guste, es usted perfecto dueño de sus acciones.

Pronuncia estas palabras con aparente indiferencia, echa una ojeada sobre los papeles que cubren la mesa y se dispone a escribir una carta.

El señor George mira con desconfianza en torno suyo, dirige de nuevo los ojos al techo pintado, los clava en la alfombra, de la alfombra los posa sobre el anciano, del anciano al procurador, del procurador otra vez al techo, apoyándose perplejo primero en una pierna y luego en la otra.

—No quisiera ofenderlo —dice el señor George—, pero le aseguro, caballero, que entre usted y el señor Smallweed, aquí presente, todo me da

vueltas. En una palabra, me asfixio, no me siento con fuerzas para enfrentarme a este asunto. Permítame tan solo que le haga una pregunta: suponiendo que pudiera encontrar algunas líneas escritas por la mano del capitán, ¿por qué desea ver su letra?

El señor Tulkinghorn niega con la cabeza pausadamente.

—Si fuera usted un hombre habituado a esta clase de negocios, no tendría necesidad de decirle que en la profesión que ejerzo hay razones confidenciales, aunque perfectamente inocuas en sí mismas, que dan con frecuencia origen a este tipo de peticiones. Pero si teme que esto pueda perjudicar al capitán Hawdon, puede usted estar tranquilo.

—Lo creo, señor, porque ha muerto.

—¿Ha muerto? —dice el señor Tulkinghorn con calma mientras vuelve a tomar la pluma para escribir.

—Siento no haberle podido ser tan útil como hubiera deseado —agrega el señor George, después de algunos instantes de silencio mirando su sombrero—, pero si lo que me requiere usted puede prestar algún servicio, quisiera consultarlo con un amigo que entiende más que yo en esa clase de asuntos y que también ha sido militar. Estoy tan sofocado, en este momento —añade el señor George, pasándose la mano por la frente—, que prefiero pedir consejo a otra persona ya que ahora mismo no puedo decidir por mí mismo.

Al escuchar que se trata de otro militar, el señor Smallweed se contenta con esta resolución e insta fervientemente al militar para que vaya a ver a su amigo y, en especial, para que le advierta de que se trata de ganar cinco guineas o tal vez más.

El señor Tulkinghorn continúa escribiendo sin pronunciar palabra.

—Me marchó entonces, con su permiso —dice el militar—, a consultar con mi amigo. Volveré esta noche para darle una respuesta definitiva. Señor Smallweed, si desea usted que le conduzca al coche...

—Dentro de un minuto, querido amigo, dentro de un minuto. ¿Me permite que hable un momento con el señor Tulkinghorn?

—Como guste. Yo no tengo prisa.

El militar se retira al extremo de la sala y vuelve a examinar con atención la caja fuerte y las otras cajas que vio al entrar.

—Si no estuviera tan débil como un niño, señor —dice en voz baja el señor Smallweed mientras atrae al procurador por la solapa hasta colocarlo a su altura y sus ojos emiten los verdes reflejos de un fuego casi apagado— le arrancaría a golpes el escrito que deseamos. Lo lleva consigo, en el bolsillo

interior de la chaqueta. Lo he visto cuando se lo guardaba y Judy también lo ha visto. ¿No es verdad? ¡Habla, idiota! ¿O te has quedado muda de repente? ¿No lo has visto tú también?

El anciano acompaña estas palabras con un golpe tan violento contra su nieta, que con el esfuerzo se acaba ladeando en la silla y arrastra con él al señor Tulkinghorn.

Afortunadamente, Judy evita que caiga y lo restablece sobre su asiento y después lo zarandea.

—No me gusta la violencia —observa fríamente el procurador.

—Ya lo sé, ya lo sé, señor pero convengamos en que es irritante. Es peor que la absurda cotorra de tu abuela —dice el anciano a Judy que permanece inalterable mirando el fuego de la chimenea—, saber que posee lo que necesitamos... ¡Que se niega a darlo! ¡Él! ¡Un vagabundo! Bien, bien, que siga presumiendo, pronto dejará de hacerlo. Lo tengo con la soga al cuello y voy a someterlo. Se lo aseguro. Lo hará por las buenas o por las malas. Señor George —añade el viejo dirigiendo al procurador una mueca repugnante—, estoy a su disposición, querido amigo.

El señor Tulkinghorn se levanta y se sitúa sobre la alfombra, cerca de la chimenea y de espaldas al fuego. No puede evitar mostrar, a pesar de su semblante impasible habitual, cierta diversión al ver cómo desaparece el señor Smallweed. Contesta con una ligera inclinación de cabeza el saludo del militar.

El señor George encuentra más fácil llevar al señor Smallweed hasta el pie de la escalera que desembarazarse de él, pues el anciano, al verse en el coche, resulta tan locuaz hablando de las guineas mientras retiene afectuosamente a su amigo por un botón de la chaqueta (llevado por el íntimo deseo de rasgar el bolsillo y robar el precioso papel oculto), que el militar necesita hacer un gran esfuerzo para soltarse de aquella garra. Cuando por fin logra verse libre, se aleja y se dirige hacia la casa de su antiguo compañero de armas en busca de consejo.

Cruza Temple y, al pasar por Whitefriars, echa una ojeada a Hanging Sword Alley, que se encuentra casi en su camino, atraviesa el puente de Blackfriars y toma sin prisa el camino del mismo nombre hasta llegar a una calle de pequeños comercios situada en medio de la encrucijada que forman los caminos de Kent y de Surrey con las calles que desembocan en los distintos puentes de Londres y que van a parar al célebre mesón del Elefante, que perdió el castillo que formaban cientos de coches de cuatro caballos, ahora víctimas de un potente monstruo de hierro dispuesto a convertirlos en carne picada el día que se atrevan a desafiarlo. El señor George avanza a grandes

pasos hacia uno de los pequeños comercios de aquella calle que pertenece a un músico, como se puede deducir de los violines del escaparate, las flautas de Pan, una pandereta, un triángulo y hojas de papel pautado. Y al detenerse junto a la tienda, ve a una mujer de aspecto marcial que, con el faldón arremangado, lleva un recipiente de madera en los brazos y que comienza a lavar algo junto a la acera con grandes salpicaduras. El señor George se dice:

—¡Siempre lo mismo! ¡Siempre lavando verduras! Nunca la he visto hacer otra cosa, a excepción de cuando la vi montada en un carro de equipajes.

La persona objeto de esta reflexión está tan abstraída lavando la verdura que no advierte al señor George hasta el momento en que, habiendo arrojado el agua de la cazuela por la alcantarilla, se levanta y se encuentra cara a cara con él. Su recibimiento no es muy cálido.

—George —le dice—, en cuanto te veo llegar, ya estoy deseando verte a cien millas de distancia.

El militar no hace caso de estas palabras y la sigue a la tienda. Ella le da un apretón de manos, se acoda sobre el mostrador, donde ha dejado el recipiente con la verdura, y repite:

—George, nunca considero a Matthew Bagnet a salvo ni un minuto cuando tú andas cerca. Temo que se le pegue esa vida errática de vagabundo que llevas.

—Lo sé, señora Bagnet, lo sé y puede que tenga usted razón.

—Claro que lo sabes —dice la señora Bagnet—. Pero... y entonces ¿por qué no cambias?

—Es mi naturaleza, supongo —responde de buen humor el militar.

—¡Ya! —exclama la señora Bagnet con voz chillona—. ¿No tengo derecho a quejarme si tu naturaleza hace que mi Mat abandone el negocio de la música para llevárselo a Nueva Zelanda o a Australia?

La señora Bagnet no es en absoluto fea. Tal vez su aspecto sea algo ordinario, es cierto que resulta excesivamente corpulenta y que el viento y el sol han bronceado su piel y han desteñido su cabello sobre la frente, pero tiene los ojos brillantes y su rostro rebosa tanta salud como franqueza. Es una mujer de entre cuarenta y cinco y cincuenta años, limpia, animosa, siempre atareada y que viste con tanta sencillez que el único adorno que parece poseer es su anillo de casada, alrededor del cual ha engordado tanto el dedo donde su esposo lo colocó años atrás que ya solo podrá desprenderlo de él la muerte.

—Señora Bagnet —dice el militar—, le di mi palabra de que nada malo le ocurrirá a Mat por mi culpa y puede usted estar segura de que la cumpliré.

—Así lo espero, pero solo con verte ya me pongo nerviosa —dice la señora Bagnet—. ¡Ah! George, George ¡qué diferente sería usted si se hubiese casado con la viuda de Joe Pouch, cuando aquel buen hombre murió en Norteamérica! Seguro que ella al menos te peinaría mejor.

—Fue una gran oportunidad para mí —responde el militar, con expresión de hablar medio en broma, medio en serio—, pero ya no puedo esperar llegar a ser un hombre respetable. Le doy la razón en que la viuda de Joe Pouch me hubiera convenido, ella tenía algo especial ¿pero qué le vamos a hacer si no supe decidirme? ¡Ah!, ¡si tuviera la suerte de encontrar una mujer como la que encontró Mat!

La señora Bagnet, cuya virtud admite los halagos de un buen amigo y que sabe igualmente contestar como una buena amiga, arroja una hoja de col a la cara del señor George y entra en la trastienda con las verduras.

El señor George entra detrás de ella y dice en voz alta:

—¡Mi muñequita Quebec! ¡Malta, pequeñaja! ¡Venid a abrazar a vuestro amigo Bluffy!

Se refiere de este modo a las dos niñas, bautizadas en realidad con otros nombres, pero que sus padres las llaman así por los campamentos militares donde nacieron.

Las dos andan muy atareadas sentadas en sus taburetes. La menor, que tiene cinco o seis años, aprende a leer en una cartilla de un penique, y la mayor, de ocho o nueve años, hace deletrear a su hermana mientras cose aplicada. Acogen al señor George como a un antiguo amigo de la familia, lo abrazan con cariño, y después de jugar un momento con él, se sientan al lado del sargento cada una en su taburete.

—¿Y dónde anda el joven Woolwich? —pregunta el señor George.

—¡Ah! ¡Bueno! —dice la señora Bagnet, ruborizándose de orgullo y apartando los ojos de la cazuela donde prepara la comida—. Ha de saber que está contratado con su padre en el teatro para tocar el pífano en una obra militar.

—¡Bravo por mi ahijado! —exclama el señor George, dándose una palmada en la rodilla.

—¡Claro que sí! —dice la señora Bagnet—. Mi Woolwich hace de britano.

—Y Mat, ¿continúa tocando el fagot en el teatro? Son una familia civil admirable —dice el señor George—. Los chicos van creciendo, Mat escribe a su madre en Escocia y usted a su padre allá donde esté, y los ayudan en lo que pueden y... ¡bien, bien! Tiene usted razón, debería estar a cien millas de aquí, porque nada de esto tiene que ver conmigo.

El señor George guarda silencio y queda unos momentos pensativo delante del fuego. Es una habitación de paredes blanqueadas, con el suelo bien lijado y que huele a limpieza. No se ve allí nada fuera de lugar, ni una mota de polvo ni la menor suciedad, desde las caras de Malta y de Quebec hasta los vasos y las tazas que brillan pulcramente alineadas en el armario.

La señora Bagnet se mantiene ocupada en las tareas domésticas y el señor George continúa silencioso y pensativo cuando entran muy oportunamente el señor Bagnet y su hijo Woolwich.

El señor Bagnet es artillero retirado, alto y flaco, con las cejas pobladas y las patillas parecidas a las fibras de coco, un bronceado tropical en la tez y completamente calvo. Habla con frases cortas, su voz es grave y sonora y tiene cierta semejanza con el sonido del instrumento que toca y hasta tiene cierta aspecto rígido y metálico como si él mismo fuera el fagot de una orquesta humana. Woolwich responde al prototipo de un joven tambor.

Después de unos cordiales apretones de manos con el padre y el hijo, el señor George dice que ha venido para pedirle consejo al señor Bagnet, pero este declara de manera hospitalaria que no quiere hablar de asuntos serios y que su amigo no obtendrá consejo alguno hasta después de haber compartido el cerdo cocido con verduras. El militar acepta y, para no entorpecer los preparativos de la comida, los dos amigos salen a la pequeña calle y pasean de un extremo a otro de ella con los brazos cruzados y marcando el paso como si estuvieran de guardia sobre una muralla.

—George —dice el señor Bagnet—, sabes cómo soy. Ella es la que da los consejos, tiene buena cabeza. No lo confesaría en su presencia, es preciso mantener la disciplina. Espera a que termine de preparar la comida y entonces la consultaremos. Haz lo que ella te diga, George, no te arrepentirás.

—Esa es mi intención, Mat —contesta el otro—. Tengo más confianza en ella que en toda una universidad.

—¡Una universidad! —repite el señor Bagnet con frases cortas como un fagot—. ¡Qué universidad volvería sola desde el otro extremo del mundo hasta Europa tan solo con un paraguas y un pañolón pardo! ¡Ella podría hacerlo mañana! ¡Ya lo hizo una vez!

—Tienes razón —dice el señor George.

—¿Qué universidad —continúa Bagnet— saldría adelante con dos peniques de cal, uno de arcilla, medio de arena y el resto de una moneda de seis peniques como todo capital? Así fue como empezó el negocio.

—Me alegro de que prospere tu comercio, Mat.

—Hasta nos permitimos ahorrar algo —responde el señor Bagnet, con

gesto afirmativo—. Sabe ahorrar, guarda en alguna parte una media llena de dinero. No la he visto nunca, pero sé que la tiene. Espera a que acabe de preparar la comida y haz lo que ella te diga.

—Es un tesoro —dice George.

—Es más que eso, pero no lo digo delante de ella porque es preciso mantener la disciplina. Me convenció de aprender música y, de no ser por ella, seguiría en la artillería. Estuve tocando seis años el violín y diez la flauta. Me dijo que no tendría éxito: «Tienes buena actitud pero te falta flexibilidad, prueba con el fagot». Entonces fue a ver al jefe de la banda de fusileros y le pidió prestado uno. Practiqué en las trincheras. Aprendí, conseguí otro y ahora me gana la vida con él.

—¡Es una excelente mujer! —dice el señor Bagnet—. Y va ganando con el tiempo, como el buen vino. No he visto nunca otra que la iguale, pero nunca lo digo delante de ella ¡porque es preciso mantener la disciplina!

Su conversación continúa con temas de menor trascendencia hasta el momento en que Malta y Quebec los avisan de que la comida está preparada. El señor Bagnet bendice rápidamente la mesa como lo haría un capellán militar. La distribución de la comida, como las demás funciones domésticas, corre a cargo de la señora Bagnet, quien sigue un preciso sistema: sentada frente a los platos, reparte las raciones meticulosamente, añadiendo a cada porción de cerdo su parte correspondiente de caldo, verduras, patatas e incluso de mostaza. Después de llenar los vasos de cerveza y, por tanto, satisfacer las necesidades de cada cual, se encarga de su propio apetito que no deja de ser excelente. La cubertería de la mesa, principalmente compuesta de cuerno y estaño, ha hecho largas campañas en los cinco continentes. En particular, el cuchillo para ostras del joven Woolwich, que cuenta con un fuerte mecanismo de apertura que con frecuencia es un obstáculo para el apetito del joven músico, según dicen ha pasado de mano en mano cubriendo todos los posibles destinos en el extranjero.

Una vez terminada la comida, la señora Bagnet, ayudada por sus hijos que dejan limpios sus tazas, platos, tenedores y cuchillos, procede a un cuidadoso aclarado que hace brillar nuevamente el servicio y, tras barrer el suelo, devuelve cada objeto a su lugar con la finalidad de que el señor Bagnet y su amigo puedan fumar sus pipas. Estos cuidados caseros exigen una infinidad de idas y venidas con un cubo al patio que hay detrás de la cocina, ya que requieren una enorme cantidad de agua. El último cubo sirve para que la propia señora Bagnet se lave.

Cuando la señora Bagnet aparece fresca como una rosa y se dispone a continuar su labor de costura, entonces y solo entonces (dado que no se considera hasta ese momento que se haya quitado las verduras de la cabeza), el

señor Bagnet invita al militar a explicar el objeto de su visita.

El señor George cuenta el caso y, aunque se dirige discretamente al señor Bagnet, no aparta los ojos de su mujer como, de hecho, también hace el mismo señor Bagnet mientras escucha.

Cuando el asunto queda completamente expuesto, el señor Bagnet recurre al artificio habitual que emplea para mantener la disciplina.

—¿Eso es todo lo que tenías que decirme, George? —pregunta.

—Sí, es todo.

—¿Y harás lo que te aconseje?

—Totalmente —dice el señor George.

—Pues bien, mi mujer sabe cuál es mi opinión —dice el señor Bagnet—. Dile, querida, lo que pienso.

Su opinión es que el señor George debe desconfiar de las personas que saben más que él y actuar con mucho cuidado en las cuestiones que no entienda, que no debe hacer nada sin estar seguro y no formar parte de ningún asunto turbio o misterioso y dar pasos sobre terreno resbaladizo.

Esta opinión, que es en efecto la del señor Bagnet expresada por boca de su esposa, libera al señor George de un peso tan enorme al confirmar su opinión y desvanecer de tal modo sus dudas que se dispone tranquilamente a fumar otra pipa en tan excepcional ocasión y a pasar un rato hablando de los viejos tiempos con toda la familia Bagnet, a cada cual en función de su edad y experiencia.

Así transcurre el tiempo y el señor George no se levanta de la silla hasta el momento en que el público británico obliga al fagot y al pífano a volver al teatro, y como el señor George necesita algunos instantes para despedirse de Quebec y de Malta, en su papel doméstico de Bluffy, y para financiar disimuladamente a su ahijado con un chelín, felicitándole por sus progresos en la vida, ya es de noche cuando el señor George se dirige nuevamente hacia Lincoln' Inn Fields.

—Por pequeña que sea una casa y una familia —piensa mientras se aleja—, le hacen darse cuenta de lo solo que está uno. Pero hice bien en no casarme. Eso no es para mí. Tengo un carácter tan cambiante que no podría mantener la galería ni un mes si fuera una ocupación rutinaria y no estuviera acampado en ella como un gitano. Bueno, no hago daño ni molesto a nadie que ya es algo. ¡Hace muchos años que no hago nada así!

Silba para cambiar el curso de sus ideas y prosigue su camino.

Al llegar a Lincoln's Inn Fields y tras subir las escaleras, encuentra que la

puerta exterior está cerrada y los despachos tienen la llave echada, pero, como el militar no sabe mucho sobre puertas exteriores y además la escalera permanece a oscuras, trata de encontrar a tientas el cordón de la campanilla o de abrir por sí mismo la puerta cuando el señor Tulkinghorn, que sube tranquilamente por la escalera, dice con voz irritada:

—¿Quién es? ¿Qué hace aquí?

—Usted perdone, soy George, el sargento.

—¿Y no ve, sargento George, que la puerta está cerrada?

—Pues no, no había reparado en ello, señor —dice el sargento, un tanto molesto.

—¿Ha cambiado usted de opinión? ¿O sigue opinando lo mismo? —pregunta el señor Tulkinghorn a pesar de conocer ya la respuesta.

—Sigo pensando lo mismo, señor.

—Lo suponía. Bien, de acuerdo. Puede usted retirarse. A propósito —dice el señor Tulkinghorn abriendo la puerta con llave—, fue en su casa donde encontraron escondido a Gridley, ¿verdad?

—Sí, fue en mi casa —responde el militar, deteniéndose dos o tres escalones más abajo—. ¿Y qué, señor?

—Que no me gustan sus amigos y que no hubiera usted puesto los pies en mi casa esta mañana de haberlo sabido. ¿Gridley? Un tipo peligroso, un miserable y un asesino.

El procurador profiere estas palabras con un tono más alto de lo que le es habitual, entra en la casa y cierra la puerta con violencia.

Al señor George le ofende esta despedida, aún más porque en ese mismo instante sube por la escalera un pasante quien, al escuchar las últimas palabras del procurador, necesariamente ha debido de pensar que estaban dirigidas a él.

—Buena fama me llevo de aquí —murmura el sargento, lanzando un juramento enérgico—. ¡Un miserable y un asesino!

Levanta los ojos y ve al joven que desde la puerta lo observa atentamente cuando pasa por debajo del farol del patio. Esto lo irrita aún más y durante cinco minutos se encuentra de mal humor. Sin embargo, ahuyenta muy pronto esta idea silbando, consigue olvidarse de todo el asunto y camina a buen ritmo en dirección a su casa, la galería de tiro.

El maestro fundidor

Sir Leicester Dedlock se ha repuesto temporalmente de su gota hereditaria y le vemos de nuevo en pie, tanto en sentido literal como figurado.

Se encuentra en su quinta de Lincolnshire, donde el río se ha vuelto a desbordar y el frío y la humedad han penetrado en Chesney Wold, a pesar de que la casa está bien acondicionada, y calan a Sir Leicester hasta los huesos.

El abundante fuego de leña y carbón —madera de Dedlock y bosque antediluviano— que crepita en las amplias chimeneas y proyecta a la hora del crepúsculo sus vacilantes reflejos sobre el parque, entristecido al contemplar el sacrificio de sus árboles, no basta para alejar la humedad. Las tuberías de agua caliente que recorren la casa, las ventanas y puertas forradas, las mamparas y las cortinas no pueden compensar las insuficientes chimeneas ni logran satisfacer a Sir Leicester. Y es debido a eso que el noticiero del gran mundo anuncia una mañana, a quien quiera escucharlo, que lady Dedlock tiene previsto regresar a la ciudad durante algunas semanas.

Resulta una triste verdad pero hasta los grandes hombres tienen parientes pobres. De hecho, con frecuencia, cuanto mayor es el hombre más parientes pobres le corresponden ya que parece que la sangre de primera calidad que circula por sus venas, igual que la sangre vulgar cuando es injustamente derramada, parece ser más roja de lo normal y pide en voz alta ser escuchada.

Los primos de Sir Leicester, hasta los más remotos, son como los asesinatos, siempre acaban saliendo a la superficie. Entre estos primos, algunos son tan pobres que hay motivo para preguntarse si no hubiera sido más ventajoso para ellos no haber estado nunca unidos por su nacimiento a la noble cadena de oro de los Dedlock sino haber sido desde el principio eslabones de vulgar hierro y haberse ganado la vida desempeñando cualquier oficio.

Participar de la dignidad de los Dedlock, sin embargo —salvo excepciones más distinguidas que provechosas— les impide desempeñar empleo alguno. De modo que pasan la vida visitando a sus primos ricos, contrayendo deudas cuando pueden, y viviendo pobremente cuando endeudarse no es posible. Las mujeres entonces ya no encuentran marido ni los hombres esposas y andan subiendo a coches prestados y asistiendo a banquetes en una mesa que nunca es la suya. La riqueza de la familia ha sido dividida en tantas fracciones que nadie sabe qué hacer con ellos.

Todos los que comparten posición y opiniones con sir Leicester Dedlock comparten con él algún parentesco en mayor o menor grado. Desde milord Boodle hasta el caballero Noodle, pasando por el duque de Foodle, sir

Leicester extiende, por todas partes, como una gloriosa araña, los hilos de su ilustre parentesco. Pero aunque se siente orgulloso de sus lazos de sangre con la nobleza, también se muestra generoso y amable, como su dignidad exige, con su parentela de donnadies, y a pesar del frío húmedo que penetra en este momento en Chesney Wold, soporta la visita de varios de estos parientes con la paciencia de un mártir.

Entre ellos, figura en primer lugar Volumnia Dedlock, una joven (de sesenta años) doblemente noble ya que posee el honor de ser por línea materna pariente pobre de otra gran familia. Habiendo desplegado desde su juventud un talento muy notable para recortar coloridos adornos de papel así como para cantar en español con acompañamiento de guitarra y proponer adivinanzas en francés en las reuniones campestres, ha pasado veinte años de su vida, entre los veinte y los cuarenta, de una manera bastante agradable. Como a partir de entonces comenzó a considerarse universalmente aburridas sus canciones en español, tuvo que retirarse a la ciudad de Bath, donde desde aquella época vive humildemente gracias a una pensión anual que le concede sir Leicester, lugar que solo abandona para sus reparaciones periódicas en las casas de campo de sus primos.

En Bath tiene un círculo de amigos muy extenso, compuesto por achacosos señores de flacas piernas y pantalones de nanquín. Aunque ocupa una elevada posición en aquella deprimente ciudad, en otros lugares es temida por su abuso del colorete y por su insistencia en vestir un antiguo collar de perlas que parece un rosario de pequeños huevos de pájaro.

En un país civilizado, Volumnia percibiría una pensión. Se han hecho grandes esfuerzos para conseguirlo, y cuando William Buffy entró en el ministerio, se creyó que le concedería una pensión de doscientas libras anuales pero, contra todas las previsiones, William Buffy sostuvo que aún no había llegado el momento y este fue el primer indicio que le hizo pensar a sir Leicester Dedlock que el país marchaba hacia la ruina.

El distinguido Bob Stables, otro pariente pobre, se ha presentado en Chesney Wold al mismo tiempo que Volumnia. Prepara pienso con la habilidad de un veterinario consumado y es más diestro disparando que la mayoría de los guardabosques. El deseo de toda su vida ha sido servir a su país en un empleo bien retribuido que le dejara las tardes libres. Un gobierno inteligente no hubiese dejado de satisfacer este deseo, muy natural en un caballero tan diligente y que pertenece a una gran familia, pero cuando William Buffy subió al poder, no creyó que fuera oportuno ocuparse de aquel asunto y esta fue la segunda prueba para Sir Leicester Dedlock de que el país iba derecho a la quiebra.

El resto de los familiares se compone de señoras y caballeros de distintas

edades y capacidades que, amables y sensatos en su mayor parte, se habían construido una posición en el mundo de no ser por su noble cuna. Sin embargo casi todos han sido aplastados por ella y se arrastran en la vida con indolencia y sin ninguna meta, sin saber qué hacer con sus vidas del mismo modo que los demás tampoco saben qué hacer con ellos.

Milady Dedlock es la reina suprema de esta sociedad, como lo es en todas partes. Perfecta en su elegancia y en su belleza, su omnipotencia en su pequeña esfera (pequeña en extensión porque el gran mundo es reducido) ha perfeccionado y refinado, a pesar de la frialdad indiferente del carácter de sir Leicester, la casa. Los parientes de sir Leicester, hasta los más viejos quienes quedaron estupefactos al enterarse de su matrimonio con ella, han llegado a ser sus vasallos feudales, y el distinguido Bob Stables se complace en repetir todos los días, entre el desayuno y la comida, a sus distinguidos vecinos de mesa su frase favorita, que ella es la mejor yegua de todo el establo.

Estos son los huéspedes que se encuentran en esta noche desapacible en el gran salón de Chesney Wold.

Se oye rumor de pisadas en la galería del fantasma, y tal vez son las de algún primo muerto abandonado a la intemperie. Es ya tarde, se acerca la hora de acostarse, se han encendido grandes fuegos en las chimeneas de todas las habitaciones y las llamas llenan las paredes y los techos de sombras grotescas. Algunos primos de sir Leicester bostezan en las otomanas mientras otros primos tocan el piano, varios primos más rodean la mesa donde descansan las botellas de agua mineral y algunos otros primos se levantan de la mesa de juego o forman grupos delante de la chimenea. Sir Leicester está junto a su chimenea particular (hay dos en el salón) y milady se encuentra sentada a una mesa frente a él. Volumnia, como prima privilegiada, está sentada entre los dos en un lujoso sillón. El barón dirige una mirada de desagrado al colorete y al collar de perlas de su prima.

—Encuentro algunas veces en la escalera a una de las muchachas más hermosa que he visto en mi vida —dice lánguidamente Volumnia, tal vez pensando en retirarse a su habitación tras una larga velada de charla intrascendente.

—Es una protegida de milady —responde sir Leicester.

—Lo imaginaba, solo alguien de buen gusto pudo elegirla. Es verdaderamente encantadora. Tal vez parezca demasiado una muñequita pero es perfecta en su género —dice Volumnia defendiendo su propio estilo de belleza—. En mi vida había visto una flor como ella.

Sir Leicester es del mismo parecer y dirige una nueva mirada de disgusto al colorete de Volumnia.

—Si hay en eso una prueba de buen gusto —dice entonces milady—, el elogio no me pertenece a mí sino a la señora Rouncewell, que fue quien trajo a Rosa a mi casa.

—Supongo que es su doncella.

—No, es más bien mi favorita o mi confidente, no estoy segura.

—Le gusta tenerla a su lado como una flor o un perro de aguas..., como un objeto precioso —dice Volumnia con voz complacida—. La anciana señora Rouncewell ha dado realmente pruebas de buen gusto. Es simpática y se conserva muy bien. ¡Porque debe de tener ya una infinidad de años! Sin embargo, aún se la ve ágil y activa.

Sir Leicester encuentra justo y natural que el ama de llaves de Chesney Wold sea una persona respetable. Aparte de eso, le tiene verdadero aprecio y le gusta que la elogien. Así pues, responde a Volumnia: «Tienes razón, Volumnia», y eso a ella le llena de orgullo.

—No ha tenido hijas ¿verdad?

—¿La señora Rouncewell? No, Volumnia, pero tiene un hijo, y hasta creo que dos.

Milady, que sufre de aburrimiento crónico y que ha visto agravada esta dolencia por Volumnia, contempla cansada los candelabros y exhala un suspiro silencioso.

—Para que veas hasta qué punto ha llegado el desorden a nuestro tiempo, cómo desaparecen los puntos de referencia, cómo se abren las esclusas y ya no hay distinción de clases —dice Sir Leicester con solemnidad—, debes saber que el señor Tulkinghorn me ha contado que al hijo de la señora Rouncewell le han ofrecido una candidatura al Parlamento.

Volumnia lanza un grito de sorpresa.

—Sí, al Parlamento —repite sir Leicester.

—Nunca había visto cosa igual. ¿Y a qué se dedica ese hombre? —dice Volumnia.

—Creo que es..., lo llaman..., creo que maestro fundidor —responde despacio sir Leicester entre dudas, como si no estuviera seguro de si el nombre adecuado fuera plomero o tal vez otra expresión que incluyera algún tipo concreto de metal.

Volumnia lanza otra exclamación.

—Si los informes que me ha dado el señor Tulkinghorn son ciertos, que no lo dudo pues el señor Tulkinghorn es una persona de total confianza, el señor

Rouncewell ha rechazado la proposición —continúa sir Leicester—, aunque esto no enmienda esta anomalía que, según mi opinión, da lugar a reflexiones alarmantes.

Cuando la señorita Volumnia se levanta dirigiendo una mirada hacia la mesa donde están colocados los candelabros, sir Leicester se apresura con cortesía a tomar uno de ellos y encenderlo con la lámpara de pantalla de milady.

—Desearía, milady —dice mientras lo hace— que esperases algunos instantes porque la persona de la que estábamos hablando ha llegado esta noche y, en una carta muy correcta y bien escrita —sir Leicester, con su habitual respeto a la verdad, insiste en ese punto— y de un modo muy cortés, ha solicitado el favor de hablar con nosotros acerca de nuestra joven protegida. Como parece que quiere partir de vuelta esta misma noche, le he contestado que le recibiríamos antes de retirarnos.

La señorita Volumnia lanza una tercera exclamación, y se aleja, diciendo:

—¡Dios mío! Espero que sea fácil librarse de..., ¿cómo lo has llamado? ..., de ese maestro fundidor.

Los demás primos desaparecen uno tras otro, sir Leicester toca la campanilla.

—Dé mis saludos al señor Rouncewell que se encuentra en las dependencias del ama de llaves, y dígame que lo puedo recibir cuando desee.

Milady, que ha escuchado estas palabras con distracción, mira al señor Rouncewell en el momento de entrar en el salón.

Es un hombre de algo más de cincuenta años, buena presencia como su madre, la voz clara, la frente ancha, el cabello castaño y un rostro que transmite inteligencia y franqueza. Su aspecto es el de un caballero responsable, viste de negro, es corpulento, firme y activo. Se comporta con naturalidad y no da muestras de nerviosismo en presencia de los ilustres personajes que lo reciben.

—Sir Leicester y lady Dedlock, como ya les he dicho, les ruego que perdonen las molestias. Trataré de ser breve. Le agradezco que me reciba, sir Leicester.

El señor Dedlock ha señalado con un gesto el sofá situado entre él y milady. Con calma, el señor Rouncewell se sienta en él.

—En esta época de máxima ocupación en que están en ejecución enormes empresas, las personas que como yo emplean a tantos operarios distribuidos en tantos puntos diferentes, nos vemos obligados a estar siempre de un lado a otro.

Sir Leicester siente gran satisfacción al constatar que el fundidor reconoce tácitamente que en medio de ese gran movimiento universal no hay prisa allí, en su antigua casa, profundamente arraigada en aquel pacífico parque donde la hiedra y el musgo han tenido tiempo para crecer, donde los torcidos y callosos olmos y los viejos robles cubren con su sombra la espesa capa de hojarasca y helechos, lentamente acumulada por los siglos, donde el reloj de sol de la terraza, inmóvil y silencioso, marca desde hace tantos años las horas que pertenecieron tanto a los Dedlock como pertenecían la casa y las tierras. Sir Leicester, sentado con gravedad en su sillón, opone a la agitación incesante de los maestros fundidores su calma profunda y la de Chesney Wold.

—Lady Dedlock —continúa el señor Rouncewell con una mirada de respeto y una inclinación— ha tenido la bondad de colocar a su lado a una joven llamada Rosa. Mi hijo se ha enamorado de ella y me ha suplicado que venga a pedir su mano, si es que ella está dispuesta, y supongo que lo estará. No conocía a Rosa hasta hoy pero confío en el criterio de mi hijo, incluso en cuestiones de amor. La he encontrado exactamente como las palabras de mi hijo la describieron. Por otra parte, mi madre habla de ella con los mayores elogios.

—Los merece en todos conceptos —dice milady.

—Me complace oírle hablar así, lady Dedlock, no necesito decir en cuánto valoro sus afectuosas palabras.

—Esa petición es —responde, con entonación grave, sir Leicester, que comienza a ver demasiada familiaridad en el señor Rouncewell— completamente innecesaria.

—Completamente, convengo en ello, sir Leicester. Sin embargo, mi hijo es muy joven y Rosa también. Mi hijo, como tuve que hacer yo mismo en el pasado, debe crearse una posición antes de pensar en casarse. Ese es el motivo por el que la boda no es posible en este momento. Pero suponiendo que la joven quisiera comprometerse con mi hijo, creo que debo declarar que la condición que impongo para consentir este noviazgo, y estoy seguro de que me comprenderán y sabrán perdonarme, sir Leicester y milady, es que Rosa no permanezca en Chesney Wold. Por este motivo, antes de seguir adelante, me tomo la libertad de decirles que si su marcha les provocara alguna incomodidad o molestia, dejaré el asunto tal como se encuentra, concediendo a mi hijo un plazo razonable de espera.

¡Salir de Chesney Wold! ¡Imponerlo como una condición! Todos los antiguos presentimientos de sir Dedlock relativos a Wat Tyler y a esos obreros que no hacen más que recorrer las calles a la luz de las antorchas, se agolpan en su mente, atropelladamente, y es tanta su indignación que se le eriza el cabello gris de la cabeza, así como los pelos de sus patillas.

—¿He de entender, señor —pregunta sir Leicester—, y ha de entender milady —dice, haciéndola partícipe de la conversación, no solo por cortesía sino también debido al respeto que siente por su buen criterio—, he de entender, señor Rouncewell, y ha de entender milady que a sus ojos no es esta casa digna de esa joven o que considera usted perjudicial para ella que viva a nuestro lado?

—Bajo ningún concepto, sir Leicester.

—Me alegro de que conteste usted así —responde el barón en tono severo.

—Se lo ruego, señor Rouncewell —dice milady, interrumpiendo a sir Leicester con un gesto de su elegante mano como si él fuera una mosca—, explique usted lo que ha querido decir.

—Con mucho gusto, milady, nada deseo más.

Lady Dedlock dirige una mirada impasible, cuya estudiada calma no consigue, sin embargo, disimular su viva inteligencia, hacia el rostro fuertemente sajón del visitante, imagen de la resolución y el empeño, y lo escucha con atención, asintiendo con la cabeza, de vez en cuando.

—Soy hijo de su ama de llaves, lady Dedlock, y he pasado la infancia en esta casa. Mi madre vive aquí desde hace medio siglo y, sin duda, morirá aquí. Es uno de esos ejemplos de amor, compromiso y fidelidad, tal vez uno de los mejores, de una clase de personas de las que Inglaterra puede enorgullecerse, pero cuyo mérito sería injusto atribuir en exclusiva a una de las partes porque estos casos dicen mucho de ambas partes, de los grandes y de los humildes.

A Sir Leicester le asombra escuchar esta declaración en que los méritos son equitativamente compartidos aunque, esto sea dicho en su favor y en honor a la verdad, reconoce sincera y silenciosamente la justicia de las palabras del maestro fundidor.

—Perdone si lo que voy a decir le resulta una obviedad, pero no me gustaría que supusiera —lanzó una rápida mirada hacia sir Leicester— que me avergüenzo de la posición que ocupa mi madre aquí ni que pretendo faltar en lo más mínimo al respeto que merecen Chesney Wold y su familia. Tal vez hubiera preferido, de hecho así lo he deseado, milady, que después de tantos años de trabajo mi madre pudiera retirarse y viniese a terminar sus días conmigo. Sin embargo, he comprendido que romper este vínculo le causaría un profundo dolor y hace mucho tiempo que desistí de mi propósito.

La idea de ver a la señora Rouncewell partir de su hogar natural para ir a acabar su existencia con un maestro fundidor hace ponerse muy digno a sir Leicester.

El visitante continúa con modestia.

—Comencé mi carrera siendo primero aprendiz y más tarde un simple obrero. Viví durante mucho tiempo con el salario que ganaba con mi trabajo y, hasta cierto punto, tuve que formarme yo mismo. Me casé con la hija del capataz, educada, como yo, muy sencillamente. Tenemos tres hijas, además del hijo del que les he hablado antes, y como por suerte hemos podido darles la instrucción que a nosotros nos faltó, nuestro orgullo y todo nuestro placer está puesto en hacerlos dignos de alcanzar cualquier posición social.

La voz del señor Rouncewell revela cierto orgullo paternal, como si insinuase: «Hasta la posición de Chesney Wold». Esto exaspera la altivez y el orgullo de sir Leicester.

—Todo esto es tan frecuente, lady Dedlock, en el lugar de donde procedo y entre la clase a la que pertenezco, que entre nosotros son habituales lo que podríamos llamar matrimonios desiguales. A veces un hijo comunica a su padre que se ha enamorado, digamos, de una joven de la fábrica. El padre, que también trabajó en una fábrica de joven, al principio puede que se sienta decepcionado. Seguramente tuviera mayores aspiraciones para su hijo. Sin embargo, es probable que tras averiguar la condición intachable de la joven, le diga a su hijo: «Necesito estar seguro de que vas en serio. Se trata de algo muy importante. Lo que haré será dar a esa joven una buena educación durante dos años», o quizá diga: «Asistiré a la misma escuela que tus hermanas durante tanto tiempo, y tú prometerás que no la vas a ver más que con tal frecuencia. Si al final de este tiempo, ella ha sacado provecho de este favor y ha podido colocarse más o menos a la misma altura que tú y aún seguís pensando lo mismo, yo haré lo que pueda para que seáis felices». Conozco varios casos como los que acabo de describir, milady, y creo que ese el camino que debo seguir.

Con calma pero furioso, sir Leicester estalla.

—Señor Rouncewell —dice sir Leicester, con la mano derecha sobre la solapa de su chaqueta azul, la misma actitud en la que fue retratado para la galería de los antepasados—, ¿pone usted al mismo nivel Chesney Wold y una... —hace un esfuerzo para pronunciar la palabra—, una fábrica?

—No es necesario decir que son dos situaciones diferentes. Sin embargo, si se considera el objeto del que tratamos, creo que se puede establecer cierto paralelismo entre ambas.

Sir Leicester dirige una mirada majestuosa de un extremo a otro del salón para cerciorarse de que todo aquello no es un sueño.

—¿Sabe usted que esa joven que tiene el honor de servir a milady, insisto, a milady, se ha educado en la escuela de la aldea, la que está junto al parque?

—Sir Leicester, soy plenamente consciente de ello. Una excelente escuela

sostenida generosamente por esta familia.

—En tal caso, señor Rouncewell —dice Sir Leicester—, me resulta incomprensible que desee obrar de la manera que acaba de describir.

—¿Lo comprendería mejor, sir Leicester, —responde el maestro fundidor, ligeramente ruborizado—, si le digo que no creo que en la escuela de la aldea puedan dar la instrucción que debe tener la esposa de mi hijo?

Sir Dedlock no ve más que un paso desde este ataque a la escuela rural de Chesney Wold, unánimemente respetada, hasta la rasgadura de todo el tejido de la sociedad a causa de esas gentes sin principios, maestros fundidores, plomeros o lo que sea, que olvidan el catecismo y salen de la posición que les corresponde en la sociedad (que ha de ser necesariamente y para siempre la que ocuparon al nacer, conforme a la lógica de sir Leicester) y no solo eso, sino que educan a sus hijos para que abandonen sus posiciones con lo que las referencias desaparecen y se abren las esclusas sociales y todo lo demás. Esa es la forma de entender el progreso de sir Leicester.

—Perdón, milady. Permíteme que le conteste en breves palabras —porque ella parecía disponerse a intervenir—. Señor Rouncewell, nuestras ideas sobre los deberes y nuestras ideas sobre las diferentes clases sociales y nuestras ideas sobre... En esencia, todas nuestras ideas son tan diametralmente opuestas, que es inútil prolongar por más tiempo una discusión que no puede menos que ofender sus sentimientos así como los míos. Esa joven ha tenido el honor de ser distinguida con el aprecio y el favor de milady. Si ella quiere renunciar a ese aprecio y a ese honor o si prefiere ponerse bajo la influencia de una persona que, según sus opiniones particulares, (permita que las llame así aunque le reconozco que no tiene ninguna necesidad de justificarlas delante de mí), que, según sus opiniones particulares, cree que debe arrancarla de ese aprecio y de ese honor, es completamente libre de hacerlo. Le agradecemos a usted la franqueza con que nos ha hablado. No influirá, en un sentido ni en otro, en la posición de esa jovencita en esta casa. Ahora bien, no podemos aceptar condiciones. Y ahora le rogamos, si tiene la bondad, de dejar el tema.

El visitante hace una pausa para dar a milady la ocasión de expresarse pero viendo que permanece silenciosa, se levanta y dice:

—Sir Leicester y lady Dedlock, permítanme que les dé las gracias por la atención que me han concedido. Voy a recomendar enérgicamente a mi hijo que venza la inclinación que siente por esa joven. Tengo el honor de saludarles.

—Señor Rouncewell —dice sir Leicester, con toda la gracia y la dignidad de un caballero—, es tarde y los caminos están oscuros, espero que su tiempo no sea tan valioso como para no permitir a milady y a mí ofrecerle la

hospitalidad de Chesney Wold al menos durante esta noche.

—Lo espero igualmente —añade milady.

—Se lo agradezco mucho pero es preciso que parta inmediatamente si no quiero faltar a la cita que me espera mañana temprano en un lugar bastante lejano de aquí.

El maestro fundidor se despide. Sir Leicester toca la campanilla y milady se levanta en el momento en que el señor Rouncewell sale del salón.

Una vez en su tocador, milady se sienta pensativa al lado de la chimenea y, sin hacer caso del rumor de pasos en el paseo del fantasma, mira a Rosa que escribe en la habitación contigua y la llama.

—Ven, hija mía, háblame con sinceridad, ¿es verdad que estás enamorada de ese joven?

—Milady...

Milady contempla con una sonrisa el rubor de la joven y su mirada cabizbaja.

—¿Quién es? ¿El nieto de la señora Rouncewell?

—Sí, milady. Aunque no sé si lo amo..., no lo sé con seguridad.

—¿Que no lo sabes, tonta? ¿Sabes que él sí está seguro de quererte?

—Creo que le gusto un poco, milady —y Rosa rompe a llorar.

¿Es lady Dedlock la que permanece de pie junto a esa bella aldeana, cuyos cabellos acaricia con mano maternal y a quien mira con tanto interés y curiosidad? Sí, en efecto, es ella.

—Escúchame, hija mía. Eres joven y sincera, y creo que me tienes verdadero afecto.

—¡Oh, sí!, milady. Haría cualquier cosa por usted.

—Y no creo que quieras separarte de mí ahora, Rosa, ni siquiera por un pretendiente.

—¡No, milady, no!

Rosa levanta por primera vez los ojos aterrada ante la idea.

—Ten confianza en mí, hija mía. No tengas miedo. Me gustaría que fueras feliz y haré cuanto esté en mi mano para que lo consigas, si es que puedo hacer feliz a alguien en este mundo.

Rosa se arrodilla delante de milady y, entre lágrimas, le besa las manos.

Milady toma la mano de la joven, la acaricia y la retiene algunos instantes

entre las suyas antes de dejarla caer lentamente mientras pierde la mirada en la chimenea.

Rosa se retira en silencio al verla tan ensimismada. Sin embargo, la mirada de milady continúa fija en el fuego.

¿En qué está pensando? ¿Quién sabe! ¿En una mano que nunca existió, una mano que no tuvo jamás entre las suyas y cuyo contacto podría haber transformado como por encanto toda su existencia? ¿O escucha, quizá, el rumor del paseo del fantasma preguntándose si esos murmullos parecen los pasos de un hombre? ¿O los de una mujer? ¿O tal vez los pasos de un niño que corre y salta cada vez más cerca? La domina un influjo melancólico, de no ser así, ¿por qué una mujer tan altiva cerraría la puerta y permanecería inmóvil en su soledad cerca de la chimenea?

Volumnia parte de Chesney Wold al día siguiente y, antes de la cena, todos los parientes se han marchado. No hay ni uno de ellos que no haya quedado sorprendido, durante el desayuno, al oír a sir Leicester hablar de cómo desaparecen los puntos de referencia, de cómo se abren las esclusas y hasta de cómo se rasga el tejido de la sociedad, todo ello manifestado a través del hijo de la señora Rouncewell. Ninguno de ellos, después de escucharle, ha dejado de indignarse y de atribuir todos estos peligros a la debilidad que ha manifestado William Buffy en su mandato, y todos sienten que es por la maldad o corrupción de este hombre que han sido despojados de sus pensiones o de sus intereses legítimos o de cualquier otra cosa. Especialmente Volumnia, a quien Sir Leicester acompaña hasta al pie de la escalera principal hablando con tanta vehemencia del tema que da la impresión de que existe una conspiración en el norte de Inglaterra para hacerse con su caja de colorete y su collar de perlas. Y en medio de un enorme trajín de lacayos y doncellas (porque su noble parentesco exige que, aunque experimenten dificultades para mantenerse a sí mismos, dispongan de lacayos y doncellas), todos los primos se dispersan en dirección a los cuatro vientos pero el único viento que sopla ese día azota la lluvia contra los árboles del parque desierto, como si todos aquellos parientes se hubiesen transformado en hojas secas.

XXIX

El joven

Chesney Wold ha cerrado sus puertas. Las alfombras están enrolladas y arrinconadas en las habitaciones vacías, el damasco brillante hace penitencia bajo su funda, las esculturas y los estucos dorados quedan ocultos y los

antepasados de la familia Dedlock se desvanecen nuevamente en las tinieblas. En torno a la casa, las hojas se amontonan, nunca deprisa, revolotean en círculos con una ligereza muerta para volver a caer sombrías y lentas. Por mucho que el jardinero las barra, las amontone y las recoja, le seguirán cubriendo hasta el tobillo. El viento aúlla y silba alrededor de Chesney Wold, la lluvia azota los cristales, crujen las ventanas, rugen las chimeneas. La niebla cubre las avenidas, ensombrece las perspectivas y pasa como un cortejo fúnebre sobre las lomas. Por todas partes se alza en la casa un olor frío y blanco, parecido al que se respira en una capilla, aunque más seco, que sugiere la idea de que los antepasados de los Dedlock se alzan del sepulcro para ir a pasear durante las largas noches dejando tras ellos el vaho de sus tumbas.

Pero la casa de Londres, cuyo humor rara vez coincide con el de Chesney Wold, casi nunca se alegra ni aúlla al mismo tiempo, salvo cuando muere un Dedlock. La casa de la ciudad se halla actualmente en todo su esplendor. Tan cálida y brillante como pueda serlo una casa, con un olor tan delicadamente agradable, tan lejos de la huella del invierno como las flores de un invernadero. Mullida y silenciosa, tan solo interrumpe el silencio de sus salones el ruido acompasado de los relojes y el chisporroteo del fuego. La casa parece envolver los huesos de sir Leicester con lana de todos los colores del arcoíris. Y el señor Leicester se complace, con satisfacción y dignidad, en su descanso frente a la chimenea de la biblioteca, recorriendo con su mirada protectora los lomos de los libros y honrando las obras de arte que le rodean con una mirada de aprobación. Porque tiene cuadros antiguos y modernos. Algunos son de la Escuela de bailes de disfraces en los que el arte a veces condesciende a intervenir y sería mejor calificar como un lote de artículos heterogéneos en una subasta. Por ejemplo: «Tres sillas de respaldo alto, una mesa y un mantel, una botella de cuello alto (con vino), un matraz, un vestido español de mujer, el retrato de tres cuartos de la señorita Jogg, la modelo, y la armadura de Don Quijote», o «Una terraza de piedra (agrietada), una góndola en la distancia, un traje completo de senador veneciano, un vestido ricamente bordado de raso blanco, un retrato de perfil de la señorita Jogg, la modelo, una cimitarra magníficamente montada en oro con empuñadura de joyas, un elaborado traje de moro (muy raro), y un Otelo».

El señor Tulkinghorn va con frecuencia a la casa para tratar asuntos relativos al patrimonio, renovar arriendos y otras cuestiones parecidas. También ve a menudo a milady Dedlock y los dos se tratan con la misma distancia e indiferencia de siempre y parecen prestarse tan poca atención el uno al otro como de costumbre. Tal vez milady tema al señor Tulkinghorn y él lo sepa. Tal vez él la persigue desapiadadamente, sin tregua ni descanso, sin asomo alguno de remordimiento. Tal vez la extraordinaria belleza de la mujer y toda la gravedad y el brillo que la rodea aguijoneen aún más el interés y determinación de él para llevar a cabo su propósito. Ya sea porque es frío y

cruel, por su afán de poder, porque se siente impulsado por una ardiente curiosidad o porque tiene la decidida voluntad de penetrar en el único secreto que aún se le escapa, sea porque no abrigue en el fondo de su alma más que odio y desprecio hacia ese esplendor del que él es solo un apagado reflejo, o bien sea porque acumule en sí mismo los desdenes y las ofensas que le prodiga la amabilidad de su próspera clientela; sea por uno u otro de estos motivos o por todos juntos, tal vez milady preferiría tener fijadas en ella las miradas de cinco mil aristócratas, recelosos y vigilantes, que los ojos apagados de ese procurador con la corbata floja y las calzas negras atadas a las rodillas con cintas negras.

Sir Leicester está sentado en el cuarto de milady, en aquel saloncito donde el señor Tulkinghorn leyó la declaración jurada de Jarndyce contra Jarndyce, y se encuentra especialmente complacido. Milady, como aquel día, está sentada frente a la chimenea con la pantalla en la mano. Sir Leicester se muestra radiante porque acaba de encontrar en el periódico algunas observaciones idénticas a su opinión acerca de la apertura de esclusas y del desgarramiento del tejido social. Se adaptan tan oportunamente a los últimos acontecimientos que sir Leicester ha salido expresamente de la biblioteca para leérselas a milady.

—El autor de este artículo —observa como introducción, mirando al fuego como si observara al autor del artículo desde la cima de un monte— tiene una mente bien equilibrada.

Sin embargo, la mente del hombre no está tan bien equilibrada como para no aburrir a milady, que después de hacer un lánguido esfuerzo por escuchar, o más bien un lánguido esfuerzo por hacer que escuchaba, se queda pensativa y ensimismada en la contemplación del fuego como si nunca hubiera salido de Chesney Wold.

Sir Leicester, que no es consciente de nada de esto, prosigue la lectura a través de sus anteojos, deteniéndose de vez en cuando para mostrar su aprobación con expresiones como: «una gran verdad», «muy bien dicho», «¡eso mismo digo yo siempre!». Invariablemente, con cada exclamación pierde el hilo de la lectura, teniendo que recorrer de nuevo la columna de arriba abajo para encontrarlo.

Sir Leicester está leyendo su artículo con infinita afectación y solemnidad, cuando el mercurio abre la puerta con la peluca empolvada y realiza este extraño anuncio:

—Milady, el joven llamado Guppy.

Sir Leicester hace una pausa, y repite con voz asesina: «¿El joven llamado Guppy?», y, dirigiendo la mirada a su espalda, ve al joven llamado Guppy,

muy alterado y sin ofrecer muy buena presencia, tanto por sus modales como por su aspecto.

—Le ruego —se dirige sir Leicester al mercurio—, que me explique qué forma es esta tan brusca de anunciar al joven llamado Guppy.

—Disculpe, sir Leicester, pero milady me ha dado orden de presentar a este joven en cuanto llegase. No sabía que estaba usted aquí, sir Leicester.

El mercurio, al dar esta excusa, lanza a Guppy una mirada de desprecio e indignación que puede traducirse como: «¿Qué necesidad tenías de venir y ocasionarme este trastorno?».

—Es cierto —responde milady—. He dado esa orden, que espere ese joven.

—No lo permitiré, milady. Puesto que lo has mandado llamar, no quiero interrumpir —y sir Leicester se retira solícito aunque sin corresponder al saludo del joven, al que toma por un zapatero inoportuno.

Lady Dedlock mira imperiosa de pies a cabeza a su visitante. Dejándolo junto a la entrada, le pregunta cuál es el motivo de su visita.

—Que milady me conceda un instante de atención —responde Guppy azorado.

—Naturalmente fue usted quien me escribió tantas cartas.

—Sí, milady, le he escrito varias cartas antes de que milady se dignara a contestarme.

—¿Y no podía usted haber continuado usando el mismo medio y que esta visita no fuera necesaria? ¿Es que ya no es posible?

El señor Guppy mueve la cabeza y frunce los labios contestando un «¡no!» silencioso.

—Ha sido usted muy inoportuno. Si después de esto lo que tiene que decirme no me concierne, y le aseguro que no alcanzo a ver en qué puede tener relación conmigo ni creo que vaya a ser así, comprenderá que le interrumpa sin demasiada ceremonia. Ahora le ruego que diga lo que ha venido a decir.

Milady hace un gesto de indiferencia con la pantalla y volviendo de nuevo hacia el fuego, se sienta casi de espaldas al joven llamado Guppy.

—Con su permiso, milady, voy a entrar en materia —responde el joven—. Soy pasante en los tribunales, conforme ya le dije a milady en mi primera carta. He adquirido en esta profesión el hábito de no expresar por escrito nada comprometedor y por esta razón me he abstenido de indicarle el nombre del

bufete con quien trabajo, en una posición relativamente buena, y si me lo permite, puedo añadir que con unos honorarios bastante generosos. Confidencialmente, ahora ya puedo confiarle a milady que el nombre del bufete es Kenge y Carboy, de Lincoln's Inn, nombre que tal vez no encuentre del todo desconocido en relación con el pleito de Jarndyce contra Jarndyce.

La postura de Milady muestra cierta atención. Ha cesado de jugar con la pantalla, sosteniéndola en actitud de estar escuchando.

—Permítame, milady, que le explique inmediatamente —continúa el señor Guppy, más animado— que el motivo no está relacionado con Jarndyce contra Jarndyce, sino que el vivo deseo que me ha inducido a solicitar esta entrevista, aparentemente inoportuna, por no decir impertinente...

Tras detenerse un momento para dar lugar a una protesta por parte de la señora y comprobar que esta no llega, el señor Guppy continúa exponiendo el asunto.

—Si hubiera tenido alguna relación con Jarndyce contra Jarndyce, me habría dirigido inmediatamente a ver al señor Tulkinghorn, el procurador de milady. Tengo el honor de conocer al señor Tulkinghorn, o al menos nos saludamos cuando nos encontramos, y repito que, si se hubiera tratado de algún incidente judicial, me habría limitado a ir a hablar con él.

Milady vuelve la cabeza y le dice al joven:

—Estaría usted mejor sentado.

—Gracias, milady —responde Guppy sentándose y mirando una hoja de papel donde ha escrito rápidamente algunas notas sobre lo que trata de exponer aunque, por más que las consulta, no sabe por dónde empezar.

—¡Ah! Sí..., mi suerte está en manos de milady. Si milady se quejase a Kenge y Carboy o al señor Tulkinghorn, me encontraría en una situación muy desagradable. Lo digo francamente y confío en el honor de milady.

Milady hace un gesto desdeñoso con la mano que sostiene la pantalla para darle a entender al señor Guppy que no merece la pena que se preocupe.

—Gracias, milady —dice el señor Guppy—, le estoy muy agradecido. Continuaré, pues... ¿Dónde estaba? El caso es que había apuntado en este papel un resumen de cuanto tenía que decir y, como lo he escrito con abreviaturas... ahora me cuesta entenderlo... Si a milady no le importa, me acercaré a la ventana un momento...

Guppy se dirige hacia la ventana, tropieza con un par de loros inseparables, a los cuales en su confusión pide perdón como si fueran personas. Esto no hace más legibles sus notas. Murmura, se ruboriza, aproxima el papel a los ojos, luego lo pone a distancia y va diciendo entre dientes:

—¡C. S.! ¿Qué quiere decir C. S.? ¡Ah! ¡E. S.! Ya caigo, sí, está claro —y vuelve a su sitio con las ideas más claras.

—Desconozco... —dice parándose a mitad de camino, delante de milady —, si su señoría ha oído hablar de una joven llamada Esther Summerson.

Milady lo mira fijamente.

—El otoño pasado —responde— vi a una señorita que se llamaba así.

—¿Y no llamó la atención de su señoría lo mucho que se parecía esa señorita a otra persona? —pregunta Guppy, inclinando la cabeza y rascándose el labio con su memorándum.

—No —contesta milady que no deja de mirarlo.

—¿A nadie de la familia de milady?

—No.

—Sin duda su señoría —dice el señor Guppy— no recuerda bien las facciones de la señorita Summerson.

—Las recuerdo muy bien. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Le aseguro, milady, que tengo hondamente grabada en mi corazón, se lo digo confidencialmente, la imagen de la señorita Summerson. Y siendo así, encontré, cuando tuve el honor de visitar la quinta de milady en Chesney Wold durante una corta excursión que hice con un amigo al condado de Lincolnshire, encontré, repito, una semejanza tan portentosa entre la señorita Summerson y el retrato de milady que quedé absorto, hasta el punto de que no he podido explicarme aún la causa de tan profunda impresión. Y ahora que tengo el honor de contemplar a milady de cerca (desde entonces me he tomado la libertad de mirar a milady en su coche cuando pasa por el parque, aunque milady ni siquiera reparara en mi existencia, pero nunca había estado tan cerca), confieso que esa semejanza resulta más sorprendente de lo que nunca pensé.

¡Joven llamado Guppy! Hubo un tiempo, cuando las señoras vivían en castillos y tenían sirvientes poco escrupulosos, en que tu pobre existencia no hubiera durado un minuto si aquellos ojos tan hermosos te hubiesen mirado como lo hacen en este momento.

Milady se abanica indolentemente con la pantalla y pregunta a Guppy en qué puede interesarle a ella su afición por encontrar semejanzas.

—A eso voy, milady —responde el señor Guppy consultando de nuevo el papel—. ¡Malditas notas! ¡Ah, sí! La señora Chadband.

Guppy aproxima la silla y se sienta.

Milady se inclina sobre el brazo del sillón. Tal vez hay en su actitud algo menos de compostura que de ordinario, pero su mirada conserva toda su intensidad.

—Un..., espere un momento —continúa Guppy, esforzándose en descifrar sus notas—. ¡E. S. dos veces! Sí, sí, eso es. Lo recuerdo.

El señor Guppy enrolla la hoja de papel y sigue diciendo:

—Milady, un profundo misterio envuelve el nacimiento y los primeros años de la señorita Summerson. Estoy informado de este hecho (y esto es confidencial) gracias a mi trabajo en Kenge y Carboy. Como ya le he dicho, milady, la imagen de la señorita Summerson está grabada en mi corazón. Si consiguiese aclarar este misterio o probar que procede de una buena familia o averiguar que por tener el honor de pertenecer a una de las ramas lejanas de la familia de milady tiene derecho a ser parte en el pleito Jarndyce contra Jarndyce, entonces podría esperar que la señorita Summerson contemple de una forma más favorable las propuestas que le he hecho hasta ahora. Propuestas que, de hecho, no contempla en absoluto.

Asoma una especie de sonrisa en el rostro irritado de milady.

—Por una de esas extrañas casualidades que se cruzan algunas veces en nuestro camino, en el camino de los profesionales como yo (así puedo llamarme desde hoy, porque, aunque no he sido aún admitido, he recibido de Kenge y Carboy el correspondiente diploma, gracias a una suma que adelantó mi madre de sus escasos ingresos para el sello, que no es barato), por una de esas extrañas casualidades he encontrado a una criada que vivía en la casa de la señora donde se educó la señorita Summerson antes de que el señor Jarndyce se hiciera cargo de ella. Aquella señora se llamaba señorita Barbary.

¿Es a causa del reflejo verdoso de la pantalla que mantiene milady en el aire como si se hubiera olvidado de ella por lo que su rostro ha perdido el color como el de un muerto o es que ha palidecido espantosamente?

—¿Milady ha oído hablar por casualidad de esa señora Barbary? —pregunta Guppy.

—No sé. Creo que sí. Sí.

—¿Pertenece la señorita Barbary a su familia, milady?

Los labios de milady se mueven pero no profieren ningún sonido. Niega con la cabeza.

—¿No tenía ninguna relación? —añade el señor Guppy—. Podría ser que milady desconozca esa relación..., pero ¿sería posible?

A cada una de estas preguntas responde milady con un gesto negativo.

—Esa señorita Barbary —continúa el señor Guppy— era muy reservada, lo cual es extraordinario en una mujer, porque el sexo femenino, por lo general (al menos en la vida cotidiana), es muy inclinado a la conversación, y mi testigo no pudo averiguar jamás si tenía parientes. Una vez, una sola vez se separó de la reserva que había guardado con mi testigo, y le dijo que el verdadero nombre de la niña no era Esther Summerson sino Esther Hawdon.

—¡Dios mío!

Guppy se asombra. Lady Dedlock permanece sentada en frente de él con la mirada fija, con el mismo gesto sombrío que en su rostro es más sombrío, sus labios están entreabiertos y su ceño levemente fruncido. Permanece inmóvil y como muerta durante un minuto, pero recobra, poco a poco, el conocimiento, recorre todo su cuerpo un estremecimiento, como una onda en la superficie del agua, le tiemblan los labios, hace un violento esfuerzo y recuerda al fin la presencia del joven y la revelación que acaba de hacerle. Sin embargo, todo esto es tan rápido que su exclamación y su estupor se desvanecen como las facciones de esos cadáveres conservados durante mucho tiempo en su tumba que, cuando se abre su féretro, caen convertidos en polvo al contacto con el aire, como fulminados por un rayo.

—¿Conoce milady el nombre de Hawdon?

—Lo oí pronunciar en otro tiempo.

—¿Tal vez es el de un pariente lejano de su familia, milady?

—No.

—Entonces, milady —dice el señor Guppy—, llego al último punto del caso, tal y como lo he venido exponiendo hasta ahora. Hay más y los presentaré con claridad y trataré de resumirlos en una rápida exposición. Es preciso ante todo que sepa, milady, si es que milady lo ignora, que hace algún tiempo se encontró muerto en la más espantosa miseria, en el segundo piso de una casa situada cerca de Chancery Lane y perteneciente a un trapero llamado Krook, alquilada a un copista de los tribunales. La información sumaria que se realizó con tal motivo no pudo descubrir el nombre real del copista puesto que se mantenía en el anonimato. Pero, milady, yo he descubierto hace poco tiempo que ese copista se llamaba Hawdon.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—¡Ah! Ahí está precisamente la clave del asunto, milady. Después de la muerte de ese hombre sucedió un hecho extraño. Una señora se presentó en el lugar donde había ocurrido la muerte y luego fue a visitar la tumba. Pagó a un niño harapiento para que la acompañara a los diferentes sitios. Sé dónde encontrarlo a todas horas si milady deseara corroborar su declaración.

Aquel niño miserable poco le importa a milady, quien bajo ningún concepto desea verlo.

—Es una historia extraña —continúa el señor Guppy—, y si milady lo escuchara describir los anillos que brillaban en sus dedos cuando se quitó el guante, estoy seguro de que el incidente le parecería verdaderamente romántico.

Brillan los diamantes en los dedos que sostienen la pantalla. Milady, al jugar con ella, los hace brillar más y su rostro adquiere esa expresión que en otro tiempo hubiera sido tan peligrosa para el joven llamado Guppy.

—Se pensaba, milady, que no había dejado ni un papel que pudiera identificarlo, pero fue un error porque se encontró en su habitación un paquete de cartas antiguas.

La mirada de milady está clavada en el joven, la pantalla hace las veces de abanico.

—Estas cartas fueron recogidas y guardadas cuidadosamente, mi lady, y mañana estarán en mi poder.

—Le pregunto de nuevo qué tiene eso que ver conmigo.

—Milady —dice Guppy poniéndose de pie—, mi conclusión es que, si milady cree que hay un sentido en este encadenamiento de circunstancias, el parecido indudable entre la señorita Summerson y milady, un hecho concluyente para cualquier jurado, en que la educación de esa joven quedara a cargo de la señorita Barbary, en la confesión de la señorita Barnaby de que el verdadero apellido de la niña no es Summerson sino Hawdon, en que milady conozca muy bien esos dos nombres y en que Hawdon muriera como lo hizo. Si milady encuentra en ese encadenamiento de circunstancias suficiente interés como para investigar este asunto, le traeré aquí esos documentos. No los he leído y únicamente sé que son cartas antiguas. Todavía no las he tenido en mi mano. Se las traeré cuando las tenga y aquí las estudiaré por primera vez, milady. Ya le he dicho cuál era el objetivo de mi visita y le repito que una queja suya me pondría en una situación muy desagradable y que todo lo que le he contado lo he hecho de modo confidencial.

¿Se reduce a esto todo lo que se proponía Guppy o guarda algún otro propósito? ¿Ha revelado en toda su extensión y profundidad el objetivo de su visita y de sus sospechas al acudir a la casa o, en caso contrario, qué esconde? Es digno de medirse en astucia y en audacia con milady. Ella puede sondearlo con la mirada, pero él bajará los ojos discretamente y su rostro de testigo en el estrado no revelará nada.

—Puede traer esas cartas si le parece bien —responde milady.

—Milady, el tono de sus palabras no resulta alentador tras haberle dado mi palabra de honor —dice el señor Guppy, molesto.

—Puede traer esas cartas si quiere —repite milady con indiferencia.

—Así lo haré, le deseo buenos días, Milady.

Sobre la mesa, milady toma una caja con candado, ricamente decorada como una caja fuerte antigua, y la abre.

—No, milady, le aseguro que no actúo movido por ningún interés económico. Le quedo muy agradecido, milady, y le deseo buenos días.

El joven hace una profunda inclinación y al descender las escaleras, el arrogante mercurio, sentado cerca de la chimenea, no se considera obligado a abandonar su Olimpo para abrirle la puerta.

Pero mientras sir Leicester sigue confortablemente adormecido sobre su periódico favorito en la biblioteca, ¿no hay en su casa una fuerza que lo despierte, que haga fruncir el ceño a los retratos de sus antepasados, estremecer las armaduras y agitar las ramas de los árboles de Chesney Wold?

No. Los sollozos, las palabras y los gritos no son más que aire y el aire de la casa está tan cerrado por un lado y tan abierto por el otro que milady tendría que dar grandes gritos en su habitación para llegar hasta el oído de sir Leicester y, sin embargo, en el aposento de milady hay una figura de mujer arrodillada y bañada en lágrimas que lanza al techo este grito:

—¡Hija mía! ¡Hija mía! No murió al nacer como dijo mi cruel hermana, ella la educó severamente después de renegar de mí y de mi nombre. ¡Hija mía! ¡Hija mía!

XXX

Relato de Esther

Ya hacía algún tiempo que Richard se había marchado cuando recibimos la visita de una persona que venía a pasar algunos días con nosotros. Se trataba de una anciana llamada señora Woodcourt, que había venido de Gales para ir a ver a la señora Bayham Badger, y que, tras escribir a mi tutor, diciéndole que su hijo Allan estaba bien y nos enviaba «sus más cariñosos saludos», había recibido de parte de mi tutor una invitación para venir a vernos a la Casa lúgubre.

Permaneció entre nosotros cerca de tres semanas. Fue muy amable conmigo y me tomó tanta confianza que más de una vez me sentí incómoda.

Sabía muy bien que no tenía motivo para sentirme así con sus confidencias pero no podía evitarlo. Era una señora tan impetuosa y su mirada era tan insistente mientras me hablaba, sentada frente a mí con las manos cruzadas, que me causaba malestar. Tal vez fuera su aspecto demasiado estirado y formal aunque no lo creo, porque eso curiosamente me resultaba agradable. Tampoco eran sus facciones, bellas a pesar de la edad, lo que me desagradaba. No sé explicarlo. O tal vez ahora sí lo sepa aunque entonces lo ignoraba. Ya no importa.

Por la noche, en el momento de acostarnos, me suplicaba que entrase en su cuarto y, desde un gran sillón cerca de la chimenea me hablaba de Morgan ap-Kerrig hasta aburrirme por completo. Me recitaba pasajes enteros de Crumlinwallinwer y del Mewlinwinwodd (si es que se escriben así, cosa que no veo muy probable) y se inflamaba con unas pasiones que nunca llegué a comprender, porque estaban escritas en antiguo galés, más allá de que elogiaban el linaje de Morgan ap-Kerrig.

—Como puede ver, señorita Summerson —me decía con aire triunfal— mi hijo es muy afortunado. En cualquier lugar donde se encuentre puede sentirse orgulloso de ser descendiente de ap-Kerrig. Podrá ser pobre pero hay algo que vale más que el dinero: un buen apellido, querida.

No me parecía muy probable que en China o en India conocieran a Morgan ap-Kerrig, pero por supuesto nunca dije nada de eso.

—Es una gran cosa —solía decirle— tener un origen tan noble.

—Sí, sin duda —decía la señora Woodcourt—, aunque tiene sus inconvenientes. Por ejemplo, esto limita en gran modo la elección de esposa para mi hijo, aunque la familia real lo tiene también difícil.

Y entonces me daba palmaditas en el brazo y me alisaba el vestido como para que yo pudiera estar segura de que, a pesar de la distancia social que nos separaba, seguía teniendo una buena opinión de mí.

—El pobre señor Woodcourt, querida mía —me decía con voz conmovida porque, a pesar de su alta procedencia, tenía un gran corazón— descendía de una noble familia de las Highlands, los MacCoorts de MacCoort. Sirvió a su país y a su Rey con el grado de oficial del Real Cuerpo de Highlanders y murió con gloria en el campo de batalla. Mi hijo es el último representante de estas dos antiguas familias, que con ayuda de Dios, las engrandecerá aún más al unirse con otra familia no menos antigua.

Me esforzaba inútilmente en cambiar de conversación, solo por hablar de algo diferente o tal vez por... No merece la pena que entre en estos detalles. Lo cierto es que la señora Woodcourt nunca hablaba de otra cosa.

—Querida mía —me dijo una noche—, es usted tan sensata y ve la vida con una madurez tan rara para su edad que me da verdadero placer hablar con usted de mis asuntos familiares. No conoce mucho a mi hijo pero creo que lo conoce lo suficiente como para no haberlo olvidado.

—Lo recuerdo muy bien, señora.

—Claro, querida, bueno, como creo que sabe juzgar a las personas, quisiera saber su opinión sobre él.

—Señora Woodcourt —dije—, me resulta muy difícil.

—¿Pero qué encuentra tan difícil? —contestó—. No veo la dificultad.

—Dar mi opinión sobre...

—Ya, querida mía, apenas lo conoce. Lo comprendo.

No me refería precisamente a eso dado que, en realidad, habíamos visto al señor Woodcourt con frecuencia en nuestra casa. Se había hecho muy amigo de mi tutor. Así se lo dije y añadí que parecía muy competente en su profesión y que la amabilidad y delicadeza con que había asistido a la señorita Flite eran dignas de alabanza.

—Tiene razón —respondió apretándome la mano—, creo que lo has definido muy bien. Allan es un buen muchacho e irreprochable en su profesión aunque reconozco, querida, que no está libre de defectos.

—Todo el mundo tiene los suyos —dije.

—Pero él puede y debe corregirlos —continuó tajante la anciana, moviendo la cabeza—. Le he cogido tanto cariño, hija mía, que puedo decirle esto con total confianza: mi hijo es la inconstancia personificada.

Respondí que, en función de su reputación, había dado pruebas de gran perseverancia en su profesión y de un celo infatigable en la práctica de esta.

—Una vez más, querida —dijo la anciana—, tiene razón pero no es a su profesión a lo que me refiero.

—¡Ah! —dije.

—No, querida —dijo ella—. Me refiero a su comportamiento social. Desde los dieciocho años ha sido siempre muy galante y ha prodigado atenciones a jóvenes señoritas, pero sin que ninguna le importara gran cosa. Aunque no pretendiera hacerles ningún daño y solo tratara de ser cortés y amable, sigue sin estar bien ¿no le parece?

—No —dije ya que parecía esperar esa respuesta.

—Comprenderá usted que una conducta como esa puede llevar a una joven

a concebir falsas esperanzas.

Supuse que tenía razón.

—Por eso mismo le he repetido muchas veces que debería mostrarse más prudente, tanto por consideración a sí mismo como a los demás. Y él me dice: «Lo haré, mamá, pero me conoces mejor que nadie y sabes que no lo hago con mala intención, que no es importante». Esto es cierto, querida, pero no lo justifica. Sin embargo, ahora que se ha marchado tan lejos y por tanto tiempo, y como lleva recomendaciones excelentes y tendrá buenas oportunidades, podemos considerar que es agua pasada. Pero ¿y usted, señorita? —dijo sonriendo y asintiendo con la cabeza—, ¿qué me dice de usted?

—¿De mí, señora Woodcourt?

—Sería muy egoísta si solo pensara en mi hijo y en que ha partido para hacer fortuna y encontrar esposa. ¿Cuándo piensa usted buscar fortuna y encontrar marido, señorita Summerson? Vamos, no se sonroje.

No creo que me hubiera ruborizado, pero de haberlo hecho, tampoco tenía importancia. Le contesté que estaba tan contenta con mi situación de entonces que no deseaba cambiar nada.

—¿Quiere saber lo que suelo pensar sobre su futuro? —preguntó la señora Woodcourt.

—Si se considera una buena adivina —dije.

—Pues creo que se casará con un hombre mayor muy rico y de buen carácter, tal vez veinticinco años mayor que usted, y que será una excelente esposa, y él la querrá mucho y la hará muy feliz.

—No podría ser mejor destino —respondí—, pero no veo por qué iba a ser el mío.

—¿Por qué, querida? —me dijo, pasando a tutearme—. Eres tan atenta y tan ordenada, y toda tu situación tan poco corriente que sería perfecto que ocurriera y es lo que va a ocurrir. Y nadie se alegrará tanto como yo por ese matrimonio.

Extrañamente estas palabras me causaron una profunda incomodidad y esa sensación se mantuvo durante gran parte de la noche, y me avergoncé tanto de aquel comportamiento infantil que no se lo quise confesar a nadie, ni siquiera a Ada, lo cual aumentaba el malestar que sentía. Hubiese dado cualquier cosa por no haber merecido tanto la confianza de aquella anciana tan habladora y haber podido rechazar aquellas confesiones. A veces me parecía que era una chismosa y otras que decía grandes verdades, algunas veces me parecía astuta y maliciosa, y un instante después tenía la más completa confianza en la rectitud y sencillez de su corazón galés.

Sin embargo, ¿qué era lo que me importaba tanto y por qué me importaba tanto? ¿Por qué no podía, antes de acostarme, sentarme a su lado junto a la chimenea y escucharla durante un rato con mi manojito de llaves en la mano, de la misma forma que hacía con los demás, en vez de irritarme por sus inocentes palabras? Si me sentía atraída hacia ella, como así era, ya que deseaba agradarla y me alegraba mucho ver que así era, ¿por qué me apenaba cada palabra que decía? ¿Por qué las sopesaba veinte veces en mi mente, por insignificante que fuesen, y me fastidiaban tanto esas confidencias que me hacía todas las noches? ¿Por qué me preocupaba tanto que estuviera en nuestra casa y que me hiciera sus confidencias nocturnas, cuando, por otra parte, me daba cuenta de que era mejor y más seguro que estuviera aquí? Había en todo esto contradicciones que no llegaba a comprender. Si al menos pudiera..., aunque ya volveré sobre esta cuestión en el futuro, es inútil hablar de esto en este el momento.

Al mismo tiempo que lamentaba la partida de la señora Woodcourt, esta me produjo un gran alivio. Y fue entonces cuando llegaron Caddy Jellyby y las muchas noticias que traía de su casa y eso vino a distraerme de estos pensamientos.

Lo primero que dijo Caddy (y no parecía querer hablar de otra cosa) fue que yo era la mejor consejera que había existido jamás, a lo cual mi querida amiga Ada contestó que eso no era ninguna novedad y yo lo tomé a broma. Nos notificó, además, que se iba a casar en un mes, y que se consideraría la novia más feliz del mundo si Ada y yo consentíamos en ser sus damas de honor.

Aquello sí que era una novedad, y tuvimos tantas cosas que decirnos a partir de ese momento que creí que nunca dejaríamos de hablar de ello.

Parecía que la quiebra del señor Jellyby se había arreglado amistosamente (había «pasado por la Gaceta», dijo Caddy, como si fuera por un túnel) ya que sus acreedores habían sido clementes con él y, sin llegar a comprender sus propios asuntos, los había liquidado de la mejor manera posible y, después de abandonar todo lo que tenía (muy poca cosa, a juzgar por el estado de sus muebles), había convencido a cada demandante de que había obrado de buena fe. Fue mantenido, pues, al frente de su oficina para empezar de nuevo.

Nunca supe qué hacía exactamente en la oficina: Caddy decía que era «agente de aduanas», aunque lo único que pude sacar en claro de todo aquel asunto fue que cuando le hacía falta dinero acudía a los muelles y allí casi nunca lo encontraba.

En cuanto su padre se convirtió en una oveja trasquilada y quedó exonerado, la familia se mudó a un piso amueblado en Hatton Garden (donde más tarde me encontré a los niños sacando el relleno de las sillas para intentar

comérselo). Caddy había convocado una reunión entre él y el viejo señor Turveydrop, y como el señor Jellyby se comportó de una manera tan humilde y adoptó ante el señor Turveydrop una actitud tan sumisa, se hicieron muy buenos amigos. Con el tiempo, el señor Turveydrop se fue reconciliando con la idea del matrimonio de su hijo y, llevado por sus sentimientos paternos y considerando que el acontecimiento cada vez estaba más cerca, accedió magnánimo a que la joven pareja, una vez estuvieran casados, se instalara en la academia de Newman Street.

—Y tu padre, Caddy, ¿qué dijo?

—¡Pobre papá! —repuso Caddy—. Solo lloraba y decía que esperaba que nos fuera mejor que a él y a mamá. No estaba presente Prince, cuando habló lo hizo solo delante de mí. Y dijo: «Pobre hija mía, nadie te ha enseñado a llevar la casa de tu marido, pero si no aspiras con todo tu corazón a lograrlo, sería preferible matarlo que casarte con él... si es que lo quieres de verdad».

—¿Y cómo lo calmaste, Caddy?

—Como me resultaba tan triste ver a papá deprimido y que dijera cosas tan espantosas, no pude evitar echarme a llorar yo también. Pero le dije que sí, que aspiraba a ello con todo mi corazón, y que esperaba que él pudiera ir a nuestra casa para encontrar tranquilidad los días que quisiera, y que esperaba y creía que yo podría ser mejor hija para él allí que en nuestra casa. Entonces dije que Peepy se vendría a vivir conmigo, y entonces papá se echó a llorar otra vez y dijo que los niños eran unos indios.

—¿Unos indios, Caddy?

—Sí —dijo Caddy—. Unos indios salvajes. Y papá dijo —y en ese momento Caddy empezó a llorar y ya no parecía ser la chica más feliz del mundo— que se daba cuenta de que lo mejor que les podía pasar era que fueran asesinados con un tomahawk todos al mismo tiempo.

Ada confió en que el señor Jellyby no hablara en serio cuando expresaba esos sentimientos tan destructivos.

—Por supuesto. Sé que papá no desea ver a su familia ahogándose en su propia sangre —dijo Caddy—, se refería a la mala suerte que tienen por ser hijos de mamá, y que él tiene la misma mala suerte por haberse casado con ella, y estoy segura de que tiene razón aunque esto pueda parecer poco natural.

Le pregunté a Caddy si la señora Jellyby sabía que ya se había fijado el día de la boda.

—¡Ya sabes cómo es mamá, Esther! —dijo—. Es imposible saberlo. Se lo hemos contado varias veces, pero, cuando se lo decimos, ella lo único que hace es mirarme como si estuviera viendo..., no sé, una torre en la distancia

—dijo Caddy como sorprendida de repente—, y después niega con la cabeza y dice: «¡Caddy, Caddy, eres una bromista!», y sigue con las cartas de Borriboola-Gha.

—¿Y tu ajuar, Caddy?

—Haré lo que pueda, querida Esther. Tengo confianza en que Prince sea lo bastante bueno para no rechazarme si me presento tan pobremente vestida. Si se tratara de buscar ropa para Borriboola-Gha, mamá se ocuparía con todo su esfuerzo, pero tratándose de mí, le trae sin cuidado, ni siquiera le preocupa si tengo lo más indispensable.

Caddy quería a su madre y mencionó aquello entre lágrimas, por ser incapaz de negarlo, tal y como, me temo, realmente era. Nosotras admiramos sinceramente las cualidades que habían sobrevivido en ella a pesar del abandono en el que se había educado, así que Ada y yo le propusimos un plan que aceptó con alegría. Consistía en que viviese con nosotras hasta el día de la boda y que empleásemos tres semanas en cortar, adaptar e inventar y coser todo lo imaginable para confeccionar un ajuar.

Como mi tutor aprobó esta idea, salimos al día siguiente para su casa, y la llevamos triunfalmente con nosotros junto con sus cajas y todas las compras que habíamos podido realizar con un billete de diez libras que el señor Jellyby probablemente había encontrado en los muelles, pero que en todo caso le dio.

No sé cuánto habríamos conseguido de mi tutor de no haberle contenido, pues nos pareció adecuado que se limitase al vestido de boda y al sombrero. Mi tutor se resignó y nunca habíamos visto a Caddy tan alegre como cuando vino a sentarse entre nosotras para ponerse a trabajar.

La pobre no sabía manejar muy bien la aguja y se pinchaba los dedos con la misma facilidad con la que en otro tiempo se los manchaba de tinta. Se ponía entonces colorada, ya fuera por el pinchazo o por reconocer su torpeza, pero no tardó en superar su falta de experiencia y muy pronto se hizo una buena costurera. De este modo pasábamos los días Ada, Caddy, mi joven doncella Charley, una costurera de la ciudad y yo, trabajando duro pero con un placer infinito.

Pero lo que más deseaba Caddy era que le enseñase a dirigir una casa. ¡Dios mío! La idea de querer instruirse con una persona de tan poco mérito como yo me pareció tan ingenua que, ruborizada y confusa, me eché a reír. Sin embargo, le respondí:

—Caddy, me tienes a tu disposición para enseñarte todo lo que pueda.

Y le expliqué mi sistema, le mostré mis libros y le conté todos mis secretos caseros. Ponía tanto empeño en estudiar todo aquello que cualquiera hubiese

dicho que se trataba de fórmulas mágicas y, si hubierais visto con qué entusiasmo corría detrás de mí cuando escuchaba resonar mi manajo de llaves, hubieseis creído que yo era la mayor de las impostoras y Caddy Jellyby la seguidora más ciega.

Entre el trabajo, los cuidados de la casa, las lecciones de Charley, las partidas de backgammon por las tardes con mi tutor y los dúos con Ada, las tres semanas transcurrieron rápidamente. Luego acompañé a Caddy a su casa, y Ada y Charley se quedaron para cuidar a mi tutor.

Cuando digo a su casa, me refiero al piso amueblado de Hatton Garden.

Fuimos dos o tres veces a Newman Street, donde también se hacían preparativos para la boda, casi todos, por lo que pude ver, destinados a aumentar el bienestar del viejo señor Turveydrop, y muy pocos para instalar a los novios modestamente en el piso superior, pero el punto más importante para nosotras era decorar de una manera decente el piso para que se celebrara el banquete así como preparar, aunque fuera solo un poco, a la señora Jellyby para lo que iba a producirse.

Esto último no resultaba cosa fácil dado que la señora Jellyby ocupaba junto con un joven no muy agradable la habitación principal (la de atrás era un cuartucho) y el suelo estaba cubierto de papeles rotos y documentos de Borriboola-Gha como si fueran la paja de un establo. La señora Jellyby permanecía sentada de la mañana a la noche tomando café cargado, dictando cartas y entrevistándose con gente, previa cita, para hablar de Borriboola-Gha. El joven desagradable, que me pareció enfermo, comía fuera de la casa.

Cuando el señor Jellyby volvía de la oficina, solía refunfuñar y dirigirse a la cocina donde comía algo si conseguía que la criada se lo sirviera, y después, para no molestar, se paseaba por Hatton Garden bajo la lluvia. Los pobres niños, como habían hecho desde siempre, se peleaban y subían y bajaban las escaleras a gritos.

Ante la imposibilidad evidente de que los niños parecieran presentables en una sola semana, propuse a Caddy que el día de la boda estuvieran, al menos, lo más contentos que fuera posible, dejándoles permanecer en el ático donde todos ellos dormían, y así poder concentrar nuestros esfuerzos en su madre, en la habitación de su madre y en preparar la comida. La señora Jellyby exigía mucho trabajo ya que, desde la primera vez que había visto, se había ensanchado la parte del corsé que era visible a través de la espalda de su vestido y su cabello parecía las crines de un caballo de basurero.

Considerando que la exposición del ajuar de Caddy sería el medio más oportuno para abordar la cuestión, una tarde, cuando ya se había marchado el joven de aspecto desagradable, invité a la señora Jellyby a entrar en el cuarto

de su hija, donde habíamos colocado los trajes y los adornos sobre la cama.

—Querida señorita Summerson —respondió levantándose de su escritorio con su dulzura habitual—, estos preparativos resultan totalmente ridículos aunque la ayuda que le ha prestado usted a mi hija demuestre su amabilidad. ¡Me parece tan extraño y absurdo ver a Caddy casada! ¡Qué boba eres, Caddy!

Accedió, sin embargo, a subir con nosotras y contempló el ajuar con su habitual abandono. Rápidamente tuvo una idea, movió la cabeza y me dijo sonriendo:

—Mi querida señorita Summerson, con la mitad de lo que se ha gastado en esto, esta pobre niña habría podido equiparse para ir a África.

Al bajar las escaleras, me preguntó si aquel asunto tan molesto iba a suceder realmente el miércoles, y al contestarle afirmativamente, me preguntó:

—Querida señorita Summerson, ¿necesitará usted mi cuarto? Encuentro absolutamente imposible deshacerme de mis papeles.

Me atreví a decirle que era indispensable que nos prestase aquella estancia y que no era tan difícil llevar sus papeles a otro sitio.

—No me opongo, señorita Summerson —dijo la señora Jellyby—, pero le advierto que Caddy, al haberme obligado a contratar a un muchacho y dado lo ocupada que estoy con mis asuntos públicos, me ha puesto en una situación difícil. Además, da la casualidad de que todos los miércoles después de comer tenemos junta de Ramificación y esta boda es un grave inconveniente.

—No creo que se repita —respondí, sonriendo—. Probablemente Caddy solo se case una vez.

—Es verdad —replicó la señora Jellyby—, es verdad, hija mía. Supongo que resignarse es lo mejor que puedo hacer.

Faltaba saber qué traje se pondría la señora Jellyby. La serenidad con que ella nos miraba desde su escritorio mientras Caddy y yo comentábamos este asunto y cómo dirigía la cabeza hacia nosotras con media sonrisa como si fuera un espíritu superior al que le fastidiara tener que escuchar ese tipo de nimiedades.

El estado en que se hallaban sus vestidos y la extraordinaria confusión en que los tenía guardados, aumentaron nuestras dificultades. Conseguimos, sin embargo, dar con un traje que una mujer corriente podría vestir en la boda de su hija.

La manera absorta con la que la señora Jellyby se dejaba conducir por la modista para probarse su vestido y la dulzura con la que se lamentaba de no haber conseguido de mí que pensara más en África eran coherentes con el

resto de su comportamiento.

El piso no era ciertamente muy espacioso pero estoy segura de que aunque la señora Jellyby hubiera vivido en San Pablo o en San Pedro la única ventaja que habría encontrado en ello sería la de tener más espacio para ensuciarlo. Creo que, en aquellos días que precedieron a la boda de Caddy, todo lo que podía romperse en la casa se rompió, todo lo que podía estropearse de una manera u otra se estropeó y todo lo que era posible ensuciar, desde la rodilla de los niños hasta la placa de la puerta, acumuló tanta suciedad como pudo.

El pobre señor Jellyby, que hablaba muy poco y que cuando estaba en casa permanecía casi siempre sentado con la cabeza apoyada en la pared, interesándose en los esfuerzos que hacíamos para poner un poco de orden en aquel desbarajuste, se quitó la chaqueta y quiso ayudarnos. Pero cuando abrimos los armarios salieron de todas partes objetos tan inverosímiles, pedazos de pastel, botellas de vinagre, las cartas de la señora Jellyby, té, tenedores, botas viejas de hombre y zapatos de niño, leña, galletas, tapaderas de ollas, azúcar derretido en cucuruchos de papel, taburetes, cepillos de zapatos, pan, sombreros de la señora Jellyby, libros con mantequilla en la encuadernación, velas boca abajo en palmatorias rotas, cáscaras de nuez, cabezas y colas de gambas, manteles, guantes, posos de café, paraguas..., que se asustó y abandonó. A partir de entonces cada vez que volvía a casa se quitaba la chaqueta y se sentaba con la cabeza apoyada en la pared, como si nos hubiera querido ayudar sin saber por dónde empezar.

—¡Pobre papá! —me decía Caddy la víspera del gran día, cuando conseguimos arreglar un poco las cosas—. Es cruel abandonarlo, Esther, pero ¿qué podría hacer de haberme quedado? Desde que te conocí, no he parado de arreglar y limpiar la casa, pero ¿de qué sirve? Mamá y África juntas vuelven a desordenarlo todo de inmediato. Nunca tenemos una criada que no beba. Mamá lo arruina todo.

A pesar de que el señor Jellyby no oía lo que decía su hija, parecía estar muy triste y hasta creí verlo llorar.

—Te aseguro que se me parte el corazón solo de pensar en él —se lamentó Caddy—. Y yo que esta noche, Esther, no puedo dejar de pensar en lo feliz que espero ser con Prince y en cuánto esperó él ser feliz con mamá. Qué vida más triste.

—¡Mi querida Caddy! —dijo el señor Jellyby volviendo la cabeza lentamente hacia ella.

Creo que fue la primera vez que le escuché pronunciar tres palabras seguidas. Caddy se levantó y corrió a abrazarlo.

—Querida hija mía —continuó el señor Jellyby—, no quieras nunca...

—¿Casarme con Prince, papá? —balbuceó Caddy.

—No, hija mía, cástate. Cástate con él, claro, pero no quieras nunca...

Según Richard, y esto ya lo mencioné cuando hablé de nuestra primera visita a Thavies Inn, el señor Jellyby con frecuencia abría la boca después de cenar sin llegar a decir nada. Esa era su costumbre. Entonces abrió la boca muchas veces y sacudió la cabeza con aire melancólico.

—¿Qué es lo que no he de querer, papá? —le preguntó Caddy, pasándole los brazos alrededor del cuello.

—Nunca quieras tener una misión, querida hija.

Lanzó un gruñido y apoyó de nuevo la cabeza en la pared. Es la única alusión que hizo delante de mí a la cuestión de Borrioboola-Gha. Supongo que hubo un tiempo en que fue más comunicativo y tenía más energía, pero el abatimiento en que estaba sumido desde el primer día en que lo conocí parecía venir de lejos.

Creí que aquella noche la señora Jellyby nunca dejaría de leer sus cartas y de tomar café. Eran más de las doce cuando nos dejó su cuarto y como la limpieza que necesitaba aquel sitio superaba con mucho nuestras fuerzas, la pobre Caddy, al borde del agotamiento, se dejó caer en una silla en medio del polvo y no pudo reprimir las lágrimas. Pero pronto se repuso y conseguimos resultados maravillosos antes de acostarnos. A la mañana siguiente, gracias a algunas flores y grandes cantidades de agua y jabón, el cuarto de la señora Jellyby ofrecía un aspecto mucho más agradable y ordenado. El desayuno, a pesar de ser muy sencillo, tenía un aspecto delicioso y Caddy resultó encantadora. Pero cuando llegó Ada pensé (y sigo pensándolo) que nunca había visto una cara más radiante que la suya.

Organizamos una pequeña fiesta para los niños en el piso de arriba. Peepy ocupó la cabecera de la mesa y Caddy se presentó con el traje de novia y los niños aplaudieron y la aclamaron con gritos de hurra y Caddy lloró pensando que se iba a separar de ellos y los abrazó muchas veces hasta el momento en que Prince fue a buscarla, momento en que, lamento decirlo, Peepy se abalanzó sobre él y le mordió. El viejo señor Turveydrop, que esperaba a Caddy en el salón, con toda la indescriptible pompa de su presencia, le dio tiernamente su bendición y dejó claro a mi tutor que la felicidad de sus hijos era obra suya al haber tenido que sacrificar algunas consideraciones personales para asegurarla.

—Señor —dijo el señor Turveydrop—, vivirán en mi casa, es bastante espaciosa para que habiten en ella con comodidad y para mí será un verdadero placer albergarlos bajo mi techo. Como comprenderá usted muy bien, caballero, porque seguramente usted recuerde a mi protector el Príncipe

regente, hubiera preferido que mi hijo se casara con alguien de una familia con mayor presencia pero ¡que sea lo que Dios quiera!

Estaban entre los invitados el señor y la señora Pardiggle. El señor Pardiggle, hombre de aspecto obstinado, con frac largo y el pelo muy rizado, hablaba, muy alto y con voz de bajo profundo, de su modesta donación, de la de su mujer y de la donación ofrecida por sus hijos. El señor Quale, con su habitual peinado hacia atrás y sus habituales sienes relucientes, también estaba presente y, lejos de parecer un pretendiente despechado, representaba el papel de feliz prometido de una joven dama, o al menos de una dama soltera, una tal señorita Wisk, que también estaba presente. La misión en la vida de la señorita Wisk, según dijo mi tutor, era probar al mundo que el hombre y la mujer tienen la misma misión y que esa misión es presentar resoluciones aclaratorias sobre cualquier cosa en cualquier reunión pública. Como era de esperar en casa de la señora Jellyby, los convidados, que no eran muy numerosos, se dedicaban casi en exclusiva a actividades públicas. Además de los ya mencionados, había una señora bastante desaliñada que llevaba el sombrero puesto al revés y la etiqueta del precio aún colgada con alfileres al vestido y que, a pesar de descuidar su casa hasta el extremo de parecer un campo abandonado, según me contó Caddy, su iglesia permanecía imaculada. El grupo lo completaba un caballero muy polemista que tenía, según él mismo decía, la misión de ser hermano de todos pero que, sin embargo, no se hablaba con nadie de su familia.

De haberlo hecho a propósito, habría sido imposible encontrar un grupo de personas menos adecuadas para las circunstancias que los reunía allí. La única misión en la vida que este grupo no podía soportar, de todas las misiones posibles, era la roñosa misión de la mantener una casa. Justo antes de sentarnos a la mesa, la señorita Wisk llegó a decirnos, muy indignada, que decir que la misión de la mujer se reducía al ámbito doméstico era una calumnia insultante que la tiranía del hombre se complacía en propagar.

Me llamó la atención otra singularidad, y era que nadie, a excepción del señor Quale (cuya misión, como dije en otra ocasión, era admirar la misión de todos los demás) hacía caso alguno de la misión de los otros. El único remedio de todos los males de la sociedad, según la señora Pardiggle, era perseguir a los pobres y aplicarles la beneficencia como una camisa de fuerza. Para la señorita Wisk, la emancipación de la mujer de su tirano, el hombre, era, por el contrario, lo único que podía salvar al género humano. La señora Jellyby sonreía ante la visión lejana de algo que no podía ser cualquier cosa excepto Borriboola-Gha.

Pero me estoy adelantando, volvamos a la boda de Caddy.

Fuimos a la iglesia donde el señor Jellyby actuó como padrino. Los seguía

el viejo señor Turveydrop y no encuentro palabras suficientes para hacer justicia a la forma en que se mantuvo firme y distinguido detrás de nosotras, las damas de honor, durante toda la ceremonia, con el sombrero debajo del brazo izquierdo (vuelto el interior hacia el sacerdote como si fuera un cañón) y los ojos enarcados hasta los bordes de la peluca. Más tarde nos saludó.

La señorita Wisk, de la que no puedo decir que su aspecto fuera impresionante y cuyos modales resultaban desagradables, escuchó con gesto de desdén la ceremonia, tan humillante para la mujer. En cuanto a la señora Jellyby, aunque su mirada y su sonrisa conservaban su habitual serenidad, parecía que era la persona menos interesada en la ceremonia.

Volvimos a la casa para el banquete de boda. La señora Jellyby ocupó la presidencia de la mesa y su marido se sentó al lado opuesto, enfrente de ella.

Antes de entrar en la pieza donde nos esperaba el ágape, Caddy subió al cuarto de los niños para volver a abrazarlos y decirles que se llamaba ya Caddy Turveydrop, pero esta noticia, en vez de causarle una agradable sorpresa a Peppy, lo encolerizó de tal modo que su hermana me envió a llamar para que lo tranquilizase, y únicamente lo conseguí prometiéndole que comería conmigo. Lo senté sobre mis rodillas, y su madre le dijo al ver su delantal:

—¡Ay, Peepy, qué malo eres, y cómo te has ensuciado!

Sin embargo, Peepy estuvo muy tranquilo durante el banquete, si se exceptúa que había traído con él a Noé (parte de un arca que le regalé antes de marchar a la iglesia) y se dedicó a meterlo en los vasos de vino y después en la boca.

Mi tutor, con su benevolencia característica, su rapidez en percibir los acontecimientos y su rostro amable acabó por alegrar la comida a pesar de aquel grupo tan poco amigable. Nadie parecía hablar más que de su propio tema, e incluso parecía que nadie supiera hablar ni siquiera de eso, como si en el mundo no existiera nada más, pero mi Tutor hizo que todos los invitados dedicaran amables palabras de cariño a Caddy y a su matrimonio y así logró que todo saliera bien.

Dado que los huéspedes de la señora Jellyby trataban a los novios con soberano desprecio y el señor Turveydrop se consideraba, en virtud de su presencia, superior a todos los presentes, podría haber ocurrido cualquier catástrofe de no ser por mi tutor.

Llegó, por fin, el momento de separarse de la pobre Caddy. El equipaje fue colocado sobre el coche que debía trasladarla con su esposo a Gravesend, y nos sentimos profundamente emocionados, viendo a la pobre muchacha que dirigía la última mirada a la deplorable casa paterna y abrazaba a su madre con

el más vivo cariño.

—Siento mucho —decía Caddy entre sollozos— no haber podido continuar ayudando con los dictados, mamá, espero que me perdones.

—Oh, Caddy, Caddy —respondió la señora Jellyby—, te he dicho cien veces que he contratado a un muchacho, y no se hable más.

—¿Estás segura de que no estás enfadada conmigo, mamá? Dime que no antes de irme, mama.

—No seas tonta, Caddy —dijo la señora Jellyby—. ¿Tengo cara de estar enojada? Ni siquiera tengo tiempo para enfadarme.

—Cuida mucho de papá.

La señora Jellyby no pudo menos que reírse.

—¡Qué romántica eres, hija mía! —dijo dando unas palmaditas en el hombro de Caddy—. Puedes partir sin temor, nos separamos muy amigas. Sé feliz, hija mía, y adiós.

Caddy fue a abrazar a su padre, apoyó la mejilla en la suya y lo meció suavemente como hubiera hecho con un niño enfermo. Todo aquello ocurrió en el vestíbulo. Luego, su padre se alejó de ella, sacó el pañuelo del bolsillo y fue a sentarse en la escalera con la cabeza apoyada en la pared. Parecía que las paredes le dieran consuelo. Casi estoy convencida de ello.

Prince tomó entonces a su mujer de la mano, con la emoción más profunda, y se volvió hacia su padre, que permanecía con una presencia abrumadora.

—Gracias una vez más, padre —dijo Prince besándole la mano—. Padre, ¡estoy muy agradecido por todo su esfuerzo y atención! Y le aseguro que Caddy piensa igual.

—¡Oh, sí! —murmuró Caddy, llorando—, des-de-lue-go.

—Querido hijo y querida hija, no hice más que cumplir con mi deber, hijos míos —respondió el señor Turveydrop—, y encontraré, en la santa mujer que nos mira desde el cielo, la recompensa a todos mis sacrificios. Estoy seguro de que no dejaréis de cumplir vuestro deber conmigo, ¿verdad hijo mío e hija mía?

—¡Lo cumpliremos, padre mío! —exclamó Prince.

—Sí, sí, querido señor Turveydrop —añadió Caddy.

—Así debe ser —replicó el señor Turveydrop—, hijos míos, mi casa es vuestra y vuestro es mi corazón junto con todo lo que me pertenece. No me separaré jamás de vuestro lado. Solo la muerte podrá separarnos. Supongo,

hijo mío, que tienes intención de estar ausente una semana.

—Sí, padre. Dentro de ochos días estaremos de regreso.

—Querido hijo —dijo el señor Turveydrop—, permíteme que, aunque te encuentres en una circunstancia excepcional, te recomiende la mayor puntualidad. Es muy importante conservar los alumnos que tenemos y una ausencia demasiado prolongada podría desalentarlos.

—Le aseguro que dentro de ocho días estaremos cenando en casa, padre.

—Muy bien, hijo mío —dijo el señor Turveydrop—. Encontraréis, querida Caroline, fuego en la chimenea de vuestro cuarto y la comida en mis habitaciones. Sí, sí, hijo mío —añadió, anticipando alguna objeción altruista de Prince—, deseo que comáis conmigo el día en que lleguéis, pues no habréis tenido tiempo todavía de organizaros en la parte superior de la casa. Y ahora, recibid otra vez mi bendición.

Se marcharon, y no sé si me asombró más la señora Jellyby o bien el señor Turveydrop. También Ada y mi tutor pensaban lo mismo y comentamos el asunto. Pero en el momento en que íbamos a subir al coche, el señor Jellyby me tomó las manos en el vestíbulo, las estrechó con afecto, y desplegó dos veces los labios aunque no acertó a pronunciar ninguna palabra. Sin embargo, estaba segura de comprender lo que trataba de decir.

—No hay motivo para agradecerme nada, señor —le respondí apurada—, no tiene importancia.

—Espero que sean felices, tutor —le dije al señor Jarndyce mientras nos dirigíamos de regreso a la Casa lúgubre.

—Yo también lo espero. Ya veremos.

—¿Sopla hoy el viento de levante? —me atreví a preguntarle.

—No —respondió riéndose mucho.

—Tal vez soplabla esta mañana —dije.

—No —repitió mi tutor.

—No —dijo también Ada moviendo su linda cabeza coronada de flores mezcladas con sus cabellos de oro, lo que la hacía parecer la misma imagen de la primavera.

—¿Y qué sabes tú del viento de levante? —le dije, dándole admirada un beso que no pude contener.

Ha transcurrido desde entonces mucho tiempo, y sé muy bien que el cariño que ambos me tenían dictaba todas sus afectuosas palabras y pensamientos, por esto me decido a escribir, aunque sea para borrarla después, la dulce

respuesta que me dieron: «El viento de levante no puede soplar cuando se encuentra presente cierta persona, el sol y la brisa de verano siguen por todas partes a la dama Durden».

XXXI

Enfermera y paciente

Hacía algunos días que habíamos regresado a la Casa lúgubre cuando una noche subí a mi habitación con el fin de observar por encima del hombro de Charley los progresos que lograba en la escritura. A pesar de sus esfuerzos, para ella escribir era un trabajo sobrehumano. La pobre niña carecía de toda influencia sobre su pluma, la cual parecía, por el contrario, animarse entre sus dedos con una perversidad sin igual: o se le escapaba haciendo un enorme borrón, o se le clavaba en el papel, o se encabritaba como un burro. Era muy gracioso ver las muecas de la niña al tratar de dominar la pluma y ver cómo se debatía aquella mano tan joven para trazar unas letras tan viejas. Estas, muy arrugadas y vacilantes; aquellas, muy redondas y vigorosas. Tenía, sin embargo, mucha destreza para todo lo demás y sus dedos se movían con agilidad en cualquier otra labor.

—Veo que progresamos —le dije, mirando una serie de oes a veces cuadradas, otras triangulares o incluso en forma de pera—. Si podemos llegar a hacer una o redonda, habremos conseguido el más completo de los éxitos, Charley.

Le hice una y Charley intentó hacer otra, pero su pluma se negó a regresar al punto de partida, y, al no pararse a tiempo, salió una o con un nudo.

—No importa —le dije—. Con tiempo y paciencia se consigue todo.

Charley dejó la pluma, abrió y cerró varias veces su manita crispada, miró la página que acababa de llenar, o mejor dicho emborronar, con una formalidad en que el orgullo luchaba con la duda, se levantó y me hizo una reverencia mientras me decía:

—Mil gracias, señorita. ¿Conoce usted a una pobre mujer que se llama Jenny?

—¿La mujer del ladrillero? Sí.

—Me preguntó hace días si yo era la doncella de la señorita. Se refería a usted, señorita, y le respondí que sí.

—Creía que se había ido a vivir fuera de aquí.

—Sí, señorita, se había marchado, pero ha vuelto con otra mujer que se llama Liz. ¿Conoce usted también a Liz?

—Creo haberla visto, pero ignoraba su nombre.

—¡Eso mismo dijo ella! —comentó Charley—. Han regresado las dos después de recorrer todo el país.

—¿Todo el país, Charley?

—Sí, señorita —Charley hubiese tenido una excelente letra solo con hacerla de manera tan redonda como tenían sus ojos al mirarme a la cara—. Y hace tres o cuatro días que esa pobre mujer rondaba la casa con la esperanza de verla a usted. En aquel momento yo salía y le parecí, no sé por qué, su doncella —añadió Charley, con una sonrisa de alegría y orgullo.

—¿De verdad, Charley?

—¡Sí, señorita! ¡De verdad se lo digo!

Y Charley, con otra risita breve y encantada, volvió a abrir mucho los ojos, y después puso el gesto de seriedad apropiado para ser mi doncella. Yo nunca me cansaba de ver cómo disfrutaba Charley con aquel honor, cómo se erguía ante mí con aquella cara y aquel cuerpo tan aniñado y aquellos modales tan asentados, y cómo se advertía en medio de todo aquello su alegría infantil.

—Y ¿dónde la has visto? —le pregunté.

—Cerca de la consulta del médico —y su aspecto me entristeció porque la pobrecilla vestía de luto.

—¿Acaso está enferma esa pobre mujer?

—No —respondió Charley—, el que lo está es un pobre muchacho que vive con ellos y que anda perdido sin saber adónde ir. Un infeliz que no tiene padre ni madre ni a nadie en el mundo, como le ocurriría a mi hermano Tom si Emma y yo hubiésemos muerto después de mi padre.

Los ojos de Charley se llenaron de lágrimas.

—¿Iba a buscar algún fármaco para él, Charley?

—Me dijo, señorita —contestó Charley—, que una vez había hecho lo mismo por ella.

Mi doncella tenía las manos tan apretadas y me miraba de con tanta preocupación que no me costó mucho trabajo adivinar sus pensamientos.

—Creo —le dije— que haríamos bien en ir a ver a Jenny y ver qué ocurre.

La rapidez con que Charley me trajo el sombrero y el velo después de ayudarme a vestirme, haberse envuelto de forma tan pintoresca en su cálido

chal, y haberse convertido en una viejecita, expresaba con elocuencia que había satisfecho su deseo.

Salimos las dos sin decirle nada a nadie.

Era de noche, hacía frío, los árboles se estremecían al soplo del viento, y acababa de cesar la lluvia que caía a raudales algunos días. El viento había barrido las nubes, pero el cielo estaba cubierto a pesar de las estrellas que empezaban a brillar a lo lejos. En el norte y noroeste una luz moribunda daba al horizonte un aspecto siniestro, y sobre aquel lívido fondo se destacaba un cúmulo de densos nubarrones que parecían un mar inmóvil en medio de la tempestad. Resplandecía en dirección a Londres una luz sangrienta que parecía no pertenecer a la tierra, suspendida entre inmensas tinieblas sobre la ciudad oculta por la densa oscuridad que la envolvía, formaba con el pálido reflejo del cielo un contraste de aterradora grandeza.

No sabía lo que iba a sucederme, pero recuerdo perfectamente que, cuando me detuve en la puerta del jardín para observar el estado del cielo, experimenté una sensación indefinible y me vi a mí misma bajo un aspecto completamente diferente del que tenía entonces. Esta impresión extraña se ha grabado en mi memoria, así como el sitio y la hora en que la sentí, tan vivamente, entre los rumores lejanos de la ciudad, los ladridos de un perro y el ruido de un coche que bajaba por la colina.

Era sábado. La mayor parte de los habitantes de la aldea hacia la cual nos encaminábamos estaban en la taberna. Encontramos sus casas más tranquilas, pero de aspecto tan miserable como en mi primera visita. Los hornos ladrilleros estaban encendidos y lanzaban en torno nuestro bocanadas de humo y azulados resplandores.

Cuando llegamos a la casita, donde se distinguía luz a través de los cristales rotos, entramos después de llamar a la puerta. Un aire denso, enrarecido y de olor particular llenaba el interior. La madre del niño que había visto morir allí estaba sentada cerca del fuego casi apagado, y en frente de ella un muchacho andrajoso, acurrucado en el suelo, se apoyaba en un rincón de la chimenea. Llevaba debajo del brazo los restos de una gorra de piel, y se esforzaba en calentarse, pues temblaba hasta el punto de hacer vibrar la ventana y la puerta desvencijadas.

Una vez en la estancia, le dirigí la palabra a Jenny sin levantarme el velo. Cuando el muchacho oyó mi voz, se incorporó súbitamente, y me miró con una extraña expresión de asombro y de terror.

Era yo de manera tan evidente la causa de su pavor, que me detuve cerca de la puerta.

—No quiero volver al cementerio —murmuró—, no quiero volver.

Me levanté el velo y me dirigí a la mujer. Ésta me dijo, en voz baja:

—No haga usted caso, señora. Tiene fiebre y está delirando.

Y, volviéndose hacia el muchacho, le preguntó:

—¿Qué te sucede, Jo?

—Sé muy bien por qué ha venido —respondió el muchacho.

—¿A quién te refieres?

—A esta dama, viene a buscarme para que la acompañe al cementerio, pero no quiero ir, no quiero y no quiero porque me llevaría para enterrarme.

Sacudió su cuerpo un nuevo estremecimiento, y volviendo a recostarse contra la pared hizo temblar la puerta del barracón.

—Desde esta mañana —añadió Jenny con dulzura—, habla del cementerio, de una hermosa señora y de una moneda de oro sin que podamos sacar nada en claro. Mira, Jo, es mi señora, ¿por qué te da miedo?

—¿De verdad? —repitió con aire de duda poniéndose la mano sobre sus ojos febriles para examinarle mejor—. Se parece, de todas formas, mucho a la otra. No lleva el mismo sombrero, ni el mismo vestido, pero es como la otra.

Charley, que le debía a sus desgracias una experiencia prematura en enfermedades y preocupaciones, se había quitado el sombrero y el chal, acercó una silla e hizo sentarse a Jo con todas las atenciones de una enfermera consumada. Salvo que no hay enfermera alguna que hubiese podido mostrarle la cara de niña de Charley, lo que pareció inspirarle confianza.

—Dígame —le preguntó Jo a Charley—, ¿no es esta dama aquella otra dama?

Charley hizo con la cabeza un gesto negativo mientras lo envolvía cuidadosamente con los propios harapos del muchacho para que tuviera menos frío.

—En tal caso —murmuró el muchacho—, no debe de ser ella.

—He venido a verte —le dije— para ver si puedo hacer algo por ti. ¿Qué tienes? ¿Qué te duele?

—Estoy helado hasta los huesos —respondió con voz ronca y mirando con la imprecisión de la fiebre—, y al mismo tiempo me abraso. Tengo frío y luego me quemo. Tengo mucho sueño y me pesa la cabeza y parece que vaya a perderla. Tengo mucha sed y me duele todo el cuerpo.

—¿Cuánto hace que está aquí? —le pregunté a la mujer del ladrillero.

—Desde esta mañana. Me lo encontré en la calle. Nos conocimos en Londres, ¿verdad, Jo?

—En Tom-completamente-solo —balbució el muchacho.

Cuando fijaba su atención o su mirada, lo hacía solo por un breve instante. Luego se le caía la cabeza de nuevo, y le bamboleaba pesadamente, y hablaba como si estuviera medio dormido.

—¿Cuándo vino de Londres? —pregunté.

—Salí de Londres ayer —respondió el propio muchacho, que ahora estaba encendido y sudaba—. Voy a cualquier sitio.

—¿Adónde ibas, pobre Jo?

—A cualquier parte —dijo con voz más firme—. En Londres no puedo estar desde que la otra me dio la moneda de oro. La señora Snagsby está espiándome siempre y atormentándome para que me vaya. ¿Qué mal le he hecho? Todos me persiguen, todos me atormentan para que me vaya, y no me dejan en paz un instante. Ella me dijo, allí en Tom-completamente-solo, que vivía en Stolbuns, y he venido a Stolbuns.

Estas últimas palabras se las dirigía a Charley.

—¿Qué vamos a hacer con él? —le pregunté a la mujer, llevándola aparte—. No puede ir por la calle en este lamentable estado en que se encuentra por mucho que tuviese un objetivo y supiera adónde estaba yendo.

—Está casi muerto —respondió Jenny lanzándole a Jo una mirada compasiva—. Le he dado un poco de caldo y la medicina que le ha recetado el médico. Liz ha salido para ver si alguna persona caritativa quiere encargarse de él porque me es imposible tenerlo en casa. Si mi marido vuelve y se lo encuentra aquí, es lo bastante desalmado como para echarlo sin contemplaciones, si es que no lo maltrata. Oigo pasos. Es Liz que vuelve.

Liz entró precipitadamente y Jo se levantó de la silla, dándose cuenta de una manera confusa de que debía marcharse.

No sé cuándo se había despertado el niño de pecho que había en la habitación, ni cuando lo había cogido en brazos Charley, pero lo cierto es que lo paseaba calmando su llanto de una manera maternal, como si estuviera aún en la buhardilla de la señora Blinder con sus hermanitos.

Liz se había ido a ver a los encargados del servicio del hospital y volvía sin haber podido resolver nada. Por la mañana, le habían dicho que era muy temprano para admitir a un enfermo y, por la tarde, que se había pasado la hora. Un funcionario la había enviado a otro y este al de más allá, teniendo que volver, por último, adonde el primero. Todo esto me hizo pensar que

aquellos señores habían sido elegidos no por su habilidad para cumplir con sus deberes, sino para eludirlos.

Volvía sin aliento porque había corrido largo rato y dijo con terror:

—Jenny, tu marido y el mío vienen hacia acá. ¡Que el Señor tenga piedad de este muchacho! No podemos hacer nada por él.

Reunieron algunos medios peniques, se los pusieron en la mano precipitadamente, y Jo salió así de la casa de manera inconsciente, a medias agradecido y a medias sin conocimiento.

—Deme al bebé —le dijo la madre a Charley—. Gracias por su bondad. Buenas noches, Jenny. Señora, si mi marido no se enfada cuando vuelva a casa, iré a ver en dónde puede albergarse ese muchacho.

Salió precipitadamente.

Algunos momentos después, cuando pasamos por delante de su casa, la vimos en la puerta cantando en voz baja para adormecer al niño, que estaba llorando, y esperando con inquietud el regreso de su marido ebrio.

No me atrevía a quedarme ante el temor de ser causa de un disgusto, pero era imposible abandonar al pobre Jo y dejarlo morir.

Se lo dije a Charley, que sabía mejor que yo lo que podíamos hacer por él, y gracias a su vivacidad natural, que competía con su presencia de ánimo, encontró poco después a Jo cerca del horno de ladrillos.

Aunque se había llevado al salir de Londres un pequeño hatillo de ropa vieja, se lo habían robado sin duda, o lo había perdido, quedándole tan solo la andrajosa gorra que apretaba bajo el brazo y llevaba la cabeza desnuda, a pesar de la lluvia que en ese momento arreciaba.

Se paró cuando lo llamamos y pareció asustarse mucho cuando me aproximé, parándose con sus ojos brillantes fijos en mí, e incluso aguantando su temblor.

—Ven con nosotros —le dije—, y te buscaremos un techo donde pasar la noche.

—No necesito techo alguno —contestó—. Voy a acostarme en aquel montón de ladrillos calientes.

—Pero ¿no te das cuenta de que podrías morirte allí? —le dijo Charley.

—En todas partes se puede morir uno —dijo el muchacho— en una casa lo mismo que a la intemperie. Morían más de los que sobrevivían en Tom-completamente-solo.

Y agregó, dirigiéndose a Charley, con voz ronca:

—Si ella no es la otra, ni la extranjera, ¿es que hay tres damas distintas?

Charley me miró aterrada y yo sentía también una emoción indefinible al observar la mirada que me dirigía Jo con ojos desorbitados.

Sin embargo, le indiqué con la mano que nos siguiese, y no titubeé. Parecía que obedecía a cierta influencia que yo ejerciera sobre él. Nos dirigimos a casa.

Teníamos que andar un corto camino, pero los pasos de Jo eran tan inciertos y vacilantes que, por un momento, temí que necesitaría auxilio para llegar. No se quejaba, sin embargo, y parecía que todo le era indiferente, si es que se me permite decir algo tan raro.

Cuando llegamos, le hice esperar en la antesala, donde se acurrucó en el hueco de una ventana, y entré en el salón para hablar con mi tutor.

Encontré allí al señor Skimpole, que había llegado con el último coche como lo hacía con frecuencia, sin avisar ni traer equipaje alguno, pero reservándose el pedir las prendas de ropa que necesitaba.

Salieron inmediatamente conmigo para ver a Jo. Los criados rodeaban al pobre enfermo. Charley estaba sentada a su lado sobre una banqueta y el pobre muchacho temblaba como un animal herido que acabara de aparecer en la cuneta de un camino.

—Su estado me parece grave —dijo mi tutor después de haberle hecho algunas preguntas, explorarlo y examinarle los ojos—. ¿Qué le parece a usted, Harold?

—Haría usted muy bien en sacarlo de esta casa —respondió el señor Skimpole.

—¿Cómo dice? —dijo mi tutor en tono casi severo.

—Querido Jarndyce —dijo el señor Skimpole—, ya sabe usted que yo soy muy ingenuo y bien está que se me reprenda cuando lo merezco, pero siempre he sentido por estos espectáculos una repugnancia que no he podido vencer, ni siquiera en la época en que ejercía la Medicina. Ese muchacho está muy enfermo desde luego, pero es que además me temo que su enfermedad es muy peligrosa.

El señor Skimpole entró en el salón, donde añadió con su desenvoltura habitual, sentado en el taburete del piano, mientras todos lo rodeábamos:

—Dirán ustedes que es una puerilidad —observó el señor Skimpole mirándonos con alegría—, no lo negaré, porque ya saben ustedes como soy yo. Pero no puedo ser de otra manera. Si lo sacan de la casa, no harán más que volver a situarlo donde estaba antes, y no por eso se encontrará peor de lo que

está. Hagan ustedes más si les parece. Denle seis peniques, o cinco chelines, o cinco libras y diez chelines... Yo no entiendo de cuentas ni de números, denle lo que les parezca, pero no lo tengan en casa.

—Pero ¿qué va a ser de él? —preguntó mi tutor.

—Lo ignoro —respondió el señor Skimpole, encogiéndose de hombros y sonriéndose con su atractivo característico—, no sé qué será de él, pero no dudo de que lo hará.

—¿Y no es horrible pensar —continuó mi tutor a quien le había relatado en breves palabras los inútiles esfuerzos de las dos mujeres—, no es horrible pensar —paseándose arriba y abajo mientras se pasaba las manos por el cabello— que, si ese pobre muchacho hubiera sido condenado por cualquier crimen, se le abrirían de par en par las puertas del hospital y sería cuidado con la ternura de cualquier otro muchacho?

—Querido Jarndyce —dijo el señor Skimpole—, perdone la sencillez de mi pregunta como si la hiciera un niño completamente ignorante de las cuestiones de este mundo... Digo yo, y ¿por qué no se hace condenar?

Mi tutor, se paró de pronto y miró al señor Skimpole, con una expresión en que el enfado pugnaba con la sorpresa.

—Ese muchacho —prosiguió Skimpole— no debe de ser, por lo que imagino, de una delicadeza muy extremada, y me parece que sería más prudente, y en cierto modo más honroso para él, desplegar una parte de esa energía mal dirigida con vistas a la cárcel. En tal caso daría pruebas de un espíritu aventurero y habría en ello cierta poesía.

—No creo —dijo mi tutor, continuando su paseo, con agitación— que exista en el mundo un niño más niño que usted.

—¿Será posible? —replicó el señor Skimpole—. Pero prescindiendo de eso, no comprendo cómo ese muchacho no trata de aprovecharse, en lo que alcancen sus medios, de la suma de poesía que la naturaleza ha puesto a su servicio. Estoy seguro que habrá recibido con la vida un excelente apetito. ¿No es natural, pues, que a la hora de comer, al mediodía, por ejemplo, diga a la sociedad: «Tengo hambre, hagan el favor de traerme un plato para que coma»? Si la sociedad que se ha encargado de la organización general de los platos y que profesa abiertamente la opinión de que a cada cual se le ha de dar según su clase, edad y sexo, si la sociedad no le da el plato que pide, ese muchacho tiene derecho para decirle: «Perdonen, pues, si lo cojo». He aquí lo que llamo un caso de energía subversiva en el que la justicia y la razón se unen con lo novelesco y ese muchacho me inspiraría más interés como representante de este principio que no como un simple vagabundo, como podría ser cualquiera.

—Mientras tanto se muere —le hice observar al señor Skimpole.

—Por lo cual insisto —dijo el señor Skimpole, en tono animado—, que, como observa la señorita Summerson, con su habitual sentido práctico, está poniéndose peor, y en que se le eche antes de que esté peor aún.

No olvidaré jamás el dulce tono con que pronunció estas crueles palabras.

—Si yo me encargase personalmente —dijo mi tutor dirigiéndose a mí—, me parece que conseguiría que lo admitiesen en el hospital. Pero es ya tarde, hace una noche espantosa y el pobre muchacho se encuentra extenuado. En el cuartito de encima de la caballeriza hay una cama. Sería preferible hacerlo acostar allí y mañana por la mañana haremos que lo trasladen, bien abrigado.

—¿Van a volver al lado del enfermo? —preguntó el señor Skimpole pasando los dedos sobre las teclas del piano.

—Sí —respondió mi tutor.

—¡Cuánto envidio su modo de ser, Jarndyce! —dijo Skimpole admirándose con alegría—. No le teme a nada, tampoco la señorita Summerson. Está dispuesto a hacerlo todo y tiene voluntad y resolución. Yo no tengo esa voluntad. Me gustaría ser más resuelto, pero no me es posible.

—Supongo que tampoco podría recetar o indicar alguna cosa para el pobre enfermo —dijo mi tutor mirando atrás por encima del hombro, algo enfadado.

Solo algo enfadado, pues nunca pareció considerar al señor Skimpole un ser responsable.

—He observado casualmente que el muchacho lleva en el bolsillo una poción contra la fiebre —replicó el señor Skimpole— y he aquí que no puede hacer nada mejor que tomársela. Rocíen con vinagre el cuarto donde van a acostarlo y encarguen además que lo abriguen bien, pero es preciso que haya ventilación y la estancia se mantenga fresca. Quizá hago mal en dar estos consejos, apoderándome de las atribuciones de la señorita Summerson, pues reconozco en ella conocimientos suficientes para administrar un caso como este.

Volvimos a la antesala para decirle a Jo lo que habíamos decidido. Charley se lo explicó otra vez cuando acabamos y el enfermo recibió la noticia con la absoluta indiferencia que ya habíamos advertido, pues contemplaba todos los preparativos de que era objeto como si se efectuaran para otro.

Los criados, compadecidos de su miserable estado, se apresuraron a ayudarnos. Muy pronto quedó arreglado el cuarto y dos de ellos lo condujeron en brazos bajo la lluvia, pero bien arropado, a la otra parte del patio, y lo depositaron suavemente y con toda clase de cuidados, animándolo y llamándolo «compañero». Charley dirigía las operaciones y se multiplicaba

para llevar al cuarto del enfermo las mantas y demás objetos que podía necesitar. Mi tutor fue a visitarlo antes de acostarse, y, cuando volvió a su gabinete para escribir la carta que un criado debía llevar al día siguiente a uno de los administradores del hospital, me dijo que Jo estaba más sosegado y parecía a punto de dormir. Habían cerrado la puerta por fuera, dijo, por si volvía a ser presa del delirio. Todo se había dispuesto de modo que había tomado precauciones para que no hiciese ningún ruido que no fuese oído.

Ada estaba en cama por culpa de un fuerte resfriado, y el señor Skimpole se quedó solo mientras nos ocupábamos del enfermo. Se sentó al piano, tocó algunos fragmentos de arias patéticas y cantó varias piezas con la mayor emotividad, según pudimos oír desde lejos. Cuando volvimos al salón, manifestó que era preciso que nos cantase una balada que había recordado «al pensar en nuestro joven amigo». Y cantó una canción relativa a un niño campesino:

Que lo echaron al mundo

condenado a vagar

privado de sus padres,

privado de un hogar,

con un gusto exquisito. Era una canción que siempre le hacía llorar, nos dijo.

Estuvo muy animado toda la noche, confesando con su característica ingenuidad que nada le disponía tanto a bromear como el verse rodeado de personas tan admirablemente aptas para todo. Bebió una copa de vino caliente brindando a la salud del enfermo, destinado tal vez, decía, a llegar a ser alcalde de Londres, como Whittington. No dudaba, decía, que entonces, al recordar del día de hoy, fundaría el hospital Jarndyce, la casa de beneficencia Summerson e instituiría una corporación encargada de ir todos los años en peregrinación a Saint Albans. No dudaba, decía, de que nuestro joven amigo era un muchacho excelente en su género, pero que su género no era el género de Harold Skimpole, lo que Harold Skimpole era, Harold Skimpole lo había descubierto para su mayor sorpresa cuando se reconoció a sí mismo por primera vez, se aceptó con todos sus defectos y le pareció filosófico sacar partido de ello, y esperaba que hiciésemos lo mismo.

Charley había anunciado que Jo estaba más tranquilo.

Veía desde la ventana de mi cuarto arder pacíficamente la lamparilla que velaba al enfermo y me acosté más tranquila pensando que estaba más aliviado y que tenía un refugio.

Me despertó, al amanecer, un movimiento inusitado en la casa y,

habiéndome asomado a la ventana mientras me vestía, le pregunté a uno de los criados que en la noche anterior había mostrada gran solicitud en atender al paciente si había sucedido alguna cosa extraordinaria. En la ventana de la buhardilla seguía encendida la lámpara.

—Ese pobre muchacho, señorita... —respondió.

—¿Está peor que ayer? —pregunté.

—Se nos ha ido, señorita.

—¿Ha muerto?

—¿Muerto, señorita? No, se ha fugado.

Nadie pudo averiguar cómo ni a qué hora había huido. La puerta y la ventana estaban cerradas, y únicamente pudo salir por una trampilla que había en el suelo y que comunicaba con una caballeriza abierta. Pero la trampilla estaba cerrada, y nada anunciaba que hubiese pasado por allí. Sin embargo, como no faltaba ningún objeto, supusimos que el muchacho, en un acceso de delirio, acosado tal vez por un terror imaginario, había huido después de cerrar la trampilla para disipar las sospechas. El señor Skimpole, jovialmente, suponía que el muchacho, habiéndose dado cuenta de la gravedad de su dolencia, había querido evitarles a sus protectores, con una elegancia digna de elogio, el peligro de un contagio.

Salieron los criados en todas direcciones, preguntaron en todas las casas vecinas y en las casitas del pueblo donde habíamos estado el día anterior, se interrogó, en particular, a las dos mujeres, pero no sabían nada de él, y era imposible dudar de la sinceridad de su sorpresa. Hacía demasiado tiempo que estaba lloviendo, y aquella misma noche había llovido demasiado para que se pudieran seguir sus huellas. Registraron los alrededores de los hornos. Pero nadie supo dar razón del muchacho.

Las pesquisas continuaron durante cinco días y se prolongaron probablemente más, pero entonces distrajo mi atención un suceso cuyo recuerdo no se ha borrado jamás de mi memoria.

Estando sentada un día delante de Charley, que tomaba sus lecciones de escritura, cuando sentí moverse la mesa. Alcé la cabeza y vi que temblaba de pies a cabeza.

—¿Tienes frío? —le pregunté.

—Sí, señorita. No sé lo que tengo. Estoy temblando y lo mismo me sucedió ayer a la misma hora. Creo que estoy enferma, pero no tenga usted cuidado.

Oí la voz de Ada en la escalera y corrí hacia la puerta para cerrarla. Llegué

apenas a tiempo, porque tenía aún la llave en la mano en el momento en que llamaba. Me dijo que la abriese, pero yo le respondí:

—No puedo en este momento, querida, pero voy enseguida.

¡Ah! Debían transcurrir muchos días antes que Ada y yo pudiéramos volver a vernos.

Charley enfermó. Doce horas después estaba muy enferma. La trasladé a mi cuarto, la acosté en mi cama y no me separé de su lado. Mandé aviso a mi tutor explicándole por qué deseaba que no entrase a vernos Ada. Los primeros días vino con frecuencia a la puerta de mi habitación y se quejó llorando de que no quisiese abrir, pero le escribí extensamente para suplicarle, en nombre del cariño que me profesaba, que ni siquiera se acercase a mi cuarto y que debía contentarse con hablarme desde el jardín. Venía, pues, muchas veces a situarse debajo de la ventana y si siempre había sentido placer en conversar con ella, ¡cuánto más dulce no me resultaba su voz mientras la escuchaba oculta detrás de la cortina que no me atrevía a descorrer! ¡Cómo se acrecentó mi cariño hacia ella durante aquellos días difíciles!

Se dispuso una cama para mí en nuestra sala, abrí la puerta que comunicaba con mi dormitorio, y de las dos habitaciones hice una a fin de que la enferma tuviese más ventilación. Ada no ocupaba aquella parte de la casa, y a pesar de los buenos deseos de las criadas, que hubieran tenido un verdadero placer en ayudarme a cuidar de Charley, creí preferible recurrir a una vecina que no vería a Ada y en quien podía tener entera confianza. Gracias a ella salía a tomar el aire con mi tutor cuando no había peligro de encontrarse con Ada, y no necesitaba nada en cuanto a cuidados y tampoco en ningún otro aspecto.

La enfermedad de Charley se agravaba día tras día y estuvo en peligro de muerte durante mucho tiempo. Tenía tanta resignación y manifestaba tanto valor que, muchas veces, mientras apoyaba la cabeza en mi brazo, única posición en que encontraba descanso, le supliqué al Padre nuestro que está en los cielos que no me permitiese olvidar el ejemplo que me daba aquella pobre niña.

Al principio, estaba muy triste pensando en que se quedaría desfigurada si se recuperaba. ¡Era tan linda, con los hoyuelos de sus mejillas sonrosadas! Pero este pensamiento se desvanecía muy pronto al escuchar su delirio y lo reemplazaba una dolorosa inquietud. Cuando estaba en lo peor, y su mente divagaba de nuevo sobre cómo cuidaba de su padre en el lecho de muerte y de los pequeños, todavía me reconocía como para quedarse tranquila entre mis brazos cuando hubiese podido tumbarse tranquilamente en cualquier parte, y murmuraba los desvaríos de su mente con menor agitación. En esos momentos solía pensar en cómo iba yo a contarles a los niñitos que quedaban que la niñita que había aprendido en la necesidad a ser una madre para ellos, gracias

a su leal corazón, ¡había muerto!

Cuando cesaba el delirio, hablaba de Tom y de Emma, me decía que estaba segura de que su hermano sería un hombre honrado de mayor, después me hablaba del libro que le leía a su padre para consolarlo, el del hijo único de la viuda que iban a enterrar y de la hija del gran señor que una mano divina había resucitado, y añadía que, cuando murió su padre, le había suplicado a Dios que lo resucitase también y se lo devolviese a sus pobres hijos, y que si ella moría creía que la misma súplica haría Tom, y que entonces yo le dijera que todas aquellas personas habían sido llamadas a la vida únicamente para anunciarnos que un buen día resucitaríamos en el cielo.

Pero ya delirase, ya tuviese la razón despejada, no la abandonaron nunca las delicadas cualidades que he mencionado. ¡Cuántas veces hube de recordar la noche en que, lleno de confianza en Dios, su pobre padre invocaba con fervor a su ángel de la guardia!

Charley no murió. Escapó lentamente y con recaídas del peligro y empezó a mejorar, con la satisfacción de ver que la enfermedad no la había desfigurado y que recobraba su lozanía y la hermosura de sus facciones.

Fue un gran día aquel en que le pude anunciar a Ada la mejoría de Charley. Y fue también una gran tarde en que, completamente curada, Charley vino a tomar el té conmigo en la sala inmediata.

Sin embargo, aquella noche sentí un frío muy extraño. Durante el té, yo había logrado disimular fácilmente lo que sentía, pero ya no podía seguir fingiendo, y comprendí que estaba siguiendo rápidamente el mismo camino que Charley. Charley estaba acostada y dormía tranquilamente.

A la mañana siguiente, me encontré lo bastante bien como para levantarme temprano y contestar a Ada, que estaba debajo de la ventana y me daba los buenos días. Pero tenía un vago recuerdo de haberme paseado durante la noche por mi habitación bajo la influencia de la fiebre. Sentía como una hinchazón interior, una sensación extraña, algo así como de abotargamiento general. Por la noche me puse peor y decidí anunciárselo a Charley.

—¿Te sientes mejor? —le pregunté.

—Me siento completamente bien —me respondió.

—¿Lo bastante fuerte como para que te confíe un secreto?

—Sí, señorita —contestó con alegría.

Pero su rostro se entristeció súbitamente porque vio en el mío lo que iba a decirle y, arrojándose en mis brazos, exclamó llorando:

—¡Dios mío! Por mi culpa, está usted enferma. No me lo perdonaré nunca.

—Vamos, Charley, toda mi confianza está puesta en ti —continué— y, para no sufrir un desengaño, es preciso que seas tan animosa y resignada conmigo, como lo fuiste contigo misma.

—Señorita, déjeme llorar antes —me dijo— y después me portaré bien.

Las lágrimas acuden a mis ojos cuando recuerdo qué afectuosamente me abrazó al hacerme esta promesa. Dejé, pues, que llorara cuanto quisiera y eso nos hizo bien a las dos.

—Ahora —exclamó con calma y decisión—, dígame todo lo que he de hacer, señorita.

—Por de pronto, muy poco, hija mía. Cuando venga el médico, le diré que no me siento bien y que tú te encargarás de cuidarme.

Charley me dio las gracias efusivamente.

—Y, cuando oigas a Ada en el jardín, si no puedo levantarme para ir a la ventana, le dirás que estoy cansada y que me he dormido. Te encargo, sobre todo, que no le permitas a nadie entrar en mi cuarto.

Me lo prometió, y me acosté, desde luego, porque estaba realmente rendida. Le supliqué al médico que no anunciase en la casa que estaba enferma y accedió a mi ruego.

Llegó la noche, que pasé muy agitada, pero por la mañana aún pude ir a la ventana para hablar con Ada.

Al día siguiente, me llamó como siempre... ¡Oh! ¡Qué dulce me pareció su voz! Le supliqué a Charley que le dijese que estaba durmiendo, y oí a Ada que le respondía:

—No la despiertes, Charley.

—¿Está enfadada? —le pregunté a mi enfermera.

—No, pero parece que está algo apenada —dijo Charley mirando a través de las cortinas.

—Estoy segura, sin embargo, de que el enfado no le ha hecho perder la hermosura.

—Está hoy más bonita que nunca. No deja de mirar hacia la ventana.

¡Con aquellos ojazos azules, bendita fuera, más encantadores todavía cuando los levantaba así!

Le dije a Charley que se me acercara y le di mis últimas instrucciones:

—Charley, cuando sepa que estoy enferma querrá venir a verme, pero no la dejes entrar si verdaderamente me aprecias, porque me moriría si me viese así

un solo instante.

—No tema usted, no entrará, no —me prometió.

—Bien, Charley, confío en ti. Ahora, ven a sentarte cerca de la cama. Dame la mano, ya no te veo, hija mía... Me he quedado ciega.

XXXII

La hora estipulada

Es de noche en Lincoln's Inn, valle oscuro y agitado, donde, a la sombra de la ley, los litigantes no encuentran más que una luz dudosa. Las gruesas velas están apagadas, los pasantes han bajado, de cuatro en cuatro, los viejos escalones y se han dispersado por la ciudad. Todo está cerrado, son las nueve, y el portero nocturno, respetable custodio que tiene una inteligencia muy despierta para el sueño, está en su puesto en la portería.

En las ventanas altas, algunos quinqués humosos y ciegos como los ojos de la equidad, sangrante Argos con un bolsillo insondable para cada ojo y con un ojo para cada bolsillo, parpadean tenues bajo las estrellas. Pequeños puntos luminosos que se ven a través de las ventanas de las sucias buhardillas, indican el sitio donde infatigables escribientes trabajan afanosamente para enmarañar en una red de pergaminos unos pleitos entre propietarios, consumiendo la piel de doce carneros por término medio por cada acre de tierra. Industriosos como abejas, estos benefactores de su especie continúan trabajando todavía, aunque las horas de oficina hayan pasado, para poder causar buena impresión al final de cada día.

En la plaza vecina, donde el lord Canciller vive en su tienda de trapos y botellas viejas, todos se preparan para cenar. La señora Perkins y la señora Piper, cuyos hijos juegan con sus compañeros algunas horas al escondite en los recovecos de Chancery Lane, con grave peligro para los transeúntes, se felicitan la una a la otra de que los chicos estén acostados, y charlan en la puerta, antes de regresar, acerca del señor Krook y su inquilino. Del hábito que tiene el señor Krook de «llevar siempre una copa de más». Y del porvenir testamentario del joven. Pero esas señoras tienen también cosas que decirse, probablemente acerca de la velada musical del Sol's Arms, desde donde llega hasta sus oídos, por las ventanas abiertas, el sonido del piano, y donde ahora se puede oír a Little Swills, después de mantener a los amantes de la música en una carcajada continua como un auténtico Yorick, adoptar una voz ronca para una pieza concertante y suplicar a sus amigos y patrones con tono sentimental «¡Escuchad, escuchad, escuchad, el golpeteo de la cascada!». La señora

Perkins y la señora Piper se comunican su opinión sobre la joven de gran reputación profesional que lo ayuda en las veladas musicales y cuyo nombre figura en el cartel, con grandes letras. Según la señora Perkins, está casada desde hace más de un año y medio aunque la llamen señorita Melvilleson, el ruiseñor londinense, y lleva todas las noches a su hijo en secreto al Sol's Arms para darle el pecho.

—Preferiría vender fósforos por las calles —exclama la señora Perkins.

La señora Piper es de la misma opinión, porque ha pensado siempre que una condición respetable es preferible a los aplausos de la multitud, y ambas dan gracias al cielo por haber conservado el respeto de su apellido.

El mozo del Sol's Arms aparece, entonces, con un vaso de espumosa cerveza. La señora Perkins lo acepta y vuelve a su casa después de dar las buenas noches antes de acostarse a la señora Piper, que lleva en la mano otro vaso de cerveza que le ha traído su hijo del mismo sitio.

Se oye el ruido de las puertas de las tiendas al cerrarlas, se extiende por la plaza un olor a tabaco de pipa, y la luz que brilla en los pisos superiores indica que ha llegado la hora del descanso. El policía comienza a empujar las puertas para cerciorarse de si están bien cerradas, mira con recelo por todas partes y empieza su ronda guiado por la hipótesis de que no hay más que ladrones o víctimas de robos.

La atmósfera es asfixiante a pesar del frío, que es húmedo e intenso. Y los jirones de niebla. Es una de esas noches en que los mataderos, los negocios insanos, las cloacas, las aguas contaminadas y los cementerios se aprovechan para aumentar el trabajo del empleado encargado de la Sección de Fallecimientos del Registro Civil. Quizá sea algo que hay en el aire —está muy cargado— o quizá alguna culpa que lleve en su interior, pero el caso es que el señor Weevle, también conocido como Jobling, siente un malestar extraño. Más de veinte veces ha ido en una hora desde su habitación a la puerta de la calle. Después de que el señor canciller haya cerrado la tienda, lo que ha hecho muy temprano esta noche, no hace más que subir y bajar, ir y volver con su gorra de terciopelo que le oprime el cráneo y hace resaltar sus enormes patillas.

No es extraño que el señor Snagsby experimente el mismo malestar porque continuamente está agobiado, en mayor o menor medida, por el secreto en que se halla implicado, pero que desconoce, y se pasea por delante de la tienda del trapero, quien, según su opinión, es el origen de todo. Aquella noche pasa por delante del Sol's Arms con la intención de ir tan solo hasta el final de Chancery Lane y volver, pero, después de dar ese rodeo, se dirige a pesar suyo, y por un atractivo irresistible a la tienda del señor Krook.

—Vaya, ¿usted por aquí, señor Weevle? —dice el papelero parándose para hablar.

—¡Ah! —exclama el señor Weevle—. Aquí estoy, señor Snagsby.

—¿Ha salido para tomar un poquito el aire antes de acostarse, como yo? —pregunta el proveedor.

—Mal puede tomarse esta noche el aire, pues el poco que hay no me parece muy puro —responde el señor Weevle mirando arriba y abajo a la plaza.

—Es cierto. ¿Y no advierte usted —añade el papelero olfateando y paladeando el aire— que se percibe un olor como a grasa?

—La misma observación he hecho yo —responde el señor Weevle—. Es un olor muy extraño como si estuvieran asando chuletas en el Sol's Arms.

—¿Chuletas? —pregunta el señor Snagsby, quien respira nuevamente con fuerza para cerciorarse—. Tal vez tenga usted razón, pero me atrevería a decir que la cocinera se ha dormido, porque las chuletas se están quemando.

El señor Snagsby vuelve a olfatear y paladear el aire, escupe y se limpia los labios.

—Y me imagino que las chuletas no estaban muy frescas cuando las pusieron en las parrillas.

—Puede que sí. ¡Qué tiempo tan pésimo! El aire es irrespirable.

—Es cierto el aire es irrespirable —añade el señor Snagsby— y además deprime a cualquiera.

—¡Diablos! Es que no puedo. Hasta me dan escalofríos —insiste el señor Weevle.

—Es que, sabe, vivir solo en una habitación como esa, tan insalubre y además con unas circunstancias tan macabras pesando sobre ella —dice el señor Snagsby mirando por encima del hombro del otro hacia la callejuela oscura, y después dando un paso atrás para mirar hacia la casa—. Yo me sentiría tan inquieto y agitado cuando llegara la noche que preferiría pasarla en la calle. Es verdad que no ha visto usted en ese cuarto la escena que yo presencié, lo cual no deja de ser un atenuante.

—Conozco la historia —responde Tony.

—Historia poco agradable, ¿verdad? —agrega el señor Snagsby, que tose con la mano en la boca y tono de insinuación—. El señor Krook debería tenerlo en cuenta a la hora de fijar el alquiler. Desde luego, espero que así sea.

—Dudo que lo haya tenido en cuenta —responde Tony.

—Le parece algo caro ¿verdad? —continúa el proveedor—. Yo no sé si es por la proximidad del tribunal y la presencia de abogados, pero el caso es que los alquileres son muy altos en este barrio. No lo digo porque trate de rebajar en lo más mínimo la distinguida profesión que me hace ganar la vida.

El señor Weevle mira distraídamente a su alrededor y finalmente al señor Snagsby sin decir nada.

Desconcertado el papelerero con la mirada del señor Weevle, tose para manifestar los esfuerzos que hace a fin de cambiar de conversación.

—Es un hecho muy extraño —agrega, restregándose las manos— que aquel hombre hubiese podido permanecer...

—¿Qué hombre? —interrumpe el señor Weevle.

—El difunto del que hablábamos —responde el señor Snagsby, alzando la cabeza y las cejas hacia el segundo piso de la casa y jugando con un botón de su abrigo.

—¡Ah, sí! —dice el señor Weevle con una expresión que demuestra bien a las claras que le disgusta aquel tema de conversación—. Creía que me hablaba usted de otra cosa.

—Quería decirle únicamente que es una curiosa coincidencia que viniera a vivir a esta casa cuando se hizo uno de mis copistas y que haya usted venido a vivir a la misma habitación cuando se ha hecho también uno de mis copistas... lo cual no tiene nada de deshonroso —añade el señor Snagsby, temiendo haber cometido una falta de educación al aplicar el pronombre posesivo a la persona del señor Weevle—. He conocido copistas que han entrado después en las grandes fábricas de cerveza y les ha ido muy bien. Pero que muy bien —añade el señor Snagsby, que teme no haber mejorado mucho las cosas.

—Como usted dice, es en efecto una curiosa coincidencia —contesta el señor Weevle mirando la plaza en todas direcciones.

—Parece el destino —dice el papelerero.

—Sí, eso debe de ser.

—¡Oh! No hay duda. Es el destino..., señor Weevle... Con su permiso me veo obligado a dejarlo —prosigue el señor Snagsby con aire compungido, aunque en realidad hace rato que está haciendo esfuerzos por apartarse de aquel lugar y de aquel hombre—. Mi mujer podría impacientarse si tardase. Así pues, buenas noches.

Su mujer sabe muy bien dónde está su marido, al que no ha perdido de vista, pues está apostada cerca del Sol's Arms. Se desliza detrás de él con el pañuelo en la cabeza, al pasar, distingue al señor Weevle y le dirige una

mirada inquisitorial, que induce al joven a decirse para sus adentros:

—Sé que me ha reconocido, señora —se dice el señor Weevle—. Es evidente que no es usted una belleza, está tan ridículamente cubierta... Veo que mi amigo tarda demasiado.

El amigo aludido aparece en aquel mismo instante. El señor Weevle le tiende la mano, le hace entrar en la casa y cierra la puerta de la calle.

Suben la escalera en silencio. El señor Weevle, con paso lento, y su amigo, esto es, el señor Guppy, con bastante ligereza.

Cuando están en la habitación y han cerrado la puerta, hablan en voz baja:

—Creí que te habías ido a Jericó —dice Tony.

—Te dije que no vendría hasta las diez —responde Guppy.

—Es cierto, pero estaba tan cansado de esperar que me parecía que habían pasado diez veces las diez. ¡Qué noche! ¡Válgame Dios! No he visto otra igual en toda mi vida.

—¿Qué ha sucedido?

—Nada, pero creí que me ahogaba en este maldito cuarto. Te estuve esperando en él hasta que el malestar me obligó a salir. No hay más que ver la luz de esta vela. Fíjate en la dificultad con que arde. No hay manera de respirar aquí dentro.

—Eso se puede remediar fácilmente —dice Guppy cogiendo el despabilador.

—No tan fácilmente como te figuras, amigo mío. Se está derritiendo así desde que la encendí. No hace más que fundirse sin apenas despedir llama.

—¿Qué te sucede? —exclama Guppy mirando a su amigo, que se sienta y apoya el codo en la mesa.

—William Guppy —responde Weevle—, tengo algo así como una angustia, una tristeza horrible. Este cuarto huele a suicidio y el diablo de ahí abajo...

El señor Weevle rechaza con el codo el despabilador, apoya la frente en la mano, extiende las piernas y vuelve la vista hacia la chimenea.

El señor Guppy lo observa con atención, mueve la cabeza y se sienta en el extremo opuesto de la mesa con actitud despreocupada.

—¿No era el señor Snagsby el que hablaba contigo? —pregunta a su amigo.

—Sí, era Snagsby —dice el señor Weevle sin terminar la frase.

—¿Te hablaba de negocios?

—No. Paseaba por la plaza y vino a saludarme.

—Me había parecido que era él. Y, como no deseaba que me viese, esperé a que se retirase.

—Siempre el mismo, William, tan misterioso —exclama Tony, mirándolo un instante—. ¡Por Dios! Creo que no nos andaríamos con tanto misterio si hubiésemos cometido un crimen.

El señor Guppy finge una sonrisa y, a fin de cambiar de conversación, pasa una mirada de admiración, fingida o real, por la colección de bellezas británicas que adorna las paredes, y termina la inspección parándose ante el retrato de lady Dedlock colocado encima de la chimenea, retrato en el cual milady está retratada en una terraza en la que hay un pedestal y sobre el pedestal hay un jarrón y sobre el jarrón está su velo y sobre su velo una enorme piel y sobre ella el brazo de la dama y un brazalete en el brazo.

—Se parece mucho, solo le falta hablar —dice después de un momento de silencio.

—¡Lástima que no sea verdad! —murmura Tony, sin cambiar de posición—. Podría hablar, al menos de vez en cuando, con una señora elegante.

Entonces, al ver que el mal humor de su amigo resiste, el señor Guppy cambia de sistema y adopta, a su vez, un aire más formal.

—Tony —dice—, comparto tu tristeza y tu desaliento. Nadie conoce mejor que yo esas desilusiones del alma, dado que llevo en mi corazón profundamente grabada la imagen de una belleza que no me corresponde. Pero hay límites cuando se está en presencia de una persona que no tiene culpa de nada. Te hablaré, pues, con franqueza, Tony. La conducta que mantienes conmigo, no es hospitalaria ni la de un caballero.

—Tus palabras son muy duras, William Guppy —objeta gravemente el señor Weevle.

—Tal vez, pero si me expreso así —replica el señor William Guppy—, es porque así lo siento.

El señor Weevle reconoce que se ha portado mal y le suplica a su amigo que le excuse. Sin embargo, el señor Guppy no puede abandonar su pequeña ventaja sin hacer otro reproche.

—No deberías herir los sentimientos, como acabas de hacer, de un hombre que tiene en el corazón grabada la imagen de una belleza que no le corresponde y que padece en las cuerdas que hacen vibrar las más tiernas emociones. Tú, Tony, que puedes contemplar fríamente toda esa galería de

bellezas, no eres, para suerte tuya, y ojalá me sucediera otro tanto a mí, de esos que tienen el alma puesta entera en una sola flor. Para ti está abierto el jardín y tus alas te llevan de una rosa a otra. Sin embargo, Tony, me guardaré mucho de ofender sin motivo los íntimos sentimientos de tu alma.

—No hablemos más de eso, William —dice el señor Weevle con énfasis.

El señor Guppy consiente en olvidar un asunto tan penoso, y responde, con voz doliente:

—Por mí no hubiera sido evocado, Tony, tan doloroso recuerdo.

—Y, ahora, volviendo a aquel paquete de cartas —dice el señor Weevle atizando la chimenea—, ¿no es muy extraño que el viejo Krook haya estipulado las doce de la noche para entregármelas?

—Ciertamente extraño. No comprendo el motivo que habrá tenido para ello.

—¿Lo sabe él acaso? Ha puesto como pretexto que hoy es el día de su cumpleaños, y ha acabado diciéndome que no me entregaría las cartas hasta las doce de la noche. Para entonces estará borracho, se ha pasado todo el día bebiendo.

—¡Con tal de que no se olvide de la promesa!

—No temas. Tiene buena memoria. Lo he visto esta tarde sobre las ocho y lo he ayudado a cerrar la puerta. Me ha enseñado las cartas que tenía en la gorra. Las ha sacado después de cerrar la tienda y se ha sentado delante de la chimenea para deshacer el paquete y volver a examinarlas. Cuando he subido a mi habitación, le he oído canturrear una vieja canción, la de Bibó y Caronte; en ella Bibó está borracho y solo cuando muere o algo parecido. Después se ha callado y ha permanecido quieto como un ratón en su agujero.

—¿Y bajarás a las doce de la noche?

—Sí, pero, como te decía cuando has llegado, en vez de las diez me parecían las cien.

—No sabe leer, ¿verdad? —pregunta el señor Guppy después de una corta reflexión.

—No ha sabido nunca ni sabrá en toda su vida. Sabe hacer todas las letras una por una, y las reconoce casi todas por separado si las ve; hasta ahí ha llegado gracias a mí, pero no sabe juntarlas. Es muy viejo ya y está muy castigado por la bebida.

—Y entonces ¿cómo supones que ha podido escribir el nombre de Hawdon? —pregunta el señor Guppy, estirando y encogiendo las piernas.

—No lo ha escrito. Lo único que ha hecho es copiar ese nombre con su curiosa capacidad de imitación y luego me ha pedido que se lo leyera. Sin duda lo había copiado del sobre de alguna de las cartas.

—¿Sabes si el original está escrito por un hombre o por una mujer? —pregunta el señor Guppy volviendo a estirar y a encoger las piernas.

—Por una mujer, y apostaría cincuenta a uno a que es una dama. La letra es fina e inclinada y el último rasgo de la ene es muy largo.

Durante este diálogo, el señor Guppy se muerde la uña del dedo pulgar, cambiando de mano cada vez que cambia de posición sus piernas. En el momento en que se dispone a repetir esta maniobra, dirige la mirada a la manga de su chaqueta y llama su atención algo extraordinario. La contempla asombrado.

—¿Se ha encendido el fuego en la chimenea, Tony? —exclama.

—¿Por qué? —pregunta el señor Weevle.

—¡Ah! —responde el señor Guppy—. Mira cómo cae hollín. ¡Mírame el brazo! ¡Mira aquí, en la mesa! Pero ¡qué porquería, no se va! ¡Deja unas manchas como de sebo negro!

Ambos se miran con asombro. Tony va a abrir la puerta, escucha un momento, sube algunos escalones, baja algunos otros, y vuelve a la habitación diciendo que no hay novedad alguna, y que aquel olor procede sin duda de las chuletas que están asando en el Sol's Arms.

—¿Y te dijo, entonces, ese viejo —continúa el señor Guppy mirándose la manga con repugnancia inexplicable— que había encontrado las cartas en la maleta de su inquilino?

—Precisamente —responde Tony, acariciándose las patillas—. Entonces le escribí dos líneas a mi querido William Guppy anunciándole la cita que me habían dado para esta noche, y para advertirle de que no viniese demasiado pronto porque el diablo era muy astuto.

El elegante desenfado que afecta ordinariamente a Tony lo abandona esta noche. La emoción le hace olvidar hasta sus patillas, mira hacia atrás y parece ceder de pronto a un horrible presentimiento que le hace estremecer.

—Debes ir a buscar esas cartas y traerlas aquí, para leérselas al viejo e informarle de su contenido. ¿No se ha acordado así? —pregunta el señor Guppy mordiéndose con nerviosismo la uña del pulgar.

—No alces la voz, William... Sí, así lo hemos acordado.

—¿Sabes una cosa, Tony?

—No alces tanto la voz —repite el señor Weevle.

El señor Guppy hace un gesto de comprensión, inclina la cabeza hacia Tony y prosigue en voz baja:

—Lo primero que hay que hacer es preparar un paquete de cartas parecido al que recibirás, de manera que si quisiera verlas mientras las tenga yo en mi poder, puedas enseñarle el paquete falso.

—¿Y si descubre el cambio, lo cual es muy probable con la buena vista que tiene? —pregunta el señor Weevle.

—En tal caso, le dirás francamente la verdad. Esas cartas no le pertenecen ni le han pertenecido nunca. Le dices que has entregado esos papeles a un abogado amigo tuyo... para..., para mayor seguridad. Si se empeña en verlas, se le mostrarán, y en paz. ¿Está esto claro?

—Sí... —responde el señor Weevle con visible repugnancia.

—¿Lo dices de un modo tan extraño! —observa su amigo—. ¿Dudas? ¿Sospechas de mí, Tony?

—Sé lo que sé, William, y no sospecho nada —responde gravemente Tony.

—Y ¿qué es lo que sabes? —pregunta el señor Guppy con impaciencia elevando un poco la voz.

Pero cuando Tony reitera la recomendación de «bajar la voz», repite la pregunta sin hacer más que mover los labios: «¿Qué es lo que sabes?».

—Sé tres cosas: primera, que hablamos en secreto como dos conspiradores.

—Lo cual es preferible a ser dos idiotas y lo seríamos si obrásemos de otro modo. ¿Y la segunda?

—Que no estoy seguro aún de la utilidad que conllevará este asunto.

El señor Guppy mira el retrato de lady Dedlock y responde:

—Tony, te suplico que te fíes del honor de tu amigo. No solamente este asunto habrá de servirle en los importantes intereses que tienen relación con esas cuerdas del corazón humano..., cuerdas... a las cuales es inútil imprimir ahora una vibración dolorosa... Créeme, tu amigo no es un idiota. ¿Qué hora están dando, Tony?

—Están dando las once en el reloj de Saint Paul. Presta atención y oirás cómo le contestan todos los de la ciudad.

Se callan ambos para escuchar las voces metálicas, cercanas o distantes, que resuenan desde torres de diferentes alturas, en tonos más distantes que sus

emplazamientos. Al cesar la última campanada, la calma profunda de la noche parece aún más misteriosa.

Uno de los resultados desagradables de una conversación nocturna, sostenida en voz baja, es evocar una atmósfera de silencio en que se deslizan las sombras de los rumores que causan estremecimientos: se oyen crujidos extraños, murmullos indefinibles, roces de ropas invisibles, ruido misterioso de pasos que no dejarían huella alguna ni sobre la arena de la playa ni sobre la nieve del invierno. Los dos amigos sienten un escalofrío. Para ellos el aire está lleno de fantasmas, e instintivamente vuelven el rostro para ver si está cerrada la puerta.

—¿Y en tercer lugar? —pregunta el señor Guppy acercándose a la chimenea y sin dejar de morderse el pulgar.

—En tercer lugar, William, es que no resulta nada divertido conspirar contra un muerto en la misma habitación donde murió, especialmente cuando uno está viviendo en ella.

—Pero, Tony, no estamos conspirando y, mucho menos, contra él.

—Es posible, pero no me gusta. Vente a vivir aquí algún tiempo y verás cómo piensas de otro modo.

—¿En qué habitación no ha muerto alguien alguna vez? —dice el señor Guppy dando otro giro a la conversación.

—No lo niego, pero en otras habitaciones no se explota a los muertos como lo estamos haciendo aquí, y se les deja en paz —responde Tony.

Los dos amigos se miran. El señor Guppy se apresura a declarar que tal vez le hagan un favor al difunto y que está casi seguro de que es así.

Un silencio penoso sigue a estas palabras, hasta el momento en que el señor Weevle se inclina de pronto para atizar el fuego y hace estremecer al señor Guppy como si le hubiera golpeado en su corazón.

—¡Qué horror! —exclama—. ¡Qué abominable es este hollín! Abramos la ventana para respirar... Me ahogo.

Abren la ventana y miran al exterior. La calle es demasiado angosta como para permitirles ver el cielo, pero las luces que brillan detrás de los mugrientos cristales de algunas ventanas, el ruido lejano de los coches y el confuso rumor de la ciudad, que prueba que hay en torno suyo seres que van y vienen, les hace sentirse reconfortados.

El señor Guppy tamborilea suavemente sobre el alféizar de la ventana, y dice en voz baja como en una comedia ligera:

—A propósito, no olvides que no le he dicho nada a Smallweed. Su abuelo

es muy astuto y muy pronto lo sabría toda la familia.

—Así lo creo yo también.

—Y volviendo a Krook —añade el señor Guppy—, ¿crees que realmente tiene algunos otros papeles de importancia, por lo que alardeaba delante de ti?

—No lo sé —responde Tony negando con la cabeza—. Si podernos llevar a cabo este negocio sin despertar sus sospechas, me será fácil hacer algún otro descubrimiento. No puedo decir nada antes de verlas. Lo único que sé es que se dedica constantemente a copiar algunas palabras con tiza en la mesa o en la pared de la tienda y después me las da a leer para saber qué significan. Por ahora se limita a esto. Pero estoy convencido de que todo el resto de sus papeles no tienen interés alguno, ni más valor que el de papel viejo. Es una manía suya creer que posee documentos valiosos. Hace veinticinco años que dice que va a aprender a leer para descifrarlos.

—Pero ¿cómo se le ha ocurrido esta idea? Eso es lo que sería importante saber —dice el señor Guppy después de unos minutos de reflexión y cerrando un ojo—. Quizá encontró unos documentos en alguna cosa que compró, donde no tendrían que estar, y quizá se le metiera en su sagaz cabeza por su forma y escondrijo que eran algo valioso.

—O bien es posible que quiere dar esa imagen o que alguien le haya engañado y que esté perturbado por la bebida o que les haya atribuido un interés imaginario, o que, de tanto frecuentar el tribunal y oír hablar de documentos, se haya figurado que esos papeles eran escrituras y títulos de propiedad —agrega el señor Weevle.

El señor Guppy mueve la cabeza sopesando mentalmente estas distintas posibilidades, y continúa tamborileando con los dedos en el alfeizar de la ventana, sumido en una profunda meditación.

De pronto, aparta rápidamente la mano y exclama:

—¿Qué diablos es esta porquería?

Un líquido amarillo y viscoso corre por sus dedos y ofende más al olfato que a la vista y el tacto. Es una especie de aceite espeso y nauseabundo que les inspira una repugnancia instintiva y los hace estremecer.

—¿Qué has tirado por la ventana? —pregunta William.

—¿Yo? No he tirado nada —responde Tony.

—¡Pues mira! —continúa el primero, acercando la luz a la ventana.

El repugnante líquido se destila lentamente, gota a gota, a lo largo de la pared y forma en el borde de la ventana una charca de grasa fétida.

—¡Esto es una porquería! —dice el señor Guppy, cerrando la ventana—. Dame agua para lavarme las manos o me las tendré que cortar.

Y se las frota, las rasca, las huele, las vuelve a frotar y a lavar, con tanta insistencia que antes de terminar su aseo dan las doce en el reloj de Saint Paul, repitiendo la hora todos los campanarios, en todos los tonos y en medio de las tinieblas.

—Llegó la hora —dice el señor Weevle cuando se oye la última campanada—. ¿Voy?

El señor Guppy hace una señal afirmativa y le desea buena suerte.

El señor Weevle baja y su amigo se dispone a esperarlo cerca de la chimenea, creyendo que habrá de esperar largo rato, pero apenas han transcurrido dos minutos cuando se oyen crujir los peldaños de la escalera y Tony vuelve a entrar precipitadamente.

—¿Ya las tienes? —dice William.

—Ni siquiera he visto a Krook.

El terror que se refleja en su rostro es tan vivo que su amigo corre hacia él exclamando:

—¿Qué sucede?

—Al ver que no me contestaba, he abierto la puerta... De allí viene ese hedor horrible, el sebo, la grasa... Pero no lo he visto a él —añade Tony con un gemido.

William toma la luz y ambos amigos, más muertos que vivos, bajan la escalera, pegados uno al otro, y abren la puerta de la trastienda.

La gata se ha refugiado en un rincón y con el pelo erizado enseña los dientes a un bulto que hay en el suelo delante de la chimenea.

A pesar de que casi no hay fuego, un humo sofocante llena la habitación. El techo y el suelo están cubiertos de una capa viscosa y negruzca. Las sillas, la mesa y la botella, que se ve allí casi siempre, están en su sitio ordinario, y en el respaldo del sillón está colgada la gorra de piel y la chaqueta del viejo trapero.

—Mira —murmura el señor Weevle señalándole con mano trémula aquellos objetos a su amigo—. Lo que yo te dije: cuando me separé de él, se quitó la gorra para retirar el paquete de cartas, la colocó en el respaldo del sillón donde estaba ya su chaqueta, que se había quitado para cerrar la tienda, y le dejó hojeando las cartas en el mismo sitio donde está ese bulto negro.

¿Se había ahorcado? No. Los dos amigos alzan la cabeza y no ven nada.

—Mira —observa Tony—, al pie de esta silla hay un trozo de cordón rojo, de ese cordón que sirve para atar las plumas. Con ese cordón estaba atado el paquete de cartas. Krook lo desató delante de mí, mientras me miraba haciendo muecas, y recuerdo haber visto que caía al suelo.

—¿Qué le pasará a la gata? —pregunta el señor Guppy.

—Está rabiosa, y no es de extrañar que rabie en semejante cueva nauseabunda.

Dan una vuelta por la habitación, examinándolo todo con detalle.

La gata continúa inmóvil, enseñándole los dientes al montón negruzco que hay en el suelo, entre los dos sillones.

—¿Qué será esto? Aumenta la luz.

Un reducido espacio del suelo se ve completamente carbonizado. Al lado se ven los restos ennegrecidos de un paquete de papeles quemados, pero no tienen la ligereza habitual. Se diría que están empapados en algo. Más allá... ¿Qué es eso? ¿Es un tronco de madera cubierto de ceniza o de un trozo de carbón? ¡Horror! ¡Es el viejo Krook! Lo único que queda del infeliz es ese montón de ceniza grasienta, de cuyos restos macabros se alejan corriendo los dos amigos, que dejan caer la vela y salen a la calle.

«¡Socorro! ¡Socorro! ¡Vengan a esta casa por amor de Dios!» Atraída por sus gritos, acude la multitud, pero ningún auxilio es ya posible. El lord Canciller de la plaza, fiel a su título hasta el último instante de su vida, ha muerto como deberían morir todos los cancilleres y todas las autoridades de esos lugares en donde se cae en la vana ostentación y se cometen injusticias. Que su Alteza dé a esa muerte el nombre que le plazca, atribúyala a tal o cual causa, diga que hubiera podido prevenirse de tal o cual manera, pero lo cierto es que esa muerte, esa y no otra, es la combustión espontánea de todos los humores contaminados del cuerpo social viciado, y es la única muerte que puede purificarlo.

XXXIII

Intrusos

Aquellos dos caballeros de raída elegancia que asistieron al último interrogatorio del juez en el Sol's Arms vuelven a aparecer en escena (por haberse apresurado a llamarlos el activo e inteligente sereno). Hacen minuciosas pesquisas e indagaciones en todo el barrio, entran en el salón del Sol's Arms, y con sus plumas ávidas de sucesos escriben un extenso artículo

para explicar cómo el barrio de Chancery Lane se sintió conmovido a las doce de la noche a consecuencia del hecho que va a leerse. Empiezan diciendo que aún estaba latente y vivo el recuerdo de la profunda emoción causada algunos meses antes en el ánimo público por un caso de muerte misteriosa atribuida al opio y ocurrida en el primer piso de la casa donde está situada la casa de un excéntrico trapero llamado Krook. Todos conocen, sigue diciendo el relato, al viejo trapero de intemperantes costumbres, quien, por cierto, fue uno de los testigos de la primera vía sumaria, y todos conocen el Sol's Arms (acreditado establecimiento que dirige una persona eminentemente respetable, el señor James George Bogsby, y que linda al oeste con la tienda del mencionado trapero)... Tras este largo preámbulo, los gacetilleros entran en materia con una prolijidad de detalles digna de mejor causa, y explican que en la noche anterior los vecinos de la calle del lugar del suceso advirtieron un hedor particular que llegó a ser tan penetrante que el señor Swills, cantante cómico contratado por el señor James George Bogsby, le dijo a este (según informaciones recogidas de boca del propio informante) que le había declarado a la señorita Melvilleson (cantante notable contratada igualmente por el señor Bogsby para cantar en una serie de conciertos que, con el nombre de veladas musicales y bajo la dirección del ya citado señor Bogsby, se dan en el Sol's Arms en virtud de un decreto de Jorge II), que sentía su voz gravemente afectada por el estado impuro de la atmósfera, y que a propósito de esto comentaron en broma si sería que se habría declarado una huelga de basureros. Este detalle, continúa diciendo el artículo, ha sido confirmado por el testimonio de dos inteligentes vecinas, la señora Perkins y la señora Piper, que además atestiguan que, efectivamente, habían tenido ocasión de advertir aquellas fétidas emanaciones que parecían proceder de la tienda del trapero y a las que no dieron entonces importancia, precisamente por el hecho de semejante procedencia.

Mientras los periodistas siguen redactando su reportaje, aumentado con otros muchos detalles, todos los muchachos del barrio saltan de sus camas, bajan sus respectivas escaleras y se arraciman en las ventanas del Sol's Arms para contemplar por encima de sus cabezas lo que ellos escriben.

Toda la población del vecindario está en la calle, los adultos lo mismo que los niños. Es imposible sustraerse a la curiosidad del sensacional suceso, por lo que uno tras otro van acudiendo los vecinos, ligeramente abrigados, y forman ya una multitud frente a la casa donde ha tenido lugar la catástrofe. Sacan de su cuarto a la señorita Flite, llevándola en brazos como si hubiera un incendio, y le arreglan una cama en el Sol's Arms, donde el gas no se apaga en toda la noche, y cuya puerta permanece abierta, porque la emoción pública hace sentir a los habitantes del barrio la necesidad de beber una copa o un vaso de cerveza. Desde la última vía sumaria no se había despachado tanta bebida. «¡Ya se ha armado otra vez!», dice el mozo del café levantándose hasta los

hombros las mangas de la camisa, mientras el niño de los Piper, que al primer grito de alarma ha corrido a buscar los coches de bomberos, vuelve triunfante traqueteando a galope encaramado a la arboladura del fénix y agarrado a la fabulosa criatura con todas sus fuerzas entre los cascos y las linternas. Uno de los bomberos se queda atrás después de examinar con detención todas las grietas y hendiduras, y se pasea lentamente por delante de la casa en compañía de dos agentes de policía, encargados probablemente de velar aquel inmueble. Todo el que dispone de seis peniques en el bolsillo siente la necesidad de agasajar líquidamente a este apreciable trío.

El señor Weevle y el señor Guppy se hallan dentro del establecimiento, donde su presencia es de tanto interés para el Sol's Arms que no se ha escatimado medio alguno en retenerlos.

—No es momento este de reparar en el dinero —dice el señor Bogsby, quien, sin embargo, presta la mayor atención a la recaudación constante de la barra—, pidan lo que deseen y se les servirá con el mayor gusto.

Para corresponder a tan franca invitación, los dos amigos (especialmente el señor Weevle) piden tantas cosas que al cabo de un rato les resulta difícil manifestar con claridad lo que desean, aunque continúan informando a los que llegan de lo que han visto, dicho y pensado desde el anochecer.

De vez en cuando, un agente de policía entreabre la puerta, y desde la oscuridad en que se encuentra dirige una mirada al interior, no porque abrigue la menor sospecha, sino para averiguar, por instinto profesional, lo que pasa en el establecimiento.

Así transcurre la noche, arrastrando su pesada marcha, y ve a los habitantes del barrio en una hora en la que nunca los encontraría en pie, relacionándose entre sí, portándose como cordiales vecinos, e invitándose los unos a los otros llevados por los más espontáneos excesos de generosidad.

Todos se retiran, por fin, y el encargado de apagar las luces hace su ronda con el aire de verdugo de un monarca absoluto, y siega una a una aquellas cabezas de llama que aspiraban a disminuir las tinieblas. Asoma el día, el día de Londres, esto es, un día brumoso y sombrío, pero basta para poner en evidencia que los habitantes del vecindario han permanecido la noche en vela. Hasta las paredes y los techos, que cobijan los rostros dormidos sobre las mesas y las piernas tendidas sobre el suelo, tienen un aspecto de cansancio y de sueño. Los pocos que han permanecido al margen de la primera alarma, al enterarse de lo ocurrido, acuden en tropel y sin acabar de vestirse a enterarse de los detalles de aquella lamentable historia, de modo que los dos agentes de policía y el bombero, en quienes la agitación y el insomnio han dejado huellas mucho menos visibles que en los demás, se ven en apuros para custodiar la puerta de la casa.

—¡Por Dios, señores! ¿Qué es lo que acaban de contarme? —exclama el señor Snagsby al llegar.

—La pura verdad —responde uno de los policías—. Eso mismo. Ahora avance, ¡vamos!

—¡Cuando pienso, Dios mío —continúa el señor Snagsby, dando un paso atrás—, que estaba aquí anoche entre las diez y las once hablando en esta puerta con un joven que vive en la misma casa!

—¡Ya! —dice el agente—. Pues, si quiere usted verlo, encontrará a ese joven en el café de al lado... ¡Eh! ¡Señores, avancen!

—Supongo que no le habrá ocurrido nada malo —dice el señor Snagsby.

—No. ¿Por qué había de ocurrirle?

El señor Snagsby, incapaz de contestar a nada en el estado de confusión en que se halla, se dirige hacia el Sol's Arms y encuentra al señor Weevle indolentemente sentado delante de una taza de té, en medio de una inmensa nube de tabaco y rendido de fatiga y de sueño.

—¡Señor Guppy! —exclama el señor Snagsby—, ¿también usted por aquí? ¡Diablos, diablos, diablos! ¡Esto parece cosa del destino! Y mi mu...

El señor Snagsby pierde el uso de la palabra cuando iba a pronunciar «mi mujercita» al ver que a la que iba a nombrar entra en el Sol's Arms a esas horas de la mañana y se queda ante el grifo de cerveza clavando en él miradas acusadoras.

—Hola, querida... ¿Quieres tomar algo? —dice el señor Snagsby cuando se le destraba la lengua—, ¿un poco..., digámoslo sin rodeos..., un poco de ron?

—No —dice la señora Snagsby.

—Querida, ¿conoces a estos dos amigos?

—Sí —dice la señora Snagsby y saluda adustamente a los presentes, mientras mantiene clavada su mirada en el señor Snagsby.

El abnegado señor Snagsby no puede soportar tal laconismo y, cogiendo a la señora Snagsby de la mano, la conduce a la barra.

—Mujercita mía, ¿por qué me miras así? ¡Por Dios! No me mires con esos ojos.

—No puedo cambiar de ojos —dice la señora Snagsby— y no querría aunque pudiese.

—¿No querrías? —pregunta el señor Snagsby, tosiendo suavemente.

Reflexiona un momento, vuelve a toser con inquietud y dice:

—Es un espantoso misterio, querida.

Y cada vez está más desconcertado por la mirada de su mujer.

—En efecto, es espantoso —responde brevemente la señora Snagsby.

—Querida mía, por el amor de Dios —le insta el señor Snagsby de forma lastimera— no me hables con ese tono y no me mires con esos ojos inquisidores. ¿Supones que he sido la causa de su muerte?

—No lo sé —responde la señora Snagsby.

El desgraciado papelero, después de un rápido examen a su triste posición, no podría afirmar tampoco que no haya contribuido a aquella muerte. Está implicado de algún modo en tantos sombríos misterios que es muy posible que sea cómplice indirecto, sin saberlo, de aquel acontecimiento.

—Vida mía —dice, con voz ahogada y secándose la frente con un pañuelo —, ¿quieres explicarme por qué tú, que mantienes generalmente una circunspección escrupulosa, has venido a una taberna antes de la hora de desayunar?

—Y ¿por qué has venido tú? —le pregunta, a su vez, la señora Snagsby.

—Yo he venido únicamente para enterarme de lo que le ha ocurrido a ese infeliz de Krook, para contarte los pormenores, amor mío, mientras desayunases.

—No lo dudo, señor Snagsby. ¡Ya sé que tiene usted la costumbre de contármelo todo!

—Todo lo que sé, querida...

—Desearía que volviésemos a casa —dice la señora Snagsby con siniestra sonrisa, después de contemplar un momento la creciente confusión de su marido—. Estarías allí más seguro que en la calle.

—No lo sé, querida, pero si quieres iremos a casa.

El señor Snagsby dirige en torno suyo una mirada de consternación, da los buenos días al señor Weevle y al señor Guppy, les dice que se alegra de verlos sanos y salvos, y sale del Sol's Arms detrás de su mujer. Antes de la noche, y por la insistencia con que la señora Snagsby lo mira fijamente, se convence el marido de la parte de responsabilidad que le corresponde en la catástrofe de la que habla todo el vecindario. Este convencimiento le ocasiona tanta angustia que se le ocurre la idea de ir a entregarse a la justicia y pedir que lo acusen y que o bien lo absuelvan, si es inocente, o bien le hagan sufrir todos los rigores de la ley si es verdaderamente culpable.

El señor Weevle y el señor Guppy, terminado el desayuno, van a dar un paseo por Lincoln's Inn con la esperanza de que el aire libre les quitará de sus cerebros las brumosas telarañas que un paseo pueda eliminar.

—No podíamos encontrar un momento más favorable para hablar un rato sobre un punto que es indispensable poner en claro cuanto antes —dice el señor Guppy después de recorrer con aire pensativo los cuatro lados de la plaza donde se encuentran.

—William Guppy —responde el señor Weevle mirándolo con los ojos inyectados en sangre—, si se trata de una conspiración, no te tomes el trabajo de contármelo. Estoy harto de misterios y no quiero tomar parte en más asuntos turbios. Estoy seguro de que muy pronto seremos nosotros los que ardamos o estallemos.

Esta afirmación le resulta tan desagradable al señor Guppy que responde con voz trémula y en tono de reproche:

—Tony, creía que los acontecimientos de la noche pasada te habían servido de lección y que en adelante te abstendrías de personalizar como lo estás haciendo.

—Creía, William —replica el señor Weevle—, que después de semejante advertencia te abstendrías en lo sucesivo de toda conspiración.

Y el señor Guppy dice:

—¿Quién conspira?

Y el señor Jobling responde:

—¡Tú estás conspirando!

Y el señor Guppy replica:

—No, yo no.

Y el señor Jobling replica:

—¡Sí, tú sí!

Y el señor Guppy replica:

—¿Quién lo dice?

Y el señor Jobling replica:

—¡Lo digo yo!

Y el señor Guppy replica:

—¿Ah, sí?

Y el señor Jobling replica:

—¡Pues sí!

Sigue a este vivo diálogo un largo silencio, durante el cual ambos caminan uno al lado del otro, haciendo esfuerzos para recobrar su sangre fría.

—Tony —dice el señor Guppy—, si en vez de acusar, me escucharas, no incurrirías en semejantes errores. Pero te acaloras y no reflexionas. Cuando estás dotado por la naturaleza de todo lo que halaga la mirada...

—¡Basta! —exclama el señor Weevle—. No admito cumplidos. Y dime lo que tengas que decirme.

El tono arisco con que su amigo ha pronunciado las últimas palabras ahoga todo sentimiento de cordialidad en el señor Guppy y lo obliga a tomar cierto aire de ofensa.

—Tony, cuando decía no hace mucho que era indispensable aclarar lo más pronto posible cierto punto al cual me refería, hablaba de algo completamente ajeno a toda conspiración. Sabes muy bien que en todos los juicios se discuten, previamente, los hechos que han de probar los testigos. Es conveniente que sepamos sobre qué hechos hemos de declarar en el sumario que va a instruirse en relación a la muerte de ese sá..., a la muerte de ese... pobre anciano.

El señor Guppy iba a decir sátrapa, pero ha creído que la palabra «anciano» es más adecuada dadas las circunstancias.

—¿Cuáles son esos hechos? —pregunta Tony.

—Los hechos sobre los que versará el sumario son —el señor Guppy los ordena con los dedos—: lo que sabemos acerca de las costumbres del viejo, en qué día y hora lo viste por última vez, en qué situación se encontraba entonces, cómo hemos descubierto el acontecimiento del que se trata y lo que sabemos sobre este punto.

—Efectivamente —dice el señor Weevle—, estos son los hechos relativos a la causa.

—Nuestro descubrimiento del suceso se debe a una cita que él nos había dado, cita que, por las rarezas que lo caracterizaban, había fijado para las doce de la noche, hora en que debías informarlo del contenido de ciertos papeles, como lo habías hecho ya en otras ocasiones, pues el viejo no sabía leer. Yo pasaba la velada contigo y estaba en tu habitación, cuando me llamaste, y todo lo demás... Siendo el único objeto de la vía sumaria demostrar las circunstancias en que ha ocurrido la muerte, no es necesario decir más. Supongo que estás de acuerdo conmigo.

—No —replica el señor Weevle—, no creo estar de acuerdo.

—A no ser que veas también en esto una conspiración —añade el señor

Guppy, con una expresión que trasluce todavía la ofensa.

—No —dice el señor Weevle—, retiro la observación que hice si así lo deseas.

—Quisiera saber ahora —prosigue el señor Guppy tomando del brazo a su amigo y paseando con más lentitud— si has pensado alguna vez en las enormes ventajas que te reportará continuar viviendo en la misma casa.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Tony deteniéndose.

—Está muy claro. ¿Has reflexionado en las numerosas ventajas que te supone continuar viviendo en la misma casa? —repite el señor Guppy, que le hace caminar de nuevo.

—¿Allí? —dice Tony señalando con el dedo índice la dirección en que se encuentra la tienda del trapero.

El señor Guppy hace un gesto afirmativo.

—No pasaría en ella una sola noche más aunque me ofrezcas todo el oro del mundo —dice el señor Weevle mirando con terror a su amigo.

—¿Hablas en serio?

—¿Tengo cara de bromear? —contesta el señor Weevle estremeciéndose.

—De modo que la posibilidad o la probabilidad de gozar pacíficamente de los efectos que pertenecían ayer a un anciano solitario, que, sin duda, no tiene pariente alguno en la tierra, y la certeza de poder fácilmente descubrir lo que tenía en realidad atesorado, ¿no pesan nada en comparación con lo que ocurrió la noche pasada? —pregunta el señor Guppy, mordiéndose la uña del pulgar con expresión de un hombre visiblemente contrariado.

—No, y no comprendo cómo puedes aconsejarme con esa calma que continúe viviendo en esa casa. ¡Vive tú en ella! —exclama el señor Weevle con súbita indignación.

—Vamos, Tony —responde Guppy, con voz cariñosa—, yo no puedo ir a ocupar una habitación que has alquilado para ti y en la que no me han visto nunca residir.

—Puedes considerarla como tu propia casa —responde su amigo—, y disponer de ella como si la pagases.

—¿Es decir que, si no he comprendido mal —señala el señor Guppy—, renuncias a todo?

—Sí, renuncio a todo —repite Weevle con inquebrantable firmeza.

Mientras hablan de esta forma, aparece en la plaza un coche de alquiler, en

cuyo pescante se destaca un enorme sombrero que atrae las miradas del público. En el interior, y por consiguiente mucho menos visible para los curiosos, aunque no dejan de advertirlo nuestros dos amigos, se hallan el venerable señor Smallweed y su esposa acompañados por su nieta, Judy. Toda la familia muestra una apariencia de nerviosismo a juzgar por sus gestos, y cuando el enorme sombrero, que cubre al señor Smallweed hijo, salta del pescante, el viejo Smallweed asoma la cabeza por la portezuela, diciéndole a Guppy:

—¿Cómo está usted, caballero? ¿Cómo está?

—¿Qué es lo que le trae por aquí a Pollito con toda la familia? Quisiera saberlo —dice el señor Guppy, haciendo un gesto a su amigo.

—Queridos señores —continúa el señor Smallweed—, ¿tendrían ustedes la bondad de llevarme a la taberna de la plaza mientras Bart y su hermana trasladan a su abuela? ¿Serán ustedes tan amables de hacerle ese favor a un anciano?

—¡A la taberna de la plaza! —repite el señor Guppy, interrogando con la mirada al señor Weevle.

Y ambos se disponen a trasladar al venerable tullido al Sol's Arms.

—Ahí va lo que se le debe, cochero —dice el patriarca poniendo una horrible mueca y enseñando el puño al buen hombre—. Si pide un penique más, irá usted a cobrar al juzgado. Amables jóvenes, tengan cuidado y anden despacio, por favor. Permítanme que me agarre del cuello y haré cuanto me sea posible por no pesarles mucho. ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Mis huesos! ¡Mis pobres huesos!

Afortunadamente, Sol's Arms no está muy lejos de allí, y hay que decir «afortunadamente» porque aún no han andado la mitad del camino cuando la cara del señor Weevle presenta ya el aspecto de sufrir una apoplejía. Sin embargo, desempeña su tarea a la manera de un hombre resistente, sin otro síntoma apreciable que algunos sonidos guturales, indicio de una respiración excesivamente penosa. El respetable lisiado es depositado, conforme a sus deseos, en la sala del Sol's Arms.

—¡Señor, Dios mío! —exclama con voz ahogada el señor Smallweed mirando en torno suyo—. ¡Misericordia! ¡Mis huesos, mis riñones! ¡Qué tormento, Dios mío! ¡Siéntate, cotorra maldita! ¡Siéntate, vieja estúpida de los demonios!

Huelga decir que este cariñoso apóstrofe va dirigido a la señora Smallweed con motivo del tic compulsivo que empuja a la pobre vieja, siempre que está en pie, a deambular y a reordenar los objetos inanimados acompañándose con

un parloteo, a la manera de una danza de brujas. En estas demostraciones coreográficas, además de una afección nerviosa, influye casi tanto la demencia de la pobre mujer, pero en la presente ocasión son tan sumamente animadas en relación con el sillón Windsor, pareja del asiento del señor Smallweed, que este baile no termina hasta que sus nietos la obligan a sentarse por la fuerza mientras su señor le confiere, con gran locuacidad, el entrañable epíteto de «cuerva cabeza de cerda», repetido un sorprendente número de veces.

—Caballero —prosigue el venerable señor Smallweed, abrazando al señor Guppy—, ¿ha oído usted hablar de la horrible desgracia ocurrida en la casa vecina?

—¿Si he oído hablar de ello? ¡Ya lo creo! Como que nosotros fuimos los primeros en darnos cuenta.

—¿Usted, caballero? ¡Bart, ellos lo han descubierto!

Los dos jóvenes clavan los ojos, con asombro, en los del viejo, que los mira también fijamente.

—¡Queridos amigos! —exclama el anciano tendiéndoles los brazos—. ¡Qué agradecido os estoy por haber descubierto las cenizas del hermano de la señora Smallweed!

—¡Cómo! —dice el señor Guppy.

—De su único hermano, querido amigo, del único pariente que le quedaba. No manteníamos una relación muy amistosa que digamos, y lo lamento, pero era culpa suya, no nuestra. No obstante, nos tenía mucho afecto, ¡pero era tan raro! Si no ha hecho testamento, lo cual es improbable, solicitaré ser el administrador de los bienes que ha dejado, y vengo a echarle una ojeada a la propiedad. Es preciso que la justicia la proteja contra los malhechores. He venido para examinar la casa —repite el viejo señor Smallweed arañando el aire con sus torcidos dedos.

—Small —dice el inconsolable señor Guppy—, ¿por qué no me dijiste nunca que ese anciano era tu tío?

—Os mostrasteis tan reservados conmigo —responde el joven Small, cuyos ojos brillan secretamente— que creí adecuado imitar vuestro ejemplo. Por otra parte, confieso que no me enorgullecía de él.

—Y además —añade Judy, cuyos ojos brillan igualmente—, ¿qué importaba que fuera o no tío suyo?

—No me había visto nunca, no me conocía —continúa Small— y por eso mismo no podía presentárselo como de la familia.

—No nos veíamos —añade el anciano— y lo lamento. Vengo ahora para

examinar la casa, los papeles y toda la propiedad para hacer valer mis derechos. La escritura que garantiza mis derechos se halla en manos de mi procurador, el señor Tulkinghorn, de Lincoln's Inn Field, que ha tenido la bondad de encargarse de mis asuntos, y puedo asegurarles que no es persona que se quede de brazos cruzados. Krook era el único hermano de mi mujer, no tenía más parientes que él, y él no tenía más parientes que ella. Hablo de tu hermano, vieja estúpida, de tu hermano que tenía setenta y seis años.

La señora Smallweed comienza a gritar moviendo la cabeza:

—Setenta y seis libras y dieciséis chelines. Setenta y seis veces setenta y seis libras. Setenta y seis mil sacos de miles de libras. Setenta y seis millones de fajos de billetes de banco.

—¡Denme ustedes un vaso o una botella! —exclama el marido, buscando inútilmente a su alrededor un proyectil—. ¿Podría alguien darme una tetera grande? ¿Quién tendrá la amabilidad de darme un pico, por pesado que sea, para arrojárselo a la cabeza? ¿No te callarás? ¡Vieja bruja! ¡Perra! ¡Furia del infierno!

El señor Smallweed, excitado por su propia elocuencia, le arroja, a falta de otra cosa, a Judy encima de su mujer, y vuelve a caer en el sillón, donde no muestra más que una masa informe que se agita gritando:

—¡Agíteme alguien, por favor! —dice la voz del montón de ropa que se estremece débilmente en el que se acaba de transformar—. He venido a tomar posesión de lo que me pertenece. Les suplico que me acomoden bien, y llamen a la policía para que defienda mis derechos. Hay pena de presidio y deportación para el que se atreve a atentar contra la propiedad... ¡La propiedad! —repite como un eco mientras su nieta lo levanta y endereza a puñetazos, según su costumbre en semejantes circunstancias.

El señor Weevle y el señor Guppy se miran. El señor Weevle había desistido desde luego del asunto. El señor Guppy mantenía aún cierta esperanza, pero las pretensiones del señor Smallweed dan al traste con aquella.

Llega el pasante del señor Tulkinghorn y anuncia a la policía que el eminente jurista responde de la validez de los títulos del viejo, y que los bienes del difunto, sus papeles y sus muebles deben serle entregados, previo cumplimiento de las formalidades legales. Mientras, y como prueba de sus derechos, se le permite al señor Smallweed hacerle una visita a la casa de al lado. Visita que empieza haciéndose conducir a la habitación abandonada de la señorita Flite, donde parece un ave de rapiña escapada de la pajarera de la pobre loca.

La noticia de la llegada del heredero, cuya existencia no sospechaba nadie, circula muy pronto por todo el vecindario, despertando un poderoso interés

que se traduce en nuevos ingresos en el cajón del mostrador del Sol's Arms.

La señora Piper y la señora Perkins creen que es una desgracia para el señor Weevle que el difunto no haya hecho testamento, y opinan que los herederos deberían darle, por lo menos, una indemnización por los servicios que le había prestado. El niño de los Piper y el niño de los Perkins, como soldados de la turba infantil que es el terror de los transeúntes en Chancery Lane, han imaginado un nuevo juego que consiste en simular la autocombustión del viejo Krook situándose detrás de la fuente o detrás de un portal y divertirse profiriendo gritos y lamentos horribles.

La señorita Melvilleson y Little Swills, juzgando que en una ocasión como esta se puede salvar la distancia que separa a los artistas de los demás mortales, hablan amistosamente con los parroquianos de la taberna. El señor Bogsby anuncia que el atractivo principal de la próxima velada musical será «¡La popular canción de la Reina Muerte!, con coros y con todos los miembros de la compañía». El señor Bogsby, añade el anuncio de la función, ha creído oportuno poner en el próximo programa esta balada, a pesar de los gastos extraordinarios que le ocasiona, para corresponder a numerosas peticiones de sus benefactores, así como para tomar parte en el triste acontecimiento que acaba de causar en el público tan profunda emoción.

Un punto importante, relativo al entierro, inquieta especialmente a los habitantes del barrio, a saber, si se dará al ataúd la dimensión ordinaria habiendo quedado tan pocos restos del difunto que depositar en el féretro. El contratista de los servicios fúnebres declara al mediodía en el Sol's Arms que ha recibido el encargo de proporcionar un ataúd de seis pies. Esta declaración le quita un gran peso a la preocupación general, y el hecho es considerado por todo el mundo muy digno de parte del señor Smallweed.

No es menos viva la agitación fuera del barrio. Acuden de todas partes sabios, médicos y filósofos en tropel a visitar el escenario del extraordinario acontecimiento, y los ecos del vecindario oyen aquel día discusiones profundas sobre las propiedades inflamables de los gases y sobre el hidrógeno fosforado. Algunas de estas autoridades, especialmente las más sabias, sostienen con indignación que el difunto no tenía motivo para haber muerto como dicen, a pesar de la objeción de autoridades adversas, que recuerdan una obra inglesa muy conocida sobre Medicina Legal, cierto proceso relativo a un caso de igual naturaleza, consignado en el tomo VI de los Trabajos filosóficos, y la muerte de la condesa Cornelia Bandi, relatada con todos sus detalles por un tal Bianchini, canónigo de Verona, autor de una obra apreciada y con fama, en su tiempo, de hombre ilustrado, y a pesar de la opinión de monsieur Meré y monsieur Foderé, dos franceses que han hecho estudios especiales encaminados a profundizar este misterio, y finalmente, a pesar del testimonio de su compatriota monsieur Lecat, célebre cirujano que cometió la

imprudencia de habitar una casa donde se presentó un hecho análogo para explicárselo mejor, estos ilustres doctores persisten en considerar la tenacidad del señor Krook en salir de este mundo por un camino poco frecuentado como una falta personal, enteramente injustificable.

Cuanto menos entiende el barrio estas sabias teorías, mayor atención las presta y el placer que le causan es un nuevo motivo de lucro para el Sol's Arms.

No tarda en llegar el dibujante de un periódico ilustrado en cuya carpeta figuran una plantilla de un primer plano y unas figuras para cualquier cosa, desde un naufragio en las costas de Cornualles, hasta un paseo por Hyde Park o un mitin en Manchester. El artista se sitúa en la habitación de la señora Perkins y desde la ventana, que será en adelante célebre, reproduce la casa del señor Krook, que toma bajo el lápiz proporciones monumentales. La trastienda donde nos introduce el lápiz del dibujante representa, en aquella reproducción, una pieza que tuviera tres cuartos de milla de largo y cincuenta yardas de alto, lo cual causa una evidente satisfacción entre los vecinos.

Los dos caballeros antes mencionados van, mientras, de casa en casa, entran en todas partes, oyéndolo y mirándolo todo, pero acaban siempre por volver a la sala del Sol's Arms, donde no cesan de hacer correr sobre el papel sus incansables plumas.

Llega, por último, el juez de instrucción y su interrogatorio, como ya hiciera, salvo que el juez aprecia este caso por salirse de lo común y les cuenta a los miembros del jurado, a título privado, que:

—Parece que pesa sobre esa casa algún destino fatal, como si le hubieran echado una maldición. Hay a veces misterios como este, señores, que el hombre no acertará a explicárselos jamás.

Después de esto, traen el ataúd, cuyos seis pies de longitud provocan la admiración general.

El señor Guppy interpreta en todos estos procedimientos un papel tan secundario, salvo cuando hace su declaración, que lo hacen avanzar como a uno más, por lo que solo puede contemplar la casa misteriosa desde fuera y se lleva el disgusto de ver cómo el señor Smallweed cierra la puerta con cerrojo y comprende con amargura que lo han dejado fuera. Pero antes de terminar todas estas formalidades, esto es, antes de anochecer, el señor Guppy debe comunicar una importante noticia a lady Dedlock.

Por este motivo, con el alma desfallecida y con un abatido sentimiento de culpa que el terror y la vigilia, unidos estrechamente en el Sol's Arms, le han producido, se presenta el señor Guppy en la mansión de la ciudad hacia las siete de la tarde y pide ver a su señoría. El mercurio le contesta que la señora

va a cenar fuera de casa. ¿No ha visto su coche en la puerta? El joven ha visto, en efecto, el carruaje, pero se obstina en hablar con milady.

El mercurio no se opondría, como le declarará en un rato a un compañero, a «darle una paliza al joven», pero sus instrucciones son terminantes. Por tanto, consiente en conducirlo a la biblioteca e ir a informar a milady de su presencia.

El vasto salón está apenas iluminado, y el señor Guppy dirige en torno suyo una mirada inquieta y recelosa. Desde la noche anterior ve en todas partes en la oscuridad montones de ascuas cubiertas de ceniza negra. Se oye crujir un vestido. ¿Quién será...? No, no es un espectro. Es un ser vivo de carne y hueso y espléndidamente vestido.

—Le pido a milady mil perdones —tartamudea el señor Guppy—, comprendo que es una ocasión poco oportuna para...

—Ya le dije que podía usted venir a cualquier hora.

Milady se acomoda en una silla y lo mira fijamente como la primera vez que lo recibió.

—Doy gracias a milady..., milady es muy amable.

—Siéntese —dice en un tono no muy amable.

—No creo que valga la pena sentarme para lo que tengo que decirle a milady. El caso es... que no he podido apoderarme de las cartas de las que le hablé en la última visita que tuve el honor de hacerle a milady.

—Y ¿ha venido tan sólo para decirme eso?

—Sí, señora, solo para decirle eso.

Además de estar desanimado, decepcionado e inquieto, el esplendor y la belleza de milady contribuyen a aumentar la confusión del señor Guppy.

Milady se da perfecta cuenta de la influencia que ejerce. La ha estudiado muy bien para no perder un átomo del efecto que produce en todos. Y, mientras mira al señor Guppy con esa frialdad sombría que aumenta la turbación de su visitante, este comprende que no solo ha perdido la orientación que podía guiarlo por el laberinto de los pensamientos de su señoría, sino que cada segundo prolonga más y más la distancia que los separa.

Ella no va a hablar, es evidente. Así que debe hacerlo él.

—En una palabra —continúa como un ladrón que se avergüenza de su crimen—, la persona que debía hacerme entrega de esas cartas ha muerto repentinamente y...

Se detiene. Milady termina su frase.

—Y ¿se han quemado con esa persona las cartas?

—Creo que sí —contesta el señor Guppy, que quisiera decir lo contrario, pero no se atreve a mentir.

¿Podría ver ahora en aquel rostro el menor asomo de alivio? No, no podría ver tal cosa, ni aunque ese aspecto desafiante no lo desdeñase y no mirase a través y alrededor de este.

Farfulla una o dos excusas torpes por su fracaso.

—¿Es esto todo lo que tenía usted que decirme? —pregunta lady Dedlock tras escuchar... lo que se puede oír de sus murmullos.

El señor Guppy cree que eso es todo.

—Haría usted mejor en estar seguro porque es la última vez que tiene usted ocasión de hablarme.

El señor Guppy está seguro y, por otra parte, no tiene el menor deseo de prolongar la entrevista.

—Basta, le ahorro darme sus excusas. Buenas noches.

Milady llama al mercurio para que acompañe al señor Guppy hasta la puerta. Pero en aquel mismo instante aparece en el palacio el señor Tulkinghorn, el cual se dirige con paso discreto hacia la biblioteca, y al abrir la puerta se encuentra cara a cara con el joven que iba a salir.

Los ojos de milady y del procurador se cruzan en una mirada y por un momento la persiana, que siempre está bajada, sube hasta el tope. La sospecha, viva y penetrante, mira fuera. Otro momento y baja de nuevo.

—Perdone, milady, es tan raro que la encuentre a tales horas en esta habitación que por eso me he permitido... Le pido mil perdones.

—Puede quedarse —dice milady con indiferencia—. Voy a salir y no tengo nada más que decirle a este joven.

El señor Guppy hace una profunda reverencia, y con voz humilde espera servilmente que el señor Tulkinghorn de Fields se encuentre bien.

—¡Sí, sí! —dice el abogado, que lo mira bajo las cejas enarcadas, aunque no necesita mirar de nuevo—, si no recuerdo mal, ¿lo he visto a usted en el despacho de Kenge y Carboy?

—En Kenge y Carboy, señor Tulkinghorn. Me llamo Guppy, caballero.

—En efecto, señor Guppy, me encuentro muy bien.

—Me alegro de oírlo, caballero. Nunca estará usted demasiado bien, caballero, por el bien de la profesión.

—¡Gracias, señor Guppy!

El señor Guppy sale de la biblioteca, y el señor Tulkinghorn, cuyo negro anticuado y descolorido contrasta con el brillo de lady Dedlock, acompaña a esta por la escalera hasta llegar al coche y luego vuelve a subir acariciándose la barbilla, gesto que repite con frecuencia durante aquella noche.

XXXIV

Una vuelta de tuerca

—¿Qué puede ser esto? —se pregunta el señor George—. ¿Un cartucho de fogueo o una bala de verdad? ¿Una herida superficial o un auténtico disparo?

Una carta abierta es el objeto de las meditaciones del veterano y parece causarle profunda inquietud. Tiene el papel en una mano, lo aparta, se lo acerca, se lo cambia de mano, lo lee y vuelve a leer, moviendo con aire de duda la cabeza, frunce el ceño y lo desarruga luego, sin acertar a disipar sus dudas. Deja la carta sobre la mesa, se pasea con gesto pensativo y se para de vez en cuando a mirar el papel que lo atormenta.

—¿Es un cartucho de fogueo o una bala de verdad?

Phil Squod se halla en el extremo opuesto de la galería, ocupado en repasar los blancos de tiro con la ayuda de un cepillo y de un bote de pintura. Silba siguiendo el compás de una marcha rápida, interpretando como con un tambor y una flauta, que debe volver y volverá la chica que dejó atrás.

—¡Phil! —le dice haciéndole una seña mientras se acerca.

El hombrecillo se dirige hacia donde está su amo. Comienza, según su costumbre, dando la vuelta a la galería, como si tomara una dirección diferente, y se lanza después como en una carga de bayoneta hacia el señor George.

—Atención, Phil, escucha lo que voy a leer.

—Le escucho, comandante.

Muy señor mío: Permítame que le recuerde, aunque no me obligue a hacerlo la ley, que el pagaré a dos meses vista firmado por usted y avalado por el señor Matthew Bagnet por la suma de noventa y siete libras esterlinas, cuatro chelines y nueve peniques vencerá mañana, antes de cuyo plazo espero que tendrá usted la bondad de hacer efectiva dicha suma.

Su amigo y servidor,

JOSHUA SMALLWEED

—¿Qué piensas de esto, Phil?

—Nada bueno, comandante.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —responde Phil tras marcar una arruga que le cruza la frente con el mango del cepillo—. Porque creo que no trae nada bueno pedir dinero prestado.

—Y no dejes de advertir —continúa el veterano sentándose sobre la mesa — que he pagado ya el principal y una mitad más por los intereses.

Phil da un paso o dos hacia atrás y, con la mueca indescriptible que se forma en su cara, expresa que aquella circunstancia contribuye a agravar el asunto.

—Aguarda, Phil —dice el señor George, con un gesto de la mano—. Advierte, además, que ese pagaré puede ser renovado, lo cual he hecho ya varias veces. ¿Qué te parece?

—Que ya no habrá más renovaciones.

—Tienes razón.

—¡Joshua Smallweed! ¿No es aquel viejo al que llevé días atrás en su silla?

—El mismo.

—Jefe —dice Phil con la mayor gravedad—, ese hombre es voraz como una sanguijuela y duro como una tuerca, lo aprieta a uno como una serpiente y se agarra como las pinzas de una langosta.

Después de expresar de esta forma su opinión, Squod vuelve a sus ocupaciones y continúa silbando su marcha.

El maestro de armas dobla la carta y se dirige hacia donde trabaja Phil.

—Jefe —dice este mirándolo con astucia—, hay una manera de arreglar este asunto.

—Sí, pagando, y ojalá pudiera hacerlo.

—No, comandante, no. Precisamente ha de hacer lo mismo que estoy haciendo yo —dice Phil mientras extiende una capa de pintura blanca.

—¿Borrarlo?

Phil asiente.

—¡Excelente medio! ¿Sabes cuál sería entonces la posición de los Bagnet?

¿Sabes que se arruinarían para pagar mis locuras? Eres todo un moralista — dice el militar, echándole una ojeada de no poca indignación—, ¡vaya que si lo eres!

Phil iba a declarar que había olvidado la responsabilidad de los Bagnet y que por nada del mundo quisiera perjudicar a ninguno de los miembros de aquella distinguida familia, cuando oye pasos en el corredor y una voz jovial que pregunta:

—¿Está George en casa?

Phil dirige una mirada a su amo, y da el consabido rodeo para dirigirse a la puerta.

—¡Adelante! —dice.

Aparece entonces la señora Bagnet, acompañada de su marido.

La viejecita, en todas las estaciones, tanto en tiempo de lluvia como en un día de espléndido sol, no sale de casa sin una capa gris, de tela basta y algo raída, pero siempre muy limpia. Esta prenda le inspira vivo interés al señor Bagnet porque la trajo de la otra parte del mundo en compañía de su esposa y de cierto paraguas, compañero no menos inseparable de la digna señora. El paraguas de la señora Bagnet, de un color indescriptible y desconocido en la nomenclatura terrestre, tiene por mango un pedazo de madera encorvado, surcado de profundas grietas y rematado con una planchita de metal, puro objeto ornamental que no permanece en su puesto con la firmeza que podría esperarse de un objeto que ha estado durante tanto tiempo en el ejército británico. Este apreciable paraguas tiene, además, un aire de abandono y de descuido en su exterior que parece indicar la ausencia del corsé, lo cual procede, sin duda, del doble servicio que presta hace tantos años como bolsa en casa y como maleta de viaje. La señora Bagnet, hallándose suficientemente guarecida con la inmensa capucha impermeable de su capa, no abre nunca el paraguas y lo emplea para designar las tajadas de carne o los montones de verdura que desea cuando va al mercado, o para llamar la atención del carnicero o de la verdulera con un golpe amistoso. Su cesta, especie de pozo de mimbre con una tapa de dos hojas, no se separa tampoco de ella, y así, con su cara honesta y bronceada, mirando con alegría bajo un sombrero de paja seca, la vemos entrar en la galería del señor George.

—Buenos días, George. ¿Cómo te va? —le dice.

Tras darle la mano amistosamente, lanza un largo suspiro después de su paseo y se sienta a tomarse un descanso. Como ha adquirido en los carromatos y en otras muchas situaciones análogas la facultad de encontrarse bien en todas partes, se sienta en un banco duro tranquilamente, desata las cintas del sombrero que se echa hacia atrás, se cruza de brazos y parece encontrarse a

sus anchas.

El señor Bagnet ha cambiado mientras unos apretones de manos con el señor George y con Phil, a quien la señora Bagnet dirige un gesto amistoso y envía una sonrisa de buen humor.

—Aquí nos tiene usted —dice la señora Bagnet con desenvoltura—. Hemos venido Lignum y yo (así llama a su marido porque en el regimiento le daban el apodo de Lignum Vitae, a causa de lo enjuto y duro de su cuerpo), hemos venido para verlo y poner en regla lo relativo a la garantía que usted ya sabe. Dele usted a Lignum el nuevo pagaré para que lo firme, George, y lo firmará sin vacilar.

—Precisamente iba a veros por ese motivo —responde el veterano con cierto embarazo.

—Lo imaginábamos y por eso hemos salido temprano, dejando a Woolwich, el mejor de los niños, al cuidado de las dos niñas. Lignum sale tan raras veces de casa desde hace algún tiempo y hace tan poco ejercicio que le sentará bien un pequeño paseo. ¿Qué te pasa, George? —pregunta la señora Bagnet, interrumpiendo su animada charla—. No te veo como otros días.

—En efecto, señora Bagnet, estoy algo disgustado.

La mirada inteligente de la mujer comprende enseguida la verdad.

—George —dice levantando el dedo índice—, ¿es el pagaré la causa de tu disgusto? ¡No me digas que va algo mal con ese pagaré de Lignum! ¡No lo hagas, George, por mis hijos!

La turbación del soldado es cada vez mayor.

—George —prosigue la señora Bagnet, sirviéndose de ambas manos para dar más fuerza a sus palabras—, si has comprometido la firma de Lignum, si le has puesto en la necesidad de pagar, si nos van a embargar..., y lo veo en tu cara tan claramente como si lo llevaras escrito en ella, sería algo indigno y nos habrías engañado cruelmente. ¡Cruelmente, te digo, George! ¡Que lo sepas!

El señor Bagnet, inmóvil como un poste, se tapa la cabeza calva con la mano derecha como para defenderse de la tormenta, y mira a su mujer con viva inquietud.

—Me siento avergonzado de ti —continúa la señora Bagnet—. No hubiera creído nunca, George, que fueras capaz de este ultraje. Siempre he sabido que eras un bala perdida pero nunca hubiera pensado que le quitarías el escaso sustento que le queda a Bagnet y a sus hijos. Ya conoces a Quebec, a Malta y a Woolwich, ya sabes lo que valen, nunca creí que tuvieras valor para dejarlos en la miseria. ¡Oh, George! —dice la señora Bagnet, llevándose a los ojos la punta de la vieja capa gris—. ¿Cómo es posible que nos hayas hecho esto?

Cuando deja de hablar la señora Bagnet, su marido separa la mano de la cabeza como si hubiera acabado la tormenta y vuelve la mirada hacia el señor George, que está muy pálido, mientras mira compungido la capa gris y el sombrero de paja de la señora Bagnet.

—Mat, amigo mío —dice el militar con voz queda dirigiéndose al marido, pero sin dejar de mirar a la mujer—, siento que te lo hayas tomado tan a pecho. Considero que el asunto no va por tan mal camino como supones. Es verdad que he recibido hoy esta carta —que lee en voz alta—, pero espero que todo pueda arreglarse. En cuanto a ser un bala perdida, no lo niego, sé que nunca les he sido útil a las personas que he encontrado en mi camino, lo confieso. Pero, Mat, nadie aprecia tanto a tu mujer y quiere tanto a tus hijos como yo, y haces mal en suponerme culpable. No te he ocultado nada, y esta carta la he recibido hace un cuarto de hora.

—Mujer —murmura el señor Bagnet, después de un instante de silencio—, dile mi opinión.

—¿Por qué no te casarías en Norteamérica con la viuda de Joe Pouch? De haberlo hecho, no te meterías en estos líos —dice la señora Bagnet, medio riendo, medio llorando.

—Mi mujer —añade el señor Bagnet—, tiene razón. ¿Por qué no arreglaste esa boda?

—Bueno, bueno —contesta George—, espero que haya encontrado mejor marido que yo, pero el caso es que no me casé con ella, y aquí me tenéis completamente desorientado. Todo lo que tengo está a vuestra disposición. Pronunciad una palabra y venderé hasta el último cartucho. Hace mucho tiempo que lo hubiera hecho si hubiese creído sacar la cantidad que necesito. No temas que te deje en el atolladero, amigo mío. Antes me vendería como esclavo. ¡Si encontrase a una persona que quisiera comprar un fusil tan viejo como yo! —exclama el militar dándose un furioso puñetazo de desprecio en el pecho.

—Mujer —murmura Lignum—, dile mi opinión.

—George —exclama la señora Bagnet—, no tienes más culpa que haber emprendido este negocio sin los fondos suficientes.

—Nunca he tenido fondos —responde el veterano, moviendo la cabeza con aire compungido—, lo sabéis perfectamente...

—¡Silencio! —dice el señor Bagnet interrumpiéndolo—, la manera con que mi mujer expresa mi opinión es exacta. Escucha y calla.

—No debiste haber pedido esa fianza, George, y en tal caso deberían habértela negado, pero lo hecho, hecho está, y no hay que hablar más de ello.

Te tengo, te he tenido siempre por un hombre de bien, honrado y de recto proceder, aunque algo frívolo. Por otra parte, tienes que reconocer que es muy natural que estemos inquietos con tres hijos a cuestas. Olvida todo lo dicho, George, y todo lo que ha pasado está perdonado.

La señora Bagnet le da una mano a su marido y otra al sargento, que coge también la de Lignum y la retiene mientras habla.

—Os aseguro —responde— que no retrocederé ante ningún sacrificio para pagar ese documento, pero todo lo que ingreso apenas basta para los gastos corrientes. Phil y yo vivimos modestamente, pero el establecimiento no produce lo que esperaba. No es una mina, ciertamente. Hice mal en alquilarlo, hice mal. Pero me hicieron concebir grandes esperanzas y creí que con mi nueva empresa me asentaría. Y ahora os ruego que me perdonéis por haberme creado esas expectativas; os estoy muy agradecido y al mismo tiempo estoy avergonzado de mí mismo.

Cuando pronuncia estas palabras, el señor George estrecha las manos de sus amigos, da un paso atrás, y levanta la cabeza como si después de esta confesión esperase ser fusilado con todos los honores militares.

—Escucha, George —dice el señor Bagnet, lanzando una mirada a su esposa—; mujer, continúa.

La opinión del señor Bagnet, expresada siempre del mismo modo, es que debe arreglarse inmediatamente el asunto del pagaré. Que el señor George y él vayan a ver al señor Smallweed. Y que lo primero que ha de hacerse es poner al abrigo de toda responsabilidad al señor Bagnet, que no posee el dinero.

El señor George es de esta misma opinión, coge el sombrero y se dispone a marchar contra el enemigo, acompañado del señor Bagnet.

—Te he hablado con dureza, George, pero olvídale —dice la señora Bagnet dándole amistosos golpes en el hombro al militar—. Te confío a mi pobre Lignum y no dudo de que lo sacarás de este mal paso.

El militar contesta que agradece la confianza y que hará cuanto le sea posible por corresponderla.

Así pues, la señora Bagnet se retira a su casa con el rostro radiante de alegría, su cesta, su paraguas y su capa, mientras los dos amigos se dirigen a la casa del señor Smallweed con la difícil misión de ablandarlo.

Es dudoso que puedan existir en Inglaterra dos personas menos aptas que el señor George y el señor Bagnet para llevar a cabo con éxito una negociación con el señor Smallweed, porque a pesar de su aire marcial, de sus hombros cuadrados y de su paso firme y pesado, ambos son verdaderamente inexpertos e ingenuos en todos los asuntos relativos a los Smallweed de este mundo.

Andan con gravedad uno al lado del otro, y el señor Bagnet, reparando en el aire pensativo de su amigo, considera como un deber afectuoso hacer alusión a las últimas palabras de su esposa.

—George —dice—, ya conoces a mi mujer. Es dulce como la miel, pero cuando se trata de su marido y de sus hijos es feroz como una leona.

—Lo cual la honra mucho.

—George —dice el señor Bagnet, mirando al frente—, no lo digo delante de ella porque es preciso conservar la disciplina, pero todo lo que hace está bien hecho.

—Vale su peso en oro —dice el militar.

—¿Sabes lo que pesa, George? —responde el señor Bagnet—. Voy a decírtelo. Pesa ciento setenta y cuatro libras. ¿Cambiaría por ella el mismo peso del metal más precioso? No, porque el material del que está hecho mi mujer es más precioso que todos los metales juntos.

—Y que lo digas.

—Cuando se casó conmigo, se alistó a filas de alma y corazón para el resto de sus días, y, fiel a su bandera, corre a las armas si ponen un dedo encima a su marido o a sus hijos. Así pues, George, no hagas caso cuando hace fuego con todas sus baterías, el deber se lo exige.

—Pero, Mat —replica el militar—, si mi opinión sobre ella es magnífica.

—Haces bien —dice el señor Bagnet con un profundo entusiasmo que, sin embargo, no le hace perder nada de su rigidez—. Piensa en mi mujer como el peñón de Gibraltar y, aun así, será poco para su mérito. Pero no lo digo delante de ella porque es preciso mantener la disciplina.

Estos elogios los conducen hasta la casa del señor Smallweed.

Les abre la puerta la perenne Judy, que, después de examinarlos de pies a cabeza con desprecio, se separa de ellos un instante para ir a consultar al oráculo sobre su admisión, y vuelve para decirles que pueden entrar.

Los dos amigos penetran en el comedor donde encuentran al señor Smallweed en su sillón rodeado de un diluvio de papeles, y a la señora Smallweed oculta debajo de una almohada como se hace con los pájaros para que no canten.

—Amigo mío —dice el señor Smallweed, tendiendo los dos brazos menos cordiales que se puedan imaginar—, ¿cómo está usted? ¿Quién es la persona que le acompaña, querido amigo?

—Es Matthew Bagnet, el amigo que me avaló —responde secamente el

señor George, que no está de humor para mostrarse muy amable.

—¿Bagnet? Sí, sí, lo recuerdo. —El anciano se sirve de la mano derecha como de visera para mirarlo—. Señor Bagnet, me alegro de verlo a usted. Tiene buen aspecto, George, un aspecto militar.

En vista de que no les ofrecen asiento, el señor George acerca una silla a Bagnet, y toma otra para sí. Se sientan. El señor Bagnet como si no pudiera doblar más que las caderas para tal fin.

—Judy, trae la pipa —ordena el señor Smallweed a su nieta.

—No, que no se moleste —dice el señor George—, porque no fumaré.

—¿Cómo es eso? —dice el anciano—. No importa. Judy, trae la pipa.

—El caso es, señor Smallweed —continúa George—, que estoy muy disgustado. Parece que su amigo de la ciudad no está jugando limpio.

—¿Qué me dice usted? —dice el anciano Smallweed—. Es incapaz de ofender en lo más mínimo a nadie.

—Me alegro de saberlo. Creía, por el contrario, que él era el origen de este asunto. Ya debe de suponer usted que me refiero a esta carta.

El anciano Smallweed sonríe con malicia al reconocerla.

—¿Qué significa esta carta? —pregunta el señor George.

—¿Has encontrado la pipa, Judy? Dámela —dice el anciano—. ¿Pregunta usted lo que significa esa carta?

—Sí, eso es lo que le pregunto —responde el veterano, que se esfuerza en dar a su voz toda la dulzura posible, y que enseña la carta con la mano derecha mientras apoya la otra en la cadera—. Sabe usted, señor Smallweed, que ha recibido ya una cantidad considerable, y espero que no se habrá olvidado usted de nuestro trato. Estoy dispuesto a hacer hoy lo que hemos hecho siempre y a proceder como de costumbre. Hasta ahora no me había usted escrito carta alguna de este estilo, y desde esta mañana estoy desesperado porque mi amigo Bagnet, aquí presente, como sabe, no tenía el dinero...

—Eso es algo que ignoro —interrumpe el anciano Smallweed tranquilamente.

—Sin embargo, le consta, porque se lo estoy diciendo ahora.

—Es cierto que me lo está diciendo —replica Smallweed—, pero no me constaba.

—No importa —añade el veterano reprimiendo su ira—, pero a mí sí que me consta.

—Eso ya es otra cosa —dice el señor Smallweed con dulzura—, pero no importa, según usted me dice, porque esto no modifica en nada la posición del señor Bagnet.

—Precisamente a eso voy, señor Smallweed —responde el señor George haciendo un supremo esfuerzo para enternecer al usurero—, pues ya sé que no modifica en nada la posición del señor Bagnet. Sería un gran disgusto para su excelente mujer y para mí el que se viera en un aprieto. Es verdad que yo he sido siempre un vagabundo, un hombre inútil, pero él es un respetable padre de familia. Desde luego no pretendo abusar de su amistad —continúa el veterano recobrando confianza en sí mismo, bastante satisfecho de la manera con que conduce el asunto— y no es mi propósito llegar a pedirle que exima de toda la deuda mi amigo Bagnet.

—Es usted muy moderado, amigo mío. Puede, por el contrario, pedirme lo que guste, señor George.

El señor Smallweed está de muy buen humor.

—Porque puede negármelo todo, o al menos su amigo de la ciudad. ¿No es eso? ¡Ja, ja, ja!

El abuelo Smallweed le hace eco al señor George, con una voz tan áspera, y lo mira con una luz tan verde en sus pupilas, que el señor Bagnet se siente doblemente inquieto.

—Me alegro de verlo de tan buen humor, señor Smallweed —dice George, confiado—, porque el buen humor es un buen presagio para nuestro asunto. Terminémoslo con alegría, porque podemos arreglarlo todo. Bagnet y yo estamos dispuestos a cumplir. Renovemos, pues, el pagaré como de costumbre y libraré usted a Bagnet y a su familia de una grave inquietud, por no hablar de mí.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclama una voz penetrante y burlona.

Tal vez ha sido la voz de un espectro, porque Judy permanece silenciosa y severa cuando las miradas de los dos amigos se vuelven hacia ella, aunque su barbilla se agita aún bajo el impulso de cierto desprecio sarcástico.

La seriedad del señor Bagnet es cada vez más profunda.

—¿No me preguntaba usted qué significaba la carta? —inquire el viejo Smallweed, que tiene aún en la mano la pipa.

—Sí, es cierto, pero me importa muy poco —responde el militar con su habitual franqueza— si arreglamos el asunto como hemos convenido.

El señor Smallweed se contiene y en vez de lanzar la pipa a la cabeza del militar, tira la pipa al suelo y se hace mil pedazos.

—He aquí lo que significa, señor mío, que lo aplastaré, que lo perseguiré, que le haré pedazos como a esa pipa, y ¡márchese usted de mi casa! ¡Váyase al infierno!

Los dos amigos se levantan de la silla y se miran. La gravedad que hay en el rostro del señor Bagnet no puede ser más profunda.

—¡Váyase al infierno! —repite el anciano—. Ya estoy cansado de sus pipas y sus provocaciones. ¡Se precia usted de orgulloso, de independiente! ¡Me río yo de su orgullo y de su independencia! Vaya usted a ver a mi procurador, ya sabe dónde vive. Vaya usted a verlo, amigo. Es la última esperanza que le queda. Judy, abre la puerta para que salgan estos dos miserables. Si no quieren irse, pide ayuda, pero sácalos de mi presencia.

Vocifera estas palabras con tal violencia que el señor Bagnet, cogiendo a su compañero por los hombros, lo empuja hacia la calle, antes de que haya vuelto de su estupor. Y la triunfante Judy cierra inmediatamente la puerta. Absolutamente perplejo, el señor George se queda mirando un rato la aldaba. El señor Bagnet, sumido en una honda gravedad, camina arriba y abajo ante la ventanita de la sala como un centinela y mira cada vez que pasa con apariencia de darle vueltas a algo en la cabeza.

—Veamos al procurador, Mat —dice el señor George en cuanto recobra la calma—. ¿Qué te parece este canalla?

El señor Bagnet le lanza una última mirada a la casa de los Smallweed, mueve la cabeza y responde:

—Si mi mujer hubiera estado aquí, hubieses visto cómo yo le decía unas cuantas verdades a ese viejo.

Y, habiendo descargado de este modo su conciencia, se coloca al lado de su compañero y rompe a andar marcando el paso, hombro con hombro.

Cuando llegan a Lincoln's Inn Fields, el señor Tulkinghorn se encuentra ocupado y no es posible verlo.

Después de tenerlos esperando una hora, el pasante vuelve del despacho, adonde le habían llamado con la campanilla, y trae palabras poco consoladoras. El señor Tulkinghorn no tiene nada que decirles y es inútil que pierdan el tiempo esperando. Lo mejor que podrían hacer es retirarse. Sin embargo, permanecen en la sala con una paciencia enteramente militar. Vuelve a oírse la campanilla y la cliente, cuya audiencia ha terminado, por fin, sale del despacho del señor Tulkinghorn. Se trata de una anciana de buen aspecto, nada menos que de la señora Rouncewell, el ama de llaves de Chesney Wold.

La mujer sale del santuario haciendo una reverencia anticuada, y cierra la puerta sin hacer ruido. Es probable que el procurador la trate con cierta

consideración, pues el pasante se levanta de su asiento para acompañarla y abrirle la puerta. La señora Rouncewell se vuelve, entonces, para darle las gracias, y repara en los dos amigos.

—Perdone, joven —dice—, ¿no son militares esos caballeros?

El pasante interroga con la mirada a los aludidos, y como el señor George está muy ocupado en consultar el almanaque que hay sobre la chimenea, el señor Bagnet se apresura a contestar:

—Sí, señora, lo hemos sido.

—No me equivocaba. Mi corazón ha dado un vuelco al verlos, lo cual me sucede siempre que veo militares. Tengo un verdadero placer en saludarles, señores. Perdonen las confianzas que me tomo. Tenía un hijo que se marchó como soldado..., ¡muy joven, muy bueno, muy guapo! Aunque no lo digan así ciertas personas que quisieran que su madre se formase de él otro concepto. Perdonen si los he molestado. ¡Que Dios los bendiga, señores!

—Igualmente, señora —le responde el señor Bagnet con toda sinceridad.

En la emoción de la señora Rouncewell, en su voz, en el temblor que agita todo su cuerpo, hay algo que conmueve profundamente, pero el señor George está tan distraído consultando el almanaque (quizá calculando los meses que quedan) que no vuelve los ojos hasta que la mujer ha salido.

—George —le dice en voz baja el señor Bagnet, con tono de reproche—, ¿a qué viene ese abatimiento? Un veterano como tú debe tener el corazón firme. ¡Ánimo, amigo, ánimo!

El pasante entra para decirle al abogado que aquellos señores esperan aún. El señor Tulkinghorn contesta con impaciencia:

—¡Que pasen entonces!

Los dos compañeros son introducidos en el despacho de techos pintados, donde les recibe el procurador en pie delante de la chimenea.

—¿Qué es lo que desean? —pregunta—. ¿No le dije a usted, sargento, la última vez que lo vi, que no volviese a poner los pies en mi casa?

El sargento, que desde hace algunos minutos se encuentra sumamente aturrido, responde que ha recibido una carta, que ha ido a hablar sobre este asunto al señor Smallweed, y que este lo mandó a su abogado.

—No tengo nada que decirle —contesta el señor Tulkinghorn—. Cuando se contraen deudas es necesario satisfacerlas o atenerse a las consecuencias. Supongo que para saber eso no tenía usted necesidad de venir aquí.

El sargento lamenta decir que no tiene listo el dinero.

—Bien —dice el procurador—, si no lo tiene usted lo tendrá su amigo, que por algo nos dio su aval.

El sargento lamenta añadir que el otro hombre tampoco tiene listo el dinero.

—Bien —dice el procurador—, pagarán entre los dos, y en caso de no pagar, serán ustedes procesados y condenados por más o menos tiempo. El pago de un préstamo es ineludible. Nadie puede quedarse con el dinero ajeno. La ley es terminante.

El señor Tulkinghorn se sienta en el sillón y atiza el fuego.

—Espero —dice el señor George— que tendrá usted en consideración...

—Le repito, sargento, que nada tengo que decirles. No me gustan las personas con quienes se relaciona usted y no necesito que vengan a hacerme visitas. El asunto del que me habla usted no es de mi incumbencia. El señor Smallweed ha tenido una mala ocurrencia enviándole a mí. Vaya usted a Clifford's Inn a verse con Melquisedec.

—Perdone usted, caballero —dice el señor George— si me permito insistir, después de lo que acaba usted de decirme, sobre un asunto que me es tan penoso como a usted desagradable. Pero ¿no me concederá usted un minuto para conversar a solas?

El señor Tulkinghorn se levanta y se dirige hacia una de las ventanas con las manos en los bolsillos.

—Sea usted breve —le dice—, porque no tengo tiempo que perder.

En medio de la completa indiferencia que simula, el procurador ha tenido buen cuidado de colocarse de espaldas a la luz y ahora le dirige una mirada penetrante al veterano a quien la luz ilumina de frente.

—Bien —dice el señor George—. La persona que me acompaña, la otra parte implicada en este inoportuno asunto (nominalmente, solo nominalmente), y desearía que no le molestasen por mi causa, es un hombre muy respetable, con mujer e hijos, y estuvo en la Artillería Real...

—Amigo mío, me importa un bledo la institución de Artillería Real al completo: oficiales, soldados, carretas, vagones, caballos, armas y munición.

—Puede ser, caballero. Pero a mí me importa mucho que Bagnet, su mujer y su familia se vean agraviados por mi culpa. Si pudiera sacarle de este mal paso entregándole a usted lo que me pidió días pasados, no vacilaría en hacerlo.

—¿Lo ha traído?

—Sí, señor.

—Sargento —prosigue el procurador con ese tono tranquilo y frío más elocuente para el adversario que la vehemencia—, preste atención a lo que voy a decirle porque esto es el final. Cuando acabe de hablar, habré cerrado el asunto, y no voy a volver a abrirlo. Que lo sepa. Puede dejar aquí algunos días lo que dice usted que trae consigo o llevárselo sin enseñármelo, como mejor le parezca. No obstante, si consiente en dejarlo, restableceré el asunto este a su primer estado. Haré más, me comprometeré por escrito a que este hombre, Bagnet, jamás sea molestado de ninguna manera hasta que no se haya procedido contra usted de todas las maneras, lo que significa que se le deben haber agotado todos los medios antes de que el acreedor lo busque. Esto es de hecho tanto como liberarlo. ¿Qué es lo que usted decide?

El sargento saca un papel de su bolsillo y exclama, tras un profundo suspiro:

—Señor, no tengo más remedio.

El señor Tulkinghorn se cala sus anteojos, se sienta delante de la mesa, redacta el compromiso, lo lee y se lo explica al señor Bagnet, que mira al techo, se pone la mano sobre la cabeza calva para protegerla de aquel chaparrón verbal, y parece hallarse completamente desarmado al no tener a su mujer para expresar su opinión.

El sargento deja entonces sobre la mesa un papel del que se desprende con repugnancia evidente.

—No es más que una carta con instrucciones —dice—, la última que me escribió.

Ni una piedra de molino permanece más inmóvil que el rostro del señor Tulkinghorn cuando abre la carta que le ha entregado George. La lee, la vuelve a doblar y la deposita en su escritorio con la impasibilidad de la muerte. Hecho esto, hace un breve gesto a los dos visitantes diciéndoles ásperamente:

—Pueden ustedes retirarse. Acompañe a estos señores hasta la puerta.

Los dos amigos se encaminan a casa del señor Bagnet, donde comerán juntos.

La comida consiste en carne de vaca hervida y verduras. Es necesario variar un poco, ya que la otra vez la comida fue de carne de cerdo con verduras. Por lo demás, el mismo condimento y el mismo buen humor aderezan la comida y presiden la mesa. La señora Bagnet es de esas mujeres sobrias que se conforman con las cosas buenas y no precisan de las mejores y se aferra a la luz más cercana que hay en cada rincón oscuro. Si hay alguna sombra entre los comensales, esta se halla en la frente del señor George.

Nunca se le había visto tan abatido. La mujer confía, en un principio, en las carantoñas de Quebec y de Malta, pero advirtiéndole que las niñas hacen vanos esfuerzos y que su amigo Bluffy no se halla dispuesto a seguir sus juegos y bromas, licencia, con una mirada, a esta infantería ligera, y da ocasión al viejo camarada de desplegar su columna en el terreno abierto del hogar doméstico.

Pero George persiste en mantenerse encerrado en sí mismo y conserva su pesadumbre. Sentado cerca de la chimenea, donde el señor Bagnet y él están instalados, durante el largo proceso de limpiar y de ir y venir de zuecos, continúa tan triste como durante la comida, y deja que se apague la pipa, la cual ha olvidado completamente. El alma del señor Bagnet está llena de confusión y de inquietud al ver que ni siquiera el tabaco tiene ya para su amigo atractivo alguno.

Por ese motivo, cuando la señora Bagnet vuelve colorada de la tonificante cubeta para sentarse a su lado con la labor, el señor Bagnet le indica con una mirada que intente descubrir la causa de tan alarmante melancolía.

—¡Vaya! ¡Qué cara tan abatida tienes hoy, George! —dice la señora Bagnet enhebrando su aguja tranquilamente.

—Estoy poco sociable, desde luego.

—No parece Bluffy, ¿no mamá? —inquire la pequeña Malta.

—¿Está enfermo, verdad? —añade Quebec.

—No es buena señal no parecer Bluffy, ¿verdad que no? —dice el señor George, dando un beso a las niñas—. Pero... —añade suspirando—, realmente no estoy de humor.

—George —dice la señora Bagnet, cosiendo con agilidad—, si pensara que eres tan rencoroso como para no olvidar lo que te dije esta mañana, te pediría mil perdones por ello y preferiría que me hubiesen cortado la lengua antes de ofenderte.

—Querida amiga —responde el militar—, te aseguro que no me acordaba ya de aquello.

—Y, sin embargo, todo cuanto dije que hicieras para no comprometer a Lignum lo has hecho con la mayor nobleza, George.

—Gracias, amiga mía —dice George—. Me alegro de que tengas buena opinión de mí.

El militar coge la mano de la señora Bagnet, sin que ella deje la labor, y la mira un momento a la cara. Después vuelve los ojos hacia Woolwich, y lo llama con un movimiento de cabeza.

—Hijo mío —le dice, pasando la mano sobre los cabellos de la señora

Bagnet—, ¿ves esta frente? Pues brilla de amor por ti. El sol y el viento la han tostado un poco mientras seguía a tu padre y cuidaba de vosotros, pero está tan sana y fresca como una manzana.

El rostro del señor Bagnet expresa, en la medida que se lo permite su carácter inexpresivo, la más completa aquiescencia a las palabras de su amigo.

—Llegará un día —continúa el señor George— en que encanecerán los cabellos de tu madre y surcarán su frente las arrugas. Cuídala, Woolwich, para que puedas decir, cuando llegue su vejez, que no has hecho encanecer uno solo de sus cabellos, que no has sido la causa de una sola de sus arrugas al ocasionarle la menor pesadumbre. Porque de todos los pensamientos de tu madurez, hijo mío, ese será el más grato que puedas tener.

El señor George se levanta, hace sentar al joven en la silla que ocupaba al lado de la señora Bagnet y sale de la habitación con cierta precipitación diciendo que va a fumar su pipa a la calle.

XXXV

Relato de Esther

Estuve enferma durante algunas semanas y mi vida ordinaria se convirtió para mí en un vago recuerdo, lo cual no era efecto del tiempo, sino del cambio producido en mis costumbres por la debilidad y la inacción. Apenas yacía en cama algunos días y ya me parecía que todo cuanto me rodeaba en otro tiempo había huido a un horizonte lejano donde se confundían las diferentes épocas de mi vida. Parecía que había cruzado un lago sombrío y que todo lo que había visto y sentido antes se había quedado en la orilla donde había dejado la salud. Mis ocupaciones caseras, cuyo abandono me causó al principio una vivísima inquietud, fueron a reunirse muy pronto con el recuerdo de los deberes que tenía que cumplir en Greenleaf o de aquellas tardes en que venía de la escuela, con la cartera debajo del brazo, mirando mi sombra infantil al entrar en casa de mi madrina. Antes de aquella época, ignoraba qué corta es la vida y el breve espacio que alcanza a abarcar de ella nuestra conciencia.

Padecía, en gran manera, la confusión en que se atropellaban en mi cerebro enfermo los diferentes períodos de mi existencia. Me sentía a la vez niña, adolescente y adulta, y no solamente me abrumaban los temores y las dificultades de aunar estos diversos estados, sino también el gran esfuerzo que requería conciliar las obligaciones de cada una de esas edades y la incoherencia que resultaba de tratar de conciliar las unas con las otras. Es preciso haberlo experimentado para comprender semejante estado y para

formarse una idea exacta de la inquietante agitación que ello me producía.

Por esta razón, apenas me atrevo a relatar los tormentos que llegué a sufrir durante aquella noche (pareció una larga noche, pero creo que pasaron tanto días como noches) en que me sumió mi ceguera cuando me esforzaba en subir los peldaños colosales de una escalera gigantesca, ávida siempre por llegar al final y, en el momento en que iba a alcanzarlo, era derribada de pronto por algún obstáculo imprevisto, y me veía condenada a volver a emprender aquella penosa ascensión. Había momentos en que me daba perfecta cuenta de que estaba en mi cama y en otros de mayor confusión conservaba la consciencia de mi situación, pero incluso en esos momentos en que reconocía a Charley, en que la veía o bien sentía el contacto de su mano, tenía que interrogarla:

—¿Nunca se acabará esa escalera, Charley, y esos peldaños interminables que parece que llegan al cielo?

Y continuaba subiendo...

Pero la más cruel de mis torturas era el verme en medio de las tinieblas en fila con otras personas que formaban un collar de fuego del cual yo era una de las inflamadas perlas. En vano me esforzaba y suplicaba para sustraerme a tan espantosa agonía.

Parecerá tal vez inoportuno hablar de estos íntimos sufrimientos, cuyo relato nada tiene de agradable ni para quien los narra ni para los demás que los escuchan. Pero, si conociéramos mejor esas alucinaciones febriles, podríamos probablemente atenuar su fuerza y apaciguar los sufrimientos de los desgraciados que las sufren. ¿Por qué motivo no han de estudiarse mejor?

Tal vez se me comprenderá más fácilmente si hablo de la convalecencia que siguió a esta agitación. De las largas horas de un sueño benéfico, de esa calma deliciosa que se apoderaba de mí cuando, demasiado débil para tener consciencia de mi estado, habría recibido la noticia de mi próxima muerte sin otra emoción que una tierna compasión por los que dejaba en la tierra.

Me sentía embargada de una inefable quietud cuando cerraba de pronto los ojos para evitar la sombra de la luz que oscilaba en las cortinas, y sobre todo cuando me di cuenta con infinita alegría de que no me había quedado ciega.

Había oído a mi Ada llorar día y noche a mi puerta, decirme que era cruel y que, si la amaba, le permitiría que me cuidase y que permaneciese en la cabecera de mi lecho. Pero le había contestado siempre negativamente en cuanto pude hablar, rogándole encarecidamente a Charley que no le permitiese entrar en mi cuarto aun cuando me estuviese muriendo. Charley permaneció fiel a su promesa, y había mantenido siempre cerrada la puerta con su pequeña mano y su gran corazón.

Cuando se fortaleció mi vista y mis ojos se acostumbraron, poco a poco, a una luz más viva, podía leer las cartas que mi querida Ada me escribía mañana y tarde, y llevarlas a mis labios y poner en ellas mi mejilla sin temor a herirla. Podía ver a mi enfermera tan atenta y solícita, pasando de un cuarto a otro para arreglarlo todo, y abrir la ventana para hablar con Ada. Podía, en fin, comprender la calma absoluta que reinaba en la casa, prueba patente de la bondad que todos tenían conmigo, y lloraba de alegría en medio de mi felicidad, tan contenta en mi debilidad como lo había estado cuando gozaba de vida y salud.

Poco a poco, fui acostumbrándome de nuevo al movimiento y tomé una parte más activa en lo que se hacía en torno mío. Poco a poco me fui recuperando y recobré la firmeza de mi ánimo.

¡Cómo recuerdo aún aquella tarde en que, rodeada de almohadas, me senté en el sillón para tomar el té con Charley! ¡Qué acontecimiento y qué felicidad! Aquella muchacha enviada por el cielo para cuidar a los que sufrían, se mostraba tan alegre, se paraba tantas veces en medio de sus quehaceres para venir a apoyar su cabeza sobre mi pecho, para colmarme de caricias y expresarme en medio de sus lágrimas su hondo regocijo, que me vi obligada a decirle:

—Charley, si continúas así, será preciso que me vuelva a la cama, porque estoy más débil de lo que me figuraba.

Entonces ella, silenciosa como un ratón, iba de un lado a otro sin pronunciar una palabra, pero rebosando alegría, alegría que se comunicaba a mi corazón al verla pasar de la sombra de la habitación al rayo de luz de la ventana y del rayo a la sombra en un continuo vaivén que me daba envidia.

Me acercó, finalmente, una mesita. La cubrió con un pequeño mantel blanco, puso en ella algunas golosinas y un precioso ramo de flores obsequio de Ada, me sentí segura de estar lo bastante fuerte para decirle a Charley algo que me rondaba en la cabeza.

Ante todo, me apresuré en felicitar a Charley por la limpieza y el orden completo que reinaban en la habitación. Ciertamente nadie habría dicho que había permanecido tanto tiempo allí enferma.

Charley recibió con agradecimiento y júbilo mis elogios, y sus ojos brillaron, desde entonces, con renovada satisfacción.

—Sin embargo —le dije mirando en torno mío—, falta aquí algo, alguna cosa a la que estaba acostumbrada...

La pobre muchacha recorrió también con la mirada toda la habitación e hizo un gesto negativo.

—¿No están todos los cuadros en su sitio? —le pregunté.

—Sí, señorita.

—¿Y todos los muebles, Charley?

—Todos a excepción de los que he quitado para hacer sitio.

—Sin embargo, echo algo en falta. ¡Ah! Ya sé lo que es, Charley.

—¿Qué falta?

—El espejo.

Se levantó de la mesa como si súbitamente se le hubiese ocurrido ir en busca de algo a la habitación contigua y oí que sollozaba.

Ya había pensado yo en eso muchas veces, pero vagamente. Ahora estaba segura. Le di gracias a Dios por no sentir una impresión más viva y llamé a Charley, que volvió haciendo esfuerzos por sonreír, pero sin lograrlo.

—¡Qué importa, Charley! —le dije abrazándola—. Espero arreglármelas con mi nueva cara tan bien como antes.

Muy pronto tuve fuerzas para levantarme y llegar hasta el sillón por mi propio pie e incluso para dar un corto paseo por la estancia, apoyada en el brazo de Charley. Un día llegué, no sin experimentar un poco de vértigo, hasta la sala contigua. También el espejo había desaparecido de ella pero lo que tenía que soportar no era más duro por ello.

Mi tutor mostró grandes deseos de verme y, no habiendo ya motivo para negarme esta alegría, vino a mi cuarto una mañana y estrechándome entre sus brazos solo pudo decirme:

—¡Querida hija mía!

Aunque conocía desde hacía mucho tiempo (¿quién mejor que yo iba a saberlo?) su generosa ternura y la bondad de su corazón como para temer ni por asomo que la alteración de mis facciones pudiese entibiar su cariño, sentí un verdadero placer en cerciorarme de ello: me había visto y me quería más que antes. ¿Podía haber mayor felicidad?

Se sentó junto a mí en el sofá, apoyándome en su brazo. Durante un rato se sentó con la mano sobre la cara, pero, cuando la quitó, volvió a su actitud habitual. Nunca ha habido, nunca habrá una actitud más amable.

—¡Qué días tan tristes hemos pasado, mujercita! —dijo—. Has sido inflexible.

—Era necesario, tutor —respondí.

—Sí, hija mía —respondió con cariño—. Pero no hablemos más de eso.

Ada y yo estábamos desconsolados. Tu amiga Caddy no hacía más que ir y venir para obtener noticias de tu estado, y hasta Richard me ha escrito, lo cual prueba lo intensa que era su preocupación.

Había leído en las cartas de Ada lo de Caddy, pero no lo de Richard. Se lo dije.

—Bueno, querida —me respondió—, pensé que era mejor no mencionárselo a ella.

—No lo comprendo, tutor. ¿Qué puede tener de extraño que Richard escriba siendo su mejor amigo?

—Él no lo considera así, Esther —replicó mi Tutor—. Has de saber que me dijo que me escribía porque no tenía otro medio de saber cómo estabas. Su tono, por otra parte, era frío, altivo y casi rencoroso. Pero es necesario perdonárselo. El pleito de Jarndyce contra Jarndyce ha trastornado su carácter y me ha hecho perder el puesto que ocupaba en su cariño. No me extraña, querida Esther, sé que ha tenido ese mismo efecto en muchas ocasiones. Y estoy seguro de que, si dos ángeles llegasen a ser parte interesada en ese maldito pleito, acabarían por aborrecerse.

—Pero ese pleito no lo ha cambiado a usted, tutor.

—¡Oh, sí, sí! —dijo, riéndose, el señor Jarndyce—. ¡Cuántas veces ha hecho cambiar el viento del sur por el viento de levante! Richard está lleno de confianza y consulta a abogados que le enseñan a confiar más en ellos y a sospechar de mí, pues le dicen que nuestros intereses son opuestos, que mis pretensiones van en contra de las suyas y otras mil necedades por el estilo. Sin embargo, Dios sabe que, si pudiera salir de ese monstruoso pleito, al cual va unido fatalmente mi nombre, y, si, renunciando a mis derechos, me fuera posible destruir esa montaña de autos y alegatos, lo haría ahora mismo. Preferiría devolver a ese pobre Richard el carácter que tenía antes, a cobrar todo el dinero que los desgraciados pleiteantes, aplastados bajo la rueda de la Cancillería, han dejado sin reclamar ante los procuradores, escribanos, abogados y jueces, lo cual formaría sin duda una cantidad suficiente para levantar una pirámide en memoria de la malignidad trascendental de los tribunales de justicia.

—¿Es posible, tutor —pregunté con sorpresa—, que Richard haya podido concebir la menor sospecha contra usted?

—¡Ah, hija mía! El veneno sutil que encierran tales abusos engendra fácilmente esa funesta enfermedad. El contagio ha llegado hasta a Richard y ya no ve las cosas bajo su verdadero aspecto. Soy el primero en compadecerlo.

—Pero ¡es una horrible desgracia, tutor!

—Es una horrible desgracia, mujercita. No creo que exista otra más horrible que verse arrastrado por la influencia de Jarndyce contra Jarndyce. Richard ha ido, poco a poco, cayendo en una confianza absurda en esa hierba podrida que contamina con su podredumbre a todo lo que la rodea. Pero, repito, la culpa no es suya y debemos tener paciencia con él. ¡Qué de corazones fuertes como el suyo no habré visto transformados por esa misma condición!

A pesar de estos razonamientos, le manifesté el pesar que me causaba el que hubieran tenido tan triste resultado su bondad y su desinterés.

—No me quejo ni Ada tampoco —respondió, de buen humor—. Ada es más feliz que antes y eso es mucho. Es verdad que había esperado ver unidos a estos dos seres tan queridos y conservar su afecto a pesar de esa influencia maldita, pero comprendo que eso era pedir demasiado, porque la sombra de Jarndyce contra Jarndyce pesó muy pronto sobre la cuna de Richard.

—¿No le enseñará la experiencia a darse cuenta de su error?

—Debemos desearlo, Esther —dijo el señor Jarndyce—, y esperemos, sobre todo, que no se dé cuenta demasiado tarde. Ocurra lo que ocurra, no seamos excesivamente severos. No hay muchos hombres mayores y maduros con vida mientras hablamos, además de buenos, que, si fueran arrojados al mismo tribunal como litigantes, no cambiaran y decayeran en tres años, en dos... o en uno. ¿Acaso es de extrañar lo que sucede? Un joven no puede suponer semejantes errores en la justicia. Nadie podría creerlo —añadió mi tutor bajando la voz como si se lo dijera a sí mismo—. Uno trata con buena fe de ocuparse de sus intereses. De encauzar sus asuntos. El tribunal le aplaza el fallo de año en año, lo desengaña, lo irrita, lo tortura y acaba por desgastar, hilo por hilo, su esperanza y su paciencia. Pero no por eso es menos apasionado el deseo de alcanzar su objetivo, y, al no encontrar más que el abismo, uno acaba por creerse vendido y víctima de todos los que lo rodean. Pero hablemos de otra cosa.

El señor Jarndyce me había apoyado en él desde el principio durante todo ese tiempo. Su ternura me llegaba al alma e incliné la cabeza sobre su hombro y lo quise como un padre. Durante los momentos de silencio que sucedieron a sus palabras, tomé la decisión de ir a hablar con Richard en cuanto estuviera restablecida para tratar de hacerle ver el error en que se encontraba.

—Tenemos que hablar de otras muchas cosas —prosiguió diciendo mi tutor—. Cosas más en armonía con el día alegre en el que recuperamos a nuestra querida hija. En primer lugar, soy portador de un encargo muy urgente: ¿cuándo podrá verte Ada?

Yo misma me había hecho ya esta pregunta al percatarme de la

desaparición de los espejos. Estaba convencida de que la amistad de mi querida Ada no se vería afectada a pesar de la alteración de mi rostro.

—Querido tutor —respondí—, hace tanto tiempo que no la he visto... Y precisamente por eso me doy cuenta de que me es tan preciada como la luz.

—Lo sé, dama Durden, lo sé.

La presión de su mano me mostró tanta bondad y afecto y su voz tenía un tono tan dulce y reconfortante que estuve durante algunos minutos sin poder hablar.

—Estás fatigada. Descansa un momento.

—He vivido tanto tiempo lejos de ella —repetí— que preferiría que no me viese todavía. Sería mejor que antes me fuese a alguna parte durante una semana con Charley. El cambio de aires y la idea de volver a vernos pronto, de volver a vivir juntas, restablecería mis fuerzas. ¿Qué le parece a usted, tutor?

Era tal vez una flaqueza querer familiarizarme algo más con mi nueva cara antes de someterme a la mirada de mi querida Ada, pero ¿por qué tendría que negarlo? Estoy segura de que mi tutor lo adivinó, lo cual no me daba ningún miedo. Si era una flaqueza, sabía que me la perdonaría.

—Nuestra mujercita mimada —respondió mi tutor—, se hará lo que quieres, a pesar de las nuevas lágrimas que va a hacerle derramar tu persistente inflexibilidad. Nuestra mayor ilusión es anticiparnos a tus deseos, y, para que veas, debo decirte que he recibido una carta de Boythorn, quien, como un perfecto caballero, se marcha hoy de su casa para ponerla a tu disposición, y jura por el cielo y la tierra que la destruirá hasta los cimientos si no consientes en ir a restablecerte en ella.

Mi tutor me entregó, en efecto, una carta de su amigo sin el encabezamiento habitual de «Mi querido Jarndyce», sino que se apresuraba inmediatamente a decir: «Juro, en el caso de que la señorita Summerson no quisiera instalarse en mi casa de donde me marché hoy a la una de la tarde». Seguían los términos más feroces que se hayan empleado jamás en un juramento y cuya violencia nos hizo reír mucho, sin disminuir a nuestros ojos el aprecio que merecía aquel que tan sinceramente se expresaba.

Decidimos escribirle al día siguiente para darle las gracias y para decirle que aceptaba gustosamente la oferta. A mí me parecía una idea adorable ya que, desde todos los puntos de vista, Chesney Wold era mi lugar favorito entre todos aquellos en los que había pensado.

—Ahora, querida —dijo mi tutor, consultando su reloj—, es preciso que nos despedamos. Antes de venir me he fijado el tiempo que debía permanecer a tu lado para no cansarte demasiado, y solo me queda un minuto disponible.

Debo decirte que la señorita Flite tuvo noticia de tu enfermedad y vino hasta aquí a pie. ¡Pobre mujer! ¡Andar veinte millas con unas zapatillas de baile deseosa de saber cómo estabas! Gracias a Dios nos encontró en casa, porque de no ser así, no le hubiese quedado más remedio que volverse otra vez a pie a Londres.

Todos entraban en la conspiración por hacerme feliz y cada cual ponía en ello su mejor voluntad.

—Si no te molestase —continuó mi tutor— recibir a esa simpática mujer uno de estos días, antes de evitar a Boythorn el trabajo de demoler su casa, a la que por otra parte tiene mucho cariño, le darías un verdadero placer haciéndole ese honor, más del que yo (por muy eminente Jarndyce que sea) podría darle nunca.

No me cabe duda de que él comprendía que la presencia de aquella pobre mujer ejercería en mi alma una influencia saludable. Siempre me habían inspirado lástima las desgracias de la señorita Flite, pero nunca tanto como entonces. Siempre había sentido placer en aliviar sus penas, pero nunca había sido este placer tan vivo como entonces. Le dije a mi tutor que me gustaría muchísimo verla, y acordamos el día en que la señorita Flite tomaría la diligencia para venir a comer conmigo.

Cuando me encontré de nuevo sola, recé para que el Señor me perdonara por haber dado tanta importancia a la pequeña prueba a la que iba a someterme en medio de las bondades que me rodeaban. Acudió a mi mente la oración infantil de aquel día de cumpleaños, cuando había aspirado a ser laboriosa, amable y bondadosa para atraerme un poco de cariño, y experimenté un vago remordimiento pensando en la felicidad que había logrado desde aquella época y en cuánto cariño había recibido. Si ahora era tan débil como para echar de menos alguna cosa, ¿de qué me habían servido todas las gracias con que me veía colmada? Repetí mi antigua oración, en aquellos mismos términos infantiles, y sentí que no me había abandonado la paz que me reportaba en aquellos lejanos días.

Mi tutor venía cada día. En una semana o más pude pasearme por nuestras habitaciones y sostener largas conversaciones con Ada con la cortina de la ventana de por medio. Pero todavía no nos veíamos, porque no tenía valor de mirar su querido rostro, aunque hubiese podido hacerlo muy fácilmente sin que me viese.

La señorita Flite llegó algunos días después, conforme lo habíamos acordado. Entró en mi habitación corriendo, y se arrojó a mis brazos, exclamando con todo su corazón: «¡Querida Fitz-Jarndyce!». Me besó veinte veces, olvidándose por completo de la etiqueta.

—¡Dios mío! —dijo hurgando en su enorme bolso—. No he traído más que documentos. Querida Fitz-Jarndyce, ¿quiere usted prestarme un pañuelo?

Ciertamente, la bondadosa mujer lo necesitaba para secarse las lágrimas. Se tapó la cara con el que le dio Charley, se sentó y estuvo llorando cerca de diez minutos.

—Es de alegría —dijo para explicar su llanto—, no es de pena, Fitz-Jarndyce. De alegría porque puedo volver a verla. ¡La quiero a usted tanto, hija mía! La quiero más que al lord Canciller aunque no faltó ni un solo día a las sesiones del Tribunal. Pero, a propósito del pañuelo —continuó, volviéndose hacia Charley, que había ido a buscarla al coche y que después permaneció a nuestro lado—, quizá sea una indiscreción recordar este incidente. Temo, querida Fitz-Jarndyce, ser algunas veces..., ya lo sabe usted, algo distraída —dijo, dándose una palmada en la frente—, pero nada más...

—¿Qué quiere usted decir? —le pregunté sonriendo porque comprendí que ardía en deseos de hablar—. Ha despertado usted mi curiosidad, y es necesario satisfacerla.

Consultó a Charley con la mirada, y mi doncella le contestó:

—Mejor será que se lo diga —lo que le agradó mucho a la señorita Flite.

La señorita Flite continuó, entonces, con el tono misterioso que le era habitual:

—Esta muchacha es muy perspicaz, y a pesar de ser una niña, me admira esa perspicacia. No ha sido más que un incidente casual, pero muy chocante. Figúrese usted que al apearnos de la diligencia nos ha seguido una pobre mujer que llevaba un sombrero muy feo...

—Era Jenny, señorita —dijo Charley interrumpiéndola.

—Precisamente —respondió la señorita Flite, con extrema gravedad—, era Jenny. ¿Y no sabe usted lo que le ha dicho a su doncella? Le ha contado que había ido a su casa una dama cubierta con un velo para preguntar por usted, y que se había llevado como recuerdo un pañuelo de bolsillo cuando supo que le había pertenecido a usted. ¿No le parece que todo esto es muy interesante?

—En efecto, Jenny ha contado esto —respondió Charley, a quien interrogué con la mirada—, y ha añadido que el día en que murió su hijo lo tapó usted con ese pañuelo que ella recogió después y guardó con las demás prendas del niño. ¿Verdad que era de usted aquel pañuelo?

—Es una niña —me susurró al oído la señorita Flite haciendo alusión con sus gestos a la inteligencia de Charley—, pero que muy pers-pi-caz. ¡Con qué claridad lo ha contado todo! Hija querida, se explica usted mejor que cualquiera de los abogados que he oído hasta la fecha —añadió alzando la voz.

—Es cierto que dejé el pañuelo —le dije a Charley—. ¿Y qué hizo con él aquella dama?

—Se lo llevó, señorita, y Jenny me ha encargado que le dijera a usted que no lo hubiera dado por todo el oro del mundo, pero que aquella dama lo había cogido sin pedirlo y había dejado dinero en su lugar. Jenny no la conoce, señorita.

—¿Quién puede ser? —me pregunté pensativa.

—Querida mía —me dijo, en voz baja, la señorita Flite, mirándome misteriosamente—, estoy segura (no se lo revele usted a nadie) de que es la esposa del lord Canciller. Se sabe que está casado y parece que no tiene una relación armoniosa con su mujer, y dicen que esta arroja al fuego los papeles de su señoría cuando milord se niega a pagar al joyero.

No pensé más en aquella dama y hasta llegué a creer que no era otra que Caddy. Por otra parte, distrajo mi atención la señorita Flite, que tenía frío, y fue necesario, además, antes de sentarnos a la mesa, ayudarla a acicalarse con un viejo chal y un par de guantes, mil veces remendados, que la pobre anciana trajo cuidadosamente en su bolso envueltos en un papel, prendas que se puso con gran ceremonia. Además tuve que presidir el evento, que consistía en un plato de pescado, un asado de ave de corral, mollejas, verduras, pudín, y vino de Madeira. Y fue tan agradable ver cómo lo disfrutaba, y con cuánta solemnidad y aparato le hacía los honores, que pronto ya no pensaba en nada más.

Cuando llegamos a los postres, que Ada nos había preparado con tanto esmero, la señorita Flite me pareció tan contenta y tan comunicativa que creí complacerla instándola a que nos explicase la anterior historia, pues había advertido que siempre se encontraba dispuesta a recordar los incidentes de su vida. Empecé, pues, preguntándole si hacía mucho tiempo que acudía a las audiencias de la Cancillería.

—¡Oh! Muchos años, querida, muchos años. Pero aguardo una sentencia que ya no puede tardar.

La inquietud que manifestaba al expresar esta esperanza me hizo temer que acaso había hecho mal en conducir a semejante terreno la conversación, y hubiera deseado darle otro giro, pero ya no era posible.

—Mi padre murió esperando la misma sentencia —prosiguió—, y mi hermano, mi hermana, todos la esperaban, y yo la espero ahora.

—Y ¿han muerto todos?

—Sí, querida, todos han muerto —dijo.

Como vi que proseguía, pensé que le hacía mayor servicio entrando en el

tema que evitándolo.

—¿No sería más prudente desistir del pleito? —pregunté.

—¡Oh! Mucho más prudente —respondió con vivacidad.

—¿Y no asistir más a las sesiones de la Cancillería?

—Seguramente, señorita —contestó—. ¡Es tan penoso esperar siempre lo que no llega nunca..., es tan penoso! Querida Fitz-Jarndyce, no puede usted figurarse lo que envejece esperar tanto.

Y al pronunciar estas palabras me enseñó el brazo, que estaba, en efecto, muy arrugado.

—Pero ¿qué puedo hacer? —prosiguió misteriosamente—. Esto es más fuerte que yo. ¡Chis! No hablemos de este asunto delante de nuestra amiguita Charley cuando vuelva a nuestro lado, porque le causaría miedo y con razón. Es un poder irresistible. Una no puede sustraerse a él. Mañana, mañana, y siempre esperando ese día que no llega.

Traté de demostrarle que no era tan irresistible como ella pretendía, y me escuchó sonriendo con indulgencia.

—Lo sé, lo sé. Es natural que lo crea usted así porque me ve usted divagar algunas veces. Es un absurdo divagar, ¿no es cierto? Eso de tener la cabeza trastornada... Pero hace muchos años que voy allí y no he podido convencerme de ello. Eso es debido a la influencia del sello y de la maza que hay sobre la mesa.

—¿Qué influencia pueden tener?

—Se apoderan de una —respondió—, la atraen a su pesar. Se apoderan de la tranquilidad, se apoderan de la razón, se apoderan de la salud y se apoderan de la voluntad. Hasta se apoderan del sueño de mis noches. Ese sello y esa maza son demonios que deslumbran y envenenan.

Me tocó ligeramente en el brazo, a la par que me hacía un afectuoso gesto con la cabeza como para darme a entender que nada había de temer de ella, a pesar de las terribles palabras que acababa de pronunciar.

—Antes de ver ese sello y esa maza —añadió—, me entretenía cosiendo y bordando, y mi hermana también. Mi padre y mi hermano se dedicaban a la construcción y vivíamos todos juntos en paz. Mi padre fue atraído al principio lentamente..., lentamente, hasta que perdió toda su voluntad. Algunos años más tarde, estaba amargado y pálido, se encolerizaba fácilmente, se ponía furioso por el motivo más insignificante, y llegó a hacerse insufrible. Sin embargo, ¡había sido siempre tan bueno y de un carácter tan pacífico! Su negocio se fue a la quiebra. Lo encarcelaron por deudas y murió en la cárcel.

Entonces, mi hermano fue atraído también..., deprisa..., deprisa..., y cayó en la bebida, y luego en la miseria, y, finalmente, en el sepulcro. Después, fue atraída mi hermana... ¡Chis! No pregunte usted en qué quedó. Yo estaba enferma y en la mayor indignación. Mucho me repitieron lo que ya había oído decir muchas veces: que todos esos males procedían de la Cancillería. Cuando estuve restablecida, fui a ver al monstruo... Y quedé presa, también, en las audiencias del Tribunal.

Había pronunciado estas palabras en voz baja y angustiada, como si se hallara aún bajo la impresión de las desgracias que habían caído sobre su cabeza durante su juventud, pero cuando acabó el relato, recobró gradualmente el aire de grave importancia que la caracterizaba.

—No me cree usted, Fitz-Jarndyce —me dijo sonriendo—. ¡Bien! ¡Bien! Ya llegará el día en que no le cabrá la menor duda. Divago un poco, pero conozco el terreno que piso. He visto a muchos que, a pesar de su confianza y entereza, han acabado por sucumbir a la influencia del sello y de la maza. Empezaron como mi padre y mi hermano, y en más de una ocasión Kenge me presentó a alguno de esos incautos para que tomasen ejemplo de la señorita Flite. Estoy muy orgullosa de tanto respeto, de tanta distinción. Ellos se reían, pero yo sabía que llegaría un día en que acabarían sus risas, Fitz-Jarndyce. Veía antes que ellos el momento en que empezaba a producir su efecto el hechizo, lo conocía por ciertos indicios inconfundibles. Vi en Gridley cómo comenzaban. Y vi cómo terminaban. Y esos mismos indicios —añadió bajando la voz— hace poco que los vengo observando en ese simpático joven pupilo del pleito Jarndyce contra Jarndyce. Que alguien lo frene. O esto lo llevará a la ruina.

Me miró en silencio durante algunos instantes y, como si temiera haberme asustado o tal vez porque había perdido el hilo de sus ideas, añadió expresándose afectuosamente:

—Sí, querida, como le decía antes, espero un fallo que no puede tardar. Entonces pondré en libertad a mis pájaros y regalaré ricas haciendas a mis buenos amigos. Sí, Fitz-Jarndyce.

Me había conmovido profundamente la alusión que había hecho a Richard y el sentido que daba a sus palabras, del que ofrecía ella misma una prueba tan aterradora. Afortunadamente para ella, había recobrado su buen humor y no se preocupó más de tan triste asunto.

—Pero no me ha preguntado usted por mi médico —me dijo alegremente, moviendo significativamente la cabeza y poniendo una mano sobre la mía—. No me ha felicitado.

Le respondí que ignoraba a qué se refería.

—A mi doctor, al señor Woodcourt, querida, a ese excelente joven que me cuidó con tanta solicitud y esmero, y con tanto desinterés... Bien es verdad que le pagaré con creces el día del fallo, el fallo que romperá el encantamiento bajo el cual me retienen la maza y el gran sello.

—El señor Woodcourt está tan lejos que no creía que debiese preguntarle por él —le contesté.

—¿Es posible —dijo— que no sepa que ha vuelto?

—No.

—Si lo sabe todo el mundo, Fitz-Jarndyce.

—Olvida usted que no he salido de mi habitación desde hace mucho tiempo.

—Es verdad, perdone. También mi memoria flaquea como todo lo demás. ¡Oh! ¡La fatal influencia! Pues bien, querida, fueron víctimas de una tempestad espantosa en los mares de las Indias orientales.

—¿Naufragó el barco en el cual iba el señor Woodcourt?

—Tranquilícese, hija mía, tranquilícese. Salió sano y salvo. Dicen que fue un escenario terrible. Que hubo de presenciar la muerte bajo todas sus formas. Centenares de muertos y de moribundos. El fuego, la tempestad, las tinieblas. En medio de tanta desolación, mi doctor se portó como un héroe. Sereno y valiente a pesar del peligro, salvó a mucha gente, sufrió sin quejarse de hambre y de sed, dio sus vestidos, se puso al frente de todos los naufragos, les indicó lo que debían hacer, cuidó de los enfermos, enterró a los muertos, condujo a los vivos a lugar seguro, y es admirado por todos. Después de que llegaran a tierra los desgraciados naufragos, se arrojaron a sus pies y lo bendijeron. Pero aguarde usted. ¿Dónde está mi bolso de documentos? He traído el relato del naufragio y quiero que lo lea. Es necesario que lo lea usted.

Cogí el fragmento de periódico que me entregaba, y leí aquella noble historia con lentitud, porque mis ojos estaban tan oscurecidos por las lágrimas que apenas podía distinguir las letras. Mi congoja fue creciendo de tal modo que me vi obligada a suspender la lectura. Me sentía orgullosa de haber conocido al hombre que había desplegado tanto valor y abnegación, y me llenaban de intenso placer su fama y sus triunfos. Envidiaba la suerte de aquellas víctimas del naufragio que se habían arrodillado a sus pies para bendecirlo. Yo misma me sentía con ansias de hacer lo propio, de arrodillarme a sus pies en homenaje a su arrojo y noble comportamiento. Creí que nadie (madre, ni hermana, ni esposa) podía honrarlo más que yo. ¡Lo creí realmente!

La señorita Flite me regaló el periódico que había dejado a media lectura, y cuando se levantó, al anochecer, para regresar a Londres, se encontraba más

que nunca bajo la impresión de aquel naufragio y me repetía todos sus detalles sin que yo llegara a cansarme de escucharla.

—Querida —me dijo doblando cuidadosamente su chal y envolviendo sus guantes—, no tendría nada de extraño que a estas horas hubiesen nombrado conde o barón a nuestro buen amigo. ¿Verdad que se lo merece?

—Se lo ha merecido, pero no se lo otorgarán.

—¿Por qué no, señorita Fitz? —me preguntó con cierta sorpresa.

—Porque no es costumbre en Inglaterra conceder títulos a los hombres que se distinguen por sus servicios civiles, cualesquiera que sean los méritos y la abnegación que hayan desplegado, exceptuando, sin embargo, el caso de que hayan tenido el mérito de hacerse con una fortuna considerable.

—Pero, Dios mío —dijo la señorita Flite—, ¿cómo puede usted decir tal cosa, Fitz-Jarndyce? ¿No sabe usted, por el contrario, que las mayores glorias de Inglaterra en las ciencias, en la literatura, en la poesía y en las artes, o que se hayan creado un nombre con su talento, son elevados inmediatamente a la nobleza? Mire en torno suyo, querida, y lo verá. Tiene que haberse trastornado su razón si no me reconoce que los títulos se conservan en Inglaterra para honrar tan altos méritos.

Estaba convencida de lo que decía y, en ciertos momentos como el de entonces, era evidente que estaba completamente loca.

Y ahora es necesario que revele un secreto que he tratado de guardar durante mucho tiempo. Había llegado a creer algunas veces que el señor Woodcourt me amaba, que si hubiese sido rico tal vez me hubiera confiado sus sentimientos antes de marcharse, y pensaba entonces que si me lo hubiera dicho, habría sido muy feliz. Pero ¡cuánto me alegraba ahora de su silencio! ¡Cuánto hubiese sufrido si le hubiese escrito y contado que el pobre rostro que conocía había desaparecido y que liberaba de su compromiso a alguien que nunca lo había visto!

En efecto, era preferible que no hubiese hablado de ello. Podía repetir en el fondo de mi corazón mi oración infantil y aspirar a conservar su amistad sin tener que romper lazos tan preciosos, o sin que tuviera él que arrastrar una cadena que le hubiera impuesto tal vez el honor. Podría, gracias a Dios, continuar oscuramente la carrera del deber en mi estrecha senda mientras él continuaba la suya de una manera tan gloriosa. Y, aunque separados durante el viaje, podía esperar, libre y resignadamente, la felicidad mucho mayor de encontrarnos al final del recorrido que cuando me contemplaba con algún favor.

Chesney Wold

Mi tutor no quiso que me marchase sola con Charley para Lincolnshire, y no se separó de mí hasta dejarme aposentada en casa del señor Boythorn. Tardamos dos días en el viaje. Cada bocanada de aire y cada olor y cada flor y hoja y brizna de hierba, y cada nube al pasar y todo en la naturaleza me pareció más hermoso y maravilloso para mí de lo que nunca me había parecido. Era el primer beneficio que sacaba de mi enfermedad. ¿Cómo había de pensar en lo que había perdido cuando el mundo entero me brindaba tales encantos?

El señor Jarndyce tenía intención de partir inmediatamente, y habiendo acordado el día en que mi querida Ada vendría a buscarnos, le escribí una carta que le entregué a mi tutor, el cual partió algunos instantes después en una hermosa tarde de junio.

Si, con su varita mágica, una bondadosa hada hubiera hecho surgir para mí la casa en que me encontraba entonces, no me hubiera visto rodeada de cuidados más solícitos, ni siquiera siendo la ahijada favorita de tan poderosa madrina. Veía en todos los testimonios de una bondad llena de delicadeza y la prueba de que se habían acordado de mis hábitos y preferencias. Estaba tan conmovida con estas atenciones afectuosas que me vi obligada a sentarme varias veces antes de visitarlo todo. Hice más aún, le enseñé la casa a Charley. La alegría de Charley calmó la mía, y después de habernos dado un paseo por el jardín, y cuando la pobre muchacha agotó su vocabulario de expresiones admirativas, me sentí tan tranquila en mi felicidad como si nunca hubiera sido desgraciada. «Esther —me dije después de tomar el té—, creo que te hallas ya en disposición de escribir una carta dándole las gracias al señor Boythorn.» El bondadoso huésped había dejado para mí unas líneas entusiastas, tan alegres como su propio rostro, en las que me daba la bienvenida y me confiaba su canario, lo cual era la prueba más elocuente de su aprecio. En consecuencia le escribí unas líneas a Londres, hablándole sobre el estado de sus plantas y árboles favoritos, sobre la más hermosa de las aves, que me había hecho los honores de la casa con los trinos más hospitalarios y que después de cantar en mi hombro, para gran asombro de mi doncella, se encontraba en su jaula, aunque no pedía asegurar si dormía o estaba despierta. Terminada la carta, me apresuré a deshacer el equipaje y mandé a Charley a acostarse, diciéndole que no la necesitaba hasta la mañana siguiente.

Porque todavía no me había mirado en el espejo y no había pedido nunca que me devolviesen el mío. Sabía que era una debilidad que tenía que vencer de una vez, y me había prometido hacerlo cuando estuviera donde ahora

estaba. Por eso había despedido a Charley y al quedarme sola me dije en mi habitación: «Esther, si quieres ser feliz, si quieres tener derecho a rezar para ser sincera, debes mantener tu palabra, querida». Estaba decidida. Pero fui a sentarme antes un momento para recordar todos los beneficios con que me habían colmado. Recé mis oraciones, y volví a meditar durante algunos minutos.

No me habían cortado el cabello aunque había peligrado más de una vez, y lo tenía muy largo y muy espeso. Me lo solté y sacudí la cabeza para que se separasen mis rizos, me acerqué al espejo que había sobre el tocador. Una cortinilla de muselina cubría este espejo. La aparté, pero no vi nada a través del velo que formaba mi cabellera. Entonces, eché hacia atrás los cabellos y miré la imagen que reflejaba el espejo animada gracias a la serenidad de la mirada que respondía a la mía. Estaba completamente cambiada, tanto que en un principio no me reconocí y mi primer impulso fue huir ocultando mi rostro de no ser por la expresión tranquila y alentadora de la que hablé antes. Poco a poco me familiaricé con las facciones del espejo y examiné en toda su extensión el cambio mejor de lo que lo había hecho antes. No era lo que había creído. Pero, a decir verdad, no tenía una idea exacta sobre este punto, y debido a ello no fue excesiva mi sorpresa.

No había sido nunca lo que se llama una belleza, pero ¡qué diferente era antes de la enfermedad! Ahora todo había quedado atrás. Gracias a Dios las pocas lágrimas que vertí no fueron de amargura, y pude peinarme el cabello para la noche, alzando al cielo un corazón agradecido.

Una cosa me inquietaba, sin embargo, y pensé en ella largo rato antes de poder conciliar el sueño. Había conservado las flores que me enviara el señor Woodcourt y las tenía guardadas entre las páginas de uno de mis libros preferidos. Nadie lo sabía, ni siquiera Ada. Me preguntaba si tenía derecho a conservar esas flores, y deseaba sinceramente no tener que reprocharme nada respecto a él, ni siquiera en los repliegues más íntimos de mi corazón, que él nunca conocería, porque sabía que hubiera llegado a amarlo con una fidelidad sin límites. Al final, convine conmigo misma que podía conservar aquellas flores si las consideraba únicamente un recuerdo de un pasado que no volvería jamás. Supongo que estas reflexiones no parecerán frivolidades. ¡Las hacía con tanta seriedad!

Tuve cuidado de levantarme temprano a la mañana siguiente y de sentarme delante del espejo. En ese momento, Charley entró de puntillas en mi cuarto.

—¡Señorita! ¡Querida señorita! —exclamó estupefacta—. ¿Es usted?

—Sí, Charley —respondí con calma, terminando de peinarme—, me encuentro muy bien y muy contenta.

Vi que la había aliviado de un gran peso, pero era aún mayor el que me había quitado de mi alma. Al conocer el mal en toda su extensión, me sentía resignada. No ocultaré el abatimiento que he tenido algunas veces que vencer, pero siempre he llegado a dominarlo y nunca me ha faltado la presencia de ánimo necesaria para conformarme con mi suerte.

Deseando vivamente estar del todo restablecida y de buen humor antes de la llegada de Ada, maduré el proyecto de permanecer al aire libre todo el tiempo que me fuera posible, y organizamos nuestra vida para una larga temporada. Teníamos que salir antes del desayuno, y teníamos que comer pronto, y teníamos que salir de nuevo antes y después de comer, y teníamos que hablar en el jardín después del té, y teníamos que descansar entretanto, y teníamos que subir todas las colinas y explorar cada carretera, camino y campo de los alrededores. En cuanto a reconstituyentes y tonificantes manjares, la excelente mujer que servía de ama de llaves al señor Boythorn iba y venía, continuamente, trayendo algo que comer o beber. En cuanto se sabía que estaba descansando en los jardines, venía al trote cesta en mano con un sermón sobre lo importante que era, para una convaleciente, comer mucho y con frecuencia. Aparte tenía a mi disposición un poni de cabeza abultada, de abundantes crines que le caían sobre los ojos, pero fornido, y que tenía, cuando quería, un galope tan suave que era una verdadera delicia. Al cabo de algunos días, acudía a mi llamada, comía en mi mano, y me seguía por todas partes. Llegamos a comprendernos tan bien que, cuando trotaba con cierta pereza por alguna sombría alameda, bastaba decirle, dándole una palmada en el cuello: «Cabezudo, me sorprende que no vayas a medio galope cuando sabes lo mucho que me gusta. Y creo que podrías concedérmelo, porque te estás poniendo muy tonto y te estás durmiendo», para que sacudiese la cabeza de la manera más cómica y empezase a galopar mientras Charley, que se quedaba atrás, prorrumpía en una carcajada tan alegre que parecía música. No sé quién le había puesto a mi caballito el nombre de Cabezudo, pero le pertenecía por derecho propio tanto como sus espesas y largas crines. Un día lo enganchamos en un pequeño carruaje y lo condujimos alegremente por las verdes alamedas. Habíamos recorrido cinco millas de nuestra marcha cuando, en el momento en que lo estábamos poniendo por las nubes, pareció enfurecerse ante unos mosquitos molestos que revoloteaban en torno a sus orejas y se paró, de pronto, indeciso. Probablemente dedujo que era inútil correr y proseguir la marcha, pues no lo dejaban tranquilo, y se negó a seguir adelante. Le entregué las riendas a Charley y bajé para continuar el paseo. Entonces me siguió con la mansedumbre que lo caracterizaba, colocando la cabeza debajo de mi brazo, frotándose la oreja en mi manga. Era inútil por mi parte decir: «Ahora, Cabezudo, creo innegable, por lo que sé de ti, que avanzarás si te monto un ratito» porque, en el momento en que lo soltaba, se quedaba completamente inmóvil de nuevo. Fue necesario, pues, que me

pusiese delante y lo condujera así a la casa, para gran diversión de todo el pueblo.

Charley y yo teníamos razones para considerar este el más agradable de los pueblos: al cabo de una semana la gente se alegraba tanto al vernos pasar, aunque fuese varias veces en el curso del día, que siempre había caras de bienvenida en cada casita. En nuestra primera visita había trabado conocimiento con muchas de aquellas buenas gentes y con la mayor parte de sus hijos, pero en ese momento hasta el campanario empezaba a familiarizarse conmigo y a tratarme con aire afectuoso. Entre mis nuevas amigas se encontraba una anciana que vivía en una casita encalada y cubierta de bálago, y tan pequeña que, cuando estaba abierta la ventana, sus contraventanas ocupaban toda la fachada. Esta anciana tenía un nieto que era marino, y yo le había escrito por ella, dibujando encima de la carta el rincón de la chimenea donde se había criado y en el cual ocupaba aún su antiguo puesto la sillita de cuando era pequeño. Toda la aldea acudió a ver mi dibujo como si fuera la más maravillosa de las obras maestras. Pero, cuando contestó el nieto desde Plymouth anunciando que se llevaría el dibujo a América, desde donde volvería a escribir, fui yo quien recogió todos los elogios que hubieran debido reservarse para la exactitud del servicio de la correspondencia, y todo el mérito del correo desapareció ante el mío.

Así pues, como permanecía fuera de casa la mayor parte del día, jugaba con los niños, charlaba con unos y otros, le impartía lecciones a Charley y escribía regularmente a Ada, no tenía casi tiempo para pensar en mi pequeña pérdida y casi siempre estaba contenta. En los raros momentos en que pensaba en ello, no tenía más que mantenerme ocupada en algo para olvidarme. Un día, sin embargo, me entristecí más de lo que debía. Un niño preguntó:

—Madre, ¿por qué no es la señora tan guapa como antes?

Esta pregunta me llenó de dolor, pero, cuando el pobre niño me pasó la mano por la cara con expresión de lástima, manifestándome más cariño que nunca, me sentí consolada. ¡Cuántas veces tuve ocasión de ver la delicadeza y la generosidad que hay en los buenos corazones para disimular las desgracias o defectos de los demás! Nunca me di tanta cuenta de esto como cierta mañana que me encontraba en la iglesia mientras se celebraba una boda. Terminada la ceremonia, presentaron el libro de la parroquia a los novios para que firmaran.

El novio cogió la pluma en primer lugar y trazó una cruz tosca, la novia se acercó después y firmó del mismo modo. Sin embargo, la había conocido el año anterior y sabía que no solo era la joven más guapa del pueblo, sino la más instruida de la escuela, y no pude menos que mirarla con sorpresa. Pero se me acercó y me dijo al oído con los ojos humedecidos con lágrimas de amor y admiración:

—¡Es tan buen muchacho! Le enseño a escribir, y no sabe aún..., pero por nada en el mundo quisiera sacarle los colores.

¡Qué había de temer por mí cuando encontraba tanta nobleza de sentimientos en el alma de la hija de un obrero!

El aire puro que respiraba había restablecido mis fuerzas. Y mi tez recobraba los colores que había tenido en otro tiempo. En cuanto a Charley, daba gusto verla tan fresca y sonrosada. No en vano paseábamos desde la mañana hasta la tarde y dormíamos profundamente por la noche. Había en los jardines de Chesney Wold un banco desde el cual se extendía una vista magnífica. Habían despejado y abierto el bosque para mejorarla, y el paisaje luminoso y soleado que había más allá era tan bonito que me gustaba sentarme en él al menos una vez al día. Desde aquel punto elevado se divisaba el patio de la quinta, llamado el paseo del fantasma, y el llamativo nombre y la antigua leyenda de la familia Dedlock, que me había contado el señor Boythorn, daban a aquel lugar un interés misterioso que realzaba su belleza. Había un terraplén que era famoso por las violetas que crecían en él y, como una de las diversiones favoritas de Charley era coger flores silvestres, compartió muy pronto conmigo la predilección que yo tenía por aquel sitio.

Sería vano preguntar ahora por qué nunca me acerqué a la casa ni entré nunca en ella. La familia no estaba allí, según supe a mi llegada, y no se la esperaba. Estaba lejos de sentirme indiferente o desinteresada por la casa. Por el contrario, a menudo me sentaba en ese lugar para preguntarme cómo estarían dispuestas las habitaciones, y si resonaba realmente algún eco de pasos a veces, como decía la historia, por el solitario paseo del fantasma. La indefinible sensación con que me había dejado lady Dedlock influía en alguna medida a la hora de mantenerme alejada de la casa incluso estando ella ausente. No estoy segura. Asociaba la casa a su rostro y su aspecto, como es natural. Pero no puedo decir que la rechazase por ese motivo, aunque algo había de eso. Por la razón o sinrazón que fuese, nunca me había aproximado a ella hasta el día en que comienza la historia que sigue.

Me había detenido en mi lugar preferido, como de costumbre, después de un largo paseo, mientras Charley cogía violetas a cierta distancia. Hacía largo rato que contemplaba el paseo del fantasma, sumido en la profunda sombra de un muro de mampostería en lontananza, y me imaginaba la silueta femenina que se decía que lo rondaba, cuando fui consciente de que una figura se acercaba por el bosque. Lo que se veía estaba tan lejos y tan oscurecido por las hojas, y las sombras de las ramas sobre el suelo lo ponían tan difícil a la mirada que al principio no podía discernir qué figura era. Poco a poco se desveló por sí mismo que era una mujer..., una señora..., lady Dedlock. Avanzaba sola y se acercaba hacia mí con una precipitación que no le era habitual.

Estaba muy nerviosa por tenerla tan cerca de forma inesperada (estuvo casi al alcance de mi voz antes de que la reconociera) y me hubiese levantado para seguir con mi paseo. Pero no podía. Me había quedado inmóvil. No tanto por su apresurado gesto de súplica, no tanto por su rápido avance y manos tendidas hacia mí, no tanto por el gran cambio en sus maneras y la ausencia de su altiva reserva, como por algo en su rostro que había esperado y soñado desde que era una niña pequeña, algo que nunca había visto en ningún rostro, algo que no había visto en ella antes.

Creí que iba a desmayarme y llamé a Charley. Milady se paró de inmediato, y, recobrando la expresión ordinaria de su fisonomía, me preguntó acercándose con más lentitud:

—Señorita Summerson, ¿la he asustado? Está usted aún muy débil. He sabido que había estado usted enferma y me he interesado muy vivamente por su enfermedad.

No podía apartar la mirada de su pálido rostro más de lo que podía moverme del banco en el que me sentaba. Me tendió la mano, cuyo frío mortal, que contrastaba en gran modo con la calma de sus facciones, aumentó la fascinación que ejercía sobre mí. Soy incapaz de explicar cómo mis pensamientos daban vueltas en mi cabeza.

—¿Se encuentra ya con más fuerzas? —me preguntó amablemente.

—Hace un momento me encontraba muy bien, lady Dedlock.

—¿Está a su servicio esa muchacha?

—Sí, milady.

—¿Quiere que se adelante y permitirme que la acompañe a usted a casa?

—Charley, recoge tus flores —dije—, y vuélvete a casa. Luego me reuniré contigo.

Charley, con la mejor de sus reverencias, se ató el sombrero ruborizada y se fue. Cuando se hubo marchado, lady Dedlock vino a sentarse a mi lado.

No acierto a explicar lo que sentí cuando vi en sus manos el pañuelo con el que había cubierto al bebé muerto.

Mi vista se ofuscó, no oía ni respiraba, mi corazón latía con tal atropello y violencia que sentí como si me faltara la vida. Fue entonces cuando me estrechó contra su pecho, me besó, lloró sobre mí, se compadeció de mí, y me hizo volver en mí. Entonces, cayó de rodillas y exclamó:

—¡Hija mía! ¡Hija mía! Me siento muy culpable, pero también muy desgraciada. Perdóname, ¡hija mía!

Cuando la vi caer a mis pies sobre el suelo presa de la más intensa desesperación, sentí en medio de mi desvarío una sensación de gratitud que mi corazón le dirigía a Dios por no haber permitido que fuese un motivo de deshonra para mi madre destruyendo la semejanza que tenía con ella de tal manera que nadie pudiera ya nunca mirarme y mirarla a ella y pensar remotamente en ninguna clase de vínculo entre nosotras.

La cogí entre mis brazos, suplicándole que se levantara y no se humillase delante de su hija. Lo hice entre frases entrecortadas e incoherentes, porque además de la confusión en la que me encontraba, me aterraba verla a mis pies. Le dije, o traté de decírselo, que, si hubiera de perdonarle alguna cosa, hacía muchos años ya que lo había hecho con todo mi corazón. Que la quería con todas mis fuerzas y con un amor que nada podría cambiar. Que no me correspondía a mí la primera vez sobre el seno de mi madre pedirle cuentas de la vida que me había dado. Que mi deber era bendecirla, aun cuando todo el mundo la rechazase, y que le suplicaba que aceptase mi cariño. Seguí abrazada a mi madre, y ella lo seguía estando a mí, y entre los callados bosques, en el silencio del verano, parecía no haber sino nuestras dos mentes confusas, que no estaban en paz.

—Demasiado tarde —me dijo gimiendo— para bendecirme y aceptarme. Es preciso que continúe viviendo sola en mi camino de tinieblas. Todo cuanto me rodea es sombrío. No tengo ni una hora de sosiego y no puedo disfrutar la dicha cuando se me ofrece. Es el castigo que he atraído sobre mi persona en la tierra. Lo sufro y lo oculto.

Incluso al pensar en esa prueba recobró el aire de orgullosa indiferencia con que se velaba a los ojos de todos, pero se quitó pronto aquella máscara:

—Es preciso guardar mi secreto hasta donde ello sea posible. Tengo un marido a quien deshonraría. ¡Qué miserable soy!

Pronunció estas palabras con voz ahogada, y había en ellas más desesperación que en un grito. Se tapó el rostro con las manos, se soltó de mis brazos para volver a arrodillarse, como si hubiera querido evitarme su contacto, y ni mis caricias ni mis súplicas pudieron decidirla a levantarse. Me decía que no, que no. Que, aunque fuese orgullosa y despectiva con todo el mundo, la dejara humillarse en el único momento en el que podía desahogar sus verdaderos sentimientos.

Mi desgraciada madre añadió que estaba loca de dolor durante mi enfermedad, que hacía entonces poco tiempo que sabía que era su hija. Antes no pudo sospechar que esa niña era yo. Que había resuelto venir a mi encuentro para hablarme una vez en su vida, nada más que una vez. Decía que no debíamos hablarnos más, que no debíamos tener relaciones ni aun indirectamente. Me entregó una carta que había escrito solo para mí, y me

suplicaba que la quemase en cuanto la hubiese leído, menos por amor a ella, a quien debía considerar como muerta, que por respeto a su esposo y a mí misma. Si era capaz de creer que me quería, en esa agonía en la que la veía, con amor de madre, me pedía que lo hiciera, porque entonces podría pensar en ella con mayor piedad, imaginando lo que sufría. Ella había decidido estar más allá de cualquier esperanza y más allá de cualquier ayuda. Si mantenía su secreto hasta la muerte o si llegaba a ser descubierto y llevaba la deshonra y la desgracia a su nuevo apellido, era una lucha que libraría en solitario, pero ningún afecto debía aproximarse a ella, y ningún ser humano podría prestarle auxilio.

—¿Está a salvo el secreto? —le pregunté—. ¿Está, al menos, a salvo el secreto, mi querida madre?

—No —respondió—, hace pocos días que ha estado a punto de descubrirse, y una desgracia me ha salvado, pero puede perderme otra mañana, cualquier día.

—¿Teme usted a alguien en particular?

—¡Calla! No tiembles ni llores demasiado por mí. No soy digna de esas lágrimas —dijo mi madre besando mis manos—. Hay alguien a quien temo en gran medida.

—¿Un enemigo?

—Amigo, desde luego que no. Es un hombre demasiado frío para ser ninguna de esas cosas. Es el procurador de sir Leicester Dedlock. De una fidelidad mecánica, sin apego, es muy celoso de los beneficios y los privilegios que le da la posesión de los secretos de toda la aristocracia.

—¿Sospecha algo?

—Mucho.

—Pero no respecto a usted... —añadí alarmada.

—Sí. Siempre me está observando y siempre está cerca de mí. Y, aunque lo mantengo a distancia, no puedo librarme de su acoso.

—¿Es que no tiene piedad ni conciencia?

—No siente nada, ni siquiera ira. Es indiferente a todo salvo a su vocación. Y su vocación es la adquisición de secretos y el monopolio del poder que obtiene de ellos, sin socio ni competidor alguno.

—¿No podría usted granjearse su confianza?

—No lo intentaré jamás. El camino sombrío que sigo hace tantos años me conducirá... no sé adónde, pero iré sola hasta el fin. Quizá esté cerca, quizá

esté lejos, mientras el camino continúe nada hará volverme atrás.

—Querida madre, ¿es esta su última palabra?

—Sí, hija mía. Durante mucho tiempo he acumulado locura sobre locura, desprecio sobre desprecio, orgullo sobre orgullo, insolencia sobre insolencia, y he sobrevivido a mucha vanidad teniendo mucha más. Sobreviviré al peligro, y, si puedo, me llevaré mi secreto hasta la tumba. Me ha cercado de forma casi tan horrible como si estos bosques de Chesney Wold hubiesen cercado la casa, pero no dejaré de seguir el camino que he seguido siempre. No tengo más que uno y no puedo escoger.

—El señor Jarndyce...

Empecé a decir cuando mi madre me preguntó apresuradamente:

—¿Sospecha acaso?

—No —contesté—, puede estar segura de que no sabe nada.

Y le conté lo que me había revelado mi tutor sobre mi historia.

—Pero es tan bueno, tan lleno de delicadeza —añadí—, que tal vez podría...

Mi madre, que hasta ese momento no se había movido, me puso la mano en los labios. Dijo después de un breve silencio:

—Confíasele todo si quieres. Te doy mi permiso. Es un triste favor el que te hago, hija mía, pero no me digas nunca que has hablado de esto porque no quiero que me avergüencen.

Le expliqué, de la manera que pude entonces, o puedo recordar ahora (porque mi nerviosismo y angustia por todo ello eran tan grandes que apenas me entendía a mí misma, aunque cada palabra que pronunciaba la voz de mi madre, tan desconocida y tan triste para mí, la que en mi niñez nunca aprendí a amar y reconocer, la que nunca había acompañado mi sueño con una nana, la que nunca me había bendecido, la que nunca me había alentado, causaba una impresión duradera en mi memoria), digo que le expliqué, o intenté hacerlo, cómo esperaba que el señor Jarndyce, que había sido el mejor de los padres conmigo, pudiera darle algún consejo y apoyo. Pero mi madre me contestó que no, que era imposible; nadie podía ayudarla. A través del desierto que se extendía ante ella debía estar sola.

—¡Hija mía! ¡Hija mía...! —me dijo—. ¡El último abrazo...! ¡El último beso! Para llegar a mi objetivo, es preciso que vuelva a ser lo que he sido siempre. No debemos volvernos a ver. Pero, cuando oigas decir que lady Dedlock es colmada de atenciones, y que es feliz en su brillante corte, piensa en tu mísera madre, obligada a reprimir en su corazón el único amor que hay

en él. Piensa en sus remordimientos y en su desesperación y perdónala, y pídele a Dios que la perdone, igualmente, si le es posible esto en justicia.

Permanecemos estrechamente abrazadas durante algunos minutos, pero estaba tan resuelta que apartó mis manos, y las puso sobre mi pecho, y tras un último beso, mientras la mantenía allí, las soltó y desapareció muy pronto entre los árboles.

Me quedé sola enfrente del antiguo palacio que desplegaba al sol sus patios y sus torres, y cuya calma y silencio, que hasta entonces me había parecido un indicio de leve inquietud, me recordaba al despiadado espía de la agonía de mi madre.

Aturdida aún por lo que acababa de oír, la idea de alejar toda sospecha acudió a mi mente y me hizo reaccionar, pero me costó trabajo reprimir las lágrimas, y solo al cabo de una hora pude pensar en volver a casa. Tomé todas las precauciones que pude para ocultarle a Charley que había estado llorando, y me obligué a pensar en cada sagrada obligación que tenía sobre mí para estar tranquila y sosegada. Pasó no poco tiempo antes de que pudiera lograrlo o incluso reprimir mis estallidos de pena, pero, después de una hora o así, estaba mejor y sentí que podía regresar. Me fui a casa lentamente, y le dije a Charley, que me esperaba llena de inquietud en la puerta, que, después de alejarse milady, había dado un largo paseo, que estaba muy cansada y que iba a acostarme enseguida.

Encerrada en mi cuarto, mi primera preocupación fue leer la carta de mi madre. En ella se demostraba, claramente, que no me había abandonado. Que su hermana mayor, mi madrina, al haber descubierto en mí señales de vida en el momento en que acababan de declarar que estaba muerta, me había criado en secreto, aunque sin ningún deseo de verme vivir e impulsada únicamente por el austero sentimiento del deber. No la había vuelto a ver y mi madre permaneció siempre en la creencia de que yo había expirado al nacer, y de que me habían enterrado sin ni siquiera poder bautizarme. La primera vez que me vio en la iglesia, se estremeció pensando en su hija, que hubiera tenido mi edad y que se me hubiera parecido en caso de haber vivido. Pero esa fue la única idea que acudió a su mente.

No es necesario que repita las otras cosas que decía la carta. Cada una tiene su tiempo y lugar en mi historia.

Cuando acabé de leer la carta, la quemé conforme a lo que me había encargado mi madre. Una inexplicable tristeza se apoderó de mí. Espero que no se me acuse de ingratitud, pero me pareció que hubiera sido mejor que no hubiese sobrevivido. Experimenté algo así como un terror hacia mí misma al pensar que yo constituía para mi madre un peligro cuya deshonra podía recaer sobre una noble familia. Me sentía verdaderamente avergonzada de vivir como

si hubiese escapado fraudulentamente a la sentencia que me había condenado a morir al nacer.

Luego me dormí agotada en medio de tan tristes reflexiones. Y a la mañana siguiente, cuando desperté, volví a llorar reflexionando que entraba en un mundo donde mi existencia era para los demás un motivo de inquietud. Sentía más miedo que nunca de mí misma, al recordar aquel ser a quien mi vida acusaba, al pensar en su honra, en el dueño de Chesney Wold, y comprendí, en todo su alcance, el terrible sentido de esas palabras que resonaban sin cesar en mi oído como el gemido de la tempestad en los ecos de la playa: «Esther, tu madre es tu vergüenza, así como tú eres la suya. Llegará un día, y no dentro de mucho, en que comprenderás mejor todo esto y lo sentirás también como solo una mujer puede hacerlo». Todavía oía la voz de mi madrina que continuaba: «Reza todos los días para que el pecado de los demás no pese sobre tus hombros como está escrito».

Y, en mi nerviosismo, creía llegada la hora del castigo, y me sentía abrumaba por la deshonor y la maldición que pesaban sobre mi madre.

Una noche sombría, nublada y triste, sucedió al día. Salí sola, perseguida por el dolor que pretendía ahuyentar en vano, y después de haber discurrido un rato por los jardines de Chesney Wold, mirando cómo se cubrían de sombra los árboles y siguiendo con la mirada vaga el revolotear de los murciélagos, que a veces casi me rozaban con sus alas, me sentía llevada por una fuerte atracción hacia la quinta, y seguí, maquinalmente, la senda que conducía a la verja.

No me atrevía a detenerme ni a levantar la cabeza para mirar la fachada, pero pasé por delante del jardín. Con sus fragantes aromas, y sus anchos caminos, y sus lechos de flores y blando césped bien cuidados. Y vi qué hermoso y grave era. Y cómo las balaustradas y parapetos de piedra vetusta y las anchas escalinatas de lisos escalones tenían huellas del tiempo y las estaciones. Y cómo crecían contenidos por ellos la hiedra y el musgo y alrededor del pedestal de piedra del reloj de sol. Y oí el murmullo de la fuente. La alameda siguiente torció de pronto para desviarse, bajo las largas filas de sombrías ventanas, coronadas con torretas y porches de formas extrañas, erizados de leones y monstruos de piedra que enseñaban los dientes sobre los escudos de armas que sostenían con sus garras. La gran avenida se hundía bajo una arcada, cruzaba un patio, y, al llegar cerca de él, me pareció oír voces sordas y ásperas. Tal vez era el rumor del viento al soplar sobre las masas de hiedra que cubrían la pared, tal vez la queja ahogada de la veleta o el ladrido de los perros o del lento golpeteo de un reloj. La calle seguía dando vueltas, y llegó hasta mí el perfume de unos limeros, cuyo susurro pude oír, giré con el camino hacia la fachada sur, y allí, por encima de mí, estaban las balaustradas del paseo del fantasma. Una de las habitaciones que daban sobre el patio

estaba iluminada. Probablemente era la habitación de mi madre.

El camino que seguía estaba embaldosado en aquel tramo, y mis pasos, que no hacían el menor rumor sobre la piedra por donde andaba, despertaban no obstante un eco sobre las baldosas del paseo. Pasé rápidamente. La ventana iluminada había quedado ya detrás de mí cuando el eco de mis pasos me hizo pensar en la espantosa verdad de la leyenda del paseo del fantasma. Que iba a ser yo la que debía llenar de luto aquella casa. Que iba a ser yo la que avisase a la familia de la desgracia que la amenazaba. Casi enloquecida de terror, y tratando de huir de mí misma, volví a tomar corriendo el camino que había seguido, y no paré hasta que crucé la verja exterior y hube dejado, detrás de mí, la masa fúnebre que formaba el jardín en sombra.

No empecé a darme cuenta claramente de lo injustificado y absurdo de mi terror hasta que me vi en mi cuarto y aún después de haber sufrido mil tormentos. Había encontrado, cuando regresé, una carta de Ada que me anunciaba su llegada para el día siguiente, y cada línea de aquella carta expresaba tanta alegría por volverme a ver que hubiera debido ser de piedra para no enternecerme. En el mismo sobre venían unas líneas de mi tutor en las que me rogaba que le dijese a la dama Durden, si la veía por casualidad, que faltaba de todo en la Casa lúgubre cuando ella no estaba, que reinaba el desorden en todas partes y ninguna la alegría, que nadie lograba hacerse con las llaves, que la casa no parecía la misma, y finalmente, que todo el mundo se lamentaba y hablaba de sublevarse, si no volvía pronto. Ambas cartas juntas me hicieron pensar cómo era amada más allá de mis soledades y lo feliz que debía de ser por ello. Recordé toda la historia de mi vida, desde mi infancia, y recobré, desde luego, la serenidad y la calma.

Comprendía que si hubiera estado destinada a morir, no viviría actualmente, no gozaría la suerte a la cual parecía, por el contrario, haberme destinado. ¡Cuántas circunstancias se habían reunido para contribuir a mi felicidad! Si las faltas de los padres recaen a veces sobre los hijos, era evidente que no me hallaba yo en semejante caso. Me sentía tan inocente de mi origen como una reina del suyo, y comprendía que Dios no me castigaría por la desgracia de mi nacimiento, así como no premia a una princesa por ser hija de reyes. Había aprendido, en la conmoción de aquel mismo día, que podía, incluso tan pronto, consolarme y reconciliarme con el cambio que había sufrido. Me reafirmé en mis buenas resoluciones, y pedí a Dios que me fortaleciese en ellas, y vaciando todo mi corazón en mi plegaria, sentí que mi tristeza se desvanecía, poco a poco. Nada turbó mi sueño, y al despertar al día siguiente, ni una sola nube oscurecía mis pensamientos.

Mi querida amiga debía llegar a las cinco de la tarde, y no podíamos emplear mejor el tiempo hasta aquella hora que dando un largo paseo por el camino por donde debía llegar. Mandamos, pues, ensillar a Cabezudo, que no

habíamos vuelto a enganchar en el carruaje desde el famoso día en que hube de volver a pie, y partimos para nuestra expedición. A nuestro regreso, pasamos revista como es debido a la casa y al jardín, donde todo nos pareció encontrarse en el orden más perfecto, y hasta sacamos el canario de la jaula, a fin de que pudiera hacer a los huéspedes que esperábamos los honores de la casa.

Disponíamos de más dos horas y confieso que durante ese tiempo, que me pareció mortalmente largo, experimenté una inquietud nerviosa, pensando en el aspecto de mi rostro. Quería tanto a mi niña que estaba más preocupada por el efecto que pudiera tener sobre ella que sobre cualquier otro. No tenía esa ligera angustia porque me quejase en absoluto (estoy muy segura de que ese día no lo hice), sino porque pensaba si estaría completamente preparada. Cuando me viese por primera vez, ¿no se quedaría un poco impresionada y decepcionada? ¿No sería un poco peor de lo que esperaba? ¿Esperaría ver a su antigua Esther y no encontrarla? ¿No tendría que habituarse a mí y empezar todo de nuevo? Estas preguntas, y otras cien, se agolpaban en mi mente. Estaba muy segura de que vería inmediatamente en su franca mirada la impresión que experimentaría al verme. Pero ¿podía responder de la que sentiría yo? En todo caso, la expectación y la inacción exacerbaban el estado nervioso en que me sumía esta inquietud, y resolví salir al encuentro del coche.

Así que le dije a Charley:

—Charley, me voy por la carretera hasta que me la encuentre.

Como Charley aprobaba absolutamente todo lo que me complaciese, me fui y la dejé en casa.

Pero no había andado hasta el segundo mojón cuando sentí tales palpitations a cada torbellino de polvo que se vislumbraba en la distancia (aunque sabía que no era, que no podía ser ya la diligencia) que decidí dar media vuelta y volver a casa. Y cuando lo hice, tuve tanto miedo de que la diligencia llegase entonces (aunque aun así sabía que ni lo haría ni podría hacer tal cosa) que eché a correr una gran parte del camino para evitar que me adelantase.

Estaba tan acalorada que parecía que tenía fuego en la cara. ¡Magnífico medio, por cierto, para parecer menos desfigurada! Al final, creía que faltaba aún un cuarto de hora para la llegada de los viajeros cuando oí a Charley que gritaba:

—¡Ya viene! ¡Ya está aquí, señorita!

Pero en vez de ir a la puerta, subí corriendo a mi cuarto y me escondí detrás de la puerta, donde permanecí temblando mientras Ada subía la

escalera, diciendo:

—¿Dónde estás, Esther? ¿Dónde estás, mujercita, querida dama Durden?

Entró corriendo y, cuando iba a salir de nuevo, me vio. ¡Ay, mi ángel! Mi amiga me miraba con todo el amor, el cariño, el afecto de siempre. No había nada más en ella..., no, nada, ¡nada!

¡Oh! Qué feliz fui, allí, en el suelo, con mi dulce niña también en el suelo, poniendo mi cara llena de hoyuelos contra su mejilla, cubriéndola de lágrimas y besos, llamándome de las maneras más cariñosas y estrechándome contra su fiel corazón.

XXXVII

Jarndyce contra Jarndyce

Si el secreto que pesaba sobre mi corazón me hubiera pertenecido a mí sola, se lo hubiese confiado inmediatamente a Ada, pero no tenía derecho a revelarlo, ni siquiera a mi tutor, a no ser en una circunstancia excepcional. Esta reserva que debía imponerme, cuando sentía, por el contrario, tan vivo el deseo de desahogarme, exigía por mi parte un esfuerzo tanto mayor cuanto me era preciso disimular la inquietud que me causaba. Aunque con frecuencia, cuando ya estaba dormida y todo estaba en silencio, el recuerdo de mi madre me tenía despierta y entristecía mis noches, no me rendí de nuevo, y Ada me encontró como solía ser antes, salvo, naturalmente, en ese punto del que ya he hablado suficiente, y que no tengo intención de mencionar más, si puedo evitarlo.

Aquella primera tarde, cuando Ada me preguntó mientras cosíamos si había alguien en la quinta, me costó un enorme esfuerzo ocultarle mi turbación. Especialmente cuando, después de contestarle que dos días antes me había encontrado con milady en el jardín, insistió, al mismo tiempo que le hacía justicia a la elegancia y a la belleza de la baronesa, en la arrogancia de sus modales y en su aspecto dominante y glacial. Menos mal que Charley vino oportunamente en mi auxilio sin saberlo al decir que milady solo había permanecido dos noches en Chesney Wold de camino a otra quinta del condado próximo que iba a visitar, y que se había marchado temprano a la mañana siguiente a la que la vimos en nuestro banco, como lo llamábamos. Charley justificaba el proverbio: «mujer pequeña, entremetida y curiosa», porque sabía más ella en un día sobre los hechos de todo el mundo que yo en un año.

Íbamos a permanecer un mes en casa del señor Boythorn. Apenas habían

transcurrido ocho días desde la llegada de Ada cuando, en el momento en que acabábamos de regar las flores con el jardinero, Charley se me acercó con aire misterioso por detrás de la silla de Ada, y me hizo señas de que saliera del cuarto.

—Preguntan por usted, señorita, en el Dedlock Arms —me dijo, en voz baja, abriendo desmesuradamente los ojos.

—¡Vaya, Charley! —dije—, ¿Quién puede preguntar por mí en el mesón?

—No lo sé —respondió encogiéndose de hombros y cruzando las manos sobre su delantal como hacía siempre que tenía que confiarme algún misterio—. Es un caballero que le envía sus respetos y le ruega que vaya usted a verlo sin decirle nada a nadie.

—¿Quién me envía saludos, Charley?

—Este mismo, señorita —respondió Charley, cuyas clases de gramática iban progresando, pero no muy rápido.

—Y ¿cómo has llegado a ser su mensajera, Charley?

—No soy la mensajera, con su permiso, señorita —respondió mi pequeña doncella—. Fue W. Grubble, señorita.

—¿Y quién es W. Grubble, Charley?

—El señor Grubble, señorita —respondió Charley—. ¿No lo conoce, señorita? El Dedlock Arms, de W. Grubble —lo pronunció, como si estuviera deletreando lentamente el letrero.

—¿El mesonero?

—Sí, señorita. El marido de aquella mujer tan bonita. Lástima de su cojera, porque se dislocó un tobillo y el cirujano no supo curarla. Su hermano es el leñador que metieron en la cárcel por haber dicho no sé qué un día que andaba bebido. Dicen que se emborracha con frecuencia y que eso acabará pronto con él —dijo Charley.

Como no adivinaba quién pudiera ser el que preguntaba por mí, y dado que constituían para mí un motivo de inquietud los más insignificantes acontecimientos, pensé que era preferible ir sola a la posada. Le dije a Charley que me trajese rápidamente mi sombrero y el velo y mi chal, y descendí por la callejuela, donde me encontraba tan a mis anchas como en el pequeño patio de la casa del señor Boythorn.

El señor Grubble me esperaba en la puerta de la taberna, en mangas de camisa. Se quitó el sombrero, cuando me vio llegar, con ambas manos como si fuera una vasija de hierro (tan pesado parecía) y me condujo por un pasillo enarenado al más elegante de sus dos salones: una habitación muy limpia con

una gran alfombra, adornado con diversas plantas, una litografía que representaba a la reina Carolina, varias conchas, numerosas bandejas de té, dos pescados disecados bajo globos de cristal, y un curioso huevo o quizá una curiosa calabaza (no sé lo que era, y dudo que mucha gente lo supiera) colgando del techo. Conocía mucho de vista al señor Grubble, que se pasaba a menudo el tiempo en la puerta. Era un hombre de mediana edad, robusto y de buen aspecto que no se hubiera sentado a gusto junto al hogar sin su sombrero y sus botas, pero que no llevaba prenda alguna sobre la camisa, y solo se ponía una chaqueta para ir a la iglesia.

Despabiló la luz, dio un paso atrás para juzgar el resultado de aquella operación, y salió de la habitación cuando iba a preguntarle quién era la persona que deseaba hablarme.

Un momento después, oí varias voces que me eran familiares, se abrió la puerta y, para mi sorpresa, Richard entró precipitadamente en la sala.

—¡Querida Esther! —me dijo—. Mi mejor amiga, ¡cuánto placer tengo en verla! ¡Siempre la misma!

Y estaba tan sinceramente cariñoso y emocionado que ante esa primera sorpresa y el placer de su saludo fraternal apenas tuve aliento para decirle que Ada estaba bien.

—Anticipándote a mi mismo pensamiento, ¡siempre el mismo encanto de chica! —dijo Richard, conduciéndome hacia una silla y sentándose junto a mí.

Me levanté el velo, no del todo, y repitió como antes:

—¡Siempre la misma!

Me levanté el velo del todo, y dejé mi mano sobre la manga de Richard y, mirándole a los ojos, le dije, entonces, cuánto me alegraba también de verlo, porque tenía que hablarle de cosas muy serias.

—¡Magnífico! —contestó—. Yo también tengo mucho que decir y necesito explicarme para ser comprendido.

—Precisamente —le dije negando con la cabeza— deseaba verlo para hablarle de una persona a quien parece no corresponder.

—Te debes de referir a John Jarndyce —apuntó Richard.

—Justamente.

—Tanto mejor, porque yo también quiero hablarle de él, pero únicamente a usted, querida amiga, a usted sola, ¿entiende? Puesto que no tengo que dar cuentas a nadie. Y mucho menos al señor Jarndyce.

Me disgustó la manera en que hablaba de mi tutor y se lo hice observar.

—Muy bien, muy bien, querida —me dijo Richard—. Aplacemos eso para mañana. Quiero aparecer tranquilamente en tu casa de campo, agarrado de tu brazo, querida Esther, y vamos a sorprender a mi amable prima, a no ser que su fidelidad a las órdenes del señor Jarndyce le prohíba introducirme en la casa en la que vive usted.

—Sabe usted muy bien —dije—, Richard, que sería recibido como un hijo en la suya, que sería la de usted si usted quisiera. Lo recibiremos en todas partes con el mayor placer.

—Eso es hablar como una mujer ejemplar —dijo Richard de buen talante.

Le pregunté qué le parecía su profesión.

—Pues me gusta bastante —contestó—. Es una carrera como cualquier otra, sobre todo mientras espero muy distinta posición. No digo que no la deje cuando queden arreglados mis asuntos. Venderé entonces mi plaza de oficial... Pero no hablemos de eso hoy.

¡Tan joven y tan apuesto! El reverso de la moneda, en todo, de la señorita Flite. Y sin embargo, descubría en sus ojos la mirada inquieta y sombría que tenía la pobre loca cuando hablaba de su pleito.

—Estoy en la capital de permiso —prosiguió Richard.

—¿De permiso?

—Tenía necesidad de enterarme del estado de mis asuntos de la Cancillería. Se acerca la época de las vacaciones del Tribunal —dijo Richard forzando una risa despreocupada—. Vamos a empezar a activar ese viejo pleito por fin, se lo prometo.

Moví la cabeza con expresión triste.

—Tiene usted razón —dijo Richard mientras pasaba por su cara la misma sombra de antes—, es un tema de conversación poco divertido. Que se vayan al diablo los pleitos y los jueces, y hablemos de otra cosa. ¿No adivina quién me ha acompañado?

—Creo haber oído la voz del señor Skimpole.

—Y no se ha equivocado usted. Para mí es el más simpático de todos los hombres que conozco. ¡Qué alma tan cándida!

Le pregunté si alguien tenía noticia de su viaje. Me contestó negativamente. Que había sabido por el señor Skimpole que nos encontrábamos en aquel lugar y que, habiendo manifestado vivos deseos de vernos, el viejo niño le había dicho que lo acompañaría, y se pusieron en camino inmediatamente.

—Vale en oro tres veces lo que pesa —añadió Richard—, y aunque se ha de pagar el gasto que hace, porque no conoce el valor ni el uso del dinero, en cambio paga con creces con el placer que causa su compañía. Sobre todo, ¡qué desinteresado es! ¡Qué franco!

No veía yo ciertamente ese desinterés en el señor Skimpole, y menos en la costumbre que tenía de dejar pagar a los demás sus gastos, pero, en el momento en que iba a hacer esta observación, entró en la habitación y, naturalmente, la conversación tomó otro giro. Dijo que sentía un grato placer en verme, que había estado seis semanas derramando exquisitas lágrimas de compasión y de alegría a intervalos por mi causa, y que jamás había recibido noticia alguna con mayor alegría que la de mi curación. Reconocía la afortunada mezcla de bien y de mal que existe en el mundo y sin profundizar sobre el hecho de que A bizqueara para que B se sintiera más feliz por tener los ojos en su sitio, o que C tuviera que llevar una pata de palo para que D estuviera satisfecho de su pantorrilla con media de seda, era evidente —decía— que se apreciaba mejor la salud cuando se veía a algún enfermo.

—Señorita Summerson, aquí nuestro amigo Richard —dijo el señor Skimpole— se complace en evocar las más brillantes visiones de las tinieblas la Cancillería, ¿no es esto de una poesía deliciosa? Antiguamente, los poetas poblaron los bosques y los valles de ninfas encantadoras, cuyas danzas imaginarias a los acordes de una flauta ideal colmaban los ocios de los pastores sujetos al terruño, pero nuestro pastoril amigo Richard hace cruzar por los sombríos salones del Tribunal el deslumbrante cortejo de la fortuna y los ecos melodiosos de un fallo definitivo. Este contraste me encanta. Un tipo malhumorado y gruñón puede decirme: «¿De qué valen esos abusos legales y equitativos? ¿Cómo puede usted defenderlos?». Yo respondo: «Mi gruñón amigo, no trato de hacer tal cosa, pero déjeme que me aproveche del placer que me causan. Hay un joven pastor, amigo mío, que los convierte en algo sumamente fascinante para mi simpleza. No digo que sea para eso para lo que existen (porque yo soy como un niño entre sus gruñidos mundanos y no me siento capaz de explicarle ni a mí mismo nada), pero quizá sea así».

Empecé a pensar con seriedad que Richard no podía haber encontrado a un amigo más peligroso, especialmente en la posición en que se encontraba, y yo sufría mucho al ver a su lado a aquel hombre seductor y frívolo, que carecía de principios, precisamente cuando era tan necesario estimularlo a seguir la carrera que había abrazado y apartarlo de las fantasías que lo dominaban. Comprendía que mi tutor, obligado a vivir en medio de los tristes desastres que habían atraído sobre su familia tantos infortunios, se complaciese en escuchar los sofismas del señor Skimpole y encontrara en la indiferencia y en el desenfado de aquel viejo niño una distracción en medio de los sinsabores de la vida, pero no podía persuadirme de que hubiera en el pretendido candor del

señor Skimpole tanta inocencia y olvido de las cosas de este mundo como parecía. Pensaba, muy a mi pesar, que era aquel un modo de vivir como otro cualquiera que le permitía al señor Skimpole satisfacer sus aficiones y su vagancia.

Vinieron los dos conmigo a la casa. El señor Skimpole se despidió en la puerta, y yo seguí andando en silencio con Richard. Al llegar dije:

—Ada, que te he traído a un caballero que ha venido a visitarte.

No fue difícil leer aquella cara sonrojada y asombrada. Lo quería de verdad, y él lo sabía, y yo también. No podía darse nombre más transparente que el nombre de primo, que echó como un discreto velo sobre el recibimiento que le hizo.

En cuanto a este, no me atrevería a asegurar hasta qué grado llegaba la honradez de los sentimientos de Richard, pues me había vuelto muy desconfiada, pero no vacilaré en afirmar que se amaba a sí mismo casi tanto como a Ada. Es verdad que la admiraba profundamente y que le hubiera repetido apasionadamente los juramentos que se habían hecho el uno al otro, de no estar seguro de saberla fiel a la promesa que le había hecho a mi tutor. Sin embargo, un instinto secreto me decía que la influencia de aquel pleito maldito se extendía hasta su amor, cuya realización aplazaba hasta la época incierta en que Jarndyce contra Jarndyce fuera una cuestión juzgada. ¡Pobre amigo! ¡Quién sabe lo que hubiera llegado a ser sin el germen fatal que envenenaba su vida!

Le dijo a Ada que no venía para que faltase a las condiciones que había aceptado del señor Jarndyce, aunque, a su juicio, había seguido tal vez con una confianza demasiado ciega sus consejos. Añadió que había venido únicamente para vernos, y para justificarse de la posición que había adoptado con respecto al señor Jarndyce. Como el amable viejo niño iba a venir, me suplicó que le indicara el momento de la mañana en que podríamos hablar a solas para que pudiera explicarse mediante una conversación sin reservas conmigo. Le propuse un paseo por el jardín a las siete, y así quedó acordado. El señor Skimpole no tardó en presentarse, y nos distrajo durante una hora. Quería ver con empeño a Charley, a quien llamaba Coavinses, y le dijo de manera paternal que había cooperado con todos sus esfuerzos al bienestar de su padre, y que, si alguno de sus hermanos deseaba entrar en la misma carrera, esperaba poder darle suficiente trabajo.

—Debes saber, hija mía —dijo mientras saboreaba un vaso de vino con agua—, que no salgo de sus redes, y constantemente me libran de ellas, como a un bote. O me sacan a flote, como a una compañía naviera. Pretendiendo hacerme pagar una suma que no he poseído jamás, unas veces han llegado a arrestarme, otras veces sale alguna alma buena que paga. No soy como el

estornino; yo me evado. No me pregunten quién es, porque no sabría decirlo, pero brindo por ese desconocido bienhechor y ruego a Dios que le otorgue su gracia.

A la mañana siguiente, fui la primera en acudir a la cita, pero Richard no se hizo esperar mucho rato y fuimos a los jardines. El aire estaba luminoso y húmedo del rocío, y el cielo, despejado. Los pájaros cantaban maravillosamente, y era exquisito ver los destellos en los helechos, la hierba y los árboles; la abundancia de los bosques parecía haberse incrementado por veinte desde el día anterior como si en la noche queda, cuando parecen completamente cubiertos por el sueño, la Naturaleza, en cada mínimo detalle de cada increíble hoja, hubiera estado más despierta de lo habitual para gloria de aquel día.

—¡Qué rincón tan agradable! —exclamó Richard mirando a su alrededor—. ¡Qué calma tan apacible! No se oyen aquí los ásperos tonos de la Cancillería.

Pero había otro problema.

—Te voy a decir algo, querida —dijo Richard—: cuando mis asuntos estén arreglados, vendré aquí a descansar.

—¿No sería mejor empezar por eso, Richard?

—Es imposible. Por otra parte, no puedo decidir nada por ahora.

—¿Por qué?

—Sabe por qué no, Esther. Si viviera usted en una casa sin terminar, y se estuviera a punto de poner el tejado o de quitarlo, de empezar a construir por arriba o por abajo, de levantarla o de derribarla totalmente mañana, dentro de un mes, dentro de un año, ¿se decidiría a establecerse en ella? Pues yo me encuentro en semejante caso. El día de hoy no existe para los que seguimos un pleito.

Casi hubiera podido creer en la atracción sobre la que se había explayado mi pobre amiga divagante, cuando vi de nuevo mirada sombría de la noche anterior. Era terrible pensar que había en ella la misma sombra que en la de aquel desdichado que había muerto.

—Hemos enfocado mal la conversación —dije.

—Sabía que me diría usted eso, dama Durden.

—Yo no soy la única que comparte esa opinión, Richard. ¿No soy yo quien le dije, en una ocasión, que no fundase sus esperanzas en la maldición de la familia?

—¡Ya salió con aquello! —dijo Richard con impaciencia—. Siempre el

señor Jarndyce. No obstante, era necesario que tarde o temprano fuésemos a parar a eso, porque precisamente es el objeto principal de nuestra entrevista. Querida Esther, es necesario por fuerza que esté usted muy ciega para no ver que, al ser el señor Jarndyce mi parte contraria en el pleito, tiene interés en que no me ocupe del litigio ni me entere del estado en que se encuentra. Si pudiera olvidar que tengo derechos...

—Richard —le respondí—, ¿es posible que después de haberlo visto y oído, haber vivido en su casa, esto es, después de haberlo conocido, pueda susurrarme incluso a mí, en este lugar solitario donde nadie puede oírnos, tan indignas sospechas?

Sus mejillas se tiñeron de un rojo intenso, como si su generosidad natural sintiera una punzada de reproche. Replicó en voz baja después de algunos momentos de silencio:

—Estoy seguro, Esther, de que no me cree usted capaz de tan bajos sentimientos y la desconfianza sería a mis ojos algo muy triste para alguien de mis años.

—Lo sé, amigo mío —dije—. Nunca he dudado de usted.

—Muchas gracias, querida —dijo Richard—. Esta seguridad me halaga. Necesito semejante consuelo porque es muy dolorosa mi situación.

—Lo sé, amigo mío —dije—. Lo sé tan bien, Richard... ¿Cómo explicarlo? Tan bien como usted. Que esas tergiversaciones son ajenas a su naturaleza. Y sé qué le hace cambiar tanto tan bien como usted.

—En fin, hermanita querida —dijo Richard un poco más contento—, suceda lo que suceda, sé que será usted siempre justa conmigo. Si tengo la desgracia de hallarme bajo esa influencia, también él lo esté. Si hay algo retorcido en mí, quizá lo haya también en él. No ignora que no pongo en duda la lealtad del señor Jarndyce en lo que no atañe a ese maldito pleito. Pero ese proceso pesa sobre él como sobre los demás y es una influencia corruptora de la que nadie se salva. ¿No se lo ha oído usted decir cien veces? ¿Cree usted que él ha podido sustraerse del contagio, de ese contagio que no perdona a nadie?

—Sí, lo creo, porque su carácter es excepcional, porque se ha apartado de esa fatal influencia, Richard.

—Se ha apartado —dijo Richard vivamente—, se ha apartado... ¡Es fácil decirlo! Pero, por si acaso, no creo prudente descuidar por una simple suposición mis intereses. Todos estamos sujetos a la muerte, los hechos se olvidan, y resultaron de ello mil inconvenientes que debieran haberse evitado a tiempo.

Me sentí tan conmovida por Richard que no pude reprocharle ya nada, ni siquiera con la mirada. Recordé la ternura de mi tutor hacia sus errores, y con qué completa falta de rencor había hablado de ellos.

—Querida Esther —prosiguió Richard—, usted debe estar convencida de que no he venido a acusar a John Jarndyce, sino a justificarme, y reconozco que ha sido un amigo, un padre, mientras no me he ocupado del pleito, pero que, desde el momento en que me puse a velar por mis asuntos, su conducta ha cambiado completamente. Desde entonces, John Jarndyce ha descubierto la necesidad de separarme de Ada y no ha vacilado en imponerme como condición para conseguir la mano de mi prima que renunciara a la defensa de mis propios intereses. No acepto semejante condición, sostendré mis derechos y los de Ada, le convenga o no a John Jarndyce. He estado pensando mucho sobre ello, y esta es la conclusión a la que he llegado.

¡Pobre Richard! Desde luego había estado pensando mucho sobre ello. Su cara, su voz y su actitud lo mostraban claramente.

—Así se lo he comunicado, con franqueza, en una carta que le he escrito con este objeto, y en la que, después de darle las gracias por los buenos deseos que me manifestaba, le suplicaba que no se preocupase más por mí. Llevamos dos caminos completamente opuestos. Uno de los testamentos en litigio me concede una parte mayor que la suya. No digo que el Tribunal lo mantenga así, pero es muy posible.

—Yo ya sabía que le había escrito usted, mi querido Richard, porque me ha hablado de su carta, pero sin manifestar enfado, sin acusarlo, ni hacerle el menor reproche.

—¿Será cierto eso? —dijo Richard, calmándose un poco—. Me alegro de haberle dicho a usted que era un perfecto caballero en todo lo que no concierne al pleito. No lo he dudado nunca. Sé que no aprueba usted mi conducta con respecto a él, pero si hubiera usted examinado como yo ese pleito en el despacho de Kenge y supiera usted qué acumulación de cargos y contracargos, de sospechas y contrasospechas implican, vería usted que soy muy moderado en mis apreciaciones.

—No lo niego —dije—, pero Richard, ¿cree usted que son justas esas acusaciones?

—La verdad y la justicia han de estar en alguna parte del pleito, Esther...

—O lo estuvieron, hace mucho tiempo —dije.

—Sin embargo, de una u otra parte estará la razón —dijo con creciente vehemencia—, y hacer de Ada el precio de mi silencio y de mi inacción no es el medio más acertado para saber quién la tiene. Dice usted que ha cambiado

mi carácter la influencia de ese pleito. John Jarndyce dice que cambia, ha cambiado y cambiará a todos los que están concernidos. Razón de más para acabar de una vez con el litigio, y para que yo haga todo lo humanamente posible, Esther, a fin de apresurar el fallo definitivo.

—¡Todo lo humanamente posible! ¿Cree que todos los demás no han hecho todos sus esfuerzos por conseguir ese fallo? ¿Pretende que lo que no lograron ellos le allane a usted el camino para lograrlo?

—Es necesario, sin embargo, que esto acabe —dijo Richard, con un estallido de furia que me recordó la misma triste imagen de antes—. Soy joven, tengo entusiasmo, y una voluntad firme ha logrado milagros en todos los tiempos. Veremos lo que dará de sí esta vez. Los demás solo se han ocupado a medias del asunto, pero yo me entregaré a él en cuerpo y alma, y será el único objeto de mi vida.

—¡Oh, no! ¡Richard! No haga tal cosa si no quiere perderse.

—No tema —respondió en tono afectuoso—, es usted buena y prudente, querida Esther, pero tiene usted demasiados recelos... Y, por volver a John Jarndyce, es evidente que nuestra situación era falsa cuando mediaban entre nosotros relaciones amistosas.

—Así pues, ¿cree usted que la animosidad y la discordia deben ser su situación natural?

—No es eso lo que yo quiero decir, sino que ese pleito nos separa y hace imposible toda relación amistosa. Más adelante, cuando todo haya terminado, si veo que me he equivocado, lo reconoceré francamente y le presentaré mis excusas al señor Jarndyce.

¡Todo pospuesto hasta aquel momento imaginario! ¡Todo varado en la confusión y la indecisión hasta entonces!

—Pero, por ahora, solo deseo una cosa —dijo Richard—, y es que usted, que es la mejor de las confidentes, le haga comprender a Ada que tengo mis razones para obrar como lo hago. Prefiero que sea usted quien se lo explique, pues tiene palabras conciliadoras para todo, y, por otra parte..., no me gustaría —añadió vacilando— pasar por litigioso, contencioso y desconfiado a los ojos de Ada, que es la personificación de la confianza.

Le dije que se parecía más a sí mismo en estas últimas palabras que en todo lo que había dicho hasta ese momento.

—Vaya, amiga mía —reconoció Richard—, quizá eso sea cierto. Yo también lo siento así. Pues ya lo sabe usted, y no dude, Esther, que sabré desquitarme cuando estos asuntos me lo permitan. No tema, todo irá bien entonces.

Le pregunté si eso era todo lo que quería que le dijese a Ada.

—No todo —dijo Richard—. No tengo motivo para ocultarle que John Jarndyce ha contestado a mi carta como siempre llamándome su querido Richard y esforzándose en hacerme cambiar de opinión sin que mi persistencia en el camino que he emprendido altere en nada el afecto que me profesa. Dígale además a mi prima que, si mis visitas son más escasas, es porque me ocupo de sus intereses y los míos, que son los mismos. Que espero que no dará crédito a los rumores que algunas personas se complacen en pregonar sobre mi inconstancia, pues soy, por el contrario, muy formal y me consagro por completo a nuestro asunto. Que, al ser mayor de edad y no tener que dar cuentas de nada a John Jarndyce, me considero como enteramente libre, pero que no le pido que renueve la promesa que me dio mientras estaba bajo la misma tutela que ella. Aunque, cuando ella llegue, a su vez, a ser mayor de edad, nuestra posición pecuniaria será probablemente muy distinta y podremos, entonces, tomar una decisión. Dígale usted esto, querida Esther, con la convicción que usted sabe poner en sus palabras, y me prestará usted un servicio que redoblará mis ánimos. Verá, entonces, con qué vigor seguiré el pleito de Jarndyce contra Jarndyce. Por supuesto, no le pido que tenga secretos en la Casa lúgubre.

—Richard, a juzgar por lo que dice, confía usted en mí, pero por cómo actúa, está visto que no quiere seguir mis consejos.

—¿Cómo podría seguirlos, Esther? No la obedezco únicamente en lo que se refiere al punto del que hablamos, pues ya sabe que en todo lo demás estoy listo para seguir sus buenos deseos.

¡Como si existiera, para él, algún otro objeto en el mundo! ¡Como si en toda su carrera y carácter no hubiese solo un color!

—¿Puedo hacerle una pregunta, Richard? —le dije.

—Puede hacerme cuantas quiera —me respondió riendo.

—Dice usted mismo que no tiene una vida muy estable.

—¿Cómo podría, Esther, cuando nada es estable?

—¿Ha contraído nuevas deudas, Richard?

—Sí, por supuesto. —Le sorprendió mucho mi franqueza.

—¿Por supuesto?

—¿Cómo quiere que lleve adelante el asunto sin tener gastos? Tenga usted presente que Ada y yo tendremos algo según los dos testamentos. El pleito no es para nosotros más que una cuestión de cantidad. Es cierto que descuento toda eventualidad, pero reduzco, también prudentemente, por otra parte, la

cuantía de lo que nos corresponde heredar. Encantadora Esther —añadió Richard riéndose—, no se inquiete usted. Estoy seguro de que saldré victorioso de todo.

Estaba por el contrario tan aterrada al verlo entrar por aquel camino, que traté, en nombre de Ada, en el de mi tutor, en el mío propio, por todos los medios fervientes que pude imaginar, prevenirle, y hacerle ver algunos de sus errores. Pero me escuchó con paciencia, sin hacer caso de mis palabras, y viendo que la prudencia y la razón no ejercían sobre él autoridad alguna, decidí no ocultarle nada a Ada para ponerle a prueba.

De manera que cuando nuestro paseo nos hizo volver al pueblo y me fui a desayunar, le conté, pues, a mi querida Ada la conversación que había tenido con Richard, y le hice ver el abismo adonde le arrastraba su ceguera. Por supuesto, le causaron pena mis palabras, pero no compartió completamente mi terror porque estaba persuadida (¡eso era tan natural y tan encantador en mi amiga!) de que su error tenía enmienda. No obstante, le escribió la siguiente carta:

Querido primo:

He sabido por Esther lo hablado en la conversación que has tenido con ella esta mañana, y te escribo para suplicarte que no dejes de tener presente cuanto ella te ha dicho. Llegará un día en que reconocerás que mi primo John es la franqueza y la generosidad personificadas, y te causará mucha pena entonces no haberlo sabido apreciar. Reflexiona bien en ello.

No sé cómo expresar lo que me resta por decirte, pero espero que comprenderás mi pensamiento. Tengo miedo, mi querido primo, de que quizá sea en parte por mi causa por lo que estás acumulando tanta infelicidad a tu costa y, si es a tu costa, lo soy yo por ello. En el caso de que sea así, o en el caso de que pienses mucho en mí al hacerlo, te ruego y te suplico fervientemente que desistas. No puedes hacer nada por mí que me haga la mitad de feliz como el darle espalda para siempre a la sombra en la que ambos nacimos. No te enfades conmigo si mis palabras te disgustan, sino que acuérdate de que ese pleito ha sido la causa de todos nuestros males, que le debemos el habernos quedado huérfanos después de haber apurado nuestros padres un cáliz de amargura. Te lo suplico, Richard, renuncia para siempre a ese pleito en el que no encontrarás más que desengaño y desesperación.

Es probable que algún día encuentres alguna persona a quien preferirás a tu primer capricho. No tengo necesidad de recordarte que eres libre, pero permíteme, al menos, decirte que la que habías elegido preferirá compartir tu humilde fortuna y verte seguir feliz y tranquilo una carrera respetable a adquirir la riqueza a costa de tu bienestar y de los deberes que te impone tu vocación. Tal vez me tacharás de presuntuosa al hablarte con esta seguridad,

yo que no sé nada de las cosas de la vida, pero mi corazón me dice que no me equivoco.

Tu siempre afectuosa prima,

ADA

Esta carta conllevó inmediatamente la visita de Richard, pero no modificó en nada su decisión. Quería llegar hasta el fin, decía, y probarnos que tenía razón. Estaba animado y arrebatado, los tiernos consejos de Ada le habían causado un gran placer, pero yo solo podía esperar, con un suspiro, que la carta tuviera mayor efecto sobre su conciencia cuando la releyese con menos dudas que entonces.

Como iban a permanecer con nosotras ese día, y habían reservado asiento para volver en la diligencia a la mañana siguiente, busqué la ocasión para hablar con el señor Skimpole, y el paseo me proporcionó una ocasión oportuna de hacerlo. Le expuse el asunto y me extendí sobre la responsabilidad que asumían los que animaban al pobre Richard a seguir la deplorable senda que había emprendido.

—La responsabilidad, señorita Summerson —me respondió aquel viejo niño, aferrándose a aquella palabra con la más agradable de las sonrisas—, es una palabra que no se inventó para mí. Nunca he sido responsable de nada, ni podré serlo en mi vida.

—¿No está obligado cada cual a responder de sus actos? —dije con bastante timidez, pues era más mayor y listo que yo.

—Todo el mundo está obligado a eso, pero yo soy una excepción a la regla —respondió riendo.

Después añadió sacando del bolsillo una moneda:

—¿Ve usted esta moneda, señorita Summerson? ¿Qué valor representa? Lo ignoro. Nunca he sabido contar. Me dicen que esto no basta para pagar todo lo que debo. Me lo imagino. Deberé siempre cuanto me quieran prestar. He aquí en pocas palabras cuál es mi carácter. Si esto es lo que llama usted responder uno de sus actos, soy responsable de todo lo que usted quiera.

El desenfado con el que se metió la moneda en el bolsillo de nuevo y me miraba con una sonrisa en su rostro elegante, como si hubiera estado mencionando algo curioso sobre otra persona, casi me dio la sensación de que era verdad que no comprendía la expresión que había empleado.

—Pero cuando menciona la responsabilidad —prosiguió—, estoy dispuesto a decir que nunca he tenido la dicha de conocer a nadie a quien considerase tan gratamente responsable como a usted. Me parece que es el ejemplo perfecto de la responsabilidad. Cuando la veo, mi querida señorita

Summerson, absorta en el perfecto funcionamiento de todo el pequeño sistema organizado en torno a usted, me siento inclinado a decirme (en realidad me lo digo a menudo) ¡eso es responsabilidad!

Insistí, sin embargo, en decirle que esperaba que emplease su influencia sobre Richard para apartarlo de la senda que quería seguir, y le pedí, sobre todo, que no halagase sus deplorables ilusiones.

—Con mucho gusto —contestó—, pero, querida señorita, lo que usted me pide es muy difícil. Ignoro completamente el arte de fingir, y si me lleva a la Cancillería haciéndome ver todas sus ilusiones y me dice: «Alégrese usted conmigo, querido Skimpole», haré lo que me diga. Las personas de buen sentido quizá obrarían de otro modo, pero ya sabe usted que yo no tengo eso que las gentes llaman sentido común.

—Es una gran desgracia para Richard —dije.

—Todo lo contrario, señorita Summerson —me dijo Skimpole—. Imagínelo usted en compañía del buen sentido, en compañía de un buen hombre, excesivamente rico, sesudo, práctico, que lleve en cada bolsillo su moneda de diez libras y un talonario de cheques en la mano. En resumen algo así como un recaudador de impuestos. Nuestro joven amigo, que es extravertido, en quien la poesía rebosa como el perfume de una rosa, le dirá a su respetable compañero: «Distingo una perspectiva encantadora, un horizonte magnífico. ¿Ve usted, a lo lejos, esas nubes de oro que me atraen y hacia las cuales corro a través del valle?». El buen hombre contestaría, dando a nuestro entusiasta con su libro de cuentas, que no ve allí más que honorarios, fraudes, pelucas y togas negras... ¡Qué caída tan dolorosa para nuestro pobre Richard! Reconozco que eso es lo positivo, pero es muy desagradable, y de eso no me puedo encargar yo. No tengo el libro de cuentas, y en todos los elementos que componen mi ser no palpita ni un solo átomo del recaudador de impuestos, y no soy lo que llaman un hombre respetable ni siento necesidad de serlo. Puede resultar algo raro, si usted quiere, pero es así.

Comprendí que era inútil toda insistencia y nos reunimos con Ada y Richard, que iban a cierta distancia, y renuncié, desesperada, al señor Skimpole.

El señor Skimpole, que acababa de visitar la quinta, nos hizo la descripción de todos los retratos de familia. Ladies Dedlock majestuosas en traje de pastoras, armadas con su cayado y pintarrajeadas para aterrorizar a los campesinos como un jefe de tribu con la pintura de guerra en el rostro. Había un sir Alguien Dedlock en actitud heroica delante de una mina que estalla, un fuerte sitiado, una ciudad en llamas, cañones que vomitan fuego, incendio, ruinas, todo un fondo bélico sobre el que se destacaba el arrogante caballo del no menos arrogante jinete, probablemente para probar que los Dedlock están

familiarizados con tales bagatelas. Toda aquella raza a la que representaba había sido en vida, evidentemente, lo que llamaba «gente embalsamada»: una gran colección de ojos de cristal, colocados de la manera más acreditada en sus diversas ramas y perchas, muy correctos, desprovistos de animación y siempre en urnas de cristal.

Yo ya no me sentía cómoda cuando alguien hacía referencia a ese apellido, así que sentí un gran alivio cuando Richard, con una exclamación de sorpresa, corrió al encuentro de un desconocido, a quien divisó viniendo lentamente hacia nosotros.

—¿Qué veo? ¡Si no me engañan los ojos, ahí viene Vholes!

Preguntamos si era algún amigo de Richard.

—Su amigo y consejero legal —respondió—, y usted, señorita Summerson, que busca el buen sentido y un aspecto respetable, ha encontrado el hombre que necesita, y ese hombre es Vholes.

Dijimos que ignorábamos que Richard hubiese contratado a otro abogado.

—Cuando se emancipó —dijo el señor Skimpole— se separó de Kenge, y se dirigió, o más bien le puse en relación con mi amigo Vholes.

—¿Lo conocía usted hacía mucho tiempo? —preguntó Ada.

—Como a otros muchos con quienes he tenido asuntos. Ha sido siempre muy amable conmigo. Es una persona excelente, cuyo trato exquisito he tenido ocasión de apreciar con frecuencia. Me hizo arrestar por no sé qué deuda que alguien pagó, creo que ascendía la suma a no sé cuánto y cuatro peniques, he olvidado las libras y los chelines... Después de este incidente, presenté nuestro amigo a Vholes, a instancia suya, por lo que me correspondió una pequeña comisión —añadió el señor Skimpole, sonriendo como si acabase de descubrir algo—. Vholes me sobornó, ¿puede ser? Un billete de cinco libras esterlinas y pico..., sí, cinco libras.

Interrumpió esas confidencias Richard, quien venía con expresión triunfante, y se apresuró a presentarnos al señor Vholes. Era este un hombre alto, flaco, de unos cincuenta años de edad, hombros altos y encorvados, de cara pálida cubierta de granos rojos, de labios finos y delgados, vestido de negro, con guantes negros y abotonado hasta la barbilla, que tenía menos vida que un autómatas y cierta manera de fijar lentamente sus ojos apagados sobre Richard como si quisiera hipnotizarlo.

—Espero, señoritas, no incomodar —dijo con voz hueca y gélida—. He prometido avisar al señor Carstone siempre que la Cancillería se ocupe de su pleito, y, habiendo sabido después de la salida del correo que mañana se trataría en la audiencia la causa, he tomado la diligencia esta mañana para

venir a informar a mi cliente.

—Ya ven —dijo Richard con expresión de orgullo— que no tratamos los asuntos con la lentitud de antes. Es necesario activarlos. Señor Vholes, voy a procurarme un carruaje cualquiera para ir al alcance de la posta que tomaremos esta misma tarde, y llegaremos a la ciudad a tiempo.

—Como usted guste, caballero —le respondió el señor Vholes—. Estoy a sus órdenes.

—Veamos —dijo Richard, consultando el reloj—. Tenemos una hora de tiempo y puedo por lo tanto ir al mesón, pedir el coche, cerrar la maleta y volver a tomar el té. ¿Quieren ustedes, querida prima y Esther, encargarse del señor Vholes durante algunos momentos?

Y se marchó inmediatamente, acalorado y con prisas, y pronto desapareció en la oscuridad de la tarde. Los que quedábamos seguimos caminando hacia la casa.

—¿Es necesaria en el Tribunal la presencia del señor Carstone? —le pregunté al abogado.

—Es completamente inútil —respondió el señor Vholes.

Ada y yo expresamos el pesar que nos causaba verlo correr con tanta vehemencia para ir a recibir un nuevo desengaño.

—El señor Carstone ha dispuesto el principio de que cuidaría personalmente de sus intereses —nos dijo el señor Vholes—. Ahora bien, siempre que un cliente nos impone esta regla, la seguimos con escrupulosa exactitud. Mi deseo principal es obrar con franqueza y regularidad en los asuntos. Soy viudo, tengo tres hijas, Emma, Jane y Caroline, y trabajo para asegurar su porvenir... Este sitio parece encantador —continuó dirigiéndose a mí.

Le respondí enumerando las bellezas de la región.

—Tengo la suerte —dijo el señor Vholes— de ser el sostén de mi anciano padre, que vive en Taunton, y la comarca me inspira una admiración especial, pero lejos de mí esperar lo que me encuentro aquí.

Le pregunté, por decir algo, si le hubiera gustado vivir en el campo.

—¡Ah, señorita! Toca usted una cuerda muy sensible. Mi salud es delicada. Tengo las digestiones penosas e iría al campo a descansar si solo pensara en mí. Con tanta más razón cuanto que, absorto por los asuntos propios de mi carrera, he vivido siempre lejos del trato social, especialmente fuera del trato de las señoras, que era con las que más deseaba tratar. Pero con mis tres hijas, Emma, Jane y Caroline, y mi anciano padre, no se me permite el egoísmo. Es

verdad que aquí acaban ya todas mis obligaciones, mi abuela murió el año pasado a los ciento y dos años de edad, pero me queda aún bastante que atender como para tener necesidad de sacar agua de la noria.

Sus modales desganados y sus palabras internas, por llamar así a su forma de hablar, exigían cierta atención de parte del auditorio.

—Perdonen —prosiguió— si les hablo así de mis hijas. Son mi debilidad. Mi único y exclusivo deseo es dejarles un nombre respetable y una modesta fortuna que les asegure una honrosa independencia.

Llegamos a casa del señor Boythorn, donde nos esperaba el té. Richard entró pocos instantes después, agitado y con prisas, y le dijo algo en voz baja al señor Vholes. El señor Vholes replicó en voz alta (o tan alta, supongo, como respondía a cualquier cosa):

—¿Vamos juntos? Como usted guste, caballero. Estoy a sus órdenes.

Comprendimos que el señor Skimpole ocuparía al día siguiente, por sí solo, los dos asientos que había reservado y pagado Richard el día anterior. Como Ada y yo estábamos con poco ánimo por el asunto de Richard y muy apenadas por separarnos de él, dijimos tan claro como era educadamente posible que dejaríamos al señor Skimpole en el Dedlock Arms y que nos retiraríamos cuando los nocturnos viajeros se hubiesen ido.

Pero el buen humor de Richard se llevaba todo por delante, y nos fuimos todos juntos a la cima de la colina que dominaba el pueblo, donde había encargado una calesa y donde nos encontramos con un hombre, linterna en mano, que tenía en la otra las bridas de un caballo muy flaco.

Todavía me parece ver a los dos viajeros sentados en el fondo de la calesa. Richard, con la mirada ardiente, la sonrisa en los labios, cogiendo las riendas y agitando el látigo mientras nos saludaba, con embriaguez, y el señor Vholes impasible, con su levita negra abotonada hasta la barbilla y mirando a Richard como hipnotiza la serpiente a su presa. No he olvidado todavía aquella noche sombría y calurosa, surcada de relámpagos, aquella carretera polvorienta, encerrada entre dos hileras de árboles inmóviles y negros, y aquel caballo escuálido y blanquecino que con las orejas gachas los arrastraba hacia Jarndyce contra Jarndyce.

Nos retiramos. Ada, infeliz criatura, me dijo entonces que, en adelante, próspero o arruinado, con amigos o solo, tendría más que nunca necesidad de amor, y que encontraría un corazón fiel que lo amaría, tanto más cuanto más sufriera, y que, aunque él llegara a olvidarla en medio de sus errores, ella se acordaría de él eternamente, pues no ansiaba mayor placer en el mundo que dedicarle toda su vida y consagrarse a su felicidad.

¿Y mantuvo su palabra?

Miro el camino que hay ante mí, cuando la distancia ya se acorta y se hace visible el final del viaje, y, buena y sincera sobre el mar muerto del pleito de la Cancillería y de toda la fruta cenicienta que arrojó a tierra, creo poder ver a mi amiga.

XXXVIII

Un combate

Llegamos a la Casa lúgubre el día fijado, y fuimos recibidos de la manera más tierna y afectuosa. Había recobrado mis fuerzas y al volver a encargarme de mis llaves, que resonaban alegremente como las campanas de Navidad, exclamé, para mis adentros:

—¡A tu deber, Esther, a tu deber! Si no lo cumples con alegría hasta el fin, serás indigna de las atenciones y del amor que te prodigan.

Tuve que hacer tantas cosas en los primeros días, tantas cuentas que arreglar, tantos armarios que abrir y cerrar, que no me quedó un momento libre. Pero, cuando todo quedó en orden, resolví ir a pasar una tarde a Londres, para ejecutar un proyecto que me había inspirado la carta de mi madre. Me sirvió de pretexto el deseo de hacer una visita a Caddy Jellyby, y partí un día tan temprano que llegué por la mañana a la Academia de Newman Street. Caddy, que no me había visto desde su matrimonio, se alegró tanto y me manifestó tanto afecto cuando me presenté en su casa, que tuve miedo de que su marido tuviese celos de mí, pero él asintió a todas sus vehemencias, mostrándome una satisfacción tan viva como la de su mujercita, y así me pagaron ambos, con creces, todo el bien que yo les había hecho.

El señor Turveydrop estaba todavía en cama a aquella hora. Caddy le preparaba su chocolate, desayuno que debía servirle al caballero un pobre muchacho, auxiliar de Prince. Caddy me dijo que su suegro la trataba con mucha amabilidad y que vivían en envidiable armonía, esto es, que el señor Turveydrop hacía excelentes comidas y ocupaba una sala espaciosa y cómoda mientras ella y su marido comían como podían y dormían en un cuarto oscuro y destartalado, situado encima de unas caballerizas.

—¿Y cómo está su mamá, Caddy? —dije.

—La veo pocas veces —me contestó ella—, pero tengo noticias de ella por mi padre. Ahora somos muy amigas, solo que cree que es un absurdo que me haya casado con un maestro de baile, y tal vez teme contagiarse de ello

viniendo a mi casa.

Me chocaba que, si la señora Jellyby hubiera cumplido con sus deberes y obligaciones naturales en lugar de barrer el horizonte con un telescopio en busca de otros, hubiera podido tomar todas las precauciones contra ese absurdo, pero no necesito decir que me lo guardé para mí.

—¿Y su padre, Caddy?

—¡Oh!, él es muy distinto. Viene todas las noches y se siente tan feliz a nuestro lado que causa placer el verle.

—¿Y tiene usted mucho que hacer, Caddy?

—Mucho, porque además estudio, para llegar a enseñar: es un secreto que le confío a usted. Prince tiene una salud muy delicada, necesita quien lo ayude, y se cansa mucho con los cursos, las lecciones particulares y los aprendices.

Me pareció tan extraña la palabra «aprendiz» con respecto al baile, que pregunté a Caddy si tenía muchos.

—Cuatro —me contestó—, un interno y tres externos; unos buenos muchachos que cuando están juntos piensan más en jugar que en trabajar, lo cual es muy propio de su edad. Se les sitúa como se puede en los extremos de la sala, y ahora mismo, mientras le estoy hablando a usted, el muchacho que ha visto, baila solo en la cocina.

—¿Cómo solo?

—Sí, para ejercitarse. Se les enseñan los pasos, y luego van a estudiarlos a solas. Después, vienen a la academia a tomar una lección general, que, en esta época del año, se da a las cinco de la mañana.

—¡Qué manera de trabajar! —exclamé.

—Sí, mucho trabajo —me dijo sonriendo—. Cuando los pobres niños nos despiertan por la mañana (la campanilla está en nuestro cuarto para que no la oiga mi suegro), y cuando, al abrir la ventana, los veo en la puerta con los zapatos debajo del brazo, me acuerdo siempre de los deshollinadores.

Caddy se divertía mucho con la sorpresa que yo manifestaba al oír estos detalles, y añadió, jovialmente:

—Ya comprenderá usted qué dicha sería para mí si supiese tocar el piano y el violín. Por consiguiente, estudio esos dos instrumentos, además del baile, y si mi madre hubiera sido como todas las demás, hubiese aprendido música, pero ni siquiera tenía la menor noción de ella. Confieso que cuando empecé el solfeo estaba muy desanimada. Afortunadamente, tengo buen oído, y gracias a mi madre estoy acostumbrada a trabajar mucho. Por otra parte, como dice el refrán: «Querer es poder».

—Abrió entonces un piano desvencijado y se puso a tocar con entusiasmo un paso de lanceros. Cuando acabó, se levantó, radiante de alegría, y me dijo, ruborizándose:

—No se ría usted de mí, querida Esther; ¡hace tan poco tiempo que empecé!

Menos ganas tenía de reír que de llorar, pero reprimí las lágrimas, y la alenté, con todo mi corazón, elogiándola sinceramente, porque sentía en conciencia que la compasiva tarea que había emprendido valía tanto como una misión, y había tanto mérito en el ánimo y en la perseverancia que desplegaba en sus estudios, como en todos los discursos de los filántropos.

—¡Si supiera usted cuánto placer me causan sus palabras! ¡A usted debo todo esto! ¡Qué cambio ha logrado usted en mí! ¿Se acuerda de la primera vez que me vio con los dedos manchados de tinta y huraña, como una bestezuela, sin domesticar? ¿Hubiera usted creído que llegase nunca a ser profesora de baile?

Prince, que había ido, entretanto, a dar una lección, volvió para ocuparse de sus aprendices.

—Disponga de mí si quiere salir —me dijo Caddy, a quien había propuesto hacer un paseo juntas.

Pero aún era temprano, y me agregué a ella para figurar en la cuadrilla que se iba a formar.

Aquellos cuatro aprendices, eran, en efecto, las criaturas más peregrinas que podían imaginarse: una niña flaca y pálida con vestido de gasa y un sombrero muy viejo de tul, que llevaba sus zapatitos dentro de un viejo bolso de terciopelo, raído hasta el cordón; y tres niños, que el baile ponía melancólicos, con los bolsillos rebosantes de cordeles, cromos y guijas. ¡Sus piernas eran deformes, y sus medias, en el estado más lamentable, dejaban al descubierto dedos y talones! Le pregunté a Caddy cuál podría ser el motivo que había inducido a sus padres a darles aquella profesión, y me contestó que lo ignoraba, que probablemente los destinaban al teatro, a no ser que quisieran hacer de ellos profesores. Todos pertenecían a familias pobres, y la madre del interno era una vendedora ambulante.

Bailamos durante una hora con mucha gravedad. El más adelantado de los niños, el que ensayaba en la cocina mientras hablábamos, hacía prodigios con los pies y con las manos. Caddy, observando a su marido, y evidentemente basándose en él, añadía a lo que había aprendido una gracia encantadora, que le era natural y que formaba con su linda cara un conjunto muy agradable. Prince tocaba el violín, y la niña del vestido de gasa, haciendo muecas a los desgraciados niños que ni siquiera la miraban, era digna de figurar en un

cuadro.

Al cabo de una hora, cuando terminaron los ejercicios, el marido de Caddy se dirigió a un colegio que se estaba fuera de la ciudad, donde lo esperaban otras lecciones. Caddy fue a ponerse el chal y el sombrero para acompañarme, y dos de los aprendices externos, después de haber ido a cambiarse el calzado y a molestar, con bromas pesadas, a su compañero, según podía juzgarse por las quejas de la víctima, volvieron a la sala donde me hallaba, sacaron del bolsillo un pedazo de pan con fiambre, y se sentaron a almorzar debajo de una de las liras pintadas que adornaban las paredes. La niña sacó de su raído bolso de terciopelo un par de zapatos rotos por la punta y los cambió por sus zapatillas de baile.

—¿Te gusta la danza? —le pregunté.

—Sí, pero no con los niños —respondió saliendo de la sala con un mohín de repugnancia y desprecio.

—El señor Turveydrop lo siente infinitamente —me dijo Caddy—, pero no ha terminado todavía de vestirse y no podrá venir a saludarla. Lo siente en el alma porque la admira a usted de verdad.

Respondí que le agradecía la buena opinión que había formado de mí, y creí inútil añadir que no quería molestarle.

—Necesita mucho rato y gran cuidado para vestirse —prosiguió Caddy—. Ya sabe usted que tiene que sostener su reputación de elegante y presentarse en público con la decencia correspondiente a su categoría. No puede usted figurarse lo amable que es con mi padre; le habla del príncipe regente durante horas enteras, y mi padre le escucha con atención e interés.

La idea del señor Turveydrop desplegando todas las gracias de su apostura como lo expresaba Caddy me divertía muchísimo.

—¿Y consigue hacer hablar a su padre? —le pregunté.

—¡Oh! Eso no. Él es siempre quien habla y papá se limita a escucharle, con un placer del que no tiene usted la menor idea. Congenian de tal modo que mi padre, que siempre había mirado con horror el tabaco, toma regularmente una pizca de la caja del señor Turveydrop y lo sorbe durante toda la velada.

¿No era la cosa más extraordinaria del mundo que el último de los caballeros hubiese podido vencer todos los obstáculos para llegar a liberar al señor Jellyby de las amarguras de la Borrioboola-Gha?

—Peepy era el que me preocupaba más respecto al señor Turveydrop —prosiguió Caddy—, pero, por el contrario, la bondad del caballero para con ese niño es imponderable. Le permite que le traiga el periódico, le da siempre lo que le sobra de su tostada, lo utiliza para mil recados y le dice que venga a por

monedas de seis peniques... En una palabra —añadió Caddy—, soy la más feliz de las mujeres y sería una ingrata si no apreciara toda mi suerte. ¿Adónde vamos, Esther?

—A Old Street —dije—, donde he de hablar dos palabras con un pasante de abogado. Es la primera persona con quien hablé cuando llegué a Londres, y precisamente él fue quien me condujo a su casa de usted.

—Entonces es muy natural que sea yo quien la acompañe a la suya —dijo Caddy.

Y a Old Street Road fuimos, y allí preguntamos por la señora Guppy en la casa de la señora Guppy. Como la señora Guppy ocupaba lo que antes habían sido los salones y de hecho había corrido el visible peligro de romperse como una nuez en la puerta del salón de la fachada, por mirar antes de que preguntásemos por ella, se presentó precipitadamente en el rellano de la puerta y nos invitó a subir. Era una señora anciana, de nariz colorada, con una enorme cofia, los ojos en incesante movimiento y que estaba siempre sonriendo.

Nos introdujo en un saloncito que olía a cerrado y cuyo adorno principal era el retrato de su hijo, mucho mejor parecido que el propio original, lo cual era debido sin duda a lo que había insistido el artista en las facciones de su modelo. No solo el retrato, sino también el mismo Guppy estaba allí con su abigarrado traje, leyendo documentos legales, con la frente apoyada en la mano y el codo sobre la mesa.

—Este salón, señorita Summerson —dijo levantándose—, será en adelante un oasis. Madre, tenga la bondad de darle una silla a la otra señora y de no ponerse en medio.

La señora Guppy fue a sentarse en un rincón y, sin cesar de sonreír, se aplicó el pañuelo sobre el pecho y lo sostuvo con ambas manos como un apósito.

Le presenté a Caddy, y el señor Guppy dijo que todos mis amigos eran más que bienvenidos, y dirigiéndome, después, al señor Guppy, le pregunté:

—¿Ha recibido usted la carta que le envié?

En vez de contestar sacó la carta del bolsillo, se la llevó a los labios y la besó respetuosamente.

Su madre acentuó su sonrisa y le dio un codazo a Caddy, pero hizo aún más cuando pregunté al joven:

—¿Puede concederme algunos minutos de conversación a solas?

No he visto nada comparable a la alegría de la señora Guppy, cuya cabeza

rodaba sobre sus hombros en medio de una risa muda de las más singulares, y empujando a Caddy con el codo, en medio de la embriaguez de su alborozo, se retiró con evidente pesar conduciendo a mi buena amiga a la habitación contigua.

—Señorita Summerson —me dijo el señor Guppy—, perdone a una madre la impresión algo viva de los sentimientos que le inspira la felicidad de su hijo.

No hubiera creído que fuera posible ponerse tan colorado como se puso el señor Guppy cuando levanté mi velo.

—Si le he suplicado que me concediera una entrevista —le dije, sin dejarle comprender que había advertido su turbación—, es porque he pensado que era preferible venir aquí que ir al bufete del señor Kenge. Acordándome de lo que me dijo usted en la Casa lúgubre, me temía, señor Guppy, que de lo contrario podría ponerlo a usted en un aprieto.

—Señorita Summerson —balbuceó el pobre joven, cuyo embarazo había llegado a su culmen—, yo..., perdone usted..., pero en nuestra profesión la franqueza es necesaria; acaba de recordar una circunstancia en que tuve el honor de..., de hacerle una declaración que...

Se llevó la mano al cuello como si le ahogase alguna cosa, tosió dos o tres veces, trató en vano de tragar lo que le estorbaba, volvió a toser, puso muecas de nuevo, miró a su alrededor, y removió sus papeles.

—He tenido una especie de vértigo, señorita —explicó—, que se ha apoderado de mí. Yo..., un asuntillo de esta clase..., ¡madre mía!

Le di un poco de tiempo para que se recuperase. Lo pasó llevándose la mano a la frente y quitándola de allí, y apoyando su silla en la esquina que tenía detrás de él.

—Quisiera señalar, señorita —prosiguió—... Hum... Quisiera expresarle, señorita... Parece tos de los bronquios... Hum... Quisiera recordarle que rechazó usted en dicha circunstancia la declaración a la que usted ha hecho referencia. No trato de negarlo, pero acaso..., digo yo... que usted...

—Recuerdo perfectamente que no admití su proposición, señor Guppy, rechazando sin reserva alguna el darle lugar a la menor esperanza.

—Gracias —dijo, midiendo la mesa con mano trémula—. Esa aclaración... la honra a usted... ¡Hem!... Una ligera bronquitis seguramente... ¡Hem!... Espero que no se ofenderá si le digo a usted que... No porque sea necesario demostrarlo a un ingenio como el suyo... Si le digo que habiendo sido desechada la declaración que le hice entonces, el asunto quedó zanjado con aquella negativa, y que...

—Crea usted, señor mío, que siempre lo he entendido así.

—Entonces usted reconoce que...

—Reconozco que uno y otro estamos completamente libres de todo compromiso.

—Le agradezco infinitamente esta comprensión y esta franqueza, tanto más cuanto la marcha de mis asuntos, unido a un cúmulo de circunstancias insospechadas, no me permiten renovar aquella proposición. No obstante..., guardaré el recuerdo de su buena amistad...

La bronquitis del señor Guppy acudió, felizmente, en su auxilio.

—¿Puedo ahora mencionar lo que deseaba decirle? —dije.

—Sí, señorita, sí —dijo el señor Guppy—. Espero que no le cabrá duda alguna de que será un verdadero placer para mí el escucharla y servirla en lo posible.

—Cuando vino usted a la Casa lúgubre —dije—, tuvo usted la bondad de...

—Perdone usted, señorita —interrumpió el señor Guppy—, pero quisiera dar aquel asunto por completamente terminado.

—Me dijo, entonces —continué—, que le era posible favorecer mi fortuna haciendo ciertas investigaciones que, según decía usted, eran de gran interés para mí. Soy huérfana y presumo que fundaba usted esa esperanza en el aislamiento en que transcurrió mi infancia. Vengo, pues, a pedirle, caballero, que no dé paso alguno por mí y que olvide todo cuanto me concierne. He pensado mucho en ello desde hace algún tiempo, especialmente desde mi última enfermedad, y he llegado a la conclusión de que debía, no solo suplicarle que desistiese de su proyecto de serme útil, sino también decirle que estaba usted en un error. No puede usted hacer investigación alguna que me sea provechosa; sé perfectamente todo lo que me atañe personalmente, y puedo asegurarle que ocupándose de mí perderá el tiempo. Es posible que haya usted renunciado espontáneamente a la idea que tuvo en un principio; si es así, ruego me perdone que le haya molestado, pero si piensa aún en eso, le suplico, para mi tranquilidad, que renuncie a hacerlo.

—Debo reconocer, señorita —dijo el señor Guppy—, que se expresa con el tacto y la rectitud que he admirado siempre en usted. Nada hay tan honroso como tales sentimientos, y si he podido equivocarme sobre la índole de sus intenciones, estoy dispuesto a presentarle mis excusas.

Debo decir a favor del señor Guppy que el resfriado que había sufrido había mejorado mucho. Parecía verdaderamente contento de poder hacer algo por mí, y estaba avergonzado.

—Permítame usted, señor Guppy, que termine lo que tenía que decirle. He

venido aquí sin decírselo a nadie, deseando guardar el secreto en relación a la confidencia que usted me hizo en la Casa lúgubre. Sé muy bien que no existen ya actualmente los motivos que hubieran podido impedirme, en otro tiempo, pedirle una entrevista, y esto es una razón de más para que atienda mi ruego, desistiendo del proyecto del que me habló.

Debo hacer justicia al señor Guppy diciendo que estaba cada vez más confuso y avergonzado. Me respondió muy sonrojado:

—Por mi palabra y por mi honor, por mi vida, por mi alma, señorita Summerson, que le prometo por mi vida que actuaré conforme a sus deseos. Nunca daré un paso contrario a ellos. Prestaré juramento si eso le satisface. Sobre todo lo que prometo en este mismo momento, concerniente a los asuntos que se están tratando —continuó el señor Guppy rápidamente como si estuviera repitiendo una fórmula familiar para él—, digo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, así como...

—Me quedo muy satisfecha —dije levantándome en ese punto—, y se lo agradezco mucho.

Llamé a Caddy, y entró con ella la señora Guppy, que me hizo objeto de sus significativas sonrisas y sus codazos. Su hijo nos acompañó hasta el pie de la escalera, y lo dejamos en la puerta, mostrando el aspecto de un hombre que sueña despierto. Pero corrió hacia nosotras, súbitamente, con sus largos cabellos flotando al viento, y me dijo con fervor:

—Puede usted contar conmigo, señorita Summerson.

—Lo creo —respondí.

—Perdone, señorita —dijo el señor Guppy, sin saber en qué pierna apoyarse—, pero me parece que para su propia tranquilidad, que me es tan valiosa, debería repetir, ante su amiga, lo que acaba de reconocer tan noblemente.

—Caddy —dije entonces, volviéndome hacia mi compañera—, supongo que no la sorprenderá que le diga que no hubo jamás compromiso alguno...

—Ni promesa de casamiento alguna —insinuó el señor Guppy.

—Ni promesa de casamiento alguna —repetí— entre este caballero...

—William Guppy de Penton-Place, Penton-Ville, Middlesex —murmuró él.

—Entre este caballero, William Guppy de Penton-Place, Penton-Ville, Middlesex, y yo.

—Muchas gracias, queda bien aclarado —dijo el señor Guppy—. El nombre y apellido de esta señora, ¿si me hace usted el favor?

Se los dije.

—¿Casada? —preguntó el señor Guppy—. Casada. Su nombre de soltera, Caroline Jellyby, habitante antes de Thavies-Inn, provincia de Londres, extramuros, y actualmente de Newman Street, Oxford Street. Mil gracias.

Y se alejó para volver a decirme:

—En cuanto al asunto en cuestión —me dijo el señor Guppy triste y desanimadamente—, siento que mi estado actual y otras circunstancias me priven de renovarle mi primera proposición. ¿Es esto suficiente razón para quedar libre de mi compromiso? Desearía conocer su franca opinión.

—Se la he manifestado ya tres o cuatro veces; queda usted libre, completamente libre.

Me reiteró su agradecimiento, inició una nueva retirada y volvió de nuevo, para decirme:

—Su decisión la honra sobremanera —dijo el señor Guppy—. Y si pudiera erigirse un altar en el templo de la amistad... Sin embargo, cuente usted conmigo, bajo todos los conceptos, señorita Summerson, exceptuando la más tierna de las pasiones humanas.

El combate que libraba interiormente el señor Guppy, especialmente sus idas y venidas y sus cabellos en desordenado revoloteo, empezaban a producir excesivo efecto en aquella calle lo bastante expuesta al viento para hacernos desear que terminase pronto la escena. Pero en el momento de salir de Old Street volvimos la cabeza y vimos al desgraciado joven presa de la misma agitación y vacilando entre la puerta y nosotras.

XXXIX

Abogado y cliente

El nombre del señor Vholes, precedido de la leyenda «Piso Bajo», está escrito sobre la puerta de Symond's Inn, en Chancery Lane. Un cuarto pequeño, triste y enfermizo, que recuerda esos cajones de doble compartimento para guardar el carbón. Se diría que Symond fue hombre ahorrativo, que lo construyó con materiales viejos, naturalmente inclinados a pudrirse y a ennegrecerse, para perpetuar, con su miserable aspecto, la memoria de Symond, el avaro que lo hizo construir para su explotación. En este sucio obituario conmemorativo de Symond se producen los alumbramientos legales del señor Vholes.

El despacho del señor Vholes, retirado en un rincón entre dos casas que lo aplastan, recibe una luz dudosa por una ventana que se abre frente a un negro y viejo paredón. Un corredor estrecho y sombrío, de ladrillos ásperos y agrietados, conduce a los clientes hasta la puerta del despacho, y esta puerta, pintada de negro, está situada en un ángulo profundamente tenebroso hasta en las mañanas más despejadas de junio, formado por el tabique de la escalera, contra el cual tropiezan los clientes sorprendidos ante aquella oscuridad. El despacho es tan reducido que uno de los pasantes no puede abrir la puerta sin antes levantarse de la silla, mientras que su compañero, a quien toca con el codo, solo puede levantarse para atizar el fuego aprovechando las ausencias del otro. El olor a carnero enfermo que se respira allí dentro, al igual que un tufillo a polvo y moho, se debe a la enorme cantidad de velas de sebo que se gastan, así como al roce del pergamino que se remueve, sin cesar, en los cajones grasientos. El aire es denso y el calor sofocante. Las dos chimeneas que hay en la casa, y que echan humo desde tiempo inmemorial, han cubierto el techo y las paredes de una tupida capa de hollín que no deja el menor asomo de la cal con que remotamente fueron blanqueadas; y la ventana, abominablemente sucia, no quiere permanecer cerrada más que cuando la obligan, lo cual explica la costumbre de ponerle gruesos tacos entre los batientes en la temporada de los fuertes calores.

El señor Vholes goza de una reputación de hombre respetable. No le abundan los asuntos, pero está bien considerado, según confiesan aquellos de sus felices colegas que lograron hacer fortuna. No desprecia ninguna ganancia, por insignificante que sea. Es formal, económico y reservado, lo cual es una nueva prueba de su carácter respetable; sus digestiones son penosas, cosa también muy respetable; además, desuella a sus clientes para asegurar el porvenir de sus tres hijas y sostener a su anciano padre en el valle de Taunton.

El principio fundamental de la jurisprudencia inglesa consiste en fomentar la afición a los pleitos dando con ello ocupación a los procuradores. Es lo único que se deduce, con claridad, de sus mil y un rodeos. Considerada desde este punto de vista, forma un conjunto cuyas partes se encadenan con admirable lógica y no es un laberinto tan monstruoso como los profanos pretenden. Demostrad claramente a todo el mundo que la ley no tiene otro objeto que dar trabajo a los procuradores a expensas del público, y todos dejarán de quejarse y de asombrarse. Pero la mayoría, que no hace más que entrever confusamente esta verdad y que sufre en su bolsillo y en su tranquilidad, pone el grito en el cielo, y en semejante caso es un argumento irrefutable la tradicional respetabilidad del señor Vholes...

—¿Abolir ese estatuto, señor mío? —le dice Kenge a un cliente irritado—. No, nunca, al menos si me pide mi consejo. ¿Sabe usted, señor mío, cuál sería el efecto de semejante temeridad ante una clase de profesionales tan

dignamente representada, permítame usted que se lo diga, por el abogado de nuestro adversario, el respetable señor Vholes? Semejante temeridad, sépalo usted, tendría por resultado la desmoralización completa de esa clase de profesionales distinguidos, y no podemos..., ¿qué digo? ..., la sociedad no puede consentir que se maleen hombres como el señor Vholes: activos, celosos, perseverantes y de extrema habilidad en la conducción de los asuntos. Comprendo, señor mío, su animosidad contra un orden de cosas que le perjudica, lo confieso; pero no pediré nunca nada que pueda atentar contra los intereses de una clase de individuos que se honra contando entre sus miembros con el señor Vholes.

La respetabilidad del señor Vholes se ha citado siempre como un argumento incontestable ante las comisiones de la Cámara, según resulta de la deposición de un eminente jurista, consignada en documentos oficiales.

«Legajo núm. 517.869.

»Pregunta: Si no he comprendido mal, esas formalidades ocasionan demoras considerables en el despacho de los asuntos.

»Respuesta: Sí, con frecuencia.

»P. —Y muchos gastos.

»R. —Desde luego, no pueden hacerse gratis.

»P. —Además, son vejatorios.

»R. —No puedo contestar a esa pregunta, porque no estoy preparado; lo único que puedo decir es que yo no he experimentado nunca la menor vejación.

»P. —Sin embargo, ¿no es evidente que si se aboliesen, ello podría causar perjuicio a cierta clase de profesionales?

»R. —Indudablemente.

»P. —¿Podría citar el deponente algún representante de esa clase distinguida?

»R. —No vacilo en nombrar al señor Vholes, a quien arruinaría semejante medida.

»P. —¿Se considera al señor Vholes como uno de los individuos más respetables de su profesión?

»R. —Lo consideramos todos como un hombre eminentemente respetable.»

—¿Adónde vamos a parar? —exclaman, comentando particularmente el caso, autoridades no menos desinteresadas que el mencionado jurista.

—Corremos hacia el abismo; todos los días se introducen nuevos cambios que son la ruina de los hombres más apreciables, tales como el señor Vholes, por ejemplo, que tiene que mantener tres hijas, amén de su anciano padre en el valle de Taunton. Sigamos por esta senda y verán ustedes lo que sucede; el padre de Vholes, ese pobre anciano, se quedará sin asilo. ¿Y qué será de sus tres hijas? Acabarán de costureras o institutrices.

Supongamos ahora que el señor Vholes es un jefe de antropófagos, y que, poniéndose a discusión la abolición del canibalismo, un campeón de semejante estado de cosas exclamara con ardor: «¡Abolir la antropofagia! ¿No ven ustedes que van a morir de hambre el señor Vholes y su familia?».

En una palabra, el señor Vholes, con sus tres hijas y su anciano padre, hace el mismo papel que una viga que sirve de soporte a un mal edificio cuyos ruinosos cimientos constituyen un peligro público. Y la cuestión no estriba ciertamente en saber qué es a lo que hay que hacer atendiendo al bien general, que no se tiene para nada en cuenta, sino hasta qué punto la solución que se dé pueda ser ventajosa o perjudicial a la respetable cofradía de los Vholes y compañía.

Dentro de unos diez minutos, el Canciller se levantará de su sillón y se abrirá el período de vacaciones. El señor Vholes y su joven cliente han entrado en el despacho, precediendo a una carga de sacos repletos de carpetas con escrituras, como boas ahítas cuya piel ha abultado la presa. El señor Vholes, impasible siempre, como debe serlo un hombre tan eminentemente respetable, se quita los guantes negros y el sombrero y se sienta delante de su pupitre. El cliente arroja al suelo el sombrero y los guantes, los empuja con el pie sin mirar adónde van a parar, se tiende en un sillón, lanzando un suspiro, que equivale a un gemido, se lleva la mano a la frente y parece desesperado.

—Nada aún —exclama Richard—, ¡nada, nunca nada!

—No diga usted eso, señor mío —replica el señor Vholes—, porque no es justo, señor Carstone.

—¿Qué hemos adelantado, entonces? —pregunta bruscamente Richard.

—La cuestión no es esa —responde Vholes—. Se divide en dos partes: lo que se ha hecho y lo que está a punto de hacerse.

—¿Y qué es lo que está a punto de hacerse? —inquire Richard, con impaciencia.

El señor Vholes, estira los brazos sobre el pupitre, encara los cinco dedos de la mano derecha con los de la mano izquierda, se entretiene en dar unos suaves golpecitos uña contra uña, mira a su cliente, y responde:

—Muchas cosas, señor mío: hemos empujado la rueda y la rueda ha

empezado a andar.

—Sí, con Ixión en ella. ¿Cómo me las arreglo yo para esperar hasta que terminen estos cuatro meses de vacaciones? —dice el joven, levantándose de su asiento y midiendo la estancia a grandes pasos.

—Señor C. —replica Vholes, siguiendo a Richard con la mirada—, es usted de genio muy vivo y lo siento por usted. Perdone si me atrevo a recomendarle que sea usted menos impetuoso, menos arrebatado, si le digo que es menester tener paciencia, calma...

—En una palabra tomárselo como usted, ¿no es eso? —replica Richard, sentándose.

Se dibuja en sus labios una sonrisa amarga, y golpetea con su pie la marcha del diablo.

—Señor mío —prosigue el señor Vholes, con su voz cavernosa—, no abrigo la pretensión de proponerme por modelo. Mi único deseo es dejar a mis tres hijas un nombre intachable. En cuanto a mí, personalmente, me he olvidado de mí siempre, pero puesto que me ataca usted directamente, confieso que desearía poder transmitirle un poco de... de lo que probablemente carece usted, señor Carstone; pues bien, sí, transmitirle un poco de mi insensibilidad.

—No he dicho nunca que fuera usted insensible, señor Vholes.

—Perdone, pero creí que era eso lo que usted quería decir —continúa el señor Vholes, con su invariable frialdad—. Mi deber me impone velar por sus intereses con toda la serenidad que exigen semejantes asuntos, y comprendo que esta calma indispensable se le antojará a usted insensibilidad. Mis hijas y mi anciano padre saben hacerme más justicia, pero me conocen más, y el cariño es confiado. No me quejo de la desconfianza natural en un cliente, no; por el contrario, me felicito de ello. Le invito a que examine todos mis actos y los juzgue como mejor le parezca, es un derecho que me complazco en reconocerle, y hasta me anticiparé a las preguntas que quiere usted hacerme, pero sus intereses exigen, señor Carstone, un juicio frío y sereno y un espíritu metódico, y no cambiaré de carácter, ni aun para complacerle.

El señor Vholes, después de lanzar una mirada al gato de la casa, que parece estar al acecho de un ratón, fija de nuevo sus ojos en el joven y continúa hablando con esa voz, casi imperceptible, que sale, como a la fuerza, de su levita abotonada, como si temiera descubrir cierta doblez oculta.

—¿Pregunta usted que cómo pasará ese tiempo de vacaciones? —continúa—. Creí que un oficial joven y agraciado como usted encontraría sobrados medios de diversión. ¡Ah! Otra cosa sería si me preguntase cómo emplearé yo

esos cuatro meses de descanso, en ese caso me sería más fácil contestarle, señor Carstone. Me ocuparé de su asunto: es mi deber, y no hay nada en el mundo que me impida cumplirlo. Si durante este tiempo desea usted consultarme, me encontrará aquí velando por sus intereses, como siempre. Todos mis colegas se marchan, pero yo me quedo. No es que pretenda censurarles, pero digo y repito que yo no abandono mi despacho. Este pupitre, señor mío, es su tabla de salvación.

Al pronunciar estas palabras, el señor Vholes da un golpe sobre aquella pretendida tabla de salvación, que suena a hueco como un ataúd, pero cuyo sonido misterioso, menos fúnebre a oídos de Richard, reanima un tanto su valor.

—Sé muy bien —dice Richard, cuyo malhumor ha desaparecido— que es usted un hombre en quien se puede confiar, señor Vholes, y que guiado por usted no hay peligro de seguir una senda falsa, pero piense usted en la situación en que me encuentro, póngase usted en mi lugar, arrastrando una existencia triste y hundiéndome, cada vez más, en el lodazal donde me he metido, luchando desesperadamente, después de haber perdido todas las ilusiones que tenía puestas en ese dichoso asunto sin esperar ya para el mañana más que un mal mayor que el de ayer, y entonces verá usted la situación con ese color sombrío con que la veo yo algunas veces.

—No ignora usted que no me gusta dar esperanzas —responde el señor Vholes—, ya se lo dije cuando vino usted a hablarme, más aún tratándose de un pleito como éste en el que la mayor parte de los gastos se cubren con las rentas de los bienes en litigio. Eso sería comprometer mi buena reputación, pues podría parecer que lo hago para eternizar el asunto en provecho mío. Pero no es usted justo al decir que no se ha adelantado nada: es una afirmación que no puedo dejar pasar sin réplica, en interés de la verdad.

—Explíquese —dice Richard, cuyo rostro se anima.

—Tiene usted ahora, señor Carstone, un punto de apoyo...

—¿Esa tabla de salvación, amigo mío? —pregunta el joven, interrumpiéndole y tranquilizándose gradualmente.

—Eso, en primer lugar —responde el señor Vholes, volviendo a golpear su pupitre—, lo cual es bastante. Pero quería decir que tiene usted como punto de apoyo la posición claramente delimitada que ha sabido tomar, separando sus intereses de los de sus coherederos y confiándomelos para que los represente personalmente, lo cual es también bastante. No dejemos dormir este pleito, hemos dado un gran paso y no es cuestión de retroceder ahora. No es ya solo el pleito Jarndyce, cuyo nombre lleva, nadie puede ya, como en otro tiempo, apropiarse de la causa y darle tal o cual dirección, según su capricho. Esto es

muy importante.

Richard, el rostro repentinamente encendido, golpea el escritorio con la mano cerrada.

—Señor Vholes —dice Richard—, si alguien me hubiera dicho cuando fui a vivir a la casa del señor Jarndyce que este no era el amigo desinteresado que parecía ser entonces, y que llegaría un día en que me convencería de ello, no hubiese encontrado expresiones bastante enérgicas para contestar al calumniador, y hubiese defendido al señor Jarndyce contra todos; pero actualmente la experiencia me ha enseñado que ese hombre no es para mí más que la personificación del pleito, que en lugar de que este sea algo abstracto, es John Jarndyce, y cuanto más lucho, más me indigno contra él, porque es la causa de esas dilaciones, de esos entorpecimientos que me llenan de desesperación.

—No, señor mío, no —dice el señor Vholes—, hace usted mal en hablar así. Debemos tener paciencia, ser indulgentes para con el prójimo. Por otra parte, yo nunca menosprecio a nadie.

—Sabe usted sin embargo, señor Vholes —replica el indignado cliente—, que hubiera echado tierra sobre el asunto si hubiese podido.

—Reconozco que carece de actividad —dice el señor Vholes—, pero tal vez tenía intención de proponer un arreglo. ¿Quién puede sondear el corazón de los hombres, señor Carstone?

—Usted, señor Vholes —contesta Richard.

—¿Yo, señor C.?

—Bastante, por lo menos, para desentrañar sus intenciones. ¿No son opuestos nuestros intereses? —dice Richard, dando un golpe en el pupitre que sirve de base de su fortuna—. Conteste usted a esto, señor Vholes.

—Faltaría a su confianza, señor Carstone —responde el señor Vholes, sin cambiar de actitud, sin mover siquiera los párpados— y faltaría a todos mis deberes si dijera que sus intereses son idénticos a los del señor Jarndyce, pero ambas partes merecen mi respeto. Soy padre, señor mío, y eso enseña a ser indulgente. Sin embargo, no retrocederé nunca ante el reconocimiento de los hechos cuando mi deber lo exija, aunque ese reconocimiento fuera causa de la desunión de una familia. No habla usted conmigo como con un particular, sino que plantea usted una cuestión a su consejero legal, y como tal no vacilo en declarar que sus intereses no son los mismos que los del señor Jarndyce.

—¡Es evidente! —exclama Richard—. Hace mucho tiempo que lo estoy viendo.

—Señor Carstone —insiste Vholes—, tengo por principio no hablar nunca

de los ausentes, a no ser de absoluta necesidad. Mi deseo es dejar a mis tres hijas, Emma, Jane y Caroline, con un nombre sin mancha, es lo poco que le debo a un trabajo perseverante, y hago todo lo humanamente posible por conservar el aprecio y la amistad de mis colegas. Le dije a usted, cuando el señor Skimpole me hizo el honor de traerle a mi bufete, que no podía darle consejos en relación a sus asuntos mientras estuvieran en manos de otros miembros de mi profesión, y le hablé de Kenge y Carboy en los términos que me inspiraba el alto aprecio que profeso a esos hombres eminentes. Juzgó usted sin embargo conveniente retirarles su confianza, y me encomendó sus intereses, que recibí con intenciones tan rectas como las suyas. Actualmente, estos intereses son para mí sagrados. Mis funciones digestivas son defectuosas, según me ha oído usted decir, y me sería necesario el descanso, pero no descansaré, amigo mío mientras tenga este asunto entre mis manos. Voy a dedicar los ratos de ocio que me dejen las vacaciones a estudiar su pleito, a profundizar en él cada vez más, a disponer todas mis baterías para mover el cielo y la tierra, incluso al Canciller, cuando se reanuden las audiencias del Tribunal, después de San Miguel, y cuando, al fin, me sea permitido felicitarle —dice el señor Vholes con la gravedad de un hombre decidido— por haberle puesto en posesión de su fortuna, y tengo razones para creer que esto será muy pronto (podría decir más, pero la prudencia me manda que me contenga), no me deberá nada, señor Carstone, nada más que el importe de la minuta de abogado a cliente, agregando los honorarios accesorios que nos concede la tarifa. En cuanto a lo demás, solo le pido que deje desplegar libremente mi celo y escoger el mejor camino para sacar sus intereses del estancamiento en que se hallan, y una vez haya llegado a este buen fin, habrá terminado mi misión.

El señor Vholes añade por incidencia, y como una cláusula adicional a esta declaración, que hallándose el señor Carstone a punto de incorporarse a su regimiento, sería necesario que se dignase entregarle una letra de veinte libras, contra su banquero u otra persona que tenga a bien designar, a cuenta de lo que le debe.

—Ha habido en estos días cierto número de consultas y diligencias relativas al pleito, que me han ocasionado algunos gastos —continúa el señor Vholes, hojeando su libro de apuntes—, y no puedo alabarme de ser un capitalista. Cuando vino usted a verme (tengo por principio que en los negocios se ha de obrar con toda franqueza), le dije que en mi casa escaseaban los recursos y que si deseaba tener un procurador rico, no debía separarse de Kenge y Carboy. No, señor mío, no encontrará usted en mí las ventajas, pero tampoco los inconvenientes del capital. Está aquí toda su esperanza —dice Vholes golpeando nuevamente el pupitre—, pero nada más, señor Carstone.

Richard, cuyas ilusiones ha reavivado esta charla curialesca, toma una

pluma y extiende el documento que se le pide, no sin calcular con inquietud la fecha del vencimiento, mientras Vholes, abotonado de cuerpo y alma, lo contempla como su gato al ratón que va a salir del agujero.

Richard da, por fin, un apretón de manos al señor Vholes, suplicándole una vez más que haga todos los esfuerzos posibles para activar el pleito.

El procurador, que no desespera nunca, da un amistoso golpecito en el hombro de Richard y le contesta sonriendo:

—Me encontrará siempre en mi puesto, señor mío, y trabajando con afán.

Cuando Vholes se queda solo, traslada del libro de apuntes al de caja diversos asientos para las necesidades más apremiantes de sus hijas, del mismo modo que un zorro o un oso laborioso hace su cuenta de gallinas o de viajeros extraviados, pensando en sus crías, dicho sea todo ello sin injuriar a las tres señoritas flacas y feas que habitan con el abuelo Vholes en una quinta miserable, en medio de un jardín muy húmedo, en el valle de Taunton.

Richard sale de la densa sombra de Symond's Inn, cruza por Chancery Lane, donde brilla el sol por casualidad, y pasa meditabundo por debajo de los árboles de Lincoln's Inn. Cuántos hombres como él, sumidos en hondos pensamientos, han pasado lentamente por debajo de esos árboles, con la frente inclinada, la mirada sombría, el paso incierto y mordiéndose las uñas mientras fermentaba y se agriaba su carácter generoso. Este no se halla aún cubierto de harapos, pero esperemos. La Cancillería, que no reconoce más dictado que el de la tradición, es rica en semejantes antecedentes. ¿Por qué se ha de distinguir este de los millares de individuos que ha hundido en la miseria?

Hace tan poco tiempo que la influencia fatal pesa sobre Richard, que, mientras deambula por ahí, reticente a dejar el lugar durante tantos meses, aunque lo odie, quizá piense que su propio pleito es excepcional. En medio de los sinsabores que le corroen, recuerda su primera visita a Chancery Lane y la índole de los sentimientos que entonces le animaban. La injusticia engendra la injusticia. Uno se cansa de luchar contra las sombras, de sentirse continuamente vencido por ellas, y acabamos por buscar un adversario tangible. Es un alivio, una justificación a nuestros ojos por la cólera que sentimos, el poder desahogarla contra un enemigo real y efectivo. Richard había dicho la verdad al declararle a Vholes que tanto si está de peor o de mejor humor, sigue echándole la culpa. Se ha sentido frustrado en ese trimestre con respecto a ese objetivo concreto, y ese objetivo solo podía deberse al único asunto que está decidiendo su existencia, además, se justifica a sí mismo al tener un antagonista y opresor corpóreo.

¿Es Richard un monstruo por todo ello o la Cancillería abunda en tales precedentes que pudieran ser citados por el ángel de la guarda?

En el momento de cruzar la plaza y desaparecer entre la sombra bajo el portal del sur, lo ven el señor Guppy y el señor Weevle, que están conversando apoyados contra el parapeto. Ha pasado junto a ellos sin verles, porque avanza con la cabeza baja, y no mira más que al suelo.

—William —dice el señor Weevle, señalando a Richard—, ahí tienes uno que empieza. Un principio no de combustión rápida, sino de combustión lenta.

—Se ha arrojado de cabeza a su pleito —responde el señor Guppy— y supongo que está entrampado hasta las orejas. Nunca supe mucho de él. Era intratable cuando estuvo a prueba con nosotros. Por mí, que se pudra, ya sea como cliente o como pasante. Bueno, Tony, lo que te mencionaba es lo que están tramando.

El señor Guppy cruza sus brazos y se apoya en el parapeto otra vez, como si estuviera reanudando su interesante conversación.

—Te decía, pues —prosiguió el señor Guppy—, te decía que se pasan allí días enteros examinando uno a uno cada papel, revolviendo todos los harapos y registrando todos los muebles. A este paso, tienen ocupación por lo menos para siete años.

—¿Y está con ellos Small?

—Se ha despedido, diciéndole a Kenge que iba a ayudar a su padre, porque las proporciones que iban tomando sus asuntos reclamaban su cooperación. Ha habido, últimamente, cierta tibieza entre nosotros a causa de la reserva de que le acusé con respecto al asunto de su tío, pero sostiene que fuimos nosotros los que empezamos a tener reservas para con él, y, como no deja de ser cierto, he procurado restablecer nuestras relaciones bajo el mismo pie que antes. Por él he sabido cómo pasan el tiempo.

—¿No has ido a verlos?

—Hablando con franqueza, Tony —dice el señor Guppy—, no me siento muy animado a volver a esa casa, y no he vuelto, pero yendo contigo ya sería otra cosa, por eso te he ofrecido ayudarte a trasladar tus efectos. Creo que ha llegado la hora, Tony —añade el señor Guppy—. Es necesario —continúa el señor Guppy, que despliega una elocuencia misteriosa y tierna— que te repita, Tony, el cúmulo de circunstancias imprevistas que han alterado aquella imagen, que estaba grabada en mi mente, y han modificado mis más caros proyectos. La imagen se hizo pedazos, el ídolo cayó de su alto pedestal; por lo tanto, mi único deseo relativo a esos papeles que tanto codiciaba es el de destruirlos si los encuentro y sepultar sus cenizas en el más profundo de los olvidos. ¿Crees, Tony, con lo que conoces el carácter extraño del que fue presa del elemento ígneo, crees que realmente guardó esos papeles después de enseñártelos y que se salvaron de las llamas?

El señor Weevle reflexiona durante algunos momentos, mueve la cabeza y no cree que se salvasen los papeles.

—Compréndeme, Tony —prosigue Guppy, mientras ambos se dirigen hacia Cook's Court—, puedes tener la seguridad, sin necesidad de que te lo repita, de que el ídolo está destruido, y que mi único objeto es sepultar todo lo que a él se refiere en el olvido más profundo. Es un deber que me he impuesto por respeto a mí mismo y por la imagen destrozada que un día reinó en mi corazón. Si, pues, con una seña o una sonrisa me anunciases que has descubierto en tu antigua habitación los mencionados papeles, te declaro, Tony, que estoy dispuesto a quemarlos bajo mi propia responsabilidad.

El señor Weevle hace una señal de aprobación, y el señor Guppy, satisfecho de sí mismo y engrandecido ante sus propios ojos por la manera elocuente con que ha pronunciado estas palabras, anda con aire digno y solemne al lado de su amigo.

Desde que existe Cook's Court jamás ha poseído un manantial tan fecundo de habladurías y comentarios como desde los misteriosos hechos ocurridos en la antigua tienda del viejo Krook. Todos los días, a las ocho de la mañana, el abuelo Smallweed, acompañado por la señora Smallweed, Judy y Bart, es conducido a dicha tienda, donde toda la familia se instala hasta las nueve de la noche registrando, removiendo, huroneando, examinando todos los tesoros del difunto, y suspendiendo su tarea únicamente para sentarse a la mesa y devorar, a toda prisa, una comida de la casa de comidas. ¿Qué tesoros pueden ser esos cuyo secreto está tan profundamente guardado? Las comadres están impacientes, ansiosas, febriles, y, en medio de su delirio, solo sueñan en guineas que salen de las viejas cafeteras, en escudos amontonados en pucheros y en sillones y colchones repletos de billetes del Banco de Inglaterra. Ha corrido, entre el vecindario, un ejemplar ilustrado con grabados al boj, de la historia de Daniel Dancer y de su hermana, y otro de la vida del señor Elwes, de Suffolk, y atribuyen al señor Krook todos los hechos referidos en estos relatos auténticos.

En dos ocasiones en que fue llamado un trapero a cargar un carretón de papeles viejos, ceniza y botellas rotas, todo el vecindario se reunió para huronear en los fardos que se llevaban. Los dos ilustres reporteros, cuya hábil pluma escribe las gacetillas de los periódicos, recorren los contornos, a todas horas, evitando, sin embargo, el encontrarse, pues cada cual, trabaja, ahora, por su propia cuenta. El regente del Sol's Arms explota, hábilmente, el interés dominante, para atraer a la multitud a sus veladas nocturnas, y el diminuto Swills, cuyas alusiones de actualidad están expresadas en un lenguaje convencional que se ha hecho célebre, es saludado con estrepitosos aplausos e improvisa sobre Smallweed y su familia, con una facundia digna de todo elogio. La misma la señorita Melvilleson en su recital de la melodía escocesa

«Todos damos cabezadas», vuelve de tal modo la cabeza con malicia hacia la casa vecina, acentuando esta frase: «A los perros les gusta el buen caldo», que se la hacen repetir siempre, porque significa con toda claridad que el señor Smallweed tiene afición al dinero.

Pero nadie ha podido descubrir nada, y, como dicen la señora Piper y la señora Perkins, el antiguo inquilino del señor Krook (cuya llegada provoca una reunión general) es un motivo más para que se quiera saber todo.

El señor Weevle y el señor Guppy, seguidos de las miradas y de la curiosidad de todo el vecindario, llaman a la puerta de la casa del difunto, donde su admisión imprevista les hace perder inmediatamente la popularidad que habían adquirido, y sospecha todo el mundo de sus intenciones.

Están cerradas todas las ventanas de la casa adonde entran, y en el piso bajo reina la más completa oscuridad. Introducidos, de pronto, en aquella penumbra y viniendo de fuera donde brilla el sol, nuestros dos amigos andan un rato a tientas, pero, poco a poco, se hacen distintos los objetos que les rodean y reconocen al abuelo Smallweed acomodado en un sillón, cerca de un montón de papeluchos, donde la virtuosa Judy, hundida hasta la cintura, registra con ardor: no lejos de ella, la señora Smallweed, sentada en el suelo, desaparece bajo un montón de documentos, que probablemente le ha lanzado a la cabeza su afectuoso marido. Todos los individuos de la familia, sin exceptuar a Small, están cubiertos de un polvo negro que les da cierto aspecto infernal relacionado con el sitio en que se encuentran, más sucio, más revuelto que nunca y que conserva aún las huellas fúnebres que dejó el difunto.

—¡Ajá! —cacarea el viejo Smallweed, viendo entrar a los dos amigos, cuya llegada suspende las pesquisas de Judy—. ¿Cómo están ustedes, señores, cómo están? ¿Viene usted a buscar sus efectos, señor Weevle? Nos hubiésemos visto obligados a venderlos, caballero, para pagar los gastos de almacenamiento, si los hubiera dejado mucho más. Diría que se siente usted como en su propia casa de nuevo. Me alegro mucho de verle, amigo, me alegro mucho.

El señor Weevle le da las gracias al señor Smallweed y mira en torno suyo; los ojos del señor Guppy siguen la mirada del señor Weevle, que vuelve al punto de partida sin haber descubierto nada. Los ojos del señor Guppy hacen lo mismo y encuentran los del señor Smallweed.

—¿Cómo está usted? —repite el viejo—. ¿Cómo...?

Se para bruscamente, como una caja de música que ha terminado la cuerda. Un profundo silencio sucede a las palabras automáticas del viejo avaro, y el señor Guppy da un salto al ver delante de él al señor Tulkinghorn, impassible en la sombra y con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Este caballero tiene la bondad de ayudarme como consejero legal —dice el señor Smallweed, para responder a la sorpresa que manifiesta el señor Guppy.

—Es verdad —añade— que no soy digno de tener por consejero a un jurista tan eminente, pero, ¡es tan bueno este caballero!

El señor Guppy toca significativamente con el codo al señor Weevle para advertirle que observe por segunda vez en torno de la habitación, y saluda al señor Tulkinghorn, que hace una breve inclinación de cabeza. El eminente jurista presenta el aspecto de ser completamente extraño a lo que pasa en torno suyo, sin demostrar el menor interés.

—Habrán encontrado muchas cosas en esta casa, señor Smallweed —hace observar el señor Guppy.

—Montones de papeles y trapos viejos, querido amigo, objetos sin valor. Bart, Judy y yo trabajamos para hacer inventario de lo que puede venderse, y no hemos encontrado aún gran cosa, no hemos...

La cuerda ha fallado de nuevo y el señor Smallweed se detiene, mientras que la mirada del señor Weevle, seguida por la del señor Guppy, ha recorrido la habitación y ha vuelto a su punto de partida.

—No queremos estorbarles por más tiempo —dice el señor Weevle—, y les pido permiso para subir a la habitación que habitaba antes de la muerte del señor Krook.

—Suba usted, amigo mío, vaya a donde usted guste, considere que está usted en su propia casa.

Mientras suben la escalera, el señor Guppy interroga con la mirada al señor Weevle, que hace un ademán negativo.

Llegan a la antigua habitación de Tony, que les parece horrible. Está aún la ceniza del fuego que encendieron en la chimenea durante aquella noche memorable. Todo lo que tocan les inspira una repugnancia indecible. Se dan prisa en empaquetar los pocos objetos que han venido a recoger, y hablan en voz baja.

—¿Ves allá... ese gato que acaba de entrar? —dice el señor Weevle, retrocediendo con terror.

—Horrible animal, en efecto —responde William, amparándose detrás de la silla—. Small me ha contado que después de haber estado toda la noche muy furioso, huyó por el tejado, donde permaneció hasta el momento en que, flaco como un hueso, cayó por la chimenea. ¿Has visto nunca un animal semejante? Diríase que comprende todo lo que pasa. Se parece al viejo Krook... ¡Eh, gato! ¡Gato! ¡Fuera de aquí, animal del infierno!

Lady Jane endereza la cola, enseña los dientes y sale dando fuertes bufidos. Cuando llega abajo, el señor Tulkinghorn tropieza con ello, la gata se vuelve, da un bufido sobre las medias negras del procurador, y vuelve a subir la escalera, echando maldiciones.

—Señor Guppy —dice el señor Tulkinghorn—, ¿me permitirá usted que hablemos dos palabras?

El señor Guppy está ocupado en reunir la galería de bellezas de la Gran Bretaña que deposita en una vieja e innoble sombrerera.

—Caballero —responde el pasante, ruborizándose—, siempre he deseado ser cortés con todos los individuos del foro, especialmente con personas tan distinguidas como usted, sin embargo, le pediría, señor Tulkinghorn, que me comunique lo que tenga que decirme en presencia de mi amigo.

—¿Y por qué? —pregunta el señor Tulkinghorn.

—Tengo para pedírselo mis razones, que, sin afectarme personalmente, me bastan para motivar semejante petición.

—No lo dudo —dice el señor Tulkinghorn, tan imperturbable como la piedra de la chimenea hacia la cual se acerca—. Por otra parte, el asunto del que se trata es de escasa importancia y no merece que imponga usted condición alguna señor Guppy.

Se para, sonriendo, y su sonrisa es tan apagada como la tela de su pantalón.

—Quiero únicamente felicitarle, es usted muy afortunado, señor Guppy.

—Tanto mejor para mí, señor Tulkinghorn.

—Tiene usted amigos de alta alcurnia, entra en los opulentos palacios y le reciben elegantes damas. ¿Sabe usted, señor Guppy, que hay muchas personas en Londres que para hallarse en el puesto de usted sacrificarían ambas orejas?

—Caballero —responde el señor Guppy, que daría tal vez las suyas, encendidas como dos ascuas, para hallarse en el puesto de dichas personas—, si cumplo todos los deberes que exige mi profesión y si Kenge y Carboy no tienen queja de mí, me importa poco que le preocupe a nadie, ni aun al mismo señor Tulkinghorn, de Fields, el que yo tenga tales o cuales amigos. Perdone, caballero, si no doy más explicaciones: lo digo con todo el respecto que me merece y sin ánimo de ofenderle.

—No lo dudo —replica el señor Tulkinghorn, con calma—. Veo, por esos retratos —añade dirigiéndose al señor Weevle— que le inspiran gran interés las damas de alto copete, es una virtud común a casi todos los ingleses —observa el señor Tulkinghorn.

Está de pie junto a la chimenea, con la espalda hacia esta, y ahora se da la

vuelta con las gafas puestas.

—¿Quién es esta? ¡Ah! Lady Dedlock. Está muy conseguido este retrato, pero le falta carácter. ¡Buenos días, señores, buenos días!

Después de que ha salido de la habitación, el señor Guppy se apresura a guardar el retrato de milady junto con los demás, y dice con voz anhelante a su compañero:

—Acabemos pronto y salgamos de esta casa. Es en vano, Tony, que trate de ocultarte por más tiempo que existen entre una de esas nobles bellezas y yo relaciones que no te habían sido aún divulgadas. Hubiera podido revelártelo todo en otra época, confiándote la índole de tales relaciones, Tony, pero perdóname que haya guardado este secreto y que continúe guardándolo en adelante: he jurado sepultar, en un profundo olvido, todo cuanto tiene relación con el ídolo roto cuya imagen reinó en otro tiempo en mi corazón, y te invito en nombre de la amistad que nos une y del profundo interés que te inspira la aristocracia, que no me hagas preguntas y que olvides esta confidencia, con todos los hechos que a ella se refieren.

El señor Guppy se halla en un estado de intensa exaltación oratoria que raya en demencia y que produce en el señor Weevle, completamente deslumbrado, una impresión de la que se resienten sus largos cabellos y hasta sus patillas tan cuidadosamente peinadas.

XL

Nacional y regional

Durante algunas semanas, Inglaterra ha estado en una situación horrible. Lord Coodle quería salir del gabinete, sir Thomas Doodle se negaba a entrar en él, y como en toda Inglaterra no existen más que estos dos hombres de Estado, Inglaterra ha estado sin gobierno durante algunas semanas. Felizmente, ha podido evitarse el lance de honor que debía tener lugar entre estos dos grandes hombres, porque si aquellas dos pistolas se hubiesen disparado, y Coodle y Doodle se hubiesen matado el uno al otro, hubiese sido preciso que Inglaterra esperase para ser gobernada a que el niño Coodle y el niño Doodle, actualmente en pañales, hubieran llegado a ser mayores.

Felizmente, como dijimos, lord Coodle ha librado a su país de esta espantosa calamidad, aclarando, muy oportunamente, que si en el calor de la discusión es cierto que dijo que despreciaba la innoble carrera de sir Thomas Doodle, había querido expresar, únicamente, que el espíritu de partido no le impediría nunca pagar a su adversario el tributo de su admiración. Mientras,

por su parte, sir Thomas Doodle reconocía haber estado convencido siempre de que, a su juicio, lord Coodle pasaría a los ojos de la posteridad por un modelo de honor y de virtud.

Sin embargo, Inglaterra ha navegado todo un mes sin piloto frente a la tempestad, como ha hecho observar muy juiciosamente sir Leicester Dedlock, y lo más prodigioso del caso es que la nación no ha parecido inquietarse en este desastroso tránsito y ha seguido comiendo, bebiendo, casándose y dando a sus hijos en matrimonio como se hacía en la antigüedad, en los tiempos de antes del diluvio. Pero Coodle, Doodle y todo su séquito han visto claramente el peligro y les ha aterrado tanto que, por fin, sir Thomas Doodle no solo se ha dignado consentir en formar parte del ministerio, sino que, llevando al colmo su abnegación, ha hecho entrar con él a todos sus sobrinos, primos y cuñados. Hay, por lo tanto, esperanza de que la vieja nave dominará la tempestad.

Doodle, creyendo que debía volcarse en sus compatriotas, lo hace, esencialmente, en forma de monedas de a soberano y cerveza. En ese estado de metamorfosis está disponible en un buen número de sitios simultáneamente y puede volcarse en una parte considerable del país al mismo tiempo. Y mientras Britania se embolsa y traga a Doodle en forma de monedas de a soberano y en forma de cerveza, jurando y perjurando por su honor y su moralidad que no hace ni una cosa ni otra (es claramente una contribución a su gloria y moralidad), se terminan bruscamente las sesiones parlamentarias en Londres y todos los doodelistas y coodelistas se dispersan para auxiliar a Britania en esos religiosos ejercicios.

Resulta de todo esto que la señora Rouncewell, el ama de llaves de Chesney Wold, prevé que sir Leicester no tardará en llegar a la mansión con una multitud de parientes y amigos y con todos aquellos que, de una manera u otra, pueden cooperar en la gran obra constitucional. Y, con tan fausto motivo, esta venerable matrona, tomándose la ocasión por su lado caballeresco y de adhesión a la familia, sube y baja escaleras, atraviesa galerías, pasa y repasa una habitación tras otra, va y viene, abre y cierra, y se asegura de que todo está en perfecto orden, las alfombras colocadas, las cortinas puestas, las camas preparadas, la cocina y el comedor limpios; en una palabra, de que todo está dispuesto para recibir a los Dedlock.

La señora Rouncewell termina todos estos preparativos en un hermoso día de verano. Sombría y solemne parece la vieja casa con tantas disposiciones para ser habitada y sin habitante alguno salvo los retratados de las paredes. Así llegaron y se fueron, quizá haya meditado alguno de los Dedlock propietarios al pasar por allí. Así vieron esta galería silenciosa y en calma, como la veo ahora. Así pensaron, como pienso, en el vacío que dejarían en estos dominios cuando se fueran. Así les costó, como me cuesta, creer que podría existir sin ellos. Así pasarían por mi mundo, como yo paso por el suyo, cierro ahora la

puerta, que resuena. Así llenaron el hueco que dejaron otros, así murieron.

A través de algunas de las ventanas relucientes, hermosas desde fuera (enmarcadas a esta hora del atardecer no por monótona piedra gris, sino por una gloriosa casa de oro), entra la luz, excluida en otras ventanas, y se derrama rica, lujosa, desbordante como el verano sobre la tierra. Entonces se descongelan los Dedlock congelados. La sombra de las hojas, moviéndose sobre los retratos de los antiguos Dedlock, presta a sus caras singulares movimientos: hace guiñar los párpados de un obeso magistrado, pone un hoyuelo en la barba de un general y se aparta para dejar caer sobre el seno de una pastora de piedra una viva centella que hubiera hecho bien en animar su mármol cuando vivía, cien años atrás. Una antepasada de Volumnia, con zapatos de gran tacón, parecida a esta (como si proyectara la sombra de esa virgen doscientos años antes) despide un halo y se convierte en una santa. Una dama de honor de la corte de Carlos II, con grandes ojos redondos (y otros encantos semejantes), parece bañada en un agua tan ondulada como brillante.

Luego, el sol apaga sus rayos, el día expira. Incluso ahora la sombra, que cubre las flores de la alfombra, sube lentamente por las paredes y, como el tiempo y la muerte, sume a los antepasados en el olvido. E incluso ahora se detiene ante el retrato de milady, que se encuentra encima de la gran chimenea, una extraña sombra de algún árbol añoso, que parece temblar, y parece que un gran brazo sostuviera un velo o un capuchón esperando el momento de echarlo sobre ella. La sombra de la pared se condensa y sube. Forma en el techo un punto rojo, desaparece y todo queda sumido en la penumbra.

Aquel horizonte, tan hermoso y tan próximo, contemplado desde la terraza, se aleja lentamente y ya no es más que un recuerdo, así como tantas cosas hermosas que se creen alcanzar en la tierra. Se alza una leve neblina y vuelve a caer en forma de gotas de rocío. Las flores derraman todos sus perfumes, de los que se impregna el aire húmedo, y los bosques no forman más que una masa negra y profunda, que atraviesan muy pronto, y ahora se alza la luna, que los separa con algunas listas luminosas que se quiebran en sus troncos, como en los arcos fantásticamente rotos de una catedral inmensa.

La luna ya está alta y la desierta quinta, que necesita más que nunca ser habitada, es como un cuerpo sin vida. Más imponente y triste bajos los pálidos rayos que la alumbran, hace pensar en todos los que han dormido en aquellas solitarias salas y a quienes se llevó la muerte. Es la hora de la sombra, en la que todos los rincones se convierten en cavernas y cada escalón de bajada es un pozo, en la que las vidrieras de colores se reflejan en colores pálidos y desvaídos en los suelos, en la que se puede ver todo, cualquier cosa, en las pesadas vigas de la escalera, salvo sus verdaderos contornos, en la que se cree ver que las viejas armaduras se mueven sigilosamente, y en la que las celadas

de los cascos sugieren con terror no estar vacíos. Pero, de todas las sombras que la noche ha esparcido sobre Chesney Wold, la última que el día disipará es la que se proyecta sobre el retrato de milady; es la primera en llegar, y la última en disiparse. A esa hora y con esta luz se transforma en unas manos amenazadoras alzadas contra aquel hermoso rostro con cada corriente de aire.

—No, señora, no está muy bien —responde un criado en la sala de audiencias de la señora Rouncewell.

—¿Está enferma milady? ¿Qué le pasa?

—La verdad, señora, ha estado delicada desde la última vez que vino a la quinta como un ave de paso, y apenas ha salido de su habitación desde su regreso a Londres.

—Chesney Wold la restablecerá, Thomas —contesta la señora Rouncewell, con una mezcla de satisfacción y orgullo— no hay sitio más sano, y hay el aire más puro que existe.

Thomas tiene, probablemente, una opinión diferente, es probable que la insinúe por la forma en que alisa su lustroso cabello desde la nuca hasta las sienes, pero se guarda muy bien de expresarla, y baja a la cocina, donde se harta de empanada de carne y de cerveza.

Thomas es el humilde precursor que se adelanta a su amo, como el pez piloto que precede al tiburón.

En efecto, sir Leicester y milady llegan al día siguiente por la tarde, acompañados de sus numerosos criados y seguidos muy pronto de una multitud de parientes que acuden de todos los puntos del país. De ello resulta que durante varias semanas se ven vagar por todo el país, especialmente por los sitios en que Doodle se prodiga en lluvia de monedas de oro y raudales de cerveza, misteriosos caballeros que en realidad no son sino esos seres de carácter bullicioso que acompañan al político por todas partes sin hacer nada.

Sir Leicester reconoce en semejante ocasión la ventaja de tener una extensa parentela. Nadie hace mejor papel en una comida de caza que el distinguido Bob Stables y difícilmente se encontrarían ciudadanos de la vieja Inglaterra más dispuestos a correr de mitin en cabina electoral como lo están los demás primos del barón.

Volumnia no brilla por la inteligencia, pero es una verdadera Dedlock, y ciertas gentes aprecian en lo que vale su conversación franca y sus charadas francesas, que han llegado a hacerse nuevas de puro viejas, y consideran un verdadero honor darle la mano para conducirla a la mesa o para bailar con ella. Bailar es algunas veces una obra de patriotismo y, en estas ocasiones solemnes, Volumnia salta, constantemente, por la ingrata patria que le niega

una pensión.

Milady sigue delicada y se ocupa poco de sus huéspedes. No se presenta en el salón hasta una hora muy avanzada, pero anima con su presencia las comidas y los bailes soporíferos que se dan en las grandes ocasiones.

Sir Leicester considera completamente imposible que quienquiera que tenga la dicha de ser recibido en Chesney Wold pueda carecer de nada, y, encerrándose en una satisfacción llena de grandeza, va y viene en medio de aquella numerosa sociedad en la que produce el efecto de un poderoso refrigerador. Todas las noches, los primos, que han trotado todo el día por la hierba de los caminos, van a los mítines y a las cabinas electorales con guantes de piel de gamo y látigo de caza por los condados, y con guantes de cabritilla y bastón por las aldeas, le cuentan todo lo que han visto en las asambleas electorales, y el respetable barón les dirige una arenga en los postres. A diario, los hombres inquietos que no tienen una ocupación en la vida aparentan estar más bien ocupados. A diario, sir Leicester habla con Volumnia de la situación política, llegando a la conclusión de que ésta es una mujer más formal de lo que había él supuesto.

—¿Cómo van nuestros asuntos? —pregunta la señorita Volumnia con una palmadita—. ¿Estamos a salvo?

Ya casi ha concluido la magna empresa y Doodle se volcará en el país dentro de unos días. Sir Leicester acaba de aparecer en el largo salón después de la cena, una singular estrella brillante rodeada de nubes de primos.

—Medianamente —responde sir Leicester, que tiene una lista en una mano—, Volumnia.

—¿Solo medianamente? —interroga Volumnia, con expresión de duda.

A pesar de estar en verano, va a sentarse cerca de la chimenea, donde, por la tarde, hay fuego para él. Ocupa su asiento de costumbre cerca de la pantalla y repite con tono firme y cierto desagrado que significa: «No soy un hombre vulgar y, cuando digo “medianamente”, hay que entender que es la palabra adecuada».

—He dicho medianamente, Volumnia.

—No hacen, al menos, oposición a su candidatura —afirma Volumnia confiada.

—No, Volumnia. Este desgraciado país ha perdido la razón en muchos asuntos; es doloroso tener que decirlo, pero...

—... no es tan insensato para llegar a semejante extremo.

Esta interrupción hace que Volumnia recupere su favor. Sir Leicester,

inclinando graciosamente la cabeza, parece decirse a sí mismo: «Esta mujer es, en general, sensata, aunque a veces se precipite». En cuanto a la observación de la señorita Dedlock, es completamente superflua. Sir Leicester no presenta nunca su candidatura a los electores más que como una proposición ventajosa que deben aceptar en el acto. Y por lo que hace referencia a las dos plazas menos importantes que le pertenecen, se reserva designar a los individuos que deben ocuparlas, siendo sus recomendados materiales que después del sufragio habrá de transformar en dos miembros del Parlamento, ante el que serán enviados para los efectos consiguientes.

—Siento, sin embargo, Volumnia —continúa el barón—, tener que decirle que en ciertos lugares el pueblo ha manifestado cierto espíritu revolucionario y que el gobierno ha encontrado en dichos puntos una oposición de mal carácter.

—¡Miserables! —exclama Volumnia.

—Y aun en la mayor parte de los casos —continúa sir Leicester, dirigiendo la mirada a los primos dispersos por el salón tumbados en los sofás— en que el gobierno de los facciosos ha triunfado (digamos de pasada que los doodelistas son considerados facciosos por los coodelistas, y viceversa), la causa justa —es doloroso tener que confesarlo por lo que afecta al honor de Inglaterra—, la causa justa solo ha triunfado a costa de enormes sacrificios..., ¡de centenares de miles de libras! —añade sir Leicester, quien con un gesto de indignación profunda mira a los primos.

Si Volumnia tiene un defecto, es el ser algo ingenua, cualidad extremadamente apreciada con pañal y babero que está un poco fuera de lugar con el carmín y el collar de perlas. No obstante, impelida por su inocencia, pregunta con inoportuna ingenuidad:

—Y ¿para qué tales sacrificios?

—¡Volumnia! —dice sir Leicester con tono de reproche—. ¡Volumnia!

—No, no soy estúpida; no quería decir eso, quise decir ¡qué lástima!

—Me alegro, Volumnia —responde sir Leicester—, de oírle decir «¡qué lástima!».

Volumnia se apresura a expresar su opinión de que habría que procesar a esa gente escandalosa como a traidores y hacer que dieran su apoyo al partido.

—Es, en efecto —replica sir Leicester—, un baldón para el cuerpo electoral. Pero, ya que sin quererlo me ha preguntado con qué objeto se hacían esos sacrificios, le contestaré que son sacrificios necesarios y apelo a su buen sentido, Volumnia, para confiar que no volverá a hablar más de eso nunca, ni aquí ni en otra parte.

Sir Leicester cree un deber imponer a Volumnia un silencio tanto más

riguroso sobre este punto cuanto que se dice, en voz baja, que en más de doscientas elecciones se ha aplicado desagradablemente la palabra «corrupción» a los sacrificios de los que se trata, y que algunos burlones de baja ralea han pedido que se reemplazara el servicio oficial de la Iglesia en honor a los miembros del Parlamento por rogativas pedidas a los fieles por seiscientos cincuenta y ocho caballeros agonizantes.

—¡Supongo que el señor Tulkinghorn habrá tenido que matarse a trabajar! —dice Volumnia, después de algunos instantes de silencio.

—Ignoro por qué —responde sir Leicester, abriendo los ojos— el señor Tulkinghorn iba a matarse a trabajar. Ignoro qué compromisos pudiera tener el señor Tulkinghorn. No es candidato.

Volumnia había pensado que quizá lo habían contratado. Sir Leicester desearía saber por quién y para qué. Volumnia, algo confusa, insinúa que sería posible que trabajase por cuenta de alguno de sus clientes, pero Sir Leicester asegura que ninguno de los clientes del señor Tulkinghorn tiene necesidad de su intervención en semejante aspecto...

Lady Dedlock, que está sentada cerca de una ventana y que, con el brazo apoyado en su acolchado alféizar, mira cómo se extiende la sombra por el parque, parece atender a la conversación desde que se ha pronunciado el nombre del procurador.

Un primo melancólico, de bigotes y de aspecto enfermizo, observa, entonces, desde el sofá donde se halla reclinado que le contaron ayer que el señor Tulkinghorn había sido llamado a los distritos de las fundiciones, y al tener que terminar hoy la diligencia para la cual fue llamado a consultas, daría mucho que hablar que trajera la noticia de haber sido derrotado Coodle.

En el mismo instante, un mercurio trae el café y anuncia a sir Leicester que el señor Tulkinghorn acaba de llegar y que está comiendo. Milady dirige una mirada al salón y vuelve inmediatamente a su contemplación del exterior.

Volumnia se muestra muy contenta al saber que ha llegado el procurador, pues simpatiza mucho con él. ¡Posee tanta originalidad, tanta discreción, tanta reserva! Forzosamente ha de ser francmasón, jefe de logia con su correspondiente mandil y su trulla, y ha de sentarse como un ídolo rodeado de innumerables candelabros y escuadras. La señorita Dedlock hace estas observaciones satíricas con el tono ligero que tiene la juventud, mientras teje un monedero.

—No ha venido aún desde que estoy aquí —prosigue diciendo—, y estaba desesperada. ¡Ingrato! Había llegado a creer que había muerto.

Quizá por la oscuridad creciente de la tarde o por la oscuridad aun mayor

de su interior, a lady Dedlock se le ensombrece el rostro como si pensara: «¡Ojalá fuese así!».

—El señor Tulkinghorn —dice sir Leicester— es bien recibido siempre en Chesney Wold, es un hombre de mucho mérito y digno del aprecio que todo el mundo le profesa.

—Debe de ser inmensamente rico —insinúa el primo melancólico.

—Así lo creo —responde sir Leicester—. Su trabajo se cotiza bien, y trata con las familias más distinguidas, quienes le reciben siempre como a un igual.

Todos se estremecen porque se oye un disparo a corta distancia.

—¡Cielos! ¿Qué puede ser eso? —exclama Volumnia con un gritito reprimido.

—Un ratón que acaban de matar —responde milady.

En ese momento, el señor Tulkinghorn aparece seguido de varios criados que traen lámparas y velas.

—No, no —dice el barón—. Llévense la luz, a no ser, milady, que tengas miedo a la oscuridad.

Milady, por el contrario, quiere gozar del crepúsculo.

—¿Y Volumnia?

Nada le es tan delicioso como hablar a oscuras.

—Retiren las luces —repite el barón—. ¿Cómo le va, señor Tulkinghorn?

El señor Tulkinghorn cruza el salón con la calma y desenvoltura que le son habituales, hace una reverencia al pasar por delante de milady, recibe un apretón de manos de sir Dedlock y va a sentarse en el sillón que hay al otro lado de la mesa, donde están los periódicos de sir Leicester, y en el cual se sienta siempre que tiene que comunicar alguna noticia al barón.

Como milady está indispuesta, sir Leicester manifiesta el temor de que se resfríe si permanece al lado de la ventana. Milady agradece la atención, pero dice que necesita respirar el aire. Sir Dedlock se levanta para abrigar con el chal los hombros de milady, y vuelve a sentarse cerca de la chimenea. El señor Tulkinghorn saca, mientras, la caja de rapé, y aspira deliciosamente un poco de polvo.

—¿Qué hay de ese asunto? —pregunta el barón al procurador.

—Han sido ustedes completamente derrotados desde el principio. Ni siquiera ha habido empate: tres votos contra uno en el primer escrutinio.

Una de las cualidades que constituyen la superioridad del señor

Tulkinghorn es la de no tener opinión política alguna, y por lo tanto no dice «hemos sido», sino «han sido ustedes derrotados».

Sir Leicester experimenta una noble indignación.

Volumnia no ha oído nunca cosa semejante, y el primo melancólico afirma que «sucederá siempre lo mismo mientras se permita votar al populacho».

—Ya saben ustedes que en ese distrito —continúa el señor Tulkinghorn en la oscuridad, que aumenta a mayor velocidad cuando se hace de nuevo el silencio— se había prometido la candidatura al hijo de la señora Rouncewell.

—Proposición que tuvo el buen gusto y el buen sentido de rechazar, según me dijo usted entonces —responde sir Leicester—. No puedo decir que apruebe los sentimientos que manifestó durante la media hora que pasó en el salón, pero había en sus maneras, en su misma firmeza, cierta urbanidad que me complazco en reconocer.

—Lo cual no ha obstado —prosigue el señor Tulkinghorn— para que desplegara una extrema actividad en las últimas elecciones.

Sir Leicester respira con fuerza una o dos veces antes de contestar.

—¿He entendido bien? —dice al fin—. Y ¿debo deducir de sus palabras que el hijo de la señora Rouncewell ha dado pruebas de esa actividad en las últimas ocasiones?

—De una actividad poco común, sir Leicester.

—¿Contra quién, señor Tulkinghorn?

—¿Contra quién ha de ser? Contra ustedes, sir Dedlock. Es un buen orador, elocuente y preciso, muy influyente en el país, y ha hecho votar como ha querido a todos los industriales de su condado.

Es evidente para todo el mundo, aunque no es posible verlo, que sir Leicester está abismado en un asombro tan profundo como majestuoso.

—Por otra parte, su hijo lo ha ayudado eficazmente.

—¿Su hijo, señor Tulkinghorn? —repite sir Leicester con gélida cortesía.

—Sí, sir Dedlock.

—¿Ese que deseaba casarse con la joven que está al servicio de milady?

—Precisamente, es hijo único.

—¡Por mi honor y por mi alma —exclama sir Leicester, tras un silencio terrible durante el cual se oye hervir su respiración oprimida— que se han roto, por fin, los diques que protegían la sociedad! La oleada se desborda y destruye todos los límites sociales, derrocando todo lo que unía entre sí los

diversos elementos de los que se compone el país.

Explosión general de indignación de todos los parientes. Volumnia expresa que ha llegado la hora de dar el poder a una mano vigorosa y robusta, que sepa emplear medios enérgicos, y el primo melancólico cree que «el país corre a toda velocidad hacia su perdición».

—¡Suplico que no se hable más de esto! —dice sir Leicester—. Todo comentario es superfluo. En cuanto a esa joven, permíteme, milady...

—Mi intención es conservarla a mi lado —responde lady Dedlock en tono firme.

—Es precisamente lo que quería proponerte —dice sir Leicester—. Dado que la has juzgado digna de tu protección, creo que debes emplear tu influencia para impedir que caiga entre esas manos peligrosas. Manifiéstale la violencia que harían a sus principios y a sus deberes si entrara en semejante familia, y dile que no dejará de encontrar en Chesney Wold a un marido que, por lo menos —añade sir Leicester tras reflexionar un momento—, no la separará de la religión de sus padres.

Sir Dedlock ha sometido estas observaciones a su mujer, con toda la deferencia y la cortesanía que emplea siempre con ella.

Por única respuesta, milady hace una ligera inclinación de cabeza. Asoma la luna y, por donde se sienta, un pálido rayo de luz entra en el salón y da de lleno en el rostro de milady.

—Es muy notable —dice el señor Tulkinghorn— el orgullo que tienen esas gentes.

—¡Orgullo! —repite el barón, que no puede dar crédito a sus oídos.

—No me sorprendería —continúa el procurador— que renunciasen voluntariamente a esa joven, aun el mismo pretendiente, antes que verla en Chesney Wold en las circunstancias en que se encuentra.

—¡Vaya! —dice sir Leicester con voz temblorosa—. ¡Vaya! Debería saberlo, señor Tulkinghorn. Ha estado con ellos.

—Respondo de ello, sir Leicester, y puedo contar sobre este punto una historia..., con el permiso de lady Dedlock.

Milady otorga el permiso, y Volumnia está encantada.

—¡Una historia! Va por fin a contar alguna cosa. ¡Una leyenda con su correspondiente espectro!

—Es, por el contrario, una historia en la que solo figuran personajes muy reales, señorita Dedlock, muy reales —repite el procurador con cierto énfasis,

que interrumpe su habitual monotonía—. Hace pocos días que tengo noticias de estos detalles, sir Leicester, el relato será breve y viene en apoyo de mi anterior aserto. Suprimo los nombres por ahora, y espero que no se ofenderá milady.

Puede verse a la luz de la chimenea que vuelve la cabeza hacia la ventana, donde se distinguen perfectamente, a la claridad de la luna, las facciones de lady Dedlock.

—Un compatriota de ese señor Rouncewell —continúa el procurador—, un hombre que se hallaba en la misma situación, tuvo la dicha de tener una hija que atrajo la atención de una gran señora, no de una gran señora en relación a él, sino en toda la extensión de la palabra, porque era la esposa de un caballero que ocupaba en el mundo un rango igual al vuestro, sir Leicester.

Sir Leicester dice condescendentemente:

—Sí, señor Tulkinghorn. —Lo que implica que entonces debió de parecer de una gran dimensión moral a ojos de un metalúrgico.

—Esa señora, hermosa y rica, le había cobrado a la joven gran cariño, y la tenía casi siempre a su lado. Pero la gran señora ocultaba bajo su noble orgullo un secreto que había conservado durante muchos años. Había tenido relaciones con un truhan capitán de no sé qué rama, un perdido, un miserable de quien nadie conserva memoria alguna. No se casó con él, pero fue madre de una niña de quien era padre ese capitán.

Puede verse, a la luz de la llama moribunda de la chimenea, que el señor Tulkinghorn se vuelve hacia la ventana donde la luna ilumina el perfil puro y sereno de lady Dedlock.

—A la muerte del capitán —continúa el procurador—, la gran señora se creyó salvada, pero un conjunto de circunstancias imprevistas, que no vienen al caso, pusieron al descubierto el secreto. Contribuyó a ello, sobre todo, una imprudencia de esa dama que, según me han contado, se dejó sorprender un día, lo cual prueba que la persona más vigilante tiene siempre un momento de descuido. No les hablaré de la indignación del marido y de los disgustos que siguieron al descubrimiento, pues no es eso lo que nos ocupa. Cuando llegó este descubrimiento a oídos del compatriota del señor Rouncewell, no permitió a su hija que continuase más bajo una protección que a sus ojos era una deshonra, y la sacó bruscamente de la quinta de la gran señora sin tener en cuenta el honor que se habían dignado hacerle, como si esta señora fuera la más vulgar de las mujeres. Tal es la historia que me han contado, y espero que lady Dedlock se dignará perdonar lo que hay de penoso en este relato.

Se aducen diversas opiniones en contra como la de Volumnia, que no admite que una gran señora pudiera tener semejante conducta, y rechaza los

hechos como imposibles. La mayoría tiende a apoyar los sentimientos del primo melancólico, que los expresa en pocas palabras: «No hay derecho..., compatriota infernal de Rouncewell». En cuanto al barón, se acuerda de Wat Tyler y prevé una serie de cataclismos que están en el programa de su política.

Luego la conversación languidece. Hace muchos días que se acuestan tarde en Chesney Wold desde que comenzaron los gastos necesarios en otras partes, y esta es la primera velada de todas que pasan en familia. Pasadas las diez, sir Dedlock le ruega al señor Tulkinghorn que llame para que traigan velas, y una oleada de luz penetra en el salón. Milady se aparta de la ventana y se acerca a la mesa para beber un vaso de agua, y una nube de primos, guiñando los ojos como murciélagos cegados por la claridad, se precipitan hacia la mesa para servir a milady, y Volumnia (siempre dispuesta a algo mejor si es posible) se toma otro, un sorbito diminuto con el que se contenta. Lady Dedlock, grácil, dueña de sí, seguida por miradas de admiración, pasa muy lenta y morosamente al lado de esa ninfa, que gana muy poco con la comparación.

XLI

En el cuarto del señor Tulkinghorn

El señor Tulkinghorn llega a su habitación de la torreta un tanto fatigado del viaje, aunque en realidad lo ha hecho cómodamente y sin precipitación. En su rostro brilla cierta expresión de alegría, como si acabase de cumplir alguna empresa difícil y, a su introvertida manera, se encontrara satisfecho. No puede decirse que se sienta triunfante, pues sería hacerle tanta injusticia como suponerle conmovido por amor o capaz de cualquier sentimiento de ternura. Está formalmente satisfecho. Quizá se incremente su sensación de poder cuando se agarra ligeramente una de sus muñecas venosas con la otra mano y las deja a la espalda paseándose sin ruido arriba y abajo.

Hay un escritorio espacioso en la habitación y encima una gran acumulación de papeles. La lámpara está encendida, ha dejado los anteojos a un lado de su escritorio, hay un gran sillón delante de la espaciosa mesa y todo hace suponer que piensa trabajar antes de acostarse. Pero no tiene la cabeza en el trabajo. Echa una mirada indiferente a los legajos de papeles que lo esperan (con la cabeza muy inclinada sobre la mesa, la mirada del anciano para impresos o manuscritos es deficiente por la noche), abre la contraventana y sale a la pequeña terraza que hay delante de su ventana. Allí camina de nuevo lentamente con la misma actitud, calmándose (si es que un hombre tan frío tiene necesidad de calmarse) tras la historia que ha relatado abajo.

Muchos otros subieron antes que Tulkinghorn a lo alto de las viejas torres, para sondear el porvenir consultando los astros. Multitud de estrellas son visibles esta noche, aunque su brillo queda eclipsado por el esplendor de la luna. Pero si él busca entre todos esos mundos el que preside su destino, este no puede ser una estrella muy brillante cuando tiene tan funesto representante en la tierra. Si rastrea su destino, quizá se encuentre escrito en otros caracteres más al alcance de la mano.

Mientras se pasea por la terraza, probablemente con los ojos puestos más allá de sus pensamientos como lo están por encima de la tierra, se detiene de pronto al pasar junto a la ventana, viendo dos ojos que se cruzan con los suyos. El techo de su cuarto es más bien bajo y la parte superior de la puerta, que está enfrente de la ventana, es de cristal. También hay una puerta acolchada, pero al ser la noche cálida, no la ha cerrado cuando ha llegado de abajo. Esos ojos que se encuentran con los suyos miran por el cristal desde el pasillo de fuera. Los conoce bien. Hace muchos años que el procurador no se ha sonrojado, pero la sangre le afluye al rostro al reconocer a lady Dedlock.

Milady abre la puerta, que vuelve a cerrar detrás de sí, y penetra en la habitación adonde vuelve a entrar el procurador. Se puede ver una mirada trastornada (¿es miedo o ira?) en sus ojos. En su porte y en todo lo demás, tiene el aspecto que tenía abajo dos horas antes. ¿Ahora es miedo o es ira? No puede afirmar nada. Ambas cosas pueden parecer pálidas, ambas resueltas.

—¿Lady Dedlock?

Al principio ella no habla, ni siquiera tras sentarse en el sillón que hay cerca de la mesa. Se miran uno a otro, como dos retratos.

—¿Por qué —pregunta— le ha contado usted mi historia a tanta gente?

—Porque deseaba informarle a usted de que la conocía.

—¿Desde cuándo la sabe usted?

—Hace mucho tiempo que lo sospechaba, pero sé los detalles desde hace poco.

—¿Meses?

—Días.

Permanece en pie delante de ella, con una mano apoyada en el respaldo del sillón y la otra enfundada entre su chaleco anticuado y la pechera de la camisa, exactamente la misma postura que ha mantenido ante ella desde su matrimonio. Y habla con la misma cortesía formal, la misma extrema cortesía, que quizá sea un gesto de desafío; es el mismo hombre de siempre: frío y sombrío, y conserva, como de costumbre, la misma distancia respetuosa que nunca nada ha disminuido.

—¿Ha dicho usted la verdad en relación a esa joven?

Él inclina la cabeza hacia adelante y manifiesta no entender la pregunta.

—¿Recuerda usted sus palabras? —prosigue milady—. ¿Es cierto que sus amigos conocen también mi historia? ¿Que todo el mundo habla de ella? ¿Que se escribe en las paredes y se pregona por las calles?

La cólera, el temor y la vergüenza están a un tiempo en lucha en su corazón. Las tres luchan entre sí. «Pero ¿qué poder tiene esa mujer —piensa el señor Tulkinghorn—, para dominar el odio de esas pasiones desencadenadas?» Esos son los pensamientos que se forman en el señor Tulkinghorn cuando la mira, con las cejas grises y enmarañadas un poco más fruncidas que de costumbre ante su mirada.

—No, lady Dedlock. No es más que una hipótesis surgida por la arrogancia inconsciente con que sir Leicester trataba el tema. Pero podría ser una realidad si los padres de esa joven supiesen... lo que sabemos.

—¿Quiere decir que no saben nada aún?

—No, milady.

—¿Puedo poner a salvo a la pobre niña antes de que lo sepan?

—No sé, milady —dice el señor Tulkinghorn—, no podría contestar a esto.

La fuerza de esta mujer es verdaderamente sorprendente, piensa el señor Tulkinghorn, que sigue todos los movimientos de su víctima con curiosidad.

—Caballero, voy a ver si consigo explicarme con más claridad —dice lady Dedlock, obligada por el momento a concentrar todas sus energías en sus labios, para poder hablar con precisión—. No discuto su hipótesis, la admito. Comprendí cuando vi al señor Rouncewell que, si hubiera sabido la verdad sobre mi historia, habría considerado a la pobre niña manchada por haber sido durante un momento, a pesar de la mayor de las inocencias, el objeto de mi gran y distinguida protección. Pero me intereso..., o más bien, dado que ya no pertenezco a esta casa, me interesaba por ella y, si respeta aún bastante a la mujer que tiene a su merced como para recordar el interés que se tomaba por esa joven, le quedará agradecida por su compasión.

El señor Tulkinghorn, que escucha con atención, aparta de sí la frase encogiéndose de hombros para disminuir su propia importancia, y frunce un poco más el ceño.

—Me ha preparado para la deshonra que me espera —prosigue milady—, y le doy las gracias por su discreto aviso. ¿Tiene algo que pedirme? ¿Tiene alguna proposición que hacerme? ¿Puedo evitarle a mi esposo algún tormento y librarle de alguna dificultad judicial garantizando con mis propias

confesiones la exactitud de su descubrimiento? Dícteme usted. Estoy dispuesta a escribir lo que quiera. Estoy lista.

Y lo haría, piensa el procurador, viendo la decisión con que milady toma la pluma.

—Lady Dedlock, tenga piedad de usted misma.

—Llevo mucho tiempo esperando esto. No necesito la piedad de los demás ni la mía, señor Tulkinghorn. No podrá causarme ya más mal del que me ha hecho. Continúe, caballero, haga todo lo que se ha propuesto.

—Lady Dedlock, no hay nada que hacer. Voy a decirle unas palabras cuando haya terminado.

Su necesidad de observarse uno al otro debería haber acabado ya, pero lo siguen haciendo de forma constante. El cielo está cuajado de estrellas, y sus pacíficos resplandores descienden hasta ellos, la noche es serena, todo descansa, los bosques duermen bajo la claridad de la luna, y la vieja mansión tiene la placidez de un sepulcro. ¡Un sepulcro! ¿Dónde está el sepulturero destinado a enterrar ese secreto con todos los demás que guarda el pecho del señor Tulkinghorn? ¿No existe aún? ¿No se ha forjado aún su pala? Preguntas extrañas, sin duda, pero menos extrañas, quizá, bajo la mirada de las estrellas en una noche de verano...

—No hablo de pesares ni pienso arrepentirme de ninguno de mis sentimientos —continúa lady Dedlock—. Es mejor callarlos ante quien no sabría comprenderlos. No hablemos de eso, pues no es propio para sus oídos.

El procurador finge un aire de protesta, pero ella le contiene con ademán desdeñoso.

—De otras y muy diferentes cosas he venido a hablarle. He de decirle que mis joyas están en el lugar acostumbrado, así como mis vestidos, mis encajes y todo cuanto me ha pertenecido. Solo llevo conmigo una exigua cantidad de dinero. Me he puesto unos vestidos que no son míos para evitar que me conozcan, y parto de esta casa adonde no volveré jamás. Hágalo saber así: es lo único que le pido.

—Perdone, milady —dice el señor Tulkinghorn, imperturbable—, pero no estoy seguro de haber comprendido.

—Digo que me marchó ahora mismo de Chesney Wold y que nadie volverá a saber más de mí.

Y se levanta, pero él, impasible, y sin cambiar de actitud, niega con la cabeza sin mover la mano del respaldo de la silla ni del chaleco anticuado y la pechera de la camisa.

—¿Que no me marche? —dice milady.

—No —responde el señor Tulkinghorn.

—¿Sabe qué alivio supondrá mi desaparición? ¿Ha olvidado usted que mi presencia es una deshonra para esta casa?

—De ningún modo, lady Dedlock.

Milady se dirige hacia la puerta, sin dignarse contestarle, y va a salir, cuando el señor Tulkinghorn le dice, sin hacer el menor movimiento y sin alzar siquiera la voz:

—Tenga la bondad de escucharme, lady Dedlock. Antes de que llegue a la escalera habré tocado la campana, habré despertado a todos los de la casa, y hablaré delante de todo el mundo, hombres y mujeres, amos y criados.

Se ve dominada, se siente desfallecer, se estremece y se lleva la mano a la frente. Esto sería para cualquier otro un signo muy incierto, pero la experta mirada de Tulkinghorn no se equivoca: ha visto aquella indecisión y comprende su triunfo.

—Dígnese escucharme, lady Dedlock —repite el procurador, señalándole el sillón que ocupara pocos momentos antes.

Ella vacila, pero él vuelve a señalarle el sillón y milady se sienta.

—Lady Dedlock, nuestras relaciones son de un carácter penoso, pero, como no he sido yo quien tiene la culpa de ello, no trataré de disculparme. Sabe usted muy bien cuál es mi posición al lado de sir Leicester para que pueda suponer que no haya adivinado usted, hace mucho tiempo, que me correspondía a mí, naturalmente, hacer este descubrimiento.

—Hubiera hecho mejor con marcharme, caballero —responde milady, mirando al suelo—, no debía haberme detenido. No tengo nada más que hablar con usted.

—Perdone, lady Dedlock, si vuelvo a pedirle un momento de atención.

—Acerquémonos a la ventana, caballero, porque me ahogo en esta habitación.

La mirada inquieta con que el procurador sigue los menores movimientos de la baronesa revela un instante el temor de verla arrojarse, precipitarse al alféizar y la cornisa y dejar la vida en la terraza de abajo. Pero se tranquiliza viéndola en pie, cerca del alféizar donde se apoya, mirando tristemente a las estrellas que brillan en el horizonte. Al retroceder cuando se movió ella, se encuentra un poco por detrás.

—No he podido tomar aún una resolución que me satisfaga —dice—. No

veo claramente lo que he de hacer, y quisiera pedirle que, por el momento, lady Dedlock, se decidiese usted a guardar su secreto, como hasta el presente, sin asombrarse de que yo no diga nada a nadie.

Se interrumpe, pero ella no contesta.

—El asunto es muy importante, milady, y espero que me honrará con su atención.

—Escucho.

—Gracias. No debiera haberlo dudado sabiendo cuánta es la fuerza de su carácter, ni dirigirle una pregunta completamente inútil. Pero tengo costumbre de sondear a cada paso el terreno por donde ando. Lo único que hay que considerar en este asunto es la posición de sir Dedlock.

—Entonces ¿por qué —pregunta ella en voz baja, y sin apartar su sombría mirada de esas estrellas distantes— no me deja usted marcharme?

—Precisamente por él, lady Dedlock. No necesito recordarle su orgullo y la fe profunda que tiene puesta en su honra: la caída de la luna, milady, le sorprendería menos que la de usted como esposa suya.

Respira una o dos veces, rápida y profundamente, pero permanece impávida como siempre la ha visto entre las personas más distinguidas.

—Le aseguro, lady Dedlock, que en otro tiempo hubiera intentado arrancar de raíz el más antiguo de los árboles del bosque antes que tratar de conmovir la confianza que inspira usted a sir Dedlock, pero en la actualidad vacilo aún, no porque pueda dudar, que ello ya no cabe entre las posibilidades, sino porque no sabría prepararle para un golpe tan terrible.

—No cree usted que mi fuga... Piénselo de nuevo.

—Su fuga, lady Dedlock, desvelaría toda la verdad, y absolutamente toda la verdad al mundo entero. Eso sería perder el honor de la familia, lady Dedlock. No hay ni que pensarlo siquiera.

La firmeza con que da esta respuesta no admite objeción.

—Cuando hablo de sir Leicester —prosigue muy seco— pienso igualmente en la familia; la baronía y Chesney Wold, los antepasados y el patrimonio son inseparables de sir Leicester. ¿Tengo acaso necesidad de decírselo, lady Dedlock?

—Continúe usted, caballero.

—Es preciso —dice el señor Tulkinghorn, que sigue exponiendo su caso monótonamente—, pues, que no se haga público el secreto. ¿Qué sucedería si sir Dedlock, al saberlo, muriese de pesar o se volviese loco? ¿Cómo explicar

el cambio que habría en su conducta si, por ejemplo, le dijese mañana quién era la mujer de quien le hablaba? Entonces la historia se escribiría en las paredes y se pregonaría por las calles, lady Dedlock, y no sería usted la única perjudicada, usted contra la cual no tengo animosidad ninguna, sino su marido, lady Dedlock, su marido, a quien me debo en absoluto.

Según avanza, se expresa con más claridad, pero luego continúa diciendo sin que nada revele en su voz o en sus ademanes la menor agitación:

—Además, debe considerarse el asunto —continúa— desde otro punto de vista. Sir Leicester la ama a usted hasta el delirio y sería capaz, aun sabiéndolo todo, de no saber vencer la ceguera que tiene con usted. Llevo las cosas hasta el extremo, pero todo es posible, y, por si acaso vale más que lo ignore por mí y por el sentido común. Todo esto merece ser tomado en consideración y por lo tanto es muy difícil formar una decisión.

Milady continúa mirando a las estrellas, que empiezan a palidecer y cuya fría luz parece haberla helado.

—La experiencia me ha demostrado siempre —prosigue el señor Tulkinghorn, metiéndose las manos en el bolsillo mientras reflexiona maquinalmente en las consecuencias prácticas— que la mayor parte de la gente obraría con prudencia permaneciendo solteros, porque el matrimonio es en el fondo la causa principal de sus disgustos. Así lo creía yo cuando se casó sir Dedlock, y así lo vengo creyendo actualmente. Pero volvamos a nuestro asunto. Las circunstancias decidirán mi conducta a seguir. En cuanto a usted, milady, le suplico que haga lo que ha hecho siempre y yo haré lo mismo.

—¿He de arrastrar día tras día mi vida, pendiente constantemente de sus caprichos? —pregunta ella mirando al cielo distante.

—Me temo que sí, lady Dedlock.

—¿Cree usted que es indispensable someterme a semejante castigo?

—Estoy seguro de las cosas que recomiendo.

—¿He de continuar en este brillante teatro donde he representado durante tanto tiempo un miserable papel únicamente para que se desmorone todo cuando se le antoje? —dice con lentitud.

—Lo único que puedo decirle es que la avisaré oportunamente, lady Dedlock; no haré nada sin avisarla.

Lo pregunta todo como si lo repitiera de memoria, como si lo recordara de un sueño.

—¿Tendremos el mismo trato de antes?

—Del mismo modo.

—¿Y habré de guardar mi secreto como lo he venido haciendo durante tantos años?

—Como lo ha venido haciendo durante tantos años. No hubiera vuelto a tocar ese punto, pero permítame que le diga, lady Dedlock, que su secreto no es más pesado de lo que era antes, y que las cosas quedan en el mismo estado. Es verdad que sé lo que he ignorado durante mucho tiempo, pero no creo que hayamos tenido nunca gran confianza el uno con el otro.

Ella sigue absorta en la misma postura congelada durante un tiempo antes de preguntarle:

—¿Tiene algo más que decirme?

—¡Vaya! Tendría un gran placer —responde el procurador de manera metódica mientras se frota despacio las manos— en que me asegurase que acepta mi arreglo.

—Pues bien, conforme.

—¡Bravo! Terminaré repitiendo que lo único que tendré en cuenta, en el caso de verme obligado a informar a sir Leicester, serán el honor y los sentimientos del barón y los de la familia. Me hubiera complacido poder tomar igualmente en consideración los intereses de lady Dedlock, pero desgraciadamente es imposible.

—Podré, caballero, dar testimonio de su adhesión y fidelidad.

Permanece inmóvil durante algunos momentos; luego se vuelve y cruza la habitación con la gracia natural y adquirida que no la abandona nunca.

El señor Tulkinghorn le abre las puertas, del mismo modo que lo hubiera hecho antes o diez años atrás, y se inclina hasta el suelo cuando pasa por delante de él. Una mirada extraña contesta en la oscuridad al saludo del procurador; la puerta se cierra y el señor Tulkinghorn se dice para sí que la mujer no parece haber estado sometida a una presión fuera de lo común.

Otra cosa habría pensado si la hubiese visto recorrer todas las salas de la mansión, con el cabello en desorden, las manos crispadas sobre la nuca y el cuerpo retorcido por el dolor y, especialmente, si se hubiera enterado de que estuvo andando hasta el amanecer, sin interrupción, incansable, seguida por los pasos fieles que resuenan en el paseo del fantasma. Pero cierra la ventana para protegerse del viento que sopla fresco ahora, corre la cortina y se duerme, y a la luz pálida que reemplaza las estrellas y penetra en su cuarto de la torreta, parece lo bastante viejo para que, puesto sobre aviso el sepulturero, tome este la pala y empiece a cavar su tumba.

Esta luz pálida se insinúa en la quinta donde todo el mundo sueña aún, donde sir Dedlock, en un acceso de majestuosa condescendencia, está

dispuesto a perdonar al país arrepentido, y los primos a aceptar empleos públicos, principalmente los que llevan aparejados crecidos emolumentos; donde la casta Volumnia aporta una hacienda de cincuenta mil libras a un general feo y viejo, cuyos dientes postizos parecen teclas de piano y que es, hace mucho tiempo, la admiración de Bath y el terror de otros sitios de recreo. Se insinúa en los dormitorios de las buhardillas, las caballerizas y los patios, donde hay sueños de ambición más modestos, pues solo se codicia la felicidad de un pabellón de guardabosque o los lazos de matrimonio con Will o con Sally. Se alza un sol brillante y levanta a todos..., a los Will y las Sally, a los vapores matutinos, a las hojas y las flores que caen, a las aves y los animales y los insectos, a los jardineros que barren la hierba húmeda de rocío y un terciopelo esmeralda por donde se pasa el rastrillo y al humo de la gran cocina que sube en espiral y a gran altura hacia aire libre. Finalmente, llega hasta la bandera por encima de la insensible cabeza de Tulkinghorn, proclamando alegremente que sir Leicester y lady Dedlock están en su feliz hogar y que se recibe en el rincón de Lincolnshire.

XLII

En el despacho del señor Tulkinghorn

El procurador se traslada de las verdes ondulaciones y de los robles añosos de los Dedlock para ir a recrearse en el calor nauseabundo y el polvo de Londres. El medio que emplea para ir y venir de su casa a la quinta del barón, y vuelta, es uno de los tantos misterios que lo rodean. Llega a Chesney Wold como si viniera de su despacho, y entra en su despacho como si volviera de Lincoln's Inn Fields; nunca cambia de traje antes de partir y no habla nunca de su viaje. Esta mañana se ha esfumado de su habitación en la torreta, hasta que ahora, al anochecer, se condensa en su propio barrio.

Como un deslustrado gorrión de Londres entre los gorriones posados en esos agradables prados, donde la oveja se ha transformado en pergamino, las cabras en pelucas, el pasto en pienso, el procurador, ahumado y apagado, viviendo entre los humanos, pero sin asociarse a ellos, envejecido sin diversiones de juventud, tan habituado a hacerse un nido en los repliegues y huecos de la naturaleza humana, de la que ignora la grandeza y la bondad, se dirige hacia casa paseando. En el horno formado por los adoquines calientes y los calientes edificios, se ha quedado más cocido de lo habitual y tiene en su sedienta mente su añejo oportuno de cincuenta años.

El encargado de encender el gas corre de farol en farol por la calle del señor Tulkinghorn, en el momento en que este gran sacerdote del silencio y de

los nobles misterios entra en su vetusto patio. Sube las escaleras y va a meterse en el vestíbulo en penumbra cuando se encuentra en el último tramo de la escalera con un hombrecillo de flexible espinazo y de natural conciliador.

—¿Usted por aquí, Snagsby?

—Sí, caballero. ¿Cómo está usted? Como vi que no estaba usted, iba a retirarme en este momento.

—¿Y qué le trae por aquí? ¿Desea algo de mí?

—Bueno, caballero —dice el señor Snagsby, que se ha puesto de lado el sombrero como deferencia hacia su mejor cliente—, quisiera decirle unas palabras.

—¿Puede decírmelas aquí?

—Sí, señor.

—Le escucho —dice el procurador, apoyando el brazo en la barandilla, mientras contempla, sin interés, al empleado que enciende la luz de gas del patio.

—Es en relación, digámoslo sin rodeos, a esa extranjera —prosigue el señor Snagsby, en voz baja y con aire misterioso.

—¿Qué extranjera? —pregunta el procurador, asombrado.

—La francesa; no entiendo su lengua, pero a juzgar por su aspecto y sus modales me ha parecido francesa. Extranjera en todo caso. Es la mujer que estaba en su despacho cuando el señor Bucket y yo tuvimos el honor de venir aquí con aquel muchacho barrendero.

—¡Ah, sí! ¿Se refiere usted a mademoiselle Hortense?

—Sí, caballero. —El señor Snagsby tose sumisamente detrás de su sombrero—. No estoy acostumbrado a esos nombres extranjeros, pero estoy seguro de que es ese.

El señor Snagsby trata, en vano, de repetir el nombre, y tose nuevamente para excusarse.

—¿Y qué tiene usted que decirme sobre esa extranjera? —pregunta el señor Tulkinghorn.

—¡Ah! Caballero —responde el papelero, aproximando el sombrero a su rostro para proteger su confidencia—, es muy penoso para mí. Soy feliz en mi casa, muy feliz, por lo menos tanto como lo puede esperar un hombre casado, pero mi mujer es algo celosa. Digámoslo sin rodeos, es excesivamente celosa, y ya comprenderá usted que una extranjera, de exterior tan distinguido, viniendo con frecuencia a la tienda y mariposeando sin cesar... Quisiera poder

evitar una expresión tan fuerte, pero verdaderamente mariposeando sin cesar en torno de la casa, y ¿usted comprende?... Si..., si no es cierto. Quisiera pedirle a usted que acudiese en mi ayuda.

El señor Snagsby pronuncia estas palabras con tono compungido y tose vagamente para completar sus reticencias.

—Pero ¿a qué viene todo eso? —pregunta el señor Tulkinghorn.

—Va usted a verlo, caballero —dice el señor Snagsby—, y comprenderá lo que padezco si tiene en cuenta hasta qué punto es irascible mi mujer. Esa extranjera, cuyo nombre ha pronunciado usted con un acento francés tan puro, se enteró probablemente del mío aquella noche en que me vio en su despacho, porque no se le escapa nada, y se presentó en mi casa a la hora de cenar. Nuestra criada Guster, que es muy miedosa y padece de ataques epilépticos, se asustó al ver a aquella mujer, que tiene un aire muy huraño y cierto modo de hablar, autoritario y propio, para aterrar a las personas tímidas. En vez de negar la entrada a la extranjera, Guster huyó, bajando de dos en dos los escalones, y se cayó rodando por las escaleras presa de un acceso terrible. Esto fue una fortuna en cierto modo porque mi mujer, que estaba muy ocupada en atender a la muchacha, me dejó solo en la tienda, donde la extranjera pudo hablarme sin testigos. Me dijo, entonces, que al no poder llegar hasta el señor Tulkinghorn, cuyo empleado (supongo que se refería a su pasante) le decía siempre que no podía verlo, vendría a mi casa hasta poder verlo a usted, y desde entonces, como le decía a usted antes, va y viene sin cesar a mi tienda. Juzgue usted, señor, los resultados de esta insistencia, y no es de extrañar que haya dado origen a las equivocaciones más desagradables de parte de los vecinos, sin hablar de las sospechas que infunde a mi mujer. Dios sabe —añade el señor Snagsby, moviendo la cabeza—, que nunca había pensado en ninguna extranjera, salvo cuando me relacionaba antes con las del montón de escobas y el bebé en brazos, o ahora con las de panderetas y aretes. ¡No lo hice nunca, se lo aseguro, caballero!

—¿Es eso todo lo que tenía usted que decirme, Snagsby? —pregunta el señor Tulkinghorn, que ha escuchado gravemente las quejas del papelerero.

—Sí, señor —contesta Snagsby, cuya tos complementaria significa, evidentemente: «¿Le parece a usted poco?».

—No sé qué puede querer de mí mademoiselle Hortense, a no ser que esté loca —dice el procurador.

—Y aun cuando lo estuviera —responde Snagsby— no deja de ser un verdadero tormento tener una extranjera clavada como un puñal en el corazón de una familia.

—Es cierto —dice el procurador—, pero tranquilícese, porque todo se

arreglará. Siento ser la causa indirecta de todos esos disgustos. Si vuelve a su casa, dígale que venga, pues la recibiré.

El señor Snagsby se despide, con grandes reverencias, tose una última excusa y se aleja aliviado de un gran peso.

El señor Tulkinghorn acaba de subir hasta su habitación, diciéndose a sí mismo:

—Estas mujeres han sido creadas para dar disgustos y trastornarlo todo. Por si no bastara la señora, viene ahora a importunarme la criada. Pero a esta la despacharé pronto.

Mientras lo dice, entra en su oscuro despacho, enciende una vela y mira a su alrededor. Hay demasiada oscuridad como para ver la alegoría del techo, pero a ese inoportuno romano, que está cayéndose y señalando para siempre a las nubes, se le distingue bastante bien. No le presta mucha atención, saca una llave del bolsillo y abre un cajón del cual saca otra llave que abre un baúl donde hay una tercera llave. Se dispone a bajar a la bodega, donde guarda su vino añejo, con una vela en la mano cuando oye llamar a la puerta.

—¿Quién es? ¡Ah! ¿Es usted, señorita? Precisamente me hablaban de usted hace un momento. ¿En qué puedo servirla a usted?

Coloca la vela sobre la chimenea de la sala y se da unos suaves golpecitos en la enjuta mejilla, con la llave que lleva en la mano, mientras le dirige la anterior pregunta a la señorita Hortense. Ese personaje felino, con los labios apretados y clavándole una mirada de reojo, cierra la puerta silenciosamente antes de responder:

—Mucho trabajo me ha costado poderlo ver, caballero.

—¿De verdad? —dice el procurador.

—Me he presentado muchas veces en este despacho, y siempre me contestaron que había salido o que estaba usted ocupado; pero en fin, sea por lo que fuere, el caso es que nunca he podido dar con usted.

—En efecto, le dijeron la verdad.

—La verdad, no. ¡Mentiras!

A veces hay tal brusquedad en la actitud de mademoiselle Hortense que parece que se precipita con todo su peso sobre la persona a la que habla, por lo que esa persona se sobresalta y pierde el equilibrio sin querer. En esas está el señor Tulkinghorn, aunque mademoiselle Hortense, con los ojos entrecerrados (aunque todavía mirando de reojo), solo se sonríe desdeñosamente y niega con la cabeza.

—Y ahora que me ha encontrado, señorita —dice el procurador, dando

golpes con la llave en la repisa de la chimenea—, si tiene algo que comunicarme aproveche la ocasión.

—¡Se ha portado usted indignamente conmigo, caballero!

—¿Cómo? ¿Indignamente? —exclama el abogado rascándose la nariz con la llave.

—Sí, señor, indignamente: se lo digo sin rodeos. Me ha sonsacado, me ha pedido que le enseñase el vestido que llevaba milady aquella noche, me ha hecho venir aquí con aquel chico. ¿No es cierto todo lo que digo? —pregunta la señorita Hortense dando otro salto.

«¡Usted es una arpía! ¡Una arpía!», parece decirse el procurador, que la mira con desconfianza.

Después de una corta pausa contesta:

—Me parece que le pagué a usted bien.

—¿Conque me pagó bien? —dice la extranjera, con desprecio—. Aquí tiene usted los dos soberanos; son los mismos que me dio usted; no los quiero y como no los quiero, ¡se los tiro!

Y arroja, en efecto, al suelo los dos soberanos, que saltan y van rodando hasta la pared después de dar varias vueltas.

—¡Así! ¿Conque me ha pagado usted bien? —repite la señorita Hortense, cuyos rasgados ojos miran con expresión sombría—. Sí, es cierto, Dios mío.

El señor Tulkinghorn se rasca la cabeza con la llave mientras la señorita Hortense llena la habitación con su risa sarcástica.

—Muy rica es usted, sin duda, cuando desprecia de ese modo el dinero, señorita —exclama el procurador tranquilamente.

—Sí, soy rica. Sí, señor, rica en odio: odio a milady, ya lo sabía usted, ¿no es cierto?

—¿Que lo sé? ¿Cómo había de saberlo?

—No finja usted sorpresa, sabía usted perfectamente mis sentimientos contra ella, cuando trató usted de sonsacarme.

—¿Lo sabía? —inquieta el señor Tulkinghorn, examinando la llave.

—¡Claro que lo sabía usted! Ahora lo comprendo todo. Se dirigió usted a mí porque estaba seguro de ello, y no se equivocaba usted. La desprecio. — Decir esto parece hacérsele imposible a la señorita Hortense, porque se le traba la lengua en la erre de «desprecio» a pesar de que reúne toda su energía, se aprieta las manos y pone toda su lengua en ello.

—¡Ah! Lo sabía, ¿no? —dice el señor Tulkinghorn examinando las guardas de la llave.

—Sí, sin duda alguna. Que no soy ciega. Se aseguró conmigo porque lo sabía. ¡Y estaba en lo cierto! La o-dio. —Y mademoiselle Hortense cruza los brazos y suelta este comentario por encima de su hombro.

—¿Es esto todo lo que tenía que decirme, señorita?

—Sigo sin un trabajo. Búsqueme usted uno, y si no puede, empléeme en perseguirla, en acosarla, en deshonrarla. Lo ayudaré con todo mi corazón. ¡Deshonrarla! Eso es lo mismo que pretende usted. ¿Acaso se figura usted que no lo sé?

—Parece señorita, que sabe usted muchas cosas —dice el señor Tulkinghorn.

—¿No es eso? ¿Cree usted que soy tan necia como para suponer que me hizo usted venir aquí, en presencia de aquel muchacho, simplemente por un capricho?

En su respuesta, hasta la palabra «capricho» incluida, mademoiselle ha sido irónicamente educada y sensible, entonces parece como si se precipitase repentinamente al más acerbo y desafiante de los desprecios, con sus ojos negros al mismo tiempo entornados y sorprendentemente abiertos.

—Bueno. Muy bien —dice el procurador, impasible, dándose golpecitos en la barbilla con la llave—, al grano.

—¡Ah! Muy bien —mademoiselle asiente con la cabeza muchas veces furiosa y tensa.

—Ha venido usted para hacerme una petición que me parece excesivamente modesta, pero si me fuera posible servirla, ¿qué haría usted? Probablemente volvería a importunarme.

—Otra vez —dice mademoiselle con más gestos furiosos y tensos—, y otra vez y otra vez y muchas veces más. En realidad, ¡cada día!

—Y ¿no solo volvería aquí, sino que también iría a casa del señor Snagsby?

—Sí. Y otra vez —responde, convulsivamente— y otra vez y otra vez y muchas veces más. Y, en realidad, ¡cada día!

—Muy bien, señorita. ¿Quiere usted seguir un buen consejo? Tome usted esa vela y recoja sus dos monedas que han ido a parar en aquel rincón, detrás del banco del pasante.

Hortense mira al procurador y se cruza de brazos, riéndose con desprecio.

—¿No quiere usted?

—No, no quiero.

—Será usted un poco más pobre y yo un poco más rico, eso es todo. Mire usted con atención esta llave, señorita, es la llave de mi bodega. No abulta mucho, ¿verdad? En efecto, no es mayor la llave de una cárcel. Tenemos en Londres correccionales de mujeres cuyas puertas son recias y se cierran con llaves enormes. Creo que no sería muy agradable para una mujer de su condición y de su actividad oír dar vueltas una llave semejante después de entrar en un cuarto para no salir en muchos años. ¿Qué me dice usted a eso, señorita?

—Digo que es usted un miserable —dice mademoiselle, inmóvil y con voz notoriamente más suave.

—Sin duda —responde el señor Tulkinghorn, sonándose—, pero no le pregunto la opinión que se ha formado usted de mí. Le pregunto qué idea tiene usted de una cárcel.

—¿Qué tiene que ver conmigo la cárcel?

—Más de lo que usted se figura, señorita —prosigue el procurador, poniéndose el pañuelo en el bolsillo y sacudiéndose la pechera de la camisa—. La ley, muy despótica en Inglaterra, no permite que los ciudadanos de este país sean molestados en su casa, ni aun con la visita de una mujer cuyas inconveniencias se rechazan, y si se quejan de un hecho como este, la mujer inoportuna es encerrada en una de sus cárceles y sometida a la disciplina más severa. Todo se reduce a dar vueltas a una llave, señorita.

Y hace el ademán de cerrar una puerta con la llave de su bodega.

—¿Es cierto? —dice la señorita Hortense en el mismo tono—. ¡Pues tendría gracia! Pero, en fin, ¿qué me importa eso a mí?

—Vuelva usted a mi casa o a la del señor Snagsby, y verá usted lo que le importa.

—¿Tal vez sería usted capaz de hacerme encerrar en una cárcel?

—Tal vez.

Sería contradictorio que en ese estado de agradable jocosidad a mademoiselle le saliese espuma por la boca, a no ser que pareciese un aumento de su ferocidad, como si pocas cosas más le obligasen a hacerlo.

—En una palabra, señorita —continúa el señor Tulkinghorn—, sentiría ser descortés con usted, y, sin embargo, si insiste en presentarse aquí o en casa del señor Snagsby sin ser llamada, daré aviso a la policía, cuya galantería es proverbial, pero tiene una manera expeditiva y propia de conducir a los

inoportunos, a través de las calles, atados a una tabla, buena moza.

—Pues bien, lo veremos —dice entre dientes la señorita Hortense, extendiendo la mano—, veremos si se atreve usted a hacerme arrestar.

—Y cuando esté usted bajo llave —prosigue el procurador, sin hacer caso de las últimas palabras de la extranjera— le costará trabajo salir.

—Veremos si se atreve usted —repite la señorita Hortense.

—Lo mejor que puede usted hacer ahora es marcharse —continúa el procurador, haciendo oídos sordos a su desafío—, y piénseselo usted mucho antes de volver a poner los pies en esta casa.

—Piénseselo usted también muy detenidamente, señor mío, antes de ejecutar lo que dice.

—Su señora la despidió porque tenía usted un genio intratable —añade el señor Tulkinghorn, conduciendo a la señorita Hortense hasta la puerta—. No olvide usted lo que le he dicho y dese por avisada. Solo me resta advertirle que soy hombre que cumplo lo que prometo.

Se retira sin volver siquiera la cabeza. El señor Tulkinghorn espera a que haya salido para bajar él también, y vuelve a subir, pocos momentos después, con una botella llena de telarañas cuyo contenido saborea con calma, poco a poco, mientras apoya la cabeza en la silla, vislumbrando al pertinaz romano que señala desde el techo.

XLIII

Relato de Esther

Ahora importa poco cuánto pensaba en mi madre, viva, quien me había dicho que la tuviese por muerta para siempre. No me atrevía a acercarme a mi madre, ni a escribir, porque mi sensación del peligro en el que pasaba su vida solo era equiparable a mi miedo a incrementarlo. La idea de que constituía para ella un peligro viviente reanimaba a veces el miedo que había sentido cuando conocí el secreto. No solo evitaba pronunciar su nombre, sino hasta oír hablar de ella, porque temía descubrir el secreto. En más de una ocasión hube de interrumpir bruscamente una conversación, me ponía a contar mentalmente, me repetía alguna frase o salía con cualquier excusa para disimular mi turbación. Ahora soy consciente de que con frecuencia hice esas cosas cuando era posible que no hubiese peligro en que se hablase de ella, pero las hice en el temor de oír algo que quizá la traicionase y que la traicionase por mi causa.

Ahora importa poco con qué frecuencia rememoraba el tono de la voz de mi madre, y me preguntaba si volvería a oírla de nuevo como tanto deseaba hacerlo, y pensaba qué extraño y desolador era que fuese tan nueva para mí. Ahora importa poco que estuviera al acecho de cualquier mención pública del nombre de mi madre, que pasara y volviera a pasar delante de la puerta de su casa de la ciudad y que deseara pero temiera mirarla; que una vez la viese en el teatro y ella me viese también, pero, aunque estuviésemos muy cerca, nos hallásemos separadas una de otra por toda aquella gente reunida, y todo lazo o confianza entre nosotras pareciera un sueño. Todo ha acabado ahora, y continúo mi historia, que es la de la bondad y la generosidad de otros. Mejor me olvido de aquello y continúo.

Estábamos en casa de nuevo y Richard era el principal tema de nuestras conversaciones. A Ada le causaba mucho disgusto la injusticia de este contra su primo John, pero le era demasiado fiel para censurarlo por esto. Mi tutor lo sabía y era el primero en excusar a Richard.

—Rick se equivoca, querida —le decía—. Bueno, todos nos hemos equivocado una y otra vez. Hemos de confiar en que el tiempo y tú le hagáis rectificar.

Supe, más adelante, que no había contado tan solo con el tiempo, sino que había intentado desengañar a Richard, que le había escrito, que había ido a verlo y le había dicho todo lo que puede inspirar el cariño y la bondad. Nuestro pobre Richard continuaba ciego y sordo a todas estas pruebas de desinterés y de amistad. Si no tenía razón, ya lo enmendaría cuando acabase el pleito de la Cancillería. Si iba a tientas en la oscuridad, no podía hacer nada mejor que disipar esas nubes en que tantos se habían confundido y oscurecido. Si sus sospechas eran la consecuencia del pleito, razón de más para ocuparse del litigio sin cesar y apresurar su conclusión. Esa era su invariable respuesta. Jarndyce contra Jarndyce lo dominaba de tal modo que cada observación que se le hacía solo servía para proporcionarle nuevos argumentos en apoyo a su conducta.

—Así pues —dijo una vez mi tutor—, es preferible dejarle con su tema, y desistir de hacerle observaciones, pues son más perjudiciales que útiles.

Mientras hablábamos cierto día de esto, aproveché la ocasión para manifestar al señor Jarndyce todos los temores que me inspiraba el señor Skimpole, y para hacerle observar que no creía que fuese un buen consejero. Mi tutor se rio, diciendo:

—Nunca se me ocurriría pedir consejos al señor Skimpole.

—Puede que «alentar» sea la palabra —dije.

—¡Alentar! —replicó mi tutor de nuevo—. ¿A quién podría alentar

Skimpole?

—¿Tal vez a Richard? —pregunté.

—¡Oh!, no —dijo mi tutor—. Es tan poco mundano, tan incapaz de cálculo, tan transparente que lo divierte y entretiene, pero en cuanto a dar un consejo, alentar o sentirse responsable de algo o alguien es simplemente impensable en un niño como Skimpole.

—¿Y cómo es que es tan niño? —preguntó Ada, que acababa de entrar en la sala y que había oído las últimas palabras de mi tutor.

—¿Que cómo es que es tan niño? —preguntó mi tutor frotándose la cabeza, un poco perdido.

—Sí, primo John.

—No ha sido nunca más que un hombre excepcionalmente fantástico —respondió el señor Jarndyce frotándose con más fuerza—. Concedió demasiada importancia a esas cualidades que gustaron en su juventud y demasiado poca al aprendizaje que las hubiera equilibrado y ajustado, ha favorecido su desarrollo, en detrimento de la reflexión y del buen sentido. ¿Y bien? —dijo mi tutor deteniéndose en seco y contemplándonos esperanzado—. ¿Qué pensáis vosotras dos?

Ada me miró y dijo que era una lástima que le ocasionase a Richard muchos gastos.

—¿Cómo es eso? —preguntó mi tutor rápidamente—. Es preciso acabar con esto. Tenemos que remediarlo. No puedo permitir tal cosa. No puede repetirse.

Y yo dije que era una pena que le hubiese presentado a Richard al señor Vholes por un billete de cinco libras que le dio este último.

—¿Eso hizo? —dijo el señor Jarndyce, mientras le pasaba una sombra de enfado por el rostro—. Pues bien, eso lo retrata, eso lo retrata. Para él es una cosa muy sencilla, que no tiene nada de reprehensible, pues le falta el juicio moral así como la idea de lo que vale el dinero. Conduce a nuestro Richard hasta el señor Vholes, a cambio de una mísera comisión, y no ve más allá, pues así lo prueba el hecho de que es capaz de contarle en la primera ocasión, ¿no es así, querida?

—¡Pues sí! —le dije.

—¿No lo decía yo? —repuso mi tutor, con aire de triunfo—. Estaba seguro de ello. No sospecha la gravedad del hecho y habla de esta acción con tanta candidez como la que puso en ella. Pero iremos a verle uno de estos días a su casa y comprenderán mejor su carácter. Debemos visitar a Harold Skimpole y

prevenirle sobre esos asuntos. ¡Dios os bendiga, hijas mías, es un niño, un niño!

Algunos días después, partimos muy temprano para Londres y fuimos a llamar a la puerta del señor Skimpole.

Vivía en un lugar llamado Polygon, en Somers Town, donde había en esos tiempos numerosos refugiados españoles pobres que se paseaban con sus capas y fumaban cigarrillos de papel. Ocupaba la misma casa desde hacía muchos años, sin duda gracias a algún amigo que le pagaba el alquiler, a no ser que su ineptitud para comprender los negocios hubiese dificultado el sacarle de ella. Era una casa desmantelada como ya nos lo habíamos figurado. Faltaban algunos barrotes en la verja exterior, la cisterna estaba rota, el aldabón torcido y arrancado el tirador de la campanilla, a juzgar por el aspecto oxidado de la cuerda; en una palabra, las huellas sucias en los escalones eran lo único que indicaba que aquella casa no estaba desierta.

Una muchacha gruesa y repugnante, cuyo cuerpo parecía querer salirse de su vestido, reventado por todas partes como una fruta pasada, entreabrió el portal llenando el hueco con su cuerpo, y, como conocía al señor Jarndyce (de hecho, tanto Ada como yo pensamos que asociaba su presencia de manera evidente con el pago de su trabajo), se calmó y nos permitió entrar. La cerradura de la puerta estaba averiada, así que se dedicó a cerrar con la cadena, que tampoco funcionaba muy bien, y nos dijo si queríamos subir.

Subimos, pues, sin encontrar en la escalera más que las huellas sucias. El señor Jarndyce entró sin más ceremonia y nosotros penetramos tras él en una habitación bastante sombría y en absoluto limpia, cuyo mobiliario no dejaba de presentar cierto lujo peregrino y miserable con un gran escabel, un sofá y muchos cojines, una butaca y muchos almohadones, un piano, libros, material de dibujo, partituras, periódicos, y algunos esbozos y dibujos. Uno de los cristales de la ventana estaba roto y habían cubierto la abertura con una hoja de papel, pegada con obleas. En la mesa había un plato de nectarinas de invernadero, otro de uvas, otro de dulces y una botella de vino ligero. El señor Skimpole estaba recostado en el sofá, tomando café en una taza vieja de porcelana (era alrededor de mediodía), mirando los alhelíes que adornaban la ventana.

No se sintió en absoluto desconcertado por nuestra presencia, sino que se levantó, vino a recibirnos con su habitual despreocupación.

—¡Aquí estoy, ya me ven! —dijo cuando nos sentamos, cosa bastante difícil porque la mayor parte de los sillones eran cojos—. Estaba desayunando y ya ven ustedes que no puedo ser más frugal. Hay personas que necesitan un asado de buey y una pierna de cordero para almorzar, pero yo tengo el estómago más delicado y me basta con mi melocotón, mi taza de café y mi

burdeos, y me quedo contento. No me gustan por sí mismos, sino porque me hacen pensar en el sol. ¿Se encuentra, acaso, el menor recuerdo solar en un asado o en una pierna de carnero? ¡Pura satisfacción animal!

—Esta habitación es el gabinete de consulta de mi amigo, o lo hubiera sido, seguramente, si hubiese ejercido la Medicina —dijo mi tutor.

—Sí, es la jaula donde canta el pájaro —repuso el señor Skimpole, mirando animado a su alrededor—. De vez en cuando, los inoportunos le arrancan algunas plumas o le arañan las alas, pero le queda la alegría y no deja de cantar.

Nos ofreció un racimo de uvas y repitió en su estilo radiante:

—¡Canta! No es un canto pretencioso, pero todavía canta.

—¡Es magnífico! —dijo mi tutor—. ¿Es un regalo?

—No, lo ha traído un amable hortelano que se lo vende a todo el mundo. La última vez que trajo —prosiguió el viejo niño—, su mozo preguntó si debía esperar el dinero. «Realmente, amigo mío, creo que no, si su tiempo vale algo para usted», le dije. Supongo que así sería, porque se marchó.

Mi tutor nos miró con una sonrisa, como si nos preguntase: «¿Es posible ser mundano con este pequeñajo?».

—Pero no olvidaré el día delicioso —dijo el señor Skimpole, tomando alegremente burdeos de una copa— que me proporcionan ustedes con su visita, y quiero llamar a este día memorable el Santa Clare y el Santa Summerson. Es necesario que vean ustedes a mis hijas, tendrán un verdadero placer en conocerlas. Una tiene ojos azules, mi hija Belleza, y tengo una hija Sentimiento y una hija Comedia. Tienen que verlas a las tres. Les encantarán.

Se levantó para llamarlas, pero mi tutor le pidió antes algunos momentos para conversar.

—Tanto tiempo como usted quiera, mi apreciado Jarndyce —respondió—. Ya sabe usted que aquí no se escatiman nunca las horas. Dirá usted que no es el mejor medio de aprovechar la vida, y le contestaré que tiene usted razón, pues nunca he abrigado la pretensión de prosperar con el auxilio del tiempo.

Mi Tutor volvió a mirarnos, diciendo con claridad: «¿Lo oís?».

—He de hablarle acerca de Rick —continuó el señor Jarndyce.

—El mejor de mis amigos —dijo el señor Skimpole cordialmente—. No debiera decirlo delante de usted, porque sé que no son muy buenas sus relaciones, pero no es culpa mía. Tiene tanta juventud y poesía que no puedo dejar de quererlo aun cuando esto le disguste a usted. Lo quiero mucho.

La atractiva franqueza con la que hizo aquella declaración le dio realmente una apariencia desinteresada y cautivó a mi Tutor, y al menos en el momento, también a Ada.

—Tiene usted razón —dijo mi tutor— y le doy las gracias por el afecto que le profesa. Ámele cuanto quiera, pero que no sea en perjuicio de su bolsillo, Harold.

—No le entiendo —respondió el señor Skimpole—. ¿El bolsillo?

Tomó un poco más de burdeos y mojó en él uno de los pasteles, negó con la cabeza y nos sonrió a Ada y a mí con el presentimiento ingenuo de que jamás podría comprenderlo.

—Quiero decir —repuso mi tutor— que, cuando vaya con él a alguna parte, no debe permitir que pague por los dos.

—Mi querido Jarndyce —respondió el señor Skimpole, con su cordial rostro radiante ante lo cómico de aquella idea—, ¿qué quiere usted que haga? Me invita, es preciso que vaya con él, y ¿cómo he de pagar, si no tengo dinero? Suponga usted que le pregunto a una persona: «¿Cuánto vale esto?», y que me contesta: «Siete chelines y seis peniques»; no sé lo que quiere decir, es como si me hablase en árabe. ¿Cómo quiere usted que vaya preguntando lo que son siete chelines y seis peniques en dinero, una lengua que nunca he entendido?

—En tal caso —dijo mi tutor, a quien no pareció disgustar aquella contestación ingenua—, cuando viaje usted con Richard pídame el dinero que necesite, sin que él lo sepa, por supuesto, y déjeme a mí que arregle sus cuentas.

—Querido Jarndyce, deseo en el alma darle gusto en todo, pero eso me parece una formalidad superflua, una superstición. Por otra parte, creía que el señor Carstone era inmensamente rico y que le bastaba transferir alguna cosa o firmar un pagaré o una transferencia, o un cheque, o una letra, o poner un asiento en alguna parte, para hacer llover las guineas y los peniques.

—¡Ah, no! —dijo Ada—. No solamente no es rico, sino que, al contrario, es pobre.

—¿Será cierto? —dijo el señor Skimpole, sonriendo—. Me llenan ustedes de asombro.

—Y tanto más pobre, cuanto alimenta vanas ilusiones —añadió el señor Jarndyce, cogiendo del brazo al señor Skimpole—. Tenga cuidado de no alentar sus esperanzas, pues lo conducirían a su perdición, Harold.

—Mi querido y buen amigo —dijo el señor Skimpole—, y mi querida señorita Summerson y mi querida señorita Clare, ya saben que yo soy lego en

materia de negocios, y mal puedo fomentar esas esperanzas. Por el contrario, es él quien me alienta a tenerlas. Aparece con sus grandes hazañas de negocios, lo hace en términos tan seductores, que me veo arrastrado de su optimismo, y así se lo manifiesto. No puedo menos que admirarle, como admiro todo lo que es atrayente, y ya sabe usted que soy franco en mis demostraciones, eso es todo.

La candidez inerme con la que se mostraba ante nosotros, la frivolidad con que se divertía de su inocencia, la forma fantástica con que se tomaba bajo su propia protección y defendía a esa singular persona, se unía a la deliciosa facilidad con la que decía todo para reafirmar los argumentos de mi tutor. Cuanto más lo veía, más improbable me parecía, al estar presente, que fuese capaz de tramar, disimular o influenciar a nadie; no obstante, menos probable parecía cuando no lo estaba, se despertaban, a pesar mío, los temores, y sufría pensando que aquel hombre estaba en relaciones constantes con una persona a quien yo quería.

Cuando el señor Jarndyce terminó lo que el señor Skimpole llamaba su interrogatorio, salió éste con la cara radiante para ir a llamar a sus hijas (sus hijos habían huido en diversos momentos), dejando a mi tutor muy contento por habernos probado su inocencia, y volvió muy pronto con las tres señoritas y la señora Skimpole, que había sido muy bella, pero que no era ya más que una mujer delicada, de aspecto enfermizo y desdeñoso.

—Esta es Arethusa, mi hija Belleza —nos dijo el señor Skimpole—. Toca el piano y canta como su padre fragmentos de todo género de música. Esta es Laura, la hija Sentimiento, que toca un poco el piano, pero no canta. Y esta es Kitty, mi hija Comedia, que canta un poco, pero no toca ningún instrumento. Todos componemos y dibujamos un poco, pero ninguno de nosotros tiene la menor noción del tiempo o del dinero.

La señora Skimpole suspiró, pensé, como si se hubiese alegrado de eliminar esa aptitud de los talentos de la familia. Y también creí que miraba a mi tutor suspirando y que aprovechaba la mínima oportunidad para suspirar de nuevo.

—Es curioso —continuó el señor Skimpole pasando su mirada enérgica por cada uno de nosotros— observar las rarezas peculiares de cada familia; en la mía, por ejemplo, todos somos niños grandes, y yo soy el más niño.

Las hijas, que parecían tenerle mucho cariño, se divirtieron con esta ocurrencia, en especial la hija Comedia.

—Queridas mías —dijo el señor Skimpole—, es verdad, ¿no? Lo es y debe serlo, porque, como los perros del himno, todos lo llevamos en la sangre. Estoy persuadido de que a la señorita Summerson, cuya capacidad

administrativa y conocimiento de los detalles es sorprendente, le parecerá muy extraño que nadie sepa en esta casa cómo se asa una costilla. Ninguno de nosotros sabe nada en materia de cocina. Nos es completamente desconocido el uso del hilo y de las agujas. Pero admiramos a los que poseen estas cualidades que nos faltan, y no nos peleamos con ellos. Entonces ¿por qué deberíamos discutir con ellos? Vivid y dejad vivir, les decimos. ¡Vivid de vuestro sabio pragmatismo y dejadnos vivir de vosotros!

Se rio, pero como de costumbre pareció bastante sincero y sentir realmente lo que decía.

—Toda nuestra solidaridad, rosas mías —dijo Skimpole—, solidaridad con todo. ¿No es así?

—¡Oh!, sí, papá —exclamaron las tres hermanas.

—De hecho, ese es nuestro papel en medio del ajetreo de la vida; tenemos la facultad de observar y admirar, con el mayor interés; observamos, y con frecuencia nos sentimos vivamente impresionados; ¿qué más podemos hacer? He aquí a mi hija Belleza, que se casó hace tres años con un niño como ella, y que desde entonces ha dado a luz a otros dos niños; todo esto es malo, desde el punto de vista de la economía política, pero es muy agradable; nos da ocasión de regocijarnos en familia y de comunicarnos algunas ideas sociales. Un día mi Arethusa vino con su marido a casa, y anidaron con sus pajaritos en el piso de arriba. Llegará un momento en que Sentimiento y Comedia vendrán con sus maridos y también tendrán sus nidos arriba. Viviremos sin saber cómo, pero viviremos felices.

Parecía realmente joven para ser la madre de dos hijos, y no podía evitar compadecerme por ella y por ellos. Era evidente que las tres hijas habían crecido como habían podido y que solo habían tenido como descuidada educación lo que les permitía ser el juguete de su padre en sus horas de ocio. Se podían consultar sus gustos estéticos, observé, en sus respectivos estilos de peinado. El de la hija Belleza era de formas clásicas. El de la hija Sentimiento era exuberante y libre. Y el de la hija Comedia era pícaro, muy despejado por la frente y con pequeños rizos vivaces junto al rabillo de los ojos. Iban vestidas conforme a esto, aunque de la manera más desaliñada y negligente posible.

Las tres hermanas eran el vivo retrato de su padre; poseían el mismo carácter y las mismas ideas, como pudimos convencernos Ada y yo, hablando con ellas. Mientras tanto, el señor Jarndyce (que se había frotado sobremanera la cabeza e insinuado un cambio en el viento) hablaba con la señora Skimpole en un rincón, donde no pudieron evitar que oyésemos el tintineo del dinero. Antes, el señor Skimpole, que había formado el proyecto de volver a la Casa lúgubre con nosotros, hacía sus preparativos de viaje.

—Cuidad mucho a mamá, rosas mías —dijo a sus hijas, cuando volvió algunos instantes después—. Voy a pasar dos o tres días con Jarndyce para oír cantar las alondras y conservar mi buen humor. Harto sabéis el mal rato que le ahorraré marchándome.

—¡Ese mal hombre! —dijo su hija Comedia.

—Justo cuando papá estaba tendido junto a sus alhelíes —se quejó Laura—, mirando el cielo tan sereno.

—¡Y cuando había ese aroma a heno en el aire! —dijo Arethusa.

—Eso muestra una total carencia de poesía —asintió el señor Skimpole con incontestable buen humor—. Es una ordinariez. ¡No había ni el más leve rastro de humanidad! Mis hijas se sintieron muy ofendidas —nos explicaba— por ese hombre honrado.

—No, honrado, no, papá. ¡Imposible! —protestaron las tres al unísono.

—¡Un majadero! —nos dijo el señor Skimpole—; una especie de erizo, que es panadero de la vecindad y a quien pedí prestados dos sillones que necesitaba. Nos los prestó..., ¡magnífico! Pero cuando menos lo pensábamos, vino a reclamarlos y se los llevó. ¿Y creerán ustedes que con esto se dio por satisfecho? Pues no, señor, pretendió que estaban maltrechos. Le dije: «¿Puede a su edad ser tan testarudo, amigo mío, como para persistir en que ese sillón es una cosa que se pone en un estante para mirarla? ¿Que es un objeto decorativo, para contemplarlo a distancia, para considerarlo desde un ángulo? ¿No sabe que esos sillones fueron prestados para sentarse encima?». Pero es un ser irracional que, en vez de contestar como era debido, se entregó a excesos lingüísticos muy inconvenientes. Le dije: «Ahora, mi buen hombre, aunque nuestras aptitudes para entablar negocios puedan ser distintas, todos somos niños de una gran madre, la Naturaleza. En este verano florido, aquí me ve (estaba en el sofá), con flores delante de mí, fruta sobre la mesa, el cielo despejado sobre mí, el aire lleno de fragancias, contemplando a la Naturaleza. Le suplico, por nuestra común fraternidad, que no interponga entre un objeto tan sublime y yo ¡la absurda figura de un panadero enfadado!». Pero lo hizo —dijo el señor Skimpole alzando sus risueños ojos con pícaro asombro—, interpuso esa ridícula figura, y lo hizo, y lo hizo de nuevo. Y por eso estoy muy contento de quitarme de en medio y de irme a casa de mi amigo Jarndyce.

Parecía escapársele que la señora Skimpole y sus hijas se quedaban atrás al encuentro del panadero, pero esto era una historia tan vieja para todos ellos que había terminado convirtiéndose en algo obvio. Se despidió de su familia con una ternura tan despreocupada y alegre como en cualquier otro aspecto que manifestase de sí mismo y partió con nosotros en perfecta armonía mental. Tuvimos oportunidad de ver a través de algunas puertas abiertas, mientras

bajábamos, que su propio aposento era un palacio en comparación con el resto de la casa.

No podía prever, y no lo hice, que algo muy asombroso para mí en ese momento, e incluso memorable, y que iba a suceder, iba a ocurrir antes de que acabara el día. Nuestro invitado estaba tan animado de camino a casa que no podía hacer otra cosa que escucharle y admirarme de él. No era la única en hacerlo, pues Ada se rendía a la misma fascinación. Como mi tutor. El viento, que amenazaba con permanecer de levante cuando dejamos Somers Town, viró completamente antes de que estuviéramos a un par de millas de allí.

Si era de cuestionable puerilidad o no en otros aspectos, el señor Skimpole disfrutaba con alegría infantil del cambio y del buen tiempo. En ningún modo cansado por las salidas a la carretera, estaba en el salón antes que ninguno de nosotros, y lo oí al piano, mientras todavía me hacía con las tareas de la casa, cantando estribillos de barcarolas y canciones tabernarias a mansalva.

Estábamos todos reunidos poco antes de la cena, y todavía estaba al piano sacando de oído distraídamente a su exuberante manera algunas frases musicales, y hablando entretanto de acabar al día siguiente algunos bocetos de la antigua y ruinosa muralla de Verulam, que había empezado dos años antes y se había cansado de ellos, cuando de pronto entró un criado y entregó una tarjeta al señor Jarndyce, el cual leyó con sorpresa: «¡Sir Leicester Dedlock!».

El visitante estaba en la sala cuando todavía se estaba dando la vuelta y antes de que pudiera moverme. Hubiera querido huir, pero estaba paralizada, y ni siquiera tuve presencia de ánimo para retirarme con Ada a la ventana, ni para saber siquiera dónde estaba. Oí mi nombre y me encontré siéndole presentada por mi tutor antes de que pudiera levantarme de la silla.

—Le ruego que tome asiento, sir Leicester.

—He tenido el honor de venir a verlo, señor Jarndyce... —respondió Sir Leicester haciendo una inclinación y sentándose.

—El honor es mío, sir Leicester.

—Gracias... De venir aquí camino de Lincolnshire para decirle que he sentido mucho que un pleito, por reñido que sea, que sostengo contra un caballero de quien ha sido usted huésped, le haya impedido, especialmente a las señoritas que le acompañaban, visitar mi quinta de Chesney Wold y lo poco que puede ofrecer de interés a personas de talento e instrucción.

—Le doy mil gracias por su amabilidad, sir Leicester, en mi nombre y en el de mis pupilas se lo agradezco mucho.

—Es posible, señor Jarndyce, que el caballero de quien he hablado antes, y que evito calificar, me haya inferido la injuria de desconocer mi carácter hasta

el punto de haberle dado lugar a suponer que no sería recibido en mi casa con la cortesía que los individuos de mi familia han tenido en todas épocas para los caballeros y las señoras que se presentaban en la quinta. En tal caso, caballero, le suplicaría que quisiera persuadirse de lo contrario de lo que han podido referirle.

Mi tutor se contentó por toda respuesta con hacer un ademán negativo.

—Me ha causado un disgusto, señor Jarndyce —continuó con gravedad sir Leicester—, sí, un disgusto, el saber por el ama de llaves de Chesney Wold que un caballero amigo suyo, que parece tener afición a las bellas artes, se hubiese visto privado igualmente por el mismo motivo de examinar los retratos de familia con toda la calma, el cuidado y la atención que hubiera deseado tal vez concederles, y algunos de los cuales hubieran compensado su molestia.

El barón sacó una tarjeta de su cartera, y colocándose el monóculo, leyó con mucha gravedad y ligero embarazo:

—Señor Hirrold..., Herald..., Harold Skampling..., Skumpl..., ¡perdone! Skimpole.

—Este es Harold Skimpole —dijo mi tutor presentándole al señor Skimpole.

—¡Ah! Tengo mucho gusto en conocerlo a usted, señor Skimpole, para manifestarle personalmente todo mi pesar —dijo sir Leicester—. Espero, caballero, que, cuando vuelva usted a encontrarse en mi parte del condado, se dignará visitar a su gusto cuanto le interese.

—Es usted muy amable, sir Leicester Dedlock —dijo el señor Skimpole con su alegría y despreocupación de costumbre—, después de tan generosa invitación, no dejaré ciertamente de visitar por segunda vez su magnífico palacio. Los propietarios de residencias como Chesney Wold son bienhechores públicos. Son lo bastante generosos como para mantener un número precioso de objetos para admiración y placer de nosotros, los pobres mortales, y no dejarles cosechar toda la admiración y placer que producen es ser un ingrato con nuestros benefactores.

—¿Es usted artista, caballero? —preguntó sir Leicester, que pareció aprobar completamente la opinión del señor Skimpole.

—No, señor —respondió éste—; simplemente un aficionado, un artista en pasivo, un ocioso en toda la extensión de la palabra.

Sir Leicester, simpatizando por momentos con las ideas del señor Skimpole, manifestó la esperanza que tenía de que se encontrarían en Chesney Wold en la primera ocasión en que este fuera a Lincolnshire, y añadió que le

había contrariado mucho no recibir nuestra visita. El señor Skimpole se mostró muy halagado y honrado.

—El señor Skimpole le mencionó —continuó sir Leicester dirigiéndose de nuevo a mi tutor—, le mencionó al ama de llaves, quien, como quizá haya comprobado, es una antigua y querida criada de la familia...

«Esa es a quien me encontré cuando caminaba hacia la casa el otro día, con motivo de mi visita a la señorita Summerson y la señorita Clare», nos explicó sin darle importancia el señor Skimpole.

—Que el amigo con quien había estado antes era el señor Jarndyce —sir Leicester se inclinó hacia el portador de ese nombre—, y ahí me di cuenta de la circunstancia por la que he expresado mi pesar. Que eso le hubiese ocurrido a un caballero, señor Jarndyce, especialmente a un antiguo conocido de lady Dedlock, e incluso mantiene algún tipo de lejano parentesco con ella, y por quien (como supe a su vez por mylady) sentía un gran respeto, me causó, se lo aseguro..., gran... dolor.

—Le ruego que no diga nada más sobre el asunto, sir Leicester —respondió mi tutor—. Soy muy consciente, le aseguro que todos nosotros lo somos, de su consideración. En realidad, el error ha sido mío, y debería pedirle perdón por ello.

No había levantado la vista ni una vez. No había visto a nuestro visitante y ni siquiera se me había ocurrido escuchar la conversación. Me sorprende percatarme de que puedo recordarla, porque no pareció causarme impresión alguna mientras sucedía. Los oía hablar, pero mi mente estaba tan confundida y mi instintiva elusión de ese caballero hizo su presencia tan angustiosa que creo que no entendía nada a causa de mi mente apurada y mi corazón palpitante.

—Le mencioné el asunto a lady Dedlock —dijo sir Leicester levantándose — y milady me informó de que había tenido el placer de intercambiar unas breves palabras con el señor Jarndyce y sus pupilas con motivo de un encuentro fortuito durante su estancia en la vecindad. Permítame, señor Jarndyce, repetirle a usted y a estas señoritas la invitación que acabo de hacerle al señor Skimpole. Las circunstancias impiden indudablemente que diga que me es grato que el señor Boythorn haya favorecido mi casa con su presencia, pero estas circunstancias quedan restringidas a ese caballero y no se extienden más allá de él.

—Ya conocen mi opinión sobre él —dijo el señor Skimpole apelando frívolamente a nosotras—. ¡Un toro encantador que está resuelto a verlo todo de color rojo!

Sir Leicester Dedlock tosió como si no le fuese posible oír otra palabra en

referencia a tal individuo y se despidió con gran cortesía y ceremonia. Me fui a mi propio cuarto a la mayor velocidad posible y me quedé allí hasta que volví a ser dueña de mí. Había estado muy inquieta, pero me sentía agradecida de comprender, cuando fui abajo de nuevo, que solo pensaban que había estado tímida y callada ante el gran barón de Lincolnshire.

Por aquella época, me hice a la idea de que había llegado el momento en que debía contarle a mi tutor lo que sabía. La posibilidad de que me llevaran ante mi madre, o a su casa, incluso de que Skimpole lo fuera, a pesar de no tener una relación conmigo sino distante, y recibiera la amabilidad y cumplidos de su marido, me resultaba tan dolorosa que creí que no podía ya actuar sin su consejo.

Cuando me retiré por la noche, y Ada y yo tuvimos nuestra charla de costumbre en nuestro cuarto, salí por mi puerta de nuevo a encontrarme con mi tutor entre sus libros. Yo sabía que siempre leía a esa hora, y, cuando me aproximaba, vi en el pasillo la luz encendida de su lámpara de lectura.

—¿Se puede? —pregunté desde la puerta.

—Adelante, mujercita. ¿Qué pasa?

—No pasa nada. He pensado en venir a esta hora de tranquilidad para hablarle de algo que me concierne.

Cogió una silla para mí, cerró su libro, lo dejó a un lado, y volvió su atento y amable rostro hacia mí. No podía evitar observar que mostraba ese singular gesto que ya había observado en él antes..., la noche en que me dijo que no le pasaba nada que pudiera comprender.

—Lo que te concierne a ti, mi querida Esther —dijo—, nos concierne a todos. No puedes estar más lista para hablar de lo que yo lo estoy para escuchar.

—No lo dudo, tengo en estos momentos necesidad de sus consejos y apoyo, querido tutor, no sabe lo que lo necesito esta noche.

Me pareció poco preparado para mi seriedad, e incluso un poco alarmado.

—Ni qué ansiosa he estado por hablar con usted —dije—, especialmente después de la visita que ha recibido hoy.

—¡La visita de hoy, querida! ¿La de sir Leicester?

—Sí, tutor.

Se cruzó de brazos, mirándome con aire de profunda sorpresa, esperando lo que iba a decir. No sabía cómo comenzar.

—Vaya, Esther —dijo rompiendo a reír—, nuestro visitante y usted son las

dos últimas personas sobre la tierra que hubiese creído que estuvieran relacionadas.

—También yo lo creía hasta no hace mucho tiempo.

Se le quitó la sonrisa de la cara, y se puso más serio que antes. El señor Jarndyce se levantó, para cerciorarse de que estaba cerrada la puerta, y volvió a sentarse frente a mí.

—¿Se acuerda usted, tutor, del día que nos sorprendió la tempestad en el parque de Chesney Wold, donde lady Dedlock le habló de su hermana?

—Desde luego. Me acuerdo.

—¿No es cierto que le recordó cuánto habían diferido siempre de carácter y le dijo que hasta habían acabado por separarse completamente?

—Es cierto.

—¿Sabe usted por qué se separaron, querido tutor?

Su rostro parecía bastante alterado cuando me miró.

—¡Qué preguntas me haces, hija mía! No lo supe nunca. Tan solo ellas podrían decírtelo quizá. ¡Quién ha penetrado nunca los secretos de esas dos hermosas y orgullosas mujeres! Ya conoces a lady Dedlock, si hubieras visto a su hermana, sabrías que ha sido tan severa y altiva como ella.

—¡Ay, tutor! ¡La he visto tantas veces!

—¿Tú, Esther?

Se mordió los labios y me detuvo un momento.

—Entonces, Esther, cuando me preguntaste si Boythorn estaba casado —prosiguió—, y te contesté que había perdido a su novia, muerta para él como para el mundo, y que esa época había tenido gran influencia posteriormente en su vida, ¿sabías quién era la mujer de quien hablaba?

—No, tutor —respondí aterrada ante lo que aquella pregunta me hacía entrever—. Ni lo sé todavía.

—Era la hermana de lady Dedlock.

—Y ¿por qué —pude apenas preguntarle—, por qué, tutor? Le ruego que me lo cuente, ¿por qué se separaron?

—Fue decisión suya y se guardó los motivos en su duro corazón. Mi pobre amigo hizo mil conjeturas en su desesperación, y supuso que se había sentido desmesuradamente herida en su orgullo por culpa de una disputa con su hermana. Pero le escribió que desde la fecha de esa carta no existía para él (como así sucedió finalmente) y que la decisión la comprendería gracias a su

conocida dignidad y estricto sentido del deber, que eran también su naturaleza. Considerando esas cualidades dominantes en él, y también considerándolas en ella, hacía ese sacrificio, decía, y viviría y moriría en él. Me temo que hizo ambas cosas. Desde luego, él nunca la vería ni sabría de ella desde ese momento. Ni lo hizo nadie.

—¡Ay, tutor! Pero ¿qué he hecho? —exclamé cediendo a mi pena—. ¡Cuántos disgustos he causado sin querer!

—¿Que tú has causado, Esther?

—Sin querer, tutor, pero no hay duda. Esa hermana recluida es mi primer recuerdo.

—No, no —dijo el señor Jarndyce, estremeciéndose.

—Sí, tutor, sí, era ella, y su hermana es mi madre.

Hubiera querido decirle todo lo que contenía la carta de mi madre, pero se negó a escucharme por entonces al menos. Me habló con tanta prudencia y bondad, y me mostró con tanta sencillez todo lo que había pensado por mí misma de manera imperfecta y esperado con mi mejor ánimo que, llena de una ferviente gratitud hacia él durante tantos años, me pareció que nunca había sentido tanto amor hacia él como en aquel momento, que nunca se lo agradecería de corazón tanto como esa noche. Y cuando me acompañó hasta mi cuarto, donde me dio un beso en la puerta, pensé antes de dormirme cómo podría ser lo bastante diligente, cómo podría ser lo bastante buena, cómo, a mi humilde manera, podría olvidarme lo bastante de mí misma, y ser lo bastante útil para los demás, para mostrarle cuánto lo bendecía y lo honraba.

XLIV

La carta y la respuesta

A la mañana siguiente, mi tutor me llamó a su cuarto y le conté lo que me faltaba por revelarle. Lo único que había que hacer, me dijo, era guardar el secreto y evitar, en cuanto fuera posible, encuentros como el del día anterior. Comprendía mis sentimientos sobre este punto, los compartía, y se encargó de impedir que el señor Skimpole volviese a la quinta. En cuanto a la persona cuyo nombre no necesitaba mencionarme, era imposible aconsejarla o auxiliarla. Si eran fundadas las sospechas que había concebido contra aquel procurador, y el señor Jarndyce no lo ponía en duda, era casi seguro que sería denunciada. Conocía de vista y por referencias al procurador del señor Leicester, y estaba persuadido de que se trataba de un hombre peligroso.

Sucediese lo que sucediese, me repitió con bondad llena de afecto, yo era tan inocente como él y que no estaba en mi mano el evitar nada.

—Y tampoco creo —me dijo— que existan dudas sobre ti, querida. Quizá haya sospechas sin que apunten en esa dirección.

—Estoy tranquila con respecto al procurador en lo que a mí se refiere —respondí—, pero desde que comenzó mi ansiedad me vienen a la cabeza otras dos personas.

Y dije a mi tutor lo que me habían hecho suponer las intenciones del señor Guppy, cuyo silencio me parecía, sin embargo, haber quedado asegurado desde nuestra última entrevista.

—Bueno —dijo mi tutor—. Entonces podemos descartarlo por el momento. ¿Quién es la otra?

Estaba menos tranquila pensando en la doncella francesa de mi madre y en las apremiantes ofertas que me había hecho de entrar a mi servido.

—Vaya, es más de temer que el joven —convino mi tutor, con aire pensativo—. Sin embargo, era natural que buscase colocación. Os había visto a Ada y a ti poco tiempo atrás y era normal que le vinieseis a la mente. Simplemente se propuso como doncella, ¿no? No hizo nada más.

—¡Pero tenía un comportamiento tan extraño!

—Confieso que encontré realmente raro eso que hizo de quitarse los zapatos cuando el terreno estaba todavía empapado de lluvia. Sobre todo me llamó la atención la sangre fría que puso en un hecho que podía costarle la vida, pero sería una locura hacer caso de una multitud de circunstancias que, por ser inexplicables, resultan más intrigantes. Tranquilízate, mujercita, y acalla tu inquietud en beneficio de la persona misma por quien te alarmas. Ahora que comparto tu secreto...

—... y alivia tanto mi carga, tutor... —dije.

—... velaré por esa familia, en cuanto me lo permitan las circunstancias, y si llega una ocasión en que pueda tenderle una mano o prestarle el menor servicio, puedes estar segura de que lo haré por amor a su hija.

Le di las gracias, con todo mi corazón, e iba a retirarme cuando me suplicó que aguardase un momento. No sé qué expresión había en su rostro, pero me pareció adivinar vagamente el objeto del que quería hablarme.

—Pienso hace mucho tiempo en un proyecto que deseo proponerte —me dijo mi tutor.

—¿Qué proyecto, tutor?

—Me costaría algún trabajo decírtelo de viva voz y, como es necesario exponerlo francamente, y, sobre todo, es necesario que lo comprendas con claridad, te lo escribiré si me lo permites.

—Como usted quiera, tutor. Siempre aceptaré cuanto me proponga usted.

—Veamos —me dijo con su alegre sonrisa—, ¿soy en este momento el mismo que has visto siempre? ¿Tan franco, tan bondadoso y tan anticuado como acostumbro ser?

—Sí —respondí con toda seriedad.

Había pasado el primer momento de vacilación y recobrado toda su actitud fina, sensible, cordial y excelente.

—¿No te parece que tengo alguna reserva, que no digo lo que pienso, sea lo que sea? —me dijo con su mirada brillante y limpia en la mía.

Dije que, desde luego, no.

—¿Y tendrás en mis palabras completa confianza, Esther?

—Absolutamente —dije de todo corazón.

—Dame la mano, hija mía —dijo mirándome con aquella bondad con que había hecho mi casa de la suya desde el instante en que entré en ella.

Le di la mano y añadió:

—¿No crees que he cambiado mucho desde aquel día de invierno en que te encontré en la diligencia? ¡Cuánto bien me has hecho desde entonces!

—No, yo soy la que le debo estar agradecida.

—No hablemos de eso, hija mía.

—No lo olvidaré nunca, tutor.

—Es necesario, sin embargo —respondió con dulzura y gravedad—. Olvida lo que he podido hacer y no te acuerdes más que de una cosa, de que siempre seré para ti el mismo. ¿Podrás seguir convencida de ello, querida?

—Podré y lo estoy —dije.

—Eso es mucho —respondió—, y no deseo más, pero no quiero tomarte la palabra. Piensa en lo que te pido, y, si después de reflexionarlo, estás segura de que nada podrá alterar mis sentimientos para contigo, envía a Charley dentro de ocho días para que te entregue la carta de la que te he hablado, pero, sobre todo, no la contestes si abrigas la menor duda. Piensa que confío en tu sinceridad, en esto y en todo. Si no estás lo bastante segura sobre ese punto, ¡no me la mandes nunca!

—Tutor —le dije—, ya estoy segura, mi convicción no puede cambiar más de lo que cambie usted con respecto a mí. Mandaré a Charley por la carta.

Me estrechó la mano y nos separamos. Transcurrió la semana sin que mediara entre nosotros la menor alusión a esta conversación. En la noche del octavo día, cuando estuve sola, le dije a Charley que fuese a llamar a la puerta del señor Jarndyce y le pidiera de mi parte la carta que había escrito. Charley subió algunos escalones, bajó algunos otros, atravesó varios corredores, y nunca les habían parecido más largos a mis oídos los rodeos de aquella antigua mansión, y así volvió, por los pasillos, y escaleras abajo y escaleras arriba, y trajo la carta.

—Déjala sobre la mesa, Charley —le dije.

La dejó sobre la mesa y se retiró inmediatamente. Me quedé sentada mirándola sin cogerla, pensando en muchas cosas.

Comencé evocando mi infancia, los tristes días que había pasado en casa de mi madrina, y el instante en que, más abandonada que nunca, me encontré sola con la señora Rachael, al lado del cadáver de mi tía con su resuelto rostro, tan frío y rígido. Y pasé a los días tan distintos en que me bendijeron con encontrar amigas en torno a mí, y con ser querida. Llegué a la época en que encontré a mi querida niña, cuya ternura y belleza constituían el encanto de mi vida. Recordé la primera luz de bienvenida que brillaba en esas mismas ventanas ante nuestros rostros expectantes aquella noche fría y brillante, y que nunca había empaldecido. Reviví la felicidad de mi vida una y otra vez, pasé por mi enfermedad y convalecencia, pensé en lo que había cambiado y en lo poco que lo habían hecho quienes me rodeaban; y toda esa felicidad se la debía a un ser excelente cuyo rostro radiante se reflejaba en aquella carta que contemplaba, encima de la mesa.

Rompí el sobre, y leí. Expresaba tanto amor por mí y tanto desinterés y mostraba tanta consideración hacia mí en cada palabra que se me llenaban los ojos de lágrimas y no pude seguir leyendo. Pero la leí tres veces antes de dejarla. Era lo que yo había supuesto. Me preguntaba si quería ser la dueña y señora de la Casa lúgubre.

No era una carta de amor, aunque se reconocía en cada página la emoción que la había inspirado. Veía su cara, y oía su voz, y sentía la influencia de sus modales amables y protectores. Se dirigía a mí como si hubiésemos trocado los papeles, como si el agradecido hubiese sido él y yo la bienhechora. Me decía que yo era joven y que él ya no lo era; insistía sobre sus canas y me invitaba a reflexionar, formalmente, antes de decidirme. Me decía que nada podía ganar con aquel matrimonio, pero tampoco podía perder nada negándome a darle mi consentimiento. El cariño que me profesaba no podían aumentarlo nuevos lazos, y cualquiera que fuese mi respuesta él habría de

aceptarla como la acertada. Pero había creído que debía ofrecerme aquella nueva posición, después de la confianza que le había hecho últimamente, aunque no fuera nada más que para refutar el anatema que habían lanzado contra mi nacimiento. Era la última en saber cuánta felicidad podía concederle, pero de aquello no dijo nada más, porque yo siempre había de recordar que no le debía nada y que era él mi deudor, y en gran medida. A menudo había pensado en nuestro futuro y previendo que llegaría el momento, y temía que podría llegar pronto, en que Ada (ahora muy cerca de la edad) nos dejara, y en que nuestro actual modo de vida debía ser interrumpido, se había acostumbrado a reflexionar sobre esta propuesta. Así que la hacía. Si creía que podía darle un derecho mayor al que había tenido al ser mi protector, y si creía que podía llegar a ser feliz y razonablemente la querida compañera de lo que le restaba de vida, por encima de todos los percances y de todos los cambios exceptuando la muerte, ni siquiera entonces quería que me atase de manera irrevocable cuando el contenido de esa carta era todavía tan nuevo para mí, incluso entonces debía tener tiempo suficiente para reconsiderarlo. En ese caso, o en el caso contrario, quería que se mantuviese inalterable nuestra anterior relación, nuestras anteriores costumbres, el anterior nombre con el que lo llamaba. Y sabía que su luminosa dama Durden y amita de llaves sería la misma de siempre.

Tal era en sustancia aquella carta escrita con una dignidad afectuosa y con la imparcialidad de un tutor que expone a su pupila el requerimiento de un extraño y la deja en completa libertad de aceptar o no.

Pero no decía que, en una época en que mi rostro tenía toda su lozanía, se había abstenido de hacerme semejante proposición, que ocupaba ya su pensamiento; que la alteración de mis facciones y el descubrimiento de mi nacimiento no había disminuido su cariño, y que no me había ofrecido su nombre y su fortuna hasta el día en que, sin belleza, no tenía más herencia que el oprobio.

Pero lo comprendía, lo comprendía muy bien. Me vino a la mente que era el broche de la benévola historia que había estado buscando, y sentí que no había sino una cosa que hacer. Consagrar mi vida a su felicidad era agradecersele apenas, y ¿qué hubiese podido desear la otra noche sino una nueva manera de agradecersele?

Lloré aún más, no solo al leer la carta, no solo por la extraña propuesta (porque me resultaba extraña a pesar de que me esperase ese contenido), sino como si hubiese perdido indefinidamente algo para lo que no tenía un nombre ni una idea precisa. Era muy feliz, estaba muy agradecida, muy esperanzada, pero lloré mucho.

Poco después me miré en mi viejo espejo, y vi mis ojos rojos e hinchados y

me dije: «¡Esther, Esther, pero puedes ser esa!». Ante tales reproches me fue preciso hacer un violento esfuerzo para no derramar nuevas lágrimas, pero le levanté un dedo y las contuve.

«¡Esa se acerca más al aspecto sereno con el que me consolaste, querida, cuando me mostraste ese gran cambio!», dije comenzando a soltar mi cabello. «Una vez señora de la Casa lúgubre será obligatorio que estés siempre alegre, Esther; tendrás motivos para estarlo. Empieza, pues, desde ahora.»

Seguí con mi cabello, con mayor tranquilidad. Sollocé algunos momentos más, únicamente como consecuencia de mi pasado llanto.

—Ya soy dichosa para siempre —pensaba—, rodeada de buenos amigos en una casa, mi propia casa, con la facultad de poder hacer mucho bien y con el cariño del mejor de los hombres.

Me pregunté enseguida qué es lo que hubiera sucedido si el señor Jarndyce se hubiese casado con otra, y este pensamiento me hacía entrever mi felicidad bajo un nuevo aspecto. Tomé mi manojito de llaves, lo hice sonar alegremente, y lo volví a colocar en la canastilla, después de besarlo.

Entonces empecé a pensar, mientras me arreglaba el pelo ante el espejo, cuántas veces había considerado en mi fuero interno que las hondas huellas de mi enfermedad y las circunstancias de mi nacimiento eran solo nuevas razones por las que mantenerme ocupada, ocupada, ocupada..., útil, bondadosa, servicial de todas las maneras honestas y sinceras. ¡Qué buen momento, sin duda, para quedarme sentada morbosamente y ponerme a llorar! En cuanto a que me pudiera parecer completamente extraño al principio (si eso hubiese sido una excusa para llorar, que lo no era) ser algún día la señora de la Casa lúgubre, ¿por qué iba a serlo? Otras personas habían pensado así, aunque yo no. «¿No recuerdas, mi tersa amiga —me pregunté mirándome al espejo—, lo que la señora Woodcourt dijo antes de que tuvieras estas cicatrices, que si te casabas...?»

Tal vez el nombre que acababa de pronunciar trajo a mi memoria, de pronto, aquellas flores marchitas que guardaba... No eran ya más que el agostado recuerdo de un pasado que no volvería jamás... Sin embargo, era mejor no conservarlas.

Fui a buscar, en el saloncito que separaba mi habitación de la de Ada, el libro donde las había puesto. Cogí una vela y me fui en silencio a sacarlas de su estante. Cuando las tuve en la mano, vi a mi querida Ada por la puerta que estaba entornada. Dormía y me acerqué a besarla.

Fui débil, lo sé, y no hubiese debido tener una razón para llorar, pero derramé una lágrima sobre su querido rostro, y otra y otra más. Más débil todavía, saqué las flores marchitas y se las puse un instante a sus labios.

Pensaba en el amor que le tenía a Richard. ¿Qué había de común entre aquel amor y mis flores? Volví a entrar en mi habitación, las acerqué a la vela, y un instante después no eran más que un poco de ceniza.

A la mañana siguiente, cuando entré en el comedor a la hora del desayuno, me encontré a mi tutor, quien me recibió con su rostro habitual, y cuyas maneras libres de toda incomodidad me tranquilizaron completamente. Varias veces me quedé sola con él durante aquella mañana y pensaba, naturalmente, que aprovecharía alguna de aquellas ocasiones para hablarme de su carta. Sin embargo, no hizo la menor alusión a ella.

Tampoco a la mañana siguiente, ni a la siguiente, ni por lo menos durante una semana, tiempo durante el cual prolongó su estancia el señor Skimpole. Esperaba cada día que mi tutor me hablara de la carta, pero nunca lo hizo.

Me pregunté, con inquietud, si esperaba una carta mía en contestación a la suya. Lo intenté una y otra vez en mi cuarto por las noches, pero no podía escribir una respuesta que lo satisficiera, así que cada noche pensaba que esperaré un día más. Y esperé siete días más, y él nunca me dijo ni una palabra.

Por fin, cuando se fue el señor Skimpole, un día en que debíamos salir a caballo, me vestí deprisa y bajé antes que Ada. El señor Jarndyce estaba en la sala y miraba por la ventana. Se volvió cuando entré y me dijo sonriendo:

—¡Ah! ¿Eres tú, mujercita?

Y continuó mirando lo que parecía llamar su atención.

Ya me había decidido a hablar con él. En pocas palabras, había bajado a propósito.

—Tutor —le dije, temblando—, ¿cuándo quiere que conteste a la carta que le entregó a Charley?

—Cuando esté lista la contestación.

—Lo está hace mucho tiempo —le dije.

—¿Y debe entregármela Charley? —añadió en tono jovial.

—No, tutor: he aquí la contestación.

Y lo abracé y lo besé, y él me preguntó si era la señora de la Casa lúgubre y le dije que sí. Y nada pareció cambiar en nuestra actitud. Ada bajó, salimos los tres, y ni siquiera le hablé a mi querida niña de una novedad tan importante.

En fideicomiso

Una mañana, después de haber terminado con el ajetreo que exigían mis cestas de llaves, me paseaba por el jardín con Ada cuando, al volver los ojos hacia la entrada, vislumbré una sombra que penetraba en ella y que me pareció ser la del señor Vholes. Como precisamente hablábamos de Richard, y Ada me manifestaba la esperanza de verlo renunciar a aquel pleito con el mismo entusiasmo que había puesto en él, me guardé muy bien de hablarle a mi pobre amiga de la sombra que acababa de reconocer.

Pero apenas habían transcurrido algunos minutos desde la llegada del abogado, cuando Charley, saltando entre los arbustos, y tropezándose por los senderos, sonrosada y bonita como si fuera una de las doncellas de Flora en vez de mi doncella, gritó al verme:

—Señorita, por favor, si podría ir a hablar con el señor Jarndyce.

Una de las particularidades de Charley era que siempre que le daban un recado empezaba a transmitirlo en cuanto veía, a distancia, a la persona a quien le concernía. Por lo tanto, vi a Charley preguntarme a su manera de siempre si «podría ir a hablar» con el señor Jarndyce mucho antes de que la oyera. Y cuando lo hice, lo había dicho tantas veces que le faltaba el aliento.

Le dije a Ada que volvía pronto, y le pregunté a Charley si no había algún caballero con el señor Jarndyce.

La muchacha, cuya gramática hacía muy poco honor a mis enseñanzas, me respondió:

—Sí, señorita. Hay aquel caballero que vino al campo con el señorito Richard.

Sería imposible hallar dos seres más opuestos que el señor Vholes y mi tutor. Me los encontré mirándose por encima de la mesa, uno tan abierto y el otro tan cerrado, uno tan robusto y erguido y el otro tan enjuto y encorvado, uno diciendo abiertamente lo que tenía que decir con una voz sonora y rotunda y el otro guardándose con un estilo tan cicatero y frío como el de un pez. Pensé que nunca había visto dos personas tan poco comparables.

—Conoces al señor Vholes, querida —me dijo mi tutor, debo decir que sin andarse con cumplidos.

El señor Vholes se levantó abotonado hasta la barbilla como de costumbre, y volvió a sentarse en su silla, de la misma manera que se había sentado junto a Richard en la calesa. Al no estar Richard para mirarlo, clavó la vista al

frente.

—El señor Vholes —continuó mi tutor, dirigiendo una mirada de desconfianza a nuestro visitante, como si fuese un ave de mal agüero— nos trae malas noticias en relación al pobre Richard.

Acentuó la palabra «pobre» como si hubiese querido dar a entender que Richard debía una gran parte de su desgracia a sus relaciones con el señor Vholes. Me senté entre ellos. El señor Vholes, sin moverse de la silla, se llevó el guante negro a la cara, cuyos granos rojos se rascó discretamente.

—Y, como eres amiga de Richard —continuó el señor Jarndyce—, me gustaría que expusieses tu parecer sobre este desagradable asunto. ¿Quiere usted tener la bondad, caballero, de repetir lo que estaba diciendo?

Obviándolo, el señor Vholes observó:

—Decía, señorita Summerson, que, en calidad de consejero legal del señor C., he llegado a saber que era bastante apurada la posición pecuniaria de ese joven, no por lo que hace referencia al importe exigible, sino porque la deuda es apremiante y son hartos limitados los medios del señor C. He evitado durante algún tiempo el proceso con que lo amenazaban, pero todo tiene sus límites y he llegado al último extremo de lo posible. He pagado de mi bolsillo algunas pequeñas cantidades que he de cobrar, forzosamente, porque no soy rico y he de mantener a mi anciano padre en el valle de Taunton, por no hablar de los deberes que me impone el porvenir de mis tres hijas. No veo cómo puede salir el señor C. del asunto en que se ha engolfado, a no ser que obtenga el permiso de vender su nombramiento de oficial, lo cual en todo caso me he creído en el deber de anunciarlo a su familia.

El señor Vholes, que me había estado mirando mientras hablaba, volvió a sumirse en el silencio que apenas si se podía decir que hubiera roto dado el tono tan ahogado en el que hablaba, y miró frente a sí de nuevo.

—Figúrate al pobre, sin tener ni siquiera la paga de oficial —me dijo mi tutor—, ¿qué será de él? ¡Pobre muchacho! Ya lo conoces, Esther. No aceptará nunca nada de mí, y hacerle un ofrecimiento sería exasperarlo aún más. ¿Ves tú algún medio?

—La observación del señor Jarndyce, es, desgraciadamente, de una exactitud rigurosa —opinó el señor Vholes, dirigiéndose a mí—. No veo que pueda hacerse nada para cambiar la situación actual, ni creo que pueda intentarse algún medio, no. He venido únicamente para informarle de una manera confidencial de la posición en que se encuentra el señor C., para que se sepa dónde está y adónde va, pues tengo la costumbre de obrar con franqueza en los asuntos y mi único deseo es legar un nombre sin mancha a mis hijas. Si no hubiera consultado más que mis propios intereses, me hubiese abstenido de

dar este paso que no tiene nada de oficial y excede a mis atribuciones. Me atrevería a decir que se me ha de considerar como personalmente ajeno a esta cuestión. No es una cuestión profesional. No se le puede cobrar a nadie. Solo me interesa como individuo de la sociedad, como padre de familia que soy... e hijo —dijo el señor Vholes, que estuvo a punto de olvidarse de ello.

No nos cabía la menor duda, desgraciadamente, acerca de la verdad de las palabras del señor Vholes sobre la posición de Richard. Solo podía sugerir que debía ir a Deal, adonde habían destinado entonces a Richard, y verlo y tratar, en lo posible, de evitar lo peor. Sin consultar al señor Vholes a este respecto, me llevé a mi tutor aparte para proponérselo, mientras el señor Vholes se acercaba sombrío al fuego para calentar sus guantes fúnebres.

El señor Jarndyce me presentó la objeción del cansancio del viaje, pero como no encontró ninguna otra razón que dar para oponerse, y le aseguré que, por el contrario, tendría un verdadero placer en desempeñar aquel encargo, me dio su consentimiento. Solo teníamos ya que deshacernos del señor Vholes.

—Bueno, caballero —dijo el señor Jarndyce—, la señorita Summerson va a conversar con el señor Carstone. Ya solo se puede esperar que su posición sea reversible. Permítame, caballero, que le haga servir un ligero almuerzo.

—Mil gracias —respondió el abogado, conteniendo el brazo que el señor Jarndyce extendía hacia el cordón de la campanilla—, no tomaré nada, ni siquiera un vaso de agua. Tengo el estómago delicado y soy por lo general un invitado que le hace muy poco honor a quien le obsequia. Ahora mismo, cualquier cosa que comiese estoy seguro de que me sentaría mal, así es que, habiéndole dicho ya con franqueza cuanto tenía que comunicarle, le pido, caballero, permiso para retirarme.

—¡Ojalá —respondió el señor Jarndyce, con amargura— que nos fuera permitido a todos retirarnos tan fácilmente del maldito pleito en que nos hallamos engolfados!

El señor Vholes, cuyo traje negro humeaba delante del fuego, despidiendo un olor poco agradable, se inclinó ligeramente y negó despacio con la cabeza.

—Caballero, los que no tenemos otra ambición que dejar una reputación intacta hacemos esfuerzos incesantes por el triunfo de los intereses que nos confían. Al menos así lo he hecho siempre, por mi parte, y creo que todos mis colegas se rigen por la misma conducta. Ya comprenderá, señorita Summerson, que no debería hablarse de mí en la conversación que tendrá con el señor C.

Le respondí que haría cuanto estuviese en mi mano por evitarlo.

—Se lo agradeceré mucho. Adiós, señorita; adiós, caballero.

El señor Vholes tocó la mano de mi tutor y la mía con su guante, que parecía no contener más que los huesos de un esqueleto, y se llevó su sombra escuálida, que me figuré ver en la diligencia cruzando el paisaje inundado de sol que nos separaba de Londres y helando las semillas de la tierra por los sitios por donde pasaba.

Era imposible no decirle a Ada el motivo de mi viaje. Mi pobre amiga se entristeció mucho cuando supo la posición de Richard, pero solo encontró para él palabras de ternura y de excusa, y, más enamorada que nunca, le escribió una larga carta que me suplicó le entregase.

Charley me acompañaría en mi viaje, aunque no quería compañía y no tuviese ninguna necesidad de ella. Aquella tarde nos fuimos todos a Londres y aquella misma noche, tras encontrar dos asientos en la silla de postas del condado de Kent, corríamos hacia el mar, a la hora en que acostumbrábamos estar acostadas.

En aquella época, en esos viajes en diligencia, se pasaba toda la noche en el camino, pero íbamos solas en el carruaje, y estaba muy ocupada con el paso que iba a dar para que me pareciese largo el viaje. Me pasó lo que supongo que le pasa a mucha gente en tales circunstancias. Unos ratos mi viaje me parecía esperanzador y otros sin esperanza alguna. Tan pronto pensaba que serviría de algo, como me preguntaba cómo podía haber supuesto tal cosa. Tan pronto me parecía una de las cosas más razonables del mundo hacerlo, como era una de las más irracionales. En qué situación me encontraría a Richard, qué le diría yo y cómo recibiría mis palabras; esas preguntas dominaban mi mente, por turnos, entre esos dos estados emocionales, y las ruedas parecían tocar la misma melodía (a la que se unía el peso de la carta de mi tutor) una y otra vez durante toda la noche.

Finalmente, entramos en las estrechas calles de Deal, y muy sombrías que estaban por la cortante niebla matutina. La larga y lisa playa, con sus casitas irregulares, madera y ladrillo, y su revoltijo de cabestrantes y barcas grandes y cobertizos y desnudos mástiles erguidos con aparejos de polea, y amplios espacios vacíos con gravilla cubiertos con pastos y malezas, me pareció un paisaje tan aburrido como pocos había visto. El mar ondeaba penosamente bajo la densa niebla blanca, y no se movía nada en la orilla a no ser unos pocos cordeleros madrugadores quienes, rodeados de un cinturón de cáñamo, se diría que, hastiados de su vida presente, se devanaban a sí mismos para cambiar de existencia.

Pero cuando estuvimos sentadas junto a un buen fuego, en una habitación bien cerrada, delante de una mesa donde nos sirvieron un desayuno madrugador (porque era demasiado tarde para pensar en ir a la cama), Deal nos pareció mucho menos triste. Nuestra pequeña habitación era como un

camarote de barco, lo que le pareció a Charley maravilloso. La niebla se desvaneció, poco a poco, y, como una cortina que se descorre, nos permitió ver algunos buques cuya cercanía no habíamos sospechado. No sé cuántas velas nos dijo el camarero que había entonces fondeadas en tierra. Algunos me parecieron de una magnitud imponente, especialmente una hermosa fragata que llegaba de las Indias y que acababa de llegar a casa. Y cuando el sol brilló entre las nubes, creando pequeños lagos plateados en medio de las olas sombrías, la forma en que esos barcos se iluminaban y ensombrecían, y cambiaban en medio de un bullicio de buques que iban y venían de la orilla hacia ellos y de ellos hacia la orilla, y la vitalidad y el movimiento en sí mismos y todo alrededor de ellos era admirable.

Lo que más nos atraía era el gran indiamán, porque había llegado aquella misma noche a tierra. Una multitud de lanchas lo rodeaba, y pensábamos en la alegría que debían de sentir sus pasajeros al encontrarse, por fin, al término del viaje. Su ávida curiosidad me interrogaba acerca del viaje y sobre el calor que en aquel lejano país hacía, sobre los tigres y sobre las serpientes, y, como la muchacha retenía mejor la geografía y la historia natural que la gramática, le dije todo cuanto sabía sobre estos asuntos.

Le expliqué, además, que con mucha frecuencia los buques se estrellaban contra los peñascos del mar, y que, a veces, en tales ocasiones surgía la intrepidez de un solo hombre para salvar a todos los demás. Y, como Charley me preguntó cómo era posible, le conté cómo supimos de un caso así en casa.

Había pensado, en un principio, enviar un aviso a Richard, pero creí que sería mejor sorprenderlo. Como vivía en el cuartel, temía que sería difícil mi empresa y fui a reconocer el edificio. Al mirar por la puerta del cuartel, todo estaba muy tranquilo en el patio y un sargento, que estaba en los escalones del cuartel de la guardia, y a quien me dirigí preguntándole por la residencia de Richard, me hizo acompañar por un soldado que, después de subir una escalera austera, llamó discretamente a una puerta y se marchó.

—¿Quién va? —gritó Richard desde dentro.

Dejé a Charley en el pasillo y entreabriendo la puerta respondí:

—Soy la dama Durden; ¿puedo entrar, Richard?

Richard, en medio de un confuso montón de prendas de ropa, libros, botas, cepillos y maletas arrojadas al suelo, estaba escribiendo una carta. No llevaba uniforme y tenía el cabello revuelto y el rostro desencajado y tenía un aspecto tan salvaje como su cuarto. Sin embargo se levantó en cuanto me reconoció y me abrazó con efusión.

¡Pobre Richard! Siempre se comportó igual conmigo, y me recibió con lo poco que le restaba de su antiguo buen humor.

—¡Cielo santo, mi querida mujercita! ¡Usted por aquí! Lejos estaba de hacerla aquí en este momento. ¿A qué casualidad debo el placer de verla a usted? ¿Hay acaso alguna novedad? ¿Ada está bien?

—Muy bien, Richard, y más adorable que nunca.

—¡Ah! —dijo sentándose indolentemente en la silla—. ¡Pobre prima mía! ... Casualmente le estaba escribiendo, Esther.

Tan joven y apuesto y, sin embargo, tan pálido y con aquellas profundas ojeras mientras se recostaba en su asiento y arrugaba en su mano el papel escrito con líneas apretadas que había tomado de la mesa.

—¿Se ha tomado usted el trabajo de escribir para después romper la carta? —le pregunté.

—¡Ah, querida! —contestó, haciendo un ademán de desesperación—. El estado en que ve usted esta habitación supongo que le dice a usted bastante.

Lo consolé, le dije que no se dejase llevar por el abatimiento, y añadí que, habiendo sabido por casualidad que se hallaba en apuros, había ido para hablar con él y ver lo que podía hacerse.

—¡Siempre la misma, Esther! —dijo con una sonrisa melancólica—. ¿Qué es lo que puede usted hacer? Hoy salgo del ejército: tengo permiso para vender mi plaza de oficial y dentro de una hora habré partido de aquí. ¡Otra vocación frustrada! Solo me queda entrar en la Iglesia para haber recorrido todo el círculo de las profesiones liberales.

—No se hallará usted en ese estado, Richard.

—Sí, Esther —me dijo—. Estoy tan cerca de la desgracia que quienes tienen autoridad sobre mí (como dice el catecismo) prefieren mucho más estar sin mí que conmigo. Y tienen razón porque, además de las deudas y de los acreedores y todos esos reveses, no sirvo para militar. Solo tengo inteligencia, corazón y actividad para una cosa, y suponiendo que no hubiera estallado hoy la bomba —decía mientras rasgaba en pedazos la carta que había escrito y los tiraba malhumoradamente—, hubiera debido romper, tarde o temprano, con una carrera que, de un momento a otro, podía enviarme lejos de Inglaterra. ¿Cómo puedo partir cuando sé por experiencia que no puedo fiarme ni siquiera de Vholes, a quien llevo a cuestas?

Adivinó lo que yo iba a decir, y tomándose la mano que le había puesto en el brazo, con la que me tapó la boca, continuó:

—No hablemos más de eso, dama Durden. Ya sabe usted que hay entre nosotros dos puntos sobre los cuales no debemos discutir: el uno es el señor Jarndyce, y el otro lo ha prohibido usted misma. Llame usted a esto locura, si quiere. En caso de que lo fuere, le contestaré que no es culpa mía y que no hay

remedio posible. Pero no lo es, sino todo lo contrario, y por lo mismo me he propuesto llegar hasta el fin. ¡Qué desgracia ha sido haberme dejado apartar del camino que debía seguir! ¡Sería más inteligente abandonarlo ahora, después de todo el tiempo, ansiedad y sufrimiento que le he dedicado! ¡Ah, sí, sería más inteligente! Sería muy agradable también, para algunas personas, pero nunca lo haré.

Estaba en tal estado que pensé que era preferible no irritarle más llevándole la contraria. Saqué la carta de Ada y se la entregué.

—¿Debo leerla ahora? —preguntó.

Habiéndole contestado afirmativamente, rompió el sobre y empezó a leer la carta apoyando la frente en la mano. Un momento más tarde, se llevó la otra mano a la cabeza para ocultarme el rostro. Después se levantó como si no viera bien el sitio en el que estaba, y se acercó a la ventana. Terminó de leerla allí, dándome la espalda, y después de terminarla y de doblarla de nuevo, se quedó parado allí unos minutos con la carta en la mano. Cuando volvió a su asiento, vi lágrimas en sus ojos.

—¿Sabe usted lo que me dice, Esther? —me preguntó más sereno, besando la carta que conservaba aún en la mano.

—Sí, Richard —respondí.

—Me ofrece —continuó, dando un pisotón en el suelo— la pequeña fortuna de la que gozará muy pronto, precisamente la suma que he gastado ya, para que pueda pagar mis deudas y conservar mi plaza de oficial.

—Sé —le dije— que la tranquilidad de usted es lo que más desea en el mundo, Richard. ¡Ada tiene un corazón tan noble!

—Sí, sí, un corazón noble y puro. ¡Quisiera haber muerto!

Se acercó otra vez a la ventana, dejó un brazo en ella y apoyó la cabeza. Me afectó enormemente verlo así, pero esperé a que se fuera calmando, y me quedé en silencio. Mi experiencia era muy limitada, no estaba preparada en absoluto para que cambiase de ánimo de nuevo como si hubiese sido ofendido.

—¡Y este es el corazón tan noble —prosiguió, después de algunos instantes de silencio— de quien quería alejarme John Jarndyce! ¡Pobre Ada! —añadió, con creciente indignación—. Me hace esta oferta generosa, desde la misma casa del señor Jarndyce, y probablemente por consejo del mismo para seducirme y comprar de este modo la renuncia por la que está tan interesado.

—¡Richard, lo que está usted diciendo es indigno! —exclamé levantándome rápidamente.

Era la primera vez que me enojaba con él, pero mi cólera no duró más que

un segundo. Cuando vi su joven rostro agotado mirándome como si pidiera perdón, puse mi mano en su hombro y le dije:

—Le suplico que no me hable usted así, Richard. Recapite.

Reconoció su error y me pidió perdón de la manera más franca y sincera, y me suplicaba perdón mil veces. Ante eso me reía, pero también temblaba un poco, porque estaba bastante alterada después de estar tan enfadada. Después continuó, sentándose a mi lado:

—No necesito decirle que no puedo aceptar la oferta de mi prima. Por otra parte, ¿de qué serviría? Tengo documentos que le demostrarán que es indispensable que renuncie al uniforme. Es un consuelo para mí, en medio de todos mis sinsabores, pensar que, al velar por mis intereses, velaré por los de Ada, pues a Dios gracias son los mismos que los míos. Vholes no puede obrar en mi nombre sin trabajar también por ella.

Crecían en él esperanzas optimistas y le iluminaban las facciones, pero eso me hacía su rostro más triste que antes.

—¡No, no! —gritó Richard, exultante—. Si pudiera disponer de la pequeña fortuna de Ada, crea usted que no distraería ni un solo penique para conservar una carrera para la cual no soy apto, que no me interesa y con la que estoy disgustado. Haría de su dinero mejor uso y con ello estoy seguro de que alcanzaría un porvenir más brillante del que ella participaría. Se consagraría a lo que promete un mayor rendimiento, y se usaría donde se invertiría mejor. ¡No se apure tanto por mí! Ahora solo voy a tener una cosa en mente y Vholes y yo vamos a trabajar en ello. No me faltarán los medios. Una vez libre y dueño del precio de mi plaza de oficial, entraré en negociaciones con los usureros, que actualmente no acceden a nada y reclaman imperativamente el total de sus créditos, según Vholes. No perdamos, pues, la esperanza. Llevará usted a Ada una carta que la consolará y esté usted persuadida de que mi situación no es tan desesperada como ustedes se figuran, querida.

No diré cuál fue mi contestación. No ofrecería interés alguno, porque no tenía nada de particular, pero era espontánea y cordial. Me escuchó con paciencia y con emoción, pero vi que sobre esos dos temas no quería hablar y era inútil hacerle observación alguna. También vi, y ya había tenido experiencia de ello en esa misma entrevista, el sentido del comentario de mi tutor sobre que era incluso más dañino tratar de convencerlo que dejarlo estar.

Por lo tanto, al final me vi forzada a preguntarle a Richard si no le importaría convencerme de que todo aquello había acabado realmente, como había dicho, y si no sería solo una impresión suya. Me mostró sin titubear una carta en la que estaba muy claro que su retiro quedaba arreglado. Supe, por lo que me dijo, que el señor Vholes tenía copias de esos documentos y que lo

había estado consultando desde el principio hasta el fin. Aparte de determinar esto, y haberle llevado la carta de Ada, y ser (como sería) la acompañante de Richard de vuelta a Londres, no había conseguido nada bueno con haber ido. Tras admitir esto ante mí misma a regañadientes, le dije que me volvía a mi hotel a esperarlo hasta que se reuniese conmigo, así que se puso una capa sobre los hombros y me acompañó a la puerta, y Charley y yo regresamos por la playa.

A algunos pasos de nosotros la multitud se agrupaba para ver a algunos oficiales de Marina que se acercaban a la playa en un bote. Le dije a Charley que debía de ser uno de los botes del gran indiamán, y nos paramos a mirar. Aquellos oficiales avanzaban con lentitud desde la orilla y hablaban con la sonrisa en los labios mirando en torno suyo como si experimentasen una viva alegría al verse otra vez en Inglaterra.

—Charley —exclamé de pronto—, ¡ven, ven!

Y la arrastré con tanta vivacidad que se quedó estupefacta.

Hasta que llegamos a nuestra habitación-camarote y tuve tiempo de recobrar el aliento, no pensé en por qué me había puesto a correr de esa manera. Había reconocido entre aquellos rostros atezados el de Allan Woodcourt y temía que me descubriera. No quería que me viese tan desfigurada. Me había cogido por sorpresa y me había faltado valor.

Pero comprendía que eso no estaba bien y me dije: «Querida, no hay motivo (no hay ni puede haber motivo en absoluto) para que sea peor ahora de lo que ha sido. La que eras hace un mes, lo eres hoy; no eres ni peor ni mejor. No ha sido decisión tuya. Recuérdalo Esther, recuérdalo.» Y tranquilizándome, poco a poco, acabé por recobrar mi valor.

Los oficiales vinieron a la fonda. Los oí hablar en la escalera, reconocí sus voces, quiero decir, entre ellas la del señor Woodcourt. Hubiera sido para mí un verdadero alivio irme sin haberle hablado, pero quise, por el contrario, dominar esa flaqueza. «¡No, querida, no! ¡No, no, no!»

Me desaté el sombrero y cubriéndome a medias con el velo (creo que quiero decir medio bajado, pero poco importa), envié al doctor una tarjeta sobre la cual escribí que me hallaba en la fonda con el señor Richard Carstone. Subió inmediatamente a mi habitación, y le dije que sentía un verdadero placer en ser la primera en saludarlo a su regreso en Inglaterra. Y vi que lo sentía mucho por mí.

—Ha corrido muchos peligros, desde su partida, señor Woodcourt —continué—, pero no puede decirse que el naufragio haya sido para usted una desgracia, pues le ha proporcionado la ocasión de mostrarse tan valiente como generoso. Hemos conocido todos los detalles con vivo interés, fue la pobre la

señorita Flite, una de sus antiguas pacientes, la que me habló de este suceso después de una enfermedad muy grave que tuve en aquella época.

Me sentía ya tan animada que levanté el velo.

—¡Pobre señorita Flite!, ¿sigue yendo a la audiencia? —preguntó el señor Woodcourt.

—No falta ni un solo día. Ha conservado hacia usted la más viva gratitud. Es una excelente criatura, cuyo afecto he tenido ocasión de apreciar a fondo.

—¿Ha sido buena y afectuosa con usted? —preguntó—. Me alegro de saberlo.

Estaba tan triste por mí al ver la alteración de mis facciones, que apenas podía explicarse.

—Le aseguro que agradezco mucho el interés que esa buena mujer se tomó por mí durante la época en que estuve enferma.

—Yo me enteré de su enfermedad con profundo dolor.

—¡Oh, sí! Estuve muy grave.

—¿Se halla ya completamente restablecida?

—Sí, completamente. He recobrado las fuerzas y la alegría. Ya sabe usted cuán tranquila y feliz es nuestra vida al lado de mi tutor, y cuando nada hay que desear, es fácil recobrar la salud.

Me pareció que tenía más lástima de mí que yo misma y la necesidad en que me hallaba de tranquilizarle duplicaba mi valor y me infundía nuevos ánimos. Le hablé del viaje, de su estancia en India, y le pregunté si tenía intención de volver allí.

Me contestó que no lo sabía con certeza, que saltaba a la vista que la fortuna le había sido tan poco favorable allí como aquí. Se había ido como un humilde médico de barco y había vuelto a casa como tal. Mientras hablábamos, y yo me alegraba de haber aliviado la (si se me permite utilizar tal término) conmoción que había tenido al verme, interrumpió la conversación la llegada de Richard. Mi pobre amigo había profesado siempre un afecto fraternal al señor Woodcourt y, cuando lo vio, dio muestras de la más sincera alegría.

Me di cuenta, cuando terminaron de saludarse y hablaron de la carrera de Richard, de que mostraba en su rostro una expresión diferente de la que había tenido hablando conmigo, advertí que el señor Woodcourt lo miraba con frecuencia y lo examinaba con atención como si encontrara en su rostro alguna cosa que le inquietara. Richard, que venía a Londres con nosotras, propuso al doctor que nos acompañase, pero este no podía partir hasta el día siguiente, y

sintió vivamente verse obligado a quedarse en su barco. Accedió, no obstante, a cenar con nosotros. Había recobrado su actitud habitual, y yo, por mi parte, me felicitaba de haber vencido la repugnancia a presentarme delante de él que había tenido al principio. Me pareció que había aumentado la inquietud que le inspiraba Richard. Cuando la diligencia estaba casi lista y Richard bajaba corriendo a comprobar su equipaje, me habló de él.

Yo no sabía hasta qué punto tenía derecho a contarle francamente la situación del señor Carstone y, sin embargo, me decidí a explicársela en breves palabras. Aprovechando, pues, el momento en que Richard hacía cargar su equipaje, le hablé brevemente de la ruptura de nuestro pobre amigo con el señor Jarndyce y de la insensata vehemencia con que seguía el malhadado proceso.

—Lo he visto observarlo muy de cerca. ¿Lo encuentra usted muy cambiado? —le dije.

—Muchísimo —respondió negando con la cabeza.

Sentí que la sangre se agolpaba en mi rostro, pero me repuse enseguida. Volví la cabeza y se me pasó.

—No me refiero necesariamente a que esté más viejo o más joven, más gordo o más flaco, más colorado o más pálido —continuó el señor Woodcourt—, sino a que sus facciones acusan una expresión extraña que no tenían antes, y no es corriente en un hombre de su edad la mirada que leo en sus ojos. Es una mezcla de ansiedad febril y de desaliento, que hace presentir una desesperación cuyo germen existe y puede desarrollarse de un momento a otro.

—¿Cree usted que está enfermo? —dije.

—No, parece saludable por fuera.

—Por dentro no se encuentra en paz, tenemos muchos motivos para afirmarlo —continué—. ¿No va usted a Londres, señor Woodcourt?

—Mañana iré, o al otro.

—Richard le ha tenido siempre en gran aprecio. Lo que más necesita es un amigo. Le suplico que lo visite alguna vez y le anime con sus consejos. No sabe usted el servicio que nos prestará. Ada y el señor Jarndyce se lo agradecerán en el alma. ¡Incluso yo, señor Woodcourt!

—Señorita Summerson —me dijo con una emoción que no había manifestado hasta entonces—, le prometo delante de Dios ser para él un amigo sincero y velar por él como por mandato sagrado.

—Gracias —le dije, con los ojos bañados en lágrimas, aunque pensaba que

podían permitírsele al no ser por mí—. ¡Ada lo quiere tanto! Todos lo queremos, pero Ada más que nadie. Le diré lo que usted me ha dicho. Gracias, y en nombre suyo, que Dios le bendiga.

Richard entraba cuando terminábamos de intercambiar esas atropelladas palabras a fin de anunciarme que todo estaba dispuesto para el viaje.

—Woodcourt —dijo ignorando lo oportuno que era—, cuando esté en Londres, permítame que vaya a verlo.

—¿Y por qué no? —respondió el otro—. En la actualidad no tengo más amigos que usted, Richard. ¿Dónde podré encontrarle?

—Bueno, ahora tengo que encontrar alojamiento de alguna clase —dijo Richard, reflexionando—. En todo caso se lo dirán en el despacho de Vholes, en Symond's Inn.

—Muy bien; iré a verlo en cuanto llegue.

Se dieron un sincero apretón de manos. Cuando estuve en el coche, en el momento en que Richard iba a subir, el señor Woodcourt apoyó la mano sobre el hombro de su amigo volviendo hacia mí la mirada. Lo comprendí y se lo agradecí con la mano.

Le di las gracias con los ojos, y leí en los suyos, cuando empezaron a andar los caballos, tanto pesar por mi belleza perdida, que me alegré de verlo. Me sentí con respecto a mi antiguo ser como lo haría un difunto que visitara los sitios donde viviera en otro tiempo. Me alegré al ver que me recordaban con ternura, que me compadecían, que no me habían olvidado del todo.

XLVI

Deténgalo

Las tinieblas envuelven Tom-completamente-solo y, haciéndose más espesas por momentos, desde que el sol camina hacia su ocaso, han acabado por invadirlo todo. En las buhardillas brillan algunas luces, que poco a poco se han ido extinguiendo, como la llama de la vida en medio de aquel aire infecto, prestando sus últimos y siniestros resplandores a miserables seres. La luna ha dirigido su mirada macilenta y fría sobre aquel montón de inmundas ruinas, pero se ha ocultado luego. Todo yace en sombra, y Tom-completamente-solo, profundamente dormido, permanece inmóvil bajo el peso de la más espantosa pesadilla que haya salido del infierno.

¡Qué de brillantes discursos se han pronunciado en el Parlamento y en

otras asambleas políticas! ¡Qué de violentas disputas ha habido acerca de los medios que se habían de emplear para sacar a Tom del cieno! ¿Se le hará volver por buen camino por medio de agentes, o de serenos, o de campanadas, o a fuerza de cálculos, o por medio de los correctos principios del buen gusto, o por medio de ceremonias públicas, o por medio de rezos privados? ¿Se le hará cortar los haces sofisticados de paja polémica con el retorcido cuchillo de su mente o tendremos que ponerlo a picar piedra? En medio del polvo y el ruido, solo hay una cosa perfectamente clara, Tom solo puede recuperarse y quiere recuperarse, o se recuperará y deberá recuperarse conforme a la teoría de alguien sin que la practique nadie. Y, en el esperanzador intervalo, Tom se encamina el primero a la perdición con su espíritu decidido de siempre.

Pero tiene su venganza que los mismos vientos se encargan de esparcir. No hay una sola gota de su sangre contaminada que no lleve a alguna parte el contagio y la muerte. Esta noche surcará las venas de alguna ilustre familia (en la que un químico con un análisis encontraría la genuina nobleza) de una casa normanda, y su Ilustrísima no podrá decir: «¡No!», ni sustraerse a la alianza infame. No hay un átomo de su saliva, ni una molécula del aire pestilente que respira, ni una de sus infamias y dolores, de sus miserias y de sus impurezas que no salpique a todos y no vaya a través de las diferentes capas del orden social a alcanzar a los más orgullosos de los orgullosos y a los más grandes de los grandes. En verdad que, manchando, robando y estropeando, Tom obtiene su venganza.

Uno se pregunta si Tom-completamente-solo es más indeseable de noche que de día, pero lo cierto es que cuanto más se le mira, más repugnante parece, y mejor sería, para el honor de la nación, que el sol, que va a ocultarse muy pronto, se pusiese algunas veces en las posesiones inglesas antes que alumbrar una monstruosidad como Tom.

Un caballero moreno y tostado por el sol, que prefiere, sin duda, vagar al azar a contar las horas en una cama donde no puede dormir, deambula a esta hora silenciosa. Atraído por la curiosidad, a menudo se para y mira a su alrededor, a un lado y a otro de los miserables caminos. No le atrae tan solo la curiosidad, porque brillan en sus negros ojos el interés y la piedad. Diríase familiarizado con semejante miseria y haberla estudiado a fondo.

Las casas desmanteladas están silenciosas a cada lado de la cloaca fétida que forma la calle principal de Tom-completamente-solo. Nadie se mueve, todo duerme excepto aquel andarín aventurero. Hay, sin embargo, una mujer, sentada en el poyo de una puerta. La distingue y se dirige hacia ella. Al aproximarse el hombre a la mujer, este cree ver que ha hecho una larga caminata. Sus pies están cubiertos de barro y tiene el vestido sucio. Está sentada en la puerta como si estuviera esperando, con un codo sobre la rodilla y la cabeza sobre la mano. Al lado tiene un saco o un paquete y dormita tal

vez, pues no parece oír los pasos de aquel hombre.

La acerca rota es tan estrecha que, cuando llega cerca de la infeliz, tiene que volver al camino para poder pasar. Allan Woodcourt la mira, se cruzan sus miradas y se detiene.

—¿Cuál es el problema? —le pregunta.

—Nada, caballero.

—¿Ha llamado usted?

—No, espero a que se levanten en esa casa de enfrente —responde con paciencia— y he venido aquí para que me caliente el sol cuando asome.

—Parece que está usted muy cansada, y lamento que permanezca en medio de la calle.

—Gracias, caballero. No pasa nada.

La costumbre que tiene de tratar a los pobres y de manifestarse con ellos bondadoso y amable, evitando ese aire de protección, de condescendencia y aun de puerilidad que ciertas personas creen que deben adoptar con ellos, conquista inmediatamente la confianza de aquella mujer.

—¿A ver eso que tiene en la frente? —le dice inclinándose—. No tema, no le haré mal alguno: soy médico.

Sabe que al tocarla con sus manos hábiles y experimentadas podrá calmarla más rápido todavía. Hace una leve objeción diciendo «no es nada», pero apenas pone sus dedos en la zona herida cuando se levanta hacia la luz.

—Ha recibido usted un buen golpe, buena mujer, y tiene una herida algo profunda. ¿Siente mucho dolor?

—Bastante, caballero —añade enjugándose repentinamente una lágrima.

—Deje que la cure. No tema, mi pañuelo no le hará daño.

—Lo creo, buen caballero, lo creo.

Limpia la zona herida y la seca, y tras examinarla con atención y presionarla suavemente con la palma de la mano, se saca una caja de instrumental del bolsillo y procede a la curación de la herida. Mientras tanto, mientras se ríe por montar un quirófano en la calle, dice:

—¿Es ladrillero su marido?

—¿Cómo sabe usted eso? —interroga la mujer, con natural sorpresa.

—El color de la arcilla que cubre su vestido lo hace suponer. Sé, además, que los ladrilleros van de un lado a otro en busca de trabajo y por lo que sé

son, en general, bastante crueles con sus mujeres.

La infeliz levanta los ojos como para protestar contra aquella suposición. Pero, al sentir la mano sobre su frente y ver el gesto preocupado y sereno, vuelve a mirar abajo.

—¿Dónde está ahora? —pregunta el médico.

—Anoche se metió en problemas, pero iré a buscarme a la pensión.

—Más problemas va a tener si continúa maltratándola de este modo, pero entiendo que usted lo perdona y no he de ser yo quien diga una palabra más contra él, sino que me gustaría que se la mereciese. ¿Tiene usted hijos?

La cabeza de la mujer lo niega.

—No, señor, pero Liz tiene uno y lo quiero como si fuera mío.

—Ya veo que el suyo ha muerto. ¡Pobrecito!

En ese momento ya ha terminado y está cerrando su caja.

—Supongo que tiene domicilio fijo. ¿Vive usted lejos de aquí? —pregunta el doctor, quitando importancia de buen humor a lo que ha hecho mientras ella se levanta y le hace una reverencia.

—Vivimos en Saint Albans, a veintidós o veintitrés millas de Londres. ¿Conoce usted Saint Albans, caballero? Me ha parecido que ponía cara de conocerlo.

—He oído hablar mucho de él. Y ahora voy a hacerle una pregunta a cambio. ¿Ya tiene usted dinero para pagar el hospedaje?

—Sí, caballero —dice—, de verdad que sí.

Le enseña, efectivamente, algunas monedas y le da las gracias por su atención. El doctor le contesta que ha sido un placer haberle podido ser útil, y se aleja dándole los buenos días. Tom-completamente-solo continúa profundamente dormido.

Pero no. Alguna cosa se mueve. Al volver hacia el sitio desde donde había descubierto a la mujer, Allan Woodcourt ve avanzar a un ser cubierto de harapos que se arrastra a lo largo de la sucia pared (que hasta el más miserable debería evitar), con las manos extendidas y mirando en torno suyo como si temiese ser descubierto. Es un joven, casi un niño. Su rostro está excesivamente flaco, y sus ojos, hundidos por la fiebre y el hambre, tienen un brillo singular. Está tan ocupado en deslizarse con sigilo a lo largo de la pared que ni siquiera lo detiene la aparición de un extraño bien vestido; únicamente se tapa la cara con los harapos de la manga, y pasa a la acera opuesta de la calle fangosa, por donde continúa avanzando con inquietud. Sus vestidos, cuya

forma primitiva sería imposible reconocer, cuelgan a jirones en torno a su cuerpo, Parece, por el color y la forma, un manojo de hojas secas y podridas de alguna planta de pantano.

El señor Woodcourt lo observa y cree haber visto aquella cara. No puede precisar dónde, pero indudablemente ha visto en otra ocasión a aquel infeliz, tal vez en un hospital o en un asilo.

Mientras trata de reunir sus recuerdos, asombrándose de la insistencia con que desea averiguar un hecho de tan escasa importancia, oye detrás de sí pasos precipitados, se vuelve y ve al pobre muchacho huyendo, perseguido por la mujer que grita casi sin aliento:

—¡Deténgalo, caballero, deténgalo!

Va como una flecha a interceptar al chico, pero el chico es más rápido que él, lo esquiva, se agacha, pasa por debajo de sus manos, aparece media docena de yardas más allá, y sale corriendo otra vez. La mujer todavía sigue gritando: «¡Deténgalo, caballero, le ruego que lo detenga!». Allan, creyendo que el muchacho le ha robado a la pobre mujer el dinero, se coloca delante del fugitivo para cerrarle el paso, pero este se agacha y escapa. Allan echa a correr, y va a alcanzarlo cuando un nuevo ardid salva otra vez al fugitivo. La persecución continúa, y diez veces está el doctor a punto de apoderarse del desgraciado, que siempre consigue huir, hasta que, acosado en un callejón sin salida, el pobre muchacho se cae al pie de una vieja valla de tablas podridas y mira temblando y sin aliento a su perseguidor hasta que llega la mujer.

—¡Por fin te encuentro, Jo! —exclama la mujer.

—¡Jo! —repite Allan, mirándolo con atención—. ¡Jo! Quieto. ¡Claro! Recuerdo haber visto cómo llevaban a este muchacho ante el juez de instrucción.

—Es cierto que le vi en el interrogante —lloriquea Jo—. ¿Qué quiere hacer de un miserable como yo? ¿No soy bastante desgraciado? ¿Qué quiere usted que haga? Me han perseguido por todas partes, unos después de otros, y estoy tan cansado que ya no puedo con mis pobres huesos. ¡El interrogante! ¿Y qué me importaba a mí el interrogante? Yo no había hecho nada. Era bueno para mí, muy bueno, el único bueno para mí, el único con quien podía hablar en el mundo. Yo no le deseaba mal alguno y hubiera preferido morir en vez de él. Pero ni que me maten, caballero, puedo decir nada de aquel hombre.

Pronuncia estas palabras en un tono tan triste y hay tanta sinceridad en el llanto sucio que derrama, y yace en la valla tan parecido a un hongo, o a alguna desagradable excrecencia producida por la negligencia y la suciedad, que no puede menos el señor Woodcourt que ablandarse. Le dice a la mujer:

—Pobre criatura, ¿qué ha hecho?

A lo que ella solo responde negando con la cabeza hacia la figura postrada con más asombro que ira:

—Ay, Jo, Jo, ¡por fin te he encontrado!

—¿Que ha hecho? ¿Le ha robado? —pregunta.

—¡Cómo! ¡Oh, no, señor! ¡Nunca me ha hecho más que favores y por eso me extraña que huya!

Allan mira alternativamente a Jo y a la mujer, esperando que uno u otra le den la explicación del enigma.

—Estaba en nuestra casa, caballero —añade la mujer—, en Saint Albans, y hallándose muy enfermo, una señorita (Dios la bendiga por todo el bien que ha hecho) se compadeció de él y se lo llevó a su casa.

De repente, Allan se aparta de Jo con horror.

—Sí, señor —continúa la pobre mujer—, se lo llevó a su casa para cuidarlo bien, y él como un ingrato, como un monstruo, huyó durante la noche y desde entonces no se supo más de él. Pero aquella señorita, que era tan hermosa antes, enfermó por culpa suya y perdió su belleza, de tal modo que está desconocida, y solo le ha quedado su bondad de ángel, su buen talle y la voz tan cariñosa que tiene. ¿Sabías eso, maldito desagradecido, que fue por ser buena contigo? —pregunta Jenny, con cólera y prorrumpiendo en un llanto exaltado.

El chico, asombrado por lo que oye, se lleva las mugrientas manos a la frente, abre desmesuradamente los ojos y tiembla de pies a cabeza; hasta la absurda valla, donde está apoyado, tiembla.

Allan frena a la mujer con un mero gesto, silencioso pero eficaz.

—Richard me había hablado de todo esto —dice conmovido—. Discúlpeme un momento; hablaré en presente...

Y vuelve el rostro y permanece un rato mirando hacia el pasaje. Cuando vuelve, ha recobrado su sangre fría salvo en su lucha contra la repulsión hacia el chico, que es tan perceptible que llama la atención de la mujer.

—Ya oíste lo que acaban de decir. ¡Levántate, levántate!

Jo vacila un momento, después se levanta con dificultad y lentitud, y permanece en pie como lo hacen todos sus iguales, apoyando la espalda en la valla de madera, frotándose la mano derecha con la izquierda y el pie izquierdo con el derecho.

—Ya oíste lo que acaban de decir. Eso es lo que ocurrió. ¿No has vuelto

por aquí desde aquella época?

—Que me ahorquen si he vuelto a Tom-completamente-solo antes de hoy —dice Jo con voz ronca.

—¿Por qué has vuelto hoy? —pregunta el señor Woodcourt.

Jo mira en torno suyo sin levantar la vista más arriba de las rodillas del doctor y contesta finalmente:

—No sé hacer nada y no puedo ganarme la vida. ¡Soy tan pobre! ¡Estoy tan enfermo! He vuelto aquí para ocultarme durante la noche para ir entonces a ver al señor Snagsby y que me diese una limosna. Es un señor que siempre me da algo, pero su mujer es como todos los demás y me persigue cuando me ve.

—¿De dónde vienes? —pregunta el señor Woodcourt.

Jo empieza a mirar en torno suyo y se apoya de lado en la valla sin contestar.

—Te pregunto que de dónde vienes —repite el señor Woodcourt—. ¿No me has oído?

—De andar por ahí —dice Jo.

—Ahora cuéntame —prosigue Allan, que hace un gran esfuerzo por vencer su repulsión acercándose e inclinándose sobre él con una expresión de confianza—, cuéntame cómo pudiste huir de la casa de aquella señorita tan buena que tuvo la desdicha de compadecerte y llevarte a su casa.

Jo sale de pronto de su abatimiento y declara, con irritación, que no sabe nada de lo que le ha sucedido a aquella señorita y que hubiera preferido que lo ahorcasen antes que pegarle su enfermedad. De principio a fin se expresa a su pobre manera como si dijera la verdad y concluye con sollozos muy tristes.

—Vamos...

Allan Woodcourt ve que no es una farsa. Se obliga a tocarlo:

—... cuéntame.

—No, no debo —dice Jo recayendo en el estado anterior—. No debo, ni podría.

—Pero debo saberlo —respondió— de todas formas. Vamos, Jo.

Después de conminarle dos o tres veces, Jo levanta la cabeza de nuevo, mira a su alrededor de nuevo, y dice en voz baja:

—Bueno, le contaré algo. Me sacaron de allí a la fuerza. ¡Eso!

—¿Te sacaron? ¿De noche?

—¡Ay!

Jo, temiendo que lo escuchen, mira a todos lados con evidente inquietud e incluso mira diez pies por encima de la valla y por sus agujeros, como si la persona objeto de su terror pudiese ocultarse en aquel lugar.

—¿Quién te sacó de allí?

—No debo nombrarlo —dice Jo—. No debo, caballero.

—Necesito saberlo y te lo pido en nombre de aquella señorita. Nada temas, no lo repetiré y nadie puede oírte.

—¡Oh, sí, sí! —dice Jo, moviendo enajenado la cabeza—. Él lo sabría enseguida.

—No es posible, no está aquí.

—¿No sabe usted —dice Jo— que está en todas partes a un mismo tiempo?

Allan lo mira con asombro. Pero se convence de la sinceridad del pobre muchacho, espera con paciencia una respuesta más explícita, y Jo, vencido por la amabilidad del doctor, murmura en voz baja, por fin, un nombre a su oído.

—Pero ¿qué habías estado haciendo? —dice el señor Woodcourt.

—Nada, señor. Nunca he hecho nada para que me prendan, menos eso de no avanzar y eso del interrogante, y, además, porque estaba en la calle sin avanzar, pero ya no estaré sin avanzar, porque avanzo hacia el cementerio.

—No, no. Procuraremos que no vayas al cementerio. Pero, dime, ¿adónde te llevaron?

—Al hospital, donde estuve mucho tiempo —responde Jo en voz baja—. Después me dieron cuatro medias monedas, medias coronas de esas y me dijeron: «Nada tienes ya que hacer aquí; vete pronto, y no te detengas; avanza; procura que no te encuentre más a cuarenta millas de Londres, pues de lo contrario sabrías quien soy yo». ¡Si me encontrara aquí! —continúa Jo, mirando con inquietud y terror.

Allan recapacita un momento, y después observa, volviéndose hacia la mujer, pero manteniendo una mirada de aliento en Jo:

—Es menos ingrato de lo que suponía usted. No fue culpa suya, tenía una razón poderosa para marcharse.

—¡Gracias, señor, gracias! —exclama Jo—. ¿Ve usted ahora, Jenny, como yo no tenía la culpa? Pero no crea que estoy enojado por eso. Solo le pido que le diga a esa señorita lo que ha dicho este caballero, y no estaré ofendido

porque habrá usted sido buena conmigo. ¿Lo ve? Todo queda olvidado.

—Jo —dice Allan, que continúa mirándolo—, ahora ven conmigo y te llevaré a un sitio donde estarás mejor que aquí. No tengas miedo si voy por un lado de la calle mientras tú vas por el otro para no llamar la atención, ¿me prometes que no huirás? ¿Cuento con tu palabra?

—Sí, señor, no huiré a no ser que le vea.

—Bien. Sígueme, pues. La mitad de la ciudad está ya levantada, y dentro de una hora todo el mundo estará despierto. Adiós, buena mujer, adiós.

—Buenos días, señor, y gracias por su bondad.

La mujer ha estado sentada sobre su saco muy atenta y ahora se levanta y se lo coloca.

—Diga a esa señorita que yo no pensaba hacerle ningún mal, y no deje usted de contarle lo que ha dicho este caballero —repite el pobre Jo, entre cabeceos, arrastrar de pies y escalofríos, manchas y guiños, alejándose de la mujer, después de despedirse de ella, medio riendo y medio llorando.

El señor Woodcourt cruza la calle, Jo le sigue deslizándose a lo largo de la pared opuesta, y ambos se encuentran a pleno sol y al aire puro en cuanto salen de Tom-completamente-solo.

XLVII

Testamento de Jo

Mientras recorren las calles, donde las agujas de las iglesias y las distancias se ven tan cercanas y claras a la luz de la mañana que la misma ciudad parece renovada por el descanso, el señor Woodcourt reflexiona sobre lo que va a hacer de Jo. «¿No es extraño —se dice— que en el centro del mundo civilizado sea más difícil dar albergue a una criatura humana que a un perro perdido?» Pero así ocurre, por extraño que le parezca. Y la dificultad se mantiene.

Al principio mira detrás de él cada poco rato para asegurarse de que Jo continúa siguiéndolo realmente. Pero mire cuanto mire, el muchacho sigue andando arrimado a las paredes por la acera opuesta, haciendo su camino con una mano precavida, de ladrillo en ladrillo y de puerta en puerta, y con frecuencia, mientras se restriega, lo mira atentamente. Enseguida convencido de que la última cosa que se le pasa por la mente es escabullirse de él, Allan avanza reflexionando más concentrado en lo que va a hacer.

Un puesto de desayunos en la esquina de la calle le recuerda al doctor la prioridad, y hace una seña al pobre Jo, que cruza hacia él renqueando y haciendo girar el puño de la mano derecha sobre el hueco de la mano izquierda, donde amasa la grasa con el almirez de la naturaleza. Un momento después se halla delante de un desayuno que le parece excelente, y empieza a tragarse el café y a roer el pan con mantequilla, mirando ansiosamente a su alrededor, en todas direcciones, mientras come y bebe como un animal asustado.

Está tan enfermo y abatido que hasta el hambre lo abandona.

—Creía que tenía apetito. ¡Hace tanto tiempo que no he comido! —dice Jo, que aparta pronto su comida—. Pero no puedo pasar nada..., se me atraganta.

Temblando de pies a cabeza, mira el desayuno con sorpresa.

Allan Woodcourt le toma el pulso y, aplicándole la mano sobre el pecho, le dice:

—¡Respira hondo, Jo!

—¡Ah!..., el pecho me pesa... —responde Jo—. Me pesa como si tuviese un carro sobre él.

Podría añadir «y traquetease como tal», pero solo murmura:

—Ya avanzo, caballero.

Allan sale en busca de una farmacia, pero no la encuentra. Ve, sin embargo, una taberna, pide un vaso de vino añejo y hace beber uno o dos sorbos al muchacho con cuidado.

Comienza a revivir tan pronto como pasa por sus labios.

—Quizá repitamos esa dosis, Jo —señala Allan después de observarlo con atención—. En cinco minutos nos vamos de aquí, pero descansa antes un momento.

Tras dejar al muchacho sentado en el banco del puesto, con la espalda apoyada en una barandilla de hierro, Allan Woodcourt se pasea al sol y le dirige, de vez en cuando, una mirada para ver lo que hace y cómo se encuentra. No requiere discernimiento alguno percibir que ha entrado en calor y se siente renovado. Si se puede iluminar un rostro tan sombrío, su rostro se ilumina un poco, y poco a poco se come la rebanada de pan que había dejado caer de forma tan desesperada. Al observar esos síntomas de mejora, Allan entabla con él conversación y el doctor escucha con asombro la historia de la misteriosa señora del velo y el resultado que tuvo para el pobre Jo. Este, que come mientras habla, acaba el pan al mismo tiempo que la historia, y echan a

andar.

Habiéndose acordado el doctor de la señorita Flite para pedirle consejo en relación a su pobre compañero, indica a Jo que le siga, y se dirige hacia la casa donde vivía su antigua paciente. Pero todo está cambiado en la tienda de trapos y botellas. No hay ninguna ventana abierta, no vive allí la señorita Flite, y una mujer de rostro antipático, cubierta de polvo y cuya edad es difícil de adivinar, en una palabra, la interesante Judy, le responde sobria y agriamente que la señorita Flite y sus pájaros se han trasladado a casa de la señora Blinder en Bell Yard. El señor Woodcourt se dirige inmediatamente al sitio indicado, donde la señorita Flite, madrugadora como siempre para ser la primera en llegar a la audiencia junto a su excelente amigo el Canciller, baja la escalera con precipitación, con los brazos abiertos y los ojos bañados en lágrimas, exclamando:

—¡Querido doctor! ¡El más distinguido, el más generoso y el más honrado de todos los oficiales!

Allan, lleno de bondad hacia ella, escucha con paciente sonrisa las expresiones de la loca, y espera para explicarle el motivo de su visita que haya agotado todos los transportes de cariño que le dicta su corazón.

—¿Dónde podría albergarlo? —pregunta, señalando a Jo, que tiembla en la puerta—. He creído que usted, que sabe tantas cosas y tiene tanta sensatez, me daría un buen consejo.

La señorita Flite, halagada por esta lisonja, reflexiona largo rato antes de tener una brillante idea. Todo está alquilado en casa de la señora Blinder, y ella ocupa el cuarto del pobre Gridley.

—¡Gridley! —exclama, de pronto dando palmas tras la vigésima repetición de ese comentario—. ¡Gridley! Sí, sí, querido doctor, el general George nos va a sacar del apuro.

Es imposible pedirle información alguna sobre el general George, y lo sería aunque la señorita Flite no estuviese ya subiendo precipitadamente a ponerse el pobre chal y el sombrero arrugado, y a coger su bolso de documentos. Vuelve luego a reunirse con el doctor, salen juntos y por el camino le cuenta que el general George, a quien ve algunas veces, conoce a su querida amiga Fitz-Jarndyce y se interesa por ella, de lo cual deduce Allan que el general es un hombre excelente que no puede menos de serle útil. Así que le dice a Jo, para animarlo, que ese vagabundeo pronto va a acabarse, y se dirigen adonde el general. Afortunadamente no está lejos.

Al llegar a la puerta de la galería de tiro de George, la larga entrada, y la vista despejada que hay después, Allan Woodcourt se siente animado. También le parece prometedora la figura del señor George en sí misma, que

camina hacia ellos en sus ejercicios matutinos con su pipa en la boca, sin corbata y con sus brazos musculosos, desarrollados por el sable y las mancuernas, que se marcan mucho a través de las leves mangas de su camisa.

—Servidor de usted, caballero —dice saludando militarmente.

Con una sonrisa de buen humor que le llega hasta la frente y el pelo encrespado, saluda entonces a la señorita Flite, mientras, con gran majestuosidad y con cierto detenimiento, ella lleva a cabo la ceremonia ritual de presentaciones. Él termina con otro saludo:

—Servidor de usted, caballero.

—Perdone, es usted oficial de Marina, ¿no es así? —pregunta el señor Georges.

—Me honra parecerlo —responde Allan—. Pertenezco, en efecto, a la Marina, pero únicamente en calidad de médico.

—¿Médico? Creía que vestía el uniforme azul.

Allan dice que esta circunstancia espera que contribuirá a que el señor George le perdone su inoportuna visita, y le suplica que no apague la pipa como al parecer se disponía a hacer por educación.

—Es usted muy amable, caballero —responde el militar—, y puesto que el tabaco no ofende a la señorita Flite, voy con su permiso...

El señor George completa la frase llevándose la pipa a los labios y continúa fumando. Allan le cuenta la historia de Jo, mientras el militar escucha con gesto grave.

—¿Es el muchacho? —pregunta el maestro de armas, mirando hacia la puerta desde donde Jo examina con la boca abierta las grandes letras pintadas en la pared, que nada significan para él.

—Ese es. Sí, señor George —responde Allan—, y estoy muy preocupado; no quiero llevarlo al hospital, porque no estaría allí ni dos horas, suponiendo que quisieran recibirle, si consiguiéramos convencerlo de que fuera. La misma objeción me ocurre respecto a los asilos, contando que para hacerle admitir tuviese la paciencia de soportar los pretextos y los subterfugios que se pondrían en juego para enviarme de la Ceca a la Meca, sistema que no me gusta.

—Ni gusta a nadie —dice el señor Georges.

—Estoy seguro de que no se quedaría en ningún sitio público —continúa el señor Woodcourt— a causa del terror que le inspira cierto individuo que le ha mandado salir de aquí, y a quien supone, en su ignorancia, la facultad de estar en todas partes y saber todo lo que sucede.

—Disculpe, caballero, no lo ha mencionado, ¿es un secreto el nombre de esa persona? —pregunta el señor George.

—Lo es para este desgraciado, que le tiene miedo, pero no es otro que el señor Bucket.

—¿Bucket el detective, caballero?

—El mismo.

—Lo conozco —responde el sargento, después de lanzar al aire una densa nube de humo y de cuadrarse—, y el pobre muchacho se acerca mucho a la verdad al decir que... es un tipo extraordinario.

El señor George vuelve a coger la pipa de una manera significativa y mira a la señorita Flite, en silencio.

—Quisiera igualmente hacer saber a la señorita Summerson y al señor Jarndyce que hemos encontrado a este Jo, que cuenta una historia tan extraña, para que puedan hablarle si lo desean, para lo cual sería preciso, al menos por el momento, meterlo en una casa decente. Pero ese infeliz no ha tenido nunca, como puede verse —dice Allan, que sigue la mirada del militar hacia la entrada—, grandes relaciones con personas honradas, y eso es lo que me preocupa. ¿Conoce en la vecindad alguna persona decente que consintiese en recibirlo? Le pagaría por adelantado el alquiler.

Mientras dirige esta pregunta al maestro de armas, el doctor ve a un hombrecillo, con el rostro tiznado de pólvora, que se ha colocado al lado del sargento.

El señor George saca varias bocanadas de humo de su pipa, dirigiendo una mirada oblicua al hombrecillo, que le contesta con un guiño afirmativo.

—Bueno, caballero —dice entonces el militar—, daría gustoso la vida si pudiese servir con ella a la señorita Summerson; es para mí una verdadera satisfacción y una honra prestarle un servicio, por insignificante que sea, y tengo un placer en poderle ofrecer el asilo que busca. Phil y yo somos unos verdaderos bohemios. Aquí tiene usted nuestra morada, elija el sitio que más le convenga para instalar a su chico. No tendrá que pagar nada, al menos por la habitación. En cuanto al mantenimiento, nos sería imposible proporcionárselo, porque no marchan como es menester nuestros negocios. De un momento a otro pueden embargarnos y echarnos de aquí. Pero, mientras tanto, caballero, disponga usted de esta casa como juzgue conveniente.

Con un amplio gesto de la pipa, el señor George pone a disposición de su visitante todo el edificio.

—¿Me garantiza —añade—, sin embargo, como médico, que no es contagiosa la enfermedad de este pobre muchacho?

Allan afirma que nada ha de temer sobre este punto.

—Perdone si le hago esta observación —añade el señor George negando con la cabeza con pena—, pero recuerdo un caso que todos hemos lamentado.

El señor Woodcourt participa del pesar del maestro de armas.

—No obstante, me veo obligado a decirle —observa Allan después de repetir su garantía anterior— que el chico está deplorablemente débil y sin fuerzas y que pudiera ser..., no digo que suceda..., que ha llegado demasiado lejos como para recuperarse.

—¿Cree usted que actualmente está en peligro? —pregunta el militar.

—Mucho me temo que sí.

—Entonces, caballero —responde el militar de manera decidida—, me parece (como persona acostumbrada al vagabundeo) que cuanto antes salga de la calle, mejor. ¡Eh, Phil! ¡Tráelo!

El señor Squod ejecuta de lado la orden del jefe, y el militar, que se ha fumado la pipa, la deja a un lado. Jo entra en la sala. No es uno de los indios tockahopo de la señora Pardiggle ni de las ovejas de la señora Jellyby, puesto que no tiene relación alguna con Borrioboola-Gha, ni es un salvaje exótico cuyas facciones haya suavizado la distancia, ni ofrece el menor interés por su sello extranjero, sino que es genuinamente un producto de fábrica nacional. Feo y sucio, que repugna a la vez a todos los sentidos, informe de cuerpo, pagano solo de alma. Un ser vulgar que se encuentra en la calle inmediata, cubierto por el lodo natal y devorado por parásitos indígenas. Sus harapos, la grasa que lo desfigura y las úlceras que le corroen son productos ingleses, y esa ignorancia que le ha hecho inferior a los irracionales ha germinado y crecido en el suelo inglés. ¡Muéstrate, Jo, sin concesión alguna! De la planta de los pies a la coronilla no hay nada interesante en ti.

Entra arrastrándose en la galería de George, y con el cuerpo encogido, mira en torno suyo, sin atreverse a levantar los ojos. Sabe que inspira una repugnancia involuntaria, y se aleja, instintivamente, de los demás. No tiene la misma categoría, ni tiene el mismo sitio en la creación. No tiene ninguna categoría, ni tiene ningún sitio, ni entre los animales ni entre la humanidad.

—¡Mira, Jo! —le dice Allan—, es el señor George.

El muchacho, entonces, pasea su mirada por el suelo, alza los ojos, que vuelve a bajar inmediatamente.

—Es un buen amigo tuyo, que se digna a albergarte.

Hace un ademán con la mano, que es probablemente su manera de saludar. Finalmente, después de cambiar varias veces el pie sobre el cual se sostiene,

dice entre dientes:

—Se lo agradezco mucho.

—Aquí estás a salvo, y lo único que debes hacer es ser obediente y recobrar fuerzas. Sobre todo di siempre la verdad cuando te pregunten, Jo, hagas lo que hagas.

—Que me ahorquen si no la digo —dice Jo, volviendo a su expresión favorita—. Nunca he hecho nada que no haya confesado después. Pero ¿qué he hecho yo desde que vivo? Pasar hambre y no servir para nada.

—Lo creo, Jo. Pero escucha al señor George que desea hablarte.

—Quería únicamente, caballero —observa el señor George, asombrosamente fornido y firme— enseñarle el sitio donde puede acostarse y tomarse una buena dosis de sueño. Ahora, mira —añade, conduciendo a Jo al extremo opuesto de la sala y abriendo la puerta de un cuartito—. Hay aquí un colchón, como ves, y podrás estar tranquilo y permanecer todo el tiempo que crea conveniente el señor..., le ruego que me disculpe, caballero —se refiere disculpándose a la tarjeta que acaba de darle Allan—, que crea conveniente el señor Woodcourt. No tengas miedo de los pistoletazos que oigas, pues apuntarán al blanco y no a ti. Pero quisiera hablarle de otra cosa —dijo el militar dirigiéndose a su visitante—. Phil, ven acá.

Phil se les echa encima mediante sus tácticas habituales.

—¿Ve usted a este hombre? Lo encontraron de niño en una cuneta, y por consiguiente debe interesarse por ese desgraciado. ¿No es verdad, Phil?

—Desde luego que sí, comandante —es la respuesta de Phil.

—Pues propongo —añade el señor George, con cierto aplomo marcial, como si diera su opinión delante de un consejo de guerra—, propongo que Phil lleve a ese muchacho al baño y con unos pocos chelines le compre uno o dos objetos indispensables...

—Señor George, mi atento amigo, precisamente iba a pedirle lo mismo —respondió el doctor sacando su cartera.

Phil Squod y Jo van inmediatamente a ejecutar esta obra de mejora, y la señorita Flite, contenta del resultado de su recomendación, se apresura a ir al Tribunal, temiendo que su amigo el gran Canciller esté inquieto al no verla, o que pronuncie por casualidad durante su ausencia el fallo que espera.

—Ya comprenderán, queridos doctor y general, que sería una desgracia ridícula, después de haber esperado tantos años.

El señor Woodcourt sale con ella para ir en busca de algunos reconstituyentes, que hace preparar en su presencia, y vuelve muy pronto a la

galería, donde encuentra al señor George paseándose de un extremo a otro.

—Me ha parecido entender —le dice el señor George— que conoce usted bien a la señorita Summerson.

Sí, eso parece.

—¿Pariente, tal vez?

No, eso parece.

—Perdone usted, caballero, mi indiscreción aparente, pero he creído que el interés que se toma usted por ese desgraciado procedía tal vez de la compasión que la señorita Summerson le había manifestado. Por otra parte, comparto el mismo sentimiento, caballero.

—Y yo también, señor George.

El sargento dirige una mirada oblicua al rostro atezado de Allan, lo examina rápidamente de pies a cabeza, y parece satisfecho de su examen.

—Durante su ausencia he pensado en la historia de ese pobre muchacho, y estoy persuadido de que conozco los cuartos de Lincoln's Inn Fields adonde lo condujo Bucket. No ha podido decirle el nombre de ese individuo, pero no puede ser otro que el señor Tulkinghorn, y aun me atrevería a decir que estoy seguro de ello.

Allan repite el nombre, interrogándole con la mirada.

—Tulkinghorn. Sí, señor; conozco a ese hombre, y sé que tenía relación con Bucket con motivo de un desgraciado que lo había ofendido. Conozco a ese hombre. Para mi desgracia.

Por supuesto, Allan le pregunta qué clase de hombre es.

—¿Qué clase de hombre es? ¿En cuanto a su apariencia?

—Lo conozco de vista, quiero decir en el trato. Qué clase de hombre, en general.

—Le voy a contestar francamente —dice el militar, que se para en seco y cruza los brazos sobre su pecho cuadrado con tanta cólera que le sube la sangre al rostro—: es un hombre de la índole más maligna, un ser extraño, tan insensible como un fusil viejo y oxidado, un verdugo sin entrañas. ¡Diablos! Ese hombre me ha causado más inquietudes, más penas y más disgustos que todos los demás juntos. De esa clase de hombre es el señor Tulkinghorn.

—Mucho lamento —dice Allan— haber tocado un asunto tan doloroso.

—¿Doloroso? No es culpa suya, caballero, pero juzgue por usted mismo. Ese hombre me puede arrojar a la calle de un momento a otro, el miserable se

ha proporcionado los medios, y se vale de ellos para hostigarme continuamente. Es imposible verlo y explicárselo. Cuando he de hacer algún pago y pedirle o decirle alguna cosa, se comunica conmigo por medio de cierto Melquisedec de Clifford's Inn, y Melquisedec de Clifford's Inn vuelve a pasarme a él, y no hago más que ir y venir de mi casa a la suya, donde me tiene plantado horas y horas como si yo fuera una estaca de su misma madera. ¿Qué le importa? Nada. Tanto como al viejo fusil oxidado con el que lo he comparado. Por el gusto de irritarme, de atormentarme. Pero ¡dejémosle en paz! Perdone si me exalto, señor Woodcourt —el militar retoma su marcha—. Al fin y al cabo, es un anciano y suerte tiene de que no le haya encontrado nunca en un campo de batalla mientras le clavaba las espuelas a mi caballo, porque me acosa de tal modo y apura tanto mi paciencia... que ¡acabaría por los suelos, caballero!

El señor George está tan excitado que se seca la cara con la manga, y al mismo tiempo que silba el himno nacional para disipar el malhumor, no consigue reprimir ciertos movimientos de cabeza y palpitations del pecho, por no mencionar un ajuste atropellado, fortuito, con ambas manos del cuello abierto de su camisa, como si no estuviera lo suficientemente abierto como para impedir que le moleste una sensación de asfixia. Allan Woodcourt no duda de lo que hubiera sucedido si el señor George y el señor Tulkinghorn se hubiesen encontrado en algún campo de batalla.

Phil vuelve con Jo y le conduce a su habitación, donde lo ayuda a acostarse. A aquel, después de haber administrado los fármacos con sus propias manos, Allan le confía todos los medios e instrucciones necesarios. La mañana avanza rápidamente.

Allan se vuelve a su casa, se viste, apresuradamente, almuerza y va a visitar al señor Jarndyce para informarle de su descubrimiento.

El señor Jarndyce lo acompaña, inmediatamente, a casa del señor George diciéndole que hay graves motivos para que esta aventura, en la cual se toma mucho interés, quede tan secreta como sea posible. Jo repite al señor Jarndyce todo lo que ha dicho al doctor, sin variar una sílaba, con la única diferencia de que el carro, que le parecía tan pesado sobre su pecho, es aún más pesado y hace un ruido más cavernoso.

—¡Déjenme aquí, no me echen! —balbucea el pobre Jo—. Únicamente les pido por favor, si pasan por la calle que tenía costumbre de barrer, que le digan al señor Snagsby que Jo, a quien conoció un día, no se para un momento en ninguna parte como le han mandado, y que le está muy agradecido por la bondad con que le ha tratado siempre.

Jo habla tantas veces del papelerero, que Allan, después de consultar con el señor Jarndyce, se decide a ir a Cook's Court, y cuanto antes, porque el carro

está cada vez más cavernoso.

En el momento en que llega a la tienda, el señor Snagsby está detrás del mostrador con su levita parda, sus manguitos de lustrina, y archiva varios contratos escritos en pergamino que acaba de traerle su dependiente: un desierto inmenso de letra cancilleresca y pergamino, con algún alto de letra grande para romper esa horrible monotonía y salvar al viajero de la desesperación. El señor Snagsby se detiene en uno de esos oasis de tinta y saluda al extraño con la tos preparatoria que precede en general a sus transacciones mercantiles.

—¿No se acuerda usted de mí, señor Snagsby?

El corazón del tendero late con violencia porque continúa asediado por los mismos temores de siempre, y apenas tiene ánimo para contestar:

—No puedo decir que... Digámoslo sin rodeos, no me acuerdo, francamente, de haberle visto en mi vida.

—Me ha visto usted dos veces. La primera en el lecho de muerte de un desgraciado, y la segunda...

«¡Por fin ha llegado!», piensa el pobre proveedor cuando le viene el recuerdo.

«¡Ya ha llegado el punto crítico y va a estallar!» Y el pobre hombre conserva aún bastante presencia de ánimo para llevar a su visitante a la trastienda, cuya puerta cierra.

—¿Está usted casado, caballero? —le pregunta.

—No, señor.

—Aunque soltero —continúa el papelero, con expresión melancólica—, ¿tendrá usted la bondad de hablar en voz baja? Porque apostaría mi negocio y quinientas libras esterlinas a que mi mujer nos está escuchando.

Con gran abatimiento, el señor Snagsby se sienta en su taburete con la espalda contra su mesa y protesta:

—Nunca he tenido secretos para ella, caballero, y no me remuerde la conciencia el haberle ocultado nada. Digámoslo sin rodeos, tampoco me hubiera atrevido, y sin embargo, me encuentro mezclado en tantos misterios que la vida ha llegado a serme una pesada carga.

El visitante se apresura a manifestar todo el pesar que le inspira la posición del papelero y le pregunta si conoce a un barrendero llamado Jo. ¡Cómo no!

—Después de mí —responde, con abatimiento— es la persona contra quien está más enojada mi mujer.

Allan pregunta por qué.

—¡Por qué! —exclama, cogiéndose el único mechón de cabello que tiene detrás de su cabeza calva—. ¿Lo sé yo acaso? Solo en su estado de soltero se comprende esta pregunta, pues de no ser así no la habría hecho, caballero.

El señor Snagsby, después de toser tristemente, se resigna por fin a escuchar al doctor.

—¡Solo faltaba esto! —dice el papelero, que entre la gravedad de sus sentimientos y los tonos reprimidos de su voz está poniéndose pálido—. ¡Otra vez eso, en una nueva dirección! Hay una persona que me recomienda con insistencia que no hable de Jo a alma viviente, ni aun a mi mujercita, y he aquí, caballero, que usted viene a hablarme de ese mismo Jo, recomendándome igualmente el silencio más absoluto, especialmente respecto a la persona en cuestión, y sin que sepa el porqué... ¡Vamos, esto es un asilo de locos! ¡Vamos, digámoslo sin rodeos, esto es peor que Bedlam, caballero!

Sin embargo, como el asunto toma un giro mejor del que esperaba, y después de todo tiene buen corazón, el señor Snagsby se interesa por el pobre Jo y promete, si su mujer no opone algún obstáculo, pasar a echar un vistazo aquella misma noche, tan pronto como se le presente una ocasión oportuna.

Se pasa muy discretamente al caer la tarde, pero puede ocurrir que la señora Snagsby actúe de forma tan discreta como él.

Jo muestra una profunda alegría al volver a ver a su antiguo amigo, y apenas los dejan solos cuando el pobre muchacho se esfuerza en decirle al tendero lo mucho que le agradece el «que haya venido de tan lejos para ver a un desgraciado como él». Y el buen hombre, enternecido ante el espectáculo que tiene a la vista, deja sobre la mesa media corona, panacea infalible que en su opinión debe curar todos los males.

—¿Cómo te encuentras, pobre Jo? —le pregunta con una tos de solidaridad.

—Estoy muy bien, señor Snagsby, tengo todo lo que necesito. ¿Si supiera lo bien que estoy? ¡Ah, señor Snagsby! ¡Qué triste estoy por lo que he hecho! Pero estoy seguro de que no tengo la culpa de nada.

El papelero deja en la mesa otra media corona y le pregunta qué es lo que ha hecho que tanto le pesa.

—Señor Snagsby, estuve en casa de una señorita, que no era aquella que usted sabe, sino una verdadera señorita, y le pegué mi enfermedad. Ni siquiera me dijeron nada porque son muy buenos, y yo ¡soy tan desgraciado! Ayer vino a verme un caballero, el amo de aquella casa, y me dijo: «¡Pobre Jo!; ¡te creíamos perdido!». Y se sentó cerca de mi cama sonriendo, y ni una palabra,

ni una mirada de reproche me dirigió por lo que había hecho. Entonces volví la cara hacia la pared, señor Snagsby, y el señor Jarndyce se volvió también. El señor Woodcourt ha venido también para darme alguna cosa que me alivie, como lo hace de día y noche, y cuando se inclinó hablándome, para hacerse el valiente, vi sus lágrimas que caían sobre la cama, señor Snagsby.

El papelero deja otra media corona al lado de las otras dos, con la esperanza de que este remedio infalible aliviará su pobre corazón.

—Entonces pensé, señor Snagsby, que sabría usted tal vez escribir.

—Sin duda, Jo, gracias a Dios —responde el papelero.

—Pero escribir con letras grandes, muy grandes —dice el pobre muchacho con entusiasmo.

—Sí, mi pobre chico.

Jo se ríe encantado.

—Pues bien, quiero pedirle un favor, señor Snagsby. Cuando haya dejado de avanzar y haya ido a descansar para siempre, tenga usted la bondad de escribir, con letras grandes, muy grandes, para que todo el mundo pueda verlas, que mi pesar también ha sido muy grande, que no fui a su casa con la idea de pegarle mi mal y que lo hice sin querer. Escribiré, además, que he visto llorar al señor Woodcourt, y que espero que me perdonen. Si el escrito en que dirá usted todo eso tiene las letras muy grandes, para que todo el mundo pueda verlas, estoy seguro de que me perdonarán.

—Lo haré, Jo, y no temas en cuanto a la letra, pues la haré grande y clara.

Jo se ríe de nuevo:

—Gracias, señor Snagsby, por su bondad. Me parece que estoy ahora mejor y más tranquilo.

El dócil papelero, cuya tos se ahoga en su garganta, pone con disimulo su cuarta media corona sobre la mesa, y le dice a Jo que volverá pronto. Pero Jo y él no han de volverse a ver en la tierra, nunca más.

Porque al carro que le cuesta tanto tirar se acerca al final de su viaje y se arrastra por un suelo empedrado. Las veinticuatro horas se esfuerza a tramos accidentados, destrozado y rendido. No contemplará el sol muchas veces su camino cansado.

Phil Squod, con su cara ahumada por la pólvora, que trabaja en un rincón de armero sin perder de vista al enfermo, le echa un vistazo varias veces y le dice asintiendo con su gorra de fieltro verde y levantando su ceja única para animarlo: «¡Aguanta, chico, aguanta!». El señor Jarndyce pasa allí muchos ratos, lo mismo el señor Woodcourt, y ambos piensan en la singular manera en

que ha mezclado el destino aquel desecho de la humanidad con existencias tan opuestas a la suya. El señor George, asimismo, se acerca con frecuencia a la puerta de la habitación, llenándolo todo con sus formas atléticas, y parece vivificar al pobre Jo, comunicándole un poco de su superabundante fuerza.

Jo ha dormido todo el día, aunque quizá no sea su sueño sino un profundo letargo. Allan Woodcourt, que acaba de llegar, permanece a su lado contemplando su rostro macilento, después de un rato se sienta despacio en su cabecera con el rostro hacia él (de la misma manera se sentó en el cuarto del copista) y explora su pecho y su corazón. El carro está a punto de parar, pero se fuerza un poco más.

El militar está en pie en el umbral de la puerta y Phil ha suspendido su trabajo. El señor Woodcourt echa una mirada al sargento y le indica a Phil que retire su mesita... Cuando este se ponga otra vez al trabajo, habrá una mancha de óxido en el hierro de su martillo.

—¿Qué te pasa, pobre Jo? ¡No tengas miedo!

—Creía —contesta Jo muy azorado— que me hallaba otra vez en Tom-completamente-solo. ¿Está usted aquí solo, señor Woodcourt?

—Sí, querido.

—¿No estoy en Tom-completamente-solo, verdad, señor Woodcourt?

—No.

Al decir esto, Jo cierra los ojos.

—Gracias. ¡Si supiera cuánto se lo agradezco!

Tras mirarlo atentamente un momento, Allan acerca mucho la boca a su oreja y le dice en voz baja y clara:

—Jo, ¿sabes alguna oración?

—¿Yo? No, señor.

—Una cualquiera, por corta que sea.

—No, caballero, no me sé ninguna. Una vez estuve en casa del señor Snagsby con el señor Chadband, y este dijo una oración. Pero hablaba para él solo y no entendí nada. También a Tom-completamente-solo iban señores que decían oraciones, pero me pasaba lo mismo: gritaban contra el mundo y no nos hablaban a nosotros. Yo nunca he sabido nada.

Jo, cuya voz se extingue, vuelve a caer en una profunda postración, extenuado por el esfuerzo que ha hecho para contestar al señor Woodcourt. Transcurridos algunos instantes se reanima y vuelve a abandonar el lecho.

—¡Quieto! ¿Qué tienes, Jo?

—Es tiempo de partir; he de ir al cementerio, caballero.

—¿Qué dices del cementerio, Jo? Quieto y acuéstate.

—Sí, al cementerio adonde lo llevaron a él, que tan bueno era para mí. Es preciso que me marche, ya es tiempo de ir allá y que me entierren. Pediré que me coloquen a su lado. Él me decía: «Ahora soy tan pobre como tú». Yo le diré que ahora soy tan pobre como él y que he ido al cementerio para dormir a su lado.

—No es la hora aún, Jo, todavía no.

—Quizá no me escuchen si voy solo, pero usted vendrá conmigo, señor Woodcourt, y hará que me pongan a su lado, ¿verdad que lo hará?

—Te lo prometo, Jo.

—Gracias, gracias. Será necesario ir a buscar la llave de la puerta para poder entrar, porque el cementerio está siempre cerrado... Delante hay un escalón que yo barría cada mañana... ¡Qué oscuridad! ¿Por qué no traen luz?

—Sí, la traerán, Jo.

La traerán. Todas las partes del carro retiemblan y el escabroso camino llega a su fin.

—Jo, ¡pobre muchacho!

—Ya lo oigo, pero no lo veo, caballero. Ando a tientas; deme usted la mano.

—Jo, repite lo que voy a decirte.

—Sí, sí, ¡es usted tan bueno, caballero!

—Padre nuestro.

—¡Padre nuestro! Sí, es usted muy bueno, caballero.

—Que estás en los cielos.

—En los cielos... Será la luz que traerán.

—Sí, Jo, la luz... Santificado sea tu nombre.

—Santificado.

La luz disipa al fin las tinieblas de su camino: ¡ha muerto!

Muerto. ¿Oís, Majestad? ¡Ha muerto! Milores y caballeros, reverendos de todas las iglesias, ¡ha muerto! Hombres y mujeres en cuyo pecho ha puesto Dios piedad y compasión: ¡ha muerto! ¡Cuántos y cuántos mueren así cada día

alrededor de nosotros!

XLVIII

Aviso

La casa de Lincolnshire tiene todas las ventanas cerradas. Los señores están en Londres, y los antiguos Dedlock dormitan en sus cuadros en el fondo del Lincolnshire, mecidos por el viento que murmura por el salón largo como si los Dedlock respirasen con regularidad, al tiempo que por la noche los Dedlock recorren la ciudad en su coche de ojos de fuego, y que los mercurios de los Dedlock, empolvado el cabello, quizá para representar la ceniza de la penitencia en señal de humildad, pasan las lentas mañanas asomados a las ventanas de la antecámara para no dormirse durante las largas esperas.

El gran mundo, espantosa esfera de unas cinco millas de circunferencia, está en plena evolución, y el sistema solar gravita, respetuosamente, a la distancia que le es asignada.

En el gran salón de honor, en el punto en que más brillan las luces, donde se ha reunido cuanto puede arrebatarse los sentidos por su refinamiento y delicadeza, vemos a lady Dedlock en el centro de la multitud, ocupando la deslumbrante cima que ha sabido conquistar. Y, aunque no tenga ya la certeza que creía poseer antes de poder ocultarlo todo bajo su manto de orgullo, y no sepa si mañana le devolverán cuantos la rodean desprecio por desprecio, todavía conserva su ademán altivo ante los envidiosos que la contemplan, y hasta se dice que desde hace algún tiempo es más bella y altanera que nunca. «Ella sola vale por todo un cargamento de mujeres bonitas —balbuca, con languidez, el primo melancólico—... No es, sin embargo, una belleza atractiva y sosegada... Su vista trae a la memoria a aquella reina de Shakespeare cuyas excursiones nocturnas ponían en alarma a toda la casa.»

El señor Tulkinghorn no observa nada, no dice nada. Hoy, como siempre, con la corbata blanca arrollada alrededor del cuello, se mantiene cerca de las puertas de los salones y allí recibe los protectores saludos de los pares sin hacer el menor gesto. Entre todos los hombres es el último en quien podría sospecharse la menor influencia sobre lady Dedlock. Entre todas las mujeres, milady es la última de quien podría pensar que le teme.

Hay algo en lo que ella piensa mucho desde su última entrevista en el cuarto de la torreta de Chesney Wold. Ahora está decidida y dispuesta a quitárselo de encima.

Hace tiempo que ha pasado el mediodía según la hora solar ordinaria, pero

para el gran mundo del que hablamos comienza el día. Cansados los mercurios de mirar por las ventanas, se han sentado en la antesala, y bajan las notables cabezas, hermosas criaturas, como ampulosos girasoles. Sir Leicester está en la biblioteca y acaba de dormirse, para bien del país, examinando el dictamen de una comisión de la cámara. Lady Dedlock, se encuentra en el saloncito donde recibiera al señor Guppy. Rosa, sentada junto a ella, cose, después de haberle servido, sucesivamente, de secretaria y de lectora. Milady la contempla atentamente, en silencio, y por fin le dice:

—¡Rosa!

La linda joven levanta la cabeza, y su rostro encantador expresa turbación y asombro al ver el aire grave de milady.

—Mira si está cerrada la puerta.

—Sí.

Va hacia ella y vuelve, y parece todavía más sorprendida.

—Tengo que hablarte, hija mía. Sé cuánto me quieres y cuento con tu cariño. Rosa, no has de revelar a nadie nunca lo que voy a decirte.

Rosa lo prometió, con toda la sinceridad de su corazón.

—Bien sabes, Rosa —prosiguió lady Dedlock, indicándole que se le acercara—, que como me comporto contigo no me comporto con nadie.

—Sí, milady, es usted más buena conmigo que con todos los demás, y muchas veces pienso que solo yo la conozco en realidad.

—¿Eso piensas, pobre niña?

Había en tales palabras cierta amargura que no se dirigía hacia Rosa.

—¿Y has pensado alguna vez —dijo milady después de permanecer un rato en silencio mirando a Rosa con ojos distraídos— que tus pocos años, tu buen oficio, tu cariño me hacían hallar un gran placer en tenerte a mi lado?

—No lo sé, milady, apenas me atrevo a creerlo, pero desearía que fuese así con toda mi alma.

—Pues créelo y persuádate de ello, hija mía.

El bonito rostro se refrena en su rubor de placer ante la sombría expresión que ve en el hermoso rostro. Busca cohibida una explicación.

—Y piensa, por lo mismo que ahora voy a decirte, que has de separarte de mí para siempre, piensa la pena y la tristeza que ha de causarme tu marcha.

—¡Cómo! ¿La he ofendido en algo, milady?

—No, hija mía, no hay nada de eso. Escúchame —prosigue milady, poniendo una mano sobre la cabeza de Rosa, sentada a sus pies—: a menudo te he dicho cuánto deseo tu felicidad: para conseguirla, habría dado todo un mundo, pero ni aun así me es dado alcanzarla. Por eso debes marcharte, causas que acabo de conocer, que te son del todo ajenas, hacen necesaria tu partida, y no debes permanecer por más tiempo en esta casa. He escrito al señor Rouncewell diciéndole, movida por el amor que te tengo, que venga, y viene hoy mismo.

La joven, deshecha en llanto, cubre de besos la mano de milady.

—¿Qué será de mí lejos de usted? —exclama.

—Sé feliz, hija mía. Sé amada como mereces —dice milady estrechándola en sus brazos.

—¡Ay, milady! Perdóneme la libertad que me tomo, pero ¡cuántas veces he pensado que no era usted feliz!

—¡Yo!

—¿Lo será más cuando yo esté ausente? Le ruego, le ruego que se lo piense de nuevo. ¡Déjeme quedarme un poco más!

—Ya te he dicho que por ti, no por mí, he tomado esta determinación. Todo ha concluido, Rosa, mis verdaderos sentimientos respecto a ti son los que acabo de expresarte, no los que verás luego. No lo olvides y no le digas nada a nadie. En adelante, toda relación ha terminado entre nosotras.

Se separa de su ingenua compañía y sale de la habitación. Más avanzada la tarde, cuando aparece cerca de la escalera, milady resulta más glacial, más altiva que nunca, y se muestra tan indiferente a todo como si la pasión, la ternura y la piedad hubiesen desaparecido de la faz de la tierra con todos los monstruos antediluvianos.

Un mercurio ha anunciado al señor Rouncewell, que es la causa de su aparición. El señor Rouncewell no está en la biblioteca, pero se dirige hacia allí. Sir Leicester está en ella, y desea hablar con él primero.

—Sir Leicester, quisiera decirte algunas palabras, pero veo que estás muy ocupado...

—No, no, estaba aquí con el señor Tulkinghorn.

¡Siempre él! ¡Ni un minuto de tranquilidad, ni un solo instante de reposo!

—Perdón, lady Dedlock, permita usted que me retire.

Con una mirada que dice claramente «sabe usted que tiene poder para quedarse si quiere», le responde que no es necesario y se va hacia una butaca.

El señor Tulkinghorn le adelanta una, saludándola torpemente, se aparta y se coloca en el hueco de una ventana de enfrente. Allí, interpuesto entre milady y los postreros rayos del sol poniente, la envuelve en sombra y esparce la oscuridad a su alrededor, del mismo modo que hace sombríos todos los días de aquella existencia.

La calle a la que da la ventana, cerca de la cual está el señor Tulkinghorn, es triste y desierta. La componen dos hileras de casas que parecen mirarse entre sí con aire pétreo más que edificadas con piedra. Es una calle de una grandeza tan deprimente, tan decidida a no condescender con la vida que las puertas, en la repulsión que les inspiran el movimiento y la vida, ostentan con sombrío orgullo el negro color de su madera y el polvo que las cubre, y cuyas caballerizas, de aspecto frío y pesado, parecen haber sido construidas para abrigar los caballos de piedra de las nobles estatuas que adornan el vestíbulo. En aquella solemne y silenciosa calle se ven, de cuando en cuando, artísticos apagadores de hierro, en los que antaño apagaban las antorchas los criados que iban alumbrando a sus amos, y estos antiguos recipientes, actualmente fuera de uso, están como suspensos mirando el gas, ese advenedizo. Pequeños aros que fueron el sostén de sendas lámparas, no tienen más uso, actualmente, que el de servir a los muchachos para hacer pasar por ellos las gorras de sus camaradas, y allí están todavía mohosos, pregonando la memoria del alumbrado de aceite, hoy desaparecido. Pero ¿qué digo? También arde allí el aceite en alguna que otra casa, en un absurdo tarrito de vidrio, con un pomo con forma de ostra en el fondo, y parpadea sin gracia ante las luces modernas, de la misma manera que lo hace su orgulloso y atrasado dueño en la cámara de los lores.

Pocos atractivos, por consiguiente, tiene el panorama del que el señor Tulkinghorn priva a lady Dedlock. Sin embargo, una mirada que esta dirige hacia la ventana expresa que su mayor deseo sería ver desaparecer a aquella sombría figura.

Sir Leicester se inclina ante milady y la invita a decirle lo que la llevara allí.

—Poca cosa. El señor Rouncewell está abajo. Le he mandado a buscar yo, pues conviene terminar con él el asunto de esa joven que me cansa y aburre mortalmente.

—¿Y en qué puedo serte útil? —pregunta sir Leicester con cierta vacilación.

—Desearía que el señor Rouncewell viniera aquí, ¿puedes mandar a alguien para que suba?

—Señor Tulkinghorn, tenga la bondad de llamar. Gracias. Diga a ese...

señor fundidor que le ruego que suba aquí —le dijo al mercurio sir Leicester no acertando a darle otro nombre.

El mercurio va en su busca y, una vez lo ha introducido, es objeto por parte de sir Leicester de un afable recibimiento.

—Veo que se encuentra usted bien, señor Rouncewell, y me alegro, siéntese. (Mi abogado, el señor Tulkinghorn.) Señor Rouncewell, Milady quiere decirle algo —añade sir Leicester cediendo con solemne ademán la palabra a su esposa.

—Oiré siempre con gusto lo que lady Dedlock se digne decirme —contesta el maestro fundidor.

La impresión que milady le causa es menos agradable que la última vez que la vio. Su actitud de excesiva altivez forma a su alrededor una atmósfera de hielo, y nada en ella invita a la franqueza.

—¿Me será lícito preguntarle, señor Rouncewell, si se ha tratado entre usted y su hijo del capricho que tuvo en el pasado?

Milady, al decir esto, no se toma la molestia de mirar a su interlocutor.

—Si mi memoria no me falla, lady Dedlock, le dije a usted la otra vez que me cupo el honor de verla que aconsejaría formalmente a mi hijo que diera al olvido ese... capricho. —Y el fundidor repite la expresión de ella con un poco de énfasis.

—¿Y lo hizo usted así?

—Desde luego, milady.

Sir Leicester inclina la cabeza con aire de aprobación. El caballero fundidor cumplió la palabra que había dado. En este aspecto no debía de existir diferencia alguna entre los metales viles y el metal precioso de la aristocracia.

—¿Y él se conformó con su consejo?

—Sobre esto no puedo contestar de un modo preciso, lady Dedlock, pero no lo creo. Los hombres de nuestro linaje fundan por lo general sus... caprichos en motivos que les impiden renunciar fácilmente a ellos. Somos formales por naturaleza y perseveramos en nuestros deseos.

Sir Leicester sospecha que en tales palabras se oculta alguna intención wattyleriana y se irrita en su interior. El señor Rouncewell muestra una cortesía exquisita, pero deja ver que acomoda su lenguaje a la recepción que se le hace.

—Se lo pregunto —dice milady— porque he vuelto a pensar en este asunto

que, a decir verdad, me aburre horriblemente.

—Lo siento, milady.

—Mi opinión es idéntica a la de sir Leicester. —Sir Leicester asiente satisfecho—. Y ya que no puede asegurarme que se ha disipado el capricho de su hijo, conviene que esa joven se marche de mi lado.

—No puedo asegurárselo, lady Dedlock. De ninguna manera.

—Entonces es mejor que se vaya.

—Perdona, milady, pero eso sería hacer a la joven un agravio inmerecido —observa sir Leicester con gravedad—. Una doncella —añade, extendiendo la mano derecha como si presentara el asunto en una bandeja— que tiene la buena suerte de llamar la atención y obtener el favor de una eminente lady y de vivir rodeada de todos los beneficios que confiere una posición semejante, beneficios sin duda enormes, digo yo, para una doncella en semejantes circunstancias, ¿deberá, sin motivo, ser privada de esos preciosos favores y perder la buena fortuna que le cupiera, porque en ella fija los ojos el hijo del señor Rouncewell? —El barón, como en señal de excusa, inclina con dignidad la cabeza hacia el maestro fundidor—. ¿Ha merecido semejante castigo? ¿Es esto ser justo para con ella y no traspasar los límites de nuestra primera conversación?

—Perdone, sir Leicester —interrumpe el señor Rouncewell—, pero permítame simplificar la cuestión y dígnese olvidar por un momento los beneficios de los que acaba de hablar. Si quiere recordar, lo que no espero, una circunstancia de muy poca importancia, convendrá conmigo en que mi primera idea fue precisamente oponerme a que esa joven conservase la posición que ocupa.

¡Olvidar por un momento los beneficios de los Dedlock! Es necesario que sir Leicester dé fe al testimonio de los oídos que le han transmitido la ilustre serie de sus antepasados para no dudar de las palabras del maestro fundidor.

—Es inútil discutir más sobre este asunto —dice milady, con mayor frialdad aún antes de que él pueda hacer otra cosa que suspirar sorprendido—. Esa doncella es una excelente criatura, nada tengo que decir de ella, pero, insensible a las ventajas de su posición, se ha enamorado de ese joven, o a lo menos cree amarlo, ¡infeliz!, y desprecia los favores de la fortuna.

Sir Leicester hace observar que este incidente cambia totalmente el aspecto del asunto. Persuadido además de que milady tendrá razones muy poderosas al obrar como ha decidido, aprueba por completo la opinión de su esposa. Lo mejor es que la muchacha se vaya.

—Por lo tanto, señor Rouncewell, como observó sir Leicester en la última

ocasión en que agotamos este asunto —continúa lánguidamente lady Dedlock—, no podemos aceptar sus condiciones. Al no poder aceptarlas, y en las circunstancias actuales, la chica está fuera de lugar aquí y es mejor que se vaya. Esa joven va a marcharse, así se lo he prevenido. ¿Quiere que la enviemos al pueblo o prefiere que se vaya con usted o qué prefiere usted?

—Lady Dedlock, si puedo hablar claramente...

—Desde luego.

—... prefiero, milady, lo que antes la libre de la molestia que le causa y la aparte lo más pronto posible de la posición en que se encuentra.

—Y para hablar con la misma claridad —responde ella con la misma indiferencia estudiada—, eso es lo que prefiero. ¿De modo que entiendo que se la lleva?

El férreo caballero hace una reverencia férrea.

—Sir Leicester, hazme el favor de llamar.

El señor Tulkinghorn se acerca a la chimenea y tira del cordón de la campanilla.

—Gracias, señor Tulkinghorn, me había olvidado de usted.

El procurador hace su saludo ordinario y vuelve a situarse junto a la ventana. Un mercurio se presenta inmediatamente, recibe orden de ir en busca de la joven, se marcha, vuelve con ella y desaparece.

Rosa ha estado llorando y todavía está angustiada. Cuando entra, el fundidor deja su silla, la coge del brazo y permanece con ella junto a la puerta, listo para irse.

—Ya ves que hay quien se encarga de ti —dice lady Dedlock, con su tono de indiferencia y aburrimiento—. Partes con una excelente protección, he dado buenos informes de tu conducta, y no es cosa de llorar.

—A pesar de todo, parece que siente marcharse —observa el señor Tulkinghorn, abandonando su sitio en el hueco de la ventana con las manos a la espalda.

—Bueno, es una niña inexperta, una pobre muchacha —dice el señor Rouncewell, con cierta vivacidad, dirigiendo una severa mirada al procurador—. Afortunadamente de algo le habrá servido el tiempo que ha pasado en esta casa.

—Sin duda —es la tranquila respuesta del señor Tulkinghorn.

Rosa dice, entre sollozos, que siente mucha pena de tener que dejar a milady, que era muy feliz a su lado y que se encontraba muy a gusto en

Chesney Wold, que le da mil gracias a lady Dedlock por su bondad...

—Vamos, vamos, loquilla, si lo amas, piensa en Watt —le dice al oído el señor Rouncewell, con dulzura.

—Basta, eres una buena muchacha —agrega milady, con indiferencia, mostrándole la puerta—, pero es necesario que te marches.

Sir Leicester se ha puesto al margen de la conversación y se ha refugiado en el santuario de su abrigo azul. El señor Tulkinghorn ocupa otra vez su puesto en la ventana. Y en la oscuridad que empieza a extenderse parecen más profundas aún las tinieblas que rodean a milady.

—Sir Leicester y lady Dedlock —dice el señor Rouncewell después de algunos momentos de silencio—, con su permiso me despido, perdónenme si les he molestado por segunda vez. Comprendo perfectamente cuánto ha debido de aburrir este asunto a lady Dedlock. Hubiera podido llevarme a esta joven desde el primer momento y sin necesidad de tantas palabras, pero, exagerando quizá la importancia de la cosa, he creído conveniente, después de exponerle los hechos, que fuesen ustedes quienes decidiesen hacerlo, ateniéndome respetuosamente a sus decisiones. Espero que se dignen perdonarme la ignorancia que tengo de los usos del gran mundo.

Sacado sir Leicester por estas palabras de las profundidades de su abrigo azul, contesta al señor Rouncewell (no había necesidad de justificaciones por una ni otra parte), y se levanta para recibir el saludo del fundidor.

—Me alegra oírlo, sir Leicester, y si se me permite una última palabra, repetiré lo que dije antes sobre la antigua relación de mi madre con la familia y el beneficio que eso sugiere por ambas partes, podría señalar a este respecto a quien llevo del brazo, que muestra tanto cariño y lealtad al marcharse y a quien mi madre, diría, ha inspirado de algún modo tales sentimientos..., aunque por supuesto lady Dedlock, con su interés sincero y su amable condescendencia, ha hecho mucho más.

Si bien lo dice con ironía, quizá sea más cierto de lo que piensa. Sin embargo, él lo comenta sin desviarse en absoluto de su manera directa de hablar, aunque al decirlo se vuelve hacia la parte sombría de la habitación donde está sentada milady. El señor Tulkinghorn tira del cordón de la campanilla. Se presenta otra vez el mercurio. El señor Rouncewell y Rosa salen del palacio.

Entonces traen lámparas, lo que desvela al señor Tulkinghorn todavía de pie en su ventana con las manos a la espalda y a milady todavía sentada con él delante, que le tapa la vista de la noche como hizo de día. Está muy pálida. El señor Tulkinghorn, al darse cuenta de que se levanta para retirarse, piensa «¡Ya puede hacerlo! La fuerza de esta mujer es increíble. Ha estado

representando su papel todo el tiempo». Pero él también puede representar su papel (su único e inalterable papel) y mantiene la puerta abierta para esta mujer. Cincuenta pares de ojos, cincuenta veces más agudos que los de sir Leicester, no encontrarían una fisura en él.

Lady Dedlock come sola en sus aposentos hoy. Han llamado a Sir Leicester al rescate del partido de Doodle, para gran turbación de la Facción de Coodle. Y lady Dedlock manda que le sirvan la comida en su cuarto. Está horriblemente pálida, y se parece más que nunca a aquella reina de Shakespeare de la que hablaba el primo melancólico.

—¿Ha partido sir Leicester? —pregunta al mercurio.

—Sí, milady.

—¿Y el señor Tulkinghorn?

—No, milady.

—¿Qué hace?

El mercurio supone que estará escribiendo unas cartas en la biblioteca.

—¿Desea milady que lo avise?

—No. Cualquier cosa antes que eso.

Es el procurador quien desea hablar con milady y quien solicita de ella el favor de escuchar unas palabras, después de haber comido.

Milady consiente en recibirlo, el procurador entra al cabo de pocos instantes, y se excusa por presentarse durante la comida de milady, por más que haya recibido ya permiso. En cuanto se quedan solos, milady le indica, con un gesto de la mano, que le dispensa de todas aquellas fórmulas de irrisorio respeto, y le pregunta qué se le ofrece.

—¿Qué quiere usted, caballero?

—Vaya, lady Dedlock —dice el abogado, tomando una silla un poco apartada de ella y frotándose lentamente las descoloridas perneras, arriba y abajo, arriba y abajo—, es que estoy muy sorprendido del rumbo que ha adoptado.

—¿De veras?

—Sí, lady Dedlock, no lo esperaba, y esto, que bien pudiera yo considerarlo como una violación de nuestro acuerdo, me coloca en situación muy diferente y me obliga a decirle que no apruebo su conducta.

Al decir esto, deja de frotarse y apoya las manos en sus rodillas y mira fijamente a milady. Su aspecto es el mismo de antes, sin embargo, hay en sus

modales cierto viso indefinible de franqueza que hace poco no había, y lady Dedlock se da cuenta de ello.

—No le entiendo —dice.

—Sí, me entiende usted y es inútil fingir más tiempo. Lady Dedlock, usted quiere mucho a esa niña.

—¿Y qué?

—Que no la ha separado de su lado por el motivo alegado, sino para alejarla antes del escándalo que sabe que la amenaza. Perdone si aludo a un hecho referente a la misma esencia del asunto.

—¿Y qué más?

—Bueno, lady Dedlock que esto es precisamente lo que yo no apruebo —continúa el procurador, cruzando las piernas y frotándose la rodilla que queda encima—. Considero este paso inútil y peligroso, pues no hará más que despertar sospechas y dar origen a chismes alrededor de usted. Por otra parte, esto ha sido en cierto modo violar lo pactado entre nosotros: prometió usted continuar siendo exactamente la misma de antes, y es evidente, aun para usted, lady Dedlock, que esta tarde estuvo usted muy distinta de lo que acostumbra.

—Caballero —le dice ella—, sabiendo que mi secreto...

—Perdóneme, esto es precisamente el fondo de la cuestión, y en tal materia es preciso hablar muy claro. No es de usted el secreto, milady, sino mío, y lo conservo fielmente por interés de sir Leicester y de la familia. Por usted solo, lady Dedlock, no tendría lugar entre nosotros la presente conversación.

—Sabido, pues, que el secreto se había divulgado, he querido que la vergüenza que me espera no recayese en una niña inocente. Con esa historia, que les relató usted a los convidados de Chesney Wold, en mi imaginación, no habría podido apartarme de mi resolución nada en el mundo.

Milady pronunció estas palabras con voz firme y actitud impasible. En lo que se refiere al señor Tulkinghorn, estaba pensando en el asunto como si la mujer que tenía delante no fuese más que un simple instrumento en materia de procedimiento.

—El resultado es, lady Dedlock —dijo—, que, por lo visto, no puedo fiarme de usted. Usted ha dado pábulo a que se divulgue lo que según nuestro trato debía estar oculto, y, como digo, veo que no puedo fiarme de usted.

—¿No se acuerda de que en la conversación que tuvimos en Chesney Wold le manifesté ya alguna inquietud respecto a aquello?

—Sí —dice el señor Tulkinghorn levantándose y poniéndose de pie delante

de la chimenea—, recuerdo, lady Dedlock, que habló de esa niña, pero fue antes del convenio con que terminó nuestra entrevista en que se prohibía toda actuación por su parte fundada en mi descubrimiento. ¿Qué valor tiene esa niña para convertirla en una excepción a nuestro trato? Lady Dedlock, cuando está comprometido el nombre de una familia ilustre, se ha de ir directamente hasta el final sin atender a lo que pasa en el camino. Se podía suponer que el rumbo estaba claro... por encima de todo, a la derecha y a la izquierda, independientemente de toda consideración en el camino, sin ahorrarse nada, pisándolo todo.

Milady levanta la vista y la clava en su interlocutor. La expresión de su semblante es severa y sus dientes muerden su labio inferior.

«Me ha comprendido», dijo para sí el señor Tulkinghorn. «¿Por qué se apiada de los demás, cuando no van a apiadarse de ella?»

Por un momento, permanecen en silencio. Lady Dedlock no ha comido; se ha limitado a beber uno o dos vasos de agua, que con mano firme se ha servido ella misma. Apartándose de la mesa, se reclina en un ancho sillón y, aunque sombría y pensativa, nada en ella revela flaqueza, nada implora piedad. Está pensativa, sombría, concentrada.

«Esa mujer es digna de ser estudiada», piensa el señor Tulkinghorn de pie junto a la chimenea, convertido otra vez en un objeto sombrío que le tapa la visión.

Y los dos se observan mutuamente a placer. No es la primera en hablar, y parece improbable que lo haga, aunque el otro permanezca allí hasta la medianoche.

—Lady Dedlock —dice, por fin, el procurador, rompiendo un silencio que milady estaba resuelta a no alterar—, hemos de hablar todavía de la parte más penosa del asunto. Nuestro acuerdo ya no existe, y una mujer de su inteligencia debe de comprender que recobro por lo mismo toda libertad de acción.

—No me sorprende lo que me dice usted, señor Tulkinghorn.

—Pues no tengo más que añadir, lady Dedlock —dice el señor Tulkinghorn con una inclinación de cabeza.

Cuando va a salir de la habitación lo detiene al preguntar:

—¿Es este el aviso que había de recibir? Deseo que nos entendamos bien.

—No es precisamente el aviso convenido, pues esto supondría que el acuerdo se había cumplido, pero virtualmente es lo mismo. La única diferencia está en los nombres: pura distinción jurídica.

—¿Cabe esperar otro aviso?

—No, milady.

—¿Hablará esta misma noche con sir Leicester?

—La pregunta es muy directa —contesta, sonriendo, el señor Tulkinghorn—. Esta noche, no.

—¿Mañana?

—Milady, prefiero no contestar categóricamente a esta pregunta. No daría usted crédito a mis palabras si le dijese que no sé aún cuándo hablaré con sir Leicester, y por lo tanto de nada serviría decírselo. Quizá sea mañana, quizá otro día. Pero debe usted estar preparada para todo. Tengo el honor de desearle muy buenas noches.

—¿Estará usted algún tiempo en la biblioteca? —le pregunta lady Dedlock, en el momento en que el procurador traspasa el umbral de la puerta.

—No, milady, voy a coger allí mi sombrero y me marcho a casa.

Al hallarse en la escalera, el procurador consulta su reloj y ve que avanza un poco, según el magnífico péndulo del vestíbulo, famoso por su exactitud. «¿Qué estás diciendo?», parece preguntarle el señor Tulkinghorn con una sonrisa. Su reloj tiene un precio elevado, pero cuánto más elevado sería si contestase a su dueño: «¡No vuelvas a tu casa!», si le dijera esta noche, de entre todas las que ha ido contando, a este anciano, de entre todos los ancianos y los jóvenes que han estado ante él: «¡No vuelvas a tu casa!».

—¡Las ocho menos cuarto! —continúa el señor Tulkinghorn—. Vaya, pues, no eres tan exacto como yo creía —dijo a su reloj—. ¡Adelantar dos minutos! Mucha prisa te das en hacerme vivir.

¡Qué precio tan elevado hubiera tenido aquel reloj, si devolviendo bien por mal, su tictac le hubiese dicho al procurador: «No vuelvas a tu casa!»!

El señor Tulkinghorn sale a la calle, y avanza, con las manos cruzadas detrás de la espalda, sumido entre las sombras de los vastos palacios cuyos apuros pecuniarios y de otra clase, las hipotecas y los misterios de toda especie que conoce y guarda bajo de su raído chaleco de raso negro. Es el confidente de aquellos muros. Las altas chimeneas le telegrafían los secretos de las familias, y no obstante, ni una sola voz le dice en su camino: «¡No vuelvas a tu casa!».

Continúa andando y atraviesa las calles vulgares, en medio del estrépito de los coches, del rumor de los pasos, del ruido de las voces. La iluminación de las tiendas irradia sus rayos sobre él. El viento de poniente hace llegar hasta él sus quejas, el gentío lo empuja, la fatalidad lo arrastra, y nada murmura a su

oído: «¡No vuelvas a tu casa!». Llega a su gabinete, enciende sus velas, mira al techo y ve al romano de la alegoría señalando con el dedo, como siempre, un punto vago de la alfombra; pero en el ademán del romano y en el aleteo de los genios que lo rodean nada le dice: «¡Sal de aquí!».

Asoma la luna, las estrellas brillan, como brillaban sobre Chesney Wold, y «esa mujer», como llama a milady, tiene los ojos fijos en el cielo, su corazón está herido, y ahogándose en aquellos vastísimos salones que le parecen pequeños, quiere salir para ir a respirar sola en un jardín vecino. Demasiado imperiosa en la satisfacción de su voluntad como para que ese antojo excite la sorpresa de quienes la rodean, se envuelve con un manto y sale a la luz de la luna. Un mercurio abre la puerta de la verja, cuya llave le entrega a su mandato, y recibe orden de volver a su puesto, pues milady se pasará para calmar su dolor de cabeza por espacio de una hora o más y no necesita que la escolten. La verja se vuelve a cerrar, con estrépito. Milady se queda sola y desaparece por entre los árboles.

¡Qué noche más hermosa! La luna brilla y las estrellas centellean. El señor Tulkinghorn atraviesa un reducido patio semejante al de una cárcel para ir a la bodega, y, levantando los ojos, observa que la noche es hermosa, la luna brillante e innumerables las estrellas.

Es aquella una noche apacible entre todas. Se diría que la luna vierte calma y silencio al mismo tiempo que su luz, y llena de quietud aquellos lugares en que la vida todavía se agita y desborda. No solo es tranquila la noche en las carreteras llenas de polvo y en la cima de los collados, en la dormida campiña que corta el horizonte con la franja de sus árboles. No solo es una noche apacible en los jardines y en los bosques, en el río cuyas aguas fosforescan al pasar por entre los cañaverales que suspiran, y huyen presurosas para arrojarse al mar, reflejando los arcos de los puentes y los buques que las ensombrecen. No solo es tranquila la noche en el océano profundo, en la playa, donde el vigía sigue con los ojos el buque que, con las alas desplegadas al viento, recorre el luminoso sendero que solo parece existir para él, sino también en la ciudad inmensa a la cual ha descendido el reposo. A la suave luz que la baña, sus campanarios y cúpulas adquieren una forma etérea, la silueta de sus tejados es menos maciza y trivial, los ruidos que suben de la calle se amortiguan, los pasos de los transeúntes se hacen cada vez más raros y se alejan sosegados, y en el barrio en que habita el señor Tulkinghorn, en aquellos campos en que los pastores soplan en caramillos judiciales que no tienen más que un sonido y son las ovejas esquiladas hasta la piel, todos los ligeros rumores que se oyen, en esta noche de luna, se funden en el murmullo de la ciudad que vibra como un gran cristal.

¡Un tiro! ¿Quién ha disparado una pistola o una escopeta? ¿Dónde ha sido?

Los transeúntes se detienen y miran a su alrededor, algunos rostros aparecen en las ventanas, se abren las puertas. La detonación ha sido fuerte y el eco la prolonga. Todo se despierta. Ha hecho temblar una casa, o eso ha dicho un hombre que pasaba por allí. Los gatos huyen asustados. Los perros ladran. Hay uno en particular que aúlla como un endemoniado. El murmullo de las calles crece, y llega a ser un grito general. Suena el bronce, pero antes de que hayan concluido de dar las diez en el reloj vecino, todo se calma, todo se sosiega, y la luna derrama tranquila su luz en el seno de la pacífica noche.

El señor Tulkinghorn no habrá oído nada, pues las ventanas de su residencia permanecen negras e inmóviles como si nada hubiese sucedido, y su puerta está cerrada. Para sacarle de su concha, se necesita algo muy extraordinario. No se le ve, no se le oye. Un cañonazo sería lo único que podría hacer salir al procurador de su calma impasible.

El personaje alegórico del techo conserva, asimismo, su constante actitud. Romano o bretón, solo una idea guarda en la mente, y continúa señalando con igual obstinación el punto que designa hace un siglo, sin que nadie se preocupe de él.

La oscuridad sucede a la luz de la luna, el sol a la aurora, y cuando abren la puerta del despacho del procurador para arreglarlo y limpiarlo, ya fuese que hubiera alguna novedad en el ademán del alegórico personaje, ya fuese que la persona que entra se haya vuelto loca en aquel momento por haber levantado los ojos y mirado luego en el suelo el punto que señala el romano, lo cierto es que huye dando un grito de horror, que otras personas suben, miran, gritan y huyen a su vez, y que la alarma se difunde por el barrio.

¿Por qué? No se admite la luz en el despacho en penumbra, y las gentes desacostumbradas a él entran y, con pasos silenciosos, pero pesados, llevan un bulto al dormitorio y lo dejan allí. Todos hablan bajo y prorrumpen en expresiones de sorpresa. Se examinan todos los rincones de la habitación, se revuelven todos los muebles, se sigue la huella de unos pasos, se fija la vista en el techo, y todas las voces murmuran hablando del romano: «si pudiese contar lo que ha visto».

Con el dedo señala en la mesa una botella de vino casi llena, un vaso, dos velas que han sido apagadas poco tiempo después de encendidas, y una silla desocupada. Y en el suelo, delante de la silla, una mancha que podría ser cubierta con la mano. Estos objetos están completamente al alcance de su mirada. Una imaginación excesiva podría suponer que había en ellos algo tan aterrador como para que el resto de la composición, no solo los chicos de piernas robustas, sino las nubes y las flores e incluso las columnas (en una palabra, el cuerpo y el alma de la Alegoría y todo su cerebro) se vuelvan locos. Seguro que todos los que entran en esa habitación oscura y miran esas cosas

levantan la vista hacia el romano, que está investido para todos de misterio y horror, como si fuera un testigo mudo y petrificado.

Seguro que será así durante muchos de los años venideros, en los que se contarán historias de fantasmas sobre la mancha del suelo, tan fácil de cubrir, tan difícil de eliminar, y el romano lo señalará desde el techo hasta que el polvo y la humedad y las arañas se lo eviten. Desde ahora, su gesto tiene un objeto que no tenía en vida del señor Tulkinghorn, pues el anciano procurador ya no existe. En vano la alegoría ha señalado la mano que se levantó contra él y desde aquella noche señala el punto en que yace el anciano, el rostro contra el suelo y atravesado el corazón por una bala.

XLIX

Amistad fiel

Es un gran día de fiesta en la casa del señor Matthew Bagnet, apodado Lignum Vitæ, ex artillero y en la actualidad intérprete de fagot y vendedor de instrumentos. La familia celebra un cumpleaños, y no es el de Matthew Bagnet. El del señor Bagnet no se distingue de los demás días del año sino por un beso, más sonoro que de ordinario, en las mejillas de los niños, por una pipa de más al acabar de comer, y durante la noche por algunas reflexiones de Lignum, que trata de investigar lo que hará en aquel momento su pobre madre, asunto que se presta tanto más a la divagación por cuanto la señora Bagnet ha muerto hace más de veinte años. Hombres hay que rara vez piensan en su padre y parecen concentrar en su madre el total de su filial amor, y el señor Bagnet es uno de esos hombres. Quizá se deba esto a su entusiasta admiración por el mérito de su viejecita, admiración que llega a hacerle creer que el sustantivo «bondad» solo puede aplicarse al género femenino.

Tampoco es el cumpleaños de ninguno de los tres niños. En ocasión semejante, es raro que pase la cosa de un pudin y de las ordinarias felicitaciones. Y si bien la última vez que se celebró dicha fiesta por Woolwich, el señor Bagnet, después de observar lo mucho que su hijo había crecido, creyó deber preguntarle acerca del catecismo, lo que realizó con precisión extrema con las preguntas número uno y dos, «¿Cómo te llamas?» y «¿Quién te ha puesto ese nombre?», pero ahí le falló la verdadera exactitud de su memoria y sustituyó la número tres con la pregunta «Y ¿cómo es que te gusta ese nombre?», lo que planteó con un sentido tal de su importancia, tan edificante y modélica, que le dio un aire muy ortodoxo en sí misma, esto no fue más que un incidente particular y no una tradición de estas celebraciones.

Hoy es el aniversario del día feliz en que nació la viejecita Bagnet, y para el señor Bagnet no hay en el calendario otra fiesta mayor. Desde hace tiempo tiene establecido el ceremonial que ha de presidir el festín, y, como está persuadido de que un par de pollos de corral son la apoteosis de un lujo verdaderamente imperial, el ex artillero no deja nunca de ir en persona, la mañana del gran día, a comprar dos volátiles, constituyendo para el vendedor un comprador cándido, como pocos, al escoger los dos pollos más viejos de todos los gallineros de Europa. Invariablemente carga cada año con esos dos portentos de longevidad que lleva en un pañuelo de algodón a cuadros azules y blancos, sacado expresamente de la cómoda e indispensable para su aprovisionamiento. Al terminar el desayuno, invita a la señora Bagnet, disimuladamente, a manifestar el plato que prefiere para la comida. La señora Bagnet, con oportunidad imponderable, contesta que tiene ganas de comer pollo, y entonces el señor Bagnet saca con aire triunfal los dos pollos de su escondrijo y los muestra en medio del gozo y la sorpresa general. Exige, además, que la heroína de la fiesta se ponga su mejor traje y que no haga nada en todo el día, que consienta en ser servida por todos los individuos de la familia, dirigidos por él. Pero, como dista mucho de ser un excelente cocinero, es probable que esta última condición sea para la señora Bagnet más hermosa que agradable, lo cual no impide que durante todo el día conserve la dignidad que se le impone con el semblante del placer mayor que imaginarse pueda.

Para el presente cumpleaños, el señor Bagnet ha cumplido con todos los preliminares de rigor. Ha comprado dos especímenes de ave que, como dice el refrán, desde luego no los engañarían, por viejos, para entrar en la jaula, y están listos para el asador. Ha asombrado y regocijado a la familia por su inesperada obtención, y dirige el guiso de las aves, mientras que la señora Bagnet, de gala, observa que todo se hace al revés y siente hormigueos por todo el cuerpo.

Malta y Quebec ponen la mesa; Woolwich, a las inmediatas órdenes de su padre, da vueltas al asador. A estos jóvenes pinches el señor Bagnet les transmite de vez en cuando con un guiño o un movimiento de la cabeza o una cara torcida que se equivocan.

—A la una y media —dice el señor Bagnet—. En un minuto. Estarán listos.

La señora Bagnet mira con angustia que se está quemando un pollo.

—Mujercita mía —anuncia el señor Bagnet—, vas a tener una comida digna de una reina.

La señora Bagnet contesta a su marido con una sonrisa, pero al mismo tiempo expresan sus ojos tan profundo malestar, que el mozo de cocina, alarmado a su vez, se queda mirando con la boca abierta y olvida los pollos,

que se quedan parados. Por suerte, su hermana adivina la causa de la desazón de su madre y lo devuelve a sus funciones por medio de un significativo puñetazo. El asador vuelve a dar vueltas, y la señora Bagnet, aliviada, cierra los ojos de alegría.

—George llegará sin duda a las cuatro y media —dice el señor Bagnet—. ¡Cuántos años hace que George nos visita en semejante día sin haber faltado ni una sola vez!

—Los mismos que se han necesitado para convertir en vieja a una joven, ni más ni menos —contesta la señora Bagnet riendo.

—Mujer —dice el señor Bagnet—, eres tan joven como antes, si no más: a la vista está.

Malta y Quebec palmotean contentas, gritando que su buen amigo Bluffy traerá sin duda algo para mamá, y se esfuerzan en adivinar cuál será el regalo de este año.

—¿Sabes, Lignum —expresa la señora Bagnet, haciendo una señal a Malta para que ponga la sal en la mesa y a Quebec para que no olvide la pimienta—, que, según parece, George está pensando en marcharse?

—George no desertará jamás —contesta el señor Bagnet—. No temas, no es hombre capaz de abandonar a su antiguo camarada y dejarle en medio del fango.

—Desde luego, Lignum, no es esto lo que quise decir, sino que, a mi modo de ver, si hubiese pagado cuanto debe, no tardaría en ahuecar el ala.

—¿Por qué dices eso? —pregunta el señor Bagnet.

—Porque lo veo intranquilo —responde su mujer, pensativa—, descontento de su situación. Yo no pretendo decir que su actitud no sea tan franca como siempre, para eso habría de dejar de ser quien es, pero George está como inquieto, fuera de sí. En fin, no está centrado.

—Es natural que así sea con ese picapleitos que le está persiguiendo —dice el señor Bagnet—. Ese paisano es capaz de condenar al mismo diablo.

—No digo lo contrario —asiente su mujer—, pero esto viene a confirmar mis sospechas, Lignum.

La conversación queda forzosamente interrumpida por la necesidad en que se encuentra la señora Bagnet de velar por la comida, en aquel momento en muy grave peligro. Los pollos, de un natural algo seco, no dan poco ni mucho jugo, y sus patas, en exceso escamosas, son algo más largas de lo que fuera de desear. Las patatas son malas hasta un punto indecible, y se caen a pedazos en cuanto se les enseña el cuchillo para mondarlas. No obstante, el porfiado señor

Bagnet vence, por fin, todos los obstáculos y se sirve la mesa. La señora Bagnet ocupa a la derecha de su marido la cabecera.

Es una suerte para ella que su cumpleaños sea una sola vez al año, pues semejante lujo de volatería, repetido con frecuencia, podría llegar a ser peligroso. Todo lo que en un pollo ordinario son tendones y ligamentos, en aquellos se ha convertido en cuerdas de guitarra, y sus miembros habían echado profundas raíces en su carne, como los árboles seculares en la tierra que los sustenta. Están tan duros esos muslos que fomentan la idea de que deben de haber consagrado la mayor parte de sus largas y arduas vidas en ejercicios pedestres y hacer caminatas. Sin embargo, el señor Bagnet, que no repara en tales defectos, se esfuerza con toda el alma en hacer comer a la señora Bagnet una cantidad enorme del lujoso manjar, y la buena mujer, que por nada en el mundo quisiera causarle el menor disgusto, sobre todo en un día como aquel, no vacila ante los riesgos a que expone su estómago. No acierta a comprender cómo Woolwich, sin ser de la familia de los avestruces, puede con los muslos y alones, y mientras procura explicárselo, los cuidados caseros confiados a sus dos hijas la someten a una prueba que sufre con igual heroísmo. Encaramadas sobre sus zuecos, con las faldas recogidas, a ejemplo de su madre, Quebec y Malta, barriendo la estancia, lavando la vajilla y arreglando la cocina, manifiestan una desenvoltura, una actividad y ofrecen tan grandes esperanzas en el porvenir como vivas inquietudes en el presente.

Las mismas causas conducen a una confusión de palabras, a un resonar de vajilla, a un gran estrépito de tazas de estaño, a un gran batir de escobas y a un gran gasto de agua, todo sin medida, y cómo se calan las jovencitas es un cuadro demasiado patético para que conserve la señora Bagnet la serenidad hasta que concluye la tarea de un modo satisfactorio. Malta y Quebec, obligadas a cambiarse hasta la camisa, vuelven puestas de veinticinco alfileres. Se cubre la mesa de pipas, tabaco, una botella y vasos, y, mientras, la señora Bagnet disfruta, entonces, del primer momento de tranquilidad, desde el principio de la fiesta.

Van a dar las cuatro y media, y el señor Bagnet, sentándose en el sitio de costumbre, exclama:

—¡Bravo, George! Puntualidad militar.

Este, después de saludar a la señora Bagnet, a quien da un beso en celebración de tan fausto día, da las buenas tardes a los chicos y al señor Bagnet, y concluye diciéndoles a todos «¡Enhorabuena!».

—George —observa la señora Bagnet clavando con interés la mirada en él—, a usted le sucede algo, ¿qué es lo que tiene?

—¿Yo?

—Usted. Está pálido y como agitado. ¿Verdad, Lignum?

—George —dice el señor Bagnet—, explícale lo que te pasa.

—No pensaba traer tan mala cara —contesta el maestro de armas pasándose la mano por la frente—, y siento aguaros la fiesta, pero el hecho es que la muerte del pobre Jo, sucedida ayer noche, me ha trastornado sobremanera.

—¡Pobre muchacho! —dice la señora Bagnet en tono de maternal aflicción—. ¡Pobre muchacho! ¿Conque ha muerto?

—Sí, y no quería hablarles de ello, porque no es noticia que caiga bien en un día de fiesta, pero en el instante han adivinado que me pasaba algo. No se le escapa nada, señora Bagnet.

—Tienes razón —dice el señor Bagnet—, ¡cualquiera la engaña!

—En fin, es mejor que nos dediquemos a agasajar a la reina de la fiesta —contesta el señor George—, y yo, modestamente, le ofrezco a la señora Bagnet este broche que he traído para usted. Es poquita cosa, como puede usted ver, y todo su mérito está en ser un estimado recuerdo que le ofrezco de todo corazón.

El regalo del señor George es celebrado con alegres saltos y aplausos de los pequeñuelos y recibido por el señor Bagnet con respetuosa admiración.

—Esposa —dice—, dile lo que yo pienso.

—¡Es magnífico, George! —exclama la señora Bagnet—. ¡Lo más bonito que he visto!

—Muy bien —dice el señor Bagnet—, completamente de acuerdo.

—Admirable, George —prosigue la señora Bagnet dando vueltas a la joya entre sus dedos—. ¡Demasiado para mí!

—En eso no estoy de acuerdo —dice el señor Bagnet.

—Pero no importa, amigo, mil gracias —sigue diciendo la señora Bagnet, estrechando la mano del sargento—, aunque a veces me muestre algo dura con usted como esposa que soy de un soldado, eso no impide que seamos muy buenos amigos. Y en prueba de ello, George, póngame usted mismo este broche. Estoy segura de que va a traerme suerte.

Los niños se agrupan alrededor de su madre para presenciar la solemne operación, mientras que el señor Bagnet la contempla por encima de la cabeza de Woolwich, con un semblante en el que se lee, a la vez, tanta gravedad como alegría infantil. Su mujer no puede menos que reírse y decirle:

—¡Mi buen Lignum! ¡Vaya una cara que pones!

El sargento, sin embargo, no alcanza a comprender lo que se propone. Su mano tiembla y el broche se cae al suelo.

—¡Buena la hicimos! —dice apresurándose a recoger el broche—. Estoy tan fuera de mí que no acierto ni con la cosa más sencilla.

Piensa, entonces, la señora Bagnet, que lo mejor es dejarles que se fumen un par de pipas. Y prendiéndose en un instante el broche, hace sentar al sargento en el sitio que suele ocupar y le muestra todo lo necesario para fumar.

—Y, si esto no basta, George —dice la buena mujer—, mire, de vez en cuando, su hermoso regalo, y este y la pipa le devolverán la tranquilidad.

—No dudo que así será —responde George—, pero como hace poco les decía, estoy de mal humor: ¡me ha afligido tanto ver morir al pobre Jo sin poder socorrerlo...!

—No diga usted eso, George. Ha hecho usted, por el contrario, todo cuanto le ha sido posible. Le dio usted refugio.

—Es verdad, señora Bagnet, pero todo ello es muy poco si se piensa en que ha muerto sabiendo solo distinguir su mano derecha de la izquierda. Y estaba demasiado mal para que se le pudiera sacar de aquello.

—¡Pobre muchacho! —dice la señora Bagnet.

—Eso me trajo a la memoria al pobre Gridley —continúa el maestro de armas, pasándose la mano por la frente—. Una desgracia de otro género, pero tan horrible como aquella, y las dos juntas me han hecho recordar a un pícaro más duro que el pedernal. Solo con pensar en ese viejo maldito, incapaz de todo sentimiento, es bastante para enardecer la sangre de un hombre honrado.

—Motivo de más para encender la pipa —dice la señora Bagnet—. Es un calmante, y esto es mucho mejor para la salud que quemarse la sangre a causa de un procurador.

—Dice usted muy bien —dice el militar—, y lo haré.

Y el señor George enciende su pipa, pero lo hace con tal gravedad que el señor Bagnet aplaza para después beber a la salud de su mujer, lo cual suele ir acompañado del correspondiente discurso. Pero transcurridos algunos momentos, preparado por las dos hermanas lo que él llamaba «el compuesto», y continuando encendida y humeante la pipa de George, el señor Bagnet se decide a levantar su vaso y dirige a los circunstantes estas palabras:

—George, Woolwich, Malta, Quebec, hoy es su cumpleaños. Para encontrar a una que se le pareciese un poco, sería necesario andar muchas jornadas de camino. ¡Bebamos a su salud!

—¡A la de todos! —contesta la buena mujer, presentando el vaso a cada

uno de los reunidos, como tiene por costumbre en semejantes casos.

Pero de pronto, se detiene y exclama:

—¡Alguien llega!

En efecto, un hombre se había detenido en el umbral de la puerta; un hombre de ojos vivos y penetrante mirada, que produce gran impresión entre los congregados.

—Buenas tardes, George —dice el hombre inclinando la cabeza—, ¿cómo está usted?

—¡Vaya! ¡Es el señor Bucket! —exclama el señor George.

—El mismo —contesta el policía entrando y cerrando la puerta—. Pasaba por la calle y he visto casualmente algunos instrumentos de música de muestra en las ventanas de esta casa, y como un amigo me ha encargado que le busque un violonchelo de ocasión y de buena calidad, me he acercado al escaparate. Entonces he visto que había gran animación en la trastienda, me ha parecido reconocerlo y ya ve usted que no me he equivocado. ¿Cómo van las cosas, George? Bien, ¿no es cierto? Menos mal. ¿Y usted, señora? ¿Y usted, jefe? Pero, ¡qué veo! ¡Niños! —exclama el señor Bucket abriendo los brazos—. No se necesita más para hacer de mí lo que se quiera. Venid a mis brazos, angelitos. Es inútil preguntarles quiénes son sus padres; no hay más que mirarlos.

El señor Bucket se sienta junto al señor George y coloca en sus rodillas a Malta y a Quebec.

—Otro beso, guapísimas —dice el señor Bucket—, de eso no me canso nunca. ¿Qué edad tienen, señora? Están sanas y robustas, apostararía a que oscilan entre los ocho y diez años.

—Por ahí —contesta la señora Bagnet.

—No suelo equivocarme en esto —afirma el señor Bucket—. Me vuelvo loco con los niños. Un amigo mío tiene diecinueve, señora, y todos de una misma madre que se conserva fresca y rolliza como una aurora... mejorando lo presente... ¿Cómo se llama esta preciosa? —continúa el señor Bucket, pellizcando los mofletes de Malta—: dos manzanitas, ni más ni menos, ¿verdad que sí? Y ¿tú qué crees? ¿Crees que papá tendrá un buen violonchelo de ocasión para el amigo del señor Bucket?, porque yo me llamo Bucket, nombre raro, ¿verdad que sí?

Con tanta afabilidad el recién llegado se gana el corazón de toda la familia, y la señora Bagnet llega a olvidarse del ceremonial del día, que le prohíbe las obras serviles, hasta el punto de llenar una pipa y un vaso que le ofrece al señor Bucket, diciéndole que, si en todas las ocasiones hubiera tenido el sumo

gusto en recibir a un hombre tan amable como él, su satisfacción aumentaba aquella tarde además al ser un amigo del señor George, quien, por cierto, no está tan animado como siempre.

—¿Cómo? —exclama el señor Bucket—. ¿Y qué le pasa a usted, amigo George? ¿Por qué no está usted animado? No tendrá algo en mente.

—Nada en particular —contesta George.

—¡Pues claro que nada en particular! —continúa el señor Bucket—. ¿Qué motivos tiene usted para estar triste? ¿Ve usted a estas criaturas, qué alegres y contentas? Es natural. ¿Quién diría al verlas así que llegará algún día en que trastornarán el juicio de más de uno? No me las doy de profeta, pero pronostico que ha de ser como yo digo.

La señora Bagnet, fuera de sí de alegría, dice que no le cabe duda de que el señor Bucket tendrá también hijos.

—Pues verá usted, señora —dice el señor Bucket—, por increíble que le parezca, no tengo. Mi mujer y una inquilina constituyen toda mi familia. La señora Bucket, lo mismo que yo, ama con delirio a los niños. Su mayor deseo sería tenerlos, pero ¡qué le vamos a hacer! No están repartidos con igualdad los bienes de este mundo, y por fuerza cada cual debe resignarse con su suerte... Ahí fuera veo un patio que me parece muy cómodo, ¿tiene salida a la calle?

—No, caballero.

—¡Caramba! Pues yo hubiera dicho que la tenía —se maravilla el señor Bucket—. ¡Vaya un patio más agradable! ¿Me permiten verlo? En efecto, no tiene salida, pero es muy bonito.

El señor Bucket vuelve a sentarse cerca de su amigo George y le da una amistosa palmada en la espalda.

—¿Cómo va ese humor, George?

—Bien —contesta el viejo militar.

—Me alegro —comenta el señor Bucket—. ¿Por qué ha de estar triste? Un hombre de su aspecto y de su salud no tiene derecho a estar abatido. Pues no faltaba otra cosa que dejarse abatir con un pecho como este, ¿no es verdad, señora? Además, creo que no tendrá usted dentro de él nada que lo atormente, ¿no es así, George?

El señor Bucket acompaña sus últimas palabras con una mirada singular, y las repite dos o tres veces para la pipa que está encendiendo, prestando gran atención en la respuesta. Pero, enseguida, después de un corto eclipse, recobra su buen humor y su verbosidad.

—Y ese muchacho ¿será el hermano? —pregunta el señor Bucket, dirigiéndose a Malta y a Quebec para informarse acerca del joven Woolwich—. Digo hermano de padre, pues es claro que tiene muchos años para ser hijo de esta señora.

—Pues se equivoca usted en eso, porque es hijo mío —dice riéndose la señora Bagnet.

—Me sorprende, y eso que se le parece de un modo extraordinario, por más que tenga también mucho de su padre. Las cejas, por ejemplo —añade el señor Bucket, cerrando un ojo para comparar los dos rostros mientras el señor Bagnet fuma con una satisfacción imperturbable—, son idénticas.

La señora Bagnet aprovecha la ocasión para decirle que Woolwich es ahijado del señor George.

—Venga la mano del ahijado de mi querido George —exclama con cordialidad el señor Bucket—, ahijado y padrino se honran mutuamente. ¿Qué piensan hacer de este bravo muchacho, señora? ¿Manifiesta aptitudes y gusto por la música?

—Toca muy bien la flauta —dice el señor Bagnet, que ha permanecido callado hasta entonces.

—¡Coincidencia singular! —exclama el señor Bucket—. No lo creerá usted, señor, pero yo también tocaba la flauta en mi juventud. No con método, como sin duda lo hará este joven, sino por afición, por hábito. ¡Válgame Dios! ¡Cuando pienso en aquello de «Granaderos británicos»! Eso sí que es una tocata para animar y entusiasmar. Me gustaría oírse la tocar, muchacho.

Nada más grato para aquella familia que la lisonjera invitación del señor Bucket. Woolwich se levanta inmediatamente, va en busca de su flauta y ejecuta la arrebatadora melodía. El señor Bucket lleva el compás, con entusiasmo, y canta el estribillo con voz de falsete: «Gra-na-de-ros bri-táaa-nicos». En una palabra, manifiesta tan exquisito gusto musical, que el señor Bagnet aparta la pipa de sus labios y asegura que debe de cantar muy bien. El señor Bucket confiesa con modestia que en otro tiempo tuvo buena voz, y para corresponder al franco recibimiento que se le ha dispensado, satisface el deseo que todos tienen de oírlo cantar, y recita la balada de «Créeme, si todos tus agradables encantos juveniles», balada que fue, según le dice a la señora Bagnet, su auxiliar más poderoso para conquistar a la señora Bucket en la época en que, doncella aún, consintió en seguirle hasta el altar... Las palabras del señor Bucket son «cumplir con los trámites».

El caso es que el inspector de policía brilla tan radiantemente durante toda la tarde que el señor George, que lo viera entrar con cierto disgusto, acaba por sentirse enorgullecido por su compañía. Tan cordial, tan afablemente se porta,

se muestra como hombre de tan ingeniosos recursos, que el maestro de armas se siente contento de haberles proporcionado a los Bagnet tan grata compañía. El señor Bagnet por su parte, apreciándolo en todo su valor, le suplica tras otra pipa al señor Bucket que se digne honrarles con su visita el próximo cumpleaños de su mujer. Si algo podía aumentar el afecto que el señor Bucket experimenta por la amable reunión, es el saber el motivo de la fiesta. Brinda con fervor a la salud de la señora Bagnet, acepta la invitación que se le hace y la anota en una gran libreta negra con una cinta, expresando al mismo tiempo el deseo y la esperanza de que la señora Bagnet y la señora Bucket sean en breve como dos hermanas, como se suele decir. Como se dice a sí mismo, ¿qué sería de la existencia sin los lazos de la amistad? Es, a su humilde manera, un hombre público, pero no se halla la felicidad en los cargos que se ejerce. No, sino en los confines de los goces de la familia.

Es natural, en esas circunstancias, que, a su vez, recordara al amigo a quien le debe tanto por unos conocidos tan prometedores. Y lo hace. Se mantiene muy cerca de él. Cualquiera que sea el tema de conversación, lo mira con cariño. Lo espera para partir juntos y el interés que le inspira desciende hasta sus botas, que mira con atención, mientras que el señor George fuma, con las piernas estiradas, al lado de la chimenea.

Por fin, el señor George se levanta para volver a su casa, y el señor Bucket hace lo propio. Le da un último beso a Malta y Quebec, y dirigiéndose al ex artillero le dice:

—¿Qué le parece? ¿Puede proporcionarme el violonchelo que desea mi amigo?

—Por docenas —contesta el señor Bagnet.

—Se lo agradeceré mucho —agrega el señor Bucket, apretando la mano del señor Bagnet—. Los amigos están para ayudarse... Sobre todo, que tenga buen sonido, es para un aficionado que toca a Mozart, a Händel, a todos los grandes maestros como un artista consumado. Huelga decirle, señor Bagnet —añade el señor Bucket, bajando la voz—, que puede fijar un precio bastante alto, no porque yo quiera que mi amigo lo pague muy caro, pero sí porque es justo que cobre usted el tiempo que en ello emplee. Me gusta que la gente se gane bien la vida.

El señor Bagnet dirige una mirada a su esposa, como diciéndole: «¡He aquí una buena relación!».

—En el caso de que mañana por la mañana pasase otra vez a verlo, digamos, a las diez y media —observó el señor Bucket—, ¿podría indicarme ya el precio de algunos violonchelos?

—Desde luego —contestan tanto el señor como la señora Bagnet.

Y hasta se comprometen a procurarse varios para que pueda escoger.

—Gracias —concluye el señor Bucket—. Buenas tardes, señora. Buenas tardes, caballero. Buenas tardes, angelitos. Me marchó encantado de vuestro trato. Esta es la mejor velada que he pasado en mi vida.

También los Bagnet expresan el agrado que les ha proporcionado la visita del señor Bucket, y uno y otros se despiden, prometiendo volver a verse.

—Ahora, amigo mío, vámonos a casa —le dice el señor Bucket al señor George, apoyándose en su brazo y yendo tan pegado a él que Lignum y su mujer, que se quedan en el umbral de la puerta para verlos irse, observan, con satisfacción, que el señor Bucket «va casi agarrado de George, y parece tenerle mucho aprecio».

Al llegar a la calle inmediata, muy estrecha y mal empedrada, George, que ve lo difícil que es pasar por ella los dos de frente, propone a su compañero que pase delante, pero el señor Bucket, unido más que nunca a su persona, añade:

—Un momento, George, necesito hablar un momento con usted.

Y sin decir más lo empuja dentro de una taberna y a una sala donde se coloca frente a él y pega su espalda contra la puerta.

—Ahora, George, una cosa es el deber y otra la amistad —le dice el señor Bucket—. En lo posible procuro conservarlas en buena armonía, y ya ve usted que hasta ahora me he esforzado en conseguirlo, pero ahora, amigo George, considérese usted detenido.

—¡Detenido! ¿Por qué? —pregunta el maestro de armas, anonadado.

—Ahora, George, el deber y la conversación son dos cosas distintas —dice el señor Bucket recomendándole una actitud sensata con su grueso índice—. Por eso mismo le advierto que cualquier indiscreción podría volverse contra usted, y le aconsejo, querido George, que mida usted bien sus palabras antes de contestar a lo que voy a preguntarle: ¿ha oído usted hablar de un asesinato?

—¡De un asesinato!

—Ahora, George, acuérdesse de lo que le he dicho —dice el señor Bucket, manteniendo el índice en una actividad impresionante—. Yo no le pregunto nada: todo el día ha estado usted triste, inquieto, abatido... Le repito: ¿no ha oído usted hablar de un asesinato cometido hace poco?

—No, ¿dónde?

—Atienda, George —continúa el señor Bucket—, y no se comprometa: anoche fue hallado muerto de un disparo en Lincoln's Inn-Fields un caballero llamado Tulkinghorn, y ese es el motivo de su detención.

El sargento cae en una silla. De su frente corre un frío sudor y su rostro se pone pálido como el de un cadáver.

—¡Bucket! Es imposible que el señor Tulkinghorn haya sido asesinado y que me crea usted su asesino.

—¡George! —replica el señor Bucket, moviendo el dedo todavía—. Es más que posible, amigo, se lo aseguro. El hecho ocurrió ayer a las diez de la noche. Usted dirá dónde estaba a esta hora, y espero que pruebe la coartada.

—¿Ayer noche, a las diez? —repite el maestro de armas, procurando hacer memoria—. ¡Misericordia! —exclama de pronto—. ¡Me encontraba en su puerta!

—Esto me han dicho, George —dice el señor Bucket—, y se añade a eso que, desde hace algún tiempo, andaba usted mucho por aquellos sitios, y que en más de una ocasión tuvo sus riñas con él. Observe que no aseguro que todo sea verdad, pero cabe en lo posible, y hasta se añade a eso que llegó a llamarlo hombre peligroso, malvado y asesino.

El señor George abre la boca, sin duda para afirmar que todo ello es cierto, pero no puede proferir una palabra.

—Mi deseo, George —continúa el señor Bucket, dejando el sombrero sobre la mesa como si fuera un negocio de tapicería más que de otra cosa—, es hacer las cosas con los menores disgustos posibles. El barón sir Leicester Dedlock ha ofrecido una recompensa de cien guineas al que descubra al asesino, y aunque usted y yo hayamos sido siempre buenos amigos, me complazco en decirlo, tengo obligaciones que cumplir, y si alguien ha de ganar las cien guineas prometidas, lo mismo da que sea yo u otro. No es necesario añadir que me veo obligado a detenerlo, y el diablo me lleve si no lo hago. Ahora bien, ¿he de llamar a los refuerzos o queda ahí la cosa?

George ha recobrado ya todo el dominio sobre sí mismo.

—Vamos —dice con aire marcial—, estoy dispuesto a seguirle.

—Un instante, George —añade el señor Bucket, sacando de su bolsillo unas esposas con sus movimientos de tapicero, como si el soldado fuera un marco que hubiera que instalar—, se trata de una acusación grave, amigo George, y es mi deber proceder a todas las formalidades.

La frente del maestro de armas se cubre con el rubor de la vergüenza. Vacila un momento, pero, al final, presenta ante su interlocutor ambas manos juntas y le dice:

—¡Ahí... están! ¡Póngamelas!

El señor Bucket se las ajusta en un momento.

El señor Bucket lo esposa en un abrir y cerrar de ojos, y lleva su amabilidad hasta el punto de preguntarle si los hierros le molestan.

—Si le molestan, dígalo. Ya sabe que es mi propósito conciliar, en lo posible, el deber y la amistad. Tengo otro par en el bolsillo, y probaremos —añadió, con el tono de un tendero razonable que desea contentar a un parroquiano—. ¿Le están bien? Tanto mejor. Ya ve usted, George —y saca una capa de un rincón y empieza a ponérsela en las espaldas al maestro de armas— que hasta he pensado en traer esta prenda por respeto a su susceptibilidad. ¡Perfectamente! Nadie es capaz ahora de sospechar la menor cosa.

—Pero yo lo sé —dice George—, y con eso sobra. Hágame el favor de bajarme el sombrero hasta los ojos.

—¿De veras? No es necesario.

—Con esto en las manos me es imposible mirar cara a cara a los hombres honrados —contesta atropelladamente el señor George—. Por el amor de Dios se lo pido: cúbrame el rostro con el sombrero.

Tan encarecidamente se lo ruega, que el señor Bucket hace lo que le pide, se pone también él el sombrero y, abandonando la taberna, sale con el detenido a la calle. El señor George anda con paso firme, como siempre, aunque lleva inclinada la cabeza. Tocándole con el codo, el señor Bucket le indica las vueltas que hay que dar y el camino que deben seguir.

L

Relato de Esther

Durante la visita que le había hecho a Richard, llegó a mi dirección una carta de Caddy Jellyby, en la que me decía que su salud, muy quebrantada desde hacía algún tiempo, había empeorado, y que le gustaría que fuese a verla. Era una nota de unas pocas líneas, escrita desde el sofá, en la que había metido cerrada otra de su marido, quien secundaba el ruego de esta con gran solicitud. Caddy tenía una niña de la cual yo era madrina. La pobre criatura era débil y pequeña en exceso, y su rostro avellanado desaparecía entre los flecos de su gorrita, con sus manitas siempre cerradas debajo de la barbilla, pasaba todo el día sin cambiar de posición con los ojos muy abiertos, admirándose quizá de ser tan poquita cosa. Cada vez que la tocaban, prorrumpía en agudos alaridos, pero fuera de esto era tan paciente que parecía haber venido al mundo únicamente para estar quieta y soñar. Su rostro y sus manos dejaban ver el oscuro surco de sus venas como en memoria de las manchas de tinta de la pobre Caddy. En una palabra, era un amorcillo muy digno de lástima.

Su madre, empero, se había acostumbrado al aspecto poco halagüeño de su hija y empleaba las horas que pasaba en la cama, en formar proyectos relativos a la educación de Esther, al casamiento de Esther, a la edad madura de Esther y hasta su vejez como abuela de las pequeñas Estheres de la pequeña Esther, proyectos que evidenciaban un profundo cariño a la infeliz criatura, su alegría y su orgullo, de los cuales citaré algunos ejemplos, de no acordarme a tiempo de que tengo otra cosa que contar.

Volviendo a Caddy, he de manifestar que abrigaba respecto a mí como una fe supersticiosa, aparecida en su alma el día de la primera visita que le hice a su madre la noche aquella en que se durmió en mis rodillas. Estaba persuadida de que mi presencia le era materialmente saludable, y aun cuando esto fuera puro fruto de su imaginación, ello es que semejante idea adquiría la fuerza de un hecho cuando mi pobre amiga estaba realmente enferma. Partí, pues, a toda prisa para ver a Caddy, con el permiso de mi tutor, y ella y Prince se pusieron tan contentos de verme que nunca había visto yo nada semejante.

Volví al día siguiente, y más adelante no pasaba mañana que no fuera a sentarme a su cabecera. Poca incomodidad me daba el cotidiano viaje, y todo quedaba reducido a levantarse algo más temprano y arreglar las cuentas y la casa antes de salir. No obstante, al regresar de mi tercera visita, me dijo por la noche mi tutor:

—No puedo consentir esto por más tiempo; una gota continua de agua basta para gastar la piedra que la recibe, y estas idas y venidas acabarían incluso con la dama Durden. Nos marcharemos todos a Londres y nos instalaremos en nuestro antiguo alojamiento.

—Por mí no es necesario, querido tutor —dije—, yo no me canso nunca.

Y era la verdad; me sentía muy feliz por el solo hecho de ser de utilidad a alguien.

—Pues lo haremos por mí —contestó mi tutor—, o por Ada, o por los dos. Por otra parte, ¿acaso no es mañana el cumpleaños de cierta persona?

—¡Ah, sí! —dije abrazando a Ada, que estaba en vísperas de cumplir veintiún años.

—Mi bella prima estará allí mejor que aquí —continuó mi tutor—. Su mayoría de edad la obligará a ciertas formalidades para legalizar su emancipación. Nos marcharemos a Londres; está decidido. Pero dime: ¿cómo está Caddy?

—No muy bien, querido tutor, y temo que pasará aún mucho tiempo antes de que pueda abandonar la cama.

—¿Qué entiendes por mucho tiempo? —preguntó el señor Jarndyce, con

semblante pensativo.

—Algunas semanas. Así lo temo al menos.

El señor Jarndyce dio algunos pasos por la estancia, con las manos en los bolsillos, y como absorto en sus reflexiones. Deteniéndose, de pronto, delante de mí, me dijo:

—¿Qué opinas del médico que la visita? ¿Crees que merece tu absoluta confianza?

Aunque no tenía motivo alguno para dudar de sus aptitudes, hube de confesar que Prince había mostrado deseos de ver confirmada por otro médico la opinión del suyo.

—Pues conviene proponer al señor Woodcourt —dijo vivamente el señor Jarndyce.

No esperaba yo estas palabras. Así es que, al acudir a mi imaginación cuanto al doctor Woodcourt se refería, quedé algo confusa y sin saber qué decir.

—¿No te parece bien mi idea?

—Perfectamente.

—¿Crees que la enferma lo tomará a mal?

—Al contrario, creo que tendrá mucho gusto en que la visite. Lo vio varias veces en casa de la señorita Flite y le he oído decir que le inspiraba mucha confianza.

—Pues no se hable más de ello —dijo mi tutor—, mañana lo iré a ver y le hablaré del asunto.

Durante esta conversación, me pareció que Ada se acordaba de haberme abrazado y mirado con placer el día en que Caddy me trajo el ramillete del señor Woodcourt, y pensé que ocultarles tanto a ella como a Caddy por más tiempo el hecho de que debía ser yo un día la dueña de la Casa lúgubre me hacía menos digna a mis propios ojos del amor del señor Jarndyce. Así pues, al llegar la hora de subir a nuestro cuarto, esperando que dieran las doce para ser la primera en felicitarla por su cumpleaños y abrazarla, le comenté la bondad de su primo John y la fortuna que a su lado me esperaba. Si alguna vez me hubo manifestado mi amiga un cordial cariño, fue sin duda aquella noche, y me sentí diez veces más feliz que antes de habérselo confiado todo. Apenas había tenido reservas unas horas, pero ahora que habían desaparecido, creí entender mejor su naturaleza.

Al día siguiente, nos hallábamos ya en Londres instalados en nuestra antigua casa, de la cual nos parecía no haber salido nunca. El señor Woodcourt

vino a comer con nosotros en la celebración del cumpleaños de Ada, y estuvimos todos tan alegres como era posible estarlo sin Richard, cuya ausencia sentíamos doblemente en semejante ocasión. Por espacio de ocho o nueve semanas, estuve yendo constantemente a casa de Caddy y en este tiempo tuve menos ocasiones de hablar con Ada que en ningún otro desde que nos conocimos, excepto el tiempo de mi enfermedad. Ella venía donde Caddy con frecuencia, pero nuestra función allí era distraerla y alegrarla, y no hablar de nuestras confidencias como siempre. Cada vez que volvía a casa por la noche, nos íbamos juntas, pero el descanso de Caddy se veía interrumpido por el dolor y con frecuencia me quedaba para cuidarla.

¡Cuánta bondad tenía la pobre Caddy! Antes que preocuparse por ella, se apenaba por todos los demás y no se quejaba nunca, porque temía causar molestias y pensaba siempre excesivo el trabajo que pesaba sobre su esposo y en el bienestar del señor Turveydrop padre. Jamás he visto a una criatura de mejores sentimientos. No sabría explicar el inefable efecto que producía en mí aquel estimado ser, dulce y pálido, postrado desde hacía tanto tiempo en el lecho del dolor, en una casa en que el baile era el único medio de subsistencia, en la que se tocaba el violín desde el alba hasta la noche, y en la que el aprendiz danzaba solo en la cocina durante toda la tarde.

A instancias de Caddy, había arreglado un poco el cuarto, colocado la cama en el sitio más claro y oreado de la pieza. Cada día, después de limpiarlo y disponerlo todo, ponía en sus brazos a mi pequeña ahijada, y me sentaba junto al lecho para coser, mientras hablábamos, o para entretenerla, leyéndole alguna cosa. En una de aquellas ocasiones, le hice saber a Caddy la suerte que me esperaba.

Además de Ada, que venía a vernos todas las tardes, teníamos algunas visitas más. Prince, el más asiduo de todos, no dejaba de acercarse a la cabecera de la enferma en los breves lapsos que le dejaban sus lecciones, echando una mirada de afectuosa inquietud sobre la madre y la hija. Por vivos que fuesen sus sufrimientos, Caddy le decía, constantemente, que se sentía mejor, y yo (que Dios me lo perdone) confirmaba siempre la piadosa mentira. Prince se ponía entonces tan contento que a veces tocaba un rato el violín para divertir a la niña sin que esta pareciese agradecerse mucho.

La señora Jellyby venía de vez en cuando a saber noticias de Caddy. Se sentaba con aire distraído y con el pensamiento a muchas leguas de distancia de su nieta, como absorta en la idea de los negros de las orillas del Níger, siempre risueña y serena, tan mal trajeada como de costumbre, preguntaba invariablemente con su voz meliflua: «Bueno, Caddy, ¿cómo te encuentras hoy, querida niña?», y, sin esperar contestación, empezaba a hablar de las cartas recientemente recibidas o de la fecundidad de la tierra de Borriboola-Gha para el cultivo del café. Esto lo hacía siempre con un sereno desprecio por

nuestra limitada esfera de acción que no podía disimular.

El viejo señor Turveydrop era objeto desde la mañana a la noche de incesantes atenciones de parte de Caddy y de Prince. Si lloraba la niña, casi la ahogaban para que no le causase incomodidad el menor ruido. Si había que atizar el fuego por la noche, se hacía de manera subrepticia para no perturbar su descanso. Si Caddy necesitaba cualquier comodidad que hubiera en la casa, primero lo decía cautamente por si era posible que también lo necesitara él. Venía una vez al día a dar su bendición a su nuera, y derramaba a su alrededor la luz de su presencia con tal bondad protectora que, de no conocerlo, cualquiera lo habría tomado por el benefactor de la vida de Caddy.

—Caroline mía —le decía inclinándose suavemente—, dime que hoy estás mejor.

—Gracias, señor Turveydrop. En efecto, me siento mejor —contestaba Caddy.

—¡Cuánto me alegro! Y usted, querida señorita Summerson, estará cansada —añadía bajando los párpados y el extremo de sus dedos hacia mí, si bien sus cumplidos habían disminuido mucho desde la enfermedad que tanto me transformara.

—Nada de eso, no siento el menor cansancio —le decía yo.

—¡Magnífico! Es preciso cuidar a nuestra amada Caroline, señorita Summerson, y probarlo todo para devolverle las fuerzas. Mi querida Caroline —continuaba, dirigiéndose a su nuera con graciosa amabilidad—, no te prives de nada, satisface tus menores deseos, cuanto hay en la casa, cuanto hay en mi cuarto, está a tu disposición, tesoro mío. Olvida, si es preciso, mi propio bienestar —añadía, a veces, en un arranque de magnanimidad— y dispón de lo que yo necesito con tal de que pueda serte útil: tus necesidades son más perentorias que las mías.

Como desde hacía mucho tiempo había establecido los derechos imprescindibles de su noble existencia, en más de una ocasión vi a Caddy y a su marido deshacerse en lágrimas, conmovidos por tan afectuosa abnegación. Yo también lloraba, pero mi emoción era debida a una causa bien distinta.

—Bien lo sabéis, hijos míos —continuaba, y cuando vi que Caddy le echaba los flacos brazos al gordo cuello al decir aquello, yo también se los habría echado, aunque no de la misma manera—, he prometido no separarme jamás de vosotros. Sed conmigo tiernos y respetuosos, y nada más os pido a cambio de la conducta que observo para con vosotros. Hasta luego, hija mía, voy a tomar el aire al Park.

Hacía eso para recobrar el apetito, y para hacerle más honor a la comida de

la fonda francesa adonde iría después. No quisiera agraviar al anciano señor Turveydrop padre, pero esta es la sola abnegación que en él he conocido. Es verdad que sentía cierto afecto por Peepy, y que lo llevaba con gran pompa de paseo, pero también es verdad que siempre lo enviaba a casa antes de la hora de ir a la fonda, y, que yo sepa, los regalos del viejo caballero a su predilecto no pasaron jamás de una moneda de medio penique, que de vez en cuando le deslizaba en el bolsillo. Además, para que el atildado caballero consintiese en darle la mano, era preciso que estuviera el muchacho elegantemente ataviado de pies a cabeza, a cargo de Caddy y su marido, se entiende.

Finalmente, por las noches venía el señor Jellyby, le preguntaba a Caddy por su estado, se apoyaba en la pared y no volvía a despegar los labios. Me agradaba mucho. Si me veía ocupada en algo, hacía ademán de quitarse la levita como para ayudarme, pero a esto se reducía todo, y pasaba la noche contemplando pensativamente al bebé. Nadie me quitará de la cabeza que los dos se comprendían perfectamente.

No cuento entre las visitas al señor Woodcourt, por la mera razón de haberse convertido en el médico de cabecera de Caddy. Por aquel entonces vi con mucha frecuencia al señor Woodcourt, pero no con tanta como podría suponerse, pues sabiendo cuánto se interesaba por sus enfermos, y del todo tranquila con respecto de Caddy cuando él estaba allí, aprovechaba la ocasión para escaparme un momento e ir a casa, precisamente a la hora a la que él acostumbraba llegar.

Al cabo de algún tiempo, Caddy mejoró, de día en día, y por eso mismo pasé menos ratos a su lado. Entonces creí observar ciertos cambios en la actitud de Ada, y aunque no puedo precisar que viera cosa particular en ella, a pesar de todo me pareció que estaba menos alegre, menos franca que de ordinario. Su amistad conmigo era la misma de antes, pero no tenía la acostumbrada espontaneidad, y se ocultaba bajo su ternura un pesar que yo ignoraba. Mucho cavilé para tratar de averiguar cuál podría ser la causa que lo motivaba, y persuadida de que originaba su silencio el mero temor a afligirme, acabé por imaginar que estaba triste por lo que yo le había dicho sobre la Casa lúgubre.

No sé cómo se apoderó semejante idea de mi imaginación. No tenía idea de que hubiera egoísmo alguno al obrar así. Yo no sentía pena por mí: estaba muy contenta y muy feliz. Sin embargo, que Ada pudiera pensar (por mí, aunque yo había desterrado tales ideas) en lo que una vez fue pero ya había cambiado por completo, parecía tan fácil de creer que me lo creí.

¿Qué podía hacer para tranquilizar a mi buena amiga (pensé entonces) y probarle que no tenía tales sentimientos? Bueno, solo podía estar lo más activa y ocupada posible, e intentar estarlo en todo momento. Sin embargo, como la

enfermedad de Caddy había afectado indudablemente, en mayor o menor medida, mis deberes domésticos (aunque siempre había estado en casa por las mañanas para hacerle el desayuno a mi tutor, y él se había reído cien veces, y decía que debía de haber dos mujercitas, porque su mujercita nunca faltaba), decidí ser doblemente diligente y alegre. Recorría la casa charlando siempre y cantando cuantas canciones me venían a la memoria. No obstante, no logré disipar esa nube.

—¿De modo, dama Trot —me dijo una noche mi tutor, cerrando su libro cuando estuvimos los tres juntos—, que el señor Woodcourt le ha devuelto la salud a Caddy Jellyby?

—Sí —contesté—, ¡si supiera qué agradecida le está! Si pudiera pagarle, lo haría rico, tutor.

—Ya me gustaría que lo fuera, de todo corazón —continuó mi tutor.

—¡Sí! Yo también —dije.

—Si de nosotros dependiese, no tardaría mucho en tener las talegas de un judío, ¿no es cierto, mujercita?

Me eché a reír, sin dejar la labor, y le dije que por mi parte quizá no querría intervenir en ello, por temor a corromperlo con tanta riqueza y a apartarlo de su profesión, con lo que perdería mucha gente, la señorita Flite, la propia Caddy, por ejemplo.

—No había caído en ello —dijo mi tutor—, pero ya procuraríamos darle una fortuna discreta que le obligase, sin embargo, a trabajar, aunque sin preocupaciones de orden económico. Que le permitiese formar una familia, con sus dioses lares, o a lo menos con una diosa de su hogar.

—Eso sí, tutor, estoy completamente de acuerdo con usted.

—Aprecio mucho al señor Woodcourt —dijo mi tutor—, y he sondeado sus intenciones. Aunque no es cosa fácil el ofrecerle los servicios de uno a un hombre independiente y satisfecho consigo mismo, quisiera poderle ser útil en algo si ello estuviera en mi mano. Parece inclinado a embarcarse por segunda vez, pero yo pienso que es una lástima dejar marchar a un hombre como él.

—Su marcha puede abrir ante él un mundo nuevo —dije.

—Claro que sí, querida —asintió mi tutor—, y a veces he pensado que quizá en este en que estamos haya experimentado alguna desgracia, algún desengaño. ¿No se lo has oído decir?

Hice una señal negativa con la cabeza.

—¡Pues me habré engañado! —dijo mi tutor.

Hubo un instante de silencio, y, temerosa de aumentar aún más la ansiedad de Ada, me puse a cantar la canción favorita del señor Jarndyce.

—¿Cree usted que el señor Woodcourt tiene verdaderamente deseos de irse? —le pregunté a mi tutor, una vez hube terminado la canción.

—No lo sé con seguridad, mujercita, pero lo supongo, creo que está pensando en pasar una temporada en otro país.

—Si es así se llevará consigo nuestros votos por su felicidad —dije—, y aunque esto no lo enriquezca tampoco lo empobrecerá, tutor.

—Por supuesto, mujercita —me respondió.

Sentada como estaba en mi lugar acostumbrado junto al señor Jarndyce (no era mi sitio de siempre, pero sí desde la carta), vi que las lágrimas corrían por las mejillas de Ada, sentada delante de mí. Hice entonces lo único que podía hacer, esto es, aparentar sosiego y alegría, pero viendo que su tristeza no se desvanecía, me convencí de que se encontraba mal, le pasé el brazo por la cintura y la acompañé a su cuarto. Pero ¡qué lejos estaba de sospechar lo que oprimía su corazón!

—¡Ay! Querida y buena Esther —me dijo Ada en cuanto estuvimos solas—. ¡Si pudiese contároslo todo a ti y a mi primo John!

—¿Por qué no lo haces, Ada? —contesté.

Por toda contestación inclinó la frente y me estrechó en sus brazos.

—Te consta, sobradamente —continué—, que tu primo John y yo somos lo bastante juiciosos, afectuosos y reservados para hacernos una confianza, y que yo en particular tengo la pretensión de ser la más discreta depositaria. En cuanto a aquel a quien en adelante estará unida mi existencia, conoces su corazón y sabes que no puede haber en el mundo otro más noble.

—Tienes razón, querida Esther.

—Entonces ¿por qué vacilas en confiarnos lo que te da tanta pena? —le dije—. ¿A qué tienes miedo? Bien sabes que no hemos de tomárnoslo a mal.

—¿Tomarlo a mal, Esther? —contestó Ada—. Cuando pienso en los años que he pasado cerca de ti, en sus paternas cuidados, en su cariño, en nuestra íntima unión, en nuestra profunda amistad. ¡Ay! ¡Qué he hecho, Dios mío! ¿Qué he hecho?

La miré con sorpresa, pero en vez de responderle, la abracé de todo corazón, y le recordé mil pequeñas circunstancias de nuestra vida pasada para darle ánimos. En cuanto estuvo acostada, fui a ver a mi tutor para darle las buenas noches. Algunos instantes después volví a subir y Ada ya dormía; me quedé a su lado un rato.

Su rostro estaba pálido mientras dormía. Nunca hasta entonces había observado en ella semejantes marcas de aflicción, su rostro parecía diferente. Los antiguos proyectos del señor Jarndyce para ella y para Richard se agolparon en mi memoria. «Está inquieta —pensé—, porque sufre por su causa», y me pregunté, angustiada, cómo acabarían aquellos amores. Varias veces, al volver de casa de Caddy, la sorprendí trabajando en unas labores que se apresuraba a ocultar en cuanto me atisbaba. Esa labor estaba guardada en la cómoda, y aunque yo deseaba vehementemente la aclaración del misterio y el cajón no estaba del todo cerrado, no quise abrirlo... pero me quedé pensando en qué labor sería aquella, porque era evidente que no era para ella.

Al darle a Ada un último beso, vi que tenía la mano izquierda escondida debajo de la almohada.

¡Debía de ser mucho menos buena de lo que pensaban, mucho menos de lo que yo misma pensaba, para preocuparme tanto de mi propia alegría y mi satisfacción, como para pensar que bastaba conmigo para hacer que mi querida muchachita se encontrara bien y en paz!

Pero a mi vez me dormí, engañándome en esa convicción, y, al despertar al día siguiente, observé con pesar que no se había apartado la sombra que había entre mi amiga y yo.

LI

Aclaración

El mismo día de su llegada a Londres, el señor Woodcourt se personó en casa del señor Vholes, en Symond's Inn. Porque nunca, desde el momento en que le supliqué que fuera como un amigo para Richard, descuidó u olvidó aquella promesa. Me había dicho que aceptaba aquella tarea como algo sagrado, y siempre fue leal a ella con ese espíritu.

Encontró al señor Vholes en su despacho y le informó de su acuerdo con Richard de que podría pedirle a este su dirección.

—Así es —dijo el señor Vholes—. El señor C. vive a menos de cien millas de aquí, caballero, el señor C. vive a menos de cien millas de aquí. Tenga usted la bondad de tomar asiento.

El señor Woodcourt le dio las gracias, añadiendo que lo único que deseaba era preguntar por aquella dirección y que nada más le había llevado a su despacho.

—Muy bien, pero tengo entendido —prosiguió el señor Vholes— que

usted tiene cierto ascendiente sobre el señor C.

—En tal caso sabe usted más que yo —replicó el señor Woodcourt.

—Uno de los deberes de mi profesión —dijo gravemente el señor Vholes— es estudiar el carácter de todos aquellos que me confían sus intereses, obligación a la cual no he faltado jamás, que yo sepa. Puedo, con la mejor de las intenciones, faltar a ella sin saberlo, pero nunca sabiéndolo, caballero.

—La dirección, caballero, la dirección, si es usted tan amable.

—Concédame usted siquiera un momento de atención —dijo el señor Vholes—: el señor Carstone está empeñado en una partida importante, cuya apuesta es de un valor considerable, pero ya sabe usted que no debe jugarse sin..., ¿es necesario que diga la palabra?

—Sin dinero, ¿no es esto lo que quería usted decir?

—Hablando con toda franqueza —contestó el señor Vholes— (pues la franqueza es mi norma invariable, gane o pierda en ello, aunque esto último es lo más frecuente), hablando con toda franqueza, usted lo ha dicho. En cuanto a las probabilidades de ganar que puede tener el señor Carstone, no soy quien debe determinarlas. Abandonar unos derechos que ha venido sosteniendo durante tanto tiempo sería tal vez una locura o sería tal vez un acierto, yo no lo sé y me guardaré tanto de afirmarlo como de negarlo. Yo no digo nada. No, caballero —dice el señor Vholes poniendo la palma de la mano en el escritorio con gesto decidido—, nada.

—Olvida usted, caballero, que no le he preguntado nada de eso y que sus reflexiones no me interesan en absoluto —replicó el señor Woodcourt.

—Perdone —insistió el señor Vholes—, eso que dice es calumniarse a sí mismo, y yo no puedo permitir que en mi propio estudio se trate usted tan despiadadamente. No, caballero, conozco demasiado el corazón humano para admitir, ni por un exceso de delicadeza, que un caballero de la condición de usted no se interese en algo que le afecta tan profundamente a un amigo suyo.

—Desde luego que me intereso por él —dijo el señor Woodcourt—, desde el mismo momento en que le pido su domicilio.

—Para que el señor Carstone esté en condiciones de continuar la partida en que está empeñado —dijo el señor Vholes—, es necesario ante todo que se procure fondos, ¿me entiende usted, caballero? De momento, no le falta lo más indispensable, pero hay que pensar en lo futuro, a no ser que el señor Carstone piense abandonar la partida, que es lo mismo que perder todo lo que ha invertido hasta ahora en ella. Pero, en caso contrario, se precisan nuevos refuerzos. Permítame usted que le exponga claramente el verdadero estado de las cosas, como amigo que es usted del señor Carstone. Siempre consideraré

un honor y un placer continuar representándole ante el Tribunal y en proseguir mis gestiones, mientras los gastos no excedan de la cantidad garantizada por la finca en litigio. Más allá no puedo aventurarme. No podría hacerlo sin perjudicar a mis tres hijas y a mi venerable padre del cual soy único apoyo. Y esto es en mí, caballero, una firme resolución (llámela usted locura o flaqueza, como usted quiera), una resolución basada en el buen fin de no perjudicar a terceras personas.

El señor Woodcourt no puede menos que celebrar semejante propósito, aunque lo hace con expresiones algo tibias.

—Mi único deseo —continuó el señor Vholes—, es dejar un nombre sin mancha, y por ello he aprovechado esta ocasión para manifestarle francamente el estado real y efectivo del señor Carstone. En cuanto a mí, ya lo sabe usted, todo trabajo merece una recompensa. Si admito cuidar de los intereses ajenos, si me comprometo a fomentarlos, a defenderlos, a dar vueltas a la rueda, es razonable que admita también los correspondientes honorarios sin cuya percepción no podría sostener este despacho jurídico y de nada me serviría tener mi nombre en la puerta.

—¿Y la dirección del señor Carstone, señor Vholes?

—Creía que se la había dado ya, caballero —contestó el señor Vholes—. La casa inmediata a esta, en el segundo piso, allí vive el señor C. Ha querido el señor C. mantenerse cerca de su consejero legal, y lo apruebo. Mi mayor satisfacción es que mis defendidos velen por sí mismos de sus intereses.

Terminada la anterior perorata, el señor Woodcourt se despidió del señor Vholes y se dirigió a casa de Richard, cuyas inquietudes y cambio de fisonomía empezaba a comprender.

Lo encontró en un cuarto oscuro y pobremente amueblado, igual a como me lo había encontrado en su cuarto del cuartel poco antes, salvo que no estaba escribiendo, se encontraba con un libro delante de los ojos, pero sin leer, con la mente lejos de allí. La puerta estaba abierta, y el señor Woodcourt me dijo después que jamás podría olvidar el extravío que el rostro de su amigo denotaba y la postración de todo su cuerpo, antes de arrancarlo con su presencia de sus hondas meditaciones.

—¡Woodcourt! —exclamó Richard abriendo los brazos—. Aparece como un espectro en medio de una visión.

—Diga como el espectro de un amigo —le contestó— feliz de haberlo encontrado. ¿Cómo van los asuntos de ese pícaro mundo?

—Bastante mal —dijo Richard—, y sobre todo muy lentamente, por lo menos en la parte que me toca.

—¿Cuál, amigo mío?

—Ese pleito que el Tribunal eterniza.

—¡Ah! —dijo Woodcourt negando con la cabeza—. Nunca he oído hablar bien de tales cosas.

—Ni yo tampoco —dijo con tristeza Richard—. Nadie.

Se recuperó de nuevo por un momento y dijo con su natural franqueza:

—¡Ay, amigo Woodcourt! Aunque decaiga en el aprecio de usted, quiero que me conozca completamente. No hago nada que valga la pena, y aunque me anima una buena intención, todo me sale al revés. Quizá le digan que más me habría valido no meterme en semejante atolladero, pero yo no lo creo así. Mi vida carecía de objeto y lo echaba en falta. Ahora tiene uno, o este la tiene a ella, que todo es posible. No importa, acépteme usted tal como soy y júzgueme con benevolencia.

—Hecho —dijo el señor Woodcourt—. Haga lo mismo conmigo a cambio.

—¡Ah! Usted puede —respondió Richard—, puede practicar su arte por sí mismo, y puede poner una mano en el arado y no volver nunca, y puede alcanzar cualquier objetivo en cualquier cosa. Usted y yo somos criaturas muy diferentes.

Hablaba con pesar, y decayó por un momento, en su agotamiento.

—¡Bueno, bueno! —exclamó sacudiéndoselo de encima—. Todo tiene un final. ¡Ya veremos! ¿Así que está dispuesto a aceptarme como soy y a juzgarme con benevolencia?

—¡Sí! Y de hecho lo haré.

Se dieron un apretón de manos, sonriendo, pero con mucha seriedad. Puedo responder por uno de ellos de todo corazón.

—¡Cuánto placer siento en verlo! —continuó Richard, con voz más animada—. Figúrese que, desde que estoy aquí, no he visto sino a Vholes. Pero antes de seguir adelante, Woodcourt, permítame confiarle una cosa sin la cual no me comprendería. Amo a Ada.

El señor Woodcourt contestó que yo ya se lo había dejado entender.

—Y le pido —dijo Richard— que no vaya a creer ahora que soy un repugnante egoísta, y que me rompo la cabeza y desgarró mi corazón tras este miserable asunto sin otra mira que mis intereses particulares, nada de eso. Los intereses de Ada y los míos son una misma cosa. Vholes trabaja lo mismo para ella que para mí. ¡Piense en ello!

Recelaba tanto de ello que el señor Woodcourt le hizo las más firmes

promesas de que no sería injusto.

—Ya comprenderá usted —dijo Richard con algo falso en su manera de insistir en ese punto, aunque brusco y sin afectación— que estoy interesado en que no vea en mí defectos que no tengo, pues su amistad es algo que tengo en mucho aprecio. Del mismo modo, entienda bien que mi principal objeto es que se le haga justicia a Ada, y que conste que, al defender mis derechos, reivindico asimismo los suyos propios.

Después de la entrevista, y reflexionando el señor Woodcourt sobre lo sucedido, se fijó tanto en el recelo manifestado por Richard al insistir sobre esa comunión de intereses con Ada, que, cuando me explicó, en términos generales, su primera visita a Symond's Inn, hizo hincapié de un modo particular en esos pormenores. Su conocimiento reanimó los temores que abrigaba hacía tiempo, esto es, que el patrimonio de mi querida amiga quedase absorbido por el señor Vholes, y que, si Richard se mostraba tan celoso por los intereses de su prima, en realidad ello se debía, sin duda, a la necesidad de justificar, ante sus propios ojos, los riesgos a los que la exponía, arrastrándola consigo a la ruina.

Esta entrevista tuvo lugar en la época en que yo cuidaba a Caddy. Continuaré ahora mi relato en el punto en el que la dejé al terminar el capítulo anterior, o sea, el día siguiente a aquella noche en que mi pobre Ada no se atrevió a decirme lo que apenaba su corazón. Viendo, pues, en mi amiga la misma tristeza que en la víspera, le propuse ir a visitar a Richard, y grande fue mi sorpresa ante la vacilación que observé en ella.

—Supongo que no habrás tenido ninguna discusión con Richard durante mi ausencia —le dije.

—No, Esther.

—¿No has sabido nada de él? —dije.

—Sí, he sabido de él —dijo Ada.

Tantas lágrimas en aquellos ojos y tanto amor en aquel rostro. No podía comprender a mi amiga. ¿Prefería que fuese sola a ver a Richard?, le dije. No, Ada creía que no era mejor que fuese sola. ¿Vendría conmigo? Sí, Ada creía que era mejor que fuese conmigo. ¿Deberíamos ir ahora? Sí, vamos ahora. Bueno, no podía entender a mi amiga, con esas lágrimas en los ojos y el amor en el rostro.

Estuvimos listas enseguida, y nos fuimos juntas. Era uno de aquellos días sombríos en que todo toma un tinte oscuro y triste, uno de aquellos días en que cae una lluvia intermitente y fría. Parecía que las casas nos miraban, al pasar, con ojos melancólicos. El viento azotaba nuestros rostros y nos envolvía

en humo. Nada nos toleraba ni se ablandaba. Mi querida Ada me parecía desplazada en medio de aquellas calles tristes y fangosas, y en un momento encontramos mayor número de entierros del que viera nunca en todo un día.

No sabíamos donde quedaba Symond's Inn, y me disponía a preguntarlo en una tienda cuando Ada me dijo que creía que estaba cerca de Chancery Lane, y allí nos encaminamos encontrando, en efecto, lo que buscábamos, el letrero de Symond's Inn. «Es la casa que hay al lado del despacho del señor Vholes», me dijo Ada. Pero ¿cuál? Me dirigí hacia la de la derecha, mientras Ada llamaba a la del otro lado. Ella había acertado. Subimos y, al llegar al segundo piso, pude leer el nombre de Richard en letras blancas sobre el fondo oscuro de una puerta. Iba a llamar, pero Ada giró un picaporte y entramos.

Richard estaba sentado junto a una mesa de empolvados papeles en los que se leían, en cada página, las fatales palabras «Jarndyce contra Jarndyce». El primo de Ada nos acogió afectuosamente y nos hizo sentar.

—Si hubieseis llegado unos momentos antes —comentó— os hubieseis encontrado con el señor Woodcourt. No creo que haya otro hombre como Woodcourt —añadió—. Con la mitad de sus quehaceres no habría quien tuviese un instante para venir, y, sin embargo, siempre dispone de un rato para un amigo. Y es tan afectuoso, tan bueno, tan resuelto, encuentra siempre tantas buenas palabras para alentar y consolar, tiene, en fin, hasta tal grado lo que a mí me falta que no parece sino que el sol entra con él en esta casa, y que las tinieblas vuelven a invadirla en cuanto se aleja.

«¡Bendito sea —pensé—, no me ha fallado!»

—No comparte la confianza que nos inspira este asunto al señor Vholes y a mí —continuó Richard, después de una pausa, con la vista fija en los papeles de la mesa y dirigiéndose en particular a Ada—, pero no ha profundizado como nosotros en el asunto, y claro está que no puede exigirse de él que, sin haberlo estudiado, comprenda lo que hay en esta greguería de actuaciones.

Sus miradas se fijaron, de nuevo, en los papeles, y entonces sentí una profunda impresión por los progresos que había hecho en él su morbosa obstinación, volviéndolo macilento, con los ojos hundidos, los labios secos y las uñas roídas.

—Richard, ¿cree usted que este lugar es sano como vivienda? —le pregunté.

—Querida Minerva —contestó con su antigua sonrisa—, aquí no estamos en el campo, y este cuarto mío ciertamente no tiene nada de alegre ni seductor. Cuando desde aquí se entrevé el sol ya puede decirse que luce y brilla en otras partes, pero ¿qué le vamos hacer? Tiene la ventaja de que está en el centro de mis actuales actividades y junto al señor Vholes, que es todo lo que importa

por el momento.

—Sin embargo —le dije—, quizá se podría encontrar otro cuarto...

—... en mejores condiciones... —continuó Richard, riendo también, pero esta vez con una risa forzada—. Por desgracia, solo dos cosas pueden permitirme salir de aquí: el fin del litigio, Esther, o el fin del litigante. Pero no temas, Ada, el litigio será lo primero que se acabe, pues ponemos todo nuestro ahínco en ello.

Estas últimas palabras se dirigían a Ada, quien se sentaba a su lado. Volvía su rostro hacia él y no hacia mí, no podía verlo.

—Nos va muy bien —continuó Richard—, no nos damos ni un instante de reposo. Pregúntaselo si no a Vholes, hombre que conoce el terreno palmo a palmo, y sabe dónde queda el camino más corto. ¡Ay! Ya despertaremos a esos dormilones, no lo duden ustedes.

Desde hacía algún tiempo, su esperanza me hacía más daño que su desaliento. Era una esperanza tan diferente, había algo tan violento en su resolución de esperar, algo tan ávido e insaciable, y, aun así, era algo tan consciente de ser forzado e insostenible que me sentí vivamente conmovida. Nunca había sido como entonces tan desgarradora la expresión de la lucha que se libraba dentro de sí mismo, y llegué a persuadirme de que, aun en el mejor de los casos, es decir, aunque el pleito realizase sus más brillantes ilusiones, las huellas del desasosiego y de los desengaños padecidos ya no se borrarían jamás de su rostro.

—No se puede usted imaginar —continuó Richard mientras Ada permanecía quieta y en silencio— cuánta alegría me trae su presencia. Su rostro bondadoso siempre será el mismo para mí...

—¡Oh, no! —le interrumpí sonriendo.

—Siempre el mismo —dijo Richard con su amable voz, estrechándome la mano con aquella mirada fraternal que nada cambió—, y me recuerda con tanta exactitud lo pasado que me sería imposible fingir cuando la miro. Bien sabe usted, querida Esther, que tengo poderosas razones para esperar, pero, a pesar de todo, ¿por qué no decírselo?, hay momentos en que me siento próximo a la desesperación: ¡me siento tan cansado! —exclamó Richard, abandonando mi mano y levantándose.

Recorrió varias veces la estancia de un extremo a otro y, cayendo con abatimiento en un sofá, repitió, con voz ronca:

—¡Estoy tan cansado! ¡Es tan penosa y tan lenta esta labor que he emprendido!

Se apoyaba en su brazo al decir aquellas palabras con voz meditabunda y

miraba al suelo cuando Ada se levantó, a su vez, se quitó el sombrero y se arrodilló junto a Richard, cuya cabeza cubrió con su dorada cabellera como con un rayo de sol. Lo abrazó y volviendo hacia mí sus ojos, en los que se leían el amor y la abnegación, me dijo:

—Esther —me dijo con un gran sosiego—, no me voy a ir contigo.

Eso fue para mí un rayo de luz.

—Nunca más. Me quedaré con mi amado esposo: estamos casados hace más de dos meses. Vete a casa sin mí, mi amada Esther; ¡no volveré a casa nunca!

Al decir estas palabras, apoyó su frente en el pecho de Richard, y en aquel instante pude contemplar la expresión de un cariño que solo la muerte podía extinguir.

Richard fue el primero en romper el silencio.

—Ada —dijo—, cuéntale cómo ha sucedido todo.

Sin dejarla hablar, la abracé y la cubrí de besos. ¿Qué necesidad tenía de oírla?

—¡Pobre amiga mía! ¡Pobre niña! —exclamé, pues mi primera expresión fue de lástima a pesar de la amistad que sentía por Richard, mi primer sentimiento fue compadecerla a ella.

—¿Me perdonas, Esther? ¿Crees que mi primo John me perdonará?

—Ponerlo en duda tan solo —contesté— es ya insultarle. En cuanto a mí, ¿de qué he de perdonarte?

Enjugué sus lágrimas, y me senté en el sofá entre ella y Richard. Y, mientras recordaba esa otra noche tan diferente cuando confiaron en mí por primera vez y me habían dicho las cosas a su manera feliz y despreocupada, me contaron cómo estaban las cosas entre ellos.

—Todo lo mío era de Richard —dijo Ada—, pero como no quería aceptarlo, no me quedó otro remedio que ser su esposa, ¿te haces cargo, Esther?

—Y, como estaba usted tan ocupada, excelente dama Durden —añadió Richard—, fue imposible consultarle. Por otra parte, todo quedó arreglado en un santiamén: salimos una mañana, y volvimos casados para siempre.

—¡Si supieses la de veces que he tenido intención de explicártelo todo! —dijo mi amiga—. Siempre andaba pensando cómo contártelo y cómo sería mejor hacerlo. Y a veces pensaba que debías saberlo de una vez, y otras pensaba que no debías saberlo y ocultárselo a mi primo John. Y no podía

contarte nada, y estaba muy preocupada.

¡Qué egoísta debía de haber sido para no haber pensado en eso antes! No sé qué decir. Lo sentía tanto, y les tenía todavía tanto cariño y estaba tan contenta de que me lo tuvieran a mí. Me compadecí de ellos y a la vez sentía una especie de orgullo por su mutuo amor. Nunca había experimentado tanto dolor y placer a la vez, y dentro de mí no sabía lo que predominaba. Pero no estaba allí para ensombrecer su camino. No lo hice.

Y sacando del pecho el anillo nupcial, lo besó y se lo puso en el dedo. Me acordé, entonces, de lo que vi la víspera, y le dije a Richard que, desde su matrimonio, lo había llevado Ada todas las noches cuando no había junto a ella nadie que pudiese verla. Ruborizada, me preguntó mi amiga cómo lo había adivinado, y le contesté haber visto que ocultaba la mano debajo de la almohada, y que, si bien no supe el motivo entonces, ahora lo comprendía perfectamente. Ada y Richard me dieron amplias explicaciones y, mientras hablaban, me sentía triste y contenta otra vez. No queriendo turbar su felicidad, volví el rostro para que no leyeran en él mis íntimos pensamientos.

Llegó, por fin, el momento de separarnos, momento penoso, pues mi pobre amiga se deshizo en lágrimas, se arrojó en mis brazos, llamándome con los más dulces nombres, y preguntándose qué sería de ella sin mí. No estaba Richard menos conmovido, y yo habría sido la más débil de los tres de no ser porque me dije «Ahora, Esther, si no te comportas, no te vuelvo a hablar en la vida».

—Cualquiera te tomaría por una mujer que no ama a su marido —dije sonriendo—. Vamos, Richard, cálmela, se lo ruego. Volveré mañana, pasado, todos los días así que no me despido, ¿para qué, si nos vamos a ver enseguida?

A pesar de estar dispuesta a marcharme, seguía reteniendo a Ada entre mis brazos y mi corazón parecía que iba a estallar, pensando en que iba a dejarla. En tono de broma, les dije que esperaba que me invitasen a que fuera a visitarlos, que, si no lo hacían, no sabría tomarme esa libertad. Al oírlo, mi amiga levantó la frente, se sonrió tiernamente en medio de su llanto, y yo la besé, por última vez, y me marché, riendo. Pero, al llegar al pie de la escalera, prorrumpí en sollozos. Me parecía haber perdido, para siempre, a mi Ada, y no sabía cómo consolarme al pensar en que iba a quedarme sin su compañía. Estuve llorando largo rato, tuve que pasearme arriba y abajo por una esquina sombría sollozando y llorando, pero por fin recobré alguna fuerza y, tomando un coche, volví a casa. Mi tutor había salido para inquirir noticias del pobre muchacho a quien recogiera en Saint Albans y que se moría en casa del señor George (de hecho, ya había muerto, aunque yo no lo sabía), y dejó recado de que no lo esperase a comer. Así pues, estaba sola y volví a llorar. ¡Qué gran vacío había dejado mi pobre Ada! No podía borrar de mi imaginación el modo

como nos habíamos separado, la triste vivienda donde la había dejado, la vida que la esperaba, las privaciones a las que debería someterse, y acabé por experimentar tanta necesidad de sentirme cerca de ella que resolví salir para ir a pasear debajo de sus ventanas. Confieso que era una locura, pero el caso es que entonces consideré mi resolución muy razonable, y aun hoy no sabría condenarla. Tomé a Charley por acompañante y nos dirigimos a Symond's Inn. Era noche cerrada ya cuando llegamos a la nueva residencia de Ada, y vimos una luz a través de su ventana. En aquel momento, el señor Vholes salió de su despacho y dirigió la vista a la habitación de Richard. La presencia de aquel personaje, enjuto y vestido de negro, unido a la tristeza de aquellos sitios, causó en mí muy penosa impresión, y con viva angustia pensé en los pocos años de Ada, en su belleza, en su amor, en el tesoro que encerraba aquel horrible lugar, tan poco digno de guardarlo. Nadie pasaba por la calle, entré en el portal, subí sin hacer ruido la escalera, sin que me molestara el leve resplandor de las tenues lámparas de petróleo del camino y, aguantando el aliento para escuchar, creí oír, en el silencio de aquella casa resquebrajada, el murmullo de sus frescas voces. Por fin, llegué al rellano y puse mis labios en la negra puerta en que el nombre de Richard se destacaba en letras blancas, como sobre el mármol de una tumba.

Volví a casa más tranquila. Aquella visita furtiva había disminuido en cierto modo la distancia que me separaba de Ada, y mi corazón estaba más convencido de volver a verla. Si no consolada, por lo menos me sentía más animosa.

Cuando llegué, mi tutor estaba ya de vuelta, y lo vi, de pie, junto a la ventana; salió a mi encuentro, y me dijo mirándome fijamente:

—Has llorado.

—Es verdad, querido tutor, mi pobre Ada... ¡es tan desgraciada! ¡Está tan triste por...

No le dije más, pero apoyada en el brazo de su sillón vi que comprendía la mirada que dirigí a la silla desocupada que había entre los dos.

—¿Se ha casado, Esther?

Le conté cuanto sabía, diciéndole que sus primeras palabras habían sido para preguntar si el primo John la perdonaría.

—No lo necesita —dijo—, bendita sea, y con ella Richard.

Pero del mismo modo que mi primer impulso había sido compadecerla, así le pasó a él:

—¡Pobre Ada! ¡Pobre Richard!

Ninguno de los dos habló después hasta que dijo con un suspiro:

—¡La Casa lúgubre va perdiendo de día en día!

—En ella está aún la dueña, tutor —le contesté, a media voz, conmovida por el tono con que dijera aquellas palabras—, y hará todo lo posible para que la felicidad no se vaya de aquí.

—¡Y lo logrará, amor mío!

La carta no había marcado ninguna diferencia entre nosotros excepto que me sentaba a su lado. Tampoco lo hacía ahora. Dirigió su luminosa mirada paternal de siempre hacia la mía, dejó su mano sobre mi mano a su manera de siempre, y dijo de nuevo:

—Y lo logrará, querida Esther. Sin embargo, ¡la Casa lúgubre va perdiendo de día en día, mujercita!

En ese momento lamenté que eso fuese todo lo que dijéramos sobre ese asunto. Estaba un poco decepcionada. Temía no haber sido cuanto yo habría querido desde la contestación que le di a su carta.

LII

Obstinación

Al cabo de dos días, mientras desayunábamos, llegó el señor Woodcourt jadeando, para contarnos la horrible noticia de la muerte del señor Tulkinghorn y la acusación que pesaba sobre el señor George, y añadió que sir Leicester Dedlock había prometido una gran recompensa a quien descubriese al asesino. En un principio, no acerté a explicarme qué interés podía mover al barón, pero luego supe que la víctima era procurador suyo, y por algunos instantes no pude pensar sino en el terror que aquel hombre le inspiraba a mi madre.

La eliminación violenta e imprevista de aquel a quien ella vigilaba y de quien desconfiaba desde hacía tanto, y que, desde hacía tanto, la había vigilado y desconfiado de ella. Aquel a quien ella podía haberle concedido pocos instantes de amabilidad al temer siempre en él a un enemigo peligroso y secreto, me pareció tan horrible que mis primeros pensamientos fueron para ella. ¡Horrible situación para ella, saber de su muerte y no poder sentirla! Quizá en su temor había deseado alguna vez que aquel hombre muriese, y este pensamiento era espantoso, después del imprevisto suceso que precipitara al procurador a la tumba.

Tal cantidad de reflexiones, que acrecentaban el nerviosismo y el miedo que siempre sentía cuando se mencionaba el nombre, me hizo estar tan

alterada que apenas podía quedarme quieta en mi asiento a la mesa. No fui capaz de seguir la conversación hasta que no tuve un poco de tiempo para recuperarme.

Cuando recobré el suficiente dominio sobre mí misma para prestar oído a la conversación, vi lo conmocionado que estaba mi tutor. El señor Jarndyce y el señor Woodcourt hablaban del acusado con calor, y despertando mis temores el interés que siempre había profesado el señor George, no pude menos que exclamar:

—Pero usted no lo creerá culpable, ¿no es cierto, tutor?

—En modo alguno, querida —me contestó—, un hombre a quien siempre he visto tan franco y tan bueno, que reúne la fuerza de un atleta y la ternura de un niño, un hombre tan sensible como valeroso, no puede ser capaz de semejante delito. No, nunca podré creerlo.

—Ni yo tampoco —añadió el señor Woodcourt—, pero por más convencidos que estemos de su inocencia, no podemos dejar de reconocer que se dirigen contra él cargos muy graves. No trató, en ningún momento, de disimular el odio que la víctima le inspiraba, y hablaba del procurador con un encono, del que yo mismo puedo dar fe. Confiesa que se encontraba solo en el lugar del asesinato, pocos minutos antes del suceso, y por todo ello, aunque lo creo absolutamente inocente, no es extraño que recaigan sospechas sobre él.

—Y, claro está, cerrar los ojos sobre tales cargos, mujercita —agregó mi tutor—, podría muy bien ser que le perjudicase, en vez de favorecerlo.

Por supuesto, yo creía que debíamos admitir, no solo entre nosotros, sino ante los demás, toda la fuerza de las circunstancias que había en contra de él. Sin embargo, sabía también (no podía evitar decirlo) que su peso no nos induciría a abandonarlo en la necesidad.

—Pero todo ello no es motivo para abandonarlo en la aflicción.

—¡Dios nos libre de semejante cosa! —contestó mi tutor—. Haremos por él cuanto él ha hecho por las dos infelices criaturas a quienes con tanta nobleza acogía.

Se refería al señor Gridley y al chico, a ambos el señor George les había dado refugio.

El señor Woodcourt nos contó que el criado del maestro de armas había ido a encontrarle, al amanecer, después de correr por toda la ciudad como un loco, para decirle que el mayor desasosiego del señor George era que nosotros llegásemos a creerlo culpable, y que le había recomendado que les declarase su inocencia, de la manera más solemne. El señor Woodcourt pudo, por fin, tranquilizar a aquel hombre, prometiéndole cumplir su encargo, en cuanto le

fuese posible presentarse en nuestra casa, y luego añadió que iba a visitar al preso.

Mi tutor quiso acompañarlo. Ahora, además de que me agradase mucho el soldado licenciado, tenía ese secreto interés por lo que había pasado que solo conocía mi tutor. Sentí como si se acercase y me cercara. Me parecía que había llegado a ser importante para mí que se descubriera la verdad y que ningún inocente fuera sospechoso, porque la sospecha, una vez liberada, no puede detenerse.

En una palabra, creí que era mi deber y obligación ir con ellos. Mi tutor ni siquiera pensó en contradecirme cuando manifesté mi deseo de ir con ellos, y así lo hice.

La prisión era un gran edificio, con muchos patios y corredores, como todos los establecimientos de su especie, y tan uniformes parecían el suelo y las paredes, que sin esfuerzo comprendí, entonces, la pasión que les ha inspirado a veces un tallo de hierba, una planta que llevan años contemplando a los presos solitarios allá dentro. El maestro de armas ocupaba un cuarto abovedado para él solo, semejante a una bodega en un piso alto, con unas paredes tan deslumbrantemente blanqueadas que hacían que los macizos barrotes de hierro de la ventana y de la puerta con cerrojo parecieran de un negro más profundo de lo que eran. El militar se encontraba sentado en un rincón. Y, al oír el estrépito de las llaves y cerrojos, se había levantado. Viéndonos entrar, dio algunos pasos hacia la puerta con sus andares de costumbre y se inclinó ligeramente. Pero, al tenderle yo la mano y al comprender lo que había en nuestros pechos, respiró, con satisfacción, y nos dirigió el más cordial saludo.

—Me quitan de encima un gran peso, señorita, caballeros —nos dijo—. Poco me importa ahora la conclusión de todo esto.

Apenas parecía un preso. Con su calma y su porte militar, parecía más bien ser el carcelero.

—Para recibir a una dama, aun es este lugar menos decente que mi galería de tiro —dijo el señor George—, pero conozco a la señorita Summerson y sé que no ha de reparar en ello.

Me ofreció la mano para acompañarme al taburete de madera que había en un extremo del aposento, y cuando vio que me sentaba en él, se mostró muy contento.

—Gracias, señorita —me dijo.

—George —intervino mi tutor—, del mismo modo que no necesitamos que nos prometa su inocencia, huelga decirle la plena y entera fe que en ella

tenemos.

—En absoluto, caballero, y por ello le doy las gracias de todo corazón. Si fuese culpable me sería imposible mirarlo sin confesarle mi delito, sobre todo después del paso que se ha dignado dar, paso que me conmueve profundamente; profundamente, se lo aseguro. No sé expresarme como quisiera, pero crean, señorita Summerson y caballeros, que les agradezco su visita con el máximo agradecimiento —añadió llevando la mano a su pecho e inclinando la cabeza. Se puso de inmediato en posición de firmes, expresó una gran emoción espontánea con aquel simple gesto.

—Ante todo —dijo mi tutor—, importa tratar de hacer más llevadera su situación, George.

—No entiendo lo que quiere decir, caballero —dijo mientras tosía.

—Quiero decir si necesita usted algo que pueda suavizarle el rigor de la cárcel.

—Gracias, señor Jarndyce —contestó George, después de pensarlo un instante—, pero puesto que no me han prohibido fumar, no echo en falta cosa alguna.

—Piénselo bien, George, y dígame qué es lo que usted puede desear —dijo mi tutor.

—Gracias, gracias caballero —contestó George con una de sus sonrisas atezadas—, un hombre que como yo está acostumbrado a correr solo por el mundo, se contenta con lo que encuentra, aunque sea en un lugar como este.

—Pues yo lo ayudaré a pensar. ¿Qué hay de la acusación que pesa sobre usted? —le preguntó mi tutor.

—Siguen los interrogatorios. Bucket me ha dado a entender que vendría a interrogarme de vez en cuando hasta la completa conclusión del sumario. Ignoro lo que tendrá aún que preguntarme, pero Bucket debe de saberlo.

—¡Buen Dios! —exclamó mi tutor, sorprendido ante su propia excentricidad y su vehemencia de siempre—. ¡Habla de sí mismo como si fuera de otro!

—Perdone, señor Jarndyce —exclamó el señor George—. Desde luego, agradezco el interés que está usted demostrando por mí, pero no comprendo cómo un hombre de bien podría tomarse la cosa de otro modo sin romperse inmediatamente la cabeza contra las paredes.

—No digo que no —respondió mi tutor dulcemente—, pero no basta ser inocente, si no que es necesario probarlo, defenderse.

—Ya lo hice, caballero. Les he dicho a los magistrados: «Señores, cuantos

hechos se aducen son verdaderos, pero no por ello dejo de ser inocente de lo que se me acusa; no puedo decir más». Eso mismo repetiré si otra vez me preguntan: ¿qué puedo añadir a eso si ya he dicho la verdad?

—¡Ay!, la verdad no basta —replicó mi tutor.

—¿Qué dice usted, caballero? ¡Vaya perspectiva la que usted me presenta! —respondió el señor George sonriendo.

—Necesita un abogado —repuso el señor Jarndyce—. Tenemos que contratar uno de los buenos.

—Usted perdone —dijo el señor George, dando algunos pasos atrás—, se lo agradezco, pero mi firme resolución es no tratar más con esa gente.

—¿No quiere usted un defensor?

—No, mil veces no. —El señor George negó con la cabeza de manera muy enfática—. Le agradezco su noble interés, pero no quiero abogado.

—¿Por qué?

—Son gente que me disgusta —dijo el señor George—. A Gridley le sucedía lo que a mí, y usted me perdonará, aunque creo que no les tiene usted más simpatía que yo.

—Eso es la igualdad —explicó mi tutor un poco perdido—; eso es la igualdad.

—Sí, ¿de verdad? —respondió el soldado con su brusquedad habitual—. Yo no estoy familiarizado con los matices de esos nombres, pero, en general, son gente que no me convence.

Descruzando los brazos y cambiando de postura, apoyó una mano enorme en la mesa y la otra en la cadera como el más vivo retrato jamás visto de alguien a quien no se va a hacer cambiar de opinión.

Fue en vano que nos esforzáramos en hacerle cambiar de idea. Escuchó nuestras palabras con la mansedumbre que tan bien le sentaba a su rostro marcial, pero nuestros argumentos no le convencieron en absoluto.

—Recapacite, señor George —le dije yo—, supongo que desea usted salir de la situación en que se encuentra.

—Sin duda alguna, señorita, y mi deseo sería también ser juzgado ahora mismo por un consejo de guerra. Ya sé que esto no es posible, pero dígnese, señorita Summerson, prestarme atención por algunos instantes. —Nos miró a los tres uno tras otro, movió la cabeza un poco como si lo ajustasen en el cuello de un uniforme apretado y después de un momento de reflexión añadió —: He sido detenido, maniatado y encarcelado, luego estoy deshonrado.

Tengo en mi casa a Bucket, quien revuelve y examina todo cuanto me pertenece. Así ha de hacerlo y no me quejo. Pienso que aunque no he cometido el delito que ha sido la causa de que me designaran por cuartel esta cárcel, todo esto no me habría ocurrido de no haber sido yo un libertino en mi juventud. Pero ha sucedido. Entonces viene la cuestión de cómo solucionarlo.

El maestro de armas se pasó la mano por la frente, y guardó silencio algunos segundos.

—Estoy tan poco versado en hablar que para expresar lo que pienso necesito reflexionar.

Cuando reflexionó un momento, levantó la vista de nuevo y prosiguió.

—Cómo solucionarlo. El señor Tulkinghorn era abogado y se portaba un poco mal conmigo; no quiero insultar su memoria, pero si viviese aún, diría sin vacilar que se portaba como un demonio conmigo, lo cual ha contribuido a que sintiera poca simpatía por la gente de su profesión. De haber permanecido lejos de ellos, no me vería hoy en la cárcel; pero no es esto lo que quiero decir. Supongamos que yo lo he asesinado, que he disparado contra el viejo una de las pistolas recién descargadas que el señor Bucket ha recogido de mi casa, y que habría encontrado cada día, de haberlas buscado como hoy: ¿qué me tocaba hacer en este caso, suponiendo que me hubiese dejado prender? Habría solicitado un abogado.

Dejó de hablar al oír un forcejeo en la cerradura, y no prosiguió hasta que la puerta se abrió y se cerró de nuevo. Con qué propósito fue abierta, lo diré después.

—El abogado se habría presentado ante el Tribunal, y, según he leído con frecuencia en los periódicos, les habría dicho a mis jueces: «Mi cliente no se digna responder, mi cliente se reserva su defensa, mi cliente esto, mi cliente lo otro, y tal y cual». Bravo, en tales casos se ve que no cabe decir las cosas claras y por su verdadero nombre. Tenemos, por lo tanto, que decir que soy inocente, y tomar un abogado es obrar del mismo modo que si fuera culpable, pues el hecho de serlo o no serlo no habrá de cambiar la actuación de aquel: cerrará mis labios para que no me comprometa, callará esto, pasará por encima de lo otro, ocultará las circunstancias, hará pedacitos las pruebas, protestará y como último resultado quizá me haga salir bien parado de la causa. Pero dígame usted, señorita Summerson, ¿está bien que yo salga de aquí de modo semejante? Ahórquenme si quieren, pero déjenme defenderme a mi modo, y perdone que hable delante de usted de cosas tan poco agradables para una dama.

Poco a poco, y a medida que hablaba, se fue animando y no necesitaba ya reflexionar.

—Cuando digo esto, no se crea que tenga la menor afición a ser ahorcado —nos volvió a mirar a cada uno, con sus fuertes brazos en jarras y las cejas negras enarcadas—; quiero decir, únicamente, que, o he de salir de aquí blanco como la nieve, o todo lo contrario. Por lo tanto, cuando mis jueces alegan contra mí una cosa verdadera, les confirmo su opinión, y cuando me dicen: «Tenga usted cuidado: todo cuanto diga servirá en su día», les respondo: «Pues por eso lo digo». Si no descubren mi inocencia en el fondo de la verdad, ¿cómo habrán de hallarla en otra parte? Y, aun cuando lo lograsen, ¿qué precio habría de tener para mí?

Dicho esto, dio algunos pasos por la celda, y acercándose a la mesa, junto a la cual estábamos, añadió:

—Mil gracias, señorita, por sus atenciones, y a ustedes, señores, otras tantas por el interés que por mí se toman. Así veo yo las cosas, y si a más no alcanzo, piensen que soy un veterano cuyo juicio no tiene más filo que el corte de un sable viejo. Lo único bueno que he hecho en mi vida ha sido cumplir con mi deber de soldado, y si al fin de mi camino está la horca, recogeré lo que he sembrado. Después de disipar la primera impresión que me ha causado el verme preso como asesino por un hombre que, como yo, ha hecho de todo, he considerado fríamente la cosa, y he llegado al punto en que me ven ustedes, y en él me quedo. Nadie será deshonrado porque me condenen, a nadie causará perjuicio, y por lo tanto estoy conforme con mi suerte.

Cuando comenzó a hablar el maestro de armas, se había abierto la puerta, y un hombre enjuto y seco, con resabios de militar, entró en la celda acompañado de una mujer, de ojos vivos y brillantes, de cutis curtido por el aire y el sol, que llevaba una cesta debajo del brazo. Ambos se quedaron en el umbral escuchando al señor George con gran atención. El maestro de armas se limitó a saludarlos con una mirada afectuosa, y continuó su discurso, pero, después de terminarlo, dio a los recién llegados un cordial apretón de manos y nos los presentó diciendo que uno era Matthew Bagnet, su más antiguo camarada, y la otra, su mujer, la señora Bagnet.

El señor Bagnet nos hizo una rígida inclinación militar, y la señora Bagnet una reverencia.

—Son buenos, verdaderos amigos —añadió el señor George—. Me prendieron en su casa.

—Con excusa de un violonchelo de ocasión —dijo el señor Bagnet, moviendo con indignación la cabeza—, un violonchelo de buen sonido... para un amigo... sin reparar en el precio.

—Mat —dijo el señor George—, has oído lo que acabo de decir y espero que merezca tu aprobación —dijo el señor George.

Después de reflexionar un instante, el señor Bagnet se volvió hacia su mujer.

—Esposa —dijo—, contesta a George, y dile mi opinión.

—Pues bien, no hay tal aprobación —exclamó la señora Bagnet, que había sacado de la cesta un pedazo de jamón, té, azúcar y pan—. Pues no faltaba ya otra cosa que se figure usted salir del paso con tales razones... ¡Solo con oírle a usted hay para volverse loca! ¿Qué significan esas aprensiones fuera del sentido común? Eso no son más que tonterías.

—No me aporree usted así, piense en mi desgracia —dijo el señor George sonriendo.

—¡Llévese al diablo su desgracia, que es lo que en realidad le hace perder el juicio! —exclamó la señora Bagnet—. En mi vida me han causado tanta vergüenza las palabras de un hombre como al oír las locuras que acaba usted de decir. ¡Abogados! ¿Por qué no ha de tener una docena si el caballero que está presente considera que eso es necesario?

—Habla usted como un ángel, señora —dijo mi tutor—, y estoy seguro de que sabrá persuadirlo, señora Bagnet.

—¿A él? Bien se ve que no lo conoce usted —continuó la señora Bagnet—. Ahí donde lo ve usted es el hombre más testarudo que vive debajo de la capa del cielo —y la señora Bagnet dejó su cesta para señalarlo con sus desnudas manos tostadas—, con más facilidad se cargaría usted al hombro un cañón de cuarenta y ocho que le quitaría de su cabeza lo que una vez ha puesto en ella. Yo lo conozco. ¡Ah, sí me lo conozco, amigo George, desde el primer día que lo vi, y ya sabe usted que andamos lejos de aquella fecha!

Su amistosa indignación tuvo un efecto ejemplar en su marido, quien negó con la cabeza varias veces hacia el militar, como recomendación silenciosa de que se doblegara. Diciendo esto, la señora Bagnet se había vuelto varias veces hacia mí, y en sus miradas comprendí el deseo de que la ayudara a convencerlo, pero no sabía cómo.

—Pero hace mucho tiempo —continuó— que ya no me meto con usted y, cuando los demás lo conozcan como yo, harán lo mismo y lo dejarán a usted en sus trece... ¿Llegará su terquedad a no querer tomar un bocado? —dijo la excelente señora Bagnet, soplando sobre un pedazo de jamón para quitarle una mota, y se lo ofreció.

—No, desde luego —respondió George—. Lo acepto de buen grado, y se lo agradezco, señora Bagnet.

—¡Vaya una suerte! —exclamó la señora Bagnet, refunfuñando con buen humor—. No salgo de mi asombro... Me admira que no haya usted pensado

en dejarse morir de hambre para obrar a su antojo, así como lo hace en lo de su defensa. Pero todo se andará, ¿no es cierto?

La señora Bagnet me dirigió otra mirada, y acabé por comprender que me insinuaba que saliese con mi tutor y el señor Woodcourt, y que la esperara en la puerta. Les hice, pues, una seña a mi Tutor y al señor Woodcourt, y me levanté.

—Señor George, volveremos a verlo, y esperamos hallarle más razonable.

—Lo que puedo asegurarle, señorita Summerson —respondió—, es que nunca podrán hallarme más agradecido.

—Pero sí más complaciente —añadí desde el umbral de la puerta—. Y además, permítame que le diga que la aclaración del misterio y el descubrimiento del verdadero asesino es de la mayor importancia no solo para usted, sino para otras personas.

George me escuchó con respeto, pero sin prestar una gran atención a esas palabras que le dije dándole un poco la espalda todavía de camino a la puerta. Estaba mirando (eso me dijeron luego) mi tipo y altura, que parecieron llamarle la atención de repente.

—He aquí una idea —dijo— que se me acaba también de ocurrir ahora mismo.

Mi tutor le preguntó qué quería decir con eso.

—Cuando mi mala estrella me condujo a casa de la víctima, precisamente a la hora del crimen —contestó el maestro de armas—, me crucé en la escalera con una dama que, por cierto, era tan parecida a la señorita Summerson que estuve a punto de dirigirla la palabra.

Un horrible estremecimiento recorrió todo mi cuerpo. Me es imposible explicar lo que pasó por mi mente al oír las anteriores palabras.

—Bajaba cuando yo subía —dijo el militar—, y pasó por delante de la ventana iluminada por la luna, con un manto negro suelto, reparé en que era uno de flecos muy largos. Sin embargo, no tiene que ver con el asunto actual, se parecía tanto a la señorita Summerson que me ha venido a la memoria.

Sin embargo, la obligación que me había impuesto, al ir a ver al señor George, de conservar mi serenidad y la seguridad que tenía de no albergar ningún motivo de temor, me tranquilizaron. Salimos los tres de la cárcel y nos dirigimos a un sitio retirado que vimos a poca distancia. La señora Bagnet y su marido no tardaron en reunirse allí con nosotros.

La señora Bagnet tenía los ojos llorosos y el semblante trastornado.

—No he querido decírselo a George —exclamó, al llegar—, pero nuestro

antiguo camarada está en un verdadero aprieto.

—Sin embargo, con prudencia y la ayuda de todos podrá salir de él —dijo mi tutor.

—Un caballero como usted puede saberlo mejor que una pobre mujer como yo —dijo la señora Bagnet, llevándose el borde de su capa gris a los ojos—. Pero estoy muy intranquila. Es tan especial y dice tantas cosas que ni siquiera medita... Los señores del jurado no lo conocerán como lo conocemos Lignum y yo. Las apariencias lo acusan, hablarían muchos contra él, y además, ese Bucket... ¡es tan zorro!

—Con su violonchelo de lance y su cuento de tocar la flauta en su juventud —añadió el señor Bagnet con gravedad.

—Se lo repito, señorita —continuó la señora Bagnet—, y cuando digo señorita pretendo también dirigirme a estos caballeros. Conque vengan a esa esquina, se lo digo.

La señora Bagnet nos urgió a ir a un lugar más apartado, y al principio le faltaba demasiado el aliento para proceder a ello, lo que hizo que el señor Bagnet dijera:

—¡Viejecita! ¡Díselo!

—Bueno, señorita —continuó la viejecita—, antes lograríamos conmover el castillo de Dover que apartar a George de lo que ha resuelto —dijo, desatando las cintas de su sombrero para respirar mejor—, a no ser que ustedes tengan sobre él una influencia que nosotros no tenemos; pero, por suerte, creo haber hallado lo que necesitamos.

—Es usted un verdadero tesoro —dijo mi tutor.

—Señorita —continuó aplaudiendo con las prisas y en su agitación una docena de veces por frase—, cuando dice que su condena no ha de deshorrar a nadie, pretendiendo hacernos creer que no tiene un solo pariente, no dice la verdad. Su familia no lo conocería ya, es cierto, pero eso no significa que no la tenga. Yo sé sobre esto más que otros, y no en vano habló una de esas noches a mi Woolwich de las canas de una madre. Apostaría cincuenta libras a que aquel día había visto a la suya. Vive, por lo tanto, y es preciso traerla aquí, sin perder momento.

La señora Bagnet se colocó, inmediatamente, algunos alfileres en la boca, y levantó algo sus sayas, sujetándolas a su capa gris con sorprendente rapidez.

—Lignum —dijo, en el momento en que terminó la operación—, tú cuidarás de los niños. Dame el paraguas, me voy a Lincolnshire y volveré con la madre de George.

—¡Dios la bendiga! —exclamó mi tutor, llevándose la mano al bolsillo—. ¿Cómo va a ir? ¿Tiene usted dinero?

La señora Bagnet sacó de su pecho una bolsita de cuero, contó con precipitación algunos chelines que contenía y guardó la bolsa con aire radiante y satisfecho.

—No se preocupen por mí, señorita —dijo—, soy mujer de un veterano y estoy acostumbrada a viajar, Lignum, viejecito —añadió, besando a su marido—, tres para los niños, y uno para ti, ¡me voy a Lincolnshire a por la madre de George!

Nos saludó, y, alejándose con su capa gris con paso rápido, desapareció detrás de la siguiente esquina.

—Señor Bagnet, ¿y la deja marchar así? —le preguntó mi tutor.

—Sería inútil querer impedirlo —contestó éste—. Así volvió a su tierra desde el otro extremo del mundo, con la misma capa gris y el mismo paraguas. Cuando mi mujer dice: «Haré tal cosa», tengan ustedes la seguridad de que la hace. Lo que diga la viejecita, yo lo hago. Ella lo hace.

—En este caso, es tan franca y honrada como aparenta —replicó mi tutor—, y creo que esto es lo mejor que puede decirse en su favor.

—Es el abanderado del batallón. No tiene igual —dijo el señor Bagnet al separarse de nosotros—, sería imposible hallar quien la igualase, pero no lo digo jamás en su presencia, porque es importante conservar la disciplina.

LIII

La pista

El señor Bucket y su rollizo índice entablan juntas numerosas conversaciones con motivo del asesinato del señor Tulkinghorn. Siempre que pesa sobre el señor Bucket un grave asunto, como ahora, el índice de su mano derecha se eleva a la altura de un espíritu familiar. Lo lleva a los labios y aquel demonio le recomienda silencio. Lo lleva al oído y murmura allí nuevos descubrimientos. Se rasca con él la nariz y su olfato se aguza. Lo agita delante de un culpable, y, fascinado por aquel dedo acusador, el infeliz corre a su ruina. En una palabra, siempre que el señor Bucket y su índice entablan frecuentes coloquios, los augures del templo de los detectives vaticinan que antes de poco tiempo habrá dado la venganza pública un terrible ejemplo de su omnipotencia.

Observador atento de la especie humana, filósofo benévolo, indulgente para con los devaneos de los hombres, el señor Bucket se infiltra en un vasto número de casas y deambula por una infinidad de calles, y da la sensación de que se debilita sin tener nada que hacer. De carácter llano, de genio jovial, mantiene buenas relaciones con todos sus semejantes y halla siempre ocasión de beber unas copas con más de uno. Es afable, inofensivo en su lenguaje, liberal en sus actos, pero en medio de su apacible calma se agita su índice lleno de malicia.

Nadie es capaz de detener al señor Bucket en su carrera. Para él no existen el tiempo ni el espacio. Llegado ayer, se puso en marcha esta mañana, y regresa antes de poder ser observada su partida. Se encuentra esta tarde en Londres, mirando distraídamente los adornos de hierro de la puerta de sir Leicester Dedlock. Mañana, al romper el alba, irá tras la pista en Chesney Wold, donde antaño se paseaba el anciano cuyo fantasma se muestra propicio con cien guineas. Pocas horas después, el señor Bucket examinará los cajones, el escritorio y los bolsillos del señor Tulkinghorn, y unas horas más tarde estará a solas con el romano comparando sus índices.

Se comprenderá fácilmente que semejante existencia es incompatible con la vida de familia, y aunque el señor Bucket aprecia mucho la compañía de la señora Bucket, mujer notable, dotada por naturaleza de un espíritu de investigación que, de ser robustecido por el ejercicio y el mérito, habría podido realizar altas cosas, si bien hasta ahora no ha podido pasar de un talento de aficionada, aunque aprecia en lo que vale, repetimos, la sociedad de tan peregrina compañera, el señor Bucket va a su casa con poca frecuencia, y su esposa no tiene más recurso que la conversación con su inquilina, la cual es por suerte una mujer de buenas cualidades que le despierta vivo interés.

Llegas el día del entierro del señor Tulkinghorn, y una gran multitud se congrega en Lincoln's Inn Fields. A decir verdad no hay en esa multitud sino cuatro individuos: sir Leicester Dedlock, lord Doodle, William Buffy y el primo melancólico, llevado allí como apéndice. Pero el número de coches desconsolados es inmenso. Los pares han enviado al cortejo más aflicción con cuatro ruedas de lo que el barrio haya visto nunca, y es aquella una reunión de escudos de armas capaz de hacer pensar que el colegio heráldico ha perdido en un solo día a su padre y a su madre. El duque de Foodle está representado por una soberbia carroza a la última moda, con ejes privilegiados, adornos de plata, y tres gusanos afligidos de seis pies de altura agarrados a la trasera como un manojo de lágrimas. Todos los cocheros de ceremonias que tiene Londres están allí vestidos de negro, y si el viejo procurador de ropa descolorida supo algún día apreciar el valor de un magnífico tronco de caballos, no hay duda que debe de estar satisfecho.

Impasible en medio de tanta enlutada pantorrilla, el señor Bucket, sentado

en la testera de un coche inconsolable, cuyas cortinillas descorre. Tiene buen ojo para las multitudes (¿para qué no lo tiene?), y mira aquí y allí, unas veces de este lado del coche, otras del otro, unas veces a las ventanas de la casa y otras a las cabezas de la gente, nada se le escapa.

—¡Ah! Ahí está mi compañera —dijo para sí al ver a la señora Bucket, colocada como un favor especial junto a la puerta del difunto—, y nuestra inquilina también... Me alegro de verte, querida mía, así sé que estás bien.

El señor Bucket redobla su atención hasta el momento en que sacan extendido, dentro del ataúd, al depositario de tantos y tan nobles secretos. ¿Dónde está ahora ese tesoro de secretos que le habían confiado o que había descubierto? ¿Se los lleva consigo a la tumba o han volado esas confidencias al exhalar su último suspiro?

¡Cuánta diferencia entre el señor Tulkinghorn y el señor Bucket, encerrados cada cual en su sombrío carruaje! ¡Cuánta diferencia entre la diminuta herida que, sumiendo al primero en el eterno sueño, lo ha puesto en ese ataúd que anda dando vaivenes por la calle, y la mancha de sangre que, manteniendo al segundo sin cesar despierto, presta a su espíritu una actividad que se trasluce en todo su ser, desde la planta de los pies hasta la punta de sus cabellos! Pero ¿qué importan tales diferencias si ni uno ni otro se preocupan de ellas?

Tan pronto como el cortejo se ha puesto en marcha, el señor Bucket se acomoda en el asiento de su coche, saca su libreta y toma minuciosas notas del carruaje en que se encuentra, por si tales pormenores le fuesen algún día necesarios. Llegado el momento que él juzga oportuno, sale del carruaje sin decir nada y, sin que nadie se dé cuenta de ello, se dirige al palacio de sir Leicester Dedlock, donde entra como en su propia casa, donde entra y sale cuando quiere a todas horas, donde siempre es bienvenido y con cariño, donde conoce a todos los del lugar y camina en una atmósfera de misteriosa grandeza sin llamar ni preguntar, pues tiene una llave de la puerta y permiso para entrar y salir a su antojo, libertad de la que hace aquellos días amplio uso.

—Otra carta para usted, señor Bucket —le dice un mercurio, entregándole una nota traída por correo unos momentos antes.

—Otra más, ¿eh? —dice el señor Bucket.

Si el mercurio permanece quieto, quizá con el propósito de echar una ojeada al contenido del papel que entrega, el señor Bucket no es hombre que vaya a satisfacer su curiosidad. El señor Bucket lo mira como si su cara fuera un paisaje de unas millas de largo y lo estuviera contemplando ociosamente.

—¿Hay por ahí alguna tabaquera? —le pregunta el señor Bucket.

Por desgracia, el mercurio no consume rapé.

—Vea si me procura usted una pizca, sáquelo de donde quiera, se lo agradeceré —continúa el señor Bucket.

El mercurio desaparece y vuelve inmediatamente con una caja de rapé, el cual el señor Bucket da muestras claras de probarlo con un agujero de la nariz y luego con el otro, declara su contenido de superior calidad y enseguida va a la escalera llevándose la carta a la pequeña biblioteca.

No obstante el gran número de cartas que el señor Bucket recibe cada día, resulta que en su vida lo común no es tener mucha correspondencia. No es un gran escribano, porque maneja la pluma más bien como el bastón de bolsillo que siempre lleva encima por si acaso, y desalienta la correspondencia ajena al tratar de forma demasiado ingenua y directa los asuntos delicados. Ha visto en su vida salir a luz tantas cartas, comprometiendo a sus autores, que, según su modo de pensar se necesita ser muy niño para caer en tamaña imprudencia. Por eso no contesta, ni siquiera por cortesía, y así acaba por quitársele las ganas de escribirle a cuantos intentan entablar con él correspondencia. Y, sin embargo, ha recibido cerca de media docena de ellas en las últimas veinticuatro horas.

—Siempre la misma letra —dice el señor Bucket, abriendo la carta sobre la mesa— y siempre estas dos palabras.

¿Qué dos palabras? Hace girar la llave de la puerta, desata la cinta de su libreta negra (libro del destino para muchos), la coteja con otra carta, y lee, escrito con descaro: «Lady Dedlock».

—Está bien —murmura el señor Bucket—, pero que conste que para ganar las cien guineas prometidas, no necesitaba para nada a este delator anónimo.

Ambas cartas son colocadas meticulosamente en su libro del destino, y le pone la cinta, el señor Bucket se dispone a abrir la puerta precisamente cuando el mercurio le trae su comida en una buena bandeja, con una botella de jerez, que es el vino que, según ha confesado el señor Bucket en sus círculos íntimos, es lo mejor que se le puede ofrecer, un trago del buen jerez tostado de las Indias Orientales, por el cual siente la mayor inclinación. Sorbe, con guiños de satisfacción, una copa, y se dispone a sentarse a la mesa, cuando, de pronto, acudiendo a su mente una repentina idea, el señor Bucket abre con suavidad la puerta que comunica con la sala inmediata y la recorre toda con su escrutadora mirada. No hay nadie en la biblioteca y el fuego está a punto de extinguirse por falta de alimento; por lo tanto, puede acercarse a la mesa y examinar el sobre de varias cartas dirigidas sir Leicester colocadas en ella, encima de una bandeja.

—Ninguna de ellas tiene la letra que busco —se dice—. Esto prueba que

solo me escriben a mí. Mañana, sin falta, se lo comunicaré al barón sir Leicester Dedlock.

Enseguida, se pone a despachar su comida, con muy regular apetito, y apenas se despierta del ligero sueño que conciliara con el último sorbo cuando se presenta el mercurio para rogarle que vaya al salón. Allí encuentra a sir Leicester en compañía de Volumnia y del primo melancólico, completamente extenuado por la fatiga del entierro.

El señor Bucket dirige tres saludos distintos a los tres diferentes personajes: un saludo profundo y respetuoso al barón, una inclinación galante a Volumnia, y un movimiento de cabeza al primo, que podría traducirse así: «Es usted un ente particular que me conoce, y a quien yo también conozco».

Cuando distribuye esas pequeñas muestras de su tacto, el señor Bucket se frota las manos.

—¿Ha averiguado usted algo nuevo, Bucket? —pregunta sir Leicester—. ¿Desea tener conmigo alguna conversación privada?

—Hoy no, sir Leicester Dedlock.

—Ya sabe —continúa sir Leicester— que me tiene usted completamente a su disposición, deseoso de reivindicar la majestad de las leyes, indignamente ultrajada.

El señor Bucket no aparta sus ojos de Volumnia y tose de cierto modo que parece decirle: «En verdad que es usted encantadora; he visto centenares de mujeres que a su edad estarían infinitamente peor que usted».

La bella Volumnia, que sin duda está convencida del poder de sus encantos, detiene su pluma entre una carta que estaba escribiendo, y que ha doblado, como un sombrero de tres picos, y se ajusta, con aire pensativo, su collar de enormes perlas. El señor Bucket, evalúa, mentalmente, aquel objeto decorativo, y no considera probable que Volumnia esté escribiendo poesía.

—Por si acaso no le he dado suficientes elementos para desplegar todos los recursos de su ingenio en el descubrimiento del autor del horrible atentado —continúa sir Leicester con tono enfático—, quiero reparar hoy mi involuntaria omisión. No le detenga el gasto, estoy dispuesto a hacerme cargo de todo.

El señor Bucket se inclina otra vez como para agradecer tanta generosidad.

—Desde el día en que se perpetró el delito —añade sir Leicester con ardor—, mi ánimo no ha gozado de un solo instante de reposo. Pero esta tarde experimentó una indignación mayor aún, tras el doloroso trance de confiar al sepulcro los restos del servidor fiel y celoso.

La voz de sir Leicester tiembla, y su cabello gris se agita.

Tiene lágrimas en los ojos. La parte mejor de su naturaleza ha despertado.

—Y solemnemente declaro que consideraré deshonorado mi nombre mientras esté impune tan espantoso crimen. Un caballero que me consagra una parte de su existencia, que me dedica el postrer día de su vida, que ha comido a mi mesa y ha dormido bajo mi techo, sale de mi casa para volver a la suya, y una hora después muere víctima de una horrible trampa. Quizá el asesino lo acechó en mi propia casa, quizá debió su muerte a sus íntimas relaciones con mi familia, por las cuales se le han concedido mayores bienes y más grande importancia de lo que sin esto habría tenido. En verdad que faltaría al respeto que a su memoria profeso, y a la fidelidad que le debo, si no empleara cuanta influencia me da mi posición para descubrir a los autores de esa gran iniquidad.

Al hacer tan ardorosa declaración, sir Leicester dirige la vista de una a otra parte como si hablase ante una numerosa asamblea. El señor Bucket lo observa con gravedad mezclada con cierta lástima, si cabe semejante término tratándose del ilustre barón.

—La ceremonia de esta mañana —continúa diciendo sir Leicester—, al mismo tiempo que ha probado de un modo evidente la consideración y el aprecio del que gozaba entre lo mejor del país mi desgraciado amigo —el barón subraya fuertemente esta palabra, pues la muerte, terrible niveladora, borra todas las distinciones—, ha ahondado la pena que me causa el delito: aunque el culpable fuese mi propio hermano no pediría nunca su perdón.

El señor Bucket parece muy serio.

Volumnia hace observar que era la persona más leal y más encantadora del mundo.

—No dudo que experimentará usted un gran vacío en su existencia, señorita Dedlock —dice el señor Bucket—, el eminente jurisconsulto era muy digno del dolor que ha producido su desgraciada muerte.

Volumnia le manifiesta al señor Bucket que la horrible catástrofe ha trastornado sus nervios para siempre, que no cree poder sonreír nunca más, y luego termina de escribir el billete triangular dirigido al anciano general que conociera en Bath, a quien comunica la desgracia acaecida.

—No hay duda de que un suceso como este tenía que conmover profundamente a una mujer delicada y sensible como usted —dice el señor Bucket—, pero el tiempo será, seguramente, un gran lenitivo.

El vehemente deseo de Volumnia es saber el estado de la causa, qué es lo que se ha hecho con el horrible soldado, si está ya preso, si tiene cómplices, en fin, otros muchos pormenores igualmente interesantes.

—Es difícil contestarle por ahora, señorita —dice el señor Bucket, quien llevado por su galantería está a punto de decirle «querida»—, no porque yo no pueda satisfacer su legítima impaciencia, sino porque el deber me impone un absoluto silencio. Me he ocupado solo de este caso, sir Leicester Dedlock, barón —a quien mete el señor Bucket en la conversación por su importancia—, mañana, tarde y noche. Quitando un vaso o dos de jerez, no creo que pudiera tener mi mente más concentrada en ello de lo que está. El barón sir Leicester Dedlock sabrá, en breve, qué he logrado descubrir, y es mi deseo que quede complacido —añadió el señor Bucket, recobrando su tono grave y severo.

El primo melancólico se limita a decir que es de esperar que se procederá a la ejecución del culpable... Sea quien fuere, es necesaria una ejecución... ejemplar. Con tanto miramiento como hoy se gasta (añade), muy pronto será más difícil ahorcar a un hombre que encontrar una pensión de diez mil al año. Sin embargo, no cabe duda de que para dar ejemplo es preferible ahorcar a un pobre diablo, aunque sea inocente, que no ahorcar a nadie.

—Bien se ve, caballero, que conoce usted mucho el mundo —dice el señor Bucket, acompañando sus palabras con un guiño lisonjero y un garfio del índice—, pero no puedo hacer más que repetirle lo que acabo de decirle a la señorita Dedlock. No hay que decir que, por mi parte, he impulsado el asunto todo lo posible de acuerdo con los informes obtenidos, y usted podrá comprender lo que una dama no puede concebir..., sobre todo, señorita, en la elevada posición que ocupa...

El señor Bucket se pone muy colorado, pues por poco suelta, otra vez, «querida».

—Este caballero, Volumnia —observa sir Leicester—, obra perfectamente porque es fiel a su deber.

—Me alegro de merecer el honor de su aprobación, sir Leicester Dedlock, barón —balbucea el señor Bucket.

—Volumnia —continúa sir Leicester—, no es dar buen ejemplo el dirigir al señor inspector preguntas como las que le ha hecho usted. Es responsable de sus actos y sabe hasta qué punto debe hablar o callar, y a nosotros, que somos los más interesados en que sean respetadas las leyes, no nos está bien intentar apartar de sus deberes a los encargados de ejecutarlas en menoscabo de su autoridad —dice sir Leicester, de forma un tanto rigurosa, porque Volumnia iba a cortarle antes de que redondeara su frase—, o a quienes defienden su majestad ultrajada.

Volumnia explica, con humildad, que al obrar de aquel modo no lo ha hecho impulsada por el pueril deseo de satisfacer la curiosidad femenina,

propia de la juventud, sino por el profundo pesar que experimenta por la muerte de aquel excelente hombre y por el indecible interés que le inspira todo cuanto se refiere a su desgracia.

—Pues por eso mismo —contesta sir Leicester— necesitamos ser discretos, Volumnia.

—Sir Leicester Dedlock, barón —dice el señor Bucket—, a pesar de todo, nada impide que, entre nosotros, le diga a la señorita Volumnia que considero este caso..., un caso magnífico, poco menos que terminado, y dentro de unas horas espero tener la plena convicción de quién es el culpable.

—Me alegro, me alegro, señor Bucket —dice sir Leicester—, y es cosa que lo honra extraordinariamente.

—Sir Leicester Dedlock, barón —contesta el señor Bucket muy serio—, espero que, al mismo tiempo que a todos, me dé esa satisfacción. Sepa, señorita —prosigue el señor Bucket, mirando gravemente a sir Leicester—, al decir que es un caso magnífico —continúa el señor Bucket con gravedad—, hablo considerando las cosas desde mi punto de vista, pues ocurre casi siempre que sucesos semejantes originan descubrimientos más o menos penosos. En las familias, señorita Dedlock, se dan hechos muy singulares, hechos que a nosotros nos toca sacar a la luz del día, hechos de cuya posibilidad, afortunadamente para usted, no tiene usted la menor idea. —Volumnia, con su gritito inocente, así lo supone—. He tenido la honra de trabajar en casas distinguidas, nobles, ilustres —prosigue el señor Bucket, mirando gravemente de reojo otra vez a sir Leicester—, y por más que dé usted rienda suelta a su imaginación, no puede usted ni siquiera sospechar, caballero, lo que en ellas pasa.

Estas palabras van dirigidas al primo, el cual, agobiado por el aburrimiento, ha metido su cabeza entre dos almohadones del diván y bosteza y dice:

—¡No me cabe la menor duda!

Sir Leicester, que considera oportuno dar por terminada la conversación y despedir al señor Bucket, le contesta solemnemente con las siguientes palabras:

—Le doy las gracias —y también hace un gesto con la mano, que implica no solo que es el final de la conversación, sino que, si hay familias de elevada condición con hábitos mezquinos, deben afrontar las consecuencias—. No olvide, señor mío —dice con indulgencia— que estoy por completo a su disposición.

El señor Bucket pregunta si al día siguiente por la mañana podrá hablar

con el barón en caso de haber obtenido el resultado que espera. Sir Dedlock dice que estará siempre dispuesto a recibirlo, y el señor Bucket, después de haber repetido los tres saludos de siempre, se retira, pero, al poco, vuelve a entrar en el salón, y dice en voz baja:

—¿Me está permitido preguntar quién ha puesto en la escalera el anuncio prometiendo las cien guineas de recompensa?

—Yo di la orden de hacerlo —contesta sir Leicester.

—¿Le parecería inoportuno, sir Leicester Dedlock, barón, que le preguntase por qué?

—Me ha parecido que ese lugar, como el más visible, era el mejor, porque quería producir en todos mis criados una impresión profunda, hacerles comprender la enormidad del delito, la resolución de castigarlo, y la imposibilidad de que el culpado se libre de la acusación. Sin embargo, si le parece que estaría mejor en otra parte...

De ningún modo. El señor Bucket cree, por el contrario, que es conveniente no tocar el anuncio del sitio en que está, y, repitiendo sus saludos, sale de la estancia. Volumnia prorrumpe en un chillido lleno de inocencia y hace observar que aquel encantador personaje es un verdadero Barba Azul.

Al tiempo que es objeto de esta observación, usando de la facultad que le es propia de tratar con todas las clases de la sociedad, el señor Bucket se detiene en la antesala, y allí, de espaldas a la chimenea, donde chisporrotea un buen fuego, contempla al mercurio con admiración.

—Estoy observando que debe usted medir, cuando menos, seis pies y dos pulgadas —exclama el señor Bucket.

—Tres pulgadas —responde el mercurio.

—¡Caramba! Y, sin embargo, no lo parece, debido sin duda a que su cuerpo es proporcionado a su talla. Si fuese usted delgado..., pero no, al contrario. ¿Ha servido alguna vez de modelo? —inquire el señor Bucket acompañando la pregunta con una mirada y un movimiento de cabeza, como de hombre inteligente.

El mercurio contesta que no.

—Pues es una negligencia que conviene reparar —contesta el señor Bucket—. Un amigo mío, que entrará seguramente en la Academia de Bellas Artes, daría cualquier cosa, sin duda, por reproducir en mármol unas formas como las tuyas. ¿No está aquí milady?

—No, come fuera de casa.

—¿Sale cada día, no es cierto?

—Sí, rara vez come aquí.

—No es extraño —aclara el señor Bucket—. Una mujer tan elegante, tan amable y bella es el ornato de cuantos lugares frecuenta, como en una mesa un plato exquisito. Y su padre de usted, ¿estaba al servicio de alguna gran familia?

El mercurio dice que no.

—Pues el mío sí. Primero fue paje, más tarde, lacayo, después, repostero, y, por último, posadero. Era hombre que despertaba muchas simpatías y su pérdida fue muy sentida. Sus últimas palabras fueron para decir que consideraba su tiempo de servicio como el más honroso de su vida, y tenía razón. Tengo además un hermano y un cuñado ayudas de cámara... ¿Tiene buen carácter milady?

—Tan bueno como cabe esperar —responde el mercurio.

—¡Así será...! —exclama el señor Bucket—. Algo consentida y algo caprichosa, ¿no es verdad? Es propio de las mujeres hermosas, y, por otra parte, así nos gustan aun más.

El mercurio, con las manos en los bolsillos de sus calzones de color melocotón, estira simétricamente sus piernas, calzadas con medias de seda, con ademán de un hombre muy dado a las mujeres para contradecir al inspector.

Se oye entonces el ruido de un coche y, enseguida, un fuerte campanillazo.

—Hablando del rey de Roma... —dijo, para sí, el señor Bucket.

Se abre la puerta de par en par, y milady atraviesa la antesala. Está pálida, viste de medio luto y ostenta unos magníficos brazaletes que llaman la atención del señor Bucket, a no ser que la llamen todavía más los hermosos brazos de ella. La observa con una mirada penetrante y agita algo en el bolsillo..., quizá monedas de medio penique.

Ella lo ve, y le dirige una mirada interrogante al otro mercurio que la ha traído a casa.

—El señor Bucket, milady —responde el criado.

El señor Bucket se adelanta algunos pasos hacia milady llevando el índice a los labios.

—¿Espera usted a sir Leicester? —pregunta la dama.

—No, milady, acabo de separarme de él.

—¿Tiene usted algo que decirme?

—Aún no, milady.

—¿Hay alguna novedad?

—Algunas, milady.

La bella dama pasa, sin detenerse, y, con andares majestuosos, sube la escalera. El señor Bucket se coloca al pie de ella para verla pisar los mismos peldaños por los cuales bajara dos días antes el señor Tulkinghorn al sepulcro, pasando por entre las estatuas cuyas mortíferas armas proyectan su sombra en la pared. Luego la ve pasar por delante del anuncio, y, por último, la ve desaparecer.

—En verdad que es una mujer encantadora —dice el señor Bucket volviendo al lado del mercurio—. Sin embargo, se diría que está enferma o que tiene alguna tristeza oculta.

—No está muy bien desde hace algún tiempo —contesta el mercurio—. Padece frecuentes jaquecas.

—¡Es verdaderamente una lástima! —comenta el señor Bucket—. Yo le aconsejaría pasear mucho.

—Ya lo hace —agrega el mercurio—. A veces se está paseando horas enteras, hasta por la noche.

—¿Está usted seguro? —pregunta el señor Bucket—. Perdone si insisto en esto, pero ¿está usted tan seguro de ello como de sus seis pies y tres pulgadas?

—Segurísimo.

—¡Vaya, hombre! Cuanto más lo miro más lo admiro. Esos guardias de corps, que tienen fama de chicos apuestos, son unos presumidos a su lado. Así que, ¿dice usted que milady pasea de noche a la luz de la luna?

—Sí, sí, las noches de luna sobre todo.

—¡Sobre todo! En cambio a usted poco tiempo le debe de quedar para pasear —dice el señor Bucket.

—Cierto. Además, prefiero ir en coche.

—Hace usted bien. Pero, a propósito —dice el señor Bucket, calentándose las manos en la chimenea, y mirando complacido la llama—, ¿salió milady la noche aquella del asesinato?

—Sí, yo mismo la acompañé al jardín.

—Y allí la dejó usted. Precisamente recuerdo que los vi.

—¡Es curioso! Pues no reparé en ello... —dice el mercurio.

—Pasaba casualmente, llevaba mucha prisa —dice el señor Bucket—, pues iba a visitar a una tía anciana que tengo en Chelsea y que vive dos puertas más allá de Bun House. Una buena mujer de noventa años, solterona, y con algún ahorriillo, por casualidad pasé mientras cerraba usted la verja. ¿Qué hora sería? Las diez o cosa así, ¿no?

—Las nueve y media.

—En efecto, y, si no recuerdo mal, milady iba envuelta en un manto negro suelto de flecos muy largos.

—Sí, lo llevaba.

Al señor Bucket se le ocurre escribir algo y esto le obliga a volver a la biblioteca. Estrecha la mano del mercurio, para darle las gracias por su agradable charla, y le encarga que en cuanto disponga de media hora desocupada la emplee en obsequiar al artista de la Academia de Bellas Artes del que antes le hablara, con ello saldrían ganando ambos.

LIV

Estalla la bomba

Después de un apacible sueño, que ha repuesto completamente sus fuerzas, el señor Bucket se levanta temprano, y se prepara como para un día de batalla. Se pone una camisa blanca, y luego se acicala y peina con un cepillo mojado, que solo usa en las grandes ocasiones, los pocos mechones de cabello que han resistido a su existencia laboriosa y a sus profundos estudios. Después, como preludeo de sus operaciones, ataca dos chuletas de cordero, pan tostado, huevos y té, acompañado todo esto de la correspondiente mermelada. Habiendo disfrutado de esa manera de reponer fuerzas, consulta un momento a su demonio familiar y le ruega al mercurio que, sin que nadie se entere, avise a sir Leicester Dedlock de que está listo para hablarle en cuanto tenga a bien recibirle. Sir Leicester contesta, con afabilidad, que se apresurará a vestirse y que antes de diez minutos se reunirá con él en la biblioteca. Allí lo espera el señor Bucket, y con el índice en la barba se entrega, meditabundo, a la contemplación del fuego que arde en la chimenea. Examinando la expresión de su rostro, se la tomaría por el de un célebre jugador de whist, pensando no tanto en las cien guineas de la apuesta, ya que tiene en su mano las cartas que necesita, como en la superioridad con que debe jugar hasta la última carta si quiere mantenerse a la altura de su reputación. Pensativo, pero tranquilo y seguro de sí mismo, se limita a mirar a sir Leicester cuando se presenta en el lugar de la cita y se sienta en el sillón junto a él con esa gravedad atenta del

día anterior, en la que quizá hubiera habido el día anterior, de no haber sido por la osadía de tal idea, un matiz de compasión.

—Siento haberle hecho esperar, pero me he levantado más tarde de lo acostumbrado. No me encuentro muy bien. Mi salud se ha resentido por la indignación y la pena que experimento desde hace algunos días. Padezco de... gota —al hablar con cualquier otra persona, sir Leicester habría empleado la palabra «jaqueca», pero el señor Bucket está ostensiblemente al tanto—. Y los recientes acontecimientos me han ocasionado un ligero ataque.

El barón se sienta con dificultad y aspecto de estar dolorido. El señor Bucket se acerca a él y se mantiene en pie, apoyado con su ancha mano en la mesa de la biblioteca.

—¿Es preciso que estemos solos? —pregunta sir Leicester—. Si no tiene especial empeño en ello, lady Dedlock tendría un gran placer...

—Pero sir Leicester Dedlock, barón, la presencia de una dama —contesta el señor Bucket interrumpiéndole con la cabeza persuasivamente ladeada y con el índice en la oreja como un pendiente—, y, en especial de una dama de la elevada posición de lady Dedlock, sería para mí muy agradable en cualquier otra circunstancia, pero permítame que le diga que esta conversación entre nosotros ha de ser privada, y que nunca lo será bastante, como pronto comprenderá usted.

—Basta, basta.

—Y por esto mismo, sir Leicester Dedlock —añade el señor Bucket—, le pido permiso para cerrar la puerta y echar la llave.

—Por supuesto.

El señor Bucket se dirige a la puerta silenciosamente, la cierra y se arrodilla un momento, como suele hacer siempre, para colocar la llave de forma que nadie pueda mirar desde fuera por el ojo de la cerradura.

—Ayer le dije, sir Leicester Dedlock, barón, que me faltaba poco para poner en claro el asunto y descubrir al culpable. Hoy ya tengo en mi mano cuantas pruebas son necesarias para declarar con certeza al autor del crimen.

—¿El soldado preso?

—No, sir Leicester Dedlock.

—¿Y ya tiene preso al criminal? —dice sir Leicester, asombrado.

—El criminal es una mujer —dice el señor Bucket tras hacer una pausa.

—¡Cielo santo! —exclama el barón, echándose hacia atrás contra el respaldo del sillón.

—Y ahora, sir Leicester Dedlock, barón —continúa el señor Bucket, de pie, con una mano sobre la mesa y agitando el índice de la otra—, es mi deber prepararle para una serie de detalles que van a causarle, no se lo oculto, una impresión muy dolorosa. Sin embargo, es usted un caballero, sir Leicester Dedlock, barón, y conozco hasta donde alcanza su valor. Sé que no hay golpe, por fuerte que sea, que no resista la templanza de un caballero. En presencia de los infortunios que sobre usted pesan, sir Leicester Dedlock, barón, piense en la nobleza de su cuna, a fin de sostener con la mayor dignidad y honor su apellido. Pregúntese a sí mismo cómo habrían reaccionado frente a esta prueba sus antepasados, desde Julio César hasta nuestros días, sin querer por ahora remontarnos más lejos, y encontrará en ellos la presencia de ánimo necesaria para soportarlo y conservar la gloria de su familia. Así es como usted piensa y es así como actúa, sir Leicester Dedlock, barón.

Sir Leicester, con las manos crispadas sobre los brazos de su sillón, lo escucha como petrificado.

—Con todo —añade el señor Bucket—, no es preciso que dé usted mayor importancia de la que merece que yo conozca determinados conocimientos. Sé tantas y tantas cosas sobre unos y otros que un descubrimiento más o menos poco o nada significa. En el ajedrez social, ninguna jugada puede sorprenderme ya y, por tanto, que yo lo sepa no importa nada, dado que cualquier movimiento (sobre todo en lo que se refiere a jugadas equivocadas) siempre es predecible según mi experiencia. Por eso, sir Leicester Dedlock, barón, haría mal en alarmarse por el hecho de que yo conozca algún secreto de su noble familia.

—Le agradezco, infinitamente, las precauciones que está tomando — responde sir Leicester tras un silencio sin mover ni un pie ni una mano ni cambiar su gesto— y, aunque pienso que están siendo excesivas, no por ello dejo de agradecer su buena intención. Por favor, diga lo que tenga que decir — y sir Leicester parece encogerse ante su sombra— y le ruego que se siente, si no tiene objeción.

Ninguna objeción. El señor Bucket lleva una silla y se reduce su sombra.

—Iré al grano, sir Leicester Dedlock, barón. Lady Dedlock...

El barón da un salto en la silla y dirige una mirada terrible al inspector, quien hace intervenir su índice a modo de atenuante.

—Lady Dedlock —dice el señor Bucket— es admirada por todos. Así es, goza de toda nuestra admiración.

—Inspector —observa con gravedad sir Leicester—, quisiera que el nombre de milady no se mezclara en esta conversación.

—También lo quisiera yo, sir Leicester Dedlock, pero... no puede ser.

—¿No puede ser?

El señor Bucket niega con su implacable cabeza.

—No puede ser en absoluto, sir Leicester Dedlock, barón. Todo lo que tengo que decirle se refiere a milady. Ella es el centro donde convergen todos los incidentes del caso.

—Inspector —contesta sir Leicester, con los ojos encendidos y los labios temblorosos—, sabe usted cuál es su deber y comprendo que no puedo oponerme a que lo cumpla, pero tenga cuidado con excederse porque le advierto que no lo permitiré. Sepa que si mezcla en este asunto el nombre de milady, nombre que no está permitido pronunciar a la ligera por muchas personas, lo hace bajo su responsabilidad.

—Diré lo que he de decir, ni una palabra más, sir Leicester Dedlock, barón.

—Así lo espero. Bien, adelante, siga usted. ¡Siga, caballero!

Mirando a los ojos coléricos que ahora lo evitan y la figura colérica que tiembla de la cabeza a los pies, y, sin embargo, conservando la calma, el señor Bucket tienta el camino con su índice y prosigue diciendo en voz baja:

—Ante todo he de decirle que el señor Tulkinghorn abrigaba desde hacía mucho tiempo sospechas contra lady Dedlock.

—De haberse atrevido a decirme de ella una sola palabra (cosa que nunca hizo), yo mismo lo habría matado —exclama.

Sir Leicester da un fuerte golpe en la mesa aunque frena su furor ante la mirada inteligente del señor Bucket, quien mueve con lentitud el índice y niega con la cabeza con una mezcla de paciencia y de convicción.

—El señor Tulkinghorn era impenetrable, y no me es posible decir cuál fue su primera idea acerca de esto, pero sé por él mismo que desde hacía tiempo pensaba que lady Dedlock (por medio de la letra de no sé qué documento que le fue presentado en presencia de usted) había descubierto la existencia de un hombre reducido a la miseria... que había sido amante suyo antes de que usted le declarase su cariño y con el cual debería haberse casado. Debería haberse casado —repitió el señor Bucket haciendo hincapié en estas palabras— sin duda. Sé también por él mismo que, muerto poco después aquel hombre, sospechaba que lady Dedlock había visitado en secreto su miserable habitación y su tumba. Sé por mis propias investigaciones y por mis propios ojos y oídos que lady Dedlock hizo tal visita con el vestido de su propia doncella, ya que entonces el señor Tulkinghorn me encargó investigar a lady Dedlock (perdone que emplee los términos usados por nosotros en estos

casos), y sin que me quedase una sombra de duda pude confirmar las sospechas del señor Tulkinghorn. Confronté a la doncella en los aposentos de Lincoln's Inn Fields con un testigo que había guiado a lady Dedlock y no había ni la más mínima duda de que había llevado el vestido de la joven, sin saberlo esta. Sir Leicester Dedlock, barón, traté de allanar el camino un poco antes de estas desagradables revelaciones cuando dije ayer que incluso en las familias de elevada condición a veces sucedían cosas muy extrañas. Todo eso, y más, ha sucedido en su propia familia y a su milady y por ella. Estoy plenamente convencido, además, de que el señor Tulkinghorn continuó sus investigaciones hasta la hora de su muerte y tuvo con milady una conversación muy violenta la misma noche en que fue víctima del crimen. Sir Leicester, dígame usted a lady Dedlock cuanto acabo de compartir con usted y pregúntele si, después de haber salido de aquí el señor Tulkinghorn, fue a la casa del procurador envuelta en un manto suelto negro de flecos muy largos, deseosa tal vez de decir la última palabra de la conversación que acababa de mantener con él.

Sir Leicester, anonadado, como herido por un rayo, mira fijamente aquel dedo cruel que le penetra en el corazón y lo deja sin sangre.

—Dígaselo como cosa mía, sir Leicester Dedlock, barón, y en caso de que milady experimente alguna dificultad para recordar estas circunstancias, añada que todo es inútil, que el inspector Bucket lo sabe, que se encontró en la escalera con aquel militar, como lo suele llamar a pesar de que hace tiempo que ya no pertenece al ejército, y dígame que él sabe que ella lo sabe todo. Ahora, sir Leicester Dedlock, barón, ¿por qué le cuento a usted todo esto?

Sir Leicester, que se ha cubierto el rostro con las manos, prorrumpe en un profundo gemido, y ruega al señor Bucket que se detenga un minuto. Transcurrido este breve tiempo, recobra su calma y dignidad habituales, aunque el color de su rostro es ahora igual que el de su cabello. Esto hace que el señor Bucket se sienta impresionado, aunque pronto se da cuenta de que, a pesar de sus habituales modales fríos y orgullosos, su pronunciación es más lenta, con una curiosa dificultad para comenzar, lo que provoca que emita sonidos inarticulados. Él es quien rompe el silencio, y con voz apagada dice no comprender cómo el señor Tulkinghorn, un caballero que le era tan fiel, pudo mantener en secreto aquel descubrimiento tan penoso, increíble, lacerante, inquietante y angustioso.

—Repito, pregúnteselo a milady, sir Leicester Dedlock, barón —dice el señor Bucket—. Dígaselo a su señoría, si le parece correcto, de parte del inspector detective Bucket. O mucho me equivoco o le dirá también que el señor Tulkinghorn tenía la intención de comunicárselo tan pronto hubiese considerado que había llegado el momento. Seguramente así se lo hizo entender a milady y sospecho que debió de decírselo la mañana misma en que

fue encontrado el cadáver. Ignora usted todavía lo que me falta revelarle, y si yo cayese ahora herido de muerte, se podría usted preguntar por qué no se lo había contado, ¿no cree?

Sir Leicester está de acuerdo con la exactitud de la observación. En aquel momento, se oye en el vestíbulo un gran estrépito de voces. El señor Bucket presta atención, entreabre la puerta, y, después de escuchar un instante, vuelve atrás y dice en voz baja:

—Sir Leicester, como me temía, este desafortunado asunto ha trascendido debido a la muerte del señor Tulkinghorn y el único medio que nos queda para sofocarlo es recibir a las personas que están sosteniendo un altercado con sus criados. ¿Me da usted su permiso para que las haga entrar? El honor de la familia exige que conserve usted su sangre fría mientras yo compruebo la situación. Tendrá usted que limitarse a asentir cuando yo se lo indique con la mirada.

—Haga lo que considere oportuno —contesta sir Leicester con voz torturada.

El señor Bucket asiente con la cabeza y con un garfio sagaz del índice, y sale inmediatamente al vestíbulo donde enseguida se dejan de escuchar las voces. Luego regresa seguido de un mercurio, quien, ayudado por otra deidad gemela, también empolvado y con calzones de color melocotón, lleva un sillón en el cual está sentado un anciano inválido. El inspector de policía se dirige a los criados, les indica dónde han de dejar el sillón, los despide y cierra otra vez la puerta con llave mientras sir Leicester observa gélidamente aquella profanación de lo más sagrado de su casa.

—Señoras y señores —dice el señor Bucket a los recién llegados con toda confianza—, por si no me conocen he de decirles a ustedes que soy inspector de policía y que aquí está la prueba —y, diciendo esto, saca del bolsillo interior de su chaqueta el bastón de bolsillo distintivo de su autoridad—. ¿Deseaban ustedes ver al barón sir Leicester Dedlock? Pues ya están ustedes en su presencia, y no olviden que esto es un honor reservado a un escaso número de personas. Según tengo entendido, su nombre, caballero, es Smallweed.

—Es cierto y nunca habrá escuchado decir nada malo de mí —dice el anciano, levantando su voz chillona.

—No sabe por qué matan a los cerdos, ¿no? —replica el señor Bucket con mirada firme, pero sin perder los nervios.

—¡No!

—¡Vaya! Los matan —dice el señor Bucket— porque son muy descarados.

No se ponga en la misma situación, porque no es digno de usted. ¿Está usted acostumbrado a hablar con sordos? —pregunta el señor Bucket sin inmutarse.

—Sí —contesta Smallweed—, mi mujer es algo dura de oído.

—Por eso grita usted así, pero, como ahora ella no está presente, tenga usted la bondad de bajar la voz, por lo menos en una octava. Hágalo, y no solo se lo agradeceré yo, sino que será mejor para usted —dice el señor Bucket—. Ese caballero es un predicador, ¿no es cierto?

—Su nombre es Chadband —responde el señor Smallweed en voz mucho más baja.

—En otro tiempo tuve un amigo y sargento llamado así —dice el señor Bucket ofreciéndole la mano—, y tengo por ese nombre una simpatía singular. Esas señoras serán probablemente la señora Chadband...

—Y la señora Snagsby —añade el señor Smallweed.

—Cuyo marido, el proveedor del tribunal, es muy amigo mío —señala el señor Bucket—, lo quiero como a un hermano. Bien, ¿qué ocurre?

—¿Quiere usted decir qué es lo que nos condujo aquí? —pregunta el señor Smallweed, algo desconcertado por lo tajante de la pregunta.

—Bien sabe usted lo que quiero decir, explíquese, sin rodeos, en presencia de sir Leicester Dedlock.

El señor Smallweed le hace señas al señor Chadband y se toma un momento para consultarle entre susurros. El señor Chadband, que exterioriza una cantidad considerable de aceite por los poros de la frente y por las palmas de las manos, le dice en alto:

—Sí. ¡Usted primero! —Y se retira a su sitio de antes.

—Como cliente y amigo del señor Tulkinghorn —dice el anciano Smallweed—, teníamos negocios comunes. Él me prestaba algún que otro favor, y yo, a mi vez, también le era útil en lo que podía. Al morir mi cuñado Krook, el único pariente de la repulsiva arpía de mi mujer, la señora Smallweed, heredé sus bienes y así fue como tuve que examinar sus papeles y efectos. Entre ellos se encontró un paquete de cartas pertenecientes a su difunto inquilino, ocultas en la cama de Lady Jane, su gata, donde acostumbraba a guardarlo todo. Era una manía de Krook. El señor Tulkinghorn deseaba leer las cartas y se las llevó, si bien yo, que entiendo también algo de negocios, ya las había leído antes y había visto que trataban de asuntos amorosos de una cierta amiga del inquilino. Iban firmadas con el nombre de Honoria. ¡Qué nombre más extraño! ¿No existirá, quizá, en esta casa una señora llamada Honoria? No, claro que no. ¿Y que tenga el mismo tipo de letra? Pero, ¿qué estoy diciendo? No, no es posible.

Un ataque de tos sorprende al señor Smallweed en medio de su triunfo, y entonces exclama: «¡Ay, Señor! ¡Dios mío! ¡No puedo más!».

—Bueno, cuando esté listo —dice el señor Bucket, tras esperar a que se recupere— a llegar a algo que tenga que ver con sir Leicester Dedlock, barón, tiene al caballero aquí sentado, ya sabe.

—¡Dios del cielo! —exclama el anciano Smallweed—. ¿Cree que esto no le concierne? No, claro está, nada tiene él que ver con el capitán Hawdon y su amante, ni tampoco con su hijo natural. Pues, entonces, quiero saber de quién son las cartas. A mí sí que me interesa, y por lo mismo quiero saber dónde se encuentran las cartas. Me opongo a que nadie se las quede, pues son mías, y únicamente consentí entregárselas al señor Tulkinghorn, mi procurador y amigo.

—Caras las pagó el difunto para que se las pida usted ahora —dice el señor Bucket.

—Esto no tiene nada que ver, quiero saber dónde están. Después explicaré el motivo de nuestra visita. Queremos, además, que se busque mejor al asesino, pues sabemos quién tenía interés en la muerte del difunto y cuáles han sido las causas del asesinato y a quién beneficia. Yo le digo a usted que no está cumpliendo con su deber, pues, si el señor George intervino, fue solamente como cómplice. Alguien lo empujó al crimen y usted sabe tan bien como yo de quien estoy hablando.

—Y yo le digo —le contesta el señor Bucket, cambiando bruscamente de modales y comunicando a su índice un poder fascinador— que no le permitiré a nadie inmiscuirse en este asunto. ¿Quiere usted que se busque mejor al asesino, señor Smallweed? ¿Cree usted, acaso, que esta mano que está viendo ignora dónde hallarlo y que vacilará en hacerse con él llegado el momento?

Hay en estas palabras tal firmeza y era tan terriblemente evidente es que no es una bravata absurda que el señor Smallweed balbucea algunas excusas.

—Siga usted mi consejo —continúa el señor Bucket, interrumpiendo al anciano, de nuevo con su calma habitual—, no se ocupe del asesinato. Eso tan solo me incumbe a mí y, si lee los periódicos, no tardará en enterarse del resultado de mis investigaciones, si lee con atención. Conozco mi oficio, y eso es todo lo que tengo que decirle sobre ese asunto. En cuanto a aquellas cartas, véalas usted mismo. ¿Son éstas? —añade el señor Bucket, mostrando un paquete de papeles que al instante vuelve a colocar en el bolsillo secreto de su chaqueta.

»Y bien, ¿qué tiene usted que decirnos? —pregunta el señor Bucket—. Y no abra tanto la boca que está usted muy feo.

—Quiero que me dé quinientas libras.

—Cincuenta, quiere usted decir —dice el señor Bucket alegremente.

Sin embargo, el señor Smallweed parece que quiere decir quinientas.

—Estoy autorizado por sir Leicester Dedlock, barón, para tratar este asunto, aunque no para cerrarlo —dice el señor Bucket y sir Leicester asiente con la cabeza—, no piense usted que voy a tomar en serio una petición de quinientas libras. Vamos, vamos, es una pretensión ridícula. Doscientas cincuenta libras es mucho más de lo que esto vale. ¿No quiere usted decir doscientas cincuenta?

El señor Smallweed se niega a rebajar un céntimo.

—En ese caso —dice el señor Bucket—, pasemos a ver qué dice el señor Chadband, quien lleva el nombre de un valiente compañero, de un hombre excelente, del mejor y más modesto que he encontrado en mi vida.

Así interpelado, el señor Chadband se acerca al señor Bucket, le dirige una aceitosa sonrisa de satisfacción, y, restregándose las aceitosas manos, dice:

—Amigos míos, mi mujer, Rachael, y yo nos hallamos en la casa de un hombre rico de la alta sociedad. ¿Por qué nos hallamos en la casa de un hombre rico de la alta sociedad, amigos? ¿Hemos sido invitados? ¿Hemos sido llamados a ella para participar de su festín, para disfrutar de sus placeres, para tocar con él el laúd y tomar parte en sus danzas? No, amigos míos. ¿Por qué, pues, estamos aquí? ¿Porque somos poseedores de un secreto culpable, y para no divulgarlo pedimos trigo, vino, aceite o bien dinero, que es lo mismo? Probablemente sea eso, amigos míos.

—Por lo que veo —objeta el señor Bucket—, también usted es un hombre de negocios. Dígame, por lo tanto, ¿qué secreto es este que quiere vendernos? Tiene razón. No podría decirlo mejor.

—Lo diremos, hermano, llevados por un espíritu de amor. Acércate, Rachael, esposa mía —dice el señor Chadband, haciéndole una señal a su esposa.

La señora Chadband, más que dispuesta, avanza hasta darle un empujón a su marido para apartarlo y se enfrenta al señor Bucket con una sonrisa dura y hosca.

—Puesto que es necesario, lo contaré todo —dice la señora Chadband—. Yo he criado a la señorita Hawdon, la hija de milady, y serví a la hermana de milady, la cual, indignada por la deshonra que milady había inferido a la familia, hizo creer a todos, incluyendo a ella misma, que la niña había muerto al nacer, y por muy poco no fue así. Pero la señorita Hawdon vive aún y la conozco.

Dicho esto, la señora Chadband se cruza de brazos, y con sonrisa implacable clava los ojos en el señor Bucket.

—¿Y pedirá usted, seguramente, por su silencio, unas veinte libras o un regalo de ese coste? —dice este.

—¿Por qué no veinte peniques? —responde, riendo con desdén, la esposa del reverendo.

—Y usted, querida amiga —dice el señor Bucket, señalando a la señora Snagsby con el dedo índice—, ¿qué reclama?

La señora Snagsby después de muchas lágrimas y no pocos gemidos, que en un principio la dejan sin voz, hace, por último, comprender que es la más desgraciada de las mujeres, que su marido la ha engañado muchas veces y que la abandona rodeándose siempre de misterio y que su único consuelo en el mundo era el afecto del señor Tulkinghorn, quien se había mostrado tan bondadoso con ella, visitándola en ausencia de su esposo y que desde aquel día le había confiado todos sus pesares. Además, a excepción de los presentes, todos conspiraban contra la paz de la señora Snagsby. El señor Guppy, pasante de Kenge y Carboy, cuyo rostro se iluminaba antes como el sol del mediodía, se ha vuelto, bajo el influjo corruptor del señor Snagsby, sombrío como una noche sin estrellas. El señor Weevle, que residía misteriosamente en el barrio, se ha encerrado en el más absoluto silencio, por la misma causa. El viejo Krook, Nemo y Jo, muertos los tres, estaban igualmente en la conspiración. La señora Snagsby no explica cuál era esa conspiración pero sabe que Jo era hijo de su infiel marido, como lo prueba la visita de este durante la enfermedad del muchacho, además de por distintas indagaciones que hizo siguiéndole. En la actualidad, su única ocupación es esa, seguir las huellas del señor Snagsby, y de ese modo ha reunido tantas pruebas de su inmoralidad que con gran facilidad podría confundirlo. Ese había sido el motivo de poner ella en contacto a los Chadband con el señor Tulkinghorn, y de hablar con el señor Tulkinghorn del cambio que se observaba en la manera de ser del señor Guppy y del señor Weevle, contribuyendo, con ello, a descubrir los hechos anteriormente referidos, cuya verdad está dispuesta a atestiguar. Esto, sin embargo, no pasa para ella de ser casual, pues lo importante es desenmascarar al señor Snagsby y obtener la separación.

Todo esto, la señora Snagsby, como esposa ultrajada, como amiga de la señora Chadband, como adepta del señor Chadband y como plañidera del último Tulkinghorn, va a certificarlo con el sello de la confianza, con cada posible confusión e implicación, posible e imposible, por cuanto no la mueve ningún interés pecuniario, sino tan solo legítimos y fundados celos.

Mientras se produce este exordio (y lleva un tiempo), el señor Bucket, que con una sola mirada ha sondeado la transparente profundidad de la hiel de la

señora Snagsby, consulta a su demonio familiar, y presta su perspicaz atención a los Chadband y al señor Smallweed. Sir Leicester Dedlock permanece inmutable, con el mismo aspecto glacial, salvo cuando mira hacia el señor Bucket, una o dos veces, como si solo confiara de entre toda la humanidad en ese oficial.

—Muy bien —dice el señor Bucket—. Ahora los entiendo, y al ser designado por sir Leicester Dedlock, barón, para investigar este asunto —y sir Leicester asiente otra vez mecánicamente en confirmación de lo que dice —, le prestaré mi atención plena y completa. No voy a decir que su intención al venir aquí haya podido ser practicar la extorsión, pues no en vano somos todos gente muy bien educada y razonable. Sin embargo sí les diré que me sorprende el estrépito que han ocasionado al entrar, lo cual solo podría servirles para comprometerlos y perjudicarlos. Eso es lo que me sorprende.

—Teníamos empeño en pasar —dice el señor Smallweed excusándose.

—Lo entiendo, por supuesto —dice el señor Bucket alegremente—, pero ¿cómo a su edad (¡la cual diría venerable!), dado que su inteligencia ha debido de ganar en sutileza lo que sus piernas han perdido en vigor, no ha comprendido usted la necesidad de guardar el secreto ya que de otra forma no vale ni medio penique? Se ha dejado llevar por la cólera y no es ese, ciertamente, el medio para hacer buenos negocios —dice el señor Bucket amigablemente.

—No dije, entonces, otra cosa más que no quería salir sin que un criado pasara el recado a sir Leicester Dedlock —responde el señor Smallweed.

—¿De veras? Confiese usted que se dejó llevar por la cólera. Que le sirva esto de escarmiento para otra vez, y sacará usted mejor provecho. ¿Llamo para que vuelvan a llevarlo abajo?

—¿Cuándo sabremos algo más? —pregunta la señora Chadband, con aire afligido.

—¡Una auténtica mujer! Curiosa como todas las de su adorable género —contesta con galantería el señor Bucket—. Mañana o pasado mañana por la mañana, tendré el gusto de volverles a ver, sin olvidar al señor Smallweed, ni su petición de doscientas cincuenta libras.

—Quinientas —exclama señor Smallweed.

—Muy bien, que sean quinientas, si se empeña usted en ello, pero solo de palabra. Señoras y señores, el dueño de esta casa y yo les deseamos muy buenos días —añade el señor Bucket, con tono suave y cariñoso.

Como ninguno osa replicar, el señor Bucket tira del cordón de la campanilla y el grupo se marcha por donde había venido y en el mismo orden.

—Sir Leicester Dedlock, barón —dice con gravedad el señor Bucket, tras volver de acompañarlos a la puerta—, usted dirá si desea comprar su silencio. Yo sería de esta opinión y creo que el precio no resultará excesivo. ¿Ha observado usted cómo esa gente ha sacado partido a las especulaciones de la avinagrada señora Snagsby? Ha hecho más daño al ir reuniendo retazos que si lo hubiera pretendido. El señor Tulkinghorn les tenía cogidos de las riendas y los habría conducido adonde hubiese querido, pero, ahora que falta, tira cada cual por su lado. Así es la vida: muerto el gato, los ratones están de fiesta y cuando se funde el hielo corre el agua. Pero ya es hora de ocuparnos de detener al culpable.

Sir Leicester, que durante la anterior escena había permanecido completamente inmóvil, parece despertar de un sueño y mira atentamente al señor Bucket, que consulta su reloj.

—Esa persona ya debe de estar aquí y la detendré en su presencia, sir Leicester, rogándole que no diga usted una palabra ni haga el menor gesto. Así acabará todo, sin escándalo, y nadie se dará cuenta de ello. Esta tarde, si le parece bien, volveré para que nos pongamos de acuerdo y pensemos la mejor manera de silenciar ese asunto familiar. En cuanto al arresto del que va a ser testigo, sir Leicester, no se preocupe por nada, todo acabará siendo aclarado, de principio a fin.

El señor Bucket llama, aparece un mercurio, le dice una palabra al oído y se sitúa detrás de la puerta con los brazos cruzados. Transcurridos unos pocos minutos, entra una francesa. Mademoiselle Hortense. En cuanto está en la habitación, el señor Bucket cierra la puerta y apoya la espalda contra ella. Lo repentino del ruido hace que se dé la vuelta, y entonces ve, por primera vez, a sir Leicester Dedlock sentado en su sillón.

—Perdóneme, señor —dice con rapidez—. Me han asegurado que no encontraría a nadie aquí.

Al volverse para salir, se encuentra frente a frente con el señor Bucket y sus facciones se agitan en un movimiento convulsivo.

—Sir Leicester Dedlock, barón —dice el señor Bucket—, esta joven extranjera vive en mi casa desde hace algún tiempo.

—¿Qué le importa eso a sir Leicester Dedlock, querido amigo? —pregunta mademoiselle con voz burlona.

—Va usted a verlo, querida amiga.

Mademoiselle Hortense lo mira con una mueca en la cara, tirante, que cambia gradualmente en una sonrisa de desprecio.

—Está usted muy misterioso. ¿No habrá usted bebido demasiado?

—No, estoy tolerablemente sobrio, querida amiga.

—Pues explíqueme qué es lo que significa todo esto. Su esposa me conduce a esta casa, se ha separado de mí hace apenas cinco minutos. Me dicen que está aquí, vengo a buscarla y le encuentro a usted en su lugar. ¿Qué intención tiene esta comedia de tontos, dígame?

Diciendo esto, mademoiselle cruza los brazos, con aparente calma, al tiempo que sus morenas mejillas tiemblan convulsivamente. El señor Bucket se limita a mover el dedo índice en su cara.

—¡Está usted loco! —exclama mademoiselle, prorrumpiendo en una nerviosa carcajada—. ¡Déjeme marchar, cerdo! —Y golpea el suelo con el pie, adoptando un aire amenazador.

—Mademoiselle —contesta el señor Bucket, con tono frío y resuelto—, haga el favor de sentarse en ese sofá.

—No quiero sentarme —replica mademoiselle negándose repetidamente mediante gestos.

—Siéntese, mademoiselle —repite el señor Bucket sin hacer nada salvo con el índice.

—Pero ¿por qué?

—Porque desde este momento queda detenida acusada de asesinato y no hace falta que le cuente de quién. Mi deseo es guardarle todas las consideraciones posibles, atendiendo a su doble condición de mujer y de extranjera, pero, si opone resistencia, me veré obligado a emplear la fuerza. Fuera hay gente más descortés que yo, se lo aseguro. Le aconsejo, pues, como amigo, que no me lo haga repetir por tercera vez y que se siente inmediatamente en el sofá.

—Es usted el diablo —murmura mademoiselle, con voz sorda, aunque obedeciendo.

—Está bien —dice el señor Bucket, conciliador—, no esperaba otra cosa de una mujer inteligente como usted. Y ahora escuche con atención mi consejo: medite bien lo que vaya a decir, o, mejor aún, hable lo menos posible hasta que se le pregunte, pues la menor indiscreción podría perjudicarla.

Mademoiselle tiembla de ira. Sus ojos lanzan chispas. Su boca se contrae como la de un tigre hambriento. Se sienta muy erguida en el sofá, rígida, con las manos apretadas (también los pies, podríamos suponer) y parece murmurar alguna muda imprecación contra el señor Bucket.

—¡Oh, Bucket, es usted un diablo!

—Esta señorita extranjera, actualmente inquilina mía —dice el señor

Bucket, y desde ese momento el índice no para—, era camarera de milady; su naturaleza violenta y su vehemencia se convirtieron un día en cólera contra milady cuando fue despedida.

—¡Eso es falso! —dice mademoiselle—. Yo me marché.

—Siga mi consejo y no se comprometa —dice el señor Bucket casi suplicando—, no diga nada mientras no se le pregunte. Ahora no hablo con usted.

—¡Despedida! —dice furiosa mademoiselle—. ¡Por milady! ¡Y qué milady, válgame Dios! Buen cuidado tuve de no perder mi buena reputación permaneciendo por más tiempo junto a ella.

—No salgo de mi asombro —dice el señor Bucket—, siempre tuve a los franceses por gente muy atenta, no sé cómo puede usted hablar así delante de sir Leicester Dedlock.

—¡Pobre diablo! —exclama mademoiselle—. ¡Vea el caso que hago de su casa..., de su nombre..., de su idiotez! —Y a cada una de esas expresiones escupía en la alfombra con desprecio—. ¡Sí, sí! ¡Vaya un hombre! ¡Es para sentirse orgulloso! ¡Oh, Dios mío!...

—Sir Leicester Dedlock, a esta mujer tan colérica —continúa el señor Bucket—, se le metió en la cabeza que tenía derecho a la protección del señor Tulkinghorn por ayudarle en aquella ocasión que le conté en su bufete, protección que fue a pedirle a su casa y él pagó espléndidamente.

—¡Es falso! —dice mademoiselle—. Nunca quise aceptar su dinero.

—¿No quiere usted callar? Mire usted que las consecuencias de su conducta pueden serle fatales —dice el señor Bucket a modo de aclaración—. No podría yo afirmar si, al hospedarse en mi casa, abrigaba ya la intención de cometer el crimen, sir Leicester, pero lo cierto es que desde que vivía en mi casa rondaba, sin cesar, el despacho del señor Tulkinghorn, y acosaba con su inoportuna presencia a un papelerero que por poco se vuelve loco.

—¡Mentiras!, ¡mentiras! —grita mademoiselle.

—Se cometió finalmente el asesinato cuyos pormenores conoce usted, sir Leicester Dedlock. Ahora le ruego que me preste su máxima atención un minuto o dos. Me enviaron a buscar y se me confió el encargo de descubrir al asesino. Examiné el lugar, el cuerpo y todos los documentos. Supe, por un pasante que habitaba en la casa, que George había tenido frecuentes altercados con el señor Tulkinghorn y había llegado a amenazarlo; por otra parte, en el momento del asesinato, se encontraba cerca de aquel lugar, y aun cuando yo tenía la íntima convicción de que él no era el culpable, pesaban contra él tan fuertes indicios que me obligaron a detenerlo. Pero ¡atención!

Cuando el señor Bucket se inclina hacia adelante algo alterado (para ser él) y empieza lo que va a decir con un golpe fantasmal de su índice en el aire, mademoiselle Hortense clava en él sus negros ojos frunciendo sombríamente el ceño, y aprieta los labios secos con fuerza y firmeza.

—Aquella noche, sir Leicester Dedlock, barón, al volver a mi casa, hallé a esta joven cenando con mi mujer, por quien manifestaba gran afecto. Aquella noche se mostraba más solícita que de ordinario y se deshacía en elogios sobre el excelente señor Tulkinghorn, cuya memoria veneraba. Yo estaba sentado frente a ella y, viendo el modo en que empuñaba el cuchillo, tuve una rápida inspiración y me asaltó la idea de que había de ser ella la autora del asesinato.

—¡Cuando digo que es usted el diablo! —murmura Mademoiselle, rechinando los dientes.

—¿Dónde estuvo usted durante la noche del asesinato? —continúa el señor Bucket—. Según dijo, había ido al teatro. Es verdad, he averiguado que allí fue, antes y después del asesinato. Comprendiendo, enseguida, con quién tenía que habérmelas, me tracé un plan enteramente nuevo, una trampa como nunca había tendido, y como nunca había aventurado hasta ese momento. Lo fui elaborando en mi mente mientras hablaba con ella en la cena. Y de éxito seguro. Fuimos a acostarnos, y, como la casa es muy reducida y esta joven extranjera tiene muy fino el oído, obligué a mi mujer a que se tapara con la sábana para que no dejara escapar el menor grito de sorpresa, y le conté lo que había pensado... Tenga la bondad de estarse quieta, querida amiga, o de lo contrario me veré obligado a atarle las piernas —el señor Bucket dice esto mientras se acerca a mademoiselle y coloca su pesada mano sobre el hombro de la joven.

—¿Qué le pasa a usted? —pregunta ella.

—¿Que qué me pasa? —responde el señor Bucket sirviéndose de su índice para ser más persuasivo—. Me pasa que no quiero que se tire usted por la ventana. Siéntese y yo me sentaré junto a usted. Tome usted mi brazo. Sabe que estoy casado y conoce a mi mujer, así que tome usted mi brazo.

En vano trata de humedecerse los labios secos, con un ruido de sufrimiento lucha consigo misma y obedece.

—Ahora está todo bien, sir Leicester Dedlock. Puede usted estar seguro de que nunca habríamos obtenido la evidencia a la que hemos llegado de no haber sido por la cooperación de mi mujer, una mujer excepcional, no hay una así entre cincuenta mil... ni entre ciento cincuenta mil. Para aumentar la confianza de esa joven, y para que estuviera menos prevenida, no volví a casa desde aquella noche, y mantenía la comunicación con mi mujer deslizándole mis instrucciones en el pan o en el frasco de la leche que le llevan todos los

días. «Querida —le dije, en voz baja, asegurándome de que tenía bien tapada la boca—, ¿puedes vigilarla día y noche sin tomarte un minuto de reposo, y engañarla, hablándole sin cesar de mis sospechas contra George? ¿Puedes prometerme que no dará un solo paso sin que tú lo sepas, que será tu prisionera sin saberlo, que no se te escapará, que su vida será la tuya y su alma tu alma, hasta que sepas de un modo claro si es ella la autora del crimen?» Y la señora Bucket lo prometió y ha hecho honor a su promesa.

—¡Mentiras! —dice mademoiselle—. ¡Todo mentiras, amigo mío!

—Sir Leicester Dedlock, barón, ¿qué sucedió entonces? Que, al saber que yo no salía de su casa de usted, esa mujer infernal trató de hacer recaer en otra persona las sospechas que podían caer sobre ella, y acusó a milady.

Sir Leicester se levanta como un autómatas, vacila y cae, otra vez, sobre el sillón.

—Para convencerse de ello, no tiene usted más que pasar los ojos por estas cartas. Una de ellas, dirigida a usted, sir Leicester, e interceptada por mí, era muy explícita y unía el calificativo de asesino al nombre de milady. ¿Qué me dice usted ahora de la señora Bucket, que supo arreglárselas para sorprender a esa joven escribiendo estas cartas, y vio, después, como ella misma las echaba al correo? ¿Qué me dice usted si le digo que hace media hora la señora Bucket obtuvo las cuartillas correspondientes a estas y la tinta y las plumas de las que se sirvió la culpable? ¿Qué me dice usted de mi excelente colaboradora? —exclama el señor Bucket, entusiasmado con su mujer.

Sobre todo, hay dos cosas perceptibles cuando el señor Bucket habla de este modo. La primera es que presiona más y más el brazo de mademoiselle. La segunda es que ella siente enrarecerse, por momentos, la atmósfera de libertad que aún respira y estrecharse el lazo en que está presa.

—Es cierto que lady Dedlock se encontraba a aquella hora fatal en casa del señor Tulkinghorn —dice el señor Bucket—, lo mismo que el pobre George. Sin duda esta joven vio a milady, según he deducido, desde el piso superior, pero esto ya no significa nada y no vale la pena mencionarlo. He hallado el casquillo de la pistola cuyo disparo dio muerte a la víctima, cuyo taco era, justamente, un pedazo de la descripción impresa de su casa de Chesney Wold. Y si le digo a usted que esta joven, creyéndose a salvo, rompió lo que quedaba de la hoja, y que la señora Bucket, después de reunir los pedazos, recompuso la página sin que faltara más de ella que ese pedazo exacto, considerará ya el hecho un poco más significativo.

—¿Ha acabado usted ya su sarta de mentiras, o bien piensa continuar así hasta mañana? —dice mademoiselle.

—Sir Leicester Dedlock, barón —dice el señor Bucket, quien se fascina

con los títulos y se siente violento cuando suprime cualquier fragmento—, lo que me falta decir sobre el asunto, señor Dedlock, prueba cuanta paciencia es necesaria para el ejercicio de nuestra profesión, pues sin ella podría malograrse todo. Sin ir más lejos, y para buscar un ejemplo, se dio el caso de que ayer, en el entierro del señor Tulkinghorn, al que acudió esta señorita, en compañía de mi mujer, era tal la expresión de su semblante y por otra parte poseía ya tantas pruebas contra ella que de tener menos experiencia no habría vacilado en detenerla en aquel mismo instante. Recordé su odio por milady y, cuando después milady, a quien todo el mundo admira y respeta, volvió por la tarde a esta casa, y cuando la vi atravesar el vestíbulo y subir la escalera, me causó tal pena pensar que la acusaban del asesinato que estuve a punto de poner término a esa abominable farsa. Y, no obstante, sir Leicester Dedlock, barón, esta precipitación nos habría hecho perder una de las piezas más importantes del proceso, el arma con la cual fue cometido el crimen. Vea usted lo que pasó. Mi prisionera tuvo la idea de proponer a mi mujer, como medio de distracción después del entierro, salir al campo para tomar el té en una casa cerca de la cual hay un estanque. Apenas acababan de sentarse a la mesa, cuando la mademoiselle tuvo que levantarse para ir en busca del pañuelo que, según dijo, había dejado olvidado en el cuarto donde tenía los sombreros, y, después de permanecer fuera más tiempo del necesario para tan corta operación, volvió muy acalorada y jadeante, circunstancia que mi mujer observó y que me comunicó después a su regreso. Al instante, envié allí a dos hombres con orden de hacer vaciar el estanque durante la noche, y cinco o seis horas después estaba en mi poder la pistola de bolsillo de esta señorita. Ahora, querida mía, hágame el favor de soltarme el brazo y mantener estirado el suyo. No tenga miedo, no voy a hacerle daño... Ya tenemos una —añade el señor Bucket, poniendo las esposas a mademoiselle—, venga la otra... Ya está. Levantémonos, y en marcha.

—¿Dónde está su traidora, falsa y maldita mujer? —pregunta mademoiselle, mirando al señor Bucket, con los ojos casi cerrados de odio.

—En la jefatura de policía. Allí la verá usted.

—¡Cuánto daría por darle un beso! —exclama mademoiselle jadeando como una fiera.

—Para morderla, sin duda —dice el señor Bucket.

—¡Para destrozarla y hacerla pedazos! —dice abriendo mucho los ojos.

—Lo comprendo —dice el señor Bucket con la mayor compostura—. Hay en su sexo muchos ejemplos de odios superiores a toda ponderación. ¿Qué apostamos a que no abriga hacia mí la mitad del odio que le inspira mi mujer?

—¡Oh, no! Aunque sea usted el diablo en persona.

—Ángel unas veces, diablo otras —contesta el señor Bucket—. Permítame que arregle su chal, no es esta la primera vez que lo hago, ni usted la primera mujer a quien sirvo de camarera. ¿Está usted preparada? ¿Lleva el sombrero? Abajo nos espera un coche.

Mademoiselle Hortense dirige una mirada al espejo, imprimiendo a su cuerpo un movimiento particular que basta para ajustar su vestido en un instante y es preciso confesar que su aire es de una perfecta distinción.

—Querido amigo —le dice al señor Bucket—, lástima que siendo usted tan inteligente no pueda devolver la vida al señor Tulkinghorn.

—No puedo, en verdad —responde el señor Bucket.

—¡Lástima —añade— que con todo su poder no le sea posible devolver a milady su honradez!

—Déjese usted de burlas.

—¡Oh! ¡Devolver a ese hombre su orgullo de caballero! —grita mademoiselle con displicencia, en referencia a sir Leicester—. ¿No ve usted qué cara de bobo?

—¡Vamos!

—No llega su poder a tanto, querido, ¿verdad? Pues bien, haga usted de mí lo que quiera. Lo mismo da morir de una manera que de otra. Adiós, viejo gris, lo compadezco y lo desprecio.

Y, diciendo esto, aprieta los dientes como movidos por un resorte de acero.

Imposible explicar el modo particular con que el señor Bucket se lleva a la detenida, rodeándola de una nube de complacencia y tratándola del mismo cuidado con que un Júpiter doméstico llevaría consigo al objeto de su amor.

Sir Leicester se queda solo, y permanece largo rato en la misma actitud en que lo dejaron. Se diría que está, todavía, escuchando atentamente las palabras que se han pronunciado junto a él. Recorre, por fin, la estancia con su mirada, y, como no ve a nadie, se levanta, vacilando, da algunos pasos apoyado en la mesa y se detiene, como viendo algo a lo lejos.

Dios sabe lo que le muestra aquella visión que parece surgir ante él: personas desconocidas llevan sus manos sacrílegas sobre Chesney Wold, derriban las centenarias encinas, devastan la noble morada y ultrajan los retratos de sus antepasados. La policía registra la casa de sus padres y toca irreverente lo más sagrado de su herencia. La multitud lo señala con el dedo y sonrío a su paso. Pero una sombra domina aquel cuadro desolador como un tenue y vago fantasma a quien invoca todavía su voz temblorosa, y a quien se dirigen, en su desesperación, sus suplicantes brazos. Es la mujer en la cual

cifrara hace tantos años su felicidad y su orgullo, la mujer a quien había amado, admirado y colocado por encima todo, de modo que hasta ella pudiera llegar el respeto universal, aquella mujer que en medio de su existencia ficticia, helada por la etiqueta, ha alimentado en su corazón una fuente viva de abnegación y amor. Solo la distingue a ella en medio de su dolor. Se olvida de sí mismo para no pensar más que en ella, sin poder soportar la idea de verla apartada del alto pedestal que le erigiera y cuyo adorno era.

Incluso cuando cae fulminado por el dolor profiriendo algunas palabras de compasión más que de ira..., el nombre de milady sale entre los confusos murmullos de sus labios como un rezo.

LV

Fuga

El inspector detective Bucket no ha dado aún el golpe supremo cuyos pormenores acabamos de contar, sino que está preparándose para la fatigosa jornada de su feria de muestras mediante un sueño reparador y, mientras duerme, una silla de posta procedente del Lincolnshire se dirige a Londres, a pesar del viento glacial que sopla por la ruta. En aquellos lugares no existían aún los ferrocarriles, que debían, en breve, llenarlos con su rugido y su humareda y correr como un meteoro por el amplio paisaje nocturno, haciendo la luna más pálida. Se habían empezado los preparativos y tomado las medidas, se había acotado el terreno, los pilares de los puentes y viaductos se miraban tristemente como parejas desafortunadas a cuya unión se oponían obstáculos hasta el momento invencibles, los carros y carretas precipitaban torrentes de tierra y piedras en los valles para nivelar sus hondonadas, puntiagudos trípodes de estacas se elevaban en el lugar donde, según la opinión pública, se suponía un túnel todo estaba transformado, movido, fuera de lugar. Aquella era la imagen del caos. Sin embargo la silla de posta corre a través de la helada oscuridad, sin preocuparse del ferrocarril.

Ocupan el coche la señora Rouncewell, la digna ama de llaves de Chesney Wold y la señora Bagnet con su capa gris y su paraguas. La mujer del ex artillero habría preferido el pescante, por ser una plaza más ventilada y conforme a su modo habitual de viajar, pero la señora Rouncewell se preocupa demasiado por ella como para consentirlo. En efecto, la señora Rouncewell no sabe cómo manifestar a la señora Bagnet su agradecimiento, y a menudo se lleva a los labios su mano, sin observar que aquel cutis dista mucho de la suavidad del raso.

—Solo una buena madre como usted —dice— podía dar con la madre de mi George.

—Esto es debido, señora, a que conmigo ha sido siempre más franco que con los demás —contesta la señora Bagnet—, y cuando una tarde le oí decir a mi Woolwich que entre todos sus pensamientos no había otro que más le consolara que el no haber puesto una arruga en la frente de su madre ni una cana en su cabello, el corazón me dijo que aquel día había sucedido algo que le había hecho pensar en ella, pues en otras ocasiones le oí decir que no se había portado bien con usted.

—¡Ah! No es cierto —exclama la señora Rouncewell, que rompe a llorar—, no ha pasado hora en que no lo haya bendecido. Me ha querido siempre tanto, ¡es tan bueno! Tenía, sí, el alma aventurera, impetuosa, y se hizo soldado, esperando ascender y por eso no nos escribió, así me consta, señora, y luego, viendo que no lograba pasar de sargento, se sintió avergonzado y no quiso hacernos partícipes de su vergüenza. ¡Ay! Ya de niño tenía un corazón de león.

Y las manos de la anciana tiemblan manifestando la emoción de su pecho al recordar lo amable, alegre y decidido que era George. Añade que todos en Chesney Wold lo querían, que era el favorito de sir Leicester, que hasta los perros se disputaban sus caricias, y que, ni siquiera entre aquellos con los que se peleaba, había nadie que tuviera un mal recuerdo de él cuando se marchó.

—¡Pobre George! —añade—, ¡pensar que está ahora preso y que he de volver a verlo en la cárcel!

La anciana inclina la frente bajo el peso de su aflicción.

Con el instinto de los buenos corazones, la señora Bagnet deja llorar a la anciana ama de llaves un instante, no sin enjugar sus propias lágrimas, con su curtida mano, y, cuando observa que disminuye su llanto, comienza otra vez a charlar animadamente.

—Aquella tarde —continúa—, George fumaba su pipa en la calle, y al llamarlo para el té, le dije: «¿Qué te pasa, George? Te he visto, en el extranjero y aquí, en situaciones muy difíciles y nunca tenías este aire melancólico y triste». «Tiene razón, señora Bagnet (me contestó), pero no me falta motivo, ya es tarde para cambiarlo. Si algún día llego a entrar en el cielo, no será porque haya sido un buen hijo para mi madre viuda.» Sobre este tema habló algún tiempo, hasta que me contó que en casa del procurador había visto a una señora ya anciana que le había recordado a su madre, y enseguida empezó a hablar de la anciana, y entonces le pregunté cómo se llamaba aquella señora que había visto en casa del procurador y me respondió que era la señora Rouncewell, ama de llaves desde hacía más de cincuenta años de la familia

Dedlock, en Chesney Wold, Lincolnshire. Yo sabía, porque así lo había dicho George con frecuencia, que él era natural de Lincolnshire y le dije a mi Lignum: «Apostaría cuarenta y cinco libras a que George ha visto a su madre».

—¡Ay! ¡Bendita sea usted! ¡Gracias, gracias! —exclama la señora Rouncewell, al oír esta historia, por vigésima vez, por lo menos, en cuatro horas.

—¡Bendita sea su bondad, señora! —exclama la señora Bagnet con la mayor naturalidad—. Lo primero que ahora tiene que preocuparnos es conseguir que George no prescindiera de ningún medio para probar su inocencia. La justicia y la verdad no bastan, es necesario que tenga en su favor la ley y a los abogados —añade la señora Bagnet, persuadida de que la ley y los abogados están divorciados desde hace mucho tiempo de la justicia y la verdad.

—Dispondrá de cuanto haga falta, hija mía —dice la señora Rouncewell—. De eso no se preocupe, estoy dispuesta a gastar hasta mi último penique para proporcionarle la libertad. Además, estoy segura de que sir Leicester, milady y la familia entera pondrán en juego toda su influencia para ayudarlo... Yo..., yo sé algo, hija mía. Se lo pediré por mí, por una madre que no lo ha visto desde hace tanto tiempo y que lo encuentra encarcelado.

La ansiedad que manifiesta el ama de llaves al decir esto, sus palabras entrecortadas y la forma de retorcerse las manos producen una honda impresión en la señora Bagnet, quien las atribuye al dolor que siente por la suerte de su hijo. La señora Bagnet se sorprende al oírle murmurar muchas veces el nombre de milady.

La aurora sucede a la noche, y a la niebla la despeja la brisa, y la silla de posta avanza siempre semejante a un fantasma. Tiene una gran compañía espectral en los fantasmas de los árboles y de los arbustos, que lentamente desaparecen y dejan sitio a las realidades del día. Al llegar a Londres, las viajeras ponen pie en tierra. La anciana ama de llaves se muestra más agitada que nunca; la señora Bagnet, tranquila y sosegada, igual que lo estaría si en lugar de encontrarse en Londres desembarcara sin más equipaje ni provisiones en el cabo de Buena Esperanza, en Hong Kong o en la isla de la Ascensión. Sin embargo, en el instante de encaminarse hacia la cárcel donde se encuentra preso George, la señora Rouncewell ya ha recobrado, con su vestido de color lavanda, su dignidad característica. Podría ser comparada a un hermoso jarro de porcelana antigua, grave, sencillo y majestuoso, salvo que bajo esa materia fría no hay un corazón que palpita tan fuerte ni que hinche aquel pecho con más violencia aún que en el día de la partida de su hijo.

Las dos mujeres hallan abierta la puerta del aposento de George, ya que el

carcelero salía en ese momento. La señora Bagnet le indica por señas que no las anuncie. George está escribiendo y la puerta se cierra sin que vuelva el rostro, porque cree estar solo. Parece sumido en una profunda meditación. Su madre lo mira sin hacer un gesto, sin decir una palabra, y únicamente sus manos en actitud de plegaria manifiestan lo que su corazón siente. Hay tanta elocuencia en aquellas manos temblorosas, expresan tan bien su ventura, su gratitud, sus pesares y sus esperanzas, expresan tanto amor hacia aquel hijo predilecto que ruedan silenciosas lágrimas por las mejillas de la señora Bagnet.

—¡George Rouncewell, hijo mío, hijo querido, date la vuelta y mírame!

George se estremece, se precipita en los brazos de su madre y se arrodilla delante de ella. ¿Le impulsan el arrepentimiento de sus últimas faltas o la memoria del tiempo pasado? Sus manos se juntan, como las de un niño que reza, y elevándolas hacia su madre, inclina la frente y llora.

—¡George mío, al que más quiero! Siempre fuiste mi favorito y lo todavía lo eres. ¿Dónde has pasado tantos y tan terribles años? Es ya un hombre, todo un hombre, un hombre fuerte y robusto. ¡Así te imaginaba yo!

Ella le hace preguntas y él le da respuestas, sin que, por un momento, tengan relación unas con otras. La señora Bagnet vuelve el rostro a la pared y se seca los ojos con su capa de siempre.

—¡Perdóneme, madre mía! Lo necesito mucho —dice George cuando consigue hablar.

¿Necesidad de perdón? Si ella no ha sentido jamás hacia él ni el menor resentimiento. Su testamento así lo prueba. Hace muchos años que le hizo escribir al notario que su George era su hijo y que, si moría sin volver a verlo, lo bendeciría hasta el último momento, llamándole su bien amado hijo George.

—Madre, he sido muy mal hijo, y tengo el pago que merezco, pero desde hace algún tiempo lo pienso con mucha frecuencia. ¡Ay! Madre mía, cuando me fui no tenía aún ni el menor asomo de juicio. Me marché como un hombre sin corazón, y me alisté como un loco, dando a entender que no me importaba ni yo importaba a nadie.

El sargento se lleva el pañuelo a los ojos y vuelve a guardarlo en el bolsillo, pero su voz enternecida y su palabra entrecortada por los sollozos contrastan asombrosamente con su manera habitual de expresarse.

—Recordaré, madre mía, que escribí diciéndole que me había alistado con un nombre falso y que iba a partir hacia el extranjero. Hice el propósito de escribirle antes de un año para anunciar que había logrado hacerme con un ascenso. El tiempo transcurrió, la suerte no me fue favorable, esperé poder

darle mejores noticias, y así pasó un año tras otro, hasta diez. Al final, la vergüenza me impidió escribir.

—¡Debiste hacerlo, hijo mío, aunque solo fuese para tranquilizar a tu pobre madre, que te quiere tanto!

—¡Dios me perdone mi ingratitud! —dijo George, tosiendo con fuerza, como para quitarse de sí la emoción que lo ahogaba—. Pero nada bueno podía decirle. Usted era estimada y respetada, mi hermano, cuyo nombre vi por casualidad en los periódicos, se había hecho con una próspera posición. ¿Para qué recordarle, por lo tanto, al soldado de caballería, un vagabundo, que no era siquiera lo que había sido, que había malgastado sus años de juventud y reemplazado lo poco que en algún tiempo había sabido por una manera de vivir que le hacía imposible hacer jamás nada de provecho? No crea usted que no pensé con frecuencia en sus sufrimientos, lágrimas y rezos, pero me decía que lo más difícil ya estaba hecho y supuse que el tiempo habría mitigado su pena. ¿Para qué recrudescerla? Ahora comprendo que hice mal, pero entonces pensaba todo lo contrario.

La anciana niega con la cabeza de manera apesadumbrada y, cogiendo una de sus enormes manos, la pone amorosamente en su hombro.

—No, no digo que fuera así, madre, sino que así lo creía. Como he dicho ahora mismo, ¿qué se podría sacar de ello? Bueno, mi querida madre, algo hubiese sacado... y eso era lo terrible del asunto. Me hubiese ido a buscar, hubiese pagado la licencia, me hubiese llevado a Chesney Wold, nos hubiera juntado a mí y a mi hermano y a la familia de mi hermano, todos hubiesen reflexionado con ansiedad sobre cómo hacer algo por mí, y me hubiesen instalado como un civil respetable. Pero ¿cómo iban a estar seguros de mí ninguno, cuando yo no podía estar seguro de mí mismo? ¿Cómo no iban mirarme como a un estorbo y descrédito en sí mismo si no era mediante la disciplina? ¿Cómo iba a mirar a la cara a los hijos de mi hermano y fingir dar ejemplo ante ellos... yo, el muchacho vagabundo que se había escapado de casa y sido dolor e infelicidad en la vida de mi madre? «No, no (pensaba), no debes ser una carga para nadie. Lo hecho, hecho está, y ya no tiene remedio. Es preciso atenerse a las consecuencias.»

Los ojos de la señora Rouncewell expresan toda la alegría que su alma siente, y se clavan en los de la señora Bagnet como diciéndole «¿No se lo decía yo?». La señora Bagnet comparte los sentimientos de la anciana y manifiesta el interés que se toma en la conversación pinchando con el paraguas las espaldas del militar, como un método propio para mostrar su afecto, y a ello le siguen abundantes lágrimas, que seca con la punta de su capa gris.

—Y así fue —continúa George—, llegué a la conclusión de que lo mejor

que podía hacer, para expiar mis faltas, era resignarme a mi suerte y morir olvidado. Y lo habría cumplido, madre mía (a pesar de que más de una vez he ido a Chesney Wold para verla cuando menos se lo hubiese pensado usted), de no haber sido por la esposa de mi antiguo camarada, cuya perspicacia lo ha descubierto todo, de lo cual es inútil decirle, señora Bagnet, que le estoy muy agradecido.

A lo que la señora Bagnet responde con dos pinchazos de paraguas.

En aquel momento, recordando, de pronto, la situación en que su hijo se encuentra, la señora Rouncewell le suplica que consienta en ser dirigido por las personas que se interesan por él y aceptar un abogado, que lo haga por su madre, de la cual es la alegría y el orgullo, y cuyo corazón desgarraría si no lo hiciera así.

—Poco es lo que me pide —dice abrazando a la anciana sin dejarla acabar—. Tarde es para empezar a obedecerla, pero dígame lo que quiera que haga y me apresuraré a cumplirlo. Señora Bagnet, usted cuidará de mi madre, ¿verdad?

Por única respuesta recibió dos violentos pinchazos de paraguas.

—Hágame el favor de presentársela a la señorita Summerson y al señor Jarndyce, quienes serán de su misma opinión.

—George —dice la anciana—, voy a escribir a tu hermano. Es un hombre sensato y que sabe desenvolverse fuera de Chesney Wold, hijo mío. Será de gran ayuda.

—¿Es demasiado pronto para pedirle un favor, madre? —observa el sargento.

—Desde luego que no, hijo mío.

—Entonces concédame un gran favor. No le hable usted.

—¿Que no le hable de qué, hijo mío?

—De mí. No podría soportarlo, madre. No puedo ni imaginarlo. Ha probado ser tan diferente a mí y ha hecho tanto por prosperar mientras he sido militar: ¿cómo voy a tener el descaro de verlo aquí en mi situación y bajo esta acusación? ¿Cómo le podría resultar agradable descubrir tal cosa a un hombre como él? No, no, es imposible. Guarde usted el secreto, y sobre todo que mi hermano sea el último en saberlo.

—Pero no para siempre, ¿no, mi querido George?

—Vaya, madre, quizá no para siempre (aunque quizá le pida eso más tarde), pero ocúlteselo, se lo ruego. Si en algún momento sabe que el disoluto de su hermano ha vuelto, desearía —dice el militar negando con la cabeza

dubitativamente— ser yo quien se lo hiciera saber y maniobrar, avanzando o retirándome, según la forma en que parezca tomárselo.

Como es evidente que tiene una opinión muy enraizada sobre este punto, tan profunda como así lo manifiesta el rostro de la señora Bagnet, su madre le da su consentimiento implícito a lo que le pide. Él se lo agradece mucho.

—En todos los demás aspectos, mi querida madre, seré todo lo dócil y obediente que pudiera desea: solo en esto me mantengo firme. Así que ahora estoy listo incluso para los abogados. He estado trazando —mira lo escrito en la mesa— un relato exacto de lo que sé del fallecido, y de cómo me he visto envuelto en este desgraciado asunto. Está registrado, clara y llanamente, en forma de parte militar, sin una palabra que se desvíe de los hechos. Iba a leerlo de cabo a rabo cuando fuera llamado para decir algo en mi defensa. Espero que todavía me permitan hacerlo, pero ya no es mi voluntad quien decide y, se diga lo que se diga o se haga lo que se haga, prometo que no decidirá.

Alcanzada esta victoria, y haciéndose ya tarde, la señora Bagnet se muestra impaciente por marcharse.

—¿Adónde la llevará, señora Bagnet? —pregunta George, tras soltar a su madre, a la que ha tenido abrazada durante mucho tiempo.

—A la casa londinense de sir Dedlock, hijo mío —contesta la señora Rouncewell—, me reclama un asunto muy importante.

—Señora Bagnet, ¿puede tomar un coche y acompañar a mi madre? Pero, vaya tontería, lo sé. ¡Vaya preguntas que le hago!

—Pues sí, ¡qué preguntas! —dice la señora Bagnet con su paraguas.

—Acompáñela, mi buena amiga, y cuente con mi más profundo agradecimiento. Un beso de mi parte a Quebec y a Malta, todo mi cariño a mi ahijado, un apretón de manos al bueno de Lignum, y esto es para usted, excelente amiga, únicamente siento que no sean diez mil libras en oro —añadió el veterano, besando, con respeto, la bronceada frente de la señora Bagnet.

Y la puerta de la celda se cierra un instante después de salir las dos mujeres.

Inútiles fueron los ruegos de la anciana ama de llaves de Chesney Wold para que la señora Bagnet conservara el coche hasta llegar a su casa. Saltó del carruaje al llegar a la puerta de los Dedlock, dio la mano a la señora Rouncewell para ayudarla a subir los escalones del vestíbulo, y después se aleja con paso rápido. En poco tiempo, se hallaba de nuevo con su familia, y sin pérdida de tiempo se pone a lavar verduras como si nada hubiese sucedido.

Milady está sola en la estancia donde recibió la visita del señor

Tulkinghorn, y sus ojos no se apartan del lugar desde el cual el procurador la estudiaba a sus anchas durante su última entrevista cuando oye una suave llamada en la puerta. ¿Quién es? ¡La señora Rouncewell! ¿Qué motivo puede traer a la señora Rouncewell a Londres?

—Un acontecimiento bien triste, una inquietud terrible, milady. ¿Puede usted concederme unos momentos de atención?

¿Qué suceso es ese que le hace a esta anciana tan tranquila temblar tanto? Con mucho más feliz que ella, como milady ha creído a menudo, ¿por qué balbucea de esta manera y la mira con una suspicacia tan extraña?

—Siéntese y sosiéguese.

—Milady, he encontrado a mi hijo más joven, a mi George, al hijo al que perdiera hace tantos años, y ¡está en la cárcel!

—¿Por deudas?

—¡Ay, no, milady! Si fuese por deudas, estarían ya pagadas.

—Vaya, ¿por qué lo han detenido?

—Lo acusan de un crimen del que es inocente, milady, dicen que ha asesinado al señor Tulkinghorn.

¿Por qué aquella mirada suplicante, aquellos brazos tendidos hacia milady y aquella carta que le tiende con mano temblorosa?

—¡Lady Dedlock, querida y buena señora! Tenga usted piedad de mí, y que su bondad me perdone. Mucho antes de que usted naciera yo estaba ya en esta familia y siempre la serví con fidelidad. ¿Puedo merecer su influencia para salvar a mi pobre hijo?

—¡Cualquiera diría que lo he acusado yo!

—No, milady, no, pero los demás sí, está en peligro, y con una sola palabra puede usted hacer que sea reconocida su inocencia. Dígala, milady, se lo suplico.

¿Qué poder extraordinario atribuye aquella vieja servidora a la persona a quien implora? ¿Qué fantasías abriga en su mente? Milady la mira con sorpresa y a la vez con miedo.

—Milady, al salir la noche pasada de Chesney Wold para correr al lado de mi hijo, los pasos en la galería del fantasma eran más obstinados y siniestros que nunca. Hace tiempo que cada noche resuenan en su habitación, pero esa noche de la que le hablo producían un eco mucho más terrible, y, al acercarme allí, encontré esta carta.

—¿Qué carta?

—¡Más bajo, milady, más bajo! —murmura el ama de llaves, mirando a su alrededor—. No se lo he dicho a nadie y estoy segura de que no hay en estas líneas una palabra de verdad, pero la vida de mi hijo está en peligro, y espero que se apiade usted de mí. Si sabe usted algo y alguna causa secreta le impide revelarlo, piense en mí, milady, y venza sus temores. Sé que es usted buena, aunque no intime usted con nadie. Sigue sola el camino que se ha trazado y permanece apartada de los demás que la respetan y admiran por lo elegante y hermosa que es, de modo que por orgullo o desdén podría quizá resistirse a decir lo que sabe sobre este asunto. Si es así, milady, se lo ruego, piense en mis largos años de servicio, en mi vida entera consagrada a su familia a la que quiero tanto, y salve usted a mi hijo.

Y la anciana ama de llaves le ruega con auténtica modestia:

—En la humilde posición que ocupo, me hallo tan lejos de usted, milady, que sin duda ignora el entrañable amor que profeso a mi hijo, amor que me ha dado suficiente fuerza y atrevimiento para venir a suplicarle que contribuya a que se le haga justicia en estos momentos tan terribles.

Lady Dedlock la hace levantarse sin contestar y toma el papel de su mano.

—¿Quiere que lo lea?

—Sí, milady, pero cuando yo esté fuera. Acuérdesse, por Dios bendito, de lo que espero de su bondad.

—No veo lo que puedo hacer en favor de su hijo. Yo nunca lo he acusado de cosa alguna.

—Después de que haya usted leído ese papel, lo compadecerá, sin duda, al verlo tan falsamente acusado.

La anciana ama de llaves deja a su señora con la carta en la mano. Lady Dedlock no era insensible por naturaleza, al contrario, hubo un tiempo en que aquella venerable mujer que imploraba su apoyo le habría inspirado una compasión profunda, pero hace tantos años que se ha acostumbrado a reprimir sus sentimientos, a menospreciarlo todo, hace tantos años que se educa egoístamente en la escuela que destruye las emociones del corazón y que las confina como moscas en ámbar y que equipara lo que es bueno y lo que es malo bajo el mismo manto de monotonía, los sentimientos y la falta de sentimientos, lo que es sensato y lo que es insensato, que no acusa el menor reflejo de sorpresa tras las palabras que acaba de oír.

Desdobra el papel y ve que contiene el relato impreso del asesinato del señor Tulkinghorn, la forma como quedó tendido boca abajo con un disparo en el corazón, y debajo está escrito su propio nombre, seguido de esta palabra: «Asesina».

El papel cae de sus manos y no se da cuenta ni del tiempo que pasa, absorta en su meditación, cuando el criado le anuncia al joven llamado Guppy. Probablemente ha repetido muchas veces esas palabras porque el sonido vibra un tiempo considerable en su oído antes de llegar a comprenderlos.

—¡Que pase!

Milady sostiene la carta en la mano, procura coordinar sus pensamientos y, a los ojos del joven recién llegado, se presenta como la mujer de siempre: orgullosa y glacial.

—Es probable que no esté milady muy dispuesta a perdonar la presente visita de una persona a quien jamás ha recibido con agrado. No me quejo por ello, ya que he de confesar que existen razones para que así suceda, sin embargo, creo que, después de haber escuchado el motivo que aquí me trae, milady tendrá a bien perdonarme —dice el señor Guppy.

—¿Qué motivo es ese?

—Gracias, milady, ante todo —dice el joven, sentándose en el borde de una silla y dejando el sombrero a sus pies—, es preciso que le explique a milady que la señorita Summerson, cuya imagen estuvo en otro tiempo grabada en mi corazón y del cual la borraron circunstancias ajenas a mi voluntad, vino a mi encuentro, después de la última visita que le hiciera a milady, y me manifestó el deseo de verme renunciar a cuanto a ella hacía referencia, y siendo los deseos de la señorita Summerson sagrados para mí (excepto en lo que atañe a circunstancias ajenas a mi voluntad), no solicité otra vez el honor de presentarme ante milady.

—Y, sin embargo, aquí está usted ahora —dice abatida lady Dedlock.

—Y, sin embargo, aquí estoy —dice el señor Guppy—, por esto he de explicarle, con toda confidencialidad, el motivo que me trae hoy a su presencia.

—Hágalo con toda la brevedad posible —le dice ella.

—Le ruego a milady —agrega Guppy, en tono ofendido— que advierta que no he venido a molestarla por asuntos personales, y de no haber sido por la promesa que hice a la señorita Summerson, promesa que es sagrada para mí, no habría pasado mi sombra las puertas de esta casa.

El señor Guppy cree favorable el momento para atusarse el cabello con ambas manos.

—Milady recordará, sin duda, que la última vez que estuve aquí me encontré frente a frente con uno de los individuos más eminentes de la profesión que ejerzo, cuya pérdida deploramos hoy. A raíz de ese encuentro, aquel caballero se dedicó a hostigarme de una manera, diría yo, muy taimada,

e hizo a cada paso y en cada momento que me fuera muy difícil no pensar si, inadvertidamente, habría hecho yo algo contrario a lo que me había solicitado la señorita Summerson. Me consta que no es correcto elogiarse uno a sí mismo, pero creo poder afirmar que no soy tan torpe de haber incurrido en semejante falta.

Lady Dedlock dirige una mirada severa al pobre joven, quien vuelve la cabeza sin saber adónde mirar.

—Ignorando, pues, lo que se proponía el señor Tulkinghorn —continúa el señor Guppy—, quedé materialmente hecho trizas. Su señoría, que frecuenta círculos más elevados, quizás no sepa que esta expresión equivale a estar confundido o vencido. Small (un amigo mío, a quien milady no conoce) actuó de manera solapada e intrigante, pero a pesar de todo esto y valiéndome de mis humildes recursos y del auxilio del señor Tony Weevle, otro amigo mío (de gustos aristocráticos, por cierto, y cuyo cuarto está adornado con el retrato de milady), adquirí el convencimiento de que algo se estaba tramando, y he venido para advertirle a milady que esté alerta. Permítame milady, antes de nada, preguntarle si ha sido hoy visitada por personas extrañas. No me refiero a gente de su círculo de amistades sino a personas muy poco distinguidas, como por ejemplo la antigua criada de la señorita Barbary y un viejo tullido que se hace llevar de una parte a otra en brazos como una efigie.

—¡No!

—Siendo así, puedo afirmarle a milady que las personas a las que me refiero han venido hoy a esta casa y han sido recibidas. Yo mismo las he visto llamar a la puerta y estuve en la esquina hasta que salieron y me he dado una vuelta de media hora después de eso para no evitarlos.

—No le entiendo. ¿Qué tengo que ver yo con todo eso?

—Como decía hace poco, he venido para advertirle a milady para que esté alerta. Es posible que mis temores sean infundados, pero por lo que hemos podido sacarle a Small, sospecho que las cartas que yo debía traer a milady no fueron destruidas, y tengo motivos para pensar que las personas de las que he hablado han venido aquí con el propósito de venderlas, y hasta llego a sospechar que el asunto estará ya terminado a estas horas.

El señor Guppy se levantó y cogió su sombrero.

—Milady sabrá mejor que yo si hay en el fondo de todo esto algo que deba temer. Sea como fuere, he cumplido con lo que la señorita Summerson me pidió. He renunciado a todas las investigaciones emprendidas, y, si me he equivocado, confío en que milady sepa olvidarlo y recibir, además, la promesa de que, en adelante, no tendrá que temer otra visita mía.

Apenas muestra reconocimiento por esas palabras de despedida con la mirada. Pocos instantes después, lady Dedlock tira del cordón de la campanilla.

—¿Dónde está sir Leicester?

—En la biblioteca —contesta un mercurio.

—¿Ha tenido visitas sir Leicester esta mañana?

—Sí, milady, algunas personas que han venido para asuntos privados.

La descripción que hace el mercurio de dichas personas coincide por completo con lo dicho por el señor Guppy.

—Está bien, puede usted retirarse.

¡Ya no hay esperanza! Su nombre andará ya de boca en boca. Su marido conoce su falta, su vergüenza se hará pública y, no siendo suficiente el desastre muchas veces temido por ella, la acusan además de la muerte de su enemigo.

¡Cuántas veces deseó la muerte de ese hombre que desde la tumba todavía la persigue! ¿Qué es esta acusación terrible, si no una nueva tortura que el difunto le causa? Y al pensar en el secretismo del que se rodeó para ir a la casa del procurador, cuando recuerda que estaba en su puerta un momento después de ser disparado, y que despidió a su doncella favorita, lo que puede ser achacado al temor de ser espiada, se estremece como si sintiera ya sobre su cuerpo la mano del verdugo.

Con el cabello en desorden, se arrastra hasta hundir su rostro entre los almohadones. Se pone en pie fuera de sí, va y viene por la habitación enloquecida, se deja caer contra el suelo y prorrumpe en desgarradores sollozos. Es inexplicable el terror que se ha apoderado de ella, y no serían mayores sus padecimientos si en realidad hubiese asesinado a aquel hombre.

Porque, como su perspectiva del asesinato, antes de que se cometiera, a pesar de lo sutiles que hubieran sido las precauciones para ejecutarlo, se había visto cegada por un aumento gigantesco de la figura odiada que le impedía ver las consecuencias posteriores y como esas consecuencias hubieran irrumpido como una riada extraordinaria en el momento del entierro de la figura, (como siempre sucede cuando se comete un asesinato), así ve ahora que cuando él la vigilaba y se decía: «¡Ah! ¡Si ese hombre muriera!», lo que estaba deseando no era sino que se llevase el viento todo lo que tenía en su mano contra ella y se esparciese hecho pedazos. Y ahora ve que la muerte de su enemigo, por la cual se había alegrado de forma culpable, era la caída del arco a la cual había de seguir la ruina de todo el edificio, y cuyos escombros habían de aniquilarla.

De esta manera la domina una sensación terrible y la va asediando. ¿Cómo, si no por medio del suicidio, librarse del implacable enemigo que se levanta de

la tumba para perseguirla y darle alcance? Abrumada de terror y de vergüenza, la fuerza que antes la sostuviera le es arrebatada como una hoja llevada por el viento. Perseguida sin piedad, no tiene más recurso que huir.

A toda prisa escribe las siguientes líneas dirigidas a su marido:

«Si me buscan a causa del asesinato del que me acusan, créeme que soy inocente de ese crimen, pero en todo lo demás soy culpable. El señor Tulkinghorn, la misma noche de su muerte, me anticipó que pensaba revelarte mi culpa. Algunos momentos después, con el pretexto de pasear por el jardín, como otras noches lo hacía, salí de casa para volverlo a ver y rogarle que no prolongase por más tiempo mi tortura. Tú no sabes desde cuánto tiempo me venía atormentando con la misma amenaza, y quería pedirle que fuese lo bastante generoso como para acabar de una vez la mañana siguiente.

»Su casa estaba oscura y silenciosa. Llamé dos veces sin que nadie me respondiera y regresé a casa.

»Desde este momento, quedo sin hogar. No quiero, ni un día más, prolongar el tormento de mi presencia. Te ruego, únicamente, que, en tu justo rencor, ¡olvídes, piadosamente, a la mujer indigna del amor que le has prodigado, a la mujer que huye de ti, dejándote esta última despedida!»

Escrita esta carta, se cambia de traje, se cubre con un velo, deja el dinero y las joyas que lleva, escucha, por un momento, los rumores de fuera, baja la escalera sin encontrar a nadie, abre la puerta cuando el vestíbulo permanece vacío, vuelve a cerrarla silenciosamente, y huye apresuradamente en medio del viento seco y glacial.

LVI

Persecución

Impasible, como conviene al alto rango que ocupa, el palacio Dedlock mira las demás casas de la calle de deprimente grandeza y nada deja traslucir sobre los acontecimientos que se suceden entre sus muros. Los coches van y vienen, los lacayos llaman a las puertas, se reciben las visitas oficiales de la sociedad, antiguas bellezas con cuello de esqueleto y sonrosadas mejillas, que a la luz del sol parecen espectrales como una amalgama de la Dama y la Muerte, continúan atrayendo las miradas de los hombres. Magníficos carruajes de suave movimiento salen de las frías cocheras llevando cocheros de rubia peluca y piernas cortas en sus mullidos pescantes y, en la parte trasera, elegantes lacayos con bastón de honor y ladeados sombreros de tres picos. Es un espectáculo angélico.

Y si la casa Dedlock es la misma de antes en su parte exterior, tampoco en el interior ha alterado en nada su monótono silencio, razón por la cual la bella Volumnia se encuentra tan intensamente sometida a la contagiosa enfermedad del aburrimiento que reina en la noble morada que resuelve cambiar de sitio y se encamina a la biblioteca. El ligero golpe que da en la puerta no obtiene respuesta, de modo que la entreabre y, al no ver a nadie en la habitación, toma posesión del lugar.

En la vecina ciudad de Bath, en cuyas calles crece la hierba, es opinión general que la animada señorita Dedlock es extremadamente curiosa, lo que hace que deambule en todo momento, conveniente o inconveniente, con una lente dorada en el ojo, observando objetos de cualquier tipo, y por eso aprovecha la ocasión para echar una mirada, a través de sus lentes, con gestos inquisitivos y nerviosos, a los papeles y cartas de sir Leicester y, así, saltando como un pajarillo de un documento a otro, adquiere somera noticia de los asuntos del barón. De pronto, tropieza con algo, mira al suelo y ve a su noble pariente tendido a sus pies como un árbol derribado.

La sorpresa comunica al grito habitual de Volumnia una potencia extraordinaria y la casa se sacude instantáneamente su estupor. Las campanillas se agitan, los criados suben y bajan la escalera precipitadamente, corren en busca de médicos, llaman a lady Dedlock, la buscan por todas partes, pero no la encuentran. No la ha visto ni oído nadie desde que tocó la campanilla por última vez. Se descubre sobre la mesa la carta que escribiera a sir Leicester, pero aún no se sabe si este ha recibido ya en el otro mundo el último mensaje que le dirigía.

Es conducido a la cama, unos le hacen friegas y otros lo abanicán, le golpean por todo el cuerpo buscando una reacción, le aplican hielo sobre el cráneo, se recurre a todos los medios para devolverle a la vida. El día pasa y llega la noche sin que se calme su respiración agonizante ni sus ojos vidriosos vean la luz que colocan delante de ellos. Por fin, sale de su pecho un sonido estrepitoso y en breve da a entender que ve y oye.

Pocas horas antes, era un arrogante caballero, de aspecto noble, de alta estatura, ligeramente incomodado por la gota, pero de porte majestuoso y rostro distinguido, ahora es un viejo de rostro macilento y con los ojos hundidos y apagados. Aquella misma mañana su voz era clara y melodiosa. Cada una de sus palabras, impuestas por la importancia de su peso ante todo el género humano, resonaban como si en el fondo significaran algo; ahora, sin embargo, balbucea entre dientes palabras que nadie puede comprender.

Junto a él está su fiel ama de llaves, esta es la primera persona a quien reconoce, y muestra por ello gran alegría. Quiere hablar, y como no puede darse a entender, señala para que le den un lápiz. La señora Rouncewell

comprende su pensamiento y le trae una pizarra.

Sir Leicester reflexiona un momento, y con temblorosa mano escribe un nombre, que apenas puede leerse: «¿Chesney Wold?».

—No, sir Leicester, está usted en Londres, y yo doy gracias a Dios, que me ha traído aquí en el preciso instante en que ha tenido usted necesidad de mí. Estaba usted en la biblioteca cuando le ha sobrevenido esta indisposición, pero no será gran cosa, sir Leicester, mañana se encontrará mucho mejor: así lo han dicho todos los médicos —contesta el ama de llaves con el rostro bañado en lágrimas.

El barón mira atentamente por todos los lados la habitación y luego escribe de nuevo en la pizarra: «¿Y milady?».

—Milady no estaba en casa cuando le hemos encontrado a usted en la biblioteca. No ha vuelto aún, e ignora, por lo tanto, lo que ha sucedido.

Cuanto más le dicen para tranquilizarlo, más aumenta su agitación, e insiste en señalar, con el dedo, la palabra «milady». Como no aciertan a comprenderle, escribe: «milady, por Dios, ¿dónde está?».

Entonces se acuerdan de la carta que lady Dedlock le dejó escrita y de la que nadie conoce el contenido ni puede suponerlo. El ama de llaves la abre y la coloca ante sus ojos. El barón la lee con gran dificultad, una y otra vez, la estruja en su mano, la conserva en ella, y de nuevo cae exánime en el lecho, prorrumpiendo en dolorosos gemidos. Tarda una hora tarda en recobrar el conocimiento y en cuanto abre los ojos le pide ansiosamente la pizarra a la anciana criada tan fiel y leal. Sin embargo, como no se acuerda de la palabra que quiere escribir, se entrega a una desesperación, a unos esfuerzos que causan horror, parece que se vuelve loco entre el deseo de no perder un segundo y la impotencia que lo paraliza. Escribe la letra B, pero no puede dar con las que han de seguirla. En el colmo de la angustia logra trazar las letras «Sr» delante de la inicial.

—¿Bucket? —pregunta, vacilando, la señora Rouncewell—. ¡Alabado sea Dios! Ese era el nombre que buscaba.

El señor Bucket se encontraba, precisamente, en la antesala. Que entre él y que salgan todos, excepto el ama de llaves, no había lugar a duda: eso es lo que quería indicar el enfermo. Y el agente de policía penetra, por fin, en la estancia. De entre todos los hombres de la tierra, sir Leicester parece caer de su elevada condición para depositar su confianza y esperanzas solo en él.

—¡Ánimo, sir Leicester Dedlock, barón! Siento mucho verlo en este estado; pero confío que, en breve, se recuperará por el honor de la familia.

Sir Leicester le entrega la carta de milady, y lo mira fijamente mientras la

lee.

—Comprendido, sir Leicester Dedlock, barón.

Sir Leicester escribe en la pizarra: «Perdón completo, encuéntrela...».

—Sí, sir Leicester; esté usted tranquilo: la encontraremos, pero no hay que perder un instante.

Al decir esto sigue la mirada de sir Leicester Dedlock hasta un cofrecillo que hay encima de la mesa, y comprende, inmediatamente, la idea del enfermo.

—¿Que se lo traiga, sir Leicester? ¿Que lo abra con una de esas llaves? ¿Con la más pequeña? Sí. ¿Que tome los billetes que contiene y que los cuente? Veinte y treinta, cincuenta, y veinte, setenta; y cuarenta, ciento diez; y cincuenta, ciento sesenta. ¿Que me los lleve? Está bien, con esto bastará y ya le daré cuenta de todo. ¿Que no repare en gastos? Así lo haré.

La rapidez y exactitud de las interpretaciones del señor Bucket le parecen milagrosas a la señora Rouncewell.

—¿Es usted la madre de George, señora? —le dice el señor Bucket abrochándose la chaqueta para salir.

—Sí, señor, su desgraciada madre.

—Me lo he figurado por lo que él me ha dicho hace poco. Tranquilícese, señora, su hijo se encuentra perfectamente, no llore, pues su llanto le impedirá velar por sir Leicester Dedlock, que tiene necesidad de todos sus cuidados. En cuanto a su hijo, sepa usted que está perfectamente y que le envía todo su cariño y espera que usted también esté bien. Ha salido de la cárcel sin más acusaciones que las que puedan pesar sobre usted, que no es ninguna, le apuesto una libra. Yo lo detuve y le aseguro que se ha portado como un hombre al igual que usted, excelente mujer, es digna madre de tal hijo: son ustedes una pareja ejemplar. Nada tema, sir Leicester, le prometo no parar hasta haber dado con ella. Descuide, le diré de su parte que todo está arreglado y perdonado. Ya verá usted como todos estos problemas de familia se arreglan como ha ocurrido con tantos otros problemas de familia y como seguirá ocurriendo hasta la eternidad.

Con esta perorata, el señor Bucket, abotonado hasta el cuello, se despide mirando en silencio hacia delante, como si estuviera infiltrándose en la noche en busca de la fugitiva.

La primera diligencia que el señor Bucket hace es dirigirse al cuarto de lady Dedlock para buscar en él algún posible indicio.

Tras cerrar la puerta con llave y mientras alza la vela que lleva en la mano

para hacer un inventario mental de los muchos objetos elegantes que tanto contrastan con su apariencia, dice en su versado francés aprendido por la mañana:

—¡Qué hermoso boudoir! ¡Cuánto dinero se habrá invertido aquí dentro y cuánta pena ha de causar abandonar todo esto!

Examinando muebles y cajones y mirando en cajas y estuches mientras se ve reflejado en varios espejos, añade:

—Quien me viese ahora aquí, me tomaría por un recién llegado a la alta sociedad, preparándose para brillar en el club Almack's, casi empiezo a creer que soy, sin saberlo, un joven oficial de la guardia.

Y, buscando y revolviendo, descubre en el fondo de un secreto cajón un pequeño estuche, del cual saca un par de guantes de una suavidad indecible y un pañuelo que nada tiene de extraordinario.

—¡Examinemos esto más de cerca! —exclama dejando la vela—. ¿Qué habrá aquí de valioso para que esté tan bien guardado? ¿Se tratará de un recuerdo o será propiedad de milady? Veamos si hay algo escrito.

Y el señor Bucket encuentra una etiqueta y pronuncia en alta voz el nombre de la señorita Esther Summerson.

—Está bien —dice después de llevarse el índice al oído—, me lo llevo conmigo.

Vuelve a colocarlo todo como estaba y sale a la calle. Con una mirada hacia arriba, hacia los aposentos tenuemente iluminados de sir Leicester Dedlock, se dirige atropelladamente hacia la parada de coches más cercana y escoge el caballo que le parece mejor y da orden de que lo lleven a la galería de tiro de George.

El señor Bucket no se tiene por un científico en cuestión de caballos, pero pierde su dinerito en los acontecimientos más importantes, y generalmente resume sus conocimientos con el comentario de que cuando ve un caballo sabe si corre.

No se ha engañado acerca de la potencia de los caballos. El carruaje vuela sobre el pavimento, pero ello no impide que el inspector dirija penetrantes miradas a todas las mujeres, a todas las ventanas, al cielo opaco y negro, a la tierra cubierta de nieve, pues podría darse el caso de que en una u otra parte descubriese algo que lo ayudase en su empresa. Baja, por último, del coche, casi envuelto en una nube de vapor que se desprende del caballo.

—Quíteles el freno un minuto, para que respiren a sus anchas. Vuelvo enseguida —le dice al cochero.

Sube corriendo por la larga entrada de maderas y ve a George que se dispone en aquel momento a encender la pipa.

—Buenas noches, George. No puedo decirte una palabra del asunto ni perder un segundo; se trata de salvar a una mujer. Cuando murió Gridley, ¿no se encontraba aquí la señorita Summerson? ¿Dónde vive?

Precisamente hace muy poco el sargento ha estado en aquella casa y le da sus señas, cerca de Oxford Street.

—Buenas noches, George. No te arrepentirás.

Vuelve a marcharse, con la sensación de haber visto a Phil mirándolo con la boca abierta junto a la chimenea apagada. Se marcha de nuevo galopando en una nube de vapor. El señor Jarndyce es la única persona que no está acostada en la casa. Al oír llamar con fuerza a la puerta, suspende su lectura y va a abrir.

—No tema usted nada, caballero —en un instante el visitante, todavía en la entrada, le hace una confidencia, cierra la puerta y se queda con la mano en el pomo—. Ya me ha visto usted otras veces. Soy el inspector Bucket. Vea este pañuelo, perteneciente a la señorita Summerson: lo he encontrado en el cuarto de lady Dedlock, guardado en un estuche. Es un asunto de vida o muerte y no hay momento que perder. ¿Conoce usted a lady Dedlock?

—Sí, señor.

—Esta mañana se han descubierto en su casa varios secretos de familia, sir Leicester Dedlock, barón, ha tenido un ataque de apoplejía, y esto ha hecho perder un tiempo precioso. Lady Dedlock ha desaparecido y ha dejado tras de sí una carta poco tranquilizadora: véala usted.

El señor Jarndyce la lee y después le pregunta qué opina él.

—No lo sé. Es una despedida desesperada y cada minuto que transcurre nos acerca más a un posible suicidio. Cien libras daría por cada hora que ha transcurrido desde su partida. Pero no importa, tengo encargado encontrarla y anunciarle el perdón completo de sir Leicester. Tengo para ello plenos poderes y dinero, pero necesito la ayuda de la señorita Summerson.

—¿Por qué? —pregunta un tanto desconcertado el señor Jarndyce.

—Hablo con un hombre inteligente y sensible —contesta el señor Bucket, que ha estado contemplando su rostro con la mayor atención desde que llegó —, y nos encontramos bajo la presión de acontecimientos que no suceden todos los días. Nunca como ahora fue el retraso un peligro, y toda su vida se arrepentiría usted del tiempo que demore mis investigaciones. Hace ya ocho o diez horas que lady Dedlock ha desaparecido, y me han encargado dar con ella. Acusada, como se cree, de asesinato, se ha apoderado de ella el terror, y

si acierta a saber que el inspector Bucket sigue sus huellas, ello precipitaría la desgracia que trato de evitar. Pero si, por el contrario, me ve acompañado de una joven a quien quiere, no temerá nada. La señorita Summerson hablará con ella y la devolveremos a su familia. El tiempo vuela, caballero. Está a punto de dar la una, y bien sabe usted qué deprisa pasan las horas. Cada hora que transcurre vale mil libras, en lugar de cien.

Como la urgencia del asunto es incontestable, el señor Jarndyce le pide que permanezca donde está mientras él habla con la señorita Summerson. El señor Bucket le dice que sí, pero, de acuerdo con sus principios habituales, no lo hace, sino que sigue al señor Jarndyce por las escaleras, sin perder de vista a su hombre. De manera que se queda en la sombra de la escalera mientras hablan. Transcurridos algunos momentos, vuelve al lado del señor Bucket y le dice que la señorita Summerson bajará cuanto antes, dispuesta a acompañarlo adonde crea conveniente.

El señor Bucket expresa la satisfacción que esto le causa, y la espera cerca de la puerta.

Entonces levanta una alta torre en su mente y otea en todas direcciones. Ve muchas figuras solitarias que se arrastran por las calles, muchas figuras solitarias en los eriales y en los caminos y bajo montones de paja. Pero entre ellas no se encuentra la figura que busca. Ve a otros solitarios en los recovecos de los puentes y en lugares sombríos por debajo del nivel de los ríos, y un objeto oscuro, oscuro e informe arrastrado por la corriente, más solitario que todos los demás, que atrapa su atención.

¿Dónde está? Viva o muerta, ¿dónde está? ¿Por qué, desplegando el pañuelo y metiéndolo, otra vez, en su bolsillo, no le es posible verse transportado, de repente, al punto en que encontró lady Dedlock tan precioso tesoro? ¿A aquellos sitios donde la llama azulada de los hornos de ladrillos lanza sus lívidos reflejos sobre un terreno desolado, donde el viento se lleva la paja que sirve de techumbre a las cabañas, donde la tierra y el agua de los charcos están fuertemente congeladas, donde podría tomarse por un instrumento de tortura la máquina a la que da movimiento todo el día un viejo caballo escuálido? Una mujer atraviesa por entre las tinieblas aquel lugar desolado. Avanza sola, y azotada por el viento y la nieve, huye del mundo que la rechaza sin tener una mano que la sostenga. Sí, parece efectivamente una mujer, cubierta con sórdidos vestidos que a buen seguro jamás han traspasado los umbrales de la noble casa de sir Leicester Dedlock.

LVII

Relato de Esther

Acababa de quedarme dormida cuando mi tutor llamó a la puerta de mi cuarto y me rogó que me levantara cuanto antes, y, contestando a mis precipitadas preguntas, me contó que sir Leicester Dedlock lo sabía todo, que mi madre había huido, que había una persona esperando en la puerta con el encargo de buscarla y garantizarle el completo perdón de sir Leicester, y de llevarla de nuevo a su casa, y, por último, que esa misma persona deseaba llevarme consigo, creyendo que mis palabras ejercerían en ella mayor influencia que las suyas. Algo hice con ese objetivo en general, pero me encontré en tal tumultuoso estado de alarma, prisas y angustia, que, a pesar de todo lo que pude hacer para dominar mi agitación, no me pareció recuperar mi sano juicio hasta que habían pasado horas.

Me vestí a toda prisa sin despertar a Charley ni a nadie y bajé a la sala, donde me esperaba el señor Bucket, que era la persona a la que se le había confiado el secreto. Al llevarme con él, mi tutor me lo explicó y también por qué había pensado en recurrir a mí.

El señor Bucket me leyó en voz baja la carta que mi madre había dejado encima de la mesa y, diez minutos después de haberme levantado, me hallaba sentada junto a él en un coche que se lanzó a toda velocidad por las calles.

Mantenia una actitud muy exaltada, y sin embargo se mostró muy considerado al explicarme la importancia que daba a las contestaciones que yo le hiciera, y, después de preguntarme si había hablado a menudo con mi madre (a la que se refería solo como lady Dedlock), en qué época, y en cual lugar había ocurrido nuestra última entrevista, y cómo era, además, que mi pañuelo estuviera en su poder. Me dijo que reflexionase si conocía de la existencia de alguna persona, que, a mi entender, podría inspirar en ella suficiente confianza como para haberle pedido refugio. Al principio, no podía imaginar otra que mi tutor, pero al fin mencioné al señor Boythorn, acordándome, de pronto, de la forma tan caballerosa con que había hablado de mi madre, de su antiguo compromiso con la hermana de mi madre y de la misteriosa influencia que ella había ejercido en la vida de aquel caballero.

Mi compañero le había pedido al cochero que parase mientras manteníamos esta conversación, para que nos pudiéramos oír mejor. Luego le pidió que continuara y, después de reflexionar a su vez algunos instantes, recuerdo que me puso al corriente de sus planes aunque yo me encontraba tan confusa que no presté atención a sus palabras.

Poco tiempo después de estar en camino, nos detuvimos en una calle solitaria, delante de la puerta de un edificio que parecía ser público y que tenía un farol de gas. Me hizo pasar y me acercó un sillón junto a un buen fuego. Ya era más de la una, según vi en un reloj que había junto a la pared. Los dos

agentes de policía de perfecto uniforme escribían en medio de un silencio profundo, que nada alteraba, salvo, de vez en cuando, un golpe dado en alguna puerta subterránea, sin que ninguno de los dos pareciese prestar a este detalle la menor atención. Llamado un tercer agente, el señor Bucket le comunicó órdenes en voz baja y salió mientras los otros dos escribían la descripción de mi madre, que enseguida me leyeron y que no podía ser más exacta. Una de las copias fue entregada a otro agente (había varios en una sala al lado), el cual partió también y los otros dos volvieron a su tarea. Aunque todo ello se había hecho con gran rapidez, ninguno de los circunstantes parecía tener prisa, ni manifestaba el menor apremio.

—¿Va usted bien abrigada, señorita Summerson? —me preguntó después el señor Bucket, calentándose los pies uno después de otro—. Hace mucho frío y no es noche muy apropiada para una señorita.

Le contesté que me importaba poco en el frío, y que, además, iba muy bien abrigada.

—Nuestra expedición puede ser larga —dijo—, pero lo importante es alcanzar el objeto que nos proponemos.

—¡Dios lo quiera! —exclamé yo.

—No se preocupe —me dijo, expresando sus ánimos con un movimiento de cabeza—, cuanto más tranquila esté usted, mejor será para todos. Permanezca tranquila y atenta a cualquier cosa que pueda suceder, y será lo mejor para usted, lo mejor para mí, lo mejor para lady Dedlock y lo mejor para sir Leicester Dedlock, barón.

El inspector se mostraba muy atento y solícito conmigo y, mientras calentaba la suela de sus botas, frotándose la cara con el dedo índice, me sentí más tranquila y confiada. Un momento después, oí que un coche se detenía ante la puerta. Eran las dos menos cuarto.

—Ahora, señorita Summerson —me dijo—, vámonos ya, por favor.

El señor Bucket me ofreció el brazo, me acompañó a un faetón o calesa tirada por dos caballos de posta, y después de dejarme bien instalada en el interior del coche, subió al pescante. Un agente le entregó una linterna sorda que había pedido, dijo algunas palabras al conductor y partimos.

Creía estar soñando. Íbamos tan rápido y pasábamos por calles tan tortuosas y tan desconocidas para mí que no tenía la menor idea del punto en el cual nos hallábamos. Solo puedo decir que atravesamos varias veces el río, y que me pareció que bajamos hasta la misma orilla del agua, rodeados de muelles, almacenes, puentes colgantes, buques y mástiles. Por fin, nos detuvimos en un lugar cenagoso, que el viento del río no había logrado

desinfectar, y a la luz de su linterna vi al señor Bucket hablando con varios individuos que parecían ser una mezcla de agentes de policía y marineros. En una mugrienta pared, cerca de la cual estaban aquellos hombres, se podía leer: «Encontrado ahogado», y esto y una inscripción relativa a las dragas me hizo sospechar por qué de nuestra visita allí.

Hube de hacer un violento esfuerzo sobre mí misma con el fin de conservar la serenidad porque no me encontraba allí para aumentar las dificultades de la búsqueda, para disminuir sus esperanzas ni para alargar su demora. Permanecí en silencio, pero jamás podré olvidar lo que padecí en aquellos momentos. Era una pesadilla. Un hombre, cubierto de barro, con sombrero y grandes botas impermeables, se acercó para hablar con el señor Bucket y los dos bajaron por unos escalones viscosos. Pocos instantes después, volvieron a subir enjugándose las manos como si hubiesen tocado alguna cosa mojada. Gracias a Dios no era lo que yo temía. El señor Bucket (a quien todos parecían conocer y respetar) entró junto con los otros hombres en un edificio que había allí cerca, y me quedé sola con el conductor que daba grandes pasos junto al coche para entrar en calor. A cada momento me parecía que la marea, cuyas olas rompían contra el muro, iba a arrojar en el fango de la playa el cadáver de mi madre. El señor Bucket salió de la casa y subió otra vez al pescante, encargando a sus agentes que se mantuvieran alerta.

—No se alarme por todo esto, señorita Summerson —me dijo—, no he venido aquí sino para convencerme por mí mismo de que todo iba bien. ¡Adelante, muchacho!

Y los caballos partieron a todo correr.

Parecía que desandábamos el camino que habíamos tomado. No es que yo me hubiera dado cuenta de ningún objeto en particular en mi confuso estado de ánimo, sino al juzgar la apariencia general de las calles. Nos detuvimos un segundo en otro puesto de la policía y atravesamos de nuevo el río. Desde que nos pusimos en marcha, no cesó ni un momento la vigilancia del señor Bucket, pero a mi parecer redobló su atención cuando pasamos por el puente. Se puso en pie para mirar por encima del parapeto, se apeó para examinar a una mujer que pasó por nuestro lado y clavó los ojos en el abismo con una expresión que me hizo estremecer. Estaba el río tan sombrío y misterioso, se precipitaba con rapidez por entre sus márgenes, y se henchía para levantar tantas formas vagas parecidas a cadáveres, que, desde aquella noche, no lo he vuelto a ver sin experimentar las mismas sensaciones de entonces. Ante mis ojos arde tristemente el gas en los faroles del puente, el viento helado se arremolina alrededor de una vagabunda que pasa junto a nosotros, el monótono ruido de las ruedas llega todavía a mis oídos, y veo aún, a la macilenta luz de los faros del coche, aparecer entre las aguas un rostro pálido y cadavérico.

Salimos de Londres y me di cuenta de que tomábamos el camino a Saint Albans, que tan familiar me era. En Barnet cambiamos de caballos y, sin perder un momento, volvimos a emprender la marcha. Una espesa capa de nieve cubría el campo abierto y hacía un frío muy intenso.

—¿Conoce usted este camino? —me dijo, jovialmente, el señor Bucket.

—En efecto —le contesté—, ¿ha descubierto usted algo?

—Todavía no, pero aún es pronto.

El inspector entraba en todas las tabernas que cerraban tarde o abrían temprano (y había bastantes por aquel entonces, pues el camino era frecuentado por muchos arrieros), y bajaba en cada barrera para hablar con los guardas. En todas partes oía cómo pedía algo de beber, bromeaba con todo el mundo y le pagaba la bebida a los presentes, pero en cuanto volvía a ocupar el pescante, su gesto se tornaba serio y vigilante y siempre le decía al conductor con el mismo apremio: «Más deprisa, amigo, más deprisa».

Esas paradas fueron la causa de que, a pesar de la rapidez de nuestra carrera, fueran entre las cinco y las seis de la mañana y nos quedaran aún muchas millas por hacer antes de llegar a Saint Albans.

—Tome usted esto, señorita Summerson —me dijo el señor Bucket, ofreciéndome una taza de té—, esto le hará bien y le dará fuerzas.

Se lo agradecí y le dije que así lo esperaba.

—Ha tenido motivos para pasar un mal rato —añadió—, pero por ahora todo va bien. Milady sigue este mismo camino.

Iba a salir de mi pecho un grito de alegría, pero el inspector se llevó el dedo a los labios y me contuve.

—Ha pasado por aquí entre ocho y las nueve, iba a pie. Ya me lo habían dicho en el peaje del arco de Highgate, pero me quedaba todavía alguna duda de si, efectivamente, se trataba de ella. En este momento, estoy seguro de que vamos tras ella y que está a salvo. Coja la taza, mozo, y vea si con la otra mano puede usted recibir esta media corona. Eso es. Y ahora, conductor, al galope.

No tardamos en llegar a Saint Albans, y allí paramos un rato antes del amanecer. Justo cuando empezaba a comprender lo que había ocurrido aquella noche, y a ser consciente de que no era un sueño, después de dejar el coche en la posta y ordenar caballos de refresco, mi compañero me ofreció el brazo y nos dirigimos hacia la casa.

—Ya que esta es su residencia habitual, señorita Summerson, me gustaría saber —dijo— si por casualidad ha venido a preguntar por usted alguna

desconocida que responda a su descripción. No es seguro, pero podría haber ocurrido. ¿Se acuerda de aquella tarde que subió usted por esta colina, con su doncella y el pobre Jo, a quien llamaban Duro de pelar?

—Sí me acuerdo. ¿Cómo lo sabe usted?

—Allí, más lejos, encontró usted a un hombre en medio del camino —dijo el señor Bucket—. ¿Lo recuerda?

—En efecto.

—Pues era yo. —Y añadió al ver mi sorpresa—: Estaba vigilando al pobre muchacho. Había venido aquella tarde en calesa en pos del chico. Quizá oyera usted las ruedas cuando salió en su busca, porque me percaté de su presencia y de la de su doncellita cuando subían mientras bajaba del caballo. Al hacer un par de preguntas sobre él en el pueblo, enseguida me enteré de en compañía de quién estaba, e iba a ir al barrio de los ladrilleros en su busca cuando vi que se lo llevaba a su casa.

—¿Acaso había cometido algún delito? —pregunté.

—No —contestó el señor Bucket, fríamente, quitándose el sombrero—. Lo vigilaba por ese asunto relacionado con lady Dedlock. El chico había hablado más de lo conveniente de un insignificante servicio por el cual le diera algún dinero el ahora difunto señor Tulkynghorn, y eso no podía tolerarse. Le había advertido que saliera de Londres, y venía a decirle que no solamente había de abstenerse de entrar en la capital, sino que también le estaba prohibido acercarse a ella.

—¡Pobre muchacho! —dije.

—Pobre, es cierto —asintió el señor Bucket—, sobre él habían caído todas las miserias pero, cuando observé que entraba en su casa, me vi en un verdadero conflicto.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque en su casa habría hablado aún más que en otras partes y no era ciertamente corto de lengua.

Aunque todavía hoy me acuerdo muy bien de esta conversación, me sentía entonces tan trastornada que apenas comprendía cosa alguna. Supongo que el señor Bucket decía todo aquello para distraerme, y, mientras me hablaba, no dejaba de estar atento al menor detalle. Y siguió hablando hasta que llegamos a la puerta del jardín.

—¡Ah! —dijo el señor Bucket—. Ya estamos. ¡Qué apartado y bonito lugar! Le recuerda a uno la casa de campo donde golpeteaba el pájaro carpintero, que era conocida por el humo que salía de ella de forma tan bonita.

Muy de mañana hay fuego en la cocina, esto dice mucho en favor de sus criados. Pero siempre hay que tener cuidado de con quién se andan, nunca se sabe qué van a hacer si no se sabe eso. Y otra cosa, querida. Cuando vea usted a un joven tras la puerta de una cocina, ya puede acusarlo a la policía por sospechoso de allanamiento con propósito criminal.

Y, como en aquel momento nos encontrábamos frente a la casa, se puso a observar con mucha atención si había huellas en la grava del camino, luego levantó los ojos hacia las ventanas del primer piso, y me preguntó mirando al cuarto del señor Skimpole:

—¿Son aquellas las habitaciones destinadas al viejo niño cuando está de visita, señorita Summerson?

—¡Conoce usted al señor Skimpole! —dije.

—¿Cómo dice que se llama? —respondió el señor Bucket poniéndose la mano detrás de la oreja—. ¿Skimpole? A menudo me he preguntado cuál era su nombre. ¿No se llama John o Jacob?

—Harold —dije.

—Harold, eso es. Una buena pieza —dijo el señor Bucket.

—Una persona bastante singular —añadí.

—No conoce el valor del dinero —observó el señor Bucket—, pero sabe muy bien cómo embolsárselo.

Le dije al señor Bucket, sin querer, que se veía que lo conocía.

—Vaya, ahora mismo se lo cuento. Así no se hará un lío en la cabeza. Por él supe el paradero de Jo, señorita Summerson —respondió—. Esa noche me había hecho a la idea de venir a esta puerta y a preguntar por Duro de pelar, aunque no fuera más que eso. Pero, como quería hacer mucho más si podía, arrojé una piedrecita a una ventana en la cual distinguí una sombra; se abrió al momento, y adiviné que aquel era mi hombre. Hablé con él unos pocos minutos y le dije que no quería perturbar a la familia cuando se había ido ya a la cama y que era una lástima que unas jóvenes caritativas dieran acogida a holgazanes. Una vez que supe con qué tipo de persona trataba, le dije que consideraría muy bien empleado un billete de cinco libras para llevarme de la casa a aquel chico. «¿Por qué me habla usted de cinco libras? (me dijo riendo inocentemente) el dinero no supone nada para mí.» Cada vez más seguro de que había dado en el clavo envolví una piedra en el billete y se lo lancé. «¿Pero qué voy a hacer yo con eso?», me arguyó riendo. «Pues gastarlo», le contesté. «Pero si me van a estafar (dice él) no me devolverán lo que me corresponda, y seguro que lo pierdo, no me sirve de nada.» ¡Cielos, usted no ha visto qué cara ponía mientras me lo decía! Y así fue cómo el pobre Jo cayó

en mis manos.

Consideré aquel caso como una traición hacia el señor Jarndyce, y no pude menos de reconocerme a mí misma, que la puerilidad del señor Skimpole había excedido todos los límites.

—Señorita Summerson —replicó el señor Bucket—, permítame que le dé un consejo que incluso su marido encontrará útil, cuando se case. Siempre que oiga usted decir a alguien que es tan cándido y tan desinteresado, que no valora el dinero en absoluto, llévese usted la mano al bolsillo, pues está en peligro. Al igual que siempre que le digan: «Soy un niño en cuestiones de negocios», solo tratan de declinar la responsabilidad de sus actos, y ya puede usted dar por seguro que ese alguien solo se interesa por sí mismo. No soy de carácter poético, quitando que me gusta cantar acompañado, pero soy una persona práctica, y mi experiencia es esa. Cuando en una cosa se sirve uno de la mala fe, se sirve de ella en todo: es una regla infalible. Y ahora, querida señorita, permítame que llame a esa puerta y volvamos a nuestro asunto.

Aunque hablaba de esta forma, no creo que, ni por un solo instante, hubiese olvidado lo que allí nos conducía. A juzgar por la expresión de su semblante, era evidente que él pensaba tan intensamente en nuestro asunto como yo misma.

Los criados no me esperaban y se quedaron muy sorprendidos al verme, sobre todo teniendo en cuenta la hora y la compañía que llevaba. Las preguntas que les dirigí aumentaron su asombro, pero sus respuestas no dejaron en mí la menor duda de que no había ido nadie a la casa.

—Siendo así, señorita Summerson, vayamos cuanto antes a las casas de los ladrilleros —dijo el señor Bucket—, confío en usted el interrogar a la gente que allí encontremos. Lo mejor es actuar con naturalidad, y usted lo hace muy bien.

De inmediato, nos volvimos a poner en marcha. La pequeña casa estaba cerrada, y parecía abandonada. Una vecina, que salió al oír nuestras llamadas y me reconoció, dijo que las dos mujeres con sus maridos vivían en otra casita, hecha de ladrillos bastos y mal colocados, situada cerca del horno junto al lugar donde se dejaban secar los ladrillos. Allá fuimos, el lugar se encontraba a unas cien yardas. La puerta estaba entornada, abrimos y entramos.

Había tres personas desayunando pero la madre del niño muerto, Jenny, había salido. El hijo de su amiga estaba acostado y dormía en un rincón. Al verme, la mujer se levantó y los dos hombres, silenciosos y malhumorados como de costumbre, me saludaron con una inclinación de cabeza. Cuando vieron entrar al señor Bucket intercambiaron una mirada rápida, y me sorprendió que la mujer conociera al inspector de policía. Liz (solo la conocía

por ese nombre) me ofreció su propia silla, pero fui a sentarme a un banco junto al fuego. El señor Bucket se acomodó en el borde de una cama. Al llegar el momento de hablar entre personas a quienes conocía tan poco, me sentí como poseída de un vértigo y no pude contener mis lágrimas. Me sentía nerviosa y me costaba hablar.

—Hemos viajado toda la noche, a pesar del frío y de la nieve —le dije a la pobre Liz—, buscamos a una señora...

—Que ya sabemos que ha estado aquí —interrumpió el señor Bucket dirigiéndose con calma a los hombres y a la mujer—, ya saben a quién me refiero, la dama que ha venido por la noche a esta casa.

—¿Quién le ha dicho que había venido alguien aquí? —preguntó, con tono áspero, el marido de Jenny dejando de comer y mirando de pies a cabeza al señor Bucket.

—Un tal Michael Jackson, lleva un chaleco de terciopelo azul con botones de nácar —contestó el señor Bucket al instante.

—Mejor sería que se ocupase de sus propios asuntos, sea quien sea —murmuró entre dientes el ladrillero.

—Está sin trabajo y por eso mismo se entretiene en escuchar lo que dicen los demás —replicó el señor Bucket, como para excusar a Jackson.

Liz permanecía de pie con la mano apoyada en el respaldo roto de la silla. Me miraba con cierta vacilación, sin duda quería decir algo, pero no se atrevía. Su marido, que se estaba comiendo un trozo de pan con tocino dio un fuerte golpe en la mesa con el mango del cuchillo y, con un taco, la mandó sentarse y estar callada.

—Me hubiese gustado ver a Jenny —dije—. Ella me habría dicho cuanto sabía acerca de esa señora con quien tanto deseo hablar. ¡Ah! ¡Si supieran cuánto me urge! ¿Dónde está Jenny? ¿Tardará mucho en volver? ¡Díganmelo, por favor!

La mujer deseaba responder pero su marido le golpeó con su bota y lo acompañó de otro taco, dejando que el marido de Jenny nos dijera lo que tuviese que decir.

—No me gusta que vengan a mi casa —dijo este después de un instante de silencio—, no me gusta, y ya me lo han oído decir ustedes otras veces. Yo no voy jamás a ver a nadie y no sé por qué no me han de dejar en paz. Estaría bueno que fuese yo a sus grandes casas. Con todo, he de decir que usted no me disgusta tanto como los demás, y consentiré en contestarle, aunque no es muy agradable verse acosado a preguntas. ¿Me pregunta dónde está Jenny? En Londres. ¿Si tardará mucho en volver? Mañana.

—¿Se ha marchado esta misma noche? —me atreví todavía a preguntar.

—¡Sí! Se fue esta noche —contestó de mal humor.

—Pero ¿estaba aquí cuando ha llegado la señora? ¿Qué le ha dicho? ¿Qué camino ha tomado la señora? Díganmelo, se lo ruego —dije—, es preciso que lo sepa.

—Si mi amo quisiera dejarme hablar... —balbució Liz con timidez.

—Tu amo te cortará la lengua si te mezclas en lo que no te importa —gritó su marido añadiendo a esta amenaza una violenta imprecación.

Después de otra pausa, el marido de Jenny se volvió hacia mí, y, como si se las arrancaran a la fuerza, fue soltando, una a una, estas palabras:

—Sí, Jenny estaba aquí cuando llegó esa señora y lo que le dijo fue: «Supongo que se acordará usted de mí. Soy la que vine un día a hablarle de una joven señorita que la había visitado, y la misma que le dio algo por un pañuelo que aquella señorita había dejado aquí». Jenny se acordó de todo y nosotros también: «¿Está en su casa esa señorita?», preguntó. «No», le respondimos. Esa señora viajaba sola, por extraño que parezca, y pidió permiso para sentarse en el mismo lugar donde se encuentra usted, y en él permaneció más de una hora. Después se levantó para marcharse. Serían las once y veinte o las doce y veinte pues no tenemos aquí reloj para saber la hora exacta que era. En cuanto a qué camino ha tomado, no lo sabemos. Partió a la vez que Jenny: una venía de Londres; la otra iba para allá. Nada más puedo decirle, mi camarada escuchó y vio lo mismo que yo. Él lo puede confirmar.

—Eso es todo —dijo el otro hombre.

—¿Ha reparado usted en si esa señora lloraba? —pregunté.

—Ni de broma —contestó—, su calzado y su vestido estaban muy estropeados, pero no lloraba, al menos yo no la vi llorar.

La mujer seguía con los brazos cruzados y sin levantar la mirada. Su marido había acercado su silla a la suya, y mantenía el puño cerrado sobre la mesa como dispuesto a cumplir su amenaza en caso de ser desobedecido.

—Permita que su mujer —le dije— me explique qué aspecto tenía aquella señora.

—¿Has oído? —gritó el marido, dirigiéndose a Liz—. Contesta pronto y acabemos.

—Malo —contestó la mujer—. Pálida y agotada, parecía un cadáver.

—¿Dijo algo?

—No, apenas tenía voz.

La pobre mujer miraba cada vez a su marido como pidiéndole permiso para contestar.

—¿Se sentía débil? —pregunté—. ¿Tomó algo?

—¡Venga, vamos! —le dijo el marido bruscamente—. Aligera y cuéntaselo.

—Nada más que un poco de agua; Jenny le sirvió pan y té, pero apenas lo quiso probar.

—¿Y qué dirección ha seguido?

—Hacia el norte —interrumpió el marido de Jenny perdiendo la paciencia —, ha tomado la carretera, y si a mí no me cree pregúntenselo a otros. Y ya está todo dicho.

Miré al señor Bucket y viendo que estaba preparado para irse, me preparé para seguirlo y me despedí de los dos hombres, después de darle las gracias a Liz. La mujer miró a al señor Bucket significativamente cuando salía, y él también la miró significativamente a ella.

—Milady les ha dejado su reloj —me dijo el inspector mientras nos alejábamos.

—¿Lo ha visto usted? —exclamé.

—No, pero lo mismo da. ¿No le ha oído usted hablar de minutos y luego decir que no tenía reloj? No es corriente entre esta gente contar por minutos de un modo tan preciso. Como mucho hablaría de medias horas. Milady les ha dado el reloj o se lo han robado, aunque me inclino a creer lo primero. Pero ¿por qué iba a dárselo? ¿Por qué iba a dárselo?

Se repitió esta pregunta varias veces, mientras nos apresurábamos, y parecía que sopesara las diversas respuestas que se le pasaban por la cabeza.

—De disponer de tiempo —dijo el señor Bucket—, que es lo único que nos falta, habría ideado un medio de hacer hablar a la mujer. Pensé que no valía la pena intentarlo, la vigilan de cerca, y cualquier idiota sabe que una pobre mujer como ella, golpeada y pateada y herida y amaratada de la cabeza a los pies, se pondrá del lado del marido que la maltrata, por las buenas o por las malas. Estoy seguro de que sabía algo más. Es una lástima que la otra mujer haya estado ausente.

—Lo lamento mucho —respondí—, porque es muy agradecida y sé que habría cedido a mis ruegos.

—Es posible, señorita Summerson —dijo el señor Bucket, después de un momento de reflexión—, que milady la haya enviado a Londres con un recado para usted, y haya dado su reloj al marido para que lo consintiera. No estoy

seguro, pero es probable. Ahora, que no soy aficionado a gastar el dinero de sir Leicester Dedlock, barón, en esas expectativas, y no veo la utilidad de ello en este momento. Sea como sea, nuestro camino nos lleva hacia el norte: ¡adelante, pues! Hay que ser discretos.

Volvimos a casa una vez más para que pudiera enviar una nota rápida a mi tutor, y después volvimos corriendo a donde habíamos dejado el coche. Nos sacaron los caballos en cuanto nos vieron llegar, y estuvimos de camino en unos minutos.

Con el alba había empezado a nevar a grandes copos. El cielo era opaco y la nieve tan espesa que a pocos pasos no podía distinguirse nada. A pesar del riguroso frío, la nieve no había cuajado y se revolvía (con un ruido como si fuera una playa de pequeñas conchas) bajo los cascos de los caballos en el fango y el agua. Esto hacía resbalar con frecuencia a los caballos, dificultándoles su avance, hasta el punto de que tuvimos que detenernos para que tomaran aliento. Uno de ellos se cayó tres veces, y se sostenía con tanto esfuerzo que el conductor tuvo que bajar del pescante para llevarlo de la brida. Sin poder comer ni dormir, la lentitud de nuestra marcha me causaba un malestar tan intenso que sentía un irresistible deseo de bajar del coche y continuar el camino a pie. Cedí, sin embargo, a las reflexiones del señor Bucket, y no me moví de mi sitio, mientras que, alentado por el empeño de la persecución, mi infatigable compañero se detenía en todas las casas, se calentaba en todos los fuegos, hablaba con todo el mundo como si fueran antiguos amigos, bebía en todas las tabernas, charlaba con los carreteros, carpinteros, herreros y recaudadores de peaje sin perder en todo ello un minuto, y así, volviendo al pescante atento y con aire grave, decía al conductor con voz tranquila aunque enérgica: «¡Adelante, amigo mío, adelante!».

Llegados a la segunda parada, se acercó a mí sacudiendo la nieve que cubría su abrigo y hundiéndose en el barro hasta media pierna:

—No desespere —apuntó—, por el contrario, cobre usted esperanzas: ha pasado por aquí, la han visto, no me cabe la menor duda del traje que lleva y acaban de decirme que lo han visto.

—¿Sigue a pie todavía? —pregunté.

—Sí, sigue a pie. Es probable que se dirija a la casa del caballero del que me ha hablado usted. Sin embargo, me parece extraño porque vive en este mismo condado.

—Estoy tan poco al corriente de sus hábitos —dije—, que pudiera ser que conociese cerca de aquí a alguna persona que yo ignoro.

—Tiene usted razón, pero, sea como sea, no llore, querida señorita. Esfuércese por permanecer tranquila. Conductor, amigo mío, ¡deprisa, deprisa!

En todo el día no cesó de nevar, y se levantó rápidamente una niebla muy densa que no se disipó hasta la noche. En mi vida había visto caminos tan horribles, y en algunas ocasiones llegué a creer que nos habíamos apartado de la carretera y que estábamos en campos labrados o en medio de un pantano. Había perdido toda noción del tiempo y me parecía que nuestro viaje duraba un tiempo eterno y que durante toda mi vida había experimentado esa misma ansiedad.

A medida que avanzábamos, comprendía vagamente que la confianza que me mostraba el señor Bucket iba desapareciendo. Es verdad que conservaba su buen humor con cuantos se cruzaban en nuestro camino, pero cada vez volvía a su sitio con el gesto más preocupado, y se pellizcaba los labios, con aire de evidente inquietud. Le oí preguntar a los conductores de diligencias y a los carreteros sobre los pasajeros que habían visto en otros coches, pero las respuestas de unos y otros no parecían satisfacerle.

Finalmente, al cambiar de caballos, me confesó que, desde hacía unas horas, había perdido las huellas de milady y que comenzaba a sentirse desorientado. No era importante, dijo, perderlas un momento para volverlas a encontrar más adelante, pero, de pronto, habían desaparecido por completo, y desde aquel instante no había visto a nada que pudiese aportar la menor luz.

—Sin embargo —añadió—, no es el momento de perder la esperanza. Es probable que en la primera parada volvamos a ponernos, de nuevo, sobre la pista.

Llegamos a la posada y no pudimos averiguar nada. Era un lugar solitario y espacioso, un edificio cómodo y sólido, con un amplio portón por el cual penetró nuestro coche. La patrona salió enseguida con sus tres hijas para rogarme que bajara y tomara algo mientras preparaban los caballos, y como no me atreví a rehusar, seguí a la buena mujer hasta un cuarto del primer piso, en la que me dejó junto a un buen fuego. Aquel cuarto, que todavía recuerdo, daba por una de sus ventanas al patio, donde los mozos les quitaban los arneses a los pobres animales cansados y cubiertos de barro que nos habían traído, salía de allí un camino secundario, y ante la puerta principal, abierta a dicho camino, se balanceaba el cartel de la posada. Más lejos, aquella carretera serpenteaba y se perdía a través de los campos. Por la ventana del lado opuesto, se descubría un bosquecillo de pinos, cuyas ramas dejaban gotear, silenciosamente, la nieve que las cubría. El día llegaba a su término, y la llama del hogar, al reflejarse en los cristales, hacía aún más lúgubre con sus vivos destellos la oscuridad que comenzaba a invadirlo todo. Recuerdo que miraba la nieve extendida al pie de los árboles, horadada en algunas partes por las gotas de agua que se desprendían de las hojas y al mismo tiempo veía el rostro de aquella mujer que acababa de darme la bienvenida rodeada de sus tres hijas, y pensé en mi madre yaciendo en medio de un bosque como ese.

Entonces me sentí poseída de un miedo intenso y, a pesar de que la amable patrona estaba cerca de mí y de que hice un gran esfuerzo para reponerme, me desmayé. Me colocaron en un sofá cerca del fuego entre almohadones, y aquella mujer trató de persuadirme de la conveniencia de acostarme y no continuar el viaje hasta la mañana. Pero fue tal mi terror cuando me lo propuso que al momento retiró sus palabras y aceptó que me tomara media hora de descanso.

Era una mujer muy atenta. Ayudada por sus hijas, me prodigó toda clase de cuidados, y me decía que mientras el señor Bucket secaba su ropa y comía en el comedor, yo debía tomarme, a mi vez, una taza de caldo y un trozo de pollo a la brasa. No podía tragar nada, y todo lo más que hice fue tomar un sorbo de vino caliente y comer un poco de pan tostado. Me encontré mejor poco después y gracias a eso se sintieron recompensadas.

Transcurrida media hora, el coche estaba otra vez en el portón, dispuesto a seguir la marcha, y me condujeron a él bien arropada, fortalecida y sobre todo muy alentada por los cuidados de los que fui objeto, y segura ya de mis fuerzas para continuar el camino. En el momento de partir, la más joven de las hermanas, de dieciocho años y muy hermosa como las otras dos, subió al estribo del coche y me dio un beso. Desde entonces no he vuelto a verla, pero siempre la he contado entre mis amigas.

La luz y el fuego que iluminaba las transparentes ventanas de la posada, en medio de las frías tinieblas exteriores, no tardó en desaparecer, y avanzábamos, de nuevo, entre el fango y la nieve. Salimos con bastante trabajo de allí, pero las deprimentes carreteras no estaban peor que antes, y esa etapa era solo de nueve millas. Mi compañero, a quien había visto con la pipa en la boca en el comedor de la posada, continuaba, a petición mía, fumando en el pescante, y, como siempre, parecía dispuesto a hablar con todo el mundo. Había encendido su linterna sorda y se volvía con frecuencia hacia mí para ver cómo estaba. Una de las ventanillas del coche había quedado abierta, pues me parecía que cerrándola habría cerrado, también, el paso a mi esperanza.

En la siguiente parada, comprendí, desde luego, viendo el semblante más y más sombrío del señor Bucket, que no había descubierto nada de provecho, pero un instante después, volvió con la linterna en la mano y se acercó al coche. Su rostro estaba radiante.

—¿Está aquí? —exclamé.

—No, no, querida señorita, no hay que hacerse ilusiones, todavía no he visto a nadie, pero ya sé el camino que conviene tomar.

Había escarcha en sus párpados, en el pelo, en las arrugas de su traje. Tuvo sacudírsela de la cara y coger aliento antes de hablarme.

—Sobre todo, señorita Summerson —me dijo, golpeando con los dedos la ventanilla—, no se inquiete usted, vayamos por donde vayamos. Me conoce, soy el inspector Bucket y puede tener confianza en mí. Nos hemos ido demasiado lejos; pero no importa, quede tranquila. Que enganchen cuatro caballos al coche... ¡Rápido!

Se produjo una gran conmoción en el patio, y vino un hombre corriendo para saber si quería decir al norte o al sur.

—¡Deprisa, amigo, deprisa, al sur!

—¿Volvemos a Londres? —pregunté atónita.

—En efecto, y lo más rápido que nos sea posible. No tema, daré con ella..., hablo de la otra, por el amor de D...

—¿A la otra? —repetí—. ¿A quién?

—A Jenny, creo que se llama así. ¡Dese prisa! ¡Rápido, conductor! Habrá una corona de propina, pero dese prisa.

—¡No puede usted abandonarla! No puede hacerlo con un tiempo como este, de noche y desesperada como está —dije cogiendo su mano con ansiedad.

—Tiene razón, pero ya le he dicho que no tiene nada que temer, señorita. Ahora importa seguir a la otra. Conductor, es preciso que nos preceda un correo para que esté todo dispuesto en la próxima parada, y dígale que luego envíe otro a la siguiente.

Estas órdenes, y la manera en que corría por el patio urgiéndoles, causaron una excitación general que apenas si me dejaron menos atónita que su repentino cambio. Pero en la apoteosis de la confusión, un hombre a caballo salió al galope para ordenar los relevos, y nos pusieron nuestros caballos a gran velocidad.

—No se alarme, señorita Summerson —dijo el señor Bucket saltando a su asiento—, todo va bien. Confíe en mi probada experiencia. Por el momento no puedo decirle más, pero usted me conoce y no puede dudar de mí.

Le contesté que no tenía duda alguna de que él, mejor que nadie, sabía lo que había que hacer, pero ¿estaba seguro de no equivocarse? ¿No podría yo, mientras, seguir en busca de... mi madre?, le pregunté, angustiada, apretando su mano.

—Todo eso lo sé, querida señorita, lo sé. Pero, ¿puede imaginarse, ni por un momento, que yo, el inspector Bucket, pretenda engañarla? Recobre usted su confianza y su ánimo y tenga la completa seguridad de que cumpliré la palabra que le he dado a usted y a sir Leicester Dedlock, barón. ¿Está de

acuerdo conmigo?

—Lo estoy, señor.

—Entonces, andando. ¡Vamos, muchachos!

Y de nuevo emprendimos la vuelta por el triste camino que acabábamos de recorrer, quebrando el hielo y aplastando la nieve, la cual saltaba a nuestro alrededor como el agua movida por la rueda de un molino.

LVIII

Un día y una noche de invierno

Siempre con aquella impasibilidad que conviene a su rango, la casa de los Dedlock conserva su dignidad de costumbre, en la calle de deprimente nobleza en que se halla situada. De vez en cuando, las empolvadas pelucas abren la ventana de las antecámaras y observan el polvo libre de impuestos que no cesa de caer del cielo durante todo el día. Luego, vuelven a arrimar al momento su hermosa librea de color melocotón al fuego de la chimenea, y allí se olvidan del frío intenso que se siente fuera. Todos ellos tienen la consigna de comunicar a las personas que preguntan por milady, que esta se ha ido a Lincolnshire, pero que la esperan de regreso de un momento a otro.

Los rumores, que van y vienen, no corren tras ella hasta Lincolnshire, y se limitan a circular por la ciudad y a propagar a los cuatro vientos que el desgraciado sir Leicester ha sido indignamente engañado: ¡pobre hombre! Se cuentan cosas terribles, y estas cosas tan terribles deleitan al mundo a cinco millas a la redonda. No saben que el infortunio que ha herido al barón equivale a confesar su propia nulidad, y a declararse, a sí mismo, completamente ignorado. Sin duda, es por ese motivo que una de aquellas sirenas de mejillas avellanadas y cuello de esqueleto, sabe ya, con todos los pormenores, la demanda que sir Leicester va a dirigir a la alta Cámara pidiendo el divorcio.

En las casas de Blaze y Sparkle, joyeros, y de Gloss y Sheen, almacenistas, no se habla de otra cosa, esta será, por mucho tiempo, el acontecimiento más importante del siglo, el hecho característico de la época, sin que la clientela femenina de tales establecimientos sospeche, ni por asomo, que, a pesar de su inescrutable altivez, es medida y pesada detrás del mostrador sin ninguna clase de consideración.

—Ya conoce usted a nuestros bienhechores, señor Jones —dicen Blaze y Sparkle, refiriéndose al asunto en cuestión—. Son todos como borregos: adonde va uno van los demás, con dos o tres que tome usted como muestra,

conocerá todo el rebaño.

Gloss y Sheen dicen una cosa igual, o parecida, a su respectivo Jones, y el señor Sladdery, librero, que cuenta entre su clientela con los más nobles borregos, exclama, con el mismo motivo:

—Sí, señor, entre mis distinguidos conocidos corren ciertos rumores relativos a milady Dedlock. Se ha de hablar necesariamente de algo y basta con que se le diga algo a una o dos damas, cuyos nombres podría citarle, para que todo el mundo se entere y adquiriera la historia una verdadera fama, lo mismo que si me trajera un objeto para ponerlo de moda y yo se lo confiase a esas señoras para darlo a conocer. Además, existía una inocente rivalidad entre ellas y lady Dedlock, y estoy seguro de que, especulando con ella, se habría podido ganar algún dinero, habría sido un buen negocio. ¡Cuando le digo a usted que conozco a fondo a mi noble clientela, y que le doy cuerda como a un reloj, caballero!

El rumor crece y se obstina en correr por la ciudad. A las cinco y media de la tarde inspira al honorable señor Stables una idea nueva, que eclipsa completamente a la última, que sostenía su reputación de hombre de finas agudezas: a saber, que por más que siempre hubiese reconocido que milady era la mujer mejor cuidada de las nobles caballerizas, siempre se temió que caería en medio de la carrera. Observación que hace gracia y es acogida con frenético delirio por los miembros del club hípico.

Milady continúa siendo objeto del interés más palpitante en las tertulias, el astro principal del firmamento cuyas más brillantes estrellas eclipsaba ayer. ¿Cómo? ¿A qué es debido esto? ¿Quién dice tal? ¿Cuándo? ¿Dónde? Sus amigos predilectos la vilipendian, con la jerga de moda más elegante, con el más suave de los acentos y con la perfección de la más cortés indiferencia. Uno de los rasgos más característicos de este inagotable tema es inspirar a ciertas personas a quienes se había creído hasta entonces desprovistas de ingenio, y que, sin embargo, han dicho acerca de ella verdaderas agudezas. William Buffy aporta uno de los más notables dichos de la mesa en que come en la Cámara de los Lores, donde el jefe del partido lo hizo correr con su caja de tabaco para impedirles a sus secuaces levantarse de los bancos. Esto produce un efecto tan asombroso que el que tenía el uso de la palabra, al cual se le repite al oído por encima de su peluca, tiene que exclamar por tres veces «¡Orden en la Cámara!», sin obtener el menor resultado.

Y no es menos sorprendente que las personas situadas en los confines del gran mundo, sin haber vista jamás a milady ni conocerla, ni poco ni mucho, crean necesario para su reputación tomarla igualmente por tema de sus conversaciones, y descuartizarla, con las palabras, el tono y el estilo más de moda, o bien con la cortés indiferencia considerada como más elegante, lo

cual no deja de tener gran éxito en las regiones inferiores de las constelaciones secundarias, aunque no sean ya más que noticias de segunda mano. ¡Pues no es poca suerte para un literato, un sabio o un artista encontrar, entre los vendedores al por menor de rancias novedades, esas afortunadas muletas para favorecer el lánguido andar de las nueve hermanas, fatigadas y cojas hace mucho tiempo!

Pero ¿qué sucede, mientras, en la casa de los Dedlock?

Sir Leicester ha recobrado la palabra, pero se expresa con muy poca claridad y a costa de un ímprobo esfuerzo. Los médicos le han recomendado reposo y silencio, y recetado un poco de opio para calmar sus dolores, pues la gota, su inveterada enemiga, le causa horribles sufrimientos. Pese al estado de estupor en que parece sumido, no duerme, y, desde el lecho, que ha mandado acercar a la ventana, contempla la nieve, que desde la mañana no ha cesado de caer.

Al más pequeño rumor, solicita el lápiz, pero la buena ama de llaves, sentada cerca de él, adivina lo que quiere escribir, y le dice en voz baja:

—No, sir Leicester, aún no ha vuelto. Era ya muy tarde cuando salió de aquí, no hace mucho que se ha ido.

Suelta el lápiz y fija, de nuevo, su mirada en la ventana, hasta el momento en que, cegado por la blancura de la nieve, cierra los ojos para librarse del vértigo y los vuelve a abrir pasados algunos momentos. Es aún temprano, pero como hace tanto frío y el tiempo está húmedo, quiere que en el aposento de milady esté todo dispuesto para recibirla, que se encienda en él un gran fuego, y que todos los criados sepan que se está esperando a la señora.

«Cuide usted misma de todo, se lo ruego», escribe en la pizarra, y la señora Rouncewell le obedece.

La pobre mujer está muy apesadumbrada. Ha encontrado a su hijo al pie de la escalera.

—Lo que me da terror, George —le dice la anciana a su hijo, que está esperando abajo para hacerle compañía cuando le dejan un momento de descanso—, es que milady no vuelva más aquí.

—Tristes presentimientos son esos, madre.

—Ni tampoco a Chesney Wold.

—Eso es peor, pero ¿por qué?

—George, cuando ayer vi a milady, me pareció leer en su rostro que los pasos de la galería del fantasma la habían alcanzado al fin.

—Vaya, vaya, madre, esto es pura imaginación...

—No lo creas, hijo mío. En breve se cumplirán los sesenta años que estoy en esta casa, y nunca había abrigado semejantes temores. Pero llega a su fin, hijo mío, la antigua familia de los Dedlock llega a su fin.

—Confiemos en que no sea así, madre.

—Doy gracias a Dios de que me haya permitido vivir lo bastante para estar al lado de sir Leicester, durante esta desgracia, y cuidarlo en sus aflicciones, pues sé que en sus momentos de dolor me prefiere a todo el mundo. Pero, en cuanto a milady, hace mucho tiempo que los pasos de la galería del fantasma la persiguen, y caerá para no levantarse nunca. Han pasado muchas horas tras ella y ahora la dejarán atrás y seguirán adelante.

—Vaya, madre, otra vez he de decirle que espero no.

—Quisiera equivocarme, George —responde la anciana negando con la cabeza y separando las manos entrelazadas—, pero de confirmarse mis temores, ¿quién se atreverá a decirle la verdad?

—¿Es esta la habitación de milady, madre?

—Sí, está tal cual ella la dejó.

—Ahora empiezo a comprender sus presentimientos y temores —dice el militar en voz baja y echando una mirada a su alrededor—, al ver estas salas suntuosas y provistas de toda suerte de comodidades, y pensando que la persona para quien están dispuestas se encuentra fugitiva y sin refugio con un tiempo como este, no es cosa como para tranquilizarse.

George tiene razón. Una separación hace presentir siempre la despedida final. Un lugar deshabitado murmura, en todas ocasiones, lo que serán un día su cuarto y el mío. La habitación de milady parece estar abandonada: sus vestidos, sus joyas, las cosas habituales que se ven tiradas aquí y allá, en el gabinete donde estuvo el señor Bucket la última noche, hasta sus espejos, acostumbrados a reflejar su imagen, todo tiene una apariencia tristemente desolada y vacía. Aquellos aposentos resultan más fríos y sombríos por su partida que la mísera cabaña cuyo techo preserva apenas del viento y de la lluvia a los que están en ella reunidos. Inútil es que los criados amontonen leña en las chimeneas y pongan los sofás y las sillas en pantallas cálidas de cristal que reflejan su brillante luz hasta los rincones más alejados, sobre las magníficas salas pesa una nube sombría que la luz no disipa.

El ama de llaves y su hijo permanecen allí hasta dejarlo todo en orden, y vuelve luego arriba. Volumnia ha ocupado el lugar del ama de llaves entretanto, aunque su bote de afeites y collar de perlas, de tan poderoso efecto en la pequeña población de Bath, no son del menor alivio para el enfermo. La señorita Dedlock, que ignora completamente el verdadero motivo de la

postración de sir Leicester no tiene ni una palabra apropiada a las circunstancias, y, a falta de ella, se entrega a continuas idas y venidas de puntillas, examina con atención el rostro de su primo, y se dice, por último, en voz baja: «¡Duerme!». Pero al oír esta observación, a todas luces superflua, sir Leicester escribe con mano indignada: «No».

Esto hace que Volumnia deje su silla y se la ceda a la anciana, que vuelve a ocupar su puesto a la cabecera del enfermo, mientras ella va a sentarse cerca de la mesa, lanzando prolongados suspiros. El barón continúa mirando cómo cae la nieve, con el oído atento al menor rumor, y la señora Rouncewell, que parece salida de un cuadro de otra época para ayudar al Dedlock convocado en el otro mundo, oye, en medio del silencio, el eco de sus propias palabras: «¿Quién se atreverá a decirle la verdad?».

Sir Leicester ha querido peinarse y arreglarse un poco, y se ha puesto en manos de su ayuda de cámara. Sostenido por numerosas almohadas, sus cabellos grises están impecablemente alisados como de costumbre, su camisa deslumbra, como siempre, por su blancura, y le cubre una magnífica bata. Lleva su monóculo y su reloj, no le falta nada y es probable que todo ello lo haya hecho menos por su dignidad que por su amor a milady, deseando que, al llegar, pueda creer que es el mismo de siempre, y que nada, excepto la gota, ha venido a perturbar su existencia. Las mujeres son amigas de las habladoras, y, aunque se trate de una Dedlock, Volumnia no es una excepción a la regla, y esa es la causa de que la retenga cerca de sí: evitar que vaya a hablar a otra parte. Por lo que a él se refiere, aunque está realmente muy enfermo, sufre sus dolores con heroica fortaleza.

La bella Volumnia, perteneciente a la clase de las jóvenes vivarachas que no pueden estar mucho rato en silencio sin el inminente peligro de ser atrapadas por el dragón del aburrimiento, señala la proximidad del monstruo devorador con una serie de bostezos que no se pueden disimular. Como le es imposible retenerlos, y como no halla, para reprimirlos, otro medio que soltar la lengua, comienza felicitando a la señora Rouncewell por la suerte que ha tenido al poder recuperar a su hijo. Un excelente hombre, por cierto, bien plantado, apuesto, en una palabra, un hombre sin par..., exceptuando a cierto guardia de corps, su ideal, el hombre de sus sueños, que cayó en Waterloo.

Sir Leicester oye sorprendido tales elogios y fija en la señora Rouncewell tal mirada de asombro, que la buena mujer cree necesario darle algunas explicaciones.

—La señorita Dedlock no habla de mi hijo mayor, sino del otro, a quien he encontrado; el menor, que por fin ha vuelto.

Si Leicester rompe su silencio con un grito bronco:

—¿George, señora Rouncewell? ¿Ha vuelto su hijo George?

—Gracias a Dios, sí, sir Leicester —contesta el ama de llaves enjugando una lágrima.

Tan imprevista noticia, como lo inesperado del regreso de una persona a quien se creía muerta desde hacía mucho tiempo, robustecen más y más su esperanza.

«¿No la podrán hallar —piensa— con todos los medios de los que dispongo cuando solo hace pocas horas de su partida, mientras que desde hace muchos años dimos por perdido a George?»

En vano quieren impedirle hablar, y le suplican que guarde silencio. Las palabras acuden a sus labios, casi inarticuladas, es cierto, pero se deja comprender.

—¿Por qué no me lo había dicho, señora Rouncewell?

—No lo encontré hasta ayer, sir Leicester, y creí que no estaba usted en disposición de hablarle de semejante cosa.

Además, la atolondrada Volumnia ahora se acuerda, con su gritito de costumbre, de que nadie debía saber que era el hijo de la señora Rouncewell, y que ella no debía contarlo. Pero la señora Rouncewell protesta, suficientemente acalorada como para que se le hinche el corsé, que, por supuesto, se lo hubiera contado a sir Leicester en cuanto estuviera mejor.

—¿Dónde está su hijo George, señora Rouncewell? —pregunta sir Leicester.

La señora Rouncewell, asustada al considerar hasta qué se infringen las órdenes del doctor, dice que está en Londres.

—¿En qué parte de Londres?

La señora Rouncewell acaba reconociendo que se encuentra en la casa.

—¡Que suba, y que entre enseguida!

La señora Rouncewell se ve obligada a obedecer, y sale en busca de su hijo. El barón continúa mirando la nieve y aplicando el oído por si oye llegar a alguien. Sin embargo, han puesto en la calle una capa de paja tan espesa, para que el ruido no le molestara, que podría ocurrir que el coche de milady hubiese llegado a la puerta sin que él se hubiese dado cuenta.

Al volver el ama de llaves, acompañada de su hijo, sir Leicester está aún en la misma posición. El señor George se acerca al lecho en silencio, hace su inclinación, se pone firme y se queda así, con la cara sonrojada, y muy sinceramente avergonzado de sí mismo.

—¡Santo cielo! Es George Rouncewell —exclama sir Leicester—. George, ¿te acuerdas de mí?

El militar necesita mirarlo y distinguir unos sonidos de otros antes de saber lo que le ha dicho, pero después de eso, y tras una pequeña ayuda de su madre, contesta:

—Tendría una muy mala memoria si le hubiese olvidado, sir Leicester.

—Mirándote con atención, George Rouncewell —continúa sir Leicester con dificultad—, veo en ti al niño que conocí en Chesney Wold, a quien recuerdo muy bien, como si lo viera ahora mismo.

Diciendo esto, mira al militar hasta el momento en que sus ojos se llenan de lágrimas, y los desvía, entonces, para ver si la nieve continúa cayendo.

—Perdón, sir Leicester —dice el antiguo sargento—, ¿me permite que lo incorpore un poco? Estará usted más cómodo.

—Con mucho gusto, George.

El militar lo toma en brazos como a un niño, lo incorpora suavemente, y lo coloca ligeramente inclinado hacia la ventana.

—Gracias, George —dice sir Leicester—, a pesar de tu gran fuerza, tienes toda la suavidad de tu madre. Muchas gracias.

Y, con una seña, le indica que no se aleje. George permanece en silencio al lado de la cama y espera para ver qué le dice.

—¿Por qué has estado tanto tiempo sin dar noticias?

A sir Leicester le lleva algún tiempo decir estas palabras.

—Le diré a usted, sir Leicester, que no tenía nada de que enorgullecerme. Y ahora mismo, si no estuviera usted indispuerto, lo cual espero que no dure mucho, le pediría el favor de poder pasar inadvertido. Eso me ahorraría explicaciones inútiles, que no dirían mucho en mi favor. Aunque haya muchas opiniones sobre muchos asuntos, creo que habría un consenso universal, sir Leicester, en que no tengo motivos para estar orgulloso.

—Pero supongo que habrás sido buen soldado —dice Sir Leicester—, fiel a tu bandera.

George hace su inclinación militar.

—En cuanto a eso, sir Leicester, puedo afirmar que he cumplido con mi deber, sin faltar jamás a la consigna. Era lo menos que podía serme exigido.

—Me encuentras muy enfermo, George Rouncewell —añade sir Leicester fijando complacido su mirada en él.

—¡Cuánto lo siento, sir Leicester!

—Lo creo, George. Además de mi antigua dolencia he tenido de pronto un grave ataque de parálisis. Algo que entorpece —tratando de pasar una mano por debajo de un costado— y que confunde... —tocándose los labios.

George asiente en señal de respeto y simpatía. Los años que pasaron juntos en Chesney Wold, en una época en la que uno era casi un niño y el otro todavía un joven, desfilan por la mente de ambos, y eso los enternece.

Parece que sir Leicester tiene algo que decir, hace un esfuerzo para incorporarse aún más. El maestro de armas lo toma nuevamente en brazos, y le coloca en la posición que el enfermo desea.

—Gracias, George, veo que me comprendes. ¿Te acuerdas de aquellos tiempos en que eras muchacho y llevabas mi escopeta de recambio cuando iba a cazar? En medio de estas singulares circunstancias en que me hallo, te veo como si aquello hubiese sucedido ayer.

El militar ha colocado sobre su espalda el brazo de sir Leicester, y el barón se apoya largo rato en él.

—Respecto a este ataque —continúa sir Leicester al cabo de un rato—, quería decir que ha ocurrido, por desgracia, al mismo tiempo que un ligero malentendido entre milady y yo. No es que haya habido entre nosotros disputa alguna. Al contrario, con motivo de una circunstancia insignificante, milady ha creído que debía emprender un corto viaje, y eso me priva del placer de tenerla en este momento a mi lado. Sin embargo, estoy seguro de que no tardará en volver. ¿Entiendes lo que digo, Volumnia? No me salen las palabras con la claridad que quisiera.

Volumnia lo entiende perfectamente, y, a decir verdad, se expresa mucho más claro de lo que se habría creído posible pocos minutos antes. Su rostro manifiesta a las claras los esfuerzos que ha de hacer para hablar, y solo la importancia del fin que se propone puede permitirle vencer la dificultad que experimenta.

—Por eso, Volumnia, declaro delante de ti y también en presencia de la señora Rouncewell, mi antigua servidora y amiga, cuya lealtad nadie podría poner en duda, y de su hijo George, que se presenta ante mis ojos como un recuerdo de mi juventud y del tiempo que con él pasé en la quinta de mis antepasados, ante todos declaro, solemnemente, a fin de que puedan atestiguarlo en el caso de que yo muriera o perdiese por completo la facultad de expresarme, aunque espero mejorar...

La anciana ama de llaves llora silenciosamente; Volumnia está alteradísima y tiene las mejillas ardiendo; el militar mantiene los brazos cruzados y la

cabeza algo ladeada, y escucha respetuosamente con atención.

—Por tanto, quiero decirles y les ruego a todos que sean testigos (empezando por ti, Volumnia, y con la mayor solemnidad) de que declaro que milady y yo estamos en la mayor armonía, que nunca he tenido de ella motivo alguno de queja, que siempre le he profesado un amor vivo y profundo, y que igualmente se lo profeso ahora. Díganselo así a todo el mundo, y sobre todo a ella misma, advirtiéndole que, si alguno alterase mis palabras o tratase de disminuir, aunque solo fuera, su fuerza, cometería, con ello, una traición premeditada.

Volumnia promete, con voz temblorosa, cumplir al pie de la letra esas instrucciones.

—Milady está en muy elevada posición y es muy hermosa y superior, en todos conceptos, a la más perfecta de entre las mujeres que la rodean como para no tener envidias y enemigos. Sepan estos, pues, como les acabo de decir a ustedes, que hallándome sano de juicio, y en completa posesión de mi memoria y demás facultades, que no revoco ninguna de las disposiciones tomadas en su favor. Que no suprimo, en lo más mínimo, lo que he tenido a bien señalarle. Y que, comprendiendo que tengo facultad y poder para hacerlo conforme a mi voluntad, no derogo nada de lo que he dispuesto para asegurar su fortuna y bienestar.

El tono formal que le ha dado siempre a sus palabras sir Leicester pudo, en otro tiempo, poner una sonrisa en los labios de sus oyentes, pero, en tan solemne momento, hay en dicho tono cierta gravedad y ternura que llega al alma. La vehemencia que lo anima, la generosa protección que le otorga a la mujer amada, olvidándose de su propio dolor y ahogando la voz de su ofendido orgullo para pensar solo en ella, son prueba de un gran corazón tan leal como sensible. Virtud imponderable, igualmente digna de elogio, tanto si es patrimonio de caballeros como si lo es de la más humilde de las criaturas. Ambos aspiran de igual manera a la misma luz y ambos se elevan de igual manera, ambos, hijos del polvo, brillan de igual manera.

Extenuado por el esfuerzo que ha hecho, el barón cierra los ojos y abandona su noble cabeza sobre la almohada, pero, apenas ha transcurrido un minuto cuando fija, de nuevo, su mirada en la ventana y aplica el oído al más leve rumor. Los pequeños servicios prestados por George, y aceptados por el barón, han hecho del sargento alguien ya necesario. Se ha establecido entre ellos un acuerdo tácito. El veterano queda, pues, discretamente apartado de la cabecera, y monta guardia, en pie, detrás de su madre.

El día comienza a declinar. La niebla y la lluvia, que han sucedido a la nieve, se hacen a cada momento más densas, y la llama de la chimenea arroja destellos más intensos. Las sombras se extienden, se enciende el alumbrado, y

las lamparillas que en aquella aristocrática calle se obstinan en arder, con un aceite a medias congelado y a medias líquido, despiden una luz intermitente, oscilan y mueren como peces orgullosos sacados de su elemento. Las nobles familias que han hecho rodar sus carrozas sobre la alfombra de paja extendida delante de la puerta, y que han tirado del cordón de la campanilla preguntando por el estado del barón, están ya de vuelta en sus casas, se visten para la última comida, y charlan y charlan en animada conversación acerca de lo ocurrido con milady.

Sir Leicester está empeorando. Está agitado y tiene grandes dolores. Volumnia, predestinada a hacer siempre algo que incomode a los demás, enciende una vela, pero ha de apagarla, al momento, porque el barón se lo ruega, diciendo que todavía no es de noche. Otra vez repite aquella tentativa y otra vez le reitera sir Leicester que apague la luz, y, sin embargo, ya es completamente de noche.

La señora Rouncewell es la primera en advertir que su señor quiere imaginar que aún es temprano.

—Sir Leicester, mi querido señor —le dice en voz baja—, permítame por su bien que me tome la libertad de suplicarle que no esté por más tiempo a oscuras. La oscuridad aumentará la pena de la espera. Deje que corra las cortinas y encienda las luces, que no por ello andará el reloj más despacio ni milady llegará más tarde.

—Bien lo sé, la señora Rouncewell, pero ¡estoy tan débil y hace tanto tiempo que el señor Bucket se ha marchado!

—No tanto, sir Leicester, no hace aún veinticuatro horas.

—¡Y le parecen poco veinticuatro horas! ¡Ay! ¡Qué largo es un día! — exclama, con un sollozo que penetra en el corazón de la mujer.

Ella comprende que no es aquel momento el oportuno para encender la luz. Las lágrimas del señor son demasiado sagradas como para ser vistas ni siquiera por la anciana ama de llaves, y se sienta sin decir una palabra. Luego se levanta, sin ruido, atiza el fuego, se acerca a la ventana y mira a la calle. Sir Leicester recobra, al fin, el dominio de sí mismo y la llama.

—Tiene usted razón, señora Rouncewell —le dice—, no se agravan las cosas por reconocerlas. Es tarde y no han vuelto. Encienda las velas, señora Rouncewell.

Y aguza más el oído, pues no sabe qué tiempo hace fuera. Pero, por grande que sea su abatimiento, se advierte que su frente se despeja cada vez que oye a alguien preguntar si el fuego continúa ardiendo en las habitaciones de milady, y si está todo listo para recibirla. Por insignificante que sea el pretexto que

alegue para ello, esas preguntas, que prueban que aún la están aguardando, mantienen en él la esperanza.

Llega la medianoche y todo sigue igual. Por la calle, de ordinario escasamente concurrida, pasan pocos coches, y ningún rumor turba el silencio de los alrededores de la casa, salvo algún que otro borracho vagabundo que pasa berreando y apoyándose en las paredes, extraviado en aquella zona glacial. Es tan silenciosa aquella noche de invierno, que, prestando el oído a la profundísima quietud, se experimenta la misma sensación que al mantener la mirada en las tinieblas: si, por casualidad, llega un ruido lejano hasta el que escucha, produce el efecto de un relámpago en una noche oscura, y la quietud, por un instante alterada, es aún más pesada y sombría que antes.

Se ha dado permiso a todos los criados para que vayan a acostarse (no se van a disgusto, porque han estado levantados toda la noche de ayer), y la señora Rouncewell y George son los únicos que se quedan en el cuarto del barón. La noche transcurre lentamente. Hasta parece que se detiene a ratos. Alrededor de las dos de la madrugada, sir Leicester se obstina en saber qué tiempo hace, y George, que cada media hora no se olvida de ir a inspeccionar la chimenea del cuarto de milady, prolonga su paseo hasta la puerta de la calle, y vuelve con las noticias más satisfactorias que pueden imaginarse acerca de la más horrible entre las malas noches: continúa lloviendo, y en la acera hay todavía un palmo de barro entre nieve, agua y hielo.

Volumnia se ha retirado a su habitación, un cuartito al fondo del pasillo, al final de la escalera, girando a la izquierda, cuando se acaban los dorados y las esculturas. Es un auténtico cuarto de pariente pobre, adornado con un intento de retrato de sir Leicester, relegado allí por sus malos trazos. Dicha habitación da a un patio en el que hay plantados algunos arbustos secos, semejantes a antediluvianos ejemplares de té negro. Mil temores agitan a Volumnia, y medita con espanto en lo que sería de su corta pensión si se diese la desgracia de que le sucediera algo a sir Leicester, designando con esa palabra la única cosa que le preocupa y la última que le puede suceder a un barón en cualquier lugar del mundo.

Tales temores le han impedido a Volumnia acostarse y también quedarse sentada junto a su chimenea, y la impulsan, envuelta en su manto y cubierta la cabeza con su chal, a recorrer la casa como un fantasma, y en especial a visitar el elegante y caldeado salón de milady. Como la soledad es poco agradable en semejantes circunstancias, a Volumnia la sigue su doncella, a quien su señora ha despertado expresamente para ese paseo nocturno a pesar de sus pocos atractivos, por lo que la sirvienta muestra un rostro sin mucha dulzura, tiritando y bostezando a cada momento, muy apesadumbrada de servir a una prima sin fortuna, ella que había decidido no servir a quien tuviera menos de diez mil libras.

Sin embargo, las frecuentes visitas de George calman un tanto a la señora y a la doncella, y les hacen menos pesada la noche. En cuanto oyen los pasos del sargento, se cubren aun más con sus chales, y se preparan para recibirlo; y en otros momentos dividen sus guardias en ratitos de sopor y de diálogos, no completamente libres de acritud, sobre si la señorita Dedlock, sentada con los pies apoyados en la rejilla de la chimenea, se iba o no a caer al fuego cuando la rescató (para su enorme disgusto) su genio tutelar, la doncella.

—¿Cómo sigue sir Leicester, señor George? —pregunta Volumnia.

—Igual, señorita. Está muy débil y muy enfermo. De vez en cuando delira.

—¿Ha preguntado por mí? —dice Volumnia con ternura.

—No lo creo, señorita. Al menos yo no lo he oído.

—Es realmente un mal momento, George.

—Sí, lo es, señorita. ¿No estaría usted mejor en la cama?

—¡Está claro que estaría allí mucho mejor! —dice la doncella con voz áspera.

Volumnia contesta que no puede ser, que es posible que la llamen y la necesiten de un momento a otro, y que nunca podría perdonarse no estar presente en caso de suceder algo. Se niega a explicarle a la doncella que hace un comentario sobre ello, por qué persiste en permanecer en la estancia de milady en vez de volver a su cuarto, que está más cercano al de sir Leicester, y declara que no abandonará su puesto. Volumnia dice como mérito que no ha «cerrado un ojo» (como si tuviera veinte o treinta), aunque es difícil conciliar esa afirmación con el que acabe de abrir los dos hace cinco minutos.

Pero poco después de las cuatro, la constancia de Volumnia se quebranta, o quizá la señorita Dedlock enfoca la cuestión desde otro punto de vista. Su deber exige que reponga sus fuerzas para el día siguiente, en que sin duda se tendrá necesidad de ella, y, para estar en su puesto cuando llegue al caso, es preciso que se resigne a abandonarlo por algunos momentos. Así pues, cuando vuelve George y le repite: «¿No estaría usted mejor en la cama?», y cuando la doncella protesta con mayor firmeza que antes: «¡Sería mejor que se fuera a la cama, señorita Dedlock!», se levanta y les dice: «¡Pues bien, lléveme y hagan de mí lo que quieran!».

George cree oportuno ofrecerle el brazo, acompañándola hasta la puerta de su cuarto, y la doncella considera también oportuno que lo mejor es meterla en la cama sin ceremonia alguna. El militar continúa, enseguida, su consabida ronda, con la casa para él solo.

El tiempo continúa endemoniado. De las cornisas, de las pilastras y de la gradería hasta el tejado cae la nieve derretida, chorreando a lo largo de los

muros. Como en busca de un abrigo, se acurruca al pie de la puerta cochera, en los intersticios de las ventanas, en los más pequeños huecos, para abandonarlos luego convertida en agua helada, y sobre el tejado, sobre el tragaluz de la escalera, a través del cual pasa, cae en espesos copos: trap, trap, trap, con la monotonía de los pasos del espectro de la galería de Chesney Wold.

George, a quien aquella vasta morada trae a su memoria la quinta y los tiempos de su infancia, sube lentamente la escalera observando a su alrededor y meditando en todo lo que le ha venido sucediendo de algunos días hacia acá: en el procurador asesinado, cuya imagen conserva viva en su mente; en la mujer fugitiva, cuyas recientes huellas encuentra a cada paso que da en aquella casa; en el dueño de ella, y en aquellas palabras de su madre: «¿Quién se atreverá a decirle la verdad?». Mirando a una y otra parte, listas las manos para caer sobre el primer objeto sospechoso que llegue a descubrir, avanza y llega al aposento de sir Leicester, sin que en la oscuridad que ha atravesado haya descubierto otra cosa que el vacío y el silencio.

—Todo está listo, ¿no es cierto, George Rouncewell?

—Sí, señor, todo está a punto y preparado.

—¿No se sabe nada?

El sargento hace una señal negativa con la cabeza.

—¿No has encontrado ninguna carta dejada allí por olvido?

Y sin esperar contestación, pues sabe demasiado bien que aquello no es posible, deja caer la cabeza en la almohada.

George Rouncewell, su antiguo conocido, como él mismo dijo hace unas horas, continúa velándolo durante las últimas horas de aquella interminable noche de invierno. Atento a sus menores gestos, lo levanta, lo coloca en mejor postura, y, penetrando en su pensamiento, apaga las luces, descorre las cortinas y abre los postigos en cuanto asoman las primeras luces de la aurora. Llega, por fin, el día, día gris, vacilante, helado como un fantasma, precedido de una claridad lívida que parece decir: «Vosotros los que aquí veláis, ved lo que os traigo. ¿Quién se atreverá a decirle la verdad?».

LIX

Relato de Esther

Eran las tres de la madrugada cuando llegamos a las calles de Londres.

Habíamos encontrado los caminos en peor estado que a la ida: la lluvia y la nieve no habían cesado desde la víspera. Y ello a pesar de la entereza de mi compañero de viaje, que no se había quebrantado ni un solo momento, lo que nos había sido de mucha utilidad. Los caballos se detenían agotados a media cuesta de las colinas. Tuvieron que vadear verdaderos torrentes y les era difícil avanzar sobre la resbaladiza nieve, más de una vez cayeron enredados en sus arreos. Pero allí estaba el señor Bucket, con su linterna, atento a todos los percances y contratiempos. Después de haberse salvado un mal paso o reparado una avería, su voz vibrante y tranquila les decía a los postillones: «¡Adelante, amigos, adelante!».

Yo no me explicaba la confianza, o mejor la seguridad, de la que él daba muestras en esta última parte de nuestro viaje. No le vi ni un movimiento de vacilación, ni el más leve asomo de duda. Ni siquiera se detuvo a preguntarle a nadie, una palabra recogida al pasar parecía bastarle. Y así fue como, entre las tres y las cuatro, llegamos a Islington.

Huelga decir lo que yo sufría, pensando en que nos alejábamos más y más de mi pobre madre. Traté de convencerme de que había poderosas razones para seguir los pasos de la mujer del ladrillero, y hasta me animaba, reflexionando, que aquello no era tan desacertado como me había parecido al principio. Pero, a mi pesar, la incertidumbre me torturaba y decía para mis adentros: ¿De qué servirá hallar a Jenny? ¿Qué sucederá luego? ¿Podrá esto compensar la pérdida de tiempo que nos ocasiona correr tras ella? Eso me preguntaba a mí misma cuando nos detuvimos delante de un puesto de coches. El señor Bucket pagó a nuestros postillones, que estaban cubiertos de barro, como si se hubiesen arrastrado por el camino, y les indicó, brevemente, adónde habían de llevar el carruaje. Me invitó a apearme y me condujo a un coche de alquiler que escogió entre los de la parada.

—¡Pero, hija mía! Está usted empapada —me dijo, ayudándome a subir al coche.

Ni siquiera me había dado cuenta de ello. La nieve había penetrado en el carruaje, y, además, habiendo tenido que poner pie en tierra dos o tres veces al caer los caballos, la lluvia había calado mis ropas. Le contesté sin darle importancia a la cosa y diciendo que no valía la pena pensar en ello, pero el cochero, sin hacer caso de mis protestas, corrió a la caballeriza y volvió con alguna paja seca, que en breve trajo el calor a mis pies.

—Ahora, querida señorita —me dijo el señor Bucket, asomando la cabeza por la ventanilla, después de haber cerrado la portezuela—, iremos en busca de esa mujer. Quizá sea esto un poco largo, pero no tema usted. Esté segura de que tengo motivos suficientes para obrar como lo hago.

No me cabía duda alguna de que tenía tales motivos, pero estaba muy lejos

de pensar que en breve había de llorar mucho al comprender demasiado bien el sentido de estas palabras. Contesté, sin embargo, que tenía puesta en él toda la confianza.

—Puede usted hacerlo sin temor —me dijo—, pero con que me conceda la mitad de la que yo tengo en usted por la entereza con que se ha portado, con esa mitad me basta. ¡Divina Bondad! Nunca había visto a una señorita de su clase, ni de ninguna clase de la sociedad (y he conocido a muchas de muy alta alcurnia), portarse como usted se ha comportado desde el momento en que fui a sacarla de la cama. Es usted una mujer ejemplar —añadió el señor Bucket, con calidez—, un verdadero ejemplo.

Le contesté que me alegraba mucho de no haber sido para él un obstáculo, y añadí que esperaba que lo mismo sucediese hasta el fin.

—Una joven que al valor suma la docilidad —dijo— es todo lo que pedía y mucho más de lo que podía esperarse. Se ha portado usted con la entereza de una reina, mi querida señorita.

Dichas estas animosas palabras, subió al pescante y nos pusimos de nuevo en marcha. ¿Adónde íbamos? Yo no lo sabía entonces, ni jamás lo he sabido después. Se diría que escogíamos las calles más estrechas y horribles de Londres. Cuando veía que le daba órdenes al cochero, me hacía a la idea de que íbamos a pasar por una confusión de calles semejantes, y era lo que siempre sucedía.

De vez en cuando, salíamos a una calle más ancha, y nos deteníamos delante de una casa mejor iluminada y más grande que las demás donde el señor Bucket hablaba con varias personas. A veces, se apeaba al doblar una esquina, o junto a una puerta cochera, mostraba la luz de su linterna, que atraía a otras semejantes del fondo de las tinieblas como las nubes de insectos que acuden alrededor de la llama, y entablaba una nueva conversación. El círculo de nuestras investigaciones iba estrechándose poco a poco y ya simples agentes de policía podían decir al señor Bucket lo que deseaba saber, e indicarle el camino que había de seguir.

Finalmente, nos paramos para que mantuviese una conversación bastante larga con uno de aquellos hombres, conversación que parecía satisfactoria por la forma en que asentía de vez en cuando. Cuando acabó, se me acercó, mirándome muy grave y atento.

—Ahora, señorita Summerson —me dijo—, tranquilícese usted. Estamos ya sobre la pista de la persona que buscamos y quizá me sea usted de utilidad incluso antes de lo que creo. No me gusta, hija mía, pero le pido que consienta en dejar el coche y caminar un poco, por cuanto esto podrá sernos de alguna utilidad.

Bajé inmediatamente del coche y tomé el brazo que me ofrecía el señor Bucket.

—No es preciso ir tan deprisa —me dijo—, calma, señorita, no vaya a caerse.

Aunque yo iba mirando alrededor confusa y atropelladamente mientras cruzábamos la calle, pensé que conocía aquel sitio.

—¿Estamos en Holborn? —le pregunté.

—Así es —me contestó—. ¿Conoce usted la calle en que entramos?

—Parece Chancery Lane.

—Exacto, señorita.

Giramos la esquina y avanzamos por el barrio, hundidos los pies en la nieve medio derretida. Recuerdo que entonces dieron las cinco y media. Avanzábamos silenciosos y con paso ligero, cuando tropezamos en la estrecha acera con un caballero que venía en dirección contraria, y que, envuelto en una capa, se apartó para cedernos el paso. Al mismo tiempo, oí una exclamación de sorpresa y mi nombre pronunciado por el señor Woodcourt, cuya voz reconocí inmediatamente.

Fue tan inesperado el encuentro, y tan viva la sensación que me causó después de nuestra febril carrera en medio de la noche, que no pude contener mis lágrimas. Me causó el mismo efecto que si hubiese oído su voz en el extranjero.

—¡Señorita Summerson! ¿Usted por estas calles, a esta hora y con un tiempo semejante?

El señor Woodcourt sabía por el señor Jarndyce que habían ido a buscarme para un asunto de importancia, y se apresuró a decírnoslo para evitarnos explicaciones. Manifesté que acabábamos de bajar del coche y que íbamos... Me contuve, pues, al llegar ahí mantuve la vista en mi compañero de viaje.

—Vamos a la calle siguiente, señor Woodcourt —sabía su nombre de oírmelo—. Soy el inspector Bucket.

El señor Woodcourt, a pesar de mi resistencia, se había quitado la capa y la ponía sobre mis hombros.

—¡Buena idea! —exclamó el señor Bucket—. ¡Excelente idea!

—¿Puedo ir con ustedes? —me preguntó el señor Woodcourt.

—No hay inconveniente —dijo el inspector.

Y, arropada en la capa, andaba entre los dos.

—Hace poco que he dejado a Richard —explicó el señor Woodcourt—. Desde las diez de la noche he estado a su lado.

—¿Está enfermo?

—No, enfermo no, pero tampoco está muy bien. Ya sabe usted lo frenético y abatido que está en ciertas ocasiones, anoche estaba postrado como nunca. Ada me mandó llamar. Yo no estaba en casa, pero al regresar, encontré su nota, y fui al momento a verlos. Eran alrededor de las diez. Richard empezó a hablar, se animó poco a poco, y como Ada, contenta al verlo de aquella manera, me atribuyó la mejoría experimentada, me quedé con él hasta que hubo conciliado el sueño y Ada se disponía a hacer lo mismo.

¿Podía yo separar, en mi corazón, el cariño y las atenciones de que el señor Woodcourt les hacía objeto, la confianza que les había inspirado, el consuelo que le daba a mi querida amiga, de la promesa que él mismo me había hecho? Muy ingrata habría debido yo de ser para olvidar las palabras que me dirigió a su regreso, cuando, conmovido, viendo la alteración de mi rostro, me dijo hablando de Richard: «Lo prometo como por mandato sagrado». Entramos en una callejuela.

—Señor Woodcourt —dijo el señor Bucket, que tenía un ojo atento puesto en él mientras seguíamos adelante—, hemos de ver a un proveedor de los tribunales que vive aquí, al señor Snagsby... Pero usted ya lo conoce —añadió, con una sola mirada le había bastado para adivinarlo.

—Así es, lo conozco —contestó el señor Woodcourt—. Lo he visitado en otra ocasión.

—¿De verdad, caballero? —dijo el señor Bucket—. ¿Quiere usted tener la bondad de quedarse unos instantes con la señorita Summerson, mientras hablo con el papelerero un momento?

El último agente de policía con quien había hablado el señor Bucket nos había seguido en silencio y se hallaba detrás de nosotros. Yo no lo había advertido, ni me habría dado cuenta de su presencia, si, a un comentario que hice sobre unos sollozos que me parecía oír, no me hubiese contestado:

—No se asuste, señorita, es la criada del señor Snagsby.

—La pobre muchacha padece de ataques de histerismo —añadió el señor Bucket—. El ataque que le ha dado esta noche es muy violento, y en verdad que lo siento, pues necesito un dato que solo ella puede darme. Es necesario hacerla volver en sí de un modo u otro.

—Quizá eso haya sido favorable —dijo el agente de policía—, si no le hubiera dado este acceso, es muy probable que todos estuviesen en cama a estas horas.

—Sí, puede ser —contestó el señor Bucket—. Mi linterna se ha agotado, encienda usted la suya un momento.

El agente obedeció. Entonces el inspector, rodeado del círculo luminoso que formaba la linterna, se dirigió hacia la casa de donde salían los gritos y llamó a la puerta. Le abrieron, entró, y nosotros nos quedamos esperando en la calle.

—Señorita Summerson —me dijo el señor Woodcourt—, si no es pecar de inoportuno, podría quedarme con usted. ¿Me permite que así lo haga?

—Acepto su oferta y le doy gracias por su amable compañía —le contesté—. Si no le digo el secreto que nos ha traído hasta aquí, es porque no me concierne solo a mí.

—Lo comprendo a la perfección. Confíe en mí, seguiré a su lado solo mientras pueda respetarlo por completo.

—Confío en usted sin reservas —dije—. Sé y siento en lo más profundo de mí lo sagradas que son las promesas para usted.

Un momento después, brilló de nuevo el círculo luminoso y el señor Bucket se dirigió hacia nosotros con cierto aire de precipitación.

—Haga el favor de entrar, señorita Summerson —me dijo—, y siéntese junto al fuego. Creo que es usted médico, señor Woodcourt, ¿no es cierto? Necesitaría que examinase a una joven y viese si se le puede hacer algo que la saque del estado en que se encuentra. Ha recibido una carta que me es indispensable, y, como no la encuentro en su cofre, solo ella puede saber dónde se encuentra. La pobre está presa de tales convulsiones que es difícil tocarla sin hacerle daño.

Entramos los tres en la casa, en la que se respiraba una atmósfera pesada y sofocante, a pesar del frío que se sentía en la calle. Detrás de la puerta, había un hombre pequeñito y muy asustado cuyo rostro manifestaba una gran tristeza. Su carácter me pareció dócil y amable.

—Vayamos abajo, si le parece, señor Bucket —dijo—. Esta señora me dispensará si la recibo en la cocina, pero es la pieza que durante la semana nos sirve de salón. En la parte de atrás está el cuarto de Guster, ¡menudo escándalo está montando la pobre!

Bajamos la escalera, seguidos del señor Snagsby, pues luego supe que aquel hombre era el propio papelero. Cerca del fuego estaba la señora Snagsby con los ojos inflamados y el semblante severo.

—Querida —le dijo el señor Snagsby al entrar—, suspendamos por un momento las..., digámoslo sin rodeos, las hostilidades, y permite, querida, que te presente al inspector Bucket, al señor Woodcourt y a esta señora.

La señora Snagsby volvió hacia nosotros el rostro sorprendido, lo cual no tenía nada de extraordinario, y fijó en mí una mirada muy poco benévola.

—Querida —continuó el papelero, sentándose en el umbral de la puerta como si al recibir forasteros se hubiese tomado una libertad que no le era permitida—, sin duda me preguntarás por qué vienen a Cook's Court, Cursitor Street, a estas horas el inspector Bucket, el señor Woodcourt y esta señora. Lo ignoro, lo ignoro absolutamente, querida mía; y como, aunque se me dijera, es probable que no lo entendiese, dado el estado en que me encuentro, lo mismo me da que no me lo digan.

Fueron pronunciadas estas palabras con una expresión tan abatida, y la recepción era tan fría, que creí deber excusarme con la dueña de la casa, pero el señor Bucket me interrumpió, y dijo:

—Señor Snagsby, lo más urgente en este momento es acompañar al señor Woodcourt a ver a su pobre Guster.

—¡Mi Guster! —exclamó el papelero—. ¡Ay! ¡Señor Bucket! ¡Esto sería un nuevo cargo contra mí!

—Y nos iluminará usted —continuó el inspector, sin retractarse de sus palabras— y también si es necesario sujetará a la muchacha. En una palabra, ha de sernos usted útil para algo, pues me consta que no existe en el mundo persona más servicial que usted. ¡Es usted tan complaciente, tan bueno, tiene usted un alma tan compasiva! Señor Woodcourt, tenga usted la bondad de examinarla y si da usted con la carta, le ruego que me la entregue inmediatamente.

El señor Snagsby y el señor Woodcourt salieron de la cocina, y el señor Bucket me hizo sentar, junto al fuego. Me recomendó que me secara los zapatos y los puso junto al fuego para que se secaran.

—Querida señorita —me dijo—, no haga usted caso de las miradas poco hospitalarias que la señora Snagsby le dirige: esa buena señora está dominada por un error que conocerá en breve, y que una mujer como ella, acostumbrada a reflexionar maduramente y a no abrigar sino buenos pensamientos, deplorará sin duda su conducta en cuanto le haya probado que se equivoca.

Diciendo esto, se levantó, y teniendo en la mano la capa y el sombrero completamente empapados de agua, calado también todo él, volvió la espalda al fuego, y, dirigiéndose a la señora Snagsby, agregó lo siguiente:

—Lo primero que he de manifestarle a usted como mujer casada que posee tantas virtudes... «Son tantas tus virtudes y hechizos, y todo lo demás», sin duda conoce usted la canción, pues no ignora usted nada de lo que sabe la buena sociedad... A usted, pues, que posee tan buenas cualidades como para

tener confianza en mí misma, le bastará recordar lo que ha hecho en su vida a fin de no ser excesivamente severa y demasiado injusta con los demás.

La señora Snagsby, a quien alarmaron aquellas palabras, se suavizó un poco y balbució algunas palabras para preguntarle al señor Bucket lo que significaban las suyas.

—¿Lo que significan? —dijo el señor Bucket, manteniendo oído atento a lo que ocurría en el cuarto vecino con respecto a la carta, sobre la cual no hay que decir que yo tenía puesta toda mi atención—. Voy a explicárselo, señora. Vaya usted a ver Otello; esa tragedia le enseñará a usted mucho.

La señora Snagsby le preguntó por qué.

—¿Por qué? —dijo el señor Bucket—. Porque lo mismo le pasará a usted si continúa por el camino emprendido. Ahora mismo está usted preocupada por la presencia de esa señorita. ¿Es necesario decirle a usted quién es? Pues con una sola aclaración le bastará a usted para saberlo, ¿se acuerda usted de la última vez que nos vimos y del lugar donde nos encontramos? ¿Se acuerda usted de lo que tratábamos? Pues aquella joven señorita de quien hablábamos es esa señorita que se halla delante de usted.

La señora Snagsby pareció comprender mucho mejor que yo la alusión hecha a mi persona.

—Duro de pelar, como ustedes lo llamaban, o más propiamente Jo, estaba metido en el asunto, lo mismo que Nemo, el copista. En cuanto a su esposo, únicamente se vio mezclado en semejante embrollo a causa del señor Tulkinghorn, su mejor parroquiano. También estaban metidos en el tema toda esa gente cuya bilis les rezuma por los poros, esa gente a quien usted ya conoce y que no son nada recomendables. Y usted misma, con toda su inteligencia y sus excelentes cualidades, se ha hecho un lío con todo eso. Es una verdadera lástima, señora Snagsby, que haya descendido usted a tales extremos. Es una lástima y una vergüenza.

Mientras hablaba el señor Bucket, mi única preocupación era pensar si el señor Woodcourt había logrado encontrar la anhelada carta.

La señora Snagsby movió la cabeza, y se llevó el pañuelo a sus ojos.

—Y eso no es todo —continuó el señor Bucket, con creciente vehemencia—, sino que además otra persona que interviene también en el asunto, una pobre mujer, ha llegado aquí esta noche para ver a su criada y le ha entregado un papel por el cual daría yo cien libras. ¿Qué ha hecho entonces, señora Snagsby? Se ha ocultado para espiarlas y de pronto ha caído sobre su criada sabiendo la enfermedad que padece ¡y qué poca cosa se necesita para provocarle un ataque! Ha arremetido usted contra la infeliz y la ha tratado con

tal dureza que la pobre muchacha se ha visto presa de terribles convulsiones y ha perdido el sentido cuando de lo que pueda contar ¡depende la vida de una persona!

El señor Bucket pronunció estas palabras en un tono tan significativo que crucé las manos y vi dar vueltas a mi alrededor cuantos objetos había en la cocina. Este vértigo solo duró un instante, pues el señor Woodcourt salió del cuarto de Guster, y después de entregar un papel al inspector, volvió al lado de la enferma.

—Ahora, señora Snagsby —dijo el inspector de policía echando una rápida mirada a la carta—, la única reparación que está en su mano y que exijo de usted es que me permita decirle a esta señorita algunas palabras en secreto, y, por si puede usted ayudar al señor Woodcourt a volver en sí a la pobre Guster, le agradeceré que vaya allí inmediatamente.

Sin hacerse repetir la sugerencia, salió la señora Snagsby de la cocina, y el señor Bucket cerró la puerta tras ella.

—Señorita —me dijo—, ¿está usted segura de sí misma?

—Completamente —respondí.

—¿Conoce usted esta letra?

Era de mi madre. Lo que el inspector me enseñaba eran algunas líneas escritas con lápiz en un pedazo de papel, desgarrado, manchado y doblado groseramente, y en el que podía leerse mi nombre y la dirección de mi tutor.

—Puesto que usted conoce esta letra, si realmente cree sentirse con fuerzas para leer lo que ahí dice, hágalo, y no pierda usted ni una sola palabra.

La carta había sido escrita con intermitencias, y contenía las siguientes líneas:

«He venido a la casa con dos objetos: con el deseo de ver a aquella niña a quien tanto amo..., verla tan solo, pues no era mi intención hablar con ella ni dejarle sospechar que estaba tan cerca de ella; y después para eludir las pesquisas y hacer que se perdieran mis huellas. No reprendas a Jenny por la ayuda que me ha prestado, pues la pobre mujer no se ha decidido a hacerlo si no porque se lo pedí en nombre de aquel pobre angelito que está en el cielo. ¿Te acuerdas de la infeliz criatura que perdió? Pude hacerme con el consentimiento del marido y de su camarada, comprando esta aquiescencia, pero a ella le bastó aquella santa invocación.»

—«He venido a la casa...» —observó el señor Bucket—, de modo que esto lo escribió probablemente en la choza. No me equivoqué.

«He hecho una larga caminata, he ido a parar muy lejos, y me siento morir.

¡Qué calvario, Dios mío! Mi único pensamiento es la muerte. Cuando me marché, abrigaba otros más culpables, pero me he salvado del suicidio, y no añadiré este delito a todo lo demás. El frío, la nieve y el cansancio son causas de muerte suficientes para explicar la mía, pero no es precisamente eso lo que me mata, por más que sufra mucho y me sienta destrozada. Es justo que, cuanto me ha sostenido, me abandone a la vez, y que el terror y el remordimiento acaben conmigo.»

—¡Tenga valor! —dijo el señor Bucket—, ya solo quedan unas líneas.

Lo restante había sido escrito en otra ocasión, y, según todas las apariencias, a oscuras.

«He hecho lo posible para que no puedan hallarme. En breve me olvidarán y así no le causaré a él tanta vergüenza. Nada en mí puede hacer sospechar quien fui. Daré este papel al primero que pase y todo habrá concluido. Varias veces había pensado en el punto adonde voy a descansar para siempre, si Dios me da fuerzas para arrastrarme hasta allí. Adiós. ¡Perdón!»

El señor Bucket me sostuvo en sus brazos, y me dejó suavemente en una silla.

—¡Tenga valor! —repitió—. No piense que quiero abusar de su fuerza, señorita, pero, tan pronto como pueda, cálcese los zapatos, y dispóngase a partir.

Hice al momento lo que me pedía, pero me dejó sola algún tiempo para rezar por mi madre, y él se fue a ver a la pobre muchacha a cuyo lado estaba el doctor, y cuando los dos volvieron a la cocina, el señor Woodcourt opinó que el único medio de sacar de la enferma lo que se quería saber era hablarle con mucha dulzura. Se encontraba ya en estado de contestar, pero era menester no asustarla para permitirle coordinar las ideas sobre lo sucedido. Las preguntas, dijo el señor Bucket, eran: ¿quién le dio ese papel?, ¿qué le dijo la persona que se lo entregó?, y ¿adónde iba esa persona?

Haciendo esfuerzos para recobrar mi serenidad, y recordar bien aquellas preguntas, fui a ver a la enferma. El señor Woodcourt hizo ademán de quedarse fuera, pero a instancia mía nos siguió al cuarto de la pobre muchacha. Esta estaba sentada en el suelo, donde la dejaron cuando le dio el ataque, y aunque no era bonita y parecía de compleción débil y miserable, su rostro enfermizo y de suave perfil expresaba bondadosos sentimientos. Arrodillada a su lado, recliné su cabeza sobre mi pecho. La infeliz pasó el brazo alrededor de mi cuello y prorrumpió en llanto.

—Guster —le dije, apoyando en la suya mi frente, pues yo también lloraba —, ya sé que es una crueldad atormentarla en estos momentos, pero ¡si supiera cuánto nos interesa saber algunos pormenores acerca de esa carta!

Ella empezó manifestando con voz débil no haber tenido la menor intención de hacer el menor daño a nadie, ni ofender en nada a la señora Snagsby.

—Estamos convencidos de ello —le contesté—, pero díganos cómo ha llegado esa carta a sus manos.

—Se lo voy a decir, señorita. No diré más que la verdad, señora Snagsby.

—Estoy segura —dije—. Y, ¿cómo pasó?

—Había yo salido para un recado. Era entrada ya la noche cuando al regresar encontré una mujer mojada, llena de barro, que estaba mirando nuestra casa. Al ver ella que yo me dirigía a la puerta, me llamó y me preguntó si vivía aquí. Le dije que sí, y entonces ella añadió que, aunque conocía por estas calles a dos o tres familias, se había extraviado y desorientado... ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Dios mío! No me creerán, y sin embargo, no me dijo nada malo, ni yo tampoco, señora Snagsby.

Fue necesario que su ama la tranquilizase, lo cual he de confesar que hizo con sincera contrición.

—Dijo que andaba desorientada —dije yo.

—Eso —continuó Guster—, la pobre se había extraviado, y ¡estaba tan débil, andaba cojeando y parecía tan miserable! Si la hubiese usted visto, señor Snagsby, estoy segura de que le habría dado media corona.

—Sin duda que sí, Guster —contestó él sin saber exactamente lo que había de decir.

—¡Y si hubiera oído cómo sabía explicarse! Hablaba muy bien, y sus palabras partían el corazón —continuó Guster abriendo mucho los ojos y fijándolos en mí—. Me preguntó si sabía yo el camino para ir al cementerio. Yo le dije a qué cementerio se refería, y me contestó que al de los pobres. En cada parroquia hay uno, y yo lo sé bien, pues, al venir al mundo, me encontraron en uno de ellos. Pero ella dijo que el cementerio al que quería ir estaba cerca de aquí y se llegaba a él por una arcada y tenía una verja de hierro y unos escalones.

En el momento miré al señor Bucket, en cuyo semblante me pareció leer una vivísima inquietud.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Guster, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Qué iba a hacer yo? ¡Quería decir el cementerio donde enterraron al hombre que se tomó esa bebida que da sueño, aquel que usted nos contó, señor Snagsby, y que me causó tanto miedo! ¡Oh! ¡Aún lo llevo dentro!

—Ahora ya estás mucho mejor —le dije—. Por favor, por favor, sigue.

—Lo haré, señorita, pero no se enfade conmigo por el mal rato que les he dado.

¿Enfadada con ella? ¡Pobre niña!

—Pues como le decía, me preguntó el camino del cementerio y yo se lo indiqué. Entonces me miró con unos ojos, como si estuviera casi ciega, y vacilaba, como si sus piernas no pudiesen sostenerla. Sacó la carta y me dijo que si ella misma la echaba al buzón, se borraría la dirección y no llegaría a su destino, por lo cual me rogaba que la enviara yo y que se pagaría al portador en la casa adonde iba dirigida. Yo le contesté que no tenía inconveniente en ello, con tal de que no se hiciese mal a nadie, y ella me aseguró que no había nada que temer. Me dijo también que no podía darme nada, y yo le respondí que siendo también pobre, no quería que me diese nada. Entonces exclamó: «¡Dios te bendiga!», y se marchó.

—¿Hacia qué dirección...?

—Sí —dijo Guster adivinando mi pregunta—, tomó por el camino que yo le había indicado. Enseguida, entré yo en casa, y la señora Snagsby se acercó a mí por detrás, sin que yo la viera, y me cogió por los brazos... ¡Dios mío! ¡Qué miedo me daba!

El señor Woodcourt apartó de mí a la pobre niña. El señor Bucket me cubrió con su capa, y un instante después estábamos de nuevo en la calle. El señor Woodcourt no se atrevía a seguirnos.

—¡No nos deje usted! —le dije.

El señor Bucket añadió:

—Sí, acompañenos usted, pues puede sernos de gran utilidad. Pero no perdamos un minuto.

Solo me queda un vago recuerdo de lo que ocurrió después. Recuerdo que anduvimos a la luz vacilante del alba, pero el gas ardía aún. Llovía y nevaba como antes, e iba aumentando la espesa capa de barro de las calles. Aún me parece estar viendo a las pocas personas que, transidas de frío, pasaron por nuestro lado, y a mi vista se ofrecen todavía los tejados relucientes de humedad, los ennegrecidos montones de nieve y hielo que hubimos de pisar y las estrechas callejuelas por donde pasamos. Recuerdo, también, que en mi oído resonaba sin cesar el relato de la pobre muchacha, sentía que se apoyaba aún en mi pecho, y las casas, destilando agua, parecían tomar semblante humano para mirarme fijamente. Tales visiones eran para mí más horribles que la misma realidad.

Nos detuvimos, al fin, bajo una bóveda sombría y de miserable aspecto al

final de la cual brillaba una lámpara macilenta sobre una verja de hierro. Detrás de esta se veía el cementerio, sitio espantoso del cual se apartaba con lentitud la noche, dejando ver un confuso amontonamiento de piedras y tumbas removidas, cercadas de repugnantes huecos, abominables tabucos cuyas paredes cubría una grasienta humedad como el pus de una herida infectada. En el escalón que precedía a la verja, medio oculta por el fango de aquel lodazal inmundo, estaba tendida una mujer, Jenny, la madre de aquel pobre niño.

Di un grito de horror y corrí hacia ella. El señor Woodcourt me detuvo y me suplicó, con lágrimas en los ojos, que antes de acercarme a aquella mujer atendiese a lo que quería decirme el señor Bucket.

—Señorita Summerson, sepa usted —dijo el inspector—, que en la casa cambiaron de traje.

—¿Cambiaron de traje? —repetí, sin que aquellas palabras, de las cuales solo llegaba a comprender el sentido literal, despertasen en mí idea alguna.

—Una regresó —continuó el señor Bucket— al mismo tiempo que la otra seguía adelante para burlar la búsqueda. Ya sabe que esto nos ha engañado y hecho perder mucho tiempo. Luego volvió a su casa a campo través. ¿Lo comprende ahora, señorita?

No comprendía nada. Únicamente tenía los ojos puestos fijamente en aquella mujer tendida en la piedra, con un brazo entre los hierros de la verja. ¡Esa mujer que había hablado con mi madre, que había traído su carta, que podía acompañarme al punto donde se encontraba aquella, por cuya salvación suspirábamos, estaba allí y me detenían! El rostro del señor Woodcourt expresó una intensa piedad, y vi que hacía retroceder al señor Bucket y que, con respeto, se quitaba el sombrero a pesar de la nieve y el frío... Con todo, no comprendía nada aún.

Finalmente, oí que se decían uno al otro:

—Dejemos que se acerque.

—Sí, más vale que sea ella la primera en tocarla. Sus manos tienen más derecho que las nuestras.

Corrí hacia la verja y me incliné; levanté aquella pesada cabeza, aparté los negros cabellos que ocultaban el rostro, y vi... a mi madre muerta y helada.

LX

Perspectiva

Hallé tal consuelo en la bondad de las personas que me rodeaban que no puedo pensar en ello sin conmoverme. He hablado ya tanto de mí, y me queda tanto todavía por decir, que no me detendré en mi dolor. Estuve enferma, pero por poco tiempo, y ni siquiera habría hecho mención de ello, de ser posible que enmudeciera el recuerdo que me dejaron aquellas demostraciones de afecto. Paso, pues, a otras cosas.

Durante mi enfermedad permanecimos en Londres, y la señora Woodcourt, a ruego de mi tutor, había venido a vivir con nosotros. En cuanto la salud me permitió empezar mi vida normal, retomé, de nuevo, mi labor, y ocupé, otra vez mi sitio junto al señor Jarndyce. Cierta día me pidió que a la mañana siguiente acudiera a su cuarto. No me hice esperar. Estábamos solos, y mi tutor dijo, besándome en la frente:

—Dama Trot, sé bienvenida a mi habitación. Tengo un plan que deseo comunicarte. He pensado permanecer aún seis meses en Londres, quizá más, quizá menos. En una palabra: he decidido residir aquí por algún tiempo más.

—¿Y no volver a la Casa lúgubre? —pregunté.

—¡Ah! La Casa lúgubre tendrá que aprender a prescindir de nosotros y arreglarse por sí sola.

Cuando dijo esto, creí observar en su voz un tono de tristeza, a pesar de la cordial sonrisa que asomaba a sus labios.

—La Casa lúgubre tendrá que aprender a arreglarse por sí sola —repitió—. Está muy lejos de Ada —añadió jovialmente—, y ese ángel nos necesita.

—¡Siempre el mismo! —repuse—. ¡Cuánta bondad la de usted, al pensar así!

—No lo achaques a mi virtud, pues pongo en ello más egoísmo de lo que crees, porque al fin y al cabo tus constantes idas y venidas te dejarían pocos momentos para estar conmigo. Además, quiero ver, por mí mismo, lo que hace la pobre niña, necesito tener noticias tuyas y también del pobre Richard.

—¿Ha visto usted al señor Woodcourt, tutor?

—Lo veo todas las mañanas, dama Durden.

—¿Qué ha dicho de Richard?

—Lo de siempre. No observa en él enfermedad ninguna, y no obstante, no lo deja tranquilo. Pero ¿quién podría estarlo?

Mi querida niña últimamente nos visitaba todos los días, algunos días dos veces. Supusimos, sin embargo, que no se repetiría más allá de mi recuperación. Sabíamos sobradamente que en su corazón albergaba el afecto y

la gratitud de siempre para su primo John, así como que Richard no se había opuesto nunca a estas visitas. Pero también conocíamos que ella espaciaba sus visitas en consideración a él. Mi tutor se había dado cuenta enseguida de esto y, con su delicadeza habitual, había tratado de que se sintiera respaldada.

—¡Pobre Rick! ¡Desgraciado amigo! ¡Cuándo volverá en sí de su fatal delirio!

—No me parece que esté camino de ello —contestó mi tutor—. Cuanto más sufre, más exasperado se muestra contra mí, pues soy a sus ojos la causa principal de su daño.

—¡Qué locura! —no pude evitar decir.

—¡Ay, dama Trot, dama Trot! —respondió mi tutor—. ¿Acaso puede sacarse otra cosa de ese malhadado pleito? Locura es su base, locura su cima y locura su centro; iniquidad y locura, como las mayores que se han visto. ¿Solo puede hallar en él el pobre Rick el juicio que le falta? Sería lo mismo pedir peras al olmo.

Siempre que hablábamos de Richard yo quedaba conmovida por el respeto y la consideración que mi tutor demostraba hacia él, y no me quedaba más remedio que cambiar de tema.

—Supongo que el gran Canciller y todo el Tribunal, en pleno, serían los primeros asombrados de encontrar tal maravilla en un litigante —siguió diciendo mi tutor—. En cuanto a mí, no me causaría menor sorpresa ver a aquellos doctos varones hacer brotar rosas de los polvos de su peluca.

Se detuvo mi tutor, en medio de los paseos que daba por la habitación, intentando saber de qué parte soplaba el viento y vino a apoyarse en el respaldo de mi sillón.

—Bueno, querida mía, abandonemos al tiempo y a la Providencia ese escollo de nuestra familia, y limitémonos a impedir que se estrelle en él la existencia de la infeliz Ada. No hablemos más del asunto, sobre todo delante de Rick, y ya se lo he pedido a Woodcourt y lo mismo te pido a ti: que jamás se le hable una palabra de esto. Dentro de ocho días, o dentro de un año, tarde o temprano, es posible que abra los ojos y me vea tal cual soy. No me falta paciencia, y esperaré.

Entonces, hube de confesar que Richard y yo habíamos hablado varias veces del pleito, y que creía que con el señor Woodcourt había sucedido lo mismo.

—Ya me lo ha dicho —respondió mi tutor—. Él ya ha presentado sus disculpas, y la dama Durden las suyas, no hemos de pensar más en ello. Hablemos de otra cosa. ¿Qué te parece de la señora Woodcourt?

Algo turbada por tan imprevista pregunta, dije que le tenía gran simpatía, tanto más por cuanto de un tiempo a esta parte la veía más amable que antes.

—Lo mismo pienso yo —añadió mi tutor—. Habla menos de su genealogía, de Morgan-ap... como se llame.

Esto era, precisamente, lo que quería yo decir, por lo que estuvimos de acuerdo. Y, además, declaré que la excelente señora no dejaba de tener muy buen carácter, aun en el tiempo en que hablaba con más frecuencia de Morgan-ap-Kerrig.

—No digo lo contrario —dijo mi tutor—, sin embargo, ha obrado cuerdamente al dejar a ese personaje en sus montañas. Y puesto que estamos de acuerdo acerca de sus buenas cualidades, ¿no te parece que haría bien en rogar a la señora Woodcourt que se quedase con nosotros?

—No hay duda, pero...

El señor Jarndyce me miró, como aguardando el final de mi frase, pero, como en realidad no tenía nada que decir, o por lo menos nada que pudiese expresarse, me callé. Solo reflexioné, muy vagamente, que quizá fuese mejor no tener en nuestra casa a la anciana señora.

—He pensado esto —dijo mi tutor—, al considerar que el señor Woodcourt, que viene aquí con tanta frecuencia, podría así ver a su madre siempre que fuese de su agrado sin el menor sacrificio. Además, esa señora es de buen trato y me parece que te quiere mucho.

Todo ello era verdad, y por más que no me ocurriese objeción alguna contra una idea que forzosamente había de aprobar, sentía en mi pecho una cierta inquietud. «¿Qué antojo le ha dado a mi tutor con esto?», me preguntaba a mí misma.

Finalmente, me vi obligada a contestar algo, y dije:

—Tiene usted razón; es una buena idea...

—¿De verdad, querida?

—De verdad.

—Tanto mejor si mi plan es aprobado por unanimidad.

—Por unanimidad —repetí.

Y volví a mi labor: un tapete que hacía para la mesita de su biblioteca. Se lo enseñé, hizo grandes elogios de mi trabajo, y luego que le hube elogiado el dibujo en todos sus detalles y mostrado el maravilloso efecto del conjunto, me pareció que podía reanudar la conversación sobre el mismo tema.

—Querido tutor, ¿no me dijo usted hace algún tiempo que el señor

Woodcourt pensaba marcharse de nuevo a otro país? ¿Le ha vuelto a hablar de su proyecto?

—Sí, varias veces.

—¿Y continúa con el mismo propósito?

—No lo creo.

—¿Tal vez tenga otra perspectiva? —pregunté.

—Puede ser —respondió mi tutor al principio muy despacio—. Dentro de medio año más o menos parece que va a crearse en Yorkshire una plaza de médico para pobres, y como el lugar está bien situado y tiene todas las ventajas de la ciudad y del campo, quizá le convenga. Un hombre de sus méritos tiene ciertamente derecho a ser más ambicioso (aunque me atrevería a asegurar que le ocurre lo mismo a la mayoría de los hombres), pero Woodcourt es de aquellos a quienes todos los puestos le agradan con tal de ser útiles a los demás, aunque no lleve a otra cosa. Supongo que generosos y ambiciosos son los mismos, pero yo confío en los espíritus cuya la ambición les lleva a recorrer su camino, en lugar de tratar espasmódicamente de encontrar un atajo. Y ese es el tipo de ambición de Woodcourt.

—¿Y cree usted que podrá obtener esa plaza? —pregunté.

—No soy adivino y no puedo afirmarlo, querida, pero así lo espero —contestó mi tutor sonriendo—. Woodcourt goza en el país de una excelente reputación. Muchas personas de esa zona se encontraban con él en el barco que naufragó, y esta vez, por singular que parezca, el hombre al que asiste mejor derecho es el que tiene más probabilidades de ser nombrado. No vayas a creer que eso sea una mina. Nada de eso, es una plaza muy modesta: mucho trabajo y poco dinero. Pero es un puesto con porvenir, y que puede, con el tiempo, llegar a ser muy bueno.

—Los pobres del país tendrán ocasión de bendecir la elección, si el nombramiento recae en el señor Woodcourt.

—Con toda seguridad, querida.

Enseguida, hablamos de otras cosas, sin que viniera a cuento hablar de la Casa lúgubre, ni de la suerte que le estaba destinada. Me pareció que la explicación había que buscarla en que aquella era la primera ocasión en que me había sentado a su lado vestida de luto.

Ada, habitaba aún en la oscura y triste casa donde vivía y yo había comenzado, de nuevo, mis visitas diarias. En general, iba a verla por la mañana, pero, además, siempre que disponía de un momento libre durante el resto del día, lo aprovechaba para hacer una escapada allí. Gracias a alegría y las sonrisas que me prodigaban nada más verme, no tenía ningún miedo a que

mis visitas les resultaran molestas. Me sentía tan cómoda en aquella casa como si fuera la mía y tanto era así que nunca llamaba a la puerta antes de entrar. En tales ocasiones, Richard estaba casi siempre fuera. En cambio, por las mañanas lo encontraba escribiendo u hojeando los papeles que llenaban su mesa. A veces lo veía en la vecindad o esperando en la puerta del señor Vholes, mordiéndose las uñas o vagando por Lincoln's Inn, donde lo encontrara por primera vez. ¡Cuánto había cambiado desde entonces!

Yo no ignoraba que el dinero que Ada había aportado, se iba consumiendo a la par que las velas que veía arder en el estudio del señor Vholes. La suma no era muy grande, Richard tenía algunas deudas cuando se casó, y todo eso, unido a la vehemencia con que llevaba el asunto el señor Vholes, eran motivos más que suficientes para gastar más de lo que podían. Ada procuraba economizar todo lo posible, pero era demasiado evidente que cada día eran más pobres.

Mi buena amiga iluminaba con su hermosura, aquel pobre hogar. Aunque más pálida y grave que antes, conservaba una perfecta serenidad, tanta que yo la creía cegada por el amor hasta el punto de no ver la ruina que los amenazaba.

Cierto día que me quedé a cenar con ellos no me dejó ni un instante este pensamiento. Cuando entré en Symond's Inn, me había encontrado a la señorita Flite, que venía en dirección contraria, y me contó que acababa de visitar a los pupilos del Tribunal, lo cual, la había llenado de satisfacción. Por Ada supe que todos los lunes a las cinco la buena mujer iba a visitarla, llevando consigo sus numerosos documentos y en su sombrero un lazo de excepcional blancura, que desaparecía luego, después de la ceremonia.

—¡Señorita Summerson! —exclamó al verme—. ¡Cuánto me alegro de encontrarme con usted! ¿Cómo sigue usted? ¿Va usted a ver a nuestros simpáticos pupilos? Ada está en casa: se alegrará mucho de verla.

—¿No ha vuelto aún Richard? —le pregunté, temiendo haberme hecho esperar.

—Aún no —dijo la señorita Flite—. La audiencia ha sido larga, y allí le he dejado con su abogado. Pienso que no tendrá usted grandes simpatías por el señor Vholes. Creo que es un hombre peligroso.

—¿Ve usted a Richard en la audiencia con más frecuencia que antes? —dije.

—Todos los días, querida —dijo la señorita Flite—. Desde que se abren las sesiones hasta el final. Ya recordará lo que le dije de la atracción que ejerce la mesa del Canciller. Pues bien, después de mí, él es el más constante, el más asiduo de cuantos litigantes acuden allí. La verdad es que últimamente nuestro

pequeño grupo está empezando a resultar más entretenido.

Escuchar aquellas palabras de su boca no me sorprendió, aunque me parecía muy triste.

—Tanto es así, querida —añadió, acercándose a mí con rostro misterioso y protector—, que lo he nombrado formalmente albacea de mi testamento.

—¿De veras? —le dije.

—Sí, querida, de veras —repitió la señorita Flite con absoluta gravedad—, lo he hecho mi representante, mi derecho-habiente, como decimos en los tribunales. Y ello se debe a que he pensado que, después de mi muerte, cuidará bien de mis asuntos e instará el fallo tan deseado gracias a su asistencia inmutable.

Al oír semejantes palabras, no pude menos que suspirar.

—En otro tiempo —prosiguió la señorita Flite, suspirando a su vez—, pensé en designar al pobre Gridley, que era también muy activo, querida mía, y de ejemplar exactitud, pero ha muerto, y he debido buscarle un sucesor. No le hable a nadie de todo eso: se lo he dicho en confianza.

Entonces, entreabrió su bolso, me enseñó un papel muy bien doblado, que era, según me dijo, la escritura en que constaban los derechos otorgados al señor Carstone.

—Voy a confiarle otro secreto, amiga mía. He aumentado mi colección de pájaros.

—¡Qué me dice! —exclamé, sabiendo cuánto la satisfacía ver acogidas sus confidencias con interés y sorpresa.

La señorita Flite negó con la cabeza, y pasó por su semblante una nube de tristeza.

—La he aumentado con dos ejemplares —dijo—, a los que he puesto por nombre Pupilos de Jarndyce. Sí, querida mía, los tengo ya con las otras aves, o sea con Esperanza, Alegría, Juventud, Paz, Reposo, Vida, Polvo, Cenizas, Desorden, Necesidad, Ruina, Desesperación, Furor, Muerte, Hipocresía, Mentira, Palabras, Peluca, Harapo, Pergamino, Despojo, Fallo, Jerga, Necedad y Caos.

La anciana me dio un beso con cierto aire de turbación que nunca había visto en ella, y se alejó con rapidez. El modo en que había dicho los nombres de sus pájaros, como temerosa de oír sus propias palabras, me oprimió el corazón.

Llegué, pues, triste a casa de Ada, y de buen grado habría prescindido de la compañía del señor Vholes a quien Richard (que llegó un minuto o dos

después que yo) trajo aquel día para comer juntos, por más que fuese persona cumplidora. Ada y su esposo nos dejaron solos, por un momento, para preparar lo necesario, y el señor Vholes aprovechó la oportunidad para entablar conmigo una conversación en voz baja. Se acercó a la ventana cerca de la cual estaba yo sentada, y, echando una mirada a Symond's Inn, me dijo, ensuciando el cristal con su guante negro al pretender limpiarlo:

—Para quien no está metido en los tribunales, este es un barrio muy poco alegre, señorita Summerson.

—En efecto, no hay mucho que ver —contesté.

—Ni para la vista, ni para el oído, señorita Summerson, raras veces se extravía algún músico por aquí. Si bien es verdad que nosotros los abogados somos poco dados a la música y no nos hacen gracia los artistas callejeros. Espero que el señor Jarndyce continúe tan bien de salud como deseo.

Le di las gracias al señor Vholes, y le confirmé que estaba perfectamente.

—No tengo el gusto de contarme entre sus amigos —agregó el señor Vholes—, pues sé que no mira con simpatía a los abogados. Con todo, nuestro deber es obrar siempre con franqueza, sea cual fuere la opinión que de nosotros se tenga, o por mejor decir, preocupación, pues sepa usted que somos víctimas de muchos errores. Y a propósito, ¿qué me dice usted del señor C.?

—Nada bueno, lo veo muy preocupado.

—Es cierto —dijo el señor Vholes, que permanecía en pie detrás de mí, tocando casi al techo con su larguísimo cuerpo vestido de negro.

Acariciaba con fruición los inflamados granos de su rostro aceitunado, y se expresaba con voz sosegada y natural, como si el sentimiento no hubiese penetrado nunca en su insensible naturaleza.

—Creo que el señor Woodcourt visita con frecuencia al señor C. —dijo.

—El señor Woodcourt es amigo suyo —respondí.

—No lo digo por eso, me refiero a que lo visita como médico...

—La Medicina no puede hacer nada cuando es el espíritu el que está enfermo.

—Cierto —contestó el señor Vholes con su característica impasibilidad.

El corazón me decía que Richard se moría poco a poco, bajo el influjo de aquel hombre impasible y macilento que tenía trazas de vampiro.

—El señor C. no ha concertado un buen matrimonio —dijo frotando una contra otra sus manos enguantadas de negro como si para su tacto no hubiese diferencia entre su piel y la de cabritilla.

Le dije que debía perdonarme pero que prefería no hablar de ello y añadí (un poco indignada) que se habían prometido en una época en que su porvenir era menos sombrío que ahora y en que Richard no había cedido aún al pernicioso influjo que pesaba sobre él.

—Es cierto —dijo el señor Vholes—, pero fiel a mi sistema de sentar con claridad los hechos, persisto en afirmar que ese matrimonio es desacertado. No solo tengo la obligación de explicarme sin reservas ante la familia del señor C., sino que le debo esta franqueza a mi propia reputación, preciosa para mí como para todo aquel que se respeta, preciosa para mis tres hijas, cuyo porvenir está en mis manos, y preciosa para mi anciano padre, de quien soy el sostén.

—Pues tenga usted la seguridad de que sería este el mejor y más dichoso de los matrimonios, señor Vholes, si pudiese persuadirse a Richard de abandonar este pleito fatal.

—Puede ser, señorita Summerson —contestó el señor Vholes, después de toser, o para ser más exacto, de un leve carraspeo detrás de su guante, y de inclinar la cabeza en señal de asentimiento—. Admito, sin restricción, que la joven a quien el señor C. ha dado su nombre de un modo tan precipitado (espero que estará de acuerdo con ello y me perdonará la expresión), digo, pues, que la joven con quien el señor C. se ha casado tan precipitadamente, será sin duda muy distinguida. Mi constante labor me ha mantenido apartado del gran mundo, pero con todo, lo conozco lo bastante para estar convencido de que la señora C. es distinguida en extremo. En cuanto a su belleza, es algo que no puedo juzgar por mí mismo, pues desde mi ingreso en la carrera no he prestado a tales cosas la menor atención. No obstante, me atrevo a decir que también en este concepto es una mujer extraordinaria desde ese punto de vista. Así al menos lo aseguran los pasantes de la curia, cuya competencia, en tal materia, no puede ser puesta en duda... Pero volviendo a los intereses del señor C...

—¡Sus intereses, señor Vholes!

—Perdóneme, señorita —dijo el señor Vholes, sin abandonar su impasibilidad—. El señor C. tiene ciertos derechos, en virtud de un testamento, disputado, es verdad, sobre algunos bienes cuya posesión ha de decidir el pleito que estamos sosteniendo. La primera vez que tuve el honor de verla a usted, señorita Summerson, le dije (y puedo repetir, una a una, mis palabras, de las que tomé nota en mi memorándum), le dije que el señor C. había sentado el principio de que se proponía cuidar él mismo de sus propios intereses, y que siempre que un cliente mío establecía una regla que nada tuviese de inmoral (esto es, de ilegal) mi deber me obligaba a no apartarme de ella. Así lo he hecho y así continuaré haciéndolo, pero no le ocultaré la verdad

a la familia y a los amigos del señor C., y se la expondré a usted con franqueza, como ya tuve el gusto de exponérsela al señor Jarndyce por más pena que semejante franqueza me cueste. A mi modo de ver, los asuntos del señor C. van por mal camino. También él se encuentra en estado alarmante para mí, y ha sido su matrimonio una de las más impremeditadas y funestas decisiones que pudo tomar... Me pregunta si he llegado, señor mío. Sí, señor, aquí estoy todavía —le contestó a Richard, que entraba en aquel momento en la sala—, y he tenido una conversación muy agradable con la señorita Summerson acerca de usted.

Interrumpió su discurso al entrar Richard en el cuarto y saludarlo, después de darme una muestra de la escrupulosa franqueza de la que se envanecía en el ejercicio respetable de sus deberes y de su fidelidad hacia sus clientes, muestra que no fue muy atinada para disminuir mis temores.

Nos sentamos a la mesa. Richard, de quien el abogado no apartaba los ojos, estaba pálido y desmejorado. Descuidado en su vestir, hasta un punto inconveniente, distraído en sus acciones, de vez en cuando hacía un esfuerzo para decir algunas palabras, y volvía a abismarse, enseguida, en un sombrío silencio. Su mirada, antes tan viva y alegre, estaba apagada e inquieta, y si sus ojos se animaban en algún momento, era para despedir febriles destellos. No diré que hubiese envejecido, pues la juventud tiene ruinas que no se parecen a las de los años, pero sí que su lozanía, su locuacidad, su buen humor, todo había desaparecido.

Comió poco y con indiferencia, y llevó su destemplanza hasta mostrarse un tanto brusco con Ada. No obstante, reaparecían, en algunos instantes, en medio de su tristeza, la gracia de su ingenio y su viveza, aunque ello, vagamente, del mismo modo que yo veía en mi espejo algo de mi antiguo rostro. La jovialidad no le había abandonado del todo, pero el debilitado eco de una risa alegre iba siempre impregnado de tristeza. Me mostró el mismo afecto de siempre, pareció que le daba gran placer tenerme al lado de ellos, y con gusto hablamos del tiempo pasado, conversación que debía resultarle poco interesante al señor Vholes, el cual bostezaba, de vez en cuando, aunque de un modo que podían tomarse sus bostezos por sonrisas. Pocos momentos después de haber terminado de comer, se levantó, y pidió permiso a las damas para regresar a su despacho.

—Siempre el mismo —exclamó Richard—, siempre sacrificado a su trabajo.

—Sí, señor C. —respondió—, el interés de los clientes es lo primero. Un hombre de leyes, que quiera, como yo, conservar el aprecio de sus semejantes y merecer el de las personas respetables, no ha de pensar en otra cosa. Señor C., el sacrificio que me impongo, renunciando a la compañía de esas señoras,

no es ajeno a sus intereses.

Richard se lo agradeció y lo acompañó hasta la escalera. Al volver, nos dijo varias veces que el señor Vholes era un abogado ejemplar, celoso, probo y leal, y con tanta insistencia quiso probarnos la buena fe de aquel hombre de bien que era evidente que él mismo empezaba a dudar de ella.

Agobiado de cansancio, se dejó caer en un sofá. En cuanto lo hubimos arreglado todo, pues mi pobre amiga no tenía sino una doncella, Ada se sentó al piano y cantó las romanzas predilectas de Richard. Llevamos la luz a la pieza contigua, pues se había quejado de que le dañaba la vista. Sentada junto a Ada, sentía, escuchando su voz suave, que poco a poco me iba enterneciendo. También Richard estaba conmovido, y creo que por eso se preocupó de que sacaran la luz.

Hacía ya rato que Ada cantaba, cuando entró el señor Woodcourt. Se sentó al lado de nuestro pobre amigo, y hablando con tono medio en broma medio en serio, logró, al fin, que le dijera cómo estaba de ánimo y lo que había hecho aquel día. Le propuso, después, dar un corto paseo para gozar de un tiempo magnífico y de la bella luz de la luna, y, habiéndolo aceptado Richard con placer, me quedé sola con Ada.

Esta continuaba sentada al piano y yo a su lado. En cuanto Richard y el señor Woodcourt hubieron salido, rodeé con mi brazo su talle; su mano izquierda cayó sobre la mía, y con la derecha siguió acariciando las teclas de marfil, pero sin hacerlas sonar.

—Jamás estoy tan tranquila y Richard no se encuentra nunca tan a gusto como estando con el señor Woodcourt —dijo, al fin, rompiendo el silencio—, y esto te lo debo a ti, Esther.

Le dije que se engañaba, que el señor Woodcourt los había conocido en casa del señor Jarndyce al mismo tiempo que a mí, y que debían sus solícitos cuidados a la amistad que le habían inspirado.

—Ya sé que siempre le ha tenido afecto a Richard —dijo—, pero, de todos modos, a ti, amiga mía, le debemos su ilimitado cariño.

Pensando que era mejor no contradecirla, contesté algunas palabras insignificantes.

—Querida Esther —continuó—, tengo grandes deberes que llenar. Quiero ser una buena esposa, una buena ama de casa, y tú me lo enseñarás, ¿verdad?

Por la nerviosa agitación de su mano al recorrer el teclado, comprendí que tenía que decirme otras cosas y que no me tocaba hablar.

—Cuando me casé —continuó— sabía la situación de Richard y lo que me esperaba. A tu lado era feliz, para mí no existían cuidados ni inquietudes, tú

me querías mucho, pero no se me podía esconder el peligro que lo amenazaba.

—Lo sé, amiga mía.

—Además, abrigaba la esperanza de hacerle reconocer su error. Creía que después de casado, miraría las cosas bajo otro prisma y comprendería mejor sus intereses y los míos. Advierte, sin embargo, que aunque no hubiese alimentado esta esperanza, me habría casado con Richard de la misma manera.

La firmeza con que pronunció estas palabras no me dejaron la menor duda acerca de su sinceridad.

—No vayas a pensar, querida Esther, que estoy ciega y que no abrigo los mismos temores que tú puedes abrigar. Conozco a Richard y lo conozco mejor que nadie, pues la más clarividente experiencia no puede llegar a la comprensión de mi amor.

¡Su voz era tan modesta y delicada y su mano temblorosa expresaba tanta agitación sobre las teclas silenciosas! ¡Mi querida niña!

—Junto a él, en sus horas oscuras, velando su sueño, espiando la más ligera nube que asoma en su frente, veo cuánto y cuánto ha cambiado, pero, al casarme, tomé la resolución, con la ayuda de Dios, de no aumentar sus penas, dejándole ver lo que sufría por su conducta. No quiero que cuando regrese lea en mi rostro la inquietud que me devora, y cuando me mira, deseo que halle en mí aquello mismo que en mí le agradaba. Con este propósito me casé con él y esto mismo es lo que me sostiene.

Ada temblaba. Después de una corta pausa, tomó otra vez la palabra y me pareció adivinar lo que iba a decir.

—Otra cosa hay que me da fuerzas, querida Esther.

Y volvió a quedarse callada por un momento, mientras su mano recorría el teclado.

—De aquí a poco tiempo es probable que Dios me dé un poderoso auxilio, y, entonces, cuando Richard vuelva hacia mí sus ojos, verá en mis brazos algo que le hablará con más elocuencia que yo, y mejor que mis palabras, y quizá le indicará la verdadera senda.

Ada se precipitó en mis brazos, y la estreché contra mi pecho.

—Y si, por desgracia —continuó—, no tuviese el bebé mejor suerte que nosotros, y al pensar en esto, miro a lo lejos, a lo largo de muchos años, y me traslado a la época en que sea vieja, si no estoy ya muerta, veo que nuestra hija, agraciada joven, será su orgullo y su consuelo. Otras veces, veo a un chico arrogante, ardiente y generoso, como era antes Richard, paseando con él dichoso y alegre, honrando sus canas y diciéndose a sí mismo: «Gracias, Dios

mío, que me lo has dado por padre: una funesta herencia lo arruinó, pero yo se lo he devuelto todo».

¡Ada querida! ¡Qué puro y amante era el corazón que en aquel momento latía junto al mío!

—Esta esperanza me da valor y nuevos bríos, querida Esther, pero hay momentos en que se desvanece ante el temor que me asalta cuando miro a Richard.

Me esforcé en tranquilizarla, y le pregunté qué temía.

—¡Que no llegue a ver a su hijo! —exclamó Ada, prorrumpiendo en llanto.

LXI

Un descubrimiento

Jamás se borrará de mi memoria la época en que visité a mi dulce amiga en aquel miserable refugio, que ella embellecía con su presencia. Desde que ella lo abandonara, sin deseos de verlo otra vez, no he vuelto a aquel horrible sitio. Su recuerdo va, para mí, acompañado de una lúgubre aureola, que nunca se apartará de mi memoria.

Cada mañana, como he dicho, iba a casa de Ada, y muchos días repetía la visita por la tarde. Al principio me encontré dos o tres veces con el señor Skimpole, tocando negligentemente el piano según tenía por costumbre y conversando con su habitual locuacidad. No solo era probable que aquellas relaciones fuesen onerosas para Richard, sino que me pareció que su buen humor tenía para Ada algo de doloroso y ofensivo en contraste con la triste vida que ella llevaba. Pronto pude advertir que mi buena amiga participaba de mis sentimientos en lo tocante a este punto, y resolví, después de haber reflexionado en ello, hacer una visita a aquel niño viejo para mantener una conversación con él. Mi cariño por Ada me dio la decisión necesaria para ello.

Con semejante propósito, me encaminé una mañana a Somers Town acompañada de Charley.

Cuando me hallé cerca de la casa, sentí tentaciones de volverme, pues iba comprendiendo que era una locura pretender llevar al terreno de la razón al señor Skimpole, y no dudaba de que sería un fracaso para mí. No obstante, después de haber madurado tanto el asunto y haberme costado tanto decidirme, quise llegar hasta el final. Llamé a la puerta con mano temblorosa, literalmente con la mano, puesto que la aldaba había sido arrancada. Por fin, después de muchas palabras con una irlandesa, que al llamar estaba en el patio

haciendo astillas una cubeta para proporcionarse leña, logró entrar en la casa.

El señor Skimpole estaba en su cuarto, tendido en el diván, tocaba la flauta y mostró una gran satisfacción.

—¿Quién quiere que la reciba? —me preguntó—. ¿Cuál prefiere de mis tres hijas para que le haga los honores de la casa? ¿La Belleza, la Comedia o el Sentimiento? ¿Le parece mejor que las reunamos en atractivo ramillete?

Algo turbada, le contesté que mi deseo era hablarle con él solo, en el caso de que no tuviese inconveniente en ello.

—Con mucho gusto —dijo sentándose cerca de mí—. Supongo que no viene a hablarme de negocios, señorita Summerson —añadió sonriendo.

—De negocios, no —respondí—, pero sí de una cosa muy importante y poco agradable.

—Entonces no me la diga, amiga mía —dijo jovial—. ¿Para qué ocuparnos de lo desagradable? De mí sé decirle que nunca hago ni la menor alusión a ello y, si, a pesar de mi imperfección relativa, no hablo de cosas que pueden disgustar, usted, que es más discreta que yo, debe con mayor motivo abstenerse de hacerlo.

Aunque confusa y alterada, tuve bastante valor para decirle que, a pesar de todo, deseaba hablarle del asunto poco agradable que me había conducido allí.

—De no conocerla a usted, diría que no es posible que hable en serio —añadió sonriendo.

—Señor Skimpole —continué, manteniendo en él la mirada—, con frecuencia le he oído decir que permanecía usted completamente ajeno a los asuntos cotidianos de la vida.

—Si se refiere a nuestros amigos de la banca, el señor Libra, el señor Chelín y el señor Penique —dijo el señor Skimpole animadamente—, está usted en lo correcto, no tengo la menor idea.

—Pues habrá de perdonarme —dije— que me tome la libertad de advertirle de que Richard es hoy más pobre que nunca.

—¡Dios mío! —dijo el señor Skimpole—. Lo mismo me pasa a mí, querida señorita, por lo menos así se dice.

—Y sus asuntos se han complicado sumamente.

—¡Como los míos! —exclamó con aire satisfecho.

—Esto hace que Ada experimente gran inquietud, y como estoy segura de que en la situación en que se halla las visitas aumentan su tristeza y agravan la situación de Richard, he creído un deber, como le decía hace un momento,

tomarme la libertad de decirle... que..., a ser posible..., haría usted muy bien...

No sabía cómo abordar la parte más delicada del asunto, cuando él me cogió ambas manos y exclamó, con tono festivo:

—¿Haría muy bien en no volver por allá? ¿No es eso lo que quiere usted decir? Esté usted tranquila, señorita Summerson. Si voy a alguna parte, es para divertirme. Nunca voy al encuentro de las penas, son estas las que vienen a encontrarme cuando tienen necesidad de mí. Yo he nacido para vivir lo más alegremente posible, y dicho sea entre nosotros, muy poca alegría encontré la última vez que visité a Richard; su perspicacia ha descubierto la causa de ello. Nuestros jóvenes amigos, perdiendo aquella poesía de la juventud, que en tan alto grado poseían hasta hace poco, empiezan a decirse para sí en cuanto me ven: «He aquí a un hombre que necesita dinero». Y tienen razón, jamás lo tengo y siempre lo estoy necesitando. No por mí, sépalo usted, sino para esos mercachifles que no cesan de pedírmelo. Además, mis jóvenes amigos, al hacerse interesados, añaden para sí mismos: «He aquí a un hombre que nos ha pedido prestados varias coronas». Y es verdad, no hay día que no pida prestado a uno y a otro. Y de esto resulta que, reducidos nuestros amigos a la prosa, lo cual es muy penoso, han perdido por completo la facultad que tenían de divertirme y complacerme. Siendo así, ¿por qué he de ir a verlos? Sería absurdo.

Un aire de benevolencia, soberanamente desinteresada y verdaderamente asombrosa, se manifestaba a través de la brillante sonrisa con que acompañara semejante razonamiento.

—Por otra parte —continuó con el mismo tono convencido y ligero a la vez—, si evito frecuentar los sitios donde podría hallar penas, ¿no sería monstruoso ir a alguna parte con la intención deliberada de causarlas? Y esto es, precisamente, lo que les sucedería a Ada y a Richard en el mal estado de ánimo en que ahora se encuentran. Solo pensarlo me atormenta. Podrían suponer: «He aquí un hombre que nos debe dinero y que no puede devolvérmelo», y estarían en lo cierto. No, no, la amistad, de acuerdo con sus conveniencias, me ordena no ir a verlos, y así lo haré, pierda usted cuidado.

Me dio las gracias, me besó la mano y añadió que había sido necesaria toda la delicadeza de la señorita Summerson, para darle a conocer su deber en aquellas circunstancias.

Yo estaba naturalmente desconcertada pero acabé por decirme que, una vez que el punto principal estaba ganado, poco debía importarme la interpretación que le diera el señor Skimpole. Y, puesto que ya había roto el fuego, aproveché la ocasión para hablarle de otra cosa, a la cual no creía que pudiese dar contestación tan agradable.

—Antes de marcharme —le dije—, permítame, señor Skimpole, que le manifieste cuánto me sorprendió saber, por alguien de fiar, que sabía usted con qué persona salió de la Casa lúgubre el pobre Jo; y también que, con el mismo motivo, aceptó usted algún dinero. No le he dicho nada al señor Jarndyce, por no causarle un enfado en vano, pero le repito que me sorprendió mucho.

—¿De verdad se sorprendió, querida señorita? —me preguntó, levantando las cejas con rostro interrogante.

—Me sorprendió extraordinariamente.

Por un instante se quedó pensando con expresión divertida y enigmática, aunque enseguida se resignó y comentó con la actitud más encantadora:

—Pero ¿cómo es posible, señorita Summerson? ¿Acaso no me conoce usted? ¿Por ventura ignora que no soy ni más ni menos que un niño?

Aunque manifesté cierta repugnancia por entrar en pormenores sobre el asunto, debido a que me rogaba que le explicase la causa de mi sorpresa, tuve que hacerle entender, empleando los términos más suaves que me fue posible, que a mi modo de ver había olvidado en aquella circunstancia los deberes que la moral nos impone.

—¡No es posible! —dijo, con candidez, pareciendo tomar un vivo interés en mis palabras y recreándose en ellas—. Bien sabe usted —continuó— que no pretendo responder de mis acciones, lo que ha estado siempre muy por encima de mí, o quizá por debajo, qué sé yo. Sin embargo, comprendiendo bajo qué punto de vista considera, señorita Summerson (siempre excelente en su buen juicio para las cosas prácticas y en su lucidez), el asunto de que me habla, supongo que lo único que le escandaliza es lo del dinero.

Hice un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Pues esto es, precisamente —dijo el señor Skimpole, negando con la cabeza—, lo que yo no sabré nunca comprender.

Me levanté para marcharme, y le expuse que ello no era una razón para traicionar la confianza de mi tutor dejándose corromper.

—Querida señorita Summerson —contestó, con su cándida sonrisa habitual—, soy uno de esos hombres a quienes nadie corrompe.

—¿Ni el señor Bucket? —pregunté.

—Ni el señor Bucket. No —me dijo—. Pero, ¿cómo concibe usted que esto sea posible? Para mí no tiene el dinero importancia alguna; no lo busco, no le tengo aprecio, ni sé servirme de él. Por lo tanto, ¿con qué me han de corromper?

Le hice comprender que no compartía su opinión, aunque no me hallase en

estado de discutirla.

—Me hallo, por el contrario —dijo el señor Skimpole— en una posición excepcional en la que la corrupción no me alcanza. En este punto soy superior a los demás hombres, y en la circunstancia de que habla usted. No me envuelven los prejuicios como a un niño italiano lo envuelven en vendajes. Me conduje como un verdadero filósofo. Libre como el aire, soy inaccesible a la sospecha, tanto y aún más que la mujer del César.

La vehemencia con que parecía convencerse a sí mismo de lo que decía, y la confianza con que jugaba con sus argumentos, como con una pluma, eran, en verdad, algo totalmente fuera de lo corriente.

—Observe con detenimiento los hechos, señorita Summerson: un niño se pone enfermo y es recogido en una casa, a pesar de que yo no lo apruebo. Al poco tiempo llega un hombre que exige la entrega del mismo niño a cuya admisión me opusiera. En apoyo de su exigencia muestra un billete de banco, y Skimpole acepta el billete brindado por el hombre que quiere hacerse con el niño. Esto es lo sucedido. ¿Por qué había Skimpole de rehusar el billete? En vano le dije a Bucket: «¿Qué quiere usted que haga yo con eso? No conozco su valor, ni me será de utilidad alguna». Bucket insistió en que cogiera aquella miseria. ¿Por qué, pues, Skimpole, cuya naturaleza no ha sido alterado por las preocupaciones, no había de aceptar lo que Bucket le ofreciera con tanta insistencia? Hice estas reflexiones conmigo mismo: «He ahí a un hombre inteligente, un inspector de policía, un lince domesticado, de perspicacia singular que descubre a nuestros amigos y a nuestros enemigos, por más que traten de huir, y a los que nos roban, por más que se oculten; un hombre que venga nuestra muerte cuando nos han asesinado... En el prolongado ejercicio de su profesión, ha adquirido profunda fe en la eficacia del dinero, muy útil para él y para la sociedad entera. ¿Iba yo a quebrantar la fe de Bucket, a embotar una de sus armas y a dificultar sus pesquisas, bajo el pretexto de no compartir su creencia? Pero, aun suponiendo que Skimpole obrara mal, aceptando su billete, peor hizo Bucket en ofrecérselo, por cuanto no tiene a su favor la excusa de poseer aquella infantil inocencia, en tanto que Skimpole está obligado, ante todo, a tener en buen concepto a Bucket. Esto es esencial para el buen orden: el Estado me manda tener fe en sus agentes, y así lo hice».

No había nada que objetar a esa explicación y, sin perder un momento, me marché. Sin embargo, el señor Skimpole, que estaba de muy buen humor, no quiso que me fuera sola con la pequeña Coavinses, y me acompañó hasta la casa de mi tutor sin dejar en todo el camino de charlar sobre diversos asuntos. Cuando se separó de mí, expresó que nunca olvidaría la delicadeza con que lo había orientado acerca de la posición de nuestros jóvenes amigos.

Aquella fue la última vez que tuve ocasión de verlo, lo cual equivale a

decir que doy aquí por terminada su historia. Con motivo del asunto al que acabo de referirme, se enfriaron las relaciones entre él y mi tutor, principalmente por el poco caso que hiciera (como Ada nos hizo saber después) a los ruegos del señor Jarndyce con respecto a Richard. En cuanto a las grandes sumas que adeudaba a mi tutor, huelga decir que no entraron en absoluto en los motivos de su distanciamiento. Murió unos cinco años después, dejando un diario de su vida y unas memorias en las que aparecía como víctima de una odiosa conjura del género humano contra una inocente criatura. Se dice que su publicación tuvo cierto éxito, y que su lectura era divertida. Yo no leí más que esta frase en la cual puse, involuntariamente, los ojos: «Jarndyce, al igual que casi todos los hombres que he conocido, es la encarnación del egoísmo».

Pasemos ahora a una parte de este relato que me interesa más de cerca, y para la cual distaba mucho de estar preparada. Sean cuales sean los recuerdos que, de vez en cuando, se despertaban en mi mente relacionados con mi antiguo rostro, solo se reanimaban como la imagen de un pasado que no había de volver. No he ocultado mis frecuentes debilidades acerca de este punto, y las he escrito con la fidelidad con que la memoria me las ha dictado. Así espero continuar, hasta la última de estas páginas, que no está lejos.

Pasaban los meses, y mi dulce amiga, sostenida por la esperanza, continuaba irradiando su luz en la obscuridad de su miserable refugio. Richard, más inquieto y sombrío de día en día, continuaba asistiendo a las sesiones del Tribunal. Allí pasaba mañanas y tardes, por más que supiese que no había de tratarse su pleito, y, poco a poco, iba convirtiéndose en una de las columnas del edificio. Tengo la seguridad de que ninguno de los componentes del Tribunal podía recordar en él a aquel apuesto joven que era cuando, por primera vez, pisó la audiencia.

Esos pensamientos eran tan constantes en él y lo mantenían tan absorto que solía decir, si estaba de humor, que no saldría de casa «si no fuera por Woodcourt». Solo el señor Woodcourt lograba distraerlo de su idea fija, y lo sacaba de aquel embotamiento de cuerpo y de espíritu que tanto nos alarmaba y que se acentuaba día tras día. Ada tenía razón, al decir que, si proseguía el asunto con tan desesperada insistencia, era, en especial, por ella, y no me cabe duda de que su deseo de recobrar cuanto había perdido aumentaba con la pena que por su esposa sentía. Para Richard, era aquello la monomanía de un jugador.

A todas horas estaba yo en su casa. Si era de noche, volvía en carruaje con Charley, o bien, si mi tutor andaba en las inmediaciones, volvíamos a casa a pie.

Una noche, habíamos decidido reunirnos a las ocho. Yo trabajaba en una

labor para Ada y me faltaban algunas puntadas para terminar la tarea que me había impuesto. Hacía algunos minutos que había dado la hora cuando cerré mi cestilla de costura, y, después de abrazar a mi querida amiga, corrí hacia la escalera. Como ya era de noche, me acompañó el señor Woodcourt.

Mi tutor no estaba en el sitio convenido, un lugar muy cercano de donde el señor Woodcourt ya me había acompañado muchas veces. Lo esperamos como cosa de media hora, paseando arriba y abajo. Sin embargo, no vino, y en la duda de si no había podido venir o si se había cansado de esperar, el señor Woodcourt se ofreció a acompañarme a mi casa.

Era aquella la primera vez que iba sola con él, excepto los pocos pasos que habíamos dado juntos, con frecuencia, para ir desde la casa de Ada al sitio en que me esperaba el señor Jarndyce. Nuestra conversación versó enteramente sobre Richard y su mujer, y aunque no le expresé con palabras lo agradecida que le estaba por todo cuanto hacía por ellos, pues tenía en tan alto aprecio su conducta que no había palabras para demostrarle mi agradecimiento, creo que comprendió mis intensos sentimientos.

Llegados a casa, subimos al gabinete del señor Jarndyce. Mi tutor estaba fuera y también la señora Woodcourt. Era aquel el cuarto adonde llevara yo a mi querida Ada, ruborosa y conmovida, el día aquel en que le revelara al primo John que era Richard el elegido de su corazón; aquel cuarto desde el cual el señor Jarndyce y yo los vimos alejarse, rodeados los dos por la suave aureola de su naciente amor y sus esperanzas.

Estábamos de pie cerca de la ventana abierta, y mirábamos a la calle en silencio, cuando el señor Woodcourt me dirigió la palabra. Entonces supe, en un momento, que me amaba, que para él no existía el cambio de mi rostro, que el sentimiento que yo tomara por compasión, era, por el contrario, un amor respetuoso, generoso, fiel. Demasiado tarde para saberlo, ¡ay! Esta cruel idea fue la primera que acudió a mi mente: ¡demasiado tarde!

—A mi regreso —dijo— cuando volví tan pobre como me marché, la vi otra vez recién salida del lecho del dolor, y no pensaba sino en los demás, sin acordarse de usted misma...

—¡Ay! Señor Woodcourt, ¡por Dios! No me hable usted así, pare —le rogué—. Precisamente en la época de la que me habla usted, abrigaba, por el contrario, muchos pensamientos cuyo objeto era solo yo misma.

—Bien sabe Dios que cuanto le digo es la verdad pura... Usted no sabe, amada mía, lo que ven en Esther Summerson cuantas personas la tratan. Usted no ignora ¡cuántos corazones ha hecho suyos, cómo ha sabido conquistarse el amor de todos!

—¡Ay! Señor Woodcourt —exclamé—. Es hermoso hacerse querer, muy

hermoso. Crea que me siento feliz y orgullosa, y que sus palabras me hacen llorar de alegría y de dolor; de dolor porque no soy libre, señor Woodcourt, y me es imposible pensar en su cariño.

Pronuncié estas palabras con solemne resolución, pues en las alabanzas que me dirigiera había reconocido la sinceridad y la emoción con la que hablaba, y quería hacerme digna de su estima. Para eso, por lo menos, no era tarde; para conseguirlo, podía trabajar toda mi vida, y esto suponía para mí un consuelo y un estímulo, sintiendo nacer en mi pecho un nuevo sentimiento de dignidad, que me venía de él al decidir hacerme mejor para merecer sus elogios.

El señor Woodcourt rompió otra vez el silencio, y me dijo:

—Después de haberle oído decir que no es usted libre, mal probaría la confianza que tengo en usted, a quien amo tanto y amaré siempre, si insistiese en hablarle de mi amor. Permítame que le diga, únicamente, querida Esther, que el recuerdo del cariño que sentía hacia usted me lo llevé a través de los mares, y se elevó a mi regreso en una pasión absoluta... No quería hablarle de ello hasta que mejorase su situación, pues lo consideraba inoportuno: hoy mi esperanza y mis temores se han convertido en realidad. No hablemos más de ello, pues veo que le causo tristeza.

En aquel instante, pasó por mi alma el ángel que él viera en mí, y, dolida por la pena que leía en sus ojos, intenté ayudarlo a sobrellevar su dolor.

—Señor Woodcourt —le dije—, su generosidad me conmueve, y hasta la hora de mi muerte conservaré este recuerdo, como un valioso tesoro. Sé cuánto ha cambiado mi rostro, no ignoro que sabe usted mi historia, y comprendo toda la nobleza y generosidad de semejante amor. Sus palabras me han conmovido mucho, precisamente porque usted las ha pronunciado. Nadie en el mundo podría darles el valor que usted les ha dado, y le aseguro que no caerán en el vacío y que procuraré ser mejor de lo que soy.

El señor Woodcourt se llevó una mano a los ojos y volvió el rostro. ¡Cómo podría hacerme nunca digna de aquellas lágrimas!

—Y, si al continuar cuidando juntos a Ada y a Richard, y al vernos con la frecuencia presente, halla usted en mí algo más y mejor que antes, piense que se lo deberé a usted, y que sus palabras de hoy serán su origen. Crea que esta noche nunca caerá para mí en el olvido, querido señor Woodcourt, y que mientras sienta latir mi corazón, estaré contenta y orgullosa por haber merecido su amor.

El señor Woodcourt tomó mi mano y la llevó a sus labios. Había recobrado su calma, y yo también me sentía más decidida.

—Espero —le dije— que habrá salido usted bien de sus gestiones.

—Sí —me contestó—, demasiado conoce usted al señor Jarndyce como para que haya de decirle cuánto me ha ayudado en todo ello. A decir verdad, le debo a él el buen resultado que he obtenido.

—Dios se lo pague, y a usted lo proteja en todo —le dije al señor Woodcourt tendiéndole la mano.

—Sus buenos propósitos, señorita Summerson, me ayudarán eficazmente a cumplir con mis nuevos deberes, los cuales consideraré, desde hoy, como otro mandato sagrado procedente de sus manos.

—¡Y Richard! —exclamé, involuntariamente—. ¿Qué será de él cuando usted esté fuera?

—No he de irme por el momento; y, aunque así fuera, aunque debiese ir a ocupar mi puesto sin perder de momento, tampoco lo abandonaré.

Antes de separarnos, teníamos que hablar de otra cosa. Si se la hubiese ocultado me habría creído menos digna de su amor.

—No dudo —le dije— que le causará alegría saber por mí que me está reservado un porvenir brillante, un porvenir que me hará feliz y que ahora nada me deja desear.

Estas palabras le causaron, en efecto, muchísimo placer, según me dijo.

—Desde mi infancia —añadí—, he sido objeto de la inagotable bondad del mejor de los hombres, y es tanto el cariño y agradecimiento que por él siento que toda mi vida no basta para expresarle el afecto que me inspira.

—Y él los comparte, pues supongo que se refiere usted al señor Jarndyce.

—Sus buenas cualidades le son conocidas —le dije—, pero pocas personas han podido apreciar como yo la superioridad de su carácter. El modo en que ha preparado ese porvenir que ha de hacerme tan afortunada es precisamente lo que más me ha descubierto la grandeza de su alma, y si desde hace mucho tiempo no tuviese su respeto y admiración, estoy segura de que se los concedería, por amor a mí, al saber la nobleza que ha tenido conmigo.

El señor Woodcourt contestó, con entusiasmo, que no debía dudar de ello ni un solo momento.

Otra vez le tendí la mano.

—Buenas noches —le dije— y adiós.

—En cuanto a lo primero, buenas noches y hasta mañana. En cuanto a lo segundo, ¿considera esta despedida el fin de este tema entre nosotros para siempre?

—Sí.

—Buenas noches, ¡adiós!

Salió. Yo me quedé en la ventana, mirando a la calle. Desde que se apartara de mi lado, me sentía sin fuerzas, y las lágrimas que resbalaban de mis ojos, me privaron pronto de ver la calle por donde se había ido.

Pero no era de pena por lo que yo lloraba, no. Me había llamado su bien amada, me había dicho que siempre me amaría, y me parecía que mi corazón jamás podría contener la radiante alegría que esas confesiones me causaban. No, no era demasiado tarde para oírlas, pues no lo era para ser por ellas laboriosa, amable y bondadosa. Muy sencillo y placentero era el camino que se abría ante mis ojos comparado con el que a él le deparaba el destino.

LXII

Otro descubrimiento

Aquella noche, no me sentí con ánimo de ver a nadie; ni siquiera lo tuve para mirarme al espejo, temiendo las reconvenciones que mis lágrimas pudiesen dirigirme. Subí a mi cuarto, recé mis oraciones y me acosté sin luz. Esta me era inútil para leer la carta del señor Jarndyce, pues me la sabía de memoria. La saqué de mi seno, donde la guardaba y la rememoré a la claridad del amor leal y puro que se descubrí en cada una de sus palabras, y antes de dormirme, la puse junto a mí, bajo la almohada.

Al día siguiente, me levanté muy temprano y llamé a Charley para salir a dar un paseo. De él, volvimos con flores para adornar la mesa eh el desayuno, y ya arregladas y dispuestas, y al no ser aún hora de sentarnos a la mesa, le propuse a Charley darle una lección. La dócil niña, para la cual la gramática presentaba muchos escollos, admitió con gusto la propuesta, y ambas nos pusimos de buen grado a la tarea.

Al entrar en el comedor, mi tutor exclamó que me veía tan fresca como las propias rosas, y la señora Woodcourt nos recitó, y luego tradujo, para que lo entiéramos, un pasaje de Mewlinwillinwood, en el cual se hablaba de una montaña coronada por el sol. Según la buena señora, yo era la montaña.

Era todo aquello tan halagador, que se me subieron los colores a la cara. Después del desayuno, espí el momento en que mi tutor estuviese en su gabinete (la misma pieza donde estuvimos el señor Woodcourt y yo la noche anterior); entreabrí la puerta, lo vi solo, y excusándome por entrar con mi manojo de llaves, me acerqué a la mesa, donde estaba contestando varias

cartas que el cartero acababa de traerle.

—Dama Durden —me dijo—, ¿necesitas dinero?

—No, en absoluto, tutor, tengo todavía a manos llenas.

—En cuanto a orden y economía no hay otra como la dama Durden — exclamó mi tutor, y dejando la pluma, se arrellanó en su sillón y fijó en mí sus ojos.

Varias veces he hablado de su rostro radiante, pero nunca, por lo que recuerdo, lo había visto con aire más alegre y satisfecho. Su semblante mostraba una expresión de felicidad tan intensa que me dije para mí misma: «Esta mañana habrá hecho una buena acción».

—¡Imposible hallar otra a quien le dure tanto el dinero! —continuó con alegre sonrisa.

Nunca había modificado la buena educación de la que siempre hizo gala. Eso me agradaba mucho y lo quería tanto que, cuando me aproximé en aquel momento y me senté donde solía hacerlo, que era siempre a su lado (dado que algunas veces le leía en voz alta, otras conversábamos y otras cosía en silencio junto a él), dudé si cambiaría en algo su actitud al colocar mi mano sobre su pecho. Sin embargo no la modificó en nada.

—Tutor —le dije—, quisiera hablarle. Dígame si tiene que reprocharme alguna negligencia.

—¿A ti, querida?

—Dígame si he sido en realidad lo que he tenido intención de ser desde... que contesté a su carta.

—Has sido todo cuanto podía yo desear, hija mía.

—Oírlo de usted me satisface. Entonces, usted me preguntó si era la dueña de la Casa lúgubre la que le traía la carta, y le contesté que sí.

Mi tutor rodeó mi hombro con su brazo como si quisiera defenderme de algo, y continuaba mirándome con la sonrisa en los labios.

—Desde aquel día —añadí— solo me ha hablado usted una vez de la Casa lúgubre.

—Y fue para decirte que sus habitantes iban reduciéndose, lo cual es demasiado evidente.

—Y mis palabras fueron —dije con timidez— que quedaba la señora de la casa.

Mantuvo el mismo gesto protector sin soltarme el hombro y la misma

bondad le iluminaba el rostro.

—Querido tutor —dije—, sé cómo se ha comportado en mis últimas desgracias, y lo mucho que en aquellas circunstancias, como en todas, tengo que agradecerle, pero como ha transcurrido ya mucho tiempo desde mi última desgracia y hasta hoy no me he dicho que me encontraba del todo repuesta, tal vez espere a que le hable yo del asunto de la carta, lo cual quizá me corresponde en efecto. Tutor, cuando usted quiera, seré la dueña de la Casa lúgubre.

—¡Es un verdadero caso de sincronía lo que existe entre los dos! — exclamó el señor Jarndyce—. Casualmente no tenía otra cosa en el pensamiento... Digo mal, la situación de Richard me preocupa también mucho. En eso estaba pensando cuando entraste. ¿Cuándo quieres que demos una señora a la Casa lúgubre?

—Cuando usted quiera.

—¿El mes próximo?

—El mes próximo, tutor querido.

—De modo que el día en que realizaré el acto mejor y más acertado de mi vida, en que seré el más digno de envidia entre todos los hombres, el día, en fin, en que daré una amable dueña a la Casa lúgubre, queda fijado para el mes próximo —dijo mi tutor.

Sin decir nada, le abracé y le besé como el día aquel en que le di mi respuesta.

En aquel momento anunciaron al señor Bucket, cosa hasta cierto punto inútil, pues señor el Bucket entró en el gabinete al mismo tiempo que la criada.

—Señorita Summerson, señor Jarndyce —nos dijo, casi sin aliento y excusándose por la molestia que nos causaba—, ¿permiten ustedes que suba a una persona que se ha quedado en la escalera, y que teme llamar la atención permaneciendo allí? ¿Consienten en ello, verdad? Gracias. ¡Tengan la bondad de subir a ese buen hombre, con su silla, y condúzcanlo aquí! —dijo el señor Bucket llamándolo por encima de la barandilla.

A continuación de tan singular orden, vimos a un anciano paralítico con un gorro negro, a quien dos hombres dejaron en medio de la estancia. El señor Bucket despidió, inmediatamente, a los portadores, cerró la puerta, y giró la llave, misteriosamente.

—Señor Jarndyce —dijo quitándose el sombrero y agitando su memorable índice a manera de exordio—, ya sabe usted quien soy y la señorita Summerson también me conoce, lo mismo que ese caballero, que lleva por nombre Smallweed. El principal negocio de este es el crédito y en especial los

pagarés. ¿No es así? —añadió el señor Bucket, inclinándose un poco y dirigiéndose al anciano, quien parecía no tener en él gran confianza.

El señor Smallweed iba a rechazar la calificación que se le daba, cuando quedó sobrecogido de un violento acceso de tos.

—Usted tiene la culpa —le dijo el señor Bucket—, si no quisiera contradecirme sin motivo, no le sucedería esto. Señor Jarndyce, por encargo del barón sir Leicester Dedlock, he tenido varias entrevistas con ese caballero, y unas veces por una cosa, otras veces por otra, he tenido ocasión de ir varias veces a encontrarle frecuentando el lugar de su residencia; a saber: la casa que ocupara antes el señor Krook, el traperero, a quien, si no me engaño, usted conocía.

—En efecto —dijo mi tutor.

—Sepa usted, pues, que ese caballero ha heredado la propiedad del viejo Krook, y entre otras cosas gran cantidad de papeles viejos que a nadie pueden interesar.

Las miradas del señor Bucket y la superioridad con la cual, sin decir una palabra, ni hacer un gesto que pudiese alarmar al que le oía, nos puso al corriente de lo que se trataba, nos quitó todo el mérito de adivinar que preparaba un modo de arreglar el asunto de los papeles que poseía el señor Smallweed, y nos dejó entrever que, de juzgarlo oportuno, habría podido decirnos de aquel anciano otras muchas cosas.

La sordera del señor Smallweed, junto con su suspicacia, hacía que contemplara toda la escena con extrema atención.

—Como es natural —añadió el señor Bucket—, en cuanto ese caballero entró en posesión de la herencia, comenzó a examinar los montones de papelotes.

—¿Comenzó a qué? —gritó con voz chillona, el señor Smallweed, que era tan sordo como desconfiado.

—A examinar —repitió el señor Bucket—. ¿Acaso no es usted, por naturaleza, un hombre prudente, dado a los negocios, y no ha sido siempre su fuerte poner en orden cuantos papeles llegan a caer en sus manos?

—Sin duda que sí —contestó el señor Smallweed.

—¡Pues claro! —replicó el señor Bucket, inclinándose sobre él con irónico buen humor, del cual el último no participaba, ni poco ni mucho—, y habría usted obrado mal, no haciéndolo. Así fue cómo encontró usted un papel con la firma del señor Jarndyce, ya sabe usted a qué me refiero, ¿no es cierto?

El señor Smallweed nos dirigió una mirada de confusión, y con aire

mohíno hizo una señal afirmativa.

—Y con toda tranquilidad y a su propio ritmo, sin prisas, leyó usted el papel en uno de sus momentos de ocio, pues la curiosidad no es cosa que le atosigue a usted en lo más mínimo, y menos cuando se trata de papeles que le son indiferentes, ¿qué descubrió usted? Que aquel insignificante papel era ni más ni menos que un testamento. ¡Bonito hallazgo! —exclamó el señor Bucket, con tono jovial, como remedando el gozo que aquel descubrimiento le había causado a su hombre, quien, lejos de participar en aquel momento de semejante buen humor, se mostraba corrido y cabizbajo y parecía no hallar en la cosa el menor motivo de risa.

—No sé si es o no un testamento —balbuceó el señor Smallweed, acurrucándose en su sillón, en el cual se quedó como una masa informe.

El señor Bucket hizo ademán de precipitarse sobre el viejo, y continuó agachado hacia el anciano, mirándonos, de vez en cuando, a hurtadillas.

—Sin embargo, el descubrimiento le preocupó algo, pues siendo como es usted de alma muy sensible...

—Que ¿qué soy? —preguntó el señor Smallweed, colocándose la mano detrás de la oreja.

—De alma sensible.

—Bien, bien, continúe usted —dijo el señor Smallweed.

—Como había usted oído hablar mucho de un famoso pleito fundado en un testamento que lleva la misma firma, y como sabía usted que el viejo Krook era un diablo para adquirir todo género de mobiliario, libros, documentos, etcétera, viejos, y que le desagradaba tirar nada, y que siempre decía que estaba aprendiendo a leer por sí mismo, se le ocurrió (y puede que sea la mejor idea que haya tenido en toda su vida): «¡Caramba!, ¡si no me ando con cuidado ese testamento puede ponerme en un aprieto!».

—Pero ¿cómo ha sabido usted todo eso, Bucket? —gritó el anciano, con invisible inquietud y sin apartar la mano de la oreja—. Hable, ¡ya será esta alguna de aquellas jugadas tuyas! ¡Levánteme un poco para que le oiga mejor! ¡Ah! ¡Señor, estoy molido! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Me ahogo! Estoy peor aún que la bruja charlatana que tengo en casa. ¡Ah! ¡Señor, Dios mío!

El señor Bucket le había incorporado en el sillón con tanto vigor como rapidez, y en cuanto la tos y las exclamaciones del señor Smallweed le permitieron hacerse oír, el inspector de policía tomó, de nuevo, la palabra, con la misma flema que antes.

—Frecuentaba su casa —dijo— y usted mismo me lo confió, por eso lo supe. ¿No se acuerda?

No es posible describir el gesto avinagrado que puso el señor Smallweed al oír semejante afirmación, pues era evidente que el inspector de policía era la última persona a quien hubiera podido tomar por confidente, si alguna vez hubiese tenido la debilidad de confiarse a alguien.

—Una vez metido en el asunto que examinamos juntos, y que nos hizo pasar ratos muy agradables, le confirmé sus temores, y le dije que no le interesaba conservar por mucho tiempo el testamento —dijo el señor Bucket poniendo énfasis en sus palabras—, por lo que quedó acordado que se lo entregaría usted al señor Jarndyce, aquí presente. Y esto sin la menor condición, confiando enteramente en su generosidad en el caso de que el testamento fuese válido. ¿No es esto lo que acordamos?

—En efecto —contestó el viejo, con el mismo malhumor.

—Y a consecuencia de ello —continuó el señor Bucket, cambiando de pronto de modales y de lenguaje, con un aire experto— se trajo usted el documento y lo tiene en el bolsillo, de modo que... ¡a sacarlo inmediatamente!

El señor Bucket nos dirigió una significativa mirada, se rascó la nariz con su índice, en ademán de triunfo, y clavando sus ojos en el viejo, alargó la mano para apoderarse del testamento y entregárselo a mi tutor. No sin marcada repugnancia, consintió el señor Smallweed en sacar el documento que se le exigía, y lo hizo no sin manifestar antes, repetidas veces, que no era sino un pobre hombre, obligado a vivir de su reducido comercio, y que confiaba por completo en el honor del señor Jarndyce, quien no querría, sin duda, abusar de su probidad haciéndole perder lo que le era debido. Poco a poco, sin embargo, fue sacando de una cartera que llevaba en el pecho un papel amarillento y sucio, chamuscado por la parte exterior y quemado en sus bordes, como si hubiese caído al fuego y sido rápidamente retirado de las llamas. Con la destreza de un prestidigitador, el señor Bucket, en un abrir y cerrar de ojos, hizo pasar el precioso papel a poder del señor Jarndyce, a quien le dijo, en voz baja, mientras se lo entregaba:

—No han podido ponerse de acuerdo acerca de la suma que por él exigían; ha habido entre la familia un verdadero altercado, y, para acabar con él, he ofrecido por él veinte libras. El nieto, que no es menos avaro que su abuelo le ha dicho a este que su vida duraba demasiado; figúrese lo que habrá pasado. Todos los individuos de esa familia serían capaces de venderse unos a otros por un par de coronas, excepto la abuela, que por haber perdido el juicio no está en condiciones de cotizar.

—Sea cual fuere el contenido de este papel, señor Bucket —dijo el señor Jarndyce—, le estoy muy agradecido por su oportuna intervención. Si en realidad tiene alguna importancia, esté usted seguro que procuraré retribuir debidamente al señor Smallweed.

—Pero que conste que no será por sus méritos —añadió el señor Bucket con un amistoso comentario al señor Smallweed—, sino por la importancia del papel.

—Así lo entiendo yo también —contestó el señor Jarndyce—. Y ahora quiero advertirle, señor Bucket, que no seré yo quien examine el contenido de este documento, pues hace tiempo que renuncié a ocuparme de este funesto pleito y de cuanto a él se refiere. Sin perder un momento, la señorita Summerson y yo pondremos esta escritura en manos de mi abogado, quien compartirá su hallazgo con todas las partes interesadas.

—El señor Jarndyce no puede tener más razón —le dijo el señor Bucket al señor Smallweed—. Y ahora que puede usted estar convencido de que quedan asegurados los derechos de todos, lo cual ha de ser para usted una verdadera satisfacción, estamos dispuestos a llevarle de nuevo a su casa.

El inspector abrió la puerta, hizo entrar a los criados, nos deseó muy buenos días, al mismo tiempo que nos dirigió una mirada significativa, y se marchó, saludándonos con su dedo índice.

Sin perder momento, nos encaminamos a Lincoln's Inn. El señor Kenge estaba visible y le hallamos en su polvoriento despacho, en medio de sus numerosos legajos y de sus monótonos libros. El señor Guppy nos ofreció unas sillas, y el señor Kenge, después de manifestarnos su sorpresa y satisfacción por la visita que le hacíamos, no dejó de dar mil vueltas entre los dedos a sus anteojos, como tenía por costumbre, y fue Kenge el elocuente más que nunca.

Fue quien tomó primero la palabra.

—Supongo —dijo el señor Kenge— que al benéfico influjo de la señorita Summerson —inclinándose hacia mí—, se debe el que el señor Jarndyce —inclinándose hacia él— haya olvidado hasta cierto punto su animosidad contra un pleito y contra un Tribunal Supremo que han de ser colocados, no vacilo en decirlo, en primer término, en la majestuosa perspectiva de las columnas de nuestra profesión.

—Todo me induce a creer —contestó mi tutor— que la señorita Summerson sabe demasiado de los desastrosos efectos del pleito y del Tribunal del que usted habla para dejarse influir en su favor. Sin embargo, no niego que el objeto de mi visita sea este pleito, pero, antes de entregarle el papel que le traigo, para no pensar más en ello, permítame que le explique cómo ha llegado a mis manos.

El señor Jarndyce relató, en pocas palabras, lo que acababa de suceder, haciéndolo con tanta claridad como laconismo.

—Imposible sería —dijo el señor Kenge— exponer mejor y más sucintamente el asunto. La propia ley no puede ser más diáfana.

—Pero ¿es cierto que hay algún artículo de la ley inglesa que sea claro y de significación precisa? —preguntó el señor Jarndyce.

—¡Oh, caballero! —exclamó el procurador.

Al principio, no pareció dar gran importancia al documento que le entregó mi tutor, pero, después de haber comprendido el contenido de las primeras líneas, exclamó:

—Señor Jarndyce, ¿ha leído usted esto?

—No —contestó mi tutor.

—Pues es nada menos que un testamento de fecha más reciente de cuantos se han producido en los autos. Un testamento ológrafo perfecto y debidamente otorgado, cuyo incontestable valor no puede ser alterado por el deterioro que le causaron las llamas, un documento en toda regla, irrecusable.

—¡Perfecto! —dijo mi tutor—. ¿Pero a mí qué me importa?

—¡Señor Guppy! —gritó el señor Kenge—; dispéñeme, señor Jarndyce.

—Aquí estoy, señor —dijo el joven, desde la puerta.

—Haga saber al señor Vholes, de Symond's Inn, con mis mayores respetos, que necesito hablarle urgentemente sobre «Jarndyce contra Jarndyce».

El señor Guppy desapareció.

—¿Que qué le importa, dice usted? De haber pasado los ojos por este papel, habría visto usted que disminuía considerablemente la suma que le señalaban los testamentos anteriores, aunque dejando a su favor un legado de importancia —dijo el señor Kenge, moviendo el brazo de un modo a la vez persuasivo y elegante—. Habría observado, además, cuánto ha aumentado, por esta última disposición del testador, la parte del señor Richard Carstone y de la señorita Ada Clare, de casada Carstone.

—Kenge, mi voluntad sería —dijo el señor Jarndyce— que cuantos bienes ha puesto en litigio ese testamento ante el odioso Tribunal pasaran a mis jóvenes parientes, pero no espere nunca convencerme de que pueda salir el menor bien de ese pleito monstruoso.

—¡Prejuicios suyos, señor Jarndyce, prejuicios suyos! Nuestra nación, amigo mío, es una gran nación, y su sistema judicial un gran sistema, créalo, un gran sistema.

Mi tutor nada contestó, y el señor Vholes entró en el despacho.

—¿Cómo va, señor Vholes? Haga el favor de sentarse junto a mí, y de echar un vistazo a este documento.

El señor Vholes, humildemente dominado por la superioridad profesional del señor Kenge, se sentó junto a su colega y se puso a leer palabra por palabra el escrito, sin abandonar, sin embargo, la serenidad glacial que le caracterizaba. Terminada la lectura, se apartó al hueco de una ventana, y, poniéndose su guante negro delante de la boca, tuvo una larga conferencia con su eminente compañero, que asimismo se había levantado. No tardó el señor Kenge en oponerse a sus razones, y no me causó esto la menor sorpresa, pues sabía que nunca dos personas habían podido ponerse de acuerdo en el asunto Jarndyce contra Jarndyce. Por fin, el señor Kenge quedó al parecer convencido, después de una conversación que casi se redujo exclusivamente a las palabras «Recaudador general, inspector general, traslado, bienes, costas y gastos».

Cuando se hubieron puesto de acuerdo, se acercaron otra vez a la mesa del señor Kenge y continuaron la conversación en voz alta.

—Es un documento muy notable, señor Vholes —dijo el señor Kenge.

—Notabilísimo —asintió el señor Vholes.

—¿Y lo cree de gran importancia, señor Vholes? —preguntó el señor Kenge.

—Sin duda alguna —volvió a asentir el señor Vholes.

—Y, como ha dicho usted muy bien, señor Vholes, cuando en la próxima sesión del tribunal se vea «Jarndyce contra Jarndyce», será este documento un rayo de luz inesperado que caerá sobre los autos —añadió el señor Kenge, observando a mi tutor con cierta satisfacción.

El señor Vholes experimentaba la de un letrado de segundo orden, con aspiraciones a hombre respetable, que ve confirmada su opinión por un elevado superior.

—¿Cuándo se abrirá el tribunal? —preguntó mi tutor, levantándose, después de algunos momentos de silencio, durante los cuales el señor Kenge hacía sonar complacidamente las monedas de su bolsillo y el señor Vholes desollaba los granos de su rostro.

—El mes próximo —dijo el señor Kenge—. Mientras, procederemos, por supuesto, a las diligencias que hace indispensables la existencia del nuevo documento, y recogeremos los testimonios necesarios relativos a este. Por supuesto, huelga decirle que no olvidaremos notificarle, como de costumbre, el día de la vista.

—Y yo haré, por supuesto, de ello el mismo caso que de costumbre.

—A pesar de su cultivado talento —dijo el eminente abogado, acompañándonos hasta la puerta—, lo veo siempre inclinado a hacerse eco de un prejuicio vulgar. Amigo mío, es evidente que somos una nación en plena prosperidad, señor Jarndyce, en plena prosperidad; somos un gran pueblo, señor Jarndyce, un gran pueblo; ¿cómo puede usted suponer, pues, que una gran nación tenga un mezquino sistema judicial? Diga, ¿cree usted que eso cabe en lo posible?

El abogado pronunció estas últimas palabras inclinado sobre la barandilla de la escalera, moviendo su mano derecha con suavidad como si en ella hubiese tenido una pulida paleta de albañil, con la cual tendiera y alisara el yeso de su elocuencia sobre el edificio judicial, para asegurarlo y afirmarlo por miles y miles de años.

LXIII

Hierro y acero

La galería de tiro del señor George está puesta en alquiler. Todo lo que contenía ha sido vendido, y el militar vive en Chesney Wold, donde acompaña a sir Leicester en sus paseos a caballo, y vigila con cuidado al barón, pues la mano que le guía es ahora muy poco firme y segura. Hoy, sin embargo, George no acompaña a sir Leicester Dedlock. Está de viaje, y se encamina hacia la comarca del hierro, en el norte, para echar un vistazo.

A medida que se acerca a la comarca del hierro, en su camino desaparecen los bosques, y la hulla, las cenizas, los hornos y los ladrillos rojos, la vegetación enfermiza, los fuegos devoradores y una espesa nube de humo, que no logran atravesar los rayos del sol, caracterizan el paisaje.

El sargento pasa por en medio de todo esto y prosigue su ruta, mirando a su alrededor, como si quisiera descubrir el punto hacia el cual se dirige.

Llegado a la ennegrecida orilla de un canal, que atraviesa una ciudad en plena actividad, donde el sonoro batir del hierro se hace ensordecedor, más negro el humo y más ardientes las llamas que en cuantos pueblos había atravesado nuestro viajero, este detiene su montura y le pregunta a un obrero si conoce por casualidad a un tal Rouncewell.

—¿Cómo no he de conocerle? —responde el obrero—. Es como si me preguntara usted si me conozco a mí mismo.

—¿De modo que es conocido por aquí?

—Muchísimo.

—¿Dónde vive? —pregunta George, mirando delante de sí.

—¿Pregunta usted por el banco, por la fábrica o por su casa?

—¡Hum! Por lo que parece, Rouncewell es un gran señor —murmura el sargento, golpeándose la mandíbula con el pomo del látigo— y me entran deseos de marcharme por donde he venido. No sé qué hacer. ¿Cree usted que encontraré a estas horas al señor Rouncewell en la fábrica?

—No es cosa fácil saber si está aquí o allí, pero en este momento es probable que lo halle usted en la fábrica. Si no está él, estará su hijo, eso si no ha salido de la ciudad, lo cual sucede a menudo.

—¿Qué camino he de tomar para ir allá?

—¿Ve usted esas chimeneas, las más altas?

Sí, las ve.

—No las pierda usted de vista, vaya siempre en dirección a ellas y al llegar al pie de las mismas, gire a la derecha, verá usted una pared de ladrillo que coge todo lo largo de un lado de la calle, y allí está la fábrica.

El sargento le da las gracias al obrero y sigue su camino, mirando a todos lados. Su idea de volverse no ha arraigado en él, y deja su caballo en una posada en la cual, según sabe por el posadero, están comiendo en aquel momento varios trabajadores de Rouncewell. Es la hora en que los empleados comen, y la población entera parece invadida por los del señor Rouncewell; tantos son los que se ven por todas partes, todos robustos, vigorosos y negros como el hollín.

George emprende el camino que se le ha indicado. Ve en la pared de ladrillo un portal, y, acercándose a él, solo alcanza a ver hierro en todos los estados y bajo todas las formas: en barras, en planchas, en calderas, en ejes, en raíles, en ruedas sencillas y dentadas y en manivelas; por todas partes hierro; retorcido y labrado de mil modos; oxidado por el tiempo; hirviendo en el horno o lanzando chispas a los golpes del martillo; montañas de hierro viejo y restos de máquinas; hierro al rojo y hierro al blanco y hierro negro; olor y sabor a hierro; ruidos estrepitosos y ruidos sordos, haciendo todo ello de aquel sitio una Babel de hierro.

—Es para tener dolor de cabeza —dice el militar buscando con la vista el despacho—. ¿Quién viene hacia aquí? Es mi vivo retrato hecho y derecho, cuando tenía yo su edad. Si los ojos no me engañan, debe ser mi sobrino. A su servicio.

—Igualmente. ¿Pregunta usted por alguien?

—Perdone, usted será seguramente el hijo del señor Rouncewell.

—Sí, señor.

—Desearía hablar con su padre.

El joven le contesta que ha llegado oportunamente, pues su padre se encuentra precisamente allí, en la fábrica, y le dice al sargento que le siga.

—¡Mi vivo retrato! ¡Mi propia imagen! —va diciendo para sí el sargento, yendo detrás del joven Rouncewell.

Ambos llegan a un edificio que da a un patio. En el primer piso está el despacho y, viendo al elegante señor que en él se encuentra, el rostro del veterano denota una emoción extraordinaria.

—¿Qué nombre he de anunciarle a mi padre? —pregunta el joven.

George, cuya imaginación estaba dominada por las ideas de hierro, y que no estaba preparado para la pregunta, dice llamarse Steel, y con este nombre es presentado, inmediatamente. El joven se retira y George queda solo ante el caballero, que está sentado junto a la mesa, teniendo delante de sí libros de contabilidad, estados de cuentas y estadísticas con singulares dibujos. La sala en que se encuentra carece de adornos, no tiene ni siquiera cortinas en las ventanas, y la sola perspectiva que hay desde ella es el hierro del que hemos hablado. Encima de la mesa se ven tirados, aquí y allá, muestras de metal y varias piezas de maquinaria, rotas a propósito para saber su resistencia. Hay polvo de hierro por todas partes, y se ve humo por las ventanas saliendo pesadamente de las altas chimeneas para mezclarse con el humo de la vaporosa Babilonia de otras chimeneas.

—Estoy a sus órdenes, señor Steel —dice el señor Rouncewell, en cuanto George ha tomado asiento.

—Bien, señor Rouncewell —dice el militar inclinado hacia delante, con el brazo izquierdo apoyado en la rodilla y el sombrero en la mano, procurando evitar la mirada de su interlocutor—. Temo que mi visita sea inoportuna en vez de agradable. He servido en los dragones, y uno de mis camaradas, por el cual sentía una gran simpatía, era, según creo, pariente de usted. Diga, ¿no es cierto que tuvo usted un hermano que fue el tormento de su familia, y que un día se marchó sin vergüenza alguna, lo que fue lo único bueno que hizo en su vida, al no volver nunca por aquí?

—¿Está usted seguro —dice el dueño de la fábrica, con voz emocionada— de llamarse Steel?

El sargento balbucea algunas palabras sin sentido y clava los ojos en su hermano, quien se levanta, lo llama por su verdadero nombre y le estrecha con ambas manos la suya.

—Eres demasiado listo para que yo te engañe —exclama George sin poder

contener las lágrimas—. ¿Cómo estás, querido hermano? No pensaba que te alegraras tanto de verme. ¿Cómo va, hermano, cómo va eso?

Los dos hermanos se estrechan las manos y se abrazan mil veces. A todo esto, George no deja de preguntar: «¿Cómo va, hermano, cómo va eso?» y repite la observación de que nunca habría creído que su hermano se alegrara ni la mitad de volverlo a ver.

—Y tan lejos estaba de pensarlo —dice, después de relatar el modo en que había llegado hasta allí—, que mi intención era no darme a conocer. En el caso de que hubieses oído con benevolencia mi nombre, te habría escrito, pero te aseguro que no me habría causado poca ni mucha sorpresa ver que ni siquiera querías hablar de mí.

—Ahora mismo vas a ver el recibimiento que hacen en mi casa a tu nombre, y el gusto con que son oídas noticias sobre ti —responde su hermano—. Hoy tenemos aquí una gran fiesta y tú, mi viejo y bronceado militar, no podías haber llegado en mejor ocasión. Esta tarde prometo a mi hijo Watt, que en un año tomará por esposa a la joven más linda y de mayores virtudes que hayas visto jamás yendo por el mundo. Mañana se marcha a Alemania con una de tus sobrinas con objeto de completar su educación, y, para celebrar el noviazgo, damos hoy una fiesta de familia de la cual vas a ser el héroe.

Esta idea desconcierta de tal manera a George, que, con todas sus fuerzas, rechaza aquel homenaje, hasta que vencido por su hermano y su sobrino, y asegurando siempre que no creía que su regreso causase tanta alegría, deja que lo acompañen a una casa elegante, en cuyo interior se observan, en feliz hermandad, los hábitos sencillos del padre y de la madre, y los que han inspirado en sus hijos la educación y la riqueza. George se desconcierta más y más al considerar la gracia y la distinción de las hijas de su hermano y la hermosura de Rosa, su futura sobrina, y le parece estar soñando al ver la afectuosa acogida que todos le hacen, a la vez que los modales respetuosos y delicados de su sobrino le traen a la memoria su propio pasado y le convencen de que, en toda su vida, no ha sido otra cosa que un aventurero.

Sin embargo, la alegría que reina en la fiesta y la buena voluntad de cuantos toman parte en ella, triunfan al fin sobre el desconcierto de George, quien se compromete, con franco y marcial talante, a asistir a la boda y a dar el brazo a la novia, oferta que es aceptada con entusiasmo. Llegada la hora del descanso, George, acostado en una cama de honor de la casa de su hermano, se siente casi dominado por el vértigo, recordando cuanto ha sucedido en pocas horas, y, por delante de sus ojos cerrados, pasan y repasan sus sobrinas, a quienes ha admirado durante toda la velada, ataviadas con sus blancos vestidos de muselina blanca, tocando y bailando valsés alemanes.

Al día siguiente, en cuanto se levantan, los dos hermanos se encierran en el

cuarto del maestro fundidor, y este comienza, con su habitual claridad, a exponer el modo en que ha decidido aprovechar en su fábrica los servicios del veterano. Este, sin embargo, lo interrumpe y, estrechándole la mano, le dice:

—Hermano, mil y mil gracias te debo dar por tu recibimiento más que fraternal, y mil y mil por tus generosos propósitos. Sin embargo, tengo mi plan, y antes de confiárselo a nadie, deseo consultarte sobre un asunto de familia. ¿Qué camino debo seguir para lograr que mi madre me aparte? —pregunta George cruzando los brazos y mirando a su hermano con invencible firmeza.

—No te comprendo —contesta el señor Rouncewell.

—Digo que cómo podré alcanzar que mi madre me elimine, pues de un modo u otro es absolutamente necesario.

—Pero ¿hablas de su testamento o de qué?

—De eso, precisamente —responde el exmilitar, con tono más resuelto que nunca—. Es necesario.

—¿Tan indispensable te parece eso, mi buen George?

—¡Completamente! ¡Absolutamente! Nunca habría cometido la bajeza de volver, de no haber tomado esta inquebrantable resolución, y hasta conseguirlo no me consideraré con derecho a una nueva escapada. No me he introducido de nuevo en la familia para despojarte de lo tuyo y arrebatarte a tus hijos lo que por derecho propio les pertenece. Hace tiempo que he perdido todos mis derechos, y para que me quede y pueda andar con la frente alta, es absolutamente necesario que nuestra madre me borre de su testamento. Tú, que te distingues por la perspicacia e inteligencia, bien podrías indicarme un medio para convencerla.

—Te equivocas, George —dice el señor Rouncewell, con tono igualmente firme—, mi supuesta perspicacia e inteligencia solo será tal si logro probarte que debes renunciar a lo que te propones. Mira en los ojos de nuestra madre, acuérdate de la alegría que le has dado al volverte a ver, y dime si podrá existir consideración en el mundo capaz de impulsarla a hacer lo que deseas. Además, ¿te parece que, aunque hubiese un medio de lograrlo, podríamos vacilar, ni un momento, entre el sacrificio que pretendes hacer por mí y el sentimiento que esto le causaría a nuestra querida y tierna madre? Haces mal en pensar eso, George: renuncia a tu idea, acepta los hechos tal como se presentan y deja que tu nombre continúe escrito en el testamento. Por otra parte —y hay en el rostro del maestro fundidor una sonrisa divertida al mirar a su hermano, que está reflexionando, profundamente decepcionado—, en tu mano está el lograr el mismo objeto sin causar tal disgusto a nuestra madre.

—¿Cómo? —pregunta al fin.

—Ya que tanto te empeñas en quedarte sin la herencia, nadie te impide disponer a tu antojo de la parte que te corresponda en cuanto tengas la desgracia de poseerla.

—¡Es verdad! —exclama el militar, sin salir de sus reflexiones.

Cogiendo luego la mano del señor Rouncewell, añade:

—¿Piensas hablarle de esto a tu familia?

—En absoluto.

—Gracias, hermano. Diles, sí, que aunque vagabundo y cabeza loca, soy un hombre incapaz de bajeza alguna.

El señor Rouncewell vuelve a sonreírse, haciendo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Gracias, hermano, me has quitado un gran peso del corazón —exclama George, respirando con fuerza mientras descruza los brazos y apoya afectuosamente las manos sobre las rodillas de su hermano—. Con todo, mi voluntad habría sido no figurar en el testamento.

Los dos hermanos están sentados uno frente a otro, y la semejanza entre ambos es perfecta, a pesar de la tosquedad y modales sencillos que caracterizan al antiguo dragón.

—Ahora —dice George—, hablemos de mis proyectos. Generoso como siempre, pretendes que me quede a tu lado y me ofreces un buen puesto en la industria creada gracias a tu trabajo y tu constancia. Es muy de agradecer tu gesto, más que fraternal. Te lo agradezco de todo corazón. Es mucho más que fraternal, como acabo de decir y te lo agradezco de todo corazón —y le estrecha la mano por largo rato—, pero el caso, hermano, es que yo soy una especie de mala hierba y que para plantarme en un buen jardín es ya tarde.

—Juzgar eso me corresponde a mí, George —contesta el señor Rouncewell, manteniendo su profunda mirada en el veterano y sonriendo confiadamente—. Deja, cuando menos, que lo intente.

George hace un movimiento muy significativo.

—No dudo de que, de ser posible, lo conseguirías, pero no conviene intentarlo, hermano mío. Además, da la casualidad de que yo le soy útil a sir Leicester Dedlock desde la enfermedad que le han ocasionado los disgustos de su familia. Le presto algunos servicios, poca cosa, pero es cierto que prefiere recibirlos del hijo de nuestra madre que de otros.

—Está bien, George —dice el señor Rouncewell, cuyo rostro franco se

ensombrece ligeramente—, si prefieres servir en las filas de sir Leicester Dedlock...

—Tú lo has dicho, hermano —agrega el veterano, interrumpiéndole—, esa es mi intención. Comprendo que toda idea de servidumbre te desagrade, pero por lo que a mí se refiere, es muy distinto. Tú no estás acostumbrado a recibir órdenes, yo sí; tú sabes conservar a tu alrededor el orden y la disciplina; yo necesito que otros se ocupen de esto por mí y que me impongan una regla. Tú y yo no andamos al mismo paso, ni vemos las cosas desde iguales puntos de vista; por no hablar de mis modales soldadescos, porque veo que ayer noche estuve bien entre vosotros y me parece que aquí sabrían disimulármelos; pero lo cierto es que me encuentro más en mi elemento en Chesney Wold; allí hay más espacio, y una mala hierba más apenas destaca. Además, es importante que nuestra anciana madre viva contenta en sus últimos años, y por todas estas razones acepto desde ahora la proposición del señor barón. Cuando llegue el año próximo para acompañar a la novia, o quizá antes, ya puedes pensar que procuraré dejar a un lado la brigada de sir Leicester Dedlock, o, por lo menos, procuraré que no se deje sentir la influencia de sus maniobras en tu territorio. De todos modos, te doy las gracias y ya pienso con orgullo en la familia de los Rouncewell que se fundará contigo.

—Tú sabes lo que mejor te conviene, George, y te conoces a ti mismo —dice el hermano mayor, correspondiendo, con entusiasmo, al apretón de manos del sargento—, sigue el camino que te convenga, todo con tal que, en adelante, ni tú ni yo estemos perdidos el uno para el otro.

—¡No lo quiera Dios! —responde el soldado—. Antes de separarnos, hermano, quisiera pedirte que me hicieras el favor de echar un vistazo a una carta que he escrito. La he traído para enviarla desde aquí, pues el sello de Chesney Wold sin duda causaría pena a la persona a quien va dirigida. No tengo práctica en eso de cartas y quisiera que esta estuviese concebida en términos exactos y con delicadeza.

Tras decir esto, George presenta a su hermano una carta escrita con tinta algo pálida, con una letra redonda, apretada y clara, en la cual el industrial lee lo siguiente:

Señorita Esther Summerson:

El inspector Bucket me ha dicho que había sido encontrada, entre los papeles de cierto individuo, una carta dirigida a mí, y esto hace que me tome la libertad de manifestarle que contenía únicamente algunas líneas escritas, desde el extranjero por una persona que me rogaba entregar a una dama joven y hermosa, no casada todavía, una carta que iba adjunta, encargo que cumplí religiosamente.

Me tomo además la libertad de decirle que dicha carta me fue pedida para cotejar la letra, que, de no ser por esto, nada habría sido bastante para arrancármelo, pues, creyéndolo más seguro en mi poder que en el de otra persona alguna, solo me la habrían quitado con la vida.

He de añadir, también, que, si hubiera sospechado que cierto desafortunado caballero que lo escribiera estaba aún con vida, no me habría dado paz ni tregua por descubrir su paradero y compartir con él mi último medio penique, a lo cual me habrían impulsado no sólo el deber, sino también mi afecto, pero se me había notificado oficialmente que, estando a bordo de un buque, había caído al mar durante la noche, y se había ahogado en un puerto de Irlanda pocas horas después de su llegada de las Indias Occidentales, y esto mismo me lo confirmaron oficiales y marineros de la tripulación oficialmente.

Finalmente, me tomo la libertad de añadir, humildemente, como corresponde a un simple soldado del ejército, que soy y seré siempre su adicto y respetuoso admirador, y que profeso por las virtudes que posee usted en tan alto grado más aprecio del que me permiten expresar los límites de esta carta.

Su más atento y devoto servidor,

GEORGE

—¿No es muy formal? —dice Rouncewell, doblando la carta y manifestando en su semblante que no sabía qué significaba todo aquello.

—Pero ¿encuentras algo que no se le pueda decir a una señorita realmente excepcional? —pregunta el sargento.

—Nada, absolutamente.

Cerrada y dejada la carta sobre la mesa del señor Rouncewell para ser llevada al correo con la correspondencia del día, George se despide cordialmente de todos los miembros de la familia y se dispone a partir, cuando su hermano, que no quería separarse de él tan pronto, le ofrece acompañarlo en carruaje hasta el punto en que debe pernoctar, y estar en su compañía hasta el día siguiente, montando un criado, en esta primera parte del viaje, el caballo tordo de Chesney Wold.

La proposición es aceptada con alegría, y a ella sigue un agradable viaje, y luego una cena y un desayuno que no lo fueron menos, acompañado todo ello de conversaciones y muestras de cariño verdaderamente fraternales.

Por fin, después de muchos apretones de manos, los dos hermanos se separan; el fundidor con el rostro vuelto a la humareda y a las fábricas; y el sargento, a la verde campiña; y poco ha avanzado aún la tarde, cuando en la alameda de los centenarios olmos, se oye, atenuado por el césped, el ruido acompasado del galope de un caballo que lleva sobre sus lomos al valiente

veterano, como cuando iba en campaña con todo su equipo militar.

LXIV

Relato de Esther

Pocos días después de la conversación sostenida con mi tutor, este me entregó un pliego cerrado, diciéndome: «Para los gastos del mes próximo, Esther». Contenía doscientas libras.

Empecé, pues, a hacer tranquilamente los preparativos que exigían las circunstancias, y, subordinando mis compras al gusto de mi tutor, que conocía en sus menores detalles, proveí mi vestuario de forma que creí cumplir cabalmente sus deseos. Hice todo esto sin hablar de ello con nadie, pues aún me acordaba de la pena que el proyecto de nuestro matrimonio le había causado a Ada tiempo atrás. Por otra parte, mi tutor tampoco era muy expresivo sobre el particular, por lo que creí que su intención era realizar el matrimonio sin ostentación alguna y dentro de la mayor sencillez. A Ada le diría: «¿Quieres venir a ver cómo me caso mañana por la mañana?», y nada más; de ese modo, por lo menos, habría querido yo que sucedieran las cosas, si de mí hubiese dependido.

A la señora Woodcourt, me limité a decirle que iba a casarme con el señor Jarndyce, con quien estaba, desde hacía mucho tiempo, prometida. Lo celebró mucho, y me demostró gran cariño, como ya había observado desde el primer día que vino a la Casa lúgubre, y sus modales habían variado mucho con respecto a mí: me prodigaba ahora atenciones y cuidados, y se desvivía por serme útil y agradable.

No era aquella, en verdad, ocasión de desatender a mi tutor, pero tampoco me era posible abandonar a mi querida amiga, por más que estuviese todo el día muy atareada. Charley disfrutaba lo indecible viéndose rodeada de cestas de labor, vestidos y ropa blanca, que la hacían casi invisible, y se pasaba más tiempo yendo de un lado para otro y admirándolo todo, con sus grandes ojos asombrados, que ayudándome realmente.

He de manifestar que durante aquel tiempo discutíamos el señor Jarndyce y yo a causa del testamento. Yo distaba mucho de estar de acuerdo con él, pues tenía grandes esperanzas en la causa Jarndyce contra Jarndyce. Habíamos de ver quién de los dos tenía razón pero, desde luego, yo abrigaba mis esperanzas. El hallazgo del testamento había aumentado la agitación de Richard, y volvió a la actividad de antes. No obstante, parecía haber perdido la facultad de tener esperanza precisamente en el momento en que mayores

motivos tenía, a mi juicio, para ello. Todo en él era desasosiego. Cierta día en que hablábamos de ello con mi tutor, comprendí por alguna palabra suya que no se sería efectivo nuestro matrimonio hasta que no estuviese abierto el Tribunal, y de ello me alegré mucho, pensando que Ada y Richard serían entonces más felices.

La fecha de la apertura estaba ya muy próxima, cuando mi tutor hubo de irse a Yorkshire para asuntos relacionados con el señor Woodcourt. Me había dicho de antemano que sería necesaria su presencia allí. Un día en que yo acababa de llegar del domicilio de Ada, y estaba sentada en medio de mi labor, mirando con cierta melancolía los objetos que me rodeaban, me entregaron una carta del señor Jarndyce. Me rogaba en ella que fuese a reunirme con él en el campo, y me indicaba el coche que había de tomar y la hora a la que debía acudir, y añadía en una postdata que no estaría mucho tiempo separada de mi querida Ada.

No estaba en absoluto preparada para emprender un viaje en aquel momento, sin embargo, en media hora lo arreglé todo y partí al día siguiente por la mañana, de acuerdo con las instrucciones que había recibido. Todo el día estuve metida en el coche y todo el día estuve pensando en el motivo por el que me habría llamado el señor Jarndyce: unas veces suponía esto, otras aquello, pero nunca pude dar con la verdadera causa.

Era ya de noche cuando llegué a mi destino. Mi tutor estaba allí para recibirme, y esto me alivió de un gran peso, pues por la tarde había comenzado a temer que estuviese enfermo, tanto más cuanto me parecía que en su carta, sucinta en extremo, quería ocultarme algo.

Allí estaba, sin embargo, sano y salvo, y viendo su rostro franco y risueño como nunca, me dije para mí como solía decir en tales casos: ¡Habrà hecho una buena acción!

Desde luego, eso era fácil de adivinar, por cuanto yo sabía que había ido a Yorkshire para favorecer a otro.

La cena estaba preparada en el hotel. Sentados a la mesa y solos, me dijo:

—Aquí tenemos a una mujercita, que, sin duda, rabia por saber lo que ocurre.

—Francamente —contesté—, sin ser yo una Fátima, ni usted un Barba Azul, confieso que siento algo de curiosidad.

—Pues en tal caso, querida mía, para que duermas sosegada te lo diré ahora mismo, sin esperar a mañana. Hace mucho tiempo que sentía deseos de expresarle al señor Woodcourt cuánto me había conmovido la conducta que observó con Jo, y cuánto agradezco sus desvelos por Richard, de manifestarle,

en fin, el cariño y aprecio que todos le tenemos. En cuanto decidí establecerse aquí, me asaltó la idea de regalarle una casita que pudiese servirle decentemente de abrigo, y habiéndose presentado, por casualidad, no hace mucho, una ocasión excelente, me he apresurado a aprovecharla y a disponer la vivienda para su uso. Pero anteayer, al anunciarme que todo estaba dispuesto, no me consideré bastante competente para juzgar por mí mismo si todo estaba conforme o de si faltaba algo, y entonces mandé llamar a la más cuidadosa ama de llaves que pueda existir, para saber su opinión y tomar sus consejos. Eso es todo. Y aquí está riendo y a llorando, a un tiempo.

Porque era tan cariñoso, tan bueno, tan admirable. En vano quise expresarle lo que sentía; mis labios no pudieron articular una sola palabra.

—¡Vaya, vaya! —exclamó—. Das a esto más importancia de la que tiene, dama Durden. ¿Pero qué veo? ¡Estás llorando!

—¡Ah! ¡Es de alegría y de agradecimiento, tutor mío!

—Celebro que apruebes mi conducta. Por supuesto, ya me lo figuraba y estaba convencido de dar con todo ello una agradable sorpresa a la amable dueña de la Casa lúgubre.

Yo sequé mis lágrimas, y lo abracé emocionada:

—Es una agradable sorpresa, aunque hace tiempo que leía en su rostro que estaba usted preparando esa buena acción.

—¡No hay como la dama Durden, para adivinar las cosas! —exclamó riendo el señor Jarndyce.

Se mostraba tan contento, tan alegre, que no me cupo más recurso que reír y alegrarme con él. Pero una vez en la cama he de confesar que di nuevamente rienda suelta a mis lágrimas. Creo que lloraba de placer, aunque no estoy muy segura de ello, y dos o tres veces me repetí a mí misma las palabras de su carta.

Al día siguiente, después del desayuno, mi tutor me dio el brazo y salimos juntos para ir a ver la casa sobre la cual había de dar mi opinión. Hacía un tiempo magnífico. Entramos en un jardín por una puerta lateral, cuya llave tenía el señor Jarndyce, y al momento vi con sorpresa que los macizos de flores y los acirates estaban dispuestos del mismo modo que en la Casa lúgubre.

—Ya lo ves —dijo mi tutor escudriñando mi semblante—, no sabiendo cómo hacerlo mejor, he adoptado la disposición de tu casa.

Atravesamos, luego, un pequeño huerto de frutales, en que los guindos se ocultaban entre el verde follaje, y la sombra de los manzanos se recortaba sobre el verde césped. Llegamos a la casa, verdadera quinta rústica, compuesta

de algunos reducidos aposentos, pero situada en un lugar plácido y tranquilo, rodeada de una campiña fértil y agradable, en la cual jugueteaba a poca distancia, serpenteando entre los árboles, un plateado riachuelo, cuyas aguas daban movimiento a un molino. En la pradera que se extendía junto a la población, se veían bulliciosos grupos de jugadores de pelota, y una tienda rematada con una bandera, cuyos pliegues flotaban al viento. Entramos en la casa, y en ella, desde la puerta de entrada hasta las más insignificantes habitaciones, conforme había observado en el jardín y en la pérgola de madera, cubierta de jazmines y madreselva, vi en el adorno de las paredes, en el color de los muebles, en la disposición de los más pequeños detalles, el sello de mis gustos, de mis preferencias, de mis costumbres y hasta de mis manías, de las cuales se reían todos por más que las aprobasen.

Huelga hablar de mi creciente sorpresa y admiración a cada nuevo descubrimiento en este sentido, pero al mismo tiempo me preguntaba a mí misma si era realmente oportuno todo aquello, o si hubiera sido preferible que no estuviese allí tan viva mi memoria. El señor Woodcourt me amaba, y sin que yo tuviera la pretensión de llegar al ideal que él creía ver en mí, todo aquello había de hacerle sentir más y más lo que se imaginaba haber perdido. No deseaba en verdad que me olvidase, y quizá no necesitaba de estímulo alguno para acordarse de mí, pero, como mi camino era mucho más sencillo que el suyo, hasta a su olvido me habría resignado si con él debía hacerle más feliz.

—Solo te falta ahora saber el nombre de esta casita —dijo mi tutor, a quien no viera nunca tan alegre y orgullos como en aquella ocasión.

—¿Qué nombre le ha dado?

—Ven a verlo, hija mía —me dijo.

Y me llevó hacia la puerta principal, la cual no habíamos traspasado aún, pero, deteniéndose de pronto, me dijo:

—¿No lo adivinas?

—No —exclamé.

Atravesamos entonces el umbral, y me enseñó el nombre de Casa lúgubre escrito en la fachada.

Me acompañó, enseguida, a un banco oculto entre el follaje, se sentó a mi lado y me tomó la mano:

—Querida hija mía —dijo—, desde que te conozco he sentido por ti gran cariño y creo habértelo manifestado. Cuando te escribí aquella carta cuya respuesta me entregaste tú misma —dijo sonriendo al recordarlo—, me preocupaba excesivamente la idea egoísta de mi felicidad, aunque tampoco

olvidaba la tuya. Muchas veces, cuando eras niña, había pensado algún día tomarte por mujer, y no recuerdo ahora con qué motivo volvió a mi mente ese antiguo pensamiento mío: te escribí aquella carta que tú contestaste... ¿No me escuchas, hija mía?

Sentía frío y estremecimiento en todo el cuerpo, pero no me perdía una sola de sus palabras. Al oír su pregunta, mantuve los ojos en él, y los rayos del sol, posándose sobre su cabeza descubierta a través del follaje, parecían rodearle de una especie de aureola.

—Atiende, hija mía, y déjame concluir. No importa cuál fuese el momento en que me pregunté si la resolución tomada era la más conveniente para tu felicidad, lo cierto es que así fue, y que en eso estaba yo, cuando Woodcourt vino a casa y a partir de entonces cesaron todas mis dudas.

No pude ya contenerme, me arrojé en sus brazos, y ocultando la cabeza en su pecho me deshice en llanto.

—Apóyate con confianza en mi corazón —me dijo, estrechándome con un paternal abrazo—, ¿no soy yo tu tutor, tu padre? ¿No eres tú mi hija?

Y con voz suave y cariñosa, como el murmullo del aire entre las hojas, continuó hablándome y calmó mi nerviosismo, mediante el influjo de su palabra bienhechora.

—No dudo, hija mía, de que a mi lado te habrías contentado con tu suerte, pues eres buena y sabes sacrificar, pero afortunadamente descubrí a tiempo algo que podía hacerte más feliz. Nada tiene de sorprendente el que yo haya descubierto este secreto antes que tú misma. En cuanto al señor Woodcourt, poseía desde mucho tiempo su confianza, pero él sabe mis planes solamente desde ayer, pocas horas antes de su llegada. Advierte, sin embargo, que yo no quise que permaneciese ignorado ni uno solo de los méritos de mi querida hija, y no habría consentido por todo el oro de las montañas del País de Gales que fuese admitida con condescendencia mi Esther en la ilustre familia de Morgan ap-Kerrig, y me aseguré de que no había tal.

Dicho esto, me besó en la frente, y otra vez corrieron mis lágrimas, pues sus alabanzas eran superiores a mis fuerzas.

—No llores, hija mía: hoy es día de alegría, y en él estoy pensando desde hace mucho tiempo —exclamó, con voz triunfante—. Unas pocas palabras más y nada me quedará por decir. Resuelto a que fuese apreciado hasta el más pequeño átomo de las cualidades de mi Esther, le dije a la señora Woodcourt: «Señora, veo y me consta que su hijo ama a mi pupila, y estoy seguro de que esta lo ama también; pero sé igualmente que Esther sacrificará su amor al deber que se ha impuesto, y que lo hará tan completa y religiosamente que ni usted misma podría sospecharlo, aun cuando la estuviese viendo en todo

momento». Le expliqué, entonces, lo que mediaba entre tú y yo. «Venga usted, le dije, vea a mi querida hija a todas horas, y compare, después, cuanto haya visto con su genealogía (pues no quise ocultarle tu nacimiento), y después de haber meditado profundamente, me dirá dónde está la verdadera nobleza y la verdadera legitimidad.» ¡Gloria a su rancia estirpe, Esther! —exclamó mi tutor, con entusiasmo—. El noble corazón que riega su sangre gaélica no le va a la zaga al mío en sentir hacia la dama Durden el más acendrado amor y admiración.

Y cogiéndome la cabeza con ambas manos, me besó repetidamente con cariño de padre.

—Otra cosa, y concluyo —añadió—. Cuando la otra noche Allan Woodcourt te declaró sus sentimientos, yo lo sabía y había consentido en ello, pero no le di esperanza alguna. La sorpresa que os preparaba a los dos había de ser mi única recompensa, y deseaba mucho esta felicidad para consentir en perderme una parte de ella, por insignificante que fuese. Enseguida, Woodcourt me contó, según habíamos convenido, cuanto había pasado. Y con esto, hija mía, he concluido. Allan Woodcourt se halló junto al lecho de muerte de tu padre, y también junto al de tu madre. Esta es la Casa lúgubre, y desde este momento le doy su amable dueña. Delante de Dios te aseguro, hija mía, que este es el día más hermoso de toda mi vida.

Mi tutor me ayudó a levantarme, pero en esto no estábamos solos. Mi marido (siete años hace que le llamo así) se hallaba a nuestro lado.

—Allan —le dijo mi tutor—, reciba usted de mi mano la mejor esposa que ha habido jamás. Sé que es usted digno de ella y este es el mejor elogio que puedo hacerle. Acepte la casa que trae como dote, seguro de que sabrá embellecerla y convertirla en un lugar delicioso. Para ello, basta acordarse de lo que hizo con el homónimo de esta vivienda. Permítame compartir de vez en cuando de la felicidad que habrá en ella, y no habré perdido nada.

Me abrazó, otra vez, y con voz enternecida, a la par que entrecortada por la emoción, añadió:

—Esther, hija mía, después de tantos años como hemos pasado juntos, esto es una especie de separación. Sé que el error en el que me mantuve te ha causado algún pesar, perdona a tu tutor devolviéndole el antiguo lugar que tenía en tu corazón y olvida el instante en que pudo engañarse. Allan, toma a mi niña.

El señor Jarndyce se alejó bajo la verde bóveda. Al salir de ella, se volvió y, mirándonos inundado de luz, dijo:

—En una u otra parte me hallaréis. Estaré por las cercanías. Sopla viento de poniente, mujercita, ¡de poniente! No intentéis darme las gracias. Recobro

mis antiguos hábitos, y, si alguien echa en olvido mi recomendación, huiré de aquí para no volver.

¡Qué felicidad la nuestra en todo aquel día! ¡Cuánta alegría, esperanza y agradecimiento! ¡Oh, felicidad cumplida!

Nuestro matrimonio había de hacerse efectivo a finales de mes, pero el momento de tomar posesión de nuestra casa dependía de Richard y Ada.

Al día siguiente, nos marchamos los tres a Londres, y, en cuanto llegamos, Allan corrió a Symond's Inn para comunicarles a Richard y a su mujer la buena noticia. También yo deseaba pasar algunos minutos junto a Ada, a pesar de que ya era muy tarde, pero me fui a casa para preparar el té de mi tutor y ocupar a su lado mi puesto, que no quería ni podía dejar todavía.

Nos dijeron, al llegar a casa, que había estado allí tres veces un joven que deseaba verme, y que, al saber por fin que no había yo de volver hasta las diez de la noche, había dejado cuatro líneas diciendo que volvería a aquella hora. Nos dieron sus tres tarjetas y en ellas leímos el nombre del señor Guppy.

Mientras procuraba adivinar el motivo de sus reiteradas visitas, asociándolo como siempre a la idea de la visita algo risible que me hiciera antaño, me entretuve en explicarle al señor Jarndyce la proposición que entonces me hizo y la retractación que la había seguido.

—Después de lo que me has contado —dijo mi tutor—, no podemos dispensarnos de recibir a ese héroe.

Y, apenas acababa de dar orden de que lo recibiesen en cuanto se presentase, el señor Guppy llamaba a la puerta acompañado de otras dos personas.

Al encontrar conmigo al señor Jarndyce, se desconcertó ligeramente, pero, recobrándose, preguntó:

—¿Cómo está usted, caballero?

—Muy bien, ¿y usted? —dijo mi tutor.

—Sólo pasable, señor —replicó el señor Guppy—. ¿Me permitirán que les presente a mi madre, la señora Guppy de Old Street Road, y a mi querido amigo, el señor Weevle, es decir, el señor Jobling, pues Weevle no es su verdadero nombre?

Mi tutor les rogó que tomaran asiento, y los tres se sentaron.

—Tony, hazme el favor de exponer el objeto de nuestra visita —dijo el señor Guppy al señor Jobling, después de un embarazoso silencio.

—Hazlo tú mismo —contestó el señor Jobling, con brusquedad.

El señor Guppy pareció reflexionar un instante, y, por fin, tomó la palabra, para gran satisfacción de su madre, la cual dio con el codo al señor Jobling y me dirigió una mirada con muchos guiños:

—Señor Jarndyce —comenzó a manera de exordio—, esperaba encontrar a solas a la señorita Summerson, y, por eso mismo, no estaba preparado para su honrosa presencia. Sin embargo, quizá la señorita Summerson ya le haya informado de lo que pasó entre ella y yo en anteriores entrevistas.

—En efecto —contestó mi tutor, sonriendo—, la señorita Summerson me ha contado algo de eso.

—Pues esto hace mucho más fácil la exposición de los hechos —agregó el señor Guppy—. Hace muy poco que he concluido, y puedo decir que a satisfacción de todos, mi pasantía en casa de Kenge y Carboy. Después de someterme a un examen en el colegio de abogados lo suficientemente deprimente como para atormentar a un hombre con infinitas cosas, que por insustanciales no vienen al caso, he sacado mi título de procurador. Traigo el certificado, y puedo mostrarlo si desea verlo.

—Muchas gracias, señor —contestó mi tutor—, pero, para expresarme en un término legal, no impugno en lo más mínimo el certificado en cuestión.

Al oír esto, el señor Guppy desistió de sacar de su bolsillo el consabido documento, y continuó:

—Nada poseo, en realidad, pero mi madre disfruta del usufructo de una pequeña propiedad —en ese momento la madre del señor Guppy movió la cabeza de un lado a otro como si aquella observación la hiciera disfrutar bastante, y se puso un pañuelo a la boca y me volvió a hacer un guiño—, y no me faltarán las pocas libras que habrá de desembolsar para poner en marcha mi bufete, advirtiéndome que las tendré sin interés, lo cual —añadió con voz conmovida—, no deja de ser una gran ventaja.

—Una gran ventaja, ciertamente —dijo mi tutor.

—Como tengo algunos conocidos por la parte de Walcot Square, Lambeth —continuó el señor Guppy—, he alquilado una casa en aquel barrio, casa que, según dicen mis amigos, he obtenido baratísima, tanto más cuanto que casi no tiene contribución y está amueblada. En ella pienso abrir mi despacho.

La señora Guppy no pudo contenerse al oír las últimas palabras de su hijo, poseída por un verdadero delirio de movimientos de la cabeza y de sonrisas cómplices a cualquiera que la mirase.

—La casa consta de seis habitaciones, sin contar la cocina, y según dicen mis amigos, es una vivienda muy conveniente. Al referirme a mis amigos, aludo en especial a mi amigo Jobling, aquí presente, que me conoce desde la

infancia —añadió el señor Guppy con tono sentimental.

El señor Jobling confirmó estas palabras, estirando y encogiendo ambas piernas.

—Mi amigo Jobling me ayudará en calidad de pasante y vivirá en la casa —prosiguió el señor Guppy—, y también mi madre vendrá a vivir conmigo, en cuanto expire el término de su alquiler en Old Street Road, de modo que no faltará compañía. Mi amigo Jobling tiene por naturaleza inclinaciones aristocráticas, y como, por otra parte, está informado de todos los movimientos del gran mundo, me sostiene y apoya en los propósitos que estoy explicando.

—Así es —dijo el señor Jobling apartándose un poco del codo de la madre del señor Guppy.

—Puesto que la señorita Summerson le ha informado a usted del caso, no tengo necesidad de decirle —dijo el señor Guppy— (madre, haga el favor de estarse quieta) que hubo un tiempo en que la imagen de la señorita Summerson estuvo grabada en mi corazón, y que le hice proposiciones de matrimonio.

—Así lo había oído —contestó mi tutor.

—Ciertas circunstancias, independientes del todo de mi voluntad —añadió el señor Guppy—, debilitaron en cierta época la impresión de aquella imagen, época, así debo declararlo, en que la conducta de la señorita Summerson fue de las más nobles y magnánimas.

Mi tutor, a quien al parecer le divertía mucho la escena, me tocó en la espalda sonriendo.

—Actualmente, caballero, me hallo en tal disposición de ánimo, que he de corresponder a tan magnánima conducta —siguió diciendo el señor Guppy—, probando a la señorita Summerson que puedo elevarme a una altura a la cual quizá no me creía capaz. Convengo en que la imagen grabada en otro tiempo en mi corazón, que por un momento creí borrada, ha quedado en él profundamente impresa. Su influencia en mí es cada día más decisiva, y cediendo a su poder, a despecho de circunstancias que nadie sería capaz de dominar, renuevo ante la señorita Summerson la proposición que tuve el honor de dirigirle un día. Pongo a sus pies la casa de Walcot Square, mi título, mi persona y mi certificado, rogándole que se digne aceptarlos.

—En efecto —dijo mi tutor—, su conducta es magnánima.

—Mi aspiración más viva es la magnanimidad —exclamó, con tono sincero el señor Guppy—. Pero no crea que considere desventajosa para mí la proposición que le hago a la señorita Summerson, nada de eso, y así opinan también mis amigos. Ciertas circunstancias han producido determinadas

mutaciones que ruego se tengan en cuenta en compensación de las posibles desventajas, restableciendo de este modo el equilibrio.

—Caballero, tomo a mi cargo el contestar, en nombre de la señorita Summerson, a la proposición que se ha dignado usted hacerle —respondió mi tutor, riendo y llevando la mano al cordón de la campanilla—. La señorita Summerson agradece en lo que valen sus buenas intenciones y le desea muy buenas noches y mucha prosperidad.

—¡Oh! —contestó el señor Guppy, algo desconcertado—. ¿Qué quiere usted decir con eso? ¿Es una negativa, una aceptación o un aplazamiento?

—Una negativa absoluta —replicó el señor Jarndyce.

El señor Guppy miró incrédulamente a su amigo y a su madre, que de repente se volvió muy enfadada para mirar al suelo y al techo.

—¿Qué oigo, caballero? —preguntó—. Y usted, Jobling, el amigo leal que siempre he creído, haga el favor de darle el brazo a mi madre para sacarla de aquí, no permita que permanezca, ni un minuto más, en un lugar donde no la tienen en consideración.

Pero la señora Guppy se negó, decididamente, a marcharse y no quiso, ni siquiera, oír hablar de ello.

—¡Vaya! ¿Qué significa semejante negativa? —le dijo a mi tutor—. ¿De qué habla? ¿Mi hijo no es lo bastante bueno para usted? ¡Debería darle a usted vergüenza! ¡Salga, salga usted de aquí!

—Mi buena señora, advierta usted que me manda salir de mi casa —observó mi tutor.

—¿Y a mí qué me importa? —dijo la señora Guppy—. Vamos, largo. Si le parece que somos poco para usted, vaya en busca de otro que valga más. ¡Vaya, vaya usted a buscarlo!

La rapidez con que la señora Guppy había pasado de la alegría más expansiva al enojo más terrible no dejó de sorprenderme. Lo que al parecer le indignaba más era ver que no nos movíamos de nuestro sitio.

—Pero ¿por qué no va usted a buscarlo? —insistió la señora Guppy—. Vaya a buscar a quien sea bastante para satisfacer su vanidad. ¿Qué es lo que le detiene?

—Madre —le dijo su hijo, procurando colocarse entre ella y nosotros y haciéndola retroceder con un hombro, mientras perseguía a mi tutor—, madre, ¡cállese de una vez!

—No, William, no. No me callaré hasta que lo vea fuera de aquí.

Pese a la ridícula terquedad de la anciana, William y su amigo Jobling cercaron a la señora Guppy y pudieron llevarse a la que por momentos se iba insolentando, y cuya voz subía de tono a cada escalón que le obligaban a bajar, repitiendo que fuéramos a buscar a alguien que nos pareciera suficiente y sobre todo que nos fuéramos de allí.

LXV

Comenzando el mundo

Se abrieron, de nuevo, las sesiones del Tribunal, y a su regreso de Yorkshire mi tutor encontró un papel del señor Kenge notificándole que dentro de dos días se vería el pleito.

Como yo fundaba en el testamento suficientes esperanzas como para que la noticia me afectase, Allan y yo acordamos asistir a la vista el día indicado por el señor Kenge. Richard estaba alterado en extremo, y era tan grande su debilidad, a causa de su desmoralización, que bien necesitaba su esposa, mi pobre amiga, ser alentada y apoyada. Ada, sin embargo, como me había dicho un día, se sentía esperanzada y tenía puestos los ojos en un porvenir cercano, con el auxilio eficaz que esperaba y que la mantenía en su firmeza.

El pleito debía verse en Westminster, donde otras cien veces se había visto y siempre sin resultado, pero el corazón me decía que esta vez nos hallábamos en presencia de un momento definitivo. Después del desayuno, salimos para llegar temprano a Westminster, y seguimos por las bulliciosas calles que allí conducen (tan feliz y tan extraño me parecía todo) juntos.

Mientras andábamos, sin fijarnos en nada de cuanto ocurría o se veía a nuestro alrededor, preocupados en trazar planes relativos a Ada y a Richard, oí una voz que gritaba:

—¡Esther! ¡Mi querida Esther!

Era Caddy Jellyby, la cual, asomada a la portezuela de un coche que ahora alquilaba para ir a las casas de sus alumnos (tenía muchos), parecía querer abrazarme a pesar de la distancia. Aunque le había escrito cuatro líneas, diciéndole lo que mi tutor había hecho, no había encontrado aún el momento de acercarme a su casa. Retrocedimos algunos pasos, y en su alegría de verme y de recordarme la velada en que me trajo las flores que yo había atribuido a Prince, parecía tan resuelta a magullarme la cara, incluyendo mi sombrero, que cogía entre ambas manos, a darme los nombres más tiernos y a contarle a Allan, sin motivo, no sé qué favores que decía haberle yo prestado, que me vi obligada a entrar en su carruaje para que me dijese allí cuanto quisiese. Allan,

de pie junto a la portezuela, estaba tan contento como Caddy, y yo lo estaba tanto como ellos. No sé cómo pude, por fin, salir del coche, roja, riendo, despeinada, y despidiéndome con afecto de Caddy. Esta permaneció asomada a la portezuela, mientras pudo divisarnos.

Este incidente nos hizo perder un cuarto de hora por lo menos, y cuando llegamos a Westminster Hall, las vistas habían ya empezado. Era tanta la gente allí reunida, en contra de lo que generalmente sucede, que llenaba por completo la sala, y por ello nos fue imposible ver, ni oír, lo que en ella ocurría. Algo muy singular debía ser, pues de vez en cuando llegaban hasta nosotros risas y la palabra ¡silencio! Me parecía que debía ser muy interesante, todo el mundo empujaba y levantaba la cabeza para estar más cerca, y de gran diversión para los abogados, pues cuando un abogado con patillas y peluca, que estaba entre la multitud, les contó a otros lo que acababa de oír, les vimos meterse las manos en los bolsillos y desternillarse de risa, dando con los pies en las baldosas de mármol.

Interrogamos a un caballero que estaba cerca de nosotros si sabía qué asunto se estaba viendo en aquel momento, y nos dijo que el de «Jarndyce contra Jarndyce». Le preguntamos, de nuevo, si sabía en qué momento de él estaban, y nos contestó que eso era tan difícil saberlo entonces como siempre, pero que al parecer iba a quedar cerrado.

—¿Hoy? —dije yo.

—Hoy y para siempre —me respondió.

Allan y yo nos miramos pudiendo apenas dar fe a aquellas inesperadas palabras. ¿Cómo? ¿Era posible que el testamento hubiese restablecido todos los derechos, desvanecido todas las dudas y que Ada y Richard se encontrasen en vísperas de ser ricos? Mucha felicidad era esta para ser verdadera.

Nuestra incertidumbre duró poco. La multitud rompió en breve sus compactas filas y poco a poco se dispersó, arrastrando tras de sí la atmósfera pesada que reinaba en la sala. Toda aquella gente tenía el semblante animado y alegre, y más que habituales concurrentes al santuario de la justicia, parecían hombres que salían de un teatro de feria. Nos situamos en un rincón de la sala mirando si pasaba algún conocido, y desde nuestra posición vimos el desfile de enormes legajos de papeles, unos metidos en sacos, otros demasiado voluminosos para ello, legajos de todas formas y tamaños, cuyo peso agobiaba a los que los llevaban, los cuales los arrojaban confundidos y mezclados al suelo, yendo enseguida por otros. Hasta aquellos pasantes se reían. Dimos una triste mirada a tanto papelucho, y al ver escrito en todas las cubiertas «Jarndyce contra Jarndyce», le preguntamos a un caballero, que por su aspecto parecía pertenecer a los tribunales, si era verdad que el pleito había terminado.

—Sí, ¡gracias a Dios! —nos contestó sonriendo.

En aquel mismo momento, vimos al señor Kenge, que salía del Tribunal con la afable dignidad que lo caracterizaba; estaba conversando con el señor Vholes, quien le hablaba con actitud respetuosa, llevando también un legajo debajo del brazo.

—Ahí están la señorita Summerson y el señor Woodcourt —exclamó el señor Vholes cuando nos vio.

—¡Oh! ¡Es verdad! —exclamó el señor Kenge, quitándose el sombrero con exquisita cortesía—. ¿Cómo les va a ustedes? ¿No ha venido el señor Jarndyce?

—No, ya sabe usted que no viene aquí nunca —le dije.

—Tanto mejor que no haya venido hoy —dijo el señor Kenge—, eso habría quizá aumentado la fuerza..., lo diré en ausencia de nuestro excelente amigo, la fuerza de su invencible prejuicio. Sin motivo real, es cierto, pero es mejor que así haya sucedido.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Allan.

—¿Qué ha pasado? —repitió el señor Kenge—. Casi nada. Que de pronto nos hemos visto arrollados, completamente desarmados y reducidos a la impotencia.

—¿Podría usted decirnos, al menos, si ha sido tenido por válido el testamento? —volvió a preguntar Allan.

—Lo que puedo decirles es que ni tan siquiera ha sido examinado aquel documento —replicó el señor Kenge.

—No lo hemos examinado —repitió, como un eco, el señor Vholes.

—Tenga usted presente, señor Woodcourt —hizo observar el señor Kenge usando su paleta de plata persuasiva y tranquilizadamente—, que ha sido este un gran pleito, de una duración considerable y de innumerables complicaciones. El pleito de «Jarndyce contra Jarndyce» es considerado como un monumento de práctica judicial.

—Monumento rematado por la estatua de la paciencia —dijo Allan.

—Muy bien dicho —observó el señor Kenge, con cierta sonrisa de condescendencia—. No olvide, además, señor Woodcourt —continuó el abogado, recobrando su grave dignidad—, que las muchas dificultades, contingencias y formas de procedimiento que contiene ese gran pleito han exigido estudios profundos y abundancia de elocuencia, habilidad y saber, que por espacio de años la flor de los tribunales y el..., un..., los frutos otoñales, quiero decir, la gente madura y más experimentada en las prácticas judiciales

han echado el resto en el asunto «Jarndyce contra Jarndyce». Así pues, si el público goza de los beneficios, si la nación recoge la gloria de esta enorme pugna de lumbreras, es justo que toda ella sea remunerada en dinero u otros valores cualesquiera, señor Woodcourt.

—Perdone, señor Kenge, pero llevamos prisa —dijo Allan, que empezó a ver claro en el asunto—, ¿quiere decir con esto que las costas y gastos absorben toda la herencia?

—¡Hum! Así lo creo —contestó el señor Kenge—. ¿Qué le parece a usted, señor Vholes?

—Soy de la misma opinión. Y que se ha dado término a la causa por falta de dinero para proseguirla.

—Probablemente —respondió el señor Kenge.

—Probablemente —repitió el señor Vholes.

—¡Pobre Richard! ¡Qué golpe para él! —me dijo Allan, en voz baja.

Su rostro expresaba una ansiedad tan viva, conocía tanto a nuestro pobre amigo, cuyo desfallecimiento paulatino había observado día tras día yo misma, que las palabras que la infeliz esposa, mi buena amiga, había pronunciado con tal motivo, acudieron a mi memoria y resonaron en mi oído como un fúnebre tañido.

—Si desea usted ver al señor C. —dijo el señor Vholes viniendo tras nosotros—, lo hallará junto al Tribunal: allí lo he dejado tomándose un momento de descanso. Buenos días, caballero; buenos días, señorita Summerson.

Pronunció estas palabras, dirigiéndome aquella mirada hipnotizadora de reptil que le era tan propia, bostezó, anudando los cordones de su cartera, como si hubiese guardado en ella la última tira de piel de su cliente, corrió a reunirse con el señor Kenge, cuya sombra benigna temía perder, y su persona de mal agüero, vestida de negro y abotonada hasta el cuello, atravesó la pequeña puerta del extremo del corredor.

—Ángel mío —me dijo Allan—, ve rápido a avisar al señor Jarndyce y luego a casa de Ada, yo me encargaré del pobre Richard, al que me confiaste.

No le dejé que me pidiera un coche, sino que le supliqué que fuera por Richard sin perder un instante y que me dejara hacer lo que me pedía. En poco tiempo llegué a casa, donde con las debidas precauciones fui poniendo a mi tutor al corriente de lo que había sucedido.

—Hija mía —replicó sin manifestar la menor aflicción—, el término de este proceso que nos libra de la Cancillería es un beneficio mayor del que

nunca podría esperar. Pero ¿qué será de esos pobres muchachos?

Toda la mañana estuvimos hablando de ellos, examinando y discutiendo lo que a nuestro entender era posible hacer y proponerles. Al mediodía, mi tutor me acompañó hasta Symond's Inn, y dejándome en la puerta de la casa de Ada, subí sola a su piso. En cuanto mi pobre amiga oyó en el estrecho corredor el ruido de mis pasos, corrió hacia mí y se arrojó en mis brazos, pero en breve reprimió su efusión, y me dijo que Richard había preguntado por mí varias veces.

—Allan —continuó—, lo encontró sentado en un rincón de la sala, donde permanecía inmóvil, como petrificado. Cuando despertó de su estupor, se deshizo en los más amargos reproches contra los jueces. Pero, a las primeras palabras, un golpe de tos le llenó la boca de sangre, y no pudo continuar, viéndose Allan obligado a acompañarlo hasta aquí.

Cuando entré en el cuarto del enfermo, este estaba tendido sobre un diván y parecía dormir. Sobre la mesa había varios cordiales, y todo el aposento respiraba tranquilidad y aseo con las luces apagadas y en silencio. Allan se hallaba a su lado, y lo observaba con semblante grave. Una palidez intensa, como nunca la viera en él, invadía el rostro del enfermo. No obstante, tenía una placidez inusual desde hacía mucho tiempo.

Me senté cerca del sofá sin decir nada. Transcurridos unos instantes, abrió los ojos y con voz débil, aunque con su antigua sonrisa, me dijo:

—Dama Durden, un beso...

Dentro de su extrema debilidad, parecía haber recobrado aquella antigua jovialidad que le era característica y se hacía propósitos para el porvenir. Me comentó que nuestro deseado matrimonio le hacía más feliz de lo que pudiera expresar con palabras. Mi marido, decía, había sido para él y para Ada un ángel tutelar. Nos bendecía, nos deseaba toda la dicha que puede dar esta vida, y por un instante creí que mi corazón desfallecía cuando le vi tomar la mano de Allan y llevarla a su pecho con extrema unción.

Hablamos de varias cosas e hicimos no pocos proyectos. Por poco que sus piernas lo permitiesen, quería asistir a nuestro matrimonio. Ada lo acompañaría...

—Sin duda que sí —dijo Ada.

Pero, a pesar de la serenidad que fingía su rostro encantador, ¡pobre amiga mía! Bien sabía yo..., bien sabía yo...

No era conveniente que Richard hablase, así que guardamos todos silencio, y como él tenía por costumbre burlarse de mi manía de estar siempre atareada, fui a coger mi labor, lo cual me sirvió de pretexto para no decir nada. Ada se

recostó en la almohada y apoyó la cabeza sobre el brazo de su esposo. Este parecía estar dormitando, pero se despertaba con frecuencia, y cada vez que abría los ojos preguntaba: «¿Dónde está Woodcourt, dónde está?».

A media tarde vi, al levantar los ojos, a mi tutor en pie en la salita contigua.

—¿Quién es, dama Durden? —me preguntó Richard, pues aunque estaba de espaldas a la puerta, había leído en mi semblante que algo sucedía.

Miré a Allan para pedirle consejo, y ante un ligero mohín afirmativo que obtuve de él, me incliné hacia el enfermo y le dije lo que pasaba. Mientras, mi tutor, que se había acercado, puso su mano en la de Richard.

—¡Ah, señor! ¡Cuánta bondad! —exclamó Richard, prorrumpiendo en llanto.

Mi tutor, viva imagen del hombre bueno, ocupó mi silla, y sin soltar la mano de Richard, le dijo:

—Querido Rick, las nubes se han disipado y ha salido el sol. Rick todos hemos andado más o menos extraviados... ¿Qué importa si ahora se ha hecho la luz a nuestro alrededor? ¿Cómo va eso, amigo mío?

—Estoy muy débil, primo, pero espero recobrar las fuerzas. Estoy resuelto a comenzar una nueva existencia.

—Muy bien pensado —dijo mi tutor.

—Y créame que no seguiré el camino de antes —añadió Richard con triste sonrisa—, la lección ha sido dura, pero puede usted tener la seguridad de que sacaré provecho de ella.

—¡Bien, hijo mío, muy bien! —exclamó mi tutor, alentándolo con voz cariñosa.

—Ahora mismo estaba pensando, primo —siguió diciendo Richard— que lo que más gusto me daría sería ver su casa..., la de la dama Durden y Woodcourt. Si pudiese ir allá, en cuanto estuviese un poco mejor, me parece que pronto me pondría bueno.

—Lo mismo decíamos esta mañana —respondió mi tutor—, no hemos hablado de otra cosa Esther y yo, durante el desayuno. Supongo que su marido no tendrá inconveniente alguno...

Richard se sonrió y tendió la mano a Allan, que se hallaba a sus espaldas, a la cabecera del sofá.

—No hablo de Ada —dijo Richard—, por más que no sea otro mi pensamiento. No se aparta de mi lado, no me deja ni un momento, cuando tiene tanta necesidad de descansar: ¡pobre ángel mío!

Y la estrechó en sus brazos, en medio de un religioso silencio. Sus brazos se aflojaron poco a poco, y Ada, después de mirarnos uno a uno, levantó sus ojos al cielo y sus labios temblaron.

—Cuando vaya a la Casa lúgubre —continuó Richard—, hablaremos largo y tendido. Usted nos acompañará, ¿verdad, señor Jarndyce?

—Sin duda, mi querido Rick, no faltaba más.

—Gracias —dijo Richard—. ¡Siempre el mismo, siempre! Me han dicho el modo en que lo ha dispuesto todo, llevando su diligencia hasta tener presentes los menores gustos e inclinaciones de Esther. Me parecerá ver la antigua Casa lúgubre.

—También irás allá, Richard. Así lo espero, por lo menos. Allí estaré solo, y será una obra de caridad ir a verme —dijo mi tutor, acariciando la rubia cabellera de Ada y llevando un mechón de cabellos a sus labios.

En aquel momento me pareció adivinar que el señor Jarndyce se hacía interiormente la promesa de servirle de apoyo y consuelo.

—Me siento como si hubiese salido de una horrible pesadilla —exclamó de pronto Richard, estrechando las manos de mi tutor.

—Y es cierto, Richard.

—¿Y usted es tan bueno que se apiada de mi sueño y me perdona al despertar?

—Pero ¿acaso no he soñado yo también? —dijo mi tutor, devolviéndole afectuosamente sus apretones de mano.

—Voy a comenzar una nueva existencia —exclamó Richard con los ojos radiantes.

Allan se acercó a Ada e hizo un ademán solemne para advertir a mi tutor.

—¿Cuándo podré salir de este oscuro recinto? —continuó Richard—. ¿Cuándo podré partir para volver a los lugares en que nos hallábamos antes, aquel alegre campo, donde recobraré mis fuerzas y podré contar todo lo que Ada ha sido para mí, donde reconoceré mi ceguera y mis yerros, donde me dispondré a ser guía y sostén de mi hijo, próximo a nacer? ¿Cuándo, cuándo partiré? —preguntó Richard.

—Mi querido Rick, cuando tengas fuerzas para ello —respondió mi tutor.

—¡Ada, amor mío!

Richard intentó incorporarse. Allan lo cogió en sus brazos y le colocó de modo que pudiese estrechar a su esposa contra su corazón, conforme él lo deseaba.

—¡Son graves mis culpas respecto a ti, mujercita mía! —le dijo—. He sido yo quien ha ensombrecido tu vida, antes tan alegre y bella. Casándome contigo te he dado la inquietud y la pobreza. Tomé todo cuanto poseías y lo arrojé al viento... ¿Me perdonas, Ada, me perdonas lo pasado, antes de que comience una nueva existencia?

Ada se inclinó y lo besó. El rostro de Richard quedó iluminado por una inefable sonrisa, y ocultándolo en el pecho de su mujer y abrazando a esta, por última vez, exhaló el infeliz el último suspiro y comenzó la nueva existencia en la que quedan reparados cuantos males y errores se han padecido en el mundo.

A una hora muy avanzada de aquella noche, la pobre loca señorita Flite vino a llorar conmigo, y me dijo que había devuelto la libertad a sus pájaros.

LXVI

Allá en Lincolnshire

En esos días de cambios en Chesney Wold reina el silencio, y con su discreto velo cubre los últimos sucesos que ocurrieron en la familia. Se dice que sir Leicester ha comprado la discreción de muchas personas, sin lo cual habrían hablado, pero eso no pasa de ser un rumor incipiente, que se arrastra murmurando débilmente y cualquier chispa de la vida con más brillo hace que desaparezca enseguida.

Se sabe, sin que quepa asomo de duda, que la hermosa lady Dedlock reposa en su mausoleo situado en un rincón de los jardines, bajo la bóveda de centenarios robles, donde el búho hace resonar cada noche sus cantos, pero continúa siendo un misterio para todos el lugar de donde la trajeron y cómo murió.

No falta entre sus antiguas amigas, descarnadas bellezas de mejillas de color de melocotón y de alargado cuello, alguna antigua belleza que, jugando de manera fantasmal con su abanico, como un triste fantasma reducido a coquetear con la muerte al perder a su último adorador, vaya repitiendo, en voz baja, en tertulias y visitas, que los restos de los Dedlock, encerrados en el mausoleo de los jardines, deben de estremecerse ante tamaña profanación; pero lo cierto es que las sombras de los ilustres Dedlock se toman la cosa con tranquilidad, y hasta ahora, que se sepa, no han hecho observación alguna en contra.

Desde el fondo del barranco sube, a veces, hasta aquel sitio solitario, a través de los helechos, el sonido de cascos de caballos, que van siguiendo la

tortuosa vereda. Se ve, entonces, a sir Leicester con el cuerpo encorvado, sin fuerzas y casi ciego, pero conservando su aire de nobleza, montado en un viejo caballo cuya brida vigila solícito un hombre robusto que cabalga a su lado. Cuando llegan al mausoleo, el caballo de sir Leicester se detiene por sí mismo, y el barón descubre su cabeza cana y permanece inmóvil durante algunos minutos, antes de proseguir su camino.

Continúa el litigio entre sir Dedlock y el atrevido Boythorn, pero es una guerra con treguas, ahora viva e insaciable, ahora amortiguada y débil, como la inconstante llama de un fuego mal alimentado. Se cuenta que al establecerse sir Leicester en Chesney Wold con el propósito de no salir nunca más de allí, el señor Boythorn abrigó la idea de abandonar sus derechos y acatar el ultimátum del barón, pero se añade que este, al comprender que aquello era una concesión a su desgracia y a su enfermedad, se mostró tan profundamente ofendido que el señor Boythorn se vio obligado a volver a las andadas para devolver el sosiego a su noble vecino. Continúa, pues, con sus formidables amenazas, que él mismo escribe en las paredes (siempre acompañado de su inseparable pájaro sobre la cabeza), y jura con ir a atacar a sir Leicester hasta el santuario del hogar doméstico, así como también sigue desafiándolo como siempre en la pequeña iglesia simplemente ignorando su existencia, antes que renunciar al derecho de paso que reivindicará hasta la muerte. A pesar de todo, es evidente y se dice, en voz baja, que cuanto más feroz se muestra hacia su antiguo enemigo, más respeto y consideración siente por él, y que a su vez sir Leicester, en su dignidad de hombre implacable, no deja de tener para con su adversario algunas debilidades. Ignora sir Leicester que la triste suerte de las dos hermanas fallecidas ha creado entre él y su antagonista un lazo solidario de sufrimiento común, pero, por más que Boythorn sepa todo esto, la contienda continúa con aparente encarnizamiento por ambas partes.

La casita que se divisa desde la quinta, aquella en la que estuvo milady hace tiempo, cuando Lincolnshire quedó inundado y sumergido, y de la cual viera salir a la hija del guarda, está ahora ocupada por el robusto militar. Algunas armas que formaban parte de la decoración de la galería cuelgan en las paredes, y su conservación constituye la constante tarea de un hombrecillo cojo que está con frecuencia en la puerta ocupado en limpiar un estribo, un freno, un pomo de silla, las puertas del armario, en fin, lo que es susceptible de ser pulido y brillantado. Es una vida de frotar constante. Aquel hombrecillo contrahecho y seco tiene algunos puntos de semejanza con un perro viejo acosado toda su vida a puntapiés, y responde al nombre de Phil.

Es un espectáculo conmovedor ver a la buena ama de llaves, sorda ya completamente, ir a la iglesia apoyada en el brazo de su hijo y observar las relaciones que existen entre ambos y sir Leicester. Bien es verdad que allí hay ahora muy poca gente para hacer estas observaciones, ninguno de los antiguos

conocidos atraviesa los umbrales de Chesney Wold. Pero, en cambio, cuando llega la época de los fuertes calores, puede entreverse, por entre el follaje, un manto gris y un paraguas antes desconocidos en aquellos lugares. Cuando esto sucede, dos niñas corren y saltan por los rincones más solitarios de los jardines, mientras en la puerta de la casita que ocupa el sargento, el humo de dos pipas se eleva en espirales en el aire perfumado de la tarde, y dentro de la casa suena una flauta que toca la marcha de los Granaderos Británicos y al caer la noche, dice una voz seca, con tono inflexible, mientras ambos se dan un paseo, las siguientes palabras: «Pero esto no se lo digo a mi mujer, porque hay que conservar la disciplina».

Las habitaciones de la quinta están casi todas cerradas, y ya no se las enseñan a nadie. Sir Leicester permanece la mayor parte del día en el salón, y ocupa en él su lugar acostumbrado delante del retrato de milady. El salón queda cerrado por la noche con amplias pantallas y solo se ilumina el espacio que él ocupa entre biombos, y en el resto de la vastísima sala va disminuyendo la luz, gradualmente, hasta la más completa oscuridad. Dentro de poco toda la luz se extinguirá para sir Leicester; dentro de poco, la mohosa puerta del mausoleo que se cierra de forma tan hermética y que parece tan inaccesible, se abrirá, de nuevo, para recibirlo.

Volumnia, a quien se le va poniendo cada día más rosado el colorete de la cara, y más amarillo el blanco, a medida que el tiempo pasa, lee para sir Leicester en las largas veladas de invierno. Entre cuantos recursos emplea para disimular sus bostezos, la introducción del collar de perlas entre sus labios sonrosados es aún el más eficaz y el empleado con más frecuencia. Sus habituales lecturas son pesadas homilías sobre la cuestión de Boodle y Buffy, en las que se demuestra que Buffy es immaculado y Boodle un malvado, que la nación corre al precipicio, según declara Boodle y no Buffy, y que el Estado se salvaría dando la preferencia a Buffy en lugar de a Boodle (es absolutamente necesario que sea uno de los dos, pues fuera de ellos nadie puede hacer nada para la nación).

Sir Leicester no se preocupa gran cosa de semejante tema, y no parece seguir los debates con la atención que antes les dedicara, esto no obsta, sin embargo, para que se despierte, en cuanto Volumnia se aventura a suspender la lectura, y para que, repitiendo con voz sonora la última palabra, le pregunte con cierto disgusto si se encuentra ya cansada. Volumnia, que es una ardilla y una mujer de suyo curiosa, huronea con frecuencia los papeles de su primo, y ha descubierto cierta memoria relativa a ella, asegurándole, en caso de sucederle «algo» a su ilustre pariente, una compensación por las largas y fastidiosas lecturas a las que la somete; y la perspectiva de hacerse merecedora de semejante premio le da aliento para hacer frente al terrible dragón del aburrimiento.

Los demás primos se abstienen, casi todos, de ir a Chesney Wold, cuya tristeza les abruma, y los pocos que se presentan lo hacen en la estación de caza. Llegada esta época, en los jardines y en los campos resuenan escopetazos, y los guardas, con algunos monteros, van a espera, en el acostumbrado punto de reunión a dos o tres parientes aburridos. El primo melancólico, a quien el lúgubre aspecto de aquellos lugares afecta doblemente, cae en profundo abatimiento en cuanto entra en la quinta, y suspira reclinado en los almohadones de los divanes, asegurando «que aquella cárcel infernal tiene todas las trazas de un cementerio».

La única solemnidad que Chesney Wold procura actualmente a Volumnia, solo se le presenta muy de tarde en tarde, cuando se trata de organizar algo en beneficio del país, decidiéndose honrar con su presencia un baile público. En aquellas solemnidades, la sílfide, vestida como en sus años juveniles, recorre muy alegre, escoltada por sus primos, las catorce millas que la separan del salón de elecciones, transformado en salón de baile después de haber sido, en todos los trescientos sesenta y cuatro días restantes de los años ordinarios, una especie de almacén de madera de las antípodas, lleno de mesas y sillas montadas unas sobre otras. Es verdad que la bella Volumnia cautiva, entonces, a todos los corazones, por su amable condescendencia, su alegría cándida y sus gracias tan infantiles, como lo eran en la época en que el general, cuyas viejas mandíbulas han sido ahora restauradas y armadas con una dentadura completa, no había comprado aún sus dientes y muelas a dos guineas la pieza. Ninfa de buena familia, pasa y repasa, se contonea y retoza por entre los danzantes, con tanto placer como éxito, mostrándose, alternativamente, benévola y cruel para los lugareños, que le ofrecen humildemente té, sándwiches y limonadas, acompañado todo con respetuosos homenajes. Existe un singular paralelismo entre ella y los candelabros de cristal de épocas pasadas que embellecen esa sala de reuniones: con sus raquítricos pies, con sus escasas lágrimas, con sus pomos sin lágrimas, con sus tallos pequeños de donde han desaparecido pomos y lágrimas, y con su luz vacilante y prismática, parecen otras tantas Volumnias.

Pero aparte de estas fiestas excepcionales, Lincolnshire solo le ofrece a Volumnia un vasto caserón antiguo y solitario, en medio de centenarios árboles que suspiran, retuercen sus brazos, agachan su cuerpo, y en semejante actitud desolada mojan con sus lágrimas las vidrieras apagadas y condenadas a perpetua penumbra. Le ofrece además un pomposo laberinto, cuyos verdaderos propietarios son ahora una familia de susceptibles ecos a los que despierta el menor ruido; un dédalo de corredores y de escaleras, por donde no pasa alma viviente; un desierto, en el que el peine de concha, si por casualidad cae al suelo al desnudarse, hace resonar el ruido de su caída por todo el edificio; un lugar maldito, donde se tiene miedo de andar solo, donde el hollín que cae de la chimenea arranca un grito de pavor a la nueva criada, la cual, de

susto en susto, acaba por ponerse enferma, se despide y se va.

Así es ahora Chesney Wold, casi enteramente abandonado al vacío y a las tinieblas, tan triste bajo la luz del sol, como cubierta de nubes del cielo invernal. Cesó de ondear la bandera al viento durante el día, cesaron de verse iluminadas las ventanas que derramaban su luz durante la noche, cesó el vaivén de lacayos y huéspedes que animaban los helados aposentos; el movimiento y la vida se han extinguido en todos sus ámbitos. La grandeza altiva y el noble orgullo de antaño, ya no llaman allí la atención del viajero; incluso a ojos de un extraño han muerto la pasión y el orgullo de ese rincón de Lincolnshire, que yace sumido en un sombrío reposo.

LXVII

Final del relato de Esther

Hace más de siete años que soy dueña de la Casa lúgubre. En breve, pondré fin a las pocas líneas que he de escribir aún, y entonces habré de despedirme del desconocido amigo para quien he tomado la pluma. De él conservaré, sin embargo, un recuerdo afectuoso, y espero que, por su parte, tampoco él me olvide.

Mi amiga quedó confiada a mis cuidados, y pasé muchas semanas sin dejarla ni un minuto. El hijo que esperaba, vino al mundo antes de que hubiese crecido la hierba sobre la tumba de su padre; mi tutor, mi marido y yo le pusimos por nombre el nombre de su padre.

El auxilio eficaz en que confiaba mi triste amiga le llegaba al fin, pero la eterna sabiduría había dispuesto las cosas de otro modo del que ella había soñado. Le fue enviado ese hijo para consolar a la viuda, ya que no para hacer feliz al padre, y cuando vi la eficacia de aquella manita virtuosa, cuyo contacto curaba el lacerado corazón de su madre y reanimaba en él la perdida esperanza, conocí, aun más, la bondad del Creador.

El niño fue adquiriendo fuerzas y la madre restableciéndose. Poco a poco, vi a mi pobre amiga permanecer más tiempo en el jardín y pasearse con él, con su hijo en brazos. Yo ya estaba casada y era la más feliz de las mujeres.

Cuando estuvo Ada del todo restablecida, vino a vernos mi tutor, y le preguntó cuándo pensaba volver a su casa.

—En ella estarás igual que aquí —le dijo—, pero la antigua Casa lúgubre tiene derecho de primacía y lo reclama. En cuanto tú y el pequeño estéis en disposición de ponerlos en marcha, espero, hija mía, que vayas a tomar

posesión de tu morada.

—Eres tan bueno, primo John... —prorrumpió Ada.

—No primo, sino tutor has de llamarme ahora —dijo él.

Lo era del hijo y quería también serlo de la madre. Además, iban aparejados a semejante título muchos antiguos recuerdos... Y desde entonces Ada lo llamó tutor. También las niñas lo llaman así, y digo las niñas porque ya tengo dos.

No dejará de causar sorpresa, cuando diga que Charley, cuyos ojazos son siempre tan encantadores como defectuosa su ortografía, se ha casado con el molinero del pueblo. En este mismo momento, desde la mesa en que escribo, veo como su molino da vueltas. Espero que su marido no la mime y eche a perder si bien está muy enamorado y Charley se muestra algo soberbia por la suerte que ha tenido. El molinero es un hombre acomodado, y en él tenían puestos los ojos todas las madres de hijas casaderas. Pero volviendo a mi doncella, casi podría creer que el tiempo no se ha movido desde hace siete años y que se ha parado como sucede con su molino desde hace media hora. En cuanto a Emma, la hermana de Charley hace, en la actualidad, lo mismo que Charley antes. En lo que hace referencia al pobre Tom, el hermano de Charley, no me atrevo a hablar de los disparates que hizo un día en la escuela, en la clase de aritmética: basta decir que se trataba de fracciones decimales. Como aquello no le cupo en la cabeza, ahora está de aprendiz de molinero en casa de su cuñado, y continúa siendo un excelente muchacho, muy tímido, enamorado siempre de alguna joven de su edad sin atreverse a decírselo, y sin saber tampoco ocultarlo.

Caddy Jellyby ha pasado con nosotros las últimas vacaciones, buena y jovial como siempre y bailando perpetuamente con las niñas, como si no fuese el baile su oficio. En la actualidad, tiene carruaje propio y vive a dos millas de Newman Street, en la parte oeste. Tiene que trabajar mucho, pues su marido (que es una excelente persona) se quedó cojo y apenas puede ayudarla en las lecciones, lo cual no impide que ella esté siempre alegre y trabaje con afición y ahínco. El señor Jellyby pasa todas las veladas en su compañía y apoya la cabeza en las paredes de la nueva casa, exactamente igual que en las de la antigua. Según se nos ha confirmado, la señora Jellyby se quejó amargamente del innoble matrimonio de su hija y de su indigna profesión, pero esperamos que en este momento, o en el futuro, acabará olvidando su resentimiento. La buena señora ha experimentado crueles decepciones en la cuestión africana: el rey de Borriboola-Gha sintió necesidad de vender un poco de ron a todos los colonos que habían resistido el clima, y de ahí que a la colonia se la haya llevado la trampa. Pero la señora Jellyby se ha aficionado, últimamente, a la cuestión de los derechos políticos de la mujer, y, según me ha dicho Caddy,

este punto le da margen a una correspondencia aun más voluminosa que la de Borriboola-Gha. Me olvidaba de la pobre hija de Caddy, ha crecido y tiene más fuerzas, pero es sordomuda. Dudo de que haya existido nunca mejor madre que Caddy, y en sus escasos momentos de ocio, Caddy aprende el lenguaje de los sordomudos para hacer más llevadero a su hija el infortunio. Como si jamás nada pudiera con Caddy.

Peepy está empleado en la aduana y se porta muy bien. El anciano señor Turveydrop, que de día en día corre mayor peligro de apoplejía, exhibe continuamente sus naturales encantos en los sitios más frecuentados. Disfruta, como siempre, con su compañía. Como siempre también, inspira profundo respeto a su hijo y a su nuera, y, conservando a Peepy bajo su distinguida protección, le da a entender que le legará un hermoso reloj francés de sobremesa, que ahora adorna su tocador... y que no es suyo.

Nuestros primeros ahorros fueron empleados en la construcción de un gruñidero destinado, exclusivamente, a mi tutor, y que inauguramos con toda una pompa inimaginable. Por más que me esfuerzo en escribir todo esto alegremente, no puedo menos, a mi pesar, que sentirme conmovida al ver que llego al fin de mi relato, y, al hablar del señor Jarndyce, las lágrimas asoman a mis ojos.

¡No lo miro, que no oiga aquellas palabras del pobre Richard con las que reconocía demasiado tarde su bondad! Para Ada y su hijo es el más tierno de los padres, y para mí lo que siempre ha sido: no sé qué nombre darle. Es a la vez el mejor amigo de mi marido, el favorito de las niñas, el objeto de nuestro cariño y de nuestra veneración más profunda. Sin embargo, por más que lo considere un ser superior, mantengo con él tanta franqueza, estoy tan bien a su lado, que a veces llega esto a admirarme. Conservo aún todos los afectuosos nombres con que me distinguía y cuando está con nosotros nunca me siento como antes en mi vieja silla junto a él: «¡dama Trot, dama Durden, mujercita! Todo como siempre», y yo contesto: «¡Mi querido tutor! Como siempre».

Desde el día en que me llevó delante de la fachada de nuestra casa para que leyera el nombre escrito en ella, no he vuelto a oír hablar del viento de levante. Se lo he hecho observar, y me ha contestado que, en efecto, el viento de levante había dejado de soplar hacía mucho tiempo. Ada está más hermosa que nunca. La pena, que por mucho tiempo permaneció en su rostro, desaparecida ya hoy, ha dado a sus facciones purísimas un carácter más elevado, más divino, por decirlo así. Cuando la miro tan bella con su traje de luto, que no abandona nunca, y mientras le enseña algo a mi Richard, me siento (es difícil expresarlo), me siento como si fuera demasiado bueno saber que se acuerda a su querida Esther en sus oraciones.

He dicho mi querido Richard y podría haber dicho su querido Richard,

porque él mismo dice que tiene dos madres, y yo soy una de ellas.

Nuestra cuenta corriente en el banco no es ciertamente muy importante, ni en efectivo ni en valores, pero vivimos holgadamente y nuestra ambición no va más allá. No paseo día con mi marido que no oiga cómo lo bendicen en todas partes. Vaya donde vaya, sea la casa rica o pobre, todos le dedican alabanzas y en todos leo la gratitud que le profesan. No me acuesto noche alguna sin saber que ha aliviado a un afligido y socorrido a un desgraciado, y sé que, en sus postreros momentos, aquellos a quienes no ha podido curar le han dado gracias por su solícita bondad y por sus generosos cuidados. ¿Qué mayor riqueza puedo pretender?

También a mí me quieren mucho en mi calidad de esposa del doctor. Me demuestran tanto afecto y me tienen en tan alta consideración que llegan a avergonzarme. A él le debo todo, reputación y felicidad. Por él me aman, y yo, por mi parte, lo hago todo por su amor.

Hace dos o tres días que, concluidos los preparativos para recibir a mi tutor, a Ada y al pequeño Richard, que debían llegar al día siguiente, estaba sentada en el umbral de la puerta, de aquella puerta para siempre memorable, cuando regresaba Allan.

—¿En qué piensas, querida? —me preguntó.

—¡Es curioso! —le dije—. Casi me da vergüenza decirlo, pero, en fin, allá va: pensaba en mi antiguo rostro.

—¿Y qué pensabas de él, mi diligente abeja? —preguntó Allan.

—Pensaba que no habría sido posible que me amaras más que ahora, aun conservándolo.

—¿Conservándolo como era antes? —me preguntó riendo.

—Como era antes, por supuesto —repliqué.

—Mi querida dama Durden —me dijo Allan cogiéndome del brazo—, ¿no te miras alguna vez al espejo?

—Bien lo sabes tú, que me has sorprendido más de una vez delante de él.

—Entonces, ¿cómo es que no ves que eres ahora más bonita que nunca?

Francamente, no me di cuenta por más que... Pero, en fin, lo que sí es evidente es que mis hijas son encantadoras, que mi Ada es hermosísima, que mi marido es muy apuesto y distinguido, que el rostro de mi tutor se ve radiante y contento como nunca lo estuviera, y que, para el caso, no tiene importancia el que yo sea más o menos bonita..., aun admitiendo que...

Freeeditorial 